Marisa Sefra
CRÓNICAS DE AQUELLO
La serie completa

CRÓNICAS DE AQUELLO

LA SERIE COMPLETA

MARISA SEFRA

ILUSTRACIONES DE

ADELA ARAGÓN

ÍNDICE

El final que nos merecemos

1. La Cueva
2. Marc
3. Cena familiar
4. Noche de fiesta
5. Un sábado tranquilo
6. La azotea
7. La facultad
8. Noche de absenta
9. Resaca de absenta
10. La prueba
11. Bronca
12. Tato
13. La lista de admitidos
14. Clases de baile
15. El armario
16. La mañana siguiente
17. Esa noche
18. Confesiones
19. Navidad
20. Nochevieja
21. El Hospital
22. La ducha
23. Secretos y mistela
24. Nivel de humillación
25. Nos va mucho el drama
26. Vuelta a clase
27. Preparativos de boda
28. El cumpleaños de Greta
29. Despedida de solteros
30. La boda de Emma
31. Verano
32. Vete
33. La vida sin Greta
34. Loui
35. La carta

Epílogo

Agradecimientos

El principio que nos debíamos

1. 4 de agosto. El cumpleaños de Marc
2. El mensaje
3. El siciliano
4. La chica más guapa del mundo

5. El primer beso
6. Los viajes de Loui
7. Los putos regalitos
8. Toda la verdad
9. De vuelta en el bar
10. Cuéntamelo todo
11. Gina
12. De compras
13. Mensajes
14. La despedida de Estrella
15. Un mal despertar
16. A la cabaña
17. Una buena conversación
18. El juego
19. Samu desatado
20. Serenata nocturna
21. Haciendo planes
22. Exaltación de la amistad
23. Tarde de parque
24. Desde cero
25. Marc en su salsa
26. Un padre de familia
27. Qué difícil todo
28. Camino de Palacio
29. La cena de ensayo
30. Un baño relajante
31. Una bomba de relojería
32. La boda
33. La familia
34. El final que de verdad nos merecíamos

Agradecimientos

El viaje de Loui

1. El chico de Greta
2. Queso y mermelada
3. La primera foto de su vida
4. Greta
5. Gina
6. No te vayas
7. Più bello
8. Mover ficha
9. Chocolate
10. Me gusta mucho
11. Soy gilipollas
12. Relájate
13. Una familia
14. Demasiada intensidad
15. Mi turno
16. Planes

17. Palermo
18. El dramón de Piero
19. Paolo
20. Morriña
21. ¿Qué te pasa?
22. Algo puede salir mal
23. Luigi
24. De viaje
25. Una noche en la furgo
26. Las ruinas de Pompeya
27. La mejor foto del viaje
28. Mis padres
29. Mi primera inversión
30. La mamma
31. El bautizo
32. El primero y el último
33. Adiós, Milano
34. La Italia profunda
35. Ciao, Sofía
36. Peregrinación a Génova
37. El chico
38. Cariño
39. Las chicas
40. Autocrítica
41. Los colores de Italia
42. Mi propia intensidad
43. La llamada
44. Una petición inesperada
45. Condiciones
46. Dos contra uno
47. La búsqueda
48. Despedida

El epílogo de Piero
El epílogo de Loui
Agradecimientos

El drama que no vi venir

1. Si puedes visualizarlo
2. El gigante y el tonto de las flores
3. No llores
4. Una metáfora
5. La casa de mis sueños
6. Las he pagado yo
7. Como una hermana
8. Hacer del mundo un sitio mejor
9. Destruir
10. Una hostia a tiempo
11. Un submarino entresemana
12. Vuelta al cole

13. Sin parejas
14. Por mis pelotas
15. No era virgen
16. Una reunión de subnormales
17. Contra natura
18. Ella
19. Mis nuevos amigos
20. Una dura petición
21. Mi nueva inquilina
22. Historias de amor
23. Se queda pendiente
24. La sonrisa del payaso
25. Hazme caso
26. Nadie quiere tirarse al hombre de hojalata
27. Tenemos que hablar
28. Mi momento preferido
29. Ok
30. La fiesta de Clau
31. ¿Dónde está Carina?
32. El resopón tras la fiesta
33. No te confundas
34. Un encuentro en el parque
35. Joder con la psicóloga
36. Un amigo de su hermano
37. El columpio
38. Antes chicas que hermanas
39. Un trol de la suerte
40. Solo somos amigos
41. Buceando en un mar de silicona
42. Solo una cerveza
43. Pues no era tan difícil
44. Nueva rutina
45. No era una broma
46. Solo es un favor
47. Putos cacahuetes
48. Carta de pizzas
49. Me encanta Loui
50. Alarde de sensibilidad
51. ¿Todos piensan eso?
52. Nivel de perturbación
53. Estás muy loca
54. El parto
55. Un secreto
56. Esa risa
57. Español raro
58. Comer castañas
59. Alguna alergia
60. Exnovias dos
61. Me lo como

62. La cena
63. ¿Cómo será eso?
64. Todo
65. ¿Qué ha pasado?
66. ¿Qué te gusta?
67. Mandriles en celo
68. Todas esas cosas
69. Y lo que no es la cabeza
70. Quería verte
71. Un par de palmos más abajo
72. No mires
73. Qué crack
74. Una última señal

El epílogo de Carina
El epílogo de Chus
Agradecimientos

La crisis de nuestra puta vida

1. La noche que lo cambió todo
2. ¿Me oyes?
3. Muchas cabezas
4. No puedo dormir
5. Esa segunda noche
6. Demasiado cansada
7. Sonrío como puedo
8. Mi Estrella
9. Una noche tonta
10. Voy a morir
11. Lárgate ya
12. Ponerle un nombre
13. La cuidamos
14. Ni siquiera él es tan gilipollas
15. No me voy a defender
16. También tenemos planes
17. El último
18. Ve a por tu Estrella, chaval
19. Esto no era necesario
20. La quiero de verdad
21. Qué miedo me das
22. Me vais a volver loco
23. Le puede pasar a cualquiera
24. Te voy a echar de menos
25. Están todas locas
26. Eso es mentira
27. Sí a todo
28. Catarsis
29. Otra mentira
30. ¿Qué tal?
31. En ascenso

32. Salta
33. No quiero salir
34. La llamada
35. No es confusión
36. Velada musical
37. Samu toca fondo
38. No está bien
39. Ya está claro
40. Mírame, cabrón
41. El amanecer
42. Despertar
43. Estoy bien
44. Como mi culo
45. Un café
46. El piso nuevo
47. Muerte cerebral
48. Ni me lo planteo
49. Perfectamente puntual
50. Jugar a la familia feliz
51. Vosotros
52. Última oportunidad
53. Nunca va a ser el momento
54. La firma
55. Orgasmos

El epílogo de Samu
El epílogo de Estrella
Agradecimientos

Referencias musicales y literarias

¿Quieres más?

1. Follow

Bola Ocho Ediciones
www.bolaochoediciones.com

Copyright © 2021 Marisa Sefra
Ilustraciones de portada y diseño de personajes: Adela Aragón
Ilustración de portada de *El viaje de Loui*: Jonathan Pocoví/Julia Pocoví
Todos los derechos reservados.

EL FINAL QUE NOS MERECEMOS

MARISA SEFRA

El final que nos merecemos

ÍNDICE

1. La Cueva
2. Marc
3. Cena familiar
4. Noche de fiesta
5. Un sábado tranquilo
6. La azotea
7. La facultad
8. Noche de absenta
9. Resaca de absenta
10. La prueba
11. Bronca
12. Tato
13. La lista de admitidos
14. Clases de baile
15. El armario
16. La mañana siguiente
17. Esa noche
18. Confesiones
19. Navidad
20. Nochevieja
21. El Hospital
22. La ducha
23. Secretos y mistela
24. Nivel de humillación
25. Nos va mucho el drama
26. Vuelta a clase
27. Preparativos de boda
28. El cumpleaños de Greta
29. Despedida de solteros
30. La boda de Emma
31. Verano
32. Vete
33. La vida sin Greta
34. Loui
35. La carta

Epílogo

Agradecimientos

Para Julia, Diana y Jonathan, por esos maravillosos momentos de silencio que han hecho esto posible.

A lo largo de esta historia, aparecen muchas canciones. De algunas se hace referencia directa y de otras no, pero todas han ayudado en cierto modo a la construcción del relato y a crear las distintas atmósferas que se respiran en él.

No son esenciales para la historia, pero si quieres pueden acompañarte en tu lectura.

Todas ellas tienen una referencia para encontrarlas al final del libro. También las hemos incluido en una playlist de Spotify a la que puedes acceder escaneando este código desde el buscador de la aplicación:

UNO

LA CUEVA

A finales de los años noventa, los teléfonos no eran inteligentes… Nosotros tampoco. Fumábamos en los bares, pagábamos en pesetas y tomábamos malas decisiones. Con nuestra todavía reciente mayoría de edad, creíamos saberlo todo.

A los diecinueve años, el tiempo avanzaba de manera diferente, los días todavía eran infinitos. Mucha gente de mi edad tenía grandes planes de futuro… Los míos no abarcaban más allá del fin de semana siguiente; y mis planes a largo plazo no llegaban más lejos de las próximas vacaciones.

Entrar a La Cueva cada tarde me sumergía en un inframundo maravilloso. La pesada puerta de vidrio nos aislaba del ruido de la ciudad, que continuaba avanzando a su velocidad habitual mientras el tiempo para nosotros se detenía. Más que una cueva, era nuestra isla, la de los que naufragábamos a diario, esa fauna urbana sin ambiciones de futuro.

Cuando cruzaba la puerta, a las cinco de la tarde, me recibía el olor a limpio. El olor a humo y cerveza iría llegando a lo largo de mi jornada laboral.

—Llegas tarde —advirtió Bruno con tono cansado.

—Perdón, perdón, no volverá a pasar —me defendí como casi todos los días mientras pasaba detrás de la barra.

—Greta, aquí no soy tu hermano, soy tu jefe, tienes que ser más responsable…

—Lo sé, lo sé, lo siento —insistí.

—Voy a hacer una última batida de vasos y me piro, que tengo mejores planes que cubrir tu turno y el mío… —resopló mientras salía de la barra.

Yo empecé a colocar los vasos limpios en su sitio mientras pensaba dónde iríamos esa noche. Era viernes, las posibilidades eran muy variadas.

—Greta, guapa, dos pintas de Guinness —pidió uno de los dos babosos de la barra sacándome de mi empanamiento.

—Voy —contesté con desgana y una sonrisa falsa.

Todos los días se sentaban en las mismas banquetas y encadenaban pintas de cerveza negra hasta la hora del cierre. Pasaban más tiempo en el *pub* que yo misma, los considerábamos casi parte del mobiliario.

—No, a mí no me pongas otra cerveza, a mí me vas a poner un 43 con piña —me sorprendió el que no había hablado todavía.

—¿Me estás vacilando? —Era la primera vez, en el año y medio que llevaba sirviéndoles cerveza negra, que me pedía otra cosa.

—Sí, sí, muy en serio.

Casi nadie pedía nunca Licor 43, por eso lo teníamos en el estante superior, al que casi no

llegaba. Me daba pereza coger la banqueta, así que me estiré más allá de mis posibilidades para alcanzar la botella. Les serví su cerveza y su copa y volví a fingir que hacía algo útil detrás de la barra.

—Hostia, qué asco —escupió el baboso número dos tras el primer trago—, ¿la peña bebe esta mierda?

—Lo has pedido tú, ¿no es lo que querías? —le pregunté un poco flipada.

—No lo había probado nunca, pero esto es asqueroso…

—Y ¿para qué lo pides? —Ya le estaba dando más conversación de lo que me apetecía.

—Porque alguien te lo pidió el otro día y, cuando te estiraste a coger la botella, vi parte del tatuaje que te asoma por la cintura del pantalón… y desde entonces no pienso en otra cosa. ¿Me dejarás algún día ver ese tatuaje completo? —preguntó con una cara que acentuaba su condición de asqueroso crónico.

—Sigue soñando, chaval —le contesté del modo menos desagradable que fui capaz.

—No me gusta que intentéis ligar con mis camareras —interrumpió Bruno, que justo en ese momento volvía de la zona del billar, dándole una palmada en la espalda al guarro que quería ver mi tatuaje—, pero menos con mi hermana pequeña… Que tiene diecinueve años, tío, no seas viejo verde, seguro que casi le doblas la edad…

—Es que me mete mucha caña, y eso me pone un montón… —Me miró de reojo mientras sonreía.

—Nos mete caña a todos —sonrió Bruno—. No te sientas especial por eso.

—Estoy enamorado de su carácter ácido y corrosivo —insistió el baboso.

—Greta, me piro —Bruno ignoró deliberadamente ese último comentario—. Te veo esta noche en la cena.

—Au, jefe —contesté.

Bruno se fue y yo volví a mi absorbente tarea de fingir que trabajaba, a ver si así los cansinos de turno dejaban de intentar darme conversación. No veía el momento de que llegaran mis amigos. A veces venían los cuatro juntos, a veces cada uno a su bola, pero siempre venían. Éramos inseparables desde el colegio. En el paso del instituto a la universidad habíamos perdido a Claudia, que parecía haber sentado la cabeza y ya casi nunca salía con nosotros. Me había dejado como única representante del sexo femenino en el grupo. Yo sospechaba que parte del abandono progresivo de la pandilla se debía a su enamoramiento no correspondido, pero tampoco podía comentar mi teoría con nadie. Era algo que solo me había contado a mí, y yo había jurado guardar el secreto. Qué mala idea era enamorarse de alguien tan cercano, eso no podía traer nada bueno.

Cuando venían por separado, Loui solía ser el primero en llegar. Era el más puntual de todos nosotros. En realidad se llamaba Luis, pero era tan fino y elegante que hacía años que le llamábamos Loui por las risas. Tampoco le molestaba. Vino hasta la barra y se sentó en la banqueta que quedaba más alejada de los borrachos de cerveza negra.

—¿Qué tal? ¿Cómo va la tarde? —me preguntó con su sonrisa tímida de dientes perfectos.

—Bien, de momento está tranquila la cosa. ¿Una birra?

—¿Es para poder beber tú de la mía y no ser abiertamente una camarera borracha? —interrogó a su vez como respuesta achinando sus bonitos ojos azul verdoso.

—Qué bien me conoce, caballero —sonreí.

—Venga esa cerveza entonces —se rio.

—¿Hoy no has traído la cámara? —pregunté mientras le ponía la cerveza. Estudiaba fotografía y solía llevar casi siempre la cámara encima, para aislarse de nosotros y del mundo y

ponerse a hacer fotos cuando le apetecía.

—No, si vamos a salir es un agobio, aunque llevo la vieja en el coche por si acaso…

—Ya me extrañaba —contesté con condescendencia dejando la birra delante de él.

—Qué bien me conoce, señorita —imitó lo que le había dicho yo hacía un momento mientras inclinaba la cabeza.

Me reí y lo observé darle un primer trago a la cerveza. Era un chico guapo, pero de una belleza discreta, como todo en él. Era bastante delgado y tenía los rasgos afilados, llevaba el pelo corto, siempre cuidadosamente despeinado. Ni hablaba de chicas ni le habíamos visto nunca liarse con ninguna, por lo que sospechábamos que era gay; pero, como tampoco hablaba de chicos ni le habíamos visto nunca liarse con ninguno, no podíamos estar seguros. Era tan reservado con sus cosas que nadie le había preguntado nunca abiertamente, aunque sí lo habíamos hablado entre nosotros. Pensábamos que, si tenía algo que contarnos, lo haría cuando sintiera que había llegado el momento.

—¿Hay plan para esta noche? —preguntó dejando el vaso sobre la barra.

—Creo que aún no hay nada decidido. Nosotros tenemos cena familiar, pero luego acudimos donde estéis.

—¡Gretuuuuuus, una birra! —gritó Chus casi antes de entrar por la puerta.

—El próximo día me la pedirás desde la calle —me reí mientras cogía un vaso.

—Es que, si te la pido nada más entrar, me está esperando cuando llego a la barra. —Llegó hasta nosotros y se sentó en una banqueta junto a Loui.

Dejé la cerveza delante de él y me sonrió, enseñando esos dientes que parecía que alguien hubiera dejado caer dentro de su boca sin un plan premeditado. Sacó una piedra de hachís del bolsillo con toda la intención de hacerse un canuto.

—En la barra, no —le advertí—. Ya lo sabes.

—Va, tía, si no hay casi nadie en el bar…

Negué con la cabeza y él volvió a guardarla en el bolsillo, pero no se molestó. Era muy difícil que Chus se molestara por algo, tenía muy buen carácter. Era el más divertido del grupo, de alguna manera tenía que suplir su falta de atractivo físico.

—Ahora cuando os vayáis a la mesa, libertad total.

—Ya te estás arrepintiendo, ¿eh? —sonrió—. Y haces bien, es un polen bueno bueno… Quería haber pillado maría, pero ha sido imposible.

El noventa por ciento de las conversaciones de Chus giraban en torno a los porros, siempre iba fumado. El diez por ciento restante estaba reservado a cuando conocía a una chica y se enamoraba profundamente solo con verla, algo que le pasaba a menudo. Estudiaba Filosofía, supongo que necesitaba ir colocado todo el día para entender las idas de olla de los filósofos. Era el canijo del grupo, el más bajito y el más enclenque, pero nos ganaba de calle a todos en simpatía.

Entró un grupo de gente por la puerta y se pusieron a escrutar el local, seguramente intentando decidir dónde sentarse.

—Vamos a nuestra mesa —Chus achinó los ojos tras sus gafas de pasta—, que no nos la quiten.

—Estabas buscando la excusa —se rio Loui.

—Calla, nano, que si lo dices así parezco un yonki.

Solían sentarse, si estaba libre, en una mesa que quedaba lo suficientemente cerca de la barra

como para darme un grito y que los oyera, pero algo alejada de la puerta para poder liarse algún canuto y que les diera tiempo a reaccionar si veían a alguien sospechoso entrar en el local. Si no había mucha gente, me sentaba con ellos un rato. La posición estratégica de esa mesa me permitía volver a la barra rápidamente si entraba algún cliente.

Fueron hasta allí y yo atendí al grupo que acababa de llegar. Aproveché mi salida de la barra para hacer recolección de vasos vacíos y servir las nuevas bebidas que me fueron pidiendo. Había un grupo de chicas en la zona del billar que me marearon un poco más de lo que me apetecía, pero me armé de paciencia y conseguí no decirles ninguna impertinencia.

Cuando estuvieron todas las mesas atendidas, fui a sentarme con mis amigos, en parte también para alejarme de los borrachos de la barra con ganas de conversación.

—… Total, que me ha dicho «el quillo» que no había maría, que me aguantara con esto, que en cuanto haya maría me avisará. —Para sorpresa de nadie, Chus seguía hablando de porros.

—¿Sabemos algo de Samu y Marc? —preguntó Loui—. Están tardando mucho…

—Habrán ligado, los muy cabrones —sonrió Chus—. No sé cómo lo hacen, nano, pero siempre triunfan.

Yo sí sabía cómo lo hacían, estaban buenos hasta decir basta, pero eso no podía decírselo a Chus sin hacer odiosas comparaciones. Si él, con su inocencia innata, no lo veía, no sería yo la que le mostrara la dura realidad. Loui disimuló una sonrisa, él sí parecía entenderlo; pero, con su discreción habitual, no hizo ningún comentario al respecto.

—No creo, habrían avisado… —Loui desvió la conversación—. Además, ¿dónde iban a ir a ligar a estas horas? Son las seis y media, es muy pronto para irse de copas. Solo se retrasan, tampoco es raro en ellos…

Como si hubieran estado esperando fuera a que los nombráramos, entraron los dos por la puerta. Si las chicas que estaban en la zona del billar hubieran estado por aquí, seguro que se habrían quedado mirándolos, solían conseguir ese efecto cuando iban juntos. Los dos rozaban el metro noventa de altura y llevaban el pelo casi hasta los hombros. Samu era rubio y tenía el pelo rizado, Marc lo tenía más liso y de un tono castaño claro. En cuanto entraron, Marc fue directo a la máquina de tabaco y Samu vino a sentarse con nosotros.

—¿Qué pasa, gente? —preguntó este último con una sonrisa al sentarse a mi lado—. ¿Cómo vais?

—Aquí, trabajando duramente, a pico y pala —contesté entre un trago a una de las cervezas de la mesa y una calada al porro que me acababa de pasar Chus.

—Ya veo, ya —se rio.

Samu tenía los ojos grandes y azules, los labios carnosos y la nariz un poquito ancha. Era el chico más guapo que yo había conocido en la vida real. Parecía un surfista californiano. Caminaba muy erguido, como si en cualquier momento tuviera que salir corriendo a pillar una ola. Renegaba de su condición de pijo, pero no engañaba a nadie. Estudiaba Farmacia con toda la intención de heredar en el futuro la de su madre. Había aprobado las asignaturas justitas para que no lo echaran de la universidad. No tenía ninguna prisa, vivía mejor que quería.

—¡Nena, cambio la música! — gritó Marc mientras volvía de la máquina de tabaco y se metía detrás de la barra.

—¡Toda tuya! —contesté.

Marc, en cambio, tenía la nariz estrecha y los labios finos. También era guapísimo, aunque de una belleza menos espectacular que la de Samu. Se movía a cámara lenta, como si nada fuera tan importante como para requerir una mayor velocidad. Sus ojos eran de un marrón muy clarito, color miel, aunque él estaba convencido de que eran verdes. Me encantaba tomarle el pelo con

eso. Vestía de manera discreta y solía llevar un cigarrillo en los labios rematando su *look*. Marc y yo estudiábamos Periodismo. Lo habíamos decidido de pequeños, cuando queríamos hacer nuestro propio programa de radio y, simplemente, no habíamos cambiado de idea. No teníamos una verdadera vocación, creo que llegado ese momento nos vino bien tener esa decisión tomada con anterioridad, aunque no estuviera lo suficientemente meditada. Nos pudo la pereza, o la falta de motivación, vete a saber. En el caso de Marc, él hubiera querido estudiar Bellas Artes, pero su padre no lo contempló como opción. Siempre le había gustado dibujar y tenía mucho talento, pero su padre era un dinamitador profesional de ilusiones.

Marc llegó hasta la mesa donde estábamos y le lanzó a Chus un paquete de Camel blando arrugado con un par de pitillos dentro.

—Toma, tío, para petas. Por cierto, he visto tu moto en la puerta; no sé cómo está ahí todavía, la has dejado sin candar.

—Hostia, nano, ¡qué cagada! —Chus se levantó y salió corriendo del local.

Marc aprovechó para sentarse en el hueco que había dejado. Traía dos tercios, le dio uno a Samu y bebió del otro.

—¿Qué tal, nena? ¿Mucho curro? —preguntó con la sonrisilla justa para que se le marcaran los hoyuelos.

—El de siempre, más o menos —contesté encogiendo los hombros mientras daba otro trago a la cerveza.

Chus volvió de la calle como una exhalación.

—Buah, nano, ¡qué cagada! La burra sin candar… ¿Te imaginas que me la llegan a levantar? No quiero ni pensarlo… Voy a liarme otro *fly* para relajarme del susto.

—Como excusa no está mal, si no fuera porque todos aquí sabemos que te lo ibas a liar igual —sonreí.

—Bueno, por si acaso, *pa* los nervios.

—Pero, tío, ¿quién va a querer tu moto? Si es una castaña… —dijo esta vez Samu mientras le daba una calada al peta anterior, que ya había llegado hasta él.

—Pues será una castaña, pero a mí me lleva a los sitios, además, si me la levantan, no podría ir a pillar… No me lo quiero ni imaginar.

—¿Eso es lo que te preocupa de que te roben la moto? ¿No poder ir a pillar? —Ahora era Loui el que se reía.

—Pues sí, nano, me preocupa. A ver cómo voy hasta allí… Que ya podía existir un *tele-hai*, como con las *pizzas*, tú llamas y te traen el costo… Buah, ¿te imaginas? ¡Qué genial! Y con ofertas y menús… Yo ahí veo negocio…

—Pues ya sabes, en cuanto lo legalicen, lo montas tú —me reí.

—No, no, yo solo soy la mente pensante de las grandes ideas, no me veo de empresario, aunque sí de cliente preferente. Les regalo mi idea a cambio de producto gratis *forever* —sonrió mientras miraba al infinito.

—Venga, mente pensante, líate otro que a mí ese no me ha llegado —pidió Marc.

—Bueno, Greta, bonita, ¿has visto algo interesante por aquí esta tarde? —preguntó Samu pasándome un brazo por encima de los hombros.

—Depende de lo que entiendas por interesante… —respondí con una media sonrisa mirándole de reojo.

—Ay, Greta, Greta, con lo lista que tú eres… ¿Me vas a hacer explicártelo? Marc y yo nos sentimos solos, necesitamos conocer gente nueva.

—¿Gente nueva? Tenéis un par de babosos en la barra con ganas de conversación… No son

nuevos, pero seguro que no los conocéis lo suficiente.

—No te hagas la tonta conmigo —se rio—, ya sabes a lo que me refiero: chi-cas.

—¡Ah! ¿Chicas? ¿A eso te refieres? —pregunté sobreactuando.

—Eso es, nos vamos entendiendo. —Sonrió mientras asentía con la cabeza.

—Pues mira, sí, casualmente hay un grupo de cuatro o cinco chicas donde el billar. Son una pandilla de místicas, a ti seguro que te valen, pero a Marc… no sé yo, ninguna lleva pendientes de perlas.

—Gilipollas —contestó Marc sonriendo y con cara de asco a la vez—. Qué coñazo dais con eso.

—Te van las pijas, reconócelo, no pasa nada, cada uno tiene su fetiche raro; y el tuyo son las mechas de peluquería y los pendientes de perlas —dijo Samu muerto de risa—. Solo te digo que pruebes a abrir un poco más tus horizontes, hay todo un mundo más allá de los apodos ridículos y los campos de golf…

—Qué capullos sois —respondió Marc riéndose y dándole un trago a la cerveza—. Venga, Samu, vamos a ver a esas pavas.

—¿Estás seguro? Mira que yo las he visto, son muy *hippies*… Llevan ropa de colores y pañuelos en el pelo, y hay una que hasta lleva rastas… Lo mismo van sin depilar, igual es duro para ti… —expliqué mientras todos nos reíamos.

—Venga, nano, vamos a echar un billar —sonrió Samu mientras se ponía de pie—. Enséñale a esta gentuza que puedes con un sobaco sin depilar.

—Sois unos capullos —Marc se puso de pie también—. Hoy me voy de aquí con una mística —añadió mientras nos señalaba a los tres que nos habíamos quedado sentados y muertos de la risa—, que lo sepáis.

Se fueron a la zona del billar mientras Chus, Loui y yo nos quedábamos riéndonos. Mi descanso duró poco, llegaron varios grupitos de gente y tuve que volver a la barra. Desde allí veía la mesa de billar, pero no las mesas de esa zona. Los vi jugar una primera partida a ellos dos solos y luego desaparecer en el ángulo muerto, supuse que estaban hablando con las chicas. Al poco rato estaban jugando otra partida con dos de ellas. Qué rápidos eran.

Les puse otras dos pintas a los pesados de la barra y atendí a un grupo grande que acababa de entrar.

Loui y Chus seguían en la misma mesa, a birras y canutos.

Un rato después, decidí ir a llevarles un par de tercios a Samu y Marc, supuse que ya se los habrían terminado. Dudé por un momento si joderles el plan o echarles una mano, las dos cosas me divertían mucho. Me sentía buena persona, opté por la segunda opción. Sería divertido ver si Marc salía de aquí con una *hippie*, como había amenazado. Llegué a la zona del billar y estaban en mitad de una partida. La chica de Samu estaba colocándose para golpear y él se situaba estratégicamente para echarle una mano, no necesitaba mi ayuda. Marc, en cambio, hablaba con la otra, apoyados los dos sobre una mesa que había libre.

—Chicos, os traigo unas cervezas, a estas os invito yo —les dije fingiendo no conocerlos.

—¿Y eso? —preguntó Samu para seguirme el rollo, como si alguna vez hubiera pagado aquí.

—Por ser los dos chicos más guapos del local.

—Pues muchas gracias, vendremos más veces.

—Eso espero.

Le di a Samu su cerveza en la mano y me acerqué mucho a Marc… mucho mucho.

—Si necesitáis cualquier cosa, estoy en la barra —dije mientras le pasaba suavemente la mano por el pecho y le guiñaba un ojo.

—Gracias, guapa —contestó haciendo un gran esfuerzo por no reírse.

Recogí los tercios vacíos y volví a la barra. Poco después salían los cuatro del local; Samu y su chica delante, Marc y la suya unos pasos por detrás. Le abrió la puerta para que saliera y, justo antes de hacerlo él, se giró hacia la barra y me guiñó el ojo mientras sonreía de medio lado, un gesto muy suyo.

No tardó en llegar Tato, un amigo de Bruno que hacía parte del turno conmigo y se ocupaba del cierre. No era un chico especialmente guapo, ni alto, ni siquiera atractivo, pero su timidez extrema me ponía mucho por alguna razón inexplicable.

—¿Qué tal, guapa? ¿Cómo va la tarde? —preguntó entrando a la barra.

—Nada especial, un día como cualquier otro —contesté—. Hoy me voy a las ocho, acuérdate.

—¿Y eso?

—Cena familiar, te lo dije.

—Sí, es verdad, no te preocupes, yo me encargo.

—Perfecto. No creo que tengas mucho trabajo, está todo muy tranquilo.

—Genial —dijo con una sonrisa y, acercándose mucho, me preguntó casi al oído señalando a los babosos que no me quitaban ojo—, ¿qué tal estos?

—Están a dos pintas de caerse al suelo —le contesté en un susurro al oído, qué bien olía.

—Vale, les serviré solo una más entonces —dijo sacando la lengua.

—Haces bien, si te toca levantarlos, hoy no tendrás ayuda.

—Como si tú fueras de mucha ayuda para eso —dijo con su media sonrisa tímida—. La última vez te escaqueaste de mala manera.

—Calumnias infundadas, no recuerdo tal cosa —contesté haciéndome la ofendida.

—Yo lo recuerdo perfectamente.

Nos reímos y yo salí de la barra a hacer recolección de vasos y botellas vacíos.

Cuando dieron las ocho, me despedí de él. Antes de irme, pasé por la mesa donde Chus y Loui seguían en el mismo plan de hacía un rato.

—Me piro, chicos, cena familiar. ¿A las doce en el Angelus?

—Claro, a quemar la ciudad —contestó Chus haciendo cuernos con la mano.

—No fumes más o te vas a quemar a ti mismo antes que a la ciudad.

—Tranqui, está todo bajo control.

Los tres nos reímos mientras yo me marchaba.

GRETA

DOS

MARC

—Mmm… Marc —me ronronea al oído mientras le beso el cuello.

«Mmm… Mierda, ¿cómo me ha dicho que se llamaba?». Intento recordarlo, pero soy incapaz. Por suerte, el ascensor se detiene en el momento justo.

—Pase usted, señorita. — Hago una reverencia y ella sale al rellano. Qué bien me ha quedado, creo que no ha notado que no recuerdo su nombre.

Abro la puerta de casa y la invito a entrar con un gesto de la mano.

—¡Qué casa tan chula! ¿Vives con tus padres?

—Sí, y con mi hermana Estrella. Mi hermano Jaime se independizó hace un par de años. ¿Quieres tomar algo? Ven, vamos a la cocina. —Ella me sigue, cotilleando todo a su paso.

Al llegar a la cocina se queda inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua de mármol.

—¡Qué barbaridad! Creo que es la cocina más grande que he visto nunca… —suelta por fin.

—En una casa, seguramente —me río—, ¿una birra?

—Vale, pero… dime, ¿es el tamaño original de la cocina o hicisteis obra y le disteis tres habitaciones y el salón?

—Es un poco más complicado que eso —explico mientras saco dos cervezas de la nevera—, una larga historia, no quiero aburrirte.

—Oh, no te preocupes por eso, me encantan las historias largas y complicadas. —Se sienta a la mesa—. Trae algo de picar con esa cerveza y soy toda oídos.

Vaya por dios, no era esta la idea que yo tenía cuando la he traído aquí.

—Pues a ver, cómo te explico. —Abro de nuevo el frigorífico y cojo algo que tiene pinta comestible. Voy hasta la mesa y me siento frente a ella—. Resulta que mis padres tienen unos amigos (bueno, tenían, porque Álvaro murió hace unos años), el caso es que eran muy amigos desde la infancia, casados también. Vamos, que eran todos de la misma pandilla, y de ahí salieron dos parejas. Y decidieron comprarse dos pisos juntos, de hecho, son simétricos. Mi madre y Maite montaron una empresa de *catering*, y al principio curraban entre las dos cocinas, pero al final era un agobio y se les ocurrió hacer obra y juntarlas en una sola. Ya eran pisos con cocina grande, así que, bueno, ya ves en lo que quedó.

—Ya veo, ya, por cierto, ¿qué es esto? Está buenísimo —pregunta sin parar de comer.

—Ni idea, siempre tenemos la nevera llena de cosas que les sobran del *catering*, que no están perfectas para servirlas o que han cocinado de más —explico entre bocado y trago de cerveza.

—Y ¿esto lo cocinan aquí? A ver si nos estamos comiendo algo de una boda…

—No, no —me río—, hace años que se les quedó pequeña y ahora tienen un local. Todo lo que traen aquí son sobras comestibles, tranquila.

—Ah, genial —sonríe mientras sigue comiendo—. Entonces, ¿por esa puerta se va a la casa de esa otra gente?

—«Esa otra gente» —me río— para mí son parte de mi familia.

—Y ¿no es raro vivir dos familias tan juntas? —pregunta antes de darle otro trago a la cerveza. Las pulseritas que lleva en la muñeca tintinean con cada trago.

—No sé, para mí es lo normal. Siempre hemos vivido aquí, así –respondo encogiendo los hombros con indiferencia.

—Ya, y ¿todos esos sois vosotros? ¿Tú eres el pequeñajo?

Me giro para mirar dónde señala su dedo, pero no haría falta. Es la última foto que nos hicimos todos juntos antes de que muriera Álvaro.

—Sí, yo soy este de aquí. Tenía doce años. Esos de ahí son mis padres: Este mi padre, que es gilipollas, y esta mi madre; y estos de aquí, la otra pareja: Álvaro y Maite. —Voy señalando la foto según le explico—. Álvaro es el que te digo que murió. Y además tuvieron hasta los hijos a la vez, así de sincronizados estaban. Primero un chico cada pareja, que son mi hermano Jaime y Bruno, que tienen veintiocho años o por ahí, y ya se fueron de casa los dos… Luego las chicas, que son mi hermana Estrella, que es esta de aquí, y Emma, que tienen veinticuatro años. Y los pequeños somos Greta y yo, de diecinueve, con nosotros se desincronizaron un poco y les salimos chico y chica. —Me enciendo un cigarro—. Pues eso, ya nos conoces a todos.

—Entonces, a ver si lo he entendido, ¿tus hermanos son Jaime y Estrella?

—Eso es —digo mientras le doy una calada al cigarro.

—Y los hijos de la otra familia, ¿cómo has dicho que se llamaban? Me ha parecido que tenían nombres un poco raros…

—Bruno, Emma y Greta —me río—. Sí, es que su padre era un tío muy cachondo, y en la universidad, por lo visto, perdió una apuesta en la que se había jugado ponerles nombres de origen germánico a sus futuros hijos… y lo cumplió el muy cabrón… Aunque, bueno, en su defensa, tampoco eligió nombres muy horribles o muy desconocidos…

—No, la verdad es que no están mal… Chocan un poco, pero, sabiendo la historia, tiene sentido… —sonríe—. Bueno, enséñame el resto de la casa, o aunque sea tu habitación…

Sonrío yo también, me pongo el cigarrillo entre los dientes para cogerla de la mano y, antes de que pueda arrepentirse, la conduzco por el pasillo a toda velocidad. Se detiene de golpe.

—Oye, oye, oye… ¿Y esto? ¿Me lo explicas? —dice señalando la foto del concurso de baile que hay en el pasillo. Joder, no sé cómo decirle a mi madre que quite eso de ahí.

—Nada, de un concurso que ganamos Greta y yo. Hace mucho, éramos unos críos —tiro de ella para seguir el camino a mi habitación, pero no se mueve.

—¿Concurso de qué? —pregunta con una risita. Qué pintas tenemos en la foto, vaya tela.

—De baile, ¿vamos?

—Qué fuerte, no te pega nada —se ríe—, ¿qué tipo de baile?

—De foxtrot —contesto con desgana dándole una calada al cigarro, qué poco me apetece esta conversación ahora—, ¿seguimos?

—¿Eras bailarín profesional? Me parto.

—No, no, íbamos a clases de baile y participamos en algún torneo, nada más.

—¿Y cómo se le ocurre a un niño de esa edad apuntarse a bailar?

—Cosas de Greta, se empeñó y necesitaba una pareja, y como soy muy buena persona —pongo cara de niño bueno—, pues le hice el favor de apuntarme con ella.

—Así que sabes bailar…

—Sabía —puntualizo—. Hace siglos que no bailo, paso ya de eso. Vamos a mi cuarto.

—¿Qué más bailabas aparte del foxtrot? —pregunta con una sonrisa mientras me sigue por el pasillo.

—No sé, lo típico, venía todo junto, no me acuerdo: vals, rocanrol, tango, salsa… esas mierdas.

—Mmm… pues me parece sexi —dice abrazándome cuando entramos en mi habitación.

—¿Sí? Pues ahora bailo otras cosas —le devuelvo el abrazo, giro sobre mis talones y la dejo caer sobre la cama mientras se ríe. Los collares que lleva y las pulseras de sus muñecas y tobillos hacen ruiditos con el movimiento, esta tía es el festival del cascabel.

Estoy a punto de lanzarme sobre ella cuando se abre la puerta del armario de golpe y entra Greta como un torbellino, con sus rizos negros en modo salvaje.

—Marc, ¿me dejé aquí la chupa? ¿La has visto? Uy, perdón, no sabía que tenías compañía —Greta me mira abriendo mucho sus enormes ojos oscuros y sonríe enseñando los dientes en señal de disculpa.

—¿Tienes tías en el armario? —grita la otra asustada, normal.

—No, no —me río—, es parecido a lo de la cocina. Como las casas son simétricas, nuestros armarios compartían un tabique y de pequeños les hicimos que lo quitaran, es solo un lateral, pero la verdad es que es práctico para no dar toda la vuelta —le explico y luego me dirijo a Greta —. ¿Qué haces aquí tan pronto?

—He salido antes, por la cena familiar, ¿te acuerdas?

—Claro —miento, ya se me había olvidado.

—Bueno, perdón, no quería molestar —me guiña un ojo—, ni asustar. —Se gira hacia la otra. Me mira un segundo y por mi gesto entiende perfectamente por qué no se la he presentado —. Yo soy Greta, y tú eres…

—Sara, encantada.

—Sara —repito rápidamente para que parezca que lo he dicho antes que ella—, ella es Greta, ya te he hablado de ella.

—Ah, ¿sí? ¿Soy tema de conversación? —pregunta Greta mientras me da un empujoncito con el hombro.

—Oye, yo te conozco —la interrumpe Sara (ahora sé que se llama así)—, ¿no eres la camarera del garito donde estábamos antes? ¿La que ha intentado ligar con él? —Me señala, como si no estuviera claro quién es «él».

Mierda. No había caído en eso.

—Una chica observadora, demasiado inteligente para ti, chaval. —Me da una palmada en el hombro y luego se dirige a ella—: Nos has pillado, no me guardes rencor. Os dejo, parejita, estaré en mi habitación con los cascos puestos, no voy a oír nada, tranquilos. Mira, aquí está. —Coge su chupa de encima de mi escritorio—. Sara, encantada, trátamelo bien, que lo necesito de buen humor esta noche. Nunca se sabe la que nos espera en una cena familiar. Marc, pasa a buscarme cuando sea hora de irnos.

—Claro —le digo mientras desaparece por el armario.

Nos quedamos un momento en silencio.

—Una chica muy guapa, ¿no? —dice Sara

—¿Guapa? No sé, ni guapa ni fea… Es Greta.

—Pues yo creo que es muy guapa.

—Puedo darte su teléfono si quieres —me río.

—Idiota, me has entendido… Aunque un poco raro eso del armario, ¿no?

—No sé, ¿por? A mí me parece práctico —contesto con indiferencia.

—Pues a mí que tengas un pasadizo secreto que comunique con la habitación de una tía me parece algo un poco siniestro, la verdad. Igual deberíais ir pensando en cerrarlo, que ya no sois críos…

—Bueno, si te parece, dejamos lo de reformar mi casa para, por lo menos, la tercera cita —opto por decirle, en lugar de lo que estoy pensando en realidad. No quiero estropear el momento y tenemos poco tiempo hasta que sea hora de irme—. Y ahora… ¿Por dónde íbamos? —añado con mi mejor sonrisa.

MaRC

TRES

CENA FAMILIAR

Estaba tumbada en la cama con el volumen de los auriculares al máximo, no me apetecía nada escuchar lo que estuviera haciendo Marc con la mística en su habitación. Pensaba en la cena familiar y me daba un poco de pereza, la verdad. Estaba bien lo de juntarnos todos, aunque, por mi parte, tampoco lo veía muy necesario. Como yo todavía vivía en casa, veía a la mayor parte de la familia a diario, menos a Bruno y a Jaime, que eran los que ya se habían independizado; pero a Bruno lo veía en el bar, y Jaime solía pasarse a menudo también. Por incompatibilidad de horarios, veía bastante poco a Emma. Casi mejor, no era solo en horarios en lo que no éramos compatibles. Desde que murió papá, hacía siete años, Emma se había dedicado a estudiar como una loca, igual para compensar que Bruno dejara los estudios. El caso era que se había vuelto una estirada y no aprobaba nada de lo que yo hacía. Igual coleccionar matrículas de honor te da esa superioridad moral con la que Emma nos juzgaba a todos, nunca lo sabré. Con Estrella, la hermana de Marc, en cambio, me llevaba mucho mejor. Siempre había sido de trato más fácil que Emma y, en los últimos años, la diferencia entre ellas se había acentuado.

—¡Nena! ¡Estás sorda!

Marc me quitó los auriculares de golpe y me sacó de mi mundo. Estaba agachado junto a mi cama.

—¡Qué susto, tío! Los tenía al máximo para no oír nada —le dije todavía asustada—, y no me llames nena —añadí dándole una palmada en el brazo.

—No habrías oído demasiado tampoco. —Cerró los ojos con indiferencia.

—No necesito saber. —Me incorporé mientras hablaba.

—¿Medias de rejilla? ¿En serio? —preguntó levantando las cejas—. Emma te juzgará.

—Pues le diré: «soy inocente, letrada, no me condene. Son bonitas y luego me voy de fiesta, tenga piedad de mí, su pobre hermana pequeña».

—Y con las Martens… no va a tener compasión. Estás condenada. —Negó con la cabeza.

—Eso sí que no, no sin mis Martens… ¿Vendrás a verme a la cárcel y me traerás un bocata con una lima dentro? —pregunté muy seria.

—Cuenta con él —contestó asintiendo.

—Entonces es un mal menor, que me condene… Venga, en serio, apostemos: ¿Ojos en blanco o cara de asco? —le pregunté mientras me levantaba de la cama—. He vuelto a perder la chupa, joder, cómo estoy.

—Yo digo… cara de asco, ¿qué nos apostamos? —preguntó mientras miraba a su alrededor, recogió mi chupa del suelo y me la dio—. Aquí está, un día te tengo que presentar a mis amigas las perchas.

—Vale, pues para mí los ojos en blanco… ¿Un masaje? ¿Una cena? ¿Una semana de

esclavitud? —Cogí la chupa y me la puse—. Tus amigas las perchas son muy aburridas, mi método tiene más emoción.

—La cena me parece bien, dejamos las otras opciones para cuando subamos la apuesta.

—Hecho. —Nos dimos la mano como caballeros cerrando el trato.

Cogí mi móvil para ver si tenía respuesta de Claudia. Le había mandado un mensaje hacía un rato diciéndole cómo habíamos quedado, por si le apetecía venir. Ahí estaba su respuesta que, tristemente, no me sorprendió.

CLAUDIA

No voy, lo siento, Greti, tengo cena de clase con los de Arquitectura. A la próxima ;)

Bueno, yo lo había intentado.

—¿Qué pasa? —preguntó Marc—, ¿malas noticias?

—Claudia, que ha quedado con los de su clase de Arquitectura y no viene —contesté.

—Cero sorprendido —sonrió Marc—. Venga, vamos, que aún llegaremos tarde.

El restaurante estaba lo suficientemente cerca como para ir andando. Encendí dos cigarrillos y le pasé uno a Marc.

—¿Sabes si viene el *enterao*? —preguntó refiriéndose al novio de Emma, Carlos. Era un chico sin sustancia al que había conocido durante la carrera. No nos explicábamos qué veía en él. Iba de listillo, siempre lo explicaba todo como si supiera más que nadie.

—Ni idea, supongo que sí, últimamente lo trae siempre.

—Pues nos ponemos lejos de ellos.

—Vale.

—¿Contamos los *por consiguiente*?

—Igual nos faltan números, ¿tú hasta qué número sabes contar? —pregunté entre risas.

—Hace mucho que no veo Barrio Sésamo, no sé si recordaré suficientes números —me contestó con una carcajada.

Tuvimos que parar de caminar hasta que se nos pasó el ataque de risa. Las cervezas y los canutos de esa tarde aún nos hacían efecto. Ocurría a menudo, ataques de risa por la cosa más tonta.

Llegamos al restaurante y ya estaban allí todos esperándonos.

—Hombre, por fin, gracias por honrarnos con vuestra presencia —sonrió Estrella y arqueó las cejas—, ¿venís de un entierro?

Marc y yo nos miramos y nos dimos cuenta de que íbamos los dos vestidos completamente de negro. Nos dio otro ataque de risa.

—Cuánta tontería tenéis, hijos. Bueno, vamos a la mesa que aún nos quitarán la reserva —dijo Reyes, la madre de Marc, muy seria.

Emma y el *enterao* estaban en la barra ajenos a los demás. Cuando Reyes los llamó, se acercaron al grupo. Emma me miró de arriba abajo y puso los ojos en blanco. Le di un pisotón a Marc para que se fijara.

—Tú ganas, yo invito —susurró inclinándose un poco hacia mí. Le dediqué una enorme sonrisa triunfal.

Nos fuimos sentando a la mesa. Pidieron un vino muy caro para todos, pero Marc y yo pedimos cerveza.

—Vosotros no bebáis mucho, a ver si os sienta mal… —dijo Reyes con tonillo de mantra de madre.

—Sí, mamá, lo justito —respondió Marc arrastrando las palabras mientras llenaba los vasos.

Carlos, el *enterao*, les estaba contando a Bruno y a Jaime algo sobre el efecto dos mil. Por lo visto en tres meses se acababa el mundo y yo no me había enterado.

—…el caso es que a nadie se le ocurrió programar los ordenadores para esa fecha, *por consiguiente* —Marc me dio una patadita por debajo de la mesa—, todos los ordenadores del mundo podrían dejar de funcionar.

—Uno. —Me llevé la mano a la boca y fingí que tosía.

La conversación siguió con datos indescifrables que yo estaba segura de que se estaba inventando. En cualquier caso, aunque hubieran sido reales, tampoco me hubiera resultado interesante. Estrella se aburrió rápido y se dirigió a Marc y a mí.

—¿Vais a salir luego?

—Claro —respondimos a la vez.

—¿Otra vez? —La parabólica de Reyes funcionaba perfectamente desde el otro extremo de la mesa—. No pasa nada porque no salgáis todos los fines de semana, no os van a poner falta ni nada.

—Mujer, están en la edad —la calmó mi madre, siempre en tono conciliador.

—Pero no vengáis tarde… —amenazó Reyes levantando un dedo, siempre necesitaba tener la última palabra.

—Antes de la hora de comer, tranquila —respondió Marc aguantando la risa.

—Ya te cuidarás mucho —otra vez el dedo acusador.

—Déjale tener la última palabra o no cenamos —le susurré a Marc al oído y me miró de reojo antes de hacer el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

—Y ¿cómo no se les ocurrió lo del cambio de siglo? No entiendo que no lo pensara nadie —intervino Jaime, que seguía con Bruno y Carlos en la conversación del efecto dos mil.

—En realidad —le contestó Carlos cargado de sabiduría—, el siglo, bueno, y el milenio, no cambia este año. Se empieza a contar en el año uno, *por consiguiente* —Marc levantó el menú que estábamos ojeando y nos escondimos tras él para poder reírnos a gusto—, el siglo y el milenio nuevos comenzarán en 2001.

—Dos —susurré—, y aún no hemos pedido.

Nos empezamos a reír, quizá demasiado fuerte, y Estrella nos dio una patadita a los dos por debajo de la mesa inclinando la cabeza y abriendo mucho los ojos.

Llegó el camarero, pedimos (nos llevó un rato) y, durante un momento, nadie dijo nada.

—Bueno —rompió Emma el silencio—, aprovechando que estamos todos, tenemos algo que deciros —le dio la mano a Carlos —. Nos vamos a casar.

Las madres se pusieron a dar gritos y palmas de alegría, se levantaron y abrazaron a la pareja. Gerardo, el padre de Marc, les felicitó con una media sonrisa. Emma era su ojito derecho, más que Estrella, su propia hija. Era la única de todos que había estudiado derecho, como él, y desde

que acabó la carrera con su expediente impecable, trabajaba en su despacho.

Los demás nos quedamos un poco con cara de póker. Solo tenía veinticuatro años (aunque Carlos tenía veintiocho, había tardado un poco más de la cuenta en sacarse la carrera), nos parecían muy pocos; pero si alguien estaba preparada para tomar una decisión así a esa edad, desde luego era Emma. Cuando se nos pasó el shock, nos fuimos levantando todos para felicitarlos. Una vez pasada la euforia inicial, volvimos a nuestros sitios y se reanudó la conversación. Gerardo pidió una botella del mejor champán para brindar.

—¿Ya habéis pensado fecha? —preguntó mi madre dándole un trago a su copa de vino.

—Todavía no —respondió Emma mirando a Carlos.

—Estamos esperando que me hagan fijo en el bufete. Me acaban de renovar por otros seis meses, *por consiguiente* —Marc me dio un pellizco en el muslo por debajo de la mesa—, yo calculo que para el verano que viene.

—Tenemos varias cosas que pediros, Marc y Greta —Emma nos miraba desde el otro lado de la mesa.

Marc y yo nos quedamos congelados, con los vasos de cerveza a pocos centímetros de los labios. ¿Qué podían querer de nosotros? No se me ocurría nada.

—¿El qué? —pregunté por fin, con el vaso aún suspendido cerca de mi boca.

—Pues, lo primero, Greta, que me dejes comprarte el vestido. No quiero que aparezcas con un modelito gótico o siniestro. Es importante para mí.

—Mmm… Bueno, pero algo que nos guste a las dos, no me pongo a ciegas algo que hayas comprado tú.

—Vale, iremos un día de compras. Seguro que encontramos algo en lo que estemos de acuerdo, aunque creo que no será fácil. —Volvió a poner los ojos en blanco.

—Hecho —contesté con una sonrisa levantando el pulgar. No era mi plan ideal, pero podía hacer eso por mi hermana.

Marc se relajó cuando vio que la cosa no iba con él y le dio un trago a la cerveza.

—Y luego, otra cosa que me gustaría es que bailarais en la boda. Una actuación a lo Fred & Ginger. Me haría muchísima ilusión. —Puso cara de niña buena y juntó las manos a modo de súplica.

Oí un ruido desagradable a mi lado y vi la cerveza de Marc saliendo por su nariz. Empezó a toser y yo a reírme.

—Ni de coña —contestó por fin mientras se limpiaba la cara.

—No, no, eso ya pasó —confirmé yo—. No me veo bailando, y menos delante de gente.

—Pensadlo al menos, por favor. Es importante para mí —nos pidió con tono como triste.

—Hay poco que pensar —aclaré encogiendo los hombros—, eso ya pasó.

—No hay NADA que pensar. No voy a hacer el payaso en una boda —añadió Marc tajante, todavía con la voz rara por el atragantamiento de hacía un momento.

—Hijos, ¿qué os cuesta? Si Emma os lo ha pedido será que es importante para ella —intervino Reyes.

—Que no, mamá, que he dicho que no. Si Greta quiere bailar, que se busque otra pareja. Yo le seguí el rollo muchos años, pero ya paso.

—¿Que me seguiste el rollo? —me reí—. Qué poca vergüenza tienes… Pero si eras tú el que quería aprender a bailar y yo la que me tiré al rollo. —Le di una palmada en el brazo.

—Para nada, no flipes —se defendió muy serio.

—Yo también me acuerdo, Marc, fue cosa tuya —intervino Bruno riéndose—, ¿a que sí, Jaime?

—Sí, sí, totalmente —corroboró Jaime—. Yo también me acuerdo. Estabas pesadísimo con las películas de Fred Astaire. Además, que Bruno y yo estábamos traumatizados porque nos había salido un hermano moñas, me acuerdo perfectamente.

La cara de Marc comenzó a ponerse roja, no tenía muy claro si de vergüenza o de mosqueo.

—Marc, fuiste tú —se rio Estrella—, y Greta se apuntó contigo porque siempre se ha apuntado a un bombardeo, pero fue cosa tuya, nos acordamos todos.

—Pero, hijo, si me hiciste comprarte un sombrero de copa y un bastón —añadió Reyes con una risita—. Pero se ve que no era suficiente y luego ya pediste las clases de baile.

Vi cómo se le hinchaba la vena del cuello y apretaba el puño por debajo de la mesa.

—Pensad lo que os dé la puta gana, pero el moñas ya no baila —dijo empezando a mosquearse.

—Vale, dejemos el tema. No bailamos y punto —intervine yo buscando un poco de paz. No quería que el anuncio de la boda de Emma se convirtiera en un drama; y tampoco me apetecía aguantar a Marc mosqueado el resto de la noche.

Vi la cara de decepción de Emma y me sentí mal por un momento, pero se me pasó rápido.

—Pues aún hay algo más. Otra cosa que quiero pediros —dijo con un hilillo de voz.

—¡¿El qué?! —rugió Marc.

—Que nos enseñéis a bailar el vals, que nosotros tendremos que abrir el baile… —respondió Emma con la voz algo temblorosa.

—No —gruñó Marc—. Ni me acuerdo, ni me apetece.

—Os pagaríamos las clases —dijo Emma suplicante.

—Va, que eso es como ir en bici, seguro que ponemos la música y nos acordamos de todo. —le di a Marc un empujoncito con el hombro.

—He dicho que no —contestó muy serio y a un volumen muy alto.

—Vale, vale, dejemos el tema —respondí yo. Miré a Emma y le guiñé el ojo mientras asentía, dándole a entender que de esto lo podía convencer. Ella respiró aliviada y dejó el tema.

Llegaron los camareros en ese momento y comenzaron a servir los platos. Marc seguía muy serio. La comida estaba buenísima, como siempre que veníamos aquí. La conversación siguió girando en torno a la futura boda.

—¿Y en qué tipo de boda habéis pensado? ¿Grande? ¿Pequeña? ¿En un salón de bodas? —interrogó Reyes.

—Pues nos gustaría alquilar una alquería, o un sitio bonito, y que os ocupéis vosotras de la comida, claro.

—Por supuesto, cariño —respondió mi madre.

—No queremos una gran boda —intervino Carlos—, pero sí que hay mucha gente a la que queremos invitar, es un día muy especial para nosotros, *por consiguiente* —le di una patadita a Marc por debajo de la mesa y apretó los labios disimulando una sonrisa. No había *por consiguiente* que no relajara cualquier mosqueo—, no podrá ser muy íntima tampoco.

—¡Ay, qué ilusión! —Estrella empezó a dar palmitas—. ¡La primera boda de la familia!

—Por estadística las primeras deberían haber sido la de Bruno o la de Jaime —dije yo con una risita. Ambos comenzaron a silbar mirando al techo. Todos nos reímos.

Dos platos de comida, un postre y cinco *por consiguientes* más tarde, volvimos a brindar por la feliz pareja. Marc y yo nos despedimos rápidamente, ya llegábamos quince minutos tarde y todavía teníamos que ir hasta el Angelus.

—Greta —me dijo Bruno cuando Marc y yo estábamos casi saliendo por la puerta—, no desfases mucho, que mañana curras y no quiero una zombi en mi barra.

—Sí, jefe —le contesté, acompañando mis palabras de un saludo militar, antes de salir del restaurante.

CUATRO

NOCHE DE FIESTA

Llegamos tarde, pero no apretamos el paso. No se van a ir a ningún lado. Saben que hemos tenido cena familiar y nos estarán esperando. Que esperen.

La acera por la que caminamos tiene una fila de ladrillos que corta en dos la cuadrícula. Greta camina con los brazos en cruz siguiendo la línea, poniendo un pie delante del otro, como si fuera una equilibrista. Menos mal que la calle está desierta.

—¿Sabes que las modelos caminan siempre así? En línea súper recta. Y les obligan a ensayar con libros en la cabeza, para que vayan muy erguidas. —No deja de mirar el suelo todo el tiempo.

—Ni idea —contesto mientras me enciendo un pitillo.

—Pues es así, ¿ves cuántas cosas aprendes conmigo?

—Un montón, todo muy útil. Esta nueva información va a cambiar mi vida —respondo antes de darle una calada al cigarrillo.

—Estás gruñón —protesta sin levantar la cabeza.

—Ha sido una cena de mierda —replico en el tono que me acaba de adjudicar.

—La comida estaba como siempre. A mí me ha gustado. —Se tambalea un poco. Ya se le nota el efecto del alcohol.

—Sabes que no me refiero a eso —replico con indiferencia

—Ya, te has pasado un poco. —Baja los brazos, se detiene y me mira.

—Yo no lo creo. —Encojo los hombros antes de darle otra calada al cigarro.

—Lo de bailar en la boda está claro que no, pero ¿lo del vals? ¿Qué más te da? Son un poco plastas, pero no nos cuesta nada. Y justo el vals era lo más fácil.

—Paso de esas mierdas, además, no me acuerdo de los pasos —respondo con indiferencia llevándome otra vez el pitillo a la boca.

—Ni yo, pero todo es ponerse, yo creo que lo recordaríamos fácil… Además —me da un empujoncito con el hombro—, éramos buenos…

—Éramos imbéciles —la interrumpo.

—Bueno, en eso parece que tú no has cambiado. —Me saca la lengua con cara de asco.

No puedo evitar reírme.

—Mira, ahora *mizsmu*… mismo, uy, no sé hablar. Creo que he bebido mucho —se ríe—. Bueno, que ahora mismo podría intentar bailar un vals.

—Dale —la desafío mientras me apoyo contra la persiana bajada de un escaparate y le doy una calada al cigarro, sin dejar de mirarla.

—Pues, a ver, la musiquilla sería más o menos así…

Se pone a tararear algo que en su cabeza debe de sonar como un vals, pero desde fuera parece

que estén torturando a un gato. De normal no canta mal, pero cuando ha bebido es horrible. Me parece que intenta ser El Danubio Azul[1], vaya tela, que no beba más.

Pone los brazos en posición y empieza a girar siguiendo los pasos. Le miro los pies. Joder, sí que era fácil, ya me acuerdo. Lleva el pelo suelto, como casi siempre. Tiene una pinta muy rara con el vestido de tirantes negro, la chupa atada a la cintura, las medias de rejilla y las botas militares… y bailando un vals ella sola en medio de la calle. Me río con ganas.

—No te rías de mí y ven a bailar conmigo —dice mientras sigue girando.

—Ni de coña —respondo apurando el pitillo.

—Venga, tío duro, que no te va a ver nadie. —Me mira de reojo mientras gira. Su pelo parece quedarse suspendido en el aire con cada giro—. Por aquí no pasa ni Dios, y yo soy una tumba, ya lo sabes. Ven a bailar conmigo o cantaré más alto.

—No me amenaces, nena —digo mientras lanzo la colilla con el dedo pulgar y el corazón. Me apetece unirme a ella, pero a la vez no. Lo hace muy bien, seguro que ha estado ensayando. El alcohol decide por mí y me acerco a ella.

Se detiene y me espera con los brazos en posición. Me coloco en mi sitio, cogiéndole la mano y la espalda, y ella me sonríe.

—No vas a ser menos duro por esto. —Me guiña un ojo.

—Aún estoy a tiempo de darme la vuelta —amenazo ladeando la cabeza.

—Nononono. —Arranca otra vez a bailar y yo la sigo.

La verdad es que sí que es como montar en bici. Mis pies continúan con la secuencia de pasos como si hubiera estado bailando ayer mismo, aunque es raro bailar sin música. Tampoco el vals era nuestro preferido, pero es cierto que es de lo más fácil. Vaya pinta debemos de tener desde fuera, menos mal que no hay nadie por aquí.

Seguimos girando durante un rato y se me olvida que nos están esperando. Voy recordando alguna de las figuras y la separo de mí lo justo para que haga algún giro completo. Es divertido. Creo que yo también he bebido demasiado. Tengo un cosquilleo en la mano que sujeta la suya. Siempre me pasa cuando me toca, debe de estar sobrecargada de electricidad estática o algo. Vamos acelerando el paso, cada vez vamos más deprisa. Solo de pensar en la pinta que tendremos desde fuera me da la risa. Ella se ríe también. En uno de los giros se tropieza con su propio pie y me arrastra al suelo con ella. Seguimos riéndonos tirados en la acera.

—Joder, qué difícil con las botas, era más fácil con los tacones, quién lo iba a decir —afirma entre risas—. Confiesa que te ha gustado.

—Meh, ni frío ni calor —contesto todavía riéndome.

Me pongo de pie y la ayudo a levantarse. Reanudamos el camino hacia el Angelus, ahora sí, solo caminando.

—¿Ves? Te acuerdas perfectamente. No nos costaría nada enseñarles.

—Sería bailar con más gente, además, sería pasar mucho tiempo con el *enterao* —respondo tajante.

—Va, piénsalo, al final acabaría enseñándonos él a nosotros, aprenderíamos un montón, y encima nos pagan, son todo ventajas.

—Es que no sé por qué cojones se tienen que casar, si aún es pronto. No entiendo las prisas. —Levanto una mano a modo de protesta.

—Pues porque Emma es así, parece mentira que no la conozcas. Seguro que lo tiene planeado desde el parvulario.

—Veinticuatro años… Pfff… —Me detengo un momento y la cojo de la muñeca. Se para en seco ella también—. Oye, ¿no estará preñada?

—Argh, tío, ¡no! —Se suelta de mi mano con cara de asco y continúa caminando—. Si han dicho que se casarán dentro de un año o así, además, eso implicaría haberse acostado con el *enterao*. Necesito alejar esa visión de mi cabeza.

—Pues es más que probable que haya ocurrido. —Sonrío y encojo los hombros.

—Nononono, aléjate de mí, Satán, fuera esa imagen de mi mente. —Se lleva las manos a la cabeza.

—Pues, me atrevería a decir —le susurro al oído mientras caminamos—, que es de los que follan con los calcetines puestos.

Me mira con los ojos muy abiertos y cara de asco.

—¿Por qué me has dicho eso? —casi grita—. Fuera de mí esa visión ¡YA!

—No vas a poder pensar en otra cosa cuando lo veas —me río.

—*Por consiguiente*, no debería volver a verlo —responde con una carcajada.

Estallo en otra también y tenemos que dejar de caminar.

—Bueno, ¿qué? ¿Enseñamos a bailar a la reina de la planificación y al follador del calcetín? —pregunta cuando paramos de reírnos.

—Bueno, vale, total, a la que te va a tocar bailar con él es a ti —acepto con una sonrisilla maliciosa.

—Mierda. Intentaré no imaginármelo desnudo y con calcetines o no podré con ello. —Hace una mueca entre risa y asco.

No tardamos en llegar al Angelus y ya están allí los tres esperándonos, jugando al juego ese de tirar una moneda en los vasos para beber.

—Hombre, por fin, ya era hora —dice Samu levantando los brazos cuando nos ve llegar.

—Niñooooooos —saluda Greta. Se sienta a la mesa y rápidamente tira la moneda para unirse al juego.

—¿Cuál es el plan? —pregunto mientras me siento con toda mi calma.

—Pues, según la guía —dice Chus sacando la revistilla que llevamos usando todo el verano —, este finde está en fiestas un pueblo, que ahora no recuerdo cómo se llama, pero al que se llega en metro.

—Guay, ¿y qué hay esta noche? —pregunto encendiéndome un cigarro.

—Según esto, verbena. —Señala la guía.

—Pues ya tenemos plan, ¿no? —pregunta Greta mientras le da otro trago a una de las cervezas de la mesa. Esta noche acaba potando, lo veo.

—Oye, Marc, ¿qué tal con la mística? —me pregunta Loui—. Samu dice que pasa de la suya, que era una estrecha —se ríe.

—Pues un poco lo mismo —respondo dándole una calada al pitillo—, he quedado mañana con ella otra vez, a ver si afloja.

—No te preocupes —dice Greta—, mañana, cuando quedes con ella, te quitas esa cara de estreñido y le sonríes hasta que te salgan los hoyuelos… Y ya verás, se le caen las bragas.

—Qué pava eres —le digo con una sonrisa forzada.

—Nah, esa sonrisa es falsa, no sirve, así no salen. —Niega con la cabeza.

La sonrisa de verdad me sale sola sin que pueda evitarlo.

—Así, así, ¿ves? Así le tienes que sonreír — dice tocándome uno de los hoyuelos, como si yo no supiera dónde están. Aprovecha su mano en mi cara para quitarme el pitillo de la boca y llevárselo a la suya.

—Ueeeee —dice Chus—, Marc repitiendo, eso es que te ha molado…

—Psss, no está mal —respondo con indiferencia.

—Ay, que Marc se nos hace *hippie* —Greta se ríe—, voy a despedirme de tu melena estupenda antes de que te hagas rastas. —Me pasa los dedos por el pelo. Le aparto la mano con una sonrisa.

—Debo decir —añade Samu—, que eligió a la menos *hippie* de todas. Se nota que es *hippie* de catálogo.

—Oh, una *jipi-piji*, tendríamos que haberlo supuesto. —Greta parece decepcionada—. Era demasiado bueno para ser verdad.

—¿Qué queréis que os diga? Tengo una reputación que mantener. —Levanto las cejas.

—¿Sobaco peludo? No me fijé —pregunta Samu.

—No, sobaco depilado —confirmo negando con la cabeza.

—Oh, qué bajón —se queja Greta—, menudo fraude de *hippie*.

Sonrío y encojo los hombros.

—Por eso ha vuelto a quedar con ella —se ríe Loui—, estás que repite si llega a tener pelos en el sobaco o pelotillas en los dedos de los pies.

—Joder, nano, qué asco —se queja Samu tirándole la moneda del juego. Loui la esquiva y se ríe.

—Venga, vamos, que aún perdemos el último metro —dice Chus que, sorprendentemente, parece el más sobrio de todos.

Llegamos al pueblo en cuestión y no nos cuesta nada localizar la verbena. La plaza está al lado de la estación. Vamos directos a la barra y pedimos unos cubatas. Me apoyo en la barra y echo un vistazo al ambiente. Parece que están todos los abuelos del pueblo presentes. También hay bastante peña joven. Supongo que se irá animando la cosa.

Aún no he llegado a la mitad del cubata cuando veo a Chus y a Greta ir a pedir otro. Vaya par, justo los dos a los que peor les sienta el alcohol. Loui está apoyado en la barra a mi lado sin decir nada. Samu va dando vueltas por ahí, supongo que reconociendo el terreno.

La orquesta está todavía en la fase pasodobles y boleros. Qué muermo.

Samu y Chus están hablando con un grupo de chicas. No veo a Greta. La localizo en medio de la plaza bailando un pasodoble[2] con un señor de unos setenta años. La madre que la parió. La señora que los mira mal debe de ser la parienta. Acaba la canción y Greta hace como una reverencia doblando una rodilla y pasando un pie por detrás del otro mientras levanta un faldón de princesa inexistente. Viene hacia nosotros dando saltitos.

—Me ha llamado reina —nos dice con una enorme sonrisa.

—Normal, cosas de viejos —respondo indiferente.

—Envidia, que tú no eres una reina —me dice por encima del hombro.

—Pues no, menos mal —me río.

—Serías una reina déspota y gruñona. —Me quita el cubata y le da un trago.

—Vas a acabar potando, nena —le advierto.

—Joder, cómo estás hoy, no hay quién te aguante. —Me devuelve el cubata y se marcha de nuevo.

Veo que Chus sigue dándoles la chapa a las chicas de antes. Samu se les acerca y se mete en la conversación. La orquesta ha terminado ya la fase de pasodobles y ha empezado con la pachanga. Greta está bailando sola en la pista.

—¿Por qué no bailas con ella? —pregunta Loui.

—Paso de bailar. —Le doy otro trago al cubata.

—Se va a meter en algún lío —su voz suena grave.

—Ya es mayorcita.

—Joder, nano, el Chus va a piñón —dice Samu, que acaba de acercarse a nosotros—, y Greta está a tope.

—Que no beban más —digo—. Cuando les dé el bajón no va a haber quien los aguante.

—Va, están muy graciosos —sigue Samu—, y se lo están pasando mejor que tú.

—Yo me lo estoy pasando bien —me defiendo.

—Sí, sí —contesta riéndose—, ya te veo, menuda juerga llevas encima.

—Capullo.

Se ríe y se queda mirando a Greta, que viene hacia nosotros cantando a la vez que la orquesta.

— *…desde que me dejaste, no hago más nada que extrañarte corasón*[3]— le canta a Samu.

—Vamos a bailar —contesta él riéndose y se piran los dos.

—¿Ves? Podías haber ido tú a bailar con ella —dice Loui mientras mira cómo bailan Samu y Greta.

—Paso —respondo mirando al frente también.

—Ya, tú siempre pasas.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, déjalo.

—Dejado —contesto sin dejar de mirar al frente.

Samu baila de puta pena y se arrima demasiado. Normal, es una de sus técnicas de ligar. No sé cómo le funciona, parece una peonza sin control. No puede seguir los pasos de Greta ni de coña, aunque con el ciego que lleva ella los está dando de aquella manera. Siguen bailando durante un buen rato.

Termina otra canción, se acercan a por Chus y se van a la barra a por unos chupitos. Mierda. Mala idea. Cinco minutos después, Samu ha desaparecido y Chus y Greta están potando en unos arbustos que hay en un extremo de la plaza.

—Joder, lo sabía —gruño dejando mi cubata vacío en la barra y yendo hacia donde están ellos. Loui me sigue.

Me acerco a Greta, le quito la goma que lleva siempre en la muñeca y le recojo el pelo. Le aguanto la cabeza mientras miro hacia otro lado (qué puto asco), hasta que parece que ha terminado. La llevo hasta la barra y pido servilletas y dos cocacolas. Le doy una a Loui para que se la dé a Chus y la otra a ella.

—Gracias, amiguito. —Sonríe casi sin poder abrir los ojos.

—Vaya tela, nena, cómo vas. No bebáis más. Ninguno de los dos —digo dirigiéndome también a Chus.

—No, nano, yo no quiero más alcohol —se queja Chus casi sin vocalizar.

Greta se bebe la cocacola con calma. Parece que se va encontrando mejor.

La orquesta cambia de canción y empieza una musiquilla que me suena, pero no identifico.

—Oh, esta canción[4] te pega mucho. — Greta me pasa las manos por detrás del cuello y se queda abrazada a mí.

—*Por la esquina del viejo barrio lo vi pasar, con el tumbao que tienen los guapos al caminar* —me canta con los ojos cerrados mientras se balancea. Joder, se sabe todas las canciones, hasta cuando va tan ciega como para no saber ni su nombre. La sujeto por la cintura y

me balanceo un poco con ella—. *Las manos siempre en los bolsillos de su gabán, pa' que no sepan en cuál de ellas lleva el puñal*. ¿En qué mano llevas tú el puñal? —me pregunta.

—Yo el puñal lo llevo siempre cargado, nena, da igual la mano —me río.

—Qué guarro eres —se parte de risa mientras me da una colleja. Luego apoya la cabeza en mi pecho.

—¿Por qué dices que me pega esta canción? —pregunto mientras seguimos con el balanceo.

—Porque va de un tío duro y guapo, un chulo, vaya —ronronea—. *Como a tres cuadras de aquella esquina, una mujer va recorriendo la acera entera por quinta vez* —sigue canturreando.

—Pero ¿consigue a la chica? —pregunto.

—No, ella lo mata de un tiro.

—Joder, ¡qué zorra!

—¡Eh! Que él la apuñala primero… —se queja sin abrir los ojos—. Eso te pasará a ti, vas dando puñaladas por ahí y al final te llevarás el disparo.

—Bueeeeeeno, tampoco soy tan malo… —susurro en su oído.

—Eso pregúntaselo a las apuñaladas… Si te cogen el teléfono, claro. —Suelta una risita entre dientes.

Me río también y seguimos meciéndonos a un ritmo más lento que el de la canción. Va tan ciega que creo que se podría dormir de pie con el balanceo.

—Tíos, ha pasado un tren. Nos podemos pirar ya si queréis. —Samu aparece de repente.

—Sí, será lo mejor, estos dos están fatal. Vámonos —le respondo.

Subimos al metro y Samu y Loui se sientan en una fila de tres asientos dejando libre el del medio. Chus y yo hacemos lo mismo en los tres de enfrente. Greta se sienta encima de mí girada hacia Chus y apoya la cabeza en mi hombro. La sujeto para que no se caiga con el movimiento del tren. Chus va medio recostado en su asiento.

—Amo a María José —dice Chus con los ojos cerrados.

—¿Quién es María José? —pregunta Loui.

—Una chica que he conocido hoy. Es la mujer de mi vida —responde Chus sin abrir los ojos.

—¿No era María Jesús? —pregunta Greta, también con los ojos cerrados.

—Hostia, puede ser. Pues quiero a María Jesús o a María José —nos reímos todos—. ¡Quiero a María Jesús o a María José! —grita más fuerte. Vaya tela, qué nochecita me están dando.

—Yo quiero a Tato —dice Greta, todavía sin abrir los ojos.

—No sé qué le ves a ese pavo —le responde Samu—, es feo de cojones.

—Qué va, es mono. —Ella intenta sin éxito levantar la cabeza de mi hombro—. Y tan tímido…

—Es viejo —le digo.

—Tampoco tanto, como Bruno o así.

—Pues eso —confirmo.

—¿Por qué le llaman Tato? —pregunta Loui.

—Ni idea —responde ella todavía con los ojos cerrados—, se lo preguntaré cuando le deje entrar en mi lugar feliz.

—¿Tu lugar feliz? —Samu se descojona—. ¿Te refieres a lo que creo que te refieres?

—Claro, ¿se te ocurre un lugar más feliz que ese? —pregunta ella sonriendo con los ojos cerrados. Todos nos reímos.

—No, la verdad es que no se me ocurre otro lugar más feliz —responde Samu.

—¿Y a ti? —me pregunta en un susurro con la cabeza apoyada en mi hombro.

—A mí tampoco, nena —le respondo al mismo volumen. Apoyo mi cabeza sobre la suya y me quedo así el resto del viaje. Estoy muy cansado.

—¡Quiero entrar en el lugar feliz de María Jesús o María José! —grita Chus medio dormido y los tres que podemos tener los ojos abiertos nos reímos.

Llegamos a casa ya de día. Siempre entramos por casa de Greta cuando llegamos a estas horas. Si nos tiene que pillar alguien, que sea su madre, mis padres son peores. La acompaño hasta su habitación como puedo, casi no se tiene en pie.

Entramos en su cuarto y cierro la puerta. Ella se deja caer sobre el colchón. Me siento a los pies de la cama y le quito las botas. Abre los ojos, me sonríe, se incorpora y se vuelve a tumbar apoyando la cabeza sobre mis piernas. Está casi dormida. Me quedo mirando la cicatriz que tiene en el labio inferior de cuando nos caímos de la cabaña del árbol a los ocho años. Yo tengo una parecida bajo la sien. Nos tuvieron que dar puntos y todo. La suya le queda genial con los labios tan gruesos que tiene, como si llevara un piercing de esos que se ponen a un lado de la boca. Paso mi dedo pulgar por encima de la cicatriz, está suave. Al tacto casi no se nota, solo a la vista. Está muy morena, aún no se le ha ido el bronceado de este verano.

—Te quiero mucho, Marc —dice con los ojos cerrados.

—Lo sé, nena, y yo. —Le paso la mano por el pelo.

—¿Tú también te quieres? —pregunta con una sonrisilla abriendo un ojo a duras penas.

—Sí, nena, me quiero mucho —sonrío.

—Esa, esa es la sonrisa. Mañana triunfas fijo con la mística. —Cierra los ojos y se queda dormida.

La dejo en la cama, la tapo con una manta y me piro por el armario a mi habitación.

CINCO

UN SÁBADO TRANQUILO

Me desperté a las cuatro de la tarde con todo el peso de la noche anterior sobre mi cabeza. «No vuelvo a beber», me mentí conscientemente. Tenía el tiempo justo para darme una ducha, comer algo y llegar al bar. Por suerte, la casa estaba vacía, no me apetecía hablar con nadie. Antes de irme, pasé por la habitación de Marc.

La persiana estaba bajada, pero unos rayitos de luz se colaban por las rendijas y dejaban ver pequeñas motas de polvo flotando en el ambiente cargado de la habitación. Olía a alcohol y a Marc. Él también había bebido mucho la noche anterior, aunque supuse que no tanto como yo, o al menos le había sentado mejor. Estaba en la cama, dormido. Solo llevaba el pantalón del pijama. La poca luz que entraba por la ventana dibujaba manchas sin forma en su pecho, como unas sombras chinescas invertidas. Me agaché junto a su cama, le quité el pelo de la cara y le di un beso en la mejilla.

—Me voy a currar —le susurré al oído—, gracias por lo de anoche.

—Que vaya bien, nena —contestó muy bajito sin abrir los ojos.

—Y a ti, suerte con la mística —dije mientras me ponía de pie.

Levantó un brazo, me agarró de la muñeca y tiró de mí hasta hacerme caer sobre la cama, encima de él. Me reí y me dejé caer a su lado en el colchón. Me pasó un brazo y una pierna por encima sin abrir los ojos.

—Quédate un rato a dormir conmigo.

—Ojalá pudiera sobar un poco más, pero me tengo que ir a currar.

—Qué bien hueles —dijo acercando su cara a mi cuello.

—Me acabo de duchar. Tú no hueles bien —contesté riéndome. Solo era cierto en parte, olía a alcohol y a sudor, pero, hasta cuando olía mal, era agradable—. Venga, me piro, que ya llego tarde —añadí quitándomelo de encima, no sin dificultad—. Luego nos vemos.

—Au, nena, te veo luego. —Se dio la vuelta y se volvió a dormir, si es que había llegado a despertarse del todo en algún momento. Tenía mis dudas.

Llegué a La Cueva apenas unos minutos tarde. Bruno me estaba esperando, y no parecía muy contento.

—Joder, Greta, vaya careto traes, te dije que no desfasaras —dijo muy serio.

—Ya, tío, se nos fue de las manos —contesté a modo de disculpa.

—Pues controla, al menos cuando curres al día siguiente. —Se notaba que estaba enfadado —. Luego vendrá Adela, a eso de las ocho, va a venir los sábados a partir de ahora.

—¿Quién es Adela? —pregunté, ni me sonaba.

—Una amiga de hace años, ha currado mucho en bares, no te preocupes por ella que no tendrás que enseñarle nada. Es un torbellino, ya lo verás.

—Genial —dije con alivio—. ¿Viene en lugar de Tato? —pregunté fingiendo indiferencia.

—No, no, estaréis los tres. Tato vendrá a su hora, como siempre.

—Vale, guay.

—Bueno, pues me voy ya, luego igual me paso, bébete un tanque de café o lo que haga falta, pero cambia esa cara.

—Claro —intenté sonar convincente.

Bruno se marchó y me dejó sola. El bar estaba tranquilo. Estaban, para no variar, los borrachos de turno en un extremo de la barra y había gente en un par de mesas, pero no eran escandalosos. Menos mal. Hice caso a Bruno y me preparé un café bien cargado, la tarde iba a ser larga.

No tardó en llegar Loui, venía solo. Traía una bolsa de papel con el logo de una panadería. La levantó cuando llegó a la barra.

—Hidratos y chocolate —sonrió—, lo mejor para la resaca.

—Te acabas de convertir en mi persona preferida —le dije y él se rio.

—¿Cómo estás? —preguntó con una sonrisa.

—Si me olvido de que tengo dentro de la cabeza un mono tocando los platillos, bien, estoy bien —contesté—. ¿Quieres un café?

—Claro.

—¿Qué sabes de los demás? —pregunté mientras presionaba el botón de la cafetera.

—Samu vendrá en un rato. A Chus le he mandado un mensaje, no he querido llamarle. Debe de estar como tú o peor —se rio—. ¿Y Marc?

—Lo he dejado durmiendo.

—Bien, que duerma, a ver si le cambia un poco el humor, que ayer tenía el día tonto.

—Ya, se pasaron un poco con él en la cena y le sentó fatal, aunque no les faltaba razón.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —me preguntó intrigado.

Le conté un poco por encima la conversación de la cena y se rio con ganas.

En la lista de personas con las que no me apetece encontrarme un sábado de resaca recién levantado está mi padre. Me atrevería a decir que ocupa el primer lugar. No suele ocurrir, normalmente no está en casa y, si está, es encerrado en su despacho.

—Marc, son las cinco de la tarde, ¿te parece normal levantarte a estas horas? —dice nada más verme aparecer en la cocina.

—Es fin de semana, papá —contesto cansado ya de la conversación antes de que empiece.

—Ya no estás de vacaciones, ha empezado el curso y no te veo centrado.

—Estoy centrado, papá, pero es fin de semana. —Qué cansino es.

Cojo algo de comer y me siento a la mesa.

—¿Qué hiciste anoche? —Joder, no se calla.

—Nada especial, estuve con una chica y luego con los colegas por ahí.

—Déjate ya de colegas y de chicas, que no tienes quince años, ¿y los estudios?

—Papá, tranquilo, que acaba de empezar el curso.

—No, tranquilo no. Has elegido una carrera poco seria, tienes que ser el mejor de tu promoción si quieres llegar a algo.

—Periodismo no es una carrera poco seria.

—Deberías haber elegido derecho. —También podría clavarme un tenedor en la mano, las dos cosas me apetecen lo mismo.

—Como tú, claro. —Joder, qué mal me viene esta conversación ahora.

—Sí, como yo, y como Emma, que ya tiene el futuro asegurado. Mira los demás, ninguno está bien colocado, pero tú aún estás a tiempo de tomártelo en serio y llegar a algo. Incluso podrías pedir el traslado de expediente a derecho, solo habrías perdido un año.

—Joder, papá, que no quiero ser abogado.

—Y ¿qué quieres ser?

—No sé, papá, estoy en segundo, hay tiempo de pensarlo —respondo agotado. No voy a volver a decirle que quería estudiar Bellas Artes y ser ilustrador o dibujante de cómics, ya sé cómo termina esa conversación.

—Pero es que no lo estás pensando, estás todo el día en el bar de Bruno haciendo el imbécil. Si Greta y Bruno quieren desperdiciar su vida, es asunto de ellos y de Maite, pero a ti no te lo voy a consentir. Deberías dejar de ir tanto con Greta y con esos amigos inútiles que tienes y centrarte un poco.

—Joder, papá, qué brasa me estás dando. He aprobado todo primero, ¿no? Pues ya está, no me está yendo tan mal.

—Has aprobado primero con unos resultados mediocres.

—Bueno, pues igual es que soy mediocre, te ha salido un hijo tonto, asúmelo ya y déjame en paz.

—De eso nada, eres muy capaz, otra cosa es que no te dé la gana…

Me levanto de la mesa, no puedo con esto.

—¿Dónde te crees que vas? Estamos hablando.

—Paso, papá, no me apetece esto ahora, me piro.

Salgo de casa dando un portazo.

La tarde estaba muy tranquila, lo que le venía fenomenal a mi resaca. Loui llevaba ya un buen rato dándome conversación. Tato apareció puntual, a su hora. En cuanto lo vio entrar, Loui puso una excusa y se fue, después de decirme que volvería más tarde con los demás.

—Hola, guapa, ¿cómo va? —preguntó Tato poniéndose un poco colorado. Qué mono era.

—Bien —contesté—, con una resaca de la muerte, pero bien. —Dejé caer los brazos sobre la barra y hundí la cabeza en ellos.

—Lo mejor para la resaca es seguir bebiendo, lo sabes, ¿no?

Arqueé las cejas con desconfianza.

—Te lo juro —dijo con una risita—, si sigues bebiendo lo que bebías ayer se te igualará el

alcohol en sangre.

—Ayer me bebí todo el garrafón de una verbena, no creo que pueda seguir por ahí —me reí.

—No, en ese caso, no —contestó con una sonrisa—. Prueba con una cerveza entonces, parece lo más inofensivo.

Le hice caso y cogí una birra. Al momento me encontraba mucho mejor. Me senté en una de las neveras que teníamos tras la barra y puse los pies en la de enfrente. A Bruno le daba rabia que hiciera eso, pero no era probable que apareciera a esas horas. Me bebí la cerveza con calma mientras hablaba con Tato de todo y nada.

—La semana que viene no vengo —empezó a contarme con su sonrisilla tímida habitual.

—¿Y eso? —pregunté intentando disimular mi decepción.

—Me voy de viaje, a Turquía, con unos amigos.

—Oh, qué envidia, ¿cuánto tiempo?

—Una semanita, nos vamos el lunes y volvemos el domingo.

—Tráeme un regalito —sonreí con cara de niña buena.

—¿Sí? ¿Quieres? —preguntó mientras su cara se teñía del rojo frecuente en él—. Bueno, veré si encuentro algo…

—Cualquier cosita, solo para ver que te has acordado de mí… —le dije con toda la intención de que se pusiera más rojo todavía. Funcionó.

Tal como había dicho Bruno, a las ocho en punto llegó Adela, poco más de metro y medio de incontinencia verbal y energía desbocada. Era una chica delgada y fibrosa. Nada más verla, pensé que debía de pasar horas en el gimnasio o ser bailarina, o algo parecido. No paraba de hablar y de moverse ni un momento. Parecía que fuera hasta las cejas de *speed* o de farlopa, aunque no podía asegurarlo, igual solo era su forma de ser.

—Hola, Tato, guapo, ¿qué tal? —dijo nada más llegar.

—Hola, Adela, cuánto tiempo —respondió él, poniéndose colorado hasta las orejas.

—Hola, guapa, tú debes de ser Greta, ¿verdad?, la hermana de Bruno. —Asentí—. Yo soy Adela, encantada —añadió dándome dos besos—. Bueno, contadme un poco, a ver, aquí las cámaras, barriles, negra y rubia, por esa puerta se va al almacén, ¿verdad? —Se asomó al almacén—. Vale, cascos vacíos, barriles vacíos, barriles llenos, lo tengo —Volvió a la barra—, ahí las botellas, los vasos, la cafetera, este modelo me lo conozco… Y por allí los baños y el billar. Vale, creo que lo tengo todo. Si me falta algo os iré preguntando.

No tuve que contarle nada, ya se lo contó todo ella misma. Tato se reía.

—Bueno, unos chupitos para entonar la noche, ¿no? —dijo Adela como primera propuesta laboral.

—Yo paso, que aún me duran los de anoche. —Me sentí un poco cría al decirlo, ella era mayor, debía de tener por lo menos veintiséis años, pero prefería pasarme de prudente y no acabar como la noche anterior. Solo de pensar en tomarme un chupito me daban arcadas.

—Ay, estos jóvenes… No hay que desfasar tanto cuando curras al día siguiente— dijo en tono condescendiente—. ¿Y tú, Tato? ¿Te apuntas?

—Claro.

Se tomaron sus chupitos y estuvimos hablando los tres un rato. Adela me resultaba inquietante, tan pronto contaba una historia divertida para reírte hasta que te dolían las costillas como se ponía a hablar de algo serio con un lenguaje críptico que yo no sabía ni de qué me estaba hablando.

La cerveza me había sentado genial, me encontraba mucho mejor. Me tomé otra antes de que me diera el bajón y ya estaba totalmente recuperada cuando llegaron Loui, Chus y Samu y se sentaron en la mesa de siempre.

Había quedado con la mística a las siete en una tetería que me había dicho que era genial. Palabras textuales. Tenemos conceptos diferentes de la palabra genial. Llevamos como una hora aquí y el ambiente está cargado y huele mal. A sobaco, pies y canutos. Hemos estado besándonos un rato, pero parece más interesada en preguntarme cosas de mi vida y contarme otras de la suya que me interesan más bien poco. No tiene pinta de que vaya a pasar a mayores la cosa. No voy a aguantar toda la noche así. Le propongo ir a La Cueva para cambiar de aires, allí por lo menos estarán mis colegas.

Llegamos a La Cueva a eso de las ocho y media y, efectivamente, ahí están los tres. Nos sentamos con ellos. Ella parece muy contenta de que le presente a mis amigos. En la barra solo está Tato y una chica que no conozco. Ni rastro de Greta. Estoy a punto de preguntarle a estos por ella cuando la veo aparecer por la zona del billar. Lleva varios botellines vacíos en cada mano. Camina con paso firme con sus botas militares, como si con cada pisada pudiera hundir el suelo a su paso. Viéndola así nadie pensaría que es la misma que anoche iba potando por los rincones. Cuando está currando es como si se transformara en una camarera tronca. Hoy lleva un pantalón de cintura baja y una camiseta corta, y todos los cerdos del bar se quedan mirándole el *piercing* del ombligo cuando la ven pasar. Llega hasta la barra y deja las botellas. Le dice algo al Tato de los cojones y los dos se ríen. Viejo verde, debería ligar con tías de su edad. Uno de los asquerosos habituales del bar aprovecha que ella está a su mismo lado de la barra y le pasa un brazo por la cintura. Ella lo aparta y le dice algo con su cara de borde. El otro le sonríe con cara de tonto. Qué tío más patético.

—¡Marc! —me reclama Sara—. ¿Me has oído

—No, perdona, estaba empanado, ¿qué me has dicho? —Los tres cabrones se ríen.

—Que si aquí hay que ir a pedir o si vienen a servirnos —repite.

—Joder, «a servirnos», dicho así suena como si fuéramos marqueses —le digo con sorna.

—No me has contestado —insiste.

—No sé, según el día, pero vaya, que si tienes prisa voy yo a pedir.

—No, no es que tenga prisa, pero hay tres personas currando y parece que muchas ganas de trabajar no tienen —dice con un tono un pelín impertinente.

—¡A currar, cabrones! —Samu hace el gesto de chasquear un látigo dirigido hacia la barra. Todos nos reímos menos Sara.

—Ay, a ver si parece que soy una déspota, para nada, solo era un comentario —dice ella con voz dulce llevándose una mano al pecho.

Miro hacia la barra y están los tres dentro de risas, la verdad es que no parece que tengan muchas ganas de trabajar. Greta desaparece por la puerta que hay dentro de la barra que lleva al almacén.

—Ahora vengo, voy al baño —digo mientras me levanto.

Al lado de los baños está la otra puerta del almacén, con un cartel enorme de letras rojas en el que pone «ONLY STAFF». No soy *staff*, pero como si lo fuera. He entrado miles de veces. Entro y cierro con cuidado la puerta tras de mí. Huele a humedad y está menos iluminado de lo necesario. Greta está de espaldas a la puerta, moviendo cajas de botellas vacías y no me ha oído entrar.

—¿Qué tal, nena? ¿Cómo va esa resaca? —pregunto a un volumen suficiente como para que pueda oírme a pesar del ruido de los cristales.

—¡Joder, tío, qué susto! —grita dándose la vuelta y lanzándome un posavasos de cartón que esquivo hábilmente—. ¿De dónde sales?

—De la puerta de los baños —explico mientras me acerco a ella.

—Ya, pero es que ni sabía que estabas en el bar. —Sigue moviendo cajas.

—Soy como un ninja —digo haciendo un movimiento sigiloso—. No, en serio, hemos llegado hace nada.

—¿Hemos? ¿Has venido con la mística?

—Sí —me río—. ¿Qué haces? ¿Te ayudo?

—¿No es un poco feo que la dejes ahí fuera esperando para venir a mover cajas? —pregunta con una sonrisa—. ¿Ya estás preparando la puñaladita?

—No, tranquila, soy un niño bueno —sonrío poniendo cara de buena persona—, la he dejado con estos, quería saber cómo estabas después de lo de ayer.

—Estoy genial ya, no hay resaca que pueda conmigo —dice apartando una de las cajas.

—Y ¿qué haces con las cajas?

—Buscar a ver si queda alguna de tónica, que vamos a palmar, y según el inventario tiene que haber dos.

—Venga, te ayudo, que menudo caos tenéis aquí, ¿por qué no apilamos ahí todas las vacías y así tenemos espacio libre para sacar las llenas?

—Vale, bien pensado.

Ella comienza a apilar las cajas que tiene más a mano y yo le voy pasando las que le quedan más lejos. Cuando llega a una altura considerable deja ver parte del tatuaje que le asoma por la cintura del pantalón. Nos los hicimos cuando cumplimos los dieciocho, menuda bronca nos cayó. Yo lo llevo en el muslo.

—Oye —pregunto mientras voy pasándole cajas—, ¿y por qué no está aquí tu príncipe azul ayudándote? ¿Por qué haces esto tú sola?

—No estoy sola —responde guiñándome un ojo—, está aquí mi príncipe azul ayudándome.

—Qué pava —me río—, ya sabes a lo que me refiero.

—Ya, no sé, he venido yo. Hay curro fuera, no íbamos a dejar sola a Adela por una caja de tónicas…

—Eso te iba a preguntar, que quién es la nueva… Mira, aquí están tus tónicas. —La paso la caja llena que acabo de localizar.

—Una amiga de Bruno, es una máquina, luego te la presento. Genial, gracias por la ayuda —contesta quitándome la caja de las manos—. Vuelvo al curro. Ahora te veo.

—Au, nena. —Salimos cada uno por una puerta del almacén.

Vuelvo a la mesa y compruebo que los cuatro siguen tal cual los he dejado.

—¿Sin novedades? —pregunto al sentarme.

—Pues no, no ha venido nadie —responde Sara muy seria.

—A ver estos chicos tan guapos qué van a tomar —dice apareciendo de la nada la chica nueva—. Bueno, lo primero de todo, ¿quién es el hermano de Jaime? Diría que… tú, ¿verdad? —Me señala.

—Yo mismo —respondo levantando un poco la mano.

—Encantada, yo soy Adela. —Se agacha a darme dos besos—. Conozco a tu hermano desde hace muchos años, bueno, y a Bruno, y a todos los demás. Y ¿estos chicos de aquí cómo se llaman?

—Samu, Luis, Chus y Sara —le explico mientras los voy señalando—. Y yo soy Marc.

—Estupendo, chicos, ¿qué queréis tomar? ¿Birras para todos? —pregunta mirando la colección de botellines vacíos que hay sobre la mesa.

—Claro.

—No tardo nada —dice antes de desparecer por donde había venido llevándose todos los botellines vacíos.

No miente. Al momento está de vuelta con cervezas para todos. Nos las bebemos entre risas y canutos.

—Bueno —dice Samu frotándose las manos—, esta noche ¿qué?

—Yo paso de salir —contesta Chus—, por mí de tranquis.

—Por mí también —confirma Loui.

—Vale —Samu se gira hacia mí—. ¿Vamos a tu azotea?

—Claro, lo que queráis —respondo con indiferencia.

—Ay, la nueva generación, que flojita viene —dice Adela, que acaba de aparecer con Greta a recoger más botellines vacíos—. Un sábado de tranquis… Esto os lo arreglaba yo con unos chupitos de absenta… No tenemos, ¿no? —le pregunta a Greta, que niega con la cabeza—. Bueno, pues el sábado que viene traigo una botella, ¿la habéis probado?

—No —respondemos todos.

—Qué graciosos, pues yo os desvirgaré de absenta, ya veréis qué bien. Nada que ver con cualquier cosa que hayáis probado.

—Guay —contestamos todos.

—Pues au —dice Samu poniéndose de pie. Los demás nos levantamos también.

—En cuanto cierre, voy para allá —dice Greta.

Todos nos despedimos de ella y salimos de allí.

SEIS

LA AZOTEA

Llegué a la azotea y ya estaban todos allí. Marc había subido la manta que utilizábamos siempre para no sentarnos en el suelo. Era una manta grande y muy gorda de flores, con un diseño de los años sesenta o setenta. Era casposa, pero a la vez tenía su encanto. Había subido también un radiocasette en el que sonaba música a un volumen lo suficientemente bajo como para no molestar a los vecinos. Aun así, siempre nos poníamos en el lado de la azotea que estaba sobre un piso en el que no vivía nadie.

Marc y Samu estaban apoyados en la pared de ladrillo que hacía de barandilla. La chica de Marc estaba a su lado. Enfrente de ellos estaban Loui y Chus, con las piernas cruzadas y la espalda encorvada, no tenían dónde apoyarla. No me apetecía esa postura, prefería apoyar la espalda, así que decidí ir a sentarme con Samu. No me parecía apropiado sentarme entre las piernas de Marc estando su chica al lado, era de mal gusto, y tampoco quería estar de farolillo. Le hice un gesto a Samu con el pie para que abriera las piernas y me senté entre ellas, apoyando mi espalda contra su pecho. Aproveché para quitarle el cigarro que se estaba fumando y cogerle la cerveza que tenía en la mano.

—¿Quiere algo más la señora? —preguntó riéndose.

—No, está todo bien, Bautista, puede retirarse. —Agité en el aire la mano con la que sostenía el cigarrillo. Todos nos reímos—. ¿Qué es esta música[1]? —pregunté con gesto de sorpresa.

—Una cinta súper vieja que ha traído Chus —explicó Marc antes de darle un trago a su cerveza—, de cuando teníamos quince años, o igual menos.

—Para recordar viejos tiempos, chaval, ¿a que mola?

—Sí, sí, mola mucho —Marc se rio—. Siento que me están volviendo a salir granos otra vez.

Sara le giró la cara y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Sí? Yo te veo la cara muy bien, no tienes ningún grano —le dijo en serio.

Todos estallamos en un ataque de risa.

—Era broma, tía. —le dio un beso en el hombro.

—Ah, pues no lo pillo —añadió ella mientras todos aguantábamos un nuevo ataque de risa. No queríamos parecer unos cabrones.

—No era tan gracioso —respondió Marc en tono despreocupado.

—Menos mal que está buena —me susurró Samu al oído y yo le di un codazo mientras ahogaba una risita.

Tras un breve pero incómodo silencio, habló Chus.

—Tíos, tíos… ¿Guerra de birras? —preguntó expectante.

—Venga, va. —Samu se puso de pie—. Empezamos tú y yo.

—No le vais a quitar el título al campeón, pringados —dijo Marc riéndose desde su sitio.

Samu y Chus se colocaron de pie fuera de la manta y Marc les lanzó la navaja que siempre llevaba en el llavero. Hicieron el ritual de perforar la lata y aguantarla frente a sus caras mientras los demás iniciábamos la cuenta atrás.

—¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno… YA! —coreamos todos mientras ellos abrían las latas y trataban de bebérselas lo más rápido posible.

A Chus le dio un ataque de risa a la mitad y escupió lo que tenía en la boca. Samu apuró hasta el final. El que ganaba tenía que seguir contra el siguiente. Se levantó Marc y repitieron el ritual. Terminaron a la vez y tuvieron que repetir. La segunda ronda la ganó Marc claramente. Luego nos ganó, primero a Loui y luego a mí, sin inmutarse. Tampoco fuimos grandes rivales. Loui nunca lo era y yo, después de lo de la noche anterior, no quería pasarme. Las tres últimas veces que habíamos hecho guerra de birras había ganado Marc; y Chus, y sobre todo Samu, estaban un poco picados. Le pidieron la revancha y volvieron a perder.

—¡A los pies del campeón indiscutible! —gritó Marc levantando los brazos. Todos nos reímos. Se acercó a la chica que no se había levantado de su sitio en todo el tiempo —. ¿Hay por ahí un beso para el vencedor? —le preguntó con una sonrisa. Empezaron a enrollarse allí mismo mientras los demás lo vitoreaban.

—Sabes a cerveza —dijo ella con una sonrisa.

—Normal, tía, me he bebido como mil en un momento.

—Oye —le preguntó Loui a Marc entre risas—, ¿a ella no la llamas «nena»?

—Con ella no tengo una venganza personal —contestó Marc riéndose también mientras me daba un golpe en la rodilla.

—Rencoroso de mierda —le dije—. Pues que sepas que me da igual, ya no me molesta —añadí mientras cerraba los ojos y negaba con la cabeza.

—No te lo crees ni tú, *nena*.

Le lancé la chapa de un botellín y todos nos reímos.

Comenzó entonces a sonar una canción[2] de las que bailábamos dando saltos cuando teníamos quince años y todos nos pusimos en pie a saltar. Marc se separó de su chica y se unió a nosotros. Tenía los ojos rojos y vidriosos, normal, se había bebido siete cervezas en cuestión de diez minutos, más las que llevara de antes. Pasaba pocas veces que Marc fuese tan ciego como para perder la compostura y ponerse a bailar o a dar botes. Estábamos los cinco cantando a pleno pulmón y saltando, su chica no había querido unirse. A mí todo me daba vueltas, pero era demasiado divertido como para parar. Se acabó la canción y empezó una más pachanguera[3]. Samu le dijo algo a Chus al oído y se fueron a una zona de la azotea que no era visible desde donde estábamos. Loui, Marc y yo nos sentamos a descansar entre risas. Un momento después, aparecieron Chus y Samu vestidos con ropa que habían cogido del tendedero de algún vecino. Chus llevaba una faja de señora que le llegaba casi hasta los sobacos y un fular en el cuello. Samu se había puesto una camisa de leopardo ajustada abierta de mitad para arriba porque no le cerraba, debía de ser de mujer. No importaba que no le cerrara porque debajo se había puesto la parte de arriba de un bikini. Todos nos descojonamos al verlos aparecer. Empezaron a bailar y a interpretar la letra de la canción que estaba sonando. No podía parar de reírme.

Cuando terminó la canción, Chus se sentó a liarse un canuto y Samu vino a hacerme un gesto para que bailara con él. Sonaba una canción[4] de salsa. Me levanté y le acompañé hasta la improvisada pista de baile. No podía evitar seguir más o menos los pasos que conocía, pero era muy difícil bailar con alguien que solo daba pasitos cortos moviendo el culo de un lado a otro.

Pese a todo, era divertido. Sus esfuerzos por imitar mis pasos me daban mucha risa. Me acercó mucho a él, más de lo que requiere la salsa, y me puso la mano al final de la espalda. Le miré levantando una ceja y él se rio. Estaba sorprendentemente guapo hasta con ropa de mujer. Empezamos a dar vueltas abrazados en esa posición y entre las cervezas, la música, el baile y la falta de luz, todo empezaba a perder importancia a mi alrededor… Cada vez estábamos más cerca…

—Tío, bailas de puta pena, se lo estás haciendo pasar fatal. —Marc le lanzó una colilla apagada.

—Déjame en paz, nano, no vayas ahora de bailarín —le contestó Samu.

—Mil vueltas te doy, flipado… Si no fuera tan ciego, te enseñaba cómo se hace —replicó Marc, que seguía sentado con su chica y le pasaba un brazo por encima del hombro.

—No hay huevos, capullo, ven a bailar —le amenazó Samu.

—Suerte tienes de que vaya tan ciego —volvió a hablar Marc desde donde estaba.

—Tú, a callar ya. O bailas, o te callas —le dije como si fuera un niño pequeño.

—Vale, nena, me callo —se rio.

Empezó la siguiente canción[5]… *Uno, dos, one, two, tres, cuatro…* La reconocí enseguida. Era un rocanrol bastante viejo con el que habíamos tenido que hacer una exhibición en su día. Habíamos ensayado durante meses. Pensábamos que la letra hablaba de una chica hasta que Bruno nos dijo que hablaba de una droga y nos escandalizó. Qué pequeños éramos.

—Nena, nena, ¿te acuerdas? —Marc se puso de pie—. Es una señal…

Vino hacia mí dando pasitos cortos de rocanrol al ritmo de la música, chasqueando los dedos de una mano y con un pitillo entre los dientes. Era muy macarra, pero había que reconocer que siempre había tenido un ritmazo. Cuando llegó hasta nosotros, Samu se apartó.

—Toda tuya, chaval, a ver si eres tan bueno como dices —le dijo con un poco de pitorreo y fue a sentarse con los demás.

Empezó a bailar la canción, tal y como la habíamos bailado tantas veces, y yo le seguí el rollo. Se reía y le brillaban los ojos, vaya ciego llevaba. La primera parte era lo fácil, solo había que mover caderas y rodillas al ritmo de la música con los pies clavados al suelo. A partir del estribillo la cosa se complicaba. Ahí ya teníamos que cogernos las manos y bailar sincronizados. No hubo mucho problema tampoco. Me daba especial miedo la parte del solo, eso siempre nos había salido fatal. En esa parte tenía que levantarme por el aire varias veces. Cuando bailábamos esta canción a los doce años, yo era bastante más alta que él, no solo porque soy cuatro meses mayor, sino porque yo fui de crecimiento temprano, pero él no pegó el estirón de verdad hasta el verano en que cumplió los dieciséis. Ahora que era él el que me sacaba casi una cabeza a mí, esa parte fue otra historia, nos salió mejor que nunca. Todos empezaron a gritar y a vitorearnos. Nunca me ha gustado ser el centro de atención, noté cómo empezaba a ponerme roja sin poder evitarlo.

—Nano —gritó Chus—, estás poniendo a una tía celosa y a la otra cachonda, nos las vas a espantar. Que alguien vaya a buscar al Tato para que arregle esto…

Todos nos reímos y yo sentí cómo me ponía más roja aún.

Acabó la canción y todos empezaron a aplaudirnos. Marc me cogió por la cintura para que nos inclináramos a saludar, como hacen los actores de teatro al acabar la función. Fuimos a sentarnos, él con su chica y yo con Samu, tal como estábamos en un principio.

—Me quito el sombrero, maestro —le dijo Samu a Marc—. Mis respetos.

—Te lo dije, chaval.

—Bueno, bueno, aun así, ella baila mejor que tú.

—Eso no te lo voy a discutir.

—Oye, me dijiste ayer que ya no bailabas —le dijo Sara—, qué mentiroso.

—Hacía años que no bailaba, pero ya ves… Me habrás inspirado tú. —La besó.

—Tengo que estar en casa a las cuatro —dijo ella cuando pararon un momento de besarse—. Son menos cuarto, ¿me acompañas?

—Paso, que voy muy ciego —contestó Marc.

—No me apetece ir sola por la calle a estas horas —dijo ella de mala gana.

—Yo te acerco, que voy en coche —se ofreció Loui. Era el que vivía más lejos y el único que siempre traía coche—, y pensaba irme ya.

—Pues me acercas a mí también —le pidió Chus—, que no me apetece patear.

—Y a mí, que te pilla de paso —se apuntó Samu.

—¿De verdad no me vas a acompañar? —le preguntó la mística a Marc.

—De verdad de la buena —dijo él echando la cabeza hacia atrás, apoyándola en el muro y cerrando los ojos.

—Ya te vale —contestó la otra molesta. Los demás nos reímos disimuladamente.

—¿Bajáis? —nos preguntó Loui a Marc y a mí—. ¿Os ayudamos a recoger?

—No, voy a esperar un rato a ver si se me pasa un poco el ciego —explicó Marc.

—¿Te quedas tú con él? —me preguntó Loui esta vez a mí—. Es capaz de quedarse sobado aquí arriba si lo dejamos solo.

—Sí, yo me quedo —me reí.

Me despedí de todos sin levantarme del suelo y la mística se agachó a decirle algo a Marc que no llegué a oír.

Cuando todos se habían marchado, aproveché para tumbarme en la manta y quedarme mirando al cielo. Yo también había bebido bastante, aunque no tanto como el día anterior, no corría el riesgo de acabar potando otra vez. Marc no tardó en tumbarse a mi lado.

—¿Qué miras? —preguntó—. ¿Las estrellas? ¿Te estás volviendo mística tú también? —se rio.

—¿Por qué no has querido acompañarla? —pregunté todavía mirando el cielo.

—Paso, qué pereza, y sabía que se ofrecería Loui… Mejor él, que va en coche, si no me habría tocado volver pateando a mí solo. Además, que tenía toque de queda de sus viejos, así que estaban en casa, tampoco iba a pasar nada interesante si la acompañaba…

—Qué cabrón eres —me reí—. Si te hubiera dicho que estaba sola en casa ¿sí que la habrías acompañado?

—Por supuesto, no lo dudes —se rio él también.

—No se puede ser tan cabrón, tío.

—¿Qué más te da? Si ni siquiera te cae bien…

—Y ¿tú qué sabes si me cae bien o no?

—¿Te cae bien? —preguntó girando la cara y mirándome sorprendido.

—No —me reí girando yo también la cabeza hacia él—. Es tontísima.

—Qué cabrona eres —sonrió.

—Se ha ido mosqueada.

—Bueno, se le pasará —dijo con indiferencia—. Mañana la llamo, me disculpo y au. Por cierto, tu estrategia de los hoyuelos no ha funcionado, sigue igual de estrecha… Y eso que he desplegado todos mis encantos, hasta mi irresistible mirada seductora de ojos verdes…

—Ya, bueno, eso piensas tú, pero como en realidad tus ojos son marrones, no funcionan con una mirada seductora preparada para ojos verdes —me reí.

—No vayas por ahí, nena, estás muy equivocada… Mis ojos son verdes.

—Ni de coña —me reí más fuerte.

—No te lo digo de coña, no te habrás fijado bien. Mira. —Se acercó más a mí y abrió mucho los ojos.

—Marrón clarito, pero marrón. Un bonito color miel, o ámbar…

—¿El ámbar es verde? —preguntó.

—No —me reí—. Es marrón.

—No tienes ni puta idea. —Se puso de lado y sacó un mechero del bolsillo. Lo encendió y lo acercó a su cara—. Fíjate bien.

—Te vas a quemar las pestañas, gilipollas.

—Pero fíjate bien, míralos pensando que son verdes —dijo mientras sostenía todavía el mechero encendido—. ¡Joder! Las pestañas no, pero el dedo sí me lo he quemado. Esto con un *zippo* no me habría pasado. —Soltó el mechero de golpe y se metió el dedo en la boca.

—Ha sido una lesión innecesaria —me reí—. No he cambiado de opinión.

—Eres una chunga. —Cogió una de las cervezas frías con la mano que se había quemado para enfriarse el dedo.

—Y tú un cabrón de ojos marrones —contesté intentando no reírme.

Se levantó de golpe y se sentó sobre mis muslos, poniendo sus rodillas a los lados de mis caderas.

—¿Sabes que a los mentirosos se les aplican métodos de tortura para hacerles decir la verdad? —preguntó con una sonrisa diabólica.

—Yo ya he dicho la verdad —me reí.

—Tú lo has querido —dijo sonriendo más aún y empezando a hacerme cosquillas en la cintura.

Yo le daba manotazos e intentaba patalear, pero su peso apenas me dejaba mover las piernas. Nunca me han gustado las cosquillas, y menos en la cintura, pero es que además sus dedos estaban helados.

—Para, para, joder, que estás helado —me quejaba mientras me reía a carcajadas.

—Dilo, di que son verdes y paro —se reía él también.

—Podría decirlo, pero el juramento me obliga a decirte siempre la verdad. —Las cosquillas no me dejaban parar de reír.

—Sabes que son verdes, di que son verdes —insistió aumentando la presión de las cosquillas.

—¡Son verdes! ¡Son verdes! —grité. Paró al momento.

—Muy bien, así me gusta —sonrió con satisfacción.

—Son verdes tus camisetas militares, tus ojos son marrones —puntualicé volviendo a reírme.

—Prisionera Mur, la cosa se está poniendo fea para usted. —Sonrió todavía sentado sobre mis piernas.

—Carcelero Sapena, no le tengo miedo a usted ni a sus ojos marrones. —Le devolví la sonrisa.

Cogió la cerveza fría que había usado hacía un momento para enfriarse la mano y la sostuvo esta vez con ambas manos.

—¿Qué haces? —pregunté muerta de risa—. Te estoy viendo venir… No lo hagas.

Sonrió con maldad mientras asentía y volvió a dejar la cerveza en el suelo. A continuación, puso sus dos manazas enormes, heladas y mojadas sobre mi vientre. Solté un grito. Sonrió con

satisfacción.

Intenté apartar sus brazos, pero no conseguí moverlos ni un milímetro, tenía bastante más fuerza que yo. Él seguía sonriendo, y sus manos poco a poco se iban templando, o yo me iba acostumbrando al frío. Dejé de intentar apartarlas y me rendí. Él se inclinó sobre mí, quedándose a pocos centímetros de mi cara. Su pelo me rozaba las mejillas.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿De qué color son mis ojos?

Sus manos se movieron ligeramente sobre mi vientre y me sorprendí deseando que siguieran subiendo. Cerré los ojos y respiré hondo, notando su respiración sobre mí. La canción[6] que sonaba en ese momento no ayudaba a relajar el ambiente. Aunque yo sabía que el tema de la canción era el hachís, siempre me había resultado muy sexi.

No, joder, no, esto no. Estábamos muy borrachos, y era Marc, era muy mala idea. Intenté pensar en otra cosa.

Abrí los ojos y él seguía igual de cerca, pero ya no sonreía. También cerró los ojos un momento y respiró hondo.

Cuando los abrió de nuevo, volvió a sonreír.

—Qué peligro tienes, nena. —Se levantó y tiró de mí para que me pusiera de pie yo también.

—Vámonos a casa —dije intentando pensar en otra cosa.

—Sí, mejor, que vamos muy ciegos —contestó él empezando a recoger.

SIETE

LA FACULTAD

Odiaba profundamente los lunes por la mañana. No me gustaba nada ir a clase, prefería mil veces estar en el bar currando. Desayunamos con nuestras madres, como casi cada día de entre semana, y nos preparamos para irnos.

—Nena, las llaves —me dijo Marc lanzándome las de su coche por el aire. Las cogí al vuelo.

—Marc, cariño —dijo su madre—, hace ya más de un año que te regalamos el coche y te apuntamos a la autoescuela, ¿no piensas sacarte el carné?

—No tengo tiempo, mamá, ni prisa. Además, tengo chófer. —Me miró y sonrió—. Con chófer a los diecinueve años, soy un triunfador.

—Greta no va a estar siempre llevándote a los sitios, llegará un momento en el que te hará falta.

—Pues, cuando llegue ese momento, ya me lo sacaré.

—Eso, chaval, cualquier día me canso de pasear a Miss Daisy —me reí.

—Bueno, pues ese día tendrás que comprarte tu propio coche —dijo guiñándome un ojo.

Me recuesto en el asiento y pongo los pies en el salpicadero. Me encanta el rato de ir en coche hacia la facultad. Greta va conduciendo con las gafas de sol, fumándose un cigarro y cantando la canción[1] que suena. Me gusta oírla cantar cuando no va borracha.

—*De pequeño me impusieron las costumbres, me educaron para hombre adinerado…*

—¿Curras esta tarde? —pregunto. Ella asiente con la cabeza y sube el volumen de la música. Es su manera de decirme que no quiere que le hable hasta que termine la canción. Me río.

—*Pero ahora prefiero ser un indio, que un importante abogado…*

—¿Sabes que el otro día mi padre me volvió a dar la chapa con lo de ser abogado?

—¿En serio? ¿Aún sigue con eso? —pregunta apagando la radio.

—Sí, nena, qué coñazo.

—Pero ¿qué te dijo?

—Que dejara la carrera y me cambiara a derecho, que solo habría perdido un año.

—Qué pesado. Mira, yo a tu padre lo quiero mucho, pero a veces es un poco gilipollas.

—No lo sabes tú bien. —Me recuesto en el asiento.

—Tú tenías que haber hecho Bellas Artes.

—Ya, bueno, acuérdate de la que se lio cuando lo sugerí.

—Sí, sí, me acuerdo… Bueno, periodismo no está mal como plan B, ¿no?

—Es un coñazo.

—Ya —se ríe—, pero al menos no es difícil.

—Eso sí.

—Y en unos años, cuando acabes, encuentras curro y ya puedes dedicarte a lo que te dé la gana.

—No sé, ya veremos, no lo veo tan fácil.

—Ya verás como sí. —Me guiña un ojo.

Me recuesto más en el asiento y vuelvo a poner la radio.

Había quedado con Loui para comer en la cafetería. Era una de las ventajas de que Periodismo y Fotografía compartieran facultad. Con el resto de la pandilla era casi imposible quedar durante el día. Era la típica cafetería universitaria con mesas y sillas cutres, con demasiada gente y demasiado ruido. Nunca estaba vacía y siempre había algún grupito escandaloso. Estábamos empezando a comer cuando llegó Marc emocionado.

—Tíos, tíos, ¿habéis visto esto? —preguntó agitando un folleto en el aire.

—No, ¿qué es? —preguntó Loui.

—La programación de actividades del cuatrimestre que viene. —Se sentó y nos enseñó el folleto.

—Qué ansias, si acaba de empezar este cuatri… —dije yo agobiada de pensar tan a largo plazo.

—Ya, pero hay que hacer como una prueba de talento ahora y, si te preseleccionan, ya entras en el proceso de selección, y ya si al final eres uno de los elegidos, te matriculas para el cuatrimestre siguiente.

—Pfff qué follón, pero ¿curso de qué? ¿De qué estamos hablando? —Empezaba a perderme en la conversación.

—Son como unos másteres que duran un cuatrimestre.

—Pero ¿para eso no tienes que haber acabado la carrera?

—No, por lo visto no hace falta, al menos no para el que yo quiero.

—¿Cuál es? —preguntó Loui.

—Uno de ilustración y creación de cómic. La parte de manga la da Akira Arimitsu. Flipa.

—Ni idea —respondimos Loui y yo a la vez.

—Bueno, pues es uno de mis dibujantes favoritos. No me puedo creer que vaya a venir aquí a dar un curso. Estoy por apuntarme a la prueba de talento y, si me cogen, ya veré cómo lo hago… Aunque si me cogen y no consigo la pasta va a ser peor, el bajón puede ser…

—Tío, tu padre tiene pasta, pídeselo —dijo Loui inocentemente.

—Ni de coña, si le digo que quiero hacer un curso de cómic, me encierra en casa y tira la llave. Lo tendría que hacer en secreto…

—Doy fe —me reí.

—Pues, tío, lo tienes chungo…

—Ya, joder, qué mierda… Me podía haber tocado otro padre, pero no, me ha tocado el mío —dijo poniendo cara de asco.

—Bueno, tú preséntate a la prueba de talento a ver si la pasas y no te preocupes de momento

por la pasta.

—¿Cómo no me voy a preocupar por la pasta? Si paso la prueba y luego no puedo pagarlo, me voy a querer morir…

—Hoy en «jóvenes dramáticos»… No te preocupes por eso, si pasas la prueba, yo te lo presto —le dije.

—No podrías aunque quisieras, es mogollón de pasta.

—Qué sabrás tú lo que puedo o no puedo pagar. —Le quité el folleto para ver el precio—. Sin problema. Preséntate a la prueba.

—Joder, pero tampoco quiero que te gastes todos tus ahorros en esto.

—Tranquilo —me reí—, que no son todos mis ahorros.

—Pero tía —añadió Loui mientras cogía el folleto—, ¿tú cuanta pasta tienes?

—Pues, no es que os importe, pero curro mis cuarenta horas a la semana y mi hermano es un buen jefe que no paga el salario mínimo… Así que tengo sueldo de adulta y gastos de universitaria. Ahorro casi todo lo que gano desde hace un año y medio.

—Y ¿para qué? Si nunca te compras nada, podrías currar menos…

—Podría, pero estaría en el bar igualmente, como vosotros, pero gratis —me reí.

—Pero no sé cuándo te lo podría devolver…

—No te preocupes por eso, no hay prisa.

—¿Y si no puedo devolvértelo?

—Pues entonces me quedaré con la mitad de tus ingresos cuando seas un artista superventas… —Le guiñé un ojo.

—¿La mitad? Eso es un abuso, un mecenas nunca se queda más del veinte por ciento —contestó riéndose—, no seas pirata.

—Son mis tarifas. —Me encogí de hombros—. Búscate otro mecenas si no te parece bien.

—Joder, nena, me salvas la vida… Voy a apuntarme ahora mismo. —Me dio un abrazo tan fuerte que casi me tira de la silla.

—¿No vas a comer primero?

—No, no, ya comeré después. Voy a apuntarme, que acaba hoy el plazo —dijo antes de salir corriendo.

—Hacía tiempo que no lo veía tan ilusionado —dijo Loui—, no sabía que seguía con lo de los dibujos…

—Ya, es que ayer su padre le dio una charla para que se centrara y se cambiara a derecho y, ya conoces a Marc, el efecto ha sido el contrario. —Me encogí de hombros.

—En cualquier caso, ha sido un súper detallazo por tu parte…

—Bueno, solo es dinero —dije quitándole importancia.

—Es MUCHO dinero…

—Para eso está el dinero. Y joder un poco a su padre me pone bastante, no te voy a engañar…

—Ya veo, ya —se rio Loui también—, y no voy a decir que no se lo merezca…

OCHO

NOCHE DE ABSENTA

Sábado otra vez. Esta semana he estado varios días con Sara, pero hoy se iba con sus amigas. Mejor. No me gusta mucho que venga con nosotros. Cuando estoy solo con ella, bien; pero cuando estamos todos… No sé, prefiero que no venga. He quedado con estos en La Cueva, como siempre.

Llegamos a La Cueva y vemos a Greta y Adela detrás de la barra. Nos acercamos a saludarlas.

—Chicos, he traído la absenta —dice Adela haciéndonos ojillos—. Vais a flipar, literalmente.

Saca una botella de cristal transparente con un líquido verde dentro que parece que tenga purpurina flotando.

—No tiene etiqueta. — Chus señala la botella.

—Claro, tío, porque es artesanal —explica Adela—. Un colega mío tiene una bodega y la hacen ellos. No es legal venderla, pero a mí me vende una botella de vez en cuando —añade con una sonrisa de sobrada—. Ya veréis, no se parece a nada que hayáis probado, y el ciego desde luego es muy diferente. Os lo tengo que explicar, que no es ninguna tontería…

—Pues vamos a probarla —propone Samu.

—Claro, pero luego, si empezáis tan temprano la cosa puede acabar muy mal. Además, hay que tener mucho cuidado —advierte Adela.

—¿De qué? —pregunto.

—Un chupito sienta muy bien, con dos eres la reina de los mares, pero el tercero… Ese ya no os lo recomiendo… Con ese se pierde el control, hay quien ha llegado incluso a tener alucinaciones.

—Qué guapo —dice Chus.

—No, no, mal rollo. Y el cuarto directamente no os dejo tomároslo. Recordad: uno genial, dos bien, tres ya bajo vuestra responsabilidad.

Todos nos reímos.

—Reíros, reíros, ya me vendréis llorando —se ríe ella también.

Está siendo una buena noche. No hay demasiada gente y Greta y Adela vienen de vez en cuando a echarse unas risas con nosotros. Cuando ya llevamos encima varias cervezas y otros tantos canutos, aparecen las dos con la botella de absenta y vasos de chupito para todos.

—Hora de la absenta —dice Adela.

—Ueeee… —voceamos todos haciendo un redoble de tambor con las manos sobre la mesa.

Adela sirve los chupitos.

—Venga, tíos, de un trago.

Todos obedecemos. Entra súper bien. Sabe a regaliz. No me da arcada ni nada. No me parece lo más fuerte que haya bebido, ni mucho menos. Creo que Adela nos ha vacilado, o es un poco exagerada…

—Me llevo la botella —dice Adela—, que no me fío de vosotros… Luego nos tomamos otro —añade antes de marcharse con Greta.

Al momento me encuentro de puta madre. Me bebo otra cerveza, me fumo otro canuto y me muero de risa con todo.

Miro hacia la barra y veo que Adela está poniendo copas mientras Greta carga un barril de cerveza vacío hacia el almacén.

—Ahora vengo —les digo a estos, que se están riendo de algo y creo que ni me oyen.

Entro en el almacén por la puerta de los baños. Greta está haciendo rodar el barril vacío.

—Ey, siempre al rescate —sonríe al verme entrar.

—Ya lo sabes, nena, soy tu caballero de brillante armadura. —Hago una reverencia.

—¿Cómo de dura? —Los dos empezamos a reírnos.

—Vaya tela, nena, cómo vas, no bebas más.

—Mira quién fue a hablar. Y, que sepas, que no necesito que me rescaten, puedo sola. —Mueve el barril hasta colocarlo junto a otros vacíos y hace un amago de coger uno de los llenos. Hay dos filas de barriles y, lógicamente, intenta coger uno de arriba. Tengo miedo de que le caiga en un pie o algo y me adelanto para cogerlo yo.

—Sé que puedes, nena, pero déjame que lo coja yo, solo por si acaso…

—No voy a discutir, tú mismo. —Levanta las manos en señal de rendición.

Cargo con el barril y lo arrastro por todo el almacén. Salimos por la puerta que da a la barra y lo coloco bajo el grifo de la cerveza.

—¿Quieres ponerle tú también el sifón? —pregunta riéndose.

—Pues se lo pongo yo si quieres —respondo. No lo he hecho nunca, pero no puede ser muy difícil.

Hago algo mal y un sifonazo de cerveza sale despedido hacia el techo y nos empapa a los dos parte del pelo y de la ropa. Greta no para de reírse.

—Pero ¿qué hacéis con el barril, tíos? —Adela coloca bien el sifón y lo pone en el sitio.

—Tú, quítale la espuma —le ordena a Greta—, y tú —me dice—, fuera de mi barra, que me la estáis liando muy gorda.

—Vale, me piro —digo—, pero ¿y ese segundo chupito?

—Ahora vamos, ve tú delante.

No mentía. Al momento vienen las dos a la mesa y sirven otra ronda. A este, Loui no se apunta. Cortabolas. Me sienta igual de bien que el anterior o mejor. Todo es bonito, todo es gracioso, todo está bien. Es una sensación de puta madre.

—Yo os recomiendo que lo dejéis aquí —advierte Adela.

—Noooooo, otrooooo —nos quejamos Chus, Samu, Greta y yo.

—No quiero saber nada —dice Adela sirviéndonos los cuatro chupitos—. Yo de este ya paso, y me llevo la botella porque el cuarto sí que no.

Nos bebemos el tercer chupito y la sensación de que todo es la puta maravilla no hace más que aumentar. Qué exagerada, no era para tanto. Greta se vuelve a la barra para seguir currando, no le debe de quedar mucho, tienen que estar a punto de cerrar.

Un rato después, Greta vuelve de la barra y deja botellines de cerveza para todos sobre la mesa. La luz del bar parece diferente, será por el efecto de la absenta. Greta está de pie, mirándonos a los cuatro.

—Hemos cerrado. Ha acabado mi turno, se encarga Adela de chapar… Soy libre para quedarme con mis chicos —dice sentándose entre Loui y Chus—. ¡Y qué guapos son mis chicos!

Se gira hacia Loui y le pone una mano en la mejilla.

—Loui, te quiero mucho… Siempre se puede hablar contigo de todo. —Joder, estamos en fase «exaltación de la amistad». Se inclina hacia él y le besa suavemente en los labios. Joder, qué mierda lleva… Parecida a la mía, supongo… Al menos yo no he besado a nadie… Loui le sonríe.

—Yo también te quiero mucho, Greta —dice aguantando la risa. Ella se gira hacia Chus y repite el gesto de ponerle la mano en la mejilla.

—A ti también te quiero mucho… Eres tan divertido… Seguro que un día encuentras a una chica que se enamore de ti —le dice antes de darle un beso en los labios, como a Loui.

—Gracias, tronca, yo también te quiero —contesta Chus descojonándose.

Joder, joder, mierda, soy el siguiente. Se sienta ahora entre Samu y yo y pone su mano en mi mejilla.

—A ti, a ti te quiero más que a nadie… Eres mi preferido. —Se lleva la otra mano a los labios y hace un gesto de silencio, como si me estuviera contando un secreto delante de todos.

Me estoy mareando, puta absenta. Se acerca a mí, me va a besar. Joder, se me acelera el pulso. No quiero que me bese. Sí que quiero, joder, no lo sé. En lugar de besarme, aproxima sus labios a mi oído y me susurra.

—A ti no te voy a besar, porque, si lo hiciera, creo que no podría parar. —Joder, joder, nena, yo tampoco podría parar… No le digo nada… Siento alivio y decepción a la vez. Me da un beso muy suave justo al final de la mandíbula, debajo de la oreja. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Creo que es lo mejor que he sentido nunca. Qué ciego más raro da la absenta… Quiero cogerla de la nuca y besarla yo, besarla de verdad. No soy yo, es la absenta, controla, no hagas nada. Vamos muy ciegos, esto no es real. Tengo que decirle algo, pero me da miedo que me tiemble la voz.

—Tú también eres mi preferida, nena —digo con una sonrisa intentando aparentar tranquilidad. Parece que lo consigo. Ella se gira hacia Samu, ha pasado mi momento. Alivio y decepción.

—Y tú —le dice a Samu—, eres tan guapo, y tan sexi, y tan genial… También te quiero mucho.

Samu le sonríe y ella le besa en los labios, igual que a los demás. Cuando se está separando de él, Samu la coge de la nuca y la besa de verdad, abriendo la boca. ¿Qué coño hace? Ella le devuelve el beso. ¿Qué mierda está pasando? La agarra por el muslo y tira de ella, hasta que la coloca encima de él. Están a mi puto lado, joder.

—Ueeeeeeee, magreooooooo —grita Chus muerto de risa.

—¿Qué coño hacéis, capullos? —gruño un poco fuerte para que me oigan—. No hagáis el gilipollas.

—Déjalos. —Loui me mira serio—. Ya son mayorcitos.

—Pues no lo parece —respondo mosqueado—. Mañana vendrán los lamentos.

Los oigo jadear, están demasiado cerca de mí. Me da vueltas la cabeza, creo que voy a potar. Qué asco me están dando.

Samu le baja las manos por la espalda hasta el culo y la aprieta contra él. Puto guarro.

—Yeeeee, porno gratis —se descojona Chus.

Greta sonríe sin dejar de besar al asqueroso. Luego se separa de él.

—Vamos a mi casa —sonríe.

—Vamos —responde él con cara de cerdo.

Y se piran. Los tres nos quedamos callados.

—Qué cabrón el Samu —Chus no para de reírse. Loui me mira serio.

—¿Tú cómo estás? —me pregunta.

—¿Yo? Bien, ¿por? —respondo un poco seco.

—Porque parece que te haya molestado —me dice el imbécil.

—¿A mí? Me la pela —me tiembla un poco la voz. Mierda—. Ya se apañarán. Mañana que no me vengan llorando.

Al decir la última palabra se me quiebra un poco la voz. Noto un cosquilleo en los ojos y la nariz. Podría ponerme a llorar. Joder. ¿Qué puta mierda de ciego es este?

—Venga, tíos, que están cerrando —dice Chus—. Vámonos a casa. Yo paso de salir.

—Sí, y yo —confirma Loui—. Vamos.

Nos levantamos los tres.

—Nos vemos mañana, voy al baño antes de irme —les digo.

—Vale, tío —responde Chus—, hasta mañana.

Me encierro en el baño del bar. Es pequeño, huele mal y la luz parpadea un poco. Lo último que me apetece es ir a casa y oírlos follar en la habitación de al lado. Joder. Puta mierda de noche. Me cuesta respirar. Noto la cara y el labio mojados. Mierda, ¿estoy llorando? Es el peor ciego de la historia. Teníamos que haber hecho caso a Adela con lo del tercer chupito. Tengo un nudo en el estómago. Voy a potar.

Creo que llevo aquí demasiado rato. Ya me encuentro un poco mejor. Vomitar me ha sentado bien. Me lavo la cara, me enjuago la boca y me como un chicle. Salgo del baño pensando a dónde coño ir para hacer tiempo… A casa no. Me veo vagabundeando solo hasta que se haga de día.

El bar está vacío, llevo demasiado tiempo ahí dentro. Solo está Adela subiendo las sillas. Se gira cuando me oye salir del baño.

—No sabía que quedara alguien. Llevas mucho ahí dentro, ¿no?

—Sí —contesto metiéndome las manos en los bolsillos—. No me encontraba bien.

—Ay, la absenta, la absenta… Os lo avisé.

—Ya… Tenías razón. ¿Qué haces? ¿Te ayudo?

—¿No vas a salir? ¿Y tus colegas? —Mira a su alrededor—. ¿No te han esperado?

—No, se han ido ya, les he dicho que no me esperaran. Venga, te ayudo. —Empiezo a subir

sillas por el otro extremo del bar. Cualquier cosa mejor que irme a casa.

NUEVE

RESACA DE ABSENTA

Me desperté con el ruido que hacía mi madre por casa. Empezaron a llegarme flases de la noche anterior. Abrí los ojos. Mierda, no lo había soñado. Samu estaba dormido a mi lado. Los dos estábamos desnudos. Joder, joder, qué cagada.

—Tío, despierta, ¿qué haces aquí aún? ¿Por qué no te fuiste a tu casa? —susurré para que no me oyeran fuera mientras él murmuraba algo ininteligible sin abrir los ojos.

Lo empujé con todas mis fuerzas hasta que se cayó de la cama.

—Joder, tía, vaya despertar —renegó a un volumen normal pasándose una mano por la cara.

—Shhh, no quiero que te oiga mi madre. Si nos ha oído, podría entrar en cualquier momento.

—Vale, relaja —dijo a un volumen más bajo—, ¿me escondo en el baño y me espero hasta que sea seguro salir?

—No, tío, que la casa estará llena de gente. Pasa a la habitación de Marc y hacéis como si hubieras dormido allí.

—Qué buena idea, qué bien montado lo tenéis.

—Sí, sí, de puta madre —empecé a impacientarme—, somos unos genios, pero pírate.

No conseguía encontrar nada de ropa que pudiera pasar como ropa de dormir, así que me puse una camiseta de Marc que había en mi mesilla de noche (bendito caos) y salté de la cama. Recogí la ropa de Samu del suelo, abrí el armario y la lancé dentro.

—Me podré vestir antes, ¿no?

—O métete en bolas en la cama de Marc, puede ser divertido —susurré con una risita.

—Estaría guapo, aunque lo mismo saca el julandrón que lleva dentro. Mejor no me arriesgo.

—Que te pires —protesté en un murmullo.

—Me voy, me voy. Luego hablamos.

Hizo un amago como de ir a darme un beso, pero le cerré la puerta del armario en las narices y comprobé que no había nada incriminatorio que se me hubiera escapado.

—¡Joder, nano, qué susto! ¿Qué coño haces aquí? —oí gritar a Marc a través de la pared. No pude evitar otra risita. La cagada había sido gorda, pero esto lo había compensado un poco.

Un momento después, mi madre entró en la habitación.

—Qué bien que estás despierta, cariño. Tenéis la comida en la cocina, nosotros ya hemos comido —dijo desde la puerta.

—Voy a ducharme, ahora salgo —contesté rascándome la cabeza.

—Vale, cariño, yo voy a echarme un rato, que estoy muy cansada y esta noche nos vamos de cena. —Cerró la puerta y salió de la habitación.

—¡Joder, nano, qué susto! ¿Qué coño haces aquí? —le grito a Samu, que aparece medio en bolas en mi armario.

—Shhh… me ha dicho Greta que pasara y que hiciera como si me hubiera quedado a dormir aquí —responde mientras se viste.

—Joder, ya os vale —gruño.

—Tío, qué más te da, me he quedado a dormir aquí mogollón de veces.

—Es que no entiendo lo de anoche, se me escapa el concepto, no sé en qué coño estabais pensando —explico mientras me levanto de la cama.

—Pues pensar, pensar, no pensábamos mucho —dice con una risita de capullo—. Al menos no con la cabeza.

—Ya, eso está claro. Hay que ser gilipollas. —Empiezo a buscar algo de ropa—. Pero muy gilipollas.

—Joder, tío, parece que te haya molestado…

—A mí me da igual, haced lo que os dé la puta gana. Pero por este tipo de mierdas es por lo que se jode todo.

—¿Qué se va a joder? —pregunta levantando un brazo como si yo acabara de decir algo absurdo.

—Pues todo, nano, ¿qué va a pasar ahora?

—No sé, ¿qué va a pasar ahora? —pregunta con cara de tonto.

—Pues igual uno de los dos está raro y pasa de venir, ¿lo has pensado? O uno de los dos se cuelga y el otro no… Es que hay que ser imbéciles.

—No, tío, no va a pasar nada de eso —me dice en tono tranquilo.

—¿No? ¿Cómo lo sabes? ¿Has hablado con ella de esto? —pregunto levantando las cejas.

—No he podido, nano, me ha tirado de la habitación a patadas —dice con una sonrisilla estúpida.

—Normal. Punto para ella.

—Qué cabrón —se ríe—. Bueno, por mi parte está todo bien. Yo no tengo ningún problema, puedo hacer como que no ha pasado, si total, tampoco me acuerdo de casi nada, tengo flases solamente.

—Bueno, por ti como si no hubiera pasado, pero… ¿y si ella espera algo más? ¿Lo has pensado? —le hablo como si fuera retrasado, como lo que es, vaya.

—Pues, yo qué sé, si quiere algo más…, pues lo que ella quiera… Tío, es Greta, se me ocurren mil millones de cosas peores que salir con Greta.

—¿Ahora me estás diciendo que quieres salir con ella? —pregunto levantando las manos y abriendo mucho los ojos. No doy crédito con este capullo—. ¿Te mola? ¿Desde cuándo?

—No es que «quiera», pero tampoco me importaría… ¿Que si me mola? Pues claro, ¿y a ti no te mola?

—¿Eres imbécil? Te lo pregunto en serio.

—Joder, tío, ¿a quién no le iba a molar? Es colega, de las buenas, además, está buena que se rompe, las tetas un poco pequeñas para mi gusto, pero es lo de menos —aprieto el puño para no calzarle una hostia—, es guapa, no un bellezón, pero es guapa, divertida, lo tiene todo, bastante golfa en la cam…

—¡Cállate, coño! ¡Que aún te llevarás un guantazo! —le grito levantando el brazo.

—Vale, tío, perdona, no sé qué he dicho, pero me callo —dice mientras me enseña las palmas de las manos como en son de paz y se sienta en la cama.

—Voy a darme una ducha, espérate aquí y luego salimos los dos de mi habitación. Diremos que perdiste las llaves y te viniste a dormir aquí.

—Vale, nano, gracias.

—No lo hago por ti, lo hago por ella.

—Bueno, pues gracias de su parte.

—¿Ahora hablas en su nombre?

—Vale, tío, me callo, no digo nada más, que estás hoy que no se te puede decir nada.

Me meto en el baño para darme una ducha y ni le contesto.

Me di una ducha rápida intentando quitarme el olor de la noche anterior, la resaca y la culpa. No funcionó. Al salir del baño, oí a Samu y a Marc hablar ¿o discutir? en su habitación, pero no entendía lo que decían. Me puse ropa cómoda aprovechando que no tenía que ir a currar y me fui a la cocina a comer algo. Allí estaban Bruno, Jaime y Reyes.

—Buenos días —saludé al entrar—, ¿qué hacéis vosotros aquí?

—Buenas tardes, más bien —me corrigió Reyes.

—Bueno, pues eso. —Fui hacia la encimera y cogí uno de los platos de comida que había dejado mi madre.

—Hemos venido a comer —explicó Bruno—, y ahora estábamos de sobremesa. Menos mal que no tienes que currar hoy, ¿no?

—Pues sí, la verdad, me viene bien. —Intenté sonreír pese a mi cara de zombi.

Me senté a la mesa a comer y oí cómo se abría al fondo del pasillo la puerta de la habitación de Marc. Tierra trágame.

—¡Samuel, cielo, cuánto tiempo sin verte por aquí! —lo saludó Reyes con una sonrisa.

—Hola, Reyes, ¿qué tal? —dijo dándole dos besos—. Perdí las llaves anoche y me vine a dormir con tu hijo.

Les chocó la mano a Jaime y a Bruno.

Marc cogió su plato de comida y se sentó también a la mesa.

—Marc, cariño, ¿no le vas a poner un plato de comida a tu amigo?

—Que se lo ponga él, tiene manos —gruñó.

—Yo te lo pongo, Samuel, tranquilo. Este hijo mío tiene muy pocos detalles, no se lo tengas en cuenta.

Samu se sentó más cerca de mí que de Marc, y Reyes se sentó a la mesa también, justo enfrente de su hijo.

—Marc, cariño, ¿qué te ha pasado en los brazos? —preguntó mientras acercaba la mano y le cogía el codo.

Todos lo miramos. Tenía los antebrazos raspados, como si se hubiera pasado una lija o se hubiera caído de una moto.

—Nada, mamá, heridas de guerra —sonrió.

—¿De guerra? ¿Te has peleado? —preguntó Reyes preocupada. Todos observábamos atentamente.

—No, mamá, no me he peleado.

—Entonces ¿de qué son esas heridas? —insistió.

—Nada, mamá, olvídalo —dijo Marc con indiferencia.

—¿Cómo lo voy a olvidar? Tienes los brazos en carne viva. Dime cómo te has hecho eso —insistió Reyes claramente preocupada.

—Déjalo estar, mamá, hazme caso, no lo quieres saber…

—De eso nada, no me vas a decir tú ahora lo que quiero o no quiero saber. ¡Dime ahora mismo cómo te has hecho eso!

—Follando encima de un billar, mamá —dijo con toda tranquilidad.

Reyes, Samu y yo nos quedamos flipados. Jaime y Bruno estallaron en una carcajada. Bruno cortó su risa de golpe.

—Espera, espera… ¿En qué billar? ¿En MI billar? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—¿En cuál si no? —Marc intentaba aguantar la risa.

—Qué cabrón —contestó Bruno sonriendo también. Marc empezó a reírse.

—¿Con quién? —preguntamos todos a la vez. Bueno, todos menos Reyes, que me parecía que se había quedado catatónica.

—Con Adela —contestó con indiferencia mientras se metía otra cucharada de comida en la boca.

—¿Con Adela? —preguntó Jaime con un gallo en la voz.

—Sí —confirmó Marc.

Bruno y Jaime empezaron a reírse otra vez.

—Parece que le gusta mucho esta familia —dijo Bruno entre risas.

—¿También te liaste con ella? —preguntó Marc sin parar de comer.

—Sí, hace unos años. Bueno, y Jaime antes que yo…

—O sea, que ha hecho pleno —dijo Samu con una risita.

—Y Tato también —añadió Jaime.

—Es una fiera, tiene para todos —se rio Bruno.

—¿Y qué tal? ¿Cómo fue? ¿Sigue igual de guarra? —preguntó Jaime con una sonrisa.

—No habléis así de las chicas —dijo Reyes disgustada. Parecía que por fin había regresado al planeta Tierra.

—Yo diría que sí —respondió Marc con una sonrisa torcida y asintiendo con la cabeza. Los tres empezaron a reírse otra vez.

—Pues espero que sea buena chica —dijo Reyes— aunque con ese currículum…

—Pues no es peor su currículum que el de ellos —repliqué yo molesta.

—Bueno, Greta, cariño, pero en una chica es diferente.

—Pues no debería. La que se montaría si se me ocurre contar a mí una historia como la del billar. —O como lo que había hecho yo la noche anterior, sin ir más lejos—. Me encerráis en un convento, como mínimo —digo muy ofendida.

—Cariño, pero no es lo mismo.

—Pues no sé por qué —me quejé.

—¿Y tú? —le preguntó Jaime a Samu—. ¿Qué hacías mientras este estaba en el billar? ¿Estabas de mirón?

Samu y yo nos quedamos congelados un momento. Algo dentro de mí quería decir la verdad, solo por justicia, pero no era buena idea. Tampoco quería verbalizarlo, no quería que hubiera pasado.

—Se vino antes con Greta y luego pasó a mi habitación —interrumpió Marc como si tal cosa. Técnicamente no había mentido, pero dicho así había sonado de lo más inocente.

—Y tú por ahí con esa chica, que se irá a la cama con cualquiera… Hijo, qué poco conocimiento. Al menos usarías protección, supongo.

—A la cama no, mamá, al billar —dijo Jaime entre risas.

—Sí, mamá, tranquila, usé protección, no soy gilipollas.

—Menuda fresca —dijo Reyes con cara de asco.

—No sé por qué es más fresca ella que él. Paso de esto. —Me puse de pie—. Ya no tengo hambre.

Me levanté y me fui a mi habitación muy mosqueada.

Me enciendo un cigarro cuando termino de comer y me lo fumo tranquilamente mientras mi madre, Bruno y Jaime están hablando de mierdas que no me interesan nada. Samu me mira con cara de gilipollas desde el otro lado de la mesa.

—Vamos a ver a Greta, que parece que se ha mosqueado —le digo a Samu cuando termino. No se lo digo por el mosqueo, sino para que hablen lo que tengan que hablar, pero queda convincente delante de los demás.

—Vale —responde.

—Uy, qué tarde es, voy a arreglarme que hemos quedado con unos amigos —dice mi madre —. Marc, no vendremos a cenar. Tenéis sobras en la nevera. Las chicas también han salido. Asegúrate de que Greta cene algo, que no ha comido nada.

—Claro —contesto con indiferencia.

—Nosotros nos vamos ya —dicen Bruno y Jaime.

—Venga, au —me despido y nos vamos Samu y yo hacia la habitación de Greta.

Doy un par de golpes en la puerta antes de entrar. Normalmente no lo hago, pero no voy solo. Greta está sentada en la cama hablando por teléfono, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared. Lleva un pantalón de pijama de cuadros, una sudadera blanca súper vieja que en algún momento fue mía y el pelo recogido de forma descuidada. Mala señal, solo se recoge el pelo así cuando está muy agobiada.

—Te tengo que dejar, mañana hablamos. Un beso —dice antes de colgar el teléfono.

—¿Qué tal, nena? —le digo al entrar—. ¿Has pedido un imbécil? Porque te traigo uno…

Ella hace un amago de sonreír y Samu me da un puñetazo en el hombro. Entramos los dos en la habitación y cerramos la puerta.

—Bueno, os dejo solos, que tendréis cosas de qué hablar —digo muy serio. No me hace gracia que tenga cosas que hablar con él que no me incluyan. No me hace gracia que a lo mejor a partir de ahora sea él su preferido. Sé que es algo infantil, pero este tío es un capullo.

—No, no te vayas. Quédate, porfa —me pide Greta desde la cama. Samu la mira extrañado, pero me ignora y va hasta a la cama para sentarse junto a ella. Yo me apoyo contra la puerta del armario y miro hacia otro lado, fingiendo que no estoy aquí.

Ella hace un movimiento inconsciente para alejarse de él cuando lo nota cerca. Me alegro sin poder evitarlo.

—¿Qué tal? —pregunta Samu.

—He tenido días mejores —responde ella frotándose la frente con una mano.

—Creo que deberíamos hablar. —Hace un amago de cogerle la mano, pero ella la aparta. Muy bien, nena.

—No me apetece nada de nada hablar del tema.

—En algún momento tendremos que hacerlo, ¿no? Hablar, digo. —Suelta una risita, qué cretino es.

—O no, también podemos hacer como que no ha pasado nada. Seguir como antes.

—Tampoco pasa nada por hablar las cosas, igual nos sienta bien.

Qué tío más baboso. Que te está diciendo que te pires. Quiero intervenir, pero creo que no es apropiado. Es una cosa de ellos, yo solo estoy aquí porque me lo ha pedido.

—De verdad, tío, lo último que me apetece es hablar de esto. Prefiero que te vayas. Ya nos veremos con todos en el bar esta semana.

—Vale, pues me voy. Si alguna vez quieres hablar, ya sabes dónde estoy —dice Samu con voz tranquila, dándole una palmada suave en el muslo antes de levantarse de la cama.

—Au, nano, nos vemos —me despido.

En cuanto Samu cierra la puerta, ella agacha la cabeza y extiende los brazos hacia mí. Quiere un abrazo. Me acerco a ella y me siento a su lado. De mí no se aparta. Me abraza fuerte y se rompe. La oigo llorar, aunque no puedo verle la cara. Joder, ya sabía yo esto. Lo avisé y nadie me hizo ni puto caso. Quiero mosquearme con ella como me he mosqueado con él, pero si está así no puedo.

—¿Por qué hago estas cosas? ¿Por qué soy tan gilipollas? —dice sin parar de llorar.

—Shhh ya está, no vale de nada lamentarse —susurro—. La próxima vez me haces caso y ya está —añado en tono de broma mientras le acaricio la cabeza.

—Pues sí, tenía que haberte hecho caso —dice riendo y llorando a la vez—. Qué mierda todo.

—Todo no, nena. Ya verás que en unos días se te ha olvidado.

—No creo, esta cagada ha sido de las gordas —se separa de mí—. ¿Tienes porros?

—Creo que tengo una china en el pantalón de ayer, ¿quieres? —Asiente con la cabeza—. ¿La traigo o vamos a mi cuarto?

—Vamos a tu cuarto, no me apetece estar aquí. —Mira su cama con cara de asco.

De repente a mí también me da un poco de asco estar en su cama.

—Vale, nena, vamos a mi habitación.

Se tumba en mi cama a esperar que me líe el canuto. No voy a decirle que lo haga ella, hoy estoy en modo caballero, necesita mimos.

—Voy a comprobar que se han ido todos —susurro—. Solo falta que nos pillen hoy fumando porros en casa. —Ella sonríe y asiente.

Hago una batida por toda la casa y compruebo que solo están mis padres y Maite, y están los tres a punto de irse. Les aguanto la conversación unos minutos hasta que se van y yo vuelvo a mi habitación.

—Despejado —digo al entrar cerrando la puerta con el pie.

Cojo el canuto que he dejado liado antes de irme y se lo paso. Ella se incorpora para encenderlo. Me siento en la cama apoyando la espalda en la pared y ella se tumba con la cabeza sobre mis piernas y el cenicero sobre su estómago. Yo dejo una mano en su cintura y con la otra le suelto el pelo y juego a enroscar mechones entre mis dedos. Le encanta que le toquen la cabeza. Le da varias caladas al canuto y me lo pasa. Yo hago lo mismo. Nos lo fumamos en silencio. Me sube enseguida, me he pasado al cargarlo.

—Ay, tío, qué mierda —protesta al cabo de un rato.

—Olvídate de eso —intento tranquilizarla—. Ya ha pasado, no hay nada que hacer.

—No puedo evitarlo, hay que ser gilipollas —gruñe con rabia en la voz.

—¿Tú estás segura de no querer nada con él? Porque él me ha dicho que estaba dispuesto a lo que tú quisieras… A hacer como que no había pasado nada o a empezar algo si era lo que tú querías.

—¿Te ha dicho eso en serio? —pregunta sorprendida.

—Sí, te lo juro, eso me ha dicho. —Qué bocazas soy.

—Joder, qué mal. —Hace una mueca de disgusto.

—¿Estás segura de que no es eso lo que quieres?

—Segurísima —dice tajante—, si lo que más mal rollo me da es que esta mañana me ha dado mucho repelús.

—¿Repelús? —pregunto con curiosidad.

—Sí, tío, muy raro. —Se frota la frente—. Es como si lo viera diferente, como si me cayera mal, no quería ni que me tocara. Me daba como asquete.

Intento no reírme, pero fracaso totalmente.

—No te rías. —Está a punto de empezar a reírse también, el porro empieza a hacer su efecto —, que me siento fatal.

—Pues no te sientas mal, ya te he dicho lo que me ha dicho él. Por su parte cualquier cosa está bien —le recuerdo.

—¿Qué más te ha dicho? ¿Habéis hablado algo más de esto?

—Poca cosa… —intento quitarle importancia.

—Cuéntamelo —exige—. Te obliga el juramento.

—Yo creo que los juramentos infantiles prescriben con la mayoría de edad —le digo con una sonrisa torcida.

—Serán los de otra gente, los nuestros son eternos. —Cierra los ojos y asiente con la cabeza. Ya parece más animada

—Pues, a ver, si me obliga el juramento… Me ha dicho que estás buena que te rompes. Palabras textuales —aclaro mientras sigo jugando con su pelo. Ella abre mucho los ojos sorprendida—. Pero que, para su gusto, tienes las tetas un poco pequeñas —me río. Igual este último comentario me lo podría haber ahorrado, pero me ha salido solo. Que no me lo hubiera dicho.

—Será gilipollas. —Se incorpora un poco con cara de ofendida—. ¿En serio te ha dicho eso? —Asiento con una sonrisa—. Pues, te voy a decir una cosa: igual él no es el más indicado para hablar de tamaños, ¿sabes?, y menos para ir de sobradito, vacilando por ahí…

No puedo evitar una carcajada. Ella se ríe también.

Oh, nena, con esta revelación me acabas de alegrar el día.

—Que tengo las tetas pequeñas —dice con tono de burla—, será imbécil… Sabrá él lo que es pequeño…

—Ni puto caso, nena, tus tetas son estupendas —sonrío.

—¡Calla! —me da una palmada en el brazo—. ¿Podemos dejar de hablar de mis tetas?

—Como quieras, pero a mí me parece un buen tema de conversación —me río—. De hecho, creo que se habla poco de ellas, deberíamos incluirlas en más conversaciones —añado en tono solemne y ella se ríe.

—Stop. Cambio de tema. Mis tetas no existen.

—Vale, vale, ni una palabra más. —Me pongo muy serio—. Hablemos ahora de tu culo.

Se ríe y me da una palmada muy fuerte en el brazo. Yo suelto una risita.

—Argh, qué mierda todo… No voy a volver a follar nunca más —dice en tono serio, como mosqueada.

—Eso no te lo crees ni tú. —Suelto una carcajada.

—Ya… ni de coña —se ríe ella también—. Pues no voy a volver a follar con un amigo —añade enfadada.

—Entonces debes saber que creo que eres una zorra manipuladora, no te soporto, me caes fatal. Nuestra amistad termina aquí —digo muy serio también.

—Imbécil. —Me da otra palmada en el brazo y suelta una carcajada—. No seas cerdo.

Me río yo también. Parece que he conseguido animarla.

—Bueno, bueno, por cierto —suelta de repente—, cambiando de tema… ¿Qué es eso de Adelita y el billar? Cuéntame. Y ¿qué pasa con Sara?

—¿Qué pasa con Sara?

—Que te has liado con otra.

—Ya, pero ella no tiene por qué saberlo, no le haría ningún bien —digo medio riéndome.

—Qué cabrón, ¿lo ves como eres un cabrón? —se ríe—. Bueno, cuéntame lo de Adela…

—Tampoco hay mucho que contar —digo con indiferencia encogiendo los hombros.

—¿Pero te molaba? ¿Lo tenías planeado? No me habías dicho nada… ¿Cuándo fue? ¿Cómo? Necesito saber.

—No sé, me parecía que estaba buena y eso, pero tampoco es que me molara especialmente. Anoche, después de que os fuerais todos. Me pegó mal la absenta y estuve en el baño potando. Al salir solo estaba ella. Me quedé a ayudarle a recoger y una cosa llevó a la otra… No sé, pasó —le cuento con indiferencia.

—Pero ¿empezaste tú o empezó ella? —me pregunta.

—Pues yo diría que ella… Me acuerdo regular, iba muy ciego… Pero sí, diría que ella, la tía va muy a saco.

—¿Y qué tal fue? ¿Bien?

—Pues sí, muy bien. Si te sirve de consuelo, ella sí que está plana, aunque eso para mí no es nada importante…

—Calla, cerdo, no digas eso… Y no necesito saber tanto. —Agita las manos y yo me río—. Ríete, ríete, pero ella estará ahora fumándose un porro con su mejor amigo y diciéndole que la tienes pequeña —añade con su sonrisa más maligna.

—Nena, nena… —sonrío y niego con la cabeza—. Solo una mentirosa podría decir algo así de mí…

Abre mucho los ojos, empieza a reírse, se incorpora y, tras coger mi almohada, me golpea fuerte con ella. Me pilla desprevenido y me sacude más fuerte de lo esperado, aun así, exagero el impacto y me dejo caer en la cama, como si me hubiera tirado ella. Se deja caer a mi lado.

—Qué cerdo estás esta noche —se ríe.

—Los dos, nena, que tú también estás desatada —sonrío—. Será porque los dos mojamos anoche.

—Calla, no me lo recuerdes. —Esconde la cabeza en la almohada.

—Vale, va, dejemos el tema… ¿Ponemos una peli? —sugiero.

—Bien. Duermo aquí, ¿vale? No quiero dormir en mi cama. Mañana cambiaré las sábanas. —Se agita como si un escalofrío le recorriera la espalda.

—Claro, venga, pues elige la peli, yo voy a por algo de comer.

Vuelvo de la cocina con lo que he encontrado en la nevera que se puede comer con las manos directamente del recipiente. Son como unos mini sandwiches raros, pero están buenísimos, como todas las sobras que tenemos siempre. Ella ha puesto una peli de risa, de esas de tonterías. Nos los comemos todos mientras nos partimos de risa, nos hacemos otro canuto y luego nos tumbamos los dos en mi cama para terminar de ver la película. Los dos nos quedamos dormidos antes de llegar al final.

DIEZ

LA PRUEBA

—Marc, las siete y media, —dijo Estrella abriendo la puerta—. Buenos días, Greta. Arriba los dos.

—Ya vamos —gruñó él mientras su hermana volvía a cerrar la puerta.

—¿Qué tal? —me preguntó—. ¿Cómo estás hoy?

—Bien, mejor, aunque me quedaría aquí toda la mañana.

—Segunda noche seguida que te despiertas con un tío en la cama… ¿Qué tal? ¿Yo también te doy repelús?

—Calla, no me lo recuerdes —me reí—, además, tú estás vestido, es un despertar muy diferente.

—Eso lo podría arreglar rápidamente —sugirió con una sonrisilla y un movimiento rápido de cejas.

—Calla, cerdo, no empieces como ayer, y prepárate, que hoy es la prueba esa para el curso, ¿no?

—Sí, a partir de las diez… No me verás hoy en clase de Literatura Universal —dijo con tono grave, como si me estuviera dando una noticia terrible.

—No sé si podré superarlo, igual por este golpe dejo la carrera —respondí en el mismo tono.

—Qué pava… Luego por la tarde hay otra prueba, de cuatro a ocho, así que tráete el coche cuando salgas de clase.

—Vale, pásate por el bar cuando acabes, antes de venir a casa, y me cuentas qué tal ha ido.

—Claro.

La prueba resulta más complicada de lo que esperaba. En la primera parte nos ponen una figura y tenemos que copiarla en tres estilos diferentes: manga, realista y libre. El dibujo de manga y el de estilo libre me quedan bastante aceptables, pero el realista es lamentable. Hace mucho que no dibujo y se me nota. También es evidente que nadie me ha enseñado, todo lo he aprendido a base de dibujar, y hace tanto que no lo hago… Ahí se nota la ventaja de los estudiantes de Bellas Artes. Hay hasta algunos de último curso, lo voy a tener jodido. Me empieza a dar el bajón, no lo voy a conseguir, pero tengo que intentarlo… También hay una prueba de redacción, para crear una historia. Espero tener ventaja en esta, de algo me tiene que servir el periodismo y tanta asignatura de Lengua y Literatura.

Tras cuatro horas de trabajo ininterrumpido, entrego todos los ejercicios con cierta inseguridad. Tenía que haber practicado más, se nota que estoy muy verde. El ejercicio realista es definitivamente una mierda, los otros tienen un pase.

Nos dan una hora para comer y por la tarde tenemos que volver para hacer un ejercicio diferente. Hay que crear una página de una novela gráfica, nos lo están complicando mucho.

Pienso durante un rato en qué dibujar y decido inspirarme fuerte en la escenita del billar de la otra noche. Tengo mucha práctica dibujando desnudos de mujer. En el instituto Samu me desafiaba a menudo a dibujar a las chicas de clase. No me siento orgulloso, pero me dio unas tablas que ahora me pueden venir muy bien.

El cerdo de Samu, qué mal me cae ahora.

Pienso en cómo plantear la escena y concluyo que es mejor cambiar a Adela por Sara, está más buena y el pelo rizado me puede dar más juego que el pelo recogido que siempre lleva Adela. A medida que la voy dibujando, me doy cuenta de que no conozco tanto sus rasgos como pensaba como para dibujarla de memoria, así que me los voy inventando sobre la marcha. Total, tampoco la conocen, y esto es ficción.

Termino el dibujo unos quince minutos antes de la hora límite. Me quedo mirándolo por si hay algo que pueda mejorar. La verdad es que me ha quedado muy bien, aunque le falta algo y no sé qué es… pero no he dado ni una, no se parece en nada a Sara. Joder, claro que no, como que es Greta. ¿Cómo puedo ser tan imbécil? ¿Estoy gilipollas o qué me pasa? A veces me sorprendo a mí mismo. Por un momento pienso en cambiarle la cara, pero son ocho viñetas y no me va a dar tiempo, y la verdad es que me ha quedado de puta madre. Es el retrato más fiel a la realidad que he hecho nunca, aunque la escena sea ficticia. Suerte que ninguna de las tres va a ver nunca este dibujo, cada una me cortaría los huevos por un motivo diferente.

A tomar por culo, ya que he dibujado a Greta, decido, en el tiempo que me queda, añadirle el piercing y el tatuaje. Ahora está mucho mejor. Está perfecto. Eso era lo que le faltaba. Creo que es el mejor dibujo que he hecho hasta la fecha, aunque no se lo voy a poder enseñar nunca a nadie. Qué putada.

—Bueno, bueno, mira quién está aquí… ¿Qué tal el viaje? —le pregunté a Tato nada más verlo aparecer por la puerta.

—Bien, muy bien, la verdad… —dijo entrando en la barra y apoyándose en una de las neveras, a mi lado.

—Cuéntame, ¿qué habéis hecho?

—Pues turismo, lo típico. La verdad es que Estambul es una ciudad espectacular. Tienes que ir alguna vez si tienes la oportunidad.

—Vale, tomo nota… ¿Y bien? ¿Me has traído un regalito? ¿Te has acordado de mí? —le dije

con una sonrisa y con toda la intención de que se pusiera rojo, tanto si era que sí como si era que no.

—Pues… sí —respondió con un hilillo de voz cumpliendo mis expectativas y poniéndose colorado hasta las orejas.

Sacó del bolsillo una bolsita de esas de piel falsa que van cerradas con un cordón, las típicas que te dan cuando compras bisutería en un mercadillo. Me la dio y la abrí inmediatamente. Era un colgante de una especie de ojo azul.

—Oh, qué bonito… ¿De quién es este ojo que me va a estar espiando cuando lo lleve colgado al cuello? —le pregunté en tono de broma.

—Es el ojo turco, es típico de allí. Te protegerá del mal de ojo y de la envidia.

—A mí nadie me tiene envidia, pero me lo pondré igualmente —dije con un guiño—. ¿Me ayudas? —Me di la vuelta y me levanté el pelo para que me lo pusiera.

Noté que le temblaban las manos al ponérmelo y no atinaba a cerrarlo. Contuve la risa, qué mono era. Cuando por fin lo consiguió, dejé caer de nuevo mi pelo y me pasé una mano por encima del colgante.

—¿Qué tal me queda? ¿Estoy guapa? —pregunté poniendo cara de chica de revista.

—Sí —se rio—, guapísima. —Y de nuevo su cara se tiñó de rojo.

Llego a La Cueva casi a las nueve. Veo al Tato por la zona del billar recogiendo cosas de las mesas. Greta está sola en la barra fingiendo que hace algo y evitando a los babosos de turno. Se le ilumina la cara cuando me ve aparecer.

—Eh, mi artista preferido, ¿cómo ha ido? —pregunta acercándose a mí—. Bueno, primero que nada, mira lo que me ha traído Tato de su viaje — me cuenta en voz muy bajita enseñándome un colgante que lleva en el cuello.

—Muy chulo —digo con indiferencia.

—Qué borde estás, pues a mí me ha hecho ilusión, ¿por qué estás borde? ¿No ha ido bien?

—No estoy borde, estoy cansado, hacía mucho que no dibujaba tantas horas seguidas.

—Bueno, te creeré —sonríe—, cuéntame, ¿qué tal? ¿Qué has tenido que hacer?

—Bien, creo que no me ha ido mal… Pero, por lo que he visto, había mucho nivel…

—Bueno, no te preocupes por eso, el tuyo también es alto… ¿Qué habéis hecho durante ocho horas? Habréis dibujado mogollón de cosas…

—Sí, por la mañana tres ilustraciones, había que copiar una figura que nos han puesto en tres versiones: una realista, una manga y una libre. La realista me ha quedado de pena, pero bueno, las otras bastante bien, y escribir una redacción, un argumento, como una base para un guion. Eso creo que lo he salvado dignamente.

—Qué chulo, seguro que está genial, ¿y por la tarde?

—Una escena de una página para una novela gráfica. —Intento quitarle importancia para que no pregunte más.

—¡Cómo mola! ¿Qué has hecho? —No ha funcionado.

—Nada, una tontería. —Noto cómo me sube la sangre a la cara. Mierda, seguro que me estoy poniendo rojo.

—Hay algo que no me estás contando —se ríe—, te has puesto rojo. —Mierda, lo sabía, se ha dado cuenta—. Cuéntamelo —insiste todavía sonriendo.

—Pues… —Miro al suelo de forma distrída— me he inspirado en lo que pasó la otra noche en el billar.

Abre mucho la boca con expresión de sorpresa mientras empieza a reírse.

—¿Has dibujado a Adela? —pregunta en un susurro—. Vaya par de huevos tienes… Aunque, bueno, tampoco lo va a ver, ¿no?

—No, me parecía que daba poco juego dibujar a Adela y he intentado dibujar a Sara, pero me ha salido fatal, no parece ella. Así que, nada, me ha salido otra chica diferente. —No le estoy mintiendo, técnicamente no le estoy mintiendo.

—Mejor, así no es ninguna de las dos —se ríe—. Imagínate qué palo si lo llegan a ver.

—Ya, qué marrón —sonrío sin ganas.

—Tío, estás muy raro.

—Qué va, nena, solo estoy cansado… Ha sido un día muy largo y muy intenso. Me voy a ir para casa.

—¿No pasas a ver a estos? Están en el billar… Bueno, están Loui y Chus. Samu, por suerte para mí, no ha venido —Sonríe apretando los dientes.

—No, paso, diles que me he ido a casa… Luego te veo.

Llegué a casa poco después de medianoche. Mamá, Reyes y Estrella estaban en nuestro salón viendo una película. Me asomé a darles las buenas noches y fui a la cocina a comer algo antes de acostarme.

Al entrar me encontré allí a Gerardo, el padre de Marc. Qué poco me gustaba encontrarme con él a solas.

—Buenas noches, Greta —dijo al verme aparecer—, ¿llegas ahora del bar?

—Buenas noches, Gerardo. Sí, hoy me tocaba cerrar.

—¿Y te parece normal llegar a estas horas un lunes?

—Sí, bueno, llevo así más de un año, ya me he acostumbrado.

—Ya te lo he dicho otras veces, creo que estás equivocando tus prioridades…

—Bueno, yo no lo creo, estoy sacando el curso y trabajando a la vez. No descuido ninguna de mis obligaciones.

—Discrepo de tu opinión. —Qué pedante era—. Pero tú sabrás lo que haces. Si quieres desperdiciar tu vida y tus oportunidades es asunto tuyo y de tu madre, aunque creo que le darías una alegría si dejaras ese trabajo y te centraras en la carrera.

—Tienes razón, eso es asunto mío.

—Lo único que te pido es que no arrastres a mi hijo con tus decisiones. Espero algo mejor para él.

—Yo no arrastro a Marc a nada, es mayorcito, él sabe lo que hace.

—No, no lo sabe, está haciendo el imbécil pasando las tardes y los fines de semana allí contigo y con esos amigos que tenéis.

—Ya, bueno —dije guardando otra vez en la nevera lo que ya no me apetecía comer, solo quería terminar esta conversación—, yo ahí no puedo hacer nada. No le voy a prohibir la entrada al bar, como tú comprenderás…

—No, pero puedes hablar con él. Estoy seguro de que a ti te hará más caso que a mí.

—No creo, él toma sus propias decisiones. Y, desde luego, lo que Marc haga con su tiempo

no es asunto mío. Él sabrá lo que tiene que hacer…

—No, no lo sabe, está descentrado, despistado y está todo el día perdiendo el tiempo. Anímale a centrarse en los estudios y a ir menos al bar.

—Lo siento, Gerardo, no soy la persona que buscas… No tengo el poder de manipular a tu hijo y, aunque lo tuviera, no querría usarlo.

—Con esa actitud no le haces ningún favor —dijo ya en un tono bastante hostil.

—Pues yo creo que tú con la tuya tampoco —repliqué antes de darme la vuelta y salir de la cocina. Qué tío más imbécil.

Avanzaba por el pasillo camino de mi habitación cuando se abrió la puerta de la habitación de Emma.

—Hola, Greta, me ha parecido oírte, ¿puedo hablar un momento contigo?

Joder, todo el mundo quería darme la charla y yo solo quería irme a dormir.

—Claro —suspiré entrando en su cuarto detrás de ella.

Me senté en su cama perfectamente hecha y admiré su habitación ordenada de modo impecable. Nada que ver con la mía. El aspecto de ella también era espectacular, como siempre. Aunque estaba a punto de irse a dormir, llevaba su pelo liso tan bien peinado como si fuera a salir y parecía que acabara de planchar su pijama. Su perfección en todo era frustrante.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando se sentó a mi lado en la cama.

—Quería saber si habías hablado con Marc de lo que os pedimos para la boda.

—Sí, perdona, me olvidé de decírtelo. Que sí, que os enseñaremos a bailar el vals. Sin problema.

—Ah, qué bien, muchas gracias —suspiró aliviada—. No sabes la alegría que me das. Es un tema que me preocupa mucho, no quiero hacer el ridículo. Seguramente adelantemos la boda y tengo que ir cerrándolo todo ya.

—¿Adelantarla? ¿Por qué? ¿Estás embarazada?

—No, por supuesto que no —me dijo con los ojos desorbitados.

—Perdona —me reí—, ha sido un reflejo.

—Bueno, y de lo otro que os pedimos, ¿habéis cambiado de opinión? Lo de bailar vosotros, digo.

—No, eso ya te dijimos que no. Sería hacer un poco el cuadro. Además, los protagonistas sois vosotros.

—Me haría tanta ilusión…

—Pero ¿por qué?

—Por papá —me dijo con los ojos brillantes. Temí que se pusiera a llorar.

—¿Por papá? —pregunté sorprendida.

—Sí, últimamente me acuerdo mucho de él. Me da muchísima pena que no esté aquí en un momento tan importante para mí. Y me acuerdo mucho de cuando íbamos a veros bailar. Él era el que mejor se lo pasaba, era vuestro fan número uno.

—Es verdad —me reí.

—¿Te acuerdas del último campeonato? Cuando hizo camisetas para todos y estábamos en las gradas animando con las camisetas de Fred & Ginger puestas… Ese día fue muy especial para mí.

—Y para mí —sonreí—, como que ganamos.

—Lo sé, papá estaba tan emocionado como si os hubieran dado el premio Nobel.

—Sí, papá era muy gracioso.

—Pues eso, que igual es una tontería, pero siento que si repetís una de esas actuaciones sería en parte como tenerlo entre nosotros —dijo casi a punto de llorar.

—Pfff —resoplé—, puedo intentar hablar con Marc, pero no prometo nada. Por si acaso, no te hagas ilusiones, ya sabes cómo es.

—Lo sé, lo sé. Con que me digas que lo intentarás ya me vale.

—Vale, hablaré con él y te digo algo.

—Perfecto, muchas gracias, hermanita. —Me dio un abrazo y yo me puse un poco tensa. No recordaba la última vez que Emma me había abrazado.

ONCE

BRONCA

Estoy preparándome para ir a clase cuando aparece Greta en mi habitación.

—Hola, ¿podemos hablar un momento? —pregunta nada más entrar.

—Claro —contesto mientras sigo organizando los libros que tengo que llevarme a clase.

—Es sobre la boda de Emma.

—Te estoy viendo venir… La respuesta es no.

—Es que me estuvo contando ayer por qué quiere que bailemos y me dio mucha pena. Es como un homenaje a mi padre, lo echa de menos y le duele que no esté… y se acuerda de cuando mi padre montaba las que montaba con lo del baile y eso…

—Nena, yo a tu padre lo quería mucho, más que al mío seguramente, pero ese tema está zanjado. No voy a hacer el payaso en una boda.

—¿Qué más te da? Si no habrá tanta gente… Y es importante para ella.

—He dicho que no —le digo tajante.

—Estás siendo un capullo —insiste con tono impertinente.

—Y tú muy pesada, no sé qué parte no entiendes… Es muy fácil: NO, una palabra muy sencilla.

—Pero si la semana pasada bailamos en la azotea, y te lo pasaste bien. No veo dónde está el problema.

—El problema está en que no me da la gana y punto. —Me estoy empezando a mosquear.

—A veces te comportas como un gilipollas. —Empieza a mosquearse ella también.

—No sé por qué insistes tanto, si ni siquiera te llevas bien con ella.

—Ya, bueno, pero es mi hermana y me lo ha pedido. Para una vez que me pide algo, me sabe muy mal decirle que no… Si al menos me dieras un motivo razonable, pero es que solo dices «no, no, no» como un orangután —me dice en lo que parece ser un intento de imitar el sonido de un mono.

—Pues ¿sabes qué te digo? —Dejo los libros que tengo en la mano sobre el escritorio—. Que a tomar por culo, que les enseñes tú sola a bailar, ¿no soy un orangután? Pues apáñate sola. Yo paso ya de todo lo que tenga que ver con esa boda. El orangután se queda en un rincón a su rollo.

—No, no —niega ya mosqueada—, te comprometiste a enseñarles a bailar. Ya le he dicho que sí, ahora no voy a decirles que no.

—Yo no me comprometí a nada —aclaro subiendo el tono—. Y, aunque así fuera, estoy en mi puto derecho de cambiar de opinión.

—Va, joder, no seas así. No me hagas decirle que no solo no te he convencido, sino que además has dicho que no a lo otro también.

—Ese es TU problema, no vayas de tía guay intentando complacer a todo el mundo… A

veces hay que decir que no —le digo harto ya de esta conversación—. Igual ese es tu problema, que no sabes decir que no…

—¿A qué viene eso? —pregunta cruzando los brazos sobre el pecho.

—No sé, ¿has dicho que sí a algo que no querías hacer? Si te picas, igual es que sabes que tengo razón.

—¿Eso ha sido una indirecta? Si tienes algo que decirme, ten un par de huevos y dímelo clarito —dice a un volumen muy alto.

—Pues que parece que no sabes decir que no, que dices a todo que sí, siempre, te pidan lo que te pidan —explico ya muy cabreado—. Siempre priorizas lo que quieren los demás sobre lo que quieres tú misma, pero lo que no vas a hacer es arrastrarme a mí. Yo no soy así. Yo hago lo que quiero cuando quiero.

—Ya, ya lo sé. Tú eres un pijo egoísta que solo piensa en sí mismo. Y a los demás que nos den. Eres incapaz de ponerte en el lugar de los demás. Para ti todo es YO, YO, YO, YOOOOO…

—¿Eso piensas? Bien, no tengo nada más que decirte. Se acabó la conversación —gruño.

—Te odio mucho cuando te pones así. No sé qué pretendes…

—El sentimiento es mutuo. Lo único que pretendo es que me dejes en paz. —Cierro la mochila y me la cuelgo al hombro—. Me voy a clase en metro, hoy no me apetece aguantarte. Búscate la vida.

Marc se fue dando un portazo. No lo soportaba cuando se ponía en ese plan. Salí de su habitación y fui a la cocina. Estaba Estrella desayunando. Todos los demás se habían ido ya. Menos mal.

—¿No tienes clase? —me preguntó al verme aparecer.

—Sí, pero igual ni voy. El gilipollas de tu hermano me ha puesto de mala leche.

—Tengo dos hermanos, y los dos son un poco gilipollas, aunque me imagino a cuál te refieres. —me guiñó un ojo—. ¿Qué ha pasado?

—Que es un capullo. Sin más.

—Bueno, eso no es ninguna novedad —se rio—, ¿no vas a ir a clase entonces?

—A primera hora ya no llego, y tampoco estoy de humor hoy para clases. Creo que me tomaré el día libre. —Me senté a la mesa frente a ella.

—También podrías coger su coche e irte a clase, y el peatón ofendido que vaya y venga en metro, a ver si se le bajan un poco los humos al señorito —se rio.

—No, no —me reí también—, no voy a coger su coche. Tengo demasiado orgullo y no quiero que tenga nada más que reprocharme…

—¿Te ha reprochado algo?

—Bueno, no exactamente, pero me ha lanzado algunas indirectas muy feas…

—Ay, eso es algo universal, me temo. —Le dio un trago a su café—. Pero bueno, esto lo olvidáis rápido, que os conozco.

—Ya, bueno, ya veremos. ¿Tú no tienes clase?

—No, los martes no —Estrella estudiaba Psicología, estaba en su último año, solo tenía un par de asignaturas sueltas que se le habían quedado colgadas—. Entonces ¿no vas a ir a clase?

—Me parece que no. No pasa nada porque me libre algún día, que curro muchas horas, me merezco un descanso.

—Me parece bien, y ¿qué vas a hacer?

—No sé, me quedaré en casa, supongo.

—O podríamos hacer día de chicas… —me dijo con un movimiento rápido de cejas.

—¿Qué es para ti día de chicas? —le pregunté riéndome—. ¿Compras y peluquería? Hola, topicazos…

—No necesariamente, también podemos ir a hacernos las uñas —se rio—. No, en serio, podemos hacer lo que nos dé la gana, el mundo es nuestro. Oh, oh, podríamos ir a mirar vestidos para la boda de Emma.

—No, no, me dijo que quería elegirlo ella, se lo prometí. Además, falta un montón para la boda…

—Da igual, pero mirar… Además, los vestidos de bodorrio hay que comprarlos con tiempo, por si los tienen que arreglar y esas cosas…

—No voy a mirar vestidos sin Emma, se lo prometí, no quiero fallarle en eso también.

—Pues nos la llevamos —dijo muy convencida.

—Uy, sí, a Emma —me reí—. Estás que se escaquea de currar para ir de tiendas.

—Eso lo arreglo yo. —Cogió el teléfono inalámbrico que estaba sobre la mesa.

—Hola, Carmen, soy Estrella —le dijo a la secretaria del bufete de su padre—. ¿Está mi padre por ahí?… Gracias… Hola, papá, ¿le das el día libre a Emma?… Es que queremos llevárnosla Greta y yo a ver vestidos para su boda… No, yo los martes no tengo clase… No, ella hoy tampoco tiene, su profesor de Periodismo Internacional está fuera, dando un seminario. —Se acababa de inventar en un segundo la excusa y la asignatura, aguanté la risa para que no me oyera Gerardo al otro lado del teléfono—. Pero seguro que podéis sobrevivir un día sin Emma… Va, papi, que a Emma le va a sentar bien… Gracias, papá, eres el mejor. Ahora vamos a por ella… Arreglado —dijo después de colgar el teléfono.

—¿Periodismo Internacional? —me reí.

—Ha colado, ¿no? Pues ya está. —Sacó la lengua e hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. En marcha, vamos a por Emma.

No fue nada fácil sacar a Emma del despacho, pero, al final, hasta Gerardo nos echó una mano. Decidieron ir al centro, donde estaban casi todas las tiendas de vestidos de novias. Yo me dejé llevar. Empezamos probándonos vestidos Estrella y yo. Tras un buen rato de múltiples pruebas y nulo consenso, decidimos ir a comer algo.

Como estábamos a finales de octubre, nos sentamos en una terracita al sol. Me quedé mirándolas a las dos mientras esperábamos la bebida. Nadie diría que tenían la misma edad. Emma llevaba su melena negra perfectamente peinada, como recién salida de la peluquería, con su flequillo siempre de la longitud justa. Vestía un traje de chaqueta y tacones. Estrella, en cambio, tenía el pelo lacio y recogido en una trenza de la que se escapaban varios mechones. Su aspecto era más infantil. Era guapa, pero no del modo exagerado en que lo eran sus hermanos; y sus rasgos aniñados me hacían preguntarme si alguien la tomaría en serio a partir del año siguiente, cuando ya fuera psicóloga.

—A ver —dijo Emma, que no podía perder el tiempo dando rodeos—, una cosa que podemos hacer, si os apetece, es que elijáis el mismo vestido en diferente color. Seríais como unas damas de honor un poco atípicas. Que no hace falta que seáis damas de honor, que podéis llevar cada una un vestido diferente.

—Oh, me gusta esa idea —aplaudió Estrella—, y se lo puedes decir a alguna amiga tuya también.

—Claro —asintió Emma.

—Me pido el negro —dije yo levantando una mano.

—No —contestó Emma de manera automática—, no quiero que vayas de negro.

—¿Por qué? Si casi siempre voy de negro, ¿dónde está el problema? —me quejé sin entender nada.

—Pues por eso, siempre parece que vayas de funeral, no quiero eso en mi boda. Tampoco te voy a pedir que vayas de rosa pastel, pero una cosa intermedia.

—Azul marino —dije yo.

—Azul celeste —contraatacó.

—Bueno, antes de hacer una subasta de colores, vamos a elegir el vestido, y luego, cuando veamos los colores que hay, ya los repartimos —terció Estrella.

—Vale, pero nada de telas gordas y rígidas, algo que sea cómodo —pedí.

—No hay problema, buscaremos raso o gasa —consintió Emma.

—Ni idea, tengo que verlo.

—Greta, por favor, no me creo que no sepas lo que es el raso o la gasa…

—Los nombres me suenan, pero si no los veo… —Me encogí de hombros y ella puso los ojos en blanco.

Nos costó mucho convencer a Emma de que se tomara una cerveza con el aperitivo, pero al final accedió y pareció que se relajaba un poco. A partir de ahí, la cosa fue mucho mejor. Fuimos a una tienda de ropa pija pero no de novias y, tras probarnos medio catálogo, encontramos unos vestidos que nos gustaban a todas. Tampoco es que fuera el que yo hubiera elegido; pero, dentro de lo que habíamos visto, eran de lo mejorcito. Aprendí conceptos como «pedrería», «palabra de honor», «evasé», y algunos más que olvidé al instante. Llegó el momento de elegir colores.

—Greta, pruébate el verde —pidió Emma.

—No, no, el color verde es para las rubias, a las morenas nos sienta mal —expliqué muy convencida.

—Qué tontería es esa —se rio—, el verde te puede sentar muy bien.

—Déjala, si no quiere el verde me lo pruebo yo —sugirió Estrella.

—Vale, pues pruébate tú el rojo, Greta.

—No, no, el rojo canta mucho, es como ir con un semáforo encendido.

Emma puso los ojos en blanco una vez más, se desesperaba conmigo. Finalmente me probé uno violeta. No era tan oscuro como me hubiera gustado ni tan claro como quería Emma, así que las dos tuvimos que ceder un poco.

—Sigo pensando que canta demasiado —opiné después de haberme vuelto a poner mi ropa.

—No digas tonterías, te queda genial y estás guapísima.

Cada vestido costaba la mitad de mi sueldo, así que no discutí con Emma cuando dijo que los pagaba ella. Seguro que cobraba mucho más que yo.

Luego nos invitó a comer a un restaurante del centro que le gustaba mucho.

—Había pensado —nos dijo Emma— que podrían llevar los chicos también las camisas de los mismos colores y quedaría muy chulo en las fotos.

—¿A modo de bandera gay? —me reí.

—Bueno, depende de los colores y de en qué orden os pongáis en la foto —Emma empezaba ya a ponerse nerviosa conmigo—. En principio no traeréis pareja, ¿no? No estáis saliendo con nadie, que yo sepa.

—Falta mucho todavía para la boda —dijo Estrella—, me da tiempo a conocer al hombre de mi vida. —Las tres nos reímos.

—Bueno, Greta, tú irás con Marc, claro —aventuró Emma.

—No, no, que es gilipollas, paso.

—Han tenido bronca esta mañana —explicó Estrella con una risita y tono condescendiente.

—Bueno —se rio Emma—, eso en tres días se os ha olvidado. Una semana si os ponéis muy tontos.

—Que no, además, él tiene novia, lo mismo para entonces sigue con ella.

—¿Tiene novia? ¿Desde cuándo? —preguntó Estrella.

—Un par de semanas. —Las dos se rieron.

—Eso no llega ni a Navidad —aseguró Emma.

—Menos —contraatacó Estrella—, dos semanas más como máximo.

—Bueno, pues tendrá otra —dije yo encogiéndome de hombros.

—Vale, pues no vas con Marc. Puedes ir con uno de vuestros amigos. Con Samuel, por ejemplo, que es muy guapo.

—Ay, no, con Samu no —me opuse rápidamente.

—¿Por qué? ¿También te has peleado con él? ¿Pero qué os pasa? —preguntó Emma extrañada.

—No, no me he peleado —dije poniéndome roja, mierda.

—¡Te has liado con él! —Estrella soltó un gritito.

Me puse más roja todavía.

—Pero que no te dé vergüenza, si es un chico guapísimo. Y está tremendo, y mira que es pequeño para mí… —sonrió—. ¿No vas a probar a salir con él o algo? Haríais muy buena pareja…

—No, no. —Me agité un poco del repelús que me dio pensarlo—. Ahora me da mal rollo.

—¿Mal rollo? ¿Por qué te da mal rollo? —me preguntó Estrella

—No sé, lo veo distinto. Bueno, hace unos días que no lo veo, pero tampoco me apetece demasiado.

—Ay, pues a mí siempre me apetece verlo… ¡Es monísimo! Estoy siendo fina para no escandalizar a Emma, ¿se nota? —dijo guiñando un ojo.

—No me escandalizáis, no sé por qué dices eso…

—Bueno, Greta, yo creo que si el chico quiere salir contigo y es tu amigo le podrías dar una oportunidad. ¿Qué más quieres? Un tío bueno con el que te llevas fenomenal… Por favor, qué pesadilla… —Estrella se llevó el dorso de la mano a la frente en un gesto dramático.

—No sé, visto así… Igual me lo pienso…

—¿Qué tienes que pensar? Bueno, a menos que te guste otro… —sugirió con una sonrisa traviesa—. Te has puesto roja, parece que van por ahí los tiros, ¿no?

—Bueno, ¿podemos dejar los cotilleos de instituto para otro momento? —dijo Emma salvándome de una conversación que se estaba poniendo incómoda—. Volviendo a lo de la boda, que para eso me habéis sacado del trabajo, da igual con quién vayas, como si quieres ir con ese amigo tuyo afeminado. Lo de los chicos se puede comprar a última hora, en realidad es lo de menos.

—No hables así de Loui, que lo quiero mucho —dije en tono de disgusto.

—Ay, perdona, no me acordaba del nombre, era para distinguirlos. Bueno, pues puedes ir con Luis.

—Con él ningún problema; pero vaya, que falta mucho, ya veremos.

Dejé a Emma y Estrella yéndose a ver más cosas para la boda y me fui a currar. Me lo había pasado con ellas mejor de lo que esperaba. No solíamos hacer cosas juntas, siempre me habían

tratado como una cría, pero parecía que eso empezaba a cambiar.

El bar estaba tranquilo. No tardaron en llegar Loui y Chus, pero Marc y Samu no venían con ellos.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —me preguntó Loui— Hoy no has ido a clase, ¿no?

—No, he tenido día de chicas, con mi hermana y con Estrella.

—Eso está bien. Marc estaba insoportable —me contó.

—Ya me imagino, conmigo también ha estado muy estúpido. —Me encogí de hombros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Chus.

—Nada, que han discutido esta mañana —explicó Loui.

—Tronca —me dijo Chus—, habla con él y con Samu o el grupo se nos va a la mierda.

—Bueno, no es todo culpa mía —me defendí.

—No voy a discutir contigo. —Chus levantó las manos—. No quiero pillar yo también.

Me dolió un poco ese comentario. No todo había sido culpa mía, pero sí que era más que probable que ninguno de los dos hubiera aparecido en el bar por mi culpa.

Se fueron a la zona del billar y yo me quedé currando. Era un día bastante ajetreado para ser martes. Un buen rato después fui al almacén a dejar las botellas vacías que se habían ido acumulando. Estaba apilando las cajas cuando oí a mi espalda que se abría la puerta del almacén que daba a los baños. Me giré preparándome para el segundo asalto, pero me sorprendió ver que el que había entrado era Tato y no Marc.

—Uy, no esperaba que fueras tú —dije con un involuntario tono de decepción en la voz.

—Y ¿a quién esperabas? Si estamos currando los dos solos…

—A nadie, no sé, claro, lo lógico es que seas tú…

—Bueno, ya veo que te decepciona verme, mejor me voy a la barra, que la tenemos sola —me dijo con una risita.

—No, no, no me decepciona, solo es que me has pillado pensando en otra cosa…

—No importa, te veo fuera —aclaró antes de salir por la puerta de la barra.

Salí yo por la que daba a los baños y fui a la zona del billar.

—Oye —le pregunté a Loui—, ¿te ha dicho Marc si iba a venir más tarde?

—No, no va a venir. Había quedado con Sara.

—Ah, vale.

—Pero si quieres que venga, llámale. Habla con él.

—No, era solo por saber. No es que quiera que venga, me da igual, no le voy a llamar —contesté con indiferencia mienras recogía los botellines vacíos de las mesas.

—Ya, lo suponía. —Loui suspiró y puso los ojos en blanco.

—Bueno, voy a seguir currando, luego os veo.

Llegué a la barra y Tato me recibió con un enorme bostezo.

—Vaya, te aburro con mi sola presencia —sonreí.

—No, no —se rio—, es que madrugo mucho. Muchas mañanas curro llevando paquetes muy lejos. Esta mañana tenía que entregar a las ocho un paquete a más de cien kilómetros, y claro, después de cerrar anoche aquí… Pues no he dormido casi.

—No sabía que también eras mensajero…

—No es que sea mensajero, son encargos puntuales. Pero los días que tengo que ir tan lejos y tan temprano se me hacen muy pesados. Hoy no me he dormido al volante de milagro.

—Pues, tío, ve con cuidado, que eso es peligroso.

—Igual podías venir algún día conmigo, para darme conversación y que no me duerma…

—Claro, cuando quieras —sonreí.

—¿Mañana? Tengo que entregar uno a las ocho y media, pero son solo cuarenta kilómetros, con salir a las siete y media ya iría bien.

—Claro, voy contigo, ¿cómo quedamos?

—Como es tan pronto, si quieres puedes venirte a dormir a mi casa… Solo a dormir, tranquila, no hay una doble intención.

—Vale, sin problema —intenté disimular la decepción de que no hubiera una doble intención.

DOCE

TATO

El piso de Tato era muy pequeño y sencillo. Estaba todo muy limpio y ordenado, pero tenía lo justo. En un rincón del salón había una pequeña cocina separada de este por una barra con un par de taburetes. Era lo que hacía las veces de mesa, no había otra. Un pequeño sofá de dos plazas, un televisor y una librería eran todo el mobiliario que completaba esa estancia. También contaba con un baño diminuto y un único dormitorio.

—El sofá es enano, no cabemos ninguno de los dos —explicó—, pero la cama es muy grande, ni notarás que estoy, tranquila. No voy a tocarte, eres la hermana pequeña de Bruno.

Me decepcionó un poco ese comentario, y más aún me decepcionó comprobar que no mentía.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano, según lo planeado, y nos pusimos en marcha. Durante el trayecto en coche fui dándole conversación y estuvimos hablando animadamente todo el camino. No hablamos de nada importante. No estuvo mal, pero tampoco fue nada especial. Me gustaba estar con él, aunque no era especialmente animado o divertido. Supuse que el madrugón, después de haber cerrado el bar la noche anterior, no nos había sentado bien a ninguno de los dos. A la vuelta me dejó en casa. Ya era tarde, no valía la pena ir a clase.

—¿Te apetece repetir mañana? —me preguntó antes de que bajara del coche—. Voy un poco más lejos, a sesenta kilómetros.

—Claro —contesté. Total, tampoco tenía nada mejor que hacer.

No había nadie en casa. Era de esperar a esas horas, pero no pude evitar cierta decepción. Dos días sin saber nada de Marc era mucho tiempo, pero no quería dar yo el primer paso. Me había dicho cosas muy feas, le tocaba a él pedir disculpas.

Me duché, me cambié de ropa y comí algo antes de irme a currar. Apuré hasta el último momento, pero no apareció nadie.

La tarde en La Cueva fue muy similar a la anterior. No aparecieron ni Samu ni Marc. Las palabras de Chus del día anterior acusándome de estar rompiendo el grupo resonaban en mi cabeza, aunque estaba segura de que no era todo culpa mía. Deseé incluso ver a Samu, estaba todo demasiado raro, nos hacía falta un poco de normalidad por algún sitio.

Dormí otra vez en casa de Tato y todo fue más o menos como la noche anterior. A la mañana siguiente, lo mismo. Era agradable estar con él, pero no tan divertido como estar con cualquiera de mis amigos.

Una vez en el bar, antes de que aparecieran Loui o Chus, llegó Samu. Me alegré mucho de verlo, necesitaba empezar a normalizarlo todo.

—Hola, guapa, ¿qué tal? —saludó con una sonrisa.

—Bien, aquí, currando un poco, como siempre. Hacía días que no te pasabas por aquí.

—Sí, una semana o así, he estado ocupado.

—¿Una semana? —le pregunté levantando las cejas. Solo estábamos a jueves.

—Sí, desde el jueves pasado. He oído que el sábado probasteis la absenta… ¿Cómo fue? —me preguntó guiñándome un ojo.

—Mal, mal, se hacen muchas tonterías con la absenta. No la pruebes —le contesté riéndome.

—Me alegro entonces de no haber estado —sonrió y me volvió a guiñar un ojo.

—Es lo mejor que podías hacer.

Cuando llegaron Chus y Loui se alegraron un montón de ver allí a Samu y de comprobar que la cosa se había normalizado. Pero ni rastro de Marc.

Esa noche volví a dormir con Tato y el viernes también. El sábado por la mañana, cuando me dejó en casa, encontré allí a Estrella, pero no había nadie más.

—¿Estás sola? —le pregunté.

—Sí

—¿Y tu hermano?

—Se ha ido hace poco, creo que había quedado con una chica. Supongo que será la novia esa que dices que tiene…

—Supongo —asentí con fingida indiferencia. Nunca le había hecho tanto caso a una chica, pero parecía que se estaba colgando de la mística, con lo simple que era… No le pegaba nada, él era un tío muy inteligente y ella no pillaba ni la broma más tonta.

—¿Aún no habéis hablado? ¿Desde cuándo estáis así?

—Desde el martes, creo —fingí quitarle importancia, aunque recordaba perfectamente el día.

—Que cabezones estáis esta vez. Bueno, se os pasará pronto, supongo.

—No sé, ya veremos —repliqué antes de irme a mi habitación a darme una ducha.

Llegué al bar dispuesta a afrontar otra larga tarde de sábado. El sábado era el peor día, el que más horas trabajaba, cerrábamos más tarde que nunca. Lógico, por otra parte.

Tato llegó a la hora de siempre. Parecía que estábamos cogiendo más confianza, pero no la suficiente como cabría esperar después de haber dormido (solo dormido) juntos cuatro noches.

—Mañana es domingo. No tengo que hacer ningún viaje, pero he pensado que igual te apetece dormir conmigo otra vez y podemos hacer algo por la mañana.

—Claro —acepté. Si no pasaba nada esa noche es que nunca pasaría y me olvidaría ya del tema. Si solo me veía como una hermana pequeña, dejaría de quedar con él. Para el papel de hermanos mayores ya tenía a Bruno y a Jaime.

A las ocho llegó Adela. No la veía desde el sábado pasado, cuando me dijo que me fuera, que cerraba ella. Hizo algo más aparte de cerrar…

—Buenas tardes, familia —nos dijo a Tato y a mí—. ¿Cómo va la cosa por aquí?

—Bien, tranquilo —respondió Tato y salió de la barra—. Voy a recoger vasos.

Adela se metió detrás de ella conmigo.

—¿Y tus colegas?

—Allí, en aquella mesa. —Señalé la mesa de siempre.

—Y tu hermano, ¿no ha venido?

—Pues no, Bruno no suele venir a estas horas, él hace el turno de mañanas —aclaré.

—No, me refería a Marc —dijo Adela.

—Marc no es mi hermano —respondí en un tono más desagradable de lo que tocaba.

—Bueno, lo que sea, pero ¿no ha venido?

—No, no ha venido, ni creo que venga —insistí en el mismo tono—. Está con su novia.

—Ah, no sabía que tuviera novia.

—Pues ya lo sabes —aclaré.

—Cómo están los ánimos por aquí hoy… Va a ser una noche larga, me parece…

Tenía razón, fue una noche muy larga. Poco antes de cerrar, se acercó Loui a decirme que se iban al Angelus, que me esperaban allí.

—No voy a salir —expliqué—. He quedado con Tato.

—Vale, suerte. —Me guiñó un ojo.

—No tengo ninguna fe —me reí.

Se ofreció Adela a cerrar y Tato y yo nos fuimos a su casa. Estaba un poco raro, igual más nervioso de lo habitual. Nos tomamos una cerveza al llegar y nos fumamos un porro. Se relajó un poco. Estábamos los dos sentados en su minúsculo sofá, y él aprovechó una anécdota sin importancia para ponerme una mano en la pierna. Sí, esto era nuevo, parecía que por fin la cosa iba a pasar al siguiente nivel.

Abrimos otro par de cervezas y se relajó más todavía, incluso contó alguna anécdota divertida sobre una noche loca que tuvo con Bruno y Jaime. Era divertido oír historias de ellos de boca de un amigo suyo, eran cosas que ellos no me contarían. Me estaba riendo mucho, me estaba dando hasta dolor de barriga de tanto reírme. Después de una de las anécdotas, cuando ya estaba parando de reírme, se inclinó hacia mí y me besó.

Sí, joder, por fin.

Fue un beso largo, dulce, bonito. Pero no sentí lo que esperaba. No es que besara mal, no era eso, pero no era excitante, o igual era yo. Cuando se separó de mí con una sonrisa, me sentí fatal.

Mierda, ahí estaba otra vez la sensación que tuve con Samu a la mañana siguiente. ¿Qué mierda me pasaba? Si llevaba mucho tiempo esperando esto…

—Qué expresión más rara —dijo algo tenso—. No sé cómo interpretar esto.

—Ya, no sé, perdona, ha sido raro.

—Lo siento —se disculpó—, pensaba que querías. No debí hacerlo.

—No, no, no es eso —me apresuré a aclarar. No sabía cómo decirle que sí quería que pasara pero que ahora no quería repetirlo.

En ese momento empezó a sonar mi móvil. Un sábado a las tres de la mañana. Supuse que serían mis amigos desde el Angelus para picarme un poco o cortarme el rollo, qué cabrones. Pero en ese momento me sentí aliviada. Si la cosa hubiera sido diferente, no habría ni cogido el teléfono, pero necesitaba una excusa para salir de allí, ya no me apetecía dormir con él.

Cogí el teléfono y comprobé, para mi sorpresa, que era Marc el que llamaba. Eso no me lo esperaba.

—¿Qué quieres? —gruñí al descolgar. No sabía nada de él desde el martes por la mañana y me llamaba el sábado de madrugada. No se lo iba a poner fácil.

—No estás en casa —dijo con voz grave.

—Lo sé —contesté.

—Tampoco estás con estos de fiesta.

—También lo sé. ¿Qué quieres?

—Me ha dejado. —Su voz sonaba rara.

—¿La mística? —pregunté.

—Sí.

—¿Estás llorando?

—No —negó con un hilillo de voz.

—¿Estás mintiendo? —le pregunté desconfiada.

—Sí —confesó—. Siento lo del otro día, nena, ¿puedo dormir en tu cama?

—Claro, ¿quieres que vaya?

—No quiero cortarte el rollo…

—No te preocupes por eso —lo tranquilicé antes de colgar.

Guardé el teléfono en el bolso.

—Tengo que irme —le expliqué a Tato.

—¿Ha pasado algo? —preguntó preocupado.

—Nada grave. Era Marc, le ha dejado la novia, está hecho polvo.

—Entiendo —asintió—. Te llevo.

—No hace falta —me negué y al momento me arrepentí. No eran horas de autobuses y metros y estábamos lejos de casa. Tampoco sabía dónde coger un taxi en ese barrio.

—Te llevo, no voy a dejar que te vayas sola hasta tu casa.

—Vale —acepté.

Durante el trayecto en coche estuvimos bastante callados.

—Siento lo de antes, no debí hacerlo —dijo por fin.

—No te preocupes —contesté—. Es culpa mía. Quería que pasara, pero igual no ha sido buena idea. Curramos juntos y eres amigo de mi hermano, sería demasiado complicado.

—Sí, yo también lo pienso —asintió con su tono de voz vergonzoso de nuevo. Ya no me parecía tan mono con su timidez.

—Mejor así, como estábamos antes —concluí.

—Sí, será lo mejor —contestó.

No dijimos nada más en todo el camino.

Entré en mi habitación y Marc estaba tumbado en mi cama a oscuras. Se incorporó al verme aparecer.

—No hacía falta que vinieras —dijo secándose la cara.

—Bueno, me apetecía.

—¿Dónde estabas?

—En casa de Tato.

—Ah. —Se quedó callado un momento—. Lo siento, te he cortado el rollo.

—Tranquilo, quería irme. Me has dado una excusa.

—¿Y eso?

—Nada, tonterías mías.

—¿Ya sabes por qué le llaman Tato? ¿Ya le has dejado entrar en tu lugar feliz? —preguntó con una sonrisa triste. Quería reírse, pero tenía la cara congestionada.

—No —me reí—, y ya me da igual por qué le llamen Tato. No va a entrar en mi lugar feliz.

—¿Y eso? —sonrió a medias—. ¿Es un cerdo? ¿Tengo que partirle la cara? —preguntó en tono de broma, ya más animado.

—No, no, para nada —sonreí—, es difícil de explicar.

—Inténtalo.

—No sé, llevo durmiendo en su casa desde el martes por la noche…

—Joder, no tenía ni idea. —Me miró abriendo mucho los ojos.

—Y acompañándole por las mañanas a unas movidas que tenía que hacer…

—Por eso no has venido a clase en toda la semana…

—Correcto. Bueno, pues eso, que toda la semana juntos y ni frío ni calor, hasta esta noche que, justo antes de que llamaras, me ha besado.

—Joder, tía, lo siento, te he cortado el rollo más de lo que pensaba —se disculpó con voz grave.

—No, no, tranquilo. Ha sido raro, no me ha gustado.

—¿Y eso? —preguntó levantando una ceja.

—No sé, ha sido una sensación muy parecida a la del otro día con Samu. Solo quería salir de allí. No sé qué mierda me pasa —expliqué con un poco de rabia en la voz.

—Igual te estás volviendo frígida —se rio.

—Igual, quién sabe… —me reí yo también.

—De aquí al convento, nena, lo veo.

—Bueno, y ¿a ti qué te ha pasado?

—Nada, otra frígida, como tú —se rio.

—Imbécil. —Le di una palmada en el brazo—. Va, en serio.

—No sé, es gilipollas. Llevo quedando toda la semana con ella y hoy me ha salido con no sé qué mierdas y al final lo hemos dejado.

—Bueno, mejor así, seguro que encuentras a una mejor… Al menos más inteligente, cosa que no es difícil —me reí.

—Qué cabrona. —Se reía, pero aún soltaba algún sollozo.

—Va, tío, no llores, que no lo merece.

—Ya, ya, si no es solo por eso. Ha sido una semana de mierda. Te he echado de menos, nena. —Volvió a frotarse los ojos.

—Y yo a ti. —Le di un abrazo y lo dejé llorar.

—No quiero que volvamos a discutir así —susurró—. No vale la pena, y menos por gilipolleces de otros.

—Ni yo. —Me separé un poco de él—. ¿Reconoces que fuiste un capullo?

—Sí —asintió con la cabeza.

—¿Me ayudarás a enseñarles a bailar? —Volvió a asentir—. Y ¿bailaremos en su boda?

—No —se rio y negó con la cabeza, con la cara aún congestionada.

—Vale —me reí yo también—, con enseñarles a bailar me sirve. Vamos a dormir.

—Sí. —Se dejó caer en la cama boca arriba.

Me tumbé a su lado, apoyé mi cabeza en su pecho y le pasé un brazo alrededor de la cintura. Él pasó el suyo por detrás de mi cabeza y dejó su mano descansando en el mío. Con el otro me rodeó la cintura.

—Y ¿por qué te ha dejado? —pregunté cuando estábamos a punto de quedarnos dormidos.

—Porque es gilipollas —contestó.

—Eso ya lo sabíamos todos, pero ¿te ha dado alguna razón?

—En realidad, por tu culpa —soltó una risita.

—¿Por mi culpa? —Levanté un poco la cabeza, lo justo para mirarle.

—Sí, dice que tenemos una relación enfermiza, que pasamos demasiado tiempo juntos y que lo del armario da yuyu —susurró a punto de quedarse dormido.

—Qué gilipollas —dije yo—, esa es una celosa posesiva. Has tenido suerte de librarte de ella. —Mi voz sonaba débil, me estaba venciendo el sueño.

—Eso pienso yo también, nena. —Me dio un beso en la frente antes de quedarse dormido. Yo me dormí inmediatamente después.

TRECE

LA LISTA DE ADMITIDOS

Ha sido una buena semana, mejor que la pasada. Greta y yo hicimos las paces el sábado y todo ha estado bien desde entonces. Esta semana ha venido a clase todos los días y yo he vuelto al bar por las tardes. Vuelvo a tolerar a Samu. No sé por qué me enfadé tanto con él. Es un poco capullo, pero no es mala gente. Hoy es viernes ya, por fin. Vamos Greta y yo por el pasillo de la facultad a primera hora de la mañana cuando nos cruzamos con un tipo que no conocemos de nada que va gritando a pleno pulmón que han salido las listas de preadmitidos a los cursos del segundo cuatrimestre.

—Vamos a verlas —dice Greta automáticamente.

—No sé si quiero saber —dudo.

—Claro que quieres, imbécil —se ríe—. Venga, vamos.

Llegamos al edificio de secretaría y hay un montón de gente en los pasillos apiñándose frente a los tablones. Localizamos la que me interesa y esperamos un poco a que la gente se disperse. Estoy nervioso. Finalmente me abro paso y compruebo que mi nombre está en la lista de preseleccionados. Me pongo más nervioso todavía. Greta acaba de verlo también. Empieza a dar saltos de alegría y a abrazarme.

—Lo sabía, lo sabía, lo sabía —dice tan eufórica como si la hubieran admitido a ella—. Esto hay que celebrarlo.

—Es la preselección, ahora habrá que presentar algo más, aún no estoy dentro.

—Bueno, pues a ver si dicen qué más hay que presentar.

Se pone a escudriñar el resto del tablón.

—Mira lo que pone aquí:

LOS ALUMNOS PRESELECCIONADOS PUEDEN PASAR POR EL EDIFICIO DE ADMINISTRACIÓN A POR LA LISTA DE REQUERIMIENTOS DE LA SEGUNDA FASE DE SELECCIÓN Y A RETIRAR LOS EJERCICIOS DE LA PRIMERA FASE

Mierda. Me van a devolver los dibujos.

—Vamos —me dice.

—No, no, ya iré yo luego.

—No seas tonto, vamos ahora y vemos cuáles son los requerimientos durante el almuerzo.

—Que no, que habrá mucha gente. Además, tenemos clase.

—No seas idiota. Cuanto antes, mejor. Que le den a la clase, esto es más importante.

Intento buscar una excusa para que no venga conmigo, pero no tengo ninguna. Ella ya se ha puesto en marcha y tengo que apretar el paso para alcanzarla. Llegamos a la oficina que nos indicaba el tablón y me entregan un sobre y una carpeta.

Sigue emocionada dando saltitos mientras caminamos hacia la cafetería. Cuando estamos atravesando uno de los jardines del campus se gira hacia mí.

—Enséñame los dibujos. —Mierda.

—No —contesto automáticamente.

—¿Cómo que no? —se ríe.

—Como que no.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Muy en serio.

—¿Por qué no me los quieres enseñar?

—No son buenos —digo intentando sonar convincente.

—No estarías en esa lista si no lo fueran —sonríe de forma traviesa.

—He dicho que no.

—Y yo he dicho que sí y, como mecenas, merezco saber en qué estoy invirtiendo —insiste en tono de broma.

—De verdad, nena, no quieres verlos.

—Oh, sí que quiero, y cuanto más te niegues, más ganas tengo —se ríe y me quita la carpeta a traición.

—Dámela —protesto recuperándola en un gesto rápido.

—¿De qué vas? Creo que me merezco que me dejes ver los dibujos, ¿no? No me obligues a hacerte chantaje y recordarte que formo parte de esto. —Se pone seria, se está mosqueando. Y más que se va a mosquear.

Le alargo el brazo con el que sujeto la carpeta y me la quita de un tirón. Empieza a ver los primeros dibujos.

—Tío, son muy buenos… —dice en un tono ya más relajado—. Y el realista no está tan mal, eres un exagerado.

—Ya, no sé… —murmuro mirando hacia otra parte.

En el jardín en el que estamos hay varios grupitos de estudiantes de buen rollo tomando el sol, fumando, comiendo… Y van a presenciar una bronca monumental en breves momentos. La de la semana pasada va a ser una broma comparada con la que se me viene encima. Maldigo internamente la decisión de última hora de incluir el tatuaje y el piercing. Sin eso le podría decir que no es ella. Joder, qué gilipollas soy.

—La redacción me la leeré luego tranquilamente —dice pasando la hoja y llegando a la última.

Quiero que se abra el suelo y se me trague. Me quiero teletransportar a otro sitio, a cualquier otro. Me meto las manos en los bolsillos, giro la cara, cierro los ojos con fuerza y me muerdo el labio por dentro esperando el impacto. No dice nada. La miro de reojo y veo cómo sostiene la carpeta y parpadea lentamente un par de veces. Una tercera agitando un poco la cabeza. La inclina hacia un lado y luego al otro, como si no entendiera bien cómo lo tiene que mirar. No dice nada. No me mira.

—Tenías razón —dice por fin—, no se parece en nada a Sara.

Aprieta los labios y levanta la vista. ¿Está aguantando la risa? Está aguantando la risa. Esto no me lo esperaba.

—Dame una hostia si quieres —le digo mientras giro un poco la cara—, me la merezco.

—No te voy a dar una hostia —se ríe—. A ver, el dibujo está de puta madre, no me extraña que te hayan admitido… Y puede resultar ofensivo a varios niveles y para varias personas, no cabe duda de que eres un artista —se vuelve a reír—. Y lo de los tatuajes iguales es un puntazo, parece que estés contando una historia de amor… Además, demuestra mucha imaginación, porque yo no estoy tan buena. —Cierra la carpeta y me la estampa en el pecho mientras se ríe—. Ya está, ya ha pasado, ya lo he visto. Respira.

—¿Te has mosqueado? Soy un cerdo, no sé por qué hice ese dibujo —aún estoy esperando a ver por dónde me van a llover las hostias.

—No, no sé, supongo que la inspiración surge donde surge… Yo no soy artista, no tengo ni idea —se ríe—. Lo que está claro es que el dibujo es espectacular. Deberías enmarcarlo y colgarlo en casa —se vuelve a reír—, o colgarlo en la puerta de la nevera con un imán, como los que traíamos del cole de pequeños. Seguro que a todos les encanta. —Intento reírme con ella, pero me sale un sonido raro, aún estoy nervioso.

—De verdad que no sé por qué lo hice. Me da mucha vergüenza.

—Claro que lo sabes, te traicionó el subconsciente, pero no le des más vueltas, ya está hecho. Yo no dibujo, pero tampoco es que no lo haya pensado nunca. Vamos a comer algo. —Se gira con intención de continuar el camino a la cafetería.

—Espera, espera, ¿qué quieres decir? ¿Qué has pensado? —La cojo del brazo y hago que se detenga y me mire.

—Pues, no sé, eso. Todos tenemos nuestras fantasías… Y, a veces, no se pueden controlar… —Se lleva el índice a los labios y hace la señal de silencio.

—¿Tienes fantasías conmigo? —pregunto intentando disimular una sonrisa—. ¿Qué tipo de fantasías?

—Imagínatelas, hemos visto que tienes mucha imaginación. —Aguanta una sonrisa también —, supongo que es algo que tenemos ahí… flotando en el subconsciente. —Mira hacia el cielo y agita los dedos en el aire.

—Tíos, ¿qué hacéis plantados aquí en medio? —interrumpe Chus apareciendo de la nada con Loui—. Me he escapado de clase, me vengo a almorzar con vosotros.

—Qué bien —dice Greta todavía mirándome. Luego se gira hacia él—, nos viene bien un filósofo, ¿qué puedes contarnos del subconsciente? —le pregunta a Chus y yo intento no reírme.

—Buah, tía, qué movida a estas horas, que aún no me he fumado ni un *fly*. Además, ¿eso no es de psicología? Algo me suena haber dado, pero creo que es más el inconsciente… No sé nada, voy a suspender.

—Vale, vale, tranquilo —se ríe ella—. No tiene importancia.

—Pero ¿qué es lo que quieres saber?

—Nada, si sabías algo del pensamiento automático o de las fantasías —cuestiona mientras caminamos los cuatro hacia la cafetería.

—Buah, tía, no me rayes a estas horas —se queja él.

—Deja en paz al pobre Chus, nena —me río y le paso un brazo por encima de los hombros —. No le hagas pensar a estas horas o cortocircuitará.

—Eso, tronca, luego si te interesa mucho te lo miro, pero no son horas.

Los cuatro nos reímos mientras entramos en la cafetería.

Nos sentamos todos en una de las mesas. Greta me quita el sobre y saca la lista de cosas que me piden.

—Tienes que presentar una propuesta, como un proyecto de cómic, está muy detallado, luego te lo lees… Y lo demás parece más una lista de méritos: experiencia laboral, currículum, premios, cartas de recomendación…

—Joder, qué mierda, no tengo nada de eso.

—A ver, el proyecto lo vas a hacer de puta madre, más te vale… Premios no tienes, es cierto, y de experiencia puedes poner que estuviste este verano escribiendo notas de prensa para el despacho de tu padre, no tienes por qué decir que es de tu padre, claro, pero piden experiencia en dibujo o redacción, algo es algo. Pone que tiene más valor con carta de recomendación del empleador.

—Mierda, ahí estoy jodido —me río.

—Bueno —dice Loui—, se lo puedes pedir a Emma, ella trabaja allí.

—Emma no hace eso a espaldas de mi padre ni de coña.

—Bueno, le vais a enseñar a bailar, favor por favor —sugiere Loui.

—A propósito de eso, hemos quedado a las cuatro esta tarde con ellos —me dice Greta enseñándome los dientes—. Se me había olvidado decírtelo.

—Joder, otro marrón. Y de pedírselo a Emma ni hablar, que es capaz de irle a mi padre con el cuento. Hay que pensar otro plan…

—Puedes escribir la carta tú con el ordenador y luego le plantas el sello del despacho de tu padre, seguro que tiene uno en casa —dice Chus en un arranque de lucidez.

—Joder, tío, eso es brillante —le contesto.

—No entiendo el tono de sorpresa, tronco —se ríe Chus—. Tengo mis momentos.

—Vale —dice Greta—, también podrías hablar con el Chapa.

—¿Con el profe de dibujo del insti?, ¿para qué?

—Para que te escriba otra carta. Estaba enamoradísimo de ti.

—De mis dibujos —corrijo.

—Bueno, eso no está claro, igual un poco de todo —se ríe ella—, pero, ahora en serio, seguro que si se lo pides te escribe una superchula. Acuérdate de cuando intentó convencer a tu padre para que estudiaras Bellas Artes, yo creía que ese día lo perdíamos de un infarto o algo.

—Es verdad —me río.

—Llámale y pídele la carta.

—Paso, paso, qué vergüenza —me niego.

—Va, no seas ridículo, que todo suma.

—No, no lo voy a llamar —insisto.

—Vale, pues llamo yo. Chus, tráeme la guía, porfa.

Chus se levanta obediente a por el listín telefónico que hay siempre en la barra de la cafetería.

—Pero ¿qué le vas a decir? —le pregunto nervioso.

—Lo que me dé la gana. Si quieres controlar la conversación, llama tú.

—Joder, nena, a ver qué le dices.

Llega Chus con la guía y Greta localiza rápido el número del instituto. Lo marca en su móvil.

—Hola, buenos días, ¿puedo hablar con Alejandro Chapa, por favor? Sí, espero, gracias… —Todos la miramos muy atentos. La espera se hace larga—. Hola, buenos días, Alejandro, qué suerte que no te he pillado en clase. Soy Greta Mur, de la promoción de hace un par de años…

Morena, despeinada, que parecía que dibujaba con los pies… Sí, exacto, eso es, la amiga de Marc —al decir esto se gira hacia mí pestañeando y lanzando besos al aire. Los tres nos reímos en silencio para que no se nos oiga—. Pues está muy bien, sí. De hecho, te llamo por él. Resulta que está en la fase final de selección para un curso de dibujo muy importante de la universidad y necesita cartas de recomendación… Sí, claro, debería haberte llamado él, pero ya sabes cómo es, siempre tan humilde, que el pobre cree que no merece nada. —Se gira hacia mí en un gesto dramático llevándose la mano al pecho—. Sí, le estoy echando una mano porque si dependiera de él no lo mandaba… Claro, claro… Qué genial… Sí, sí, te aseguro que irá él personalmente a recogerla… Sí, claro, ya te lo contará él mañana… Genial, Alejandro, muchísimas gracias… Un abrazo, adiós.

Todos la miramos expectantes.

—Mañana a las diez en su despacho del instituto recoges la carta.

—¿Tengo que ir yo?

—No, si te parece va mi abuela… Vas tú, recoges la carta y le das las gracias.

—¿No vienes conmigo?

—No, os dejo intimidad —me dice volviendo a hacer ojitos.

—Qué pava eres.

—Yo si quieres te ayudo esta noche a buscar el sello de tu padre.

—Guay, genial.

—Vale, pues, a ver, planificación: a las cuatro clase de baile, luego yo me voy a currar y tú te quedas escribiendo tu carta falsa y esta noche buscamos el sello … Y ya mañana yo me quedo durmiendo y tú te vas solito a recoger tu carta verdadera.

—Vale —me río—, qué estrés.

—Nadie dijo que delinquir fuera sencillo —me dice encogiendo los hombros.

CATORCE

CLASES DE BAILE

Durante el trayecto de vuelta en coche, Marc fue redactando el borrador de la carta de recomendación falsa. Mejor, así no sugirió retomar la conversación que habíamos dejado a medias. Igual debería haberme callado, pero lo vi tan agobiado que solo quería tranquilizarle un poco…

Llegamos a casa a las cuatro en punto y ya estaban allí Emma y Carlos esperándonos. Decidimos utilizar el salón de casa de Marc porque tenía una pared de espejo y menos muebles que apartar. Entre Carlos y Marc lo despejaron y nos quedó una pista de baile improvisada muy aparente.

Emma puso en el equipo de música la canción que había elegido y Marc y yo nos colocamos en el centro de la pista mientras ellos nos miraban desde uno de los laterales.

—Greta —me dijo Emma desde donde estaba antes de que empezáramos a bailar—, ¿con esas botas bailas bien? ¿Por qué no te pones unos tacones?

—Porque ni tengo, ni me apetece —expliqué—, y, antes de que me ofrezcas unos tuyos o de Estrella, acuérdate de que tengo los pies más grandes que vosotras.

—Es que no sé cómo vas a bailar con las botas militares. —Puso los ojos en blanco.

—Vale, bailo descalza. —Me aparté de Marc y me senté en el suelo para quitarme las botas. Me quité también los calcetines para no resbalar.

—Nena, es noviembre, vas a coger frío en los pies —me dijo Marc.

—Sí, joder, está frío el suelo —me quejé—. Venga, movimiento, que se me pase.

—Vamos a poner la calefacción —pidió Emma—, no quiero que te pongas mala.

—Vale —aceptó Marc—, ponla.

—Yo no sé ponerla —dijo Emma—, es tu casa.

—Ya —se rio Marc—, pero la caldera es la misma… Y yo tampoco sé, no la he puesto nunca.

Los dos me miraron a mí.

—No me miréis —me defendí—, yo no la he puesto nunca tampoco.

Empecé a dar saltitos porque estar de conversación no me ayudaba a entrar en calor.

—Solo decidme dónde está y yo la enciendo —intervino Carlos—. Todas las calderas siguen el mismo principio, no tienen misterio. De entrada, la pondré al máximo para que se caldee rápido y en cuanto se empiece a notar, la bajamos.

—Guay —aceptó Marc.

Emma lo acompañó para decirle dónde estaba la caldera y Marc y yo nos quedamos a esperarles. Me senté en el brazo del sofá que habíamos arrinconado y subí los pies para no

quedarme helada. El suelo era de un mármol muy frío que le encantaba a Reyes y que le daba un aspecto majestuoso al salón. El de mi casa era de madera, más acogedor, menos elegante, pero más práctico para ir descalza en noviembre.

—¡Chicos, venid un momento! —nos llamó Emma a gritos desde la galería.

—Joder, qué pesados —se quejó Marc mientras se acercaba hasta mí—. Sube, te llevo, no vayas descalza. —Se dio la vuelta para que me subiera a su espalda. Obedecí y me enganché como un koala.

Llegamos donde estaban ellos y Emma nos volvió a poner los ojos en blanco.

—Qué infantiles sois —dijo con condescendencia—. A ver, Carlos ha subido la calefacción, pero la llave se ha salido y no sabemos ponerla, ¿se os ocurre cómo?

—Cari, ya te lo he dicho —explicó Carlos—, la llave iba soldada y se ha roto la soldadura, *por consiguiente*, no podemos ponerla así como así.

Escondí la cara detrás de Marc y le di un mordisco en la espalda. Él intentó contener la risa.

—A ver, no seáis críos, no os riais, que si se ha roto va a ser un problema —se quejó Emma.

—Si se ha roto no hay nada que hacer —dijo Marc todavía aguantando la risa—. Pero a mi padre le decimos que habéis sido vosotros, no quiero más marrones con él.

—Sí, yo se lo digo —aclaró Emma—. Bueno, pues vamos a lo nuestro, que se nos va a pasar el tiempo.

Volvimos al salón y en apenas diez minutos ya estaba caldeado. Sí que se había pasado Carlos al subirla.

Emma volvió a poner la canción[1] y Marc y yo nos colocamos en posición.

—Vale, primero os fijáis en nosotros y en los pies y luego ya la ponemos otra vez y bailamos con vosotros —les expliqué.

—Perfecto —asintió Emma.

Marc me cogió la mano y la otra, en lugar de ponerla en mi espalda, la puso como tres palmos más abajo.

—Esa mano no va ahí —advertí con una risita a un volumen lo suficientemente bajo como para que solo me oyera él.

—Es verdad, perdona, nena, habrá sido… ¿cómo era? El subconsciente —me susurró al oído con una sonrisa. La volvió a subir a mi espalda y empezamos a bailar aguantando la risa como dos imbéciles.

No habíamos vuelto a hacer ningún comentario sobre esa conversación en todo el día y la sacaba justo ahora, cuando estábamos con Emma y Carlos. Era su venganza por obligarle a hacer eso.

Agradecí que el baile que habían elegido fuera el vals, porque no teníamos que estar tan cerca como en otros y, después de la conversación de esa mañana, el dibujo, y todo lo que se me había pasado por la cabeza, lo último que necesitaba era tener a Marc pegadito a mí. La canción terminó antes de que me diera cuenta y llegó el momento de bailar con ellos.

—Vale, Emma conmigo —dijo Marc—. Carlos, molaría que te quitaras los zapatos, que no te sabes los pasos y lo mismo pisas a Greta sin querer. Si eres de dejarte los calcetines puestos, déjatelos, no hay problema —añadió disimulando una sonrisa.

—Sí, sí, soy de dejarme los calcetines puestos —aclaró Carlos mientras se quitaba los

zapatos.

Marc me miró de reojo y me hizo un movimiento rápido de cejas mientras sonreía. Estaba especialmente gamberro. No pude evitar reírme.

Bailamos con ellos durante un rato y les dimos pautas para que practicaran por su cuenta antes de volver a quedar. Empezaba a notarse mucho el efecto de la calefacción cuando me despedí de ellos para irme a currar. Marc me acompañó a la puerta.

—Escribe la carta —le recordé—. A las doce y poco estoy aquí.

—Vale, nena, no bebas, te necesito sobria.

—A la orden. Luego te veo.

Volví a casa directa del bar, tal como le había prometido a Marc. Eran poco más de las doce. Nada más entrar me recibió una bofetada de calor. Entré en la cocina y estaban allí Estrella y Marc. Ella llevaba un pijama de verano y Marc solo llevaba un pantalón vaquero corto. El extremo del tatuaje le asomaba por debajo del pantalón.

—Joder, qué calor —dije al entrar en la cocina.

—Bienvenida al infierno, nena, treinta y cuatro grados nada menos, dale las gracias a Carlos…

—Es horrible —me reí—, voy a cambiarme.

—Vale, te espero en mi cuarto y ponemos una peli. —Me guiñó un ojo.

—Bien, ahora voy.

—Greta, cariño —dijo Reyes apareciendo por la puerta de la cocina—, ¿mañana por la mañana estarás en casa? Es que tiene que venir el técnico de la caldera y todos tenemos algo. ¿Podrás estar tú?

—Claro, sin problema —asentí.

—Qué bien, pues no te levantes tarde, que tu madre y yo nos tenemos que ir a las nueve y media, y los demás se van antes, ¿vale? ¿Podrás levantarte a esa hora?

—Cuenta con ello, tranquila —me reí—, y ahora voy a cambiarme o me voy a deshidratar aquí mismo.

Me puse un pijama de verano que se había despistado en el cambio de armario y pasé a la habitación de Marc. Estaba en su escritorio dibujando, aunque tenía el libro de Literatura abierto sobre la mesa.

—¿Dibujando y estudiando a la vez? ¿O buscando inspiración en los clásicos? —le pregunté.

—Ni una cosa ni otra —se rio—, coartada por si entra mi padre.

—Bien pensado. —Me senté en su cama y me encendí un cigarro.

—Acabo esto y voy, nena —aclaró mientras seguía dibujando.

—Tranquilo, no hay prisa.

Me quedé mirando cómo se movían su espalda y sus brazos mientras dibujaba. Estaba delgado y fibroso, con la cintura estrecha y los hombros anchos, como si hiciera ejercicio a diario, aunque su mayor esfuerzo era el levantamiento de birra. Tenía una genética envidiable. No era solo la edad, su hermano y su padre tenían el mismo tipo y tampoco eran aficionados al

deporte.

Terminó lo que estaba haciendo y se giró hacia mí.

—Estaba con lo del proyecto ese que tengo que presentar. Joder, cuántas cosas piden… Qué pesados…

—Bueno, es que está muy solicitado, y buscan a los mejores. ¿Ya tienes la idea?

—Tengo un par, pero tengo que trabajarlas bien para ver si alguna es buena.

—Seguro que sí.

—Voy a dar una vuelta por la casa a ver si ya se han dormido todos. —Se levantó de la silla y salió de la habitación.

Volvió a los pocos minutos.

—Despejado, pero vamos a esperar un poco para asegurarnos.

—Sí, mejor.

QUINCE

EL ARMARIO

Salimos de mi habitación en silencio. No es demasiado tarde, pero toda la casa duerme. Greta y yo avanzamos descalzos y despacio por el pasillo hacia el despacho de mi padre. Ella va delante de mí. Lleva uno de esos pantaloncitos cortos elásticos que se pone en verano para estar por casa que no dejan mucho a la imaginación. Me apetece darle un pellizco, pero sé que daría un grito y despertaría a alguien. No es el momento.

Ya en el despacho, la luz de las farolas de la calle que entra por la ventana es suficiente, no necesitamos encender ninguna lámpara. Menos mal, eso podría delatarnos. Con el máximo cuidado empezamos a abrir los cajones del escritorio, pero no hay ni rastro del cuño. Greta saca unas hojas con membrete de uno de los cajones.

—A una mala, tenemos esto si no encontramos el sello —susurra.

—No, vamos a seguir buscando, prefiero el sello —le contesto en el mismo tono silencioso —, que ya tengo escrita la carta.

Ella deja de buscar durante un momento y comienza a abanicarse con las hojas mientras con la otra mano separa y acerca alternativamente de su cuerpo la camiseta de tirantes que lleva. No lleva sujetador y, por un momento, me quedo hipnotizado viendo cómo el relieve de sus pezones aparece y desaparece del tejido. Hace un calor insoportable. Le agradezco mentalmente al inútil de Carlos este momentazo.

—¿Qué pasa? —susurra mientras detiene el hipnótico movimiento—. ¿Viene alguien?

—No, no, eran tus pezones, que reclamaban mi atención.

—Imbécil —se ríe mientras me golpea con las hojas—, como tú no llevas camiseta, no tienes tanto calor.

—Bueno, tampoco es que tú vayas muy abrigada, nena —sonrío—. Y si quieres ir tú también sin camiseta, tienes todo mi apoyo.

—Calla, sigue buscando, que aún nos pillarán —se ríe otra vez y vuelve a golpearme con los papeles antes de devolverlos al cajón y cerrarlo con mucho cuidado.

Ella se mete en el armario de material de oficina mientras yo inspecciono con cuidado una cajonera que hay pegada a la pared. Me parece oír un ruido, por un momento supongo que ha sido Greta, aunque parece venir de más lejos. De repente, se enciende la luz del pasillo. Mierda, alguien se ha levantado. Cierro con cuidado el cajón que estaba mirando y me deslizo rápidamente hasta el interior del armario, cerrando la puerta tras de mí.

El armario es amplio, pero no tanto como para que dos personas estén cómodas aquí dentro. Tiene baldas a ambos lados y en el fondo, y queda entre ellas un espacio, de poco más de medio metro por medio metro, en el que ahora estamos Greta y yo, cara a cara, prácticamente sin poder movernos. La puerta es de láminas, por lo que entra algo de la luz de la calle. Ella abre la boca

para decir algo, pero antes de que pueda hablar se la tapo con la mano. En ese momento se enciende la luz del despacho. Veo por el rabillo del ojo, a través de las lamas de la puerta, las piernas de mi padre que llegan hasta el escritorio que está en el centro de la habitación. Con la otra mano la sujeto por la espalda para que no se mueva, cuando se pone nerviosa no se está quieta y le da la risa, sería muy mal momento. Cierro los ojos con fuerza deseando que mi padre no venga a buscar nada del armario, no sabría cómo justificar esto. No sé cómo la he cogido, igual llevaba la camiseta algo subida o igual ha sido por la estrechez del sitio y la dificultad de movimientos, el caso es que me doy cuenta de que mi mano descansa directamente sobre su piel. Y me quema. Nuestros cuerpos están completamente pegados, no hay sitio para mucho más. Noto cómo bombea con fuerza la sangre de mi corazón y temo que mi padre pueda oírlo desde fuera. Por fuerte que bombee, no parece estar llegando a mi cerebro. Siento como si me faltara la sangre, y el aire también. Greta está completamente inmóvil, la mano con la que le cubro la boca está pegada a mi cuello y me llega suavemente su respiración. Me estoy poniendo malísimo. Pienso en el momentazo *miss camiseta sudada* de hace unos minutos y en cómo está ahora pegada a mi pecho. Qué mala idea ha sido no ponerme camiseta. Definitivamente la sangre abandona mi cerebro y busca refugio en un lugar de lo más inapropiado para este momento. Estamos tan pegados que se va a dar cuenta, joder. Me mira abriendo mucho los ojos y, aunque mi mano le tapa la boca, noto claramente que está aguantando la risa. Me muerdo el labio por dentro con una sonrisa y miro hacia el techo a modo de disculpa, noto que quiere reírse. Intento respirar hondo pero en silencio. Necesito que este momento termine, pero a la vez no quiero que acabe.

Oigo que mi padre descuelga el teléfono y hace una llamada. Ni siquiera me pregunto a quién llamará a estas horas. La mano que tengo sobre la espalda de Greta decide moverse por voluntad propia y se desliza un par de centímetros mientras la aprieta más contra mí, lo cual es absurdo porque más cerca no podemos estar. Ella responde a este gesto rodeando mi espalda con sus brazos, uno a la altura de la cintura y el otro casi en el cuello. No sé qué ha interpretado con mi gesto involuntario, pero prefiero esta reacción a una hostia, la verdad. Sus manos sobre mi espalda queman igual que la mía sobre la suya. El cosquilleo que siento de normal cuando me toca está multiplicado por mil. No sé cuánto tiempo voy a aguantar esta situación.

Por suerte, mi padre termina su llamada (no sé ni con quién ni de qué ha hablado) y sale del despacho apagando la luz y cerrando la puerta. Nos deja de nuevo iluminados solo por el resplandor de la calle. Ninguno de los dos se mueve. Oímos los pasos de mi padre alejarse por el pasillo y cerrar la puerta de su habitación. Seguimos inmóviles y en silencio. Pasan varios minutos, no sabría decir cuántos. Se me hace una eternidad. No quiero moverme. Parece que ella tampoco. Respira hondo y noto su aliento en mi cuello, a través de mi mano, que sigue sobre su boca. Mi otra mano repite el movimiento de antes sobre su espalda, y ella responde haciendo lo mismo con las suyas sobre la mía. No sé qué está pasando, y no sé si quiero que pase. Sí que quiero, joder, claro que quiero.

—¿Qué hacemos? —susurro.

Ella se encoge de hombros lentamente, en un gesto casi imperceptible, pero que la atrae más hacia mí, si eso es posible.

—¿Quieres que salgamos de aquí? —le pregunto al oído en un murmullo que casi no oigo ni yo mismo.

Mi corazón bombea con más fuerza todavía (tiene que estar oyéndolo) durante los dos segundos que tarda en responder negando con la cabeza mientras me mira fijamente con ojos de estar sonriendo. No sé qué hacer ahora. Con cualquier chica lo tendría claro, pero no con ella, no

con Greta. Inclino un poco la cabeza y rozo su cuello con mi nariz y mis labios, muy suavemente, nada muy evidente, aún estaría a tiempo de decir que me ha malinterpretado, que mis intenciones eran otras. Inspiro hondo y noto cómo su olor se me mete en cada rincón. Intento ahogar un gemido, pero creo que fracaso miserablemente. Suelto el aire que acabo de aspirar y, al notarlo sobre su cuello, es ella ahora la que gime. Su gemido sí suena ahogado por culpa de mi mano, que sigue sobre su boca. La retiro de ahí y la llevo a su espalda, junto a la otra. Ya no hay escapatoria, es todo demasiado evidente. Acerca sus labios a mi cuello y noto su respiración cada vez más fuerte, no puedo evitar levantar la cabeza para dejarle el camino libre. Dejo escapar otro gemido, esta vez claro y sonoro. Más de lo que me hubiera gustado. Vuelvo a bajar la cabeza y apoyo mi frente sobre la suya. Cierro los ojos. Respiramos hondo, al tiempo, como sincronizados. Los dos sabemos qué está pasando, pero ninguno quiere dar el primer paso. Es absurdo, ya no hay vuelta atrás. Sus manos se deslizan suavemente sobre mi espalda desnuda y las mías le responden haciendo lo mismo. Quiero atraerla más hacia mí, pero es inútil, físicamente no hay nada de espacio entre nosotros. La situación me supera, el cosquilleo por todo el cuerpo es a la vez delicioso e insoportable. Sin abrir los ojos, muevo ligeramente la cara para rozarla con la suya y noto sus labios sobre los míos. No sé cómo ha ocurrido. No sé si ha sido ella o he sido yo, pero no me importa. Abrimos la boca a la vez dejando entrar al otro y siento que estallo por dentro. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se han vuelto locas. Podría explotar en cualquier instante. Seguimos unidos en un beso lento que se va acelerando por momentos. Nuestras manos responden a la vez y aceleran el beso y la respiración. Me faltan manos para todo lo que quiero tocar y labios para todo lo que quiero besar. Deslizo mis manos sobre su piel, con prisa, necesito abarcar cada centímetro de su espalda, de su vientre, de su pecho. Ella desliza suavemente las yemas de sus dedos por los laterales de mi espalda y se me eriza la piel de todo el cuerpo. Me separo de su boca para besar su cuello, ella inclina la cabeza hacia atrás con un gemido. Respira hondo y muy rápido, igual que yo. Vuelvo a su boca, ya la echo de menos. La beso con fuerza, con desesperación, como si fuera a desaparecer en cualquier momento. Me decido a separarme de sus labios un momento y apoyo mis manos sobre sus hombros. Me mira fijamente, con los labios hinchados y los ojos brillantes. Nunca la había visto así. Y me encanta, joder, cómo me gusta. Coloco mis dedos debajo de los tirantes de su camiseta y le aguanto la mirada. Levanto levemente las cejas a modo de interrogante mientras le sonrío. Ella me sostiene la mirada y la sonrisa mientras hace un leve gesto como de asentimiento. Deslizo los tirantes por el exterior de sus brazos y ella colabora sacándolos fuera cuando ya voy por los codos. Al llegar a la cintura, engancho con los dedos su absurdo pantalón y su ropa interior y continúo bajando. Cuando llego al suelo, ella saca los pies y se queda totalmente desnuda. Ha sido cuestión de tres segundos. Gracias, Carlos, por esto también. No sé si esto es una buena idea, pero no quiero pensarlo ahora. Estamos demasiado cerca como para poder verla, pero noto cómo su cuerpo arde tan cercano y tan libre. Vuelvo a besarla mientras mis manos recorren todo su cuerpo. Podría morir ahora mismo de combustión espontánea.

Mis labios bajan de su cuello a sus hombros, su pecho… Tengo el espacio justo para arrodillarme y llegar a su vientre y de ahí a su lugar feliz. Podría bebérmela ahora mismo, completamente, hasta la última gota. Ella arquea la espalda y se estremece. Está perdiendo el control. Me vuelve loco verla así. Levanto la mirada para verle la cara y a la vez ella la baja y, durante unos segundos, nos miramos. Yo totalmente entregado a mi tarea, ella al borde del orgasmo… o eso creo. No puedo evitar una sonrisa malvada, me voy relajando. Ella no, ella está fuera de control. Enreda sus dedos en mi pelo y echa la cabeza hacia atrás mientras arquea la espalda. Y se tensa. Se tensa como nunca la había visto tensarse, más aún que cuando

bailábamos. Y finalmente estalla. Se libera. Se deja ir. Noto su esfuerzo por no gritar y me encantaría que pudiera hacerlo con total libertad.

Con sus manos todavía en mi pelo tira de mí hacia arriba. Obediente, me pongo de pie. Respira con dificultad. Me abraza con fuerza intentando recuperar la respiración.

—Ahora tú —me susurra al oído mientras lleva las manos al botón de mi pantalón.

—Necesitamos más espacio y más aire —respondo en el mismo tono y con la respiración entrecortada mientras abro la puerta del armario y salgo al despacho.

Ella sigue dentro, mirándome desde allí.

—Marc, ¿qué haces aquí a estas horas y a oscuras? —ruge la voz de mi padre desde la puerta del despacho.

Estaba tan absorto que no le he oído llegar y abrir la puerta. Por suerte, la puerta del armario sigue abierta y no puede ver a Greta, que ahora está al fondo y vestida. ¿Cómo le ha dado tiempo?

—Eh —intento pensar algo rápido pero no es fácil cuando no tienes una gota de sangre en el cerebro—, estaba estudiando y he venido a por folios —no sé si colará, no soy de los que estudian a las dos de la mañana, y menos un viernes.

—Bueno, pues cógelos y vete a dormir, que es muy tarde.

Me acerco al armario y cojo un paquete de hojas de papel. Parapetado por la puerta, le hago un gesto de dolor a Greta y articulo un mudo «qué putada». Ella se cubre la boca con la mano para no reírse. Como mi padre sigue mirándome con mala cara desde la puerta, cierro el armario lentamente, viendo desaparecer a Greta dentro y maldiciendo el modo en que se ha torcido todo en un momento. Salgo con mi padre del despacho. Odio dejarla ahí, así, después de esto. Me despido de él y nos vamos cada uno a nuestra habitación. Me tumbo en la cama y me quedo en silencio, muy atento por si la oigo salir. No oigo nada. ¿Irá por la cocina? Sería lo más lógico, es lo que le pilla más cerca. ¿O vendrá a mi habitación y pasará por el armario? Oh, el armario. A partir de ahora voy a ver los armarios con otros ojos. El del despacho de mi padre, sobre todo. Me quedo en silencio, pero no oigo nada. No sé si habrá salido. La verdad es que, cuando quiere, Greta puede ser como un ninja. Me parece oír ruido en su habitación, puede que ya haya llegado, pero no estoy seguro. No sé si debería ir a su cuarto y esperarla. Igual ya ha llegado y está esperándome ella. No hemos podido decirnos nada. Igual lo mejor es que lo deje pasar y hablemos mañana. Hablar. Vamos a tener que hablar de esto. Espero que no lo hayamos jodido todo. No sé qué estará pensando ella. Yo creo que le ha gustado. Pero ¿qué esperará que pase ahora? Greta es demasiado amiga para ser una novia. No, ella no es una novia, es otra cosa. No me imagino contándoles a todos que estamos juntos. Padres, hermanos, pandilla… Qué movida, ni hablar. Mejor que no se entere nadie, mejor dejarlo así. No quiero ni pensar qué pasaría si se entera Bruno. Me corta los huevos. O la charla que me daría Jaime. No, no, ni de coña. Y mi padre… me echa de casa o me manda a una escuela militar…

Aunque me encantaría terminar lo que hemos dejado a medias. Lo que hemos dejado a medias… Vuelvo mentalmente al interior del armario y repaso todo lo que ha pasado. Recuerdo perfectamente cada detalle. Cierro los ojos con esa idea en mi mente y busco un alivio silencioso. Cuando por fin lo consigo y estoy a punto de entregarme al sueño, recibo un mensaje suyo.

GRETA

He encontrado el sello, estaba en una caja dentro del armario.

MARC

Ni me acordaba del sello, nena, he encontrado algo mejor en ese armario ;) Mañana hablamos.

Y me duermo pensando en ella otra vez y en lo que acaba de pasar.

DIECISÉIS

LA MAÑANA SIGUIENTE

A la mañana siguiente, me desperté con una sensación horrible, como de resaca culpable. Había dormido muy poco. Antes de levantarme, repasé mentalmente todo lo ocurrido la noche anterior. Cuando Marc se fue con su padre y me quedé sola en el armario, dudé durante un momento si ir a su habitación, pero me frenó la idea de que quizá su padre estuviera todavía con él. O igual a él ya le había dado tiempo de arrepentirse. Mejor no tentar a la suerte. Decidí enfrentarme a eso por la mañana.

Y ya era por la mañana.

No me hacía ninguna ilusión ese momento. ¿Cómo fuimos tan imbéciles? Igual lo habíamos jodido todo para siempre. Yo podría hacer como si no hubiera pasado nada, o eso esperaba, pero ¿y él? Los tíos son muy raros para estas cosas. No podría soportar que Marc estuviera raro conmigo. ¿Y si era lo contrario? ¿Y si quería algo más? No, no podía ser, sería demasiado raro. ¿Cómo nos íbamos a enfrentar a todos y contarles esto? Además, yo no estaba enamorada de él. Le quería más que a nadie, eso seguro, pero porque era mi amigo, mi Marc, pero no lo veía como algo más, no éramos eso… ¿O sí?

Volví mentalmente a la noche anterior, al interior del armario y todas esas sensaciones me invadieron otra vez. Estuvo bien, mejor que bien. Sentía que me apetecía repetirlo, pero a la vez quería darme collejas por haber dejado que pasara. Qué sensación más extraña. No me sentía con fuerzas para verlo, pero no había más remedio. Cuanto antes nos enfrentáramos a esto, menos raro se haría. No podíamos dejar pasar mucho tiempo.

Necesitaba café, sin café no podría lidiar con lo que me esperaba. Me puse el batín japonés que me había regalado Emma la última Navidad sobre el pijama que llevaba anoche, como si alguien al verlo pudiera adivinar lo que había pasado la noche anterior. Era consciente de lo absurdo de ese pensamiento, pero no podía evitarlo.

Llegué a la cocina, con mi cara de no haber dormido apenas, el batín y el pelo enmarañado, en busca de cafeína. Mi madre y Reyes estaban allí, desayunando, perfectamente arregladas para irse. No les di ni un beso de buenos días por temor a que notaran el olor de Marc sobre mi piel. Qué tonto suena, pero yo aún lo notaba. Necesitaba una ducha.

—Buenos días —gruñí de manera casi ininteligible.

—Buenos días, cariño —me contestaron ambas.

—Vaya cara tienes, ¿has pasado mala noche? —me preguntó mamá.

—Sí, bueno, me acosté tarde —no estaba mintiendo, aunque, lógicamente, no le iba a decir por qué me había acostado tarde—. Parece que ya no hace tanto calor como anoche.

—Hemos abierto todas las ventanas a las siete de la mañana, era insoportable —explicó Reyes.

—Sí que lo era —confirmé yo.

Me serví un café bien cargado y me sentí tentada de llevármelo a mi habitación, pero hubiera sido demasiado raro. Me senté en el otro extremo de la mesa al que ocupaban ellas y comencé a beber en silencio, mientras las oía parlotear sobre el trabajo del día.

Aún iba por la mitad del café cuando oí que se abría, a lo lejos, la puerta de la habitación de Marc. Era inconfundible. Por alguna razón era capaz de notar cuándo era él el que había abierto una puerta. Qué absurdo. Escuché sus pasos avanzar ágiles por el pasillo y mi corazón creo que dejó de latir por un momento. Tierra, trágame, no quiero esto ahora.

Un instante después, apareció en la cocina ya duchado y vestido. Llevaba una camiseta blanca algo ajustada y un pantalón vaquero. Tenía el pelo mojado y un poco revuelto. Estaba guapísimo; y me sorprendí a mí misma pensando en lo bien que tenía que oler. Error. Desterré rápidamente ese pensamiento de mi mente. Nos miró a las tres durante un segundo antes de vocear.

—Buenos días a las chicas más bonitas del lugar —exclamó en tono muy alto con una sonrisa.

—Buenos días, cariño —respondió su madre —, qué alegría verte de tan buen humor.

—¿A qué se debe esa energía? ¿Ha pasado algo? —preguntó la mía.

—No —dijo él antes de besar a su madre —, es solo que —besó a continuación a la mía—, estáis más bonitas que nunca. —Se acercó a mí.

Se inclinó para besarme, como hacía cada mañana, y me quedé paralizada. Sus labios alcanzaron mi mejilla, un poco más atrás que de costumbre, más cerca de mi cuello. Lo suficiente para que nuestras madres no se dieran cuenta, pero yo sí. Me había besado con los labios ligeramente abiertos y los había cerrado suavemente una vez en contacto con mi piel. Era imposible que nadie lo hubiera notado. Nadie salvo yo. Había durado lo mismo que cualquier beso de buenos días, pero había sido muy diferente.

Cogió un plato, una naranja y un cuchillo y se sentó en el otro extremo de la mesa, más cerca de nuestras madres que de mí.

Cortó la naranja en cuatro partes y se la empezó a comer directamente así, cogiéndola por la piel y succionando la parte de la pulpa. Mientras hacía eso, levantó la vista y me miró fijamente. Esbozó una sonrisa maliciosa, justo igual que la de anoche cuando me miró desde abajo, cuando yo estaba en el lugar que ahora ocupaba la naranja. Abrí mucho los ojos aguantándole la mirada e intentando contener la risa. Me estaba tranquilizando, no iba a ser difícil. Nada iba a ser raro entre nosotros. Repitió el proceso con el siguiente trozo de naranja, esta vez exagerando más, supongo que para hacerme reír.

—Marc, cariño, no hagas el puerco, cómete la fruta como la gente normal, que tenemos cubiertos, no somos animales —le reprochó su madre.

—Me gusta más así, está más buena —le respondió sin apartar los ojos de mí y, a continuación, levantó las cejas un par de veces en un movimiento rápido.

—¡Qué cerdo eres! —me reí mientras me levantaba—. Me voy a la ducha.

—Vale, cariño —dijo mi madre—, nosotras nos vamos ya mismo, estate atenta por si viene el técnico.

—Eso, eso, que parece que te hace falta. Te huelo desde aquí —dijo él con su sonrisilla de medio lado—, ahora iré yo a por mi libro de *Comunicación complicada en entornos familiares*, que creo que lo tienes tú.

—Vale, ahora lo buscamos. —Sabía perfectamente que yo no tenía su libro, de hecho, se había inventado el título. Ese libro no existía. Por suerte, nuestras madres no le habían hecho ni

caso. Contuve la risa hasta salir de la cocina. Podía haberme dicho el título de un libro de verdad, pero así era él. Mientras me alejaba por el pasillo, le oí hablar con ellas preguntándoles cómo se presentaba el día. Estaba de un buen humor exagerado.

Me metí en la ducha deseando librarme de las pruebas de lo de anoche y, a la vez, mientras me enjabonaba cada centímetro de piel, recordaba el momento en que él había pasado por ahí con sus manos o su boca. Qué incongruencia. La cosa no parecía que fuera a estar muy rara entre nosotros, pero tenía cierto temor a lo que pudiera decirme. Salí de la ducha y, después de secarme bien, volví a ponerme mi batín japonés. Me sequé un poco más el pelo con la toalla y lo desenredé.

Al salir del baño, Marc estaba esperándome en mi habitación, sentado en mi cama, ojeando uno de mis libros y fumándose un cigarro. Levantó la vista cuando me oyó abrir la puerta del baño y esbozó una sonrisa torcida. Ahí estaban esos hoyuelos.

—Bueno, ¿qué? ¿Hablamos? —Arqueó las cejas sin dejar de sonreír.

—Claro —respondí con un suspiro mientras me acercaba a la cama y me sentaba a su lado. Me encendí un cigarro yo también.

—Uy, qué suspiro, poco entusiasmo te veo. —Sonrió mientras devolvía mi libro a la mesilla de donde lo había cogido—. ¿Qué pasa? ¿Yo también te doy repelús?

—¿Qué entusiasmo esperas? —pregunté con una risa nerviosa mientras me frotaba la frente. No sabía qué decirle—. Estamos muy gilipollas, no sé cómo dejamos que pasara… Pero no, no me das repelús.

—Bien, menos mal, lo último que quiero es darte mal rollo… y, ahora que ha pasado, ya podemos reconocer que esto estaba pendiente, que habíamos estado a punto muchas veces… ¿O no? —Otra vez esa subida de cejas y esa sonrisilla traviesa. Le dio una calada al cigarro y me sorprendí siguiendo el movimiento de sus labios.

—Sí, sí, porque somos como dos mandriles en celo. —Qué fácil era hablar con él de cualquier cosa.

Se rio con ganas.

—Pero no podemos dejar que vuelva a pasar —aclaré.

—No, no, claro que no —confirmó aguantando la risa—. Aunque, si pienso que ahora mismo no llevas nada debajo de ese batín, me pongo malísimo otra vez.

—Hablo en serio. —Le di una palmada en el hombro.

—Yo también, nena, muy en serio.

—Y no se puede enterar nadie… Nadie, nadie.

—Ni de coña, eso es lo más importante.

—Por cierto —añadí abriendo el cajón de mi mesilla de noche y sacando el sello—, toma.

—Joder, se me había vuelto a olvidar —me dijo con una sonrisilla—, en qué estaría yo pensando…

—Va, no seas cerdo —me reí—, y vete, que has quedado con el Chapa.

—Sí, sí, me voy, que es tarde. Luego iré a la biblioteca a consultar unos libros para lo del proyecto. Te veo esta tarde en el bar. —Se inclinó sobre mí y me dio un beso como el que me había dado en la cocina. Me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Si no queremos que vuelva a pasar, no me hagas esas cosas —protesté mientras le daba un puñetazo en el brazo.

—Tienes razón, nena. Seré bueno, lo prometo —me dijo con una sonrisa antes de levantarse

y salir de la habitación. Se giró en el último momento y me guiñó un ojo—. Luego te veo.

DIECISIETE

ESA NOCHE

Llego al bar pasadas las ocho, se me ha hecho más tarde de lo que pensaba. El tiempo en la biblioteca no me cundía nada, no estaba concentrado y, al final, he tenido que estar allí casi todo el día.

Nada más entrar, veo a Greta y a Tato en la barra. El local está bastante lleno y se les ve agobiados. Me quedo mirándola desde la puerta hasta que ella levanta la vista y me ve. Me sonríe un momento y luego hace un movimiento de cabeza hacia su derecha, supongo que hacia donde están estos. Me giro hacia allí y los veo, Chus me hace señas con el brazo. Les indico con un gesto que voy a por tabaco y me dirijo a la máquina. Estoy recogiendo la cajetilla cuando sale Adela de la zona del billar y me la encuentro de frente. Hostia puta, no me acordaba de ella. No la he vuelto a ver desde la noche del billar, hace dos semanas. Qué mal momento, qué mal esto ahora.

—Hombre, mira quién aparece… Empezaba a pensar que me estabas evitando…

—¿Yo? Qué va, he estado liado —le digo con indiferencia.

—Eso me dijeron el sábado pasado, con tu novia, ¿no?

—Mmm sí, claro.

—No sabía que tenías novia… Me lo podías haber dicho…

—¿Habría cambiado algo? —me río.

—La verdad es que no —se ríe ella también.

—¿Está por aquí?

—No, no, lo dejamos la semana pasada. —Mierda, qué bocazas soy.

—Ah —vuelve a sonreír—, entonces ¿ahora ya estás libre? —Se acerca más a mí.

—¡No! —respondo demasiado alto—. Bueno, sí, o no, no sé.

—Pues deberías saberlo, ¿no? —Joder, me está poniendo nervioso.

Me giro un momento hacia la barra y veo que Greta nos está mirando y gira la cabeza hacia otro lado cuando ve que la miro. Qué mal disimula.

—¿Me estás escuchando? —me reclama Adela.

—¿Qué? Perdona, no te he oído.

—Que si quieres hacer algo después, cuando salga.

—No, lo siento, he quedado —le digo un poco harto ya de la conversación. Igual estoy siendo borde, pero me da igual—. Bueno, voy a mi mesa que me están esperando mis colegas. Te veo por aquí.

Llego a la mesa y veo que Greta está sentada con ellos.

—¿Qué pasa, tíos? ¿Qué os contáis? ¿Tú no curras, nena? —me siento a su lado y le paso un brazo por encima de los hombros. No es nada sospechoso, es algo que hago a menudo, pero esta

vez ella se tensa un poco. Intento no reírme y le ofrezco un cigarro del paquete que acabo de comprar.

—Tengo diez minutillos de descanso, que parece que se ha relajado un poco la cosa. Llevamos una tarde de locos.

—Pues estamos hablando de no salir esta noche, de ir a vuestra azotea y ya —me explica Chus—. Oye, ¿qué hablabas con Adela? Que parece que te hacía ojillos… A esa te la ligas, tronco, te lo digo yo.

—¿Otra vez? —pregunta Samu muerto de risa.

—¿Cómo que otra vez? —se sorprenden Chus y Loui a la vez.

—¿No os lo ha contado? —sigue riéndose Samu.

—No, tío, ¿cuándo? ¿Qué pasó? —interroga Chus.

—No me apetece hablar de eso —respondo quitándole importancia.

—Pues hablo yo —dice Samu con una carcajada—. La noche de la absenta… ¡Encima del billar! Le teníais que haber visto los brazos al día siguiente, todos raspados, parecía que se había caído de una moto o algo.

Loui y Chus empiezan a reírse.

—Joder, nano, ¿cómo no nos habías contado eso?

—No sé, no tiene importancia, ni me acordaba. —Aprieto un poco el hombro de Greta con la mano que tengo ahí. Lo justo para que solo lo note ella. Ni se inmuta.

—Tío, claro que tiene importancia, esas cosas se cuentan a los colegas… Detalles, detalles, quiero detalles —insiste Chus.

—No, nano, déjate de detalles, si ni me acuerdo. Además, que fue una mala idea. Puta absenta.

—Puta absenta —repiten Samu y Greta.

Los otros dos cabrones empiezan a reírse. Chus deja de hacerlo de repente.

—Yo no sé de qué me río, si soy el único que se puso del revés de absenta y no se comió nada.

Todos estallamos en una carcajada.

—Bueno, me vuelvo al curro, chicos. Os veo luego en la azotea.

—Au, nena.

Adela viene un par de veces a traernos cervezas y llevarse botellas vacías, pero Greta no vuelve. Miro de vez en cuando a la barra a ver cómo le va. Está todo el rato con Tato, parece que ya no le da mal rollo, espero que no vuelva a gustarle. Cada vez que viene Adela, alguno de los cabrones suelta una risita.

Me giro hacia la barra y veo a Tato de puto culo poniendo copas y a Greta entrando en el almacén.

—Ahora vengo, voy al baño —les digo mientras me levanto.

Entro al almacén por la puerta de los baños, como siempre. Greta está agachada moviendo unas cajas y levanta la cabeza cuando me oye entrar.

—¿Qué tal, nena? ¿Ya te doy mal rollo?

—No —se ríe mientras me lanza un posavasos de cartón—, pero como me lo preguntes más veces lo mismo cambio la respuesta.

—Joder, cuántos posavasos de esos tenéis… Siempre tienes uno a mano para tirarme…

—¿Qué quieres?

—Verte.

—Pues ya me has visto —me dice con una sonrisa mientras se levanta—. Venga, vete, que tengo que currar.

—Te ayudo.

—No necesito ayuda.

—Por si acaso. —Me acerco a ella.

Me da la espalda y se estira para coger una botella de la última estantería. No llega. Me pego a su espalda y me estiro para cogerla yo. La alcanzo sin problema. Pongo la mano que tengo libre sobre su vientre y la atraigo hacia mí. Me encantan sus camisetas cortas.

—Esa mano —reniega de un modo nada convincente.

—Es para sujetarte, para que no te caigas.

—No me caigo —sonríe y gira la cara para mirarme, todavía con su espalda pegada a mi pecho.

Inclino la cabeza hacia ella y le paso la lengua suavemente por los labios. Por un momento le fallan las rodillas.

—¿Ves como sí que te caes? —sonrío.

—Habíamos dicho que no podía volver a pasar. Este no era el plan —me dice intentando no sonreír.

—Olvídate de eso, era una mierda de plan. —Dejo la botella que tengo en la mano sobre el estante que me pilla más cerca y coloco esa mano bajo la otra, rozándole la hebilla del cinturón —. Además, anoche quedamos uno a cero, merezco la revancha.

—Para, que puede entrar alguien.

—No va a entrar nadie, nena, van de puto culo.

—Pues peor me lo pones, tengo que salir a ayudar. —Intenta ponerse seria.

—Sí, sí, ahora mismo sales, tranquila —susurro mientras le doy la vuelta para ponerla de cara a mí. Tiene la misma expresión en la cara que anoche. Joder, cómo me pone.

Deslizo las yemas de los dedos por su espalda y noto que se le eriza toda la piel. Cierra un momento los ojos y respira hondo. No puedo evitar sonreír antes de inclinarme a besarla. Mi idea era un beso suave y delicado, pero ella acelera su respiración y pasa los brazos alrededor de mi cuello devolviéndomelo de un modo más desesperado de lo que yo tenía en mente. Me contagia enseguida sus prisas y la aprieto más contra mí deslizando mis manos sobre la piel suave de su espalda. Ella enreda sus dedos en mi pelo. Alargamos el beso un poco más, no quiero parar, pero no es el momento. Me separo de sus labios y entierro la cabeza en su cuello.

—No llevas sujetador —le susurro al oído con una sonrisa—, vas pidiendo guerra.

—Casi nunca llevo —se ríe.

—Lo sé —me río yo también y ella me da una colleja.

—Tengo que volver a currar. —Se separa de mi abrazo.

—Sí, sí, vamos fuera, que no es el momento —acepto, pero ninguno de los dos se mueve.

Nos miramos durante un segundo, intentando contener una sonrisa, pero nos sale fatal y los dos nos acercamos de nuevo para volver a besarnos. Esta vez es ella la que desliza sus manos bajo mi camiseta y me acaricia la espalda. Joder, nena, cómo me estás poniendo. Hago lo mismo con mis manos en su cintura. Hay que parar esto, joder, no es el momento. La separo de mí hasta donde me permiten los brazos.

—Hay que salir, nena, no es el momento. —Ella asiente con una sonrisa—. No me mires así

o tapio la puerta y nos quedamos aquí dentro para siempre.

—No, no, vámonos —dice ya más seria—. Ya no sé ni a qué venía. —Mira a su alrededor.

Cojo la botella que he dejado en el estante y se la doy.

—Es verdad —se ríe—. Te veo luego.

Me obligo a quedarme quieto y no ir tras ella cuando la veo salir. Espero un momento y salgo yo también por la otra puerta.

Llegué a la azotea y estaban los cuatro allí, en la misma posición que la última vez que vinimos, aunque esta vez sin la mística, claro, sentados sobre la misma manta de flores de siempre. Sonaba la cinta del otro día.

—¿Otra vez de *remember*? —pregunté al llegar hasta ellos.

—Sí, tía, mola mazo —asintió Chus.

—El Chus, que está nostálgico. Debe de ser que así se acuerda de la última vez que se comió algo —se rio Marc.

—Qué cabrón, nano —Chus se rio también y le lanzó la chapa de un botellín.

Si no hubiera pasado lo de Samu, habría ido a sentarme con él como la última vez, para poner un poco de distancia entre Marc y yo y putearlo un poquitín; pero no estaba el tema con Samu para bromas o malentendidos. No hacía demasiado frío para ser noviembre, pero yo solo llevaba una camiseta corta de tirantes y la chupa. Leyéndome el pensamiento, Marc sacó una sudadera suya de una bolsa que tenía a su lado y me la lanzó. Siempre pensaba en ese tipo de cosas, era mucho más previsor que yo. Me quité la chaqueta y me puse la sudadera. Me quedaba enorme y me reí al imaginar mis pintas.

—Podías haber cogido una mía —le dije mientras me sentaba delante de él, entre sus piernas.

—O podría no haber cogido ninguna —me respondió con una sonrisa.

—Vale, no me quejo —me reí.

—Y con una tuya no podría hacer esto —me susurró muy bajito al oído mientras deslizaba la mano que quedaba fuera de la vista de los demás por debajo de la sudadera y comenzaba a acariciarme la cintura con la yema de los dedos. Otra vez se me erizó toda la piel.

Cogí su cerveza y me recosté sobre su pecho. Doblé las rodillas y apoyé en ellas las muñecas para asegurarme de que nadie notara su mano bajo la tela.

—Tío —dijo Loui—, ¿has ido a ver al Chapa al final? ¿Qué tal ha ido?

—¿Al Chapa del insti? —preguntó Samu—. ¿Qué me he perdido?

Loui le resumió rápidamente la historia y volvieron a preguntarle a Marc cómo había ido.

—Bien, es un tío de puta madre, me ha hecho una carta como si yo fuera el próximo Miguel Ángel —se rio—, aunque un poco plasta, me ha tenido allí hasta casi la una, no me dejaba irme. —Apretó su mano en mi cintura—. Pero vaya, un precio pequeño para el favorazo que me ha hecho, la verdad.

—Te van a coger en el curso, ya lo verás —dijo Loui—. ¿Conseguisteis el sello de tu padre al final?

—Sí —confirmó Marc con una risita—, lo encontró Greta. —Volvió a apretar su mano en mi cintura—. Ya está la carta escrita, sellada y el sello donde estaba.

—Guay, pues lo tienes hecho —le dijo Loui.

Samu empezó a contarnos una bronca que había tenido con sus padres hacía un par de días. Loui sacó la cámara y empezó a hacer fotos. Primero a la calle y luego a todos nosotros. Decía que necesitaba fotos de noche, con poca luz.

Después, Chus empezó a contarnos una historia de una de sus clases a la que había entrado fumado y el profesor le había preguntado algo que no se sabía. Nos estaba contando toda la disertación filosófica que improvisó, era bastante gracioso imaginarlo.

—Quiero que se vayan —me susurró Marc al oído muy bajito, mientras deslizaba la mano hacia arriba por el lateral de mi espalda. Cerré los ojos y respiré hondo antes de empujar un poco más mi espalda contra su pecho. Yo también quería que se fueran. Le di un trago a la cerveza en un intento desesperado de enfriarme, pero no funcionó.

Samu había quedado un par de veces con una chica de su clase de Química Orgánica, pero aún no tenía claro si eso iba a algún lado.

Yo escuchaba todas esas historias amortiguadas, como si viniesen de muy lejos. Toda mi atención estaba en la mano de Marc, que se movía muy poquito y muy despacio sobre mi piel, pero no me dejaba pensar en otra cosa.

—Buah, nanos, no os he contado lo que me pasó el otro día —empezó a contarnos Chus.

—Sorpréndenos —dijo Samu con una sonrisa.

—Pues estaba en casa y me apetecía fumarme un peta…

—Menudo giro de la historia, no se lo esperaba nadie —interrumpió Loui y todos nos reímos.

—Bueno, nano, pues eso —siguió Chus—, que se lo digo a mi hermano y me dice que se apunta. Total, que le decimos a mi vieja que vamos a sacar al perro, como excusa para bajar a la calle a medianoche… Que, a todo esto, le dije a mi madre: «Ahora subimos, vamos a bajar al porro». Suerte que estaba empanada viendo la tele y no se coscó, pero mi hermano se empezó a descojonar el cabrón…

—Lo que no te pase a ti… —se rio Samu— Suerte tienes de que en tu familia están todos tan empanados como tú.

—Espera, que eso no es lo peor. Bajamos a la calle con el perro, lo soltamos en el parque para que corra y nos hacemos un *fl*y. Hasta ahí todo bien. Total, que nos lo fumamos, nos quedamos un rato por allí y nos hacemos otro.

—Hasta ahora la historia es cero sorprendente —interrumpí yo.

—Ya, pero espera, que después de fumarnos el segundo nos vamos ya para casa. Total, que mi vieja seguía viendo la tele y nos vamos nosotros para dentro. Al rato llaman al timbre, era super tarde. Salimos mi hermano y yo a ver quién era a esas horas, le preguntamos a mi madre quién había llamado y nos dice, con toda la tranquilidad del mundo, que había sido Pipo.

—¡¿El perro?! —gritó Samu— Pero ¿qué me estás contando?

—Sí, nano, te lo juro. Lo primero, que mi hermano y yo íbamos tan fumados que se nos olvidó el perro en la calle, pero encima es que el cabrón subió a casa y llamó al timbre…

—Pero eso no puede ser, tío —se rio Loui—, si vives en un cuarto piso.

—Pues alguien abriría la puerta del patio y el perro se coló o algo… El caso es que subió y llamó al timbre.

—Vaya tela, qué fumados teníais que ir —me reí yo—. Que eso es imposible…

—Te lo juro, tía. Que me muera ahora mismo si el perro no subió solo a casa y llamó al timbre…

—Eso sería un vecino, que reconocería al perro, os llamó al timbre y se piró —dijo Samu.

—Que no, nano, os lo juro, mi perro es superdotado o algo…

—Y ¿a tu madre no le pareció raro? —cuestioné.

—¡Qué va! Le preguntamos mi hermano y yo: «¿Quién era?»; y nos contesta tan tranquila: «Pipo».

—Joder, nano —Samu no paraba de descojonarse—, tu vieja tiene que aprovechar cuando os bajáis al perro para hacerse unos canutos más potentes que los vuestros…

—Pobre perro —se rio Loui—, vaya familia le ha tocado.

—Bueno, estamos creando un superviviente…

Todos nos reímos analizando la historia durante un buen rato.

—Bueno, tíos —dijo por fin Loui mientras guardaba la cámara—, yo me voy a pirar ya, que es tarde y estoy hecho polvo. ¿Acerco a alguien?

—A mí, nano, que no me apetece patear —se apuntó Chus.

—Vale, pues acércame a mí también, que te pilla de camino si vas a llevar a este —se unió Samu mientras Marc apretaba su mano contra mi cintura.

—¿Bajáis? —nos preguntó Loui a nosotros —. ¿Os ayudamos a recoger?

—No —le respondió Marc rápidamente—, voy a acabarme la birra que tengo a medias. Haced marcha, ya recogemos nosotros, ¿no, nena?

—Claro —contesté antes de darle un trago a la cerveza que presuntamente se quería acabar, pero que comprobé que ya estaba vacía.

Aún no habían llegado los tres a la puerta de la azotea cuando Marc deslizó su otra mano por debajo de la sudadera, dejando una a cada lado de mi cintura, y apoyó su nariz en mi cuello. En cuanto oyó la puerta cerrarse tras ellos echó la cabeza hacia atrás.

—Por fin —susurró. Yo me reí.

Deslizó sus manos desde mi cintura a lo largo de mis piernas, hasta llegar a mis botas, y empezó a desatarlas, una con cada mano, mientras me besaba suavemente el cuello. Yo solo podía prestar atención a su boca, no era capaz de abrir los ojos. Me quitó las botas y las lanzó fuera de la manta. Luego hizo lo mismo con las suyas y sus calcetines.

—¿Los calcetines también? —le pregunté con una sonrisa.

—Sí, nena —susurró con la boca en mi cuello—, no quiero ser el follador del calcetín. —No podía verle la cara, pero adiviné la sonrisa.

—¿Eso es lo que crees que va a pasar?

—Estoy convencido —me susurró al oído.

—Y ¿si te digo que no?

—Tienes tantas ganas como yo —me dijo volviendo a meter las manos dentro de la sudadera. Me reí y gemí a la vez, no engañaba a nadie—. Tomas la píldora, ¿verdad? —me preguntó al oído.

—Qué romántico eres —me reí—. Sí, la tomo, pero nunca la he usado para esto.

—Entonces, ¿para qué? —preguntó sin dejar de besarme el cuello.

—Me la recetaron por los granos que me salían a los quince años, ¿te acuerdas? —me reí.

—Hostia —echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—, nena, no me recuerdes tus granos o me da el bajón.

—Mira quién fue a hablar —me volví a reír—. ¿Recordamos mejor tus quince años?

—No, no —se rio—, mis quince años tampoco existieron… No nos desviemos del tema…

Siguió besándome el cuello y, con un pequeño movimiento de sus manos en mi cintura,

entendí que quería que me diera la vuelta y me girara hacia él. Lo hice, me quedé de rodillas, y me incliné para besarle. Me devolvió un beso lento, muy lento, muy dulce. Su boca sabía a cerveza y a tabaco. Y a Marc. Ninguno de los dos aceleró el beso. Disfrutamos de ese momento a cámara lenta saboreando cada sensación. Se incorporó hasta ponerse de rodillas él también, pero no aceleró el ritmo. Todo ocurría muy despacio. Me gustaba tanto que casi dolía. Yo me había besado con bastantes chicos, pero nunca me había sentido así. Nunca había sentido que me faltara el aire. Nunca había sentido que podría desmayarme en cualquier momento.

Con movimientos igual de lentos, deslicé mis manos por debajo de su camiseta hacia arriba. Él me ayudó, y entre los dos nos deshicimos de su camiseta y de su sudadera. Se le hinchaba el pecho con cada respiración lenta, profunda. Respiró un par de veces mirándome con las pupilas dilatadas y los labios entreabiertos antes de volver a besarme, con la misma intensidad, con la misma calma.

Me quitó despacio la sudadera y se quedó mirando, con el ceño fruncido, el colgante que me había regalado Tato. Llevó las manos al cierre de la cadena, detrás de mi cuello, e intentó quitármelo, pero le temblaban las manos y no podía.

—No hace falta que me lo quites —susurré.

—No quiero el ojo de otro tío mirándome —me contestó y yo me reí.

Lo volvió a intentar, pero le temblaban demasiado los dedos.

—¿Estás nervioso? —le pregunté al oído con una sonrisa.

Se rio y apoyó la frente en el tirante de mi camiseta.

—Si te digo que no, que es por el frío, ¿te lo crees? —me contestó medio riéndose.

—No —me reí—. Oye, si no estás seguro, no tenemos por qué hacerlo —susurré para tranquilizarle un poco.

—No es eso, joder, claro que quiero —sonrió—. Solo es… raro. Normalmente esto lo he hecho con chicas que casi no conozco, contigo es… No lo sé explicar…

—¿Demasiado intenso? —me reí.

—Sí, algo así —se rio también.

—Bueno, pues vamos despacio. —Me quité yo el colgante que le molestaba tanto—. Tranquilo, iré con cuidado, no te va a doler.

Soltó una carcajada y se relajó un poco. Volvió a besarme igual que antes, a cámara lenta, amplificando cada sensación. Deslizó sus manos desde mi cintura hacia arriba y me quitó la camiseta. Respiraba hondo, igual que yo. Nos miramos un momento, ya no nos reíamos. Me abrazó pegando su pecho al mío y noté su calor en mi piel. Me besó de nuevo. Me faltaba el aire, era tan intenso que casi sentí ganas de llorar. Era una sensación nueva, diferente a todo lo que yo había sentido. Era lo mejor.

Se inclinó sobre mí hasta que me tumbé sobre la manta. Sacó una segunda manta de la bolsa de la que antes había sacado la sudadera y la echó sobre nosotros mientras se tumbaba encima de mí, apoyándose en los codos para no aplastarme.

—Lo tenías todo previsto —sonreí. Me devolvió la sonrisa y un rápido movimiento de cejas —. ¿Cuántas mantas de flores tiene tu madre?

—Más que *por consiguientes* —me contestó medio riéndose y se inclinó para volver a besarme.

Nos besamos y acariciamos lentamente mientras terminábamos de desnudarnos el uno al otro. Rodamos entre las mantas desnudos, abrazados, recorriendo con las manos y los labios la piel del otro. Descubriéndonos. Conociéndonos de la única manera en la que aún no nos conocíamos. Nos mezclamos en un enredo de brazos, piernas y labios que hacía difícil saber

dónde empezaba uno y terminaba el otro. Y, casi sin darnos cuenta, nos unimos, nos fundimos en uno. Despacio, a nuestro ritmo, con la misma sincronización que cuando bailábamos. Y nos dejamos llevar, disfrutamos del momento, del cuerpo del otro, de todas esas sensaciones cada vez más fuertes, más intensas, casi insoportables. Hasta que estallamos los dos a la vez con un grito desgarrado que rompió el silencio de la madrugada. Me abrazó fuerte y hundió la cabeza en mi cuello.

—Joder, nena —susurró casi sin aliento.

—¿Ya estás más tranquilo? —le pregunté con una sonrisa burlona.

—Sí —se rio él tumbándose a mi lado—, qué vergüenza, pero ¿sabes lo bueno? Que no se lo puedes contar a nadie, mi reputación seguirá intacta —añadió poniendo su cara de tío duro y sonriendo.

—No se lo contaría a nadie aunque pudiera —me reí antes de volver a besarle—. No seré yo la que hunda tu reputación.

Se estiró para coger el tabaco y encendió un cigarrillo para cada uno.

—Estaba pensando… —Dio una primera calada— que no hace ni dos semanas dijiste que no volverías a acostarte con un amigo, ¿te acuerdas? Qué poca palabra tienes… —se rio.

—Es que me lías… —me reí yo también.

—Y más que te liaría —sonrió y me dio un mordisco en el cuello—. Estoy pensando que en un par de semanas podrías liarte con Chus, que no creo que opusiera resistencia y, si te lo curras, yo creo que hasta cambias de acera a Loui.

—Qué cabrón eres —me reí—, y lo de Loui no lo sabemos seguro.

—Yo lo tengo clarísimo, nena —se rio también.

Le dio una calada lenta al cigarro, estaba pensando algo.

—¿Te puedo hacer una pregunta sin que te rías de mí? —preguntó después de un rato pensando.

—No prometo nada —sonreí.

—Vale, pues entonces nada, olvídalo.

—No, va, dime, pregunta —intenté no reírme.

—¿Ha sido mejor que lo de Samu? —preguntó mordiéndose el labio por dentro y poniéndose un poco rojo. No pude evitar una carcajada—. ¿Ves? Sabía que te ibas a reír, no tenía que haber preguntado —se puso muy serio.

—No, no, no me río de ti. Solo me sorprende que me preguntes eso. No ha tenido nada que ver. Aquello fue un calentón etílico sin sentido.

—Y ¿esto que es? —preguntó respirando hondo.

—No lo sé. Esto es diferente, pero no sé ponerle nombre —contesté ya sin reírme.

—¿Pero mejor?

—Mucho mejor, nada que ver —me reí, y me devolvió la sonrisa antes de besarme.

—Oh, esta canción[1] es perfecta para este momento. —Se puso de pie y tiró de mí—. Vamos a bailar —añadió lanzando el cigarro ya casi agotado, y yo hice lo mismo.

Yo ni me había dado cuenta de que la música seguía puesta. Hacía rato que no la oía. Cogió la manta con la que nos habíamos tapado y me abrazó con ella. Y ahí estábamos los dos, desnudos, abrazados, envueltos en la manta y meciéndonos al ritmo de una balada roquera que hablaba de dos que acababan de echar un polvo bajo la luz de la luna. Me sonaba la canción, pero era antigua, tenía por lo menos diez años.

—*Y yo sé que nunca olvidaré, que bajo la luz de la luna yo te amé* —canturreaba él por encima de la canción. Le abracé más fuerte. Él hizo lo mismo y continuamos meciéndonos en

silencio.

El tío de la canción siguió cantando solo.

Yo no pensaba, no pude imaginar, que todo lo que empieza tiene un final.

—Jo, qué bajón, y ¿esta canción era perfecta para este momento? —pregunté riéndome.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—No me acordaba de esta parte —dijo todavía riéndose—. Quedémonos solo con el principio de la canción.

—Vale, mejor.

La balada siguió sonando.

Con lágrimas en la cara, me rompiste el corazón.…

—No me rompas el corazón, nena —me susurró al oído, tan bajito que casi ni lo oí. Le apreté todo lo fuerte que pude.

—Ni tú a mí —contesté en el mismo tono.

—Trato hecho —susurró.

En aquel momento, me pareció toda una declaración de amor y, realmente, fue lo más cercano a una que me hizo nunca. Estoy segura de que los dos, en ese momento, lo dijimos en serio; pero de todas las promesas que nos habíamos hecho desde niños, esa fue la única que no pudimos cumplir.

Seguimos así, abrazados y meciéndonos, mientras empezaba a amanecer.

DIECIOCHO

CONFESIONES

—Socorro, hay un tío en mi cama —oigo susurrar a Greta en mi oído antes de abrir los ojos.

—Buenos días, nena. —Sonrío aún con los ojos cerrados.

—Días, tardes… Quién sabe —se ríe.

—¿Qué hora es? —Abro ya los ojos y me aparto las greñas de la cara.

—Casi las cuatro. Vamos a salir a comer, ¿no?

—Yo me quedaría aquí y pasaría de comer. —Me estiro en la cama.

—Vendrían a buscarnos. —Me besa en la mejilla.

—Que vengan, estamos vestidos —me río.

—Shhh —se ríe ella también.

—¿Hoy curras?

—No, es domingo, es mi día libre.

—Genial, pues planazo. —Me incorporo un poco—, Vamos a la cocina, comemos y luego vamos a mi habitación, ponemos una peli, nos metemos mano y no le hacemos ni puto caso.

—¿Ese es tu gran plan?

—El plan B es pasar de la comida y de la peli. —Vuelvo a besarla.

Me devuelve el beso acompañado de un abrazo, y nos volvemos a recostar en la cama.

—No, no, hay que salir a comer, que no vengan a buscarnos. —Se vuelve a incorporar.

—Vaaaaaale —respondo de mala gana—. Voy a salir por mi habitación.

—¿Por qué? ¿Qué más da?

—Porque si puedo ahorrarme una charlita de mi padre diciéndome el horror de hijo que soy y que paso demasiado tiempo contigo, el día empezará mejor. —Me levanto de la cama.

—Y tiene razón, es que soy muy mala influencia… —ronronea con una sonrisa sexi.

—Si me miras así, no salimos de aquí…

—Vete, vete —se ríe y agita la mano—. Nos vemos fuera.

Entramos en la cocina cada uno por una puerta. Están todos sentados a la mesa, van ya por el café. Si hubiéramos tardado un poco más en salir, nos habríamos librado de la reunión familiar; pero ahora no podemos irnos.

—Buenos días —decimos Greta y yo casi a la vez.

—Hijos, vaya horas de levantaros —protesta mi madre.

—¿Qué hicisteis anoche? —pregunta mi padre en su tono autoritario habitual.

Greta y yo intercambiamos una breve mirada de pánico. Son solo un par de segundos, hasta que el cerebro reacciona y entiendo la pregunta tal y como me la ha hecho tantos domingos, no

se refiere a nada en concreto que hiciéramos ayer. Durante un momento me traiciona el subconsciente y pienso en lo que realmente hicimos ayer. Me obligo a volver al mundo de los vivos y pensar en otra cosa.

—Nada especial, quedamos con estos, de tranquis —contesto con indiferencia.

—¿*De tranquis* es levantarse a las cuatro de la tarde? —Empieza mi padre con su mierda.

—Son jóvenes —intercede Maite—, déjalos que disfruten. ¿Lo pasasteis bien?

Greta y yo intercambiamos una mirada y una sonrisa.

—Sí, muy bien —contestamos casi a la vez.

—Pues ya está. Ahora a comer.

Nos sentamos a la mesa en los dos sitios que nos han dejado preparados, juntos. Mi padre no tarda en levantarse.

—Bueno, familia, la compañía es muy grata, pero tengo trabajo. Estaré en mi despacho —Me acuerdo durante un momento de la última vez que estuve yo en su despacho—. Emma, pásate cuando tengas un rato y repasamos el caso de mañana.

—Claro, Gerardo. Me termino el café y voy.

Mi padre sale de la cocina y se lleva con él parte de la sensación de frío glaciar. Ya puedo relajarme un poco.

—Nosotras nos vamos también —dice mi madre—, que hemos dejado a la nueva encargada al mando del banquete de hoy y tenemos que asegurarnos de que todo haya ido bien.

—Hasta luego, mami —dice Estrella.

Nos quedamos Greta y yo comiendo con mi hermana y la suya, que están tomándose el café.

—Bueno, bueno, Greta —dice Estrella—. Ahora que ya se han ido todos… Cuéntanos, ¿qué tal las cosas con Samuel? ¿Finalmente le vas a dar una oportunidad?

Me atraganto con lo que estoy comiendo y me pongo a toser. Greta se ha quedado con la boca abierta y con el tenedor a medio camino.

—¿Con «Samuel»? —le pregunto levantando una ceja—. ¿Una oportunidad de qué le tienes que dar a «Samuel»?

—Nada, tonterías de tu hermana. —Agita una mano en un intento de quitarle importancia.

—¿Qué me he perdido? —les pregunto a las dos.

—Ay, ¿Marc no sabía lo que pasó entre Samuel y tú? ¿Era un secreto vuestro? —le pregunta Estrella un poco agobiada.

—Sí, sí que lo sabía, estaba allí —responde Greta dándole un mordisco a un trozo de pan.

—Pero parece que me he perdido algo… —insisto.

—No, no te has perdido nada, cosas de tu hermana —responde Greta—, ni caso.

—Pues, es que, por lo visto, Samuel le dijo que podían salir juntos, pero a esta pava le daba mal rollo. Con lo monísimo que es… Y lo bueno que está, vamos a llamar a las cosas por su nombre… —me empieza a contar mi hermana.

—Ya estamos otra vez con los cotilleos de instituto —se queja Emma poniendo los ojos en blanco y levantándose de la mesa—. Me voy a ver qué quiere Gerardo, será más productivo —añade antes de salir de la cocina.

—Y esto ¿cuándo lo habéis hablado? —pregunto mientras miro a Greta y a Estrella alternativamente.

—Hace un par de semanas, que tuvimos un día de chicas —explica mi hermana—. Bueno, el caso es que yo la animé a que le dijera que sí, a que lo intentara… Total, son amigos, se llevan fenomenal, y él está como para hacerle un reportaje fotográfico y empapelar una habitación —añade con una risita—, no sé dónde está el problema.

—No, no, pero no —insiste Greta.

—Pero si dijiste que te lo pensarías… —se queja Estrella.

—¿Dijiste que te lo pensarías? —me giro hacia Greta.

—No, lo dije por decir, pero no va a pasar nada con Samu. Ahora estamos bien, los dos fingimos que no ha pasado nada y ya. Además, que él está empezando algo con una chica de su clase de nosequé.

—¿Ah sí? ¿Habláis de esas cosas? —le pregunto levantando una ceja.

—No es que hablemos él y yo de esas cosas, nos lo contó anoche a todos, ¿no te acuerdas?

—No, no me acuerdo. Anoche tenía la cabeza en otra parte, no les estaba haciendo ni puto caso —sonrío.

—Pues ya le vale, primero te dice que si quieres tener algo más y luego empieza algo con otra… Eso está feo —se queja Estrella claramente decepcionada.

—No, no —replica Greta—, estaba claro que no íbamos a tener nada. Me alegro de que esté con otra, me quita un peso de encima.

—Ya, ya me di cuenta el otro día de que te daba un poco igual, que parecía que te gustaba otro…

—¿Sí? —Me giro hacia Greta—. ¿Te gusta otro?

—Bueno, sí, puede que me esté empezando a gustar otro, pero aún no lo tengo claro —contesta como con indiferencia.

—Ay, ¿quién es? ¿Lo conozco? ¿Es guapo? ¿Está bueno? Cuéntamelo todo… —interroga mi hermana mientras empieza a dar palmitas.

—Eso, cuéntanos —insisto con mi mejor sonrisa.

—¿A ti tampoco te lo ha contado? Si que es misterioso entonces… —se sorprende Estrella.

—No hay mucho que contar… Sí, es muy guapo. Sí, está muy bueno; pero es un poco gilipollas. —Me da una patada por debajo de la mesa—. Ya sabéis que tengo debilidad por los cretinos —sonríe mientras me mira.

—Pero ¿ya te has liado con él? —cuestiona Estrella.

—Mmm… Sí, un par de veces —responde Greta con indiferencia.

—¿Nos lo presentarás? —pregunto con una sonrisa.

—No creo, me da vergüenza, es muy tonto. —Me da un pellizco en el muslo por debajo de la mesa. Me río.

—No será tan tonto cuando le gustas tú —rebate Estrella.

—Sí, sí, muy tonto —insiste Greta—, una cosa exagerada. Si no estuviera tan bueno, pasaría de él.

—Pero ¿cómo de bueno? ¿Más que Samuel? —interroga mi hermana.

—Eso, ¿más que «Samuel»? —me sumo a la pregunta.

—Mmm… Sí, puede que más que Samu —sugiere con una sonrisa torcida—, pero se lo tiene tan creído que es un poco rabioso.

—Te lías con cada gilipollas —me río y le empujo en el hombro con la mano.

—Ya os lo he dicho, tengo muy mal gusto con los tíos. Tendré que hacérmelo mirar… —sonríe con cara de bruja.

—Dale una oportunidad al chaval, no le metas tanta caña —me río—, seguro que es un tío de puta madre. No creo que sea tan imbécil, igual es que tú eres un poco pava.

—No te creas, tendrías que conocerlo… Tonto perdido.

—Ay, me tengo que ir, que he quedado con mis amigas. Se me ha hecho tarde, estaba la conversación tan interesante… —interrumpe Estrella.

—¿Vemos una peli en mi habitación? —le pregunto a Greta.

—Claro.

—Luego os veo, chicos —se despide Estrella antes de irse.

Greta entra delante de mí en mi habitación. La cojo de la mano y tiro de ella mientras me apoyo en la puerta que acabo de cerrar.

—Cuéntame más de ese chico misterioso —sonrío.

—¡Qué tonto es! —Pone los ojos en blanco e intenta no sonreír.

—Pero está bueno, ¿no? Eso te lo compensa… —Pongo mis manos en su cintura.

—Igual he exagerado… Igual no está TAN bueno… —Intenta disimular una sonrisa.

—Pues algo tendrá. —La acerco a mí—. ¿Besa bien?

—Besa bastante bien, eso se lo tengo que reconocer…

Me inclino hacia ella y la beso. Se abraza a mi cuello y me devuelve el beso con una sonrisa. Alargamos el momento y la pego más a mí. La oigo gemir y le fallan un momento las rodillas.

—¿Bastante bien? —Separo un par de centímetros mi cara de la suya.

—Meh, no lo hace mal —sonríe.

—¿No lo hace mal? —susurro y le devuelvo la sonrisa—. Igual tiene que practicar más. —La beso otra vez.

Se abraza más a mí. Le acaricio la espalda y la oigo gemir más fuerte. Sin dejar de besarla la llevo hasta la cama y me tumbo encima de ella.

—¿Y bien? ¿La práctica ayuda? —pregunto con una sonrisa.

—La práctica ayuda, sí, pero es taaaaaaaan tonto, todo el tiempo «yo, yo, yo, yooooo».

Me río.

—Bueno, igual es lo normal, si es tan guapo y está tan bueno es normal que todo sea «yo, yo, yoooo».

—Creo que he exagerado, igual no es para tanto, espera.

Va un momento a su habitación y vuelve con un álbum de fotos.

—¡No! —me río—. Guarda eso, no saques la artillería pesada…

—¿Por qué? —Pestañea con cara de inocente—. Solo voy a enseñarte una foto suya para que lo veas y juzgues tú mismo…

Abre el álbum por una foto infernal. Estamos los dos sonriendo a cámara. Tendremos unos quince años. Ella tiene algunos granos en la cara (no demasiados, no es su peor época), pero de tipo y estatura ya es muy parecida a como es ahora. Yo le llego por el hombro, estoy superesmirriado, llevo un corte de pelo espeluznante y sonrío enseñando los putos *brackets*… El horror. Parece que tenga tres años menos que ella mínimo.

—Míralo, guapísimo. —Me señala en la foto y se descojona.

—Qué cabrona —me río yo también—. Voy a quemar esas fotos.

—Noooo. —Se abraza al álbum.

—Tampoco has elegido una de las tuyas más terribles… Ahí tienes pocos granos. Llegaste a tener la cara llena —me defiendo.

—Seguramente habría empezado ya con las pastillas. —Pasa las páginas del álbum, no sé si busca alguna más terrible. Difícil misión si es eso lo que pretende…

—Hablando de las pastillas, muy bien, ¿eh? Estoy muy agradecido a tus granos. Soy muy fan

de esas pastillas.

—Ya, fue muy guay, pero luego pensé que igual fuimos un poco gilipollas… No sé dónde has ido metiéndola tú por ahí. —Me da una palmada en el hombro.

—En ningún sitio, nena. Sin chubasquero en ningún sitio, jamás, hasta anoche. —La beso.

—Vale —sonríe—, eso me tranquiliza un poco.

—¿Y tú?

—Yo igual, para entrar en mi lugar feliz hace falta invitación y vestimenta adecuada —se ríe y se tumba en la cama.

Aparto el álbum de fotos y me acuesto a su lado.

—Estamos limpios entonces —sonrío.

—De venéreas sí, pero de pecado no —se ríe.

—Al infierno que vamos. —Vuelvo a besarla. Me pasaría el día haciéndolo… y más cosas de las que no es momento ahora.

—Bueno, y hablando de las invitaciones a tu lugar feliz… ¿Has repartido muchas? —pregunto con una sonrisa, fingiendo indiferencia.

—¡Cómo sois los tíos con eso! Siempre con la pregunta del millón —se ríe.

—¡¿Un millón?! —pregunto con cara de sorpresa e intentando no reírme.

—Imbécil. —Me da una palmada en el brazo—. No, un millón no. —Me saca la lengua con cara de asco—. A ver, si te interesa mucho… Manu, Sergio…

—Ah, sí, los dos gilipollas del instituto —me río y me llevo otra palmada.

—Y luego ya Rober… y Toni… Bueno, y Samu. —Se da una palmada en la cara.

—Cierto, el bajista macarra, el empollón aburrido y el micropene —me río.

—No empieces con eso otra vez. —Me golpea más fuerte—. No tenía que habértelo contado, además, igual exageré, yo creo que no era tan pequeña… —se ríe.

—Argh, no necesito detalles —protesto—. Bueno, cinco en total, no son muchos, pensaba que serían más…

—¿Pensabas que serían más? ¿Qué soy? ¿Una fresca, como diría tu madre? —se ríe—. ¿Las tuyas han sido muchas más?

—No, qué va, las mías tres… Sonia en el instituto, Leire en la facultad y aquella que conocimos una noche que luego estuve un par de semanas con ella… Vicky, creo.

—¿Crees?, qué cerdo eres —se ríe—. Bueno, y Adela.

—Cierto, Adela, joder, me había vuelto a olvidar… —me río también— Vale, pues cuatro.

—Y la mística, empate.

—No, Sara no, con Sara la cosa no fue tan lejos.

—¿En serio? —pregunta sorprendida—. Ah, ya entiendo entonces por qué llorabas la noche que te dejó —se ríe.

—No era por eso, pava —me río yo también y le empujo un poco el hombro—. Y vamos a dejar de hablar de otras tías, que te pones muy celosa.

—¿Celosa yo? No flipes, chaval —se ríe y me da un par de palmaditas en la cara.

—Venga, vamos a poner una peli, cuanto más chunga, mejor, así la ignoramos…

—Vale.

Ponemos una película de lo más tonta que hemos visto mil veces y, tal como había predicho yo, no le hacemos ni puto caso. Termina la película y nos quedamos tirados en la cama un rato.

—Oye, me acabo de acordar de que te debo una cena, ¿qué hora es? Voy a ver si ha vuelto mi madre y le pido dinero y te invito a cenar.

—No le pidas dinero a tu madre para invitarme a cenar —se ríe—, yo tengo dinero.

—No, no, perdí la apuesta, te debo yo la cena, y mi madre no le va a decir que no a su niño —pongo mi mejor sonrisa de angelito—. Le digo que voy con otra chica si quieres… Sí, tiene más sentido, si no tendría que poner pasta tu madre también.

—Hace mucho que no le pido dinero a mi mamá. —Se burla de mí.

—Bueno, pues el próximo día invitas tú, que estás forrada —sonrío y ella se parte.

—Ya veremos. —Achina los ojos.

—Bueno, vístete, que te llevo a cenar. —Le doy una palmada en la pierna para que se levante.

—A ver, si vamos en coche, en realidad te llevo yo, ¿no? —se descojona.

Me incorporo y pongo mis rodillas a los lados de sus caderas y atrapo sus muñecas con mis manos. La tengo aprisionada contra el colchón. Ella se ríe.

—¿Por qué me estás metiendo tanta caña hoy, nena? Me estás tratando fatal… —sonrío.

—No sé, es divertido… y me lo pones a huevo —se descojona.

—Pues cuídame un poco o lo mismo salgo corriendo… —Me acerco un poco con intención de besarla.

—Eso, corriendo, porque en coche sin mí no te vas —se vuelve a reír—. Perdón, perdón, lo he vuelto a hacer, ¿ves como me lo pones a huevo?

—Venga, vamos a vestirnos y nos vamos a cenar —me río y me pongo de pie—. Te quedas sin beso, por chunga.

Voy hacia el armario a buscar algo que ponerme y ella viene corriendo y se abraza a mi espalda. Sonrío sin darme la vuelta. Mete las manos por debajo de mi camiseta y empieza a acariciarme el pecho. Joder, nena. Lleva las manos a mi espalda y me levanta la camiseta lo justo para besarme la espalda. Noto sus labios deslizándose sobre mi piel y cubriéndome de pequeños besos.

—O dejas de hacer eso o echas el pestillo —sonrío. Ella se ríe contra mi espalda.

—Paro, paro. —Se separa de mí—. Vámonos a cenar. Dejamos esto para luego. Voy a vestirme.

Y desaparece rápidamente hacia su habitación.

Llegamos al restaurante y nos hacen esperar un poco antes de darnos mesa. Nos bebemos una cerveza de pie en la barra mientras esperamos y a Greta enseguida le brillan los ojos. Qué rápido le sube el alcohol. Lleva el mismo vestido que la noche de la verbena.

—No me gusta que lleves vestido —susurro inclinándome hacia ella.

—¿Por qué? —Me mira seria.

Le sonrío y pongo mi mano en su cintura.

—Porque no puedo tocar piel.

—Pero es mucho más práctico para hacer gorrinadas en el coche —me susurra ella a mí poniéndose de puntillas.

La miro con los ojos muy abiertos y una sonrisa.

—Ahora no voy a poder pensar en otra cosa.

—Esa era la idea —sonríe.

Llega un camarero y nos indica que ya está lista nuestra mesa. Nos acompaña hasta allí. Echamos un vistazo a la carta y pedimos rápidamente, sin pensarlo demasiado. Vuelve el camarero con las cervezas y se retira.

—Bueno, bueno… —Doy un trago y la miro con atención—, la noche promete —añado con

un rápido movimiento de cejas.

Ella se ríe y le da también un trago a su birra. Poco después se inclina sobre la mesa y, mientras se acerca lo máximo posible, me indica que yo haga lo mismo. Obedezco todo lo que puedo, hasta que estamos a solo unos centímetros de distancia.

—Te quería preguntar una cosa, de lo de anoche y lo del viernes en el armario… —murmura.

—¿Qué pasa? —susurro con una sonrisa.

—A ver cómo te lo digo… Ya sabes que yo estuve con un par de tíos de nuestra edad y un par más mayores —sigue hablando a un volumen bajito, yo asiento—. Bueno, pues me da la impresión de que tu «manera de hacer las cosas» —hace el gesto de las comillas con una risita— se parece más a la de los tíos mayores que a los de nuestra edad… No sé si me explico —nos reímos los dos—, pero que tú tampoco es que hayas estado con muchas chicas ni has tenido relaciones largas… Y eso, que me sorprende un poco lo bien que te manejas…

—¿Sí? —sonrío—. ¿Me manejo bien?

—Bastante bien, diría yo —se ríe—, pues eso, que si hay algo que no me hayas contado.

Noto que me pongo rojo. Mierda. Con Greta no puedo disimular nada, se va a dar cuenta.

—Te has puesto rojo —se ríe—, algo hay, lo sabía. Cuéntamelo.

—¿No prefieres disfrutar de mis habilidades y del misterio?

—No, quiero saber —sonríe.

—Bueno, es una tontería en realidad. —Intento acercarme más, es una conversación incómoda para un restaurante—, a ver, resulta que mi «primera vez», con Sonia, también era la primera vez para ella, y lo intentamos durante varios días y no pudimos —me río—, aquello no entraba, le hacía daño…

—Demasiada información. —Cierra los ojos y agita un poco la cabeza.

—Tú has preguntado, ¿te lo cuento o no?

—Sí, sí, vale, me puede la curiosidad.

—Bueno, pues yo estaba un poco agobiado y no sabía qué hacer… Y tenía muchas ganas, claro. —Ella sonríe—. Total, que me armé de valor, superé la vergüenza, que era mucha, y fui a hablar con Bruno.

—Argh, joder, ¿has usado conmigo trucos sexuales de mi hermano? —se ríe con cara de asco.

—No, no —me río también—, tampoco me dijo nada demasiado concreto, pero el cabrón se lo contó a Jaime y me dieron una charla entre los dos, después de descojonarse de mí, claro, qué cabrones. Me explicaron cosas y tal, pero cosas bastante generales, igual Jaime sí que entró más en detalle, pero tampoco demasiado. Y ya con lo que me dijeron pues yo cambié el rollo y empecé a fijarme en las cosas que me habían dicho y tal, y ya el tema fue mucho mejor.

—¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete.

—¿Te lo han recordado alguna vez para putearte?

—La verdad es que no, pensaba que se descojonarían de mí eternamente, con lo que les gusta putearme… Pero justo de esto nunca me han dicho nada.

—Mejor —sonríe—, lo que sea que te dijeran lo aplicaste bien, eres buen alumno.

Me acerco un poco más para besarla, pero ella se incorpora rápidamente en la silla.

—No, que esta ciudad es muy pequeña y es muy fácil encontrarse a algún conocido en cualquier sitio.

—Sí, tienes razón —asiento—, me lo guardo para luego.

—No lo pierdas, que lo quiero —me pide con una sonrisa y un movimiento de cejas.

Llega el camarero con la comida y nos trae otra ronda de cervezas. Comemos hablando de cosas menos delicadas, de las que se puede hablar a una distancia normal y nos acabamos las cervezas. Estamos decidiendo si pedir postre o irnos ya cuando nos interrumpe la pareja de la mesa de al lado.

—Vosotros dos sois de Periodismo, ¿verdad? Estáis en mi clase de Literatura Universal —nos dice la chica. Ni puta idea de quién es, primera vez que la veo.

—Sí —confirma Greta—, culpables.

—No sabía que erais pareja —dice ella.

—No somos pareja —niega Greta rápidamente.

—Te lo he dicho —interrumpe el chico, un pelirrojo bastante feo blanquísimo de piel—, que eran hermanos o primos.

—Tampoco somos hermanos ni primos —afirmo yo. Greta aguanta la risa—. Amigos de toda la vida.

—Ah, bueno, es que como os veía siempre juntos… Pues encantada, somos Noelia y Rafa.

—Greta y Marc —dice Greta.

—Oye, ¿os apetece ir a tomar algo? Hay un *pub* irlandés aquí cerca que nos encanta.

Greta abre la boca, pero antes de que diga nada le doy una patadita por debajo de la mesa.

—Mañana hay clase —le digo.

—Sí —confirma Greta—, y hemos venido en coche —me mira y aguanta la risa—. Mejor otro día que no tengamos que conducir.

—Claro, me lo apunto —dice la chica—. No os vais a escapar, lo dejamos pendiente. —Me suena a amenaza.

Pido la cuenta y Greta aprovecha para ir al baño. Me deja solo con la parejita. Me hacen alguna pregunta más sobre mis asignaturas y en cuanto vuelve Greta nos vamos.

—Queda pendiente esa copa, chicos —dice la tipa—, nos vemos por la facultad.

—Claro —confirma Greta—, hasta pronto.

Bajamos a trompicones los dos últimos tramos de escaleras del *parking* donde hemos dejado el coche, nos paramos en cada rincón a besarnos y manosearnos. Ahora me alegro de que se haya empeñado en dejar el coche en el último sótano, aunque había plazas libres en los dos de arriba.

Encontramos nuestra planta prácticamente desierta, solo hay un par de coches más aparte del nuestro. Avanzamos enredados, besándonos con ansia y con urgencia, jadeando, respirando deprisa y sin mirar muy bien por dónde vamos. Llegamos hasta el coche y ella lo abre.

—¿Al asiento de atrás? —pregunto con dificultad, me falta el aire.

—No —dice medio riéndose—, eres demasiado alto para el asiento de atrás… Cada uno a su sitio.

No lo entiendo muy bien, pero obedezco, no puedo pensar con claridad. Subo a mi asiento y ella al suyo.

—Te sobra un montón de ropa —me dice desde su asiento y yo empiezo a desnudarme con movimientos torpes, los dedos no me obedecen como me gustaría.

Desde su asiento bloquea las puertas, luego se inclina hacia el mío y moviendo una de las palancas de debajo del asiento lo desliza hacia atrás hasta que llega al tope. Se pasa a mi asiento y se coloca encima de mí, con sus rodillas a los lados de mis caderas. Busca en el lateral del asiento y con otro movimiento lo reclina de golpe.

—Qué control —le digo entre jadeos—. ¿Has hecho esto muchas veces?

—No preguntes lo que no quieras saber —se ríe.

Mierda. Eso me pasa por preguntar, me puede mi bocaza.

Me ayuda a terminar de desnudarme con prisa. Los dos respiramos y nos movemos rápidamente, nada que ver con lo de anoche.

—¿Hoy no estás nervioso? —pregunta con una sonrisa.

—Qué cabrona —me río—. Hoy estoy más caliente que nervioso. —La beso de nuevo con fuerza.

No entiendo muy bien lo que pasa a continuación. De repente estoy dentro de ella y los cristales del coche están completamente empañados. No sé cuándo ha ocurrido todo. Empezamos a movernos con movimientos rápidos y bruscos, como si se fuera a acabar el tiempo, o el mundo… Llevamos al límite la suspensión de mi coche. Ahora mismo podría desmontarse entero y me daría igual. Respiramos muy fuerte, jadeamos, gritamos… No hay nadie cerca que pueda oírnos. No aguantamos mucho, explotamos enseguida. Ella se deja caer sobre mí y yo la abrazo fuerte mientras intento recuperar el aliento.

—Qué bien nos ha venido que tu coche de niño pijo tenga los asientos más anchos de lo normal —se ríe.

—Ya me estás metiendo caña otra vez —sonrío.

—Es para que no te relajes. —Se incorpora y me mira con una sonrisa.

Cuando llegamos a casa ya están todos acostados. Entramos por casa de Greta y vamos hasta su habitación. Entro detrás de ella y cierro la puerta. Se está quitando la chaqueta cuando oye que echo el pestillo y se gira hacia mí arqueando las cejas.

—¿Otra vez? —pregunta con una sonrisa.

—Aún no lo hemos hecho en una cama, nena —le devuelvo la sonrisa—. Pero vas a tener que ser muuuuuuy silenciosa.

—Puedo ser un mimo si hace falta.

DIECINUEVE

NAVIDAD

Se acercaba la Navidad. Marc y yo llevábamos casi dos meses con nuestra nueva situación y la teníamos totalmente normalizada. A pesar de todo, nunca hablábamos del tema y no habíamos etiquetado este cambio de ninguna manera. Disfrutábamos el día y el momento sin pensar en nada más, como nos pasaba con todo. Ninguno de los dos había sido nunca de pensar a largo plazo o de darle muchas vueltas a las cosas, simplemente nos dejábamos llevar. Era frecuente que, cuando me encontraba sola en el pasillo de la facultad, en el bar o incluso en el pasillo de casa, Marc apareciera de la nada para arrastrarme a un rincón escondido y besarme en secreto. Creo que esa era la clave: el secreto. Era emocionante, era divertido… Era especial. El encanto de lo clandestino, la magia de lo prohibido.

Por otra parte, la universidad había anunciado que, tras la vuelta de las vacaciones de Navidad, se daría a conocer la lista definitiva de admitidos a los cursos y Marc estaba mucho más nervioso de lo que intentaba aparentar. Realmente era algo muy importante para él. Yo no tenía nada equiparable a eso, ninguna ambición académica ni laboral. Todavía no había encontrado mi sitio, no tenía ningún plan… y tampoco me preocupaba. En mi día a día era feliz y con eso me bastaba.

Desde la noche de la cena en el restaurante habíamos empezado a cruzarnos con la parejita que conocimos allí a todas horas por la facultad. Nos resultaba curioso no haberlos visto hasta entonces, porque lo cierto es que al chico, con su piel blanca blanquísima y su pelo naranja, era difícil no verlo. Cada vez que nos los cruzábamos nos recordaban lo de la copa que teníamos pendiente. A mí me daba pereza quedar con ellos, entre las clases y el curro tenía poco tiempo, y el poco que tenía prefería pasarlo con mi gente y no con desconocidos. Marc siempre encontraba alguna excusa para evitarlos, aunque por otras razones. El suyo era un rechazo más gratuito, en su línea. Nunca le había gustado conocer gente nueva (salvo chicas cuando iba a ligar con Samu, claro).

Una mañana, el último día antes de las vacaciones de Navidad, me acorralaron a mí sola por el pasillo y me insistieron, una vez más, en lo de quedar a tomar una copa. Esa tarde no trabajaba y no encontré una excusa para rechazar la invitación. Podría haber mentido y haber dicho que sí que trabajaba, ellos no tenían forma de saberlo, pero nunca me ha gustado mentir y tampoco había motivo. Una copa con ellos no era un drama tampoco, y no parecía que fueran a rendirse, en algún momento teníamos que ceder. Así que quedé con ellos para esa tarde en el *pub* irlandés que nos habían dicho. Ahora solo tenía que decírselo a Marc.

Había quedado con mis chicos en el césped de la facultad. Hacía un día estupendo y estaríamos mejor ahí que en la cafetería. Chus y Samu se habían escaqueado de su último día de clase y habían venido para hablar de las vacaciones. Llegué al césped y estaban allí Samu, Chus

y Loui, pero Marc no había llegado todavía. Samu y Loui estaban apoyados en dos árboles que había muy juntos, nuestro sitio favorito, y Chus estaba entre ellos dos liándose un canuto (oh, sorpresa). Loui tenía una pierna doblada y la otra estirada sobre el césped. Llegué hasta ellos y me tumbé en la hierba, apoyando la cabeza en la pierna que Loui tenía extendida. Estaban los tres muy animados, algo lógico antes de las vacaciones.

Llego a los jardines de la facultad y los localizo enseguida, están en nuestro sitio preferido. Greta está tumbada con la cabeza apoyada en la pierna de Loui. Me quedo donde estoy, a bastante distancia, y le mando un mensaje.

MARC

¿Qué haces? ¿Vas a por el pleno? Con ese lo vas a tener difícil, nena.

Veo desde donde estoy que saca su móvil y lo lee. Se ríe, todavía recostada en la pierna de Loui. Se incorpora un poco, se apoya sobre los codos y me busca con la mirada. Cuando me localiza se ríe y se vuelve a tumbar, tal y como estaba. Me acerco hasta ellos.

—¿Qué pasa, tíos? —les digo mientras me tumbo en el césped yo también, apoyando mi cabeza en la cadera de Greta.

—Pues aquí, viendo a ver si hacemos algo estas vacaciones —me explica Loui.

—Algo habrá que hacer —confirma Chus.

—Sobre todo en Nochevieja —dice Samu—. Si queremos ir a algún sitio habrá que pillar las entradas ya, si es que quedan… Hemos apurado mucho, nos van a costar una pasta.

—Yo curro en Nochevieja —informa Greta—, conmigo no contéis para salir.

—¿Cómo que curras? ¿Por qué curras? ¿No puedes librar en Nochevieja? Díselo a tu hermano, que te dé esa noche, que curras un montón… —protesto.

—Porque la Nochevieja se paga súper bien, como cuatro días de curro —explica ella—, y solo por cuatro horas.

—¿Y para qué quieres más dinero? —se ríe Loui—. Si ya estás forrada.

—Dejadme en paz, curro en Nochevieja y punto. Además, que hay una fiesta temática que patrocina una marca de *bourbon*, me lo pasaré bien. Ya me contaréis qué hacéis vosotros al final.

—¿Fiesta temática de qué? —pregunta Chus.

—Del salvaje oeste, forastero —se ríe Greta—. Nos enseñaron fotos de otras fiestas que han hecho y no son nada cutres, al menos no perderemos la dignidad. Y habrá música en directo, será una noche diferente.

—¿Por qué ibas a perder la dignidad? ¿Te tienes que disfrazar? —pregunta Samu.

—Sí, ya tenemos los disfraces y parte de la decoración, nos ocupa medio almacén.

—¿De qué te disfrazas? ¿De vaquera? —pregunta Chus.

—Sí, yo he elegido *cowgirl*, y Adela también, a las dos nuevas que vienen de apoyo esa noche les toca de cabareteras de burdel —se ríe—. Y Tato de barman del oeste… camisa blanca, chalequito negro, esas mierdas…

—Igual esa es tu noche de suerte con el Tato —sugiere Loui y yo me pongo un poco tenso sin poder evitarlo.

—Nah, paso de Tato, ya no me gusta. —Greta lleva distraídamente una mano a mi cabeza y

me pasa los dedos por el pelo.

—¿Y eso? —insiste Loui.

—Yo que sé, me he cansado de su rollo supertímido. Al principio me hacía gracia, pero a la larga es desesperante.

—¿Y qué música en directo habrá? ¿Un concierto? —pregunta Chus.

—Sí —confirma Greta.

—¿Quién toca? —insiste Chus.

—Adivina —se ríe Greta—. Los cuatro calaveras.

—¡Hostia! —Chus suelta una carcajada—. ¿El grupo de tu ex?

—Exacto —confirma ella.

—¿Y estará él? —pregunta Loui.

—Supongo —responde Greta como si no tuviera importancia algo así—. Hace mucho que no hablo con él, pero no creo que haya dejado el grupo…

—Planazo, tía, Nochevieja currando y con tu ex revoloteando por ahí —se ríe Chus—. Ya te pueden pagar bien…

—Bueno —dice ella—, Rober resultó un gilipollas, pero ha pasado casi un año y estoy por encima de eso. No voy a dejar que me amargue la noche.

—No dejes que te vuelva a liar —dice Loui mientras le acaricia el pelo—, que lo pasaste fatal. Ese tío es un cabrón, acuérdate. No quiero volver a verte como estabas cuando rompisteis.

—No te preocupes por eso —se ríe ella.

—Pues si no tenemos otro plan mejor podríamos ir a esa fiesta —sugiero—. Puede ser divertido verlos a todos haciendo el cuadro.

—Por mí bien —acepta Loui.

—Pfff yo preferiría ir a otro sitio, ir al bar sería como una noche más —se queja Samu—. ¿Tú qué pasa? ¿Que quieres ver a Adela de vaquerita sexi?

—No, no, déjate de mierdas, yo paso de Adela —contesto.

—Por mí lo que digáis —dice Chus—. Mientras haya birra y porros yo paso la Nochevieja donde sea.

—Yo paso de una fiesta de esas de pijos que le gustan al Samu, que vale una pasta entrar y hay que ir trajeados —me quejo.

—Pero están llenas de chicas borrachas dándolo todo —dice Samu—. Además, de las que te gustan… Mechas rubias y pendientes de perlas, y hace mucho que no ligas, tío, desde la mística, ya toca.

—Paso, nano, no compensa, mucha pasta y muy aburrido. Yo iría al bar.

—En el bar no vas a ligar, tío, a no ser que le tires la caña otra vez a Adela, que lo mismo pasa de ti, yo lo haría si fuera ella, te lo hiciste fatal —insiste Samu.

—Que me da igual Adela y me da igual no ligar… Déjame en paz, nano, solo quiero una noche tranquila y gratis.

—Yo también iría al bar, más tranquilo —dice Loui.

—Pues decídmelo seguro para que os reserve entradas, que se han vendido un montón —advierte Greta.

—¿Es con entrada? ¿No se puede ir como siempre? —pregunta Loui.

—Si no se venden todas se podrán pillar en la puerta, pero si se agotan os quedáis fuera. En Nochevieja hacen eso en muchos sitios. La entrada incluye las cuatro horas en el bar y luego la entrada a La Beauty a partir de las cinco, que es cuando nos obligan a cerrar a nosotros.

—¿Y cuánto valen las entradas? —pregunta Chus.

—A vosotros os las podría sacar por la cara, pero me lo tendríais que decir con tiempo, esa noche seguramente ya no.

—Pues por mí no hay duda, Nochevieja gratis, vamos allá —responde Chus.

—Me apunto a eso —digo yo.

—Y yo —confirma Loui.

—Joder, qué uñas sois, qué bajón de Nochevieja solo por la pasta —se queja Samu.

—Tres contra uno, nano, es lo que tiene la democracia… y la pobreza —dice Chus.

—Venga, pues Nochevieja de bajón —protesta Samu.

—Bueno, pues esta tarde os las reservo.

Fue más fácil de lo que pensaba convencer a Marc para quedar con la parejita. Renegó un poco pero no tenía motivos de peso, más allá de «no me apetece», para negarse. Llegamos al *pub* irlandés que nos habían dicho y ya estaban allí los dos esperándonos.

—Por fin —dijo Noelia al vernos aparecer—, ya pensábamos que no ibais a aparecer.

—Son las siete y cinco —se quejó Marc.

—Y habíamos quedado a las siete —insistió ella.

—Pues eso, que llegamos pronto —dijo Marc.

—Pronto es llegar antes de las siete.

—Bueno, no vamos a discutir por esto. Somos un poco desastre con los tiempos y normalmente llegamos bastante tarde —les expliqué yo—. Si les preguntas a nuestros amigos te dirán que para que nosotros lleguemos a y cinco tiene que ocurrir un milagro. No lo hacemos con maldad, pero siempre llegamos tarde a todas partes.

—Bueno, por esta vez pase, pero nosotros somos muy puntuales, no nos volváis a hacer esperar.

Marc se giró hacia mí con los ojos muy abiertos y yo le di un codazo. Seguimos a la parejita al interior del local, hacia una de las mesas del fondo.

—¿De qué coño va esta peña? —me susurró al oído—. Vámonos, que están zumbados.

—Una copa y nos vamos —le susurré yo también—. Tranquilo, pasará pronto —me reí.

Nos sentamos en una de las mesas y pedimos cervezas para todos. Empezamos a hablar de las asignaturas del segundo cuatrimestre. Yo coincidía con ellos en casi todas las asignaturas. Marc en ninguna. Vi con el rabillo del ojo que sonreía aliviado. Le caían mal, era evidente.

—¿Qué planes tenéis para el curso que viene? —preguntó el pelirrojo, que casi ni había abierto la boca en todo el rato.

—¿Planes? Ninguno, seguir como este año pero en tercero, con asignaturas nuevas —contesté.

—Nosotros vamos a pedir la Erasmus, nos apetece irnos fuera un año —dijo Noelia.

—¿Erasmus? ¿Qué es eso? —pregunté yo.

—¿Pero vosotros en qué mundo vivís? —cuestionó ella riéndose.

—En el de ir a nuestra puta bola y no andar tocando los co… —Le di una patada a Marc por debajo de la mesa para que no terminara la frase.

—Ni caso —le dije a Noelia—, cuéntame qué es eso.

—Pues son unas becas para estudiar en otra universidad de Europa durante un año. Te cubren los gastos de matrícula y te dan una pequeña cantidad para el alojamiento. No es suficiente, pero

con eso más lo que te dé tu familia o si buscas un curro allí y tal, pues un año que estás fuera de casa, aprendiendo otro idioma, conociendo gente… La experiencia tiene que ser una pasada.

Marc y yo nos miramos. Habíamos pensado lo mismo: un año fuera de casa, en una ciudad diferente, donde nadie nos conociera. No se me ocurría nada mejor.

—Cuéntanos más —dijo Marc inclinándose sobre la mesa—. ¿Qué ciudades son? ¿Cuándo se pide eso?

—Pues no sé bien qué ciudades son, supongo que vendrá todo en el papeleo. Se piden pronto, después de Navidad, y luego ya hasta verano a esperar a ver cuándo dan la resolución. Y si te aceptan, pues el curso siguiente lo empiezas ya en el extranjero. ¿La vais a pedir también?

—Sí —contestamos los dos a la vez.

—Pero si hace cinco minutos no sabíais lo que era —se rio Noelia.

—Pero ahora ya lo sabemos —dijo Marc—, y nos parece un buen plan.

—Nosotros queremos pedir Reino Unido o Alemania, que es donde salen más plazas, Italia también, pero nos llama menos.

—Pues avísanos cuando se puedan pedir, por favor —le pedí a Noelia—. No nos lo queremos perder.

—Claro. Ay, sería genial que nos fuéramos los cuatro a la misma ciudad —sugirió ella mientras juntaba las manos.

—No creo —dije yo—, Reino Unido o Alemania no nos llaman tanto como Italia. Es una fantasía que tenemos desde pequeños, ir a Italia a alimentarnos solamente de pasta y pizza.

—Bueno, todo es mirarlo —insistió Noelia—. Tampoco es que a nosotros Italia no nos apetezca, tenemos tiempo de pensarlo.

Seguimos hablando durante un rato de los diferentes países de Europa a los que se podía optar, ventajas y desventajas de cada uno. La parejita había hecho los deberes, lo tenían todo muy mirado. Yo notaba a Marc nervioso y lo entendía; yo también estaba deseando quedarme a solas con él para hablar de esto.

La conversación duró bastante rato más. Hablamos otra vez de asignaturas, de notas, de profesores, de nuestras familias… Cuando se hicieron las nueve, Marc dijo que nos teníamos que ir a casa a cenar y yo le di la razón.

—¡Qué lástima! —se quejó Noelia—. Podíamos habernos ido a cenar los cuatro por ahí.

—No hemos avisado en casa y es tarde ya. En otra ocasión —dijo Marc con prisa por salir de allí.

—Eso, en otra ocasión —aceptó ella.

—¡Italia! —gritamos Greta y yo a la vez en cuanto nos quedamos solos.

—¿Cómo no sabíamos nada de esto? Es lo mejor que nos puede pasar —pregunto emocionado.

—Porque vamos a nuestra puta bola —contesta Greta mientras caminamos hacia casa—. Ya no te parece tan mala idea haber quedado con ellos, ¿eh?

—No, no, solo por esto ha valido la pena.

—Un curso entero fuera, sin familia, sin amigos, sin nadie que nos conozca…

La cojo de la mano y tiro de ella hacia un portal que tiene un rincón oscuro donde escondernos. La beso despacio, saboreando el momento, y sus labios, sobre todo sus labios…

—¿Estaríamos así todo el día? —pregunta con una sonrisa.

—Y toda la noche —susurro con un movimiento rápido de cejas y ella se ríe.

El espíritu navideño en casa tenía nombre, y se llamaba Estrella. La mañana de Nochebuena estaba a tope de energía, ocupada en prepararlo todo. El árbol de Navidad de casa de Marc era gigante. Lo ponían Reyes y Estrella (sobre todo Estrella) en su salón, que era donde cenábamos en Nochebuena y Nochevieja. En casa de Marc se colgaban también los típicos calcetines navideños, cada uno con el nombre de uno de los «niños» de la casa (incluyendo también a los de mi casa), aunque en estas casas ya no quedaban niños. Desde hacía años, los «niños» de la casa habíamos tenido la tradición de hacernos regalos en Nochebuena, pero tenían que ser regalos pequeños, que cupieran en los calcetines. Hacía varios años que Bruno, Jaime y Emma habían decidido pasar de eso, pero Estrella, Marc y yo todavía lo hacíamos.

El ritual navideño de Marc y mío consistía en sentarnos en el sofá de su casa y ver a Estrella prepararlo todo. Marc la ayudaba con las cosas que requerían un poco de fuerza, como bajar las cajas de los adornos del altillo o subir el árbol del trastero, pero todo lo que consistía únicamente en decoración lo hacía ella. En cuanto terminaba de poner el árbol, se ponía con la mesa. La verdad es que lo dejaba todo muy bonito, a nosotros la Navidad nos daba más pereza que ilusión.

En Nochebuena cenábamos juntas las dos familias y venía también el abuelo Max, el padre de Reyes. Marc y yo nos llevábamos muy bien con él. Solíamos ir a verlo a su casa un par de veces al año, era un hombre muy simpático y divertido, y uno de esos abuelos que te dan dinero a escondidas como si te estuvieran pasando droga.

Estrella y nuestras madres estaban a tope preparando la cena. A media tarde llegaron Bruno y Jaime, y poco después el abuelo. Gerardo y Emma llegaron los últimos, venían directamente de currar, qué obsesión. El abuelo se sentó con Marc y conmigo en el sofá y nos estuvo preguntando cosas sobre la universidad, el trabajo, los planes de futuro… lo típico. Luego empezó a contarnos historias de cuando la madre de Marc era pequeña, que ya nos había contado mil veces, pero nos reímos como si fuera la primera vez que las oíamos. Tenía ese poder, era un gran contador de historias, siempre añadía algo nuevo o algún detalle para hacernos reír. Las cervezas que nos habíamos bebido viendo currar a Estrella y el canuto que nos habíamos fumado a escondidas en la habitación de Marc ayudaban a las risas, todo hay que decirlo.

Greta y yo nos sentamos en un extremo de la mesa, justo en el lado contrario al de mi padre. El abuelo viene a sentarse con nosotros. Mi madre, Maite y Estrella llenan la mesa de comida en un momento y todos nos ponemos a comer y beber como si hiciera una semana que no lo hubiéramos hecho.

—Bueno, bueno, nieto, ¿qué hay de las chicas? ¿Hay algo por ahí? Yo a tu edad ya estaba pelando la pava con tu abuela —me pregunta.

—Abuelo, que no tengo ni veinte años —me quejo—, no quieras casarme ya, que los tiempos han cambiado…

—Sí, tienes razón, y disfruta de tu juventud, pero estate atento, no sea que conozcas a la mujer de tu vida y se te escape por creerte demasiado joven… Que hoy en día con esos miedos al compromiso os acabáis juntando cuando tenéis ya una edad y a lo mejor dejas escapar a una que te hubiera ido mejor… Mira a tu hermano Jaime, rompió con la novieta aquella tan bonica para ir de flor en flor y ahora, ¿qué? Nada de nada.

—Abuelo, que yo sigo siendo joven —protesta Jaime por alusiones—. Demasiado joven para casarme, de hecho.

—A ver dónde vas a encontrar tú una chiquita mejor que aquella.

—Eso es agua pasada, abuelo, además, que ella se ha casado con otro.

—Claro, normal, si no espabilas se van con otros. Yo conocí a la abuela y lo tuve claro: esta *pa* mí. Y toda la vida con ella. Y la cortejaban muchos, no os creáis que fue fácil, pero me puse cabezón y no dejé que se me escapara.

—Abuelo, eso ahora se llama acoso —me río.

—Hombre, no te vayas tú a pensar que tu abuela no quería, lo que pasa es que le gustaba hacerse de valer y ponerme celoso con sus otros pretendientes. Pero bueno, ¿no tienes ninguna señorita a la vista a la que cortejar?

—Qué va, yayo, si no me como nada. Además, ya no quedan señoritas, las chicas de ahora son todas unas golfas o unas siesas. —Me gano una colleja de Greta por ese comentario.

—El problema son los chicos, que son todos unos críos —añade Greta.

—No entiendo a la juventud de ahora… Tanto probar, tanto probar, para acabar todos luego divorciados… Con lo bonito que es compartir tu vida con alguien… Cuarenta y dos años estuve yo con tu abuela, y aún seguiríamos como el primer día si el Señor no se la hubiese llevado…

La conversación degenera en recuerdos de mi abuela. La echa mucho de menos, y se le nota. Da mucha pena cuando se pone triste recordándola, y eso que mi abuela era un poco bruja, nada que ver con él; pero sí que es cierto que tenían una relación muy especial.

Terminamos de cenar y alargamos un poco la sobremesa. Luego el abuelo nos da dinero a todos con su disimulo habitual y, por último, cuando Jaime y Bruno se van, le ofrecen acercarlo a casa.

—Bueno, me he alegrado mucho de veros —nos dice a Greta y a mí—. A ver si no dejáis pasar tanto tiempo antes de venir a verme.

—Claro, cuenta con ello —asiente Greta.

—Sí, yayo, este año iremos más veces.

—Estupendo —responde con una sonrisa. Luego nos da unas palmaditas en la cara a los dos a la vez—. Y a ver si dejáis de hacer el tonto vosotros dos de una vez y os centráis un poco. Me parece a mí que por fin habéis dado un paso adelante, así que ahora, a resistir, para atrás ni para coger impulso, ¿está claro? —dice antes de salir por la puerta y dejarnos a Greta y a mí con cara de flipados.

Estrella viene dando saltitos y diciéndonos que es el momento de los regalos de los calcetines. Abro su regalo, me ha comprado un juego de rotuladores negros de distintos grosores que ha tenido que sacar del estuche para que entraran en el calcetín.

—Es que últimamente te he visto volver a dibujar.

—Sí, lo he retomado un poco.

—Qué bien, pues así tienes para practicar. Me dijo el de la tienda que estos eran muy buenos para cómic.

—Sí, sí, son geniales, gracias.

Yo le he comprado a ella un colgante con una estrella. Le encanta. Es muy fácil hacerle

regalos, siempre se entusiasma con todo. A continuación abre el de Greta, es un marco de fotos pequeñito (para que quepa en el calcetín, entiendo) con una foto de Samu.

—¿No decías que querías empapelarte la habitación con fotos de Samu? Pues ya tienes una para empezar.

Los tres nos descojonamos.

—A ver —se defiende Estrella—, dije que el chico estaba como para empapelar una habitación con fotos suyas, no dije que quisiera hacerlo ni que fuera mi habitación. —No para de reírse.

—Bueno, la mía desde luego que no —Greta se ríe también—. Era por la broma, el regalo es el marco. Ponle la foto que quieras.

—Bueno, de momento lo dejaré con esta, por no hacerte el feo —dice Estrella muerta de risa.

Estrella le ha comprado a Greta un brazalete de cuero negro bastante ancho. Exitazo. Abro el regalo de Greta, es un *zippo*. Qué guay, siempre he querido tener uno.

—No puede haber tío duro sin *zippo*. —Me guiña un ojo—. Y así no te quemas si quieres volver a hacer el tonto.

Es todo plateado y con el dibujo de un trébol grabado en una de sus caras.

—Para que te dé suerte —susurra. Sé que se refiere a lo del curso de dibujo.

—Nena, los tréboles de la suerte son los de cuatro hojas —le explico.

—¿Y qué? —pregunta.

—Que este tiene tres.

Ella lo mira y se empieza a reír.

—Qué subnormal estoy, no me había dado cuenta —se ríe mucho y me contagia la risa—. Bueno, pues así es más especial. Tu suerte tiene tres hojas.

—Sí, sí, arréglalo ahora, que lo mismo me has gafado de por vida.

Abre mi regalo. Es un pendiente para el ombligo con una luna. Lo mira y sonríe.

—¡Qué bonito! —sonríe—. Me recuerda a una canción.

Le sonrío yo también. Guay, lo ha pillado, no estaba seguro.

VEINTE

NOCHEVIEJA

Llegamos al bar poco después de la una, acaban de abrir. Imaginábamos que habría mucha gente y no queríamos que nos tocara estar de pie. Por suerte para nosotros, conseguimos la mesa de siempre. Samu está de mal humor, ya sabemos que no quería venir aquí, no hace falta que nos lo recuerde. Vamos directos a la mesa para que no nos la quiten.

El bar está muy decorado, los del *bourbon* se lo han currado mucho. En el escenario (llámalo escenario, llámalo parte del local elevada un palmo donde normalmente hay un par de mesas) están los instrumentos del grupo que va a tocar. Detrás de la barra está Tato con las dos chicas nuevas que van vestidas de cabareteras. Greta y Adela están paseando por el local asegurándose de que todo está bien. Llevan sombreros de vaquero, un pañuelo enrollado como si fuera una cinta y atado al cuello, camisa de cuadros sin mangas anudada por encima de la barriga, falda de cuero muy corta y botas de *cowboy*. Greta lleva dos coletas que asoman por debajo del sombrero y el pendiente del ombligo que le regalé en nochebuena. Adela lleva la coleta estirada que lleva siempre y el sombrero dejado caer en la espalda. Hay otra chica vestida igual que ellas en un stand de la marca de *bourbon* repartiendo sombreros de vaquero.

—Joder, cómo está Adela —dice Samu dándome un codazo.

No tiene ni puta idea, viéndolas igual vestidas es evidente que Greta está mucho más buena.

—Toda tuya, chaval —respondo dándole una palmada en la espalda.

—Pues yo creo que Greta está más buena que Adela —dice Chus. Todos nos giramos a mirarlo—. Objetivamente, que no es que me mole ni nada, es colega, pero como tío tengo ojos y es evidente.

—No voy a contestar a eso, que aún pillaré. —Samu se ríe y me mira.

—Capullo —me río también y le doy un puñetazo en el hombro.

—Bueno, nano —me dice Samu—, ¿qué hacemos? ¿Vamos a por la que reparte los sombreritos y que gane el mejor? ¿O vamos a por las de la barra y una para cada uno?

—Yo paso —contesto—, no me apetece ligar. Me da pereza.

—Joder, tío, cómo estás últimamente —se queja con cara de asco—. ¿Has hecho voto de celibato o es que tu madre te pone bromuro en la comida?

—Déjame en paz, no me apetece y punto. Además, no están tan buenas…

—Están buenas hasta decir basta, las cinco, pero vamos a dejar a Adela y a Greta fuera de los comentarios, por lo que pueda pasar —se ríe.

—Vamos a hablar con la de los sombreritos —dice Chus—. Yo te acompaño, aunque no me vaya a comer nada, como siempre.

Todos nos reímos. Samu y Chus se van a hablar con ella.

—Bueno, ¿qué te pasa a ti con las tías últimamente? —me pregunta Loui cuando nos

quedamos solos—. ¿Estás enamorado?

—¿Yo? Ni de coña, no flipes… Solo es que me aburre ya el rollo de Samu de acoso y derribo.

—Ya, es cierto, se me olvidaba que los tíos duros no os enamoráis —insiste—, pero vaya, que sería comprensible… Si quieres hablar de ello, no necesito ni que me digas de quién…

—Pues no es eso, no seas plasta… No me apetece ligar y punto. Me da pereza. Además, mira quién habla, ¿te pregunto a ti por qué no ligas?

—Vale, dejo el tema.

—Eso, mejor déjalo.

—Mira, el que faltaba. —Señala con la cabeza la puerta del local.

Me giro hacia allí y veo entrar a Rober, el ex de Greta, con el resto de tíos de su grupo. Son cuatro macarras de unos treinta años con tupé y patillas. Rober va directo hacia Greta, que está al fondo del local. Se acerca mucho (demasiado) para decirle algo y ella se ríe.

—No, nano —se queja Loui—, que no se vuelva a enredar con ese capullo, que ya lo pasó bastante mal.

—Ya es mayorcita —intervengo—, sabrá lo que hace.

—Qué mal ojo ha tenido siempre para los tíos, elige siempre a los más gilipollas.

—Sí —me río—, muy buen gusto no tiene, no.

—El único que parecía buena persona era el Tato y parece que ya no le gusta —dice Loui.

—Ese es otro gilipollas.

—¿Por qué?

—Porque sí, porque es gilipollas.

—Gran argumento —se ríe Loui.

Greta va de aquí para allá recogiendo vasos y botellas vacíos de las mesas con el moscón pegado a ella. Yo intento no seguirlos con la mirada, pero no puedo evitarlo.

Miro un momento a la chica de los sombreritos. Le está riendo las gracias a Samu y pasando de Chus. Luego somos los tíos los superficiales que solo nos fijamos en el físico. Ya.

Los músicos suben al escenario y empiezan a trastear con los instrumentos. Todos menos el gilipollas que no se separa de Greta.

Samu y Chus vuelven a la mesa con cuatro sombreros de vaquero. Samu me pone uno a mí y Chus uno a Loui. Los dos nos lo quitamos inmediatamente.

—Va, tíos —se queja Chus con el suyo puesto—. Hay que meterse en el rollo.

—Déjate de mierdas —protesto.

—Que no se los pongan —dice Samu con el suyo en la mano—, así tenemos excusa para ir a ver otra vez a la chica y devolvérselos. Además verá que nuestros amigos son unos rancios y nosotros somos los divertidos.

—Suerte con eso —me río.

Greta viene a vernos y le pone una mano en el hombro a Loui, la otra mano la pone detrás de mi cuello y empieza a hacerme cosquillitas en la nuca.

—¿Cómo van los chicos más guapos de la fiesta? —nos pregunta.

—¿Dónde te has dejado a tu guardaespaldas? —pregunta Loui—. Creía que lo ibas a tener toda la noche pegado al culo.

—¿Quién? ¿Rober? Qué pesado, menos mal que se ha subido ya al escenario… Menuda chapa me estaba dando… ¿Qué os traigo? ¿Birras?

—Eso mismo —confirma Chus.

Aparece Adela de la nada.

—Hombre, ya están aquí los clientes VIP… He traído absenta, ¿os apuntáis?

—Ni de coña —decimos todos a la vez. Ella se ríe.

—Bueno, ya me lo diréis dentro de un rato. —Nos guiña un ojo y vuelve por donde había venido.

—Voy a por vuestras cervezas —dice Greta antes de irse.

Me quedo con un cosquilleo en la nuca, como si su mano todavía estuviera ahí. Creo que ya voy ciego de la cena, y la noche acaba de empezar.

El grupo empieza a tocar y el bajista de los cojones no le quita ojo a Greta. Están tocando versiones de otros grupos, algunas en español, otras en inglés; pero todas muy del rollo de la fiesta. Mejor que no toquen sus canciones, eran una puta mierda. Mucho tendrían que haber mejorado en un año.

Adela viene a cambiarnos las botellas vacías por otras llenas.

El local está bastante más lleno que de costumbre. Nadie hace demasiado caso a los que están tocando, parece más música de ambiente que concierto. Mejor, así se puede hablar y no tenemos que estar prestando toda nuestra atención a esos capullos.

Viene Greta a traernos otra ronda de cervezas. Se sienta encima de mí y me quita el cigarro que tengo en la boca para darle una calada. Me lo devuelve y se acerca a mi oído poniendo las manos a los lados de su boca, como cuando de pequeños me quería contar un secreto.

—No tengo ningún secreto que contarte —susurra—, pero quería acercarme a olerte.

Suelto una carcajada y ella se ríe también. Le hago un gesto para que se acerque y poder contestarle.

—Yo a ti te huelo aunque estés lejos —le susurro yo a ella.

—¿Mal? —pregunta incorporándose y a un volumen normal.

Sonrío y niego con la cabeza. Ella se ríe.

—Vuelvo a currar. —Se levanta—. En un rato me paso otra vez.

El grupo para de tocar y anuncian que van a hacer un descanso. Vuelve a sonar la música del bar y los músicos bajan del escenario. El gilipollas de Rober se acerca a nuestra mesa.

—¿Qué pasa, tíos? ¡Cuánto tiempo sin veros!

—Ya ves —contesta Loui un poco seco.

—Tío —me pone una mano en el hombro—, estoy intentando camelarme a tu hermana para que me dé otra oportunidad, échame un cable.

—Lo que te tiene que dar es una patada en los cojones —me giro a mirarlo—. Y no es mi hermana, gilipollas —añado quitándome su mano del hombro con un gesto brusco.

—Joder, cuánta hostilidad… Yo venía de buen rollo…

—Ya, pero a nosotros no nos das buen rollo —inetrviene Loui—. No queremos que Greta vuelva a pasar por lo mismo otra vez.

—Va, que soy un hombre nuevo, ella se está haciendo la dura, pero estoy seguro de que también quiere… Si me ayudáis a convencerla, lo tendré más fácil.

—Que te olvides, nano —insiste Chus—. No cuentes con nosotros.

—Tío, la cagaste a lo grande, y Greta no es tan tonta como para volver a caer en lo mismo —

añade Samu.

—No sé por qué decís eso, no creo que sea para tanto, pero vaya, que tengo mis recursos. Y estoy seguro de que Greta aún siente algo por mí.

—Seguro, asco, por ejemplo —sugiere Loui y todos nos reímos.

—No la conocéis tan bien como creéis. Ahora además me lo tomo como un desafío. Os digo ya que esta noche se va de aquí conmigo, ya lo veréis.

—Te digo yo que no, ya lo verás —niego muy convencido.

—Y eso ¿cómo lo sabes? —pregunta con tono de burla—. ¿Te lo ha dicho ella mientras os pintabais las uñas? A ver, niñatos, os voy a decir algo, lección gratis: no tiene nada que ver lo que una tía dice con lo que hace… Así que, si solo hablas con ella y no te la llevas a la cama, no la conoces en realidad. Por tanto, niñas, ninguna de vosotras tiene ni puta idea de lo que ella quiere de verdad.

Qué asco me está dando. Me muerdo la lengua para controlar mi bocaza, pero tengo muchas ganas de callarle la suya. Miro a Samu y le hago un gesto con los ojos. Lo pilla enseguida.

—Yo sí —dice Samu mientras se reclina y apoya la espalda en el respaldo de la silla.

—Tú sí ¿qué? —le pregunta el otro sin entender de qué va el rollo.

—Lo que acabas de decir, lo de llevársela a la cama.

—No me lo creo —contesta con una sonrisa socarrona.

—Pues no te lo creas, ya ves tú lo que me importa… —Samu sonríe también.

—¿Eso es verdad? —pregunta mirándonos a los demás. Los tres asentimos sonriendo.

—Joder, qué guarra es —murmura.

Me pongo de pie con un movimiento tan brusco que mi silla se cae al suelo. Me encaro a él, no es más alto que Greta, le saco casi una cabeza.

—Cuidado con lo que dices, imbécil. —Casi estoy deseando que diga algo más para darle un puñetazo.

—Oh, oh, cuidado, que la nenaza se ha ofendido —se burla.

Loui, Chus y Samu se ponen de pie también.

—Ay, espera, que sus amiguitas me van a amenazar.

—Uo, uo, uo… ¿Qué está pasando aquí? —Adela aparece de repente. Greta viene con ella y tira de mi brazo para separarme del capullo este.

—Vale, tíos, ¿qué pasa? —nos pregunta.

—No queremos líos —amenaza Adela—. El que quiera bronca que se vaya de aquí.

—¿Es verdad que te has tirado al niñato este que parece salido del lago azul? —le pregunta Rober a Greta.

—No sé en qué puto universo tendría yo que darte a ti una explicación de nada —responde ella mosqueada.

—Bueno, vamos a olvidarnos de todo esto. Mejor me alejo de estos críos. Ven, nena, te invito a un chupito. —Le coge la mano.

—Primero que nada, no me llames *nena* —dice ella soltándose de su mano de un tirón—. Segundo, estoy trabajando, y tercero, no voy contigo a ningún sitio.

—Vale, ya veo, hoy vas de dura… Luego hablamos.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Vuelve con los de tu grupo.

—Vale, estaré allí —señala donde están los tíos de su grupo bebiendo—, luego te veo.

—Y cambia de peinado, abuelo —le digo antes de que se vaya—, que desde arriba se te ve el cartón.

—Acuérdate de lo que te he dicho —me señala mientras se aleja—. Te vas a tragar tus

palabras.

—Mira cómo tiemblo. —Extiendo un brazo hacia él y agito la mano.

Mis amigos se ríen y él nos pone cara de asco antes de marcharse definitivamente.

—¿De qué iba esto? —pregunta Adela.

—¿Qué coño ha pasado? —se une Greta.

—Que es un gilipollas —contesta Loui.

—Eso no es ninguna novedad —resopla Greta—. Bueno, sentaos y os traigo otras cervezas… Y no me la lieis, porfa, que si hay movida no sea con vosotros. No me gustaría tener que echaros de aquí.

—Vale, nena, perdona. —Le paso un brazo por encima de los hombros y le doy un beso en la cabeza—. ¿Yo sí te puedo llamar *nena*?

Los cinco nos reímos y Adela pone los ojos en blanco.

—Vaya nochecita… Menos mal que al final no os he dado absenta… —Recoge los botellines vacíos—. Os voy a traer otra ronda, pero no quiero más numeritos…

—Vale, mami —se ríe Chus.

Adela se ríe también y se marcha. Todos se sientan y yo me separo de Greta y me siento también.

—Me vuelvo a currar. Luego me explicáis a qué ha venido este *show* de gallitos que os habéis marcado.

Greta se va y Adela nos trae las cervezas. Nos las bebemos en silencio, pero nos reímos de vez en cuando, al acordarnos del numerito del gilipollas de Rober. Lo miro de vez en cuando y veo que no nos quita el ojo de encima. Les debe de haber contado algo a sus colegas porque nos miran también.

Acaba su descanso y el grupo vuelve al escenario. Tocan un par de versiones muy conocidas, pero la gente del local va muy a su bola, no les prestan demasiada atención. Cuando termina una de las canciones, el cantante, que es uno de los dos guitarristas, le cede el micro a Rober.

—Buenas noches, amigos de La Cueva. Necesito que me prestéis un momento de atención —dice a un volumen bastante alto. El local se queda en silencio y la gente se gira a mirarlo—. Quiero dedicarle esta canción a la chica más especial que conozco, que está aquí esta noche…

—Mierda —se queja Loui—, ¿por qué no lo deja estar?

—Porque es gilipollas —contesto.

—A ver si me ayudáis a localizarla —insiste el imbécil del micrófono—, es la camarera más guapa de todas, la morena de las coletas, seguro que está por ahí…

Los guitarristas empiezan a tocar los acordes de la canción. La reconozco enseguida, es la que bailamos Greta y yo en la azotea nuestra primera noche juntos… Joder, ¿no había más canciones? ¿Tenía que ser justo esa?

Un grupo de clientes del local saca a Greta de la zona del billar y la llevan delante del escenario. Ella tiene mala cara.

—Greta, esta canción es para ti. Por lo que fuimos y lo que seremos —continúa el muy capullo. Ella levanta un brazo hacia él y le enseña el dedo corazón. La gente se ríe. Greta intenta alejarse, pero el público le corta el paso.

—Joder, pobre, qué encerrona —murmura Loui—. Lo está pasando fatal.

—Vente conmigo, nano —le digo a Samu mientras me pongo de pie.

—¿A dónde? —pregunta y se levanta también.

—Vamos a bailar. —Tiro de él.

—¿Contigo, julandrón?

—No, gilipollas, vamos a ayudar a Greta. Saca tú a bailar a Adela o a la de los sombreritos, pero vamos a joderle el plan a ese imbécil.

—Ah, guay —acepta. Nos vamos para allá.

Ha empezado la canción, están con los *Uh, uh, uh* del principio. Greta no sabe dónde meterse. Samu va hasta la chica de los sombreritos y le dice algo. El Rober empieza a cantar la primera frase mientras me abro paso entre la gente y casi llego hasta Greta. Ella se gira hacia donde estábamos sentados justo cuando llego a su lado. Pongo mi mano izquierda detrás de mi espalda y le tiendo la derecha, a la vez que me inclino como en una reverencia. Es una de las formas que nos enseñaron en clase de baile para sacar a una chica a bailar. Le cambia la cara a una sonrisa de alivio.

—Gracias —susurra cogiendo fuerte mi mano con la suya y poniendo la otra en mi hombro. Coloco mi otra mano en su cintura desnuda y noto que se le eriza la piel. Sonrío. Empezamos a bailar. La gente aplaude, algunos nos silban. Al momento llega Samu con la chica de los sombreritos y se ponen a bailar cerca de nosotros. Varias parejas del público se animan y empiezan a bailar también. Ya le hemos jodido el plan, qué sensación de triunfo. A él no le quedan más narices que seguir cantando. Greta y yo seguimos bailando y girando. En un momento dado, me quedo de cara a Rober, que me fulmina con la mirada mientras sigue cantando.

Yo no pensaba, no pude imaginar, que todo lo que empieza tiene un final…

Le guiño un ojo y le lanzo un beso al aire. Greta me ha visto, esconde la cara en mi pecho y empieza a reírse. Casi me parece ver humo saliendo de las orejas de Rober.

En la última estrofa de la canción, Greta se suelta de mi mano y se abraza a mi cintura. Yo hago lo mismo. Me inclino un poco para que mi cara quede junto a la suya. Acerca su cara y me huele el cuello. Voy tan ciego que tengo el impulso de besarla aquí mismo, pero pienso por un momento con la cabeza fría y me contengo.

Que bajo la luz de la luna yo te amé…

Qué situación más surrealista.

—Qué ganas te tengo —susurra.

—Y yo, nena —murmuro abrazándola más fuerte.

—Esta noche no te escapas.

—No lo pretendo en absoluto —me río. Ella se ríe también.

Que bajo la luz de la luna yo te amé…

Seguimos bailando abrazados hasta que termina la canción y aún nos quedamos así durante unos segundos después. La gente aplaude y yo me separo de Greta lo justo para lanzarle a Rober un beso con la mano y después cerrar el puño con el pulgar hacia arriba.

—¡Gracias, tío! —grito desde donde estoy y varias personas a mi alrededor se ríen. Greta también.

Rober hace como que no me ha oído y se va otra vez al fondo del escenario, al lugar donde lleva toda la noche.

—Vuelvo al curro —dice Greta.

—Claro —respondo dándole un beso en la mejilla.

Voy hasta nuestra mesa y Samu llega casi a la vez.

—Qué bien has estado ahí. —Loui me da una palmada en el hombro. Me río—. Os habéis metido totalmente en el papel, cualquiera que no os conozca habría pensado que sois pareja. El muy imbécil se ha quedado con una cara de tonto que daba pena verlo.

—Sí, tronco —dice Chus—, ha sido buenísimo.

—Y yo he quedado con Vane que se viene luego a La Beauty con nosotros —se jacta Samu —. Jugada redonda.

—¿Vane? —pregunto con una sonrisa—. ¿«La de los sombreritos» ya es «Vane»? He visto flechas más lentas que tú.

Samu hace un gesto de tirarse el aliento sobre las uñas de una mano y luego frotárselas en la camisa. Todos nos reímos.

Veo que Greta y Adela van hacia la barra y le dicen algo a Tato. Se les unen las otras dos camareras y Tato pone chupitos para todos. Una de las chicas que no conozco saca sal y limón. Greta y tequila, mala combinación, espero que solo se beba uno. Se los beben y Greta pasa dentro de la barra. Adela se acerca a nosotros a traernos más cervezas.

—Vaya numerito habéis montado, cabrones —nos dice a Samu y a mí—. ¿Qué os pasa hoy? ¿Tenéis ganas de bronca o qué? Cuando le has guiñado el ojo creía que el tipo paraba de cantar y bajaba a arrancarte la cabeza.

—Es un tapón, no llega a mi cabeza. —Todos nos reímos.

—No es un pino como tú, pero un tapón tampoco es el chico… Pero bueno —insiste Adela —, espero que deis la venganza como cumplida y lo dejéis estar. No quiero broncas.

—Lo intentaremos —informa Samu—, pero es que nos busca…

—Pues que no os encuentre —dice Adela.

Veo que Greta está dentro de la barra hablando con Tato y mirando las botellas. Él le dice algo y ella va hacia el almacén. Justo antes de cruzar la puerta se gira a mirarme y sonríe al ver que yo también la estoy mirando.

—Voy al baño, ahora vengo. —Me levanto rápidamente y los dejo con Adela dándoles la chapa.

Paso por delante del escenario y el imbécil me sigue con la mirada. Lo ignoro.

Entro al almacén y Greta se gira hacia mí sonriendo cuando oye la puerta. Me acerco a ella y ella viene hacia mí. Nos besamos sin decir nada, respirando muy fuerte los dos.

—Sabes a tequila —sonrío y me separo de ella un momento.

—Y tú a cerveza y a porros.

Le cojo las coletas y las enrosco en mis manos.

—Me quedo con las coletas, el pañuelo y las botas —sonrío—. Te sobra todo lo demás.

—¿El sombrero también? —pregunta ella mientras lo coge de su espalda y se lo pone.

—Sí, es de actriz porno. —Se lo quito y lo lanzo por el aire como si fuera un *frisbee*. Ella se ríe.

—Entonces —rodea mi cuello con sus brazos—, ¿debería salir a currar solo con las coletas, el pañuelo y las botas?

—No —me río—, para currar vas bien así… Lo otro es solo para mí.

—Vale, mejor —se ríe ella también.

Vuelve a besarme y la llevo hasta la pared más cercana. Me agacho un poco para cogerla por detrás de los muslos y ella, de un salto y ayudada por mis manos, abraza mi cintura con sus piernas mientras la apoyo contra la pared. Comienzo a besarle el cuello y bajo hasta su camisa. Los botones no son de verdad, son de los de corchetes, de los que se desabrochan estirando. Sonrío, atrapo la tela entre mis dientes y los suelto de un solo tirón. Ella quiere reírse, pero le sale un sonido raro, entre un gruñido y un gemido. Como lleva un nudo en la camisa, no se ha abierto del todo, pero no importa, es suficiente para que yo pueda acercar la cara a su pecho y seguir besándola.

—Greta, mira a ver cuántas cajas de *bourbon* quedan sin abrir, que cerramos en nada y tenemos que hacer recuent… —oigo decir a Tato desde la puerta. Mierda—. Perdón, no quería interrumpir. —Suelto las piernas de Greta y me giro dándole la espalda, como si me pudiera volver invisible —. ¿Ese es Marc? —pregunta—. Bueno, perdón, no es cosa mía, me voy.

—Mierda, mierda, mierda —susurra Greta mientras se abrocha los botones de la camisa a toda prisa y sale corriendo detrás de él.

Salí del almacén a toda velocidad y alcancé a Tato detrás de la barra. Le cogí de la mano y tiré de él hacia el rincón de la barra más alejado de las camareras.

—Por favor, por favor, por favor, no se lo cuentes a nadie —le pedí.

—Era Marc, ¿verdad? —me preguntó y yo asentí con la cabeza.

—¿Ha sido un calentón de Nochevieja por el bailecito ese que os habéis marcado? ¿O viene de antes? —Me puse roja y miré al suelo—. Vale, entiendo que viene de largo… ¿Hace mucho?

—Un par de meses.

—Joder, ¿lo sabe tu hermano? ¿O el suyo?

—No, no lo sabe nadie… Bueno, ahora tú… Pero no les digas nada, por favor, por favor… —le pedí juntando las manos a modo de súplica.

—Joder, que Bruno y Jaime se llaman *hermano* entre ellos. Esto es demasiado raro.

—Ya, pero eso es cosa suya… Marc y yo nunca nos hemos llamado así, ni nos hemos sentido hermanos. Para nada —susurré.

—Aun así, os estáis metiendo en un lío… —me dijo también en voz baja—. Bueno, si lleváis así dos meses, el lío ya está hecho…

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—¿Qué es lo que tenéis? ¿Estáis enamorados o es solo sexo?

—No sé, solo nos dejamos llevar… No lo pensamos demasiado… —Agaché la cabeza.

—Joder, pues deberíais pensarlo… y hablarlo… porque como la cosa no os salga bien vais a tener un marrón gordo viviendo en la misma casa… Os podéis hacer mucho daño…

—Bueno, eso es cosa nuestra, te agradezco el consejo, pero prométeme que no dirás nada, por favor.

—No voy a ser yo el que cause un conflicto familiar, pero id con cuidado… Para que no os pillen y para no haceros daño entre vosotros…

—Vale, gracias. —Le di un beso en la mejilla—. Me voy para fuera, que está Adela sola.

—Bien —aceptó—, ya voy yo a por las botellas del almacén, que al final no las has traído —se rio.

—No me has dado tiempo —sonreí—, me has interrumpido antes.

—Anda, vete con Adela —se rio negando con la cabeza mientras yo salía de detrás de la barra.

Salgo del almacén por la puerta de los baños agobiado pensando en que Tato nos acaba de pillar. Como se lo diga a nuestros hermanos estamos jodidos. Los músicos han terminado de tocar y están al lado del escenario. Me cortan el paso nada más salir del almacén.

—¿De dónde vienes? —me pregunta Rober.

—Tsss —emito un sonido como única respuesta y le ignoro, siguiendo mi camino.

—Te he hecho una pregunta. —Me coge del hombro.

—No me vuelvas a tocar. —Aparto su mano de mi hombro con un gesto brusco.

—¿O qué? —Se pone chulo.

—Qué valiente eres cuando estás con tus colegas…

—Mira, niñato, me estás tocando mucho los huevos —Me coge del cuello de la camiseta.

—Que no me toques, que me das asco. —La aparto la mano de un golpe.

—A ver, a ver —aparece Adela de repente—. No quiero saber qué pasa aquí, pero, vosotros, como volváis a tocar a un cliente, no cobráis la actuación. Y tú —a mí—, vete a tu mesa.

Le hago caso y me voy hacia mi mesa.

—Te ha tenido que salvar una chica de metro y medio, nenaza —le grita Rober a mi espalda. Levanto mi brazo sin girarme y le enseño mi dedo corazón mientras sigo caminando.

Llego hasta mi mesa y me siento.

—Joder, cuánto has tardado —se queja Chus—. Bueno, ¿qué hacemos? Aquí están a punto de cerrar… ¿Nos vamos a La Beauty?

—Claro, ya tenemos las entradas —asiente Samu—, y yo he quedado con Vane…

—¿Y Greta? —pregunta Loui— Creo que le toca cerrar. No mola que venga sola… ¿No la esperamos?

—La espero yo —sugiero—. Id yendo vosotros y nos vemos allí.

Justo en ese momento termina la canción que suena por los altavoces y Adela dice desde el micrófono del escenario que van a cerrar, que todo el que quiera seguir con la fiesta que acuda a La Beauty, una discoteca que está solo a un par de calles de distancia.

La gente comienza a abandonar el local rápidamente. Adela se acerca hasta donde estamos y dice que se viene con nosotros, que hoy no le toca cerrar. Samu espera a la de los sombreritos, que recoge su parte en un momento y se va con ellos. En cuanto salen todos del local, me acerco

a la barra a esperar a Greta. Los músicos están recogiendo los instrumentos. Hacen varios viajes para sacar la batería.

Las camareras nuevas se meten al almacén a cambiarse de ropa y, después de que Tato les pague, se despiden y se van. Yo ayudo a Greta a recoger vasos y llevarlos a la barra.

Los músicos se acercan a la barra también a cobrar. Ya llevan los instrumentos al hombro. Rober me mira con cara de asco.

—¿Con quién habías dicho que te ibas de aquí esta noche? —le pregunto sonriendo.

—Te voy a partir esa cara de niño pijo que tienes —amenaza.

—Con tus amigos, supongo, porque tú solo… —Arrugo la nariz y niego con la cabeza.

—Déjalo ya, tío —le dice uno de sus colegas—. Vámonos.

Los cuatro salen del *pub*. Nos hemos quedado solos Tato, Greta y yo. Mierda. Qué momento más incómodo. Tato está organizando cosas detrás de la barra y haciendo caja. Yo sigo ayudando a Greta a recoger los vasos y, cuando termino, empiezo a subir las sillas. Ella se pone a barrer.

—Bueno, esto ya está. —Tato sale de detrás de la barra con las llaves en la mano. Se nos queda mirando un momento y respira hondo—. ¿Queréis cerrar vosotros solos? —nos pregunta mientras le tiende las llaves a Greta.

Ella las coge e intenta disimular una sonrisa. Yo miro al suelo aguantándome la risa. No sé lo que habrán hablado, pero al final va a resultar que el tío este es majo y todo.

—Vale, gracias —le dice Greta dejando las llaves en la barra.

—¿Vais a La Beauty? —nos pregunta.

—Sí, están allí nuestros amigos. Ahora vamos —contesto.

—No tardéis demasiado, que están allí también vuestros hermanos y si tardáis dos horas pueden pensar algo raro… Aunque no creo que se les ocurriera esto ni en un millón de años… —Greta y yo hacemos un esfuerzo para no reírnos—. En qué mala hora he entrado en el almacén —murmura y se frota la cara—. Bueno, os veo allí —dice ya a un volumen normal y se va.

Greta baja la persiana casi completamente y cierra la puerta de madera y vidrio del interior echando los pestillos. Así no se puede abrir desde fuera aunque alguien tenga llave. Se gira y me sonríe.

—¿Qué habéis hablado? —le pregunto.

—No va a contárselo a nadie, tranquilo. —Se acerca hasta donde estoy.

—¿Estás segura? —La cojo por la cintura.

—Totalmente, me fío de él.

—Vale, pues ya está bien de hablar de él. Vamos a ver ahora qué tal tu disfraz sin todo lo que te sobra. —Empiezo a desatarle el nudo de la camisa.

Perdimos la noción del tiempo. Bautizamos cada rincón del bar… El banco corrido donde casi siempre se sentaba él, la barra, el almacén e incluso el billar. Lo que me había dicho Tato de que teníamos una conversación pendiente rondaba por mi cabeza, pero no quería prestarle atención, no era el día.

Estuvimos bebiendo, riéndonos y haciendo otras muchas cosas hasta que nos dimos cuenta de que eran casi las siete de la mañana, y Tato se había ido a eso de las cinco y media. Nos vestimos a toda velocidad y, tras cerrar de verdad el bar, nos fuimos hacia la discoteca.

El camino no eran ni diez minutos andando, pero hacía frío. Marc me pasó el brazo por encima de los hombros y me atrajo hacia él para darme calor.

—Si te arrimas tanto, querré empezar otra vez —sonreí.

—Yo también, esa era la idea… ¿Volvemos al bar? —preguntó riéndose y apretándome más contra él.

—Suerte hemos tenido de que no haya venido nadie a buscarnos…

—Oye, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Eso ya es una pregunta —respondí aguantando la risa.

—Va, en serio.

—Diiiiime —intenté ponerme muy seria.

—Es que estaba pensando en todo lo que ha pasado esta noche con Rober…

—Que, por cierto, no me habéis contado qué coño ha pasado —interrumpo.

—Nada, que nos ha empezado a comer la oreja con que quería volver contigo y que le ayudáramos, y como le hemos dicho que no, que era un imbécil, se ha picado y ya ha estado dando por el culo toda la noche.

—¿Y cuál es la pregunta que querías hacerme?

—No sé, que ahora me estaba acordando de cuando ha llegado él al bar y se ha acercado a ti, que te reías y eso, y a lo mejor no le tienes tú tanto asco como nosotros… Igual tú también te estabas planteando volver con él…

—¿Yo me reía? —pregunto.

—Sí, te reías.

—Ah, bueno, habrá sido al principio, cuando me ha entrado diciéndome que era un hombre nuevo, que había cambiado… Eso me ha dado mucha risa, la verdad —asentí.

—Habrá sido eso —sonrió y me besó en la cabeza mientras avanzábamos.

Entramos en la calle de La Beauty y vimos a lo lejos la puerta de la discoteca. Se abrió un momento y nos llegó la música que sonaba dentro. Habían salido dos tíos. Nos pareció que uno de ellos empujaba al otro y lo tiraba al suelo y, una vez tirado en la calle, le daba una patada. Salieron tres tíos más y se acercaron a ellos. Estaba oscuro y no lo distinguíamos bien. Cuando estábamos a unos quince metros, reconocimos los rizos rubios de Samu, era el que estaba en tierra.

—¿Dónde cojones está tu amigo? ¡Que le voy a partir la boca a él también! —rugió la voz de Rober mientras continuaba dándole patadas.

Marc me soltó y salió corriendo hacia ellos. No le había visto correr tan rápido en la vida. Con la velocidad de la carrera, derribó a Rober de un puñetazo. Yo corrí también para acercarme a ellos. No sabía qué hacer, no podía ayudar, nunca le había pegado a nadie. Los tres amigos de Rober entraron al trapo y empezaron a darles golpes también. Dos le daban patadas a Samu, y Rober y el otro le daban puñetazos a Marc. Samu no se levantaba del suelo.

—¡Rober, joder, parad! ¡Que los vais a matar! —grité—. ¡Dejadlos en paz!

Se abrió la puerta de la discoteca y salieron Bruno, Jaime y Tato seguidos de Adela, Loui, Chus y la chica del bar con la que había ligado Samu.

—¿Qué hacéis, capullos? ¡Que son unos críos! —gritó Bruno.

—¡No toques a mi hermano, gilipollas! —aulló Jaime antes de darle un puñetazo a Rober.

Loui se tiró al suelo e intentó proteger a Samu de las patadas, se llevó unas cuantas. Tato y Chus intentaron que los que estaban pegándole las patadas pararan, pero no lo conseguían por las buenas y se liaron a golpes también con ellos. Bruno se les unió enseguida. Consiguieron

apartarlos de Samu y yo me acerqué a él y a Loui. Samu no podía abrir un ojo y tenía la boca llena de sangre. Intentó decirnos algo, pero no le entendíamos. Busqué mi móvil con las manos temblorosas para llamar a una ambulancia, pero justo cuando lo encontré llegó un coche de policía. Nada más bajar del coche, el primer agente dio la ubicación por radio y pidió dos coches más y una ambulancia. Los policías empezaron a esposarlos a todos y yo llamé desde mi móvil a Emma.

—¿Greta? ¿Qué pasa?

—Una pelea… Están esposando a Bruno, Jaime, Marc, Tato, Chus… Samu está sangrando… No sé a dónde se los llevan… No sé qué le pasa a Samu… —No me salían frases con sentido.

—Vale, tranquila, ¿dónde estáis?

—En La Beauty.

—Vale, diles que voy hacia comisaría. Que no declaren.

—¡Dice Emma que no declaréis! ¡Que va hacia comisaría! —les grité.

Mi hermano levantó los pulgares, con las manos esposadas. Marc, con las manos esposadas también, se apartó el pelo de la cara. Tenía sangre en las manos y en la cara, pero no sabía ni si era suya ni por dónde sangraba. Tato, Jaime y Chus también estaban manchados de sangre, pero no tanto como Marc. De los nuestros parecía el peor parado, después de Samu, claro. Rober y los de su grupo también estaban un poco perjudicados, pero parecía que no tanto.

Vino uno de los policías a preguntarnos a Loui y a mí qué había pasado. Otro de los policías fue a hablar con Adela y Vane.

—Estábamos tan tranquilos ahí dentro —empezó Loui—, cuando Samu ha dicho que iba al baño, y se ha ido solo. Y al momento hemos visto a Rober arrastrándolo del pelo y que lo sacaba a la calle. Samu parecía que gritaba «déjame en paz» o algo así, pero con la música no lo oíamos. Pero vaya, que era Rober el que tiraba de él y Samu solo quería soltarse. Hemos pensado que necesitaría ayuda y hemos ido a por Bruno, Jaime y Tato, que no estaban lejos. Y cuando hemos salido ya no estaba solo Rober, estaba con sus tres colegas y estaba Marc también, que no sé en qué momento ha aparecido.

—Marc y yo llegábamos ahora, hemos visto a lo lejos cómo se abría la puerta y salían Rober y Samu. Y cómo Rober tiraba a Samu al suelo y empezaba a darle patadas. Luego han salido sus amigos y han empezado todos a patearlo. Marc ha salido corriendo en cuanto lo ha visto y enseguida han salido los demás.

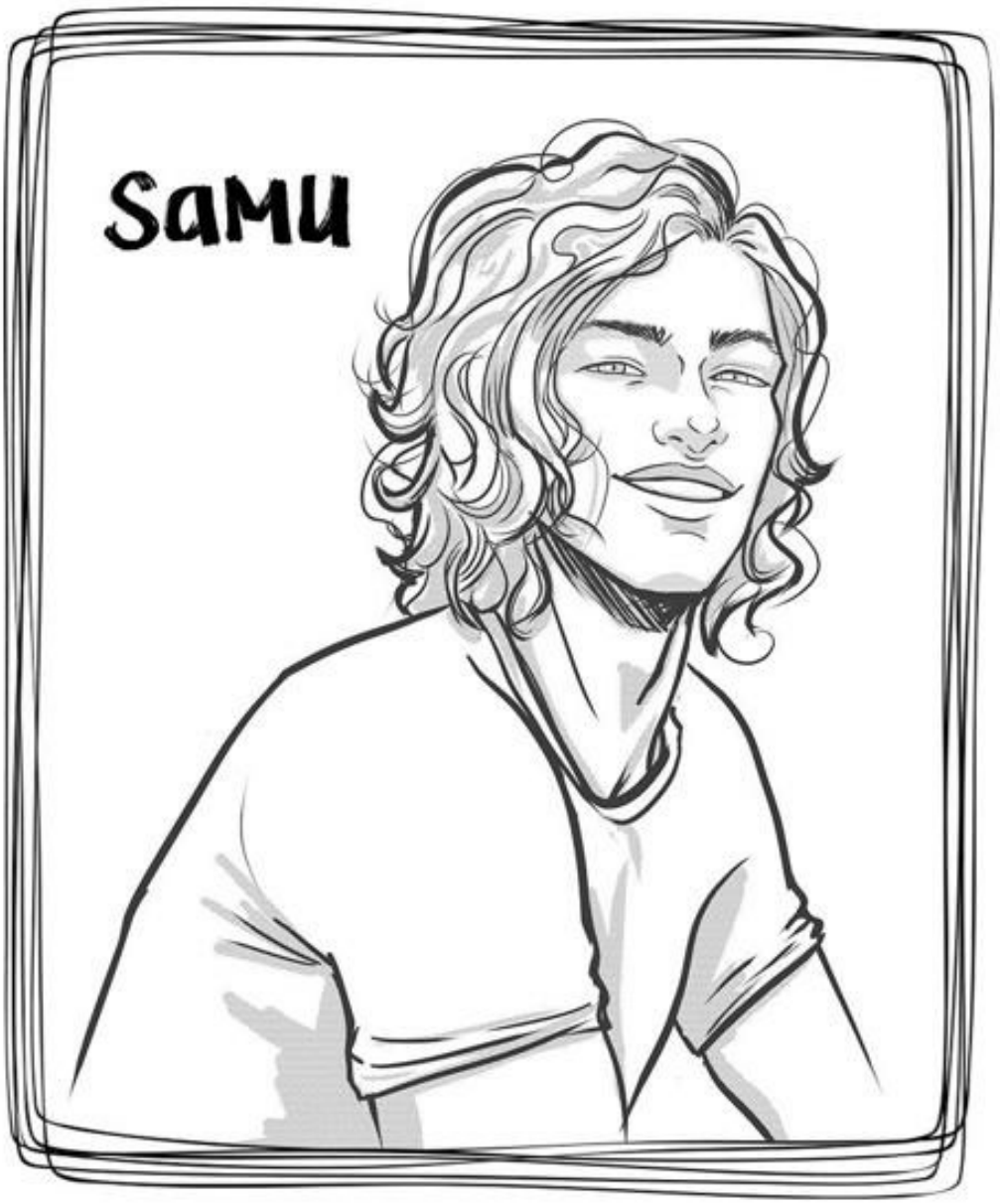
—Gracias, chicos, me quedo vuestros datos y os llamaremos para que vengáis a comisaría a prestar declaración —dijo el policía.

—Claro —contestamos Loui y yo.

Llegaron los otros coches de policía y se los llevaron a todos. Enseguida llegó la ambulancia para llevarse a Samu. Uno de los policías fue con él. Preguntamos a qué hospital lo habían llevado y nos despedimos de Adela y Vane. Loui y yo cogimos un taxi y nos fuimos al hospital. De camino le mandé un mensaje a Emma.

GRETA

Voy al hospital con Samu. Cuéntame lo que vaya pasando.


SaMU

VEINTIUNO

EL HOSPITAL

—Deberíamos llamar a casa de Samu —dijo Loui en el taxi camino del hospital.

—Claro —contesté.

Me costaba pensar. Él sacó su móvil.

—¿Cómo se llama su madre? No me acuerdo, no consigo acordarme… —murmuró.

—Algo con A… joder, no me acuerdo tampoco… Amelia, Amaya, Amanda, Azucena…

—¿Almudena?

—Sí, sí, seguro, Almudena —asentí.

—¿Y su padrastro? Por si me coge el teléfono él. Tengo la mente en blanco.

—¡Simón! De ese me acuerdo, es Simón seguro.

Loui marcó el teléfono. Estaba serio y muy blanco.

—Buenos días, Almudena, soy Luis, el amigo de Samu, de Samuel… Verás, estábamos en una discoteca y unos tipos han empezado a pegarle a Samuel… No, no, él no les había hecho nada… Sí, le han hecho daño… Se lo han llevado al hospital en una ambulancia… Sí, tranquila, estaba consciente… No, no sabemos nada todavía… Al Hospital General… Greta y yo vamos en un taxi de camino… No, a los demás se los han llevado detenidos… Sí, nos vemos en el hospital… Vale, hasta ahora.

Colgó el teléfono y se quedó un momento en silencio mirándolo.

—Creo que es la llamada más difícil que he hecho nunca…

—No me extraña. —Le cogí la mano.

La soltó, me pasó el brazo por encima de los hombros y me besó la cabeza.

—Se va a poner bien —aseguró con una voz nada convincente.

Yo empecé a llorar. Él también.

—Samuel Andújar —le dije a la señora de recepción del hospital—. Lo han traído hace nada en una ambulancia. No puede hacer ni diez minutos. ¿Cómo está? ¿Podemos verlo?

—Un chico rubio, con rizos, que le habían dado una paliza —añadió Loui.

—A ver, chicos, tranquilos. Voy a ver… Debe de ser uno que ha entrado directo por urgencias, aún ni tengo los datos. Esperad ahí. —Nos señaló una salita que había al fondo—. Estaréis más tranquilos… ¿Sois familiares?

—Sus amigos —dijo Loui y la señora torció el gesto.

—¿Si soy su novia cuenta como familia? —pregunté.

—No —contestó.

—Vale, pues somos sus amigos. Estábamos con él.

—Ni siquiera hemos avisado a la familia todavía. Si es el que creo, ha entrado como prioritario, aún no hemos metido los datos.

—Hemos llamado nosotros a su madre, viene de camino.

—Bien hecho. Pues esperad allí donde os digo y en cuanto sepamos algo os lo diremos… Bueno, se lo diremos a su madre.

Fuimos hasta donde nos dijo y nos sentamos, pero ninguno de los dos paraba de mover las piernas. Nos levantábamos y nos sentábamos sin ningún sentido. No podíamos estar sentados, pero tampoco podíamos estar de pie. Pasaron unos minutos. Demasiados. Nadie nos decía nada. Nos asomábamos cada poco a mirar a la señora del mostrador, pero no parecía haber novedades.

—¡Samuel Andújar! —oímos gritar a lo lejos y los dos salimos corriendo—. ¡Es mi hijo! ¿Dónde está?

—Espere allí con los chicos, por favor, señora. Voy a ver si averiguo algo…

Almudena se giró hacia donde le señalaba la señora del mostrador y nos vio.

—¡Greta, cariño, Luis! ¿Qué ha pasado?

Vino corriendo hacia nosotros. Era la primera vez que la veía sin maquillar y sin tacones. Estaba guapísima igualmente. Era una de esas mujeres con elegancia natural que con cualquier cosa están estupendas. Nunca la había visto con el pelo alborotado, como solía llevarlo su hijo, así se parecían más todavía.

Llegó hasta donde estábamos y nos cogió una mano a cada uno.

—Contadme qué ha pasado, por favor. ¿Quién le ha pegado?

Loui le contó más o menos lo que le había contado a la policía, hasta el momento en el que lo habían sacado a la calle y yo le conté lo que había pasado fuera de la discoteca. Ella se iba poniendo blanca por momentos. Llegó entonces Simón y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Sabemos algo? —le preguntó—. Hola, chicos —nos dijo a Loui y a mí.

—Todavía nada, pero le han estado dando patadas cuatro chicos mientras él estaba tirado en el suelo. —Se tapó la cara con las manos.

—Bueno, tranquila, es un chico fuerte, puede con esto… —La abrazó.

—¿Y los otros? —nos preguntó Almudena—. ¿Los han detenido a todos?

Loui y yo asentimos.

—Supongo que Gerardo se estará ocupando de esto… Están en buenas manos.

—Bueno, he llamado a Emma, pero imagino que ella habrá llamado a Gerardo —aclaré.

—¿Quién es Emma?

—Mi hermana, trabaja en el despacho de Gerardo.

—Ah, bien, entonces todo saldrá bien…

—¡Familiares de Samuel Andújar! —oímos gritar a alguien y los cuatro salimos corriendo.

—¿Cómo está? ¿Puedo verlo? —preguntó su madre al llegar frente a la chica jovencita que nos había llamado.

—Todavía no, le están haciendo las últimas pruebas para descartar lesiones internas. Tiene varias fracturas, sobre todo en las costillas y en un brazo, pero no parece que hayan perforado ningún órgano. En un rato podré decirles algo más. Le han dado un sedante muy fuerte y está tranquilo. Volveré en cuanto sepa algo.

Y se marchó sin darnos tiempo a preguntar nada.

—Bueno —dijo Simón—, parece que, dentro de lo malo, no es para tanto…

—No sabemos, y ellos tampoco saben —le cortó Almudena.

—No nos pongamos en lo peor, cielo, que no ayuda nada…

—Vamos a buscar café —le dije a Loui.

Quería dejarles solos y necesitaba despejarme, llevábamos un rato en el hospital y parecía que íbamos a seguir ahí bastante tiempo.

Le preguntamos a la señora del principio por la máquina de café y nos mandó al final del pasillo de urgencias.

Dos chicas vestidas de fiesta y con abrigos charlaban sentadas en los asientos que había junto a la máquina de café. Se levantaron al vernos llegar. No las había reconocido, eran Emma y Estrella.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —pregunté al llegar hasta ellas.

—He pedido que los trajeran para el parte de lesiones —explicó Emma—. ¿Así te vistes en Nochevieja? —me preguntó.

—¿De verdad? ¿Eso te preocupa en una noche así? —Puse los ojos en blanco—. Me he puesto lo que llevaba esta tarde, unos vaqueros y un jersey, no es para tanto… Tenía que currar vestida de vaquera, mucho es que no me ha tocado venir disfrazada…

Loui miró al suelo aguantando la risa.

—¿Dónde están? ¿Puedo verlos? —le pregunté.

—En esa sala. Puedes verlos desde la puerta, pero están custodiados… No puedes entrar ni hablar con ellos.

Me acerqué hasta la puerta. Estaban allí todos menos Bruno y menos los imbéciles del grupo de música. Marc estaba reclinado en una silla, con las manos todavía esposadas. Se incorporó un poco al verme. Levantó la barbilla y se acercó las manos esposadas a la cabeza, haciendo círculos con un dedo. Me encogí de hombros y di un par de golpes con el dedo en mi reloj. Él hizo el gesto de llevarse un teléfono a la oreja y señaló la puerta. Asentí. Levanté yo la barbilla y él alzó los pulgares. Negué con la cabeza y él sonrió.

—Dice que no le duele nada, pero es mentira —le dije a Loui sin dejar de mirar a Marc.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Loui.

—Me lo acaba de decir.

—¿Qué te ha dicho? —insistió.

—Me ha preguntado cómo está Samu. Le he dicho que no lo sabíamos, que teníamos que esperar. Me ha dicho que cuando lo sepamos llame a Emma y se lo cuente, para que se lo pueda decir a él. Luego le he preguntado que cómo está él y me ha dicho que bien, que no le duele nada, pero es mentira.

—¿Todo eso habéis hablado ahora? —me preguntó.

—Sí. Ahora mismo.

—Flipo. ¿Cómo sabes que es mentira?

—Por la sonrisa falsa —le dije.

—¿Y cómo sabes que la sonrisa es falsa?

—Porque con la sonrisa falsa no se le marcan los hoyuelos. —Me encogí de hombros.

—Me flipa cuando hacéis eso.

—¿El qué?

—Lo de hablar sin hablar. Os he visto hacerlo desde el colegio.

—Son años de práctica —me reí.

—Dile que cuando salga le voy a dar una paliza.

Miré a Marc, que nos estaba mirando, y junté los dedos de mi mano levantando el meñique, luego moví mis dedos índice y corazón como si estuvieran caminando y después, con la palma de la mano hacia arriba, giré un par de veces la muñeca. Marc se rio, repitió mi gesto de levantar el meñique y luego, poniendo la mano boca arriba abrió y cerró los dedos varias veces. Me reí.

—Pregunta que tú y cuántos más —le dije a Loui y él también se rio.

—¡Jaime Sapena! —se oyó por megafonía mientras aparecía Bruno por una de las puertas de la sala. Jaime se levantó y entró por esa misma puerta.

—Greta, ¿cómo está Samuel? —me preguntó Emma acercándose a nosotros.

—No sabemos nada, tenemos que esperar.

—¿Ha venido su familia?

—Sí, su madre y su padrastro.

—Llévame con ellos, y les digo cómo tienen que proceder con la denuncia.

Le lancé un beso a Marc desde la puerta y le dije con un gesto que luego volvía. Me sonrió y asintió. Saludé con la mano a Bruno, Tato y Chus y acompañé a Emma hasta donde habíamos dejado a Almudena y Simón.

—Hola, soy Emma Mur, abogada de los amigos de Samuel. —Le tendió la mano a la madre de Samu—. Encantada.

—Y mi hermana —puntualicé. Estrella se giró aguantando la risa.

—Sí, también soy su hermana —confirmó Emma muy seria—. Bueno, solo quería pasarme a saludar e indicaros cómo proceder con la denuncia, por si no lo tenéis claro.

—Sí, por favor, explícanos.

Emma se enfrascó en un monólogo del que yo solo oía *blablabla*, pero Simón le prestaba toda su atención. Almudena estaba distraída, mirando todo el rato a la puerta por la que había desaparecido la chica que no nos había dicho casi nada. Finalmente, Emma dejó de hablar y les dio una tarjeta para que la llamaran si tenían alguna duda.

—¿Y tú? —preguntó Emma girándose hacia Loui.

—Yo ¿qué? —respondió él.

—¿Te has quedado al margen de la pelea?

—Sí. — Loui agachó la cabeza.

—De eso nada, te has tirado al suelo a defender a Samu y te has llevado varias de las patadas que iban para él —le recordé.

—Ay, Luis, cariño, gracias —dijo Almudena.

—¿Tienes lesiones? —le preguntó Emma.

—No, estoy bien —dijo Loui.

—Si tenemos posibilidad de conseguir otro parte médico y otra denuncia, el momento es ahora —insistió Emma.

—No, no, yo estoy bien —aseguró Loui.

—A ver —dije yo. Me puse detrás de él y le levanté el jersey y la camisa.

—¡Pero tía! ¡Para! —Intentaba escapar, pero no se movía con soltura. Enseguida vimos por qué.

Tenía marcas de golpes en la espalda, de tonos muy feos desde el amarillo al morado.

—Te vienes conmigo a urgencias. Y luego te explico cómo poner la denuncia —le dijo Emma.

—Pero de verdad que estoy bien, esto no es nada.

—Con esto ayudas a tus amigos —insistió Emma muy seria.

—Vale, entonces sí, vamos.

Emma y Loui se fueron por donde habíamos venido todos hacía un momento. Era gracioso verla en modo abogada vestida con un vestido de fiesta tan elegante.

—A ti no te conozco —dijo Almudena al percatarse por primera vez de la presencia de Estrella.

—Es Estrella, la hermana de Marc —aclaré—. Están todos en urgencias.

—¡Familiares de Samuel Andújar! —nos interrumpió la chica jovencita de antes.

—¿Cómo está? —preguntó su madre y yo pensé que iba a coger a la chica de la bata para que no se le volviera a escapar.

—Las pruebas han salido todas bien. Parece que, dentro de la gravedad, ha tenido suerte. Lo llevan ahora a trauma a inmovilizarle las fracturas y de ahí lo llevarán a planta. En cuanto esté instalado les avisaremos. Si esperan aquí, pasará justo por este pasillo en unos minutos. Le diré al celador que les deje un momento. Está consciente pero muy sedado. Es muy simpático —se rio—. Volveré cuando esté ya en la habitación.

Y volvió a desaparecer por donde había venido sin darnos opción a preguntar nada. Por suerte no mentía y apenas un par de minutos después vimos aparecer una cama empujada por un celador. La cama iba un poco incorporada, pero no demasiado. Samu tenía mejor aspecto que la última vez que lo había visto, pero no demasiado bueno tampoco. Iba tapado por una sábana hasta la cintura. Llevaba el pelo revuelto y medio mojado. Un ojo lo tenía amoratado y completamente cerrado. Tenía también marcas de golpes en la cara y parte del labio hinchado. El pecho tenía el mismo aspecto que la espalda de Loui, pero muchísimo peor.

—Samuel, cariño, ¿cómo estás?

—Estoy bien, mamá —sonrió y achinó el único ojo que tenía abierto.

—Menudo susto me has dado, pero han dicho que te vas a poner bien.

—¡Eh, chicas guapas! ¿Habéis venido a verme? —dijo mirándonos a Estrella y a mí.

—Claro, idiota, vaya susto —susurré.

—¡Estrellita! ¿Tú también has venido a verme a mí? —preguntó con una voz como si fuera borracho.

—Bueno —se rio Estrella—, mis hermanos están en urgencias.

—Oh, qué bajón… Creía que habías venido por mí… Ay, que pidan que les pongan lo mismo que a mí, es guay, les va a encantar… —Achinó el ojo otra vez y asintió con la cabeza.

—Está muy sedado —dijo el celador intentando contener la risa.

—Que se venga una conmigo, yo os hago sitio —nos pidió a Estrella y a mí—. Tengo una cama muy cómoda y creo que estoy en bolas, más fácil no os lo puedo poner. —Hizo un amago de apartarse la sábana, pero el brazo no le respondía bien.

—¡Samuel, por favor! —gritó su madre colocándole bien la sábana y tapándole más que antes del intento de destape.

—Chaval, no desveles la magia, guarda algo para luego, y no muevas el brazo o ya verás la traumatóloga… —le advirtió el celador.

—¿Está buena? —preguntó Samu.

—Ha intentado ligar con todas las enfermeras —nos explicó el celador mientras intentaba aguantar la risa—, hasta con la que se jubila el mes que viene.

Estrella y yo nos reímos. A su madre no le hacía mucha gracia.

—Estrellita, tú y yo tenemos que quedar un día para beber absenta. Cuando salga de aquí y me devuelvan mi cara. Con Greta ya no bebo más absenta, que Marc se enfada. —Me hizo un gesto para que me acercara.

Me aproximé todo lo que me pareció prudente.

—Me parece que le molas —susurró a un volumen bastante bajo—. Shhh… —Creo que pensaba que tenía el dedo en los labios y hacía la señal de silencio, pero no era así. Estaba muy gracioso.

—¿A Marc? —le pregunté aguantando la risa.

—Sí, *nena* —imitó el tono de Marc y yo solté una carcajada.

—Samuel, por favor, que tienes que ir a que te terminen de curar —protestó su madre—, deja de hacer tonterías.

—Sí —confirmó el celador—, deberíamos irnos.

—Noooo —se quejó Samu—, un poco más… Que Estrella aún no me ha dicho que sí…

—¿Que sí a qué? —preguntó ella riéndose.

—Da igual —dijo el celador—, mañana no se va a acordar. Tú dile que sí a todo y me lo llevo…

—A venirte conmigo en mi cama. Bueno, no, que estoy feo. Acuérdate de cuando era guapo. Greta, consíguele una foto mía de guapo para que no se lo piense…

—Eso ya está hecho, colega… Siempre voy un paso por delante.

—Esa es mi chica… Bueno, vamos —le dijo al celador—, que me haga lo que me tenga que hacer la médica cañón y que me den más de esto, que ya me empieza a doler otra vez…

—No mientas, chaval, que todavía no puede dolerte… Lo tuyo es puro vicio —dijo el celador volviendo a empujar la cama, esta vez hacia el ascensor.

—Me has pillado… Avísame cuando pueda pedir más sin levantar sospechas… Chicas, os guardo un sitio en mi cama por si cambiáis de idea —nos gritó ya casi desde el ascensor.

Se cerraron las puertas del elevador y Almudena respiró aliviada.

—Menos mal, parece que está bien —suspiró.

Simón, Estrella y yo empezamos a reírnos.

—Cielo, está fenomenal, y muy gracioso —la tranquilizó Simón.

—Voy a avisar a estos de que está bien —les dije.

—Sí, vamos —se unió Estrella.

Llegamos a la sala donde estaban los detenidos y le dije por señas a Marc que Samu estaba bien. Respiró aliviado. Le dije también que iba muy drogado y que había intentado ligar con Estrella. Se rio mientras negaba con la cabeza y se lo contó a Chus, que estaba sentado a su lado y empezó a reírse también.

—¡Marc Sapena! —se oyó por megafonía, y él se levantó con dificultad. Caminó más

despacio de lo habitual hacia la puerta por la que acababa de salir Tato y desapareció de mi vista.

Al momento llegaron Emma y Loui.

—¿Qué tal? —les pregunté.

—No es nada —dijo Loui.

—Es una agresión —afirmó Emma—. Ya tienes tu parte. Si quieres te vienes ahora conmigo a poner la denuncia, yo voy a comisaría… Y si no ya mañana, como prefieras. Greta, espero que no le tengas mucho cariño a Roberto porque le va a caer un buen marrón.

—Ningún cariño, tranquila, enmarrónale todo lo que puedas —confirmé.

—Te pediría que pasaras por casa y me trajeras algo de ropa para cambiarme, no quiero ir así vestida en las declaraciones con el juez de guardia… —sugirió—. Pero, conociéndote, eres capaz de traerme un pijama.

—Yo lo haré —se ofreció Estrella aguantando la risa—, así me sentiré útil.

—Bien, gracias, de ti me fío un poco más —aceptó. Ahí fui yo la que puse los ojos en blanco, pero en el fondo sentí alivio.

Fui a despedirme de la madre de Samu y le dije que me pasaría luego, cuando ya estuviera en la habitación. Los policías se volvieron a llevar a los detenidos y Loui se fue con Emma a comisaría. Estrella y yo nos fuimos para casa.

Estrella no me dejó ir con ella a comisaría, me dijo que no iban a dejarnos entrar, que llamaría a Emma desde la puerta para que saliera a por la ropa. No discutí mucho, eran casi las dos de la tarde y llevaba despierta unas veintiocho horas, después de haber trabajado y todo… Parecía que había pasado una semana desde que habíamos estado en el bar…

Me puse ropa cómoda (sí, más cómoda que la ropa que había avergonzado a mi hermana), pasé a la habitación de Marc y me tumbé en su cama. Quería verle cuando volviera y, lo confieso, quería dormirme oliendo su almohada.

VEINTIDÓS

LA DUCHA

Entro en mi habitación, creo que nunca había tenido tanto sueño. Greta está dormida en mi cama. Intento no hacer ruido; pero, cuando dejo la bolsa que me han dado en comisaría sobre el escritorio, ella abre un ojo.

—¡Ey! —murmura—. ¿Qué hora es?

—Casi las siete y media. —Me siento en la cama.

—¿De la tarde? —pregunta frotándose los ojos.

—Sí —me río.

—¿Cómo estás? ¿Qué tienes? —Observa la movida que me han puesto en urgencias para inmovilizarme el brazo.

—Nada, el hombro dislocado, pero ya me lo han puesto en el sitio… Y fisura en una costilla… Lo demás todo bien.

—¿Te duele?

—No mucho, me han dado drogas.

—Parece que más flojas que las de Samu —se ríe—. Tendrías que haberlo visto…

—También me he hecho menos que él.

—Pero me hubiera gustado verte a ti con lo que le han dado a Samu —se vuelve a reír—. Tengo curiosidad por saber qué hubieras dicho…

—¿Por qué? ¿Qué ha dicho él? —pregunto.

—Muchas tonterías —se ríe—. ¿Qué tienes que hacer? ¿Reposo?

—Para el hombro tres días de reposo y a partir del cuarto unos ejercicios, y para la costilla «reposo relativo».

—¿Qué quiere decir «reposo relativo»? —pregunta.

—No sé, no me han dicho mucho. Supongo que quiere decir que podemos seguir haciéndolo pero que te tienes que poner tú encima —insinúo intentando no reírme.

—¿En eso piensas? ¡Qué cerdo eres! —se ríe y tiene el reflejo de ir a darme un golpe en el hombro, pero supongo que ve mi cara de pánico y frena la mano justo a tiempo—. Bueno, y en comisaría, ¿qué? ¿Cómo ha quedado la cosa?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—Yo que sé, yo he hecho lo que me ha dicho Emma y he firmado un papel; y luego al salir me han quitado por fin las esposas, y ya nos han mandado para casa… No me he enterado bien, sé que tenemos que esperar al juicio. Solo quiero dormir.

—Pues deberías ducharte —sugiere.

—Paso, nena, me ducharé cuando me despierte. No puedo con la vida. —Intento tumbarme,

pero me duele más de lo que pensaba—. Igual debería tomarme otra pastilla antes.

—Dormirás mejor, voy a traerte agua. —Sale de la habitación.

Pienso un momento en quitarme las botas, pero se me hace un mundo solo de pensar en inclinarme hasta mis pies y desatar los cordones con una sola mano. Paso. Vuelve Greta con el vaso de agua y saca las pastillas de la bolsa que he dejado en el escritorio. Me tomo la pastilla y, sin que se lo pida, me ayuda a tumbarme y después me quita las botas.

—¿Vas a dormir vestido? —pregunta.

—Sí, paso de quitarme la movida esta. Solo quiero dormir.

—Vale. —Se inclina y me da un beso—. Me voy a mi cama, te dejo descansar.

—No, no, quédate, te hago sitio.

—Descansarás mejor sin mí. Conmigo no podrás ni moverte —insiste.

—No debo moverme, quédate por prescripción médica.

—Vale —se ríe y se tumba a mi lado—. Vaya mierda de comienzo de año.

—Igual esto es por efecto dos mil que decía el *enterao* —me río. Se me empiezan a cerrar los ojos.

—Al final va a tener razón, se ha roto todo —se ríe ella también.

—Todo no, nena —replico ya con los ojos cerrados.

Me despertaron los gruñidos de Marc. Aún estaba dormido, pero debía de estar pasándosele el efecto de los calmantes. Siempre gruñía así cuando le dolía algo. Estaba en la misma posición que la noche anterior, no se había movido ni un centímetro.

Salí de la cama intentando no despertarle, pero abrió los ojos.

—¿Dónde vas? —preguntó con voz de dormido.

—A por café. Te traigo algo para que te tomes los calmantes, ¿qué quieres?

—Café está bien. —Intentó incorporarse.

Volví con los cafés y le di a Marc el suyo y las pastillas. Me senté en la silla del escritorio a tomarme el mío.

—Voy a ir a ver a Samu al hospital —comenté—. Quería haber ido ayer por la tarde, pero me quedé dormida.

—Sí, yo también quiero ir.

—Pues te vas a tener que duchar, que das asquete. Tienes sangre seca en la cara y en el pelo.

—Sí, lo sé. Me vas a tener que ayudar —sonrió de lado y levantó las cejas. Me reí.

—Claro que te ayudo. Voy a llenar la bañera. Si tengo que lavarte el pelo prefiero que estés tumbado.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó.

—No, estamos solos. Son más de las doce, están todos currando.

—¿Y Estrella?

—Se iba unos días a esquiar con sus amigas, ¿te acuerdas?

—Ah, sí, es verdad. Claro, que hoy es día dos, en mi cabeza sigue siendo día uno.

—Normal —me reí—. Qué día más raro el de ayer. Voy a llenar la bañera.

—Dame un cigarro antes, están en la bolsa.

Cogí la bolsa. Era una de esas bolsas transparentes donde la policía mete las pruebas en las películas. Dentro estaba su cartera, las llaves, el tabaco, el *zippo* y las pastillas que le habían dado en el hospital. Le pasé el tabaco y el mechero.

Lo cogió y empezó a reírse.

—Pues sí que me ha dado suerte el trébol de tres hojas.

—Nunca se sabe —me reí yo también—. Igual si no llega a ser por eso hubieras estado tú en el lugar de Samu…

—No me extrañaría. —Se encendió un cigarro—. Creo que Rober me tenía más ganas a mí que a Samu.

—Bueno, seguro que tú le vacilaste más que él.

Se rio, pero no dijo nada más.

Llené la bañera y le acompañé hasta el baño. Le ayudé a quitarse el cabestrillo que le habían puesto en el hospital y la camisa. Tenía el pecho y la espalda igual que Samu y Loui.

Le ayudé a acabar de desnudarse y se metió en la bañera. Le froté la sangre seca de la cara mientras soltaba gruñidos de dolor, tenía unos golpes muy feos en la cara también.

—Métete conmigo en la bañera —me pidió.

—No —me reí—, que tienes que hacer reposo.

—Pues reposamos juntos.

—Eso no es reposar…

—No se lo diremos a los médicos. —Se llevó un dedo a los labios.

—Voy a por el pelo. —Ignoré su comentario y le tendí la esponja—. Del cuello para abajo puedes tú solo.

—No, no puedo, estoy fatal. —Intentó poner cara de pena pero se le escapaba la risa—. Hazlo tú.

—No —me reí—. Yo el pelo, tú el cuerpo.

—Te vas a perder la mejor parte…

—Asumo el riesgo.

Me costó bastante quitarle la sangre seca del pelo, pero, tras varios lavados, lo conseguí.

—¿Me afeitas?

—Pero si tienes cuatro pelos… —me reí.

—Ya, pero hay que afeitarlos, para que crezcan más y con fuerza…

—Como quieras, pero la cuchilla no hace milagros, que lo sepas —informé.

Le puse espuma de afeitar en la cara y empecé a afeitarle.

—No te pases.

—Shhh, calla, que aún te cortaré.

—Pero cuidado, no llegues al pelo.

—¿Todo esto ha sido por celos? ¿Tienes celos de Rober? —pregunté mientras le pasaba la cuchilla por la mandíbula.

—¿Qué dices? ¿Por qué iba a tener yo celos de ese gilipollas?

—Porque a ti no te crecen las patillas —me reí.

—¡Qué cabrona! —se rio también—. Ya crecerán, dales tiempo. —Cerró los ojos y dejó que

terminara de afeitarle tranquila.

Le ayudé a salir de la bañera y a vestirse, mientras esquivaba sus insinuaciones de saltarse el reposo. Luego me fui a mi habitación, me di una ducha y me vestí yo también. Se había hecho la hora de comer, así que picamos algo y nos fuimos para el hospital.

Habíamos quedado con Chus y Loui en la puerta a las cinco. Cuando llegamos, a las cinco y cuarto, ya estaban esperándonos, como siempre. Chus llevaba un cabestrillo como el de Marc. Loui seguía muy serio, como el día anterior. Pensaba que era por preocupación por Samu, pero entonces no tenía mucho sentido que siguiera así ahora que ya sabíamos que estaba bien.

—¿Estarán las niñas de *El Resplandor*? —preguntó Marc mientras subíamos en el ascensor.

Solía llamar así a las hermanas de Samu. Eran dos mellizas de seis años bastante «traviesas» (una forma suave de decir que eran la encarnación del mal), hijas de su madre y de su padrastro. Su madre siempre las llevaba vestidas iguales, con vestidos que costaban más dinero que toda mi ropa junta, y lazos en el pelo.

—Ni idea, ayer no estaban —le dije.

—Ayer no era apropiado —explicó Loui—. Hoy igual sí.

Entramos en la habitación y, efectivamente, estaban las niñas. También estaban Simón, la niñera y Almudena, que llevaba la misma ropa que el día anterior.

—Ay, chicos, qué bien que hayáis venido… Si os quedáis un rato, iré a casa a darme una ducha y a cambiarme.

—Claro, nos quedamos nosotros con él —confirmé.

—¿Cómo estáis vosotros? —les preguntó a Marc y a Chus.

—Bien —contestaron.

—¡Marc! —gritó una de las niñas corriendo hacia él y abrazándose a su pierna—. ¿Quieres ser mi novio?

—No —dijo él muy serio. Qué mal se le daban los niños. No le gustaban nada y se le notaba.

—Dile que sí, así te podré llamar *cuñao* —se rio Samu.

—¿Cómo estás, tío? —le preguntó Marc ignorando el comentario de Samu y a la niña.

—Bien, me han dado drogas, aunque hoy menos que ayer. Qué uñas son…

—Le bajaron la medicación, pero antes se le han tirado encima las niñas y se la han tenido que volver a subir —nos explicó su madre—, aunque más moderado que ayer. Aún dice tonterías, pero no tantas.

—Tienes mejor pinta —le dije.

Ya no tenía el ojo y el labio tan hinchados, empezaba a parecerse a sí mismo. Y le habían puesto la típica bata de hospital abierta por detrás, ya no se le veían los golpes del pecho. Llevaba el brazo con el que había intentado destaparse el día anterior escayolado.

—¡Greta! —dijo la otra de las niñas viniendo hacia mí—. ¿Me dejas que te peine?

—Me parece que os vais ya —le dije como si me fastidiara que no me pudiera peinar—. Otro día, ¿vale?

—Vale, y te maquillo también.

—Perfecto, me tendrás que dejar bien guapa.

—Bueno, pues nos vamos —interrumpió Almudena—. Volveré lo antes posible.

—Tranquila, no hay prisa —le dije.

Salieron todos por la puerta. Justo antes de salir, Almudena se giró hacia nosotros.

—Ah, ha dicho la enfermera que se tiene que dar una ducha, pero hay que ayudarle, claro. No ha consentido que le ayude su madre, ha dicho que lo harían sus amigos… Así que, todo vuestro… —Y se fue, dejándonos con esa bomba.

—Marc, tío, ayúdame tú, que eres el más grande —le pidió cuando su madre hubo cerrado la puerta tras ella.

—No sé cómo, nano, ¿con una mano?

—Hostias, no lo había pensado —dijo Samu—. Pues el Chus está igual… Qué marrón, solo quedan Loui y Greta, no sé qué opción es peor —añadió con una risita.

Loui se metió las manos en los bolsillos, se puso rojo y miró al suelo.

—Yo creo que tu mejor opción es Greta —sugirió Chus—. No se va a encontrar nada que no haya visto ya. —Empezó a reírse.

—Paso, paso —Samu se rio también—. Como se meta Greta en el baño conmigo, Marc me termina de rematar… Y aprecio mi vida, nano.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó Marc muy serio—. ¿A mí qué más me da?

—Claro, claro, te da igual, por qué te iba a importar a ti —Samu aguantó la risa.

—Pues sí, pero vaya, que ella tendrá algo que decir.

Se giró hacia mí y me dijo con señas que lo hiciera Loui. Le contesté, también por señas, que no le iba a pedir eso a Loui.

—Ya estáis con vuestras mierdas —se quejó Samu—. Yo creo que es un vacile, que en realidad no estáis hablando, estáis jugando a las películas… Oh, oh, yo también juego… A ver… ¡*Dos tontos muy tontos*!, ¡*Secretos y mentiras*! Mmm… ¡*Cosas que nunca te dije*! —Chus empezó a descojonarse, yo intentaba aguantar la risa—, ¡*La niña de mis ojos*!, ¡*El guardaespaldas*! Oh, oh… ¡*Mi chica*!, ¡*Más que amigos*!… Oh, oh, oh… ¡*Enredos de familia*!

—¡Deja de decir gilipolleces, nano! —gritó Marc—. Bueno, que lo decidan Loui y Greta, porque tendrán algo que decir…

—Yo no puedo —dijo Loui de pronto—. Me tengo que ir. Me ha dicho mi madre que me necesitaba en casa a las seis. Ya llego tarde. Au, tíos. —Y salió de allí tan deprisa que no pudimos ni decirle adiós.

—Se ha asustado ante la idea de ver tus encantos, tío —le dijo Chus a Samu muerto de risa. Samu se reía también.

—Mira cómo huye el maricón —escupió Marc.

Me giré hacia él en un acto reflejo y le di un guantazo.

—Te has pasado —le dije un poco arrepentida de haberle pegado, otro golpe era lo último que necesitaba su cara.

—También se pasó ayer Rober cuando nos hizo esto y no vi que a él le dieras una hostia. —Apretó los dientes.

—Bueno, bueno, tíos, buen rollo —terció Chus—. A ver, nano, lo hacemos entre los dos… Una mano tuya y una mía son dos manos, entre los dos podemos.

—Yo paso —dijo Marc—. Además, que ya he dicho que no tengo ningún problema con que lo haga Greta, no sé por qué iba a tenerlo… Si ella quiere, un marrón menos…

—Pues no hay más que hablar. —Me acerqué a la cama y cogí la funda que habían dejado las enfermeras para la escayola—. Venga, chaval, a la ducha.

Se meten Greta y Samu en el cuarto de baño no sin antes obsequiarnos con la visión del culo de Samu a través de la bata abierta. Dejan la puerta del baño sin cerrar del todo. Me siento en una butaca dándole la espalda al baño. No quiero ver lo que sea que estén haciendo. Se oye un ruido como de arrastrar algo.

—Siéntate —oigo que dice Greta.

—Paso, que ahí se habrán sentado mogollón de viejos.

—¡Que te sientes! Vas muy drogado y te vas a resbalar…

—Que no me caigo, ya verás.

—Si no te sientas no voy a poder lavarte el pelo.

—Sentarse en la ducha es de viejos —se queja Samu.

—O de tullidos… O te sientas, o aquí te quedas…

Ya no le contesta. Se oye el ruido del agua corriendo.

—Ay, ay, fría, fría… No, no, no tanto, quema, quema… —Joder, qué crío es…

Silencio.

—Enjabónate mientras te lavo el pelo. Del cuello para abajo puedes solo.

—No sé si puedo… ¿Me ayudas?

—No —se ríe Greta.

—Qué bajón, ¿entonces qué gracia tiene que te duche una tronca? —Qué hostia está pidiendo a gritos…

—Joder con los rizos… qué enredos tienes —se queja Greta.

—Oh, sí, sí, nena, así, así —Qué gilipollas es… Y el Chus descojonándose… Qué hostia tienen todos…

—Calla, imbécil —se ríe Greta.

—¡Sí, nena, dame más, dame más! —Y se cree gracioso… Al final tendrá razón y lo voy a rematar…

—¡Estate quieto, gilipollas, que me voy a caer! —Ella se ríe. No sé por qué le ríe las coñas… Si no tiene ni puta gracia…

Mucho rato de silencio. Salen por fin los dos descojonándose. Se apoya en Greta para llegar hasta la cama, lleva la bata atada por detrás, al menos ya no le veo el culo, pero se lo habrá visto ella al atársela. Se tumba en la cama y sonríe con cara de gilipollas.

—Ah, qué ducha más refrescante… Mañana a la misma hora, guapa.

—Mañana que te ayude tu madre, que te has portado fatal —se ríe.

—Seré bueno, lo prometo… Pero te vistes de enfermera sexi…

—Calla, imbécil, que aún te llevarás una colleja —le dice Greta sin dejar de reírse. ¿Por qué se ríe? No sé dónde está la gracia…

Chus y yo estamos sentados en los dos únicos asientos de la habitación. Greta viene y se sienta en mis rodillas.

—¿Te hago daño? —pregunta.

—No —contesto serio.

Aún estoy mosqueado por la hostia que me ha dado. Sé que mi comentario no ha estado bien, pero como para un guantazo tampoco. Ha sido doloroso y humillante.

Greta saca su teléfono y veo que manda un mensaje. Al momento recibe uno de vuelta y vuelve a guardar el móvil.

—Acompáñame a por algo de comer, tengo hambre —me dice dándome una palmada en la pierna.

—Bien —acepto muy serio.

Salimos de la habitación y ella me coge de la mano y tira de mí. Abre la puerta que da a las escaleras y subimos hasta el último rellano antes de llegar al piso de arriba. Se detiene y se gira a mirarme.

—Perdona lo del guantazo. Ha sido un reflejo, pero es que el comentario ha sido asqueroso —me dice.

—Ya, lo sé, pero igual una hostia ha sido pasarse, ¿no?

—Sí, perdona, ha sido un reflejo, ya te lo he dicho. —Se acerca a besarme, pero aparto la cara.

—Pues contrólate los reflejos —mascullo—. No me ha hecho ni puta gracia. Y lo de la ducha tampoco.

—¿Qué querías que hiciera?

—¿Decir que no?

—Pero si tú has dicho que te parecía bien —se queja.

—¡¿Y qué coño iba a decir?! —grito y me doy cuenta de que he levantado mucho la voz—. «Mira, no, resulta que Greta y yo nos lo montamos en secreto y no me hace ni puta gracia que te frote las pelotas» —añado a un volumen mucho más bajo.

—Argh, joder, qué guarro eres… Y no le he «frotado las pelotas». —Pone cara de asco—. ¿Qué podía hacer? Es un amigo y necesitaba ayuda… También te he ayudado a ti esta mañana.

—¡Será lo mismo!

—No, joder, claro que no es lo mismo, pero si un amigo necesita ayuda… ¡Pues se le ayuda y punto!

—Parece que ya no te da mal rollo. —Miro hacia otro lado.

—Y deberías alegrarte por eso…

—Pues seré un mierda, pero no me alegro…

—¿Estás celoso de Samu? ¿En serio? —Intenta no reírse.

—Ni de coña. Yo no estoy celoso de ese imbécil.

—No es imbécil, es tu amigo.

—Es subnormal, no sé a qué venían todas esas gilipolleces que decía…

—No le hagas caso, está muy drogado por la medicación —explica.

—No tanto, yo le he visto muy en su línea…

—Estaba intentando picarte, de ti depende que lo consiga o no.

—¿Picarme a mí? ¿Por qué?

—Porque piensa que te gusto y que no se lo has dicho…

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo ayer, que iba mucho más drogado que hoy…

—Y ¿por qué piensa esa gilipollez?

—¿Gilipollez? —Pestañea un par de veces—. ¿Que no es verdad?

—Ahora mismo, no —le digo y al momento me arrepiento. Joder, qué bocazas soy, aún me

llevaré otra hostia. A ella le cambia la cara.

—Vale, vamos a la habitación. En cuanto vuelva su madre, te llevo a casa. —Empieza a caminar de vuelta.

—¿Me llevas? ¿Que tú vuelves aquí?

—No, no vuelvo.

—Entonces NOS VAMOS a casa, no ME LLEVAS —puntualizo.

—No, yo he quedado. Te llevo a casa y me voy.

—Y ¿dónde vas?

—Donde me dé la puta gana.

—Pues vete donde te dé la puta gana.

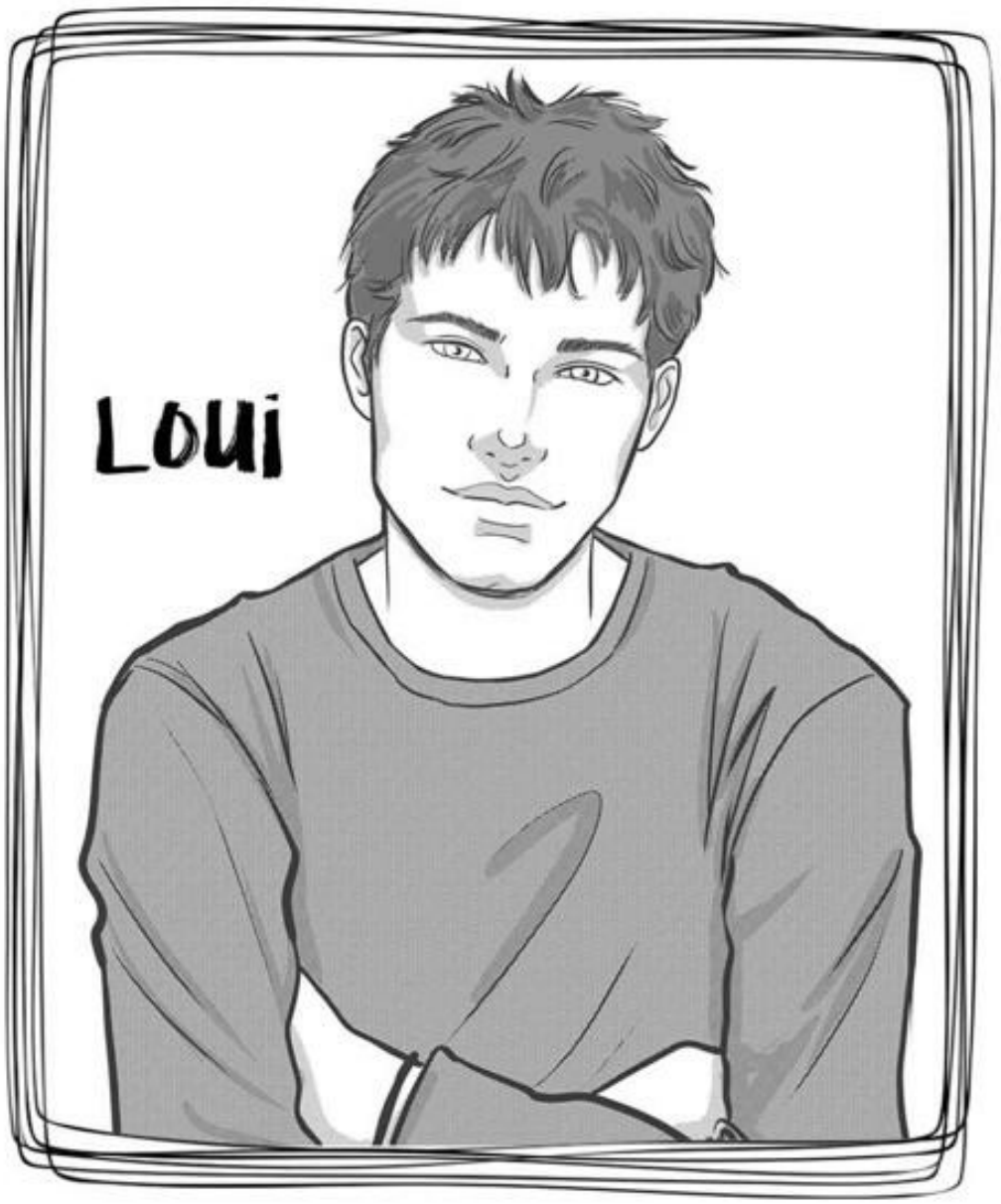
Volvemos a la habitación sin dirigirnos la palabra y, por suerte, la madre de Samu ya está de vuelta y podemos irnos directamente.

Ninguno de los dos dice nada en todo el camino. Aparca el coche y salimos.

—Puedes subir a casa tú solo, ¿no? —pregunta muy seria.

—Sí —contesto en el mismo tono—. Puedes llevarte el coche si quieres, igual te da morbo follar con otro en mi coche.

Me lanza las llaves con toda su mala hostia y me golpean en el hombro sano. Suerte que no tiene mucha fuerza. Otro comentario que me podría haber ahorrado, tengo que hacer algo con mi bocaza. Me agacho a por las llaves y cuando me levanto ella está corriendo en dirección contraria y parando un taxi.


Loui

VEINTITRÉS

SECRETOS Y MISTELA

Le pedí al taxista que me dejara en la puerta del veinticuatro horas que había al principio de la calle de Loui. Entré y cogí de una de las neveras dos botellas de mistela muy frías.

Loui vivía a las afueras, en una zona residencial. Su calle era toda de casitas unifamiliares con jardín. Sus padres tenían mucho dinero y casi siempre estaban de viaje. Él era hijo único, solía estar solo en casa.

Llamé a la puerta y me abrió enseguida. Llevaba una camiseta de manga corta y un pantalón de chándal. No uno pulgoso como los que solemos llevar los mortales, hasta su pantalón de chándal parecía elegante.

—Hola —me dijo serio y se apartó para dejarme entrar.

—Hola. —Le di un beso en la mejilla al pasar junto a él.

Cerró la puerta y se quedó mirándome con el mismo gesto con el que había abierto.

—Tío, no hace falta estar en manga corta en enero, podéis poner la calefacción un poco más baja, que no pasa nada. —Me quité la chaqueta y el jersey—. ¿Y tu madre?

—De viaje —contestó sin pensar.

—¿No te habías ido corriendo porque habías quedado con ella?

Se puso rojo y miró al suelo.

—¿A qué has venido? ¿A llamarme mentiroso? —dijo sin levantar la cabeza.

—No, he venido a que me cuentes qué te pasa y a beber mistela. —Le enseñé las botellas.

Levantó la cabeza y vi un amago de sonrisa.

—Va, que no será para tanto. —Fui hacia la cocina y dejé una de las botellas en la nevera.

—¿Vamos a mi habitación? —Cogió unos vasos de chupito de un armario.

—Donde tú quieras, es tu casa.

—Entonces cogemos esto. —Abrió el frigorífico y cogió la botella que yo acababa de guardar—. La dejamos en la nevera de mi cuarto, que luego nos dará pereza bajar a por ella.

—No me acostumbro a tus excentricidades de millonario —sonreí.

—Exagerada —se rio por primera vez desde la pelea.

Subimos a su habitación. De tamaño era como si a la mía y la de Marc les hubiéramos tirado el tabique que las separaba. Tenía una cama muy grande pegada a una de las paredes y un escritorio enorme. También había varias estanterías y armarios, y toda la parte central de la habitación estaba despejada y cubierta por una alfombra de color azul muy gorda que pedía a gritos que alguien se tumbara en ella. Había estado allí muchas veces, aunque hacía tiempo que no. El escritorio estaba lleno de fotos de tamaño folio, le debía de haber pillado currando en algo.

Me puse a curiosear las fotografías mientras él guardaba la segunda botella de mistela en la nevera panelada que tenía en uno de sus armarios (no conseguía acostumbrarme a eso) y llenaba dos chupitos de la otra botella.

Me trajo uno de los chupitos y se quedó a mi lado, dando traguitos pequeños al suyo. Yo hice lo mismo. Había algunas muy bonitas, de muchos colores, con plantas, flores, paisajes… Seguí mareando las fotos, que estaban todas desperdigadas, y encontré unas del billar del bar. En casi todas aparecían las bolas en primer plano enfocadas y el que estaba tirando desenfocado al fondo. Eran una pasada.

—Mira estas. —Rebuscó entre las fotos y sacó unas cuantas de la misma serie.

Era un primer plano mío y de Marc. Yo llevaba una sudadera de él. Eran de la noche de la azotea. En la primera, Marc me decía algo al oído y yo sonreía con un cigarro entre los dientes. Casi podía oírle susurrar «quiero que se vayan». Se notaba que era de noche, pero la imagen se veía muy nítida. Los colores eran muy bonitos, era una foto preciosa. En otra de la misma serie, Marc apoyaba los labios y la nariz en mi hombro, sobre la sudadera, y yo tenía inclinada la cabeza hacia atrás, apoyada en su hombro, y los ojos cerrados. Joder, parecía otra cosa… Bueno, no, parecía lo que era. En la tercera, él se reía a carcajadas y yo le miraba apretando los labios, aguantando la risa y con los ojos muy abiertos. No me acordaba de ese momento, me habría dicho alguna burrada. Me dio una punzada en el corazón al acordarme de mi última conversación con él, hacía solo un rato.

—Son una pasada —le dije—, pequeño *voyeur*.

—De eso nada —se rio—, un *voyeur* lo hace a escondidas, vosotros siempre sabéis cuándo estoy haciendo fotos.

—Ya, pero nunca pensamos que nos las hagas a nosotros, nunca estás así de cerca. —Le mostré una de las fotos.

—Claro —se volvió a reír—, no puedo estar tan cerca si busco naturalidad. Si estuvierais pendientes de mí, quedarían muy forzadas.

—¿Me harás una copia de alguna de estas? Son muy bonitas.

—Quédatelas —me dijo despreocupado—. Eran un trabajo de clase, ya están presentadas, estas eran las pruebas.

—¿De qué era el trabajo? ¿«Espiando a mis amigos»?

—«Retrato nocturno» —se rio—. En serio, llévate las que quieras. Porque estas no creo que te interesen. —Rebuscó un momento y me tendió un par también de la azotea, pero de otra noche.

Las cogí. Eran de Marc besándose con la mística.

—No, estas no son tan bonitas. —Arrugué la nariz.

—Lo suponía —se rio—. ¿Y estas?

Me pasó unas en las que estábamos Samu y yo riéndonos la noche de la mística, yo estaba sentada entre sus piernas. Eran muy bonitas también, pero no me gustaban tanto.

—Muy chulas también, pero mejor me llevo solo las otras.

—Claro. —Aguantó la risa. Las metió en un sobre grande y lo dejó junto a mi bolso.

Me senté en el suelo y me quité las botas para no pisar la alfombra. Fui hasta el centro de la habitación y me senté sobre ella. Era lo que prometía y más, como estar sentada sobre algodones. Me acabé el chupito de un trago y Loui me lo volvió a llenar antes de sentarse frente a mí. Cogió un libro grande de la mesilla de noche y lo puso sobre la alfombra. Apoyamos ahí la botella y los vasitos. Encendió el equipo de música a un volumen bastante bajo.

—Bueno, ¿me vas a contar qué te pasa? —le pregunté directamente. Los dos nos bebimos

otro chupito del tirón antes de que contestara.

—¿A qué te refieres?

—Estás raro desde la pelea. Ayer pensaba que era preocupación por Samu, pero hoy sigues igual. —Llené otra vez los vasos.

—No sé, me siento mal —dijo antes de beberse el chupito de un trago. Yo hice lo mismo, no iba a ser menos. Ya empezaba a notar el calor del alcohol.

—¿Por qué? —le pregunté, pero se quedó callado—. Lo que me cuentes no va a salir de aquí, lo sabes, ¿no?

—Vale, pues no sé, me siento un mierda. Fui el único que no se metió en la pelea.

—¿Perdona? Yo tampoco me metí en la pelea, tú al menos te tiraste al suelo a recibir patadas… ¿Tengo que sentirme yo también una mierda?

—No, es diferente.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes… Yo qué sé… Fui el único tío que no se lio a dar hostias…

—Ya, bueno, pero porque no te nace ser así. —Me bebí el vaso que me acababa de llenar—. Igual simplemente tienes menos niveles de testosterona, igual en el reparto se la quedaron toda los tres orangutanes que tenemos de amigos.

—Puede ser —se rio—, pero eso no quita para que me sienta mal…

—Bueno, pues nadie te reprocha nada, supéralo, ya está hecho… Y al final ha salido todo bien.

—Bueno, más o menos…

—Eso, más o menos —me reí—. Oye, a lo tonto ha caído más de media botella.

—Menos mal que has traído otra —sonrió—. Bueno, ¿te sabes algún juego de esos de beber? Seguro que te sabes alguno…

—Seguro que la borracha se sabe juegos de beber, ¿no? Dilo, dilo con todas las letras, no me ofendo. ¿Puedo fumar aquí?

—Claro. —Bajó un cenicero limpísimo de la mesilla de noche y lo dejó sobre el libro. No recordaba ninguno de mis ceniceros tan limpio ni cuando estaban nuevos. Él casi no fumaba, solo de vez en cuando. Me cogió un cigarro y se lo encendió.

—¿A qué quieres jugar? —pregunté.

—No sé, a alguno de esos de hablar y beber. Paso del «yo nunca» porque como «yo nunca nada» te ibas a emborrachar tú sola. —Me pareció apreciar un punto de amargura en su risa.

—Vale, pues el clásico de la verdad. Preguntas, sinceridad y chupitos.

—¿Y cuándo se bebe? —preguntó.

—¿Al hacer la pregunta? Así el más cotilla será también el más borracho…

—Me parece bien —se rio.

—Bueno, con algunas respuestas habrá que beber también, porque si no, si alguien se pone en plan interrogador, se pilla una mierda él solo.

—Vale.

—Pues, a ver, preguntas de *sí* o *no* y bebemos después de cada *no* —le dije.

—Será divertido —se rio y llenó otra vez los vasos.

—Importante: tenemos que ser supersinceros o esto no tiene gracia. Nos tenemos que comprometer desde ya a contestar a todo y solo con la verdad.

Me miró fijamente y respiró hondo. Yo hice lo mismo. Apagamos los cigarros.

—Vale, total, ya voy medio ciego. Venga, empiezo yo: ¿Te gusta Tato? —preguntó y se bebió su vaso.

—No. —Bebí yo también.

—¿Y Samu?

—No.

Volvimos a beber los dos.

—¿Y Rober?

—¡NO! Con este debería beber dos vasos —me reí. Ya iba muy ciega—. Creo que veo por dónde vas, tú quieres emborracharme para cuando me hagas la pregunta de verdad.

—Claro —se rio.

—Qué cabrón. Venga, dispara, estoy lista.

—Y ¿te gusta Marc?

—Esta ronda no voy a beber. —Intenté aguantar la risa.

—Pero tienes que decir que sí —se rio con ganas. Él también llevaba un bonito ciego.

—Vale, pues SÍ, ME GUSTA MARC.

—Estaba claro —se rio de nuevo.

Fue a llenar los vasos y vio que se había acabado la botella. Se levantó a por la otra y los volvió a llenar.

—Si vamos a este ritmo creo que he hecho corto con dos botellas.

—No te preocupes, algo encontraremos.

—Vale, me toca: ¿te has acostado con alguien alguna vez?

—No —contestó con una sonrisa torcida. Bebimos los dos.

—¿Y has besado a alguna chica?

—No.

—¿Y a algún chico?

—No. —Respiró hondo.

—Pero, tío, si eres muy mono, hasta Chus, el pobre, se ha liado alguna vez con alguien. ¿Tú no lo has ni intentado? ¿Por qué?

—¿No eran preguntas de *sí* o *no*?

—Bueno, pero esto es un comentario extra sin alcohol. O con alcohol, qué coño. —Me bebí otro. Él hizo lo mismo.

—No sé, cuando empezasteis todos con eso, era un tema que a mí no me interesaba. Y luego empecé con mis dudas y mis mierdas y, ni me he visto nunca en la situación, ni la he buscado. Y ahora he llegado a un punto en que tengo casi veinte años y no he besado a nadie. Es un poco patético. —Miró al suelo.

—No, no, de patético nada. Venga, la pregunta del millón: ¿eres gay?

—No lo sé. —Respiró hondo.

—¡¿No lo sabes?! ¡¿Cómo puedes no saberlo?!

—No sé —se rio—. A veces pienso que sí, pero otras veces dudo de si no será sugestión por culpa de las veces que se metían conmigo de pequeño llamándome *maricón* los gilipollas del colegio. —Se bebió otro chupito. Yo hice lo mismo, no iba a dejarle beber solo.

—¿Te ha gustado alguna vez una chica?

—Creo que no.

—¿Y algún chico?

—Creo que ninguno en concreto, no sé. Qué malo soy para estas cosas… —Se bebió otro chupito.

—¿Por qué te has ido hoy del hospital? —Di otro trago—. ¿Tiene algo que ver con esto?

—Claro —se rio y volvió a beber—. No quería tener «mi gran revelación» encerrado en un

baño con Samu.

—Pero ¿te gusta Samu?

—No, claro que no, pero tampoco quería que esa fuera mi primera vez a solas con un tío desnudo —se rio—. Además, se notaba que él tampoco estaba cómodo con la idea.

—Pues me ha tocado ayudarle a mí, cabrón, y estaba demasiado cómodo —me reí y volví a beber.

—Y ¿Marc qué ha dicho?

—Gilipolleces, como siempre.

—Ya —se rio—. Qué imbécil es a veces.

—Muchas veces —confirmé.

—¿Estás enamorada de él?

—No lo sé. —Respiré hondo y volví a beber.

—¡¿No lo sabes?! ¡¿Cómo puedes no saberlo?! —dijo imitándome y riéndose.

—¡Qué cabrón! —me reí también—. Utilizas mis armas contra mí… Bueno, volviendo a lo de Samu, no creo que hubiera pasado nada, es un amigo. Si no te gusta, yo no creo que fuera para tanto.

—Yo que sé. Tocar a un tío desnudo por primera vez, además Samu, que está muy bueno.

—Tío, claro que está bueno. ¡Eres muy gay! —me reí.

—Objetivamente está muy bueno, no es porque yo sea o no sea gay, pava.

—Ya, pero no oirás nunca decir a Marc que Samu está muy bueno…

—Pero porque Marc piensa que ninguno está bueno aparte de él, está encantado de conocerse.

—Eso es verdad —me reí.

—Y menos Samu, que desde la noche de la absenta le tiene unos celos…

Solté una carcajada.

—¿Nunca habéis hablado de esto?

—¿De qué? —pregunté.

—De lo que sentís el uno por el otro… Él está colgadísimo de ti, se le nota un huevo…

—Qué va. —Cogí la botella para poner otro chupito y comprobé con desilusión que se había acabado—. No está colgadísimo de mí.

—Sí que lo está.

—En cualquier caso —me tumbé en la alfombra—, Marc y yo no hablamos de sentimientos. Miento, cuando nos enfadamos, sí, para decirnos «qué asco me das» y esas cosas…

—Pues deberíais. —Se tumbó a mi lado—. Joder, qué ciego voy.

—Y yo, como que nos hemos bajado las dos botellas en un momentín. Imagínate este nivel pero con absenta.

—Coma etílico. Muerte cerebral. Fue bonito conocerte.

Los dos nos reímos mirando al techo.

—Qué falta me hacía esto —dijo cuando paró de reírse.

—Y a mí. Tengo una idea, a ver si funciona. —Me di la vuelta para tumbarme bocabajo y apoyarme en los codos—. Respuestas rápidas, sin pensar. Te voy a decir personas de dos en dos y tienes por obligación que besar a uno de los dos. Sin pensar. A quién besarías, ¿vale?

—Vale va —empezó a reírse.

—Adela o Chus.

—Adela.

—Adela o Samu.

—Samu.
—Bruno o yo.
—Bruno.
—¡Qué fuerte! Mi hermano te pone más que yo.
—No, es que si digo «tú» me llevo una hostia de Marc —se rio.
—Qué va, además, Marc no se entera, esto es empírico.
—Bueno, entonces a lo mejor tú…
—¿A lo mejor? No vale, respuestas rápidas.
—Vale, otros.
—Tato o yo.
—Tú.
—Tato o Adela.
—Tato.
—Jaime o Estrella.
—Jaime.
—Tío, eres bastante gay —me reí.
—No sé, he dicho algunas chicas.
—Cuando la combinación era chunga…
—No has nombrado a Marc —se rio.
—Porque a Marc no quiero que lo beses —me reí yo también.
—Pero esto era empírico…
—Pues no quiero que lo beses ni empíricamente.
Los dos volvimos a reírnos.
—¿Te puedo pedir algo? Voy tan ciego que creo que, si no lo hago ahora, no lo haré nunca.
—Dime.
—¿Puedo besarte?
—¡¿Perdona?! —Me giré hacia él y abrí mucho los ojos.
—Necesito quitarme la presión del primer beso y de paso besar a una chica. Considéralo un experimento científico.
—Vale, va, todo sea por la ciencia —me reí.
—Puedes imaginarte que soy Marc, si quieres, no me ofendo. Espera, espera. —Se incorporó y cogió un cigarro. Se lo puso en los labios sin encenderlo—. Bésame, *nena* —dijo imitando el gesto de Marc.
Yo solté una carcajada.
—¡Qué cabrones estáis con eso!
—Es que nos lo pone a huevo.
—Eso es verdad…
—Bueno, ¿qué me dices, *nena*? —preguntó volviéndolo a imitar.
—Sí, bésame, macarra de pacotilla…
Se inclinó hacia mí y me besó. Primero con movimientos torpes, pero cada vez con más naturalidad. Alargamos el beso bastante. Llegó un momento en que la cosa iba bastante bien, era muy agradable. Era dulce, y no solo por el sabor a mistela… Estaba durando más de lo normal para un primer beso, pero todo fuera por la ciencia… Finalmente nos separamos.
—¿Y bien?
—Tía, no me pones nada.
—Ya, tú a mí tampoco.

Nos dejamos caer sobre la alfombra y volvimos a reírnos.

—Bueno, ya te has quitado la presión del primer beso.

—Sí. Me siento mejor.

—Ahora tienes que besar a alguien que te guste y ya será la hostia.

—Eso es más difícil.

—Bueno, ya llegará…

—Sí, supongo… —suspiró—. Oye, no vas a contar nada de esto, ¿no?

—No, claro que no… ¿No vas a hablarlo con ellos?

—De momento, no. Hasta que no haya tenido al menos alguna experiencia, no quiero decir nada… No me apetece decir: creo que soy gay empíricamente.

—Ya —me reí.

—Y decirles: «he besado a Greta y no me pone nada» me puede dejar sin piños innecesariamente.

—Eres un exagerado.

—Lo que tú digas… Ay, me encanta esta canción[1], es muy *yo*. —Subió el volumen de la música.

Era una canción bastante vieja, de ritmo animado, pero la letra era un poco bajonera, como muy solitaria. Me dio un poco de pena que se identificara con una canción así. Yo conocía el estribillo, así que se lo canté un poco para animarlo.

—*Háblame de tu oscura habitación, de tus noches sin dormir, de tu calor… Llámame y a tu lado yo estaré…*

Sonrió y se emocionó un poco. Se acercó más a mí y me abrazó muy fuerte.

—No sabía cuánto necesitaba hablar con alguien —susurró.

—Mis orejas a tu disposición siempre que las necesites —contesté.

—Oye, es muy tarde, vamos a bajar a comer algo —sugirió al separarse del abrazo.

—¿No tienes una campanita mágica con la que aparece un criado que te trae lo que quieres comer porque te ha leído el pensamiento? Pues vaya mierda de millonario…

—Qué pava eres cuando quieres —se rio.

Después de cenar, estuvimos hablando un rato más y me pidió que me quedara a dormir con él. Me sentía mal por no haberle contado todo lo que había entre Marc y yo, pero no había hecho las preguntas correctas… Además, igual ya no había nada… Me había sentado muy bien hablar abiertamente de que me gustaba Marc y hasta haber hecho bromas con eso. Necesitaba una noche así, pero creo que Loui la necesitaba todavía más.

VEINTICUATRO

NIVEL DE HUMILLACIÓN

Me despierto en la habitación de Greta, pero ella no está. Me acosté aquí anoche para esperarla, pero no ha venido a dormir. Además del premio al bocazas del año, me merezco también el del más patético.

Me levanto y hago la cama, no quiero que note que he dormido aquí. No puedo caer más bajo. Bueno, sí, podría mandarle un mensaje para preguntarle dónde está y que me ignorara, eso sería caer más bajo todavía.

No hay nadie en casa. Doy vueltas sin saber qué hacer. Me daría una ducha, pero yo solo y con un brazo inútil se me hace un mundo… Además, no quiero que llegue y no enterarme, no sea que se vuelva a ir…

Se hace la hora de comer y no ha aparecido todavía, joder, ¿dónde coño está? Como algo yo solo y me traigo a la cocina un bloc y unos lápices. Cuando termino de comer me hago un café y me quedo en la cocina dibujando. Vaya mierda de luz, ya sé por qué nunca dibujo aquí, pero si me quedo en mi cuarto lo tendría más fácil para ignorarme, si es que en algún momento aparece…

Nivel de humillación: esperando a verlas venir.

Finalmente oigo la puerta de casa. Reconozco el sonido de sus llaves. Finjo concentrarme en el dibujo. Joder, estoy nervioso. Qué mal se me dan estas cosas… La veo pasar por delante de la puerta de la cocina.

—¡Nena! —la llamo.

—¿Qué? —pregunta asomándose a la puerta.

—Ven —le pido y se acerca un poco con cara de fastidio—. ¿Qué tal la noche?

—Muy especial —contesta—. Creo que ha sido una de esas noches que recordaré toda la vida. Igual que esa. —Deja sobre la mesa un sobre grande y lo señala con el dedo.

—¿Qué es esto? —pregunto mientras lo cojo—. ¿Los papeles del divorcio? —añado en un intento de ser gracioso.

Mueve la cabeza con cara de entre asco y cansancio y se da la vuelta. Mierda, no le ha hecho gracia, está muy mosqueada.

—Me ducho, me cambio y nos vamos —dice.

—¿A dónde vamos? ¿Al hospital? —pregunto.

—No te lo he dicho a ti. —Se gira un momento antes de desaparecer por el pasillo.

Entra Loui por la puerta de la cocina. Joder. Cuando pienso que no puedo caer más bajo, siempre hay un más allá.

Nivel de humillación: bocazas con público.

—¿Los papeles del divorcio? —pregunta Loui levantando las cejas.

—Nah, gilipolleces, estaba de coña.

—Ya, tú siempre estás de coña… ¿No lo vas a abrir? —Señala el sobre con la cabeza.

—¿Tú sabes lo que es?

—Claro —se ríe.

—Lo veré luego, con una mano es difícil. —Intento quitarle importancia.

Se ríe y lo abre. Saca unas fotos nuestras, que ha hecho él, claro. Me quedo mirándolas y me acuerdo de ese momento. Joder, qué lejos me parece ahora esa noche. Tengo ganas de llorar. Llorar delante de Loui sería un nuevo grado de patetismo al que no estoy dispuesto a llegar. Aparto la mirada de las fotos y finjo volver a concentrarme en mi dibujo.

—Eres un puto mirón —le digo mientras dibujo.

—Es mi trabajo —se ríe.

—¿Ha pasado la noche contigo? —pregunto como si tal cosa.

Él asiente apretando los labios. ¿Se está riendo de mí?

—Guay, no había avisado en casa, estaba un poco preocupado.

—Claro, es normal, estabas preocupado —replica con una sonrisilla. Otro gilipollas, al final tendré que buscarme otro grupo de amigos.

—Y ¿qué tal la noche? ¿Qué hicisteis? —pregunto con indiferencia concentrado en mi dibujo.

—Hablar, beber mistela… poca cosa —dice con una sonrisa disimulada. Parece que haya algo que no me esté contando. A ver si estamos equivocados con él y no es tan inofensivo… No, no, esas ideas no ayudan, aún la cagaré más…

—¿Bebisteis mucho? A Greta cuando bebe le da por hacer y decir tonterías…

—Dos botellas de mistela y unas cervezas.

—Eso es mucho alcohol para dos… ¿De qué hablasteis? ¿Te contó algo interesante? —pregunto como si no me importara demasiado.

—En realidad, nada que no supiera ya, pero si me hubiera contado algún secreto no podría decírtelo. Si quieres que te cuente algo a ti, deberías preguntárselo a ella.

—No tengo nada que preguntarle, me da igual lo que hablarais, era solo por darte conversación. —Estropeo sin querer el dibujo que estoy haciendo—. Me conozco a Greta borracha, dice muchas gilipolleces.

—No me lo parecieron.

—¿Dónde vais ahora? ¿Al hospital? —Cambio de tema. No me va a contar nada de anoche y no quiero seguir mendigando.

—No, al bar, ella curra.

—Ah, claro, ¿no vais a pasaros a ver a Samu?

—Venimos de allí.

—Ah, bien, ¿cómo está? —pregunto mientras intento arreglar la cagada que he hecho en el dibujo.

—Peor, le han quitado las drogas esas de la risa y está un poco jodido.

—Lo siento por él, pero mejor para los demás, así no dice tantas estupideces —digo sin mirarle.

—Sí, supongo. ¿Vas a ir a verlo?

—Seguramente, ahora llamaré a Chus… ¿Os ha tocado volver a ducharlo? —pregunto con indiferencia.

—No —dice disimulando una sonrisa—, estaba muy jodido, no podía ni ponerse de pie. Lo intentará su madre esta tarde.

—Mejor —asiento—, me parece más lógico que lo duche su madre…

—Sí, a mí también.

Aparece Greta en la puerta de la cocina. Lleva el pelo mojado, un jersey negro ajustado, una falta corta de cuadros escoceses y las botas militares.

—Ya estoy, ¿nos vamos? —le dice a Loui mientras se abrocha la correa del reloj.

—¿Te vas a ir así? —le pregunto. Se gira a mirarme muy despacio y pestañea.

—¿Así, cómo?

—Con el pelo mojado, hará frío en la calle —contesto.

—El bar está aquí al lado, es un momento.

—A veces un momento es suficiente para joderlo todo.

—Deberías hacer pegatinas con esa frase, es una gran verdad —me dice—. ¿Nos vamos? —le pregunta a Loui.

—Estás guapa —levanto un poco la voz antes de que salga por la puerta. Los dos se giran a mirarme, ella con cara de flipada y él aguantando la risa—. Me gustas así.

Nivel de humillación: escarabajo pelotero.

—Siempre llegas tarde —me dice—. Deberías mirarte lo de la puntualidad.

Y se marchan.

Recojo las cosas de dibujar y el sobre de Loui y me voy a mi habitación.

Me siento en la cama y saco otra vez las fotos. Me gustan todas. Me quedo mirando una en la que ella tiene los ojos cerrados y me acuerdo de lo que estaba haciendo yo con la mano.

Me ha dicho «Siempre llegas tarde», ¿quiere decir que es tarde? ¿Que esto no tiene arreglo? Joder, qué mierda de comienzo de año, solo estamos a día tres y no ha pasado ni una cosa buena.

Vuelvo a mirar las fotos como un pringado y me acuerdo de esa noche. Qué nervioso estaba, joder; pero, a pesar de eso, puede que fuera la mejor puta noche de mi vida. Me acuerdo de cada momento como si fuera ahora mismo. Creo que yo tenía el cedé de esa canción, ya tiene años… Me levanto a buscarlo y lo encuentro enseguida. Me lleva un rato sacarlo de la caja y ponerlo en el discman. Qué difícil es hacerlo todo con una sola mano.

Joder, qué bajón de canción, ya podría haber elegido otra… Aun así, la pongo en bucle y me tumbo en la cama.

Nivel de humillación: masoquismo moñas.

—Vale, hay algo que no me has contado —dijo Loui cuando íbamos de camino al bar.

—¿El qué?

—Que estás mosqueada con él.

—Bueno, te dije que ayer había dicho muchas gilipolleces… Me dijo un par de cosas muy desagradables…

—No voy a decir que me sorprenda, pero ¿no me lo vas a contar?

—No.

—¿Por qué?

—Porque también es tu amigo. No sería justo. Igual que no le voy a contar a él lo que hablamos tú y yo ayer.

—Lo entiendo, aunque él sí que ha intentado averiguar de qué habíamos hablado anoche.

—¿En serio? Me lo creo, y ¿qué le has dicho?

—Que, si quería saber algo, te preguntara a ti…

—Bien dicho.

—Me ha dado un poco de lástima, parecía un perrillo herido…

—¿Herido? Herido no está… Arrepentido a lo mejor, pero que no te engañe con la pinta de perrillo herido, que ayer era un puto dóberman lanzándose al cuello.

—Seguro que sí, pero se me hace raro verlo así, tratando de mantener su fachada de tío duro con tan poco éxito. Ha intentado decirte algo bonito cuando nos íbamos, pobre. No sabe hacerlo mejor —dijo con una risita.

—Ya —me reí—. Lo ha tenido que pasar mal. Ha dormido en mi cama, pero luego ha intentado que no se notara.

—Y ¿eso es normal? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Sí, solemos hacerlo cuando uno de los dos está chungo o preocupado o algo… Yo lo hice el otro día para esperarle cuando tenía que volver de comisaría, él lo hizo cuando le dejó la mística… No es raro. Lo raro, o lo gracioso, es que haya intentado disimular.

—¿Cómo ha intentado disimularlo?

—Haciendo la cama, la hace mucho mejor que yo, que solo estiro así un poco el edredón, él la deja perfecta.

—Ay, ¿no te da pena imaginártelo esperándote toda la noche y tú sin aparecer?

—Jo, no me digas eso, que se lo merecía.

—Pobre, y luego haciendo la cama para disimular…

—Calla, que me ablandas, y no quiero.

—En realidad creo que, al margen de lo gilipollas que es él a veces, tenéis una relación superespecial… Y si algún día resolvéis el tema de la tensión sexual que hay entre vosotros, acabaréis con el problema de la escasez energética a nivel mundial —dijo con una carcajada.

—Idiota —me reí yo también.

—Bueno, ahora en serio… ¿Le vas a perdonar?

—No, no le perdonaré nuuuuuuuunca —dije con voz dramática—, diecinueve años de

amistad se acaban porque el día después de que le den una paliza y le detenga la policía suelta tres comentarios estúpidos. ¡Pues le tendré que perdonar! ¿Qué voy a hacer? ¿Dejar de hablarle para siempre? Si ayer al tercer chupito ya se me había olvidado…

—Pues hace un momento no lo parecía…

—Ya, porque fue muy gilipollas, y cuando lo he visto me he acordado otra vez… y yo también soy una tía dura. —Levanté las cejas—. No sé cuánto me va a durar el mosqueo, porque luego me dirá un par de tonterías que me hagan gracia o como último recurso sacará los hoyuelos y ya se me caerán las bragas. —Encogí los hombros.

Loui soltó otra carcajada.

—La verdad es que tiene una sonrisa espectacular…

—¿Verdad? ¿A ti también se te caen las bragas cuando sonríe? —le pregunté sin dejar de reírme.

—Nooooo, a mí no me van los malotes…

—En realidad no es tan malo como quiere aparentar, solo bocazas y gilipollas… Pero ¿eso quiere decir que hay algo que sí te va? Anoche no lo tenías tan claro… —Le di un codazo.

—Lo que sí me va está por ver, pero lo que no me va lo tengo claro…

—Es un comienzo. —Le giñé un ojo.

—Nano, que te has quedado sopas… —me despiertan con un golpe en el brazo sano.

Abro los ojos y está Chus sentado en mi cama. Por suerte para mi dignidad, el discman se ha quedado sin pilas. Me quito los auriculares.

—¿Cómo has entrado, tío? —pregunto mientras me froto los ojos y me siento en la cama.

—Me ha abierto tu vieja.

—No sabía que habían vuelto, me he quedado dormido, ¿qué hora es?

—Casi las siete. ¿Vamos a ver a Samu? He hablado con Loui y me ha dicho que ha ido esta mañana con Greta, que ellos no vienen. Bajón, nos toca ir en bus o en metro.

—Bien, lo que quieras. —Intento centrarme un poco, aún estoy sobado.

—Voy a llamarle primero, por si tiene muchas visitas o algo.

Saca su móvil y llama.

—¡Nano! Uy, perdón, hola, Almudena, soy el Chus, ¿cómo está tu hijo? Íbamos a pasarnos a verle ahora Marc y yo… Ah, vale… Claro, claro… No *problem*, ya vamos mañana.

Cuelga.

—Nada, nano, que no vamos, que se ha quedado sobado y dice su madre que mejor que descanse.

—Mejor, no me apetece salir de casa.

—¿Vamos al bar?

—No me apetece, estoy cansado.

—¿De qué? Si estabas sobando…

—No sé, no estoy de humor, estoy un poco de bajón.

—¿Marrón con tus viejos?

—No, nada que ver…

—¿Una tía?

—Da igual, déjalo, no me apetece hablar de eso.

—Cuéntamelo, nano, y te desahogas.

—Si no es nada, es que llevo un par de meses con una tía, pero creo que la he cagado mucho. Y no sé cómo arreglarlo.

—Qué calladito te lo tenías, cabrón. Se lo dije al Samu, que andabas con alguna, y él, el muy flipado, decía que no, que te molaba Greta, flipa, que te habías mosqueado con él cuando se liaron… Le voy a dar en toda la boca, por listo, tenía yo razón…

—No le digas nada, tío, ni a él ni a nadie.

—Vale, vale, nano, ¿la conozco?

—Es una de clase. —Hago un gesto de indiferencia con la mano.

—Entonces no, ¿está buena?

—Sí. —Hago un amago de reírme.

—Qué cabrón, no te ligas a una fea ni por error… —se ríe—. Bueno, y ¿cuál es el problema?

—Nada, nano, que le dije unas mierdas de las mías y se ha mosqueado mucho… Creo que me va a mandar a tomar por culo… —Me froto la cara.

—Buah, tronco, yo ahí no te puedo ayudar, ya sabes que yo para las tías soy como un imán, pero al revés… Como cuando pones los dos lados chungos de los imanes juntos y no hay dios que los acerque… pues ese soy yo con las tías.

Me río.

Nivel de humillación: contándole mis miserias a Chus.

Abre mi madre la puerta de mi habitación.

—Marc, cariño, Maite y yo nos vamos, que trabajamos esta noche. Tu padre y Emma tenían un caso fuera y no volverán hasta mañana, y Greta trabaja. Cenas solo, ¿vale? Bueno, que se quede Chus si queréis, claro. Chus, cariño, estás en tu casa.

—Gracias, Reyes, me quedaré con él, así no está solo.

—Bueno, entre los dos hacéis dos manos, un poco podréis ayudaros el uno al otro. Marc, acuérdate de que mañana te tienes que levantar para ir al médico a que te vean lo del brazo.

—Tranquila, mamá, no se me olvida, estoy deseando que me quiten esta mierda.

—Esa boca… Bueno, chicos, pasad buena noche.

—Adiós, mamá.

—Adiós, Reyes, que vaya bien.

Cierra la puerta y al momento oímos que han cerrado también la de la calle.

—Qué buen rollo da tu madre… Y qué bien cocina… ¿Habrán dejado movidas de esas suyas en la nevera? ¿Qué vamos a cenar?

—Yo qué sé, nano, lo que haya —me río—. ¿Ya estás pensando en la cena?

—No lo estaba pensando, pero al decirlo tu madre ya no puedo pensar en otra cosa… Oh, se me ha ocurrido una cosa que te puede animar, ya que estás chungo…

—Sorpréndeme.

—Por culpa de la movida esta del brazo he tenido que aprender a liarme los canutos con una sola mano… Te puedo enseñar.

Me pilla totalmente por sorpresa y no puedo evitar una carcajada.

—No se me hubiera ocurrido que me fueras a decir eso ni en un millón de años. ¿Por qué me iba a animar algo así?

—Por satisfacción personal, es una nueva habilidad, te puede ser útil en el futuro, nunca se sabe cuándo te puede hacer falta…

—¿Por si en el futuro me encuentro un día con una mano ocupada y necesito con urgencia liarme un canuto con la otra? —Intento no reírme de lo absurdo del comentario.

—Exacto —contesta con una sonrisa.

—Vale, va, enséñame —acepto por no quitarle la ilusión y para que cambiemos de tema.

Voy a bajar de la cama y veo sobre la alfombra unos papeles que Chus está pisando, espero que no sea alguno de mis dibujos. Qué poco cuidado tiene para todo, no mira ni dónde pone los pies.

—Nano, quita los pies, ¿qué estás pisando?

—Hostia, perdona, no me he dado cuenta.

Recojo los papeles y resultan ser las fotos de Loui. He debido de dormirme con ellas en la mano y han acabado en el suelo. Por suerte no se han arrugado mucho y, como habían caído boca abajo, no se han manchado por las pisadas.

—A ver… qué fotos más guapas, ¿no? El puto Loui siempre con la cámara, se pierde la mitad de la diversión, pero luego hace *fotacas* el cabrón.

—Sí, están muy bien. —Las miro un momento.

Elijo la que estoy susurrándole a Greta al oído mientras ella se ríe y la clavo en el tablón de corcho. Dejo las otras en la mesa junto a mis dibujos.

—Venga, va —le digo a Chus girándome hacia él—. Enséñame tu habilidad más reciente.

No había casi nadie en el bar, solo un par de mesas bastante apartadas. Loui se había sentado en un extremo de la barra y me daba conversación.

—Bueno —le dije—, lo que tenemos que hacer ahora es buscarte un chico mono para que te lances y salgas de dudas…

—¿Chico? —preguntó con gesto de duda—. ¿Tan claro lo ves? ¿Descartamos del todo a las chicas?

—Hombre, yo creo que después del beso de ayer queda claro, ¿no? —Le puse una cerveza—. Si no has sucumbido a mis encantos… —Me aparté hacia atrás el pelo con la mano en un gesto de mujer fatal.

—No sé, igual no es concluyente… Eres una amiga, con los amigos es diferente, no se sienten esas cosas…

—Claro, yo soy un claro ejemplo de eso —sonreí.

—Bueno, pero lo vuestro es diferente, es un caso aparte… Yo hablo de atracción sexual, eso es algo que entre amigos no se da…

—Claro, claro, le podríamos preguntar a Samu sobre eso, a ver qué opina…

—Vale, vale —se rio—, pues seré yo, que no me ponen mis amigos…

—Haces bien, menos follón —me reí—. Habrá que buscar fuera.

—¿Fuera de dónde?

—De nuestro limitado círculo de amigos… Entre que no te mola ninguno de ellos y que son los tres TAN heteros…

—Sí que lo son —se rio él también—. Lo veo tan difícil, no sabría ni dónde buscar.

—Pues, no sé, podríamos pasarnos por la escuela de arte dramático o, mejor aún, por la de

danza —sonreí.

—Toma topicazos —se rio.

—Sí, sí, topicazos… Pero ¿ves o no ves más posibilidades?

—Sí, eso es cierto…

—Además, un bailarín… —Miré al techo—. Están súper buenos…

—Eso sí…

—Oye, y si no, podemos ir un día a un bar de ambiente, yo te acompaño…

—¿Tú crees? Me da rollo… Me parece muy forzado…

—Bueno, piénsalo. Si te animas, me avisas y yo te acompaño.

—Vale, lo pensaré. —Le dio un trago a su cerveza.

—Venga, que te desvirgamos antes de verano…

—Joder, tía, no corras tanto. —Se rio y escupió parte de la cerveza.

—El que no se corre eres tú —me reí también—. Perdón, perdón, chiste fácil… Vale, bueno, a tu ritmo, antes de verano un beso… Y lo otro antes de los veintiuno… ¿Mejor?

—Bueno, lo vamos viendo. —Se limpió la cerveza de la cara.

—Baja un poco la música, nano, que es tarde —le digo a Chus.

—Da igual, tío, si estamos solos.

—Ya, pero la vecina de abajo es una amargada, paso de que venga a tocarnos la puerta…

—¿Está buena? Porque si está buena subo más el volumen…

—Tiene como sesenta años y pesa más de cien kilos, ¿te vale? —me río.

—Hostia, yuyu. —Baja la música.

Llevamos demasiados porros encima. Estamos sentados en la alfombra de mi habitación y Chus ha desparramado todos mis cedés buscando la «canción perfecta».

Oímos ruido en la habitación de Greta. Chus se acerca de rodillas hasta la pared que da a su habitación, parece que no pueda ni ponerse en pie de lo fumado que va.

—¡Gretuuuuuuuuuus, estamos aquí! —Da tres golpes en la pared.

Al momento aparece ella por el armario.

—Joder, menudo submarino tenéis montado… Si hubiera sabido que estabais aquí, le habría dicho a Loui que subiera… —Se sienta en la cama y empieza a quitarse las botas. Chus y yo seguimos en el suelo.

—Hostia, hubiera molado, todos fumando en la habitación de Marc, como en los viejos tiempos…

—Sí, muy diferente a lo que solemos hacer en el bar o en la azotea —digo con una risita.

—En el bar o en la azotea no se hacen submarinos, nano —intenta reforzar su argumento.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —le pregunto a Greta—. No son ni las once.

—No había casi nadie en el bar y me ha dicho Tato que cerraba él, que era absurdo estar allí los dos. —Lanza las botas cerca del armario y se tumba en mi cama.

—Es un tío de puta madre el Tato, siempre pendiente de todos… Como cuando estábamos en el calabozo, parecía otro hermano mayor… —dice Chus.

—Pero si tú no tenías ningún hermano allí —me río.

—Ya, nano, pero para mí los vuestros como si lo fueran…

—Bueno, ¿qué hacéis con tanto cedé? —pregunta Greta.

—Intentando convencer a este para que le grabe un cedé de canciones a su chica, pero es tan rancio que creo que se lo voy a tener que grabar yo… —explica Chus.

—¿A su chica? —pregunta Greta abriendo mucho los ojos.

—No me creo que a ti tampoco te hubiera contado que lleva un par de meses liado con una de su clase…

—Ahora que lo dices, algo me suena… Cuéntame más, que no sé cómo estaba la historia… —pide Greta—. Y pasadme algún canuto que me lleváis mucha ventaja.

—Ahora hacemos uno todo para ti —dice Chus—, porque he aprendido a hacerlos con una sola mano y le he enseñado a él, somos unos *fucking masters*.

—Una tarde muy bien aprovechada —le digo a Greta con una sonrisa.

Ella nota mi tono de sarcasmo y se empieza a reír. Bien. La he hecho reír, es un primer paso.

Nivel de humillación: empezando a recuperar la dignidad.

—Bueno, pues que este tío parece que la ha cagado, le habrá soltado alguna mierda de las suyas —empieza a contarle Chus mientras le muestra su reciente habilidad—, y la tía está mosqueada con él… y estamos viendo a ver cómo lo arregla. Yo le he sugerido que le grabe un cedé con canciones, que esas cosas os molan a las tías, ¿no? —Le pasa el canuto que le acaba de liar y ella se lo enciende.

Nivel de humillación: Greta enterándose de que le he contado mis miserias a Chus.

—No sé —contesta ella—, depende de las canciones, supongo… ¿La conozco? —me pregunta dando una calada.

—Sí —le digo con una sonrisa—, es la que se sienta delante de mí en Literatura Universal.

—Ah, sí, ya sé quién es… —finge recordar.

—Y ¿cómo es? Que el cabrón no suelta prenda… ¿Es guapa? —le pregunta Chus.

—Del montón —dice Greta con cara de asco y niega con la cabeza.

—De eso nada —sonrío. Putos porros, no puedo ponerme serio. Va a pensar que me lo tomo a coña.

—Oh, oh, ya sé una canción[1] de puta madre. —Chus coge uno de los cedés y lo pone en el equipo de música.

Se levanta y empieza a cantar sobre la letra fingiendo que toca la guitarra.

—*Ahora que nuestros caminos se han vuelto a cruzar/solo quiero verte para recordar/aquellas noches juntos en aquel colchón/y miles de botellas en la habitación/porque ahora quiero estar*

contigo como ayer/hasta que vuelva a amanecer…

No puedo evitar reírme de lo cómico de la situación, putos porros.

—Es perfecta —afirma Chus.

—Mmm… no sé yo —duda ella—. En esa canción el tío lo que quiere es echar un polvo y ya. Además, habla también de un reencuentro tras una ruptura, y no sé si es el caso. ¿Habéis terminado del todo? —Se gira a mirarme y me pasa el canuto mientras suelta el humo de la última calada.

—No lo sé. —Lo cojo, me lo llevo a los labios y agacho la mirada.

Nivel de humillación: gilipollas profundo.

—Pues igual deberías saberlo. —Se tumba boca arriba y mira al techo—. A lo mejor el primer paso es aclararte con ella, no sé, digo yo… A veces lo más rápido y mejor es hablar las cosas…

—Sí, tienes razón —asiento—, hablaré mañana con ella.

—Bien pensado. —Se levanta de la cama—. Bueno, chicos, estoy muy a gustito, pero ayer no dormí casi y estoy que me caigo. Os veo mañana.

Recoge sus botas del suelo y se marcha.

Nivel de humillación: otra noche esperando la sentencia.

VEINTICINCO

NOS VA MUCHO EL DRAMA

—Buenos días, Greta, cariño —me despertó Reyes abriendo la puerta de mi habitación—, ¿puedes llevar tú a Marc al hospital a que le miren lo del brazo? Sé que trabajaste anoche, pero los demás lo tenemos fatal.

—Claro, tranquila, yo le llevo… Anoche salí pronto, no hay problema. —Me incorporé en la cama y me froté los ojos.

—Gracias, cielo. En la cocina lo tienes, ya está listo para salir. Tenéis que estar allí en una hora.

—Perfecto, me doy una ducha rápida y salgo.

Subimos al coche en silencio. No pusimos la música. Tras un rato de silencio, por fin habló.

—Sabes que no lo dije en serio…, ¿verdad? —empezó—. Lo que te dije en el hospital, y lo del coche, y lo de Loui… Se me calentó la boca, estaba muy cabreado… No es excusa, pero ya sabes que a veces no controlo lo que digo…

—Pues aprende a controlar, porque haces mucho daño…

Silencio.

—¿Se ha terminado? —preguntó en voz muy baja.

—¿El qué?

—Ya lo sabes… Esto.

—¿Esto? ¿Y qué es «esto»?

—No sé, lo que teníamos. —Miró por la ventanilla.

—Si no sabemos ni ponerle nombre, igual no debería haber comenzado…

—Ya… O sea, me estás diciendo que se ha terminado… —Levantó la cabeza para mirar hacia arriba, lo que hacía siempre que no quería llorar.

—No sé, ¿qué piensas tú? Enciéndeme un cigarro, porfa.

Pulsó el mechero del coche y sacó un cigarro de la cajetilla que había en la guantera.

—No sé qué pensar. No me creo que esto sea el final. No es el final que nos merecemos, es demasiado cutre. —Encendió el cigarro y me lo pasó.

—¿Demasiado cutre? Explícame eso, por favor. —Lo miré un momento con curiosidad.

—Pues eso, que tanto tiempo esperando que pasara y, cuando por fin nos decidimos, se acaba todo por un día malo y tres comentarios estúpidos… Es cutre, reconócelo. Nos merecemos un final más espectacular…

—¿Y qué sería un final espectacular? Ponme algún ejemplo… —pregunté con una sonrisa y le di una calada al cigarrillo.

—No sé, por ejemplo… Morimos los dos de un ataque al corazón echando el polvo más salvaje de la historia —sonrió y me miró de reojo—, o se enteran en casa y te mandan a ti a un convento y a mí a una escuela militar —le escuchaba intentando no reírme—, o la policía encuentra el cadáver de Samu y tengo que huir del país…

—Joder, si esas son las alternativas…, igual me quedo con el final cutre —me reí.

—Sería un error. —Me miró con su sonrisa imposible—. Nos merecemos un gran final.

—Puede ser —acepté—. Nos va mucho el drama.

Sonrió y no dijo nada más.

Llegamos a la sala de espera y nos sentamos. Ella se sienta a mi lado sin decir nada.

—¿Qué hablaste con Loui? —le pregunto en voz baja—. ¿Qué le contaste? ¿Le dijiste algo de nosotros?

—Solo le dije que me gustas —contesta en el mismo tono sin mirarme—, no le dije que hubiera nada entre nosotros.

—Me gusta ese presente —susurro.

—¿El qué? —Se gira a mirarme.

—Has dicho «me gustas», no «me gustabas»… Es un presente reconfortante… —sonrío.

—Qué tonto eres —se ríe y niega con la cabeza.

Se abre la puerta de la consulta y sale una enfermera de unos cincuenta años. No es muy alta, pero tiene el doble de espalda que yo, y con el pelo de su entrecejo me podría hacer las patillas que no me crecen.

—¡Marc Sapena! —grita con un vozarrón que no me sorprende nada.

—Ahora vengo —le digo a Greta mientras me levanto.

—Que pase tu novia también —sugiere la señora—, así le explico lo de los masajes.

Me muerdo el labio por dentro para evitar un ataque de risa y me giro hacia Greta.

—«Cari» —le digo imitando el tono del novio de Emma—, ya has oído a la enfermera, entra conmigo, por favor, que te explique lo de los masajes.

Ella se levanta aguantando la risa y entra detrás de mí.

—Siéntate en la camilla, chico, que eres muy alto.

Me siento y me quita rápidamente y con precisión el cabestrillo.

—Desnúdate de cintura para arriba —ordena.

—¿Así? ¿A pelo? ¿Sin música, unas velas, un poco de vino…? —pregunto sin pensar. Greta se ríe.

—Menudo tunante estás tú hecho —me dice con una risita—. No te aburrirás con este, ¿no? —le dice a Greta.

—No me da opción al aburrimiento, no —dice ella aguantando la risa.

Me desvisto, con ayuda de Greta, y se colocan las dos detrás de mí.

—Mira —le explica la enfermera—, tienes que presionar aquí con fuerza hasta que note

dolor.

Aprieta con los dedos un punto en mi hombro con toda su fuerza.

—¡Joder! —grito al ver las putas estrellas.

—¿Ves? Le duele, es ahí. Mantienes la presión, a los veinte o treinta segundos se le empezará a pasar, lo aguantas así un rato después de que empiece a sentir alivio…

—No siento alivio —gruño. Joder, como duele.

—Venga, prueba tú.

Noto perfectamente cuando los dedos de la sádica mujer cejijunta cambian a los de Greta. Mi hombro recibe la nueva presión con un cosquilleo. Empieza a remitir el dolor.

—Muy bien, así —dice la enfermera—, ¿a que ya no duele tanto?

Niego con la cabeza, porque si intento hablar soltaré un gemido, me conozco.

—Aguanta así un par de minutos —le dice a Greta.

Pasa alrededor de la camilla y se sienta en la mesa que hay frente a mí a escribir cosas en la ficha. Greta sigue detrás de mí presionando mi hombro izquierdo. Ya no me duele. Noto como su otra mano desliza las yemas de los dedos desde mi rabadilla hasta la nuca. Joder. Se me pone toda la piel de gallina en un segundo. No esperaba esto, parece que me ha perdonado. Muevo mi brazo derecho hacia atrás en una posición imposible y le cojo la pierna, acercándola a mí todo lo que puedo. Ella desliza la mano que había subido otra vez hacia abajo, ahora con toda la palma abierta. Quiero echar de una patada a la enfermera y quedarme solo con Greta en esta camilla.

—Te vas a dislocar el otro hombro —susurra en mi oído.

Me pongo malísimo al notar su aliento. Intento subir la mano por su pierna, pero realmente estoy en una posición muy incómoda.

—Ya puedes parar —le dice la enfermera a Greta.

Los dos devolvemos rápidamente todas las manos a la posición de salida.

—Ya puedes vestirte —me dice.

—¿Eso es todo? —pregunto—. ¿Sin el cigarrito de después? ¿Sin un «ya te llamaré»?

—Ay, qué muchacho… —dice la enfermera con una risita negando con la cabeza.

—¿Cada cuánto hay que hacer esto? —pregunta Greta mientras me ayuda a vestirme.

—Dos o tres veces al día —le explica la enfermera—. O si tiene algún momento puntual de dolor también le puede aliviar.

—¿Y lo de la costilla? —pregunta Greta—. ¿Qué es eso del reposo relativo que le dijeron en urgencias? —Menos mal que ha venido, yo ni me acordaba de eso.

—Puede hacer vida normal siempre que no le duela. Que evite los movimientos que le causen dolor. Pero es joven y está fuerte, en un mes o dos estará como nuevo.

Salimos de la consulta sin decir nada y comenzamos a caminar hacia los ascensores.

—¿Subimos a ver a Samu, ya que estamos aquí? —le pregunté.

—O nos vamos a casa, que noto un momento puntual de dolor, vas a tener que volver a hacer eso —sonrió.

—Hay tiempo para todo —me reí—. Vamos a subir a verlo, que si fueras tú el que estuviera ingresado también querrías recibir visitas.

—Vale, pero subimos andando. —Abrió la puerta que daba a las escaleras justo cuando pasábamos junto a ella—. Que hay menos gente.

—Qué recuerdo de mierda me traen estas escaleras —comenté al alcanzar el primer tramo.

—Pues habrá que crear recuerdos nuevos. —Me acorraló contra la pared y se inclinó a besarme.

Le devolví el beso despacio, disfrutando el momento.

—Joder, cómo lo echaba de menos —susurró.

—Exagerado —me reí—, solo ha sido un día.

—De esto cuatro, nena, cuatro… Se me han hecho eternos…

Comenzamos a subir las escaleras sin separarnos. Nos cruzamos con un par de señoras que cuchichearon algo al pasar a nuestro lado, pero nos dio igual.

—Chavales, que estáis en un espacio público —nos dijo entre risas un médico que bajaba.

—Por eso aún estamos vestidos —le respondió Marc.

Seguimos subiendo enredados sin poder dejar de tocarnos y besarnos. Nos paramos justo en el último rellano. Respiramos hondo un par de veces intentando recuperar el aliento y la compostura antes de salir al pasillo.

Hago un enorme esfuerzo para que se me pase el calentón antes de entrar en la habitación de Samu.

—Ey, tíos, qué ganas tenía de veros —dice cuando entramos.

Están aquí su madre, la niñera y las niñas del demonio. Una de ellas, intuyo que a la que le rechacé su proposición el otro día, me mira con la nariz arrugada y me saca la lengua.

Samu tiene mejor pinta. Ya le han puesto un pijama de persona, de dos piezas, aunque se levante ya no nos enseñará el culo. Ya puede abrir los dos ojos.

Las niñas le preguntan a Greta si juega con ellas a vestir a las muñecas y ella les dice que sí.

—Marc, tío, acompáñame a fumar, que me han dicho que al fondo del pasillo hay una terraza a la que se puede salir —me dice Samu—. Ya tienes los dos brazos, no hay excusa.

—No necesito una excusa para decirte que no —me río.

—Pero no le vas a decir que no al lisiado. Venga, acompáñame. —Se levanta de la cama y se apoya en mí.

—Voy yo también —se apunta Greta.

—No —corta Samu—, quédate con las niñas, que tenían muchas ganas de verte.

—Vale, os espero aquí.

Samu se pone una cazadora encima del pijama y le acompaño a su velocidad de tortuga hasta la terraza.

Llegamos y nos sentamos en un banco. Estamos solos. Saco el tabaco y le paso un cigarro. Me enciendo yo otro.

—Nano, perdona lo del otro día, me pasé mucho, iba muy colocado con la mierda esa que me pusieron.

No le digo nada.

—A ver, déjame hablar. Hay algo que quiero decirte desde hace tiempo. Creo que te mola Greta y que por eso estás así conmigo.

—No sé de d…

—¡Cállate, coño, por una puta vez en tu vida! —me interrumpe—. No digas nada y deja que hable yo. A ver, no necesito que me lo cuentes si no quieres, ni que hables de ello, con que no digas nada me sirve, lo tomaré como un sí y no volveré a hacer coñas con el tema ni a intentar nada con ella. Pero si insistes en que son todo imaginaciones mías y que no te mola, te creeré y entenderé que el camino está libre si en el futuro quiero volver a intentarlo…

Me quedo callado.

—¿Tienes algo que decir? —pregunta.

—No —contesto e intento disimular una sonrisa.

—¿Vas a negarlo?

—No.

—Vale, nano, joder, ¡me lo tenías que haber dicho! Si lo hubiera sabido antes no me habría liado con ella… No me di cuenta hasta el día siguiente.

—Pues cuando me di cuenta yo, más o menos…

—Joder, tío, qué mal, creo que se lo dije a ella la noche de la pelea, puta anestesia… Espero que crea que lo flipé todo del colocón que llevaba…

—Seguro que sí —me río.

—No sé si ella estará en el mismo punto que tú, y aunque lo estuviera es una putada que no pueda pasar nada entre vosotros por la mierda de situación familiar que tenéis.

—Sí, es una putada nuestra situación —confirmo.

—Bueno, nano, será un cuelgue pasajero… Se te pasará y volveremos a salir a ligar como antes. —Me pasa un brazo por encima de los hombros.

—Claro.

—Joder, qué descanso, no más mierda entre nosotros. La próxima vez cuéntame las cosas antes, que no te tenga que interrogar, nos ahorraremos dramones.

—Nos va mucho el drama —me río—, no nos quites eso.

—Bienvenido de vuelta, chaval. —Me da un abrazo como puede, las lesiones no se lo ponen fácil—. Se acabaron las coñas, y no volveré a sacar el tema. Lo juro. Vamos para dentro, que Greta estará ya hasta el culo de las niñas.

Marc y Samu volvieron de la terraza con un buen rollo sorprendente. Hacía mucho que no los veía así. Estuvimos un rato más allí con ellos y, cuando las niñas empezaban a agotar nuestra paciencia, nos fuimos.

Ya en el coche me contó lo que había hablado con Samu.

—¿No te sientes un poco mal? —le pregunté—. ¿No crees que deberíamos contárselo? Yo tengo ese sentimiento con Loui.

—Me parece una movida, alguien se iría de la lengua sin querer. Mucho me parece que lo sepa Tato. Es mejor que piensen que los dos tenemos un cuelgue no correspondido —sonrió.

—Sí, puede que tengas razón… Y con Tato podemos estar tranquilos, que no va a decir nada —aseguré.

—Sí, Tato es un tío legal. Por cierto, me olvidé de decírtelo: Santiago Martín Tato.

—¿Qué?

—Así se llama. Tato es su segundo apellido.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo nombraron varias veces en comisaría y en urgencias.

—Claro.

—Misterio resuelto —sonrió—. Ya sabes cómo se llama y por qué lo llaman Tato, así que, que se olvide de entrar en tu lugar feliz.

—Imbécil —me reí y le di una palmada en el brazo—. Eso ya está olvidado, no creo que él tenga ninguna intención tampoco.

—Por si acaso —dijo reclinándose en el asiento.

VEINTISÉIS

VUELTA A CLASE

Terminaron las vacaciones de Navidad y empezaron de nuevo las clases. A Samu le dieron el alta en el hospital, aún estaba fastidiado, pero ya podía hacer reposo en su casa.

Para sorpresa de nadie, Marc estaba en la lista definitiva de admitidos al curso de dibujo. Conocí la noticia a gritos. Loui y yo estábamos sentados en el césped de los jardines de la facultad cuando vimos a Marc venir corriendo hacia nosotros.

—¡Nena! ¡Me han cogido! ¡Estoy dentro! —gritaba mientras la gente se apartaba a su paso.

—Joder, a la mierda el reposo relativo… —murmuré yo cuando lo vi correr como si intentara batir un récord olímpico.

Llegó hasta nosotros y calculó mal la velocidad de deceleración y la frenada, derribándome sobre el césped y dejando caer su casi metro noventa de estatura sobre mí.

—Nena, me han cogido —susurró todavía encima de mí.

Y entonces, llevado por la emoción, me besó. En medio de la facultad, al aire libre, delante de Loui. Un beso fuerte y cargado de entusiasmo, fruto sin duda de la euforia del momento.

—Perdón, perdón. —Se incorporó en cuanto se dio cuenta—. Ha sido el subidón.

Me senté yo también sin saber muy bien cómo reaccionar. Loui nos miraba divertido. Intentaba no reírse.

Marc se sentó a nuestro lado y empezó a contarnos, con la misma emoción que traía, toda la información que tenía. Sacó el sobre de matrícula que le acababan de dar y comenzó a mirar todos los papeles. Loui buscó una excusa absurda y se marchó, dejándonos solos.

—Esto —dijo Marc sacando unos papeles de color amarillo—, esto es lo de pagar —me miró de reojo con una sonrisilla.

—Trae —se los quité de la mano—, eso lo relleno yo.

—Eres la más mejor, lo sabes, ¿no? —Se acercó mucho y apoyó un momento su frente en la mía.

—Lo sospechaba —le dije con tono de sobrada—, pero dímelo más veces, que me gusta.

Se rio.

Nos tumbamos boca abajo en el césped, muy juntos, y empezamos a rellenar los papeles allí mismo.

—Mira a aquellos. —Señaló con la cabeza a una pareja que se revolcaba en el césped a cierta distancia—. Esos podríamos ser nosotros ahora mismo… ¿No te da un poco de envidia esa libertad?

—Un poco sí —confesé—, pero el secreto también tiene su punto… Y tampoco es necesario el escándalo público…

—Es cierto —se rio—, pero no poder ni darte un beso en un día como hoy, con el subidón

que llevo… Es difícil…

—El beso me lo has dado —me reí.

—Ya, joder, qué cagada —sonrió—. Pero yo creo que Loui ha entendido que era por la emoción, que lo he hecho sin pensar…

—Puede ser, pero se ha pirado enseguida… Espero que no me haga luego interrogatorio… Bueno, al lío, vamos a rellenar esto.

Terminé de rellenar mi parte, le pasé los papeles a Marc y me di la vuelta. Me quedé tumbada bocarriba bajo el sol de enero. Cuando terminó de rellenar su parte, hizo lo mismo.

Sacó su discman y me pasó uno de los auriculares. Estuvimos un rato tumbados al sol oyendo música.

—¿Has escuchado la letra? —preguntó girándose hacia mí al terminar una de las canciones[1].

—Un poco por encima, de desamor, ¿no? —respondí y giré la cabeza para mirarle.

—Yo creo que habla de que se está follando a una muerta —sentenció muy serio.

Me dio un ataque de risa.

—¿No te lo parece? —preguntó levantando las cejas.

—No sé, no he escuchado con tanta atención, pero me ha dado risa la teoría y el tono en el que lo has dicho.

—Es que si estuviera hablando de eso sería muy fuerte para una canción, ¿no?

—Igual sí, un poco.

—Espera, que la pongo otra vez —dijo pulsando un botón del discman y poniendo de nuevo la misma canción. Escuché esta vez con atención la letra.

—¿Y bien? —me preguntó apoyándose en un codo.

—Bueno, ahora que me lo has dicho, veo a la muerta, pero no intuyo que se la esté follando para nada —contesté divertida.

—Espera, la pongo otra vez y te lo voy diciendo.

—No, tío, no la pongas otra vez, te creo.

—No, no, la pongo, ya verás como sí…

Aún puso la canción dos veces más y me la fue explicando frase por frase (su interpretación, claro). Entonces algo nos tapó el sol.

—Aquí estáis, llevábamos un rato buscándoos.

Abrimos los ojos y vimos a la parejita sobre nuestras cabezas. Marc me cogió la mano y me la apretó fuerte. Intenté no reírme, pero por primera vez me medio alegraba de verlos, no iba a tener que seguir oyendo la misma canción una y otra vez. Nos incorporamos hasta quedarnos sentados y nos quitamos los auriculares. Ellos se sentaron frente a nosotros. La cara de fastidio de Marc era demasiado evidente.

—Ya han salido las solicitudes para lo de las becas que os comentamos. Os hemos traído dos, por si las queréis… —explicó Noelia.

—Claro. —Recogí los sobres grandes que me tendía.

—Más papeleo —se quejó Marc.

—Sí, qué pereza —dije yo—. Mejor ni lo intentamos, que rellenar la solicitud es mucho trabajo…

—Esta tarde —sonrió.

—Pero decidnos qué ciudad vais a pedir, y si nos cuadra pedimos la misma… Así nos vamos los cuatro.

Marc me miró con una cara de pánico muy mal disimulada.

—No sabemos todavía —le dije a Noelia—. Tenemos que decidirlo con calma.

—Bueno, pero me decís en cuanto lo sepáis… ¿No sería genial irnos los cuatro juntos?

—Claro, sería genial —mentí miserablemente.

—Nena, es la hora. —Marc miró su reloj—. Tenemos que irnos.

—Claro —contesté sabiendo perfectamente que no teníamos que estar en ningún sitio a ninguna hora—. Chicos, nos vemos por aquí.

—Ay, qué pena que no podáis quedaros un rato… Bueno, no olvidéis decirnos qué ciudad elegís en cuanto lo sepáis.

—Claro, claro —asentí ya de pie—. Nos vemos.

Me tumbo en la cama de Greta y saco los papeles del sobre que nos han dado los pesados de la facultad. Ella se sienta en la silla de su escritorio. Reviso los documentos por encima hasta que encuentro la relación de ciudades. Cojo el listado con las de Italia y descarto el resto.

—Claramente Florencia —le digo a Greta.

—Claramente ni de coña —me responde.

—¿Por qué?

—Mucha obra de arte, me llevarías todo el día de puto culo de aquí para allá viendo cuadros y esculturas.

—Pero eso mola —sonrío—, ¿qué propones?

—Claramente Roma.

—Ni de coña. Mucho turista y mucho escenario de película. Me llevarías todo el día de puto culo de aquí para allá viendo por dónde pasó Audrey Hepburn con la vespa —me río.

—Claro, como que en Florencia no hay turismo… —se queja.

—Pero es otro tipo de turismo.

—Venga, Roma, es perfecto…

—No, no, mil veces mejor Florencia.

Discutimos durante un rato intentando convencer al otro de los beneficios de nuestra elección, pero ninguno de los dos cede.

—Creo que estamos en un callejón sin salida —dice Greta.

—¿Qué propones?

—Hacemos un sorteo y que el destino decida por nosotros.

—Ya estás con tus mierdas del destino —me río—. ¿Qué quieres? ¿A cara o cruz?

—No, ponemos todas las ciudades de Italia de la lista y que salga la que tenga que salir… Si solo ponemos esas dos habrá claramente un ganador y un perdedor, mejor tener la opción de perder los dos —se ríe.

—Tú quieres hacer sorteo porque sabes que me has gafado con el *zippo* —me río también.

—Imbécil —se descojona—, te han cogido en el curso, ¿no? Pues no te ha dado tan mala suerte…

—Venga, va, sorteo.

Rellenamos papelitos con todas las ciudades disponibles, los doblamos y los metemos en un bote. Meto la mano, saco uno al azar y lo abro.

—Nápoles —leo en voz alta—. ¿Nápoles? ¿Qué coño hay en Nápoles? —pregunto con cara

de asco.

—Lo averiguaremos. —Ella viene a tumbarse a mi lado y me besa.

—A una mala, si no hay nada que ver, podemos no salir de la habitación. —sonrío y le devuelvo el beso.

—Hablando de eso, he pensado que deberíamos buscarnos un piso baratito para los dos… Tendremos que encontrar trabajo, pero mejor eso que estar en una residencia universitaria, que las habitaciones no serán mixtas y nos tocará compartir habitación con desconocidos…

—Me parece un plan genial —acepto al momento—. Buscaré trabajo yo también, seremos adultos —me río y vuelvo a besarla—. Va a ser un año perfecto… Y a la parejita infernal ni mú de lo que hemos elegido.

—Pues a ver cómo esquivamos responderles…

—Esquivándolos a ellos directamente —me río.

—Ay, si tuviéramos ese poder… —se ríe ella también—. Oye, ¿y si nos cogen a uno sí y a otro no?

—Eso no va a pasar. Mi trébol de tres hojas nos protege —me vuelvo a reír.

—Te lo digo en serio —se parte—, podría pasar…

—En ese caso, me cogerían solo a mí, que te saco más de dos puntos de nota media y tengo todo primero aprobado. Entonces, lo que haría sería buscarme a una italiana que se pareciese a ti, para no echarte de menos hasta que me tocara volver.

—Qué cabrón —se descojona mientras niega con la cabeza.

Marc tenía que ir a entregar la matrícula de su curso a la facultad de Bellas Artes, así que yo fui la encargada de llevar las solicitudes de la beca a la secretaría de nuestra facultad. Entregué los papeles de los dos sin ningún problema y me dieron un resguardo. Llevaba el resguardo todavía en la mano cuando alguien me lo quitó de repente.

—¿Nápoles? ¿Qué hay en Nápoles? —Ahí estaba la parejita, no los había visto venir. Mierda.

—No sé —le dije mientras lo recuperaba—, nos apetecía…

—Es una opción que no estaba en nuestra lista, pero lo valoraremos —dice Noelia.

—No lo hagáis por nosotros, vosotros id a dónde tuvierais pensado… Ya nos veremos el curso siguiente…

—No tenemos nada decidido, ir con vosotros sería un aliciente… Lo pasaríamos genial…

—Claro, pero no hay que forzar las cosas… Tampoco vais a cambiar de planes por nosotros. —No quería ser maleducada, esperaba que pillara las indirectas por sí misma…

—Bueno, lo hablaremos luego Rafa y yo y ya os decimos algo.

—Claro —les sonreí con cara de agobio.

Marc se enfadó mucho cuando se lo conté.

—Joder, tenías que haberte guardado enseguida el resguardo —bufó.

—Ya, pero ni lo pensé, no se me ocurrió que estuvieran acechando… Ni que me fueran a quitar el resguardo de la mano…

—SIEMPRE están acechando, parece mentira que no lo sepas…

—Bueno, igual al final cogen otro destino, no nos pongamos en lo peor…

—Me extrañaría —se quejó con cara de agobio—, tienen una rara obsesión con nosotros.

—Ya —me reí—, dan un poco de *yuyu*…

—Imagínatelos un año de compañeros de aventuras —insistió con cara de asco—, a la mierda el año perfecto. Capaces son de buscarse un piso al lado del nuestro…

—Entonces tendremos que buscar un piso que sea el último disponible del edificio —me reí.

—Los veo echando a los vecinos, o alquilando uno en el edificio de enfrente y mirándonos por la ventana… Qué mal rollo de gente —bufó.

—Va, que no será para tanto. Yo confío en que al final elijan otro destino.

—Yo no contaría con eso, nena, ya lo verás… No nos vamos a poder librar de ellos.

Llegó el segundo cuatrimestre y Marc empezó el curso de dibujo, así que tres tardes por semana estaría ocupado con eso y no pasaría por el bar. Iba a verle menos, pero él estaba pletórico.

No habíamos vuelto a encontrarnos a la parejita, pero ese cuatrimestre yo coincidía con ellos en todas las clases que me quedaban de primero. Marc había pasado de curso limpio, así que tenía la suerte de librarse.

—Adivina. —Noelia se sentó a mi lado la primera vez que coincidimos en una clase—. Al final cogimos Nápoles —sonrío como una loca desquiciada.

—Qué bien —contesté con un nudo en el estómago.

—Lo vamos a pasar genial.

—Seguro —añadí con el deseo secreto de que a ellos no les dieran la beca.

Entró el profesor y ya no me dijo nada más.

Me siguieron hasta la cafetería al acabar la clase. Iba a ser difícil librarse de ellos ese cuatrimestre. Me senté en la mesa en la que estaban Marc y Loui y ellos se sentaron con nosotros. Marc puso cara de funeral.

—¡Qué mono es el *profe* de Teoría de la comunicación! ¿Verdad? ¡Está buenísimo! —Noelia rompió el hielo.

—Psss —respondí.

—¿El viejo? —preguntó Marc—. Si debe de tener noventa años.

—Es otro —aclaré—, no es el que teníamos el año pasado. Se ha debido de jubilar.

—O morir —siguió Marc—. Era más viejo que la facultad.

—No sé —dijo Noelia—, el caso es que el nuevo está para hacerle un favorazo… —soltó una risita tonta—. Y por lo visto está en el comité de asignaciones de las becas… Yo le haría el favor para que nos diera la beca a todos, pero tengo novio… Greta, te va a tocar a ti hacerlo… —

se moría de risa ella sola.

—Claro, en eso estaba yo pensando… —intenté no ponerle cara de asco.

—Por cierto, Marc, que a ti no te hemos dado la noticia… —dijo Noelia—. Al final hemos elegido Nápoles —sonrió abiertamente.

Marc se quedó blanco y Loui, al que yo había puesto al tanto del acoso que estábamos sufriendo, agachó la cabeza para que no le viéramos reírse.

—¿No había más ciudades? ¿Tenemos que teneros pegados al culo un año entero? —gruñó Marc con tono desagradable.

—Me encanta cuando haces esas bromas —se rio Noelia—, suenas súper convincente. Eres un cachondo mental.

Loui fingió buscar algo en su mochila para que no le vieran descojonarse y yo le cogí la mano a Marc por debajo de la mesa y se la apreté fuerte. Encontraríamos una solución, seguro.

VEINTISIETE

PREPARATIVOS DE BODA

Las semanas pasaban deprisa. Samu estaba ya casi totalmente recuperado y volvía a pasar las tardes con nosotros en el bar. Marc estaba encantado con el curso de dibujo, se le veía completamente feliz. Yo seguía con mi rutina habitual, pero con Noelia siguiéndome como si fuera mi sombra casi todo el tiempo que estaba en la facultad.

Marc coincidía en varias clases con Leire, una chica con la que había salido durante un par de meses el curso anterior y con la que se había portado como un cabrón. Ella parecía no tener mucha dignidad y daba la impresión de estar siempre pendiente de él. Era una chica rubia, de pelo largo y liso, y guapa, muy guapa. No me volvía loca la idea de que le rondara, pero conociendo la historia que habían tenido y cómo habían terminado, no pensaba que fuera a conseguir su propósito. No quería pensar mucho en ese tema, lo último que necesitábamos eran movidas con un ex… Aún quedaban secuelas de cuando nos habíamos enfrentado a algo así en Nochevieja. Además, estábamos mejor que nunca y no quería estropearlo con celos o dudas.

En casa las cosas estaban muy locas. Se acercaba rápidamente la boda de Emma y ella, Estrella, mi madre y Reyes iban de culo con los preparativos. Me tocó volver a ir un día con Emma y Estrella a probarnos otra vez los vestidos y a comprar zapatos… Con lo poco que me gustaban esas cosas.

—Bueno —empezó Emma cuando nos sentamos en una cafetería después de tres largas horas de ajustar vestidos y mirar zapatos—, ¿ya tenéis claro con quién venís a la boda?

—Yo supongo que con Marc —respondí con indiferencia.

—Claro —asintió Emma—, aquel rollo de la pelea y de la novia estaba claro que no iba a durar.

—Bueno —me puse un poco roja por su condescendencia—, cuando lo dije pensaba que sí.

—¿Y tú? —le preguntó a Estrella.

—Yo no lo sé todavía.

—Pues necesito saberlo cuanto antes.

—Bueno, a una mala tengo a Bruno o a Jaime, pero no me apetece nada.

—A Bruno, no —negó Emma—, que trae pareja.

—¿Qué dices? —se sorprendió Estrella—. Pues paso de ir de pareja de mi hermano, es muy triste… Ya encontraré a alguien.

—Pues date prisa, que necesito ir cerrando cosas.

—Qué presión —se quejó Estrella.

—Bueno, Greta, entonces te apunto a ti ya con Marc. —Sacó una carpeta que tenía con todo lo de la boda y donde apuntaba cosas todo el tiempo.

—Vale, pero le dices tú lo de las camisas de colores… Y quiero estar presente cuando se lo

digas —me reí.

—Ningún problema —dijo Emma—, yo se lo digo. Mañana mismo, cuando la clase de baile… Sigue en pie, ¿verdad? No os habréis olvidado…

—Tranquila, sigue en pie. Mañana volvemos a bailar con vosotros.

—Hola, ¿te tomas un café conmigo? —me dice Leire cortándome el paso cuando termina la clase de Redacción Periodística.

—No —le contesto.

—¿Por qué no?

—Porque ya he quedado y porque no me apetece —contesto cansado.

—Qué borde eres… Tampoco te estoy pidiendo una cita o una cena, solo es un café…

—No me apetece —insisto—. ¿Me dejas pasar?

—No hasta que me digas que sí.

—Mira, tía, no quiero ser desagradable, no me apetece quedar contigo, no insistas, por favor, déjame en paz.

—Vale. —Se aparta de mi paso con cara de asco—. Qué desagradable eres a veces.

—Pues por eso, ¿para qué quieres quedar conmigo? Si soy un gilipollas…

—Desde luego —asiente todavía con cara de asco.

Sigo mi camino ignorándola.

Llego a la cafetería y localizo a Greta en una de las mesas, pero no está con Loui. Está sentada con un tío, que rondará los veintimuchos, con camisa y pantalones de vestir. Lleva el pelo engominado de pijo y es un guaperas. Los dos hablan y se ríen. Me quedo parado sin saber muy bien qué hacer. Pienso por un momento que igual podría haberle dicho que sí a Leire, así no me encontraría en esta situación, sintiéndome como un imbécil sin saber qué está pasando. Greta se gira hacia la puerta y me ve. Me hace señas con la mano para que me acerque. Llego hasta su mesa y me siento con ellos.

—Bueno, Greta, espero que lo tengas todo más claro —le dice el guaperas mientras se levanta—. Me ha encantado charlar contigo. Tenemos que repetirlo, ven a verme cuando quieras. Nos vemos mañana.

Y se pira dejándonos solos.

—Hola. —Me pasa una mano por la pierna.

—¿Quién era? —pregunto.

—El nuevo de Teoría de la Comunicación.

—¡¿El profesor?!

—Sí —contesta asombrada por mi reacción.

—Parece muy joven.

—Sí, debe de ser un cerebrito… Se ha doctorado súper rápido y ya está de profesor ayudante.

—Sabes mucho de él —le digo.

—Lo que me ha contado. —Encoge los hombros.

—Y ¿por qué estabas tomando café con un profesor?

—Me lo ha dicho él al acabar la clase, que quería hablar del trabajo que presenté la semana pasada, que estaba flojo, y que tenía que cambiar el enfoque de cara al siguiente si quería sacar la asignatura.

—Esas cosas se hablan en los despachos, para eso están —le digo.

—Bueno, me ha propuesto un café, como había quedado aquí contigo me ha parecido fenomenal, por si se alargaba la conversación…

—Como veo que ha pasado —la corto.

—Sí, bueno, es que tiene una conversación muy interesante. Al final lo de mi trabajo lo hemos resuelto en un cuarto de hora y luego me ha estado contando cosas de cuando él hizo la carrera y el doctorado y tal, y me ha preguntado por mis planes de futuro y esas cosas…

—Mucho interés le veo en ti y en tus planes de futuro… Y ¿a qué venía lo de que tenéis que repetirlo?

—¿Estás celoso? —intenta no reírse.

—Para nada —respondo muy serio.

—¡Pero si es un profesor! Además, es mayor…

—No creo que sea mayor que Rober o que el empollón aquel con el que estuviste el año pasado.

—Bueno, pero eso ya pasó. Ahora me gusta mucho un crío un poco celoso y bastante bocazas. —Me pone la mano en la pierna y me da un beso en la mejilla.

—¿Pedimos un café? —me río.

—No —dice ella mirando el reloj—. Vámonos a casa a ver si nos da tiempo de hacer algo interesante antes de que lleguen Emma y Carlos para la clase de baile —sonríe y levanta las cejas.

—A la mierda el café. Vámonos. —Me levanto de golpe y tiro de ella hacia el exterior de la cafetería.

Pillamos un poco de tráfico, pero llegamos a casa casi una hora antes de la cita con Emma y Carlos. Para nuestra decepción, ya estaban allí.

—Qué bien, qué pronto venís —dijo Emma muy contenta al vernos aparecer.

—Sí, que bien —murmuró Marc entre dientes.

Lo primero que hizo Emma fue contarle a Marc lo de las camisas para la boda. Yo escuchaba divertida mientras veía cómo cambiaba su expresión.

—¿Cada uno con la camisa de un color? ¿Qué somos? ¿Los retrasados de *Siete novias para siete hermanos*? —gruñó Marc.

—Ay, me parece muy bonito, y me haría mucha ilusión… Bueno, estaría la opción de traje, camisa blanca y la corbata del color, sería más discreto —dijo Emma con algo de apuro—, pero vaya, que tu hermano y el mío ya han dicho que les parece bien lo de las camisas…

—Paso de traje y corbata —gruñó Marc—. Y ¿qué color se supone que me toca?

—Si vas de pareja con Greta, el violeta —le dijo Emma.

—¿Violeta? ¿Qué puta mierda de color es ese? ¿No podías haber elegido el blanco o el negro? —Me miró abriendo mucho los ojos—. Jamás te he visto vestida de violeta, vaya momento para experimentar…

—El blanco es el de la novia y de negro no me dejaron. —Encogí los hombros—. El verde es

para las rubias, el amarillo da mal fario, el rojo canta mucho… Yo qué sé, pues violeta, total, es un día, qué más da el color…

—Bueno, vamos a acabar con esto cuanto antes… Carlos, ayúdame a despejar el salón —refunfuñó Marc. Carlos le hizo caso sin rechistar.

—Greta, podríamos ponernos los zapatos de la boda, así se nos van haciendo al pie —sugirió Emma—, y tengo miedo de que no te los pongas hasta ese día y no sepas andar con ellos.

—Vale —acepté—, pero que sepas que a los doce años ganaba campeonatos de baile con taconazos.

—Bueno, solo ganasteis una vez, que yo recuerde… —dijo Emma—. Y ¿cuánto hace que no te pones unos zapatos de tacón?

—Para caminar, desde entonces —me reí—, pero como ponerme, me puse cientos el otro día en la zapatería…

Cuando volví ya con los zapatos de la boda puestos, Marc y Carlos habían dejado preparado el salón y Emma estaba con ellos ya preparada también.

Entré con los andares imposibles de una top model, cruzando un pie por delante del otro en cada paso y moviendo exageradamente las caderas.

—¿Qué te parece, Emma? ¿Sé o no sé andar con tacones?

Emma puso los ojos en blanco y Marc se reía disimuladamente. Bien, ya se le había pasado el mal humor de lo de la camisa.

Les pedimos a Emma y Carlos que nos enseñaran lo que habían practicado y, la verdad, se notaba que lo habían hecho. No habíamos quedado con ellos desde la primera vez, hacía ya meses, pero se lo habían tomado en serio, como todo. Parecía que no nos iban a necesitar más. Marc y yo los mirábamos bailar apoyados en el brazo del sofá que habían apartado para dejar despejado el salón.

—¿Sabes de qué me estaba acordando? —me susurró.

—¿De qué? —pregunté al mismo volumen.

—De la otra vez que hicimos esto… Y de lo que hicimos esa noche. —Me miró de reojo con una sonrisa.

—No es el momento —me reí dándole una palmada en la pierna.

Terminó la canción y les felicitamos por su evidente mejoría. Nos tocó el turno de enseñarles algunos giros y vueltas, nada demasiado complicado, pero para que pudieran lucirse un poco en su gran día.

Cuando dimos las piruetas por conseguidas y ya estábamos pensando en despedirnos, Emma volvió a sacar el tema maldito.

—Con lo bien que lo hacéis no entiendo que no queráis bailar en la boda —insistió por enésima vez. Me temí otro mosqueo de Marc.

—A ver —dijo Marc—, si lo que quieres es vernos bailar alguna en concreto, te la bailamos ahora para ti sola, bueno, y Carlos… Pero no voy a ponerme a bailar delante de gente, ya te lo dije.

—Ay, no es lo mismo, pero vale, me gustaría la del campeonato que ganasteis, el día que mi padre hizo camisetas para todos… la de *Can’t get my eyes off of you*[1]…

—Vale —aceptó Marc—. ¿Tienes la canción a mano?

—Sí, la tenía preparada por si acaso os convencía.

—Venga, ponla —le dijo a Emma—. Nena, atenta a la entrada, que esta tenía su rollo —se dirigió a mí.

—Lo recuerdo —asentí y me reí.

—Vamos a intentar hacer el estribillo como quería la señorita Ivanova. —Fue hacia la puerta del salón—. Ahora que soy yo el que te saca una cabeza a ti, igual podemos.

—Vale —me reí.

—Cuando quieras, Emma —dijo Marc desde la puerta.

Emma puso la canción y se sentó en el sofá con Carlos. Empezó a sonar la musiquilla de la intro y Marc entró al salón caminando despacio, con las manos en los bolsillos y cara de interesante. Me miraba de reojo y sonreía. Llegó al centro de la pista improvisada justo cuando empezaba la letra, como si lo tuviéramos ensayado…

You're just too good to be true

Sacó las manos de los bolsillos y levantó la vista hacia mí.

Can't take my eyes off of you

Extendió el brazo hacia mí y me hizo un gesto con la mano para que me acercara, era mi señal.

You'd be like Heaven to touch

Avancé hacia él como deslizándome por la pista, con un brazo extendido en su dirección y el otro fingiendo sostener el vestido que no llevaba.

—Te podías haber puesto un vestido, Greta —se quejó Emma—, con vaqueros queda muy raro.

—Shhh —la cortó Marc—, no rompas la magia.

Yo me reí.

I wanna hold you so much

Se inclinó un poco para alcanzar mi brazo extendido antes de tiempo y me atrajo hacia él con fuerza. Mi cuerpo golpeó contra el suyo y nos reímos.

Comenzamos con los pasos sencillos de la primera estrofa sin problema. En la segunda nos

separamos e hicimos un par de pasos sincronizados, me parecía increíble que los recordáramos tal cual después de siete años. Acabamos la serie de pasos conmigo pegada de espaldas a su pecho.

But if you feel like I feel

Deslizó sus manos por mis brazos, con más intención de la que ponía antaño, hasta llegar a las mías y darme la vuelta, poniéndome de cara a él.

Please let me know that it's real

—¿Esto lo bailábamos así a los doce años? —pregunté en un susurro mientras seguíamos bailando más pegados de lo que requería la coreografía. La música estaba muy alta y nuestros espectadores estaban lejos, era imposible que nos oyeran.

Asintió con una sonrisa.

—No lo recordaba tan sexi —susurré.

—Ni yo —sonrió.

Hicimos la serie de pasos que correspondían a la parte instrumental exagerando bastante la dramatización y riéndonos un poco. Cuando llegó el estribillo probamos los pasos que no habíamos hecho nunca, en los que él tenía que levantarme y girar conmigo. Yo debía estar de espaldas a él en la primera parte y de frente en la segunda. Nos salió a la primera, como si lo hubiéramos hecho miles de veces.

…*I love you, baby*

Trust in me when I say…

Se repitieron estrofas y estribillo de nuevo y volvimos a hacer lo mismo, cada vez con más naturalidad. En el último estribillo dábamos vueltas cara a cara, levantándome él a pulso y, en la última frase de la canción debía dejarme caer poco a poco, deslizando mi cuerpo por el suyo. Esa fue la parte más difícil, tuve que repetirme a mí misma varias veces que no estábamos solos y, tal y como me miraba, estoy casi segura de que él pensaba lo mismo.

Terminamos la canción abrazados, con sus brazos alrededor de mi cintura, los míos alrededor de su cuello y nuestras caras a pocos centímetros de distancia. Emma y Carlos empezaron a aplaudirnos.

—Esta noche terminamos esto —susurró con una sonrisa. Asentí.

—Lo hacéis genial —dijo Emma con entusiasmo—, como si hubierais estado ensayando ayer mismo… No sé por qué no queréis hacerlo en la boda —se quejó.

—Emma, tema zanjado —le dijo Marc muy serio—. No hay más que hablar. —Ella se

rindió.

Chus

VEINTIOCHO

EL CUMPLEAÑOS DE GRETA

Mi veinte cumpleaños cayó en sábado. Lógicamente, me tocaba trabajar, con Tato y Adela, como cada sábado. No me hacía ninguna ilusión cambiar de década, siempre había pensado que al llegar a los veinte sabría qué quería hacer con mi vida y tendría las cosas claras, pero ya estaban aquí y eso no había ocurrido todavía… en ningún aspecto de mi vida.

—Bueno, bueno, felicidades —dijo Adela nada más llegar—. Me lo ha dicho tu hermano, anda que cuentas algo… Veinte añitos nada menos, quién los pillara… Ocho de abril, Aries, te pega un montón, aunque no lo hubiera sabido habría adivinado que eres Aries… Se te nota, totalmente, eres una Aries de manual…

—¿Sí? —me reí—. No sé qué contestar a eso, no soy yo muy de horóscopos…

—Pues deberías, porque dicen grandes verdades… No hablo de las predicciones de las revistas, hablo de la Astrología en sentido profundo…

—Bueno, demasiado profundo para mí, me parece… Pero gracias por la felicitación.

—Venga, un chupito para celebrar esas veinte primaveras —sugirió Adela—. ¿Qué te apetece? Puedo llamar a un colega y que traiga absenta si quieres…

—No, tía, nada de absenta. —Agité las manos—. Una y no más.

—Vale, vale, qué mal lo llevasteis —se rio—, y eso que hace ya meses… Oye, y ¿tus colegas no vienen?

—Pues no han venido aún, es raro… Pero bueno, son poco más de las ocho, ya vendrán, supongo. La verdad es que no he quedado con ellos, pero no suele hacer falta, siempre vienen…

—Bueno, a ver esos chupitos… ¿Tequila?

—Venga, tequila —acepté.

Llamamos a Tato que estaba en la zona del billar y vino a tomarse el chupito con nosotras. Yo aún no había cenado y el tequila me cayó en el estómago como una patada.

Se abrió la puerta del local y entró Bruno.

—¿Qué pasa, jefe? —dijimos Adela y yo a la vez llevándonos una mano a la frente a modo de saludo militar.

—Felicidades, hermanita, veinte añitos ya, vaya tela, me hago viejo… —Llegó hasta la barra.

—Lamento decirte que así es… Si yo me hago vieja, tú siempre más —le guiñé un ojo—. Qué raro verte por aquí un sábado, ¿has venido para felicitarme?

—No. —Consultó su reloj—. En realidad a sustituirte, pero parece que tus colegas llegan tarde.

—¿Tarde? ¿Sustituirme? No he quedado con ellos, lo mismo ni vienen…

Se abrió la puerta del local de golpe y ahí estaban los cuatro.

—¡Esa Gretus veinteañera! —gritó Chus a pleno pulmón mientras los otros tres cabrones se

reían. Yo no sabía dónde meterme. Había poca gente en el bar, aún era pronto, pero todos se giraron a mirarnos.

Marc y Loui pasaron detrás de la barra y, mientras Loui cogía mi chaqueta y mi bolso, Marc me cargó sobre su hombro como si yo fuera un saco de patatas.

—Eh, que tengo que trabajar —me quejé.

—Te hemos conseguido la noche libre, aprovecha —dijo Samu.

—Vete tranquila, me quedo yo. No haces falta aquí hoy —se rio mi hermano.

—Vale —acepté—. Eh, que tengo piernas, puedo caminar sola —le dije a Marc, que me llevaba hacia la salida.

—Ya sé que tienes piernas —se rio él y me dio una palmada en el muslo, pero no me bajó.

Salimos los cinco del local. Una vez fuera, Marc me dejó en el suelo por fin.

—Vaya numerito habéis montado, con lo poco que me gusta ser el centro de atención —me quejé mientras me ponía la chaqueta que me pasaba Loui—. Cabrones —me reí.

—Por hacer algo diferente, veinte años solo se cumplen una vez… Y eres nuestra chica especial, teníamos que rescatarte de la maquinaria obrera —se rio Chus.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —pregunté.

—Tú mandas —contestó Loui—. Esta noche hacemos lo que tú quieras.

—Sí, primero te invitamos a cenar, ¿dónde quieres ir? —preguntó Samu.

—No sé, me da igual —dije todavía confusa por el numerito.

—Hoy mandas tú, nena, aprovecha —me dijo Marc.

—Eso me lo apunto para luego —le guiñé un ojo—. Me da igual, me acabo de encontrar con un sábado libre, solo eso ya es una fiesta, vamos donde queráis.

Empezamos a caminar hacia el centro tratando de decidir dónde ir a cenar. Finalmente optamos por un local de tapas que nos gustaba mucho, pero al que no solíamos ir porque era un poco más caro de lo normal. Fue una cena genial, bebimos, nos reímos y estuvieron recordando historias viejas, desde el colegio hasta ese momento. Salieron a la luz mis momentos más bochornosos. Me sentí muy afortunada de tener en mi vida a esos cuatro chicos que me querían tanto.

Cuando acabamos de cenar, me dieron mi regalo. Antes de que lo abriera, se disculparon por no haberme comprado algo mejor, pero, me dijeron, no tenían dinero para más. Yo no esperaba ni necesitaba nada. Tampoco he sido nunca muy materialista, no tenía problema en no tener regalos. El regalo en cuestión era una camiseta con una foto de los cuatro. Iban vestidos con camisetas y pantalones negros y todos llevaban también gafas de sol. Estaban muy serios y con los brazos cruzados sobre el pecho. Debajo de la foto ponía «Los guardaespaldas de Greta». Me dio un ataque de risa.

—¡Qué grandes sois! —no podía dejar de reírme—. Es genial.

Ellos también se rieron. Me la puse encima de la que llevaba, pero me estaba bastante grande.

—Lo único es que se os ha ido un poco la mano con la talla —les dije.

—Lo hemos hecho adrede —explicó Loui—. No pensábamos que te la fueras a poner para salir a la calle, creíamos que la usarías para estar por casa o para dormir.

—Bien pensado, pero esta noche me la pongo, que es mi noche especial.

Normalmente no me la hubiera puesto, pero el chupito de tequila y la cerveza de la cena empezaban a nublar mi sentido del ridículo.

Después de la cena, fuimos a beber al Angelus, que era barato y ya nos lo conocíamos. Me hicieron decidir a mí dónde íbamos luego y propuse la Blue Moon, una discoteca bastante reciente de la que había oído hablar, pero a la que no habíamos ido nunca, y estaba lo suficientemente cerca como para ir andando. A todos les pareció una gran idea y nos fuimos para allá.

Entramos a la Blue Moon. No sé por qué Greta ha elegido este sitio, es muy de pijos, no nos pega demasiado. Desperdiciamos las consumiciones de la entrada en cerveza, si pedimos cubatas, Chus y Greta acabarán potando, y no es plan. El ambiente está cargado, la luz es azul y la música que suena es una mierda. Mucho pijo relamido y ropa de marca. Encontramos un reservado libre y nos sentamos los cuatro, Greta se queda de pie.

—¿Nadie va a bailar conmigo? —pregunta—. ¿A esto venimos a una discoteca?

Samu y Loui se giran a mirarme.

—Yo no bailo en discotecas —informo bastante alto para que puedan oírme—. Y esta música es una mierda[1].

—Yo bailo con la chica del cumple. —Chus se pone de pie—. A ver si ligo, aunque sea por el efecto Greta.

—Qué tontos sois con eso —se ríe ella antes de cogerle de la mano para ir con él hacia la pista.

Empezamos con la coña del efecto Greta la segunda vez que Chus ligó después de bailar con ella en una discoteca. Greta es de esas personas que llaman la atención, que tienen un magnetismo especial. Aunque nunca ha sido la más guapa de la clase, siempre ha tenido tíos encima rondándola. Pero no le pasa solo con los chicos, las chicas también sienten una extraña atracción hacia ella que las hace querer ser sus amigas (seguramente por eso la pesada de la parejita la acosa de esa manera). Igual en parte es por su carácter un poco borde con los desconocidos y por su manera de hacer las cosas siempre a su rollo, sin importarle lo que piensen los demás. Qué voy a decir yo, si a mí me tiene loco y no dejo de pensar en ella en todo el día… El caso es que parece que hasta Chus es un ejemplar mejor valorado por las tías cuando baila con ella.

—Bueno, ¿qué? —me dice Samu dándome una palmada en la pierna—. ¿Lo intentamos con alguna? Allí hay dos con pinta de estar bastante aburridas que no están mal…

—Paso.

—No creo que sea día de que os pongáis a ligar —dice Loui—. Es el cumple de Greta, estaría feo que desaparecierais…

—Eso mismo —confirmo.

—Pfff… pues vaya plan —se queja Samu—. Bueno, voy a por otras cervezas y me paseo.

Se marcha y vuelve al rato contándonos que ha hablado con unas y que ha conseguido el teléfono de una de ellas para llamarla mañana. Le ha explicado que hoy no podía quedarse con ella porque sus amigos le necesitaban. Loui y yo nos reímos.

—Oye, pues no es mala táctica —dice Loui—. Puedes repetir el proceso con varias chicas y, aunque no ligues hoy, tienes teléfonos para toda la semana.

—Hostia, nano, eres brillante —le dice Samu—, qué poco aprovechas tu talento en beneficio propio… Voy a probar con las que he visto antes, ¿te animas? —me pregunta.

—Que no, nano, que paso. Pero quédate donde te veamos, que no queremos perdérnoslo.

—Vale, vale, lo respeto, tío. Tú sabrás. Venga, os voy a dar espectáculo.

Va hacia las chicas en las que se había fijado al principio y se pone a hablar con ellas. Evidentemente, no podemos oír lo que dicen, pero al momento a ellas se les nota la risa nerviosa que Samu suele producir en las tías. El efecto Samu es similar al efecto Greta, aunque mucho más directo y evidente.

Vuelve a los pocos minutos con una sonrisa de satisfacción.

—Conseguido. Llevo dos. Igual me pongo un desafío personal, a ver cuántos teléfonos soy capaz de conseguir en una noche. —Se acaricia la barbilla como si estuviera meditando un elaborado plan. Loui y yo nos reímos.

—Venga —propone Loui—, ahora aquella, la del vestido rosa.

Samu se gira en la dirección que le indica Loui y a continuación vuelve a girarse hacia él sonriendo.

—Desafío aceptado. —Apura su cerveza y se va para allá.

Se repite la misma escena de minutos antes y no tarda demasiado en volver a la mesa con una nueva sonrisa de satisfacción.

—¡Qué crack! —se ríe Loui.

—Oye —dice Samu—, ¿y nuestros bailarines? No los veo…

Los tres empezamos a escudriñar la pista en busca de Chus y Greta, pero hay bastante gente y no es fácil. Localizamos primero a Chus, está bailando con otra chica que está de espaldas a nosotros; dado el historial de Chus, existen altas probabilidades de que sea un orco.

—Mira al Chus, nano, qué cabrón —dice Samu—. El efecto Greta le ha vuelto a funcionar.

No tardamos en localizar a Greta, está bailando con un desconocido.

—Tío —me dice Samu—, ve a bailar con ella si no quieres que se líe con ese tío.

—No se va a liar con ese tío.

—Yo tampoco lo creo —dice Loui—, aunque seguro que prefiere que bailes tú con ella.

—Que paso de bailar esta mierda de música[2] —insisto.

—Bueno, pues voy yo a bailar con ella —dice Samu—. Si yo no puedo ligar esta noche porque es su cumpleaños, ella no va a ligar tampoco…

Loui y yo nos reímos. Voy muy ciego ya, cuando no puedo recordar cuántas cervezas llevo es mala señal.

—¿Te parece bien que baile con ella? No quiero malos rollos —me susurra Samu al oído para que Loui no le oiga.

—Sí, tío —me río y le empujo en el hombro—, baila con ella.

Samu llega hasta Greta y ella se pone a bailar con él ignorando completamente al otro tío con el que estaba bailando.

—¿De verdad no vas a bailar con ella en su cumpleaños? —me pregunta Loui después de un rato.

—Ya he dicho que no —le doy otro trago a la cerveza.

—¿Por qué no? No me pongas la excusa de la música.

—Porque no quiero bailar con ella estando tan ciego. ¿Te vale eso?

—¿Tan ciego vas? —me pregunta Loui que, como siempre, ha bebido la mitad que los demás.

—Sí, tío.

—Igual ese es el empujón que necesitas —sonríe.

—¿Empujón? —sonrío yo también—. No necesito un empujón, necesito un puto freno.

Loui suelta una carcajada y no dice nada más.

Samu no tarda en volver a sentarse con nosotros.

—¿Y Greta? —pregunta Loui mientras yo la busco con la mirada.

—Ha ido al baño, ha dicho que ahora venía a la mesa.

De repente Samu se pone a silbar y a dar palmas. Por suerte, la música impide que le oiga la gente.

—Mira al Chus, nano… ¡Qué campeón! —Señala un punto de la pista en el que está Chus besándose con la chica con la que estaba bailando—. Es injusto, a él no le habéis dicho que no ligue y a mí sí. Cabrones.

—Para una vez que liga, deja al chaval, no seas egoísta —me río—. Se lo ha ganado, hoy le toca a él… Y tú tienes el número de tres tías, no te quejes…

—Ah, sí, no me acordaba —Samu sonríe de nuevo con satisfacción y mira al infinito—. Yeh, nano, ¿qué hace Greta? ¿Nos ha cambiado por cuatro viejos? —pregunta señalando con la cabeza hacia la barra que hay al otro lado de la pista.

Loui y yo miramos hacia allí. Está hablando con cuatro tíos de unos treinta años (por lo que parece desde aquí). Uno de ellos recoge chupitos de la barra y le pasan uno a ella. Greta se ríe y brinda con ellos.

—Joder —dice Loui—, ¿conocemos a alguno? Igual son amigos de su hermano… o del tuyo…

—No me suenan, pero desde aquí tampoco se les ve bien.

—Vale, ¿quién va a por ella? Tenemos que ir alguno para que se note que la camiseta que lleva no es un farol —dice Samu, y Loui y yo nos reímos.

—Ve tú a por ella. —Loui me da un codazo.

—Vale, voy yo. —Me levanto.

Cruzo la pista y le doy una palmada a Chus en el hombro cuando paso por su lado. Voy hacia donde está Greta. Me ve antes de que llegue hasta ella y me sonríe.

—¡Marc! Ay, qué ganas tenía de verte. —Coge mi mano y tira de mí.

—Él aún es joven —les dice a los tipos—, no es viejo como nosotros…

Los cuatro se ríen.

—Vamos, nena, ¿volvemos con los demás?

—¿Es tu novio? —pregunta uno de ellos. Su cara me resulta familiar, pero no lo termino de ubicar.

—Qué pregunta más difícil. —Ella se gira hacia mí—. Marc, ¿eres mi novio?

—Qué ciega vas —me río.

—El otro día me dijiste que tenías novio, ¿es este? —insiste el tipo.

Me giro a mirarlo. Es el profesor con el que tomó café hace unas semanas. Me muerdo la lengua para no preguntar en qué contexto profesor-alumna surge la pregunta de si tiene novio. No quiero que me vuelva a llamar celoso.

—Ah, no me acordaba, pues si te dije eso, sí, me refería a él —contesta Greta—, pero es secreto. —Se pone el dedo en los labios en señal de silencio.

—Venga, nena, vamos con estos, te lo estás perdiendo, Chus ha ligado.

—Oh —dice ella—, vamos, vamos, pero primero acompáñame a un sitio. Adiós, chicos.

Gael, te veo por la facultad.

Me da la mano y tira de mí en dirección a los servicios. Pasamos el muro que oculta la entrada a los baños y continuamos caminando hacia el final. Cuando llegamos veo que la pared hace un quiebro dejando un rincón ciego, escondido tanto de la gente que hace cola en los aseos como de la discoteca.

—Antes me he perdido y he encontrado esto. —Me pasa los brazos por el cuello—. Aquí no nos ve nadie. —Se pone de puntillas y me besa.

Le devuelvo el beso y el alcohol me ayuda a olvidarme al momento del profesor, de mis amigos y del resto del mundo. Solo puedo pensar en lo que haría si estuviéramos en casa en lugar de en este puto antro.

VEINTINUEVE

DESPEDIDA DE SOLTEROS

La primavera llegaba a su fin y la boda de Emma estaba cada vez más cerca. Todas las mujeres de la casa, menos yo, estaban a tope con los preparativos. Estrella seguía agobiada buscando pareja para la boda. Por algún motivo, le angustiaba la idea de acabar emparejada con su hermano Jaime. Decía que le parecía muy patético, y tampoco quería llevar a un chico que apenas conociera porque iba a estar en las fotos de la boda para siempre. Toda la vida se había metido conmigo por no tener amigas y tener solo amigos, pero, en este caso concreto, era una ventaja.

Emma y Carlos decidieron que lo de las despedidas de solteros era una horterada y optaron por una celebración conjunta, que terminó siendo una cena con todos los invitados menores de treinta años.

Reservaron un restaurante más elegante de lo que se suele esperar en este tipo de celebraciones, pero como pagaban ellos, a todos nos pareció bien. A mí me encantó la idea, porque así podían venir mis amigos. Si hubieran hecho las despedidas por separado, me habría tocado irme por ahí con Emma y sus amigas… Pocas cosas peores se me ocurrían.

Llegamos a la cena y, sorprendentemente, no fuimos los últimos. Los novios estaban en uno de los extremos de la mesa y, junto a ellos, algunos de sus amigos de la universidad. A continuación estaban Bruno, Jaime, Tato y algún otro amigo de su grupo. El resto de la mesa estaba libre. Faltaban las amigas de Emma del instituto y Estrella, que formaba parte también de esa pandilla.

Nos fuimos sentando según llegamos. Yo me senté entre Loui y Marc y enfrente de Samu, que estaba al lado de Chus. Chus llevaba dos meses hablando de su novia, Vero. Contra todo pronóstico, la chica que conoció en mi cumpleaños se había convertido en algo más. Él estaba enamoradísimo (eso no era novedad) y era correspondido (eso sí lo era).

Emma no nos dejó beber cerveza, había pedido un vino especial para la ocasión. El vino solía sentarnos peor que la cerveza, sobre todo a Marc, por alguna razón le subía muchísimo.

Nos acababan de servir la primera copa cuando llegaron por fin las que faltaban. Una amiga de Estrella fue directa a sentarse en la silla que había libre junto a Marc. No me hizo gracia tanta urgencia. Estrella se sentó en la que quedaba junto a Samu, enfrente de su hermano. El resto de las amigas cuyos nombres jamás me aprendí ocuparon las sillas que quedaban.

—Samuel, cuánto tiempo sin verte —le dijo Estrella—. Me alegro de que estés mejor, la última vez que te vi estabas fatal.

—¿Cuándo nos vimos por última vez? No me acuerdo —contestó Samu.

—En Nochevieja, en el hospital…

—Hostia, ¿nos vimos en el hospital? Espero que no te dijera ninguna burrada. —Se puso blanco—. No me lo tengas en cuenta, no me acuerdo de casi nada de los primeros días.

Yo me reí.

—¿Qué dije? —me preguntó agobiado.

—Nada, estabas muy gracioso —dijo Estrella—, no te preocupes.

—Vale, casi prefiero no saber… Si fue algo ofensivo te pido disculpas y lo olvidamos…

—Nada ofensivo, tranquilo, olvídate —se rio Estrella.

Emma hizo un gesto al camarero indicando que ya estábamos todos y empezaron a sacar los aperitivos. La comida estaba muy buena y el vino entraba casi sin darnos cuenta.

—¿Tú eres el hermano de Estrella? No te veía desde hace por lo menos cuatro años. ¡Qué mayor te has hecho! ¡Has cambiado mucho! —le dijo a Marc la que había corrido a sentarse a su lado—. Yo soy Olga, ¿te acuerdas de mí?

—No, lo siento —contestó él—. Hace mucho de eso y erais muchas las amigas de mi hermana —se rio.

—Claro, claro, normal… ¿Y qué haces ahora? ¿Qué estudias? ¿Cuántos años tienes?…

Él iba contestando pacientemente a su interrogatorio y ella procedía a realizar nuevas preguntas y a aportar los datos equivalentes de su vida que nadie le había preguntado. Me estaba poniendo mala. Cuando llevaban ya varios minutos de interrogatorio le di a Marc un pellizco en el muslo por debajo de la mesa. Me miró de reojo y sonrió. Esperó a que la pesada se callara un momento para darle un trago a su copa y se inclinó hacia mí.

—Nena, ¿estás celosa? —me preguntó en un susurro al oído con su mejor sonrisa.

—Nnnnno —le dije aguantando más de la cuenta la lengua en el paladar mientras cerraba los ojos, levantaba las cejas y sonreía.

Él soltó una carcajada y se giró para seguir respondiendo al interrogatorio.

—Bueno, Estrella —dije buscando otro tema de conversación que me distrajera de la pesada acosadora—, ¿ya tienes pareja para la boda?

—Ay, no, no me lo recuerdes, qué agobio tengo con eso… —Abrió mucho las manos—. Al final me tocará ir con Jaime, si no lleva pareja al final, que a saber, míralo. —Nos giramos hacia Jaime, que parecía estar ligando con una de las amigas de la universidad de Emma—. No me va a quedar ni el recurso de mi hermano, qué triste…

—Pero ¿pareja para qué? ¿Qué hay que hacer? ¿Te sirvo yo? ¿O el amigo de tu hermano pequeño es triste también? —preguntó Samu.

—Ay, me salvarías la vida —dijo Estrella—. No hay que hacer nada, bueno, venir a mi casa antes de la boda para las fotos y luego salir en las fotos ya de la boda en sí y poco más… Bueno, y ponerte una camisa que quiere Emma…

—Facilísimo, me encanta ir a vuestra casa, salgo muy bien en las fotos y sé ponerme una camisa. Cuenta conmigo, y con eso compenso lo que te dijera en Nochevieja —se rio. Estrella respiró aliviada.

—Gracias, gracias, gracias.

—Nada, tranquila —respondió Samu divertido.

—Nano, ¿tú sabes de qué va el rollo? Tenemos que llevar camisas del color de los vestidos —dijo Marc pasando por un momento de la pesada y uniéndose a nuestra conversación.

—Bueno, manías de la novia, ningún problema con eso.

—Tío, la mía es violeta, pero es que mi hermana va de rosa, te va a tocar ponerte una camisa

rosa, nano, no hay nada más gay —dijo sin pensar y le di un pisotón por debajo de la mesa—. Perdón —corrigió rápidamente—, no quería decir eso, digo que es un color feo de cojones.

—Me da igual, pues rosa, ya ves tú, ningún problema con eso, chaval —se rio.

Los camareros siguieron sacando comida y sirviendo vino. Marc alternaba su conversación entre la acosadora y nosotros. Yo hablaba con el resto de los chicos y con Estrella, que se unía a nosotros de vez en cuando.

Después de cuatro copas de vino, me levanté para ir al baño, más para echarme agua a la nuca y espabilarme que otra cosa. El restaurante era muy pijo, pero baño de chicas solo había uno, así que me tocó esperar a que saliera la anterior. Cuando por fin salió y yo estaba entrando, unas manos me empujaron suavemente, pero con prisa, hacia dentro. Me giré a mirarlo cuando Marc echaba el pestillo.

—Vas a tener que ser muy rápida… y muy silenciosa —me dijo con una sonrisa.

—Con lo de rápida no habrá problema… Con lo de silenciosa, no prometo nada, voy muy ciega —dije con una risita acercándome a él.

Me acorraló rápidamente contra la pared. Comenzó a besarme con fuerza y metió sus manos por debajo de mi vestido. Mis sentidos se confundían por el efecto del vino, que lo amplificaba todo. Sus manos se movían tan rápido y con tanta precisión que me costaba creer que fueran solo dos. Sentía que podía perder el conocimiento en cualquier momento. Lo sentí dentro de mí, sin previo aviso, sin haber dejado de notar sus manos ni un instante. Era toda piel. Me conocía tanto que sabía perfectamente cómo debía moverse para conseguir llevarme a lo más alto en cuestión de minutos. Y lo hizo. Y él vino conmigo.

Nos arreglamos la ropa rápidamente y nos echamos un poco de agua en la cara, para que no se nos notara tanto el sofoco. Nos quedamos mirando en el espejo el reflejo del otro y nos reímos.

—¿No te daba morbo pensar que estaban todos ahí fuera, tan cerca? —susurró inclinándose hacia mí.

—Eres un perturbado —le dije igual de bajito con una sonrisa.

—Somos, nena, somos.

Abrí la puerta del baño con Marc casi pegado a mi espalda y me quedé congelada cuando vi a su hermana y mi hermano esperando para entrar a los respectivos aseos que estaban ocupados, aunque solo uno por nosotros. Estrella nos miró con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? ¿Hasta vais juntos a mear? Lo vuestro es para hacéroslo mirar, ¿eh? —dijo Estrella.

—No estaban meando —afirmó Bruno muy serio.

Mi corazón empezó a latir muy deprisa. No podía reaccionar. Me quedé clavada al suelo notándolo latir dentro de mi cabeza y con un sudor frío recorriéndome la espalda.

—Greta —Bruno me cogió del brazo de una manera bastante brusca—, entiendo que sois muy jóvenes y tenéis curiosidad, pero la coca es una cosa muy chunga. No quiero que os metáis en eso, no quiero que os metáis esas mierdas.

—Vale —dijo Marc rápidamente cogiendo a su vez el brazo de Bruno—, era solo curiosidad.

Ni una raya más, te lo juro. —Se llevó la mano que tenía libre a la nariz y aspiró como si se le fueran a caer los mocos.

—No lo digo de coña, la farlopa no es una broma, es lo peor que hay… ¿Me lo prometéis?

—Prometido, prometido —dijimos los dos y nos fuimos hacia nuestros asientos dejando a Estrella con cara de flipada y a Bruno con cara de mosqueo.

Intentamos no reírnos, pero a mitad de camino a la mesa no lo pudimos soportar, aun así, fuimos discretos.

—Se me ha parado el corazón un momento —me dijo Marc al oído mientras caminábamos.

—El mío daba los latidos de los dos, tranquilo —le contesté.

El resto de la cena transcurrió sin incidentes. Cuando se acercaba la hora de irnos, noté a Marc muy serio, como si le estuviera dando el bajón. La parte buena de eso era que ahora ignoraba a la pesada que tenía al lado, pero estaba muy raro.

Sugirieron ir a una discoteca, pero Marc dijo que pasaba, que se iba a casa. Decidí irme con él.

Caminamos hacia casa un buen rato en silencio.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —le pregunté por fin.

—Estaba pensando, de repente me he dado cuenta de lo absurdo de mi vida… No sé si me da risa, pena o rabia…

—¿El qué?

—Pues que finjo en casa que paso las tardes en el bar bebiendo cerveza cuando en realidad estoy haciendo un curso de dibujo de puta madre de mucho prestigio que me puede abrir un montón de puertas… Pero la que se liaría sería tan gorda que me resulta más inofensivo decir lo del bar… Y luego lo de esta noche, que he tenido que fingir que nos estábamos metiendo coca porque parece menos grave que contar que estoy…

—Que estás… —le dije con un movimiento de la mano invitándole a continuar.

—No sé… contento —dijo por fin.

—¿Contento? —le pregunté levantando las cejas.

A mi yo romántica le hubiera gustado mucho un «enamorado», pero bueno, un «contento» era mejor que un «hasta los cojones».

—Sí, no sé, contento, feliz, igual feliz es mejor, no sé… Es solo que me he agobiado de pensar en lo absurdo de mi situación en esos dos aspectos…

—Pues no tienes cara de feliz, que lo sepas —le dije.

Dejó de caminar y me cogió la mano para que me detuviera yo también.

—Pues estoy feliz, nena, te lo juro. Muy feliz —aseguró con su mejor sonrisa.

TREINTA

LA BODA DE EMMA

Llegó finalmente el día del «sí, quiero». Nuestra casa bullía de nervios y preparativos de última hora. Vinieron una peluquera y una maquilladora a ocuparse de la novia y de todas las demás mujeres de la familia. Yo me sentía capaz de ocuparme por mí misma de mi pelo y de mi cara, pero Reyes fue tajante con ese tema. Me peinaron y maquillaron hasta que casi no reconocía mi reflejo en el espejo. Quise protestar, pero era el día de Emma, no era momento de discutir.

Antes de empezar a vestirme, fui a la cocina a por un café. Tenía la sensación de llevar pegada sobre los hombros la cabeza de otra persona. En la cocina estaban Marc y Samu, ya vestidos para la ocasión, con sus impecables camisas de colores, plantados en medio de la cocina, de pie y fumándose un cigarro.

—¿Qué hacéis aquí de pie? —pregunté al entrar—. ¿Por qué no os sentáis un rato? Creo que aún falta hasta que nos vayamos…

—No nos está permitido sentarnos —dijo Marc—. Dice mi madre que se nos arrugarán los pantalones.

No pude evitar poner los ojos en blanco. A Reyes se le estaba yendo el asunto de las manos, y eso que era mi hermana la que se casaba… No quería ni imaginarme la que montaría cuando fuera la boda de uno de sus hijos. Mi madre, en cambio, aun siendo la madrina, controlaba mucho más los nervios. Delegaba en su socia todo ese tipo de decisiones y absurdeces. Ella estaba pendiente de tranquilizar a mi hermana y de poco más.

Llegó el fotógrafo a cubrir todo el proceso de preparación de la novia y Reyes empezó a meternos prisa a Estrella y a mí para que nos vistiéramos. Ambas obedecimos a toda velocidad, no queríamos provocar más nervios de los estrictamente necesarios.

Llegaron Bruno y Jaime con sus parejas y fueron los primeros en pasar por el fotógrafo, que había preparado un tinglado para retratar a todas las parejas por separado. Cuando salí ya vestida, era el turno de Estrella y Samu, la pareja de rosa. Me daba mucha risa el absurdo juego de colores que había impuesto Emma, pero era su día, no iba a ser yo la que me quejara. Finalmente nos tocó el turno a Marc y a mí. Nos colocamos donde nos dijo el fotógrafo y, justo antes de que hiciera la primera foto, él se inclinó hacia mí y me susurró al oído.

—Bonito vestido, te queda muy bien, aunque quedaría mejor arrugado a los pies de mi cama.

Como un reflejo me giré hacia él con los ojos muy abiertos y aguantando la risa. Marc soltó una carcajada. En ese preciso momento se disparó el flas del fotógrafo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el tipo—. Esta foto no vale, hay que repetirla.

—Oh, sí que vale —dijo Marc—. Quiero una copia para mí, pero tranquilo, que ahora nos ponemos serios y nos haces la de verdad.

Así lo hicimos, aunque no sin esfuerzo.

Llegamos a la alquería que los novios habían alquilado para la ocasión. Gerardo, con sus influyentes contactos, había conseguido que alguien viniera a casarlos allí mismo, así que todo se celebraba en el mismo lugar. La ceremonia en sí fue breve (cosa que agradecimos) pero muy bonita. Los novios habían preparado sus propios votos. Los de Emma fueron serios y eficaces, como era ella, y los de Carlos incluyeron un par de *por consiguientes* que nos alegraron el momento a Marc y a mí.

Tras la ceremonia, y antes de la cena, se sirvió un aperitivo del que los familiares tuvimos que prescindir, pues teníamos que hacernos las fotos oficiales con los novios. Nos hicieron cientos de fotos de todo tipo: cada pareja con los novios, todas las parejas juntas formando un extraño arcoíris, todos juntos con ellos… Cuando el fotógrafo empezó con las fotos de pareja de los recién casados, ya nos dejaron libres para unirnos al resto de la gente.

Loui había traído su propio equipo de fotografía y, tras pedir permiso a Emma y al fotógrafo oficial, estuvo haciendo fotos a su bola. Un becario del despacho de Gerardo se le acercó en un momento dado muy interesado por lo que estaba haciendo y por el funcionamiento de la cámara. Dijo ser un inminente abogado muy aficionado a la fotografía, aunque daba la impresión de que su interés era otro. Acompañó durante un rato a Loui en su cometido y escuchó con atención todo lo que él le iba explicando.

Llegó la hora de la cena y nos sentaron de manera muy similar a la de la despedida, aunque en esta ocasión las mesas eran redondas. Estaban dispuestas en un enorme jardín formando un círculo con el escenario, dejando libre el centro, que sería después de la cena la pista de baile. Sobre el escenario, una orquesta tocaba a un volumen no demasiado alto canciones tranquilas. Dos cantantes, un chico y una chica, se alternaban según lo requería la canción.

Nos tocó en la mesa con Estrella y sus amigas y ¡oh, sorpresa!, la tal Olga volvió a sentarse al lado de Marc. Yo volvía a estar entre Marc y Loui. De nuevo no había cerveza, solo vino. Emma y sus manías…

El becario estaba sentado en la mesa de los abogados del bufete de Gerardo, pero no le quitaba ojo a Loui, que estaba en su mundo y no se enteraba.

—¿Y ese chico con el que hablabas antes? —le pregunté muy bajito cuando empezó la cena.

—Se llama Nacho. Me ha hecho algunas preguntas de fotografía, por lo visto le interesa, pero no controla demasiado —explicó como si nada.

—Yo creo que lo que le interesa es otra cosa —susurré con una risita.

—¿El qué? ¿Para qué va a hablar conmigo si no le interesa la fotografía? —me preguntó con toda su inocencia.

—¿En serio? —le pregunté abriendo mucho los ojos y levantando las manos—. ¿No se te ocurre nada que le pueda interesar de ti? ¿Te hago un mapa? —me reí.

Me miró desconcertado durante un momento y de repente algo dentro de su cabeza hizo clic y se puso muy rojo.

—No, no, ¡qué dices! No es eso… —se le trababan las palabras—. ¿Tú crees?

—Estoy segurísima —me reí—. Míralo, no te quita ojo.

—¿Está mirando? No me voy a girar, qué vergüenza… —dijo muy apurado.

—Es mono —sugerí.

—Sí —se rio Loui—, es guapo y muy simpático.

—Pues ya sabes… En un par de semanas es tu cumple, venga, que aún consigues tu beso de verdad antes de los veinte…

Volvió a ponerse muy rojo.

—Bueno, bueno, eso son apreciaciones tuyas, a mí me cuesta creerlo…

—Tú solo habla con él si se te vuelve a acercar —insistí.

—Vale —aceptó algo agobiado. Se separó el cuello de la camisa de la piel, pobre, estaba empezando a sudar de los nervios que tenía.

Tras ese inciso, volvimos a incorporarnos a la conversación de la mesa. Marc ignoraba a su acosadora particular más que en la despedida. Demasiado le había seguido el rollo aquella noche para lo que él era… El vino nos estaba subiendo más que la otra vez y Marc tenía ya los ojos vidriosos y no paraba de reírse. Me miraba de vez en cuando y sonreía con cara de tonto. Creo que estaba más guapo que nunca, le sentaba sorprendentemente bien el color violeta.

Acabó la cena y todo el mundo estaba ya con las copas, puros, cigarros y esas cosas que siguen a ese tipo de celebraciones.

—Ahora vengo. —Marc se levantó de golpe y casi tira su silla al suelo en el proceso. Se empezó a reír, había bebido demasiado.

Lo vi acercarse al escenario. La cantante interpretaba *Summertime*[1] a lo Ella Fitzgerald, y el otro cantante estaba abajo del escenario, en un lateral, mirando la actuación. Marc se le acercó y estuvo hablando con él hasta que terminó la canción. Entonces subió el chico al escenario y habló por el micrófono.

—Señoras, señores, un momento de atención, por favor. Me dicen Fred y Ginger que van a cumplir un deseo de la novia antes de que los recién casados abran oficialmente el baile. Ginger, dice Fred que estés atenta…

Miré a Marc, que me miraba desde el lado del escenario y se reía. Miré a Emma, que sonreía emocionada desde la mesa de los novios.

Empezó a sonar la canción que Emma había elegido para nosotros y que habíamos bailado hacía unas semanas. Marc volvió a hacer su entrada con pasos lentos y las manos en los bolsillos. Me miraba sonriendo, intentando no reírse, pero le costaba trabajo. Yo me había quedado petrificada en mi silla.

—Venga —Loui me dio un codazo—, te toca.

Reaccioné a tiempo. Cuando Marc llegó al centro de la pista y tendió su mano hacia mí, me levanté y fui hacia él, con movimientos quizá algo exagerados, había que hacer un poco de *show*. Llegué hasta él y reprodujimos el baile tal y como lo habíamos hecho para Emma y Carlos hacía poco. Esta vez el vino nos hacía estar más relajados. Sobreactuábamos y nos reíamos, pero no debía de estar quedando mal porque la gente aplaudía cada poco rato. La canción la estaba interpretando el cantante, pero en el estribillo entró la chica haciendo una segunda voz y el *I love you, baby* sonaba mucho más potente y emocionante mientras Marc me levantaba por los aires y

dábamos vueltas. La gente aplaudía más fuerte y oí incluso algunos silbidos y vítores… de nuestros amigos, seguro.

Terminó la canción y Marc se me quedó mirando con la cara que ponía antes de besarme. Entré en pánico por un momento hasta que lo vi reírse y hablarme al oído.

—Tranquila, no te voy a besar. Vamos a sacar a los novios.

Empezó a sonar el vals que la pareja de recién casados había elegido para abrir el baile y Marc y yo fuimos hasta su mesa para bailar con ellos. Bailamos el principio de la canción, yo con Carlos y él con Emma, hasta que, a los pocos compases de empezar hicimos un cambio de parejas no ensayado pero que nos quedó tan bien que lo parecía. La gente aplaudió cuando empezaron a bailar juntos los novios. Marc y yo seguimos bailando, pero nos retiramos discretamente fuera del círculo de mesas para no quitarles protagonismo.

—Qué aburrido es el vals —afirmó cuando ya estábamos fuera de todas las miradas.

—Lo sé —me reí—, pero es fácil, entiendo que sea tan popular…

—Ahora sí que podría besarte —sugirió—, la gente los mira a ellos.

—Nooooo —contesté asustada—, puede haber alguien mirando.

—Siempre hay alguien mirando —me dijo—, y casi siempre el mismo… —añadió señalando con la cabeza hacia nuestra mesa, desde donde Loui nos hacía fotos.

—Es fotógrafo de vocación —me reí—. No lo puede evitar.

—Es un puto mirón —se rio él—, pero se lo vamos a perdonar porque nos hace unas fotos de puta madre.

Cuando acabó el vals, se levantaron más parejas a bailar las siguientes canciones. Los novios se acercaron a nosotros y Emma nos abrazó muy fuerte para darnos las gracias. Yo no entendía muy bien tanta emoción, pero no era de extrañar, yo no solía entender nada que tuviera que ver con Emma.

Volví a bailar, esta vez con Loui, lo que tampoco era muy habitual. Bailé también con Samu, que estaba muy metido en su papel de acompañante y llevaba casi toda la noche bailando con Estrella. Con Chus no bailé, se había traído a su chica y solo tenía ojos para ella. Hacia el final de la noche, volví a bailar con Marc todas las canciones que quedaban hasta que se acabó la fiesta y nos echaron de allí.

Llegamos a casa de madrugada. Me dejé caer en la cama de Marc mientras él, sentado en la silla de su escritorio, se quitaba los zapatos. En ese momento sonó mi móvil.

—¿Quién te manda un mensaje a estas horas? —preguntó levantando una ceja.

—Ni puta idea —contesté antes de coger mi teléfono.

LOUI

Tenías razón, cuánto sabes de estas cosas… Ya he tenido mi primer beso de verdad ;)

No pude evitar sonreír con cara de tonta.

—¿Qué pasa? —preguntó Marc.

—Es un secreto, no puedo contártelo —le dije todavía sonriendo—. Pero sí que podemos averiguar si es verdad que mi vestido queda mejor arrugado a los pies de tu cama…

—Eso está hecho —aceptó con una sonrisa y vino a la cama conmigo.

TREINTA Y UNO

VERANO

Llegó el verano y, con él, el final de curso. Loui me contó que había estado quedando durante un par de semanas con el chico de la boda de Emma, pero que finalmente la cosa no había cuajado. Al menos estaba contento, había dado un primer paso y se sentía más tranquilo y más seguro de sí mismo.

Yo había hecho un esfuerzo enorme por aprobarlo todo para no quedarme fuera de las becas, y lo había conseguido, aunque con unos resultados muy mediocres. Mi nota media no llegaba al seis. Marc también había sacado el curso entero, pero con unos resultados mucho más espectaculares, su nota media pasaba del ocho y medio. En el curso de dibujo había quedado entre los cinco mejores. Tenía mucho talento y lo había dado todo.

El último día de clase había quedado con él en el césped de la facultad para esperarle mientras él recogía los trabajos que había hecho durante el curso.

—Tengo un problema —dijo al sentarse a mi lado cuando volvió ya con la carpeta de trabajos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hay un segundo curso, solo para los diez mejores, estoy dentro si quiero hacerlo, pero tiene que ser el curso que viene, durante el primer cuatrimestre, no hay otra opción. El rollo es que si haces los dos bloques te dan el título oficial de máster. Eso sería brutal en el currículum. Periodista y con un máster en ilustración y creación de cómic, podría currar dibujando para alguna revista… o a saber…

—Pero es genial —aseguré—. ¿Cuál es el problema? ¿La pasta? Yo la tengo, no te preocupes por eso, ya lo sabes…

—No, nena, lo de Italia…

—Ay, joder, es verdad… Bueno, no pasa nada, tampoco es seguro que nos den la beca, sobre todo a mí con mi media de mierda —me reí—. Podemos dejar lo de Italia para el curso siguiente… Esto es más importante…

—No, pero yo quiero irme a Italia contigo. Y si nos la dan y renunciamos, lo mismo nos quedamos fuera para el año siguiente…

—Bueno, tú de momento haz la preinscripción al curso, que eso es gratis, y en septiembre, cuando resuelvan lo de las becas de lo de Italia, ya decidimos… O decides, que la decisión es tuya. No vamos a estar amargándonos antes de tiempo…

—Vale, bien pensado, esperaremos a septiembre.

—Y alegra esa cara, que las dos opciones son buenas, sales ganando sí o sí —me reí y le empujé el hombro.

—Sí, tienes razón —sonrió.

El mes de julio fue bastante entretenido. Como los chicos estaban de vacaciones, se pasaban las tardes y las noches en el bar conmigo. Chus traía muchos días a su chica, llevaba ya tres meses con ella y parecía que la cosa iba para largo.

—Bueno, chicos, ¿cuál es el plan para agosto? Algo habrá que hacer en mis vacaciones —les dije un día sentándome con ellos en uno de mis descansos.

—Podríamos ir a pasar el mes de agosto a vuestra cabaña —sugirió Samu.

Llamábamos «la cabaña» a una casa de veraneo en la montaña que habían comprado nuestros padres cuando éramos pequeños. Solíamos ir todos los veranos de niños, pero, desde que murió mi padre, no habíamos vuelto en plan veraneo familiar. La casa estaba cerrada y solo se usaba cuando alguno de los hijos iba con los amigos.

—No es mal plan —asintió Marc—. Ninguno de nuestros hermanos ha dicho que vaya a ir. Estará libre.

—Pues hecho —Samu dio una palmada—. Agosto en la montaña.

A todos nos pareció una idea genial. Lo comentamos en casa y a nuestros padres y hermanos les pareció bien también. Nadie tenía pensado ir.

Pocos días después, empezamos a planear la estancia e hicimos listas de todo lo que queríamos llevar y de lo que teníamos que comprar. Nos hacía mucha ilusión a todos dejar la ciudad.

Chus no tardó en rajarse. Finalmente se iría con su novia al pueblo de ella. Nadie le culpó. Todos lo entendimos perfectamente, aunque lo echaríamos de menos, claro.

Seguimos con los preparativos sin contar con Chus, la fecha se acercaba y cada vez estábamos más ilusionados. Unos días antes de la salida, Loui nos contó que había conseguido un puesto de becario en un periódico para el mes de agosto, haciendo una sustitución. Nos alegramos un montón por él, pero lamentamos profundamente que no pudiera venir. El plan estaba perdiendo mucho fuelle.

Finalmente, solo íbamos a ir Samu, Marc y yo… No estaba segura de que esa fuera la mejor combinación para unas vacaciones tranquilas, por muy bien que se llevaran ahora Marc y Samu.

El día en cuestión, terminamos de cargar el coche con todo lo que nos llevábamos y nos pusimos en marcha, camino a casa de Samu para recogerlo. A Marc le sonó el teléfono.

—¿Qué pasa, tío?… ¿Qué dices?… No, nano, ¿por qué?… Va, no seas capullo… —soltó una carcajada—. Vale, como veas… Au, nos vemos en septiembre.

Colgó el teléfono y se giró a mirarme con una sonrisa.

—Directos a la cabaña, nena, que Samu no viene.

—¿Y eso? —pregunté sonriendo yo también.

—Dice que no quiere estar de farol, pero que a ti te diga que su madre quiere que le ayude en la farmacia o nosequé —se rio—, que aproveche y que me lance… No sabe lo lanzado que vengo yo de serie. —Salvó la distancia que nos separaba y me mordió el cuello.

—Eh, cuidado, que voy conduciendo… No cambiemos un mes en la cabaña por uno en el hospital…

—Toda la razón. —Volvió a su asiento y miró hacia delante con una sonrisa.

—Y ¿qué vamos a hacer allí tú y yo solos, un mes entero? Igual nos aburrimos mucho —dije

con voz de pava.

—De momento podemos dejar las maletas en el coche —sonrió—, porque la ropa no nos va a hacer ni puta falta…

—¿En serio? —me reí—. ¿Ese es todo el plan?

—Todo el tiempo —me dijo con una sonrisa torcida y un movimiento rápido de cejas.

Nada más llegar a la cabaña, nos dimos cuenta de un detalle que habíamos pasado por alto: ninguno de los dos había cocinado nada en su vida. En nuestra casa siempre había sobras de comida de alto nivel, nunca nos había hecho falta. Habíamos confiado en Samu y en Loui, que tenían habilidades culinarias de sobra. Pero, de pronto, nos encontrábamos solos con un mes por delante sin saber ni freír un huevo.

—Un mes entero follando todo el día y sin poder comer… ¿Qué piensas, nena? ¿Moriremos antes de agotamiento o de inanición?

—Qué cerdo eres —me reí—. Guarda lo que hemos traído y deshaz las maletas, yo voy al pueblo a ver qué encuentro…

—Vale —sonrió—, pero no tardes…

Fui en coche al pueblo más cercano y entré en el supermercado más grande que encontré. Compré el libro de cocina más sencillo que había y, tras ojearlo un rato, cogí también algunos de los ingredientes básicos que recomendaba. Al ver la sección de repostería me acordé de que el cuatro de agosto era el cumpleaños de Marc, faltaban solo un par de días… Qué desastre he sido siempre para esas cosas… Por un momento me vine arriba y pensé en hacerle una tarta yo misma, pero enseguida descarté la idea, la catástrofe podría ser épica. Cogí una tarta de las que ya vienen hechas y la señora que me atendía me dijo que si quería personalizarla podía coger láminas de oblea y rotuladores de tinta comestible. Eso me pareció más razonable y así lo hice.

Volví a la cabaña y Marc había hecho su parte. Estaba ya todo perfectamente guardado. Nos había instalado en la habitación de mis padres. En la cabaña siempre habíamos compartido habitación, no era lo suficientemente grande como para albergar a dos familias sin compartir habitaciones, pero como nuestro cuarto tenía dos camas pequeñas, le pareció mejor instalarnos en una con una cama grande.

—¿Por qué no la de tus padres? —pregunté.

—Porque pienso que la de los tuyos tendrá mejores vibraciones… ¿De verdad quieres dormir donde alguna vez ha dormido mi padre?

—La verdad es que no —me reí.

—Además —añadió en voz baja—, estoy seguro de que, si alguna vez viniera en el futuro, podría adivinar lo que habíamos hecho en su cama.

Me reí.

—Tu padre, en cambio, era todo buen rollo, y tu madre lo sigue siendo… Así que, mejor así.

—Sí, mi padre era todo buen rollo, pero no sé lo que opinaría de que te estés tirando a su hija pequeña —me reí.

—Álvaro —dijo levantando la vista hacia el techo y juntando las manos a modo de oración

—, esto es culpa tuya. Tú tiraste el tabique de nuestros armarios, nos condenaste a dormir juntos casi todos los días desde pequeños… Además, hiciste una tronca impresionante, si hubieras hecho un orco de Mordor esto no habría pasado jamás… Entiéndeme y acepta tu parte de culpa…

—Estás fatal —me reí dándole una palmada en el hombro.

Estuvimos ojeando el libro de cocina, intentando decidir por dónde empezar. Nos decidimos por las opciones más sencillas y no nos fue demasiado mal. Cocinar era divertido.

El segundo día de estar allí, mientras Marc se echaba la siesta en la hamaca del jardín, bajé al sótano. Allí se acumulaban cajas desde hacía años. Todo lo que iba sobrando en casa se traía aquí. Juguetes, disfraces, ropa antigua… No se tiraba nada, todo estaba aquí. Encontré varias cosas interesantes que me podían ser útiles (una peluca de la temporada en la que Estrella hizo teatro, ropa antigua de Emma…) y las llevé a nuestra antigua habitación.

El día de su cumpleaños, intenté escabullirme de la cama sin despertarlo, pero no hubo suerte.

—¿Dónde vas tan pronto? —preguntó casi sin poder abrir los ojos.

—A cumplir una fantasía tuya —susurré con una risita.

—¿Y eso? ¿Qué fantasía? —me devolvió la sonrisa abriendo un poco más los ojos.

—Ahora lo verás. Espérame aquí. Ah, y feliz cumpleaños —ronroneé y le di un beso suave en los labios.

—Eso es una mierda de beso de cumpleaños, quiero más.

—Ahora enseguida —me reí.

No tardé en volver a la habitación. Me había puesto la ropa de Emma más aburrida que encontré, una camisa color crema que se cerraba en el cuello con un lazo y una falda de un tono como marrón. Horrible. Me puse también una peluca de mechas rubias con un corte de peluquería aburridísimo y cambié los aros que solía llevar en las orejas por unos pendientes de perlas que encontré en el joyero de Reyes.

—O sea, cari, feliz cumpleaños. —Me apoyé en el marco de la puerta con pose de pija interesante.

Me miró con los ojos desorbitados y le dio un ataque de risa.

—Ven a la cama, nena —sonrió.

—No, no, nada de *nena*, cari, o sea… —Me subí a la cama con él.

—¿Esta es mi fantasía? ¿Tú crees? —preguntó con una sonrisa.

—Qué fuerte, tío —dije con tono pijo llevándome una mano al pecho—, o sea, claro.

—Eres la mejor —se rio antes de besarme.

—O sea, claro que soy la mejor —me aparté el pelo (de la peluca) del hombro con un golpe de la mano.

Se inclinó para volver a besarme, pero lo aparté estirando un brazo.

—No, cari, que las pijas somos unas estrechas, o sea… ¿sabes?

—Menos mal que la que a mí me gusta es una golfa de pelo salvaje. —Me quitó la peluca y la lanzó por los aires.

Me reí mientras me tumbaba en la cama y se ponía encima de mí.

—Y ahora te voy a quitar toda esa ropa que te has puesto, que es un puto horror —sonrió.

No hicimos mucho más por su cumpleaños. Él estuvo recibiendo y contestando llamadas y mensajes de felicitación. Yo dibujé en una de las obleas que me había dado la señora de la tienda un trébol de tres hojas y la coloqué sobre la tarta. Le dio otro ataque de risa cuando lo vio.

—Tú lo que quieres es gafarme de por vida, nena.

El resto del mes fue como estar de luna de miel. Fue uno de los mejores meses que recuerdo de toda mi vida. Todo eran risas, sexo y diversión. Todo el tiempo, todos los días. Nunca me había sentido tan relajada, tan feliz. Y él parecía estar igual.

Los días pasaban despacio, disfrutábamos de cada uno de ellos sin tener nada que hacer. Llevábamos un par de semanas allí cuando, una mañana, me tumbé en la cama a leer. Marc estaba aburrido, daba vueltas por la casa sin saber qué hacer. Le oí trastear en la cocina y al rato apareció en el dormitorio.

—Me aburro —dijo—, pero he tenido una idea. Desnúdate.

Me dio un ataque de risa.

—Explícame, por favor, la relación entre esos dos conceptos. Si lo que buscas es una muñeca hinchable, lo mismo tienes alguna en el sótano…

—Hostia, qué mal ha sonado —se rio—, no era esa la idea. Qué va, mira, he encontrado esto. —Me enseñó los rotuladores de tinta comestible que había comprado yo para su cumpleaños—. Y ahora, si es tan amable, señorita, desnúdese, por favor, que le voy a continuar el tatuaje. —Se inclinó a modo de reverencia.

—Mi tatuaje está completo y estupendo.

—Pero me aburro, déjame ampliarlo… Luego te duchas y ya… O te lo quito con la lengua, que es tinta comestible. —Sacó los hoyuelos mientras hacía un movimiento rápido de cejas.

—¿Ves cómo la idea era la misma? —me reí mientras él empezaba a desnudarme.

—No, ya verás, es un proyecto.

A los diez minutos no paraba de echar pestes de los rotuladores no tóxicos y fue a por los suyos buenos. Trajo también un montón de gorrinadas para comer, para que no se me ocurriera moverme de allí hasta que terminara. No me apetecía discutir y en realidad me daba un poco igual, así que le dejé hacer. Yo seguí leyendo mientras él dibujaba sobre mi piel. El recorrido de los rotuladores me hacía cosquillitas agradables. Él estaba feliz y concentrado.

—¿Cuál es nuestro horóscopo chino? —preguntó—. ¿Lo sabes?

—Me suena que el mono —dije tras pensarlo un momento.

—Hostia, es verdad, qué bajón —soltó una carcajada—. Podría haber sido la serpiente o el dragón, daría mucho más juego. Pero bueno, el mono, no hay desafío pequeño. —Siguió a su tarea.

Estuvo dibujando sobre mi piel todo el día. Después de comer algo, me quedé dormida, en una de esas siestas de verano de las que es casi imposible despertarse. Me medio desperté un par de veces cuando él me cambiaba de posición, pero volvía a dormirme enseguida. Cuando lo hice

definitivamente, casi a las siete de la tarde, me miraba triunfante.

—Ya te puedes ver —concedió con su mejor sonrisa.

Fui hasta el espejo, aún medio dormida, y me sorprendió mucho el resultado. Casi parecía que fuera vestida. El tatuaje original, la enredadera de rosas y espinas, que llegaba desde mi cadera izquierda hasta las costillas de ese mismo lado, estaba totalmente integrada con el resto de dibujos. Los había de todo tipo, pero ninguno desentonaba con el resto. Me había dibujado otras flores, de forma simétrica al otro lado. También me había dibujado dos alas en la espalda con una textura como de plumas. Me había cubierto las piernas de flores de diferentes tamaños y colores, pero en una combinación muy bonita. En los brazos y en el pecho había dibujado tatuajes más clásicos, pero quedaban genial con el resto, como si siempre hubieran estado ahí. Me gustó mucho el resultado. Había dibujado también dos monos colgando de la cola de una de las ramas del tatuaje real. Era un dibujo como de cómic, dos monos cabezones y de aspecto muy naíf colgaban bocabajo de la enredadera y se daban un besito.

—¡Oh, me encantan los monos! ¡Son unos monos muy monos! —exclamé entusiasmada.

—Son dos mandriles en celo. —Me guiñó un ojo.

—Te han quedado más romanticones que salidos, que lo sepas —me reí.

—Bueno, cada uno que lo interprete como quiera, es lo bueno del arte.

—Ay, este me lo quiero hacer de verdad.

—Vale, cuando volvamos a la civilización —sugirió—. Yo me lo hago también.

—¿Te lo dibujo yo? —pregunté muerta de risa.

—No —se rio—. Si lo dibujas tú, acabaría con un tatuaje de un seis y un cuatro, la cara de tu retrato —añadió con una carcajada.

—Me ofendería, pero es totalmente cierto —me reí.

Se quitó el pantalón y dibujó en un momento en la enredadera que tenía él rodeándole todo el muslo los mismos monos. Le quedaron idénticos, yo no podía dejar de admirar ese tipo de talento. Luego le quité el rotulador y le dibujé la típica cara del seis y el cuatro y otros tantos dibujos del estilo que hacíamos de pequeños en el colegio. No paraba de reírse. Su resultado final no era tan espectacular como el mío, pero era más gracioso.

Los dibujos nos duraron casi dos semanas, hasta que desaparecieron del todo, como nuestras vacaciones. El mes terminó y nos tocó volver a casa. Yo estaba cerrando la última maleta cuando se acercó a mí.

—Ya lo he decidido —aseguró—. Lo tengo claro. Paso del máster. Me quiero ir a Italia contigo.

—¿Estás seguro? —le pregunté con una sonrisa.

—Completamente —me sonrió de vuelta.

Cargamos las maletas en el coche y nos despedimos del paraíso. Volver a casa nos dio un golpe de realidad. Nos habíamos acostumbrado a la libertad de estar solos y volver a estar rodeados de la familia se nos hacía difícil. Todavía nos duraba el subidón de un mes de agosto perfecto y no estábamos preparados para la hostia que nos tenía preparada el mes de septiembre. Una diferente para cada uno.

TREINTA Y DOS

VETE

Me despierto cuando noto que Greta sale de mi cama.

—Eh, ¿dónde vas tan temprano? —le pregunto casi sin poder abrir los ojos.

—Tengo algo que hacer. Luego te veo —susurra y me da un beso muy suave en los labios.

Tiro de su brazo hasta que la hago caer sobre mí. La abrazo y la beso de verdad, no con ese beso ridículo que me acaba de dar ella.

—Venga, de verdad que tengo que irme —se ríe y se aparta de mí—. Luego nos vemos.

—¿Dónde vas a estas horas? ¿Dónde vas a estar mejor que aquí conmigo?

—Luego te lo cuento. —Se levanta de la cama.

—Vale, pero vuelve pronto y me vuelves a despertar así.

—Lo intentaré —susurra antes de levantarse y salir de la habitación.

Me vuelvo a dormir inmediatamente.

Me despierta el zumbido de mi móvil en la mesilla de noche. Miro quién llama y veo el nombre de Loui en la pantalla.

—¿Qué pasa, tío? —contesto con voz de ultratumba.

—Hola, nano, estoy en la facultad.

—¿Qué coño haces ahí? Falta casi un mes para que empiece el curso.

—He venido a hablar con un profesor para ver si me dejaban usar la sala de revelado.

—Guay, y ¿para eso me despiertas, cabrón?

—No, no te llamo por eso —su voz suena seria.

—¿Qué pasa?

—Ha salido la lista de las becas que pedisteis. Lo siento, tío, no te la han dado.

—Joder, qué putada. Bueno, no pasa nada. Otro curso aquí, así aprovecho y hago el máster de dibujo, no es el fin del mundo. Aunque a Greta le hacía mucha ilusión. Yo se lo digo, gracias por avisar.

—Tío, a ella sí que se la han dado.

—No puede ser. Yo tengo más nota que ella, pero mucha más, no tiene sentido…

—Sí, tío, te lo juro. Habrán tenido en cuenta más cosas, pero ella está en la lista de admitidos y tú en la de excluidos.

—Vale, gracias por llamar —añado muy serio antes de colgar el teléfono.

Tengo muchas ganas de golpear algo con fuerza. Quiero romper cosas. ¿Por qué a ella sí y a mí no? ¿Qué coño ha hecho para que le den a ella la beca con la mierda de expediente que tiene? Llevo demasiados meses callado, han pasado cosas muy raras… La psicópata de la parejita diciéndole que se tirara al profesor… Las quedadas con él para «tomar café» … El encuentro «casual» el día de su cumpleaños… ¿Por qué quería ir a esa discoteca de pijos? Dijo que alguien le había hablado de ella… ¿Quién le había hablado de ella? Qué casualidad justo encontrarnos con él… Y él preguntándole si tenía novio… ¿En qué puto contexto profesor-alumna surge la conversación de si ella tiene novio? Los mensajitos secretos a horas extrañas… Son demasiadas cosas… He estado callado como un gilipollas para que no me llamara celoso o paranoico… Se lo he puesto muy fácil… No puede ser verdad, no me la puede haber jugado de esa manera… Quiero gritar muy fuerte cuando Greta aparece en mi habitación con cara de haber llorado.

—Tengo que contarte algo —dice con un hilillo de voz.

—No hace falta que me cuentes nada, ya me ha llamado Loui —la corto mientras me apoyo en el borde de mi escritorio—. Buen viaje.

—Ya, bueno, lo de Nápoles, a mí también me ha llamado, pero no es eso lo que quería decirte. Olvídate de eso. No me voy a ir.

—Claro que te vas a ir.

—No, esto era una cosa de los dos. Sin ti no tiene gracia. Voy a renunciar.

—No seas ridícula, que tu esfuerzo te habrá costado conseguirlo, ¿no?

—¿Qué esfuerzo? ¿Qué dices? —pregunta como si no supiera de qué le estoy hablando.

—Ya me contarás, si tienes un expediente de mierda, bastante peor que el mío, te lo habrás tenido que currar mucho para que te la den.

—Qué tontería estás diciendo, si no se podía hacer nada, presentamos las solicitudes a la vez.

—Ya, bueno, siempre se puede hacer algo, no sé. ¿Tu amiguito el profesor no era el encargado de la asignación? Oye, que seguro que te lo has ganado con méritos propios, eres realmente buena usando la boca —escupo toda la rabia que tengo dentro.

—Voy a hacer como si no hubiera oído lo que acabas de decir. ¿Te estás oyendo? Pareces gilipollas…

—Me has oído perfectamente —contesto sin mirarla.

—No puedo creer que me acabes de decir eso. Eso es demasiado asqueroso hasta para tus peores momentos.

—Bueno, pues igual es que soy asqueroso, ¿qué quieres que te diga?

—Nada, no quiero que me digas nada —levanta un poco la voz—. O sí, dime que no quieres que me vaya.

—Es que sí quiero que te vayas, no te quiero ni ver… ¡No te quiero volver a ver en mi puta vida! —le grito—. Llevo MESES viendo el rollo raro que te llevabas con el profesor y callándome como un gilipollas, pero ya no te ríes más de mí… tanto secreto, los mensajitos de madrugada…

—¿Qué mensajitos de madrugada? ¿De qué coño estás hablando?

—El día de la boda, por ejemplo.

—¡Ese era Loui!

—¡Siempre que tienes un secreto que no me puedes contar es Loui! ¡Ya no me lo creo! ¿Cuántos secretos puedes tener con Loui? ¿Que es gay? ¡Eso no es ningún secreto! Pero como excusa te ha venido de puta madre…

—De verdad que no te reconozco, no me puedo creer que me estés hablando así. —Se seca las lágrimas que se le escapan de los ojos. Qué falsa.

—Bueno, pues así soy yo. Vete a Italia, ponte ciega a follarte italianos y disfrútalo, que tu trabajo te ha costado.

—Me estás dando mucho asco —me dice en tono desagradable.

—Pues tú a mí ni te cuento —replico con desprecio—. Lárgate a Italia, y díselo a tu profesor, igual se va contigo.

—El profesor no tiene nada que ver, es un sistema de puntos y el comité solo daba uno… Yo le pedí que nos enchufara y nos diera el punto a los dos… Le dije que eras mi novio y quería irme contigo…

—¿Novio? ¿Eso le dijiste? Lo que os habéis tenido que reír a mi costa… —la miro con desdén, qué asco le tengo ahora mismo—. ¿Vas por ahí diciendo que soy tu novio? ¿Cuatro polvos y ya somos novios?

—¿Cuatro polvos? —pregunta con ojos rabiosos—. Casi un año, todos los días, varias veces, y dormir juntos prácticamente todas las noches, ¿son para ti cuatro polvos? ¡Estamos más cerca de los cuatrocientos que de los cuatro, gilipollas! —Se acerca a mí y me da una hostia que me gira la cara.

—Da igual el número —contesto sin inmutarme—. Lo que está claro es que esto no tenía ningún sentido…

—Que te jodan. —Se pone a llorar más fuerte—. Sabía que esto no podía acabar bien, pero no me esperaba que me soltaras toda esta mierda.

—¿«Esto»? ¿Y qué es «esto»? «Esto» ha sido una gilipollez que nos podíamos haber ahorrado. No sé qué fantasía te has montado, no sé qué esperabas… ¿Qué esperabas? Dime, ¿salir ahí fuera y decirles que somos una parejita feliz? ¿Qué crees que hubiera pasado? Llevamos casi un año haciendo el imbécil y «esto» al final ha caído por su propio peso.

—¿Y ya está? ¿Esto es todo? —pregunta entre lágrimas—. ¿Llamarme puta y mandarme a la mierda? ¡¿Este es el gran final que querías?! ¡¿El final espectacular que dijiste?! ¡¡¿Es este el final que, según tú, nos merecemos?!! —me grita y me empuja con ambas manos hasta que le falla la voz.

—Pues mira, sí —confirmo—. Te lías con tu profesor, consigues la beca, te piras a Italia y allí conoces a un italiano estupendo con el que te quedas a vivir y no vuelves más… Es un buen final, tú eres feliz allí y yo lo soy aquí, porque no te vuelvo a ver.

—Yo tampoco quiero verte nunca más —dice con un hilillo de voz.

Y se va de la habitación. Ni le contesto.

Voy caminando por la calle sin rumbo fijo. No quiero ir a casa. No quiero ir al bar. No quiero ni verla. No quiero ni pensar en lo que habrá hecho para que le den a ella la beca.

Sin darme cuenta he llegado a la facultad. Voy a entrar a ver las listas, aún no me lo creo. Igual Loui se ha equivocado.

Las localizo enseguida, no hay nadie por los pasillos. Me gusta la facultad sin gente. Los capullos que las abarrotan de normal me caen del culo. Repaso las listas y no, Loui no se ha equivocado.

Necesito encontrar una explicación, necesito creer que estoy equivocado, que hay un motivo razonable por el que le han dado la beca a ella y a mí no.

Entro en secretaría y, por suerte para mí, está Lupe, mi secretaria favorita. Es una señora mayor que me tiene mucho cariño desde que empecé la carrera y siempre me soluciona todos los marrones. El resto de las de secretaría son unas bordes.

—Buenos días, guapísimo, ¿qué haces por aquí tan pronto? Falta casi un mes para que empiecen las clases…

—Sí, es por lo de las becas del extranjero —le digo con cara de dar lástima—, no me la han dado…

—Bueno, cariño, no pasa nada, lo intentas otra vez el año que viene… No es fácil conseguirlas, no se la dan a todo el mundo.

—Y ¿cómo es posible que alguien con un expediente de pena la haya conseguido y yo, con casi tres puntos más de nota media, no?

—Porque es un sistema de puntos y tienen en cuenta muchas más cosas, no solo la nota… A ver, deja que lo mire… ¿Ves? A ti te han dado dos puntos por el expediente que tienes y un punto extra que otorga el comité de asignación. Tienes tres puntos en total.

—¿Me han dado el punto del comité de asignación? —pregunto incrédulo. Joder, va a ser verdad lo que me ha dicho—. ¿Puedo ver la lista con los puntos de los demás?

—No, cariño, eso es confidencial…

—¿Qué más cosas pueden dar puntos?

—La renta es lo más habitual, a menor renta familiar, más puntos…

—Nuestras madres tienen un negocio a medias, la renta es la misma, y ella trabaja y yo no…

—Vale —Lupe sonríe—, veo que esto es por una chica. Veamos, ¿en qué trabaja ella?

—Es camarera.

—Pues lo más probable es que esté sin contrato, así que no cuenta, pero, aunque tuviera contrato, ¿gana más dinero que tu padre, por ejemplo?

—No, ni de coña, mi padre está forrado —aseguro.

—¿Y el suyo?

—El suyo está muerto.

—Y ¿su madre se ha vuelto a casar?

—No.

—Pues ahí lo tienes, ella tendrá los dos puntos de la renta y los dos puntos extra que dan a las familias monoparentales, misterio resuelto.

—Gracias, Lupe.

—De nada, corazón… No sufras, que antes de que te des cuenta está de vuelta…

Salgo de allí.

Joder, una vez más merezco el premio al más bocazas y al más gilipollas. No aprendo, coño.

Voy hacia el bar con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Me toca disculparme por las barbaridades que le he dicho esta mañana. Joder. Odio pedir perdón. Estoy muy subnormal, no sé cómo no he pensado en la renta y en lo de su padre.

Tampoco sé qué voy a decirle. Me he pasado muchísimo. Ahora no quiero que se vaya, pero tampoco puedo pedirle que se quede. Joder, mierda todo.

Llego al bar y me encuentro con Tato detrás de la barra.

—¿Y Greta? —le pregunto—. ¿En el almacén? ¿En el billar?

—No, no ha venido hoy. Me ha llamado Bruno y me ha dicho que hoy estaría solo, no sé nada de ella.

—Guay, gracias, tío, estará en casa. Nos vemos —le digo antes de salir de allí para volver a

casa.

No ha ido ni a currar, eso es raro. Está en modo reina del drama. Me he pasado un poco, pero igual ella también está exagerando.

Llego a mi habitación y voy a pasar por el armario hasta la suya, pero me encuentro con unas cajas que me impiden el paso. No puedo moverlas, deben de estar llenas de libros. Joder, nena, cuánto drama. Ni una sola vez en los quince años que lleva así el armario nos hemos cerrado el paso. Doy toda la vuelta a la casa para ir hasta su puerta. Se oye música en su habitación. Guay, está dentro. Llamo con los nudillos a la puerta antes de intentar abrir. Tiene el pestillo echado. Joder, qué difícil me lo está poniendo.

—Nena, soy yo, ¿lista para el segundo *round*? Ponte los guantes de boxeo para darme otra más fuerte, que me la merezco —digo a través de la puerta.

Ella sube el volumen de la música como respuesta y el *que te follen, que te follen, que te follen, que te follen*[1] de La cabra mecánica resuena desde su habitación. No puedo decir que no me lo merezca.

Joder, está muy cabreada. Mejor no insisto. Mañana lo vuelvo a intentar, que se le habrá pasado un poco.

Me levanto con la esperanza de que a Greta se le haya pasado un poco el mosqueo. Me asomo al armario y veo que las cajas siguen ahí, me toca dar toda la vuelta a la casa.

Paso por la cocina y doy los buenos días a nuestras madres y a Estrella.

Llamo a su puerta con los nudillos. No hay respuesta. Intento abrir y se abre a la primera. Bien, no hay pestillo.

Pero tampoco está ella.

La habitación está muy recogida. Demasiado, de hecho. Nunca he visto la habitación de Greta tan ordenada. Noto una sensación extraña, algo me da mal rollo. Una nota encima de su escritorio, junto a su teléfono móvil.

No quiero ni leerla.

Mamá:

He decidido adelantar unas semanas lo de irme a Nápoles para tener tiempo de acostumbrarme a la ciudad y al idioma antes de que empiece el curso. No he querido despertaros, no me apetecía una gran despedida. No te preocupes, tengo mucho dinero ahorrado, no me faltará de nada y, en cuanto me instale, buscaré un trabajillo por allí.

He dejado unas cajas en el armario, con cosas de Estrella, de Marc y otras para la basura. No me ha dado tiempo a tirarlas, si

podéis, lo hacéis por mí, si no, ya lo haré yo cuando vuelva.
Volveré para Navidad.
Despídeme de todos, os echaré de menos.
Muchos besos,
Greta

¿Qué puta mierda es esta?

Salgo de su habitación con la nota en la mano y voy hasta la cocina.

—¿Quién sabía esto? —pregunto estampando la nota en la mesa—. ¿Cuándo se ha ido?

Maite lee la nota en voz alta y mi madre y Estrella escuchan con los ojos muy abiertos.

—Ay, esta hija mía, siempre tan independiente… —dice Maite con ojos llorosos—. El caso es que anoche me dio las buenas noches y me pareció raro… Muchos besos y abrazos. Me dio la impresión de que estaba muy cariñosa, pensé que estaría blandita por algo…

—Oh. —Estrella se tapa la boca.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Que ayer estaba muy rara. Llegó a media tarde, venía de compras, llevaba un montón de bolsas…

—¿Greta de compras? No le pega nada —la interrumpo.

—Lo sé —confirma Estrella—. Pensé lo mismo, pero se había comprado muchas cosas. Y llevaba un vestido de flores y sandalias.

—¿Greta? ¿Vestido de flores y sandalias? —le pregunto incrédulo.

—Sí, tío, estaba rarísima, no parecía ella. Ah, y se había cortado el pelo, mucho, parecía otra persona. Le dije que me enseñara lo que se había comprado y me dijo que ya me lo enseñaría hoy, que estaba cansada.

—¿Que se había cortado el pelo? Pero si lo lleva igual desde los doce años… —No doy crédito.

—Ya, pues ya no. Conmigo también estuvo muy bonica. Me dio un abrazo y dijo que se iba a dormir sin cenar, que mañana hablábamos y me enseñaría lo que se había comprado. Debí suponer que le pasaba algo. Era todo muy raro.

—Y ¿a ninguna se os ocurrió que fuera a hacer una tontería como esta? —pregunto furioso.

—Pues no, cómo íbamos a pensar algo así… —contesta Maite.

—¿Tú no la notaste rara? —me pregunta Estrella.

—Yo no la vi —respondo muy serio.

—¿No se despidió de ti? Eso sí que es raro… —asegura Estrella.

—Yo la última vez que la vi fue por la mañana… Discutimos un poco, pero vaya, como tantas otras veces, nada importante —digo intentando convencerme a mí mismo de que es cierto lo que acabo de decir.

—Pues a ver si le sentó peor de lo normal la pelea y se ha ido antes por eso —añade Estrella.

—No creo, ellos discuten cada dos por tres, no creo que eso haya tenido nada que ver,

además, tan pronto discuten como hacen las paces, desde pequeños —le dice Maite a Estrella.

—Ya, puede ser —duda Estrella—. Bueno, pues a esperar a Navidad, y cuando venga que nos lo explique.

—¿Esperar a Navidad? ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Tres meses? No se ha llevado ni el puto teléfono móvil, no hay forma de contactar con ella —exclamo muy cabreado.

—Bueno, llamará ella, ya la conoces, le gusta hacer las cosas a su manera… —intenta tranquilizarme Maite.

—Pues su manera es una puta mierda —gruño entre cabreado y desanimado.

Voy hasta el armario de Greta y, tal y como ha dicho en la nota, hay una caja con mi nombre. Dentro hay varios libros y discos míos, un par de camisetas, los regalos que le hice (el pendiente del ombligo, joder, nena, ¿en serio?) y un sobre. Supongo que será una carta, aquí se despedirá de mí.

Pues no. No es una carta. Son los papeles del pago del curso de dibujo. Me ha pagado el curso. No ha querido despedirse de mí ni hablar conmigo, pero me ha pagado el curso. No entiendo una puta mierda.

Echo un vistazo a las cajas que ha dejado para la basura. Ahí está toda su ropa, tampoco tenía tanta. Sus vestidos negros, sus camisetas, su falda de cuadros escoceses, sus botas militares… No entiendo nada esta movida.

Aparto las cajas que puso bloqueando el paso y llevo todas sus cosas hasta mi armario, no quiero que nadie las tire.

No me creo que tenga que esperar tres meses para volver a verla.

TREINTA Y TRES

LA VIDA SIN GRETA

Hace ya un mes que Greta se fue. No he vuelto a saber nada de ella. Ha llamado un par de veces, pero yo no estaba en casa. Qué cabreo tengo. Ni una llamada, ni una carta… Nada. No me ha dado la oportunidad de disculparme. Le pedí a Maite la dirección de la residencia donde está y le escribí una carta, pero no me ha contestado. Qué cabezona es, joder.

Nunca había estado tanto tiempo sin verla. La echo de menos, aunque estoy muy cabreado… Las cosas no se hacen así. Mi vida sigue como hasta ahora… pero sin ella. Está a punto de empezar el curso, aún estoy de vacaciones. Casi todas las tardes voy al bar con estos, pero tampoco es lo mismo. Siguen con sus mierdas de siempre y no me hacen gracia. Solo hablan de tonterías. En la barra solo están Tato y Adela, que ahora hace el turno de Greta, nada que ver.

Llego a casa y tengo una carta suya. Es un sobre más grande lo normal. Me pongo nervioso. Quiero saber qué me dice, pero a la vez tengo miedo de abrirla.

Abro el sobre y dentro no hay una carta suya o una nota, solo la carta que yo le envié sin abrir. Ni la ha leído. Joder, nena, ¿en serio? ¿Ni leerla? Me costó tres días escribirla. Sé que me pasé un poco, pero esto está siendo desmedido, eres una exagerada.

Hace ya dos meses que se fue Greta. Sigo rodeado de gilipollas. No sé qué le pasa a la gente, que todos se han vuelto imbéciles en estos últimos meses. Todo el mundo me molesta. Me encuentro al pelirrojo de los cojones en la facultad y me cuenta que no le dieron la beca, pero a su novia sí. Estará pegada al culo de Greta todo el día, como si lo viera…

Me han cancelado la última hora de clase y llego a casa más pronto de lo normal. Estrella está en la cocina hablando por teléfono.

—¿En serio? Qué gracia —dice—. ¿Y cómo es todo por allí? ¿Son guapos los italianos? —pregunta con una risita.

Joder, es ella.

—¿Es Greta? —Ella asiente—. Pásamela.

—Oye, te paso a Marc, que me está haciendo señales, sí, venga, hasta pronto. Nos vemos en un mesecito, eso se pasa volando. Un beso.

Y me pasa el teléfono.

—¿Nena? —digo en cuanto lo tengo, pero no hay línea. Ha colgado. Joder—. ¿Ha colgado? —le pregunto a Estrella.

—No sé, no me ha dado la impresión de que fuera a colgar, igual se ha cortado, las llamadas internacionales tienen esas cosas…

—Ya —asiento nada convencido.

Faltan un par de semanas para Navidad, no puede tardar en volver. Qué largos se me van a hacer estos últimos días. Confieso que estoy ilusionado con la idea de volver a verla, y de poder arreglar las cosas en persona. No veo el momento.

Llego a casa a la hora de comer y me encuentro a Estrella.

—Ha llegado una carta de Greta —me cuenta nada más verme.

—¿Qué dice? —le pregunto—. ¿Qué día llega?

—No, no va a venir en Navidad.

—¿Cómo? ¿Lo dices en serio?

—Sí, mira, te la leo: «*Querida familia: Al final no voy a poder ir en Navidad. He conocido a un chico estupendo, que me cuida mucho y me trata muy bien. Se llama Piero y es italiano. Estoy muy feliz. Voy a pasar las Navidades con él y con su familia. Os echo mucho de menos y tengo ganas de veros. Entre el primer cuatrimestre y el segundo tengo una semana de vacaciones, aprovecharé para ir a veros. Pasad unas felices fiestas. Os quiero mucho a todos. Greta*». Mira, también ha mandado una foto, es guapísimo, parece un modelo de anuncio. Ya sabía yo que se ligaría algún italiano cañón. Está tremendo el chico…

Me pasa la foto.

Greta y el tipo sonríen a cámara. Él la abraza por detrás y pega su cara a la de ella. Ella lleva el pelo corto y está más delgada que cuando se fue. Tiene razón Estrella, el tipo es muy guapo. Tiene los rasgos marcados, aunque la cara un poco aniñada, el pelo negro y rizado, muy parecido al de ella, sus caras están tan juntas que los rizos de ambos se mezclan. Tiene los ojos azules y una sonrisa de dientes perfectos, de foto de revista.

Se la devuelvo. Me estoy mareando. Quiero vomitar.

A esperar otro mes y medio. Por mí como si no vuelve.

Está con otro. Joder, está con otro. Pero además como para pasar las Navidades con su familia. La cosa va en serio. ¿Y yo qué? Ni una llamada, ni una carta, nada. Ya no existo para ella.

Llego al bar de muy mala hostia. Todavía no han llegado estos. Me siento en la barra y le pido a Tato una cerveza.

—Oye, tío —me dice—, sé que últimamente no estás bien. Si necesitas hablar con alguien, aquí estoy.

—Y ¿qué voy a tener yo que hablar contigo? —le digo cortante.

—No sé, de algo que seguramente solo sé yo. Estás mal desde que ella se fue, es evidente, y entiendo que es algo que no puedes hablar con nadie —añade en voz baja—. Bueno, lo dicho,

que para mí siempre has sido como un hermano pequeño, que si necesitas desahogarte cuenta conmigo, no le diría nada a nadie, y menos a Bruno o a Jaime, tranquilo.

—Estoy bien, no tengo nada de qué hablar. Aquello fue una tontería sin importancia, ya es agua pasada.

—Bien, como quieras. Si cambias de idea, aquí me tienes.

Otro gilipollas. ¿Qué coño le pasa al mundo que todos se han vuelto imbéciles?

Llegan estos y me siento en la mesa con ellos. Empiezan a hablar de gilipolleces. Yo paso, no digo nada.

—Bueno, ¿sabemos algo de Greta? —pregunta Chus al cabo de un rato—. ¿Cuándo viene?

—Ha mandado una carta, no viene en Navidad, vendrá en enero o febrero —explico.

—Joder, nano, ¿no viene en Navidad? ¿Por qué? —se queja Chus.

—Porque se ha liado con un italiano y va a pasar las Navidades allí con él. —Encojo los hombros con indiferencia.

Samu y Loui se giran a mirarme. Los ignoro.

—Y ¿tú qué tal? —me pregunta Loui.

—Yo bien, a tope con el curso de dibujo, lo acabo el mes que viene y ya tendré el máster.

—Eso está guay, pero ¿estás bien? Así en general…

—Estoy de puta madre —contesto intentando sonar convincente, pero creo que se me nota el tono de mala hostia.

—Bueno, si necesitas algo… —insiste Loui.

—Pues sí, necesito algo. —Me levanto—. Ahora vengo.

Voy hacia la barra, está Adela sola.

—¿Qué tal? —le pregunto—. ¿Qué haces luego?

—Me toca cerrar. Luego irme a casa, supongo.

—¿Quieres que te ayude a cerrar? —sonrío.

—¿Te acuerdas de lo que pasó la única vez que me ayudaste a cerrar? —me pregunta con una sonrisa.

—Claro que me acuerdo, por eso te lo digo.

—Qué poca vergüenza tienes —se ríe.

—¿Quieres o no quieres? —Me inclino sobre la barra y me acerco a ella.

—No tendrás por ahí alguna novia escondida como la última vez… No quiero follones… —Se apoya ella también en la barra y se acerca a mí.

—No tengo ninguna novia, ni escondida ni visible. —Me aproximo un poco más.

Ella salva la distancia entre los dos y me besa, un beso con mucha intención, a modo de prólogo de lo que vendrá después, entiendo.

—Cierro a las doce —sonríe.

—Aquí estaré. —Le guiño un ojo.

Vuelvo a la mesa y los tres se me quedan mirando flipados.

Está acabando el cuatrimestre. El curso de dibujo ha terminado, lo he sacado sin problema. He vuelto a quedar entre los primeros. Y se lo debo a ella. Se lo pagaré en cuanto pueda, no quiero deberle nada.

Al final cedí a la presión de Leire hace un par de semanas y volvimos a quedar. Ahora quedo

con ella de vez en cuando, y cada vez me acuerdo de por qué rompí con ella, es muy pesada. También he ayudado a Adela a cerrar dos o tres veces por semana. Y Samu y yo hemos salido a ligar un par de veces con bastante éxito… La verdad es que ha sido un mes intenso, pero no se me va el cabreo…

Creo que lo que peor llevo es la foto de Greta con el italiano que alguien ha puesto en la nevera con un imán. Tengo que verles las caras cada vez que la abro. He intentado buscar alguna excusa para que la quiten, pero no se me ocurre nada.

Llego a casa de mala hostia. Durante el viaje en autobús, Leire me ha mandado ocho mensajes, qué coñazo de tía. En qué mala hora me volví a liar con ella… A ver si hay suerte y se queda sin saldo y deja de agobiar. No le he contestado a ninguno de los mensajes, a ver si así se cansa.

Entro a la cocina y está Maite cocinando algo.

—¿Qué tal? —le pregunto—. ¿Sabes algo de tu hija? ¿Cuándo viene?

—Pues ha llamado hace un rato, cuando estabas en clase —me cuenta—. Dice que no va a venir, que se va con Piero a los Alpes a esquiar, que ya vendrá cuando acabe el curso.

—Greta no ha esquiado en su puta vida.

—Ya, bueno, ya la conoces…

—Pues no, empiezo a pensar que no la conozco —gruño antes de irme a mi habitación.

Hace un mes que empezó el segundo cuatrimestre. Tenía que haber buscado algo más que hacer. Ahora que ya no tengo el curso de dibujo me sobra demasiado tiempo. Era mejor tener el tiempo ocupado.

Me cruzo por el pasillo de la facultad con el puto pelirrojo que me intercepta para que hable con él.

—Oye, ¿qué pasa con Greta?

—Ni puta idea.

—Dice Noelia que ya no está en la residencia.

—Se habrá mudado con su novio —respondo con indiferencia.

—Pero dice que tampoco la ha visto por clase este cuatrimestre, le suena que tenían que coincidir en alguna, pero tampoco está segura… Dice que no la ve desde antes de Navidad, que cree que no se presentó a los exámenes del primer cuatrimestre… ¿Tú no sabes nada?

—Nada de nada —confirmo ya hasta las pelotas del tema—. Tengo prisa, ya hablaremos.

Paso de todo. Me piro al bar.

—Es ocho de abril —oigo que dice Loui cuando vuelvo de la barra con las cervezas que me ha dado Adela—. Es el cumpleaños de Greta.

—Hostia, nano —corta Chus—, hago un año con Vero entonces, no me había acordado. Gracias por avisar…

—Me han devuelto la última carta que le escribí a la residencia, se ha debido de mudar —dice Loui—, ¿alguno sabe algo? Quería haberla llamado hoy por su cumpleaños.

Todos me miran a mí.

—Ni puta idea.

Siguen hablando de ella un rato y de cuándo ha sido la última vez que han tenido noticias. Intento no escucharlos, paso de esto.

Hace cosa de un mes volví a romper con Leire, era insoportable. Estoy deseando que termine el curso para no verla en clase, es acoso diario. Con Adela es todo más fácil, no pide nada, no agobia, acepta lo que hay y todo le parece bien. Me sonríe desde la barra y yo levanto mi cerveza como si brindara con ella.

Siguen hablando de Greta, joder, qué cansinos. Se ha ido, superadlo ya. Ahora están recordando su cumpleaños del año anterior. Pfff qué pereza me dan. Los ignoro todo lo que puedo.

—Eh, ¿no es esta la canción con la que se la quiso camelar el subnormal del Rober en Nochevieja? —pregunta Chus.

—Nano, no me recuerdes esa Nochevieja —se ríe Samu.

—Marc, ¿tú te acuerdas? ¿Era esta la canción que le cantó el pavo en Nochevieja?

No me había dado ni cuenta de que estaba sonando la canción en el bar. Me viene de repente el recuerdo de la azotea y siento presión en el pecho. Mi pierna se mueve por voluntad propia y le doy una patada muy fuerte a una banqueta que tengo cerca y la mando a tomar por culo. Samu y Chus se me quedan mirando con cara de susto.

—Vale, ya, se acabó. —Loui se pone de pie—. No lo soporto más, vente conmigo —me ordena.

—¿Qué dices, nano? ¿A dónde?

—A mi casa —responde todavía de pie.

—Venga, vamos a casa de Loui. —Chus hace un amago de levantarse.

—No, vosotros no. Marc, vente conmigo.

—¿Para qué? —pregunto sin levantarme.

—Luego te lo explico. Vamos —lo dice en un tono tan serio que me levanto, tampoco me apetece discutir.

Salgo con él del local y me subo a su coche.

TREINTA Y CUATRO

LOUI

Llegamos a casa de Loui. No sé qué cojones hacemos aquí, ni por qué se ha empeñado tanto en que viniera yo solo con él.

—Mis padres están fuera toda la semana, tranquilo.

—No estoy nervioso —respondo en un tono, a lo mejor, un poco desagradable.

Me lleva a una habitación en la que no he estado nunca, toda llena de armarios y con una pantalla blanca bastante grande. Me invita a sentarme en unos cojines muy grandes que hay en el suelo. Dice que va a por unas cervezas y me deja aquí solo.

Echo un vistazo a la sala, solamente iluminada por una pequeña lamparita que ha encendido. Qué mal rollo. No sé qué habrá en los armarios, están cerrados, pero no tengo tanta curiosidad como para ponerme a cotillear. En realidad, me la suda lo que haya en los armarios, solo quiero saber qué coño hago aquí. Vuelve con las cervezas y me insiste en que me siente. Obedezco, pero no me hace ni puta gracia. Se sienta él también, cerca de mí, pero no demasiado.

—A ver, Marc, te lo digo porque te aprecio: estás insoportable —me suelta.

—Tengo un mal día —gruño.

—Un mal día, una mala semana, un mal mes… ¿sigo?

Suelto un bufido por respuesta.

—¿Tienes algo que contarme? —pregunta.

—No.

—Puedes confiar en mí, ya lo sabes. Lo que me digas no saldrá de aquí —insiste. Qué cansino es a veces.

—¡Que no, joder!

—Bien, pues hablaré yo. Te voy a contar mi secreto, ¿te parece bien?

—Tú mismo. —Miro hacia otro lado y le doy un trago a la cerveza, que le quede claro que paso de este rollo.

—Bueno, ahí va: soy gay —me suelta.

—Oh, que sorpresa, no me lo esperaba para nada —le digo con tono de burla—. ¿Por qué me lo cuentas? ¿Por qué me has traído aquí? ¿Intentas ligar conmigo? —Igual me acabo de pasar de gilipollas.

—No, no te he traído por eso, no eres mi tipo, y no me voy a tomar a mal esa gilipollez porque sé que no estás bien —me dice muy serio. Se está poniendo intenso y me está haciendo sentir incómodo—. Bueno, parece que era evidente para todos y yo he sido el último en darme cuenta, y creo que a ti te pasa algo parecido.

—Yo no soy gay —respondo inmediatamente.

—Lo sé, tranquilo, eres muy macho —se ríe. ¿Se ríe de mí? Qué capullo.

—Vete a la mierda. —Le doy otro trago a la cerveza y miro al techo. Que se acabe ya esta conversación, por favor.

—Bueno, yo acabo de confesarte algo que para ti era obvio, pero que para mí ha sido liberador. Tú deberías hacer lo mismo.

—¿Estás gilipollas? ¿Qué quieres que confiese? QUE-NO-SOY-GAY-HOSSSSS-TIA. —Me empieza a tocar mucho los huevos esta conversación.

—No eres gay, ya lo sé, pero deberías reconocer que estás enamorado de Greta, te liberaría mucho.

—¿Qué dices, subnormal? Yo no estoy enamorado de Greta —respondo con todo el asco que le tengo ahora mismo.

—Es obvio para todos, creo yo, al menos para mí desde luego… Igual no te lo has reconocido ni a ti mismo. Piensa en ello, creo que te ayudará mucho y, si lo reconoces en voz alta, más aún.

—Déjame en paz, tío —levanto la mano para que vea que hablo en serio.

—Bueno, vamos a probar algo. —Se levanta y va a uno de los armarios.

Saca una caja de diapositivas en la que pone «Greta», coge un proyector que hay pegado a la pared y lo coloca en medio de la habitación.

¿En serio? ¿Diapositivas? ¿Quién coño sigue haciendo diapositivas? Un estudiante de fotografía, supongo.

Pone un disco en una minicadena que hay encima de un mueble de cajones y elige una canción[1]. Empieza a sonar la musiquilla de una baladita moñas a un volumen demasiado alto.

—¿Qué mierda es eso? Quita esa música —protesto lo bastante alto como para que pueda oírme por encima de ese sonido infernal.

—Shhhh… confía en mí.

—Déjate de mierdas. —Hago un amago de levantarme, pero él ha apagado la luz y ha empezado a pasar diapositivas. Son buenas, no puedo evitar renunciar a mi intento y quedarme a mirar.

Son casi todo primeros planos de Greta, a un tamaño enorme, claro, son diapositivas. En algunas se ríe, en otras está fumando… A veces mira a cámara haciendo algún gesto raro. Está guapísima en todas. A la música que suena se le une la voz de un cantante moñas lloriqueando porque una pava le ha dejado. Vamos, no me jodas.

—Tío, en serio, quita esa mierda de música.

—Shhh, calla.

Sigue pasando fotos, en algunas sale alguno de nosotros con ella, pero en casi todas es solo su cara. El tío moñas de la canción chilla su drama a pleno pulmón y me está poniendo malo. ¿Por qué coño berrea tanto si tiene un micrófono? Podría gritar desde su casa y la gente no tendría que comprar el disco.

Se detiene en una en la que ella está como diciendo algo a la cámara y yo estoy al lado mirándola con cara de gilipollas. Parezco retrasado.

—¿Ves cómo la miras? —pregunta el muy imbécil.

—No me acuerdo de ese día, estaría contándonos algo.

—Siempre la miras así.

—Pues tengo cara de retrasado. Gracias por la información.

—Solo con ella.

—Bien, lo pillo, ¿hemos terminado?

—No, habla con ella.

—¿Qué dices?

Vuelve a pasar de foto y ahora hay un primer plano de ella sonriendo y mirando a cámara. Parece que me esté mirando a mí.

—Habla con ella —insiste, qué cansino.

—Que me dejes en paz, joder.

—¡Dile lo que le tengas que decir, joder! —es la primera vez desde que lo conozco que lo oigo gritar y decir un taco.

Me quedo mirando fijamente la foto, no puedo apartar la vista. El moñas de la canción de los cojones sigue gritando a pleno pulmón, tan alto que no me deja oír ni mis pensamientos. La música insoportablemente alta retumba en mi pecho y mis oídos y no puedo apartar la mirada de la foto de Greta. Por debajo de la música oigo la vocecilla de Loui repitiendo «díselo, dile lo que sientes».

—Vale, joder, ¡LO SIENTO! ¡PERDÓNAME, LO SIENTO MUCHO! —chillo por fin con todas mis fuerzas.

Loui quita la música de golpe.

—No esperaba que le dijeras eso.

—Y ¿qué esperabas? —gruño.

—Que le dijeras que la quieres y que la echas de menos.

—Pues ya ves. —Giro la cara para que no me vea.

—¿Por qué lo sientes? ¿Qué tiene que perdonarte?

—Déjame en paaaaaaz —arrastro las palabras, me empieza a temblar la voz.

—Hasta que no lo digas en voz alta, no vas a poder enfrentarte a ello. ¿Qué le hiciste?

—Le dije algo muy chungo. —Noto las mejillas húmedas. No, joder, ahora no, no quiero que Loui me vea llorar. Voy a ser un moñas como él.

—¿Qué le dijiste? No puede ser tan grave —pregunta con tono condescendiente mientras se agacha y se queda delante de mí, apoyando sus manos en mis rodillas—. Venga, nano, ¿qué le dijiste? No será para tanto.

—Le dije —se me quiebra la voz, mierda, no puedo ni hablar—, le dije que no me extrañaba que le hubieran dado la beca a ella en vez de a mí, que era muy buena usando la boca y que seguro que había ganado por méritos propios.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí. —Hundo la cabeza entre las rodillas, solo quiero desaparecer.

—Pero ¿cómo le dices esa animalada a Greta? ¿Qué pretendías?

—Yo que sé, estaba muy mosqueado. Se llevaba un rollito muy raro con el guaperas de Teoría de la Comunicación, pensé… Yo qué sé lo que pensé…

—¿Con el profesor, dices? Nano, se te va la olla.

—Ya, yo qué sé… —me tiembla la voz y noto toda la cara mojada. Ya me la suda que Loui me vea llorar, aunque parezco un crío caprichoso llorando porque no le han dado la beca, y no es eso, joder—. No entendía que le hubieran dado la beca a ella con peores notas, no se me ocurrió pensar en la renta y en lo de su padre, estoy gilipollas… —Ya me caen hasta los mocos, mierda, esto no hay quien lo controle.

—Pues sí, estás un poco gilipollas —dice mientras me da un golpecito en las rodillas y se pone de pie—. Ahora hay que pensar en cómo arreglarlo.

—Esto no tiene arreglo. La he cagado del todo. Está con otro.

Nos quedamos un momento en silencio. Yo intento calmarme un poco y él pasea por la habitación con una mano en la frente. De repente se detiene de golpe, como si hubiera tenido una

revelación, y me pilla desprevenido.

—¿Está con otro? ¿Eso quiere decir que alguna vez ha estado contigo? ¿Quiere decir que eso tan asqueroso que le dijiste de la boca no era una suposición y hablabas con conocimiento de causa?

—No sé qué quieres decir —miento, lo que no quiero es afrontar la pregunta.

—Que si fue un comentario hiriente sin más o sabías de lo que hablabas.

—No sé qué tenía que saber, ¿que si se había liado con el profesor?

—No, joder, ¡que si te has liado con ella alguna vez! ¡Que si utilizaste algo tan íntimo como eso para hacerle daño!

Joder. Qué horrible suena dicho así. A la mierda todo.

—¡Sí, joder! —le grito llorando—. ¡Me lie con ella! Y sí, soy así de gilipollas como para decirle eso después.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo pasó? ¿Cuándo te liaste con ella?

—¿La primera vez o la última? —Ya me da igual todo, que piense lo que quiera.

—Joder, tío, estoy flipando. La última.

—El día anterior a lo de la beca.

—Vaya tela, ¿y la primera?

—Cuando le cogimos el sello a mi padre para lo de la carta.

—Pero tío, eso fue…

—Primeros de noviembre

—Joder, joder, nano, ¿y entremedias?

—Casi todos los días, o todos, varias veces al día, yo qué sé. —Cierro los ojos a ver si desaparezco, pero no hay suerte, sigo aquí.

—La madre que te parió. ¿Estuvisteis liados durante… diez meses? Eso es una puta relación, ¿quién más lo sabía?

—Nadie, no se lo contamos a nadie. Bueno, Tato nos pilló, pero no dijo nada… Y no era una relación, éramos amigos, nunca dijimos que fuera otra cosa.

—Amigos… Ya… ¿El sexo era malo?

—¿Qué dices, nano? ¿Qué pregunta es esa?

—Una pregunta muy fácil: ¿era malo?

—No, joder, era lo puto mejor… —Niego con la cabeza.

—Entonces, explícame qué más querías tú para que eso fuera otra cosa: os lleváis mejor que nadie que conozco, os he visto tener conversaciones enteras sin hablar, a veces casi sin hacer gestos, hacíais todo juntos, y me dices que el sexo era genial… ¿Cuál era el problema? ¿Qué más querías?

—Yo qué sé, tío, ¿qué más da? —Vuelvo a enterrar la cabeza entre las rodillas. En parte siento que me ahogo y en parte me siento liberado. Qué sensación más extraña.

—¿Le dijiste alguna animalada más? —pregunta.

Le cuento más o menos la última conversación que tuve con ella. Él se lleva las manos a la cabeza.

—Bueno, nano. —Se agacha sobre mí y me abraza, no opongo resistencia, no me quedan fuerzas—. Vamos a ver cómo arreglamos esto.

—Esto no tiene arreglo.

—Tiene mal arreglo, no te voy a engañar, pero hay que intentarlo. Lo primero que deberías

hacer es hablar con ella.

—Ya no tiene teléfono.

—Cierto, pues escríbele una carta.

—Lo intenté, y me las devuelve sin abrir

—Joder, tío, no me extraña. Pues vete a verla y dile lo que sientes. Seguro que en persona es otro rollo. Pero tienes que ser sincero y decirle de verdad lo que sientes, nada de esa mierda de que sois amigos…

—No puedo ir a verla, no tengo dinero.

—Pues pídeselo a tu madre, o a la suya… Si le dices a Maite que es para ver si está bien y traerla de vuelta, te lo da fijo.

—Puede ser, ¿y si no quiere verme?

—No podrías culparla, pero yo creo que, si haces un gran gesto como ese, por lo menos hablará contigo.

—No sé, nano, creo que me odia. Además, está con otro…

—No te odia, solo está cabreada, y con razón. Y lo del italiano se le pasará rápido… ¿Cuánto le duran los tíos a Greta? ¿Tres meses? ¿Seis? Parece que su relación más larga has sido tú… Por no hablar de todo lo que teníais antes… No se ha olvidado de ti, estoy segurísimo, está tan enamorada de ti como tú de ella, aunque seáis dos imbéciles y no queráis admitirlo.

Le devuelvo el abrazo. Cierro los ojos y me dejo llevar. Lloro todo lo que no había podido llorar hasta ahora. Cuando ya estoy más calmado, me separo un poco de él.

—No aproveches para meterme mano, ¿eh, julandrón? —me río, aunque con la cara todavía hinchada por el berrinche.

Se ríe también.

—Bienvenido de vuelta, chaval —me da una palmada en la mejilla—, y ya te he dicho que no eres mi tipo. No me gustan los bocazas gilipollas.

TREINTA Y CINCO

LA CARTA

Llego a casa hecho polvo después de la tarde con Loui, pero, en cierto modo, me siento liberado. La presión en el pecho sigue ahí, pero parece que duele menos.

Durante el camino de vuelta en el autobús, he ido pensando en hacerle caso a Loui y pedirle a Maite que me deje el dinero. Igual podría pedírselo a mi madre, pero creo que con Maite será más fácil, además, seguro que está deseando que la traiga de vuelta. Y si me lo da, y voy… ¿Qué le digo cuando llegue allí? Joder, qué difícil todo.

Llego a casa más animado y cargado de buenas intenciones. Están todos en la cocina. Mis padres están muy serios y Maite está llorando. Mamá parece haber llorado también. Mi padre parece furioso.

Siento un vértigo repentino, no sé si quiero saber qué ha pasado. Es por Greta, seguro… ¿Le ha pasado algo? No quiero saber, no parece nada bueno, no quiero saber, no quiero que sea real. Me siento tentado a darme la vuelta y volver por donde he venido, pero me han visto.

—Marc, cariño, pasa —me dice mamá—, ¿tú sabías algo?

Todos se giran hacia mí y me miran expectantes. No sé de qué coño están hablando, y no sé si quiero saber.

—¿De qué? —pregunto, joder, me tiembla la voz.

—¿Habías hablado con Greta? —insiste Maite—. ¿Te lo había contado?

—Hace meses que no hablo con ella —confieso intentando quitarle importancia—. ¿Puede alguien decirme qué coño ha pasado?

—Ha llegado una carta de Greta —dice por fin Estrella.

Me siento aliviado, joder, qué susto, por un momento me había puesto en lo peor.

Maite me pasa una hoja de papel doblada, sin dejar de llorar. La abro y reconozco al momento su letra. Es breve, pero tengo que leerla varias veces para asimilar lo que dice:

Querida familia:

No voy a volver. Siento que he encontrado mi sitio. Voy a vivir aquí, con Piero y su familia, que me ha acogido como si fuera uno de ellos. Siento que aquí puedo ser feliz, que este es mi sitio.

He dejado la carrera y voy a empezar una nueva vida. Estoy embarazada. No ha sido premeditado, lógicamente, pero ha ocurrido

así. No os preocupéis por mí. No intentéis buscarme, ni siquiera estoy ya en Nápoles. Yo me pondré en contacto con vosotros. Necesito cortar lazos con el pasado y dejar cosas atrás, pero os escribiré y os llamaré de vez en cuando. Es mejor así.

Pienso mucho en todos vosotros, pero necesito empezar de cero, bien lejos.

Os quiero mucho.

Greta

—¿Esto qué puta mierda es? —pregunto por fin, después de leer la carta tres o cuatro veces.

—Marc, cariño, no lo empeores —me dice mamá intentando sonar tranquilizadora.

—¿Está gilipollas o qué coño le pasa? —rujo. Maite rompe a llorar otra vez.

—Dice que es feliz, vamos a quedarnos con eso —interviene Estrella poniendo su mano sobre la de Maite.

—¿Feliz? ¡¿Feliz?! —grito—. Lo que es es imbécil. Conoce a ese tío desde hace cuánto… ¿Un mes?

—Eso no ayuda —me dice Estrella muy seria—. Ella ha tomado su decisión, vamos a respetarla. Y ya lleva allí siete meses, eso puede ser tiempo suficiente para conocer a alguien…

—¡Y una mierda! No sabe nada de ese tío. —Me parece increíble que a Estrella le parezca razonable—. ¿Y ni siquiera podemos llamarla o escribirle una carta? —pregunto incrédulo—. ¿De qué coño va?

—Marc, para, no estás ayudando.

—A la mierda, que haga lo que le dé la puta gana, que tire su vida a la basura si quiere, a mí me da igual —gruño muy cabreado.

Salgo de casa dando un portazo.

El frío de la calle me sienta bien. Comienzo a caminar sin rumbo fijo, todavía con la puta carta en la mano. La arrugo dentro de mi puño y aprieto el paso. Es de noche, las farolas dejan una luz amarillenta sobre las calles vacías. El silencio me golpea los oídos, solo oigo mi respiración. Paso por delante de La Cueva justo en el momento en que alguien abre la puerta y veo al fondo la barra. La barra sin ella. Me vienen flases de todo lo que no va a volver. Todo se ha ido a la mierda. Camino cada vez más deprisa intentando escapar… escapar del dolor, escapar de mi miseria, escapar de mí mismo… Cuando me doy cuenta, estoy corriendo. Corro todo lo rápido que me lo permiten las piernas, hasta que me duelen las articulaciones. Me gusta este dolor, me sienta bien. El aire frío me corta la cara, la siento mojada. ¿Estoy llorando? Me paso la manga por la cara para secármela, sin dejar de correr. Podría correr para siempre. Podría correr hasta Italia. Pero lo que de verdad quiero es correr hacia atrás. Quiero retroceder un año, dos, tres, toda

la vida. Quiero hacerlo todo diferente. Esto no puede estar pasando, no puede ser real. Quiero despertarme. Puta pesadilla. Quiero despertarme.

Una conversación. Por una puta conversación se ha ido a la cama con el primer italiano que se ha cruzado. Quiero volver al armario de mi padre, a la azotea, al almacén del bar, a la cabaña, a su habitación, a la mía… Quiero hacerlo todo diferente. Quiero volver a la primera noche y gritarle al mundo que estamos juntos, que quiero estar con ella. Y huir si hace falta. Huir lejos. Mandarlo todo a la mierda.

Me la imagino besando a otro, follando con otro, riéndose con otro, bebiendo con otro… Haciendo con otro todo lo que hacía conmigo. Quiero correr hasta Italia y reventarle la cabeza al puto italiano. Va a tener un hijo, joder, con veintiún años. Es muy pronto. Las cosas no tenían que ser así. ¿Se casará con él? Seguro que se casa con él. Si lo ha elegido ella será un buen tío. No, será un gilipollas, como todos, porque ella solo sabe elegir a gilipollas: los dos imbéciles del instituto, el capullo de Rober, el empollón aburrido… y yo. Todos una pandilla de gilipollas, yo el que más.

Siento pinchazos en todos los músculos de las piernas y en el corazón. ¿Será esto un aviso de infarto? Me gusta el dolor. Me sienta bien.

No me he dado cuenta de hacia dónde iba hasta que he llegado a casa de Loui. Hace apenas un par de horas que he salido de aquí. Golpeo fuerte la puerta. Me abre enseguida.

—Tío, ¿qué te ha pasado? —pregunta sorprendido—. ¿Qué coño te ha pasado?

—He venido corriendo. —Intento recuperar la respiración. El pinchazo en el pecho es insoportable—. ¿Tú lo sabías? —le pregunto casi sin aliento.

—¿El qué, nano? ¿Qué tengo que saber?

—¡¿LO SABÍAS?! —grito más fuerte mientras le estampo la carta en el pecho y le empujo para apartarlo y entrar en su casa.

Empieza a leer el papel mientras cierra la puerta. Lleva mucho rato para lo corta que es, la está releyendo seguro.

—Tío, qué fuerte… Te juro que no tenía ni idea —suelta por fin con un hilillo de voz—. Lo estoy flipando.

—Yo también lo estoy flipando todavía.

—Tengo que leerla otra vez. —Levanta una mano para que me calle.

La vuelve a leer, no sé cuántas veces, pasa demasiado rato. Finalmente levanta la cabeza y me mira muy serio.

—Lo siento, tío.

—Y ahora, ¿qué? —le grito—. ¿Ahora cómo coño lo arreglo?

—Nano, esto lo cambia todo, ya no hay nada que puedas hacer. Ahora solo tienes que seguir adelante, como ha hecho ella.

—No, no —le digo desesperado—, tiene que haber algo que pueda hacer.

—Tío, la cosa va en serio. Va a formar una familia, no te metas en medio de eso. Alégrate por ella y busca la manera de ser feliz tú también. —Me pone una mano en el hombro—. Déjala ir.

—Pues vaya puta mierda de plan.

EPÍLOGO

SICILIA, 2004.

—Te he contado toda la historia, la conoces de sobra… —le digo a Piero, que está sentado junto a mí en la arena.

—Sí, por eso te pregunto si estás segura de que es el momento de volver…

—Sí, claro que estoy segura. Llevo cuatro años poniendo excusas absurdas para no ir, pero no hay justificación creíble para no ir a esa boda. —Apoyo mi cabeza sobre su hombro—. Además, creo que hasta me apetece.

—¿Hablarás con Marc? —pregunta en voz baja.

—Tengo que hacerlo —suspiro—. Ha pasado tiempo suficiente, es el momento.

—Tenéis una conversación pendiente, los dos… Se lo debes…

—Lo sé, lo sé —asiento.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Claro, NECESITO que vengas… No sé si podría hacer esto sola… Además, a ti también te han invitado —me río y agito el sobre delante de su cara, donde la inconfundible letra de Reyes ha escrito «Greta y Piero»—. Y no se rechaza una invitación de la familia Sapena, Reyes sería capaz de venir hasta aquí para llevarme de los pelos a España. —Me vuelvo a reír de imaginarme la escena.

—Bueno, pues iremos los dos. Será divertido —asegura.

—Bueno, divertido divertido… no sé —me río—. Pero, por lo menos, interesante seguro.

Nos quedamos un rato en silencio mirando a Gina, que juega en la orilla a saltar olas mientras busca conchas en la arena.

Vuelvo a sacar la invitación del sobre, no me lo termino de creer.

—Nunca hubiera pensado que él sería el primero del grupo en casarse, con veinticuatro años, además. No le pega nada —me río y le doy un golpe con la mano a la invitación.

—Bueno, llevas fuera mucho tiempo… La gente cambia, y ella es más mayor, ¿no? —Me da un beso en el hombro.

—Ya, supongo… Me he perdido tantas cosas…

—Fue decisión tuya.

—Lo sé, lo sé. —Escondo la cabeza entre mis rodillas.

Me pasa un brazo por encima de los hombros y me atrae hacia él.

—Ya verás como no es para tanto. Ha pasado mucho tiempo, eres una persona diferente… Ya no eres la chica que conocí que iba llorando por los rincones… *La ragazza più triste del mondo* —sonríe.

—Sí, menos mal que apareciste… Igual aún estaría llorando… —me río yo también—. Han pasado cuatro años, lo tengo superado —aseguro en un intento de convencerme a mí misma de que es cierto.

Gina viene corriendo hacia nosotros.

—¡Mami, mami, mira! —Me enseña una concha que ha recogido de la arena—. ¿A que es la más grande y la más bonita que has visto nunca?

—Sí que lo es. Nunca había visto una tan bonita —confirmo.

Ella sonríe con orgullo, con la felicidad absoluta de los niños. Sonríe con todas sus ganas. Sonríe hasta que se le marcan los hoyuelos.

AGRADECIMIENTOS

Esta locura que acabo de terminar no habría sido posible sin un montón de gente que me ha acompañado en las distintas etapas del proceso.

Cuando recuerdo cómo empezó todo, mi primer pensamiento va para **Neus**, cuya curiosidad tras leer «la carta del bajón» me dio el empujón que necesitaba para arrancar esta historia. Igual de importante ha sido **Beatriz** que, más allá del empujón, me ha enseñado a lidiar con el síndrome del impostor y ha sido el mejor radar de palabras repetidas. Gracias, chicas, sin vuestro marcaje capítulo a capítulo estoy segura de que no habría llegado hasta aquí.

Tengo que agradecer a **Luisma** su infinita paciencia contestando a mis preguntas y su inestimable ayuda para sacar a mis niños del marrón en el que se habían metido. También ese entusiasmo contagioso tras la lectura, no sabes lo bien que me vino en un momento en el que me hacía mucha falta. Y gracias también por esa fantástica sinopsis editorial. Sé que son muchos agradecimientos para una sola persona, pero es que eres muy grande, chaval. Solo puedo añadir: ¡Al talego!

El texto definitivo no hubiera sido posible sin **Cris** y su corrección minuciosa. También son suyas las bonitas palabras de la mejor reseña que me podían hacer. Gracias por ver más de lo que yo veía y transmitírmelo tan bien.

Quiero agradecer también a las lectoras beta tan dispares que fueron **Mara**, **María**, **Laura** y **Maribel**. Todo ese *love* y todo ese *hate* me hizo ver que mis niños despiertan sentimientos muy fuertes. Gracias a las que los amáis y también a las que los odiáis, ellos y yo os queremos un montón.

Tengo que agradecer a **Marwán** ese intento maravilloso de llegar al siguiente nivel. He aprendido mucho del proceso, y la espera me ha dado el tiempo que necesitaba para escribir la segunda parte. Queda pendiente ese arroz negro, escrito lo dejo.

Millones de gracias también a **Julia** y a **Jonathan**, por esa ilustración fantástica para la portada que me ha hecho ver esto finalmente como algo real. No puede gustarme más. Y a **Diana**, por ese entusiasmo ciego exagerado… Te prometo que algún día te dejaré leerlo.

En esta segunda edición, ha sido imprescindible **Adela** con su arte, su talento y su paciencia infinita para lidiar con mis indecisiones. No me imagino unas caras mejores para mis pequeños insensatos. Gracias, socia, sabes que, pese a todo lo que he dado por saco, me requeteencanta el resultado (nos está haciendo falta un *Cáncer soporta a Libra* con urgencia).

No puedo olvidar a toda mi familia y a todos los amigos con los que me he ido encontrando a lo largo de la vida. De alguna manera han influido en esto. Las personalidades tan dispares de los distintos personajes y sus diferentes voces están inspiradas, consciente o inconscientemente, en rasgos de muchos de ellos.

También tengo que darles las gracias a mis niños, a mis personajes. Puede parecer que solo son nombres en un papel, pero os aseguro que tienen vida propia y en ocasiones se me han rebelado y han hecho lo que les ha dado la gana, cambiando el destino que yo tenía pensado para ellos. Ha sido divertidísimo comprobar que a veces sabían mejor que yo lo que querían hacer.

Y, por último, quiero dar las gracias a cualquier lector que haya llegado hasta aquí. Gracias por la oportunidad y por tu tiempo.

EL PRINCIPIO QUE NOS DEBÍAMOS

MARISA SEFRA

El principio que nos debíamos

ÍNDICE

1. 4 de agosto. El cumpleaños de Marc
2. El mensaje
3. El siciliano
4. La chica más guapa del mundo
5. El primer beso
6. Los viajes de Loui
7. Los putos regalitos
8. Toda la verdad
9. De vuelta en el bar
10. Cuéntamelo todo
11. Gina
12. De compras
13. Mensajes
14. La despedida de Estrella
15. Un mal despertar
16. A la cabaña
17. Una buena conversación
18. El juego
19. Samu desatado
20. Serenata nocturna
21. Haciendo planes
22. Exaltación de la amistad
23. Tarde de parque
24. Desde cero
25. Marc en su salsa
26. Un padre de familia
27. Qué difícil todo
28. Camino de Palacio
29. La cena de ensayo
30. Un baño relajante
31. Una bomba de relojería
32. La boda
33. La familia
34. El final que de verdad nos merecíamos

Agradecimientos

Este libro es para Julia, Diana y Jonathan, por la comprensión cuando el engorilamiento me hace perder la noción del tiempo.
También para todos los soñadores que creen en la posibilidad de reinventarse y empezar de cero por muy complicado que parezca.

Bea, el libro ya lo he dedicado, así que a ti te dedico a Marc, que sé que lo prefieres. Es tuyo, forever and ever.

A lo largo de esta historia, aparecen muchas canciones. De algunas se hace referencia directa y de otras no, pero todas han ayudado en cierto modo a la construcción del relato y a crear las distintas atmósferas que se respiran en él.

No son esenciales para la historia, pero si quieres pueden acompañarte en tu lectura.

Todas ellas tienen una referencia para encontrarlas al final del libro. También las hemos incluido en una playlist de Spotify a la que puedes acceder escaneando este código desde el buscador de la aplicación:

UNO

4 DE AGOSTO. EL CUMPLEAÑOS DE MARC

1988

A finales de los años ochenta, los veranos eran divertidos e imprevisibles… como Greta. Los primeros días del verano en el que cumplí ocho años, no nos estaba permitido ir al jardín trasero de la cabaña. El día de mi cumpleaños supe por qué.

—¡¿Dónde está el chico del cumple?! —oí gritar a Álvaro desde allí—. ¡Marc, ven aquí ahora mismo!

Greta y yo dejamos el desayuno a medias en la cocina y corrimos hasta el jardín trasero, desde donde nos llamaba su padre. Él sonreía con orgullo señalando la copa del árbol más grande. Las frondosas ramas que tenía antes habían sido sustituidas por la casita de madera más molona del mundo.

—Feliz cumpleaños, campeón —me dijo con una enorme sonrisa—. Ya tenéis vuestra guarida secreta.

Me quedé con la boca abierta. Era lo más chulo que había visto nunca. Desde abajo se veía la puerta, en la que Álvaro había grabado «Marc» y «Greta».

—¡Cómo mola! Pero ¿por qué pone Greta? Es mi cumpleaños, debería ser solo mía… —me quejé en un arranque de egoísmo infantil.

—Porque es la guarida de los dos —explicó Álvaro.

—Eso —dijo Greta—, también es mía. Y si no, peleamos por ella, que te puedo —añadió poniendo los puños en posición de pelea. No quise discutir, Greta era más alta que yo y seguro que me ganaba.

—Vale, es de los dos —consentí—, pero un poco más mía, que es mi cumpleaños.

—Vale, pero solo un poco.

Corrimos los dos hacia el árbol. Unos peldaños rodeaban el tronco a modo de escalera, y a la casita se accedía por un agujero en el suelo. La puerta era para salir a una especie de balcón desde el que observar a los que intentaran acercarse. Apenas habíamos llegado arriba cuando papá salió de casa y se quedó mirando.

—Álvaro, como ocurra una desgracia, serás el único responsable.

—Asumo la responsabilidad, Gerardo, relájate. Vamos a por un café.

Los dos se metieron en casa y Greta y yo nos quedamos solos en nuestro nuevo refugio.

—¡Cómo mola tu padre! Es el mejor —le dije.

—Sí. El tuyo es un rollo…

—Ya lo sé —acepté con resignación.

—He pensado una cosa, un regalo de cumpleaños.

—¿El qué? —pregunté ilusionado.

—Te voy a dar un beso como los de las películas.

—¿Y eso es un regalo de cumpleaños?

—Claro —me contestó muy convencida.

—¿Y cómo son los besos de las películas?

—Con la boca abierta —sonrió.

—Puaj, pero eso da asco, ¿no?

—No lo sabemos. —Se encogió de hombros—. Si los mayores lo hacen, será que no da asco…

—Vale, pues probamos.

—Vale, me pido el príncipe. —Greta levantó la mano.

—No, jo, eso sí que no, yo no quiero ser la princesa. Yo soy el chico, soy el príncipe.

—Pero yo me lo he pedido antes —argumentó cargada de razón.

—Pero es mi cumple, o soy yo el príncipe o no quiero el beso —me quejé mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Vale, pues tú el príncipe, pero solo porque es tu cumpleaños…

—Vale.

Cerramos los ojos, como en las películas, y nos acercamos a besarnos con las bocas abiertas. La de Greta estaba caliente y mojada, era muy raro, pero no daba asco. La sensación era extraña, diferente a cualquier otra que yo hubiera experimentado hasta ese momento, y me gustaba. Un cosquilleo me recorría desde la boca del estómago hasta las puntas de los dedos. No quería parar. La abracé y me incliné sobre ella, como siempre hacía el príncipe en las películas, y noté cómo el suelo desaparecía bajo nosotros. Fue algo mágico, sentí como si hubiéramos echado a volar. Pensé que eran las mariposas que sentía en el estómago, que nos habían dado alas y habíamos alzado el vuelo. Pero no. Había sido yo, que justo me había inclinado sobre el agujero del suelo. No estábamos volando, estábamos cayendo. Nos precipitamos al vacío enredados, golpeándonos contra los escalones que rodeaban el tronco del árbol y aterrizamos en el césped con un golpe seco. A Greta le sangraba el labio y a mí la frente.

Salieron los adultos en cuanto oyeron el ruido.

—Ni diez minutos, Álvaro, te lo dije… —gruñó papá.

—Eso lo arreglo con una trampilla ya mismo —aseguró él.

—¿Estáis bien? —preguntaron mamá y Maite viniendo hasta nosotros—. Estáis sangrando mucho, vamos al hospital.

—No, al hospital no, que no quiero que me pinchen —protesté asustado.

—No, no, pinchazo no —dijo Greta también.

No hicieron caso de nuestras quejas y nos llevaron al hospital mientras Álvaro se quedaba para hacer la trampilla que había dicho y papá volvía dentro de la casa a seguir trabajando.

No nos habíamos roto ningún hueso, pero a Greta le pusieron tres puntos en el labio y a mí cuatro al lado del ojo. También nos pusieron una inyección por si acaso. Nos dolió un montón.

Me preocupaba que no hubiera fiesta esa tarde por culpa del accidente, pero no fue así. Después de comer, llegó el coche de la madre de Samu con él, Loui, Chus y Claudia. Me gustaba que viniera mi pandilla a la cabaña en vacaciones por mi cumpleaños, era emocionante y especial. Mi madre había invitado también a algunos niños de las casas cercanas. No me caían tan bien como mis amigos, pero así tenía más regalos, eso sí me gustaba.

Estrella y Emma estaban en el porche trasero con sus amigas pintándose las uñas. Qué pavas eran. Pero mejor, así teníamos todo el jardín para nosotros.

La tarde iba bien, nos lo estábamos pasando genial. Nos pusimos a jugar a indios y vaqueros. Las niñas preferían jugar a preparar el té que a pelear. Todas menos Greta, que estaba en el equipo de los indios conmigo. Loui, en cambio, prefirió jugar a cocinar con ellas.

—Luis es una niña —dijo Alfredo, un niño que no me caía demasiado bien y al que yo estaba deseando clavarle una flecha.

—Sí, es un mariquita —añadió Tomás, otro niño de su pandilla al que yo le tenía las mismas ganas.

Loui se puso a llorar. Nunca me ha gustado que se metan con mis amigos, y menos que les hagan llorar, pero tampoco me gustaba enfrentarme yo solo al peligro.

Miré a mi alrededor buscando a Samu, pero lo vi con las chicas mayores, que no paraban de

decirle lo guapo que era y el pelo tan bonito que tenía, mientras jugaban con sus rizos. Él sonreía y se dejaba hacer. Ya desde pequeño detrás de las chicas, sobre todo de las mayores, con lo insoportables que eran a esa edad… La única divertida era Greta. La busqué con la mirada y vi que estaba con Chus jugando a dar vueltas a ver quién se mareaba antes y se caía al suelo, ninguno de los dos me iba a ser de mucha ayuda. Loui seguía llorando, y Claudia estaba muy ocupada intentando convencer a Samu de que dejara a las chicas mayores y fuera a jugar con ella. Tendría que enfrentarme yo solo a los abusones.

—No te metas con mi amigo. —Le di un empujón a Tomás.

Se enfadó y me dio un tortazo con todas sus fuerzas en la herida que me acababan de coser. Me puse a sangrar otra vez y a llorar del dolor.

—¡Marc también es una niña llorona! —se rio Alfredo.

—Sí, es otro mariquita, que llora y defiende a su novio.

Salieron las madres que estaban en la casa y la mía me llevó dentro para limpiarme la sangre de la herida. Por suerte, me dijo, no se me habían saltado los puntos y me la podía curar ella. Las madres de los niños chungos se los llevaron a casa y el resto de la fiesta fue mucho más divertida.

Llegó la hora de irse y la madre de Samu se los volvió a llevar a todos. Volvíamos a estar Greta y yo solos. Pedimos que nos dejaran dormir en nuestra nueva guarida y, salvo papá, el resto de los adultos estuvo de acuerdo. Álvaro ya había puesto la trampilla, que podíamos cerrar una vez arriba. Ya no había peligro.

Greta y yo cogimos las linternas, los sacos de dormir y algo de la comida que había sobrado de la fiesta y nos subimos a la casita. Estuvimos contando historias de terror un rato hasta que nos entró sueño. A Greta le habían dado miedo las historias, así que se metió en mi saco y me cogió la mano. Yo también estaba un poco asustado, pero no se lo quise decir, prefería que pensara que yo era valiente y podía protegernos a los dos.

Todavía notaba bichos en la tripa y un cosquilleo en la mano que cogía la suya. Pensé que sería algo temporal, que los bichos y el cosquilleo desaparecerían al día siguiente, pero lo cierto es que ya nunca se fueron, y yo aprendí a convivir con ellos sin prestarles demasiada atención.

—No más besos como los de los mayores —susurró Greta cuando estábamos a punto de dormirnos—, que hacen mucho daño.

—Sí, nunca más, que duele mucho.

Y ahí todavía no sabíamos cuánto podían llegar a doler. Ese primer beso nos dejó una cicatriz a cada uno que nos marcó la cara y nos acompañó siempre. Los de después nos dejaron otras cicatrices de las que no se ven, pero duelen más.

1996

El verano en el que cumplí los dieciséis fue el verano del estirón. Me pilló fuera. Me fui tres semanas a Irlanda a estudiar inglés. Greta no pudo venir porque había suspendido un par de asignaturas para septiembre. Era un viaje organizado y la fecha de vuelta coincidía con mi cumpleaños. Crecí una barbaridad en esas tres semanas. Me di cuenta, pero no fui consciente de cuánto hasta que volví y vi a mi madre y a Greta en el aeropuerto. Por primera vez en mi vida, podía mirar a Greta desde arriba.

—¡Pero bueno! ¿Qué te han dado de comer los irlandeses? —preguntó mamá.

—Socorro, Reyes, el larguirucho este se ha comido a Marc —se rio Greta—. ¿Será posible que hayas crecido tanto?

—Mira… —Me acerqué a ella—. Te saco media cabeza.

—Estoy flipando, cuesta reconocerte. Se me hace raro mirarte hacia arriba.

—Qué pequeña eres ahora —me reí.

—Tampoco soy tan pequeña, tío, que sigo siendo de las chicas más altas de la clase, si no la que más…

—Pero, mira —me acerqué más para poder mirarla justo desde arriba—, ahora te puedo decir: «¿Qué pasa, nena?»

—¿Nena? —Me dio una palmada en el brazo—. Por muy larguirucho que seas, no te atrevas a llamarme *nena*.

Me reí y me puse en cuclillas para coger algo de la maleta.

—¿Me has oído? —preguntó.

—Sí, *nena* —dije levantando la cabeza para mirarla muerto de risa.

Ella se enfadó y me dio una patada en un pie que me hizo perder el equilibrio. Apoyé una mano en el suelo para no caerme en el preciso momento en que pasaba un carrito lleno de maletas que se deslizó por encima de mis dedos como si tal cosa. Solté un grito de dolor.

Otro cumpleaños en urgencias. Tres falanges rotas y la mano entablillada.

Salí del hospital con cara de mosqueo. Mi madre fue a por el coche y Greta y yo nos quedamos esperándola.

—Perdón, perdón, perdón —dijo juntando las manos a modo de súplica.

—Pero ¿por qué has hecho eso, tía?

—Porque me has llamado *nena*.

—Y ¿te parece motivo suficiente para lisiar a alguien? —pregunté bastante cabreado.

—Ha sido un accidente… Y ya te he pedido perdón…

—¿Sabes qué te digo? —sonreí con maldad—. Que por esta gilipollez te acabas de quedar sin nombre. Te voy a llamar *nena* durante el resto de tu vida.

—¡No te atreverás! —Me señaló con el dedo e intentó no reírse.

—Ya lo creo que sí —me reí yo también.

Por supuesto que no lo decía en serio. Empecé con la broma durante unos días, pero se enfadaba tanto que me daba risa, y lo seguí alargando. Y cuanto más parecía molestarle, más lo hacía yo… Si le hubiera dado igual, me habría cansado enseguida, pero estuvo quejándose tanto tiempo que, para cuando dejó de hacerlo, yo ya me había acostumbrado a llamarla así y ya no me salía

llamarla de otra manera.

Y ahora daría cualquier cosa por poder llamarla de la forma que fuera.

1998

Alcanzar la mayoría de edad es algo que solo pasa una vez en la vida, y en mi caso fue un día muy especial. Nuestras madres organizaron una comida familiar y acudieron todos. Después de comer, sugirieron bajar a la calle a tomar un helado. No era lo que más me apetecía, pero les seguí el rollo. Parecían todos muy contentos. Greta se reía y me iba dando pellizcos, yo no entendía por qué. Llegamos a la calle y, nada más pisar la acera, Greta se puso de puntillas y me tapó los ojos.

—¿Qué haces? —pregunté—. ¿Qué pasa?

—Shhh… Es tu sorpresa de cumpleaños —susurró con una risita.

Me empujaba mientras yo avanzaba con los ojos tapados.

—Me voy a hostiar, nena —me quejé—. Déjame ver por dónde voy.

—Ya casi estamos —oí decir a mi madre—. Ya, ya puedes mirar.

Greta retiró las manos y vi que estábamos en una calle al lado de mi casa. No entendía nada.

—¿Cuál es la sorpresa? —pregunté sin entender qué pasaba— ¿Dónde vamos?

Mi madre sacó unas llaves de su bolso y pulsó un botón. Un coche nuevecito y reluciente que estaba aparcado justo delante de nosotros hizo un sonidito y parpadeó.

—Feliz cumpleaños, cariño —dijo la mejor madre del mundo dándome las llaves. Yo no podía articular palabra.

Greta me cogió del brazo y empezó a dar saltitos emocionada.

—Un coche, tío, un coche solo para ti, y ni siquiera tienes el carné.

—Bueno —interrumpió mi madre—, pero le hemos apuntado a la autoescuela. En septiembre empiezas sin falta las clases.

—Claro, claro… Gracias, gracias, gracias. —Le di un abrazo a mi madre y otro a mi padre, que no parecía haber tenido tanto que ver como ella.

—Qué asco das —gruñó Jaime—. El pequeñito… al niño mimado le compran un coche nada más cumplir los dieciocho… Y a Estrella y a mí, una palmadita en la espalda.

—Bueno —se defendió mi madre—, vosotros también tuvisteis coche.

—Pero viejos, no es lo mismo. Los nuestros fueron heredados…

—Pero ahora las cosas nos van mejor. Alégrate por tu hermano y no seas envidioso, Jaime.

Mi hermano dejó el tema, pero no parecía alegrarse por mí.

—¡Vamos a probarlo! —gritó Greta dando saltos y tirando de mí.

—¡Claro! —contesté con ganas de huir lejos de la rabieta de Jaime.

Le di las llaves a Greta que, aunque no tenía coche, tenía el carné ya un par de meses. Se lo había sacado a la primera.

—Pasadlo bien —nos dijo mi madre—, pero id con cuidado.

Montamos los dos rápidamente y nos recibió el olor inconfundible a coche nuevo. Y era mío, no me lo podía creer. Greta arrancó el motor y nos pusimos en marcha.

—¿A dónde vamos? —pregunté— ¿A dar vueltas por ahí?

—No —sonrió—, vamos a por mi regalo.

—¿Tu regalo? —pregunté intrigado— ¿Qué es?

Mientras seguía conduciendo, se sacó del bolsillo trasero del pantalón un papel doblado y me lo dio. Lo abrí y vi que era un dibujo que había hecho yo el año anterior, una enredadera de rosas y espinas. Habíamos dicho que sería un tatuaje genial y que cuando cumpliéramos los dieciocho

nos lo haríamos. Hacía mucho que no me acordaba de eso.

—¿El *tatu*? ¡¿Me lo estás diciendo en serio?!

—Claro —dijo ella—, a menos que ya no quieras… Entonces no, que eso es para siempre…

—Sí, sí, claro que quiero, pero si nos lo hacemos los dos.

—Claro, claro, yo me lo hago también. Ya lo tengo pensado, el mío desde aquí —dijo tocándose la cadera—, hasta aquí —añadió subiendo la mano hasta las costillas.

—Mola, yo igual me lo hago rodeando el muslo.

—Oh, es chulo también.

—Oye, y ¿tu novio que dirá de eso? —pregunté.

—Mi novio que diga misa gregoriana si quiere… Más me preocupa lo que dirá tu padre —se rio.

—Hostia, mi padre se puede cabrear mucho…

—Un aliciente más —sonrió mientras aparcaba en la puerta de un local de tatuajes—. Vamos.

Entramos al estudio y nos cogieron enseguida, no tenían mucho trabajo un martes de agosto. Nos pidieron el carné de identidad para comprobar que éramos mayores de edad y se rieron al ver que justo ese día los cumplía.

—No quiero marrones con vuestros viejos —advirtió el hombrecillo con más tatuajes que piel que nos atendió.

—Nunca les diremos que nos los hemos hecho aquí —aseguró Greta guiñándole un ojo—. Además, somos mayores de edad, no pueden tomar medidas legales contra vosotros…

Pedimos que nos pusieran a los dos en la misma sala, para compartir el momento, y no tuvieron inconveniente. Copiaron mi dibujo y lo ajustaron en un momento a las dos zonas que les habíamos pedido. Nos colocaron una especie de calcomanía para ver el efecto. Todo nos parecía perfecto. Empezaron a tatuarnos y los dos fingíamos que no nos dolía, pero pronto no pudimos seguir disimulando y empezamos a reírnos el uno del otro.

—Chavales, os tenéis que estar quietecitos o me saldrá un Picasso —protestó el hombrecillo que me estaba tatuando a mí, que era el mismo que nos había atendido al llegar. A ella la tatuaba una chica bajita y fuerte con la cabeza rapada y la cara llena de metal.

Intentamos estarnos quietos y nos dimos la mano en los momentos más dolorosos. Les llevó toda la tarde, nunca había sentido un dolor tan constante y continuado, era como pagar a alguien para que te torturara.

Finalmente terminaron y nos sentimos realmente felices con el resultado, aunque no podía olvidar el dolor inhumano que me habían hecho.

Cuando llegamos a casa, Rober estaba en la calle esperando a Greta.

—¿Dónde coño estabas? —gruñó como saludo.

—Hola a ti también —contestó ella riéndose.

—No le veo la gracia, ¿de dónde venís?

—Es el cumple de Marc, hemos ido a por su regalo —dijo ella sonriente mientras se levantaba un poco la camiseta y le enseñaba el *tatu,* que estaba cubierto por film transparente.

—¿Te has hecho un tatuaje como regalo de cumpleaños para él? ¿Qué gilipollez es esa?

—Nooo —se rio ella—, nos lo hemos hecho los dos —añadió levantándome un poco la pernera del pantalón corto que llevaba yo y enseñando el mío.

—¿Os habéis hecho tatuajes iguales? ¿En qué estabas pensando?

—En que ya somos mayores de edad los dos —sonrió Greta.

Rober la cogió por el codo y le habló entre dientes cerca del oído, aunque lo escuché

perfectamente.

—Si te vas a hacer un tatuaje con un tío, debería ser con tu novio… ¿no te parece?

—Sí, claro —contestó ella descojonándose—, para que luego me dejes por otra y me quede yo con un recuerdo tuyo marcado para siempre en la piel… Ni de coña, vamos.

—Eres una cría —murmuró él muy mosqueado.

—Y tú mi viejito gruñón —contestó ella pasándole los brazos alrededor del cuello y besándole.

—Venga, vamos —dijo él con una sonrisa cuando dejaron de besarse—. Te invito a cenar.

—No, hoy no, me voy con Marc, que es su cumpleaños.

—No me lo estás diciendo en serio. —Volvió a mosquearse Rober.

—Y tan en serio.

—Llevo casi una hora esperándote —gruñó él.

—Porque has querido, si me hubieras llamado, te habría dicho que hoy no quedaba contigo… Hoy es el día de Marc, hemos quedado con nuestros amigos para cenar… Puedes venirte si quieres.

No me hizo gracia el ofrecimiento de Greta. No quería que lo trajera, y menos en mi cumpleaños, pero no dije nada, tampoco me apetecía empeorar más la situación.

—No me voy a ir a cenar con una pandilla de críos —gruñó él claramente molesto.

—Pues tú te lo pierdes —contestó ella encogiendo los hombros—. Vete con los ancianos de tu grupo y ya nos vemos otro día…

—Te vienes conmigo. —Volvió a cogerla del codo.

—Te he dicho que no —contestó ella soltándose con un movimiento brusco—. Estás muy capullo hoy. Aunque no fuera su cumpleaños, tampoco me apetecería irme contigo.

—Un día de estos me harto de tus chiquilladas y te mando a la mierda…

—¿Eso es una amenaza? —preguntó Greta levantando las cejas y cruzando los brazos.

—Mira, me voy a ir, porque si no vamos a acabar muy mal tú y yo hoy…

—Es lo primero inteligente que has dicho desde que hemos llegado.

Rober resopló por la nariz y se largó sin decir ni adiós.

—Es un gilipollas —dije yo cuando ya estaba fuera de nuestra vista—. No sé cómo no lo mandas a la mierda.

—Ya, no sé —dijo ella sonriendo—, pero es MI gilipollas… Además, tiene sus encantos —añadió contoneando las caderas y los hombros con voz insinuante.

—Argh, joder, no quiero saber —contesté cerrando los ojos.

Ella se rio, se acercó al telefonillo y pulsó el timbre de su casa.

—¿Sí? —se oyó la voz de Emma a través del altavoz.

—Emma, diles a mamá y a Reyes que nos vamos a cenar con estos por el cumple de Marc.

—Vale, yo se lo digo.

—Venga, vamos, que ya estarán en el bar… —dijo girándose hacia mí.

—¿No subimos a contar lo del *tatu*? —pregunté.

—No, mejor lo contamos mañana, que seguro que nos cae una superbronca, y no mola mal rollo en tu cumple.

—Sí, tienes razón.

Llegamos al bar y estaban allí los cuatro esperándonos.

—Ueeeeeee... ¡Felicidades, nano! —gritaron todos cuando entramos Greta y yo.

—Gracias, tíos —sonreí u nos sentamos con ellos.

—¿Qué tal el cumple? ¿Qué te han regalado? —preguntó Chus.

—Pues mis viejos un coche.

—Joder, qué nivel —flipó Claudia.

—Ya ves, nano, qué cabrón —dijo Samu—. Y eso que ni siquiera tienes el carné…

—¿Nadie más te ha regalado nada? —preguntó Loui.

—Con un carro ya va bien, ya… —contestó Chus.

—Sí, Greta.

—Pase de modelos —dijo ella poniéndose de pie y tirando de mí.

Me levanté y los dos enseñamos los tatuajes. Todos lo fliparon.

—Tíos, pero son muy grandes, os habrán costado una pasta… —dijo Chus.

—Bueno, solo se cumplen los dieciocho una vez —contestó Greta.

—¿Os han dejado vuestros padres haceros unos *tatus* tan grandes? —preguntó Claudia.

—Somos mayores de edad, no hemos pedido permiso.

—¿Los han visto ya? —preguntó Loui.

—No, mañana…

—Vaya tela, os va a caer la del pulpo —se rio Samu.

—Pero ya está hecho. —Greta le guiñó un ojo mientras volvíamos a sentarnos.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Samu—. Ahora ya somos todos mayores de edad, podríamos hacer algo especial… ¡Vamos a una sala X!

—Calla, cerdo —se rio Greta.

—Ni de coña —dijo Loui.

—Eso estará lleno de pervertidos —dijo Claudia.

—Vale, pues que proponga otro…

—¡Vamos al bingo! —sugirió Chus, y todos nos descojonamos.

—Calla, nano, que eso es de viejos…

Seguimos haciendo propuestas a cuál más absurda hasta que al final no hicimos nada más que pedir unas *pizzas* en la pizzería de enfrente y cenar en el bar. Como era agosto, Greta estaba de vacaciones, así que pudo quedarse toda la noche con nosotros.

Era el verano antes de empezar la Universidad. El curso siguiente cada uno tomaría un camino diferente. Samu iría al campus de Ciencias, Chus al de Humanidades y Claudia a la Politécnica. Loui, Greta y yo compartiríamos la facultad de Ciencias de la Información. Esa noche brindamos por la Universidad y juramos que no dejaríamos que eso nos separara. Claudia fue la primera en incumplir esa promesa. Greta tardó un par de años en romperla también y desaparecer.

Ese día Greta me marcó la piel por fuera, pero, en realidad, llevaba toda la vida marcándomela por dentro. Y eso fue todo lo que me quedó de ella cuando desapareció.

2001

Esos habían sido los tres cumpleaños más dolorosos de mi vida, hasta el de los veintiuno, que fue el peor de todos, porque ese dolor no se veía, pero era más fuerte que los otros.

Llevaba desde la conversación con Loui, hacía cuatro meses, roto por dentro. Puto Loui. Yo prefería odiarla, eso no dolía. Bueno, sí dolía, pero menos. Si esto era estar enamorado, no quería estarlo. Nunca más. Ni de ella ni de nadie.

Había pasado de todos y prefería estar solo ese cumpleaños. Me acordaba del último, en la cabaña, y no entendía cómo había podido salir todo tan mal. Pensaba en ella, en que hacía casi un año que no la veía. Y la imaginaba lejos, con el puto italiano, y embarazada. Joder, qué mal todo.

No era capaz de recordar cuánto había bebido, demasiado. Pensé que así dolería menos, pero no funcionaba.

Llegué al estudio de tatuajes donde había reservado hora. Empujé la pesada puerta en la que ponía «Magic Tattoo: especialistas en cubrir y borrar tatuajes». Que me hicieran daño, eso era lo que necesitaba. A ver si ese dolor me apagaba el otro.

MARC
GRETA

DOS

EL MENSAJE

Desde mi conversación con Loui habían pasado muchas cosas. Entre otras, terminé mi rollo raro con Adela. Al poco tiempo, ella encontró un curro mejor y dejó el bar. Ya no volví a verla, y tampoco la eché de menos.

Empezó el curso y pedí un cambio de horario para no coincidir con Leire. Me lo concedieron. Hice una solicitud al decano para matricularme de más asignaturas de las que me tocaban y también me lo concedieron. Volvía a tener los días muy ocupados. Empecé a ir a la autoescuela y me saqué el carné de conducir. Por fin. Ya no dependía de nadie.

A mediados de octubre, se celebró el juicio por la pelea de aquella Nochevieja maldita. Tuve que volver a ver al cretino de Rober y sus colegas. Intenté aparentar indiferencia, pero mi situación era muy diferente a la de entonces. Ya no me sentía tan envalentonado. Yo también la había cagado con Greta y el resultado de mi error había sido mucho más catastrófico que el de él.

Había llegado una carta citando a Greta como testigo. Me hubiera encantado que hubiera sido imprescindible para el juicio y que hubieran intentado localizarla, pero, según Emma, había testigos suficientes, así que escribió una carta al juzgado diciendo que estaba ilocalizable y el proceso siguió adelante sin ella. Como yo.

Nuestra defensa la llevaron Emma y mi padre. No me enteré mucho de qué iba la cosa, solo sé que se resolvió de la mejor manera posible para nosotros. A mi padre no le hizo mucha gracia que sus hijos estuvieran implicados en una cosa así y nos lo hizo saber, pero se ocupó de todo con Emma del modo más profesional.

A Samu y a Loui los indemnizaron por los golpes recibidos. La indemnización de Samu fue la mayor de todas, lógicamente. A los demás nos condenaron a pagar una multa y a Rober y sus macarras a pagarnos una indemnización. El resultado al compensar fue a nuestro favor, algún beneficio debía tener que fuéramos unos mantas pegando. Me dieron algo dinero, pero no era suficiente ni para devolverle a Greta lo que se había gastado en mi máster. Aun así, lo guardé con la esperanza de poder reunir algún día el resto y devolvérselo, si es que volvía a saber de ella.

Además de a pagarnos las indemnizaciones, a los otros los condenaron también a dos años de cárcel. De normal no habrían entrado al talego, pero tanto Rober como el batería se habían metido en varias broncas en los últimos tres años. Esos antecedentes les proporcionaron una estancia de año y medio a la sombra. No voy a negar que eso me dio una cierta satisfacción, pero

tampoco estaba yo con el ánimo como para dar saltos de alegría.

A finales de noviembre llegó otra carta de Greta. No había vuelto a dar señales de vida desde que nos dijo que no iba a volver.

Querida familia:

Siento no haber escrito antes, pero han sido unos meses muy locos. He tenido una niña, estamos las dos muy bien. Os mando unas fotos para que la conozcáis. Se llama Gina.

Os llamaré en cuanto pueda. Estamos viviendo con la abuela de Piero y aquí no hay teléfono, lo que complica un poco las cosas.

Os echo mucho de menos a todos. Prometo escribir pronto y llamar de vez en cuando.

Muchos muchos besos.

Greta.

La carta venía con varias fotos. En un par de ellas estaba la niña sola, un bebé recién nacido como cualquier otro. En otras dos estaba ella con la niña y en una estaba también el puto italiano. Yo había albergado la esperanza, durante todos los meses que habían pasado desde la carta anterior, de que perdiera el bebé, rompiera con el italiano y volviera a casa. Con la llegada de esa carta, lógicamente, mis esperanzas se esfumaron.

La mañana después de recibir sus noticias, amanecí en la cama de Greta. No recordaba haber ido hasta su habitación. Debí de pasar de madrugada medio dormido o algo. Lo que me faltaba, ser sonámbulo y hacer cosas sin darme cuenta. Me incorporé en la cama y grité un «¡joder!» a un volumen tan fuerte que me asustó a mí mismo. Al momento apareció Maite en la habitación.

—Marc, cariño, qué susto me has dado. No sabía que estabas aquí —dijo al entrar. Tenía la cara descompuesta.

—Perdona.

—¿Has dormido aquí? —me preguntó. Asentí con la cabeza—. Yo también la echo mucho de menos… Y que no llame ni escriba casi no ayuda nada. —Se sentó en la cama conmigo.

—Ya, no sé de qué va. ¿Por qué nos hace esto?

—No sé, cariño, ya sabes cómo es. Le gusta hacer las cosas a su manera. Siempre ha sido muy independiente, nunca ha necesitado a nadie…

—Pues vaya mierda de manera. Las cosas no se hacen así.

—Yo también lo pienso, pero confío en que en algún momento volverá, o retomará el contacto al menos…

—No sé, ahora con la niña…

—Bueno, ser madre te cambia la perspectiva… Lo mismo recapacita…

—Se está comportando como una cría caprichosa.

—No digas nada de lo que te puedas arrepentir… —Me pasó una mano por el pelo—. Tú y yo la echamos de menos más que los demás, es lógico. Yo me he quedado sola. ¿Sabes? Estoy pensando en mudarme. Igual es el momento. Vosotros sois una familia, solo se os ha ido Jaime… A mí se me han ido todos y siento que ya no tiene sentido que yo siga aquí.

—No, no te mudes, Maite. No más cambios, por favor —le pedí.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que Maite se había quedado sola. La verdad es que solo había pensado en cómo me afectaba a mí la desaparición de Greta, pero su madre lo estaba pasando fatal también.

—Te entiendo, cariño, pero siento que debería marcharme. Creo que es lo mejor.

—No te vayas. Si te vas, las cosas nunca volverán a ser como antes.

—Marc, cielo, aunque me quede, las cosas nunca volverán a ser como antes.

—Ya —murmuré cuando me di cuenta de que tenía razón—, pero no te vayas… ¿Qué vas a hacer tú sola? Estarás peor…

—Bueno, ya veremos. Ahora vete a clase.

—Sí, me voy —acepté—, pero esta noche vengo y vemos una película o algo…

—Vale, cariño, como quieras —sonrió con tristeza.

A partir de esa conversación, empecé a pasar las noches de entre semana con Maite. Veíamos películas antiguas, contábamos historias de hacía años que a los dos nos ponían un poco tristes, rescatábamos viejas fotos… Pero a los dos nos sentaba bien. De alguna manera, así la sentíamos más cerca, no la echábamos tanto de menos… Bueno, es mentira, la echábamos de menos lo mismo, o más, pero al menos el dolor era compartido.

Los fines de semana solía quedar con mis amigos.

Loui hacía meses que había confesado su «secreto» y desde entonces estaba mucho más abierto y relajado con nosotros (aunque sin pasarse, seguía siendo Loui). Había terminado la carrera (Fotografía eran solo tres años) y ahora se dedicaba a la fotografía artística. Como no necesitaba la pasta, se podía permitir dedicar toda su energía a eso. Había empezado a salir con un chico. Lo había traído un par de veces, pero normalmente cuando venía con nosotros lo hacía solo.

Chus seguía con Vero, llevaban ya casi dos años, y él seguía tan enamorado como el primer día.

Cuando Chus y Loui quedaban con sus respectivos, que era bastante frecuente, Samu y yo aprovechábamos para salir a ligar. Solíamos tener mucho éxito. Samu y su simpatía no fallaban nunca y mi rollo de gruñón depresivo, por algún motivo, solía triunfar también.

Yo dejé de beber casi por completo. Al principio lo utilizaba como un mecanismo de evasión, pero pronto me di cuenta de que me sentaba peor estar borracho. Volvían todos mis demonios y acababa llorando como un gilipollas. Mantenerme sobrio me ayudaba a controlar mejor mis emociones, o mis sentimientos, o lo que quiera que fuera eso que me hacía llorar y gritar hasta quedarme sin voz.

Greta comenzó a escribir un par de cartas al mes, a la familia, claro, no a mí. Nos iba mandando fotos de la niña para que viéramos cómo iba creciendo. La mitad de ellas acababan en la puerta de la nevera, que en poco tiempo estaba casi completamente cubierta de fotos de ella y de la niña, y alguna que otra con el puto italiano también.

Una noche de primeros de mayo, cuando ya llevaba meses en esa situación, quedé con Samu para salir. Después de la cena, estuvimos barajando opciones y optamos por ir a un garito del que habíamos oído hablar, pero al que no habíamos ido nunca.

El local tenía buena pinta. Nos dimos una vuelta para reconocer el sitio antes de decidir dónde quedarnos y, en un rincón, encontramos a Estrella y sus secuaces.

—Joder, qué bajón —le dije a Samu—. Mi hermana y sus amigas. Vamos a otro sitio.

—Qué va, nano. Vamos con ellas… Igual cae alguna y, si no, siempre estamos a tiempo de pirarnos.

—Vale, pero solo un rato, que las amigas de Estrella son muy pavas.

Nos acercamos a ellas.

—Bueno, bueno, bueno —les dijo Samu—. Cuántas chicas guapas por aquí. Si lo hubiéramos sabido, habríamos venido antes a este sitio…

—Hola, guapísimos —saludó Estrella, que parecía muy contenta de vernos—. ¿Os acordáis de las chicas? Son Vanesa, Ana, Cristina, Carmen, Clara, Patricia, Raquel y Olga.

Con cada nombre que decía Estrella, a mí se me olvidaba el anterior. Samu, en cambio, los iba repitiendo como si le interesara muchísimo conocerlas a todas.

—Sentaos con nosotras.

Samu obedeció y se sentó entre Estrella y la amiga más fea. Curiosa elección. A mí me hizo sitio a su lado Olga, mi acosadora particular de la despedida y la boda de Emma. Le estuve dando conversación un rato, y acordándome de las veces en las que había hablado con ella y Greta se había puesto celosa. Deseé con todas mis fuerzas que entrara por la puerta con un ataque de celos. Pero no sucedió, lógicamente. Hacía más de año y medio que se había ido. Ahora estaba en algún lugar de Italia, con su novio y su hija. Joder, no terminaba de acostumbrarme.

Seguí dándole conversación a Olga durante un rato, hasta que me besó. No era una chica impresionante, pero no estaba mal. Mejor eso que nada. Al momento me invitó a ir a su casa. Le dije a Samu que me acompañara a la barra a pedir algo.

—Tío, me ha dicho Olga de ir a su casa, ¿te hago mucha putada? Si quieres me quedo.

—No, nano, vete, yo me quedo con ellas.

—¿Seguro? Que no pasa nada, puedo no ir. Yo sé que Estrella y sus amigas pueden ser un coñazo…

—Qué va, me lo estoy pasando bien. Vete tranquilo, de verdad que no me importa.

—Vale, tío, espero que no te agobies mucho. Hablamos mañana.

—Au, nano.

Me acerqué a Olga, le dije que sí y nos fuimos de allí.

La tía era bastante más salvaje de lo que parecía a simple vista y era evidente que me tenía muchas ganas. Fue una noche muy larga. Me fui de su casa ya de día sin haber dormido nada. Me pidió que la llamara y me apuntó su teléfono en un papel, porque me había dejado el móvil en casa. Me guardé el número en el bolsillo sin ninguna intención de usarlo. De hecho, me deshice de él en la primera papelera que encontré en la calle.

Llegué a casa y me tiré en la cama a dormir. Estaba hecho polvo.

Me desperté a media tarde. Fui a la cocina a comer algo y volví a mi habitación. Eran ya las siete de la tarde cuando cogí el teléfono, que llevaba abandonado en mi escritorio desde la tarde

anterior. El sobrecito de los mensajes parpadeaba en una esquina. Abrí el mensaje, era de un teléfono que no tenía memorizado. Había llegado a las tres y media de la madrugada de la noche anterior. Era un número muy largo, parecía extranjero. El mensaje solo decía:

DESCONOCIDO

En Sicilia siempre hay alguien pensando en ti.

Jo-der.

Era ella. Tenía que ser ella. Se me aceleró el corazón. Empezó a faltarme el aire. Le di a llamar con dedos temblorosos. No sabía lo que me podía costar una llamada a un móvil de Italia, esperaba tener saldo suficiente.

—*Pronto?* —contestó la voz de un tío.

—Hola, quiero hablar con Greta —dije. No tenía ni puta idea de italiano.

—*Non ti capisco, sei spagnolo?*

—Sí, español, soy español. Pregunto por Gre-ta. Me ha mandado un mensaje desde este número —contesté a un volumen más alto, como si así me fuera a entender mejor.

—*Non ti capisco. Aspetta un momento…* —me dijo antes de dirigirse a alguien de allí—. *Uno spagnolo cerca Greta.*

Se hizo el silencio durante un momento que se me hizo eterno. Enseguida oí otra voz de tío.

—¿Hola? —Guay. Este hablaba español.

—Hola, quiero hablar con Greta. Tengo un mensaje suyo de este número.

—¿Eres Marc? —preguntó con un fuerte acento italiano.

—Sí —contesté un poco flipado—, ¿me conoces? ¿Quién eres?

—Claro que te conozco. He oído hablar mucho de ti. Soy Piero.

Jo-der.

—¿Qué has oído? ¿Qué te ha contado de mí?

—Todo.

—¿Qué es *todo*? —pregunté.

—Cuando erais niños, el último año, la última conversación antes de que ella fuera a Nápoles…

Joder, sí que se lo había contado todo.

—¿Puedo hablar con ella? —pregunté.

—No, lo siento, ya no estamos con ella. Estamos de vuelta en el ferry a Nápoles. Mañana tenemos clase. Este es el teléfono de mi amigo Guido. Anoche Greta se emborrachó (¿se dice así?) y le cogió el teléfono a Guido para mandarte un mensaje. Mis amigos han venido este fin de semana, pero no suelen venir. No la llames a este número, no la vas a localizar. Además, ella no quiere hablar contigo.

—Si no quisiera hablar conmigo, no me habría mandado un mensaje —repliqué.

—Estaba muy borracha.

—¿Y eso no te dice nada? ¿Que me escriba cuando está borracha no te dice nada? ¿Sabes lo

que decía el mensaje?

—Sí —respondió tras un momento de silencio.

—Y ¿te parece normal que me diga que siempre piensa en mí? Lo que creo es que tú no quieres que hable conmigo.

—Yo le he dicho varias veces que debería llamarte, que tenéis una conversación pendiente. Pero ella no quiere, dice que no está preparada todavía —explicó con tono calmado.

—Eso es que no me ha olvidado —aseguré.

—Claro que no te ha olvidado. Habéis estado juntos veinte años, es normal; pero ahora acordarse de ti le hace daño. Y yo no quiero que sufra, solo quiero que esté feliz.

—Yo podría hacerla feliz —insistí.

—Pudiste hacerlo, pero no lo hiciste. Ahora ella ha elegido su camino.

—¿Ha elegido? No me hagas reír —gruñí empezando a mosquearme—. La has dejado preñada y le has jodido la vida… ¡¿No sabes ponerte un puto condón?! —grité—. Hay que ser muy inútil…

—No voy a contestar a eso —dijo tras otro breve silencio—. Entiendo que pienses así y que estés dolido, pero todo lo que yo he hecho ha sido por ella. Solo quiero que sea feliz, ya te lo he dicho.

—¿Feliz? ¿Alejarla de su familia es hacerla feliz?

—Yo no la he alejado de su familia, eso lo hiciste tú.

—Vale, yo la cagué mucho, pero tú no lo has puesto fácil para que vuelva. ¿Por qué no llama? ¿Por qué escribe tan poco? Yo creo que tú tienes algo que ver en eso.

—No, yo no tengo nada que ver. Ella hace lo que quiere hacer, ya la conoces, no hace falta que yo te lo diga…

—Claro que la conozco, ¡la conozco mejor que tú! —grité—. Ese mensaje… Me echa de menos, quiere que vaya a buscarla… Ahora sé que está en Sicilia, podría ir a buscarla —murmuré a punto de ponerme a llorar. Joder, qué mal momento.

—¿A Sicilia? —se rio—. Sabes poco de Sicilia, ¿no? Es la isla más grande del Mediterráneo. ¿Crees que podrías encontrarla solo sabiendo que está allí?

—Ya, bueno, eso no lo sabía —dije sintiéndome un gilipollas ignorante. La geografía nunca había sido lo mío.

—Marc, en serio, sigue adelante, haz tu vida. Ella hablará contigo cuando sienta que ha llegado el momento —me dijo con tono condescendiente. Qué bien hablaba español.

—No puedo. —Dejé escapar las primeras lágrimas. Mierda—. No me olvido de ella. Dame un teléfono donde pueda llamarla.

—Allí no tiene teléfono, y yo no tengo móvil. Además, solo la veo los fines de semana, durante la semana estoy en Nápoles, en clase.

—Tú no has dejado los estudios y ella sí. ¿No ves que le has jodido la vida?

—Yo no he hecho nada, ella lo ha decidido todo.

—No me cuentes rollos. Eres un puto egoísta. Tú sigues con tu vida normal mientras ella ha dejado la carrera para criar a tu hija. ¡Le has jodido la vida!

—Es tu opinión —dijo tras otro momento de silencio—, y entiendo que pienses así. Le volveré a decir que hable contigo, pero, si no quiere, no puedo hacer nada.

—Dile que la quiero. —¿Le acababa de decir eso a su novio? ¿Podía ser más patético?

—No puedo decirle eso.

—No QUIERES decirle eso. Es muy diferente.

—Bueno, pues no quiero decirle eso, es cierto. No le haría bien.

—No te haría bien a ti, porque sabes que en el fondo ella me quiere.

—Creo que esta conversación no va a ningún lado —suspiró—. Yo no soy el malo, no soy tu enemigo. Algún día podremos hablar de todo esto. De verdad, confía en mí. Ella está haciendo las cosas como cree que debe hacerlas, y yo lo respeto.

—¿Por qué iba a confiar en ti? No te conozco de nada. No me caes bien.

—Lo entiendo —volvió a suspirar—. Creo que deberíamos terminar esta conversación.

—Puede que tengas razón —dije ya derrotado—. Trátala bien. Hazla feliz.

—Lo intento. Le diré que has llamado.

—Gracias —dije como un reflejo, aunque en realidad estaba convencido de que no se lo iba a decir.

Y colgó. Y se volvieron a esfumar mis posibilidades de dar con ella.

Me tumbé en la cama y me puse a llorar como un gilipollas. Ese mensaje había reabierto la herida que ya empezaba a cerrar. Pensaba en mí. Joder, pensaba en mí. Entonces ¿por qué no me llamaba? ¿Por qué no me escribía? Cómo la echaba de menos… Echaba de menos el último año que pasamos juntos, claro, eso fue la hostia… Pero echaba de menos tanto o más todos los anteriores… Puto italiano. Puto Piero. Me había jodido la vida. La mía y la de ella.

TRES

EL SICILIANO

La semana después de recibir el mensaje de Greta, la pasé pegado al teléfono por si volvía a recibir un mensaje suyo, pero no ocurrió. El viernes por la tarde, quedé con mis amigos en La Cueva, como tantas otras veces. Samu no vino, dijo que había quedado con una chica.

—El otro día me llamó Greta —dijo de repente Loui—. Está en Sicilia.

—¿Te llamó por teléfono? —pregunté—. A casa hace más de un año que no llama…

—Hostia, nano, en Sicilia, donde la mafia… Qué mal rollo —dijo Chus—, ¿Qué hace allí?

—Sí, me llamó por teléfono. Fue una conversación muy breve. Está viviendo con la abuela de Piero, él va los fines de semana —explicó Loui.

—Tío, da muy mal rollo que esté en Sicilia —siguió Chus—. ¿Te dio una dirección? Deberíamos ir a buscarla.

—No, me dijo que prefería no dar la dirección, me dio un apartado de correos al que podemos escribirle.

—Buah, nano, eso me huele raro… muy de la mafia —insistió Chus.

—¿Qué dices? —se rio Loui—. Olvídate de la mafia, tío.

—¿Qué te contó? ¿Cómo le va? —pregunté yo.

—Pues no me contó casi nada, la verdad —dijo Loui—. De hecho, lo primero que me dijo fue que no le hiciera preguntas, que había cosas de las que no quería hablar…

—Hostia, nano, eso es una llamada de socorro, es por la *omertà*, seguro —dijo Chus.

—¿Qué es eso? ¿Qué dices? —me reí.

—¿No sabéis qué es la *omertà*? ¿No habéis leído *El Padrino* o *El Siciliano*? Es la ley del silencio de la mafia siciliana. Si la rompes, mueres, literal, te matan…

—Calla, nano, se te va la pinza —se rio Loui también.

—No, no, fuera de coñas, es una cosa muy seria. ¿Qué sabemos del tal Piero? ¿Es siciliano? —preguntó Chus.

—Creo que sí. Ahora solo vive allí la abuela, pero creo que me dijo que la familia entera es de Sicilia.

—Nano, nano, nano… La familia… Eso es muy de la mafia… Que eso es una movida muy chunga… Puede que Greta esté en un lío gordo.

—El único lío gordo de Greta es haber dejado la carrera y haber sido madre a los veintiuno —dije yo.

—Tenemos que escribirle una carta en clave, para que conteste y nos diga si necesita ayuda —insistió Chus.

—Tío, en serio, deja los porros, estás fatal —me reí.

—Os lo estáis tomando a coña y es algo muy serio… Puede que esté metida en la *Cosa*

Nostra… Tíos, de verdad que es muy peligroso… Voy a la biblioteca a ver qué encuentro sobre la mafia siciliana.

—Pero ¿no ves que te estás emparanoiando? —se rio Loui.

—Yo no me río, no me hace ni puta gracia. Me voy a la biblio, a ver si la pillo abierta.

Y salió del bar preocupadísimo. Loui y yo nos quedamos riéndonos.

—¿Te mandó un mensaje? —me preguntó Loui cuando Chus se había ido.

—Sí —contesté—. ¿Te lo contó?

—Sí, me dijo que te pidiera disculpas de su parte, que no debió hacerlo.

—Ya, pues podía haberlo pensado antes.

—Ella también lo está pasando mal.

—Porque quiere. Que vuelva a casa y se deje de dramas y gilipolleces.

—No sé por qué está actuando así, no me lo quiso contar. Ella sabrá. ¿Qué te decía en el mensaje?

Saqué el móvil del bolsillo y se lo enseñé.

—Joder, tío, qué mal. ¿Qué hiciste? ¿Le contestaste?

—Llamé al número, era de un amigo de Piero. Ya no estaban con ella, pero hablé un rato con «El Siciliano» —me reí.

—Y ¿qué tal? ¿Cómo fue?

Le resumí más o menos la conversación que había tenido con Piero.

—La buena noticia, por lo que cuentas, es que no parece muy mafioso —se rio Loui.

—No, mafioso no parecía —me reí también—. Joder, cómo la echo de menos. —Levanté la mirada al techo.

—Yo también, tío. —Repitió mi gesto—. Lo de no poder llamarla lo llevo fatal, y lo de no entender por qué ha roto con todo y con todos de esta manera, peor aún…

—Nos ha hecho polvo a todos… No sé cómo puede ser tan egoísta…

—Quiero creer que tiene sus razones —dijo Loui—, pero es duro. Nos está tratando fatal a todos…

—Sí, tío, a todos.

Dejamos el tema y fuimos a echar un billar. Estábamos los dos bastantes bajoneros. En una de las mesas junto al billar había un grupo de chicas muy animadas. Me agobiaba tanta felicidad a mi alrededor. Para rematarlo, se volvieron muy locas y empezaron a cantar a pleno pulmón cuando comenzó a sonar una canción[1] que últimamente ponían mucho en la radio y que me tenía atormentado.

—*Probablemente ya de mí te has olvidado… Y, sin embargo, yo te seguiré esperando… No me he querido ir para ver si algún día que tú quieras volver me encuentres todavía… Por eso aún estoy en el lugar de siempre, en la misma ciudad y con la misma gente… Para que tú, al volver, no encuentres nada extraño, y sea como ayer… Y nunca más dejarnos…* —gritaban todas a coro.

—Puta canción —murmuré.

—No se ha olvidado de ti ni de coña. —Loui me pasó una mano por la espalda—. Estoy seguro.

—Para lo que me sirve… —resoplé.

Él no dijo nada más y seguimos con la partida.

Al rato volvió Chus con varios libros de la biblioteca. Le pidió a Loui el apartado de correos al

que podía escribir a Greta y él prometió mandárselo al día siguiente en un mensaje. Nos fuimos a casa pronto, Loui y yo seguíamos de bajón y Chus quería irse a leer sobre la mafia siciliana, eso al menos nos dio un respiro de tanto drama.

Llegué a casa bastante pronto. Mis padres estaban en el salón viendo la tele. Estrella había salido. Pasé al piso de Greta a ver cómo estaba Maite y pusimos una película. Cuando terminó, ella se fue a dormir, pero yo no tenía sueño. Mis padres ya se habían acostado y yo me quedé dibujando un rato. De madrugada oí ruido en la cocina. Salí a ver quién era. Estrella acababa de llegar y parecía muy contenta.

—Hola, ¿de dónde vienes? ¿De fiesta?

—No. He quedado con un chico —sonrió.

—Guay. Me alegro. Hace mucho que no sales con nadie.

—Igual que tú… ¿No vas a llamar a Olga?

—No —contesté—. Es muy pesada.

—No es pesada, igual un poco intensa, pero lleva toda la semana esperando tu llamada…

—Pues que deje de esperar, no va a ocurrir.

—Igual podías intentarlo. A ella le gustas mucho…

—Normal, soy irresistible —me reí.

—Lo que eres es un cabrón —se rio ella también.

—Es otra forma de verlo. —Me encogí de hombros.

Ella fue hasta la nevera y cogió algo de comer.

—¿Has visto la última foto de la niña de Greta? —Cerró la nevera y se quedó mirando la puerta—. Ya empieza a parecer una personita. Es igualita que ella, aunque la niña tiene el pelo y los ojos más claros.

—Sí, la he visto. Se parecen mucho.

—Es normal en los bebés lo de ser más rubitos, igual se le pasa con el tiempo, aunque sería una pena, tiene un color de pelo muy chulo… Es una lástima que no tenga los ojazos azules de Piero…

—Bueno, ya conoces a Greta. Es muy dominante, se ve que genéticamente también —me reí.

—Sí —se rio Estrella también—. Bueno, tampoco pasa nada, la cría es guapísima igualmente.

—Como su madre. —Joder, «su madre», de verdad que no terminaba de acostumbrarme.

—¿No la echas mucho de menos? —me preguntó—. Yo sí, me acuerdo de ella un montón.

—Claro que la echo de menos. Más que tú.

—No es una competición —se rio.

—Ya —me reí yo también—. Bueno, cuéntame algo del chico ese con el que habías quedado… ¿Estáis saliendo? ¿Tienes formalmente novio?

—Bueno, estamos empezando, no sé, novio todavía igual no… Pero me gusta mucho, creo que podría ir en serio.

—Guay, ¿me lo presentarás? —pregunté—. Necesitará la aprobación de tu hermano si quiere algo contigo.

—Bueno, bueno, ya veremos, no corras tanto… Además, ¿desde cuándo la aprobación que hace falta es la del hermano pequeño? Lo suyo sería la del mayor, ¿no?

—En este caso no, yo soy más importante que Jaime, ya lo sabes… Que no se hubiera ido de casa —sonreí.

—Pues si la cosa se pone seria, serás el primero en saberlo, hermanito. —Se acercó a darme un beso en la mejilla—. Me voy a dormir, que estoy hecha polvo… Ha sido una noche movidita —añadió mientras me guiñaba un ojo.

—Argh, joder, no quiero saber, que eres mi hermana… No haces esas cosas…

—Mira quién fue a hablar —se rio—. Bueno, me voy a dormir. Hasta mañana.

—Hasta mañana —contesté antes de volver a mi habitación.

Durante las dos semanas siguientes, Chus estuvo haciendo sus averiguaciones sobre la mafia siciliana. Nos preguntó si alguno sabía el apellido de Piero para investigarlo. Ninguno lo sabía, pero a todos nos dio mucha risa la idea. No se nos ocurría de qué manera pensaba hacerlo. Nos contó que le había enviado a Greta una carta en clave y que estaba esperando su respuesta. Finalmente, nos convocó a todos en el bar una tarde cuando recibió la respuesta de ella.

Hola, Chus:

Me alegro mucho de que me escribas, tengo muchas ganas de veros. Os echo muchísimo de menos a TODOS.

Creo haber descifrado tu carta y, tranquilo, no tienes de qué preocuparte. Te aseguro que nadie revisa mi correo y que no corro ningún tipo de peligro.

Contestando a tus preguntas, el apellido de Piero es Mancini. No es ningún secreto, simplemente no lo había dicho porque no había surgido. Tiene tres años más que nosotros y ha estudiado Medicina. Ahora está haciendo la especialidad, terminará el curso que viene. Aunque la familia de su padre es originaria de Sicilia, ahora viven todos en Milán. No tiene buena relación con ellos, en cualquier caso. Solo con su abuela, que sí vive en Sicilia, y por eso estoy yo aquí, con ella. Aunque sea siciliano, te aseguro que no tiene nada que ver con la mafia ni con nada que se le parezca. Es un tío genial y te aseguro que os caerá fenomenal a TODOS cuando lo conozcáis. Agradezco tu preocupación, pero de verdad que puedes estar tranquilo. Llevo una vida de lo más apacible (bueno, todo lo apacible que se puede llevar con un bebé). Me encantaría que pudierais venir a visitarme, pero no es el momento.

Te prometo que estoy perfectamente y fuera de cualquier peligro.

Dales muchos besos a TODOS mis chicos. Tengo muchísimas

ganas de veros, de verdad.
Un abrazo muy muy fuerte.
Greta.

—¿Y bien? —preguntó Chus—. ¿Qué veis de raro?

—Nada, tío —dijo Loui—. Está bien, ¿qué ves tú de raro?

—Para empezar… ¿Por qué cada vez que pone la palabra *todos* la pone en mayúsculas? —cuestionó Chus.

—Pues para dejar claro que no hay ninguno de nosotros a quien no eche de menos —contestó Loui mientras me daba una patadita por debajo de la mesa.

—No, eso es una tontería, está claro que sabemos que nos echa de menos a todos, tiene que haber algo más… Ha puesto las mayúsculas por algo…

—No le des más vueltas, nano —dijo Samu—. No quieras ver donde no hay… Está bien y Piero parece un tío legal, ya está, asunto resuelto.

—Pero es que no os dais cuenta… Eso es justo lo que diría si estuviera amenazada…

—Joder, nano, qué cansino estás —me quejé—. Deja ya la paranoia.

—Es que flipo con que no os importe… No puede contárnoslo, la *omertà* se lo impide… Está amenazada de muerte, estoy seguro. Y lo de la abuela da muy mal rollo, seguro que es una jefaza de la mafia… Y lo de «Me encantaría que pudierais venir a visitarme, pero no es el momento», ¿no os parece sospechoso? ¿Por qué no es el momento? ¿Qué podríamos descubrir?

—No creo que sea por descubrir nada —respondió Loui—, no es el momento por lo que sea y punto. Igual la abuela está peor de lo que pensamos y se tiene que hacer cargo de la niña y también de la abuela, a saber.

—Bueno, pensad lo que queráis —dijo Chus mosqueado—. Pero, ahora que sé el apellido de Piero, voy a investigar.

—¿Y cómo vas a investigar? —le pregunté riéndome.

—No sé, nano, algo se me ocurrirá…

—Si es que Mancini es su apellido real, igual ni siquiera se llama Piero… —dijo Samu muerto de risa.

—Joder, nano, no le des más munición. —Le di un golpe en el hombro. No paraba de reírse.

—Hostias, tío, no lo había pensado… Pues puede que sea un nombre falso…

Todos nos reímos y Chus se mosqueó más todavía.

—Sois unos gilipollas. Greta podría estar en peligro y parece que os da igual…

—No está en peligro, tío, está bien —aseguró Loui—. El peligro más gordo al que se puede estar enfrentando es mierda en un pañal.

—No mola nada vuestro rollo, espero que no tengáis que lamentar haber sido tan capullos. —Se puso de pie—. Me piro, no entendéis nada.

Y se fue muy cabreado. Nosotros nos quedamos descojonándonos. Aún me dolía pensar en ella, pero, al menos, volvía a reírme.

Acabó el curso y aprobé con muy buenas notas todo el mogollón de asignaturas de las que me

había matriculado. Se me había quedado un último curso de carrera muy ligerito. Encontré en verano un curro de becario en una revista de corte conservador y religioso. No era mi trabajo ideal, ni mucho menos. No me iba nada ese rollo y pagaban una mierda, pero era una manera de estar ocupado y de ir haciendo currículum.

—Marc, cuéntame de qué va ese trabajo que has conseguido —dijo un día mi padre durante la cena—. ¿En qué consiste?

—Pues no hay mucho que contar, hasta la semana que viene que empiece no sabré demasiado.

—Pero ¿de qué es el trabajo? ¿De redactor?

—En principio, de ilustrador. Por lo visto les gusta ilustrar algunos reportajes, más que las fotos, y mi perfil, con casi toda la licenciatura de Periodismo terminada, les pareció muy interesante por si en un momento dado necesitan que redacte un reportaje o un artículo o algo…

—¿Ilustrador? ¿Ya estás otra vez con la tontería de los dibujitos? ¿Para eso no deberían buscar en Bellas Artes o en Diseño? No entiendo que busquen un periodista para dibujar, qué absurdo…

—No buscaban un periodista, buscaban un ilustrador —contesté—. Lo de que yo fuera casi periodista les pareció muy interesante y por eso me dieron el trabajo a mí.

—Y ¿con qué cara te presentas tú a un trabajo de ilustrador? ¿Qué llevaste? ¿Una carpeta con dibujitos? —preguntó mi padre con tono de burla.

—No, papá. —Respiré hondo—. Tengo currículum de ilustrador. Hace un par de años hice un máster de ilustración de mucho prestigio.

—¡¿Qué?! —rugió mi padre—. ¿Cuándo has hecho tú un máster?

—Hace un par de años, te lo acabo de decir…

—Marc, cielo, ¿cómo no sabíamos nada? ¿Por qué no lo habías dicho? —preguntó mamá.

—Porque sabía cómo reaccionaríais… Bueno, él sobre todo. —Señalé a mi padre.

—Qué crack —se rio Estrella—. Hacer un máster en secreto… Lo que no se te ocurra a ti…

—Y ¿se puede saber de dónde sacaste el dinero para una cosa así? Los masters son carísimos y tú no has trabajado en la vida —rugió mi padre echando chispas por los ojos—. ¿O también trabajabas a escondidas?

—No, no trabajaba. —Volví a coger aire—. Me lo pagó Greta.

Se quedaron todos en silencio. Mi madre y Maite estaban demasiado flipadas para reaccionar, mi padre comenzó a ponerse colorado de ira y Estrella empezó a reírse.

—De todas las gamberradas que habéis hecho desde pequeños —dijo Estrella todavía riéndose—, esta es la más marciana… Bueno, que no sé si sería gamberrada o si es más bien lo contrario…

—Detrás de cada estupidez que has hecho en tu vida, siempre ha estado Greta. Que se fuera es lo mejor que te podía pasar… —dijo mi padre escupiendo las palabras.

—Gerardo, por favor, estás hablando de mi hija —advirtió Maite.

—¿Un máster te parece una estupidez? ¿No ves que es algo bueno? —protesté harto de él y de sus mierdas.

—Por supuesto que un máster de hacer dibujitos es una estupidez… No sé en qué estabas pensando… Estás a punto de cumplir veintidós años y sigues pensando en dibujar. Madura de una vez, Marc.

—Pues ya he encontrado mi primer trabajo gracias a eso. No será tanta tontería…

—Gerardo, tranquilo —intercedió mamá—. Ya está hecho. Vamos a confiar, igual puede tener una carrera profesional en ese sector… Vamos a ver cómo le va y, si no le va bien, tendrá

la carrera de Periodismo…

—¡Ni pensarlo! —gritó mi padre.

—Papá, es mi vida, déjame en paz…

—No quiero saber nada. —Mi padre se levantó de la mesa—. Estás tirando tu vida a la basura. Eres el más inteligente de tus hermanos, tienes más potencial que ellos, pero lo estás echando todo a perder. Te estás portando como un inmaduro. Me avergüenzo de ti. Y no me vengas pidiendo dinero cuando las cosas no te vayan bien.

—No te he pedido dinero en la vida —me defendí intentando mantenerme sereno y no ponerme a llorar. No quería darle además el placer de ver que sus palabras me habían herido.

Mi padre salió de la cocina y Estrella me abrazó desde su silla.

—Yo creo que es algo bueno —susurró—. Seguro que te va bien… No le hagas caso, no lo decía en serio…

—Claro que lo decía en serio —dije intentando calmarme un poco, se me había acelerado la respiración.

—Cariño, no te tomes a mal lo que ha dicho papá. Está enfadado, pero se le pasará. Yo confío en ti —aseguró mamá—. Y ahora, tengo que escribir a Greta al apartado de correos que nos dio para ver cómo le mando ese dinero. Por el amor de dios, ¿en qué estabais pensando? ¿Cómo se te ocurre dejar que lo pague Greta? Aunque, mira, casi mejor, es como si lo hubiera ahorrado, ahora con la niña le vendrá muy bien el dinero…

—Seguro que sí. Gracias, mamá.

—Faltaría más, cariño. Venga, alegra esa cara, que seguro que en ese trabajo te va a ir fenomenal.

Mamá tenía razón. Empecé en el trabajo nuevo y me iba bastante bien, estaban encantados conmigo. Me harté a dibujar vírgenes y otros motivos religiosos. Intentaba no centrarme tanto en el significado como en la calidad de los dibujos. Hacía ilustraciones muy detalladas y experimentaba con texturas y estampados. Aprendí mucho de tanto practicar un estilo que no era el mío. Salí de mi zona de confort, y eso suele ser bueno. A los tres meses, se me acabó el contrato de becario y me ofrecieron uno a tiempo parcial que podía compaginar perfectamente con las pocas asignaturas que me quedaban para terminar la carrera.

Tuve que ir varias veces al departamento de recursos humanos por temas de papeleos y tal, pero el tipo que se ocupaba de todo lo puso muy fácil. Era un pijo de manual, de los de traje, corbata, zapatos brillantes y gomina, y se notaba que estaba muy a gusto con la línea editorial de la revista, pero a la vez era muy simpático y bastante divertido. De vez en cuando, venía a buscarme a mi mesa para que fuera a tomarme un café con él. Se llamaba Borja, un nombre muy apropiado. Me hablaba de sus hermanas (tenía diez, casi nada) y de su hermano (solo uno). Su familia era de esas exageradamente religiosas que tienen miles de hijos. También hablaba mucho de su novia, llevaba con ella cuatro o cinco años. Él tenía veintiséis años y estaba ya planificando su boda. Qué prisas. Era uno de los más jóvenes de la empresa, la media de edad del resto de la plantilla superaba la cincuentena, y a mí me venía bien tener a alguien con quien hablar en el curro.

Se sucedieron los meses con las mañanas en el trabajo y las tardes en la facultad. Greta seguía mandando fotos de la niña para que viéramos cómo crecía y cartas en las que contaba poca cosa, pero no llamaba nunca. Mamá me dijo que al principio no quería aceptar el dinero, pero que finalmente accedió.

Ya no le debía nada, eso me hacía sentir bien, por un lado, pero, por otro, había cortado el último lazo que me ataba a ella, y eso todavía me dolía… Habían pasado ya más de dos años. Tenía que seguir adelante.

CUATRO

LA CHICA MÁS GUAPA DEL MUNDO

Un sábado por la mañana, poco antes de Navidad, estaba en mi habitación dibujando (en la espectacular mesa de dibujo que me había comprado con mi primer sueldo) cuando dieron un par de golpes en la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se abrió la puerta y entró Samu.

—Hola, tío —saludó al entrar. Parecía nervioso.

—¿Qué pasa, nano? ¿Qué haces aquí? Y ¿desde cuándo llamas a la puerta de mi habitación? —pregunté sin dejar de dibujar.

—No sé, por si acaso.

—Por si acaso ¿qué?

—Yo qué sé, tío, no quería pillarte haciendo algo. No sé, he llamado y punto —murmuró mirando al suelo y moviendo la cabeza.

—Tengo pestillo, tranquilo —me reí—. La próxima vez, entras y ya está, como has hecho toda la vida.

—Vale, lo tendré en cuenta. —Levantó la cabeza y me miró.

—¿Qué pasa, nano? Estás raro…

—Estoy un poco nervioso, tengo que decirte algo… Hace tiempo que quiero contártelo, en realidad…

Dejé de dibujar y me empujé en la mesa para girar mi silla hacia él sin levantarme. Me quedé mirándole de frente.

—¿Qué pasa, tío? ¿Te has metido en un lío?

—Espero que no —se rio de manera nerviosa.

—Suéltalo ya, joder, que me estás empezando a preocupar…

Fue hasta mi cama y se sentó. Yo me giré en la silla un poco más para seguir mirándole de frente.

—A ver, cómo te lo digo… La cosa es… que me he enamorado, del todo, completamente, como un gilipollas… Esta es la buena, estoy seguro, la definitiva, ya no hay más chicas para mí…

—Joder, qué susto me has dado —me reí—. Y ¿ella lo sabe?

—Sí, claro, imbécil, llevo meses con ella…

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Por qué me has venido con ese careto? —pregunté levantando las manos sin entender muy bien la cara que tenía todavía.

Respiró hondo un momento y me miró fijamente.

—Porque es tu hermana —dijo por fin.

Algo me golpeó por dentro recordando todas las veces que algún tío me había dicho eso antes.

—Greta no es mi hermana, gilipollas —gruñí—. ¿Habéis retomado el contacto? Nos lo podías hab…

—Ya sé que Greta no es tu hermana, capullo, ¿quién ha hablado de Greta? Estás obsesionado, tío, supéralo ya. No te hablo de ella.

—Entonces, ¿de quién estás hablando? —pregunté sin entender de qué iba el rollo.

—¿Cuántas hermanas tienes, subnormal? —se rio.

—¡¿Estrella?!

—Claro, tío.

—Pero no puede ser, es mayor… Nos lleva cinco años.

—No tanto —dijo él—. A mí solo cuatro, que ella es de diciembre y yo de enero.

—¿En serio? ¿Estrella? No me lo habría imaginado nunca, no te pega nada…

—¿Por qué no? Es la chica más guapa del mundo…

—No te flipes —solté una carcajada—, que aunque sea mi hermana tengo ojos en la cara. Es guapa, pero no es un bellezón.

—A mí me lo parece —aseguró Samu.

—Pero ¿estás liado con ella? ¿Desde hace cuánto?

—Desde mayo, siete meses, el día que te liaste tú con Olga.

—Joder, ya os vale… ¿Eres tú el tío con el que quedaba cuando llegaba a las tantas con cara de boba?

—¿Sí? —preguntó poniendo la misma cara de tonto que ella—. ¿En serio? ¿Qué te contaba?

—Poca cosa —me reí y le lancé una goma de borrar para que cambiara la cara—. Qué cabrones, ya me lo podíais haber dicho.

—Queríamos esperar un poco, hasta estar seguros de que íbamos en serio. No queríamos enrarecer nada si la cosa no salía bien. Nano, no sabes lo duro que es llevar una cosa así en secreto, las ganas que tenía de poder hablar de esto.

—Me lo puedo imaginar —suspiré.

—Bueno, pues ya está, ya te lo he contado —sonrió—. Qué peso me he quitado de encima, tío, no tienes ni idea. No te has mosqueado, ¿no? Es que vienen las vacaciones de Navidad y solo quiero estar con ella todo el tiempo. Quiero traerla cuando quedemos con estos, quiero que venga un día de las Navidades a mi casa, venir yo otro aquí… Y nada, eso, que necesitaba que lo supieras.

—Pues ya lo sé —me reí—. No, no me he mosqueado. Tú sabrás, puede ser un auténtico coñazo, tú mismo. Si estáis felices, me alegro por vosotros. ¿Sabe que estás aquí?

—Sí, me ha llamado ella cuando te has levantado para decirme que ya podía venir. Está en su habitación.

—¡Estrella! —grité a pleno pulmón para que pudiera oírme desde su habitación. Al momento se abrió la puerta de mi cuarto y entró.

—¿Sí? —preguntó aguantando la risa.

—Ya os vale, cabrones —me reí.

—¿No te has enfadado? —Intentó disimular una sonrisa.

—No, ¿por qué me iba a enfadar? Aunque prefiero no imaginarme las cosas que hacéis cuando estáis solos, que me da mucho asco —me reí.

Estrella fue a sentarse junto a Samu en mi cama. Él le pasó un brazo por encima de los hombros y la besó.

—Joder, no necesito verlo tampoco —me reí y les lancé un lápiz.

—Pues acostúmbrate, hermanito. —Me lo tiró de vuelta—. Que esto va en serio.

—Ya está, lo hemos hecho —le susurró Samu apretando el brazo que tenía sobre sus hombros—. Voy a llamar a estos y se lo cuento, y esta noche quedamos todos, joder, por fin.

—Vale —asintió ella.

Samu se metió en el baño de mi habitación para llamar a Loui y a Chus.

—¿Por qué no me lo has contado tú? —le pregunté a Estrella cuando nos quedamos solos.

—No sé, quería decírtelo él. Tenía miedo de que, si te lo decía yo, te enfadaras con él por no habértelo contado antes.

—No creo que me hubiera enfadado con él. Bueno, no sé, pero vale, si se queda más tranquilo, mejor así. ¿Tú también estás tan gilipollas como él?

—¿Gilipollas? —preguntó Estrella levantando una ceja.

—Sí —me reí—. Me ha dicho que está totalmente enamorado, que va en serio y que eres la definitiva.

—Ah —dijo con una risita—, entonces sí, estoy igual de gilipollas.

—Vaya par —me volví a reír—. Es un crío, lo sabes, ¿no?

—Pues como tú —se rio y me sacó la lengua.

—Eso mismo… o más —me reí yo también.

Al momento volvió Samu de hacer sus llamadas.

—Ya está, he quedado con ellos esta noche. Se traen a Vero y a David. Qué guay.

—Sí, que guay —puse cara de asco—. Una noche haciendo de farol de tres parejitas. Planazo.

Los dos empezaron a reírse.

En la cena de esa noche me sentí un poco fuera de lugar. Estar solo con tres parejas no era muy agradable. Chus y Vero llevaban ya tanto tiempo que se habían convertido en una de esas parejas que, cuando están juntos, se comportan como si fueran uno solo. Chus seguía con sus paranoias de la mafia siciliana, aunque intentaba no hablarnos mucho del tema porque seguíamos descojonándonos de él. Estrella estaba al corriente de todo, se lo había ido contando Samu. Chus trajo la última carta que había recibido de Greta e intentó convencernos de que seguía mandando mensajes en clave. Nos contó también que había llamado a la embajada italiana y no le habían hecho ni caso. A todos nos dio mucha risa. También había acudido personalmente al consulado italiano para ver si desde allí podía investigar a Piero y tampoco le habían dado información. Empezaba a sospechar que la mafia tenía comprada la embajada y el consulado. A veces le animábamos un poco con el tema, era demasiado divertido como para permitir que lo dejara estar.

Loui y su chico llevaban juntos algo más de un año. David era un actor (o aspirante a serlo) muy extrovertido al que le encantaba llamar la atención, todo lo contrario que Loui. No me caía especialmente bien, era muy notas, pero, si hacía feliz a Loui, era suficiente para que lo aceptáramos en el grupo como a uno más.

Samu y Estrella estaban todo el rato tocándose, abrazándose, besándose… Me recordaba mucho su relación a la que teníamos Greta y yo cuando estábamos solos. La diferencia era que ellos habían tenido el valor que nos faltó a nosotros para contarlo… También su situación era diferente. Faltaba que se lo dijeran a la familia, cosa que pensaban hacer al día siguiente.

La cena en general fue divertida, pero hubo muchos momentos de las parejitas hablando

entre ellos y yo sentirme como un mirón.

—Oye, ¿qué hacemos en Nochevieja? —preguntó Samu en un momento dado—. Podríamos ir a vuestra cabaña —sugirió dirigiéndose a mi hermana y a mí.

—Ay, claro —dijo ella—. Qué genial.

Chus, Vero, Loui y David accedieron de inmediato.

—Conmigo no contéis —afirmé—. Paso de irme de farol con tres parejas.

—Va, nano, no seas así. Venga, lo pasaremos bien —insistió Samu.

—Paso, pero id vosotros. Yo no quiero ir a la cabaña, ya me buscaré un plan, tranquilos.

Intentaron convencerme durante un rato, pero no tuvieron éxito. No era solo por lo de estar de farol, que también, era en parte porque no había vuelto a la cabaña desde el mes de agosto que pasé allí con Greta y no me veía con ánimo de regresar, y menos rodeado de parejitas de enamorados.

Hicieron un amago de no ir si no iba yo, pero les convencí de que fueran ellos. Ya encontraría otro plan, o, si no, me quedaría en casa tranquilamente.

—Tenemos que encontrarte novia, chaval —dijo Samu.

—Eso —se unió Estrella—. Hay que encontrar una chica para Marc.

—Dejaos de rollos. Estoy bien como estoy. No necesito una novia —me reí. Pero me quedé pensando que quizá eso era lo que necesitaba para pasar página definitivamente.

Los seis se enfrascaron entonces en una subasta de candidatas para presentarme. Los mandé a la mierda educadamente y les dije que, cuando quisiera una novia, me la buscaría yo mismo.

Lo de Samu y Estrella causó algo de *shock* en casa. Mi madre y Maite se sorprendieron un poco por la diferencia de edad, pero, como conocían a Samu desde pequeño y lo querían mucho, no tardaron en aceptarlo. Mi padre, en cambio, evidenció su desagrado y su desacuerdo, como era de esperar. Tampoco le dio mucha importancia, como a nada que tuviera que ver con Estrella. Ella hacía un par de años que había terminado la carrera de Psicología y trabajaba en un colegio de primaria como orientadora, lo que a mi padre le parecía un trabajo poco serio, claro está, aunque a Estrella nunca la había machacado como a mí.

Eché de menos a Estrella en la cena de Nochebuena, se fue a casa de Samu. Desde que se había ido Greta, Estrella era mi principal compañía en las comidas y cenas familiares. Con Jaime y Bruno no me llevaba mal, pero, desde que no salía tanto y estaba más centrado en los estudios y el trabajo, tenía poco tema de conversación con ellos. Ahora les daba por reírse de mí por estar trabajando en una revista religiosa. Toda la vida igual, siempre encontraban algo para que yo fuera el blanco de sus burlas.

Antes de la cena de Nochebuena, estaba solo en la cocina, plantado como un gilipollas delante de la nevera y mirando las últimas fotos que habían colgado, cuando me llevé una colleja gratuita salida de la nada.

—Si naces más necio, no naces —dijo el abuelo Max a mi lado. No le había oído entrar.

—Cómo te pasas, yayo… ¿Por qué dices eso?

Me froté la nuca, la colleja aún picaba.

—Ese podrías haber sido tú. —Señaló con la cabeza una de las fotos en las que salía el puto italiano.

Tragué saliva.

—Calla, qué marrón… Soy joven aún para eso, yayo.

—Qué tendrá que ver la edad… Da igual que seas más joven o menos… Para ser feliz, lo que hay que ser es valiente… Y ahí es donde tú patinaste, ¿no?

—No te sigo, yayo, no sé de qué estás hablando…

—Claro que lo sabes… y, si de esto no has aprendido nada, es que aún eres más necio de lo que yo pensaba… Anda, vamos a cenar, que tu madre está nerviosa perdida ya…

Una mañana, durante la pausa para el café en el curro, Borja me preguntó por mis planes para Nochevieja.

—No tengo plan. —Le resumí la situación en la que me encontraba.

—Pues te vienes a la fiesta de mi amigo Rodrigo —dijo sin dudarlo—. Va a ser una fiesta genial, en un chaletazo. Y seguro que allí conoces alguna chica. Y, si no, te presento a alguna de mis hermanas. Por edad, creo que la mejor es Marta. Sí, Marta, además, es la más guapa —me guiñó un ojo.

—No necesito que nadie me haga de celestina, pero gracias —me reí.

—Por cierto. No te tomes a mal lo que te voy a decir, pero me han dicho los de arriba que te diga que te cortes el pelo.

—¿Qué? —pregunté—. ¿A cuento de qué?

—Dicen que no da buena imagen a la revista. No sé, piénsalo. Tu contrato termina en marzo y lo mismo no te renuevan.

—¿Solo por eso?

—Sí, solo por eso. Son muy maniáticos con la imagen del personal y tus greñas no les gustan nada. Yo creo que te vendrá bien un cambio, además, el rollito *grunge* de los noventa ya no se lleva.

—Bueno, podría cortármelo un poco, pero que tampoco esperen que me haga un corte de pijo relamido como tú —me reí.

—No hace falta —se rio también—. Córtatelo un poco solo, para que vean que les haces caso.

—Bien, sí, tienes razón, me vendrá bien un cambio.

Esa misma tarde fui a cortarme el pelo. La peluquera entendió perfectamente lo que quería y me lo escalonó. Seguía llevándolo un poco largo, por debajo de las orejas, pero con otro rollo. Me sentaba bien y me sentía diferente. Igual debería haberlo hecho antes…

Borja me dijo que a la fiesta de Nochevieja tenía que llevar traje. Tuve que pedirle el suyo a Samu porque yo no tenía y tampoco pensaba comprarme uno. Se rio un poco de mí y me dijo que aún estaba a tiempo de cambiar de opinión e irme con ellos, pero no me dejé convencer. Iría a la fiesta de pijos. La cabaña cargada de recuerdos y rodeado de parejitas era la peor opción que se me ocurría.

La fiesta de Nochevieja resultó mejor de lo que esperaba. La casa donde se celebraba era espectacular. Estaba llena de pijos repeinados, pero me parecieron bastante divertidos en general. Lo peor era la música, una sucesión de los grandes éxitos de Los Cuarenta Principales de los

últimos tiempos, pero podía soportar una noche así, y de vez en cuando se colaba alguna canción que no me hacía sangrar las orejas y me daba un respiro. Me sentía rarísimo con mi nuevo corte de pelo, al que aún no había terminado de acostumbrarme, y vestido de traje. Borja me presentó a sus amigos, y todos hicieron evidentes esfuerzos por integrarme en sus conversaciones.

—Ven —dijo Borja en un momento dado—. Te voy a presentar a mi hermana Marta.

—Eso no es necesario —me reí—. Ya lo hemos hablado.

—Shhh… Confía en mí —me dijo—. Habla un poco con ella. Si no te gusta, pasas de todo y te buscas a otra, que esto está lleno de «señoritas».

Me arrastró hacia una zona donde había varios grupos de chicas y cogió del codo a una rubia que estaba de espaldas.

—Marta —le dijo—, quiero presentarte a alguien.

Ella se giró con elegancia. Lo primero que vi fueron unos enormes ojos azules rodeados de largas pestañas. A continuación, sonrió. Sus perfectos labios, que parecían no llevar maquillaje, se curvaron en una sonrisa absolutamente contagiosa, porque fui consciente de que le sonreí de vuelta con cara de lerdo. Se me aceleró el pulso. Era la chica más guapa del mundo. No tenía nada que envidiar a las *top models* de las revistas o a las actrices más espectaculares.

—Marta —dijo Borja—, este es Marc. Marc, ella es Marta. Os dejo un momento, ahora vengo.

Me quedé congelado como un gilipollas y fue ella la que se acercó a darme dos besos. Olía a perfume caro.

—Encantada —sonrió—. Trabajas con Borja, ¿verdad? Me ha dicho que tienes mucho talento.

—Eh, sí, trabajo con él —conseguí decir. Parecía retrasado.

No podía dejar de mirarla. Llevaba un vestido de noche que dejaba adivinar lo buena que estaba. Era como si se lo hubieran cosido una vez puesto, como si lo hubieran hecho adrede para ella (cosa bastante probable si lo pienso). Pelo rubio de peluquería con pendientes y collar de perlas. Greta la odiaría, pero no era momento de pensar en ella. Se había ido, tenía una familia en otro país, ya había elegido. Ahora me tocaba a mí. Cambiar a la chica más auténtica y más divertida por la más guapa del mundo no era mal plan. Sobre todo, si la primera llevaba más de dos años despreciándome como si yo no hubiera sido nada para ella.

Borja no parecía tener intención de volver. Estuve hablando con ella un buen rato. Tenía un año más que yo y había estudiado Derecho. Joder, no podía ser cualquier otra carrera. Estaba trabajando de becaria en el despacho de un amigo de su padre. La imaginaba en el futuro trabajando de abogada y dejando hipnotizados al juez y al fiscal al entrar en el juzgado. Como me había quedado yo, que no podía dejar de mirarla. Desprendía además ese halo de seguridad de las personas que se saben irresistibles, era un cóctel explosivo.

Pasó un camarero con una bandeja llena de copas de *champagne*. Yo nunca había estado en una fiesta organizada en una casa con camareros, estaba bastante abrumado por todo en general. Cogí una copa y ella cogió otra. Hacía cerca de un año que no bebía, pero quería entonarme un poco, me sentía inseguro e intimidado. Brindé con ella y bebí. Me sentó muy bien, me subió bastante, pero no tanto como para que se me fuera la cabeza a otra parte, estaba totalmente centrado en ella.

Llevábamos más de una hora de animada conversación cuando empezó a sonar una canción[1] lenta. No había hecho en todo el tiempo ningún amago de acercarse a mí y me pareció una buena

oportunidad para buscar proximidad.

—¿Bailamos? —pregunté tendiéndole la mano.

—¿Estabas esperando una lenta? —sonrió mientras aceptaba la mano que le tendía.

—Son más fáciles, soy un poco torpe —mentí. No iba a decirle que sabía bailar, eso sentaría un mal precedente para el futuro. Si la cosa cuajaba, querría bailar allá donde fuéramos.

Ella marcó la distancia. Apoyó una mano en mi hombro y con la otra cogió la que yo le había ofrecido. Me hubiera gustado más que se hubiera pegado a mí, pero parecía preferir que hubiera aire entre nosotros. Aun así, era un comienzo.

Era una de esas canciones pastelonas que había sonado tanto en su día que era imposible no sabérsela de memoria, aunque fuera por castigo.

—*Sabes aprovecharte de la luz que desprendo al mirarte*… —canturreé por encima de la letra. Agradecí enormemente que no estuvieran mis amigos en esa fiesta. Las coñas de verme bailando y cantando una canción del puto Alejandro Sanz les podían durar años. Pero a ella parecía gustarle, y yo solo quería gustarle a ella, solo tenía esa noche para camelármela y conseguir una cita.

—*Son tan fuertes tus miradas, elegantes y estudiadas.*… —seguí, y ella no dejaba de sonreírme.

Nos movíamos despacio, al ritmo de la música.

Estaba terminando la canción cuando me incliné hacia ella con intención de besarla. Dio un paso atrás y me apartó, empujando mi hombro con su mano de manicura perfecta, en un gesto muy elegante.

—Perdona si te he dado una impresión equivocada —me dijo—. Pero no soy ese tipo de chica.

—¿Qué tipo de chica? —pregunté un poco confuso.

—De las que se besan con un chico que no sea su novio.

Me quedé un momento descolocado, pero ya estaba más tranquilo y bastante a gusto con ella, reaccioné rápido.

—Entonces, para besarte, ¿primero hay que ser tu novio? —pregunté con una sonrisa.

—Por supuesto —aseguró.

—Eso quiere decir que sí puedes ser novia de un chico al que no has besado…

—Claro, las cosas tienen un orden.

—El mío ha sido siempre el contrario —me reí—, igual es el momento de experimentar cosas nuevas… Y, dime, ¿tienes novio?

—No, no es tan fácil, no me vale cualquiera.

—Me lo creo —me reí—. Vale, entonces, ¿qué hace falta para ser tu novio?

—Primero, conocernos mejor, quedar varias veces, ver si la cosa va bien y, entonces, si el chico me gusta mucho, a lo mejor me lo planteo.

—Y ¿voy por buen camino? —pregunté con mi mejor sonrisa, esa que hacía que me salieran los hoyuelos que tanto les gustaban a las chicas, sobre todo a Greta… Joder, Greta… Pero ella no estaba aquí, y no iba a estarlo… Y Marta sí, y además era algo nuevo, todo un desafío…

—No vas mal —sonrió—. Tienes una sonrisa muy bonita.

—No eres la primera que me lo dice —dije alargando la sonrisa un poco más—. Al final haréis que me lo crea…

—Estoy segura de que ya te lo crees —se rio.

—Tú dímelo más veces, por si acaso, que me gusta.

Volví a sonreír, desplegando todos mis encantos. Ella se mordió el labio y se alejó un poco

más de mí.

—Estás encantado de conocerte —sonrió.

—Por supuesto —confirmé—, y tú también.

—¿De conocerme a mí o a ti? —preguntó.

—Creo que ambas cosas…

Se rio un momento sin dejar de mirarme fijamente.

—Vamos a hacer una cosa —sugirió por fin—. Habla con mi hermano, queda con él esta semana alguna noche y vamos los cuatro a cenar. ¿Te parece?

—Me parece. —Asentí con la cabeza.

—Voy a volver con mis amigas, que llevo demasiado rato contigo. Nos vemos esta semana.

—Perfecto. —Ella se dio la vuelta y desapareció de mi vista.

Busqué a Borja, que me presentó a su novia, Maca, y a otro grupo de amigos. El resto de la noche fue bien. Vi un par de veces a Marta a lo lejos y la sorprendí mirándome. Llevaba dos años ligando como un cabrón, esto era algo nuevo, todo un reto.

Si lo que quería era ir despacio, yo podía ser el tío más lento del mundo. Podía ser más lento que un puto caracol lesionado.

CINCO

EL PRIMER BESO

La idea de salir a cenar los cuatro juntos a Borja le pareció «ideal», palabras textuales. Qué hostia tenía a veces. Quedamos el jueves a última hora de la tarde para recoger a las chicas en el club. Por lo que entendí, era algún tipo de grupo cristiano en el que hacían actividades y talleres. Marta y Maca eran monitoras y, por lo visto, esa semana estaban enseñando a cocinar a las más jóvenes.

Salieron las dos del club vestidas como si vinieran de un bautizo más que de una clase de cocina. Borja había elegido el restaurante, uno bastante más pijo que los que yo solía frecuentar, pero tenía que adaptarme. Si a ella eso era lo que le gustaba, eso era lo que tendría. Ya la había cagado bastante con las tías, no quería hacerlo con esta también, me gustaba mucho.

La cena fue bastante entretenida. Hablamos de un montón de cosas. Yo me llevaba ya muy bien con Borja, hasta teníamos coñas propias, y eso me daba puntos de cara a su hermana.

Después de la cena, fuimos a una zumería que le gustaba mucho a Maca. Borja propuso que nos sentáramos en mesas separadas para que ellos hablaran de sus cosas y Marta y yo nos conociéramos un poco mejor.

—Hoy no llevas traje —me dijo cuando nos quedamos solos.

—Claro que no, nunca llevo traje.

—En Nochevieja llevabas. —Inclinó la cabeza.

—Bueno, era Nochevieja, era lo que tocaba. —Encogí los hombros.

—Me gustan los chicos elegantes, bien vestidos.

—Y a mí las chicas desnudas —me reí—. Yo me pongo un traje y tú te desnudas, ¿te parece?

Le cambió el gesto por completo y se puso muy seria.

—Me parece un comentario de muy mal gusto —dijo después de un momento—. Has sido muy grosero. Creo que me he equivocado contigo.

—Vamos a dejar las cosas claras desde el principio. —Me incliné sobre la mesa hacia ella—. Yo no soy un perrito faldero. Estoy seguro de que los chicos con los que has estado hasta ahora se han dejado moldear a tu gusto, pero el caso es que no estás con ellos, estás aquí conmigo… Por algo será…

—Ese rollo canalla puede que te haya funcionado con otras chicas, pero no te va a funcionar conmigo… —aseguró intentando mantenerse seria.

—¿No? —sonreí—. A mí me parece que sí…

—Estás muy seguro de tus posibilidades…

—Por supuesto —sonreí abiertamente—. Te gusto, se nota.

—Si lo que quieres es dejar las cosas claras desde el principio —dijo ella—, debes saber que lo que yo busco de una relación es casarme y tener hijos. Si tú no buscas lo mismo, estamos

perdiendo el tiempo.

Solté una carcajada.

—¿En serio me estás hablando de matrimonio en la primera cita?

—Las cosas claras desde el principio, tú lo has dicho —confirmó—. Tengo veintitrés años, no estoy para perder el tiempo.

—Pues si no pierdes el tiempo a esta edad —me reí—, ya me contarás… ¿Qué va a ser de ti a los cuarenta?

—¿Qué opinas de lo que te acabo de decir? —preguntó.

—¿Del matrimonio? Me parece un error.

—¿Un error? —Abrió mucho los ojos—. ¿Por qué?

—Porque no quiero estar con alguien porque una vez hace muchos años lo prometí. Creo que lo bonito de una relación es elegir estar con esa persona cada día. De esa manera, hay que currárselo cada día, hay que ganárselo cada día.

—Eso suena muy romántico —sonrió—. Pero no me vas a hacer cambiar de opinión con esa filosofía de azucarillo. Si de verdad no tienes intención de casarte nunca, no tenemos nada que hacer.

—Bueno, bueno —me reí—, no corras tanto… Igual uno de los dos consigue hacer cambiar de opinión al otro… Desde luego, a los veintidós no me voy a casar.

—Te repito que tengo veintitrés años, no estoy para empezar algo que no va a ningún lado.

—Dices *veintitrés años* como si fueras vieja —me reí—. Relájate, aún eres muy joven. Además, que eso es lo que pienso ahora, pero igual consigue hacerme cambiar de opinión, letrada —sonreí.

—Soy buena argumentando y convenciendo —sonrió ella también.

—Entonces para ti soy todo un desafío. Tómatelo así.

—Desafío aceptado —confirmó con una sonrisa maliciosa, qué guapa era—. Pero, te advierto que voy a llegar virgen al matrimonio.

—Joder —me reí—. No te andas con rodeos, no dejas nada para la segunda cita.

—Todo bien clarito, como el agua, te lo he dicho…

—Bien, pues igual en eso soy yo el que consigue hacerte cambiar de opinión.

—No lo creo. —Negó con la cabeza.

—No me subestimes —le sonreí sacando toda la artillería.

El resto de la noche fue un continuo tira y afloja de todas las discrepancias que había entre nuestras diferentes formas de ver la vida, pero creo que a los dos nos daba mucho morbo el punto de vista del otro.

Esa noche llegué a casa contento e ilusionado. Fui hasta mi habitación y me quedé mirando las fotos de Greta que tenía clavadas en el corcho: la de la azotea, la de la boda de Emma que nos hizo el fotógrafo riéndonos, otra de esa noche bailando que nos hizo Loui…

—Ya he pasado página, nena —le susurré a una de las fotos—. Ya puedo alegrarme por ti… Un poco al menos.

Repetimos la cena a cuatro y el resopón en solitario de después una vez por semana durante varios meses. Ella me hablaba de sus tropecientos hermanos y de sus padres, y yo respondía a las preguntas que me hacía sobre mi familia y mi situación familiar peculiar. Me tenía totalmente hechizado. Cuando estaba con ella, solo podía pensar en ese primer beso que aún no había llegado. No tenía prisa, ella quería ir despacio y a mí todo me parecía bien.

—Creo que ha llegado el momento de que me presentes a tu familia —dijo un día del mes de mayo, cuando ya llevábamos cinco meses así.

—Bien —acepté—. El viernes que viene tengo cena familiar. Vente.

—Hecho.

Durante esos cinco meses, yo había ido alguna vez con Borja a su club. Era más divertido que el de las chicas. Jugaban al pádel, hacían regatas… Cosas muy de pijos, pero que no estaban mal del todo. Era mejor eso que estar de farol con mis amigos, que tenían totalmente instaurado el rollo parejitas. Sobre todo Samu, que no se separaba de Estrella ni un momento. Marta decía que aún era pronto para quedar con ellos, igual después de la cena familiar la cosa se ponía más seria y ya podíamos empezar a quedar los dos solos o con mis amigos.

Ese viernes, recogí a Marta en el club y la traje a casa. Le hice un *tour* turístico enseñándole mi humilde hogar y ella lo miraba todo muy interesada. Al llegar a la cocina, se quedó observando el frigorífico.

—Y esa será la hija pródiga, ¿no? —preguntó señalando el mogollón de fotos de Greta y de la niña que cubrían la puerta de la nevera.

—Sí, supongo que puedes llamarla así —me reí.

—Y su hija bastarda —añadió.

—Joder —protesté—, qué mal ha sonado eso…

—Es lo que es. Una hija fuera del matrimonio es bastarda, es la palabra correcta.

—En realidad, no lo sabemos —interrumpió Samu apareciendo por la puerta de la cocina con Estrella—. Podrían haberse casado y no haberlo dicho. Sería muy de Greta. Así que, no encendamos las antorchas antes de confirmarlo. Hola, soy Samuel, encantado, y ella es Estrella.

—Encantada —dijo Marta.

La cena transcurrió con normalidad. Marta congenió enseguida con Emma y con mi padre. Se pusieron a hablar de cosas de abogados. Ella conocía la reputación de mi padre y ya estaba impresionada por él antes de que se lo presentara. A mi madre y a Maite pareció gustarles también. Yo veía de reojo las risitas de Samu, Estrella, Bruno y Jaime cada vez que ella hacía alguna referencia a su club o a algo similar. Cabrones.

—Bueno —me dijo en un momento que nos quedamos solos tras la cena—, creo que la semana que viene deberías conocer a mi familia. Y, después de eso, supongo que ya nos podremos considerar oficialmente una pareja.

—Me parece bien —sonreí—. Entonces, después de eso, ¿ya podré besarte?

—¿Solo piensas en eso?

—Todo el tiempo. En eso y en más cosas que no te digo porque te escandalizas —me reí.

—No me hace gracia. Después de que conozcas a mi familia, si todo va bien, te dejaré besarme. Pero tampoco vayas a pensarte que estaremos todo el tiempo así. —Señaló con la cabeza a Samu y Estrella, que estaban besándose en el pasillo como si hiciera meses que no se veían.

—Bien, no hay prisa —confirmé—. Iremos a la velocidad que tú marques.

—Y otra cosa… No voy a decirte que te pongas un traje, pero, para conocer a mi familia, ponte al menos una camisa…

—No tengo camisas —me reí.

—No me lo creo —dijo muy seria.

—Pues créetelo, no es mi rollo.

—A ver, enséñame tu armario.

—Claro, ahora mismo —acepté con una sonrisa maliciosa—. Vamos a mi habitación.

Llegamos a mi cuarto y cerré la puerta al entrar.

—La puerta abierta —pidió ella—. No quiero que nadie piense algo que no es.

—Nadie va a pensar nada, créeme.

—Me da igual, la puerta abierta.

—A sus órdenes, señorita. —Abrí la puerta de nuevo.

Se puso a inspeccionar el interior de mi armario.

—Pues va a ser verdad que no tienes ninguna camisa… ¿Será posible?

—Lo es —me reí.

—Mira, sí que hay una, muy bonita, además. —Sacó la percha donde estaba la camisa violeta de la boda de Emma.

—No, esa no me la voy a poner —afirmé muy serio.

—¿Por qué no? Es preciosa, y seguro que ese color te queda ideal.

—Porque no me quiero volver a poner esa camisa y punto. Antes me compro una nueva, si te hace feliz que lleve camisa para conocer a tus padres.

—Me parece muy bien que te compres una, pero no entiendo que no te quieras poner esta, con lo bonita que es.

—He dicho que no, Marta, tema zanjado.

—Está bien. —Volvió a dejar la camisa en su sitio—. Oye, ¿qué le pasa a este armario? ¿Le falta un lateral?

—Sí —me reí y le conté por encima la historia del tabique entre los armarios.

—¡Qué barbaridad! —exclamó escandalizada—. No sé cómo os lo consintieron, por muy pequeños que fuerais…

—Lo de ese armario fue una gran idea —aseguró Samu desde la puerta con Estrella—. Nos ha salvado el culo a más de uno en alguna ocasión.

Estrella le dio una palmada en el brazo mientras se reía.

—No entiendo de qué manera —comentó Marta confusa.

—Claro que no —se rio Samu. Yo aguanté la risa para que Marta no hiciera más preguntas.

Salimos los cuatro de mi habitación y fuimos al salón, donde estaban todos. Marta se puso a hablar con Emma de cosas aburridísimas. Yo me acerqué a Samu que, sorprendentemente, se había separado de Estrella un momento.

—Nano, en serio —me pasó un brazo por encima de los hombros—, ¿qué coño estás haciendo con esa tía? Entiendo que está buenísima, pero no creo que sea eso solo lo que buscas…

—Déjame en paz —me reí—. A mí me gusta.

—Te están arrastrando a su secta de pijos beatos… ¿No lo ves?

—Tranquilo —volví a reírme—, que no hago nada que no quiera hacer.

—Pero seguro que tampoco haces nada que sí quieres hacer —añadió con una carcajada.

—Qué cabrón —me reí.

Volvió Estrella y empezaron a besarse otra vez. Me alejé de ellos y fui hacia la cocina a por un refresco. Aunque ya parecían haberse esfumado mis demonios, me había acostumbrado a no beber alcohol. Entré en la cocina y me encontré a solas con mi padre. Mierda.

—Muy bien, hijo —me dijo.

—¿Por qué? —pregunté sin saber cómo reaccionar. Mi padre nunca me había dicho algo así.

—Esa chica, me gusta mucho. Parece que por fin te estás centrando.

—Ah, eso, sí, a mí también me gusta mucho —titubeé.

No dijo nada más y salió de la cocina. Una alarma se disparó en mi cabeza: hacer algo que a mi padre le parecía bien no podía ser nada bueno. La silencié pensando que igual sí, que a lo mejor simplemente estar de acuerdo con mi padre en algo era un síntoma de que estaba madurando.

Me compré una camisa, tal como le había prometido a Marta, y fui a conocer a su familia. Fue una cena mucho más multitudinaria que las nuestras. Muchas de sus hermanas tenían pareja, y estaban todos allí. Algunas incluso tenían varios hijos, una locura.

Fui encantador y me los gané a todos… y, especialmente, a todas.

Esa noche descubrí que su padre se dedicaba a los negocios y que era uno de los principales accionistas de la revista para la que yo trabajaba. No quise decirle que no era mi intención continuar en ese trabajo mucho más tiempo, mis aspiraciones no eran seguir dibujando santos y vírgenes por los siglos de los siglos…

Después de la cena y la sobremesa, Marta me acompañó a la puerta.

—¿Ya somos oficialmente una pareja? —pregunté con una sonrisa.

—Sí —confirmó—. Si es lo que quieres, ya somos novios.

—¿Ya puedo besarte? —pregunté inclinándome un poco hacia ella.

Se giró para comprobar que no nos veía nadie.

—Vale. —Se humedeció los labios con la lengua. Joder, qué poco le hacía falta para ponerme a mil—. Solo un beso.

No le di tiempo a cambiar de opinión. Me incliné un poco más y junté mis labios con los suyos. Me recibió con la boca entreabierta, pero no llegó a abrirla del todo, no me dejó entrar. Se separó de mí al momento con una sonrisa.

—¿Ya está? —me reí—. ¿Eso es todo?

—De momento, sí —sonrió.

—Mañana te llamo —susurré antes de irme.

—Hasta mañana.

Llegué a casa eufórico, con una sensación brutal de triunfo. Ya era su novio, ya la había besado. Me tumbé en la cama disfrutando de la absoluta felicidad del momento. Miré hacia el corcho de la pared y vi las fotos de Greta. De repente, me acordé de mi última conversación con ella, cuando me dijo que había usado esa misma palabra para referirse a mí al hablar con el profesor, y yo me reí de ella. Joder. Qué diferente era todo. A ella, que me había querido tanto y me lo había dado todo, que había sido mi mejor amiga, mi otra mitad durante veinte años, no le había concedido ni eso, una puta palabra. En cambio, a Marta, desde el principio, sin conocerla, le había mendigado esa oportunidad. Mi sentimiento de triunfador se desvaneció en un momento y dio paso al de rata miserable. Esa noche volví a llorar, como un gilipollas, por lo mal que lo había hecho todo.

—Lo siento, nena —murmuré mirando las fotos desde la cama—. Si alguna vez vuelvo a verte, será lo primero que te diga, te lo prometo.

Después de ese primer beso, empezamos a vernos más a menudo. Tras cada cita, me dejaba volver a besarla. Alguna que otra vez, la pillaba con la guardia baja y me dejaba alargarlo un poco más y subir la intensidad, pero eran pocas. Yo estaba bien así, estaba cómodo, no tenía

prisa. De vez en cuando, ella venía a las cenas con mis amigos, ya no era el único sin pareja, volvía a estar cómodo con ellos.

Llegó el verano y ella se marchó fuera con su familia, a su casa de veraneo en el norte. Nos llamábamos de vez en cuando y nos mandábamos algún mensaje casi a diario. Yo había terminado por fin la carrera y estaba pensando en buscar un trabajo a tiempo completo, ya estaba un poco cansado de mi curro en la revista, ahí no iba a evolucionar mucho más, necesitaba una ocupación más estimulante a nivel creativo. Esto era algo que pensaba yo, en ningún momento lo hablé con Marta, no quería que su hermano o su padre se enteraran de que planeaba dejar la revista.

Envié currículums a cantidad de sitios y me apunté a una bolsa de empleo que abrieron para los exalumnos del máster. Una mañana, me llamaron de una productora audiovisual independiente para encargarme el *storyboard* de un largometraje. Me encantó la idea. Pagaban muy poco, pero era algo que me parecía muy interesante hacer, así que lo hice, en tiempo récord y con un resultado estupendo. Quedaron encantados conmigo.

Se trataba solo de un encargo puntual, así que seguí buscando como hasta entonces.

Una noche de verano, volví a quedar con mis amigos para salir los cuatro solos, sin parejas, como en los viejos tiempos. Samu protestó un poco, porque ya no sabía ir a ningún sitio sin mi hermana, parecía que estuvieran pegados con velcro.

Fuimos los cuatro a cenar y lo pasamos genial. Nos reímos un montón y recordamos cantidad de anécdotas. Nos acordamos de Greta en varios momentos y cada uno contó lo último que sabía de ella. Ninguno sabía demasiado, hacía casi tres años que se había ido, parecía que todo aquello hubiera ocurrido en otra vida.

Después de cenar, fuimos a una discoteca. Me lo estaba pasando tan bien que hasta me tomé una cerveza. No había bebido nada desde la copa de *champagne* de Nochevieja y la cerveza me sentó de puta madre.

Estábamos de pie junto a la barra riéndonos sin parar cuando Samu se quedó blanco mirando fijamente hacia la pista. Se le escurrió el vaso de entre los dedos y aterrizó en el suelo. Los tres nos giramos rápidamente para ver lo que estaba mirando. En un extremo de la pista, una pareja se besaba y se metía mano con tanto calentón que parecía que se iban a desnudar en cualquier momento. Era David, el novio de Loui, con otro tío. Joder.

Miramos todos a Loui, que no apartaba la vista de ellos.

Samu se metió dos dedos en la boca y silbó tan fuerte que la mitad de la gente de la pista se giró a mirarlo. Incluido David, que, cuando nos vio, abrió tanto los ojos que parecía que se le fueran a caer al suelo.

Salimos todos corriendo detrás de Loui cuando nos dimos cuenta de que se había ido. David nos siguió hasta la calle. Alcanzó a Loui y le empezó a contar milongas. Tuvieron una bronca de puta madre. Yo nunca había visto a Loui gritar de esa manera. Finalmente lo mandó a la mierda y nos fuimos todos de allí. Samu y Chus se marcharon a casa y yo llevé a Loui en su coche hasta la suya, no estaba en condiciones de conducir. Lloró durante todo el camino. Sus padres no estaban, como siempre, y me quedé a dormir con él, no quería que se quedara solo.

Nos tumbamos los dos en su cama y, poco a poco, se fue tranquilizando.

—¿Sabes? —me dijo—. La última vez que alguien durmió aquí conmigo fue Greta.

—¿David no? —pregunté lamentando tener que nombrarlo.

—No —contestó—, nunca se quedó a pasar la noche, siempre tenía alguna excusa.

—Joder, ya le vale, llevabais más de un año…

—Casi dos, pero bueno, prefiero no pensarlo…

—Y ¿cuándo se quedó Greta a dormir contigo?

—Después de la Nochevieja infernal, cuando estaba Samu en el hospital, ¿te acuerdas?

—Hostia, sí, ya me acuerdo, qué mal lo pasé esa noche, no sabía dónde estaba. Nunca me contasteis qué pasó…

—Nos besamos —dijo con una risita quitándose todavía las lágrimas del berrinche que le iba y le venía por momentos.

—¿Cómo que os besasteis? —pregunté incorporándome un poco y apoyándome en los codos.

—Se lo pedí yo. Nunca había besado a nadie y sentía mucha presión por el primer beso, y todavía no tenía claro tampoco si era o no era gay…

—Pues eras el único que no lo tenías claro —me reí—, los demás lo teníamos clarísimo.

—Qué cabrón —se rio también.

—En ese momento Greta y yo estábamos liados. —Miré al techo.

—Ya, até cabos después, cuando me lo contaste, pero en ese momento yo no lo sabía.

—No podías saberlo. Joder —me reí—, ¿será posible que me esté poniendo celoso?

—Pues no estés celoso, lo hicimos como un experimento científico.

—Y ¿qué tal el experimento? ¿Resultó bien? ¿Fue un buen primer beso?

—Pues concluimos, casi con total seguridad, que no me gustaban las chicas, pero fue un gran primer beso. Besaba muy bien.

—Sí que besaba bien, sí. —Volví a mirar al techo.

—¿Aún la echas de menos?

—Me esfuerzo en centrarme en Marta y no pensar en ella, pero hay veces que no puedo evitarlo… ¿A quién quiero engañar? —me reí—. Claro que la echo de menos, cada día.

—Normal, y con Marta, ¿qué tal? Ya lleváis bastante tiempo…

—Bien, me gusta mucho.

—¿Te gusta? ¿Solo te gusta?

—Sí, no sé, no me planteo nada más. No estoy enamorado de ella, si es lo que preguntas, vamos despacio.

—Yo no veo que vayáis tan despacio… La tienes ya metida en casa a todas horas, y tú en la suya…

—No es en ese aspecto en el que vamos despacio —me reí.

—¡No te creo! —gritó con una carcajada—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amigo?

—Ya ves —me reí—, así son las cosas. No se lo cuentes a nadie, que son muy cabrones y se descojonarán de mí.

—No, tranquilo, ya sabes que no digo nada. Venga, vamos a dormir.

—Vale, pero no me metas mano, ¿eh?

—Tranquilo, te aseguro que es lo último que me apetece esta noche… y ya te he dicho muchas veces que no me gustas, flipado —se rio y me dio un empujón en el hombro.

—En realidad lo decía por mí, que llevo tanto tiempo a dos velas, que lo mismo me cambiabas de acera —sonreí.

—Ni en la cárcel te cambian a ti de acera, chaval —se rio.

—Espero que nunca tengamos que averiguar eso —me reí yo también.

SEIS

LOS VIAJES DE LOUI

Durante el mes de agosto tuve vacaciones, no tenía que currar y ya había acabado la carrera, no sabía bien qué hacer con mi tiempo. Una mañana, recibí una llamada de la productora para la que había hecho el *storyboard* con una propuesta muy loca. Me contaron que tenían tres semanas para preparar un episodio piloto para una serie de dibujos animados, y solamente tenían el guion. Era una locura, era poquísimo tiempo. Además de eso, me dijeron, no tenían presupuesto para pagarme, pero, si la televisión que había solicitado el piloto lo seleccionaba, me harían socio de la productora y repartiríamos beneficios a partes iguales, además de pasar a formar parte de la plantilla a tiempo completo con un buen sueldo. Acepté casi sin pensarlo. Era algo que me apetecía mucho hacer. Firmamos un contrato para formalizar lo que pasaría si seleccionaban nuestra propuesta y nos pusimos manos a la obra.

Fueron tres semanas de dedicación completa. Estábamos a tope los tres socios y yo. Me encargué del diseño de los personajes y de toda la estética sin que me pusieran pegas, les encantaba todo lo que yo hacía. Trajeron a un grupo de becarios que se encargaba de hacer el trabajo sucio, lo que yo les iba diciendo, y me ahorraron la parte más pesada. Curramos durante esas semanas una media de dieciséis horas diarias, fines de semana incluidos, pero logramos terminarlo a tiempo con un resultado más que aceptable.

Durante ese tiempo, había dejado de afeitarme. A Marta le gustaba que lo hiciera a diario, así que aproveché que estaba fuera para rendirme a la pereza. Cuando fui a hacerlo por fin, me fijé en que mi barba era muy diferente a la última vez. Era una barba uniforme y tupida, sin calvas ni trozos débiles y que se unía con el pelo. Sí, joder, por fin, podía dejarme patillas, ya no tenía pelo de tía. Me afeité con cuidado las zonas estratégicas que quise y me dejé bigote y perilla. Me encantaba el rollo que me daba. Igualar las patillas no fue fácil, pero finalmente lo conseguí.

Cuando volvió Marta de sus vacaciones, a finales de verano, no le triunfó mucho mi cambio de *look*, pero no se quejó demasiado.

Unos días después, me llamó uno de los socios de la productora para contarme que habían seleccionado nuestro piloto y nos habían contratado para hacer una temporada entera de veinticuatro episodios. Era una noticia brutal. Firmé los papeles que me hacían socio sin haber invertido nada de dinero y firmé también un contrato laboral de un año a tiempo completo. Tenía un buen sueldo y además participaría de los beneficios de la empresa. No podía estar más contento.

El contrato que me habían hecho en marzo en la revista vencía en septiembre y les comuniqué mi intención de no renovarlo, pero decidí quedarme hasta que terminara, no quería

ponerme a malas con el padre y el hermano de Marta. Cuando se lo conté a ella tuvimos una bronca de puta madre. Estábamos en un parque bastante concurrido, la gente se nos quedaba mirando.

—¿Te parece normal tomar una decisión así sin consultarme? —me preguntó con los ojos encendidos.

—Se trata de mi carrera, no de la tuya. Yo no te digo dónde tienes o no tienes que trabajar.

—No se trata solo de tu carrera, se trata de nuestro futuro.

—¿Nuestro futuro? ¿En qué te afecta a ti dónde trabaje yo?

—Ahora poco, pero el día de mañana no podemos vivir del sueldo de un dibujante —protestó.

—El día de mañana ya veremos lo que pasa, pero, en cualquier caso, no es el sueldo de un dibujante solo, es el sueldo de un dibujante más el de una abogada.

—Yo no seré abogada para siempre. Tendré que dejarlo cuando empecemos a tener hijos —aseguró en un tono como si yo fuera imbécil.

—Dices «empecemos a tener hijos» como si fuéramos a tener veinte —dije mosqueado—, además, ¡que tengo veintitrés años, joder! No estoy para pensar en esas cosas todavía.

—Tendremos los que vengan. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Y yo quiero casarme antes de los veintisiete.

—Ni pensarlo —me reí—. Ese no es mi rollo. Además, aunque me hubiera quedado en la revista, habría seguido teniendo sueldo de dibujante.

—No, ya lo había hablado con mi padre. Te iban a hacer fijo a tiempo completo en el siguiente contrato y, en cuanto nos casáramos, pasarías a ser directivo, que cobran muchísimo más.

—¿Qué dices? ¿Estás loca? ¡Yo no quiero ser directivo! Además, ¿te mosqueas porque yo tome una decisión sobre mi carrera sin consultarte, pero tú sí puedes hacerlo? Es mi carrera, ¡yo decido!

—No seas ridículo, ¡el sueldo no tiene comparación!

—Me da igual el sueldo, yo no quiero ir de traje y estar en una oficina, yo quiero dibujar. Además, que me han hecho socio, tengo una participación del veinticinco por ciento de los beneficios.

—Pero es una empresa muy pequeña, seguramente tenga más pérdidas que beneficios y, si se hunde, estás en la calle y no tienes nada —aseguró como si yo fuera retrasado.

—Pues entonces seguro que tu padre me mete a dibujar santitos en otra revista, tranquila —repliqué con cara de asco.

—Vamos a hacer una cosa. —Vino hasta mí y me abrazó. Me descolocó por completo, era la primera vez que lo hacía—. Vemos cómo vas en la empresa nueva y, si llegado el momento, no es suficiente, aceptas el puesto de directivo.

—Vale —mentí. No tenía ninguna intención de trabajar de directivo en el futuro, pero a ella podía mentirle, con ella no tenía ningún juramento.

Creo que ese día vi claro que nuestras posturas, lejos de acercarse con el tiempo, estaban cada vez más alejadas. Hasta ese momento, pensaba que solo afectaba al plano personal, pero esa última conversación me había dejado claro que también se sentía con derecho a dirigir mi vida profesional. Una vez más, no hice caso a las advertencias y, por miedo o por inercia, dejé que las cosas siguieran su curso como hasta entonces.

El invierno siguiente fue de lo más raro. Al principio me resultó extraño ser trabajador a tiempo completo y no tener que ir a clase, pero me acostumbré bastante rápido. Mi nuevo curro era una maravilla. Curraba mis ocho horas diarias haciendo lo que más me gustaba y cobraba más del doble que en la revista.

Mi relación con Marta siguió prácticamente igual. Seguíamos pasando mucho tiempo juntos, aunque los avances, en lo que a contacto físico se refería, eran ínfimos y poco frecuentes, pero yo ya me había acostumbrado a su frialdad, estaba anestesiado. El subidón inicial se me había pasado bastante, ya no me sentía tan hipnotizado cuando la miraba, pero seguía teniendo ese algo que me hacía orbitar a su alrededor.

Loui pasó un mes muy malo después de su ruptura con David, pero se repuso y, aprovechando los fondos aparentemente ilimitados de sus padres, se dedicó a viajar. Desaparecía durante varias semanas y luego nos convocaba en su casa cuando volvía y nos contaba dónde había estado y qué había hecho. Estaba haciendo fotos espectaculares de un montón de lugares muy diferentes. Le habían dado fecha para su primera exposición en solitario para el invierno siguiente y estaba aprovechando este al máximo para reunir material. Viajó a Canadá, a Kenia, a Nepal, a Perú, a varias ciudades de Europa… No sabría decir a cuántos sitios fue. Todos nos alegrábamos mucho por él, pero nos daba cierta envidia, no nos engañemos.

Samu se había matriculado de todo lo que le quedaba porque quería terminar la carrera ese curso. Había ido demasiado relajado los primeros años y ahora le tocaba pagar el precio. A principios de primavera supimos el porqué de las prisas: Estrella y él anunciaron que tenían planeado casarse a mediados de octubre. Todos flipamos en un principio con la noticia, pero realmente nadie se sorprendió demasiado.

Mi madre entró en pánico de pensar que solo tenía siete meses para organizarlo todo. Mi casa se convirtió en una vorágine de preparativos. Un día encontraba el salón lleno de centros de mesa diferentes entre los que tenían que elegir, otro la mesa de la cocina estaba cubierta de trozos de tarta que los novios tenían que probar… Y así un sinfín de cosas.

Samu y Estrella me pidieron que les hiciera una ilustración para las invitaciones. Hice un dibujo de ellos dos dándose un beso (su gesto más reconocible desde que habían hecho público lo suyo) en acuarela y lo llevaron a una imprenta especializada en bodas que cambió, en la invitación que más les gustaba, la imagen que venía de serie por la que yo les había hecho.

Mi madre escribió a mano, con su caligrafía impecable, todos los nombres en los sobres de las invitaciones. Marta y Estrella la ayudaron a ensobrarlos. Yo consideré que con el dibujo ya había participado lo suficiente en la boda.

Un día, entre los sobres desparramados sobre la mesa de la cocina, vi uno en el que ponía «Greta y Piero». Me sentí tentado de meter una carta o una nota dentro, eso tendría que verlo por fuerza, no podía devolvérmelo sin abrir. Descarté la idea enseguida, hacía demasiado tiempo, ya no tenía sentido. Yo ahora estaba bien, más o menos, y seguro que ella también. Miré hacia la nevera, habían actualizado las fotos con las últimas que habían llegado. La niña estaba ya muy mayor. En una foto que estaba muy seria era igualita que Greta, pero en otra que estaba sonriendo tenía una expresión diferente, no se parecía a su madre. Le tapé la boca con la mano y volví a ver a Greta, esos eran los ojos de sonreír de ella. Lo que le fallaba a la niña al sonreír era la boca, desde luego ese gesto no era el de Greta, debía de ser del puto italiano. Aún me daban ramalazos de los de pensar cosas como «puto italiano», no podía evitarlo.

Cuando llegó el verano, la cosa se tranquilizó un poco. Ya estaban casi todas las decisiones tomadas y todas las invitaciones enviadas. Mi madre tenía una lista de invitados en la que iba marcando los que confirmaban que venían y los que no. De vez en cuando le echaba un vistazo disimulado, pero la línea de Greta siempre estaba vacía. No había dicho ni que sí ni que no. Qué ganas de marear hasta el último momento.

La serie de animación en la que había estado trabajando todo el invierno había sido un éxito y nos encargaron dos temporadas más. Yo tenía trabajo asegurado por lo menos para los dos próximos años. Marta fingió que le alegraba la noticia, pero resultó evidente que no era una alegría sincera, ella quería que volviera a la revista de su padre y se le notaba. También me llegó el ingreso de mi participación en los beneficios, y fue mayor de lo esperado. Si mi madre no le hubiera pagado a Greta el dinero del máster, habría podido hacerlo yo mismo.

Loui llevaba desaparecido más tiempo que nunca, cerca de cuatro meses, cuando nos convocó a primeros de septiembre en su casa para contarnos su última aventura. Subimos a su habitación y nos sentamos los tres en la cama. Él se sentó en la silla de su escritorio.

—Venga, cuéntanos… ¡Cuatro meses! —dijo Samu—. Yo digo que has dado la vuelta al mundo.

—¡Sus viejos le han fletado un cohete a la Luna! —exclamó Chus muerto de risa.

—Está demasiado moreno para esas dos opciones —me reí—. Te fuiste a Grecia para dos semanas y te quedaste cuatro meses ligando como un cabrón.

—Nada, ni os habéis acercado —se rio Loui—. He estado cuatro meses en Sicilia.

Los tres nos quedamos callados.

—¿Con Greta? —preguntó por fin Samu.

—Claro —volvió a reírse Loui.

—Pero ¿y eso? —pregunté.

—Resulta que me llamó Greta un día y me dijo que había muerto la *nona*, y que iban a necesitar ayuda este verano.

—¿Quién es la *nona*? —interrogó Chus—. Suena a mafia chunga.

—La abuela de Piero —se rio Loui.

—Y ¿averiguaste algo? ¿Están metidos en líos con la mafia? —preguntó Chus preocupado.

—Sí, tío —confirmó Loui—. Están hasta las cejas de marrones con cárteles de drogas y trata de blancas.

—¡Hostia, no me jodas! —gritó Chus llevándose las manos a la cabeza.

—¡Qué va, gilipollas! —se rio Loui—. No os lo vais a creer: son *hippies*.

—No me lo estás diciendo en serio —dije flipándolo—. ¿Greta? ¿*Hippie*?

—Sí, tío —se rio—. Viven en una aldea *hippie* muy pequeñita en la costa, hay unas calas impresionantes, y se dedican a vender artesanía de la isla a los turistas.

—Pero el tipo ¿no era médico? ¿O no ha acabado aún? —preguntó Samu.

—Sí, sí, es médico desde hace más de un año, pero es un rollo totalmente vocacional. No curra en un hospital, atiende a pacientes a nivel particular, pero la mitad de las veces ni les cobra, viven principalmente de lo de la artesanía —nos explicó.

—¿Quién se tira ocho años estudiando medicina para luego ser *hippie*? No lo entiendo, nano —dijo Chus.

—Bueno, Piero es así —Loui se encogió de hombros—. De todas formas, ese era el negocio de la *nona*, les ha venido un poco de rebote. Tienen intención de venderlo, quieren irse de Sicilia.

—¿A dónde? —pregunté.

—No lo saben aún, no descartan venir aquí —dijo Loui.

—¿Te ha dicho si vienen a la boda? No ha contestado todavía —preguntó Samu.

—Sí que tenían la intención, pero me dijo que dependían totalmente de lo de la venta del negocio y de la casa. Están hasta arriba de papeleos. Bueno, ¿queréis ver las fotos?

—¡Claro, nano! —dijimos todos.

Sacó una caja llena de sobres de fotografías y la dejó sobre la alfombra. Todos bajamos de la cama, nos sentamos alrededor y cogimos un sobre cada uno. Empecé a sacar fotos, eran todas de la misma serie, estaban Piero y Greta sentados en el suelo. Él estaba tocando la guitarra y, por los gestos de ella, parecía que estaba cantando.

—¿Me explicas esto? —le pregunté a Loui levantando una ceja.

—Sí —se rio—, Piero toca la guitarra y cantan los dos. A veces para los turistas, a veces para la gente de la aldea, les gusta mucho, y lo hacen bastante bien.

—La madre que la parió —me reí.

—Nano, nano, nano —dijo Chus—, ¿tienes fotos de Greta en bolas? ¿Qué me estás contando?

—¡¿QUÉ?! —gritamos Samu y yo a la vez y nos acercamos a verlas.

—Tranquilos, machotes, que no se le ve nada —aseguró Loui muerto de risa.

—¡Pero esto nos lo tienes que explicar! —dijo Samu cogiendo una de las fotos.

—Fuimos a la playa. Les gustaba ir a la playa nudista, había menos gente —explicó Loui encogiéndose de hombros y descojonándose.

—Nano —dijo Chus—, y ¿ver a Greta en bolas no te ha hecho cambiarte de acera?

—Bueno —se rio Loui—, si hubieras visto a Piero en bolas, igual te cambiabas de acera tú.

—¡Argh, joder, guarro, calla! —dijimos todos a la vez. Loui no paraba de reírse, se le veía completamente feliz. Y lo entendía. Yo también estaría completamente feliz si hubiera pasado cuatro meses con ella…

Cogí una de las fotos. Greta estaba tumbada bocabajo encima de una toalla y miraba a la cámara riéndose. Se le veía de perfil, del lado del tatuaje. Sentí presión en el pecho de verla desnuda otra vez. Tal como había dicho Loui, no se le veía nada, pero no hacía falta. Solo de ver la curva de su espalda, su culo, sus piernas… En ese momento hubiera dado cualquier cosa por poder olerla o tocarla. No, joder, Greta no, Marta. Intenté ser frío y cogí otra foto. Ella estaba casi igual que en la anterior pero detrás de ella estaba Piero. Se notaba que también estaba en bolas, pero, por suerte, tampoco se le veía nada.

Seguimos pasando fotos y cogiendo las de otros sobres. En una estaban Piero y Loui bebiéndose unas cervezas y riéndose mucho. Giré la foto para enseñársela a Loui.

—¿Qué tal es? —le pregunté—. ¿Es buen tipo?

—Sí —asintió Loui sonriendo—, es un tío de puta madre, te caerá bien.

—No lo creo —me reí.

—Y la cría es una pasada —me dijo.

—Normal. Es igualita que su madre.

—La sonrisa no —aseguró Loui—. La sonrisa es totalmente la de su padre.

—Sí, me di cuenta el otro día por unas fotos que había mandado. La sonrisa no se parece en nada a la de Greta. Menuda genética de mierda tiene el italiano —me reí—, que su hija solo se le parece cuando sonríe.

—Se parece mucho más a su padre de lo que se ve en las fotos. Hace muchos de sus gestos.
—Bueno, no conozco a ninguno de los dos en persona. Yo en estas fotos solo veo a Greta…

Seguimos viendo fotos durante un buen rato hasta que nos las acabamos. Había de todo tipo. Sobre todo, de Greta y de la niña, esas eran las que más. Sentí durante todo el tiempo esa presión en el pecho, pero la veía contenta, tenía otra vida y era feliz. Yo solo quería alegrarme por ella, pero no podía evitar en algunos momentos imaginarme en el lugar de Piero. Me obligaba a pensar en Marta y me engañaba diciéndome que algún día yo podría tener algo así con ella. Bueno, salvo lo de ir a una playa nudista, claro.

Y salvo muchas otras cosas, porque Marta no era Greta.

SIETE

LOS PUTOS REGALITOS

La vuelta de Loui y las fotos que nos enseñó me descolocaron un poco durante unas semanas. Faltaban ocho días para la boda y estaban todos como locos con los preparativos. Yo estaba un poco al margen, nadie esperaba otra cosa de mí. Samu me dijo que me ocupara de la despedida de soltero, pero, como quería que fuéramos solo los cuatro de siempre, tampoco había habido mucho que preparar, al final lo habíamos decidido entre todos. Nos iríamos al día siguiente por la mañana a la cabaña y pasaríamos allí el sábado y el domingo. No había vuelto desde el mes de agosto que había estado allí con Greta, pero hacía ya cuatro años de eso, pensé que podría llevarlo bien. Habíamos comprado mucho alcohol, demasiado para dos días. Hacía unos tres años que casi no bebía, pero suponía que, si me emborrachaba una noche, tampoco pasaría nada.

Salí de currar a las cinco, como cada viernes, y me fui para casa. Estrella y Samu habían organizado una cena familiar esa noche, dijeron que para hablar de los preparativos. Venían todos, incluso Bruno, Jaime, Emma y Carlos. No sabía para qué, si yo estaba al margen, Bruno y Jaime estaban en otro planeta. Pero bueno, ellos sabrían, no me costaba nada acudir a la cena, no tenía ni que salir de casa. Después habíamos quedado en La Cueva con Chus y Loui, recuperando tradiciones. Hacía mucho que no íbamos los cuatro al bar, pero dijo Samu que así ultimábamos lo del día siguiente. Yo creía que no había mucho que ultimar, ya llevaba el alcohol cargado en el coche, no habíamos preparado nada más.

Llegué a casa a las cinco y media y parecía que no había nadie. Oí ruido en la habitación de Estrella cuando pasé por delante camino de mi cuarto. Abrí la puerta para ver si estaba y preguntarle a qué hora era la cena. No estaba sola. Samu y ella estaban tirados en la cama haciendo el guarro. Él iba sin camiseta. Por suerte, mi hermana estaba vestida.

—Argh, joder, tíos, echad el pestillo o algo. —Aparté la cara y cerré los ojos. Los dos se rieron—. Y dejad algo para la noche de bodas…

—Creíamos que irías a por Marta y tardarías en llegar —dijo Estrella con una risita mientras Samu se ponía la camiseta.

—No, la acercará su hermana a eso de las siete, cuando salgan del club —aclaré.

—La secta —puntualizó Samu, y él y Estrella empezaron a descojonarse.

—Que os jodan —les dije medio riéndome yo también.

—Bueno, ¿qué? ¿Emocionado por lo de esta noche? —me preguntó Samu acercándose a mí y dándome una palmada en la espalda.

—¿El qué de esta noche? —pregunté sin entender a qué se refería.

—La cena.

—Uy, sí, una cena con mi familia, me hace una ilusión loca… ¿Estás gilipollas? ¿Por qué me iba a emocionar una cena familiar?

—Bueno, igual os tenemos preparada alguna sorpresa. —Miró de reojo a Estrella y los dos se rieron. Ella le hizo una señal para que se callara.

—¿Qué sorpresa? ¿No la habrás preñado? —pregunté.

—No, no, no van por ahí los tiros —dijo Estrella y los dos se volvieron a reír—. Pero hasta la noche no podemos decir nada.

—No sé si podré con la intriga —dije en tono sarcástico, ya me aburrían sus tonterías de enamorados. Seguro que era una gilipollez.

Sonó el timbre de casa.

—¿Otro regalito para los tortolitos? —les pregunté ya hastiado. Estrella se encogió de hombros—. Llevan así toda la semana, es un puto coñazo.

—Es lo que tienen las bodas —dijo Samu—. ¡La gente hace regalos, no como tú, cabrón! —me gritó cuando yo iba ya por el pasillo.

—¡Yo os regalo mi presencia, no necesitáis nada más! —grité cuando ya estaba casi llegando a la puerta.

La abrí y, efectivamente, un mensajero traía un paquete para «Estrella Sapena y Samuel Andújar». Firmé el albarán y llevé el paquete hasta la habitación de mi hermana.

—Al menos podríais recogerlos vosotros.

—Al próximo que llame, le abro yo —aseguró Estrella con una risita.

—No os va a caber tanta mierda en la casa nueva —les dije—. Bueno, estaré en mi cuarto.

Los oí abrir el paquete camino de mi habitación y reírse.

—Joder, otra cafetera —dijo Samu cuando ya casi ni los oía—. Ya tenemos tres.

Entré en mi habitación y cerré la puerta.

Me senté en la cama y cogí el bloc de bocetos. Me puse a dibujar mis movidas. Pensé en Estrella y Samu un momento. Me gustaba que estuvieran así, estaban felices, pero no podía evitar una punzada de dolor. Sentía cierta envidia. No había estado así con nadie desde Greta. Con Marta no era lo mismo. Me gustaba mucho, pero no era lo mismo. No era solo por el sexo, era la intimidad, eso era lo que echaba de menos. Empezaba a pensar que era algo que con Marta nunca tendría. Igual había llegado el momento de dar un paso más significativo o dejarlo definitivamente, pero me daba miedo separarme de ella y volver a estar tan hundido como había estado antes de conocerla.

Volvió a sonar el timbre de casa y oí a Samu y Estrella salir a abrir la puerta. Más gritos, otro regalo. Qué harto estaba de todo… Me tiré en la cama para descansar un momento.

—Marc, ha llegado Marta —dijo Estrella desde la puerta de mi habitación.

—Ya salgo. —Abrí los ojos con dificultad. Joder, me había quedado sobado.

Salí de mi cuarto y vi a mi madre y a Maite en la cocina preparando la cena. Marta estaba con ellas echándoles una mano y dándoles conversación. Estrella y Samu estaban en la puerta de la cocina de risitas y besitos.

—¿Me dejáis pasar, babosos? —pregunté al llegar hasta ellos.

—Vaya humor, qué mal te ha sentado la siesta, nano —se quejó Samu mientras él y Estrella se apartaban para dejarme entrar.

—Déjales —dijo Maite—, están enamorados, es normal la semana antes de la boda.

—Empalaga un poco ya el tema —protesté mientras me acercaba a darle un beso en la

mejilla a Maite, otro a mi madre y otro a Marta.

Sonó el timbre y Samu y Estrella fueron a abrir y desaparecieron de mi vista. Hasta las pelotas estaba de los regalitos. Podrían haberlos mandado todos juntos…

—¿Qué tal? ¿Dormías? —me preguntó Marta.

—Sí, me he quedado frito. —me pasé una mano por la cara—. ¿Qué hora es?

—Las siete y media. ¿Vas a ducharte?

—No sé, no pensaba. Me he duchado esta mañana antes de ir a currar.

—Tienes pinta de recién levantado.

—Sí, cariño —dijo mamá—, date una ducha, a ver si te despejas. Te da tiempo.

—Vale, ahora vengo. —Le di otro beso en la mejilla a Marta antes de salir de la cocina.

—Te espero aquí —me dijo—, y ponte una camisa para la cena.

Me sentí tentado a hacerle la coña de que viniera a ducharse conmigo, pero esas bromas no le hacían ni puta gracia, y esa noche no quería follones. Quería una noche tranquila, lo más tranquila posible… Me pondría una camisa, no quería aguantarla de mal humor.

Vi desde el pasillo a los enamorados en el recibidor abriendo el regalo que les acaba de llegar. Gritos, por lo visto era algo muy guay y que no tenían. Hasta el culo estaba ya de la boda y aún faltaba una semana.

Salí de la ducha a eso de las ocho y ya habían llegado todos. Qué velocidad. Nunca estaba todo el mundo en casa para una cena antes de las nueve. Jaime, Bruno y Carlos estaban en el salón, de pie junto a la puerta, hablando de algo y bebiendo vino. Mi padre estaba sentado en una butaca revisando unos papeles. Tenía mala cara, parecía que no le había hecho gracia que le hubieran hecho venir tan pronto. Pasé de largo del salón. Maite y mi madre iban de la cocina al comedor con Emma y Marta poniendo la mesa y preparándolo todo. Estrella y Samu estaban a su bola, no ayudaban a nada. Habían montado ellos este circo y solo estaban ocupados en comerse las babas del otro. Volvió a sonar el timbre. Abrió mi madre y recogió otro paquete. Gritos de nuevo de todas ellas deseando ver lo que era.

Fui hasta el comedor y le dije a Marta que se viniera conmigo al salón, yo pasaba de pringar. Si Estrella y Samu no estaban haciendo nada, no veía por qué tenía que hacerlo yo.

—¿Tu madre y Simón no vienen? —le pregunté a Samu cuando pasé a su lado.

—No, ¿por qué tendrían que venir? —me preguntó confuso.

—No sé, como habéis dicho que tenéis una sorpresa para la boda, yo qué sé, pensaba que tendrían que estar.

—No, no, no es ese tipo de sorpresa —aseguró; y él y mi hermana se volvieron a reír como dos imbéciles. Cuánta tontería tenían, a ver si se iban ya a vivir juntos y se les pasaba un poco el pavo.

Marta y yo fuimos hasta el fondo del salón rodeando el sofá que había justo en el centro, el que Carlos y yo apartábamos para las clases de baile. Qué recuerdos… Me obligué a no pensar en eso y me centré en Marta, que me miraba sonriendo. Qué guapa era. Desde donde estábamos, veía a Samu y a Estrella besándose en el pasillo. Los señalé con la cabeza cuando me giré a mirar a Marta.

—¿Has visto cómo están? —sonreí.

—Sí, es incómodo —se quejó ella—, esas cosas en público son de mal gusto.

—Bueno, solo se están besando… Peor era como estaban cuando he llegado a casa… —me reí.

—No quiero saber, ya sabes lo que opino de eso —añadió con su gesto habitual de inquisidora.

—Ya, ya, lo sé —me reí—. Me está dando mucho agobio de pensar que a partir de la boda estaré yo solo en casa con los padres.

—Bueno, es lo normal siendo el pequeño.

—Ya, pero igual me busco algo por mi cuenta. No sé si quiero seguir viviendo aquí yo solo —expliqué—. Con mi sueldo de ahora, creo que ya puedo pagarme algo que no sea muy caro, tampoco necesito mucho…

—Yo creo que deberías seguir aquí e ir ahorrando. No hay prisa, y mejor que tengas algo guardado para cuando te quieras ir.

—Es que ya me quiero ir. Y me gustaría que te vinieras conmigo. —Me incliné a besarla.

—Ya sabes que no —me dijo apartándose un poco—, que hasta que no me case no me voy de casa… Y no me gusta que me beses delante de gente.

—Y tú sabes lo que yo pienso del matrimonio… Y no es «gente», es mi familia, no es como la tuya, no se van a escandalizar si nos damos un beso…

—Ya, pero no, no estoy cómoda.

—Bien, como quieras —suspiré—. Bueno, piénsalo al menos. Sois muchos hermanos, tus padres no se van a dar cuenta si una hija se les va de casa sin casarse —me reí.

Volvió a sonar el timbre de la puerta y los oí gritar más fuerte que nunca. Tenía que ser un regalo espectacular. Qué puto coñazo.

—Qué tonto eres, claro que se darían cuenta. Pero, además, que no es solo por mis padres, es por mí también. Ya sabes lo que quiero, lo sabes desde el principio.

—Ya, pero piénsalo: tú y yo viviendo en nuestro propio piso… ¿No te apetece?

—Sí, claro, pero no así, y no ahora —insistió y casi me costó oírla por los gritos que llegaban del pasillo.

—Ahora es tan buen momento como cualquier otro —dije en un intento desesperado de forzar la situación.

—¿Es Greta? —me preguntó.

—¿Qué? —Me quedé a cuadros—. ¿Por qué dices eso? Greta no tiene nada que ver en esto —le dije flipando. Nunca le había contado la verdad sobre Greta, no sabía por qué me decía eso, ni cómo había llegado a esa conclusión.

—Ya —se rio—, claro que no tiene que ver en esto. Te pregunto que si esa que está en el pasillo es la famosa Greta. No sabía que volvía… Solo la he visto en fotos, pero parece ella…

Los gritos eran cada vez más fuertes: «Pero qué sorpresa», «qué guapa estás», «cómo no has avisado de que venías», «qué niña más grande y más guapa»… Mi corazón empezó a latir con fuerza, estaba de espaldas a la puerta y no quería girarme. Se tenía que haber equivocado, sería otra persona.

Me giré por fin y estaban todos en el pasillo gritando. Era ella. Todos se estaban turnando para abrazarla. Ella estaba de espaldas, pero ese pelo salvaje era inconfundible. A su lado estaba el puto italiano de las fotos con la niña en brazos. Él iba dando besos a todo el mundo y avanzaba más deprisa. Ella se detenía un rato en cada abrazo. En ese momento estaba abrazando a su madre. Piero terminó el recorrido del pasillo y llegó hasta el salón. Saludó a Estrella y a Samu, que estaban junto a la puerta, y vino hacia mí. Mi padre seguía en su butaca, todos los demás estaban en el pasillo, esperando su turno para saludar a Greta. Creí que el corazón se me iba a salir por la boca. Me estaba mareando.

—Madre mía, menudas pintas llevan —me susurró Marta—. Pero ¿este chico no era médico?

El italiano llegó hasta nosotros.

—Hola, Marc, ¿verdad? Soy Piero —dijo con una enorme sonrisa y un fuerte acento mientras me tendía la mano que tenía libre, en el otro brazo iba sentada la niña—. Hablamos una vez por teléfono.

—Sí, hola —dije como pude, me costaba articular las palabras. Me estaba mareando de verdad. Le estreché la mano cuando conseguí que la mía respondiera.

—Y esta es Gina. —Señaló a la niña con la cabeza y se giró un poco para que le viera la cara a la cría.

—Sí, os reconozco por las fotos —conseguí decir.

Piero saludó a Marta y volvió a mi lado. Greta había conseguido llegar al final del pasillo y ahora estaba en la puerta del salón abrazando a Estrella y Samu a la vez.

—Qué fuerte me parece esto —la oí decir, joder, esa voz, era ella, estaba aquí—. No me lo hubiera imaginado nunca… Cómo me alegro por vosotros… No sabíais qué hacer para hacerme volver, ¿eh? —se rio… Esa risa… Me faltaba el aire.

Se separó de ellos y se giró por fin. El tiempo parecía no avanzar, se giró muy despacio. Y me vio. Se quedó parada un momento, mirándome fijamente. Sentí pánico.

Por favor, no me ignores delante de todos, no me pongas cara de asco, no pases de mí…

Los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos, un sudor frío me recorría todo el cuerpo… Me mareaba… A ella le cambió la cara. Sonrió. Se le iluminó la cara con la sonrisa… Esa sonrisa… Los primeros veinte años de mi vida volvieron de golpe, como una avalancha de recuerdos. Se quitó una de las bolsas que llevaba cruzada sobre el pecho y después la otra y las dejó caer en el suelo, sin dejar de mirarme. Yo no podía moverme, no sabía cómo reaccionar. Intenté devolverle la sonrisa, aunque no estaba seguro de estar consiguiéndolo. Quería correr hacia ella, pero mi cuerpo no respondía. Sentí pánico de otro rechazo, y más delante de todos. Ella apretó los labios y aguantó la risa, como la había visto hacer tantas veces… y vino corriendo hacia mí.

¿Venía hacia mí? ¿Estaba ocurriendo de verdad?

Saltó el sofá que había entre nosotros poniendo un pie sobre el asiento (oí el grito de mi madre en el momento en el que su zapatilla pisó la tapicería) y luego otro en el respaldo, y se lanzó con todo su peso sobre mí. Me costó retenerla con la fuerza del impacto, no sé cómo conseguí que no acabáramos los dos en el suelo. Y se abrazó a mi cuello. La apreté fuerte, no acababa de creerme que fuera real. ¿Estaba soñando? Seguía muy mareado. Enterré mi cabeza en su pelo y le susurré al oído.

—Lo siento, nena, lo siento, lo siento…

—Shhh —murmuró ella—, yo también lo siento… Nunca pensé que me alegraría de oír un *nena* —añadió con una risita silenciosa.

—No me creo que estés aquí —le dije todavía al oído apretándola más fuerte.

—Tenemos que hablar…, es urgente —susurró en mi abrazo.

—¿En serio? ¿Cuatro años sin saber de ti y me vienes con urgencias? —me reí en su oído.

La apreté más fuerte todavía. No quería que terminara ese momento, no quería que se separara de mí. Seguía sin creer que fuera real. Si me separaba de ella, podía volver a desaparecer… Ella me abrazaba igual de fuerte. Me invadía su olor, ese olor que tanto había echado de menos… Era como llegar a casa después de mucho tiempo. Mucho tiempo, demasiado. Pero a la vez volvía a ser como si hubiera estado aquí ayer mismo. Se separó un momento de mí, con sus brazos todavía en mi cuello y los míos en su cintura, y me miró a la cara.

—Te has hecho mayor —sonrió mientras me pasaba una mano por la perilla.

—Tú estás igual —le dije. No podía dejar de sonreír.

—Eh, ¿qué es esto? —preguntó girándome la cara un poco—. ¿Patillas? ¿En serio? ¿Tan mayor te has hecho? —Pasó un dedo por mi cara y, al notar su mano sobre mi piel, me sentí como aquella primera noche dentro del armario de mi padre, con todas mis terminaciones nerviosas desatadas. Nuestros hermanos se rieron del comentario, pero me dio igual. Me daba igual todo. Me mareaba, me mareaba mucho.

Volvió a abrazarme un momento antes de separarse de mí del todo y girarse hacia Marta.

—Hola, tú debes de ser Marta, ¿no? Yo soy Greta, encantada. —Le dio dos besos.

—Encantada —respondió Marta.

—Eres justo como te imaginaba —Greta sonrió—. Bonitos pendientes, ¿son un regalo de Marc? —preguntó aguantando la risa y mirándome de reojo.

—No, de mi madre —respondió Marta mientras se llevaba las manos a las orejas.

Sonreí negando con la cabeza.

—¿Ahora eres mística? —le pregunté con una enorme sonrisa que no podía disimular.

—¿Y tú, pijo? —me devolvió como respuesta con otra sonrisa igual que la mía.

Nos aguantamos el uno al otro la mirada y el gesto durante un momento, hasta que ella dio un saltito y volvió a abrazarme.

—Cómo te he echado de menos —susurró justo antes de separarse de mí de nuevo.

Se giró y fue hacia mi padre, que no se había levantado de su butaca.

—Hola, Gerardo —le dijo al llegar hasta él y se inclinó a darle dos besos. El gilipollas ni se levantó.

—Hola, Greta —contestó muy serio—. Me reconforta ver que sigues viva.

—Me alegra que te reconforte y no te decepcione —replicó ella con una sonrisa.

Le dio la espalda a mi padre y Estrella se acercó a ella a decirle algo. Yo fui hacia Samu, que estaba junto a la puerta del salón. Le quité la copa de vino que tenía en la mano y me la bebí entera del tirón.

—Bueno, ¿qué? ¿Te ha gustado la sorpresa? —preguntó.

—¿Esta era la sorpresa? —Me giré a mirarlo flipadísimo.

—Claro —se rio—. ¿Te parece poca sorpresa?

—¿Sabías que venía y no me lo has dicho? Ya te vale…

—Nos pareció chulo que fuera sorpresa. Me llamó hace unos días para decírmelo y Estrella y yo pensamos que sería divertido —sonrió.

—Me hubiera gustado saberlo —contesté serio.

—Bueno, pues lo siento, ya está hecho —encogió los hombros.

Miré a Greta y ella hizo el gesto de que quería hablar conmigo. Le hice nuestro gesto de «después» y ella me devolvió el de «ahora».

—Joder, nano, no lleva aquí ni media hora y ya estáis con vuestras mierdas —se rio Samu—. Como si no hubiera pasado el tiempo.

Piero se acercó a ella y le dijo algo al oído. Ella asintió. Volvió a mirarme y me hizo un gesto con la cabeza para que saliéramos de la habitación.

—Venga, todos a la mesa —interrumpió mi madre—, que ya está la cena. Hemos añadido tres cubiertos, supongo que la niña cenará en la mesa con los mayores.

—Sí, claro. Gracias, Reyes —dijo Greta.

Volvió a mirarme y se encogió de hombros. Lo que fuera que tuviera que decirme tendría que esperar a después de la cena.

OCHO

TODA LA VERDAD

Llegué el último al comedor y ya estaban todos sentándose. Me tocó en un extremo de la mesa, junto a Marta. Delante de mí estaba Piero y a su lado, Greta, enfrente de Marta. Me habría gustado estar al lado de Samu, pero eso me pasaba por llegar el último. La niña estaba entre Greta y Maite, que no paraba de decirle cosas. Llevaba varios años deseando conocer a su nieta.

—Bueno —dijo Greta—, aprovechando que estáis todos y por lo que pueda pasar —se rio—, os hemos traído unas tonterías de Sicilia. —Empezó a repartir unos paquetitos muy pequeños—. Son poca cosa, pero tened en cuenta que sois muchos y tenían que ser cosas pequeñas, además, que vivíamos en una aldea *hippie*, no había muchas opciones.

Me miró un momento y me lanzó uno por el aire. Me había traído un regalo. Lo cogí al vuelo con una mano. Era una bolsita de esas de bisutería de los mercadillos. La abrí y dentro había un colgante, de esos que llevan un cordón negro, con un trébol de cuatro hojas que parecía de plata. Me reí y la miré.

—¿En serio, nena? ¿Cuatro hojas? —pregunté todavía entre risas.

—Claro —me guiñó un ojo—, ya te tocaba uno de cuatro hojas. Esta vez sí, esta es la buena.

—Ay, es una monada —dijo Marta cuando lo vio—. Te lo puedes colgar del corcho de tu habitación, quedará ideal, porque eso al cuello no te lo vas a poner, claro.

—¿Por qué no? —pregunté algo confuso.

—Porque es una vulgaridad, y más en un hombre —respondió Marta—, pero el detalle es muy bonito —añadió dirigiéndose a Greta.

—A mí me parece sexi —dijo Greta con un movimiento de cejas—. Mira el de Piero, qué bien le queda. —Él se rio.

Piero llevaba uno igual, pero su colgante era la bola del mundo. Abrí el cierre del cordón y me lo puse al cuello. Marta me fulminó con la mirada.

—Ya hablaremos luego —susurró con su típico gesto que auguraba movida.

Estaba un poco nervioso. Me serví una copa de vino y me la bebí de golpe.

—Marc, cariño —dijo mamá desde lejos—, no bebas tan deprisa, que te puede sentar mal.

La ignoré, me serví otra copa y me la bebí igual de rápido.

—Marc —insistió—, ¿qué te acabo de decir?

—Estoy bien, mamá, déjame.

Me serví una tercera copa (cuarta si contaba la de Samu que me había bebido antes) y volví a bebérmela de una sentada.

—Nano, ¿tienes pensado beberte en diez minutos lo que no te has bebido en los últimos tres años? —se rio Samu desde varios asientos más allá.

—Que me dejéis en paz. —Repetí el proceso una vez más. Marta me miró con mala cara.

—Haz caso a tu madre —murmuró entre dientes.

Empecé a marearme. El vino nunca me había sentado muy bien, y me había bebido cinco copas del tirón con el estómago vacío.

—Marc, por favor —gruñó mamá—. Para ya con el vino, que te vas a poner malo.

—Bueno —dijo Maite—, ¿hasta cuándo os quedáis?

—Pues no sabemos, en principio indefinidamente, no tenemos billete de vuelta. Hemos vendido lo de Sicilia y no hemos decidido todavía lo que vamos a hacer.

—¿El qué de Sicilia? —preguntó su madre.

Ella empezó a contar más o menos lo que nos había contado Loui a nosotros hacía unas semanas.

—Bueno —dijo Greta tras contestar a todas sus preguntas sobre Sicilia—, contadme cuál es el rollo de la boda… ¿Dónde es?

—¡En un palacio, como las princesas! —exclamó Estrella juntando las manos como si fuera a dar palmas.

—¿En serio? —se rio Greta.

—Sí —asintió Samu con una risita—, es uno de los hoteles de la familia de Simón. Lo han reservado entero para la boda. Iremos el día de antes y dormiremos todos allí.

—Qué nivel —se rio Greta.

Siguieron hablando un rato de lo que iba a ser la boda y yo me bebí otra copa de vino. Todo empezaba a darme vueltas. Marta me soltó un bufido y mi madre me miró mal.

—Por cierto, Greta —dijo Samu—. Hemos quedado después de cenar con Chus y con Loui en La Cueva, como en los viejos tiempos, así los ves.

—Oh, ¿vamos a ver a Loui? —preguntó la niña girándose hacia su madre con una enorme sonrisa—. ¡Bien! —añadió dando palmas.

—No —le contestó Greta—, que será muy tarde. Tú lo verás mañana.

—Jo —protestó la cría con cara de enfadada.

—¿Conoces a Loui? —le preguntó Maite a su nieta.

—Claro —respondió la niña—, es el novio de Piero.

Todos empezaron a reírse. Piero le susurró algo a Greta en italiano. Ella apretó los labios para no reírse y respiró hondo.

—Qué graciosa la nena —dijo mi madre—. Qué fantasía tiene.

—No es fantasía —dijo Greta tan tranquila—, es la verdad.

Todos se quedaron callados un momento. A mí todo me daba vueltas a una velocidad de vértigo. El vino de mi estómago amenazaba con salir y yo trataba de impedirlo. Intentaba asimilar lo que acababa de decir Greta, pero no entendía nada.

—Pero, pero… ¿qué tipo de relación es esa? —preguntó por fin mi madre.

—¿Es un rollo de esos de poliamor? —intervino Bruno muerto de risa—. A veces te pasas de moderna, hermanita.

—No, nada de eso —respondió Greta con toda la naturalidad del mundo—. Piero siempre ha sido gay, nunca ha sido mi pareja.

Todo me daba vueltas, quería vomitar. No entendía nada. ¿No era su novio? ¿Había tenido una hija con un gay? ¿Por qué? ¿Por qué? Me estaba mareando mucho.

—Y, ¿por qué nos mentiste, hija? —preguntó Maite.

—No os mentí en ningún momento —contestó Greta muy seria.

—Ah, no, no me vengas con esas. —Estrella se puso de pie y fue al cajón donde estaban guardadas todas las cartas que había enviado—. Nos dijiste claramente que tenías un novio italiano que se llamaba Piero.

—Yo nunca dije eso —se defendió Greta.

Estrella se puso a revisar entre las cartas hasta que encontró la que buscaba. Piero se pasaba una mano por la frente y yo quería vomitar.

—Querida familia —empezó a leer Estrella—: Al final no voy a poder ir en Navidad. He conocido a un chico estupendo, que me cuida mucho y me trata muy bien. Se llama Piero y es italiano. Estoy muy feliz. Voy a pasar las Navidades con él y con su familia…

—¿En qué momento dice ahí que sea mi novio o mi pareja? —preguntó Greta—. Yo solo dije que había conocido a un chico estupendo y que me trataba muy bien. Todo eso era cierto.

—Vamos, pero tú sabes lo que se entiende con esto… —se quejó Estrella.

—Una cosa es lo que se entienda y otra lo que diga… No os he mentido en ningún momento —insistió Greta.

—Pero, entonces… —intervino Emma—. ¿Has tenido una hija a los veintiún años con un gay? Pero ¿en qué estabas pensando? Eso es demasiado extravagante hasta para ti…

—Estúpido, Emma —gruñó mi padre con cara de mosqueo—. Llamemos a las cosas por su nombre: la palabra es *estúpido*, no *extravagante*.

—Pero Piero no es mi papá —dijo la niña como si tal cosa—. Piero es Piero.

Se hizo un silencio en la mesa. Durante un momento nadie dijo nada. Greta y Piero se pasaron una mano por la frente. Greta respiró hondo.

—Entonces, ¿quién es tu papá, cariño? —le preguntó Maite a Gina.

—No sé, no lo conozco —dijo la niña encogiendo los hombros—. Vive en España.

No entendía nada, todo me daba vueltas… ¿Por qué nos había hecho creer que el padre era Piero? ¿Se había liado con algún español allí? ¿Por qué no lo había dicho?

—Vamos a ver —dijo Estrella—, ¿cómo está el rollo? ¿Te liaste con alguien de la facultad a quien también le habían dado la beca? ¿Por qué no dijiste eso?

—No, no me lie con nadie allí —dijo Greta y volvió a respirar hondo—. Cuando me fui de España, ya estaba embarazada.

¿Qué quería decir eso? A mi cerebro le costaba establecer conexiones. Las paredes de la habitación se acercaban y yo sentía presión en el pecho. Me temblaban las manos.

¿Se fue embarazada? No era posible. No podía ser verdad.

¿Era mía? ¿Era hija mía? Miré a la niña. El color del pelo y de los ojos, que no se parecían en nada a los de Piero ni a los de Greta… La sonrisa, joder, la sonrisa que no era de Greta… Coño, los putos hoyuelos. El vino quería salir de mi estómago. Empecé a sudar como un cabrón. Miré a

Greta. Estaba discutiendo con los demás, yo no oía ni lo que decían. No me miraba.

Mírame, joder, hazme una señal de que lo he entendido bien.

—Pero no podías estar embarazada cuando te fuiste —dijo Maite—. La niña nació en noviembre del año siguiente.

—No, en noviembre os envié las fotos, nunca dije cuándo había nacido, pero nació en mayo… ¿Podemos no hablar de esto delante de la niña? —se quejó Greta.

—Pero, entonces, ¿quién es el padre? —preguntaron varios a la vez.

—Esto es justo lo que intentaba evitar. Primero tengo que hablar con él y, si no quiere saber nada, ¡lo respetaré y punto! Dejemos el tema porque no os lo voy a decir.

Mírame, joder, mírame, hazme una señal. Pero no me miraba, estaba discutiendo con todos a la vez. Me giré hacia Piero, él sí me estaba mirando. Asintió con la cabeza clavando sus ojos en mí. No hizo falta más. Joder, joder, joder, me iba a desmayar. Demasiada información.

—Si el inútil que te dejó embarazada no quiere hacerse cargo —rugió mi padre—, hay maneras de obligarle. Tu hija tiene unos derechos que no va a poder eludir. ¡Él tiene una responsabilidad! Un juez le puede obligar a hacerse una prueba de ADN.

—Eso no es lo que yo quiero.

—¡Greta Mur!, estás siendo una irresponsable, ¡tienes que hacer las cosas bien! —gritó mi padre.

—¡Gerardo Sapena! —gritó Greta también— ¡Hago las cosas a mi manera y punto!

Ella se giró un momento hacia Piero y le dijo algo muy deprisa en italiano. Él se dirigió a mí.

—Marc, por favor, ¿me puedes decir cuál es la habitación de Greta? Voy a acostar a Gina, no es bueno que esté en medio de esto.

—Claro, te acompaño —conseguí decir no sé bien cómo. Necesitaba salir de allí, no quería desmayarme delante de todos.

Al levantarme casi tiro la silla. Me temblaban mucho las manos y el corazón me latía muy deprisa. No sabía si iba a poder caminar. En cuanto desaparecimos de la vista de todos, Piero me cogió del brazo con suavidad mientras seguíamos caminando hacia la habitación de Greta.

—Tranquilo, tranquilo, no pasa nada, todo está bien —murmuró.

Estaba respirando muy deprisa, intenté respirar hondo para tranquilizarme.

—No, no, no hagas eso —susurró—. Estás hiperventilando, no cojas más oxígeno.

Los oía gritar a todos a lo lejos, en el comedor. Me iba a desmayar.

—¿Estás malito? —me preguntó la niña desde el brazo de Piero. Yo no podía dejar de mirarla—. Si estás malito, Piero te puede curar. Es el mejor médico del mundo mundial.

—Dile algo —me dijo Piero—, intenta hablar. No te quedes callado, que es peor.

—No, es… estoy bien —conseguí decir, a riesgo de vomitar todo el vino que llevaba dentro.

Entramos en la habitación de Greta. Piero cerró la puerta. Me apoyé en ella mientras él dejaba a la niña en la cama.

—Ahora tienes que dormir, *mia cara*. Yo voy un momento con Marc a la habitación de al lado, pero estaré aquí mismo. Si te duermes enseguida, mañana nos levantaremos muy temprano para ir a ver a Loui, ¿vale?

—Vale —aceptó ella cerrando los ojos.

Piero fue hasta el armario. Se movía muy deprisa, parecía que no tocaba el suelo. A mí se me escapaba el aire entre los dientes, respiraba más rápido que nunca. Él abrió el armario y me hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos a tu habitación —dijo—, así dejamos descansar a Gina.

Lo seguí hasta mi cuarto, que también daba vueltas.

—Voy a vomitar —dije por fin.

—Vamos, te acompaño.

Entramos al baño de mi habitación y tiré todo el vino que me había bebido de golpe, pero la sensación no se me iba. Me ayudó a lavarme la cara y me acompañó de vuelta a mi dormitorio. Me hizo sentarme en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, y se arrodilló delante de mí.

—A ver, mírame —me dijo—. Fíjate en mí. Intenta pensar en otra cosa. Céntrate en tu respiración. Vamos a coger aire contando hasta cuatro. Luego lo retienes dentro contando otra vez hasta cuatro, y luego lo tiramos fuera igual, también despacio, ¿vale?

Asentí con la cabeza.

Empecé a hacer las respiraciones con él, pero no se me iba la presión en el pecho ni el sudor. Me puso dos dedos en el cuello y los dejó ahí un rato.

—¿Sientes opresión en el pecho?

Asentí con la cabeza.

—Intenta hablar, es importante.

—Sss… Sí —conseguí decir con esfuerzo.

—Vale, estás teniendo una crisis de ansiedad, no te preocupes, se pasará pronto. A Greta le ocurrió varias veces durante el embarazo. Es importante que pienses en otra cosa.

—Nnnno… ppppuedo… —Me ahogaba de nuevo. Iba a morir, lo sabía, mi cuerpo me lo decía. Tenía una hija, joder. La hija de Greta era mi hija y me iba a morir antes de conocerla.

—Sí puedes. Mírame a los ojos, ¿de qué color son?

—Aaaa… zzzzuuuul… —Joder, iba a morir hablando como un retrasado.

—Eso es, lo estás haciendo bien. Vamos a intentar pensar en otra cosa. Vamos a pensar en tu amigo Chus, ¿te parece?

Asentí como pude.

—Habla, intenta hablar, es importante.

—Sss…sí

—Eso es, muy bien. Tu amigo Chus piensa que soy un mafioso siciliano, ¿verdad?

—Ssí —ese *sí* me salió un poco mejor.

—Bien, bien, mejor… Y, a ti, ¿qué te parece eso? ¿Te parezco un mafioso?

—Nno —dije intentando reírme, pero no podía.

—Eso es, no lo soy, nada que ver con la mafia —asintió con una sonrisa—. Venga, intenta contarme alguna historia de Chus, seguro que puedes contarme algo divertido de él.

—Nno mme acccuuuerdo aaahoora —conseguí decir.

—Ya, es normal, no te agobies por eso tampoco. Intenta pensar en algo diferente, piensa en algo, cuéntame alguna historia.

—Nno… ppuuedo… —No podía pensar, ni hablar, quería hacerlo, pero mi cuerpo y mi cabeza iban por libre.

Se abrió la puerta del armario y entró Greta.

—Vale, he dicho que iba a ver a la niña, pero tengo que salir rápido, están muy pesados con hablar del tema, ¿cómo está? —le preguntó a Piero mientras se arrodillaba a su lado.

—Tiene una crisis, como las tuyas, se le pasará pronto. Es importante que hable, se le pasará antes. No quiero que se desmaye…

—¿Le enseño las tetas? —preguntó Greta.

—¿Qué? —se rio Piero—. ¿Qué dices? ¿En qué ayudaría eso?

—Yo qué sé, una de las veces que me pasó a mí, me enseñaste el culo…

—Pero para hacerte reír, para que pensaras en otra cosa… No creo que tus tetas le hagan reír, seguramente tengan parte de la culpa de que estéis en esta situación…

—Ya, puede ser, pero esas eran mis tetas de tronca, ahora tengo tetas de madre, igual le dan risa… —sugirió Greta.

—Déjate de tetas, hay que tranquilizarlo, no ponerlo más nervioso…

Me sentía en otra dimensión, yo al borde de la muerte y ellos hablando de las tetas de Greta y el culo de Piero.

—Vale, Marc, Marc, mírame. —Greta me cogió la cara con las dos manos—. Vale, ¿me ves? —Asentí con la cabeza—. Bien, tranquilo, yo he pasado por esto, sé cómo te sientes. Te parece que te vas a morir, pero no es verdad, tranquilo. —Volví a asentir—. En un momento se te habrá pasado. Esta noche, cuando estén todos dormidos, hablamos y te lo cuento todo, no he podido decírtelo antes. Quería hablar contigo antes de cenar porque me temía que pasara algo así, la niña es una bocazas, como su padre —se rio—. No es momento para coñas, perdona. Estate tranquilo, no tienes que hacer nada, no espero nada, no tenemos por qué contarlo. Todo depende de ti, y no tienes por qué tomar una decisión todavía, ¿vale? No hay ninguna prisa, puedes tomarte el tiempo que necesites, días o semanas, incluso meses, me da igual. No me voy a volver a ir, lo prometo. ¿Lo entiendes? —Volví a asentir—. Decidas lo que decidas va a estar bien, de verdad, tú tranquilo. La niña y yo estamos bien, y hemos estado bien todo este tiempo.

—Parece que se le va normalizando el pulso —dijo Piero. No me había dado cuenta de que tenía otra vez sus dedos en mi cuello.

—¿Le puedo dar un abrazo? —preguntó Greta—. ¿O será peor?

—No sé —dijo Piero—, depende de él. Igual le tranquiliza o igual le aumenta la sensación de ahogo. ¿Quieres que Greta te dé un abrazo? —me preguntó. Asentí con la cabeza.

Ella se acercó a mí y me abrazó. Me sentí a salvo, me sentí en casa. Me pasó los dedos por el pelo y yo conseguí mover los brazos para abrazarla también. Me susurró al oído.

—Shhh, ya está, ya se está pasando. Todo va a estar bien, nadie tiene por qué enterarse. Te prometo que luego hablamos y te cuento todo lo que quieras saber. Ahora tengo que volver al comedor con los demás.

La apreté más fuerte para que no se separara de mí y empecé a llorar como un gilipollas.

—No, joder, Marc, no llores… Me harás llorar a mí…

—Déjale que llore —dijo Piero—. Es terapéutico, le sentará bien.

—Vale —aceptó ella mientras me acariciaba la cabeza, que estaba enterrada en su pecho—, pues llora si te ayuda, pero de verdad que no tienes de qué preocuparte. Haremos lo que tú quieras. Hablamos luego con calma, los dos solos… Pero ahora necesito que me sueltes, tengo

que salir… No queremos que nadie venga a buscarnos y te vea así, ¿verdad? Venga, Marc, suéltame…

Aflojé los brazos y se separó de mí.

—Vale, tengo que salir —nos dijo a los dos—. Les diré que te está enseñando sus dibujos —le dijo a Piero—, y os quedáis aquí hasta que se le haya pasado del todo.

—Claro —asintió Piero—, en cuanto se encuentre bien, salimos.

Y Greta volvió a marcharse.

—¿Qué tal? —me preguntó Piero—. ¿Mejor?

—Sí —dije hablando ya casi como una persona normal, aunque sollozando todavía.

—Bien. No hay prisa, no tenemos que salir hasta que te sientas capaz.

—Vale, esperamos un poco —me sorprendí a mí mismo diciendo una frase entera.

—Tú mandas. Después de esto te sentirás muy cansado, es normal, no te preocupes. Como se te ha ido la mano con el vino, podemos decir que te encuentras mal por eso.

—Vale.

—Venga, ¿me cuentas algo? —me preguntó.

—No, mejor me cuentas tú. —Ya podía hablar casi con normalidad.

—¿Estás seguro de que quieres hablar de esto ahora?

—Sí. ¿Por qué no me lo dijo?

—Porque pensaba que era lo mejor, pero te lo explicará ella todo más tarde.

—¿Por qué no me lo dijiste tú cuando hablamos por teléfono? Con toda la mierda que te dije… —Me pasé una mano por la frente.

—Porque no era decisión mía, tenía que respetar lo que ella había decidido. No podía contártelo yo, tenía que hacerlo ella.

—Ya, lo entiendo, supongo… Te he odiado mucho.

—Me lo imaginaba —sonrió—, es lo más normal.

—Y ¿estás liado con Loui? No me dijo nada el muy cabrón…

—Greta le hizo prometerlo, estaba amenazado, la *omertà*, ya sabes… —se rio—. Y no estoy liado con Loui, estoy enamorado de él, es diferente.

—Ya, claro, perdona.

—No hay nada que perdonar —sonrió.

—Ya, yo qué sé, me cuesta pensar.

—Es normal, no te preocupes. Ya estás mucho mejor.

—Sí, me encuentro mejor.

—¿Puedes ponerte de pie? Enséñame alguno de tus dibujos, por si nos preguntan al salir, para poder decir lo bonitos que son. —Me guiñó un ojo.

Nos levantamos y fuimos hasta la mesa de dibujo. Le enseñé unos cuantos y él iba haciéndome preguntas. Supuse que para hacerme hablar y pensar en otra cosa, pero a mí me costaba mucho pensar en nada más que en lo que acababa de pasar.

Al poco rato, me sentí mucho mejor y, tras lavarme un poco la cara, decidimos salir. Por lo que me había dicho Piero, solo habían pasado unos veinte minutos, pero a mí me había parecido una eternidad.

Habían terminado todos de cenar y estaban repartidos entre el salón y el comedor. Samu le daba conversación a Marta, muy raro era eso, no le caía nada bien.

—Has tardado mucho —dijo ella cuando nos vio aparecer.

—Me estaba enseñando sus dibujos —explicó Piero—. Son impresionantes.

—Ya sabes lo pesado que se pone Marc cuando le preguntan por su arte —le dijo Samu a

Marta—. Me sorprende que no hayan estado dos horas más.

—Bueno —Greta apareció por la puerta—, ¿vamos al bar? Necesito salir de aquí y cambiar de conversación.

—Vamos —aceptó Samu encantado.

—Yo me quedo con Gina —intervino Piero—. Por si se despierta y no sabe dónde está.

—No —dijo Greta—, que tendrás ganas de ver a Loui.

—Tengo muchísimas ganas de verlo, pero puedo esperar a mañana. No vamos a dejar a Gina sola en una casa que no conoce… Además, estoy cansado del viaje y tengo cara de avión. Prefiero verlo mañana.

—Cara de avión —Greta puso los ojos en blanco—. Ya verás Loui qué drama hace. Bueno, le digo que venga mañana a desayunar…

—Perfecto —sonrió Piero.

—Venga, pues vámonos los demás —insistió Samu.

Maite se acercó hasta Piero.

—¿No vas con ellos? Puedo quedarme yo con la niña.

—No —respondió el italiano—, prefiero quedarme.

—Mejor, así hablamos un poco y nos conocemos, que llevas cuatro años ocupándote de mi hija y de mi nieta, y sin tener nada que ver con ellas…

Yo me giré hacia Marta.

—¿Te llevo a casa antes? —le pregunté.

—No —contestó para mi sorpresa—. Voy con vosotros. Pero quítate esa porquería del cuello, haz el favor —añadió en un susurro para que solo la oyera yo.

—A mí me gusta —protesté.

—Ahora entiendo por qué no bebes nunca, te sienta fatal, estás insoportable. No me des la noche, por favor.

—No tienes por qué venir si vas a estar en este plan —sugerí.

—Yo decido dónde voy y dónde no voy, así que, vamos, y no bebas más, que no hay quien te aguante…

Estábamos a punto de salir por la puerta cuando apareció Piero de la nada y me apartó un momento de los demás.

—No más alcohol esta noche, ni tabaco, ni cafeína… Si puedes, bebe solo agua, será lo mejor.

—Vale, gracias, tío. —Le di un abrazo rápido antes de salir por la puerta con todos los demás camino del bar.

NUEVE

DE VUELTA EN EL BAR

Íbamos caminando por la calle hacia el bar. Samu, Estrella y Greta iban unos pasos por delante, Marta y yo detrás. Tal como había dicho Piero, me sentía muy cansado, una cosa exagerada… y la noche prácticamente acababa de empezar. Seguía intentando asimilar la noticia, pero no era fácil. Que Greta estuviera de vuelta ya me resultaba difícil de creer, pero, además, es que nunca estuvo con el puto italiano, que de repente ya no era el puto italiano, era Piero, un tío de puta madre y el novio de mi mejor amigo… Joder, qué movida todo… Por si fuera poco, le había dado a Greta una vida allí, a ella y a mi hija, joder, a mi hija, no terminaba de entenderlo, no veía el momento de hablar con ella… No me había cambiado por otro, había huido de mí… Cuanto más lo pensaba, más quería mosquearme con ella por haberme hecho creer una mentira durante cuatro años, pero me obligué a esperar hasta después de hablar con ella. Cabrearme sin darle la oportunidad de hablar era lo que nos había traído a esta situación. No quería volver a lo mismo, esta vez esperaría a saber qué tenía que contarme…

—Bueno, bueno —dijo Marta en voz baja—. No hemos comentado lo del numerito de la cena…

—¿Qué numerito?

—La gran revelación, ¡qué barbaridad!… Que la niña sea de padre desconocido y que la haya estado criando todos estos años con un desviado… Me parece una aberración, qué perdida está esa chica…

—Me da mucho asco que digas lo de «desviados», ya lo sabes, además, son mis amigos…

—¿Son? Tu amigo, que yo sepa, es Luis… Al italiano ese no lo conoces de nada…

—Bueno, pero si es amigo de Greta y novio de Loui tiene que ser un buen tipo. Además, aunque fuera un gay que nos cruzáramos por la calle, lo de *desviado* me sigue dando mucho asco.

—Pues es lo que son… Ahora hay que ser muy modernos y muy políticamente correctos, pero yo soy de llamar a las cosas por su nombre, ya lo sabes…

—Pues sus nombres son Luis y Piero. Si quieres llamarlos por sus nombres, esos son los correctos.

—Estás imposible esta noche…

Respiró hondo y, sin venir a cuento, me cogió de la mano mientras seguíamos caminando, era la primera vez que lo hacía.

—¿Y esto? —pregunté.

—Un paso más —sonrió. Qué guapa estaba cuando sonreía, y qué pocas veces pasaba…

Era muy raro caminar de la mano de alguien, no lo había hecho jamás con ninguna chica, pero no iba a rechazar cualquier tipo de avance en lo que a contacto físico se refería…

—Y lo de que no iba a contar quién es el padre de la niña hasta que no hable con él… Va, por favor… Ya verás como dirá que el padre no quiere saber nada y que se guarda el secreto… Podría ponerle una demanda y reclamarle los cuatro años de manutención anteriores, pero está claro por qué no quiere hacerlo…

—¿Sí? ¿Por qué? —pregunté con un nudo en el estómago.

—Porque no sabe ni quién es —se rio—. Lo más seguro es que la lista de candidatos sea interminable, y estoy convencida de que de alguno de ellos no sabe ni el nombre…

—Córtate un pelo, ¿no? —empezaba a mosquearme—. No la conoces de nada, no sabes nada de ella.

—No necesito conocerla, sé de sobra cómo son ese tipo de chicas… Qué poco amor propio, de verdad.

—Deja el tema, por favor.

—Está bien, dejemos el tema —suspiró.

Caminamos unos pasos más en silencio y, de repente, se detuvo, miró a ambos lados y luego tiró de mí hasta un portal. Cuando estábamos fuera de la vista de todo el mundo, me abrazó y me besó. Un beso de verdad, mucho más intenso y más largo que cualquiera de los que me había dado hasta entonces… Incluso la oí gemir, no lo había hecho nunca, y despertó dentro de mí algo que me había obligado a mantener dormido durante los meses que llevaba con ella. Joder, ¿justo esta noche? ¿En serio? ¿No tenía ya bastantes cosas que asimilar? Mi cuerpo respondió solo y le devolví el beso abrazándola fuerte y pegando mi cuerpo al suyo. No se quejó, no se apartó, en lugar de eso, volvió a gemir. Joder, cómo me estaba poniendo… Deslicé las manos por su espalda y gimió otra vez, parecía tener tantas ganas como yo…

—Vale, vale, para, campeón. —Se separó de mí y sonrió. Joder, qué buena estaba—. No es el momento. Vamos con ellos antes de que se den cuenta de que hemos desaparecido.

—Me da igual que se den cuenta —le devolví la sonrisa.

—A mí no —se rio—, vamos.

Salimos del portal y vimos que ellos estaban casi llegando al bar, nos habían ganado bastante terreno durante el momento que habíamos desaparecido.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Vamos camino del bar. Samu nos pasa un brazo por encima de los hombros a Estrella y a mí. Marc y su princesa del palo metido por el culo caminan cogidos de la manita unos pasos por detrás de nosotros. Parece que tiene lo que siempre ha querido: una pija de manual. Qué mal me sabe que se haya enterado de la noticia así, tengo que hablar con él cuanto antes, no ha sido la mejor manera.

Llegamos a la puerta del bar.

—Espera —me pide Samu—, vamos a hacer una entrada triunfal.

Entra él primero y Estrella mantiene la puerta abierta. Samu se gira hacia el rincón donde siempre se sentaban.

—Señores… en primicia para ustedes… ¡El huracán siciliano! —grita señalando con los dos brazos hacia la puerta.

Me río y entro dando un salto y girándome hacia donde están Chus y Loui. Los dos se levantan de un salto y vienen a abrazarme. A Loui hace cosa de un mes que no lo veo, pero después de tenerlo cuatro meses con nosotros, se me ha hecho una eternidad, lo he echado muchísimo de menos. Abrazo a Chus, al que sí que hace una eternidad que no veo.

—No sabes lo tranquilo que me deja verte tan bien, tía —me dice—. ¿Todo bien? ¿Seguro?

—No, nano —contesto—. Hemos tenido que salir huyendo de un cártel muy peligroso, de polizones en un barco. Espero que no nos hayan seguido.

—¡No me jodas! —Se lleva las manos a la cabeza.

—No, imbécil —me río—. Olvídate ya de eso, todo han sido imaginaciones tuyas…

—¡Qué cabrona! —se ríe también—. Me lo había creído.

—Lo sé.

Loui me da un abrazo.

—¿Has venido sola? —me pregunta.

—No, he venido con mi hija, no la iba a dejar allí —digo aguantando la risa.

—¿Las dos solas? —insiste.

—No, tranquilo, también ha venido…

—Y ¿dónde está? —pregunta nervioso.

—En casa, por si la niña se despertaba, para que viera una cara conocida…

—No tiene ganas de verme. —Agacha la cabeza.

—Ay, ¡de verdad! Entre el intensito y el inseguro me tenéis frita… —le digo hastiada—. Dice que tiene cara de avión, que no quiere que lo veas hasta mañana, cuando esté más descansado…

—Eso es una tontería, él siempre está guapísimo.

—Yo lo sé, tú lo sabes, pero él no, tiene «cara de avión» y punto, ya lo conoces —digo poniendo los ojos en blanco.

—Sí —se ríe Loui—. Bueno, puedo esperar a mañana, aunque, sabiendo que está aquí, se me va a hacer la noche larguísima.

—Lo imagino —me río—. Bueno, le he dicho que vendrás mañana a casa a desayunar, ¿quieres?

—Claro que quiero —sonríe.

—Pues arreglado.

—Ey, tío, ¿qué tal? —saluda a alguien a mi espalda. Intuyo que Marc y su chica ya han llegado.

—Tú y yo ya hablaremos, cabrón —oigo que le dice Marc a Loui, que asiente con la cabeza intentando no reírse.

—Ven, vamos a pedir unas birras —me dice.

Vamos Loui y yo hacia la barra y le pedimos dos cervezas a una chica que no conozco de nada. Qué raro es volver a estar en el bar, y más así, sin ser yo la que pone las cervezas.

—Intuyo que ya lo sabe —susurra Loui.

—Intuyes bien. —Asiento con la cabeza.

—¿Todo?

—En grandes titulares, sí, todo. Le faltan los detalles, pero la información principal ya la tiene. Tengo que hablar luego con él.

—¿Cómo se lo has dicho?

—No me ha dado tiempo, lo ha soltado todo Gina durante la cena —le cuento.

—Joder, tan bocazas como su padre.

—Desde luego —me río.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Le ha dado un ataque de ansiedad, literal, pero tu chico se lo ha llevado justo a tiempo y nadie ha notado nada.

—Entonces estaba en buenas manos —sonríe.

—En las mejores —sonrío yo también.

—¿Qué le vas a decir? ¿Te gustaría volver con él?

—Nooo, claro que no —me río—. Tampoco hay nada a lo que volver… Nunca hubo nada en realidad. Aquello fue una estupidez, éramos unos críos…

—Eso no es verdad —dice Loui—. Claro que había algo…

—Hace mucho de eso, somos personas diferentes. De aquello salió mi niña, que es lo mejor que tengo, y ya está, con eso me quedo. No quiero ni necesito más, de verdad, no es el momento. Venga, vamos con estos.

Llegamos a la mesa y nos sentamos con ellos.

—Bueno, Gretus, ¿has venido con tu chico? Ya sé que no es un mafioso, no lo digo más, que os descojonáis de mí…

—Ay, ¡su chico! —Samu suelta una carcajada—. Ven, nano, vamos a echar un billar y te lo cuento, que Greta no creo que quiera repetir la conversación. Vente tú también, Loui, así podemos jugar por parejas y, de paso, le explicas la parte que te toca, mamón…

—Claro —se ríe Loui.

Los cuatro se levantan y se van hacia el billar, dejándome sola con Marc y su princesa. Tiene cara de cansado, normal, yo sé bien lo agotada que te quedas después de una crisis de esas, qué mal se pasa… Le hago un gesto rápido a Marc cuando lo veo mirarme para preguntarle si se encuentra bien y él asiente muy serio. Respiro hondo, espero que no se haya mosqueado, lo último que necesito es una bronca como la que tuvimos la última vez que hablamos… Espero que esta vez me deje explicarle…

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Qué silencio más incómodo. Miré a Marta, que estaba sentada en su silla muy erguida, como siempre. Luego miré a Greta, que estaba apoyada en el respaldo de la suya y con un pie en el asiento mientras le daba un trago a su cerveza, como siempre también. No podían ser más diferentes: la reina de hielo y el volcán en erupción.

—¿Te encuentras bien, cielo? —preguntó Marta poniéndome una mano en la pierna. Eso también era nuevo, joder, menuda nochecita—. Tienes mala cara.

—Estoy un poco mareado. Me he pasado con el vino.

—Te lo dije, eso te pasa por no hacerme caso.

—Lo sé —contesté. Mejor que pensara que tenía razón y era por eso.

—¿Te pido algo? —me preguntó.

—Agua, fría mejor, por favor.

—Vale, ahora vengo.

Se levantó y se fue hacia la barra. Greta la siguió con la mirada.

—Siento que te hayas enterado así, de verdad —dijo girándose hacia mí.

—Tenías que habérmelo dicho antes…

—No me ha dado tiempo —dijo a modo de disculpa.

—Has tenido cuatro años —contesté entre dientes—, cuatro putos años…

—Tenía que decírtelo en persona, una cosa así no se dice en una llamada o en una carta…

—Tampoco tuve una llamada o una carta sobre ningún otro tema —dije muy serio.

—No podía mentirte… También ha sido muy duro para mí.

—¿En serio? —pregunté apretando los dientes.

—Por favor, no te enfades hasta que podamos hablar con calma —me pidió.

—Bien —resoplé.

Nos callamos cuando vimos que Marta volvía hasta nosotros.

—Toma, mi amor. —Dejó la botella de agua en la mesa y se volvió a sentar. Me acarició un momento la pierna otra vez y retiró enseguida la mano para servirse en un vaso el zumo que se había traído para ella. Joder, cómo estaba esa noche, parecía que el hielo se estuviera derritiendo y dejara paso a otra Marta.

Los tres dimos un trago a nuestras bebidas y ninguno dijo nada.

—¡Pero bueno, señorita! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —gritó Tato apareciendo de repente.

Greta se rio mientras se levantaba a darle un abrazo. Qué rara estaba con esa ropa. Llevaba un pantalón blanco ancho de esos que llevan los *hippies*, que parecen más de tela de camisa que de pantalón, y una especie de blusa sin botones también blanca del mismo rollo, aunque con algunas flores bordadas. Tato la levantó del suelo al darle un abrazo y se le subió bastante la blusa, joder. Los pantalones tenían la cintura muy baja, muy muy baja. Me quedé mirando el final de su espalda, era una de las partes de su cuerpo que más me gustaba, de siempre, no sabía por qué. Me acordé del día en la cabaña con los rotuladores, dibujé plumas por toda su espalda… Joder, no era momento de pensar en eso… Desvié la mirada y miré a Marta, que no les quitaba ojo. Me imaginé la espalda de Marta, nunca la había visto, pero seguro que también era sexi, como todo en ella… ¿Me dejaría alguna vez dibujar sobre su piel? Seguro que no. Me reí de mi propio pensamiento.

—Vuelvo al curro —dijo Tato dejándola en el suelo—. Vente luego a tomar una cerveza a la barra y me cuentas qué has hecho estos años. Le he ido preguntando a Bruno, pero tampoco sabía mucho de ti. Sé que tienes una hija y poco más.

—No hay mucho más que saber —se rio Greta—. Luego me paso, o, si no me da tiempo, que hoy estoy muy solicitada, mañana.

—Trato hecho —aceptó él y se fue hacia la barra.

Greta volvió a su silla.

—Llevas un tatuaje muy grande —le dijo Marta—. ¿Qué es? ¿Puedo verlo? La parte que esté en zona visible, por supuesto.

—Claro —Greta se levantó un poco la blusa y se giró hacia ella—, pero ya lo has visto, es igual que el de Marc.

—Marc no tiene ningún tatuaje —respondió Marta automáticamente.

Mierda.

Greta se giró hacia mí muy seria, respirando hondo y con los ojos muy abiertos.

—¿Te has quitado el tatuaje? —me preguntó.

¿En serio? ¿Tenía la cara dura de pedirme explicaciones?

Me quedé mirándola fijamente y apreté los dientes, no quería mosquearme. Me hizo un gesto con la cara para que contestara a su pregunta. Respiré hondo y contesté.

—No —dije por fin.

—No me mientas —gruñó—, no empieces ahora a mentirme.

—No hablemos de mentiras —resoplé empezando a cabrearme—. Yo no te he mentido. No me he quitado el tatuaje. Punto.

—Entonces ¿por qué dice ella que no llevas ningún tatuaje? ¿Crees que estoy gilipollas?

—Porque no lo ha visto —dije a punto de levantar la voz.

—¿Cómo no lo va a ver? No es pequeño precisamente como para esconderlo y no es ciega, ¿me estás vacilando?

—Ni te estoy vacilando, ni te estoy mintiendo. No lo ha visto y punto. Piensa lo que quieras.

Se quedó callada un momento, muy seria. Marta nos miraba a los dos sin pestañear y sin entender nada. De repente, Greta cambió la expresión de su cara.

—¿No lo ha visto? —me preguntó aguantando la risa.

—No —negué con la cabeza y me reí también.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Año y medio, más o menos —contesté.

Greta apretó los dientes en un gesto de dolor.

—¿Tienes un tatuaje como ese? —me preguntó Marta por fin con cara de asco.

—Sí —contesté. Mierda, movida a la vista.

—¿Dónde?

—En el muslo —dije con desgana.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó mosqueada.

—Porque no ha surgido, no sé.

—Pues te lo vas a quitar, los tatuajes me dan mucho asco.

—No me lo voy a quitar —dije respirando hondo, no quería bronca esa noche—. Me gusta, se queda donde está.

—Ya hablaremos tú y yo. —Me fulminó con la mirada.

Resoplé. Joder, menuda nochecita…

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Vuelven los cuatro del billar y nos salvan de otro momento tenso.

—Bueno, bueno, menuda paliza les hemos dado —nos cuenta Samu.

—Ya me lo han contado todo, tía —dice Chus—. Flipo.

—Tranquila —interviene Estrella—, hemos decidido no volver a hablar del tema. No te vamos a preguntar nada, no te agobies, ya nos lo contarás.

—Guay, gracias —suspiro.

—¿Qué planes tienes para mañana por la mañana? —me pregunta Estrella.

—Ninguno, no sé, acabo de llegar…

—Marta y yo vamos a hacernos la última prueba de los vestidos. Vente, así te compro el tuyo, que seguro que aún ni has pensado en qué ponerte.

—Cierto —me río—. Ni lo había pensado.

—Pues hecho, te vienes con nosotras. Tranquila, no soy como Emma —se ríe.

—Lo sé —me río yo también—. Bueno, veré si puedo, que tengo una hija, tengo una responsabilidad…

—Seguro que alguien puede quedarse con ella. Mañana te vienes con nosotras.

—Bueno, lo vemos —insisto. Veo por el rabillo del ojo que a Marta no le ha hecho ni puta gracia.

—Más cosas de la boda —sigue Samu—. Hemos pensado que Marc y tú podríais hacer un brindis en la cena de ensayo, no hace falta que sea en la boda si no queréis.

—Y si os animáis a bailar como bailasteis en la de Emma ya sería lo más —interviene Estrella—, pero sin presión, si no os apetece, nada.

—¿Cena de ensayo? —me río—. ¿Qué es eso? Yo no necesito ensayar, ya sé cenar.

—Pues la cena de esta noche no te habría venido mal haberla ensayado —se descojona Samu.

—Hostia, *touché* —suelto una carcajada.

—Bueno, ¿qué decís? ¿Sí? ¿Brindis? ¿Baile? ¿Las dos cosas? ¿Pasáis de nosotros? —pregunta Estrella.

—Joder con las bodas, qué coñazo —se queja Marc—. Que no se case nadie más, creo que a la próxima ni voy.

Todos nos reímos.

—Pero no has contestado —dice su hermana.

—Que sí, que bien, que lo que queráis —dice Marc agotado—. Me da igual ya. Como si queréis que me ponga un tanga y cante un rap en el escenario, no quiero discutir. Sí a todo, a tomar por culo.

—Gracias, hermanito —Estrella le da un beso en la mejilla—. Y tú, Greta, ¿qué dices? También has sido parte importante en esto —añade cogiendo a Samu de la mano.

—¿Yo? —pregunto sin entender a qué se refiere—. Si me lo he perdido todo, yo os he conocido como pareja hoy.

—Bueno —se ríe Estrella—, pero, en realidad, hasta que no te liaste tú con él, no empecé a verlo con otros ojos…

—Joder. —Me tapo la cara con las manos—. Aquella noche siempre sale a relucir… Puta absenta.

—Puta absenta —repiten Marc y Samu medio riéndose.

Chus y Loui sueltan una carcajada. Qué cabrones. Marta me está mirando con una cara como si estuviera oliendo mierda. El sentimiento es mutuo.

—Bueno —insiste Estrella—, ¿qué dices?

—Bien —contesto—, no voy a decirles que no a los novios. Lo que queráis. Personalmente preferiría pasar de lo del tanga y el rap, pero vale. —Todos nos reímos, menos Marta, por supuesto.

—Más cosas —sigue Estrella—, mañana por la noche es la despedida de soltera. Así que, por la mañana compras y por la noche despedida.

—Ah, no, no —niega Samu—. Greta viene a la nuestra.

—No —se queja Estrella—. Viene a la mía.

—Ni pensarlo —insiste Samu—, vamos solo la pandilla, como en los viejos tiempos, Greta tiene que estar…

—¿No puedo ir a las dos? —pregunto.

—Son las dos mañana —aclara Samu.

—Bueno —dice Estrella—, pero vosotros os vais a pasar la noche a la cabaña, lo podéis hacer otro día… Estáis todos aquí, no os cuesta nada cambiarlo.

—Bueno, el martes es fiesta —sugiere Samu—. Marc, ¿tienes puente el lunes?

—Sí —contesta él.

—Pues ya está, porque los dos mamones que no curráis no podéis poner pegas, y yo tengo toda la semana de vacaciones, que soy el novio —dice poniendo las manos detrás de la cabeza.

—Tú tienes toda la vida de vacaciones, cabrón, no vayas de currante —se ríe Chus—, que curras en la farmacia de tu madre y no haces ni el huevo.

—Shhh… —Samu se pone un dedo en los labios—. Guárdame el secreto. —Todos nos reímos—. Entonces, lo que podemos hacer es irnos el domingo y volver el martes, así aprovechamos el viaje y hacemos dos noches…

—Guay —aceptan todos.

—Pero no voy a dejar tres días solo a Piero en casa de mi madre con la niña, pobre —protesto.

—Pues que venga —propone Samu—, así lo conocemos.

—Ay, sí —dice Loui.

—Y ¿qué hago entonces con la niña? —pregunto.

—Se queda en casa —responde Estrella—. Ya habrá pasado mi despedida y yo estoy de vacaciones también por la boda… Y tu madre se muere por pasar tiempo con ella.

—Vale, bien, me sabe mal, pero si a mi madre y a ti os parece bien, hecho.

—Perfecto entonces —dice Samu con una sonrisa—. Planazo. Marc, tío, ¿estás bien? —añade mirándolo.

Todos nos giramos hacia él, tiene muy mala cara. Está muy blanco y parece muy cansado.

—No, nano, estoy reventado… —dice—. Me encuentro del culo, se me ha ido la mano con el vino.

—Pues vete a casa, tío, a sobarla —dice Chus.

—Sí, eso voy a hacer. —Se gira hacia Marta—. Vamos, te llevo a casa.

—¿La llevas? —pregunto abriendo mucho los ojos—. ¿Tú a ella?

—Sí —hace un amago de reírse, está hecho polvo—, ahora conduzco —me dice inclinando un poco la cabeza.

—Sí que te has hecho mayor, sí —digo y todos nos reímos.

—No, nano —dice Samu—. No estás para conducir.

—No pasa nada, vamos —insiste él—, que a Marta no le mola coger un taxi de noche. La acerco en un momento.

—Que os lleve Greta —propone Samu—, y así no te vuelves solo a casa tampoco.

Joder, qué poco me apetece meterme en un coche con ellos dos… Marta pone cara de asco, eso me motiva.

—Vale —acepto—. Conduzco yo. Vamos.

—Nosotros nos quedamos un rato, ¿no? Que la noche es joven —dice Samu.

—Claro —confirma Chus—, voy a por otra ronda.

Nos despedimos de ellos y salimos del local.

DIEZ

CUÉNTAMELO TODO

Fuimos hasta el coche en completo silencio. Al llegar le di las llaves a Greta y me tumbé en el asiento de atrás. En todo el camino lo único que se oía eran las indicaciones que le daba Marta a Greta para llegar a su casa.

Llegamos por fin frente al edificio donde vivía Marta y bajé del coche para acompañarla hasta el portal, como siempre.

—Bueno —me dijo cuando caminábamos solos hacia allí—, ¿ya has pensado qué excusa vas a poner para no ir a la despedida de soltero?

—Ninguna excusa —contesté sin ganas de discutir—. En ningún momento me he planteado no ir. Y no me has dicho que te pareciera mal hasta ahora.

—Bueno, antes el plan era iros los cuatro una noche. Ahora el plan es iros con una chica tres días y dos noches, es muy diferente. Deberías haberte plantado, no sé qué pinta una chica en una despedida de soltero.

—No es «una chica», es Greta —dije intentando de todo corazón no tener una bronca esa noche—, es parte de la pandilla, de toda la vida, sería absurdo que no viniera.

—FUE parte de la pandilla, pero hace siglos que no sabéis de ella, y me sigue pareciendo fuera de lugar.

—No quiero discutir esta noche, no me encuentro bien —le dije—. Ya hablaremos.

—Tenemos mucho de qué hablar tú y yo —contestó seria.

—Bien, mañana, o cuando sea.

—Vale, hasta mañana. —Se acercó a mí. Volvió a besarme como hacía un rato, un beso largo y sin prisa. No entendía nada, qué locura de noche.

Esperé a que entrara en el portal y volví al coche donde estaba Greta esperándome. No terminaba de asimilarlo, me costaba creer que todo lo que estaba pasando fuera real.

✶ ◦••◦••◦••◦••◦ ◯ ◦••◦••◦••◦••◦ ✶

Marc se sube al coche, esta vez delante. Arranco y nos ponemos en marcha.

—Pues ya estamos solos —me dice—. Tú dirás, soy todo oídos.

—¿Ahora? ¿En el coche? No, tío, no es una conversación de coche.

—Ya, me parece que me estás dando largas.

—No es eso, quiero contestar a todas tus preguntas y contarte mi versión, y para eso me gustaría poder mirarte a la cara y no a la carretera.

—Bien, como quieras —protesta enfurruñado.

—Vamos a casa —sugiero—, y subimos a la azotea, hablamos allí, estaremos tranquilos.

—Bien —acepta serio y se gira a mirar por la ventanilla.

No decimos nada más en todo el camino.

✶ ◦••◦••◦••◦❍◦••◦••◦••◦ ✶

Llegamos a la azotea y nos sentamos en el rincón de siempre. Yo me senté primero, ella lo hizo después dejando un espacio entre nosotros en el que podría haberse sentado otra persona.

—Bueno, tú dirás —le dije.

—¿Qué quieres saber? —preguntó tras un pequeño suspiro.

—Todo. Empieza por cuándo te enteraste de que estabas embarazada.

—El día antes de irme, justo antes de la gran bronca… Seguramente no te acuerdes, pero esa mañana me levanté temprano y tú te quedaste durmiendo, iba a hacerme la prueba.

—¡¿Te enteraste antes de irte?! —grité sorprendido—. Pensaba que lo habías sabido ya en Italia… Si lo que querías era decírmelo a la cara, tuviste la ocasión.

—Lo intenté. Cuando fui a tu habitación diciendo que tenía que contarte algo, era eso lo que iba a decirte, pero te dio el siroco ese que te dio y no querías ni escucharme.

—Ya, bueno, podrías habérmelo dicho esa tarde, cuando fui a pedirte disculpas y no me abriste la puerta…

—En ese momento solo podía pensar: «¿cómo voy a tener un hijo con este niñato que es capaz de decirme esas barbaridades?». Reconócelo, eras un crío. Lo éramos los dos, pero tú afrontabas los conflictos de una manera muy chunga. Se te iba mucho la olla…

—Puede ser, aunque luego pensaba las cosas y reconocía cuando la había cagado… Pero no me diste la oportunidad.

—Tío, estaba embarazada, aparte del cóctel hormonal que tenía, estaba acojonada, no sabía qué hacer… Solo tenía claro que debía alejarme de ti, me habías hecho mucho daño. Y en mi situación, tampoco estaba para aguantar gilipolleces…

—No me dejaste disculparme.

—Las aberraciones que me dijiste no se solucionaban con una disculpa… Habías pensado cosas horribles de mí, no me querías nada, tenía que alejarme de ti.

—Sí te quería, joder, claro que te quería. —Agaché la cabeza.

—Pero no estabas enamorado de mí, y yo de ti sí, y mucho, y me hacía daño.

—No te haces idea de cómo lo pasé, me rompiste por dentro, pasé los peores putos dos años de mi vida…

—Algo me dijo Loui… —me soltó.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que lo estaba pasando mal y aun así no diste señales de vida?

—No le dejaba contarme mucho, prefería no saber… Y lo pensé muchas veces, fue muy difícil no llamarte y contártelo todo.

—Entonces, ¿por qué coño no lo hiciste? Si me hubieras llamado, habría salido corriendo a

buscarte. —Empezaba a notar los ojos cargados, mierda—. Lo habría dejado todo, me habría ido contigo, lo habría contado en casa, me habría enfrentado a quien hubiera hecho falta. —Las lágrimas que había intentado retener comenzaron su camino ignorando mis intentos de mantenerlas dentro de mis ojos.

Se acercó y se puso en cuclillas delante de mí. Apoyó sus brazos en mis rodillas y me pasó los dedos por la cara, secándome las lágrimas.

—Eso era lo que más miedo me daba —suspiró.

—¿Por qué? ¿No querías lo mismo? No estarías tan enamorada de mí entonces…

—A ver, piénsalo, te llamo, te lo cuento, te vienes conmigo… ¿Qué hubiera pasado? ¿Qué habríamos hecho?

—No sé, ¿ser felices?

—Noooo —se rio—. Tú tenías un proyecto de futuro, tenías claro lo que querías hacer con tu vida… Habrías tenido que dejar la carrera y el máster para buscar un curro de mierda, y eso te habría hecho infeliz. Tú querías ganarte la vida dibujando, y yo quería que lo hicieras… Además, ser padre tampoco te habría hecho feliz, nunca te han gustado los niños, reconócelo.

—No sé por qué dices eso.

—Las hermanas de Samu, por ejemplo, acuérdate de cómo les hablabas.

—Pero porque eran las niñas del mal —me reí—. Con mi hija hubiera sido diferente.

—Eso no lo sabemos, eras un crío todavía… Habrías seguido con tus idas de olla y con las broncas sin sentido, no hubiera funcionado, nos habríamos hecho mucho daño… —dijo cogiéndome la cara con las manos.

—No me diste la oportunidad de decidirlo yo. —Empecé a llorar otra vez.

—Alguien tenía que pensar con la cabeza, el embarazo no tenía por qué jodernos la vida a los dos… Además, mi primera idea era abortar en Italia, luego allí cambié de opinión… Y pensé que si lo nuestro era tan fuerte como creíamos, podríamos retomarlo cuando tú ya hubieras alcanzado tu meta, o al menos estuvieras encaminado, y hubiéramos madurado los dos, pero, si no aguantábamos hasta entonces, es que no era para tanto, era solo una locura juvenil… Simplemente no tenía que ser.

—Entonces, ¿a eso has vuelto? ¿Para ver si te he esperado como un perrito faldero y retomarlo donde lo dejamos? ¡¿En serio?!

—No, claro que no —se rio—. Hace tiempo que me di cuenta de que todo fue una ilusión, nunca hubo nada en realidad… Sé que ahora tienes una vida diferente. Sé que tienes un trabajo de lo tuyo, que luego me contarás, y una pareja estable. Y no sabes cómo me alegro de que seas feliz, de verdad. He vuelto porque os lo debía a todos, lo hice fatal todos estos años, pero no supe hacerlo de otra manera. No quería mentir a nadie, pero tampoco podía contaros la verdad. También he vuelto porque Piero quiere estar cerca de Loui, no sabes cómo están —puso los ojos en blanco—. Pero, sobre todo, porque tenías derecho a saber lo de la niña y decidir qué quieres hacer…

—¿Qué quiero hacer? Yo qué sé qué quiero hacer… Me acabo de enterar —dije agobiado.

—Lo sé —sonrió—. No hay prisa. Tómate tu tiempo, pasa tiempo con ella. Decide si quieres ser su padre o el tío Marc, de verdad que la decisión es tuya. Lo que decidas me parecerá bien.

—Y, si decido que quiero ser su padre, ¿qué? ¿Qué hacemos? —pregunté.

—Podemos decir en casa que nos emborrachamos y fue una noche loca y ya. Lo que tú quieras. También puedes ser el tío Marc y tener una relación especial con ella, a nadie le extrañaría. Me alejé para no joderte la vida, no pienso hacerlo ahora. Tranquilo, toma tú la decisión, y tómate el tiempo que necesites… No hay prisa, no me voy… Bueno, a menos que sea

lo que prefieras. Si prefieres que nos vayamos la niña y yo y no volver a vernos, también puedo hacerlo…

—Nunca te pediría eso, ¿tan chungo crees que soy?

—No, claro que no, pero si estuvieras muy mosqueado y pensaras que vamos a trastocar mucho tu vida y que no quieres tenernos cerca, lo entendería y lo respetaría.

—Y, si te pidiera eso, ¿qué pasaría con Piero y Loui?

—Se vendrían conmigo, ya está hablado. Loui no tiene mucho aquí, se planteó venirse a Sicilia, pero como le dijimos que no nos quedaba mucho tiempo allí, decidió esperar para ver si volvíamos. Y Piero ahora mismo es mi familia y la de la niña, no sé quién de los dos lo pasaría peor si se separaran… ¿Es lo que quieres? ¿Quieres que nos vayamos? —preguntó con voz dulce volviendo a cogerme la cara.

—No, no quiero que os vayáis. Y, aunque quisiera, no le haría eso a tu madre…

—Mi madre, joder, pobre, también lo ha tenido que pasar fatal. —Agachó la cabeza.

—Te lo puedo asegurar. Lo pasamos fatal todos, pero ella y yo los que más…

—Lo siento mucho, Marc, de verdad. Sé que no fue una buena solución, pero no podía estar cerca de ti, no lo hubiera podido soportar… Después de lo que tuvimos y de cómo terminó, no podía vivir en la habitación de al lado. He necesitado años para superarlo… De verdad que no me veía capaz de volver antes.

—Si no te hubieras ido, no habría terminado… —murmuré—. Intenté disculparme, intenté que no te fueras…

—Tuve que hacerlo, habríamos seguido igual, éramos un par de gilipollas…

Tiré de ella y la abracé. Perdió el equilibrio y cayó sobre mí. Colocó las rodillas a los lados de mis caderas y me devolvió el abrazo. Me envolvía su olor, era incapaz de escapar de eso. Siempre me ha impresionado lo eficaz que es el olfato para traer recuerdos de vuelta, infinitamente más potente que las imágenes.

—¿Es real? —susurré con la cabeza enterrada en su pelo.

—¿El qué?

—Que estás aquí.

—Sí —se rio—. Estoy aquí, y me quedo. No voy a volver a irme.

—Y que la niña es mía… En realidad, aún no me lo has dicho.

—Cierto —volvió a reírse y se echó un poco hacia atrás para poder mirarme a la cara—. Marc, me quedé embarazada en aquel perfecto mes de agosto en la cabaña. Es tu hija.

—Sí que fue perfecto, joder. —Volví a abrazarla.

Me devolvió el gesto, todavía sentada encima de mí. Sus manos acariciaron mi espalda y las mías bajaron hasta sus caderas. Le cambió la respiración.

—Vale —volvió a echarse hacia atrás—, voy a sentarme donde estaba antes, que tu olor me trae demasiados recuerdos y la memoria muscular es muy peligrosa. Hemos estado en esta posición demasiadas veces… —sonrió.

—Sí, mejor —asentí todo lo serio que pude. Me estaba matando tenerla encima de mí, pero tampoco quería que se alejara.

Se separó de mí y volvió a donde estaba hacía un momento.

—Sigo pensando que deberías haberme contado lo de la niña y haberme dejado tomar la decisión a mí.

—Ahora estarías amargado —negó con la cabeza—. Además, fue culpa mía, no tenías que cargar tú con las consecuencias de mi gran cagada.

—¿Qué gran cagada?

—Pues el embarazo… En el mes en la cabaña me olvidé de tomar varias pastillas, fue todo culpa mía, estaba muy gilipollas. —Se cubrió la cara con las manos.

—No puedo culparte por eso —me reí—. Si ese mes hubiera tenido que preocuparme yo de una cosa así, habríamos tenido cuatrillizos… —sonreí y me quedé un momento callado recordando aquellos días— Fue el mejor puto mes de mi vida. —Me froté la frente.

—El mío también —asintió con la cabeza.

—¿De verdad crees que no era real?

—Sí, lo creo. Yo estaba muy enamorada, pero teníamos veinte años, éramos un cóctel de hormonas…

—Aun así —protesté—, ese mes fue como vivir juntos… Y me acabas de decir que para ti también fue lo mejor… Nos habría ido bien…

—No —se rio—, no fue como vivir juntos, para nada… Estábamos de vacaciones. Si nos hubiéramos ido a vivir juntos y con un bebé habría sido muy diferente… No es lo mismo estar de vacaciones en casa de nuestros padres que tener la responsabilidad de llevar y mantener una casa… Los dos currando, sin saber ni qué hacer con un bebé, nos habríamos pasado el día a gritos. Éramos unos críos. De toda la mierda que me dijiste el último día, lo de «ha sido una estupidez que nos podíamos haber ahorrado» fue lo único en lo que tenías razón. Nunca debimos cruzar esa línea, pero no me arrepiento tampoco, tengo a Gina, que ahora mismo es lo que más quiero, y no cambiaría eso por nada.

—¿Por qué le pusiste un nombre italiano?

—Vivíamos en Italia.

—Ya, y cuando pensaba que el padre era Piero me parecía lógico, pero ahora no lo entiendo.

—Bueno, es una historia un poco larga, yo solo tenía pensado nombre para niño, para niña no se me ocurría ninguno. Una noche, la *nona* me contó una historia de cuando era joven…

—¿La abuela de Piero?

—Sí, hasta que él terminó de estudiar, yo pasaba las semanas con ella, estábamos todo el día juntas, era un amor de mujer. Me ayudó muchísimo con el embarazo y cuando nació el bebé. Yo no sabía ni cómo cogerla —se rio—. Luego Piero venía los fines de semana y las vacaciones, hasta que terminó la carrera y la especialidad y ya se quedó con nosotras a tiempo completo.

—Y ¿cuál era la historia?

—Resulta que, por lo visto, cuando era muy jovencita tenía una «amiga especial»…

—¿Era lesbiana? —pregunté sorprendido.

—No lo sé —se rio—, nunca lo dijo abiertamente, siempre decía «amiga especial». Bueno, te lo resumo, el caso es que, durante la Segunda Guerra Mundial, se llevaron a su amiga Gina y a toda su familia a un campo de concentración y nunca volvió a verla. Luego su familia la obligó a casarse con un hombre mayor y muy estricto, el abuelo de Piero, y ella juró que a su primera hija la llamaría Gina. Pero resulta que solo tuvo un hijo, el padre de Piero, y llevaba toda la vida atormentada por eso… Si hubieras visto la cara de alivio que puso cuando le dije que llamaría Gina a la niña, tú también la habrías llamado así —se rio.

—Puede ser —sonreí—, es un nombre bonito… Y ¿cuál tenías para niño?

—Álvaro.

—Claro, joder, el de tu padre, qué tonto estoy… Ese hubiera molado también, aún se le echa de menos.

—Sí. —Agachó la cabeza.

Nos quedamos un momento en silencio.

—Y, durante estos años, ¿has estado con alguien?

—Claaaaaaaro —soltó una carcajada—. Una madre soltera, extranjera, sin oficio ni beneficio, que vivía con un gay y con su abuela… Tenía cola en la puerta, me los tenía que espantar a manotazos…

—Vale, lo pillo —me reí.

—A ver, tampoco es del todo cierto, pese a eso, tuve un par de historias, pero se quedaron en nada… Todavía estaba lo nuestro muy reciente, y no podía evitar las comparaciones… Tú y yo habíamos tenido un previo de casi veinte años —se rio—, y contra eso era imposible competir. Llegué a la conclusión de que habías sido mi «gran amor», y que no volvería a tener eso con nadie… Seguro que en el futuro lo veo de otra manera, pero ahora mismo no me preocupa, tengo otras prioridades y otros planes. una relación es lo último que busco…

—Y ¿qué es lo que buscas ahora?

—Pues lo más importante en mi vida ahora es Gina. Este curso la voy a escolarizar, y ahora tengo que decidir qué quiero hacer yo con mi vida, que aún no lo tengo claro. Quiero aprovechar que la niña va a ir al colegio, y a lo mejor vuelvo a estudiar yo también. No me importa volver a ser camarera, pero no quiero serlo toda mi vida, quiero hacer algo más…

—¿El qué?

—Esa es la pregunta difícil, todavía no lo sé.

—¿Vas a terminar la carrera?

—No sé, no me metí en Periodismo por verdadera vocación. No sé si terminarla o si buscar algo que me motive de verdad y empezar de cero. Tengo que pensarlo bien…

—Me parece un buen plan.

—Sí, ya veremos, es difícil, ya me conoces —se rio—. Bueno, cuéntame lo de tu curro, que me han dicho que trabajas de dibujante, es lo único que sé.

—Sí, trabajo en una productora audiovisual muy pequeñita, pero nos está entrando bastante faena, nos va muy bien.

—Y ¿qué haces allí? ¿Qué dibujas?

—Ahora estamos haciendo una serie de dibujos animados.

—Oh, pero eso mola mucho, ¿no? —preguntó ilusionada—. Y ¿qué es lo que haces? ¿Estás de becario?

—No —le dije, y le conté por encima toda la historia del episodio piloto y de cómo me hicieron socio.

—¡Pero, tío! —dijo casi gritando— ¡Eso es genial! Con veinticuatro años y ya ocupándote de la parte creativa y teniendo becarios que trabajan para ti, y además con participación en la empresa… ¡Eres un puto triunfador! No sabes cómo me alegro —dijo con una enorme sonrisa. Se alegraba de verdad. Esa era justo la reacción que me habría gustado que hubiera tenido Marta cuando se lo conté.

—Sí —confirmé—, es genial. Y te lo debo a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por el máster.

—Ah, claro, joder —se rio—. Bueno, me alegro de haber ayudado a eso de alguna manera, de verdad que me alegro mucho por ti. Tu madre me devolvió el dinero del máster, supongo que lo sabes…

—Sí, quería habértelo devuelto yo, pero se enteraron antes de que yo empezara a ganar dinero y mi madre no podía consentir que lo hubieras pagado tú.

—Yo ni me acordaba, la verdad. Nunca pensé en ese dinero como un préstamo… ¿Me enseñarás un día las oficinas donde trabajas y lo que haces allí?

—Claro, cuando quieras.

—Bueno, si a tu novia le parece bien… Creo que no le he caído nada bien —se rio.

—Estoy seguro de que ella a ti tampoco —me reí yo también.

—No sé por qué dices eso —dijo aguantando la risa—, parece una chica encantadora…

—No es mala tía —sonreí—, un poco suya, pero es buena gente.

—Seguro que sí —asintió—, si te hace feliz, suficiente… Aunque sospecho que te haría más feliz si por fin viera tu tatuaje —añadió con una carcajada.

—Qué cabrona —me reí.

—¿Me lo explicas? A ver, que sé que no es asunto mío. Si no me lo quieres contar, lo entiendo perfectamente, es solo que me sorprende mucho ese cambio en ti.

—No sé, cuando empecé con ella llevaba dos años hundido y follando como un cabrón, y no me había ayudado nada. Pensé que probar algo nuevo sería bueno… No sé, claro que me gustaría tener eso con ella, pero de momento puedo vivir sin ello, para ella es importante ir despacio.

—Muuuuuuuuy despacio —intentó aguantar la risa.

—Bueno, no es lo más importante —me encogí de hombros.

—Tienes razón, y no soy quién para juzgarlo, es cosa vuestra.

—Eso es —sonreí.

—Así que «dos años hundido y follando como un cabrón»… Tenemos conceptos diferentes de lo que es estar hundido…

—El rollito depresivo me ayudaba a ligar un montón —me reí—, pero no lo pasé nada bien. En realidad, creo que me hacía más mal que bien… Y seguro que tú también tuviste tus rollitos de una noche, que nos conocemos…

—Pues no te creas… Después de nacer la niña se me quedó cuerpo de madre, ya no estoy buena, y ya no me siento cómoda como antes con eso… Tampoco lo echo de menos, estoy bien así.

—Eso no me lo creo —solté una carcajada—. Estás igual de buena que siempre.

—Qué va —se rio—. La ropa ancha engaña mucho. Si me vieras desnuda, verías que tengo razón…

—Te arrancaría ahora mismo la ropa esa de *hippie* asquerosa que llevas y comprobaría que tengo razón yo.

—Te llevarías una desagradable sorpresa —sonrió—. Yo también te arrancaría la camisa esa de pijo que llevas, que da puto asco, pero no vayamos por ese camino, que ya sabemos cómo acaba y no nos hace bien. —Se movió en el suelo y se alejó más de mí.

—Vale, lo he dicho sin pensar —me reí—, ha sido un reflejo.

—Pues vamos a intentar evitar esas coñas, que los dos estamos muy necesitados —se rio también—. Bueno, volviendo al tema importante… ¿Entiendes por qué hice las cosas como las hice? ¿Estás enfadado conmigo?

—No sé —contesté—, en parte lo entiendo, pero aún hay cosas que se me escapan. Igual mañana lo veo todo más claro, han sido demasiadas cosas que asimilar en una sola noche… En parte quiero mosquearme, pero, por otra parte, cuando empecé con Marta, me di cuenta de que no lo había hecho nada bien contigo, me merecía que me mandaras a la mierda. Y la verdad es que me alegro mucho de que estés de vuelta. Te he echado mucho de menos, no solo lo del último año que estuviste aquí, he echado muchísimo de menos todos los anteriores…

—Sí, yo también, la verdad. Bueno, ¿nos vamos a dormir?, que mañana tengo día de compras con tu hermana y tu novia… Pla-na-zo —se rio—. Mañana seguimos hablando si quieres.

—Claro —acepté—. Vámonos a dormir.

✶ ◦••◦••◦••◦ ◯ ◦••◦••◦••◦ ✶

Entramos por la puerta de mi casa, como en los viejos tiempos cuando volvíamos de fiesta. Marc va detrás de mí por el pasillo, me pone un poco nerviosa tenerlo tan cerca. Su olor me trae demasiados recuerdos, no es fácil estar cerca de él, pero ya soy adulta, puedo con esto. Abro la puerta de mi habitación y está vacía.

—¿Y la niña? —susurra asustado.

—Estará durmiendo con Piero —me río.

Retrocedo un poco por el pasillo y abro la puerta de la antigua habitación de Emma. Piero y Gina están en la cama profundamente dormidos y abrazados, como más les gusta dormir. Vuelvo a cerrar y vamos hasta mi habitación.

—Bueno —le digo a Marc—, hasta mañana.

Se acerca a mí y me abraza. Le devuelvo el gesto y le paso los brazos por el cuello, él me rodea la cintura con los suyos. Joder, qué difícil es esto.

—Me alegro de que estés de vuelta —susurra en mi oído. Notar su aliento no lo hace más fácil.

Se separa de mí lo justo para pegar su frente a la mía con los ojos cerrados.

—Ojalá hubieras vuelto antes —murmura en voz baja mientras se le acelera un poco la respiración.

—Eso ya no tiene remedio —susurro—. Y es mejor así.

—Puede que tengas razón. —Abre los ojos.

Me da un beso en la mejilla y sonríe.

—Hasta mañana, no vuelvas a desaparecer.

Y desaparece él por el armario.

ONCE

GINA

Me desperté cansado y con la sensación de haber soñado todo lo de la noche anterior. ¿Era cierto? ¿Greta estaba de vuelta? ¿La niña era mía? ¿Era todo real?

Me di una ducha rápida antes de salir de mi habitación. Me puse un pantalón corto cómodo para estar por casa, no tenía que ir a ningún sitio, pero lo bastante largo como para ocultar el tatuaje. Lo último que me apetecía era que Greta lo viera y volviera a salir el tema.

Llegué a la cocina y estaban Piero y Gina desayunando. Hablaban entre ellos y se reían. Los dos parecían también recién duchados.

—Buenos días, Marc —saludó Piero cuando me vio entrar—, ¿cómo te encuentras hoy?

—Muy bien, mucho mejor. Gracias, tío.

—Gina —se dirigió a ella—, ¿te acuerdas de Marc?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Cómo das los buenos días? —le preguntó Piero.

—Buenos días, Marc —me dijo la niña—, ¿has dormido bien?

—Sí —me reí—, he dormido bien. Gracias, Gina.

Me puse un café y me senté a la mesa con ellos.

—¿Qué planes tienes para hoy? —me preguntó Piero.

—Ninguno —contesté—, me quedaré en casa dibujando, supongo.

—Marc dibuja muy bien —le dijo a Gina—, ayer me enseñó sus dibujos y son una pasada.

—Oh, qué morro, ¿me los *mostrerai* a mí *tamién*? —me preguntó.

—Claro, cuando quieras —acepté y ella sonrió. Era como estar viendo mis hoyuelos en una versión descolorida de la cara de su madre, qué cosa más extraña.

En ese momento apareció Greta por la puerta de la cocina. Llevaba una camiseta de manga corta y un pantalón de pijama de cuadros. Siempre había sido de salir a desayunar nada más levantarse, antes de vestirse o darse una ducha, eso no había cambiado. Llegó hasta la mesa y abrazó a Piero por la espalda.

—*Buongiorno* —le susurró y le dio un beso en la mejilla.

—*Ciao, bella, come butta*?

—Bien, va bien —se rio ella.

Luego se acercó hasta la niña y le dio un beso también.

—Buenos días, mi amor.

—Buenos días, mami —saludó Gina—, ¿has dormido bien?

—He dormido fenomenal —sonrió Greta.

Pasó por mi lado cuando iba hacia la cafetera, me puso una mano en el hombro y se agachó a darme un beso rápido en la mejilla.

—Buenos días, Marc.

—Buenos días, nena —contesté.

—Mi mamá se llama Greta —aclaró Gina.

—Ya lo sabe, cariño —le dijo Greta—, pero esa es una batalla que perdí hace mucho tiempo.

Greta y yo nos reímos. Llegó hasta la cafetera y empezó a servirse un café.

—*Oh, oh, signorina Gina* —le dijo Piero a la niña—, creo que tenemos una sospechosa en el misterioso caso de los pijamas desaparecidos. La señorita Greta, en su habitación, con un pijama de Piero.

—¡Pillada! —gritó Gina muerta de risa mientras señalaba a su madre.

—Solo hablaré en presencia de mi abogado. —Greta dejó la taza en la mesa y levantó las manos.

Sonó el timbre de la puerta.

—Voy a abrir, no quiero estar donde se me acusa.

Los tres se rieron mientras Greta salía de la cocina. Al momento volvió con Loui.

—¡Loui! —gritó Gina. Saltó de la silla y corrió hacia él.

Él se agachó a cogerla, la levantó en brazos y la niña le dio un beso muy fuerte.

—Ya te echaba de menos, pequeña —dijo Loui.

—Y yo a ti, pequeño —contestó Gina.

—¿Me dejas que salude a Piero? —le preguntó Loui.

—Claro —aceptó ella—, que está muy pesado hablando de ti.

—*Perché sono innamorato!* —gritó Piero a un volumen muy fuerte cogiendo a Gina de los brazos de Loui y dejándola en el suelo—. *Il mio amore Luigi* —añadió dirigiéndose ya solo a él antes de abrazarle y besarle.

—Oh, oh, mami —Gina se sentó en su silla—, ya están otra vez… *Che confusione, sarà perché ti amo. È un'emozione che cresce piano, piano*… —empezó a cantar[1] Gina en italiano muerta de risa dando golpes en la mesa.

Greta se le unió y siguieron cantando las dos juntas mientras ellos se besaban.

—*Stringimi forte, e stammi più vicino. Se ci sto bene, sarà perché ti amo.*… —voceaban las dos a dúo.

Piero dejó de besar a Loui y se unió a cantar con ellas mientras intentaba bailar con él, que se había puesto muy rojo.

—*Io canto al ritmo del dolce tuo respiro… È primavera… Sarà perché ti amo… Cade una stella… Ma dimmi dove siamo… Che te ne frega… Sarà perché ti amo…*

Loui se dejó llevar y se puso a bailar con él mientras sonreía. Creo que nunca antes lo había visto bailar, al menos no así. Parecía completamente feliz y más relajado que nunca. Siguieron cantando y bailando un poco más hasta que se volvieron a abrazar y, a continuación, se sentaron a la mesa con los demás.

Me quedé mirando a Loui. Él me miró un momento y volvió a ponerse rojo. Me reí.

—Estás irreconocible, nano —dije.

—Ni se te ocurra meterte con él —me amenazó Greta mientras me apuntaba con el dedo.

—No me he metido con él —me defendí.

—Por si acaso…

—Me he dejado llevar —se rio Loui.

—Y a más sitios te voy a llevar —dijo Piero en voz baja colgándose de su cuello.

—*Dove? Dove?* —preguntó Gina—. Yo *tamién* quiero ir…

Los adultos empezamos a reírnos.

—A un sitio de novios, cariño, tú no puedes ir —dijo Greta.

—Jo.

—¡Buenos días a todos! —saludó Estrella entrando por la puerta—. Greta, ¿aún estás así? Hemos quedado con Marta en una hora…

—Ya, bueno —contestó Greta—, no sé si voy a poder ir. ¿Y mi madre?

—Se ha ido temprano con Reyes —explicó Piero—. Dijeron que volverían sobre las cinco.

—Pues no voy a poder ir —le aclaró Greta a Estrella—, tengo que quedarme con la niña… Piero y Loui querrán estar solos, no les voy a pedir que se queden con ella.

—Pues tráete a la niña y le compramos también un vestido a ella —sugirió mi hermana.

—No puedo —negó Greta—, le tengo que comprar todavía la silla para el coche, no podemos llevárnosla. Vamos otro día.

—Pero la boda es en una semana y hasta el martes es festivo, no nos quedan días —se quejó Estrella.

—Es lo que hay. —Greta se encogió hombros.

—Yo voy a estar en casa —intervine—. Se puede quedar Gina conmigo.

Greta y Loui se giraron a mirarme con los ojos muy abiertos.

—Me parece una gran idea —dijo Piero.

—Sí, es perfecto —confirmó Estrella.

—¿Estás seguro, nano? —preguntó Loui aguantando la risa.

—Sí —contesté—, ¿qué problema hay?

—Que no has hecho de canguro en tu vida —sonrió Greta.

—Bueno, alguna vez tiene que ser la primera… —me defendí.

—Lo hará genial —aseguró Piero—. Y seguro que la *signorina* Gina se lo pone muy fácil, ¿a que sí? —le preguntó a la niña.

—Claro —aseguró Gina—, ya no llevo pañal, ha pasado lo peor…

—Entonces, ¿quieres quedarte con Marc? —le preguntó Greta a nuestra hija. Joder, nuestra hija.

—¿Me enseñarás tus dibujos? —me preguntó Gina.

—Claro —asentí.

—¿Tienes colores? —me volvió a preguntar.

—Tengo muuuuuchos colores —contesté.

—¿Me dejarás pintar con ellos?

—Claro.

—Vale, me quedo con él —aceptó Gina.

—Tendrás que portarte muy bien —dijo Greta—, que Marc nunca ha hecho de canguro.

—Tranquila, mami, yo me lo sé *tutto*, se lo puedo explicar.

Greta me hizo un gesto para que la siguiera hasta el pasillo.

—¿Estás seguro? —me preguntó en voz baja—. No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo —contesté.

—Vale, pero tendrás que estar con ella todo el tiempo.

—Lo suponía —me reí.

—No la puedes dejar sola.

—También lo suponía.

—Y no puedes fumar.

—Ningún problema, nena, en serio. Vete tranquila.

—No me voy tranquila —renegó—. Puede ser muy pesada. No se calla ni debajo del agua… Me da miedo que pierdas la paciencia.

—Haré un esfuerzo, no te preocupes.

—Bien, como quieras —suspiró—. Me doy una ducha rápida y nos vamos —le dijo a Estrella.

Piero y Loui se marcharon. Estrella estaba hablando con Gina cuando salió Greta ya duchada y vestida.

—Me voy a tener que comprar algo de ropa —dijo al entrar en la cocina—. El rollito *hippie* aquí no tiene mucho sentido —se rio.

—Las cajas de ropa que dejaste para la basura están en el altillo de mi armario —le dije—. Si quieres luego te las bajo.

—¿Las guardaste? —me preguntó sorprendida. Yo asentí con la cabeza—. Luego les echo un vistazo, gracias. —Me dio un beso en la mejilla—. Aunque no sé si me veo poniéndome algo de eso…

—No veo por qué no…

—No sé, es raro —suspiró—, y tampoco sé si entraría mi culo de ahora en mis viejos vaqueros —se rio—. Bueno, nos vamos. Yo no tengo teléfono, pero, con cualquier cosa, llama a Estrella.

—Sí, tranquila.

—Lo hará bien. —Estrella la empujó hacia la puerta de la calle.

—Que no te sepa mal, no molestas, solo estaremos de compras —insistió Greta—. Llama con lo que sea.

—Tranquila, nena, irá bien —aseguré justo antes de que Estrella cerrara la puerta tras ellas.

—Bueno —dijo Gina frotándose las manos cuando nos quedamos solos—, a ver ese mogollón de colores.

—Vamos —me reí—, están en mi cuarto.

Entramos a mi habitación y se quedó mirando la mesa de dibujo.

—¿Por qué tu mesa está torcida? ¿Está rota? —preguntó.

—No, es una mesa de dibujo, se inclinan para poder dibujar más cómodo —le expliqué.

—¿Tienes una mesa solo para dibujar? —preguntó, y yo asentí—. Qué morro… ¿Puedo probar?

—Claro.

Me senté en la silla de dibujo y la subí a mi rodilla. Ella cogió un lápiz y se puso a hacer rayajos sin sentido en el papel. Me reí.

—¿Así dibujas? —le pregunté.

—Oye, no te rías, que *sono piccola* —se quejó.

—Perdona, no me río, ¿qué intentas dibujar?

—No sé, lo que salga —dijo.

—No funciona así —volví a reírme. Me miró achinando los ojos de manera amenazante—. No me río de ti, perdona. A ver, primero tienes que decidir qué quieres dibujar y luego intentas hacerlo. ¿Qué te gustaría dibujar?

—No sé, ¿qué sabes dibujar tú? —me preguntó.

—Cualquier cosa —me reí—. Bueno, empezaremos por algo sencillo.

—Vale —asintió.

Empecé a enseñarle a dibujar formas sencillas con las que ella luego pudiera hacer figuras. Al principio le costó un poco, pero le puso interés y, al cabo de un rato, ya hizo ella sola alguna cosa con sentido. Luego saqué la caja de lápices de colores más grande que tenía (con toda la intención de impresionarla, lo confieso) y la dejé trastear. Me empeñé un poco en que intentara no salirse de las líneas, pero al final lo di por imposible. Solo tenía tres años y medio, debía recordarlo, pero me costaba, no estaba acostumbrado a tratar con niños.

—Oye, esto está muy bien —le dije—. Este ha quedado genial.

—¿Se lo puedo enseñar a mamá y a Piero cuando vengan?

—Claro. Déjalo ahí apartado para que no se pierda.

—Oye, esa es mi mamá. —Señaló las fotos del tablón de corcho—. ¡Qué guapa está, en esa parece una princesa! ¿Erais príncipes?

—Noooo —me reí—, era una fiesta, la boda de la tía Emma.

—¿Y esa? ¿Es tu novia? —Señaló una foto de Marta.

—Sí —contesté.

—También es muy guapa.

—Sí, también.

—Pero mi mamá más.

—No es una competición —me reí.

—Vale, pero mi mamá más.

—Vale, tu mamá más… Pero entonces tú también, porque eres igualita que ella.

—Igualita no —me dijo seria.

—Ya lo creo que sí —me reí. Ella negó con la cabeza—. Mira. —Cogí un papel nuevo y empecé a dibujar—. Tu madre tiene la cara con esta forma, y tú con esta otra, que es lo mismo pero más pequeño, y los ojos de tu mamá son así, y los tuyos iguales, pero parecen más grandes porque los niños tenéis otros rasgos.

Fui explicándole los rasgos de cada una mientras dibujaba las caras de las dos en un papel. Quedaron muy bien, la de Greta la había dibujado mil veces, tenía práctica, y la de Gina era igual pero en formato niño.

—¿Ves? —le dije cuando terminé—. Igualitas.

—Pues no, listo. —Puso la cara de vacilona de su madre y yo solté una carcajada—. Sin colores sí que parecemos iguales, pero, mira —cogió unos colores de la caja de lápices—, estos son los colores de mi mamá; y mira —cogió otros colores diferentes—, estos son los míos, que son los de mi papá.

—¿Los colores de tu papá? —pregunté un poco nervioso—, ¿qué quieres decir?

—Pues a ver, con estos colores pinto el dibujo de mi mamá, que tiene el pelo negro y los ojos marrón oscuro, y la piel así más morena que yo… Y con estos otros pinto mi cara, que tengo el pelo más clarito, la piel más clarita y los ojos marrón clarito *tamién* —me explicaba mientras coloreaba los dos dibujos sin respetar en absoluto las líneas que yo había dibujado—. ¿Lo entiendes ahora? Soy igual que mi mamá, pero con los colores de mi papá.

—Vale —murmuré—, ya lo entiendo.

—¿Sabes por qué es así? —me preguntó.

—Ni idea —contesté—, ¿la genética?

—¿Qué es eso? No, te lo cuento, pero es un *segreto*… ¿Tú sabes guardar *segreti*?

—Claro. —Me agaché para que mi cabeza quedara a la altura de la suya.

—Porque mi mamá no sabe dibujar, entonces, cuando iba a nacer yo, hizo una fotocopia de

ella, porque no sabía cómo dibujarme… Pero mi papá es artista y pinta muy bien, y por eso puso él los colores.

—¿Eso te ha contado tu madre? —le pregunté.

—Sí, pero es un *segreto.* —Se llevó un dedo a los labios—. Hasta que mi mamá no encuentre a mi papá, no se puede contar.

Joder, sí que era tan bocazas como yo.

—Bueno, pero que sepas que tus ojos no son marrón clarito, son verdes.

—Mamá dice que son marrón clarito.

—Pues no te fíes mucho de ella con el tema de los colores… Hazme caso, tus ojos son verdes… ¿Qué más sabes de tu papá?

—Que es muy guapo, que es muy listo, que vive en España y… no sé qué más. Si quieres saber más cosas le puedes preguntar a Piero, que él se lo sabe *tutto*. Pero a mamá no le preguntes, que se pone triste. —Levantó un dedo amenazador.

—Vale —confirmé—, no le preguntaré a tu mamá.

—Estoy cansada de dibujar, ¿me bajas?

—Claro. —La dejé en el suelo.

Ella fue hasta mi cama y se sentó. Apoyó la espalda en la pared y dejó las piernas extendidas, no le llegaban al borde de la cama ni de coña. Fui a sentarme a su lado.

—¿Nunca has hecho antes de canguro? —preguntó.

—No, nunca —confesé—. ¿Qué tal? ¿Voy bien?

—No está mal —dijo—. Pero ¿sabes cómo serías un canguro más guay?

—¿Cómo?

—Comprándome un *gelato*.

Solté una carcajada.

—¿Podemos ir a comprar un helado? ¿Nos dejan?

—¿Tú puedes salir solo a la calle? —me preguntó.

—Claro.

—¿Y te dejan cruzar la calle solo?

—Claro.

—¿Y tienes dinero para comprar un helado?

—Sí —me reí.

—Entonces podemos ir. No hay problema.

✶ ◦•◦•◦•◦•◦ ❍ ◦•◦•◦•◦•◦ ✶

Llegamos Estrella y yo al centro comercial y ya está allí la *barbie* repipi esperándonos. No, mal, Marta, es la chica de Marc, él dice que es buena gente, tengo que darle una oportunidad. Algo tendrá si a él le gusta tanto. Mechas rubias y pendientes de perlas, eso es lo que tiene que le

gusta… No, error, desechar esos pensamientos, darle una oportunidad.

Nos saluda a las dos con un par de besos, aunque no intenta disimular su cara de asco cuando me ve. Yo le sonrío, puedo ser muy diplomática cuando me lo propongo.

Entramos en la tienda que me indican, donde tienen ellas que probarse sus vestidos.

—Vamos a mirar algo para ti mientras esperamos a que busquen los nuestros —sugiere Estrella muy emocionada—. No soy Emma, no voy a ponerte condiciones, elige el que quieras, puedes ir de negro si te apetece…

—Ni lo había pensado —me río—. La verdad es que hace años que no voy de negro, me da un poco igual el color… Tú no has montado ningún código absurdo de colores, ¿no?

—No, no, tranquila —se ríe ella también—, libertad total. Ya nos lo hizo pasar bastante mal Emma…

—Menos mal, porque esta vez sí que voy sin pareja. En la boda de Emma tenía para elegir entre todos mis chicos, pero ahora están todos emparejados, se me han hecho mayores… Uno de ellos es el novio, de hecho…

Estrella y yo nos reímos, Marta no.

—Con lo pesada que estabas en la boda de Emma con que fuera con «Samuel»… «Samuel» para arriba, «Samuel» para abajo —me río.

—Sí, pero al final fui yo a la boda con «Samuel» —me guiña un ojo.

—¡Es verdad!, no me acordaba de eso.

—Yo sí —dice Estrella pestañeando mucho.

—Aún no me hago a la idea, es raro pensar que estáis juntos —confieso—, pero me alegro un montón, se os ve genial…

—Estamos genial —suspira y mira al infinito.

—Menos mal, si no lo de la boda sería mala idea.

Las dos nos reímos.

Damos un par de vueltas por la tienda buscando vestidos. Todos los que me sugiere Estrella son demasiado sexis para la idea que yo llevo, no me sentiría cómoda con ellos. Al final me pruebo un par que no están mal, los dos negros. Insisto en que me da igual el color, pero Estrella está convencida de que lo digo por ella y me dice que vaya de negro si quiero. No voy a discutir, en realidad me da igual. Me pruebo más vestidos y al final dudamos entre dos que me quedan bastante bien y no hay que ajustarlos apenas.

—Coge el de la falda de vuelo —dice Estrella—. Si bailáis Marc y tú en la boda, con ese irás más cómoda.

—Bien pensado —le digo—. Bailar con una falda estrecha es mucho sufrir. Aunque hace mucho que no bailo, no prometo nada, lo mismo hacemos el ridículo, te lo aviso —me río.

—Eso lo dudo mucho, jamás os he visto hacer el ridículo bailando —asegura Estrella.

—Eso es porque no nos has visto nunca bailar borrachos —me río—. Alguna vez llegamos incluso a caernos al suelo.

—Me hubiera gustado verlo —se ríe ella también—, pero no en mi boda, por favor. Así que, a mi boda no vengáis ciegos.

—No, no, tranquila, ya no hago esas cosas. Ahora soy madre, soy una persona seria y sensata —digo exagerando mi cara de mujer responsable—. Hablando de eso, déjame el móvil para que llame a casa a ver cómo les va.

—No llames a casa, les va bien… Confía.

—No confío, lo siento —protesto—. Déjame el teléfono que llame.

—No —insiste Estrella—, desconecta y confía. Si hay algún problema, llamará él.

—Marc no tiene paciencia con los niños, me da miedo que se ponga muy nervioso —replico.

—¿Marc está cuidando de la niña? ¿Él solo? —pregunta Marta.

—Sí —le confirma Estrella—. ¿A que lo hará bien? Marta tiene muchos sobrinos, ahora estará acostumbrado a estar con niños —dice dirigiéndose a mí—. Tranquila, les irá bien.

—Sí, tengo muchos sobrinos, pero Marc no tiene paciencia para estar él toda la mañana solo con una niña —responde Marta muy seria—. Ha sido una irresponsabilidad.

—Bueno, pues que se apañe —protesta Estrella—. Ha sido idea de él. Además, que la niña es igualita a ti de pequeña, lo va a llevar por donde quiera, como tú —me dice.

—¿Cómo dices? —pregunto sin entender a qué se refiere.

—Pues eso, que toda la vida lo has llevado detrás, y él hacía lo que tú le decías. Has hecho con él lo que te ha dado la gana, reconócelo —se ríe. Marta se pone muy seria.

—No, no, teníamos buena relación —me defiendo—, pero los dos teníamos mucho genio, y yo también hacía cosas que quería él, como las clases de baile, por ejemplo.

—Bueno —se ríe Estrella—, pero en el cómputo global ganabas tú, él era más de dejarse llevar.

—Yo no lo recuerdo así para nada. —Niego con la cabeza.

—Tenían una relación muy chula desde que nacieron —le cuenta Estrella a Marta—, lo hacían todo juntos, iban a la misma clase desde preescolar y hasta se matricularon de la misma carrera… Y además dormían juntos casi todas las noches, eran como dos ositos de peluche. Bueno, eso prácticamente hasta el día que te fuiste, que me sorprendió mucho que te fueras cuando a él no le dieron la beca, pensaba que te quedarías, la verdad… Supongo que en algún momento teníais que empezar a hacer cada uno su vida…

Joder, Estrella, eres tan bocazas como tu hermano, lo lleváis en los genes.

Marta escucha atentamente toda la diarrea verbal de Estrella y aprieta los dientes. Yo no sé dónde meterme, a ver si cambiamos ya de tema.

—Bueno —interrumpo a Estrella—, ¿no querías que miráramos un vestido para Gina? Vamos a la sección infantil.

—Ay, sí, claro —dice ella olvidándose de su monólogo, menos mal.

Damos varias vueltas por la sección de niñas y encontramos un vestido que nos gusta bastante a las dos. Marta no abre la boca en todo el rato, mejor.

—Con este estará monísima —asegura Estrella.

—Sí, es muy bonito, y muy de princesa, a ella le gustará —me río.

—La verdad es que estará monísima con cualquiera, es un encanto de niña, y tan guapa… Además, tiene una sonrisa tan simpática que parece que la conozcas de toda la vida, ¿no te pasa?

—Bueno, yo es que la conozco de toda la vida —me río.

—Ya me entiendes. —Me da una palmada en el brazo—. Prometí que no te iba a preguntar quién es el padre, pero solo dime si es el chico ese con el que estabas liada en secreto antes de irte… No me llegaste a decir quién era, así que no sabría ni su nombre, pero solo dime eso, porfa…

Joder, Estrellita, estás sembrada hoy.

—No, deja el tema, ya os lo diré cuando hable con él —respondo seria, que note que no quiero tocar ese tema.

—Vale, vale, lo voy a respetar, pero sería un buen regalo para la novia —sonríe y pestañea.

—La novia no necesita más regalo que su «Samuel». —Pongo la misma cara de tonta que ella.

—Ay, es verdad, no necesito más —sonríe—. Vale, dejemos el tema, pero habla con él

cuanto antes, que me tienes en ascuas…

—Pues dejad de enmarronarme con cosas de la boda, que aún no he tenido ni un minuto desde que he llegado —me río.

—Vale, prometido —se ríe ella también—, ni un marrón más.

Compramos el vestido de la niña y zapatos para todas y nos despedimos de Marta. Quedamos en vernos esta noche, en la despedida de soltera. Qué bien, me apetece lo mismo que frotarme los ojos con pimienta.

Llegamos Estrella y yo a casa justo antes de comer y la encontramos en completo silencio. Nos asomamos a la habitación de Marc y están él y Gina dormidos en la cama. Él se ha cambiado de ropa, han debido de salir a la calle.

—Mira, te ha quitado el sitio —susurra Estrella con una risita. Yo me río también—. Bueno, voy a mi habitación a guardar las cosas y a mirar qué comemos. Ahora os aviso.

Se va de la habitación y yo me quedo mirándoles un momento desde la puerta. Gina abre los ojos y se lleva un dedo a los labios.

—Shhh… —susurra—. Se ha dormido.

Intento no reírme. Gina se incorpora y, al separarse de Marc, él se despierta sobresaltado.

—¡Qué susto! —dice todavía medio dormido—. Pensaba que se había caído de la cama.

—¿Cómo ha ido? —pregunto.

—Bien —contesta Gina—, lo ha hecho bien.

Marc y yo nos reímos.

—Y ¿tú te has portado bien?

—Claro, mami.

—¿Sí? Si le pregunto a Marc, ¿me dirá lo mismo?

Ella se gira de golpe a mirarlo y él suelta una carcajada.

—Sí —confirma—, se ha portado muy bien.

—¿Ves? —dice Gina girándose hacia mí con cara de triunfo.

—Bueno, y ¿qué habéis hecho? —le pregunto.

—Hemos dibujado, hemos ido a por un *gelato*, nos hemos metido en un armario mágico que hacía fotos…

—Un fotomatón —se ríe Marc.

—Eso —sigue Gina—, y, mira, mami, me ha hecho un tatu como el vuestro.

Se gira y me enseña el brazo. Lo lleva todo dibujado con la misma enredadera de rosas y espinas que nosotros. Enroscada en la enredadera hay una serpiente muy graciosa, como de dibujo animado, y con cara simpática.

—¿Y la serpiente? —le pregunto a Gina—. Eso no lo tenemos nosotros…

—No, es mi *horcóscopo* chino, soy serpiente, ¿lo sabías? —Niego con la cabeza—. Nosotros tampoco, lo hemos buscado en *intelnet*, ¿tú sabes lo que es *intelnet*? —Asiento con la cabeza riéndome—. Pues eso, que Marc tiene un ordenador con un *intelnet* dentro, y hemos buscado cuál era mi *horcóscopo* chino para dibujar ese *animale*, porque como él es mono y tiene en su tatu unos monos muy chulis dándose un besito, yo también quería *il mio animale*. ¿Tú qué *animale sei*, mami?

—Creo que mono también —respondo.

—Qué suerte, te valen los de Marc…

—Pues a lo mejor —le digo—, ya veremos. Vete a la cocina a ver si Estrella necesita ayuda,

ahora vamos nosotros.

—Vale, mami —dice y sale corriendo por la puerta.

Marc está sentado en la cama con la espalda apoyada en la pared y mirando hacia la ventana. Voy hasta allí y me siento a su lado. No se gira a mirarme.

—Te tatuaste los monos —susurro.

—Sí. Ríete de mí si quieres, me lo merezco.

—Eh —le doy un golpe en el brazo para que me mire—, no me río.

—Ya, bueno, podrías perfectamente.

—Pues no, no me río… ¿Cuándo te lo hiciste?

—Al año de que te fueras, más o menos, en mi cumpleaños, estaba muy borracho… Quería tener un recuerdo para siempre de aquel mes de agosto…

—Bueno —le digo—, yo también tengo un recuerdo para siempre de aquel mes de agosto…

—¿Sí? ¿El qué?

—Tu hija, gilipollas —susurro mientras me río.

—Claro —se ríe sin ganas.

—¿Me los enseñarás algún día?

—Claro, algún día… Por cierto —se mueve un poco y saca su cartera del bolsillo trasero del pantalón—, toma, he pensado que molaría que las guardaras para cuando sea mayor.

Saca de la cartera las fotos que se han hecho en el fotomatón y me las da. Son cuatro fotos diferentes y en cada una de ellas ponen una cara distinta haciendo el payaso, son muy graciosas.

—¡Qué chulas! —le digo—, pero puedes guardarlas tú.

—Prefiero que las guardes tú —responde muy serio.

—¿Por qué? —me río—. ¿Qué más da?

—Por si acaso.

—Por si acaso ¿qué? —le pregunto sin entender a qué se refiere.

—Por si acaso, guárdalas tú y ya está. —Vuelve a mirar hacia la ventana.

—Eh —giro su cara hacia mí—, mírame, por si acaso ¿qué?

—Por si acaso vuelves a desaparecer sin avisar.

Nos quedamos un momento los dos en silencio.

—Eso no va a pasar —digo por fin.

—Ya, bueno, para eso están los «por si acaso».

—No me voy a volver a ir, de verdad. Créeme —le aseguro con toda la sinceridad del mundo.

—Lo siento, no me fío.

DOCE

DE COMPRAS

Marc y yo apenas hablamos durante la comida. Pero ni se nota, Estrella y Gina hablan por los cuatro. Estrella le cuenta a Gina las gamberradas que hacía yo de pequeña y las dos se ríen.

—Greta, ¿qué vas a hacer esta tarde? —me pregunta Estrella.

—Nada especial —contesto—, descansar, supongo, para lo de esta noche. Ya no estoy acostumbrada a salir de fiesta —me río.

—Deberías ir a comprar la silla para el coche.

—Pfff, qué pereza, ya hemos ido de compras esta mañana, no sé si me veo capaz de pasar la tarde también en un centro comercial… Creo que mejor otro día.

—Pero es que mañana os vais tres días a la despedida de Samu…

—Bueno, pues a la vuelta —sugiero despreocupada—. No hay prisa.

—Ya, pero vas a dejar a Gina tres días aquí… ¿Y si nos apetece ir a algún sitio? Al cine, al zoo, a la feria…

—Sí, mami —pide Gina—, quiero ir a *tutti* esos sitios.

—Está bien —consiento agobiada ante la idea—, esta tarde voy; y aprovecharé y le compro algo de ropa, así me ahorro otro viajecito al centro comercial… ¿Alguno me deja su coche? —les pregunto a Estrella y a Marc, que no ha abierto la boca en toda la comida.

—Te llevo yo si quieres —responde Marc con indiferencia—, así te ayudo a cargar con la silla o con lo que sea.

—Claro, gracias.

No dice nada más. Terminamos de comer y se levanta.

—Estaré en mi habitación dibujando un rato, avísame cuando quieras que nos vayamos —me dice.

—Claro —contesto.

Veo que Estrella y Gina también tienen planes. Están sacando un arsenal de pintauñas y parece que se disponen a probarlos todos.

—¿Y eso? —les pregunto muerta de risa solo de imaginarme la que pueden liar las dos.

—Gina me va a ayudar a ponerme guapa para mi gran noche —Estrella me guiña un ojo—. Y tú, molaría que no te fueras tarde, no quiero que llegues a las mil y vayamos de culo, que la cena es a las nueve.

—Vale, ahora mismo nos vamos.

Llego a mi habitación y encuentro junto al armario las cajas que Marc me ha guardado durante estos años. Paso a su habitación. Está dibujando, tal como ha dicho que iba a hacer. No se gira cuando me oye entrar. Me acerco hasta él y le pongo una mano en el hombro.

—Gracias por las cajas.

Se empuja en la mesa para tirar la silla hacia atrás, me pasa un brazo por la cintura y me sienta encima de él. Apoya la frente en mi hombro y me abraza.

—Qué mal lo hicimos todo —susurra tras un momento de silencio.

—Sí. —Le paso una mano por el pelo y le doy un beso en la cabeza—. Pero ya está hecho. Eso no lo podemos cambiar.

—Lo sé —suspira—. Quiero enfadarme contigo, quiero odiarte como hasta ayer odiaba a Piero.

—Pobre Piero —sonrío—. A mí ódiame si quieres, estás en tu derecho…

—No puedo. —Levanta la cabeza y me mira—. Lo haría todo más fácil, pero no puedo.

Estamos muy cerca, demasiado. Nuestra distancia de seguridad es de dos metros mínimo, no de veinte centímetros. Quiero besarle, ahora mismo es lo que más quiero, pero tengo que pensar con la cabeza. No he vuelto para esto, no nos haría bien a ninguno, solo lo haría todo más complicado… Tiene su vida, tiene su novia, es feliz, no puedo quitarle eso también.

Nos miramos, juraría que él está pensando lo mismo. La vibración de su móvil sobre la mesa me da un susto que casi se me para el corazón. Él se ríe y estira un brazo para alcanzarlo. Veo el nombre de Marta en la pantalla, él rechaza la llamada, vuelve a dejar el teléfono donde estaba y pone otra vez su mano en mi cintura.

—¿No contestas? —le pregunto.

—Paso.

—Si es porque estoy aquí, no te preocupes. Me voy a mi habitación y le devuelves la llamada.

—No es por eso. Tiene ganas de discutir desde anoche y no estoy de humor…

—¿Qué le has contado de mí? —le pregunto.

—Lo justo, que eras parte de la familia y de la pandilla. Poco más. He intentado evitar el tema todo lo que ha sido posible. Bueno, y lo de los armarios, claro, porque lo vio…

—Y ¿qué dijo de eso? —pregunto intentando no reírme.

—Que le parecía una aberración —sonríe.

—Pues Estrella estaba sembrada esta mañana, le ha dicho que éramos inseparables desde pequeños, que dormíamos casi todas las noches juntos hasta que me fui y alguna cosa más que no recuerdo, pero que intuyo que no le ha hecho ni puta gracia.

Se ríe. Qué guapo está cuando se ríe.

—¿Te hace gracia?

—Qué más da. —Encoge los hombros—. Es la verdad.

—Ya, bueno, pero igual por eso tienes movida…

—La voy a tener igual cuando contemos lo de la niña…

—¿Lo vamos a contar? —pregunto sorprendida.

—Claro —asiente.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿No quieres pensarlo un poco más?

—No. —Niega con la cabeza.

—Pero si no has pasado casi tiempo con ella, es pronto para tomar una decisión… Prácticamente te acabas de enterar…

—No —me asegura—, sería pronto si lo hiciera por mí, tendría que pensarlo más. Pero esto no lo hago por mí, lo hacemos por ella.

—¿Por ella? Ella está bien, es feliz.

—Ahora, pero tiene que ser muy chungo crecer sin saber quién es tu padre. Mira a Samu, por ejemplo, está claro que tiene alguna tara, y es posible que sea por eso… —se ríe.

—Pobre Samu —me río yo también mientras le doy una palmada en el brazo.

—No quiero que cuando Gina sea mayor piense que su padre no quiso conocerla, o que piense que su madre era una golfa que no sabía ni quién era su padre —se vuelve a reír y yo le doy otra palmada en el brazo poniendo cara de ofendida—. No vamos a hacerle crecer con eso para ahorrarnos una bronca, una situación incómoda o un drama familiar, seríamos muy egoístas. Prefiero que sepa que sus padres se querían mucho, pero eran unos críos y no supieron hacer las cosas mejor.

—Joder, vale, tienes razón, no lo había pensado así…

—Ya veo —se ríe.

—Entonces —respiro hondo—, está decidido, lo hacemos, lo decimos… Uf, qué difícil —me sale una risita nerviosa.

—Sí. —Levanta la vista hacia el techo—. La putada es que vayamos a tirar de la manta ahora, y no hace cuatro años… Las cosas habrían sido muy diferentes.

—Vale, ya está hecho, no le demos más vueltas… No sabemos qué habría pasado, lo mismo hubiera sido peor… Seguramente nos habríamos hecho mucho daño…

—Nos hicimos mucho daño igual —asegura.

—Pues más todavía. Nos habríamos jodido la vida, seríamos dos infelices…

—Nunca lo sabremos.

—Sí, lo sabemos. Si lo piensas, verás que tengo razón. Bueno, y ¿qué decimos? ¿Que fue una noche loca de borrachera? ¿O que estuvimos casi un año…? No sé terminar esa frase —me río —, nunca le pusimos nombre.

—Ya —se ríe él también, aunque es una risa triste—, éramos muy gilipollas. Bueno, tampoco hay prisa, antes de la boda no vamos a decir nada, demasiadas emociones. Tenemos tiempo de pensar cómo y cuándo.

—Vale, después de la boda. Lo pensamos con calma y decidimos la mejor manera de decirlo.

—¿Hay alguna buena? —sonríe.

—No se me ocurre.

—Venga, vamos a comprar la silla. —Me da una palmada en la pierna para que me levante.

Me pongo de pie y voy hasta la puerta de su habitación.

—Venga, vamos.

—¿No te vas a cambiar? ¿Para eso te he bajado las cajas?

—No me apetece empezar a buscar ahora qué ponerme y probarme a ver qué me viene y qué no, cuando volvamos lo miro… y rezaré para tener algo que ponerme para esta noche, o tendré que irme a la despedida de tu hermana en modo *hippie* —me río.

—Mejor en modo *hippie* a la de mi hermana que a la de la tuya —se ríe también mientras se levanta y coge su cartera y las llaves del coche.

—Pero es que mi hermana también estará esta noche. —Hago una mueca.

—Hostia, cierto. —Se guarda la cartera y el móvil en los bolsillos—. Venga, pues si ya estás, vámonos.

Llegamos al coche y voy hacia la puerta del conductor, como siempre.

—No —sonríe—. Te llevo yo.

—La costumbre —me río—, no me acordaba de que ahora conduces.

Los dos subimos al coche. Es muy raro estar en su coche en el asiento del copiloto y que vaya él conduciendo.

—Qué raro ir en este coche en este asiento.

—Es verdad, nunca te habías sentado ahí, ¿no?

—Con el coche en marcha, no —aseguro con una risita.

—Y con el coche parado ¿sí? —pregunta.

—Alguna vez, en algún que otro *parking* —me río y le doy una palmada en el brazo—. Pero mejor olvidar eso…

—Sí —aguanta la risa y me mira de reojo—, mejor no pensar en eso…

Llegamos al centro comercial y vamos directos a una tienda de cosas para niños y bebés. Echamos un vistazo a las sillas de coche y, cuando llevamos un rato mareados sin saber lo que buscamos, pedimos ayuda a una de las chicas de la tienda para que nos oriente un poco. Nos empieza a explicar las diferencias y nos intenta vender la más cara de todas. Se marcha un momento a atender a una pareja y nos deja solos.

—Claramente esa. —Marc señala la que nos intentaba vender la dependienta.

—Claramente nos quiere colar la más cara —aseguro—. Esta otra es igual y vale poco más de la mitad.

—Pero ha dicho que esta es más segura.

—Pero son iguales, ¿no lo ves?

—Bueno, pueden parecer iguales, pero la chica ha dicho que esta es mejor —insiste muy convencido.

—Porque se llevará más comisión —sugiero.

—O porque estará hecha con materiales de más calidad.

—No lo sabemos. Paso de pagar el doble por lo mismo —me pongo seria.

—No la vas a pagar tú. La voy a pagar yo.

—Eso no es necesario —me río—, no te he dicho que vinieras para que pagaras tú.

—Para empezar, no me has dicho que viniera, lo he dicho yo —aclara—. Y sé que no es necesario, pero quiero comprarle yo la silla.

—¿Por qué? —me río—. No hace falta, de verdad.

—Porque hasta ahora lo has comprado todo tú, pero también es hija mía, tendré que pagar algo, ¿no?

—Bien, vale, no sé, ni me lo había planteado… Cómprala tú si quieres, no vamos a discutir por eso…

—Vale, pues no hay nada que discutir. La compro yo y compro la que nos han dicho que es la mejor.

—Como quieras —me río—, tú mismo.

Vamos a la caja, pagamos la silla y pedimos que la manden a la consigna del *parking*, para recogerla cuando nos vayamos.

—¿Qué más has dicho que necesitaba? ¿Ropa?

—Sí, ropa de niña normal, que no parezca una mística en medio de la civilización —me río.

—Vale, pues vamos a ver lo que necesita y lo pago yo también.

—De verdad que no hace falta, puedo pagar la ropa de mi hija, no estoy en la indigencia…

—¿Vamos a discutir otra vez por lo mismo? —me pregunta muy serio.

—No, no, no discutimos. Cómprale lo que quieras.

—No, yo no sé lo que necesita. Tú lo eliges y yo lo pago.

—Bien —acepto y dejo el tema.

Comenzamos a caminar por los pasillos del centro comercial en busca de alguna tienda de ropa de niños.

—Ay, vamos a entrar aquí —le pido al pasar por delante de una tienda de telefonía—, que Piero me ha pedido que le compre un móvil con número español, seguramente para poder mandarle mensajitos a Loui de «yo te quiero más», «no, yo más a ti»…

Entramos y me pongo a echar un vistazo. No entiendo ni lo que estoy mirando, no sé nada de teléfonos, hace cuatro años que no tengo móvil.

—¿Tú controlas de móviles? —le pregunto a Marc—. ¿Cuál le pillo?

—No controlo mucho, pero yo cogería ese —sugiere—. Es buena marca y es pequeño, es cómodo para llevar en el bolsillo. Estos de aquí vienen ya con tarjeta, puedes ver el número en la pegatina que llevan fuera.

—Vale, pues decidido. —Cojo uno de esos y voy hacia la caja para pagarlo.

—¿No coges otro para ti? —pregunta.

—No, yo no necesito. Ya me he acostumbrado a estar sin móvil.

—Pero tienes una hija, deberías poder estar localizable…

—Siempre estoy localizable, siempre estoy con alguien que tiene móvil —respondo con indiferencia.

—¿Por qué no quieres comprarte uno?

—Porque me he acostumbrado a no tenerlo, no le des más importancia.

—Si de verdad vas a buscar piso y trabajo necesitarás uno —insiste.

—Con el de Piero y el fijo de casa es suficiente, no hace falta otro móvil.

—Ya —afirma muy serio—, sobre todo si no piensas quedarte mucho tiempo.

—¿En serio? ¿Por eso crees que no quiero móvil? —Vuelvo a donde he cogido el de Piero y cojo otro igual—. ¿Te quedas más tranquilo así?

—Un poco —responde él todavía serio.

Pago los dos teléfonos y salimos de la tienda. Llegamos a una de ropa de niños que no parece muy cara y cojo lo básico que le puede hacer falta a Gina. A él le parece poco y coge muchas más cosas. No discuto, que compre lo que quiera. Lo paga todo él y, cuando estamos saliendo de la tienda, le vuelve a sonar el móvil.

—Joder —murmura—, es la quinta llamada. Tengo que contestar.

—Claro, te espero ahí. —Señalo una cafetería que hay justo al lado de donde estamos.

Él contesta el teléfono. Le dejo intimidad. Voy hasta el local y me siento en una mesa. Saco mi nuevo teléfono para activar la tarjeta y esas cosas. No oigo lo que dice hasta que empieza a levantar la voz.

—… No me jodas… Eso no es negociable… Porque es mi mejor amigo desde los seis años… Sí, bueno, o uno de los mejores, llámalo como quieras… No hay nada que discutir… No, no es una opción y punto… Me da igual… Deja de controlarme… No puedes controlarlo todo… Piensa lo que quieras, me da igual… No me hagas elegir entre tú y él, no te iba a gustar… ¡Él no me hace elegir! ¡No me dice lo que tengo que hacer!… No, ella no tiene nada que ver… Porque sí y punto… Déjate de mierdas… ¡Que te dejes de mierdas! ¡Estoy hasta las pelotas! —grita y lanza su teléfono con fuerza contra una columna del centro comercial.

Las piezas del teléfono salen volando por los aires por el impacto y se desparraman por el suelo. Él lo ignora y viene a sentarse frente a mí, muy serio. Apoya los codos en la mesa y se coge la cabeza con las manos.

—Toma, ¿quieres el mío? —le pregunto mientras deslizo mi teléfono nuevo por la mesa hasta que queda debajo de su cabeza y puede verlo. Él resopla, pero no dice nada.

Me levanto discretamente, recojo las piezas de su móvil y vuelvo a la mesa. Saco la tarjeta de entre la amalgama de plástico y metal y la dejo delante de él.

—Creo que es lo único que se puede salvar —le digo.

—Ya —murmura con una media sonrisa—, creo que este siroco me va a salir caro.

—Sé de una tienda donde venden unos teléfonos de buena marca y pequeños para llevar en el bolsillo —digo intentando relajar un poco el ambiente.

—Ya —se ríe sin muchas ganas—, voy a tener que ir a por uno. Yo sí necesito el móvil, para el curro, sobre todo.

—Claro —le digo—. Oye, no quiero causar problemas, no sé si tenía algo que ver conmigo o con la despedida, pero puedo no ir, no pasa nada…

—No es solo eso —asegura—, solo es una excusa más. No se lleva bien con Samu, se caen fatal. No le gusta que salga con ellos.

No le voy a decir lo que opino de eso, no es asunto mío.

—Ya —digo como único comentario.

—Si Samu te quiere en su despedida, no es asunto de ella… No vas a dejar de ir por eso. Ella no pinta nada ahí, está fuera de su control, por mucho que le joda. Además, que, a partir del sábado que viene, Samu va a ser oficialmente parte de mi familia…

—Ya, no sé, yo no quiero causar problemas… Pero creo que, si tú eres feliz, tanto ella como Samu deberían respetarlo…

—¡¿Feliz?! —grita mirándome con ojos rabiosos—. ¡Joder, Greta! ¡¿En serio!? ¡¿Te parezco feliz?!

Tantos años queriendo que me llamara Greta y ahora me ha sonado fatal.

—Yo qué sé, ayer me lo pareció…

—Hasta ayer estaba tranquilo, pero no feliz… Hace años que no estoy feliz… ¡Parece que no tengas ni puta idea de lo que hiciste!

—Lo siento —susurro y agacho la cabeza para que no me vea llorar, no quiero que piense que estoy haciendo drama.

—Voy a comprarme un teléfono y a fumarme un cigarro. Ahora vengo.

—Vale —asiento sin levantar la cabeza.

Se marcha y yo me quedo sola en silencio. Viene el camarero y le pido un café. Lo trae al momento, junto con una caja de pañuelos que deja discretamente a mi lado.

Marc vuelve al poco rato, cuando ya me he calmado, y se pide un café también.

—Perdona por el grito de antes —se disculpa tras un momento de silencio—. Los dos hicimos cosas mal, ninguno está libre de culpa.

—Lo sé.

—Bueno, cambiemos de tema —sugiere mientras saca su teléfono nuevo de la caja para ponerle la tarjeta—, que remover el pasado no nos hace bien… ¿Vas a buscar curro entonces?

—Claro, tengo que trabajar. Piero va a buscar trabajo también, pero no quiero vivir de él, tengo que hacer algo yo.

—Normal, y ¿de qué vas a buscar?

—Pues no lo sé, la verdad, no tengo nada. No sé si hablar con Bruno a ver si puedo volver al bar, parece lo más fácil…

—Ya, lo más fácil, pero igual no lo mejor… Ayer dijiste que no querías ser camarera el resto de tu vida.

—Y no quiero, pero no sé hacer mucho más…

—¿Quieres que hable con los socios de la productora para ver si hay algún puesto de becaria en el que puedas entrar? Pagan una mierda, pero algo es algo, y ya sería meter cabeza en otro mundillo…

—No sé si me veo ahí, ¿haciendo qué? No sé si valgo para eso…

—Para eso están los becarios, para aprender. Solo era una idea, si no quieres, nada.

—No, no es que no quiera, es que no sé si valgo. No quiero que tengas problemas por enchufar a una inútil.

—No te preocupes por eso —se ríe—, no serías la becaria más inútil ni de coña.

—¿Sería una de tus becarias? ¿Serías mi jefe? —intento no reírme ante la idea.

—Nooo, en mi equipo no encajarías, mis becarios son ilustradores o animadores, no te veo ahí —sonríe—, pero puedo hablar con Salva, que es el que se encarga de contratar a la gente, seguro que encajas en algún sitio. No solo hacemos la serie de dibujos animados, hacemos más programas, en alguno podrías entrar casi seguro, si quieres le llamo y le pregunto.

—Pues sería genial, si a ti no te importa que curremos en el mismo sitio…

—Lo he propuesto yo, ya depende de si quieres o no.

—Sí, sí, claro que quiero, necesito trabajar y algo así parece interesante.

—Venga, pues le llamo, así pruebo a ver qué tal mi teléfono nuevo. Suerte que tenía los contactos en la tarjeta y no en el teléfono —se ríe.

—Vale, gracias.

Busca el contacto y llama.

—Salva, ¿qué pasa, tío? Sí, ya sé que estamos de puente, pero te quería comentar una cosa… Oye, ¿tenemos algún puesto de becaria libre ahora mismo?… Para una amiga… No, no he roto con Marta, cabrón… —se ríe—, una amiga de toda la vida… Sí, no sé, igual de redactora, estudiaba periodismo conmigo… Pues porque ya éramos amigos de antes, capullo… No, no ha terminado la carrera, se quedó en segundo… Hostia, pues en producción igual la veo más incluso… Sí, sí, es buena consiguiendo cosas —me mira fijamente—, sabe cómo hacer que la gente haga lo que ella quiere —suelta una carcajada—. Qué cerdo eres, pero sí, está muy buena… —vuelve a mirarme fijamente y sonríe, yo noto que me pongo roja—. Vale, pues el miércoles la llevo para que la conozcas… Greta… Guay, tío, gracias… Venga, el miércoles nos vemos.

Cuelga el teléfono todavía sonriendo.

—¿Por qué le has dicho que estoy muy buena? Al margen de lo asqueroso que me parece que te pregunte eso para contratar a alguien, le has creado una falsa expectativa —le digo muy seria.

—Bueno, me lo ha preguntado como colega, está un poco salido —se ríe—, pero es buena gente… y ya te digo yo que no se va a decepcionar. Bueno, que en redacción dice que no hay vacante ahora mismo, pero en producción sí, el miércoles te vienes conmigo y te lo explica.

—Pero yo no sé nada de producción audiovisual, bueno, ni de nada.

—No te preocupes, se te dará bien. Se trata de organizar y conseguir cosas, y también manejar presupuestos gastándote el mínimo dinero posible… En eso eres experta —se ríe.

—Sí —confirmo con una risita—, supongo que eso puedo hacerlo. Vale, voy contigo el miércoles a ver si hay suerte.

—No he metido a nadie en la empresa todavía, no creo que pongan problemas.

—Pues genial entonces —digo—. Tendré que ir esta semana a arreglar los papeles de Gina también, para poder buscarle un colegio… Piden para todo el libro de familia y solo tengo el italiano, necesitaré el de aquí…

—Eso mejor la semana siguiente, ¿no?

—¿Por qué? Cuanto antes, mejor…

—Para ponerle también mi apellido… Bueno, si quieres… Si vas a querer que siga llevando solo los tuyos, no digo nada —agacha la cabeza.

—No, no, solo es que no lo había pensado. Si quieres que lleve tu apellido lo cambiamos, claro. Eres su padre. Te vienes conmigo al registro y ya está. No creo que haya problema. Por mí, mejor. Entre mi cara de cría y que llevamos los mismos apellidos, más de una vez han pensado que es mi hermana en lugar de mi hija —me río—. Pero no es solo por eso, mejor para ella llevar también el apellido de su padre.

—Vale, pues decidido entonces, iré contigo y la reconozco oficialmente —confirma y luego se frota la cara.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunto—. ¿Te estás agobiando? No hay por qué correr tanto, no hay prisa, ya lo sabes, podemos esperar si necesitas pensarlo más.

—No, eso ya está decidido, ya te he dicho antes lo que pienso… Es solo que todavía es un poco, no sé, abrumador, me cuesta hacerme a la idea. Y, por otra parte, haber pasado la mañana con ella me ha hecho darme cuenta de todo lo que me he perdido. Tiene tres años y medio…

—No te preocupes por eso, te has perdido lo peor: las noches sin dormir, los pañales llenos de mierda, los llantos inconsolables sin saber por qué…

—Pero aun así… Bueno, da igual. Lo hecho hecho está. No voy a darle más vueltas…

—Mejor, no le demos más vueltas… ¿Nos vamos? Como llegue muy tarde, Estrella me corta el cuello…

—Sí —se ríe—, vámonos, que esta noche tenéis planazo.

Recogemos la silla en la consigna del *parking* y vamos hasta el coche. Abre el maletero y se queda parado viendo lo que hay dentro. Está todo lleno de bolsas de supermercado con botellas de alcohol y cervezas.

—Joder, no me acordaba de esto —murmura.

—¿Y eso? —le pregunto.

—Lo de la despedida de Samu. Teníamos que habernos ido hoy.

—Ah, claro…

—Fui a comprarlo ayer en la hora de la comida. Estos eran mis planes de fin de semana y veinticuatro horas después, estoy comprando una silla para poder llevar a mi hija en el coche. Joder. Hace veinticuatro horas no tenía ninguna hija —dice y empieza a reírse.

Mierda. Es una risa nerviosa, no sé por dónde puede salir… Me quedo callada.

—Aún no llevas aquí un día y ya me has vuelto la vida del revés —dice todavía riéndose, yo sigo callada—. Joder, podías haberme dicho al menos que volvías, aunque me dijeras lo de la niña y lo de Piero cuando ya estuvieras aquí. Podías haberme preparado un poco, han sido demasiadas cosas de golpe… —añade aún con esa risa nerviosa.

—No me atreví —susurro—. No sabía cómo ibas a reaccionar si te llamaba después de cuatro años… Además, pensaba que te lo dirían Samu o Estrella.

—Pues les pareció muy gracioso que fuera una sorpresa… Qué par de gilipollas… —dice aún riéndose.

—Ya, lo siento. No quería que las cosas salieran así…

—Y ¿qué coño esperabas? —gruñe. Mierda, la risa nerviosa está dando paso al mosqueo.

—Estás enfadado.

—¡Pues claro que estoy mosqueado, joder!

—Antes en casa has dicho que no podías enfadarte…

—Pues sí que puedo, ¡claro que puedo! ¡Lo que pasa es que me da pánico mosquearme porque la última vez que me enfadé contigo desapareciste cuatro putos años!

—Ya sabes por qué fue —murmuro—, y no fue solo un mosqueo, me dijiste cosas horribles…

—¡No me dejaste disculparme!

—Eso no se arreglaba con una disculpa —me defiendo muy seria, pero en tono calmado—. Que me dijeras esas cosas tan horribles, simplemente que hubieras podido pensarlas… Tenía que alejarme de ti…

—¡No tienes ni puta idea, joder! —grita dándole un golpe a la parte superior del maletero y apoyando ahí las manos a continuación—. ¡Me has hecho creer una mentira durante cuatro años!

—Pensé que era lo mejor…

—¡La decisión no era solo tuya! —grita sin girarse a mirarme—. Hace un mes, cuando Loui nos enseñó las fotos de Sicilia —dice en un tono más calmado, pero apretando los dientes, aún está mosqueado—, deseé por un momento cambiarme por Piero… Deseé que lo dejaras y volvieras a casa, que volvieras conmigo, aunque fuera con la niña de otro… No se me pasó por la cabeza en ningún momento que la niña fuera mía y, aun así, quería que volvieras conmigo… ¡¿No te das cuenta de lo que me has hecho?! ¡¿No ves lo patético que soy?! ¡¿No ves que sí que llevo cuatro años esperándote como un perrito faldero?! —grita muy fuerte agarrándose al techo del coche.

—Eso no es cierto —le digo en tono calmado—. Tienes novia desde hace mucho…

—Sí, tengo novia —se ríe con una risa que da muy mal rollo—. Pero ¿la has visto? ¿La has visto bien? ¡¿Qué coño hago yo con una tía así?! —grita esta vez girándose a mirarme.

—Yo no lo sé, eso lo sabrás tú —digo en tono suave, quiero que se calme un poco.

—¡Pues te lo voy a decir! ¡El imbécil, eso es lo que hago! ¡Llevo un año y medio atrapado en una relación que está condenada al fracaso desde el minuto uno!

—Eso no es cosa mía —digo empezando a mosquearme yo también—. Eso ha sido decisión tuya. ¡No puedes culparme por eso también! ¡No puedes culparme a mí de todo!

Se sienta en el borde del maletero y se pone a llorar. Joder, ha pasado de la risa al enfado y de ahí al llanto en menos de cinco minutos. Le falta vomitar para hacer pleno.

Me coge la mano, tira de mí hasta que estoy justo delante de él, se abraza a mi cintura y apoya la frente en mi estómago.

—Ya lo sé, joder —susurra todavía llorando—. No te culpo de nada… Yo te quería de verdad. Te quería más de lo que he querido nunca a nadie…

—Yo no tenía forma de saber eso —respondo seria, pero en tono suave—. Nunca me lo dijiste.

—Ya lo sé, joder, nunca te lo dije… y me reí de ti cuando lo insinuaste tú. Fui un imbécil, te alejé de mí… Mandé a la mierda lo mejor que me había pasado nunca. Soy un puto gilipollas —se pone a llorar más fuerte—. Y me merezco que me trataras así. No me cambiaste por un tío mejor, huiste de mí. Preferías estar sola a estar conmigo, y no puedo culparte, ¿cómo ibas a querer estar conmigo? Te traté fatal, me porté como un imbécil…

—Bueno, ya está, eso no lo podemos cambiar —le paso las manos por el pelo—. Yo no te guardo rencor, y espero que tú puedas hacer lo mismo y podamos llevarnos bien. Por Gina. Ahora tenemos algo más que nos ata para siempre, no sería bueno para ninguno de los tres que hubiera mal rollo entre nosotros.

Me separo de su abrazo y me siento a su lado en el borde del maletero. Él se seca la cara con el dorso de la mano.

—Perdona —dice en un tono ya más calmado—. No quería ponerme así. Ya está. Dejemos el tema.

—Bien, mejor —asiento—. No nos hagamos más daño.

Empieza a reírse otra vez, la madre que lo parió…

—¿Sabes lo más gracioso de todo? —se ríe—. O lo más triste a lo mejor, no sé… Que en parte quiero enfadarme contigo, pero en realidad me alegro mucho de que hayas vuelto, y hasta me alegro de que la niña sea mía… Es patético, lo sé, debería ser un marrón, pero creo que me alegra más de lo que me mosquea —se ríe más fuerte—. No tiene sentido, pero es así…

—Estás como unas maracas —me río yo también.

—Culpa tuya —me pasa un brazo por encima de los hombros, me acerca a él y me da un beso fuerte en la mejilla—. Señoras y señores, con todos ustedes, Greta Mur: volviéndome loco desde que nací.

Nos reímos los dos, pero no decimos nada más.

TRECE

MENSAJES

Durante el camino de vuelta en coche no volvimos a mencionar el numerito del *parking*. Joder, se me fue mucho la olla, no quería haberle dicho todas esas cosas… Greta fue haciéndome preguntas sobre el curro, sobre la gente que trabajaba allí y sobre las cosas que hacían en producción. No dudo de que le interesara, pero seguramente intentaba llevar la conversación a una zona más segura.

Me sonó el móvil varias veces, un par de mensajes y una llamada que dejé sonar. Iba conduciendo, pero tampoco tenía prisa por contestar, ya me imaginaba quién era.

Llegamos a casa y dejé la silla en la entrada, para que pudiera usarla quien la necesitara. Nos asomamos al salón de casa de Greta. Estaban allí nuestras madres en el sofá grande con la niña jugando a algo. Se les caía la baba a las dos abuelas por igual, a la que sabía que era su nieta y a la que no.

—Igual no se lo toman tan mal como pensamos —le susurré a Greta al oído.

—Ya te digo —se rio—. Mejor así.

Entramos en el salón para pasar un rato con ellas. Greta se sentó al lado de su madre y yo al lado de ella. Igual debería haber intentado dejar un poco de espacio entre nosotros, pero no me nacía así, solo quería estar a su lado, aún me costaba creer que fuera real.

—¿Qué tal? —preguntó Greta—. ¿Cómo ha ido?

—Fenomenal —aseguró mi madre—. Esta niña es un encanto.

—Sí —confirmó Maite con una enorme sonrisa—, nos tiene enamoradas. Te vamos a perdonar que hayas tardado tanto en volver… Pero solo si no te vuelves a ir…

—No me vuelvo a ir, mami. Me quedo, lo prometo —dijo Greta pasándole un brazo por encima de los hombros a su madre y, con el que le quedaba libre, cogió la mía y la apretó fuerte.

Sonó el timbre de casa y me levanté yo a abrir. Eran Loui y Piero, que ya estaban de vuelta después de pasar todo el día por ahí. Pasaron al salón con nosotros.

—Luis, cariño, cuánto tiempo sin verte —dijo Maite.

—Hola, Maite, hola, Reyes, ¿qué tal?

—¿Cómo se ha portado la *ragazza più bella del mondo*? —preguntó Piero.

—Me he portado *molto bene* —aseguró Gina cerrando los ojos con un gesto muy de Greta.

—Luis, ¿te quedas a cenar? —preguntó mi madre.

—Claro, gracias, Reyes.

—Esta noche cocino yo —Piero levantó unas bolsas que llevaba en la mano—. Os voy a preparar unos platos típicos sicilianos… Nada de pasta ni *pizza*, que en Italia sabemos cocinar más cosas, aunque no lo creáis. Pero necesitaré ayuda en la cocina de mi ayudante preferida…

—¡A cocinar! —gritó Gina saltando del sofá.

—¿Qué vas a cocinar? ¿Podemos ver cómo lo haces? —preguntó mi madre.

—Claro —confirmó Piero.

—Estupendo —se apuntó Maite—, igual cogemos ideas para incorporar al *catering*. Siempre vienen bien recetas nuevas.

Salieron todos del salón menos Loui.

—Llevas la camisa arrugada —se rio Greta—, y Piero va igual… ¿Qué habéis estado haciendo, guarretes?

—Imagínatelo. —Loui se puso rojo. Greta y yo nos reímos.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente, cabrón.

—Claro —contestó—. ¿Quieres que vayamos después de cenar a tomar una copa?

—Vale.

—¿Le digo a Piero que venga o prefieres que vayamos solos?

—Me da igual, que venga si quieres, pero no empecéis a enrollaros en mi puta cara y me tengáis toda la noche de farol.

—Lo intentaremos —se rio Loui.

Hacía mucho que no lo veía tan feliz y tan de buen rollo. Me alegraba mucho por él, Piero parecía un buen tipo.

—Greta, te veo muy relajada —Estrella apareció por la puerta en ese momento—, y tenemos que irnos enseguida.

—Sí, perdona, voy a mi habitación a ver si hay algo de mi ropa antigua que me venga.

—¿Aún no sabes qué te vas a poner? —Entró en pánico mi hermana.

—Tranquila, algo encuentro seguro, ya sabes que no soy muy exigente con la ropa —Greta se puso de pie.

—Bueno, si no encuentras nada, te presto yo algo, pero espabila.

—Voy, voy —dijo Greta antes de salir por la puerta.

—¿Dónde vais esta noche? ¿Cuál es el plan? —le pregunté a mi hermana.

—Pues ni idea, yo soy la novia, voy donde me lleven —contestó con una sonrisa—. Lo han organizado todo mis amigas. Solo sé que la cena es en nuestro bar de siempre, a partir de ahí, ni idea.

—¿Va Olga? —pregunté fingiendo indiferencia.

—No —se rio—. Vanesa y ella están dando la vuelta al mundo, ahora mismo están en algún país de Sudamérica. No vendrá a la boda tampoco. Tranquilo, Marta no se va a enterar de tu desliz.

—Bueno, aún no la conocía, tampoco podría enfadarse. —En realidad, no era la reacción de Marta la que me preocupaba.

—Como poder, podría —se rio Estrella—, ¡menuda es ella!

—Cierto —me reí también.

—Bueno, vamos a la cocina a ver qué se cuece.

Fuimos todos para allá y Loui le dijo a Piero lo de salir a tomar una copa después. Le pareció una buena idea.

—Entonces voy a cambiarme —sugirió Piero.

—Muy bien —dijo Loui—, pues préstame una camisa y me cambio yo también, que vamos los dos hechos un asco.

Eran unos exagerados, solo iban un poco arrugados. Piero ajustó los fogones y salieron de la cocina para ir a cambiarse prometiendo volver antes de que se quemara la cena.

Aproveché para ir a mi habitación a darme una ducha y revisar todos los mensajes que me

habían llegado.

Tras una ducha rápida, comprobé que todos los mensajes y las llamadas perdidas eran de Marta. Cinco mensajes de mosqueo y reproches. Le contesté con un único mensaje.

MARC

Después de la última conversación, no estoy de humor para hablar contigo. Hablaremos cuando vuelva de la despedida de Samu.

Me contestó al momento.

MARTA

No me puedo creer que todavía pienses ir. Creo haberte dejado claro lo que pienso.

Joder, qué coñazo.

MARC

Lo has dejado clarísimo, y creo que yo también. No hay más que hablar. No pienso contestarte a ningún mensaje más. Hablamos a la vuelta. No me vas a joder la despedida.

MARTA

Como te atrevas a ir a la despedida a pesar de todo, vas a tener un problema.

Resoplé y me guardé el móvil en el bolsillo. Iba a cumplir lo de no contestarle a ningún mensaje más. Si le seguía dando bola, podía pasarse toda la noche así.

Volví a la cocina. Solo estaban Estrella y Gina en la mesa dibujando. Estrella estaba arreglada para salir. La cena ya estaba preparada, olía superbién.

—Marc —pidió Estrella al verme aparecer por la puerta—, ¿puedes traernos un paquete de folios? Tanto arte nos está dejando sin existencias. —Me guiñó un ojo.

—Claro, ahora os lo traigo.

Fui hasta el despacho de mi padre y encontré la luz encendida y el armario abierto. Dentro había un fantasma del pasado. Greta, con el vestido negro que le había visto tantas veces y sus botas militares, buscaba algo allí dentro, de espaldas a la puerta.

—No esperaba encontrarte aquí. —Apoyé las manos a los lados de la puerta.

—Joder, ¡qué susto! —Se giró sobresaltada.

—¿No había otro rincón en toda la casa para encontrarnos? —sonreí—. ¿Crees que el destino

intenta decirnos algo?

—Sí —se rio ella—, intenta decirnos que Piero necesita sobres grandes y sellos para mandar unos documentos mañana sin falta a Italia.

—Pues cuántas molestias para un mensaje tan cutre. —La miré de arriba abajo—. Vuelves a ser la Greta de siempre.

—¿Tú crees? —Se miró ella misma—. Me siento como si fuera disfrazada.

—Disfrazada ibas con esas pintas de mística que no te pegaban nada. Ahora eres tú otra vez.

—No sé yo… Igual tengo que encontrar un punto medio entre lo *hippie* y lo *grunge* —se rio.

—A mí me gustas así —aseguré con esa sonrisa que sabía que tanto le gustaba.

—No me mires así —intentó ponerse seria y me señaló con el dedo—, que tienes mucho peligro. Y ayúdame a encontrar los sellos, los sobres ya los tengo.

—Como quieras —apreté los labios para no reírme y entré al armario con ella. Me quedé pegado a su espalda—. ¿Por dónde busco? —le susurré al oído.

—Joder —respiró hondo—, mala idea, igual mejor los busco yo sola.

—¿Seguro? Ya que estoy aquí, puedo ayudarte… ¿Has mirado en esas cajas de arriba? —Me estiré para alcanzarlas y pegué más mi cuerpo al suyo con el movimiento.

Dejé la caja en un estante que nos quedaba a la altura del pecho y la abrí usando las dos manos. Mis brazos la rodeaban, era inevitable.

—Joder, Marc —murmuró—. No cabemos aquí los dos…

—Cabemos de sobra, nos hemos movido bastante más aquí dentro —sonreí—. Aquí no están, a ver en la de al lado.

Repetí el movimiento de coger una caja de arriba, bajarla y abrirla. Ella estaba muy quieta, pero la oía respirar hondo.

—¡Aquí están! —dijo excesivamente emocionada por el hallazgo—. Voy a llevárselos a Piero.

—Vale —salí del armario y cogí el paquete de folios que me había pedido Estrella—. Llévale de paso esto a mi hermana. Yo voy un momento a mi cuarto, a ver si me recupero de la emoción de haberme encontrado aquí contigo.

—Sigues igual de cerdo que siempre —se rio y me dio una palmada en el brazo.

—Hay cosas que no cambian —confirmé con un movimiento rápido de cejas y una sonrisa antes de darme la vuelta para irme a mi habitación.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Llego a la cocina más sofocada de lo que me gustaría. Decir «sofocada» es un signo de madurez, aunque el concepto siga siendo el de «llevo un calentón que no me aguanto». Intento no pensar en el encuentro fugaz en el armario, pero mi mente me traiciona, como siempre. Están todos en la cocina menos Marc. Les doy a Estrella y a Piero lo que nos han pedido y me siento en una de las sillas de la cocina intentando pensar en otra cosa.

—Greta, no te pongas muy cómoda, que nos vamos ya mismo —dice Estrella.

—Cuando quieras —confirmo—. Yo ya estoy lista.

Y deseando salir de aquí y no volver a cruzarme con Marc esta noche, pienso para mis

adentros.

—¿Quiénes vais a la despedida? —pregunta Reyes.

—Mis amigas del colegio, las de la facultad, un par de compañeras de trabajo y, bueno, Emma y Marta, claro.

—¿Marta también va? —pregunta mi madre sorprendida.

—Claro —dice Estrella—. ¿Por qué no iba a venir?

—No sé, no me imagino a esa chica de fiesta… Cuando salís por ahí, ¿se quita las bragas de vinagre que parece que lleve siempre puestas o sigue en su línea?

—¡Mamá! —le grito escandalizada.

Reyes y Estrella sueltan una carcajada. Me da que no es la primera vez que hablan de ella las tres.

—No sé —dice Estrella aún riéndose—. De fiesta aún no he ido con ella. Mañana te cuento.

Las tres intentan controlar la risa, pero no pueden y nos contagian a Piero, a Loui y a mí.

—Una imagen muy gráfica, Maite —interrumpe Marc desde la puerta muy serio.

Todos dejamos de reírnos al momento.

—Ay, cariño, perdona, no quería ofender. Me ha salido así —se disculpa mi madre un poco agobiada.

—Ya me imagino, aunque parece que no es la primera vez que tenéis este tipo de conversación… Igual lo que no querías era que yo lo oyera, ¿no? —se acerca a ella y le da un beso en la mejilla.

—Ha sido un comentario de mal gusto, perdona, cielo —mi madre le pone una mano en la cara a Marc.

—No, no, está bien saber vuestra opinión —asegura Marc mientras se apoya en la encimera y cruza los brazos—. ¿Es algo general? ¿Tú también piensas así, mamá?

—Ay, cariño, no nos hagas caso, que estábamos de broma, y nos hemos tomado una copita de vino… —se disculpa Reyes también agobiada—. Si es una chica muy correcta y educada, pero igual un pelín, no sé, seria… Pero no es mala chica, no nos estamos metiendo con ella.

—Claro —asiente Marc—. Bueno, pues, ya que os interesa tanto, que sepáis que no, nunca se las quita, ni metafórica ni literalmente —intenta aguantar la risa.

Todos empezamos a reírnos otra vez al ver que se lo ha tomado bien. La risita de mi madre es un poco nerviosa. Marc le pasa un brazo por encima de los hombros y vuelve a darle un beso mientras se ríe. Nunca se han llevado mal, pero parece que en estos años han estrechado lazos, y a mí me alivia un poco saber que se tenían el uno al otro. Lo hice fatal con los dos.

—Tranquila, guapa, no me ha molestado —le asegura Marc a mi madre—. Sé perfectamente la impresión que da, pero ella no es así en realidad, vosotros solo conocéis su lado amable —añade con una carcajada. Todos nos enganchamos a reír más fuerte.

—Ay, hijo —dice Reyes secándose las lágrimas de la risa—, no nos lo tengas en cuenta… Es que me recuerda tanto a tu padre de joven… Que yo pensaba que con los años cambiaría, y lo hizo, pero no para mejor —le vuelve a dar un ataque de risa y nos contagia a todos otra vez.

—Joder, mamá —Marc se descojona—, si me lo pintas así, corto con ella ahora mismo.

—No nos hagas caso, cariño, tú sabrás lo que tienes que hacer, nosotras hablamos por no callar.

Marc me mira un momento y sonríe. Joder, que no me mire así o me voy a poner malísima otra vez, y ya se me estaba pasando el calentón…

—Bueno, Greta —Estrella tira de mí—. Vámonos, que ya vamos justas de tiempo y no quiero comprobar lo que ocurre si las bragas de vinagre se avinagran más por la espera.

—¿Qué es *bragas de vinagre*? —pregunta Gina a la vez que levanta la cabeza del dibujo que está haciendo.

—¿Ves, mamá? Ahora hay que tener cuidado con lo que se dice, que tenemos una menor —advierto a mi madre.

—Yo se lo explico —dice Piero antes de darme un beso en la mejilla—. Vete ya.

Le doy un beso rápido a Gina y me despido de todos con la mano mientras Estrella tira de mí hacia la puerta.

Estrella y Greta salieron por la puerta. Piero empezó a contarle a Gina una milonga edulcorada de la expresión que acababa de acuñar Maite, y le explicó que era algo que ella nunca debía decir. Me pregunté si alguna vez llegaría yo a tener una relación con Gina como la que tenía Piero o si ya sería demasiado tarde.

Loui y yo pusimos la mesa y nos sentamos todos a cenar. Mi padre tenía un caso fuera y no volvería hasta el día siguiente, siempre era agradable una velada sin él.

La cena que había hecho Piero estaba espectacular. Joder, este tío parecía saber de todo y todo lo hacía bien. Le pidieron que contara cosas de Sicilia y él empezó a relatar anécdotas de los tres allí. Gina hacía algún comentario si se acordaba de la historia de turno.

Me interesaban las historias, pero no podía dejar de pensar en Marta y en por qué coño no había roto con ella hacía un año, cuando cambié de curro. Desde entonces todo habían sido movidas chungas. De casa solo la tragaban mi padre y Emma, eso debería haberme dado pistas. Lo había ido dejando pasar y con la tontería llevaba ya meses así.

Y ahora Greta estaba de vuelta. Solo llevaba un día aquí, pero parecía que hiciera semanas que había vuelto. Me había dejado claro que no quería retomar lo que tuvimos, que no quería nada conmigo, pero me daba la impresión de que lo que decía y lo que pensaba no era lo mismo. Yo me había desahogado esa tarde con ella y prácticamente se me había ido el mosqueo. Había hecho un poco el ridículo, pero es que me volvía muy loco, para bien y para mal. Por otra parte, no se me iba el pánico a que pudiera volver a desaparecer sin avisar. Y luego estaba el breve encuentro en el armario, me había removido demasiadas cosas, y estaba seguro de que a ella también. No podía dejar de pensar en eso, lo que me llevaba sin remedio a recordar aquella primera noche en ese armario. Joder, podía revivir cada segundo como si hubiera sido ayer mismo.

Me llegó un mensaje al móvil. Me sentí tentado de ignorarlo, supuse que sería Marta con una nueva amenaza, pero decidí leerlo por si eran Samu o Chus ultimando lo de mañana. Era de un número que no tenía memorizado en la agenda.

DESCONOCIDO

Digo yo, que si el que quería que tuviera móvil eres tú, qué menos que tengas el número. Mira lo localizable que estoy. Todo el tiempo. Ahora sí que no tengo escapatoria… Ni Gina, ni mi madre, ni tú: lo que me ata aquí es este teléfono ;)

No pude evitar reírme. Guardé el número en la agenda antes de contestarle.

MARC

¿Yo te ato? No era mi intención para nada, nena. Desatada molas mucho más.

Guardé el teléfono y volví a prestar atención a la historia que estaba contando Piero. Enseguida me llegó otro mensaje.

GRETA

Ahora soy madre, no me desato tan fácilmente, así que no vayas por ahí. ¿Hemos vuelto al nena? No me has llamado así en todo el día, me había hecho ilusiones.

Seguí comiendo un rato mientras pensaba qué responderle.

MARC

Yo te puedo ayudar en lo de desatarte, soy bueno en eso, no me cortes las alas. El nena lo había perdido un rato, pero ya lo he encontrado. Estaba en el armario. Ahí siempre encuentro todo lo mejor.

Volví a guardar el teléfono y a prestar atención a Piero y a Gina, que estaban contando una historia de un día que Greta quiso cocinar y casi incendia la casa. A todos nos dio mucha risa. Piero también tenía mucha gracia contando historias, ¿había algo que a este tío se le diera mal? Menos mal que era gay y nunca se había liado con Greta, porque seguro que también era una máquina en la cama… No había más que ver lo feliz que estaba Loui. Le preguntaría si encontraba la ocasión, aunque él nunca hablaba de esas cosas y nosotros no solíamos preguntarle. En realidad, no necesitaba saberlo, pero tenía curiosidad por descubrir si Piero cojeaba en algún aspecto o era tan perfecto como parecía.

Me llegó otro mensaje.

GRETA

Yo no te corto nada, vuela libre si quieres… pero yo de ti me alejaría de ese armario, tiene mucho peligro.

Me reí un momento y vi que ya estaban todos levantándose de la mesa. Mi madre y Maite no nos dejaron ayudar a quitarla, sabían que íbamos a salir y nos insistieron para que nos fuéramos ya y las dejáramos recoger a ellas.

A mí no me apetecía ni discutir ni recoger la cocina, así que no lo dudé. Justo antes de salir por la puerta, saqué el móvil y contesté al último mensaje de Greta.

MARC

Me gusta el peligro, ya lo sabes, NENA. ¿Qué haces con el móvil? ¿No estás de fiesta? A ver si ahora te vas a volver adicta ;)

Guardé el teléfono en el bolsillo y salí de casa con Loui y Piero.

CATORCE

LA DESPEDIDA DE ESTRELLA

El bar que han elegido las amigas de Estrella para cenar es mucho menos elegante de lo que yo esperaba… es bastante cutre, de hecho. Me encanta. Después de cuatro años en Italia, una cena en un bar de barrio de toda la vida me apetece mucho más que una en un restaurante elegante.

Marta está esperándonos en la puerta con una cara de asco que no me sorprende nada. Veo por la puerta abierta del local que las amigas de Estrella ya están dentro bebiendo cerveza y armando jaleo.

—Hola, ¿por qué estás aquí fuera? —la saluda Estrella—. Las chicas están dentro.

—No las conozco, no sabía si eran ellas, aunque me temía que fuera esa nuestra mesa.

—¿Te temías? —pregunta Estrella levantando una ceja.

—Estaba cruzando los dedos para que la nuestra estuviera en la terraza. Si cenamos dentro, no se nos va a ir el olor a fritanga del pelo en una semana —responde la princesa de Marc con un tono bastante desagradable.

Las amigas de la novia nos ven a través de la puerta abierta y vienen todas corriendo y voceando.

—¡Esa novia guapa!

—¡Que empiece la fiesta!

—¡Estrella se nos casa!

—¡Síííí… con un yogurín que está buenísimo!

—Vale, vale, chicas… —se ríe Estrella—. ¿Podemos pedir que nos pongan en la terraza? Marta no quiere estar dentro, no le gusta el olor a fritanga…

—¿Y quién coño es Marta? —pregunta una de las amigas.

—Ella —Estrella la señala—. La novia de mi hermano Marc.

Se hace un silencio y todas se giran a mirarla.

—¿Eso quiere decir que Jaime está libre? —pregunta otra de ellas rompiendo el incómodo silencio—. ¡Me lo pido! —Levanta la mano y todas, menos Marta, nos reímos.

—Llevamos viniendo a este sitio desde que Vanesa celebró aquí su mayoría de edad —dice otra—, este olor es parte de nuestra historia.

—Venga, pero Marta estará más cómoda fuera —insiste Estrella—, vamos a pedir que nos cambien a la terraza… Raquel, ¿te ocupas tú?

—Claro —asiente una rubia y entra en el local. Las demás nos quedamos de pie en la calle esperando a ver si consigue el cambio de mesa.

—¡Gretita! —me dice una morena mientras me pasa un brazo por encima de los hombros—. ¿Te acuerdas de mí? Soy Ana.

—Nunca me quedé con vuestros nombres, la verdad —sonrío a modo de disculpa—, aunque

de cara sí que me sonáis todas…

—Qué mayor te has hecho… Ya nos ha contado Estrella que ahora eres madre… Qué fuerte… Luego nos tomamos unos chupitos y te desmelenas un poco, que lo de la maternidad tiene que ser demasiada responsabilidad… Creo que es la primera vez que te veo sin que vayas pegadita a Marc, llegamos a pensar que erais siameses —añade muerta de risa.

—Oye, aún falta mucha gente, ¿no? —intento desviar la conversación y evitar la mirada de Marta, creo que me podría fulminar con ella ahora mismo.

—No, qué va, tu hermana Emma ha dicho que tiene trabajo y no viene, Vanesa y Olga están de viaje y Carmen está currando en China… Solo falta Patri, que siempre llega tarde, le dejamos su silla libre y listo.

Rezo mentalmente para que la tal Patri no sea la acosadora de Marc, que sea una de las que están de viaje o en China.

Salen un par de camareros y nos montan rápidamente la mesa en la terraza. Me maravilla que Marta se haya salido con la suya en tiempo récord.

Sientan a Estrella en la cabecera de la mesa, yo estoy a su lado, y a mi lado, Marta. Las amigas de Estrella se sientan enfrente de nosotras. Me sirvo un primer vaso de cerveza, me van a hacer falta unos cuantos más para sobrellevar la noche.

—Por cierto, Greta, ahora que me acuerdo y aún no vamos muy ciegas, necesito tu consejo para una cosa del curro —dice Estrella.

—¿Mi consejo? ¿Para una cosa del curro? No sé qué ayuda te puedo dar yo…

—Pues, no sé si sabes que este año estoy de orientadora en un instituto…

—Ni idea, no lo sabía.

—Pues sí —me explica—, el caso es que tengo un chaval en bachillerato que está enganchado a la cocaína y necesito que alguien que la haya probado me cuente de primera mano qué es lo que tiene tan estupendo para que la gente se enganche… He leído sobre eso, pero me vendría bien saber la opinión de alguien que la haya probado. Cuéntame, ¿qué se siente? ¿Por qué crees que engancha tanto?

Todas las que se sientan cerca de nosotras se giran a mirarme. Yo me sirvo otro vaso de cerveza.

—A mí qué me cuentas —me río—, yo no la he probado nunca…

—Va, no me vengas con esas —Estrella me da un codazo—, que me acuerdo perfectamente de la despedida de Emma… Salisteis Marc y tú juntos del baño y, como os pillamos Bruno y yo, lo confesasteis… No te atrevas a negarlo… Menos mal que Bruno es muy espabilado y se dio cuenta enseguida, a mí no se me hubiera ocurrido nunca que os estuvierais drogando, parecía otra cosa —se ríe.

Me quedo congelada un momento. Las amigas de Estrella empiezan a reírse, lo han pillado perfectamente. No me atrevo a mirar a Marta, no quiero ver su reacción. Joder, Estrella, menos mal que eres tan inocente, pero vaya bocaza tienes…

—Sí, sí —digo por fin—, es cierto, ni me acordaba. Solo fue esa vez, no recuerdo mucho, solo sé que no me gustó nada, lo siento, no te puedo ayudar…

—Bueno, no pasa nada —dice Estrella algo decepcionada—, le preguntaré a Marc a ver si él se acuerda más… O igual le puedo preguntar a Samu, no lo había pensado… Porque supongo que fue algo de toda la pandilla, ¿no? No creo que solo fuerais Marc y tú, ¿o sí?

Joder, Estrellita, cómo estás.

—No, fue solo cosa de Marc y mía, los demás ni se enteraron. Si le preguntas a Samu, no sabrá nada, seguro.

Si le preguntas a Samu lo pillará enseguida y te lo explicará. No le preguntes, por favor.

—Vale, pues nada, le preguntaré a mi hermano entonces…

Y, mientras ella habla de su hermano, a mí me llega un mensaje suyo.

MARC

Me gusta el peligro, ya lo sabes, NENA. ¿Qué haces con el móvil? ¿No estás de fiesta? A ver si ahora te vas a volver adicta ;)

Joder, qué mensaje tan apropiado. No tardo mucho en contestarle.

GRETA

Pues si te gusta el peligro, lo vas a gozar con el lío en el que te acaba de meter Estrella. No estamos de fiesta aún, ni hemos empezado a cenar. Ya sabes que soy muy yonqui y enseguida me hago adicta a lo que me gusta.

—Para llevar cuatro años sin móvil, qué rápido lo has vuelto a coger —me dice Estrella—. ¿Con quién llevas de mensajitos toda la noche? Un chico, seguro… ¿Es aquel novio secreto? ¿Es uno nuevo? Cuéntamelo, que es mi noche especial.

—Por eso que es tu noche especial, basta ya de hablar de mí —me río.

—Lo siento, *nenis*, llego tarde —dice la amiga que faltaba por aparecer—, pero traigo las *camis*.

Agradezco mentalmente la interrupción y el cambio de tema. Empieza a repartir camisetas de color rosa pastel en las que pone «Estrella se nos casa» y nos pide que nos las pongamos. Son un horror, pero ver la cara de asco de Marta me motiva y me la pongo encima del vestido sin rechistar. A Estrella le dan una blanca en la que pone «Pillada por Samuel». Se muere de la risa y se la pone enseguida. Le colocan también una diadema con un velo de novia.

Me llega otro mensaje.

MARC

No me preocupan nada los líos de Estrella, eso no es peligro real. Ahora solo puedo pensar en lo que te gusta y en cómo volverte adicta de nuevo.

Joder, esto se nos está yendo de las manos. Debería cortar los mensajitos, pero llevo varias cervezas encima y creo que no pienso con claridad. Me está dando mucho morbo, no quiero que

pare de escribirme.

Empezamos a cenar. Cuántos años sin comer este tipo de cosas, cómo las he echado de menos. La conversación es bastante más divertida de lo que yo esperaba. Una de las amigas de Estrella se pone de pie en un momento dado y propone brindar por una tal Cristina, que acaba de conseguir curro como arquitecta municipal en un pueblo cercano. La aludida se pone de pie y hace una reverencia. Todas brindamos por ella. Al decir que es arquitecta, me acuerdo de Claudia, ¿qué habrá sido de ella? ¿Me cogerá el teléfono esta vez si intento llamarla? Después de nuestra última conversación, no volvió a hacerlo, estaba muy cabreada conmigo… Bueno, el número nuevo no lo tiene, no sabrá que soy yo… Intentaré llamarla esta semana a ver si hay suerte. Han pasado unos cinco años, es probable que ya me haya perdonado.

—Estrella —pregunto—, ¿sabes si Claudia viene a la boda?

—¿Quién es Claudia? ¿Vuestra amiga del insti?

—Sí.

—Me suena que Samu le mandó invitación… ¿Quieres que le pregunte si ha confirmado?

—Sí, por favor.

Estrella saca su móvil y manda un mensaje.

Yo decido contestar al último mensaje de su hermano.

GRETA

Dicen que un adicto lo es para siempre. No deberíamos seguir por este camino o podría recaer. Eso no sería nada bueno, te recuerdo que estoy de cena con TU NOVIA y está sentada a mi lado.

Ya estamos acabando de cenar, no sé ni cuántas cervezas llevo encima. Estrella recibe un mensaje y me dice que sí, que Claudia ha confirmado que viene a la boda. Vale, genial, me apetece mucho verla, pero debería hablar con ella antes de la boda, si no, será una situación muy incómoda.

El camarero trae una ronda de chupitos. Lo que me faltaba. Brindamos por la novia y nos bebemos de un trago el licor dulzón… Al menos no es tequila o absenta.

—¡Clara! ¿Cuál es el siguiente paso? ¿Dónde vamos ahora? —pregunta la que ha llegado tarde.

La aludida, una que no ha parado de descojonarse de todo durante toda la noche, se levanta y propone ir a un *pub* cuyo nombre olvido al momento porque no me suena de nada. A todas les parece una gran idea y piden una última ronda de chupitos antes de salir para allá. A este no me apunto, quiero mantener la poca cordura que me queda, al menos de momento.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Loui nos llevó a un garito que no estaba lejos, pero al que yo no había ido nunca. Durante el

camino había intercambiado un par de mensajes más con Greta. Se estaba soltando, debía de ir ya borracha, y me estaba poniendo malísimo. Me costaba pensar en otra cosa.

Nos sentamos en una mesa apartada, donde la música no se oía muy fuerte, para poder hablar tranquilos. Piero nos preguntó qué queríamos antes de sentarse y fue a la barra a pedir.

Me llegó otro mensaje.

GRETA

Dicen que un adicto lo es para siempre. No deberíamos seguir por este camino o podría recaer. Eso no sería nada bueno, te recuerdo que estoy de cena con TU NOVIA y está sentada a mi lado.

Me reí y le contesté.

MARC

Entonces yo debo de ser también un adicto. Tienes razón, no sería nada bueno, sería lo mejor.

—¿Siempre es tan servicial? —le pregunté a Loui señalando con la cabeza hacia donde había ido Piero.

—Es hiperactivo, le cuesta estarse quieto —explicó Loui medio riéndose—. Por eso hace tantas cosas, no sabe estar sin hacer nada, necesita estar ocupado.

—Qué estrés —me reí—. ¿Y lo llevas bien?

—Claro —contestó—, mientras no me obligue a seguir su ritmo, lo llevo fenomenal.

—Te veo feliz.

—Lo estoy —sonrió.

—Me alegro, nano. ¿Por qué no me lo contaste?

—Greta me hizo prometerlo. Fue una de las condiciones que me puso antes de ir a Sicilia, que no contara nada —encogió los hombros—. Quería habértelo contado, de verdad, pero se lo había prometido.

—Lo sabías todo, ¿no? Hasta lo de la niña…

—Sí, pero eso no me lo contó ella, eso lo deduje yo.

—¿Cómo?

—Pues lo único que me dijo es que cuando se había ido ya estaba embarazada. Y yo le dije: «¡Entonces es de Marc!». Tenías que haber visto la cara que puso —dijo muerto de risa—, creía que se desmayaba. Luego le conté que tú me habías dicho que estuvisteis liados durante su último año aquí, no era muy difícil de deducir.

—¿Se enfadó por que te lo hubiera contado?

—No, se quedó un poco flipada, pero entendió que necesitabas hablar con alguien. También le dije que solo me habías dicho eso, que no me habías contado nada concreto. Y ella sí que había hablado del tema con Piero y se lo había contado todo, no podía enfadarse mucho tampoco.

—Bueno, en realidad no es lo mismo, Piero no nos conocía a ninguno, ni a la familia ni nada, es normal que a él se lo contara…

—¿Qué habláis de Piero? —dijo el aludido dejando tres *gin-tonics* en la mesa y sentándose al lado de Loui.

—Nada —explicó su novio—. Le contaba que a ti Greta te contó toda su historia.

—Todo —confirmó el italiano con un asentimiento de cabeza—. ¿Con pelos y señales? ¿Se dice así? Muchos detalles, siempre hablaba de ti. Siento que te conozco de toda la vida.

—Ya —me reí antes y le di un trago a la copa que me había traído—, supongo que necesitaba hablar con alguien… A mí me habría venido bien también. Pero lo de que te habías liado con Piero me lo podías haber dicho, mamón, aunque no me dijeras lo de la niña.

—No me dejó —se quejó Loui—. Tenía miedo de que me hicieras demasiadas preguntas y dedujeras lo de la niña…

—Ya, supongo —me pasé una mano por la cara.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Loui—. Lo de la vuelta de Greta, lo de Gina, todo en general, vaya…

—Bien, creo que me voy haciendo a la idea —expliqué tras otro trago—, pero han sido demasiadas cosas de golpe.

—Claro —asintió Piero—, es normal, tómate tu tiempo para asimilarlo.

—Asimilado creo que lo tengo ya, pero es todo un poco confuso.

—¿Cómo están las cosas con Greta? ¿En qué punto estáis? —preguntó Loui.

—No lo sé. —Di otro trago—. Recibo señales contradictorias. Dice que tiene muy claro que no quiere nada conmigo, que aquello fue un error y que no tendría que haber pasado…

—¡Ya, claro! —Piero soltó una carcajada—. Y lo peor es que ella se creerá que es verdad. Mira, si no llego a conocer a este —señaló a Loui con la cabeza—, creo que me hubiera enamorado de ti yo también. Sé hasta cuántos lunares tienes en la espalda. —Puso los ojos en blanco.

—Yo no sé cuántos lunares tengo en la espalda —me reí.

—Pues yo sí, tienes cinco.

Los tres empezamos a reírnos.

—Bueno, pero eso igual era antes —dije yo—, dice que lo ha pensado mucho y ahora lo ve así.

—Ya, eso dice, a mí también me lo ha dicho —Piero sonrió y le dio un trago a su copa.

—Pero luego, por ejemplo, lleva toda la noche mandándome mensajes. Me confunde, me vuelve muy loco…

—¿Qué tipo de mensajes? —preguntó Loui.

—No te lo voy a contar —me reí.

—Bueno, pero, tú ¿qué es lo que quieres? Estás con Marta, ¿no?

—Sí, nano, pero yo qué sé, lo de Marta nunca ha ido a ningún lado, y me faltaba que volviera Greta para verlo más claro todavía… Si no la aguanta nadie, no la aguanto ni yo la mayoría de las veces…

Me llegó otro mensaje.

GRETA

La línea que separa lo mejor de lo peor es muy delgada, hay que tener cuidado. ¿A qué eres adicto tú?

Me reí. Tenía muy clara la respuesta.

MARC

A ti.

Volví a guardar el teléfono. Los dos me estaban mirando.

—Dejadme en paz —me reí.

—No sé quién de los dos es peor —le dijo Piero a su chico.

—Ya te lo dije —asintió Loui.

—Cabrones. —Le di un trago a mi copa e intenté no reírme.

Me llegó otro mensaje.

MARTA

Ya he cumplido con tu hermana, me voy a casa. Tienes muchas cosas que explicarme. Espero que me llames antes de irte mañana; aunque, si me tienes un mínimo de respeto, no te irás.

Resoplé y guardé el teléfono sin contestarle.

—¿Se os han torcido los mensajes? —preguntó Loui.

—No, ahora era Marta —expliqué ya de mal rollo. Tenía la habilidad de ponerme de mala hostia en un momento.

Me volvió a sonar el teléfono.

GRETA

Qué dos palabras tan peligrosas…

Le contesté enseguida.

MARC

Ya te he dicho que me gusta el peligro, y más si es contigo.

Sonreí y guardé el móvil.

—Si quieres te dejamos solo con tu teléfono —se rio Loui.

—Ya está, ya paro.

—Iba a preguntarte que si tienes claro con cuál de las dos quieres estar, pero creo que tu cara lo dice todo.

—Ya, nano, si no lo pienso, es Greta, siempre ha sido ella; pero, si me paro a pensarlo con la cabeza, me da miedo. Me ha hecho mucho daño. Marta, en cambio, nunca me ha hecho daño…

—Porque no le has dado ese poder —aseguró Piero—. No te has enamorado de ella.

—Lo he intentado, pero lo cierto es que no…

—Bueno, lo de que Marta no te ha hecho daño es relativo… —Loui soltó una carcajada—. ¿El dolor de huevos que debes de tener cada vez que quedas con ella cuenta como daño?

—¡Pero, nano! —grité muerto de risa—. No te pega nada ese comentario… Tú —señalé a Piero—, ¿qué coño has hecho con mi amigo?

Los tres empezamos a descojonarnos.

—¡Pero, bueno! ¡Si está aquí mi chica! —gritó Piero levantándose de un bote de la silla y yendo a su velocidad de vértigo habitual hacia la puerta.

Loui y yo lo seguimos con la mirada y vimos a Greta, Estrella y sus amigas entrar en el local. Todas llevaban las mismas camisetas de color rosa, menos Estrella, que iba de blanco. A Greta le cambió la cara cuando vio a Piero. Él la cogió de la mano y tiró de ella hasta la zona donde estaba la gente bailando. Ella no opuso ninguna resistencia, por el camino a la pista ya iban bailando. Comprobé, sin sorpresa ninguna, que Piero también sabía bailar.

—¿Hay algo que este tío no haga bien? —le pregunté a Loui.

—Si lo hay, aún no lo he descubierto —contestó con una sonrisa.

—En la cama será una fiera, me imagino…

—¿De verdad quieres saberlo? —sonrió.

—No sé, nosotros hablamos de esas cosas y tú nunca cuentas nada, igual te apetecía hablar, que te veo muy suelto esta noche…

—Nunca cuento nada porque vosotros habláis de chicas y pienso que igual os resulta desagradable que os hable yo de un tío…

—Nano, si puedo aguantar las guarradas que Samu dice de mi hermana, puedo escucharte hablar de un tío…

—Las guarradas de Samu las llevas regular —se rio.

—Cierto, pero me esfuerzo —me reí yo también—. Así que, si quieres en algún momento comentar algo, tú mismo.

—Bueno, pues, si quieres saberlo, sí, en la cama es igual de bueno que en todo lo demás… o mejor.

—Qué cabrón el *fetuccini* —sonreí y Loui lo hizo también.

Me quedé un rato mirando cómo bailaba Piero con Greta. Se notaba que tenían mucha confianza, bailaban muy pegados y de vez en cuando él ponía las manos en zonas donde otro se hubiera llevado una hostia solo con intentarlo, aunque tampoco era nada de mal gusto para estar en público.

—Estamos seguros de que es gay del todo, ¿verdad? —le pregunté a Loui. Él soltó una carcajada.

—Tío, ni lo intentes. No me vas a arrastrar a tu submundo de celos y desconfianzas…

—Vale, vale, era solo por asegurarme —intenté parecer despreocupado.

Seguí viéndolos bailar. Cuando ya llevaban un rato, Greta se fijó en mí y me sonrió. A partir de ahí, me clavaba sus ojos de vez en cuando y me hacía algún gesto. Se abrazó a Piero para bailar una lenta y, mirándome, se dio un par de golpecitos en el oído. Escuché la canción[1] que acababa de empezar y la reconocí enseguida, era la que bailamos en la azotea la noche de nuestra primera vez y luego en aquella Nochevieja tan lejana ya.

—Baila con tu novio —le pedí a Loui mientras me ponía de pie—, que esta es lenta y os podéis meter mano, y yo quiero bailar con ella.

Nos acercamos a ellos y se dejaron separar sin rechistar. Greta se abrazó a mí, olía mucho a

alcohol.

—Hola —susurró.

—Hola, nena —contesté en el mismo tono.

—Qué casualidad esta canción, ¿eh?

—Primero el armario, ahora la canción… ¿No crees que son muchas señales? ¿No crees que el universo intenta decirnos algo? —sonreí.

—Es posible, puede que intente decirnos que elegiste una canción demasiado conocida —se rio.

—Estabas más motivada por mensaje.

—Bueno —sonrió—, por mensaje es más fácil decir según qué cosas.

—¿En serio? ¿Conmigo? ¿A estas alturas hay algo que te dé palo decirme a mí?

—No sé, ha pasado mucho tiempo. —Cerró los ojos mientras seguía balanceándose conmigo. Loui y Piero bailaban cerca de nosotros también abrazados—. Igual hemos perdido parte de la confianza…

—A mí me parece que no, pero, si es así, habrá que recuperarla. —La abracé más fuerte. Ella hizo lo mismo.

Yo no pensaba, no pude imaginar, que todo lo que empieza tiene un final…

—Joder, qué canción más bajonera —se quejó—, nos condenaste tú desde el primer día.

—Culpa mía —acepté—. Si nos busco otra canción, ¿crees que aún tendríamos arreglo?

—Tú y yo no tenemos arreglo ni por separado —se rio, y yo me reí también.

—Por separado nos va fatal, nena —susurré.

—No vayas por ahí, que tienes mucho peligro, y yo estoy borracha…

—Nunca me aprovecharía de eso —sonreí—, pero no estás tan borracha como para no saber lo que quieres. —Le di un beso en el cuello.

—Joder —suspiró—, no, esto no está bien…

—Yo creo que sí, que está muy bien —susurré antes de besarle el cuello otra vez y apretarla más contra mí.

Estaba terminando la canción. Empezó la siguiente[2], que era más movida, pero seguimos bailándola igual. Se rindió un momento y rozó mi cuello con sus labios. Sí, joder, sí.

Mi móvil vibró dentro de mi bolsillo y ella se separó de mí de golpe.

—Parece que estás de mensajitos con alguien más.

—Te juro que no, nena. No le he mandado ningún mensaje a nadie más esta noche.

—No me tienes que dar explicaciones. —Levantó las manos—. No tenemos nada y no te las he pedido. Solo estábamos haciendo el tonto con los mensajes.

—No, no, no me digas eso. —Le cogí la mano y la acerqué a mí otra vez, pero ella volvió a alejarse.

—¿No vas a contestar? Te dejo intimidad.

—No necesito intimidad. —Apreté el agarre de su mano para que no se fuera y saqué el móvil del bolsillo.

Leí el mensaje, por fin un poco de suerte. Giré el teléfono para que lo viera, pero ella cerró los ojos.

—No me tienes que enseñar nada, no me debes ninguna explicación.

—Mira el mensaje, joder —murmuré entre dientes.
Ella abrió los ojos y lo leyó con desgana.

SAMU

¿Estás despierto?

Me miró apretando los labios para no reírse.
—No tenías por qué enseñármelo. No es asunto mío quién te escribe a las dos de la mañana.
—Quería hacerlo. Para mí los mensajes no han sido una tontería. Yo no estaba haciendo el tonto.
—Bueno, contesta a Samu, me vuelvo con tu hermana, que es su noche.

MARC

Sí, ¿qué pasa?

Contestó al momento.

SAMU

¿Puedo ir a tu casa? Necesito hablar contigo.

MARC

Claro, voy para allá.

SAMU

Ok, yo también, nos vemos en tu portal.

Les dije a Piero y a Loui que me iba y el italiano dijo que dormiría en casa de su chico, pero que pasaría por casa por la mañana antes de irnos a la cabaña para decirle adiós a Gina.
Me despedí de Estrella, que estaba bailando con sus amigas. Fui a despedirme de Greta y la encontré en la barra, con una amiga de Estrella y una fila muy larga de chupitos, la mitad de ellos vacíos ya.
—Me piro, que no sé qué le pasa a Samu, que quiere hablar conmigo —le expliqué a Greta.
—Vale —asintió ella con una sonrisa y los ojos casi cerrados.
—Maaarc, cuánto tiempo sin verte —dijo la amiga de Estrella, que llevaba un ciego parecido al de Greta—. He conocido a tu novia, qué maja es…

Greta y ella empezaron a descojonarse.

—Vaya tela, cómo vais las dos —me reí—. Te veo en casa.

Le di un beso en la mejilla a Greta y me fui de allí.

Llegué a casa y Samu estaba esperándome sentado en los escalones que había fuera de mi edificio.

—¿Qué pasa, nano? ¿Va todo bien? —le pregunté un poco preocupado.

—Sí, sí, vamos arriba y te lo cuento.

Subimos a casa y fuimos a mi habitación. Él se sentó en mi cama de un salto.

—¿Qué pasa, tío? Me estoy asustando…

—Ah, pues no te asustes, no pasa nada —dijo con una gran sonrisa.

—¿Qué? ¿Para qué coño me has hecho venir corriendo?

—Para esperar a tu hermana.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Estás gilipollas? ¡Creía que te pasaba algo!

—Y me pasa, tengo muchas ganas de verla… —dijo descojonándose el muy cabrón—. Mañana nos vamos tres días, y no la veo desde ayer, no puedo dejar que se me junten cinco días.

—Tío, estás muy subnormal, yo estaba con ella, podías haber venido…

—No, no, es su despedida, es su noche, el novio no pinta nada ahí.

—La madre que te parió, ¿ella sabe que estás aquí?

—Sí, dice que vendrá en un rato. Así te hago compañía.

—Y ¿no podíais haber quedado en otro sitio? Yo no necesito compañía, yo quiero dormir.

—No —aguantó la risa—, tenía que ser aquí.

—¿Por qué?

—No te lo puedo contar —dijo con una sonrisa como la de un crío la noche de Reyes.

—¿Es alguna guarrada sexual tuya?

Asintió con la cabeza con una enorme sonrisa.

—Qué cerdo eres, joder, ¡que es mi hermana! —me reí.

—Y en una semana, mi mujer. —Levantó una ceja.

—Qué asqueroso eres —sonreí mientras negaba con la cabeza—, no sé qué ha visto en ti.

—Tengo mis encantos…

En realidad, me hacía mucha gracia lo emocionado que estaba, pero no quería especular sobre lo que se le había ocurrido hacer con Estrella.

Empecé a desnudarme para ponerme el pijama.

—Eh, que las guarradas las quiero hacer con tu hermana, no contigo, julandrón.

—Calla, gilipollas, me voy a poner el pijama, quiero sobar.

—No, nano, no te sobes conmigo aquí, vamos a echar un Tekken o algo mientras espero…

—Qué coñazo das, bien; pero, en cuanto vuelva Estrella, te piras.

—Claro, tío, en cuanto llegue ella no quiero saber nada de ti.

—Qué capullo eres —me reí.

Terminé de cambiarme, encendí la *play* y nos pusimos a jugar un rato. Le gané casi todas las partidas, era bastante malo. Algo así como una hora y media después, me pareció oír ruido en la habitación de Greta, pero no estaba seguro. Quité el volumen de la tele y oímos claramente ruido en el armario. Joder, Greta viniendo a mi habitación de madrugada y Samu aquí.

Pero no era Greta, la que entró fue Estrella. Puso la misma cara de imbécil que él cuando lo vio.

—¿Y Greta? —le pregunté—. ¿Ha venido contigo?

—Sí, me ha costado la vida traerla… Se ha puesto a beber chupitos con mi amiga Ana y la ha tumbado. La he dejado caer en la cama, creo que venía ya sobada, casi no puedo con ella, es mucho más alta que yo —se rio.

—¿La has dejado sobando tal como iba? ¿No le has puesto el pijama o algo?

—No, la verdad, que sobe así, ¿qué más da?

—Pues que igual la niña va por la mañana a despertar a su madre. No mola que la vea así.

—Joder, no lo había pensado. Bueno, lleva la camiseta de la despedida, no parece que vaya de fiesta. Pasa tú, quítale las botas y ya. Nosotros tenemos planes. —Miró a Samu con una sonrisilla. Joder, vaya par.

—Vale, voy yo a quitarle las botas, pero ya te vale…

—Gracias, hermanito. Nosotros nos vamos.

Y salieron los dos de mi habitación.

Pasé a la habitación de Greta y la encontré tal como había dicho mi hermana. Me senté en la cama y le quité las botas, como había hecho tantas veces hacía años. Le quité también las medias, que eran de esas que llegan hasta medio muslo, fue una dura prueba. La miré y no parecía que llevara ropa de dormir, como había insinuado Estrella, ni de coña. Dudé un momento, pero me armé de valor y busqué el pijama de Piero que le había visto esa mañana. Parecía que había pasado una semana de aquello. Lo encontré bajo la almohada. Respiré hondo y le quité la camiseta esa tan cutre de la despedida. Encontré enseguida la cremallera del vestido, se lo había quitado un montón de veces, aunque no en estas circunstancias… La incorporé un poco en la cama y ella abrió los ojos.

—Guay, estás despierta. Ayúdame a ponerte el pijama, que no te vea Gina así mañana —susurré.

—Claro —sonrió y levantó los brazos.

Colaboró bastante y le quité el vestido. Joder, nena, mal día para no llevar sujetador.

—¿Me has desnudado? —preguntó casi sin poder abrir los ojos.

—Te lo acabo de decir —me reí—. Venga, ponte el pijama, te ayudo.

Se abrazó a mí. Qué difícil me lo estaba poniendo…

—Te quiero mucho, Marc —susurró con voz de borracha.

—Lo sé, y yo. Déjame que te ponga el pijama.

—Me gusta estar desnuda contigo. —Joder, ¿en serio? ¿Qué tipo de prueba demoníaca era esta? ¿No había sido bastante penitencia más de año y medio de abstinencia?—. Desnúdate tú también.

—Me encantaría, nena, pero no así. Me gustas más cuando estás consciente —sonreí, pero ella no soltaba su abrazo.

—Qué bien hueles —me dijo al oído y empezó a besarme el cuello.

—Joder, Greta, que no soy de piedra —gemí y la aparté de mí con un gran esfuerzo.

Antes de que pudiera reaccionar, le pasé la camiseta por la cabeza y luego fue bastante sencillo pasarle los brazos y dejársela puesta. Se tumbó en la cama y se dejó hacer, no me costó mucho ponerle el pantalón.

—Quédate a dormir conmigo —dijo tumbada en la cama y estirando los brazos hacia mí.

—Eso puedo hacerlo. —Me tumbé a su lado. Ella me abrazó.

—Me encanta dormir contigo —murmuró—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. No tienes ni idea —contesté, aunque estaba convencido de que ya se había dormido.

QUINCE

UN MAL DESPERTAR

Me despierta el ruido de un par de golpes en la puerta, pero no consigo abrir los ojos. Me duele la cabeza.

—*Buongiorno, amici!*

El grito de Piero me hace incorporarme de golpe. Marc se despierta sobresaltado también. ¿Marc? ¿Qué hace Marc en mi cama? Joder, no me acuerdo de cómo llegué aquí. Los dos vamos en pijama, bien, menos mal. No recuerdo haberme cambiado… ¿Lo haría él? Me froto la cabeza como si así fuese a conseguir hacer memoria.

Piero y Loui nos miran desde la puerta aguantando la risa.

—Son las once —dice Loui—, en una hora están aquí Chus y Samu para irnos.

—Vale, nano, ya vamos —murmura Marc mientras se incorpora, se sienta en la cama y se frota la cara.

Gina aparece corriendo por el pasillo, pasa entre Piero y Loui y viene hasta mí.

—Buenos días, mami —grita con su voz aguda y yo siento que me estalla la cabeza.

—Buenos días, cariño. No grites, por favor.

—No he gritado.

Piero, Loui y Marc se ríen.

—Marc, ¿has dormido con mamá? —le pregunta Gina.

—No —responde él—, he pasado a darle los buenos días y a decirle que espabile, que nos tenemos que ir.

—No te he visto pasar por la cocina —dice ella.

—Porque esta casa tiene un pasadizo secreto, ¿no lo sabías?

—Nooo… ¿Dónde?

—Mira, ven. —Se levanta de la cama y Gina lo sigue.

Desaparecen los dos por el armario.

—Llevaos a la niña fuera, ahora salgo —les pido a Loui y a Piero.

Ellos asienten muertos de risa.

—Mami, mami, ¿habías visto esto? —dice Gina eufórica cuando vuelve a la habitación. Marc viene detrás de ella.

—Claro, cariño, eso lleva así desde que yo era más o menos como tú.

—Es una casa mágica, con pasadizos secretos…

—Sí —me río—, más o menos.

—Vamos fuera, Gina —dice Piero—, ahora viene mami.

—Vale —acepta ella y los tres se marchan.

Me giro hacia Marc en cuanto se van.

—¿Qué coño hacías en mi cama?

—Buenos días a ti también, nena —se ríe.

—No me hace gracia —contesto muy seria—. ¿Por qué estabas en mi cama?

—Porque me pediste que me quedara a dormir contigo —dice tan tranquilo.

—No me acuerdo de eso —insisto algo mosqueada.

—Me lo creo —se ríe.

—Estaba muy borracha.

—Lo sé —se vuelve a reír.

—Te digo que te quedes a dormir conmigo estando así de ciega ¿y lo haces? ¿Es que no tienes autocontrol? ¿Y si te llego a pedir que echáramos un polvo? ¿También lo habrías hecho?

—Por supuesto que no, porque, de hecho, también lo sugeriste. Y te aseguro que tuve mucho autocontrol. Pero en lo de dormir juntos no pensé que hubiera problema, lo hemos hecho toda la vida. —Encoge los hombros.

—¿Yo te lo sugerí? Tus ganas.

—Pues sí, ganas tenía muchas, pero estabas prácticamente inconsciente, no es mi rollo. Y sí, tú lo sugeriste. Te me abrazaste casi desnuda y empezaste a besarme el cuello y a decirme: «Marc, te quiero mucho», «me gusta estar desnuda contigo», «desnúdate tú también»… —me imita en tono burlón—. Así que, sí, lo sugeriste tú y sí, tuve mucho autocontrol.

—¿Y por qué estaba desnuda? ¿Me desnudaste tú?

—Sí —asiente tan tranquilo.

—¿Y te parece normal? —le pregunto levantando un poco la voz.

—Nena, me parece que esta vez te está dando a ti el siroco… No sé dónde ves el problema. Estrella te dejó tirada en la cama vestida y con las botas puestas, y no me pareció bien que la niña te viera así por la mañana. Lo hice por ti, y te aseguro que no pasé un buen rato.

—Pero que se encuentre a un tío en la cama de su madre sí te parece bien, ¿no?

—Mejor eso que ver a su madre con las pintas que llevabas anoche. Además, que le he dicho que no he dormido contigo. De verdad que me estás volviendo loco. No sé dónde ves el problema.

—El problema es que aprovechaste que estaba borracha para desnudarme y meterte en mi cama. Igual hasta me metiste mano un poco, ¿no? Total, qué más da, va muy ciega…

—No te toqué ni un pelo, ¡parece que no me conozcas, joder! No hay quien te entienda… Te pasas la noche tonteando conmigo y luego por la mañana me montas este numerito sin venir a cuento.

—¿Que yo tonteaba contigo? Fuiste tú el que se pasó la noche mandándome mensajes subiditos de tono.

—El primer mensaje lo mandaste tú, y tampoco vi que me cortaras el rollo. Me diste bola —dice en tono de mosqueo.

—Eso no te da derecho ni a desnudarme ni a meterte en mi cama —insisto apretando los dientes.

—No sé a qué coño estás jugando, Greta, pero aclárate o para ya, porque yo no puedo más —gruñe muy mosqueado—. ¿Es algún tipo de venganza? ¿No me has hecho ya bastante daño?

Se da la vuelta y desaparece por el armario antes de que yo pueda decir nada más.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Me di una ducha rápida y salí a desayunar. En la cocina estaban Loui, Piero y Gina.

—¿Qué tal anoche? —me preguntó Loui con una sonrisa.

—No me lo recuerdes —gruñí mientras me sentaba a la mesa con un café—. Está zumbada. Paso ya de esto.

—Voy a hablar con ella —Piero se levantó y salió de la cocina.

—¿Qué ha pasado? —insistió Loui.

Hice un gesto con la cabeza hacia la niña como respuesta. No iba a hablar de eso delante de ella.

—Vale, luego hablamos —asintió él—. ¿Ya tienes todo preparado para irnos?

—No, pero tardo cinco minutos. Qué poco me apetece ahora esto. —Me froté la cara.

—Bueno, luego te lo pasarás bien, ya verás.

—Supongo, no sé.

Entró mi madre en la cocina.

—Buenos días, chicos, os vais ahora para la cabaña, ¿no?

—Sí —gruñí.

—Vale, cariño, acuérdate de revisar toda la casa, que no hemos ido a ver cómo la dejaron después de las obras.

—¿Qué obras?

—Ay, de verdad, yo no sé para qué hablo, si nunca escuchas… Lo llevo diciendo todo el verano… Fue tu hermano a pasar unos días y vio que había varias goteras y humedades. Fuimos a ver los desperfectos y contratamos a unos albañiles para que se ocuparan, pero no hemos vuelto a ir para ver cómo lo dejaron. Y nos cobraron un dineral, así que asegúrate de que está todo bien, por favor.

—Vale, mamá.

—Lo que seguro que os toca es limpiar un montón, después de una obra se queda todo hecho un asco.

—Qué bien, cada vez me apetece más el plan —gruñí. Loui se rio.

Sonó el timbre de casa y mi madre fue a abrir. Loui miró su reloj.

—Llegan pronto —explicó—. Habíamos quedado en cuarenta y cinco minutos.

Entraron Greta y Piero en la cocina. Greta tenía cara de haber llorado. Cuánto cuento, pasaba ya de sus mierdas.

Apareció mi madre por la otra puerta de la cocina.

—Marc, cariño, tienes visita.

Detrás de ella estaba Marta. Joder, otro marrón. Pero casi mejor, así la mandaba a la mierda ya y pasaba de las dos, que me estaban volviendo loco.

—Buenos días —saludó a todos los presentes. Los demás le devolvieron el saludo—. Marc, ¿podemos hablar un momento en tu habitación?

—Claro. —Me levanté de la mesa de mala gana y la seguí hasta mi cuarto.

Entré detrás de ella y cerré la puerta por inercia. Recordé que siempre quería la puerta abierta y la abrí de nuevo.

—Perdón, puerta abierta.

—No, no, déjala cerrada, prefiero que no nos oigan, y no creo que a tu madre le importe.

—Como quieras. —La volví a cerrar—. Y no, a mi madre no le va a importar lo más mínimo.

Fui hasta la cama y me senté, ella se quedó de pie junto a la puerta.

—¿Hay algo que quieras contarme? —preguntó.

—No —contesté.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Me has sido infiel?

—No —me reí. Aunque no por falta de ganas, pero eso no se lo dije.

—Prométemelo —exigió muy seria.

—Te lo juro por Snoopy —aseguré con voz moñas haciéndome una cruz en el pecho.

—No estoy para bromas, creo que es un tema bastante serio…

—¿Qué quieres, Marta? —suspiré—. Te dije que hablaríamos a la vuelta.

—Lo sé, pero quería aclarar algunas cosas antes. —Respiró hondo—. ¿Te vas a ir?

—Claro que me voy a ir. Es la despedida de Samu, solo es una vez en la vida. Tengo que ir.

—Ya.

—Mira, Marta, yo paso de seguir así. No puedo con tanto control y con que me estés diciendo lo que puedo o no puedo hacer.

—Ya me conoces, yo soy así, pero podemos trabajar en ello. Los dos podemos poner de nuestra parte…

—Si hay que trabajar tanto es que algo no va bien. No debería ser tan complicado. No puede ser que yo me ponga de mala hostia cada vez que me llega un mensaje tuyo —le dije en tono firme.

—Lo sé, lo sé, cariño, llevo unos días muy tensa, pero lo podemos arreglar. Yo te quiero mucho, y sé que tú a mí también.

—Mira, Marta, no quiero hacerte daño, pero no te voy a engañar: yo no estoy enamorado de ti.

Ella respiró hondo.

—Ya lo sé —me dijo.

—Y ¿te da igual?

—Sí, ya me conoces, no soy una persona pasional.

—Ya —me reí.

—Y ¿de ella estás enamorado?

—¿De quién? —pregunté haciéndome el tonto e intentando ganar tiempo.

—No te hagas el tonto conmigo y no me hagas nombrarla, por favor. Sabes perfectamente de quién estoy hablando.

—Tampoco —mentí como un miserable; pero, si quería pasar página con el tema de Greta, negar la evidencia era el primer paso.

—Eso me reconforta —asintió—. Yo no necesito que te vuelvas loco por mí cuando me ves, lo nuestro es otra cosa.

—¿Y qué es? —pregunté con desgana.

—Una relación estable. Estamos construyendo un proyecto de futuro juntos, y eso es más importante y más valioso.

—¿Qué futuro? Si queremos cosas diferentes: tú quieres casarte y tener miles de hijos y yo no quiero eso para nada.

—Aún es pronto para eso. Encontraremos el término medio entre lo que quieres tú y lo que quiero yo.

—Creo que es absurdo pelear tanto por algo así. Si hay que esforzarse tanto y negociar, igual es que simplemente no tiene que ser. —Me encogí de hombros con indiferencia—. Los dos

sabemos que esto no va a ningún lado, ninguno va a hacer cambiar de opinión al otro…

—No digas tonterías. —Se giró hacia la puerta y echó el pestillo.

Juro que en ese momento sentí pánico. La primera reacción de mi cerebro fue la de temer por mi vida. Pensé que podría sacar un cuchillo del bolso, así de triste era nuestra relación, pero no esperaba en absoluto lo que me dijo.

—Lo he pensado mucho y soy consciente de que nuestra relación tiene un punto débil, y es que no hemos tenido en cuenta tus necesidades de hombre.

Solté una carcajada que tuvieron que oír por fuerza desde la cocina.

—¿Mis necesidades de hombre? —pregunté sin poder aguantar la risa—. ¿Y tus necesidades de mujer?

—Yo no tengo necesidades de ese tipo, ya lo sabes, pero estoy dispuesta a tener en cuenta las tuyas… No te equivoques, voy a llegar virgen al matrimonio, eso no es negociable. Tú lo sabrás mejor que yo, pero creo que hay muchas cosas que se pueden hacer sin llegar hasta el final, ¿no?

—Sí —me reí—, hay muchas cosas que se pueden hacer, pero no sé si es una buena idea…

—¿Por qué no? —preguntó acercándose a mí.

—Porque no estamos bien, Marta. Esto nunca ha tenido sentido y cada vez es más evidente…

—Igual es una forma de que lo estemos. —Se sentó a horcajadas sobre mí. Joder, entre las dos me iban a volver loco de manicomio.

Me pasó las manos por el pelo y me besó. Le devolví el beso con ganas. Hacía mucho que no tenía a una tía tan cerca y tan dispuesta. Pensé en todas las veces en las que Greta y yo habíamos estado en esa misma posición, en esa misma cama, pero desnudos. No era capaz de contarlas. Puse las manos en sus caderas y las moví, incitándola a que hiciera los movimientos que hacía Greta y que me llevaban a perder el control. Y lo hizo. No era exactamente igual, pero se acercaba bastante. Estaba nerviosa y tensa.

—¿Lo hago bien? —me preguntó bajito al oído.

—Hazlo como a ti te guste —susurré—, a tu ritmo, el que sigas cuando te tocas…

—Yo no hago eso. —Paró en seco y me miró seria.

—No te creo —me reí.

—Te lo juro, eso es pecado.

Me reí más fuerte.

—No te rías, es verdad.

—¿Me estás diciendo que con veinticinco años no te has corrido nunca?

—Sí, así te lo digo… Y no uses un lenguaje tan vulgar, por favor.

—Vale, perdona… —volví a reírme—. No has «tenido un orgasmo».

—Ya te he dicho que no.

—Hoy no da tiempo —dije mirando el reloj—, pero eso otro día lo arreglamos.

—No hace falta, yo estoy bien, esto lo hacemos por ti.

—Créeme, tiene más gracia si jugamos los dos —volví a reírme.

—Bueno, ya veremos. —Me besó de nuevo.

Le saqué la camisa de diseño que llevaba metida por dentro de la falda y no opuso resistencia. Luego metí las manos por debajo y también me dejó hacer. Joder, cómo me estaba poniendo. Le toqué el sujetador y parecía una coraza. Al tacto me pareció uno de esos sujetadores que llevaba mi abuela cuando yo era pequeño. Intenté no reírme, no quería estropear el momento. Lo desabroché rápidamente y empecé a acariciarla. La oía gemir. Me estaba poniendo malísimo. Tenía que cortar esto en breve, iban a venir a buscarme, pero era lo último que me apetecía. Cerré los ojos mientras acariciaba su piel y deseé que fuera Greta. Su perfume

caro no engañaba, no lo era, pero no podía controlar mi imaginación que volaba libre hacia los recuerdos que quería traer de vuelta. Levanté la cabeza para alejarme un poco de ese olor, que era agradable pero no era el que yo buscaba, y ella empezó a besarme el cuello.

—Joder, Greta, cómo me estás poniendo —susurré.

No me di cuenta de lo que había dicho hasta que se levantó de golpe. Mierda. Qué cagada. Qué bien me habría venido aquí un *nena*. Tiene que ser horrible que te digan algo así.

—Perdona, ven aquí. —Estiré el brazo para alcanzarla, pero se había alejado demasiado.

—Esto es tan humillante —murmuró mientras intentaba abrocharse el sujetador por debajo de la blusa.

—Lo siento, no sé por qué he dicho eso, no sé en qué estaba pensando. Vuelve aquí.

—Yo sí sé en qué estabas pensando. Hablaremos cuando vuelvas —escupió esas palabras mientras me fulminaba con la mirada. Luego se dirigió a la puerta.

Me levanté para ir tras ella, que ya había salido de la habitación y avanzaba por el pasillo a paso ligero.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Oímos que se abre la puerta de la habitación de Marc y a él gritando.

—¡Espera, Marta, no te vayas así! ¡Vamos a hablar!

Ruido de pasos.

—¡Para, por favor! ¡Lo siento!

Más ruido de pasos y Marta cruzando como una exhalación por delante de la puerta de la cocina. Marc la sigue de cerca.

—¡Espera, joder! ¡Perdona! ¡Escúchame! ¡No te vayas así!

Portazo y ruido de pasos de Marc volviendo.

—Voy a hacer la maleta, que ya es casi la hora —gruñe al asomarse a la cocina—. Ahora vengo.

DIECISÉIS

A LA CABAÑA

Samu y Chus llegaron a la hora prevista. Hicieron una llamada perdida y bajamos todos. Chus traía la furgo de su hermano, así podíamos ir los seis en un único vehículo. Pasamos el alcohol de mi coche y la comida que iba en el coche de Loui a la furgo y metimos también las maletas de todos.

—Chus —dijo Greta—, este es Piero, que tú aún no lo conoces.

—*Ciao, Chus, sono Piero, il siciliano* —dijo el italiano poniendo voz grave y cruzando los brazos sobre el pecho.

Todos empezamos a reírnos.

—¡Qué cabrones! —se rio Chus también—. Ya se lo habéis contado…

—Era demasiado bueno como para no hacerlo —justificó Loui.

—Venga, en marcha —dijo Samu—. ¡Que empiece la fiesta!

La furgo tenía tres filas de asientos, lo lógico era ir de dos en dos.

—¡El novio delante! —se pidió Samu.

—Vale, pues nosotros al fondo —dijo Loui.

—Para meteros mano todo el camino, ¿eh, marranos? —sonrió Samu—. Venga, todos para dentro.

Por eliminación, nos tocaba a Greta y a mí en la segunda fila de asientos. Me senté detrás de Samu y delante de Loui y me giré un poco hacia la ventanilla. No me apetecía ver a Greta ni tenerla tan cerca.

Chus arrancó la furgo y nos pusimos en marcha. Samu estaba eufórico y desatado, daba un poco de risa verlo tan emocionado.

—A ver, reparto de camas —dijo—. Yo me pido dormir en la cama de mi Estrella. Me pediría la cama de mis suegros para pajearme en el lado del cabrón, pero como ya me tiré en esa cama a su hija una vez, doy la venganza por cumplida.

—Nano, no seas cerdo —le di un rodillazo a su asiento—, que es mi hermana.

—Y en unos días mi mujer —se giró a mirarme y levantó y bajó las cejas muy rápido. Me reí —. Bueno, pues la suite de los suegros para la parejita de babosos del fondo. Si no puedo hacerlo yo, que la mancille otro alguien.

—Vale —aceptó Loui riéndose—. No tengo manías.

—Pero la tenéis que mancillar con ganas, ¿eh? —insistió Samu entornando los ojos.

—*Fatto!* —gritó Piero desde el fondo—. *Disonoreremo la stanza!*

—¡¿Qué dice el *Lamborghini*?! —gritó Samu para que lo oyeran los del fondo.

—Dice que hecho, que deshonrarán la habitación —se rio Greta.

—Me gusta tu rollo, chaval. —Samu se giró y señaló a Piero.

Me sorprendió un poco la confianza de mi amigo con el italiano. Solo se habían visto en la cena del otro día y Piero estuvo casi toda la noche conmigo, pero supuse que era la euforia del novio en su día especial. Además, Piero caía bien de entrada y era fácil coger confianza con él, eso era un hecho.

—Pues yo en la de Emma —dijo Chus—. Compartimos habitación, nano. Así solo tenemos que limpiar una.

—Bien pensado, tío —aceptó Samu—, pero la limpias tú, que soy el novio…

—A ver si con la excusa de ser el novio te vas a escaquear de hacer todo, mamón… —se rio Chus.

—Lo intentaré —se rio Samu también—. Si no puedo aprovecharme de eso en mi despedida de soltero, ya me contarás…

Aproveché para mandarle un mensaje a Marta. No tenía intención de arreglar las cosas con ella, pero no se merecía lo que había pasado.

MARC

Siento lo que ha pasado, de verdad, no te lo mereces. No era buena idea hacer eso hoy, te lo dije. No estamos bien, Marta, los dos lo sabemos. Hablamos el miércoles.

Guardé el teléfono, no esperaba respuesta. Estaría muy mosqueada… lógico, por otra parte. El móvil vibró en mi bolsillo avisándome de un nuevo mensaje. Lo volví a sacar para leerlo.

GRETA

Perdona lo de antes, mi reacción ha sido exagerada. Me he asustado mucho al no recordar nada de anoche. Sé que tus intenciones eran buenas, lo siento. ¿Amigos?

Intenté aguantar la risa ante la idea de que Greta me hubiera mandado un mensaje desde el asiento de al lado, con lo poco que le gustaba gastar dinero a lo tonto, aunque fueran quince céntimos…

Sonreí sin mirarla y le di una palmada en la mano que tenía sobre el asiento. La miré un momento y asentí. Volví a mirar por la ventanilla. No quería estar de mal rollo los tres días que teníamos por delante y, si alguien sabía de arrebatos sin sentido de los que arrepentirse después, desde luego era yo.

—Y vosotros, ¿qué? —nos preguntó Samu a Greta y a mí girándose en el asiento—. ¿Qué habitación os pedís?

—Me da igual —dije—. La nuestra o la de los chicos. La que no quiera Greta, me la quedo yo.

—A mí también me da igual —confirmó ella—. Lo decidimos allí, hay habitaciones de sobra.

—Guay. —Samu volvió a mirar hacia delante.

Nos quedamos un momento todos en silencio y Chus subió el volumen de la música.

Yo miraba por la ventanilla mientras escuchaba las canciones que iban sucediéndose. Todas eran de amor. Parecía que todas intentaran decirme algo, aunque me estaban agobiando más que otra cosa. Samu y Chus iban cantando frases sueltas de vez en cuando. A Loui y a Piero no se les oía, parecía que no estaban allí.

—*Y entre nosotros un muro de metacrilato no nos deja olernos ni manosearnos… Y por las noches todo es cambio de postura, y encuentro telarañas por las costuras*[1] —cantaban Samu y Chus a pleno pulmón.

Joder, tal cual, ni hecho adrede. Era como si entre Greta y yo estuviera ese muro de metacrilato del que hablaba la canción, y más desde el despertar de esa mañana. Chus y Samu siguieron cantando con el mismo entusiasmo la canción siguiente.

—*Nos dijimos adiós y pasaron los años, volvimos a vernos una noche de sábado… Otro país, otra ciudad, otra vida… Pero la misma mirada felina… A veces te mataría y otras, en cambio, te quiero comer… Me estás quitando la vida…*[2] —Vaya tela, era casi más apropiada que la anterior.

Me concentré en el paisaje e intenté ignorar la música, pero los gritos de Samu y Chus no lo ponían nada fácil.

—*Puedes mentir y decir que todo acabó, que nada hay entre tú y yo… Puedes salir corriendo otra vez, porque tú sabes, nena, que, al final, te seguiré*[3]… —Venga, va, ¿en serio?

—Tíos, ¿quién ha elegido las canciones? Menudo pastelón se ha marcado —me quejé.

—Ha sido Chus —explicó Samu mientras se giraba en el asiento a mirarme—. Yo creo que molan. Me voy a casar, estoy enamorado… —añadió con una gran sonrisa.

—Yo creo que empalagan —gruñí.

—Pues yo creo que es bonito, todas me recuerdan a mi Estrella… Es dulce.

—No, nano, es demasiado… Un par de canciones de amor pueden ser algo dulce, pero esto es de coma diabético…

—Bueno —dijo Samu—, pues yo creo que a ti más que a nadie te hace falta un poco de azúcar…

—¿A mí? ¿Por qué?

—Para compensar el vinagre de las bragas de tu novia —soltó una carcajada. Todos los demás se descojonaron también—. Greta, póngame a los pies de su señora madre por acuñar semejante expresión tan certera y apropiada. Me lo contó Estrella y me moría de la risa…

—Qué capullos sois —me reí, y los demás hicieron lo mismo.

No cambiaron el tono de la música y seguimos con pastelones sensibleros durante un buen rato.

—Tíos, no os he contado lo de anoche —soltó Chus.

—¿Qué, nano? —preguntó Samu.

—Pues que cojo la furgo para ir a pillar chocolate para hoy y, no veas, pongo la radio y va y justo estaba sonando una canción de Mariah Carey… Ya estaba jodido.

—Haberla apagado y ya, ¿qué problema hay? —pregunté.

—No, nano, no es que me molestara la canción, es que era Mariah Carey, era una señal de que no tenía que pillar chocolate, tenía que pillar maría.

Todos empezamos a descojonarnos.

—¿Qué dices, tío? ¿Qué me estás contando? —dijo Samu.

—Sí, tronco, a las señales hay que hacerles caso… Si el universo dice que tengo que pillar

maría, yo solo cumplo órdenes… —Todos empezamos a reírnos más fuerte—. El caso es que no os penséis que es tan fácil, que no suele haber y de normal es una movida, pero al ser una ocasión especial y haber recibido una señal y tal… Pues eso, que al final de puto culo de aquí para allá hasta que por fin encontré a alguien que tenía. El caso: que tenemos maría para tres días y un poco de chocolate también por si acaso…

—¡Si es que eres un puto crack! —Samu le dio una palmada en el hombro—. Desde aquí quiero dar las gracias al tipo de la radio que pinchó la canción de Mariah Carey, porque mira que yo siempre te digo que pilles maría y pasas de mí…

—No paso, nano, pero no es fácil; pero al ser tu despedida de soltero más la señal de la radio… Ya eran dos señales.

—El universo mandándote señales de lo que tienes que pillar es un concepto muy grande —se rio Loui desde el fondo.

—Bueno, a vosotros os mandará señales de otras cosas, a mí me manda las que me manda… —replicó Chus encogiendo los hombros.

Me llegó un mensaje al móvil.

MARTA

Te lo vas a tener que currar mucho para arreglar esto…

Le contesté enseguida.

MARC

La disculpa es porque sé que te he ofendido, pero eso no cambia nada. Sigo pensando que esto ya no tiene arreglo. Lo que ha pasado lo deja bastante claro.

MARTA

No te atrevas a romper conmigo con un mensaje.

MARC

Te llamo cuando lleguemos a la cabaña.

Volví a guardar el móvil y me concentré en el paisaje y en las canciones moñas que sonaban.

—*Y yo sé que hay una chica que no me dejará salir más de dos días no es nada fácil de llevar… Mientras pienso en tus ojos, tus labios y en tu forma de besar… Y cómo te mueves cuando hacemos el amor*[4]*…*

Yo escuchaba la canción pensando en la chica a la que le parecía mal que saliera con mis amigos… Y en la otra… A la que no me había sacado de la cabeza en años… Sus ojos, sus labios, su forma de besar, su forma de moverse… Me estaban haciendo polvo con las cancioncitas… Cada una era peor que la anterior…

—*Solamente pido que seas valiente a la hora de luchar nada está prohibido… Serán nuestras leyes las que habrán de aceptar… sha la la la la, sha la la la la la la… Dos contra el mundo hasta el final*[5]*…*—Seguían cantando a gritos los de los asientos delanteros.

Loui me clavó la rodilla en la espalda a través del asiento y me dio un apretón en el hombro. Vale, no lo estaba flipando yo solo, alguien más se estaba dando cuenta del tormento musical al que estaba siendo sometido.

Poco rato después, paramos en un bar de carretera a comer, eso me dio un respiro para desconectar de mis pensamientos. Greta y yo nos sentamos bastante separados, ya estaba siendo bastante difícil tenerla al lado en la furgo. Terminé de comer el primero y me salí a fumarme un cigarro, necesitaba escapar de ahí y que me diera el aire.

—¿Cómo estás? —preguntó Loui, que parecía haberme seguido. Sacó el paquete de tabaco del bolsillo de mi chaqueta y me cogió un cigarro—. ¿Cómo lo llevas? Te noto un poco, no sé… ¿Agobiado? —añadió justo antes de encenderse el pitillo.

—Sí, puede ser —contesté tras una calada—. Estoy bastante agobiado, tengo muchas cosas en la cabeza…

—Te van a sentar bien estos días de desconexión, ya verás —me dio un apretón en el brazo —. Nos van a sentar bien a todos…

—Ya, bueno, con ella aquí va a estar difícil para mí lo de desconectar… —gruñí.

—¿Hubieras preferido que no viniera?

—No, claro que no, es la despedida de Samu, se merece que estemos todos… Y yo necesito aprender a estar cerca de ella sin volverme loco, pero todavía me cuesta.

—Es normal, supongo…

—¿Fumando tabaco? —nos interrumpió Piero, que acababa de salir del local y llegaba hasta nosotros negando con la cabeza. Se acercó a Loui, lo abrazó por la cintura y le quitó el pitillo de los labios para darle una calada él—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Solo me fumo alguno de vez en cuando —se rio Loui—, y no tiene mucha credibilidad el médico si me lo quita para fumárselo él…

—Es un sacrificio que hago por tu salud —dijo Piero con una sonrisa—. Cada calada que doy yo, no la das tú…

—Ya, buen intento —volvió a reírse Loui.

Piero lanzó lejos el cigarro y abrazó a Loui por la espalda.

—¿He interrumpido algo? —Le dio un beso en el cuello a su chico.

—No, nada importante —contesté con indiferencia.

—*Cantare d'amore non basta mai… Ne servirà di più per dirtelo ancora, per dirti che… Più bella cosa non c'è, Più bella cosa di te*[6]*…* —empezó a canturrear al oído de Loui.

—¿Y esto? —se rio mi amigo.

—Estoy preparando el terreno —explicó Piero—. Quiero triunfar esta noche… ¿Lo decís así? ¿Triunfar? ¿Se entiende lo que quiero decir?

—Sí, triunfar, se entiende perfectamente —me reí mientras Loui se ponía rojo.

—Lo que no sé es por qué cantas en italiano, conoces canciones de sobra en español… —dijo Loui.

—Porque oírme cantar en italiano te pone más cachondo —susurró Piero y yo solté una carcajada.

—No te rías, cabrón —Loui se rio e hizo el amago de darme una patada en la pierna.

—¿Es verdad eso, nano? ¿Te pone cachondo oírle cantar en italiano? —pregunté riéndome todavía.

—No necesariamente «oírle cantar en italiano», con oírle hablar en italiano ya me vale —se rio Loui también.

Piero y yo nos reímos con él y el italiano aprovechó para susurrarle cosas en su idioma que no entendí, pero tampoco necesitaba saber, me hacía una idea de por dónde iban los tiros.

Salieron entonces los tres que quedaban dentro y reanudamos el viaje. Nos sentamos en los mismos asientos y siguieron poniendo canciones del mismo nivel. La parada me había dado una tregua, pero, de nuevo, las canciones me golpeaban con fuerza.

—*Tengo una mala noticia, no fue de casualidad. Yo quería que nos pasara, y tú, y tú lo dejaste pasar… No quiero que me perdones y no me pidas perdón, no me niegues que me buscaste… Nada, nada de esto, nada de esto fue un error, uh-oh-oh… Nada fue un error*[7]

Joder, ¿en serio? Si llego a intentar buscar yo mismo canciones que hablaran de cómo me sentía, no lo habría hecho mejor… Era como si alguien estuviera dentro de mi puta cabeza.

—*Yo sé de un lugar escondido, que hace tiempo que olvidé. Pero hoy encontré el momento de regresar, y no sé por qué tuve que marchar. Mírame, esta es la verdad. Me acordé de lo que había perdido, una mañana al despertar, ya verás, volveré y la tristeza pasará. Y no sé por qué tuve que marchar. Mírame, esta es la verdad. Todo ha cambiado al salir de esta oscuridad, los malos tragos pasarán. No quedan puertas por abrir al mirar atrás. Aún queda tiempo para volver a empezar. Y al final, al final, un amigo te preguntará por mí, y no sé si sabrás que nuestra casa sigue allí, esperándonos en lo alto del camino, por si un día nos volvemos a encontrar*[8].

Con esa última habían terminado de rematarme. Preferí no decir nada más y cerré los ojos durante el resto del camino. Por suerte, ya estábamos llegando.

DIECISIETE

UNA BUENA CONVERSACIÓN

Llegamos a la cabaña y Samu y Loui van directos a instalarse en sus respectivas habitaciones. Chus empieza a liarse un porro para que, palabras textuales, nos anime en la limpieza y la organización. Marc se va a un rincón del jardín a hablar por teléfono. Piero y yo nos ocupamos de llevar la comida y la bebida a la cocina.

La casa está helada, están todas las ventanas abiertas. Pasamos por el salón camino de la cocina y no están los sofás. El resto de muebles están cubiertos con plásticos. Habrá sido cosa de los obreros, vaya gracia.

Guardamos Piero y yo toda la compra y volvemos al coche a por las maletas. Hemos tardado un buen rato en la cocina, pero Marc sigue hablando por teléfono. Voy hasta la que era nuestra habitación de niños y, al abrir la puerta, encuentro las camas de pie en el centro de la habitación, sin colchones y envueltas en plástico. En ese momento aparece Marc por el pasillo con su maleta, parece que ya ha terminado de hablar por teléfono.

—Esta habitación está inutilizada —le explico.

—Vale —responde serio—. ¿Cuál prefieres? ¿La de tus padres o la de los chicos?

—La de mis padres me trae demasiados recuerdos, pero supongo que a ti te pasará lo mismo.

—Sí, pero no me importa —aclara—. Me la quedo yo, no te preocupes.

—Vale —asiento. Sigue muy serio.

Al abrir la habitación de los chicos, la encuentro igual que la nuestra, también con las camas inutilizadas. Joder con los albañiles, podían haber vuelto a colocar las cosas en el sitio.

Me asomo a la habitación de mis padres, Marc está deshaciendo la maleta.

—La de nuestros hermanos está igual —informo—. Inutilizada también.

—Joder, vaya manera de dejar las cosas —se queja—. Bueno, quédate aquí si quieres. O deja aquí tus movidas y duerme en el sofá, como prefieras.

—Los sofás tampoco están.

—Pero ¿qué mierda han hecho? —pregunta un poco mosqueado.

—Ni idea —encojo los hombros.

—Bueno, Greta, haz lo que quieras. Por mí te puedes quedar aquí conmigo, pero no me montes un numerito por la mañana, que no estoy de humor —dice en el mismo tono serio que tiene desde que hemos salido de casa.

—Vale —respondo y dejo mi maleta en la cama.

Terminamos de deshacer las maletas y nos quedamos un momento en silencio los dos junto a la puerta.

—Bueno —suspiro—, pues estamos de vuelta en esta habitación.

—Sí —asiente él sin cambiar el gesto—, qué casualidad. Igual es una señal, como las de

Chus.

—Una señal ¿de qué? —pregunto.

—De que tenemos que encontrar la manera de estar cerca sin gritarnos o ponernos cachondos —responde igual de serio, me pasa un momento el brazo por encima de los hombros y me da un beso en la cabeza.

—Puede que tengas razón —me río.

—Yo limpio la habitación, vete fuera con estos a limpiar el salón o la cocina.

—¿No quieres que te ayude?

—No, prefiero estar solo, y fuera harás más falta.

—Vale, como quieras.

Salgo de la habitación. Espero que cambie de humor o van a ser tres días muy largos.

Loui y yo nos ocupamos de quitar los plásticos y limpiar el salón. Estamos terminando cuando oímos un ruido metálico fuerte que viene de abajo. Los que estaban en otras habitaciones acuden al salón a ver qué ha pasado. Aparece Chus por la puerta que lleva al sótano con algo en la mano.

—Nano, nano, qué cagada —dice al llegar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Samu.

—Que he ido a poner la calefacción para caldear un poco la casa y se ha roto la soldadura de la llave de la caldera. Qué cagada. Ahora no se puede regular, está al máximo, nos vamos a achicharrar…

No puedo evitar que ese momento me recuerde a otro que viví hace unos años. Miro a Marc. Él me mira de reojo y sonríe sin ganas, también se ha acordado de aquello.

—Bueno, nano, no pasa nada. Si vemos que hace demasiado calor, hacemos una despedida tropical —propone Samu.

Marc se va hacia la cocina y sale al momento con una cerveza.

—Ya he terminado de limpiar la habitación —dice—. Si alguien me necesita, estaré en el jardín de atrás.

Y sale por la puerta trasera.

Chus y Samu bajan al sótano y vuelven a subir con un montón de cojines.

—Los sofás están en el sótano —explica Samu—, pero está difícil llegar hasta ellos y volverlos a subir… Yo pasaría de ellos y montaría un *chill out* con estos almohadones.

—No es mala idea —asiento.

Acomodamos los cojines sobre la alfombra y dejamos un lugar bastante acogedor, dadas las circunstancias.

Veo a Piero hablar un rato con Chus y luego salir por la puerta del jardín con un par de cervezas.

✶ ◦••◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦••◦ ✶

Estaba sentado en nuestra guarida secreta, en la casita del árbol, con la espalda apoyada en una de las paredes, frente al hueco que había dejado la pared que no había resistido el paso del tiempo. Faltaba también parte del tejado. Álvaro había sido realmente bueno construyendo cosas,

pero hacía muchos años que nadie se había ocupado de cuidarla y el tiempo le había pasado factura. Aun así, lo que quedaba de ella era un buen lugar en el que estar cómodo y aislado un rato.

Empezaba a anochecer cuando noté, por el temblor del árbol, que alguien subía. Apareció la cabeza de Piero por la trampilla.

—Hola —dijo al asomarse—, ¿quieres compañía?

—Claro —sonreí sin ganas—, ¿qué te cuentas?

Se sentó a mi lado y me pasó una de las dos cervezas que traía. Sacó algo del bolsillo.

—Chus me ha dado maría y papel. Solo me falta el tabaco, ¿tienes? Porque un canuto solo de maría puede ser muy fuerte para empezar…

—Claro —sonreí y le pasé la cajetilla—, toma.

Se lo lio en un momento y le dio un par de caladas antes de pasármelo. Yo hice lo mismo. Nos lo fumamos entre los dos en silencio.

—¿Te apetece contarme lo que te pasa? —preguntó al cabo de un rato.

—No me pasa nada.

—Ya, bueno, no me lo cuentes si no quieres. Lo entiendo. ¿Cómo están las cosas con Greta después de lo de esta mañana?

—Bien —contesté—. Me ha pedido disculpas, ya está todo arreglado. Amigos otra vez.

—¿Solo amigos? —preguntó.

—Claro.

—Ayer parecía que querías algo más…

—Bueno, eso era ayer —contesté dándole un trago a la cerveza—, pero hoy ya paso. No voy a darle el poder de que siga jugando conmigo.

—Ella no ha jugado contigo.

—Ya lo creo que sí —me reí.

—Te aseguro que no.

—Pues entonces es que está zumbada…

—¿Zumbada? —dijo con un gesto en la cara como si no entendiera la palabra.

—Perturbada, inestable, trastornada… loca como una cabra, vaya.

—Entiendo —se rio—. Bueno, tampoco es eso… Por lo que me ha dicho, se ha sentido avergonzada de pensar que la habías visto desnuda.

—Vaya excusa de mierda —me reí y le di otro trago a la cerveza—. La he visto desnuda un millón de veces…

—Pero antes, desde que nació la niña está llena de complejos, está convencida de que se le ha quedado cuerpo «de madre».

—Su cuerpo no es «de madre», es «de puta madre» —solté una carcajada y él soltó otra. Joder, se me había olvidado lo rápido que subía la marihuana.

—Llevo años diciéndoselo, pero no escucha —se rio y encogió los hombros—. Ella, por lo que sea, se ve así y no hay nada que hacer para que cambie de opinión.

—Bueno, eres médico, algo de psiquiatría sabrás —me reí mientras cogía la maría para liar otro canuto.

—No está como para psiquiatra, pero igual un psicólogo no le vendría mal… En cualquier caso, la psiquiatría tampoco es mi especialidad, la he tocado poco.

—Y ¿cuál es tu especialidad? —pregunté mientras me encendía el canuto.

—Obstetricia.

—¿Eso qué coño es?

—Embarazos, partos, postpartos… Esas cosas…

—Lo que viene a ser un gay viendo coños todo el día, ¿no? —me reí y le pasé el canuto.

—Es una forma de verlo. Me gusta más lo de «acompañar a las mujeres en ese momento difícil», «traer nuevas vidas al mundo», «fomentar el parto respetado»… Pero bueno, que tu definición también es correcta —soltó una carcajada. Yo me reí también.

—¿Y por qué elegiste eso? ¿Era lo que querías? No sé cómo se elige la especialidad, ¿va por nota también?

—Sí. No tenía nada clara la especialidad hasta el día que nació tu hija. Fue a la vez el peor y el mejor día de mi vida —se rio.

—¿Entraste al paritorio con ella? Debería haber estado yo allí, joder.

—¿Paritorio? ¿Qué paritorio? Ojalá —se rio—. ¡Pero si la niña nació en casa!

—Joder, no le pega nada a Greta el rollo ese tan *hippie* como para parir en casa y todo.

—Créeme, no fue decisión suya —se rio—. Hubo unos días de lluvias torrenciales y se inundó la carretera de acceso a la aldea. No pude salir de allí, no fui a clase esa semana, y justo fue cuando se puso de parto, todo muy de película.

—Ya —me reí—. Pues menos mal que tenía un médico en casa, ¿no?

—Qué va, qué va —se rio—. Menos mal que estaba la *nona* y sabía qué hacer. Yo entré en pánico y empecé a repasar temas de mis libros y apuntes para recordar lo que tenía que hacer, pero tampoco pienses que fue muy útil… Por suerte, fueron DIECISIETE horas y me dio tiempo a todo —volvió a reírse.

—Joder, diecisiete horas… ¿Lo pasó mal? —Cogí el canuto que me pasó de vuelta.

—Lo pasamos mal todos —dijo todavía riéndose—. Ahora me río, pero fue horrible. No he pasado tantos nervios en la vida… Pero luego, cuando por fin nació Gina, no te sé explicar la sensación de haberla ayudado a nacer… De repente lo tenía claro, eso era lo que quería hacer.

—Entonces parió a pelo, ¿no? Sin anestesia ni nada…

—Claro, si estábamos en casa… ¿Qué anestesia íbamos a tener? Tenías que haberla oído gritar…

—Sí, tenía que haber estado allí…

—En realidad, no querrías haber estado —se rio—. Me cogía así —me agarró la camiseta con los puños cerrados—, y gritaba: «¡Todo esto es culpa de Marc! ¡Lo voy a matar!» —añadió con una carcajada y me soltó—, y al momento lloraba: «Tendría que estar aquí, tendría que habérselo dicho», y luego le llegaba otra contracción y gritaba: «¡Mamá! ¡Llama a mi madre y que venga! ¡Quiero que esté aquí mi madre!»… Así se tiró unas dos horas sin parar… Ahora me río, pero no sabes el rato que pasamos la *nona* y yo…

—Si llego a estar, me habría llevado bronca seguro —me reí.

—Seguro —se rio también—, estaba como fuera de sí. Pero lo importante es que todo salió bien.

—Pues sí, menos mal —apuré el canuto—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué?

—Ocuparte de ella, llevarla a vivir a casa de tu abuela, no sé, todo… Le salvaste el culo.

—No sé, nos conocimos en un momento en el que los dos estábamos muy solos… Es una larga historia, pero yo estaba fatal también. Nos hicimos inseparables enseguida… Ella tenía una compañera de habitación insoportable y yo, al estar en el último curso, tenía habitación individual. Se instaló conmigo casi desde el día que nos conocimos… Nos apoyamos mucho el uno en el otro… Vino varias veces conmigo a Sicilia a ver a la *nona* y congeniaron muy bien también… Cuando finalmente le contamos la situación de Greta, fue la *nona* la que sugirió que

se quedara con ella… Además, que tuviera a la niña fue en parte culpa mía, me sentía un poco responsable —se rio.

—¿Culpa tuya? —me reí también—. Culpa mía en todo caso…

—Qué va, cuando yo la conocí iba a abortar, lo tenía clarísimo, tenía hora en la clínica y todo… La acompañé para que no fuera sola y, estando en la sala de espera, le entraron las dudas y me preguntó si estaba haciendo lo correcto. Yo le dije que era solo decisión suya, pero que yo envidiaba a las parejas heteros por eso, que era algo que yo no podría tener, una persona que fuera mitad mía y mitad de la persona que más quiero (soy un romántico incurable) —se rio—. Le dije que yo no podría hacerlo, aunque solo fuera por la curiosidad de conocer a esa persona y ver qué tiene de cada uno… Entonces ella se mosqueó, devolvió el formulario que estaba rellenando y me dijo «vámonos». Al salir de la clínica tiró el paquete de tabaco que llevaba en el bolso a la primera papelera que encontramos y dijo algo así como «puto Marc». —Soltó una carcajada. Yo me reí también.

—La verdad es que la cría es una pasada —suspiré—. Menos mal que ha sacado más de ella que de mí.

—Bueno, tiene más de ella, claro, pero también de ti… Mira que te conozco poco, pero te he visto gestos que me recuerdan a Gina…

—Supongo, no sé, aún no la conozco casi.

—Bueno, es cuestión de tiempo…

—Oye, ¿y tú por qué hablas tan bien español?

—Mi otra abuela, la madre de mi madre, era española. Vivían en Italia, pero cuando murió mi abuelo se volvió a España con los hijos menores. Mi madre era la mayor y se quedó, ya estaba casada. He pasado toda la vida los veranos en Galicia. Mi abuela ya murió, pero sigo teniendo un montón de tíos y primos allí. También, por movidas familiares, estudié tres años de la carrera en España, de los cuales estuve dos con un novio *galleguiño*… Aunque resultó ser un cabrón que estaba con más gente —se rio.

—Yo he sido de esos —me reí también—. No es que esté orgulloso ahora mismo, pero en su momento no sentía que estuviera haciendo algo malo… Era bastante gilipollas.

—Bueno, en cierto modo sigues un poco con ese juego, ¿no?… Después de lo que le dijiste ayer a Greta, hoy suplicándole a tu novia que no te dejara… Suena un poco a lo mismo…

—¿Suplicándole que no me dejara? —me reí—. Para nada. Le estaba pidiendo disculpas por una cosa muy chunga que había pasado. Le debía una disculpa, pero no le estaba pidiendo que no me dejara, ni de coña, vaya…

—¿Qué cosa chunga?

—No sé si debería contártelo —me reí y le di un trago a la cerveza—. Bueno, ¿qué más da? Le he dicho que no estábamos bien y que deberíamos dejarlo, pero ella no quería. Se ha puesto cariñosa y, sin darme cuenta, la he llamado Greta.

Piero soltó una carcajada.

—Sois tal para cual —se rio—. A Greta también le pasó eso con un chico con el que se lio. Claro que en su caso fue distinto, era un rollo, no un novio de más de un año.

—Ya, qué capullo estoy —me reí—. Pero bueno, que le estaba pidiendo perdón por eso, no le estaba suplicando que no me dejara ni nada por el estilo.

—Ya veo —se rio y miró su reloj—. Oye, ¿vamos para dentro? Es bastante tarde, habrá que ir pensando en cenar…

—Vale, vamos —asentí—. Ya estoy de mejor humor, la maría nunca falla —me reí.

—Tenemos que agradecer a las señales del universo por eso. —Los dos soltamos una

carcajada.

DIECIOCHO

EL JUEGO

Bajar de la casita del árbol con la fumada que llevábamos Piero y yo no fue tan fácil como habíamos esperado. No nos despeñamos de milagro.

Llegamos a la casa muertos de risa. El calor que hacía dentro nos dio una bofetada al entrar. Samu, Chus y Loui iban en pantalón corto y sin camiseta. Era la primera vez que veía así a Loui fuera de la playa o la piscina.

Greta estaba en un rincón hablando por teléfono. Llevaba un pantalón corto rojo con el ribete blanco (de esos que llevaban nuestros hermanos en los años ochenta) y una camiseta de tirantes de chico en la que se leía «MUNDIAL 82» (dibujo de Naranjito incluido).

—Cuerpo de madre… —murmuré para que solo me oyera Piero—. La madre que la parió… Si de verdad piensa eso, está como unas putas maracas…

—Lo sé —se rio Piero.

—Joder, qué calor —me quejé.

—Pero mira a mi chico, ¡qué sexi está! —exclamó Piero a un volumen bastante alto para que lo oyeran los demás. Loui se puso muy rojo, nunca le ha gustado ser el centro de las miradas.

—Tíos —nos dijo Chus—, hemos subido del sótano una caja con ropa de verano, por si os hace falta.

—A mí no —respondí con alivio—, me he traído un pantalón corto por si hacía calor. Voy a cambiarme.

—Genial, a mí sí —dijo Piero mientras iba a ver la caja que le señalaba Chus.

Pasé cerca de Greta y oí que estaba hablando con la niña.

—… ¿Dónde más habéis ido? ¿En serio? Qué chulo… Vale —se rio—. Te quiero, cariño. Pásame a Estrella o a la yaya… Un besito…

Fui a la habitación y me puse el pantalón vaquero corto que había traído y me quité la camiseta. Aun así, hacía bastante calor. Qué recuerdos me traía esa situación…

Volví al salón y al momento apareció Piero, que también se había cambiado. Solo llevaba un pantalón corto como el de Greta, pero de color azul. Tenía todos los músculos del cuerpo definidos, parecía el puto *David* de Miguel Ángel.

—Nano, en serio —le dije—. ¿Puedes dejar de dar asco un ratito? Nos dejas fatal a los que somos mortales.

Él me miró con cara de no entender de qué le hablaba, pero los otros tres lo entendieron perfectamente y se descojonaron.

—Loui, dime por favor que este tío tiene algún defecto que aún no hemos visto…

Todos, incluido Piero, empezaron a reírse.

—¿Te vale como defecto que es muy nervioso? —preguntó Loui.

—Me vale regular —me reí.

—Pues pensaré alguno más, a ver si se me ocurre —se rio Loui.

—No, no —negó Piero—, nada de pensar en mis defectos, que tengo muchos… Sigue con tu engaño…

Todos nos reímos. Greta terminó su llamada y se unió a nosotros.

—¿De qué os reís? —preguntó al llegar.

—Estamos intentando sacarle algún defecto a Piero —explicó Samu—. Igual puedes ayudarnos con eso.

—Oh, ya lo creo que sí —dijo Greta con una sonrisa maliciosa.

—No, no, *bella* —Piero le tapó la boca con la mano—, no les cuentes, que seguro que tú sabes muchos…

—Pues a ver… —Greta se apartó la mano de Piero y llevó la suya a la barbilla como si tramara un malvado plan—. Es muy despistado, pero mucho… Menos mal que no es cirujano, porque sería de los que se dejan cosas dentro de los pacientes…

—No hay pruebas de eso —se rio el italiano—, son solo suposiciones… Y nunca me ha pasado en una cesárea…

—De momento solo has hecho dos cesáreas, es pronto para establecer un patrón, pero a ver, a ver, más cosas… —siguió Greta—. Le cuesta terminar lo que empieza… Hace tantas cosas a la vez que la mayoría se quedan a medias…

—Vale, vale, suficiente —dijo Piero—. Ya está bien de hablar de mis defectos. Contadme los vuestros…

—No tenemos, nano —intervino Chus—, nosotros sí somos perfectos.

En ese momento sonó el timbre del horno.

—Ya están las *pizzas* —anunció Samu—. Vamos a cenar.

—¿En serio? —se rio Greta—. ¿Le vais a dar *pizzas* congeladas a un italiano?

—*Oh, porca miseria!* —se quejó Piero.

—Nano, es lo que hay —dijo Samu—. Si para mañana quieres currarte tú las *pizzas*, estaremos encantados… Seguro que es de esas cosas que también haces de puta madre…

—Sí —confirmó Greta—. Y no es de las cosas que deja a medias, la comida siempre la termina…

✶ ◦•◦•◦•◦•◦•◦ ❍ ◦•◦•◦•◦•◦•◦ ✶

Nos sentamos los seis a cenar en la mesa de la cocina. Piero y Marc no paran de decir tonterías y reírse, parece que llevan una buena fumada de maría, nos sacan mucha ventaja. Yo no he querido fumar ni beber antes de hablar con Gina, pero ahora ya puedo ponerme a su nivel. Con el calor que hace, la cerveza fresquita entra sin darte cuenta. Nos comemos las *pizzas* y el resto de gorrinadas que hay sobre la mesa y luego empezamos a jugar a lo de beber echando una moneda en los vasos, cuántos años hace desde mi última vez. Chus empieza a liar porros de maría hasta que todos vamos tan ciegos y tan fumados como iban Piero y Marc hace un momento.

Samu propone pasar al salón y seguir con algún otro juego. Nos levantamos todos de la mesa muertos de risa y tambaleándonos un poco. Estoy a punto de salir de la cocina cuando noto que

Marc me abraza por detrás (ese olor es inconfundible) y me susurra al oído.

—Te quiero mucho, nena. Supongo que lo sabes, aunque creo que nunca te lo había dicho.

Me da un beso en la mejilla y me suelta. Yo me quedo congelada en el sitio.

—Tienes que mover un pie y después el otro, así hasta llegar al salón —me susurra otra vez, ahora muerto de risa.

Me giro a mirarle y él me ofrece su sonrisa más matadora.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—¿Por qué me has dicho eso ahora?

—No sé —se ríe—, me ha salido así. Me apetecía decírtelo. Igual es que voy muy ciego y he llegado a la fase «exaltación de la amistad».

Apoya sus manos en mis hombros mientras se ríe. Hace que me gire y me empuja durante todo el camino hasta el salón. Se detiene cuando llego junto a Piero, que ya está sentado en el suelo, y se sienta a mi otro lado. Me siento yo también, justo entre ellos dos.

Chus saca una bolsa de la caja de ropa que habían subido del sótano.

—A ver, tíos, hay cantidad de disfraces en el sótano —nos explica—. He subido esto, puede ser divertido.

Saca de la bolsa una corona y se la da a Samu.

—La corona para el rey, que es su noche.

—Eso es —Samu se la pone—. Soy el rey, soy el puto amo.

—El sombrero de bufón para mí —Chus saca un gorro de la bolsa y se lo pone—, porque… bueno, no hace falta explicarlo —se ríe y nos contagia a todos.

—Para Piero, está claro —Chus saca otro gorro de la bolsa—. El sombrero de mafioso.

—*Mai andare contro un siciliano quando è in gioco la morte* —dice Piero poniéndose el sombrero de medio lado. Tiene una pinta muy graciosa solo con el pantalón de deporte de mi hermano y el sombrero.

—A mí me hablas en cristiano, nano —se queja Chus.

—Ha dicho algo así como que nunca vayas contra un siciliano cuando está en juego la muerte —le explico.

—Es una frase de una película vieja, *La storia fantastica*, la habéis visto seguro —aclara Piero.

—¿La historia fantástica? No me suena nada —digo.

—Ni a mí —añade Chus—, ni puta idea.

—No sé cómo se llamó aquí —dice Piero—, en inglés era algo así como *The Princess Bride*, creo…

—*La princesa prometida* —sugiere Loui.

—Ah, joder, ya sé cuál es —dice Chus—. Vaya traducción de mierda al italiano…

—Ya —se ríe Piero.

—Pues mira —dice Chus—, tenemos aquí un antifaz negro, y también hay un pañuelo, que es lo que lleva el chico de esa peli. Esto para Marc. —Se lo da—. Y también hay una peluca rubia que puede colar como la de la princesa, para Greta. —Me la da a mí.

Cojo la peluca y veo que es la que me puse el día del cumpleaños de Marc, cuando estábamos aquí los dos solos. Me río y se la enseño a él.

—No te la pongas, o no respondo… Acabaremos igual que la última vez que te la pusiste —sonríe y susurra para que solo lo oiga yo.

—Pues ya me dirás qué excusa pongo —le contesto en el mismo volumen y sonriendo también.

—Te lo cambio —dice él a un volumen normal—. Yo la princesa y tú el pirata Roberts. Que la última vez que me negué a hacer de princesa la cosa acabó fatal —se ríe.

—¿De qué hablas? —le pregunto confusa.

—De cuando nos caímos de la casa del árbol, en mi octavo cumpleaños —me guiña un ojo.

Me acuerdo de ese día. No sé por qué se ha acordado de eso él ahora, con la de años que hace de aquello. Me quita la peluca de la mano y me pasa el antifaz y el pañuelo. Él se pone la peluca y yo lo que me acaba de pasar.

—Mira, un sombrero que parece de Indiana Jones —sigue Chus—, este para Loui, nuestro trotamundos aventurero —se ríe mientras se lo pasa. Loui se lo pone en cuanto lo recibe—. Pues ya estamos todos, esto ya parece una fiesta.

Miro a Marc, no solo me sorprende que se haya prestado a disfrazarse, sino que se haya ofrecido a ponerse una peluca de tía. Qué ciego tiene que ir.

—Bueno, esto es gracioso para un rato —advierte Marc—, pero da un calor de la hostia… Yo no sé cuánto voy a aguantar…

—Con esa peluca te pareces a tu novia, nano —se ríe Samu—. Y hasta te quejas como ella.

—Pues está difícil eso, tío —responde Marc—, porque yo ya no tengo novia.

Nos quedamos todos callados un momento.

—¡Pero ¿qué me estás contando?! —exclama Samu—. ¡¿Por qué no lo habías dicho?!

—Porque no ha surgido, lo digo ahora —contesta Marc con indiferencia.

—Pero ¡eso es una gran noticia! —añade Samu entusiasmado.

—Yo estoy bien, gracias por preguntar —se ríe Marc.

—Pues claro que estás bien —se descojona Samu—, por eso ni pregunto. Estás mejor que con ella seguro. No te voy ni a preguntar por qué habéis roto, se me ocurren un millón de razones… Ahora puedo confesarte que no la quería en mi boda…

—Pues a la boda viene —dice Marc.

—No, nano, ¿por qué? —se queja Samu—. Si ya no es tu novia, ¿qué pinta en la boda?

—Me lo ha pedido, ya tiene comprado el vestido y todo el rollo. Dice que le parece humillante explicar en su casa que hemos roto a menos de una semana de la boda. Además, que si anulo a un invitado con tan poco tiempo, a mi madre le puede dar un ictus, y mi hermana me corta los huevos…

—Por tu hermana no te preocupes, me encargo yo —dice Samu.

—Tío, que me lo ha pedido, viene y punto, no es para tanto. Se lo debo.

—Bueno, que venga si es lo que quieres… Pero busca una excusa para que no salga en las fotos familiares… No la quiero de recuerdo para siempre —se ríe Samu.

—Bien —sonríe Marc—. Algo me inventaré.

—Bueno, Chus —Samu se pone de pie—. Vamos a por bebida. Vamos a jugar a algo.

Chus y él van hacia la cocina. Piero y Loui están a su rollo hablando en susurros. Me acerco a Marc y le hablo igual de bajito, para que solo me oiga él.

—¿Te ha dejado por todo lo que largó Estrella ayer? Puedo hablar con ella si quieres y decirle que no tiene nada de lo que preocuparse…

—¿No lo tiene? ¿Estás segura de eso? —me pregunta al mismo volumen con una sonrisa.

—No estoy segura de nada —intento no sonreír—, pero, si te ayuda, puedo hablar con ella.

—Tranquila, nena, que ni me ha dejado ella, ni ha sido por eso…

—Vale —susurro—, como quieras. Me sabría fatal si hubiera sido por mi culpa…

—Ha sido culpa mía por alargar tanto tiempo algo que no iba a ningún lado. Por primera vez he sido sincero con ella y conmigo. A partir de ahora quiero serlo, completamente. Luego

hablamos. —Me da un beso en la mejilla.

—¿De qué? —le pregunto un poco nerviosa. Imagino a lo que se refiere, pero quiero un adelanto.

—Tú piensa en todo lo que ha pasado: el armario, la canción en el bar, la habitación, la calefacción estropeada, la peluca… Son muchas casualidades… Por bastante menos que eso, Chus ha pillado maría —se ríe con los ojos brillantes por el alcohol.

—¿Qué intentas decirme? —le pregunto en apenas un murmullo—. ¿Que nos debemos un último polvo?

—No, para nada —se ríe y se acerca a mi oído—. Nos debemos mucho más que eso… Nos debemos un nuevo principio, nos debemos una nueva vida, juntos —susurra.

Siento que me falta el aire. ¿De verdad me acaba de decir eso? ¿Ha sido todo cosa del alcohol? No le pega nada decir una cosa así. No sé cómo reaccionar. Quiero besarle, pero no es el momento. Joder, ¿por qué me ha dicho esto ahora? Porque yo he insistido, claro. Veo que Samu y Chus están a punto de volver de la cocina, no nos queda mucho tiempo, pero no puedo dejar esta conversación así.

—¿Qué significa eso? ¿Qué intentas decirme? —Le cojo la mano para que me mire—. Y no puedo creer que me hayas dicho algo así con una peluca puesta.

—Yo creo que lo has entendido perfectamente, pero voy a intentar decírtelo más claro.

Se ríe y se quita la peluca. Luego me quita a mí el antifaz y el pañuelo y se acerca a mi oído de nuevo.

—Intento decirte que creo que llevo desde que nací enamorado de ti. Y que quiero pasar el resto de mi vida contigo —susurra tan bajito que dudo de si lo he oído bien.

Samu y Chus llegan hasta donde estamos y se sientan en la alfombra completando el círculo que han dejado a medias al marcharse. Marc se incorpora y vuelve a la posición en la que estaba antes de decirme eso que me acaba de decir que me ha dejado en estado catatónico.

—¿Ya lo has entendido? ¿Te ha quedado claro? —me pregunta a un volumen normal con su mejor sonrisa.

No puedo responder, no puedo reaccionar, creo que me he quedado en estado vegetal. Marc no deja de mirarme y sonreír.

✶◦•◦•◦•◦•◦❍◦•◦•◦•◦•◦✶

Greta no dijo nada. Se había quedado como congelada. Me daba risa. Igual no debería haberle dicho eso en un momento así. Debería haber esperado a estar solos, pero iba demasiado ciego y ella había insistido. Curiosamente, no me daba miedo que ella no sintiera lo mismo. Era una posibilidad que contemplaba y que podía soportar. Sentía que era algo que tenía que decirle, se lo debía a ella y me lo debía a mí. Y ya estaba hecho, ya estaba dicho.

—Tíos —se quejó Chus—, ¿ya os habéis quitado los disfraces? Qué cortabolas sois…

—Ha sido cosa de fuerza mayor —aclaré—, además, daban mucho calor. Si hacen falta para algo, nos los ponemos en un momento, pero todo el rato es mucho sufrir sin sentido.

—Bueno —Samu dejó en el centro del círculo un par de botellas de mistela y una de tequila —, vamos a jugar.

Chus repartió vasos de chupito para todos.

—¿A qué, nano? —preguntó Loui.

—A «beso, verdad o atrevimiento» —dijo Samu con una gran sonrisa.

—¿Qué dices, tío? —pregunté yo muerto de risa—. ¿Qué tenemos? ¿Catorce años?

—No, tenemos veinticuatro —sonrió Samu—, pero puede ser igual de divertido… o más. El rollo es que en cada ronda bebemos un chupito de mistela, pero si alguien no quiere hacer la prueba que le toca o contestar a la pregunta que se le haga, tiene que beberse tres chupitos de tequila del tirón.

—¿Tres chupitos de tequila del tirón? —preguntó Loui asustado—. Eso no lo soportamos ninguno ni estando sobrios… Menos aún con el ciego que llevamos todos.

—Es la idea —sonrió Samu—, que nadie tenga opción de rajarse.

—Vaya tela, pues espero que nadie se pase con las pruebas o las preguntas… —se quejó Loui.

—Yo no sé jugar a eso —dijo Piero.

Entre Greta y Loui le explicaron en un momento las reglas del juego. Le pareció muy divertido.

—Bueno —siguió Samu—, empiezo yo, que soy el novio. Elijo a Piero, que es al que menos conozco.

—Ahora tienes que elegir si quieres besar a alguien, si quieres contestar a alguna pregunta (que será indiscreta seguro) o hacer alguna prueba (que será alguna barbaridad) —le explicó Loui.

—Vale, entiendo —asintió Piero—. Elijo verdad, no quiero elegir una prueba sin ver alguna antes…

—Guay, verdad. —Samu se frotó las manos—. A ver… Lo tengo, ¿te has tirado a una tía alguna vez?

—¿Tirado? —preguntó Piero confundido.

—Acostado, follado, hecho el amor… —le explicó Samu.

—Ah, vale, entiendo. La respuesta es *sí*.

—¿Cuándo? ¿Cuántas? —insistió Samu— Tienes que contarlo.

—Vale, vale, no sabía, no conozco el juego…

—Pues venga, dispara —se rio Samu.

Entré un poco en pánico. Deseé con todas mis fuerzas que no dijera *Greta*.

—Solo una vez —confesó Piero—. Isabella Lombardi, primer año de universidad. No fue buena experiencia, llegué hasta el final, pero se me quitaron las ganas de repetir —añadió como si un escalofrío le recorriera la espalda.

Él y Loui se rieron, supuse que ya le había contado la historia.

—Vale, te toca —dijo Samu—, ahora tienes que elegir tú a alguien.

—Bien, pues elijo a Greta.

—Oh, si Greta elige verdad, déjame hacer a mí la pregunta —se rio Samu.

—Vale —aceptó Piero.

—Greta no elige verdad —se rio ella—, que ya sé lo que me preguntarías, cabrón.

Samu soltó una carcajada.

—Elijo beso —dijo ella.

—Vale —intervino Chus—, pero de beso no vale un piquito de mierda. Tiene que ser un beso de verdad y largo. Yo pondré una canción para ambientar. —Cogió su estuche de cientos de cedés que había dejado junto al equipo de música—. Cuando sepamos a quién tienes que besar,

elijo canción.

—¿Quién lo decide? —preguntó Piero—. ¿Yo?

—Sí, tú —confirmó Samu—. ¿A quién tiene que besar Greta?

—¿Puedo elegir a cualquiera?

—Claro.

—¿A mí mismo? —preguntó Piero.

—Sí —se rio Samu—. Loui, cuidado con este tío que parece un gay de pacotilla…

Loui se rio.

—No, *caro mio* —dijo Piero—, es solo un juego. Mucho amor, nada de pasión. Eso solo para ti.

—Lo sé —volvió a reírse Loui.

—Oh, ya sé la canción perfecta. —Chus empezó a trastear en su estuche interminable de cedés.

Localizó el que buscaba y lo puso en el equipo de música. Piero, que estaba de rodillas sentado sobre sus talones, se levantó de un salto y le tendió una mano a Greta.

—Bésame, *bella* —dijo.

Ella se rio, cogió su mano y se puso de pie. Empezó a sonar la canción[1]. Todos menos Piero la reconocimos y empezamos a descojonarnos.

Yo sono il capone della mafia / Yo sono il figlio della mia mamma / Tu sei uno stronzo di merda / E un figlio di Troia in Venezia…

—Pero ¿qué es esto? —preguntó Piero riéndose y arrugando las cejas.

—Esto es la fusión perfecta de Italia y España —afirmó Chus muerto de risa.

—Pero ¿entendéis lo que dice? —Piero no paraba de reírse—. Es absurdo.

—Lo suponíamos —confirmó Samu—. Bueno, al lío, que os tenéis que besar, no analizar la canción.

—*Andiamo* —le dijo Piero a Greta.

La abrazó y se inclinó sobre ella como en las películas. Empezaron a besarse mientras Chus y Samu aplaudían y silbaban. Loui se reía. Me miró y yo me reí también. Me habría cambiado por Piero en ese momento, pero tampoco me hubiera gustado que me eligiera a mí. Quería besarla, claro, pero no delante de todos. Esto era un juego, era mejor tomárselo así y reírse de la situación.

Seguían besándose cuando la canción llegó al estribillo.

Vamos juntos hasta Italia / Quiero comprarme un jersey a rayas / Pasaremos de la mafia / Nos bañaremos en la playa

Los dos empezaron a reírse hasta que llegó un momento que tuvieron que dejar de besarse y se pusieron a bailar el resto de la canción.

—Creo que es la canción más absurda que he oído —dijo Piero.

—Bueno —se rio Chus—, creo que podría encontrar alguna peor, aunque no con parte en italiano.

Acabó el tema y los dos volvieron a sentarse.

—Greta, te toca —siguió Chus.

—Vale, Samu —contestó ella—. Si nos haces jugar a esto, tienes que pringar como el que más.

—Verdad —se rio Samu—. Empezamos flojo.

—Vale, a ver, no sé qué preguntarte… Venga, la boda… ¿Estás nervioso? ¿Tienes dudas? ¿Te arrepientes un poco? ¿Sientes que os estáis precipitando?

—Qué fácil —sonrió Samu—. No a todo. Estoy enamoradísimo, lo estoy deseando, no veo el momento.

—Qué baboso eres, nano —se rio Chus.

—Venga, me toca otra vez —dijo Samu—. Chus, por hablar.

—Atrevimiento —respondió Chus—, con un par, soy el más valiente de todos.

—Guay —se rio Samu—, a ver, sal al jardín y date una ducha con la manguera.

—¿Qué dices, nano? Tiene que hacer un frío de la hostia —se quejó Chus.

—Tú has elegido —volvió a reírse Samu.

—Venga, voy. —Chus se puso de pie.

Fue hasta el jardín y encendió la manguera. Lo veíamos a través de la cristalera. Se empapó entero y le oíamos gritar. Nosotros nos reíamos. Greta se levantó y fue a por una toalla para esperarlo. Él se la agradeció y se secó como pudo.

—Bueno, ya terminaré de secarme con el calor que hace aquí dentro —se rio—. Venga, me toca. Greta.

—¿Otra vez yo? —se quejó ella—. Si lo sé no te llevo la toalla, cabrón.

—Es lo que hay —se rio Chus encogiendo los hombros.

—Bien, pues beso otra vez, que de ti sí que no me fío con cualquier otra opción… —se rio ella también.

—Vale —sonrió Chus—. Besa a Marc.

DIECINUEVE

SAMU DESATADO

—¿A Marc? —pregunto para ganar tiempo.

—Claro —se ríe Chus—. Ahora mismo es el único que no tiene pareja, no se puede meter en un lío. Además, que a Samu ya le besaste… Venga, voy a buscaros una canción…

Me giro hacia Marc, que me está mirando y se ríe.

—Podría ser peor, nena —dice entre risas—, podría haberse marcado un Piero y haberse elegido a sí mismo… Yo al menos soy más guapo que él.

—¡Qué cabrón! —se ríe Chus—. ¡Oh, ya sé qué canción!

Chus pone el cedé en el equipo de música. Marc me pregunta con un gesto si estoy nerviosa. Yo asiento y los dos nos reímos. Se acerca a susurrarme al oído.

—Tarde o temprano iba a pasar esto… ¿O no?

—Pero no delante de todos —le contesto al oído con una risita nerviosa.

—Una nueva experiencia, más emoción… —se ríe con los ojos brillantes, va más ciego aún que yo.

—Bueno, dejaos de escuchitas y al lío —dice Chus dándole al *play* del equipo de música.

Empieza la música y me suena mucho, pero no identifico la canción[1]. Se oye un «*ahí vamos*» y cambia la musiquilla, ya sé cuál es. Es una canción más famosa aún que la nuestra. Marc se ríe mientras se pone de rodillas, girado hacia mí. Yo hago lo mismo.

—¿En serio, nano? ¿Esta canción? —pregunta Marc.

—Claro, tío, esta canción es perfecta para un beso.

—Venga, nena, ahí vamos —me sonríe y se inclina hacia mí.

Cierro los ojos justo antes de notar sus labios sobre los míos. Es tal como lo recordaba… o mejor. Sus labios suaves, su calor, sus movimientos… Nadie me ha besado nunca como él. Después de lo que me ha dicho hace un rato, siento el beso como más intenso, pero puede que sea todo sugestión mía… El tío de la canción empieza a cantar.

Déjame atravesar el viento sin documentos / Que lo haré por el tiempo que tuvimos / Porque no queda salida porque pareces dormida / Porque buscando tu sonrisa estaría toda mi vida…

A Marc se le acelera la respiración. Pone las manos en mi cara y me besa con más ganas. Me contagia enseguida. Llega el estribillo y creo que a los dos se nos olvida que tenemos público.

Quiero ser el único que te muerda la boca / Quiero saber que la vida contigo no va a terminar…

Atrapa mi labio entre los suyos por un momento y yo me obligo a recordar que no estamos solos. Su lengua y sus labios juegan con los míos como han hecho tantas veces, como sabe que me gusta. Los cuatro últimos años se borran de golpe. Esto es lo que quiero, para siempre, no tengo ninguna duda.

Porque sí, porque sí, porque sí / Porque en esta vida no quiero pasar un día entero sin ti / Porque sí, porque sí, porque sí / Porque mientras espero, por ti me muero y no quiero seguir así…

Sigue besándome, no parece tener intención de parar. Yo también quiero seguir, me da igual que nos estén mirando. El beso largo con el que hemos empezado da paso a besos cortos y hambrientos, quizá un poco desesperados. Ahora mismo solo importamos él y yo, lo demás me da igual.

Seguimos así durante un rato hasta que noto que Piero tira de mí y me separa de Marc.

—*Bella* —susurra—, ya podéis parar. Ha terminado la canción.

Marc se me queda mirando fijamente y sonríe. Samu y Chus nos miran con cara de flipados.

—Vale, tíos, ¿qué cojones ha sido eso? —pregunta Samu—. Me habéis puesto un poco cachondo y todo. Voy a llamar a Estrella.

—Sí, nanos, y yo a Vero.

Los dos se levantan y salen de la habitación.

—Os podíais haber cortado un poco —se ríe Loui—. Ya os vale.

—Nos hemos cortado —contesta Marc también riéndose—, solo nos hemos besado…

—Ya, solo un beso… Un beso de lo más normal, ¿no? —sonríe Loui—. Ven, Piero, acompáñame un momento a la habitación, vamos a dejarles solos…

Y se van.

—Bueno —dice Marc con una sonrisa—, ¿tenemos nueva canción? Esta no es malrollera como la otra… —Apoya su frente en la mía y cierra los ojos—. Igual nos trae mejor suerte…

—No quiero perder la otra tampoco —contesto rozando mi nariz en su mejilla—, yo me quedaría con las dos…

—Podemos tener todas las que quieras. —Suelta un pequeño gemido y coge mis manos.

—Lo que me has dicho antes… ¿Iba en serio? —pregunto con un hilillo de voz.

—Nunca diría algo así si no fuera en serio —contesta con su mejor sonrisa apretándome las manos.

—Nunca te hubiera imaginado diciendo algo así —me río.

—Pues ya ves —sonríe, encoge los hombros y roza sus labios con los míos.

—Me da miedo que lo haya dicho el alcohol, vas muy ciego…

—Los borrachos dicen la verdad, ¿no? —Atrapa un momento mi labio entre los suyos—. Pero te lo repito mañana si quieres.

—Claro que quiero —digo con un gemido más evidente de lo que me habría gustado.

Oímos una puerta que se abre y nos separamos rápidamente. Vuelven los cuatro que se

habían ido y nuestra conversación se queda ahí.

Chus empieza a servir otra ronda de chupitos para todos.

✶ ◦•◦•◦•◦•◦❍◦•◦•◦•◦•◦✶

—Bueno, bueno —dijo Samu volviendo a sentarse donde estaba—, sigamos. Greta, te toca.

—Samu otra vez —se rio ella—, que es el que más ganas tiene de jugar.

—Vale, vale, ya veo tu rollo. —Samu achinó los ojos—. Pues, para que lo flipéis a lo grande, esta vez voy a elegir beso. Es mi despedida, es mi última oportunidad de desmadre, y siento curiosidad por besar a un tío, no lo he hecho nunca… Solo te pido que no elijas a Marc, mi curiosidad no es tan grande como para un beso como el que te acaba de dar a ti…

—A ti no te besaría, gilipollas —contesté por alusiones—. Antes me bebo los tres chupitos de tequila.

—No iba a elegir a Marc —se rio Greta—, elijo a Loui, que aún no ha participado.

—Loui me parece buena elección —asintió Samu con una sonrisa.

Loui empezó a reírse. Pensaba que se sentiría incómodo, pero no lo parecía en absoluto, también iba muy ciego.

—A Piero no le gusta esto —dijo el italiano con los ojos entrecerrados—. El dios nórdico es una mala comparación.

—Tranquilo, *caro mio* —se rio Loui imitando lo que le había dicho Piero antes de besar a Greta—, es solo un juego. Mucho amor, nada de pasión. Eso solo para ti.

—Oh, ya tengo la canción —se rio Chus—. A sus puestos.

Empezó a sonar la musiquilla y Loui y Samu se acercaron el uno al otro. Todos empezamos a reírnos y a dar palmas cuando identificamos el tema[2].

Yo no necesito conversar / Porque adivino que ya sabes como soy / Tú me has conocido siempre…

Samu y Loui se inclinaron entre ellos y empezaron a besarse. Intentaban estar serios, pero se notaba que a los dos les daba un poco de risa la situación.

Tú cuando me miras puedes ver / Dentro de mí lo que ni yo puedo entender / Yo te he conocido siempre…

—Pues no conozco la canción —dijo Piero.

—Claro que no —se rio Greta.

Llegó el estribillo y todos empezamos a dar palmas rápidas y a cantar.

Amigos para siempre / Means you'll always be my friend / Amics per sempre / Means a love that go no end / Friends for life / Not just a summer or a spring / Amigos para siempre…

Llegados a ese punto, Samu y Loui no pudieron aguantar la risa y dejaron de besarse.

—Vale —dijo Loui—, ya has tenido suficiente experiencia.

—Sí, nano —se rio Samu—, me quedo con mi Estrella… Pero tú, *caneloni* —añadió señalando a Piero—, eres un tío con suerte.

—Lo sé —sonrió Piero.

—Pero ha sido un juego, ¿eh? —añadió Samu—. No quiero una *vendetta* de mafioso mientras duermo.

—No prometo nada —dijo Piero todavía riéndose.

—Venga, me toca —siguió Samu—. Marc, elige, que aún no has jugado.

—Joder, pensaba que me podría escaquear —me reí—, venga, verdad.

—Mmmm… Interesante elección… A ver, a ver, qué podría preguntarte… —Samu se llevó una mano a la barbilla—. Qué podría ser, qué podría ser… Lo tengo. Lo que no me ha dejado Greta preguntarle a ella… Verdad, verdad… ¿Verdad que eres el padre de Gina?

Se me paró el corazón un momento, ¿cómo coño lo sabía?

—¿Qué dices, nano? ¡Cómo flipas! —se rio Chus.

Miré a Loui, él levantó las manos y negó con la cabeza. Greta estaba igual de flipada que yo. Pensé por un momento en negarlo, pero en unos días se lo íbamos a decir a todos, qué más daba ya…

—¿Cómo lo sabes, cabrón? —me reí.

—Porque Greta dijo en la cena de la gran revelación que la niña había nacido en mayo —se rio Samu—. Si cuentas nueve meses hacia atrás, se quedó preñada en agosto… Y el mes de agosto antes de irse lo pasó entero aquí, en esta casa, contigo, imbécil. No hay que ser Sherlock Holmes…

—No lo había pensado —me reí.

—Y después del beso de hace un rato, no me ha quedado ninguna duda, ese no ha sido el primero… Además, que al momento de soltar la bomba, Piero salió contigo de la habitación y tardasteis la vida en volver —volvió a reírse Samu—. Ahí fue cuando hice el cálculo y, en un gesto de profunda amistad —se llevó una mano al pecho—, estuve dándole conversación a la insoportable de Marta para que no fuera a buscaros…

—Qué cabrón —me reí—, lo sabías desde entonces y no habías dicho nada…

—Esperaba a ver si me lo contabas tú, pero ya he visto que no, eres un colega de mierda…

—No queríamos decir nada hasta después de la boda —intervino Greta—. La semana que viene lo contaremos.

—Bueno, lo entiendo —asintió Samu—, a mi suegra le puede dar un chungo con una bomba así días antes de la boda…

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó Chus—. Flipo, nanos, no lo hubiera pensado ni en un millón de años…

—Pues eres el único —se rio Samu—, seguro que estos dos cabrones ya lo sabían —añadió señalando a Loui y a Piero. Los dos asintieron muertos de risa.

—Tío, no le digas nada a mi hermana —le pedí—. Ya se lo contaremos nosotros.

—No me gusta mentirle ni ocultarle cosas a mi Estrella, pero vale, no le diré nada…

—¿Le vas a contar tu beso con Loui? —pregunté entre risas.

—Claro —asintió Samu—, se va a partir de risa. Pero no cambies de tema, queremos saber más…

—No hay mucho más que saber —cortó Greta.

—¿Cómo que no? —se quejó Samu—. Este cabrón me mintió a la cara. Yo sabía que a él le molabas y, cuando volvisteis de vuestras vacaciones, le pregunté si tenía algo que contar y el mamón me dijo: «nada nuevo», con toda su puta cara…

—Porque no había nada nuevo —me reí—, llevábamos meses liados.

—La madre que te parió —se rio Samu—, ¿desde cuándo?

—Desde un par de semanas después de la noche de la absenta, ¿no, nena?

—Sí, más o menos —confirmó Greta.

—Pero tíos, eso fue… casi un año antes de que Greta se pirara…

—Pues eso —me reí.

—Sois un par de cabrones… Así que, en la Nochevieja aquella en la que casi me matan, ¿ya estabais liados?

—Sí —nos reímos Greta y yo.

—Y cuando me confesaste en el hospital que te molaba Greta, también… Pero tú eres un hijo de puta —Samu soltó una carcajada.

—Es una forma de verlo —me reí.

—Pero no entiendo que no nos dijerais nada… A la familia lo puedo entender, pero ¿a nosotros?

—Yo qué sé, nano, estábamos un poco gilipollas…

—Bastante gilipollas —se rio Samu—. Entonces, ¿no lo sabía nadie?

—Nadie —confirmé.

—Bueno, Tato —dijo Greta.

—Cierto —me reí—, no me acordaba. Tato nos pilló en Nochevieja.

—Que lo supiera el Tato y nosotros no me parece muy fuerte…

—Bueno, hace mucho tiempo —dije—, no le demos vueltas a eso… Igual si lo hubiésemos contado las cosas habrían sido diferentes, pero ya no podemos cambiarlo…

—Bueno, y ahora ¿cómo está el rollo? —siguió Samu.

—¿De qué? —preguntó Greta.

—Dejad de haceros los tontos, que ya no cuela… De lo vuestro, joder. Después del beso de hace un rato, está claro que eso muerto no está… Y este acaba de romper con Marta (¡por fin!, gracias, Greta, por venir a sembrar el caos), así que… ¿qué? ¿Cómo está el rollo?

Greta y yo nos miramos un momento aguantando la risa.

—No sé —contesté por fin.

—¿Cómo que «no sé»? ¿Qué mierda de respuesta es esa?

—Pues esa, que no sé, nano, que tenemos una conversación pendiente —me reí.

—Y ¿a qué coño estáis esperando?

—A no hablar de esto delante de vosotros, por ejemplo.

—Venga, os voy a ayudaros a decidiros —dijo yendo hacia Greta.

Se puso delante de ella y se inclinó a darle un beso en el cuello.

—¿Qué haces, guarro? —se rio ella y se lo quitó de encima.

—Darle un empujón a Marc —contestó él—, a ver si reacciona.

—Marc un día de estos te va a partir la cara —me reí—. No necesito ningún empujón, yo ya

he dejado claro lo mío, la que tiene que decir algo es ella. Pero no delante de vosotros, así que deja el tema ya.

—Joder, pero ahora quiero saber… ¿Qué le has dicho? ¿Qué tiene que decir ella?

—Que no te importa, nano. Cuando haya algo que contar, os lo contaremos, pero de momento dejadnos a nuestro rollo.

—Vale, Samu, ya —terció Loui—. Esto es cosa de ellos. Ahora ya lo sabemos todos y podemos hablarlo, pero este interrogatorio cuando está claro que tienen una conversación pendiente entre ellos no aporta nada.

—Está bien —se quejó Samu—, pero es mi noche, quiero saber…

—Bueno, pues ya sabrás cuando nos lo quieran contar —contestó Loui—, que la excusa de tu noche no la puedes usar para todo.

—Pero es que nunca cuentan nada, ya lo has visto… —insistió Samu.

—Les cuesta, les cuesta —se rio Loui—, pero ya nos contarán.

—Venga, nano —siguió Chus—, Loui tiene razón, vamos a cambiar de tema. Vamos a liar unos petas, que hace mucho rato que no fumamos, y eso siempre da buen rollo. Que alguien ponga otra ronda de chupitos.

Piero se puso con los chupitos y los demás empezamos a liar canutos. Llegó un momento que me parecía que había más porros que personas; conforme pasaba uno, me llegaba otro. No quería pasarme de fumar tampoco, quería tener esa conversación con Greta sin ir del revés. Hacía falta que ella se controlara un poco también, claro, y que no acabara como la noche anterior…

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Después de la última ronda de chupitos y canutos, parece que se han olvidado del tema. Qué situación más incómoda nos ha hecho pasar Samu en un momento.

Chus pone música y Piero me anima a bailar con él. Acepto al momento. Marc está hablando con Loui y me mira de vez en cuando. Samu se une a ellos y Marc pone cara de agobiado. Me río. Chus se sienta con ellos también y se pone a liar petas otra vez. Marc y Loui se levantan y vienen hasta nosotros para separarnos.

Samu y Chus se ponen a silbar y a dar palmas cuando Marc y yo empezamos a bailar.

—Joder, qué coñazo —se queja Marc—. ¡¿Veis por qué no os habíamos contado nada?! ¡Sois un puto coñazo! —grita aguantando la risa.

—Ni caso —susurro—. Haz como si no estuvieran…

—Pero es que están —se ríe.

—Lo sé —me río yo también—, y no dejan que se nos olvide.

—¿Cómo vas de ciega? —pregunta.

—Bien, voy bien —me río.

—¿Bien ciega?

—¿Tú no?

—Sí —se ríe—, aunque no tanto como para no saber lo que digo…

—Pues entonces igual que yo.

—Eso espero.

Me acerco a besarle y él se aparta un poco.

—Yo te he enseñado mis cartas —dice muy serio—. No me hagas esto si no estás en el mismo punto que yo.

—Pero sí que estoy —sonrío.

—¿Estás segura?

—Sí —me río.

—No te rías, te lo estoy diciendo en serio.

—Yo también, perdona —intento no reírme—, son los porros, que no puedo ponerme seria.

—Vale —se ríe él también—, te creo.

Nos acercamos los dos y nos besamos. No tardan ni tres segundos en ponerse Samu y Chus a silbar y aplaudir.

—No los soporto —gruñe Marc—. Vamos a la habitación.

—Sí, mejor —acepto.

—¡Ya lo habéis conseguido, capullos! —les dice a un volumen bastante alto—. ¡Ahí os quedáis!

Y tira de mí hasta la habitación.

VEINTE

SERENATA NOCTURNA

Llegamos a la habitación y Marc enciende la luz de una de las mesillas de noche.

—Espérame aquí, ahora vengo.

Sale de la habitación y yo me dejo caer en la cama. Me tumbo mirando el techo. Voy bastante ciega. Me quedo atrapada un rato recorriendo con la mirada las molduras. No sé cuánto rato pasa, me parece que no demasiado, hasta que Marc vuelve.

—Qué gilipollas es —gruñe al entrar cerrando la puerta con el pie, como le he visto hacer miles de veces—, de verdad que a veces no entiendo qué ve mi hermana en él…

—Pues lo mismo que tú —me río todavía mirando al techo—, que eres su amigo desde hace veinte años casi…

—Un día de estos lo mando a la mierda. —Se acerca a la cómoda y deja encima varias cosas que ha traído.

—Le gusta picarte, ya lo sabes… Lo que me sorprende es que lo siga consiguiendo, ¡si lo conoces de sobra! —Me incorporo un poco y me apoyo sobre los codos—. ¿Qué has traído?

—Agua, zumo, algo de comer, algo de maría… Nada de alcohol, de eso vamos bien —se ríe y echa el pestillo—. Con eso y teniendo baño en la habitación, no tenemos por qué salir hasta mañana si no queremos…

—¿Y lo de echar el pestillo? —Levanto las cejas.

—Porque lo veo capaz de venir a dar por saco —se ríe—. Tranquila, que no hay una doble intención, solo quiero que hablemos.

—No me importaría un poco de doble intención. —Me vuelvo a tumbar en la cama a mirar el techo—. Me has puesto malísima antes con ese beso…

—No me digas eso, nena, que estoy intentando hacer las cosas bien… No me lo pongas difícil. —Viene a la cama y se sienta a mi lado, con la espalda apoyada en el cabecero. Yo sigo tumbada.

—Vale, perdona —me río—. Voy bastante ciega.

—Me lo temía —se ríe él también.

—Pero no tanto como para no poder hablar en serio… ¿Qué quieres que te diga?

—No sé, lo que sientes tú, lo que piensas de lo que te he dicho antes…

—Dímelo otra vez. —Me siento para poder mirarle a la cara.

—Ahora me da vergüenza —se ríe.

—Pues mal empezamos. —Me vuelvo a tumbar—. Me das un poco de miedo…

—¿Por qué?

—Porque creo que no estás siendo sincero…

—¿Por qué dices eso?

—Por lo que has dicho antes, eso de que has dejado a tu novia, cuando está claro que ha sido ella… Además, que se notaba que tú no querías, has salido corriendo detrás de ella… Y ahora haces como que era lo que tú querías y como si lo hubieras hecho por mí o algo así, no sé…

—Ya —se ríe—, Piero me ha dicho lo mismo antes. Sé lo que parecía, pero no era eso. De verdad, nena, no es lo que piensas. Si quieres te enseño los mensajes que le he mandado y que me ha mandado ella mientras íbamos en la furgo… Verás como no es lo que piensas…

—No me tienes que dar explicaciones.

—Sí, si crees que no estoy siendo sincero, quiero que los veas. Estoy intentando hacerlo bien, no quiero que pienses algo que no es. —Saca su móvil del bolsillo.

—Es cosa vuestra. No quiero ver vuestros mensajes.

—Pero yo quiero que los leas.

—Está bien —digo volviéndome a incorporar y cogiendo el teléfono cuando me lo pasa.

Leo los mensajes que ha dejado abiertos. Son solo cinco.

MARC

Siento lo que ha pasado, de verdad, no te lo mereces. No era buena idea hacer eso hoy, te lo dije. No estamos bien, Marta, los dos lo sabemos. Hablamos el miércoles.

MARTA

Te lo vas a tener que currar mucho para arreglar esto…

MARC

La disculpa es porque sé que te he ofendido, pero eso no cambia nada. Sigo pensando que esto ya no tiene arreglo. Lo que ha pasado lo deja bastante claro.

MARTA

No te atrevas a romper conmigo con un mensaje.

MARC

Te llamo cuando lleguemos a la cabaña.

—¿Y has roto con ella por teléfono cuando hemos llegado aquí?

—Sí. Hemos quedado en que hablaremos el miércoles en persona, se lo debo, pero quería dejárselo claro antes, por lo que pudiera pasar…

—¿Qué es lo que no era buena idea hacer hoy? Y ¿qué es lo que ha pasado que la ha ofendido? —le pregunto volviendo a leer los mensajes.

—No sé si debería contártelo —se ríe.

—Pues si de verdad quieres ser sincero, creo que es el primer paso…

—Supongo —sonríe—. Bueno, pues, si quieres saberlo, el rollo es que se ha puesto mucho más «cariñosa» que nunca, y yo le he dicho que no estábamos bien, que no era buena idea.

—¿Le has robado su flor? —me río, aunque en realidad no me hace ni puta gracia pensarlo —. No habrás sido capaz de dejarla después de eso…

—No, no, qué va —se ríe también—. Su «ponerse cariñosa» está a años luz de algo así…

—¿Entonces?

—Pues eso, que le he dicho que no era buena idea, que no estábamos bien. Pero ha insistido mucho y al final he flaqueado un momento. Entonces he dicho algo que la ha ofendido y es cuando se ha ido mosqueada… y con razón. El resto ya lo sabes.

—¿Qué le has dicho? —le pregunto riéndome.

—No te lo quiero contar —se ríe también—. Me da vergüenza.

—¿En serio? ¿Vergüenza conmigo a estas alturas? Va, cuéntamelo, sabes que no te voy a juzgar…

—Está bien —se ríe tapándose la cara con una mano—. La he llamado *Greta*.

—¡No te creo! —grito con una carcajada—. ¿Me lo estás diciendo en serio? —le pregunto muerta de risa, aunque ya a un volumen normal—. Pero si no me llamas *Greta* ni a mí… Bueno, solo cuando estás mosqueado…

—Pues ya ves qué mal momento he elegido para empezar a hacerlo —se vuelve a reír.

—Ay —suspiro y me vuelvo a tumbar en la cama—, me he puesto un poco celosa —sonrío —. Quiero que flaquees conmigo también y que me llames Greta…

—Contigo me rendiría mucho antes —se ríe—. Me vuelves muy loco… en lo bueno y en lo malo…

—¿En la salud y en la enfermedad?

—Y en la riqueza y en la pobreza —se ríe.

—¿En la azotea y en el armario? —me río yo también.

—En el bar y en la discoteca…

—En la cabaña y en la facultad…

—En tu habitación y en la mía…

—¿Hasta que la muerte nos separe? —me río incorporándome un poco para mirarle.

—Sí —sonríe—, hasta ese día quiero estar contigo, y volver a todos esos sitios una y otra vez…

Se inclina y me besa. Un beso muy suave y muy breve.

—Qué intenso te has puesto —intento no reírme, aunque sin mucho éxito.

—Joder, eres la hostia —se ríe—. Para una vez que me pongo romántico, con lo que me cuestan estas cosas… y lo difícil que me lo pones…

—Perdón, perdón, tienes razón —intento ponerme seria—. ¿De verdad estás enamorado de mí?

—Como un gilipollas —sonríe.

—¿Cómo puedo saber que es en serio y no una enajenación temporal por el alcohol?

—Joder, nena, ¡me tatué los putos monos! —dice a un volumen bastante alto con una carcajada.

—Ay, es verdad, ¡los monos! Enséñamelos.

—¿De verdad quieres ver el tatuaje o es una excusa para que me quite los pantalones? —se vuelve a reír.

—Quiero ver el *tatu* —asiento e intento no reírme—. Que te tengas que quitar los pantalones para enseñármelo es una ventaja colateral —añado moviendo las cejas muy rápido.

—No puedo contigo —se ríe mientras se levanta de la cama y se desabrocha el pantalón.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Me quité el pantalón y volví a sentarme en la cama. Cuando me había vestido esa mañana después de la ducha, no pensé ni por un momento que el día fuera a acabar así. Por suerte, mi subconsciente quizá sí había pensado en esto y había elegido un bóxer negro, los que más le gustaban a Greta.

—Qué pijo te has vuelto en estos años —se rio—, ¿ahora llevas ropa interior de Calvin Klein?

—Me los compró mi madre, me compró un montón, de hecho —me reí yo también—. Los vio en una revista, que los llevaban los modelos y les asomaban por la cintura del pantalón, y le parecieron muy «estilosos», literal.

—Siempre ha tenido buen gusto tu madre, aunque la palabra «estiloso» no me pone nada… Yo diría mejor que son sexis… Bueno, enséñame los monos, que me distraigo y me pongo a pensar en otras cosas…

—Vaya tela, como estás —me reí.

Doblé la pierna para que se viera mejor el tatuaje. Los monos estaban en la parte interior del muslo, escondidos tras algunas de las rosas y por delante de las espinas.

—Ay, no los pusiste colgando, pero me encantan igual. Qué recuerdos me traen estos monos… Igual me los tatúo yo también… Me gustan mucho —dijo recorriendo con los dedos el dibujo.

Mi cuerpo reaccionó de manera inmediata al contacto con su piel. Joder, no tenía ni un poco de control sobre eso. Intenté respirar hondo, pero el aire de la habitación se estaba volviendo muy denso… Ella se giró y me miró a los ojos con su sonrisa más gamberra.

—¿Tan rápido te alegras de verme? —preguntó.

—Hace mucho que no me toca nadie —me reí—, pero siempre me alegro de verte, nena, más que a nadie… Ven aquí.

Tiré de ella y se me acercó mucho más.

—¿No habíamos dicho que me ibas a llamar Greta? —preguntó con una sonrisa.

—Lo has dicho tú —me reí—, pero no sé si hacerlo, igual te pones demasiado cachonda.

—Llevo cuatro años pensando en esto, no sé si podría estarlo más…

Deslicé mis manos por el contorno de sus brazos. Ella cerró los ojos y dejó escapar un gemido.

—Yo también llevo esperando esto cuatro años, Greta.

—Pues parece que sí que podía estarlo más… —sonrió antes de besarme muy despacio.

Sus manos resbalaron por mi pecho y desataron todas mis terminaciones nerviosas, como si me tocara la piel por dentro. El aire entre nosotros era tan espeso que sentí que hasta me nublaba la vista. Los últimos cuatro años se borraron de golpe. Volvíamos a estar juntos en esa casa, en esa cama, en el mejor mes de nuestras vidas.

La desnudé dolorosamente despacio, como si estuviera desenvolviendo un regalo muy frágil, como si pudiera romperse en mil pedazos entre mis dedos… como si fuera un sueño del que podía despertar con un movimiento brusco y perderla de nuevo.

Se dejó caer sobre las sábanas y la miré con calma, disfruté de la visión de la chica más desnuda del mundo. Me tumbé a su lado y empecé a recorrer toda su piel con las yemas de los dedos, muy lentamente, cada centímetro.

—Apaga la luz —susurró.

—Ni de coña —sonreí.

Continué el recorrido y me detuve en su cintura. Algo había cambiado desde la última vez, unas líneas de otro tono surcaban su piel desde el lateral hacia el vientre. Empecé a recorrerlas con los dedos y ella me tapó los ojos.

—No mires eso —se rio.

—¿Qué es? —me reí yo también apartando su mano de mi cara.

—Estrías de embarazo… Te avisé de que ya no estoy buena… Apaga la luz.

—Calla, loca, estás buenísima, y quiero verlas.

Me moví en la cama para que mi cabeza quedara a la altura de su cintura y las recorrí con detenimiento con los ojos, los dedos y los labios.

—Me gustan —susurré.

—A mí no —se rio ella.

—Es un tatuaje natural, la vida te ha tatuado un zarpazo de león —sonreí.

—Pues lo odio. —Se tapó la cara con los brazos.

—Te dibujaré lo que tú quieras para que las cubras con un *tatu*, si así eres más feliz, pero, por mí, te las dejas…

Aproveché el tener mi boca tan cerca de su piel para continuar el recorrido que estaba haciendo, pero ahora con dedos, labios y lengua. Ella se estremecía con cada uno de mis movimientos y yo estaba borracho de ella, de su olor. Oler su piel de nuevo era como volver a casa después de años de exilio. Me recreé en cada rincón de su cuerpo y disfruté de su placer como si fuera el mío, porque lo era. La llevé a un primer orgasmo con facilidad y casi me corrí yo también solo de verla. Me tumbé a su lado mientras ella normalizaba su respiración. Me abrazó muy fuerte.

—Te quiero, Marc —susurró en mi oído—. Yo también estoy enamorada de ti. Desde siempre.

Luego se incorporó y terminó de desnudarme a mí. También recorrió todo mi cuerpo poniendo los cinco sentidos, mientras yo sentía que iba a salirme de mí mismo en cualquier momento.

Esa noche hicimos el amor a corazón abierto, como no lo había hecho nunca con nadie… Porque nunca me había enamorado de nadie más, solo de ella, siempre había sido ella. Había tardado veinticuatro años en decirlo en voz alta, pero ya estaba dicho, ya estaba hecho. Ya no me daba miedo. Y ella lo había dicho también. La felicidad era esto.

Todas esas sensaciones nuevas y, a la vez, viejas conocidas, sumadas a mis casi dos años de abstinencia, me llevaron al orgasmo más fuerte de mi vida. Ella debió de sentir algo parecido, porque se dejó llevar y gritó como si no estuvieran nuestros amigos en la habitación de al lado.

Nos quedamos abrazados al terminar.

Seguimos así un buen rato, hasta que ella se soltó de mi abrazo y salió de la cama.

—Tengo sed —dijo mientras se incorporaba.

La seguí con la mirada mientras iba hasta donde yo había dejado las cosas y se puso a beber agua directamente de la botella.

—No me mires, que me da vergüenza. —Dejó de beber y se rio.

—Como vuelvas a decir lo de «cuerpo de madre», te juro que te llevo de los pelos al primer psiquiatra que encuentre —me reí yo también.

—Vale, no lo digo más —dijo y volvió a la cama conmigo—, pero no me mires demasiado, por si acaso…

—Estás muy zumbada —me reí mientras me sentaba en la cama y cogía el tabaco y la maría de la mesilla de noche—. ¿Cigarro o canuto?

—Canuto. —Se sentó a mi lado—. Dejé de fumar en el embarazo y no he vuelto a fumar tabaco, solo algún canuto de vez en cuando.

—Hiciste bien —dije antes de besarla—, yo debería dejarlo también.

—Sí, deberías —contestó—, pero es solo decisión tuya. Tienes que estar convencido.

—Algún día —me reí mientras rompía un cigarro para liar el porro.

—Claro, algún día —se rio ella también.

✶ ◦••◦••◦••◦❍◦••◦••◦••◦ ✶

Nos quedamos sentados en la cama, apoyados contra el cabecero. Marc me pasa un brazo por encima de los hombros.

—Qué raro todo… —susurra—. Por un lado, todavía me cuesta creer que estés aquí, y que estemos así… Pero por otro, no parece que haga cuatro o cinco días que volviste, parece que lleves aquí semanas y que los últimos cuatro años los haya vivido otra persona… ¿No te pasa igual?

—Dos —le contesto dándole una calada al porro.

—Dos, ¿qué?

—Dos días hace que volví, no cuatro o cinco.

—No es verdad.

—Hoy es domingo, volví el viernes… Tú verás —me río y le paso el canuto.

—Joder, es verdad, pues más raro me parece todavía…

—A mí lo que más raro me parece es tu cambio de opinión.

—¿Qué cambio de opinión? —pregunta arrugando las cejas mientras le da una calada al porro.

—No sé, ayer por la tarde estabas muy mosqueado conmigo, parecía que me odiabas, y luego por la noche, venga mensajitos y ya otro rollo totalmente distinto… ¿Qué pasó? ¿Te diste un golpe en la cabeza o algo? —me río.

—No —se ríe él también y me vuelve a pasar el canuto—. Me encontré contigo en el armario de mi padre, vestida como siempre, no sé, fue como retroceder en el tiempo… Supongo que me di cuenta de que lo que sentía seguía ahí… Luego encontrarnos de casualidad en el *pub* ese al que yo no había ido nunca, la canción, no sé, fueron como muchas cosas seguidas… Y ya lo de hoy, aquí, esta habitación, la calefacción, la peluca… Todo nos traía a esto, ¿no te lo parece?

—A ver si vas a ser tú el místico —me río dando una calada.

—No sé si místico, pero ¿son señales o no son señales?

—Pues no lo sé, no lo había pensado… Me han parecido casualidades oportunas, pero bueno, señales es otra forma de verlo. —Doy una última calada antes de pasárselo.

—Yo creo que sí. El universo nos estaba diciendo que dejáramos de hacer el gilipollas —se ríe.

—Bueno, si el universo se toma tantas molestias… Habrá que hacerle caso, ¿no?

—Sí, pero no vuelvas a desaparecer —susurra y me da un beso en el pelo.

—Que noooooo, tranquilo, que no me voy. No sé cómo decírtelo ya —me quejo mientras me río.

—Por si acaso. —Apaga el porro en el cenicero.

Aprieta el brazo que tiene sobre mí y me acerca más a él.

—Bueno, y ahora ¿qué? —pregunto.

—¿De qué?

—No sé, ¿qué hacemos? ¿Qué somos? Una… ¿pareja? —Aguanto la risa.

—Hostia, qué raro —suelta una carcajada—. Sí, supongo que sí, mi ¿novia? No sé, es rarísimo, mi novia era Marta, tú eres otra cosa, como mucho más que eso… «Novia» me suena a algo provisional, y esto quiero que sea para siempre… ¿Hay nombre para algo así?

—No sé, creo que no… Me parece surrealista estar teniendo esta conversación contigo —me río fuerte.

—Sí, ¿verdad?

Los dos empezamos a reírnos hasta que se nos saltan las lágrimas. El canuto que nos acabamos de fumar parece haber tenido mucho que ver.

—¡Hostia! —se pone serio de repente—. Lo acabo de pensar… Las pastillas… Te las sigues tomando, ¿verdad?

—No —contesto con indiferencia.

—Joder, ¿cómo no me lo has dicho? Nena, ¡qué cagada!

—Bueno, no es tan importante, ¿no?

—¡¿Cómo que no es importante?! ¡¿En qué estabas pensando?! —grita con cara de pánico mientras su piel se vuelve blanca como la sábana con la que estamos tapados.

—Yo qué sé, como estabas tan convencido con lo de pasar toda la vida juntos y eso, no sé, he pensado que igual era bueno dejarlo en manos del destino… He pensado que, si me quedo embarazada, será una señal del universo que quiere que le demos un hermanito a Gina… ¿No? Ya que el universo nos está mandando señales, pues habrá que confiar…

—¡¿Qué?! ¿Estás loca? —pregunta y casi no le sale ni la voz. Nunca le había visto con los ojos tan abiertos y tan poco color en la cara.

Me da un ataque de risa, la fumada que llevo no me deja aguantarlo más. Me dejo caer en la cama hacia el lado contrario y me sigo riendo. Él me mira con la misma cara de susto todavía, igual lo he alargado demasiado.

—Que no, imbécil —digo entre risas—, que aún me tomo las pastillas, y las llevo al día además, tranquilo.

—No tiene ni puta gracia —intenta no reírse, pero se contagia enseguida—. Qué susto me has dado, joder.

—Ah, de repente ya no te fías del destino, ¿eh? —pregunto sin poder ponerme seria todavía —. Parece que solo confías en él para lo que te conviene…

—Eres maligna. —Se deja caer a mi lado y empieza a reírse conmigo—. Me has quitado años de vida.

Me acerco a él y le beso. Intento ponerme seria pero no es fácil. Todavía le estoy besando cuando me acuerdo de la cara de susto que tenía y me da un nuevo ataque de risa. Él se ríe también.

Oigo una música a lo lejos que se va acercando, como si estuviera pasando un coche con el volumen a tope, pero es absurdo porque esta habitación da al jardín de atrás. Llega un momento que parece que la música[1] esté sonando dentro de la habitación.

…Y es que no hay droga más dura, que el amor sin medida

Y es que no hay droga más dura, que el roce de tu piel
Y es que no hay nada mejor que tener tu sabor corriendo por mis venas
Nada mejor que el roce de tu piel…

—¿Qué coño es eso? —le pregunto.

—Eso es alguien que tiene poco aprecio por su vida —gruñe mientras se incorpora—. Tápate, nena, que voy a abrir la cortina y a arrancar alguna cabeza.

Recoge la colcha que hemos dejado caer al suelo antes y se envuelve con ella de cintura para abajo. Yo hago lo mismo con la sábana, pero desde el pecho, claro.

Va hasta la ventana y abre la cortina con un gesto brusco. Veo que hay un altavoz en la repisa de la ventana abierta. Me da un nuevo ataque de risa.

—No les rías la gracia —dice él intentando ponerse serio.

Trato de no reírme, pero me sale fatal. Él se gira hacia la ventana escrutando el jardín.

—¡Tú, gilipollas, no te escondas, que te he visto! —grita intentando aguantar la risa.

Voy yo también hasta la ventana a mirar. Piero y Loui están a su rollo en la casita del árbol, se han puesto unas sudaderas, tiene que hacer frío fuera. Samu y Chus aparecen de algún sitio donde estaban escondidos, ellos siguen solo con el pantalón corto de antes y sin camiseta, parece que van mucho más ciegos que cuando los hemos dejado. Caminan muertos de risa hasta delante de nuestra ventana y se quedan a cierta distancia, cada uno pasa un brazo sobre los hombros del otro y empiezan a balancearse mientras se ponen a cantar por encima de la canción que suena.

—*Nuestros corazones laten a la vez. ¿Quién soy yo sin ti? ¿Quién eres tú, quién? El ritmo de la noche viste mi canción, mejor cojo mis cosas, NENA, mejor me voooooooooooy…*

Gritan de manera exagerada el *nena* y a mí me da otro ataque de risa. Marc me mira intentando no reírse.

—No les des cuerda o no se irán.

—Es que están muy graciosos —digo sin poder parar.

Él vuelve a girarse hacia la ventana.

—¡Vais a coger una pulmonía, subnormales! —grita intentando parecer serio, pero se está riendo.

—Joder, nano, ¡eres gruñón hasta recién follado! —se queja Chus.

—Porque estás recién follado, ¿no? —pregunta Samu—. ¡Necesitamos confirmación!

—¡Que os vayáis a tomar por culo y nos dejéis en paz! —gruñe Marc disimulando fatal la risa.

—¡Gretus, confírmanos tú y os dejamos en paz! —grita Chus.

Yo asiento con la cabeza mientras intento contener un nuevo ataque de risa. Ellos se sueltan el uno del otro y empiezan a aplaudir y a silbar. Marc se gira a mirarme.

—No les des carrete o los tenemos aquí toda la noche —se queja intentando no reírse, pero en el fondo también le hacen gracia.

—¡Vale, tíos, ya! —grita Loui desde arriba del árbol—. Dejadles en paz…

—¡Tú, ricitos de oro! —grita Marc—. Duerme con un ojo abierto, que lo mismo te casas calvo…

—¡No, nano, no me quites mi poder! ¡Que yo también quiero mojar en mi noche de bodas! —protesta Samu.

—¡Pues déjanos en paz y vete un rato a tomar por culo!

—Vale, vale, nos vamos —asegura Chus—. Pero os dejamos la música de ambiente.

—Me vais a hacer cerrar la ventana con el calor que hace aquí dentro… —gruñe Marc.

—No, no, le bajo el volumen —dice Chus—. Nos vamos, vosotros a vuestro rollo.

Desaparecen de nuestra vista y el volumen de la música baja considerablemente.

—¡No quiero volver a veros ni oíros hasta mañana! —grita Marc antes de cerrar otra vez la cortina.

Yo vuelvo a la cama y me dejo caer sobre ella riéndome todavía. Él hace lo mismo.

—Ahora entiendo por qué nunca lo contamos —gruñe intentando no reírse.

—Se les pasará. —Hago el amago de ponerme seria—. Es la novedad.

—Pues que se busquen otro entretenimiento y nos dejen en paz —se queja—. Qué cansinos son…

—Olvídate de ellos. —Me quito la sábana y me tumbo desnuda encima de él—. Nosotros a los nuestro.

—¿Olvidarme de quién? —pregunta con una sonrisa—. Si estamos solos aquí…

VEINTIUNO

HACIENDO PLANES

Me despertó el aire frío que entraba por la ventana y me daba en la espalda. Greta estaba dormida todavía, desnuda, acurrucada contra mí y enrollada en la sábana. Nos habíamos dormido cuando ya empezaba a amanecer. Miré el reloj, eran casi las dos de la tarde. Me levanté y cerré la ventana. Ya no hacía el calor infernal del día anterior, algo había pasado con la calefacción. Le eché a Greta la colcha por encima, no se despertó. Me puse un pantalón y una sudadera y salí a por café.

En la cocina estaban Piero y Loui preparando la comida.

—*Buongiorno!* —dijo Piero al verme aparecer—. ¿Qué tal?

—Bien. —Me froté la cara—. ¿Qué ha pasado con la calefacción?

—He llamado a tu casa y le he explicado a tu madre lo que había pasado —me contó Loui—. Me ha dado el teléfono del seguro y les he llamado. Nos han mandado un técnico de urgencia hace un rato, ya está arreglado.

—Guay, mejor, hacía un calor insoportable. ¿No te ha preguntado por qué no he llamado yo?

—Claro, pero se lo he explicado. Le he dicho que llevabas encerrado con Greta en la habitación desde anoche, follando sin parar, y que no quería molestaros…

—Qué gilipollas eres, nano —me reí—, por un momento me lo he creído, que estoy muy sobado todavía, joder…

—Le he dicho que estabais todos durmiendo y que solo me había levantado yo, pero que prefería resolverlo cuanto antes. No se ha sorprendido nada —se rio.

—Me lo creo.

Vi que habían preparado una cafetera y cogí dos tazas. Me serví la mía y dudé un momento.

—Piero, ¿Greta todavía toma el café ardiendo como el infierno y con una tonelada de azúcar? —pregunté.

—Sí —se rio.

—Vale, era por asegurarme.

—¿Qué tal anoche? ¿Bien? —me preguntó él.

—Sí, anoche muy bien. —No pude evitar sonreír al acordarme—. Lo que me da miedo es el despertar, espero que sea mejor que el de ayer —me reí.

—Seguro que sí —sonrió él.

—Bueno, voy a despertarla, ahora salimos.

Llegué a la habitación y Greta estaba despierta, sentada en la cama, tapada con la colcha y hablando por teléfono. Me quedé mirándola apoyado en la puerta que acababa de cerrar.

—Vale, pues luego vuelvo a llamar, un beso.

Y colgó el teléfono.

—¿Te vas a quedar ahí de pie? —me preguntó mientras se frotaba la cara.

—No sé, tengo miedo —me reí—. No sé de qué humor estás esta mañana, no quiero un numerito como el de ayer.

—Imbécil —se rio—, ven aquí, que anoche no iba tan ciega como el día anterior y hoy me acuerdo de todo… ¿Eso es café?

—Sí, toma. —Me senté a su lado en la cama y le pasé la taza que abrasaba. Yo me quedé la que era apta para paladares mortales.

Ella se incorporó un poco y me hizo un gesto para que abriera las piernas. Se acomodó entre ellas, apoyando su espalda desnuda contra mi sudadera y empezó a beberse el café.

—Bueno, ¿qué? —preguntó—. ¿Aún piensas como ayer? ¿O fue todo efecto del alcohol?

—Sí, pienso lo mismo, pero no me hagas repetirlo, que se me ha pasado el momento moñas —me reí.

—Me lo imaginaba —se rio ella también—. Bueno, y ahora ¿qué? ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a decir en casa?

—No sé —suspiré—, todo, supongo. Molaría decidir cuándo y qué les vamos a decir, que si no, lo iremos dejando… Va a ser una conversación muy incómoda… —Apuré la taza de café y la dejé sobre la mesilla de noche.

—Podemos decir algo así como: «¿Alguien se ha fijado en los hoyuelos de Gina? ¿A quién os recuerdan?» o «El padre de mi hija está en esta habitación, a ver quién lo adivina». —Empezó a reírse. Yo me reí también.

—O podemos empezar diciendo que nos vamos a vivir juntos, y de ahí ya vamos tirando del hilo —sugerí yo.

—Pero es que no nos vamos a ir a vivir juntos —dijo ella.

—¿Cómo que no?

—No, yo voy a vivir con Piero, eso no ha cambiado —dijo tan tranquila.

—No me lo estás diciendo en serio.

—Sí, claro que te lo digo en serio. No puedo separar a Gina de Piero, somos una familia, atípica, pero lo somos.

—Ya, pero es que yo también soy su familia… Además, tú y yo hemos vivido juntos toda la vida, y ahora, que por fin nos decidimos a estar juntos y a decirlo, ¿vamos a vivir separados? ¿No ves que no tiene sentido? ¿Cuál es tu plan? ¿Quedar a cenar un par de veces por semana? ¿Que yo vea a la niña un fin de semana sí y uno no, como los padres divorciados? ¿No ves que es absurdo?

—Ya, bueno, pero no puedo separarlos. Eso sí que lo viviría ella como un divorcio, y te culparía a ti, seguramente… Supongo que podrías venirte a vivir con nosotros, no creo que a Piero le importe…

—Ah, bueno, pues nada, a ver qué opina Piero, parece que depende de él que yo viva o no con mi hija —dije en tono sarcástico—. Venga, pues me espero a ver qué dice él, total, yo no pinto nada…

—No es eso, joder, además, seguro que le parece bien que vivas con nosotros.

—A ver, nena, que a mí Piero me cae de puta madre, pero de ahí a tenerlo viviendo con nosotros para siempre… ¿Lo ves normal? Él debería irse a vivir con Loui, es lo suyo.

—Bueno, depende de él, no voy a ser yo la que rompa lo que acordamos. Si él quiere seguir con Gina y conmigo, no voy a negárselo, así están las cosas… Y no se te ocurra decirle ninguna barbaridad, que nos conocemos… —dijo muy seria.

—No, no voy a decirle nada —gruñí—, aunque molaría que se diera cuenta por sí mismo…

Bueno, dejemos el tema, que no quiero empezar el día de mala hostia, esto ya lo hablaremos…

—Como quieras —suspiró—, pero te digo ya que en esto no voy a cambiar de opinión…

—Bien, pues nada —la aparté de mí y me levanté de la cama—, tú sigue haciendo tu vida sin contar conmigo, a tu puta bola, como llevas haciendo los últimos cuatro años… Me lo has dejado muy claro, ya sé lo que soy para ti…

—No digas eso, joder, ¿no ves que no puedo pensar solo en mí? Ponte en mi lugar…

—¿Por qué me iba a poner en tu lugar? ¿Te has puesto tú en el mío?

—Entiende que Piero ha sido como un padre para Gina todos estos años… No puedo separarlos…

—No te atrevas a reprocharme eso. —Apreté los dientes—. No uses el haberme ignorado durante cuatro años como arma contra mí. ¡No te atrevas a usar como argumento que la niña no me conoce! ¡Si no me conoce, es porque tú, y solo tú, lo decidiste así! —grité bastante alto.

—¡Eso ya está hablado! —dijo levantando mucho la voz—. ¡Te expliqué por qué lo hice de esa manera! ¡Lo hice pensando en ti, así que no me digas que no te he tenido en cuenta! ¡No querías ser padre a los veintiuno! ¡Igual que yo tampoco quería! ¡Pero eso no tenía por qué jodernos la vida a los dos!

—¡Pero tú pudiste elegir! —grité ya totalmente desatado—. ¡A mí no me diste la puta opción! Igual que ahora, ¡todo lo decides tú! ¡Yo no pinto nada!

—¡No podemos seguir discutiendo por lo mismo una y otra vez! ¡Ya está hecho! ¡Eso ya no puedo cambiarlo!

—¡Claro que no puedes cambiarlo! —grité—. ¡Pero ahora tienes la opción de hacerlo todo diferente y de tenerme un poco en cuenta y te da lo mismo! ¡Sigues igual! ¡Te importo una puta mierda!

Se me quedó mirando desde la cama y respiró hondo.

—Venga, no te enfades, sabes que eso no es verdad… —dijo con tono calmado—. Vuelve a la cama… Vamos a hablar tranquilos…

—Ya, a la cama… —Apreté los dientes—. Empiezo a pensar que eso es lo único que quieres de mí… Eso es lo único que no puedes tener con Piero, es la parte que me toca, ¿no? Para qué vas a querer vivir conmigo, si con echar un polvo de vez en cuando tienes suficiente…

—No digas tonterías, eso no es así. Yo te quiero y quiero estar contigo, pero estoy en una situación complicada…

—Estás en la situación que te has buscado —gruñí—, ya es más de lo que puedo decir yo, a mí me ha venido todo dado… Yo no he podido decidir nada, y parece que sigo sin poder hacerlo. Voy a darme una ducha.

Me metí en el baño sin girarme a mirarla.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Vuelvo a tumbarme en la cama mirando al techo. Oigo el agua de la ducha correr en el baño. No sé cómo arreglar esto, no le veo una solución fácil. Sé que tiene razón en todo lo que ha dicho, pero tampoco puedo ignorar a Piero, no sería justo para él.

Intento pensar en una solución que sea buena y justa para todos, pero no se me ocurre nada.

Creo que nunca me va a perdonar lo de estos cuatro años.

El agua de la ducha deja de correr y al momento sale Marc del baño con el pelo mojado y una toalla alrededor de la cintura. No me dice nada, ni me mira. Va hasta la cómoda y se pone a buscar en el cajón donde ayer dejó su ropa. Salgo de la cama y me abrazo a su espalda.

—Nena, sigo muy cabreado —dice en tono serio.

—Lo sé —susurro mientras le acaricio el pecho y le beso la espalda—. Y yo también.

—Esto no va a hacer que se me vaya el mosqueo —gruñe.

—También lo sé —digo soltando la toalla que lleva en la cintura y dejándola caer al suelo.

—Esto es lo que quieres de mí, ¿no? —Apoya las manos sobre la cómoda y resopla fuerte.

—Claro que sí —le digo mientras deslizo mis manos por sus muslos—, pero no solo esto, quiero mucho más, de verdad. Déjame pensar una solución, seguro que encontramos la manera… Date la vuelta.

Se gira muy despacio y me mira apretando la mandíbula. Se le acelera la respiración, por cómo se le eriza la piel diría que es de excitación, pero por cómo me mira parece más de mosqueo… Puede que haya un poco de todo.

Deslizo las manos por su espalda y él cierra los ojos un momento.

—Sigo muy enfadado —murmura entre dientes cuando vuelve a abrirlos—. No sé si hacer esto ahora es buena idea.

—Vamos a probar —susurro bajando las manos hasta sus caderas y apretándolo contra mí.

—No creo que se me vaya el cabreo… —dice con un gemido.

—Yo tampoco soy tu fan número uno después de ver cómo te has puesto… —le digo levantando la vista para mirarle a los ojos.

Apoya su frente en la mía con los ojos abiertos y respira tan fuerte que se le abren las aletas de la nariz.

—Y ¿qué coño esperabas? ¿Que te diga que sí a todo? ¿Que todo me parezca bien? —pregunta entre dientes—. Sabes que yo no soy así.

—Lo sé, y odio que te enfades tanto, pero a la vez me pone mucho que sea porque quieres estar conmigo…

No me deja terminar la frase. Me besa con fuerza, con toda la ira que tiene dentro ahora mismo. Noto la tensión de su mandíbula mientras lo hace y le respondo con la misma intensidad. Sus manos me abrazan con energía, sin la delicadeza habitual, pero no es violento, es más que agradable.

—¿Esto es lo que quieres? —gruñe separándose un momento de mí a un volumen bastante alto para una situación tan íntima.

—¿Tú no? —pregunto en el mismo tono.

No me responde y vuelve a besarme igual. Me fallan las piernas. Hemos hecho esto muchas veces, pero nunca estando así de enfadados los dos, aunque en nivel de mosqueo me gana de largo ahora mismo. Me levanta por las caderas y yo rodeo su cintura con mis piernas. Da los dos pasos que nos separan de la puerta de la habitación y me apoya contra ella mientras echa el pestillo.

—Ni preliminares ni hostias —gruñe un momento antes de que lo note latir dentro de mí.

No puedo evitar reírme por el comentario, pero a él le da igual y sigue con sus embestidas. A la tercera se me ha pasado la risa. La holgura de la puerta cerrada delata cada uno de nuestros golpes, pero no me importa, y estoy segura de que a él menos todavía. Se va acelerando, nunca le había visto darse tanta prisa. Normalmente le gusta empezar despacio (o le gustaba, igual ya no lo conozco tanto en ese aspecto…), pero ha empezado ya a máxima velocidad. Aun así, sigue

acelerando los movimientos. Va cada vez más deprisa. Me gusta mucho, pero yo voy a necesitar algo más de tiempo, y él está a punto ya. Me parece que no va a hacer el esfuerzo que hace otras veces por esperarme. Efectivamente, no me espera. Suelta un gruñido animal a un volumen muy alto y clava sus dedos en mis muslos, pero no me suelta. Tarda unos segundos en recuperar el aliento.

—Tú no has llegado, ¿no? —me pregunta muy bajo con un gruñido.

—No me has dado tiempo —respondo al mismo volumen. Nunca he sido de mentir en estas cosas ni de fingir orgasmos, no le veo el sentido.

Suelta mis piernas. Creo que se va a ir, pero en vez de eso se arrodilla, como aquella primera vez en el armario. Entierra su cabeza entre mis piernas y repite aquella situación. No con los movimientos torpes e inseguros de aquella noche, sino con la precisión que llegó a coger después de meses de práctica. Sabe mejor que nadie lo que me gusta, nadie me conoce como él. Ha pasado mucho tiempo, pero sabe perfectamente lo que tiene que hacer. Y lo hace. Más deprisa que de costumbre, pero en esto no me importa. Vuelven todas las sensaciones de esa primera vez. Empiezo a perder el control. Me tiemblan las piernas. Él me las sujeta para que no me fallen del todo y acelera más todavía los movimientos de su lengua y de sus labios. Empieza a faltarme el aire. Enredo mis dedos en su pelo justo antes de estallar por dentro. Grito un «joder, Marc» que tienen que haber oído los de fuera por fuerza, pero me da igual.

Él se levanta, va hasta la cómoda y empieza a vestirse.

—Pues ya está —dice mientras se abrocha el pantalón—. Ya tienes lo que querías.

—Por un momento he pensado que me ibas a dejar así —le digo apoyada todavía contra la puerta.

Levanta la cara y me mira mosqueado.

—Ni una puta vez te he dejado a medias —gruñe entre dientes.

—Lo sé, lo sé, pero me temía que esta fuera la primera. —Me acerco a él—. Y sí, era esto lo que quería, pero no solo esto. De verdad. No es esto solo lo que quiero de ti, ya lo sabes. Lo sabes de sobra.

—Dejemos el tema ya —refunfuña.

Me acerco más a él y le beso. Me devuelve el beso, pero se aparta enseguida.

—Te he dicho que no se me iba a pasar el mosqueo con esto —dice muy serio.

—Lo sé, lo sé, lo has dicho.

—Pues eso —vuelve a gruñir antes de ponerse una camiseta y una sudadera—. Te veo fuera.

Y sale de la habitación sin decir nada más.

✶ ◦••◦••◦••◦❍◦••◦••◦••◦ ✶

Llegué a la cocina y estaban los cuatro allí. Se callaron al verme entrar.

—Os estamos esperando para comer —dijo Samu—. ¿Le falta mucho a Greta?

—Ni puta idea —dije yendo a la nevera a por una cerveza.

Me senté a la mesa con ellos en uno de los dos sitios que nos habían dejado libres.

—Nano, sácanos de dudas, que tenemos división de opiniones —dijo Chus—. ¿Estabais de bronca o follando?

—Las dos cosas —contesté y le di un trago a la cerveza.

—¡¿A la vez?! —preguntó Chus sorprendido.

—Sí —asentí. Si no hubiera estado tan de mala hostia me habría resultado graciosa la situación.

—Eres un puto crack, nano —dijo Chus dándome una palmada—. Si Vero está mosqueada, ya te digo yo que no le meto ni miedo.

—Ni yo a Estrella —aseguró Samu—. Ni de coña, vamos. Nos tienes que contar el secreto.

—Ningún secreto —aseguré con indiferencia antes de darle otro trago a la cerveza—, ha insistido ella.

—Joder, chaval, a tus pies —dijo Chus—. Qué bien te lo montas.

—Sí —gruñí—. Me lo monto de puta madre.

Me dio la impresión de que Piero evitaba mirarme, debía de haber oído de qué iba la bronca.

No tardó en llegar Greta a la cocina recién duchada y se sentó a mi lado, en el sitio que le habían dejado.

Piero y Loui habían preparado un *risotto*. Nos lo comimos con toda el hambre que se tiene a las cuatro de la tarde. No hablé mucho durante la comida, no estaba de humor. Greta y Piero tampoco dijeron demasiado, la conversación la monopolizaron Samu y Chus, que parecían tener una resaca de las buenas.

—Nanos, no os he contado que mi hermano se fue a París con la novia, ¿no? —dijo Chus.

—No, tío, ¿y qué? —preguntó Samu.

—Buah, nano, nano, qué cagada… Resulta que pillan unos vuelos superbaratos de oferta de lanzamiento de una compañía nueva y les da el puntazo de irse un finde a París. Hasta ahí todo de puta madre. Encuentran por internet un hotel barato también y en buena zona y reservan un par de noches. Perfecto todo, ¿no?

—Claro, tío, ¿cuál es la historia? —preguntó Loui.

—Bueno, pues me viene mi hermano el día antes de irse y me dice que ha pensado pedirle a la novia que se case con él cuando estén en París. Claro, yo entré en pánico, porque después de eso yo me lo tendría que currar mucho cuando fuera a pedírselo a Vero, no le valdría cualquier cosa o la tendría toda la vida diciendo «Con lo que se lo curró tu hermano y lo poco que te lo has currado tú»… Total, que le digo a mi hermano que eso no mola —suelta una carcajada—, que no es real y que eso tiene que pedírselo un día cualquiera, en casa, en pijama, que ahí es donde está el amor de verdad. —No podía parar de reírse y nos contagió a todos.

—Y ¿qué hizo al final? No se tragaría esa milonga, ¿no? —preguntó Samu.

—Peor, nano, va, y el pavo, cuando están en París, le dice: «Le he dicho a mi hermano que había pensado pedirte que te casaras conmigo estando en París, pero él me ha dicho que era mucho mejor y más romántico en casa, en pijama, que era más real… Y tenía razón, así que “ya te lo pediré”».

Los seis estallamos en un ataque de risa.

—Tío, la novia de tu hermano te tiene que odiar ahora mismo —dije sin poder parar de reír.

—Ya te digo, nano, le ha faltado escupirme las dos veces que nos hemos visto desde entonces —dijo Chus aguantándose la barriga de la risa.

—Qué cabrón —Loui soltó una carcajada—. Todo por no verte en el marrón de tener que superarlo.

—Ya ves, nano, me iba a poner el listón muy alto.

—Hay que ser miserable —dijo Samu descojonándose.

—Oye, Samu —dijo Greta—, ¿tú cómo se lo pediste a Estrella?

—Eso, nano, nunca nos lo has contado —dijo Chus.

—Pues de la manera más tonta —contestó Samu con indiferencia—. Íbamos paseando por el centro y vimos a unos novios haciéndose fotos. Yo le dije: «Qué novia más fea, tu estarías mucho más guapa», ella me dijo: «Tú también, ese tío es un orco», y le dije: «Quiero casarme contigo», y ella me dijo: «Yo también». Fin.

—Qué faltones —se rio Greta—, una pedida de mano llamando feos a unos pobres novios…

—Tía, tenías que haberlos visto, eran engendros…

Todos volvimos a reírnos, aunque no tanto como con la historia de Chus.

Terminamos de comer y me salí al jardín de atrás a tomarme el café en una de las tumbonas. No tardó en venir Piero a sentarse en la de al lado.

—Os he oído discutir —dijo. Yo no me giré a mirarle ni dije nada—. Ayer me buscabas defectos, ¿no? Pues aquí tienes uno, soy así de egoísta. Entiendo que es tu hija, pero yo llevo con ella desde que nació y no puedo separarme de Gina así como así. La quiero como si fuera hija mía y no quiero perderme nada, quiero verla crecer todos los días… No puedo renunciar a eso. Ojalá hubiera un modo de hacer esto para que todos estuviéramos contentos, pero creo que no lo hay…

No dije nada, ni le miré. Le había prometido a Greta que no le diría ninguna impertinencia y quería cumplirlo.

—Bueno —se levantó y me dio una palmada en el hombro—, veo que no tienes ganas de hablar. Ya verás como lo llevaremos bien, no será para tanto, estoy seguro. Y para Gina, mientras más gente tenga cerca que la quiera, pues mejor, ¿no? Venga, te veo luego.

Y volvió para dentro. Lo peor de todo era que lo entendía, pero me repateaba estar en esa situación. Yo solo quería empezar por fin algo de verdad con Greta, ella y yo. Y conocer a mi hija. Me había perdido un montón de cosas, no quería perderme nada más. Entendía perfectamente que Piero tampoco quisiera, pero me jodía tener que contar con él cuando ellos no habían contado conmigo en estos años.

Me encendí un cigarro y al momento apareció Greta. No fue a la tumbona donde se había sentado Piero, vino a la mía.

—¿Me haces sitio? —preguntó de pie delante de mí.

—No cabemos los dos —gruñí.

—Ya verás como sí, tírate para allá. —Me dio un golpecito en la pierna.

Obedecí y me moví lo que pude, que no era demasiado. Ella se tumbó a mi lado encajándose muy difícilmente entre mi cuerpo y el brazo de la tumbona. Me pasó un brazo y una pierna por encima, estaba casi más encima de mí que a mi lado.

—Lo llevaremos bien, ya verás —susurró.

—Supongo, no queda otra —dije muy serio y le di una calada al cigarro.

—Va, ya verás como sí. Si en realidad vivir con Piero mola un montón, ¿no ves que es hiperactivo? Siempre está haciendo cosas… Nos hará la comida y la cena todos los días —se rio y yo sonreí un poco—. Ya verás qué bien… Nos hará de canguro cuando haga falta… Son todo ventajas. Tendremos un médico en casa, ¿qué más se puede pedir?

—Un médico de partos —me reí—. ¿Cuántas veces piensas necesitarlo?

—Bueno —se rio ella también—, esa es su especialidad, pero sabe muchas más cosas de medicina. Ha estudiado seis años de carrera y solo dos de especialidad.

Le pasé un brazo por encima de los hombros.

—Ayer me contó el parto de Gina. —Le di un beso en la cabeza—. Lo pasaste mal, ¿no?

—Pues, a ver, no fueron las mejores diecisiete horas de mi vida, no te voy a engañar —se rio

—, pero la naturaleza es sabia y te hace olvidar la peor parte, ya no recuerdo los dolores tan horribles, lo que sí que recuerdo es el miedo de no estar en un hospital y de que algo saliera mal…

—Y que me querías matar, ¿de eso tampoco te acuerdas o es que no querías contármelo? —me reí.

—No hay pruebas de eso —dijo ella con una carcajada—, es la palabra de Piero contra la mía… ¿A quién vas a creer?

—Claramente a Piero —sonreí y le di otra calada al pitillo.

—¿Ves? Aún no vivimos juntos y ya os estáis confabulando contra mí… Si al final lo vas a llevar mejor que yo…

Eché la colilla del cigarro en la taza de café vacía que había dejado en el suelo y la abracé.

—Haremos que salga bien… O que acabe hasta los cojones de nosotros y se pire. —Los dos soltamos una carcajada.

—No seas malo. —Me dio una palmada en el brazo y empezó a levantarse—. Voy a llamar a la niña antes de que se haga más tarde…

—Claro, luego me cuentas.

Y se metió para dentro. No tardé en entrar yo también, empezaba a hacer frío. Samu y Chus estaban fumadísimos. Les cogí algo de maría y me senté en el suelo, un poco alejado de ellos a liarme uno yo. Cuando ya me lo estaba fumando apareció Loui y vino a sentarse a mi lado.

—Yo te entiendo —me dijo en voz baja para que solo lo oyera yo—. A mí tampoco me gusta esa idea.

—Ya, lo jodido es que también lo entiendo a él. —Le di una calada al canuto y se lo pasé—. Es una puta mierda la situación.

—Se me ha ocurrido una cosa, pero tengo que hablar primero con mis padres… ¿Qué haces el miércoles después de currar? ¿Quedamos y te cuento?

—El miércoles he quedado con Marta.

—¿Qué dices? ¡¿Por qué?! ¿Era mentira lo de que habíais terminado? —preguntó bajando mucho la voz.

—No —me reí—, porque rompimos por teléfono, por hablar con ella y devolverle algún libro que tengo suyo, de esos que se empeñaba en prestarme y que nunca me leí, y alguna cosa más que se habrá dejado en mi casa. Nada más, he terminado con ella del todo. Y, de paso, si la convenzo para que no le apetezca venir a la boda, mejor.

—Vale, vale, tío, qué susto… Bueno, pues quedamos el jueves.

—Vale, el jueves. ¿Me cuentas un poco de qué va el rollo?

—No, no es el momento, ya te contaré.

—Vale, nano, el jueves me cuentas.

VEINTIDÓS

EXALTACIÓN DE LA AMISTAD

Termino de hablar con Gina y con mi madre y vuelvo al salón. Están todos ahí fumando canutos, menos Piero, que está en la cocina preparando ya la cena.

—*Hey, raga, tutto rego?* —digo al entrar—. ¿Te ayudo?

—No, *bella*, quiero que cenemos algo comestible —se ríe.

—Qué cabrón —me río yo también y me siento en la encimera cerca de él.

Se pone serio y deja lo que está haciendo. Se gira a mirarme.

—No me pidas que me separe de Gina, por favor.

—Mmm… ¿Qué me das a cambio? —pregunto con una sonrisa.

—*Cioccolato?* —sugiere mientras me pasa un cuenco enorme con restos de una crema de chocolate.

—Un buen comienzo —me río, rebaño con la espátula y lo pruebo.

—En serio, *cara*, estoy preocupado…

—Pues no lo estés, que ya está hablado, ya se está haciendo a la idea… Joder, qué bueno está —gimo tras lamer el chocolate de la espátula.

—¿El chocolate o Marc? —pregunta con su sonrisa más gamberra.

—¿Es una pregunta trampa? —me río y le mancho un poco la boca con el chocolate de la espátula—. ¿Tú qué piensas? ¿Cuál está más bueno?

—No es una competición justa —se ríe—, el chocolate engorda.

—Bueno, a mí Marc me engordó una vez —suelto una carcajada.

—Pero a mí no podría engordarme, son todo ventajas —dice moviendo rápido las cejas.

—¿Estás teniendo pensamientos guarros con Marc? No tienes nada que hacer, te lo digo ya… —me río más fuerte.

—Eso no lo sabes, no pienses que Tiziano era un caso único en el mundo… A ese le dijimos que no, pero igual a Marc le diríamos que sí… —intenta aguantar la risa.

—Eh, cabrón, no me piques con eso, que se lo digo a Loui… —amenazo.

—No, *cara*, tú sabes que es broma… mejor te callo la bocaza. —Coge chocolate con la mano y me lo restriega por la boca.

—Qué guarro eres a veces —me río, repito lo que acaba de hacer él y le mancho la cara también de chocolate.

Él vuelve a mancharse la mano y me la restriega en la mejilla y el cuello.

—Qué peligro tienes, Corleone —dice Marc apoyado en el marco de la puerta de la cocina —. ¿Qué coño estáis haciendo?

—Solo era un juego —Piero se separa de mí y levanta las manos pringosas.

Yo me río muy fuerte mientras Marc aguanta la risa.

—No tengas miedo, que te está vacilando —le digo a Piero—. Y tú, no seas malvado —le digo a Marc alargando una mano hacia él—, ven aquí.

—Mmm no sé —dice todavía desde la puerta—, dais un poco de asco…

—Uy, qué fino eres… ¡Loui! —grito para que me oiga desde la otra habitación—. ¡¿Quieres chocolate?!

Al momento aparece Loui por la puerta y se queda al lado de Marc.

—¿Que si quiero chocolate? ¿Del de comer o del de fumar? —pregunta.

—Del de lamer en la cara de Piero —digo mientras le doy otro manotazo de chocolate al aludido.

—Ese es mi preferido —dice Loui con una sonrisa acercándose a su chico.

—¿Ves? —le aclaro a Marc—. Esa es la actitud…

Marc se ríe y Loui y Piero empiezan a besarse. El italiano apaga el fuego de lo que está cocinando y dicen que se van un momento a la habitación. Marc entra en la cocina para dejarles pasar y se acerca un poco a mí.

—Ya sabes que a mí el chocolate no me va mucho —me dice con una sonrisa.

—Lo sé, lo sé, si no ha sido intencionado. —Cojo un trapo y empiezo a quitarme el chocolate de la cara y las manos—. Si llego a saber que podía acabar así la cosa habría jugado con… no sé, mostaza, o nata… algo que te guste más.

—Qué combinación más poco apetecible —se ríe.

—Ya, bueno, habría elegido una de las dos cosas… O también podría haberte untado el chocolate a ti en lugar de a Piero —digo comprobando ya que mis manos están limpias.

—Espera, te falta el cuello. —Me aparta el pelo y se acerca a lamer el chocolate que Piero me ha restregado por ahí.

Cierro los ojos y ronroneo al notar su lengua en mi cuello. Él se ríe y termina de limpiármelo con el trapo.

—Vale, ya, despejado —sonríe—. ¿Vamos para fuera?

—O vamos un momento a la habitación —digo con una sonrisa traviesa.

—No, que ya me parece fatal que se hayan ido ese par de cabrones… Es la noche de Samu, vamos con él, para lo otro tenemos cualquier otro día, cada cosa en su momento.

—Vale, tienes razón —me quejo—, pero que conste que yo tengo ganas de otra cosa.

—Consta, nena, consta —se ríe—. Por cierto, ¿me cuentas quién es el Tiziano ese al que acabáis de nombrar?

—¿Cuánto has oído? —me río.

—Lo justo. Os he oído compararme con el chocolate y luego con el tal Tiziano… Pero no habéis dicho las conclusiones, no sé si he salido vencedor de alguna comparación.

—De todas, de todas —intento ponerme muy seria y le paso las manos por el cuello—. El campeón indiscutible.

—Bueno, y el tal Tiziano… ¿Alguno de los dos se lio con él? —pregunta acercándose más a mí.

—Los dos —me río.

—¿A la vez? —Se aleja un poco de mí con los ojos muy abiertos.

—Qué va, qué va… Cada uno por separado, y el cabrón nos decía que lo tuviéramos en secreto por no sé qué milonga hasta que Piero y yo lo hablamos y lo flipamos un montón. Cuando se lo dijimos a él nos propuso venirse a vivir con nosotros y formar entre los tres una especie de «pareja». Te puedes imaginar a dónde lo mandamos… —me río muy fuerte.

—¿Y Piero me compara con ese? Pues no flipa ni nada. —Se acerca a besarme.

—Eso le he dicho. —Le devuelvo el beso—. Lo dice por lo de vivir juntos los tres, que era la fantasía de aquel… Pero me alegro de que la tuya sea otra.

—Otra totalmente diferente, ya lo sabes —se ríe—. Venga, vamos para fuera, a ver qué barbaridad se les ha ocurrido a Samu o a Chus.

Fuimos al salón a sentarnos con Samu y Chus, que nos sacaban muchísima ventaja en lo que a ir fumados se refiere. Chus iba pasando los cedés de su estuche y cambiando la música cada poco. Samu y él se reían a cada momento de cualquier cosa. Greta y yo nos fumamos un par de canutos y les alcanzamos enseguida. Empezamos a beber también a su ritmo y, para cuando Piero y Loui salieron de la habitación, ya íbamos los cuatro del revés.

—*Bella*, ¿no ibas a ayudarme con la cena?

—Tarde, *mio caro amico*, el que se fue a hacer el guarro perdió su ayudante —dijo Greta encogiendo los hombros.

—Yo te ayudo —dijo Loui.

—Ya está casi —aseguró Piero—, terminamos enseguida.

—Con la mierda que llevan estos cuatro, podrías darles cartón para cenar, que no se iban a enterar… —se rio Loui.

Seguimos bebiendo, fumando y riéndonos hasta que Piero y Loui nos llamaron a cenar. Se nos bajó un poco el ciego con la comida, pero no demasiado. Ellos dos se dieron prisa para ponerse a nuestro nivel.

Greta estaba todo el tiempo muy cariñosa conmigo. Cómo la había echado de menos. Todo me resultaba de lo más natural, como si no hubiera pasado tanto tiempo. Era una sensación nueva lo de poder estar así delante de nuestros amigos, lo hacía más real. A ellos parecía no sorprenderles nada, como si siempre hubiera sido así entre nosotros, como si fuese lo más normal del mundo.

Terminamos de cenar y volvimos al salón con más alcohol. Samu me desafió a varias rondas de chupitos. Yo estaba llegando a mi límite de tolerancia al alcohol, pero era divertido.

Chus volvió a pasar las páginas de su estuche de cedés hasta que Samu le detuvo.

—Oh, nano, tienes este cedé. Aquí está la canción que vamos a bailar Estrella y yo en la boda —dijo señalando un disco de Robbie Williams.

—¿Qué canción? —preguntó Chus.

—*Somethin' stupid* —dijo Samu.

—Te pega mucho ese título —solté una carcajada.

—Qué cabrón —se rio Samu.

—Pero la original de Frank Sinatra mola más —puntualicé.

—Mira que eres abuelo para la música, nano, siempre prefieres las canciones superviejas… —se quejó Samu.

—Los clásicos —me reí—. Bueno, enséñanos cómo vais a bailarla.

—No sé, como surja, no hemos probado a bailarla todavía…

—La madre que te parió, ¿vais a improvisar el día de la boda delante de todo el mundo?

—Sí, ¿mal? —preguntó Samu. Todos nos reímos—. Bueno, si nos queréis dar alguna pista o algún consejo, lo recibiremos encantados.

—Chus, pon la canción[1] —dice Marc poniéndose de pie y tendiéndole una mano a Samu—. Vamos.

—¿Ahora? ¿Contigo? ¿Delante de todos? Venga, vale, vamos. —Samu se pone también de pie muerto de risa.

Empieza a sonar la canción y empiezan a bailar juntitos. A los demás nos da la risa. Samu no sabe muy bien cómo bailar y se deja llevar.

—Pero llévame tú, subnormal —se queja Marc—, tendrás que llevar tú a mi hermana, ¿no? ¿O pretendes que te lleve ella?

—Es que no tengo ni puta idea —se ríe Samu—. Además, que tu hermana ocupa la mitad que tú.

—Eso da igual —aclara Marc—. Los pasos son los mismos.

Siguen bailando y Marc va haciendo los pasos de la chica. En los giros en los que Samu tiene que guiarle con un brazo lo pasan realmente mal. Entre el tamaño de Marc y la poca destreza de Samu lo tienen complicado, pero es divertidísimo verlos tan entregados.

—Ahora viene cuando me levantas del suelo, corazón —le dice Marc a Samu poniendo voz de tía, vaya tela, qué ciego va.

—Ni de coña, mamón, que eres muy grande, no me sirves de referencia. Para eso mejor Greta.

—Greta le saca una cabeza a Estrella, tampoco te sirve de referencia. Venga, dale, vamos a llegar hasta el final.

Los dos empiezan a descojonarse. Samu hace un gran esfuerzo y levanta a Marc como puede, que se lo pone bastante fácil, por otra parte. Todos nos reímos sin parar de los gestos y las caras de los dos, están metidísimos en el papel. Hacia el final de la canción, van ralentizando los movimientos quedándose con las caras muy juntas.

—Hostia, cabrón, aléjate de mí —Samu se ríe muy fuerte—, que tienes los putos ojos de tu hermana… y la boca… Con lo ciego que voy, si no llegas a llevar la perilla, te beso, gilipollas.

—Te habrías quedado sin piños, imbécil —se ríe Marc.

Los dos se descojonan todavía cogidos y en la posición de baile.

—Nano —dice Samu apoyando la frente en el hombro de Marc—, que me voy a casar…

—Ya lo sé, tío —responde Marc haciendo lo mismo—, con mi hermana.

A los dos les da una risita nerviosa, que va aumentando de volumen e intensidad. Llega un momento en el que se ríen muy fuerte.

—¡Que te vas a casar con mi hermana!

—Sí, nano, ¡me voy a casar! ¡Con tu hermana!

Los dos se abrazan mientras siguen riéndose. El ciego que llevan, unido al abrazo y las risas, les hace perder el equilibrio y acaban los dos en el suelo. No parecen haberse dado cuenta, siguen descojonándose exactamente igual que cuando estaban de pie.

—En menos de una semana estaré casado… ¡Antes de cumplir los veinticinco! —dice Samu desde el suelo entre risas que nos contagia a todos.

—Sí, tío —se ríe Marc también—, no sé en qué estabas pensando…

—Que no, nano, que es guay, que yo quiero casarme —asegura Samu mientras las palabras se le enredan en la boca.

—Si tú lo dices —se ríe Marc.

—Que sí, nano, que es muy guay. Y tú deberías casarte con Greta, que no se te vuelva a escapar —añade Samu ya riéndose menos.

—Hostia, sí —dice Marc como si le acabasen de dar una gran idea. Se incorpora un poco del suelo apoyándose en los codos y me busca con la mirada. Le cuesta demasiado localizarme teniendo en cuenta que solo somos cuatro los que los estamos mirando, creo que nunca lo había visto tan borracho—. Greta, que dice Samu que deberíamos casarnos.

—Y ¿desde cuándo haces tú lo que dice Samu? —me río.

—Pues cuando tiene una buena idea el chaval hay que reconocérsela —intenta ponerse serio —. Bueno, ¿qué dices?

—Que creo que nunca te había visto tan borracho —me río yo también.

—Ya, puede ser, yo también lo creo, pero de lo otro, de lo de casarnos —insiste mirándome con una sonrisa.

—Que estás a punto de destronar al hermano de Chus con la peor pedida de mano de la historia —suelto una carcajada.

—Joder, sí —se ríe muy fuerte—. Vale, hablamos mañana.

—Claro —me río completamente tranquila porque mañana no se va a acordar de esto.

Los demás nos miran durante toda la conversación muertos de la risa y sin decir nada.

—Nano, nano —le dice Samu a Marc—, ¿repetimos? Creo que nos saldrá mejor esta vez…

—Vale, va —Marc se pone de pie—. Chus, ¡música, maestro!

Ayuda a Samu a levantarse mientras el otro vuelve a poner la canción.

Empiezan a bailarla de nuevo, haciendo más el tonto que la vez anterior, si eso es posible. Están muy graciosos. Piero me pide que baile con él, mucho rato había aguantado sentado.

Piero y yo empezamos a bailar a nuestro rollo y más discretamente que ellos. Llegados a un punto Samu grita un «cambio de parejas» y tira de mí. Marc se pone a bailar con Piero y yo con Samu, la situación no puede resultarme más graciosa.

—Contigo es un poco más fácil que con Marc —dice Samu con la sonrisa muy grande y los ojos muy pequeños—, no eres tan alta.

—Y con Estrella será más fácil aún —le aseguro.

—Sí, por tamaño sí, aunque ella no tiene ni idea de bailar… Mañana o pasado le podías enseñar un poco, ¿no?

—Claro, sin problema —confirmo.

Está acabando la canción cuando Marc suelta a Piero y viene hacia nosotros.

—¿Ves, nena? —me dice—. Ya no estoy celoso, porque os quiero un montón a los dos.

Nos abraza a Samu y a mí y yo hago lo imposible por no reírme.

—Yo también te quiero mucho, nano —le dice Samu, que parece llevar una mierda del mismo nivel.

—Y a esos dos cabrones también los quiero mogollón —dice Marc señalando a Loui y a Chus, que están sentados en la alfombra.

Piero está de pie a un par de pasos de él. Marc estira el brazo, lo coge y lo acerca hasta nosotros.

—Hasta al puto italiano, que hace una semana lo quería matar, ahora lo quiero mogollón. —Le da a Piero un beso muy sonoro en la mejilla.

—Yo también, tío —dice Samu soltándonos a Marc y a mí y abrazando a Piero.

Piero se pone muy rojo y no sabe dónde meterse. Loui, Chus y yo no aguantamos más y empezamos a descojonarnos ya sin intentar disimular. Me retiro discretamente de la orgía de amistad y voy a sentarme con Loui y Chus, que también van ciegos, pero más a mi nivel. Chus sirve chupitos para los que estamos sentados, en un intento desesperado por alcanzar el nivel de los otros dos.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Me desperté con un dolor de cabeza de querer morir. La luz de la mañana se adivinaba por el borde de la persiana, que estaba totalmente bajada. Menos mal. Lo último que me apetecía era luz directa. Mis ojos se acostumbraron rápido a la oscuridad y vi a Greta dormida a mi lado. Siempre le había costado más que a mí despertarse. Me abracé a ella tratando de retrasar el momento de levantarme. Intenté recordar algo de la noche anterior, pero era incapaz de acordarme de casi nada.

—Mmmm… Buenos días —murmuró ella sin abrir los ojos.

—Buenos días. —Le di un beso.

—¿Qué tal? ¿La resaca bien? —Abrió los ojos y me miró—. ¿Estamos en bolas?

—La resaca exagerada —me reí—. Y creo que sí, que estamos en bolas.

—No me acuerdo de cómo acabó la noche. —Se frotó la cara.

—Yo tampoco —confesé.

—Bueno, a ti te faltarán recuerdos de mucho antes, ¿no?

—Es posible. Recuerdo beber y fumar mucho, luego la cena, y luego muchos chupitos Samu y yo mano a mano…

—¿Nada más? —preguntó con una sonrisa.

—Mmm… no sé —dudé—. ¿Bailamos?

—Bailaste un montón, sí, pero no conmigo.

—¿Yo solo?

—No, con Samu —se rio.

—¿Bailé con Samu? Joder, no me acuerdo de eso, ¿qué coño bailamos?

—La canción que quieren bailar en la boda…

—Ah, joder, me quiere sonar… Sí, creo que me acuerdo, vaya tela, pero luego bailé contigo…

—Conmigo no —se rio.

—¿Cómo que no? Recuerdo tus rizos negros en mi cara, aunque olías diferente, igual ha sido un sueño.

—No ha sido un sueño —se rio más fuerte—. Era Piero.

—No me lo estás diciendo en serio, ¿bailé con Piero también? Joder, menuda mierda llevaba —me reí.

—Y nos declaraste tu amor a todos —se rio—. Ahora todos sabemos que nos quieres mucho.

—Hostia —solté una carcajada—, ¿cómo se me fue tanto la mano con el alcohol? Nunca había llegado yo a la fase de exaltación de la amistad…

—Pues ya no puedes decir eso, pero que sepas que estabas muy gracioso. Y Samu también, que llevaba una mierda del mismo calibre…

—Vaya tela —dije pasándome la mano por la cara—, y ¿qué más pasó? ¿Por qué estamos desnudos? ¿Fui capaz de hacer algo útil estando tan ciego?

—Ni idea, a mí la noche se me borra después de los bailes…

—Bueno, vamos para fuera a por café y a ver qué marcha llevan, que parece que ya los oigo…

Nos pusimos la ropa de la noche anterior, que estaba tirada por el suelo, y salimos de la habitación. Estaban todos en la cocina, con las mismas caras de perjudicados que nosotros. Piero nos dio unas pastillas para la resaca y nos recomendó beber mucha agua. Nadie tenía demasiadas ganas de hablar, decidimos ir a hacer las maletas y salir en una hora.

Greta y yo nos fuimos a la habitación. Las pastillas de Piero hicieron efecto deprisa, me encontraba mucho mejor.

—Otra vez nos vamos de aquí para volver a casa.

—Sí —asintió—, qué bajón. Que, por un lado, tengo muchas ganas de ver a Gina, pero, por otro, es volver a los secretos, y a fingir y a lo de siempre…

—Días, nena, nos quedan días. La semana que viene lo soltamos todo y que pase lo que tenga que pasar…

—Claro. —Respiró hondo.

Terminamos de hacer las maletas y ya era hora de irnos, estaban todos esperándonos. Volvimos a despedirnos de la casa con el mismo sentimiento de tristeza de hacía cuatro años. Yo no podía evitar el temor a que todo se repitiera, y a que en casa nos esperara algo tan chungo como la última vez.

VEINTITRÉS

TARDE DE PARQUE

El viaje de vuelta a casa es bastante tranquilo. Cómo ha cambiado la situación en estos tres días. Volvemos a sentarnos en los mismos asientos que a la ida, pero esta vez me recuesto sobre Marc y nos dormimos a ratos. Me da algo de miedo que todo haya pasado tan deprisa, pero supongo que él ya ha esperado suficiente, es normal que ahora quiera que vaya todo tan rápido. Yo preferiría tomármelo con más calma, pero también lo entiendo a él. Tampoco hemos sido nunca de meditar mucho las cosas. Los dos funcionamos por impulsos y conocemos perfectamente los límites del otro. Espero que esta vez sepamos hacerlo mejor. Por nosotros y por Gina.

Por otra parte, nuestros amigos llevan nuestra nueva situación con mucha naturalidad, eso facilita las cosas.

Llegamos por fin a la ciudad, la primera parada es nuestra casa. Bajamos de la furgo Piero, Samu, Marc y yo. Samu dice que no aguanta más sin ver a Estrella, nadie se sorprende. Chus y Loui se van. Subimos a casa y encontramos a Estrella y a Gina solas, jugando a algo en la cocina.

—¡Mami! —grita Gina y corre hacia mí en cuanto nos ve entrar.

—Hola, cariño, ¿te has portado bien? —le pregunto mientras la levanto del suelo.

—Claro, me he portado *molto bene.*

—Se ha portado fenomenal —confirma Estrella—. Es un pequeño angelito.

Gina me abraza y me da un montón de besos. Yo hago lo mismo, la he echado mucho de menos.

Estrella se levanta y va a darle la bienvenida a Samu, pasando de todos los demás.

—¡Piero! —grita Gina extendiendo los bracitos para pasar de mis brazos a los de él.

Repite el gesto de antes abrazando a Piero y dándole muchos besos también.

—Voy a deshacer la maleta, luego os veo —dice Marc un poco serio y se va a su habitación.

Estrella y Samu desaparecen también camino del dormitorio de ella sin dar ninguna explicación.

—Ve con él —me dice Piero—. Tiene que ser difícil su situación. Gina va a ayudarme a deshacer la maleta, luego vamos a buscaros.

—Vale, ahora os veo.

Voy a mi habitación y, antes de deshacer mi maleta, paso a la de Marc. Él ha terminado ya con la suya y está dejando la maleta vacía en el altillo. Qué eficaz ha sido siempre con el orden.

—¿Qué tal? —le pregunto sentándome en su cama—. ¿Todo bien? Te noto raro, no sé… ¿agobiado?

—Sí, puede ser, un poco. —Viene a sentarse a mi lado.

—¿Y eso? ¿Qué te preocupa?

—Gina, supongo… —dice muy serio.

—¿Gina? ¿Por qué?

—Porque no me conoce. Tengo miedo de que le digamos que soy su padre y se decepcione…

—No se va a decepcionar —me río.

—Eso no lo sabemos.

—Bueno, la conozco lo suficiente como para saber que le va a hacer mucha ilusión conocer a su padre…

—«Su padre» —repite mis palabras en tono solemne—. Tampoco sé cómo ser un padre, igual me viene grande. No quiero ser un padre de mierda como el mío…

—No te preocupes por eso, en serio —le beso—. Pero vaya, que también puedes pasar tiempo con ella de aquí a que se lo digamos… ¿La llevamos al parque?

—¿Ahora? —pregunta sorprendido.

—¿Por qué no? A ella seguro que le apetece…

—Bien, vale, pues vamos —dice algo más animado.

—Espera cinco minutos, que acabamos de llegar. —Me tumbo sobre la cama, apoyo la cabeza en sus piernas y cierro los ojos—. Ya verás como viene ella a buscarme antes de que pasen los cinco minutos.

Él se pone a jugar con mi pelo, podría quedarme así toda la tarde, desde luego me apetece más que ir al parque, para ese tipo de cosas tengo menos instinto maternal que un cactus.

No tardamos en oír ruido en mi habitación.

—¡Mami! ¿Dónde estás? —oigo la voz de Gina a través de la pared.

—Ahí la tienes —le digo a Marc sin abrir los ojos.

—*Bella!* —me llama Piero.

—¡Aquí! —grita Marc.

Al momento aparecen los dos por el armario.

—*Siamo venuti* por el pasadizo *segreto* —dice Gina muy emocionada—. Mami, ¿estás malita?

—No —me río—, solo estoy cansada… ¿Quieres ir al parque? —Me incorporo.

—Sí, sí, *andiamo, andiamo*… ¿Tú también vienes? —le pregunta a Piero.

—No, que Piero tiene cosas que hacer —contesto yo rápidamente—. Te llevamos Marc y yo.

—Vale. Nos vemos luego, *caro mio* —le dice Gina a Piero.

—Hasta luego, *signorina* —le contesta Piero y le da un beso—. Pasadlo bien —añade antes de salir de la habitación.

—Venga, perezosa, vamos. —Marc me da una palmada en la pierna.

—Eso, mami, perezosa, vamos.

—Qué bonito eso de enseñarle a mi hija que me llame perezosa… —le digo a Marc achinando los ojos.

—Pues no me des opción —se ríe Marc—, venga, espabila.

—Mami, ¿tú tampoco me has traído un regalo? —pregunta Gina.

—No, cariño, no nos hemos ido de viaje, hemos ido a una casa en medio de la nada, no había tiendas donde ir a comprar.

—Jo —se queja ella—, me has dicho lo mismo que Piero.

—Bueno, yo he traído algo —dice Marc.

—¿Para mí? —pregunta Gina ilusionada.

—Mmm… sí. —Marc duda un momento—. Pero no te hagas muchas ilusiones, no es algo nuevo o comprado.

Me quedo mirándole muy sorprendida. Se levanta, va hasta la mesa de dibujo y coge una

bolsa que hay encima. Vuelve a sentarse en la cama al lado de Gina y saca unos libros de la bolsa.

—Mira —le dice mientras se los enseña—. Estos cuentos eran de tu mamá y míos cuando éramos como tú. He pensado que igual te gustaban.

—¿De dónde los has sacado? —pregunto mientras me acerco a mirarlos.

—De la cabaña, estaban en el sótano.

—Oh, me acuerdo de este, el de la rana, era mi preferido. ¡Me lo aprendí de memoria! —digo emocionada al verlo. Hacía años que no los veía. Algunos ni me suenan, pero otros me traen muchos recuerdos.

—¿Te gustan? —le pregunta Marc a Gina.

—Sí, quiero me los cuentes *tutti* —responde Gina ilusionada.

—Vale —se ríe Marc—. Cuando volvamos del parque.

Me acerco a Marc para poder hablarle al oído.

—¿Ves? —susurro para que solo me oiga él—. Lo harás bien. Te la acabas de ganar.

Él se ríe y le doy un beso en la mejilla.

—¿Qué le has dicho? —pregunta Gina.

—Cosas nuestras —respondo con tono interesante.

—Y ¿por qué le has dado un beso?

—Porque me encanta darle besos a Marc. Huele muy bien, a príncipe. Puedes probar a darle un beso tú también si quieres.

Marc se ríe.

—Vale —dice Gina.

Se acerca a Marc y le dice algo al oído poniendo las manos a los lados de su boca. No oigo lo que le ha dicho. Él suelta una carcajada.

—Claro, cuando quieras —confirma él.

—Vale —responde Gina y le da un beso en la mejilla—. Tienes razón, mami, es como darle un beso a un príncipe. Gracias por los cuentos, Marc. —Lo besa otra vez.

Marc y yo nos reímos.

—Venga —dice Marc—, vamos al parque, que cada vez tenemos más cosas que hacer esta tarde —añade guiñándole un ojo a Gina.

—*Andiamo* —dice ella.

✶ ◦••◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦••◦ ✶

Decidimos ir a un parque cercano, a mitad de camino entre nuestra casa y el bar. Las últimas veces que habíamos venido aquí, había sido de noche a fumar canutos, y también hacía años ya de eso. Al llegar, Greta fue directa a sentarse en un banco.

—No, mami, no te sientes, vamos a jugar —dijo Gina.

—Estoy cansada —se quejó ella—. Juega con Marc, que seguro que le apetece.

Gina se giró a mirarme y yo asentí con la cabeza.

El parque había cambiado mucho en los últimos años. Las estructuras eran muy diferentes de las que había cuando nosotros éramos pequeños. Ahora lo dominaba todo una pieza enorme con

escaleras, toboganes, cuerdas para subir y barras como de bomberos para bajar. Rodeando la figura principal, a cierta distancia, había una especie de coche, una casita, los típicos columpios y unos animalillos encima de unos muelles sobre los que balancearse en solitario. No había nadie más en el parque, estábamos solos.

—*Andiamo!* —gritó Gina corriendo hacia la estructura más grande.

Empezó a intentar subir por la zona más difícil.

—¡Cuidado que no se caiga! —gritó Greta desde el banco—. ¡Le encanta trepar por la parte de los mayores! ¡Le va mucho el peligro!

—¡Tranquila, nena! —respondí gritando también—. ¡Está controlado!

—¡Sí, tranquila, nena! —gritó Gina—. ¡Está controlado!

Greta y yo soltamos una carcajada.

—¡Como ahora empiece mi hija a llamarme *nena* lo pagarás caro! —gritó Greta todavía riéndose.

Gina consiguió llegar sola hasta arriba y se dirigió a una de las barras de bajar.

—Me da miedo bajar por el palo —me dijo—. ¿Me coges?

—Claro —contesté.

Ella dio un salto hacia mí y la cogí en el aire. No pesaba nada.

—¡Otra vez! —gritó ella cuando la dejé en el suelo volviendo a la zona difícil de subir.

Repetimos lo mismo seis o siete veces. Entendí la pereza que le daba esto a Greta, pero para mí era nuevo y era un modo de pasar tiempo con Gina.

Al rato llegó una madre con unos mellizos. Eran más grandes que Gina, pero parecían medio lerdos. Gina se acercó a los niños y se puso a jugar con ellos en la casita. Empezó a decirles lo que tenían que hacer y los otros obedecían.

—¿Qué tiempo tiene? Parece muy espabilada —me preguntó la madre de los niños acercándose a mí.

—Tres años y medio —contesté.

—Ah, los míos tienen dos años y ocho meses. ¿Es tu hija?

Me quedé un momento parado sin saber qué contestar. Gina estaba a distancia suficiente como para no oírme, y no había nadie más en el parque.

—Sí —dije por fin con una sensación muy extraña.

—Perdona, he dudado porque pareces muy joven. He pensado que igual era tu sobrina…

—Claro —me reí. Ella debía de tener treinta y pocos, aunque tenía cara de cansada y aparentaba más.

—Es pequeña entonces para su edad, ¿no? Es raro siendo tú tan alto, ¿os ha dicho algo el pediatra? ¿Tiene algún problema de crecimiento?

Me quedé callado sin saber qué coño contestar. Joder, no sabía nada de esas cosas. Ni siquiera sabía que era pequeña para su edad. Me sentí muy incómodo. Tampoco entendía muy bien que le hiciera ese tipo de preguntas a un desconocido.

—No —dije por fin improvisando—. Es de crecimiento lento, como yo. Yo también fui muy bajito hasta los dieciséis.

—Ah, entonces tiene sentido —respondió ella. Me estaba empezando a agobiar ya la conversación—. ¿Venís mucho a este parque? No os había visto nunca…

Joder, qué coñazo de mujer, no sabía cómo escapar de esa situación.

✶ ◦•◦•◦•◦•◦ ❍ ◦•◦•◦•◦•◦ ✶

Me gusta ver a Gina jugar con su padre. Parece que se llevan muy bien. Jamás había visto a Marc con ese buen rollo con un niño. Me tranquiliza mucho. Aparece en el parque una madre con dos niños pequeños y empieza a darle conversación. Me río internamente pensando en todo lo que estará maldiciendo. Sin duda, las madres con ganas de hablar son lo peor de ir al parque, y Marc lo de dar conversación absurda lo lleva peor aún que yo.

Aparca un coche en un extremo de la plaza y veo salir a Tato, supongo que irá al bar a currar. Le hago un gesto con la mano y me mira sorprendido. Viene y se sienta a mi lado en el banco.

—¿Qué haces aquí? —pregunta y me da dos besos justo después de sentarse.

—Cosas de madre —sonrío y señalo a la niña con la cabeza.

—¿Cuál es la tuya? ¿La de los rizos?

Asiento con la cabeza.

—Si está ahí Marc… ¿Es suya? —me pregunta.

—Así, directamente, sin anestesia ni nada —me río.

—Perdona —se ríe también—, fue lo primero que pensé cuando me dijo Bruno que les habías contado que te fuiste ya embarazada y que no les habías dicho quién era el padre…

—Pues pensaste bien —asiento.

—Ya, ¿y no se lo vais a contar?

—Sí, claro, pero después de la boda…

—Normal, lo entiendo… Pero Marc sí que lo sabe, ¿no?

—Sí, claro —me río.

—Parecía un alma en pena cuando te fuiste… Estuvo meses insoportable —me dice serio de repente—. No sé cómo Adela lo aguantaba…

—¿Adela? —pregunto mientras me giro a mirarle algo sorprendida.

—Vaya, no sé si he hablado de más… Estuvieron liados unos meses, pero lo mismo lo tenía varios días seguidos metido en el bar a todas horas que desaparecía una semana entera y no sabíamos de él. Supongo que no estaba solo con ella… Suerte que Adela era un alma libre para ese tipo de cosas —se ríe.

—Cierto —me río yo también—. Oye, tú estás muy cotilla, ¿no? Has cambiado mucho en estos años.

—No sé, puede ser —dice poniéndose rojo de repente.

—Ahora sí, este es el Tato que yo conozco —me río.

Se ríe él también.

Marc viene hacia nosotros y se sienta a mi otro lado.

—Qué coñazo de mujer —dice mientras se deja caer en el banco—. ¿Qué tal, nano? ¿Qué haces aquí?

—Entro ahora a currar. Entro ya mismo, de hecho. Bueno, enhorabuena, «papi». —Se estira por delante de mí y le da a Marc una palmada en la pierna.

—Joder, ¿se lo has contado? —me pregunta Marc.

—Me ha preguntado directamente —encojo los hombros—. Pero no va a decir nada, ya nos guardó el secreto una vez.

—Esto me pasa por preguntar —se ríe Tato—. Otra vez a guardaros el secreto. Joder, parezco nuevo.

Marc y yo nos reímos.

—Bueno, ahora sí que me voy al curro. Si os apetece pasaros, ya sabéis dónde estoy. —Se

levanta—. Venga, chicos, nos vemos.

Y se va.

—Y tú, ¿qué? ¿Ligando con una madre? —me río.

—Hostia, ¡qué pesada! No me dejaba en paz. Además, haciendo preguntas que no me parecían ni medio normales.

—Bienvenido al maravilloso mundo de las madres de los parques —le digo aguantando la risa—. Esa tenía pinta de estar buscando un nuevo papá para sus mellizos —aprieto los labios.

—Pues que busque, que busque… Qué coñazo de señora…

—Bueno, estás abriendo mercado, nunca antes habías ligado con una madre…

—¿Cómo que no? —pregunta con una sonrisa y me pasa un brazo por encima de los hombros—. Hace un par de días ligué con una madre que está buenísima, bastante más que esa —añade antes de darme un beso muy fuerte en la mejilla.

Me río y le pongo una mano en la pierna.

—Echaba mucho de menos esto —suspiro.

—¿Esto? Creo que esto no lo habíamos hecho nunca… Estar los dos de día en un banco del parque viendo jugar a nuestra hija… Joder, aún me da vértigo decirlo…

—Normal —me río—, me da vértigo a mí a veces y he tenido años para hacerme a la idea… Oye, ¿qué te ha dicho antes en casa al oído?

—Si me lo ha dicho al oído será porque no quiere que lo sepas tú —responde con voz interesante.

—O porque justo te había dicho yo algo al oído y ella es muy de imitar. Seguro que es algo que podía haber dicho en voz alta…

—La verdad es que sí —se ríe.

—Pero ¿qué te ha dicho?

—Cosas nuestras —vuelve a poner voz misteriosa.

—Va, que tengo curiosidad… Cómo te mola picarme…

—Me encanta —se ríe—. Va, si es una tontería… Me ha preguntado si luego le enseño a dibujar un caracol.

—Está como una cabra —me río yo también—. Bueno, al menos tiene ahora a quién pedirle esas cosas, que yo ya sabes cómo dibujo, y Piero tampoco es que sea un daVinci…

—Hombre, ya hay algo que el siciliano no hace bien, menos mal, empezaba a pensar que era de otro planeta…

—A ver, que no dibuja tan mal como yo, pero tampoco es nada espectacular.

—Es mediocre en algo, me vale —se ríe.

—Va, no seas rabiosín… Si Piero es de puta madre…

—Lo sé, nena —me da un beso en la cabeza—, pero es tan perfecto que exaspera —se ríe.

—Bueno, ¿qué te preguntaba la madre esa que no te parecía normal?

—Que si la niña era bajita por algún problema de crecimiento… Será gilipollas, no sé a ella qué coño le importa… Yo ni siquiera sabía que era bajita para su edad, me he quedado con una cara de tonto…

—Pues sí —confirmo—, es bastante bajita para su edad, pero no tiene ningún problema, solo va lenta, como su papi —añado dándole un codazo.

—Vale, entonces me lo he inventado bien —se ríe—. Pero ya me dirás tú si te parece normal hacerle esa pregunta a un desconocido.

—Igual quería que dejaras de ser un desconocido rápidamente —me río.

—Ni de coña, bueno, pero entonces lo de la niña no es grave, ¿no? ¿La ha visto algún médico

aparte de Piero?

—Sí, claro, ha ido a todas las revisiones del pediatra que le tocaban, tranquilo. Tiene crecimiento lento, pero dentro de lo esperable, está muy proporcionada, no hay ningún peligro de nada. El rollo es que intelectualmente va más rápido de lo normal, entonces da un poco de yuyu, porque parece una niña de cinco años o por ahí atrapada en el cuerpo de una de dos —me río.

—Ya, no es normal que hable tanto, ¿no? Los otros niños parecían zoquetes…

—Siempre pasa, el resto de niños son más grandotes, más torpones y hablan peor. Pero supongo que con el tiempo se igualará la cosa.

—Claro, ya pegará el estirón… Espero que antes de los dieciséis —se ríe.

Gina sale de la casita, parece que se ha agobiado ya de los niños, le suele pasar con los que son más pequeños que ella. Le hace un gesto a Marc para que vaya.

—Me reclama, voy a ver qué quiere —se levanta y se dirige a toda velocidad hacia ella.

Me encanta verlo así. Nunca pensé que estaría tan motivado con el tema de ser padre… No creí que después de tantos años aún pudiera sorprenderme.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Llegué hasta donde estaba Gina y me hizo un gesto para que me agachara y hablarme al oído.

—Vamos a jugar a lo de antes, que esos niños son un rollo —susurró.

—Vale —me reí.

Volvió a subir al mismo sitio de antes y se lanzó de nuevo para que la cogiera.

—Qué suerte tienes de tener un papá tan fuerte que te coja —dijo la madre pesada cuando tenía a Gina en brazos.

Ella me tapó la boca con la mano.

—Sí, mi papá es el más alto y el más fuerte del *mondo* —contestó Gina. Yo me quedé congelado un momento.

—Ya veo, ya —siguió la madre—. Tienes mucha suerte.

Se alejó hacia donde estaban sus hijos.

—No es una mentira —me dijo Gina en voz baja—. Es jugar. Si es jugar, no es decir mentiras. Mamá se enfada porque dice que sí son mentiras, pero ¿a que si es jugando no son mentiras?

—No, no es mentira —le dije. Pensé por un instante en decirle la verdad, pero no era el sitio ni el momento. Conseguí controlar mi bocaza.

—Pues mamá se enfada si juego alguna vez con Piero a decir que es mi papá. Dice que no se dicen mentiras ni jugando.

—Bueno, pues conmigo puedes jugar a eso y, si mamá se enfada, yo se lo explico.

—O no se lo decimos a mamá…

—No está bien que no le cuentes las cosas a tu madre —me reí.

—Pero es que se enfada… Es un juego *segreto*.

—Vale, pues hacemos una cosa. Jugamos a eso siempre que quieras, pero no se lo contamos

a mamá ni a nadie más, ¿vale? Solo jugamos cuando no nos oiga nadie.

—Vale, papá —susurró antes de darme un beso en la mejilla.

Joder, qué palabra tan potente. Ella solo estaba jugando, pero a mí me había dado un vuelco el corazón.

VEINTICUATRO

DESDE CERO

Tardamos la vida en llegar a casa. Marc y Gina van jugando a no pisar las líneas de las baldosas de la calle y avanzan muy despacio. A mí los tres días de fiesta ininterrumpida me han dejado hecha polvo, no sé de dónde saca Marc tanta energía.

—Venga, que no vamos a llegar en la vida —me quejo.

—No seas cortabolas, nena —replica Marc riéndose.

Me armo de paciencia y voy parando cada poco rato para que me alcancen. Ellos no paran de reírse.

Llegamos por fin a casa y siguen con el mismo juego con las baldosas del portal y con las del rellano… ¿En serio? Qué ganas tengo de llegar a casa y quedarme tirada en el sofá o en la cama.

Entramos en la cocina, donde está Piero con mi madre y Reyes. Están los tres cocinando.

—Hola —saludo al entrar.

—Hola, chicos —dice mi madre—. ¿Qué tal en el parque?

—*Molto bene* —Gina se acerca a darles besos a sus dos abuelas y a Piero.

—¿Qué cocináis? —pregunto.

—Piero nos está enseñando a hacer pasta fresca casera —me informa Reyes—. Este chico es una mina.

—Lo sé —me río y le doy un beso en la mejilla a Piero. Él sonríe y se pone un poco rojo.

—¿Estás haciendo ravioli? —le pregunta Gina a Piero.

—Puede ser —contesta él con una sonrisa.

—Luego vengo a ayudarte a rellenar, que ahora tengo que hacer una cosa —añade Gina haciéndole un gesto a Marc para que la coja en brazos. Él obedece y ella le dice algo al oído.

—Ahora venimos —dice Marc volviendo a dejar a Gina en el suelo y los dos salen de la cocina camino de su habitación.

—Qué encanto de niña —me dice Reyes—. Nos tiene enamoradas a todas.

—Sí —dice mamá viniendo hacia mí y abrazándome—, no tenías por qué haber pasado por eso tú sola, podíamos haberte ayudado… Pero lo has hecho muy bien, hija.

—Gracias, mamá —le devuelvo el abrazo—. Lo siento mucho.

—Ya está, cariño. —Se separa de mí y se pasa el dorso de la mano por los ojos—. Lo importante es que ya estás de vuelta y que no te vas a volver a ir.

—No, ya no me voy, te lo prometo, mami —sonrío.

—Me tranquiliza oírlo —mamá me devuelve la sonrisa.

—Más te vale —interviene Reyes—. Esta vez iría yo misma a buscaros… Tú puedes hacer lo que quieras, pero no nos quites a Gina y a Piero…

Los cuatro empezamos a reírnos.

—Ya veo, ya… Yo soy la menos importante… —intento parecer ofendida y Reyes me sonríe.

Me siento en la mesa de la cocina a verlos cocinar y darles un poco de conversación. Al rato me parece oír música a lo lejos.

—¿Ois eso? ¿Esa música? —pregunto.

—Sí —dice Reyes—, son los novios, que están ensayando para el baile de la boda.

—¡Ay, por favor! —me río—. ¿Y nadie me lo ha dicho? Eso no me lo pierdo…

Voy hacia el salón de casa de Marc y abro la puerta. Estrella y Samu están descojonándose y bailando la canción que Samu bailaba anoche con Marc.

—¿Cómo vais? —pregunto desde la puerta—. A ver esos novios bailarines…

—Joder, no me acuerdo de nada de lo que me enseñó Marc anoche, iba muy ciego —se ríe Samu.

—Lo que hubiera dado por verte bailar con mi hermano —se descojona Estrella también—. Anda, Greta, danos alguna pista…

—Enseñadme cómo lo hacéis.

—Mal, lo hacemos mal, ya te lo digo —dice Samu.

—A veeeeeeer —me río.

—No, que nos da vergüenza —dice Estrella.

—Pues si os da vergüenza conmigo, vais a flipar delante de todos los invitados…

—Venga, enséñanos —me pide Samu volviendo a poner la canción desde el principio.

—Espera, que pido refuerzos. —Me asomo al pasillo —¡MAAAAAAAAARC! —grito con todas mis fuerzas.

Tarda un momento en abrir la puerta de su habitación.

—¡¿Qué?! —pregunta desde allí. Gina se asoma por detrás de él.

Le hago un gesto para que venga y se acerca por el pasillo a su velocidad habitual con la niña detrás de él dando saltitos.

—¿Qué pasa? —pregunta cuando llega hasta mí.

—Ayúdame, que estos dos están intentando ensayar el baile de la boda por su cuenta.

Se ríe y resopla.

—Vaya par —sonríe—. Venga, va. ¿Bailo un poco con los novios y luego seguimos con los dibujos? —le pregunta a Gina.

—Vale. —Ella entra en el salón y se sienta en el sofá con Estrella y Samu.

Samu se levanta y vuelve a poner la canción desde el principio. Marc y yo empezamos a bailar.

—Lo mejor será, ya que no tenéis ni puta idea… —empieza decir Marc.

—Ni idea —le corto en un susurro—, no hables así delante de la niña.

—Cierto, perdón, NI IDEA, pues eso, que como no sabéis bailar, y además quedan solo cuatro días para la boda, lo mejor es que hagáis algo sencillo. Esto se puede bailar como una rumba lenta… Muuuuuy lenta… Y Samu, por tu madre, no muevas el culo cuando bailes, que pareces retrasado…

Todos nos reímos y Samu asiente con la cabeza muerto de risa también.

Empezamos a bailar con pasos muy sencillos. Yo voy siguiendo a Marc, que parece que tiene claros los límites de Samu y de su hermana.

—¿Ves, nano? Así —explica mientras damos los pasos más básicos—. Y así, no —añade moviendo el culo como Samu cuando baila. A todos nos da un ataque de risa, lo hace exactamente igual.

Seguimos bailando un rato más, bailar rumba tan despacio es realmente fácil.

—Buah, tíos, hacéis que parezca supersencillo —se queja Samu.

—ES supersencillo —confirma Marc.

—Para vosotros… —protesta Samu—. Bueno, bueno, cuando os caséis vosotros tenéis que hacer una apertura de baile espectacular. Eso quiero verlo…

Marc y yo nos giramos de golpe hacia él y lo fulminamos con la mirada. Él aprieta los labios y abre mucho los ojos en señal de disculpa.

—No veo yo a Marta haciendo un baile espectacular —se ríe Estrella.

—Hablaba de bodas hipotéticas —aclara Samu—, porque con Marta no será, ¿no, Marc?

—No, no será con Marta —se ríe Marc mientras seguimos bailando.

—¿Me he perdido algo? —pregunta Estrella.

—Han roto —le explica Samu en voz baja.

—¡¿Qué?! —grita Estrella—. ¿Y me lo decís ahora? ¿A cuatro días de la boda? A ver, que me alegro mucho por ti, pero voy a tener que preguntar cómo está el rollo de eliminar a un invitado de la boda…

—Ya os vale a todos. —Marc suelta una carcajada y para de bailar—. Todos os alegráis por mí, ni un solo «lo siento, tío» ni nada.

—Es que no lo siento —dice Estrella muerta de risa—, lo estaba deseando.

—Pero no toques nada de la boda, que viene —aclara Samu.

—¿Por qué? —pregunta Estrella.

—Cosas de tu hermano, yo paso de discutir…

—Voy a ver si la convenzo mañana de que no venga —dice Marc—, pero si quiere venir, que venga, ¿qué más da?

Samu y Estrella reniegan un poco. Yo no digo nada, prefiero quedarme al margen de este tema.

Volvemos a poner la canción y esta vez bailo yo con Samu y Marc con su hermana. Gina nos aplaude desde el sofá. Ponemos una vez más la canción y esta vez ya bailan los novios juntos.

—¡Ahora yo! —grita Gina, y Marc la coge en brazos y baila con ella.

Yo voy mirando a los novios y avisándoles cuando hacen algo raro, pero parece que ya están casi listos para bailar en público sin hacer el ridículo.

—¿Está aquí la *signorina* que quería rellenar ravioli? —pregunta Piero desde la puerta.

—¡Sí, aquí! —grita Gina—, pero espera que termine la *canzone*, que estoy bailando…

—Vale, espero bailando yo también. —Piero viene hacia mí y me saca a bailar.

Bailamos los seis un rato hasta que termina la canción. Cuando paramos, mi madre y Reyes nos aplauden desde la puerta.

—¡Cuánto talento! —exclama Reyes.

—Sí, va a ser una boda muy divertida —añade mi madre—. Nos lo vamos a pasar fenomenal.

—Eso espero —dice Estrella—, porque no me pienso casar más veces.

—Mientras sea siempre conmigo, te puedes casar todas las veces que quieras —aclara Samu.

—Mmmm… Con una de momento vamos bien… No sé si me veo repitiendo todo este follón…

—Da gusto ver a unos novios tan enamorados. —Mi madre los mira con una enorme sonrisa.

Samu y Estrella se sonríen el uno al otro con cara de bobos.

—Vamos a rellenar los ravioli —le dice Gina a Piero—. Marc, luego de cenar seguimos con los dibujos…

—Luego de cenar te vas a dormir —la interrumpo.

Ella me mira arrugando las cejas. Me da mucha risa, pero hago un esfuerzo por que no se note, no le sienta nada bien que me ría cuando se enfada.

—Bueno, pues mañana —refunfuña ella.

—Vale, mañana por la tarde —dice Marc—, que por la mañana trabajo.

—Ay, es mañana cuando tengo que ir contigo, ¿no? —pregunto—. Estoy un poco nerviosa.

—¿Y eso? —interroga mi madre.

—Marc me ha conseguido una entrevista de trabajo en su curro…

—No es una entrevista, el trabajo es tuyo, no estés nerviosa… —aclara Marc.

—Bien pensado, Marc —dice mamá—. Si tiene trabajo es más difícil que se nos vuelva a escapar.

Los dos se ríen.

—Qué pesados sois, que no me voooooooy.

—Vamos a mi habitación —Marc me pasa un brazo por encima de los hombros—, y te cuento un poco lo de mañana, para que no estés nerviosa.

—Vale, gracias.

✶ ◦•◦•◦•◦•◦ ❍ ◦•◦•◦•◦•◦ ✶

Entramos Greta y yo a mi habitación y cerré la puerta. La abracé y la besé como si hiciera días que no nos veíamos.

—Bueno, ¿qué tienes que contarme del curro? —preguntó ella separándose un poco de mí.

—El curro es tuyo, no estés nerviosa, vamos a enrollarnos —me reí.

—Ya te vale —se rio ella también—. Va, en serio.

—Y tan en serio, les vas a encantar, y el curro de producción se te dará muy bien, ya lo verás…

—Ya veremos. —Respiró hondo.

—Bueno, lo importante. El domingo por la mañana, justo después de la boda, en el hotel, en el desayuno mismo, cuando estemos todos, lo contamos ya, lo de la niña, lo nuestro, todo… ¡No aguanto más!

—¿En el hotel? ¿Sí? —preguntó insegura.

—Sí, es perfecto, tendremos la maleta hecha. Si se lo toman muy mal, podremos huir fácil —dije muerto de risa.

—No digas eso —se rio ella también—, que da mal rollo.

—Se lo decimos a Gina justo antes y luego a los demás. No quiero que ella se entere de rebote.

—Vale —resopló—. Está decidido, el domingo por la mañana. Joder, ahora estoy más nerviosa que por la entrevista. ¿Tú no estás nervioso?

—No sé, un poco a lo mejor, pero son más las ganas que tengo de que se normalice todo. Sobre todo por Gina, no quiero seguir mintiéndole más. ¿Sabes qué? Me ha llamado *papá*.

—¿Cómo? —preguntó muy sorprendida.

Le conté lo del juego del parque y ella me miró seria.

—No me molaba nada que jugara a eso con Piero, no quería que lo llamara *papá* ni jugando… Tampoco me hace gracia que haga cosas que sabe que no me gustan a mis espaldas, pero no le voy a decir nada, me parece bonito que tengáis un secreto vuestro, es un buen primer paso…

—Eso he pensado yo, pero quería decírtelo, para que lo supieras… Creo que lo de no conocer a su padre le preocupa más de lo que piensas…

—Ya, eso parece, a mí nunca me dice nada de ese tema… Bueno, y ¿cómo ha sido? ¿Cómo te has sentido cuando te ha llamado *papá*? —preguntó con una sonrisa.

—Rarísimo —me reí—, me ha dado como un pinchazo en el corazón, mucha emoción, no sé, raro pero bonito…

—Eso está bien… De todas las alternativas que se me ocurrían de cómo podrías reaccionar a la noticia, en ninguna estabas tan emocionado… —dijo intentando no reírse.

—¿Por qué? ¿Qué pensabas?

—No sé, a veces pensaba que me dirías que eso ahora con tu novia y tal era un marrón y que no querías saber nada…

—Ese tema ya está cerrado. —Me incliné a besarla—. ¿Qué más?

—También pensé que igual no te lo creías y que me pedías una prueba de paternidad para asegurarte de que no era hija del profesor aquel —aguantó la risa.

—Joder, no me recuerdes aquella conversación…

—Ya ves, qué mala suerte… Cuatro polvos y me quedo preñada… —dijo ya sin poder aguantar la risa.

—No me recuerdes lo de los cuatro polvos, por favor, que me quiero morir. —Apoyé la frente en su hombro.

—Vale, pues hagamos un trato, yo no te vuelvo a recordar esa conversación y tú no me vuelves a reprochar lo de estos cuatro años…

—Bueno, lo tuyo ha sido más grave, pero me parece bien. Partimos de cero. Sin reproches, sin rencores —acepté antes de volver a besarla.

Rodeó mi cuello con los brazos y me devolvió el beso. Lástima que no fuera momento ni lugar para mucho más. Se abrió la puerta de mi habitación de golpe y los dos nos separamos de un salto.

—Guarreteeeees… —dijo Samu desde la puerta.

—¡Joder, nano! ¡Qué susto! —dije con tono de gritar, pero a un volumen bajo—. ¿No sabes llamar a la puerta?

—La última vez que llamé a tu puerta me dijiste que no llamara, que entrara y ya… Aclárate —se rio.

—Pues, a partir de ahora, llama —gruñí tratando de no reírme—. ¿Qué quieres?

—Me mandan a deciros que en diez minutos está la cena.

—Vale, ahora salimos.

Samu se marchó cerrando la puerta.

—¿Dónde estábamos? —le pregunté a Greta.

—Empezando de cero —contestó con una sonrisa—. Y, para eso, lo primero es que quites esta mierda de aquí.

Fue hasta el corcho y señaló las dos fotos de Marta que seguían ahí colgadas.

—Claro —me reí mientras iba a quitarlas.

—No me puedo creer que aún estén ahí las mías —susurró.

—Bueno, la esperanza es lo último que se pierde —dije con una risita nerviosa—. Además,

era un poco patético, te hablaba por las noches.

—Yo también a ti —murmuró ella.

—Vaya par de gilipollas —sonreí—. El teléfono hubiera sido más práctico…

—¿No habíamos dicho que nada de reproches?

—No es un reproche, es solo una afirmación, una idea lanzada al aire —me reí mientras cogía las fotos de Marta que había descolgado del corcho y las metía dentro de uno de los libros que le tenía que devolver. Me puse a mirar por la estantería a ver si localizaba más libros suyos.

—¿Qué buscas? —preguntó Greta.

—Las cosas de Marta, para devolvérselas mañana, no quiero que aparezca nada más tarde y tener que quedar con ella otra vez.

—Joder. —Greta agachó la cabeza—. De verdad que yo lo último que quería era trastocarte la vida…

—Pues te ha salido fatal, nena —me reí.

—Culpa tuya —se rio ella también dándome una palmada en el brazo—, por estar tan bueno y decirme todas esas cosas la otra noche.

—Qué facilona eres —sonreí y le di un beso rápido.

—Y tú qué contento estás. No paras de sonreír…

—Sí, ¿verdad? No puedo evitarlo, aún tenemos marrones que resolver, pero estoy… feliz… feliz de verdad… Por Gina, por ti, por todo en general. ¿Tú no?

—Sí, yo también, pero creo que me preocupa más que a ti lo del domingo —se rio.

—Piénsalo así: no les estamos pidiendo permiso, no necesitamos su aprobación. Somos adultos. Si les parece bien, guay y, si no, es su problema. Es nuestra vida y nosotros lo tenemos claro. Yo tengo un buen sueldo y dinero ahorrado, podemos buscarnos la vida. Y tú tienes también dinero ahorrado y a partir de mañana un sueldo de mierda —solté una risita—. Nos irá bien.

—Supongo —sonrió—. Venga, vamos a cenar.

La cena fue divertidísima. Mi padre volvía a tener un caso fuera, cada vez era más frecuente, lo que nos proporcionaba veladas de lo más animadas. Samu se quedó a cenar con la excusa de estar de vacaciones. Los ravioli estaban buenísimos, y todos le dijimos a Gina lo bien rellenados que estaban. Ella sonrió de satisfacción. Hablamos durante bastante rato también de la boda y de lo que quedaba por preparar.

Estrella dejó caer lo de mi ruptura con Marta de forma elegante y mi madre y Maite tampoco disimularon su alegría, aunque no entendieron, igual que los demás, que, pese a eso, viniera a la boda.

VEINTICINCO

MARC EN SU SALSA

Marc aparca en una calle bastante estrecha de edificios viejos.

Salimos del coche y avanzamos unos metros por la acera. Se detiene delante de una cristalera translúcida que no deja ver el interior y se gira hacia mí.

—A ver —me dice aguantando la risa—. Así, de entrada, el sitio te va a parecer bastante cutre, pero el trabajo que hacemos es profesional.

—Me estás asustando —me río—. ¿Es un antro?

—Son muchos muchos metros y tenemos todo lo que necesitamos. Bueno, mejor lo ves tú misma.

Llama a un timbre que hay junto a la puerta y, tras un zumbido, la empuja y entramos. La primera sala es bastante grande, con la pintura de las paredes algo desconchada y con un escritorio enorme. Hay también un par de sofás bastante cutres y un dispensador de agua. Al fondo hay un pasillo muy largo. Sentado a la mesa y trabajando en un ordenador, un chico de pelo grasiento con una camiseta de «Los Ramones» que se levanta cuando nos ve entrar y se nos acerca.

—¿Qué pasa, tío? —le dice a Marc y los dos chocan las manos en el aire.

—Ella es Greta —me presenta—, y este es Salva, el guarro con el que hablé el otro día que me preguntó si estabas buena.

—Qué cabrón, pero no se lo digas… —se queja el otro un poco cortado.

—Haré como que no he oído nada —le digo al chico estrechándole la mano.

—Tía, me suenas mucho, ¿nos conocemos?

—Creo que no, a mí no me suenas de nada —contesto con mi sinceridad habitual.

—Pues yo juraría que nos conocemos —insiste.

Marc se ríe.

—¿Lo conozco y no me acuerdo? —le pregunto a Marc. Él niega con la cabeza sin parar de reírse.

—Bueno, Salva es el que se encarga de los números, las nóminas y todas esas mierdas. A veces echa una mano en producción, pero ahora que estás tú aquí, seguro que lo haces mejor que él, que es un inútil —explica mientras sigue riéndose—. Es uno de los socios, ahora te presentaré a los otros dos y al resto de la gente.

El chico me pide la documentación que necesita para hacerme el contrato y se lo entrego todo, sorprendida de que no me haya hecho ni una sola pregunta.

—Como me dijo Marc que ahora no estabas estudiando, no puedo hacerte contrato de becaria, que por otra parte mejor, porque en producción necesitamos a alguien a largo plazo, así que de entrada te haré un contrato de ayudante de producción para seis meses. Cobrarás según

convenio, te parece bien, supongo.

Miro a Marc sin saber de qué coño me habla el tipo y él me sonríe.

—Mucho mejor un contrato de ayudante con convenio que uno de becaria —asiente—. Vas a tener casi sueldo de persona.

—Genial entonces —flipo con lo fácil que es todo.

Él vuelve a la mesa.

—Pues nada, me quedo arreglando lo del contrato. Ahora os busco. Enséñale esto y pregúntale a Carola cuándo necesita que empiece —le pide a Marc.

—Perfecto. —Marc me pone una mano en la espalda y me guía por el pasillo.

Al fondo hay una sala más grande que la de la entrada, en la que hay seis personas trabajando y varias mesas libres.

—Buenos días, gente —saluda Marc al entrar—. ¿Cómo ha ido el puente? A ver, os presento a Greta, va a ser la nueva ayudante de producción.

Todos levantan la cabeza de sus ordenadores y nos miran. Una chica muy elegante se levanta y viene hacia nosotros. Contrasta con todos los demás de la sala, que van en vaqueros y zapatillas.

—¡Qué bien nos viene una ayudante de producción por fin! —Se acerca y me da dos besos.

—Me pregunta Salva que cuándo necesitas que empiece —le dice Marc—. Ella es Carola, la jefa de producción.

—Pues ya mismo, la verdad, entiendo que es un poco precipitado, pero ¿podrías quedarte ya hoy?

—Mmm… sí, supongo que sí —contesto sorprendida.

—El plazo para pedir la subvención acaba el viernes, tenemos mucho lío en *prepo*… Entre eso y la *prepo* del rodaje de la semana que viene, Ángela no puede con todo…

—Pues ahora ya tenéis a Greta. —Marc me pasa el brazo por encima de los hombros—. No ha currado nunca de esto pero ya verás qué rápido lo pilla…

—Genial —dice Carola—. Voy a decirle a Salva que le haga el contrato a partir de hoy.

Desaparece por el pasillo por el que acabamos de llegar nosotros.

—¿Qué coño es *prepo*? —le pregunto a Marc al oído en un susurro.

—Preproducción —me contesta también al oído riéndose—, pero puedes preguntar lo que no sepas, no pasa nada.

Me presenta a todos los demás de la sala, solo me quedo con el nombre de la tal Ángela que acaban de nombrar.

—Bueno —se dirige a mí de nuevo—, esta es la oficina, por así decirlo, aquí está producción, diseño, redacción y tal… En una de esas mesas estarás tú. Sigamos, te enseño el resto.

Abre una puerta que hay en el lateral de la sala y pasamos a una mucho más grande toda rodeada de armarios sin puertas que llegan hasta el techo, y en los que hay un montón de ropa colgada. También hay varias burras desperdigadas por la habitación con más ropa.

—¡Pero esto es enorme! —exclamo sorprendida.

—Pues aún no has visto nada —se ríe—. Esto es vestuario, aquí está lo que hemos usado en algún momento para algún rodaje. Todo está aquí. Antes el local era de una compañía de teatro, por eso tenemos mucho más vestuario del que hemos utilizado. Esta sala es como el centro neurálgico, de aquí se va a todas las demás. También es la zona donde se puede fumar, por eso siempre encontrarás aquí a Alba…

Oigo una risita y veo que hay una chica entre los percheros.

—Ya está, ya vuelvo al curro. Es el primero de hoy —se ríe—. Lo juro.

—Son tus pulmones, tu sabrás —se ríe Marc también—. Mientras cumplas los plazos de Carola, yo no digo nada. Alba es una de las guionistas —me explica—. No te la he presentado antes porque no estaba en su mesa… ¡Oh, sorpresa!

Alba se ríe y apaga el cigarro.

—Ya voy, ya voy. —Sale por la puerta por la que acabamos de entrar.

—¿La zona de fumar es la sala de vestuario? —pregunto un poco flipada.

—Sí, no sé a qué mente brillante se le ocurrió —encoge los hombros.

La sala tiene también varias puertas. Marc las va abriendo todas y me presenta a un montón de gente. Voy olvidando los nombres en cuanto los escucho.

—Y esta es mi cueva —sonríe al abrir una de las puertas—, y estos son Miguel, Rocío y Jose, mis pequeños esbirros. —Los tres se me quedan mirando con los ojos muy abiertos, pero no dicen nada. Me toco disimuladamente el pelo y la cara para comprobar que no tengo nada raro, pero todo parece en el sitio.

Abre otra puerta de la sala de vestuario y entramos a un espacio gigante al que no me atrevo ni a llamar sala.

—Y esto es lo que llamamos «la nave». Como ves, no tiene ni suelo, es el hormigón de obra. Aquí es donde grabamos las cosas de estudio y donde acaba todo lo que no sabemos dónde meter.

Es un espacio enorme y diáfano lleno de focos, cámaras, trípodes… Y un montón de trastos por todos los rincones.

—El espacio es cutre, pero el equipo es bueno —se ríe—. Vamos, que ya estamos acabando.

Volvemos a la sala de vestuario y de ahí vamos a la última puerta que queda, que está abierta. Marc se enciende un cigarro.

—Y esta es la cocina, aquí es donde puedes venir a por un café y ese tipo de cosas. Y donde ahora mismo están los dos jefes que nos faltaban escaqueándose —explica a un volumen alto para que le oigan.

—¿Qué pasa, tío? Qué contento estás, ¿no? Parece que te ha sentado de puta madre el puente…

—No tienes ni idea, tío —se ríe Marc—. Este puente me ha cambiado la vida, literalmente.

—¿Sí? ¿Algo que contar?

—Igual más tarde. Greta, este es Sergio, el jefe de realización —dice señalando al chico con el que estaba hablando. Es un chico muy delgado, con el pelo lacio y oscuro, y gafas de pasta—. Y este de aquí es Víctor, el jefe técnico. Recurre a él cuando tengas algún problema con el ordenador, la red o cualquier cosa que no te puedan solucionar Ángela o Carola —señala al otro chico, que lleva el pelo de punta, rubio de bote con las raíces negras—. Pues ya estaría todo. Ella es Greta, empieza hoy de ayudante de producción.

—Estupendo —Víctor me estrecha la mano—. Si tienes cualquier problema, avísame.

—Lo mismo digo —añade Sergio estrechándome la mano también—, si tienes cualquier problema, avísale a él.

Los cuatro nos reímos y Marc va a la cafetera a servirnos dos cafés.

—¿De qué conoces a Marc? —me pregunta Sergio—. ¿Eres una amiga de Marta?

—No —se ríe Marc antes de que yo pueda contestar.

—No tiene pinta de ser amiga de Marta —se ríe Víctor—. El caso es que me suenas… ¿Te ha traído Marc alguna vez?

—No —contesto yo ahora.

—A mí también me parece haberte visto antes —dice Sergio—. ¿De verdad que no has venido nunca?

—No —se ríe Marc—. Piensa a ver de qué te suena…

—No caigo, tío.

—Ya caerás —le dice Marc pasándome una taza de café.

—Es la hora —dice Víctor—. Vamos a la reunión.

Los cuatro salimos de la cocina y Marc me pasa un brazo por encima de los hombros.

—Tenemos reunión de equipo el primer día de la semana, así organizamos el trabajo —me explica—. Siéntate a mi lado y te explico lo que no entiendas.

—Vale —le digo—. ¿Por qué piensan que nos hemos visto antes? A mí no me suenan de nada.

—Luego te lo cuento, quiero ver si caen ellos antes, es divertido.

—Vale —contesto un poco intrigada.

Llegamos a la sala de reuniones y Marc se sienta a mi lado. La otra chica de producción que me han presentado antes, la tal Ángela, se sienta a mi otro lado. Es bastante más baja que yo, lleva dos trenzas algo despeinadas y unas gafas redondas metálicas como las de John Lennon. Va mordiendo un bolígrafo con un poco de ansia.

—Ángela —le dice Marc en un susurro acercándose a ella por encima de mí—, ¿me puedes conseguir un par de días más para el *story* del corto? Miguel es un poco inútil y va muy lento. Si no me amplías el plazo me tocará pasárselo a Rocío o a Jose, o hacerlo yo mismo, y vamos hasta arriba…

—¿Has hablado con Carola? Si te ha dicho que no, yo no puedo hacer nada.

—No, te lo digo a ti primero, a ver si haces tu magia… Si se lo digo a Carola, sé que va a ser un *no* directo y no lo va ni a intentar…

—Vale —se ríe Ángela—, veré qué puedo hacer, pero no prometo nada.

—Gracias —susurra Marc y le guiña un ojo.

Va entrando toda la gente a la que hemos ido viendo en todas las salas y se sientan alrededor de la mesa.

—Bueno —comienza Salva, el primero al que he conocido al llegar—, ¿conocéis todos ya a Greta? Imagino que Marc ha hecho las presentaciones. Greta, cuando acabe la reunión vienes a firmar el contrato, que ya lo tengo.

—Vale, perfecto.

—Venga, pues turno de Carola, que tiene que hacer revisión de plazos y debe de tener prisa, parece que se va a una boda —se ríe y todos los demás se unen a la risa.

Carola pone los ojos en blanco y se pone de pie.

—A ver, que tengo reunión en la tele y soy la imagen de la empresa. No nos van a tomar en serio si vamos en vaqueros y zapatillas.

—Hasta ahora nos ha ido bien en vaqueros y zapatillas —interrumpe Sergio.

—Yo hago las cosas así —replica Carola—, así que dejad el pitorreo.

Empieza a hablar con todos uno a uno y van comentando los plazos y tareas. A mí todo me suena como si estuvieran hablando en esperanto.

—Marc —le dice Carola cuando llega su turno—, ¿cómo vais con los episodios?

—Enviados a *postpo* con dos semanas de adelanto a la fecha límite. Si hay algún retraso, la bronca a ellos —contesta Marc.

—Judas, no nos eches mierda —dice un chico desde el otro extremo de la mesa sonriendo.

—Pues cumple tus plazos —contesta Marc encogiéndose de hombros.

—Bueno, ¿y el 3D? ¿Cómo lo llevas? Necesito el balance de horas de la semana pasada —añade Carola.

—Vale, luego te lo paso. Como vamos muy bien de tiempo con los episodios, le metí caña la semana pasada al 3D. Ya tengo terminado un primer personaje de prueba y estoy experimentando con texturas. Faltará probar lo del movimiento…

—¡Claro, joder! —dice Sergio de repente—. De eso me suena la nueva, ¡es la chica 3D!

—¡Hostia, sí! —dicen Salva y Víctor a la vez.

Los tres que curran con Marc aguantan la risa y Marc suelta una carcajada.

—Eso es, cabrones, ya lo habéis pillado… Si la habéis reconocido es que soy bueno, ¿eh? —Marc señala a los tres socios con el dedo—. ¡Subidme el sueldo!

—Eres bueno, tío, es igualita —asiente Víctor.

—Estoy aprendiendo a modelar en 3D y tenía que hacer un personaje —me susurra Marc—, me pasó como con la prueba de dibujo aquella para el máster, ¿te acuerdas?, luego te lo enseño.

—¿También es algo guarro? —le pregunto al oído.

—No, no —se ríe—, esto es de lo más inocente.

—Mejor —me río yo también.

Carola sigue preguntando al resto de la gente por sus tareas y sus plazos durante un rato. Cuando termina, Salva retoma la palabra.

—Otra cosa —dice Salva—. El cabrón del anuncio que hicimos antes de verano aún no nos ha pagado. Marc, ¿puedes hablar con Marta a ver si ya podemos denunciarlo? Y, de paso, si en su despacho nos lo pueden gestionar…

—No, tío, que he roto con Marta, paso de llamarla para algo de curro —responde Marc como si tal cosa.

—¿Has roto con Marta? ¿Cuándo? ¿Por qué no lo has dicho? —pregunta Salva.

—Lo digo ahora, no me has dado tiempo —se ríe Marc—. Pero vaya, que no sabía que mi vida personal era punto del día.

—Y no lo es, centrémonos. ¿Tú estás bien? ¿Necesitas un par de días libres para asimilar la ruptura? —le pregunta Carola—. Personalmente creo que en estos casos lo mejor es centrarse en el trabajo, pero eso va con cada uno.

—No —se ríe él—. Estoy de puta madre. He tenido muchas cosas que asimilar este puente, pero ya está todo asimilado. ¡A currar! —añade golpeando la mesa con las dos manos.

—Ya lo habéis oído, ¡a currar! —dice Carola y todos se ponen de pie.

—Ve a firmar el contrato —me dice Marc en voz baja—. Yo me voy a mi cueva, luego te veo.

Tras firmar el contrato, voy hasta la sala donde se supone que tengo que trabajar y dudo un momento en la puerta. Ángela levanta la vista, se quita el bolígrafo que está mordiendo de la boca y señala con él el ordenador que está a su lado.

—Ponte aquí —me dice—. Así te voy explicando.

Me acerco y me siento en la mesa que me ha indicado.

—Bueno, pues me voy para la tele. Deseadme suerte —dice Carola—. Ángela, explícale a Greta todo lo que haga falta. Volveré esta tarde.

—Hecho, Carol, suerte en la reunión. Consigue algo de mucha pasta y poca producción —dice Ángela y todos se ríen.

Carola se va y Ángela arranca mi ordenador y me pasa una carpeta llena de papeles.

—Mira, hay que pedir una subvención para un telefilme que queremos hacer. El plazo acaba el viernes, así que hay poco tiempo. Yo estoy con la *prepo* de un rodaje, así que ocúpate tú de

eso. En el ordenador tienes todo lo que necesitas, y en esta carpeta lo que presentamos el año pasado, que no nos la dieron. Cabrones. Si dudas con algo, echa un vistazo a la carpeta, y si no te aclaras, pregúntame sin miedo. ¿Has trabajado en red alguna vez?

—No —contesto.

—Bueno, pues ahora llamo a Víctor y que te explique, no tiene misterio.

Marca un botón en un teléfono raro que hay sobre la mesa.

—Víctor, ¿le explicas a la nueva lo de la red?… Graciaaaaaas.

Cuelga el teléfono y al momento aparece el chico de pelo oxigenado y me explica cómo funciona el sistema en red del ordenador. Omito decir que hace cuatro años que no enciendo uno, no quiero parecer una cavernícola. Es bastante sencillo todo lo que me explica y lo pillo enseguida. Víctor me dice que le llame si tengo algún problema y se va.

—¿Cómo se llama el telefilme para el que hay que pedir la subvención? —le pregunto a Ángela.

—Claro, perdona —se ríe—, no te he dicho lo más importante. *La novia sumergida*.

La miro levantando una ceja y ella se vuelve a reír.

—Sí, el nombre es un poco así, pero el guion es bueno… Si no te aclaras con algo, pregúntame.

Me pongo manos a la obra y recopilo todo lo que piden y que consigo localizar. Cuando termino con todo lo que he podido hacer le pregunto a Ángela por lo que me falta.

—No encuentro la sinopsis y el *storyboard*.

—Alba, sinopsis de la novia —dice sin levantar la vista del ordenador. Los demás de la sala se ríen.

Ángela levanta la cabeza y mira hacia una mesa vacía.

—Joder, ya se ha ido a fumar —gruñe mordiendo el boli que lleva en la boca y sacando una pelota pequeña de un cajón de su escritorio. La lanza con fuerza contra la puerta que lleva a la sala de vestuario.

Alba aparece enseguida por esa misma puerta, recoge la pelota del suelo y se la devuelve a Ángela.

—Perdona, ¿qué pasa? —sonríe.

—Sinopsis de la novia —gruñe Ángela.

—Ahora mismo la escribo.

—¡¿No la tienes escrita?!

—No he estado inspirada, pero te la escribo en un momento.

Ángela suelta un bufido, descuelga el teléfono de antes y aprieta un botón diferente.

—Rocío, ¿tenéis el *story* de la novia?… Pues pásame al que lo sepa… Marc, *story* de la novia… ¿En papel? Joder, ya lo podíais haber escaneado… ¿Me lo trae alguien?… Bien, vale, le digo que vaya. —Me mira y se ríe—. Sí, te miro lo de los plazos, cansino, pero no te hagas ilusiones.

Cuelga el teléfono y se gira hacia mí.

—Que vayas tú a por el *story* —me dice con una sonrisa—, que lo tienen en papel. Lanza todo a imprimir por duplicado y así eso va haciendo marcha para cuando vuelvas. ¿Sabes dónde es? De las tres puertas que hay a mano izquierda, la del centro.

—Vale, perfecto —Me levanto y voy para allá.

Dudo ante la puerta que me ha dicho Ángela, no sé si debería llamar. Finalmente doy un par de golpes con los nudillos y abro.

En la sala está Marc con los otros tres que he conocido antes. Él le está explicando algo a uno

de los chicos. Los otros dos levantan la cabeza cuando abro la puerta.

—Jefe, la musa —dice el chico que ha levantado la cabeza y la chica y él se ríen.

Marc levanta la cabeza y se ríe también.

—¿Has localizado el *story*, bocazas? —le pregunta Marc aún riéndose.

—He encontrado varios, ¿cuál habéis dicho que era? —pregunta el que ha hecho el comentario.

—¡El de la novia! —gritan Marc y los otros dos a la vez.

Marc me mira y pone los ojos en blanco.

—Rocío, anda, ayúdale a buscar. El primero que lo encuentre que me lo traiga, voy a fumar.

Se levanta y me indica que salgamos de la sala. Cierra la puerta detrás de nosotros.

—¡Qué tío más inútil! —Se pasa una mano por la cara—. No vale para nada. Y tú ¿cómo vas?

—Pues creo que bien, ya veremos si no he hecho alguna cagada gorda. Hasta el momento me ha parecido fácil, está todo muy bien organizado.

—¿Ves? Somos cutres pero eficaces —me dice con su mejor sonrisa y se enciende un cigarro —. ¿Te gusta el curro entonces? ¿Y el ambiente?

—Bueno, es pronto para tener una opinión, pero así, de entrada, es mejor que servir cerveza o vender artesanía a los guiris, la verdad. Aún no he tenido tiempo de conocer mucho a la gente, pero de momento todos me dan buen rollo. Ha habido un momento tenso entre Ángela y Alba porque faltaba una sinopsis y la otra estaba fumando y ni la había escrito, y Ángela parece que se ha mosqueado un poco, pero, aparte de eso, bien.

Marc suelta una carcajada.

—Ángela y Alba son pareja, y dejaron de fumar las dos a la vez hace un par de semanas. Alba aguantó un día y medio o por ahí, pero Ángela resiste, a base de acabar con las existencias de bolígrafos de la empresa, también te lo digo, y lleva muy mal que Alba fume tanto o más que antes. Están un poco tensas con ese tema, pero son de puta madre las dos, ya lo verás.

Se abre la puerta de sala de la que acabamos de salir y la tal Rocío le da una carpeta a Marc y vuelve a entrar. Marc va a la puerta que da a la oficina, la abre y habla desde allí.

—Sofía, pilla esto. Escanéalo y se lo pasas a Greta. Ángela, Greta está aquí conmigo, si la necesitas, silba.

—No hay prisa, esto sigue imprimiendo —oigo decir a Ángela desde su mesa.

Marc cierra la puerta y vuelve conmigo.

—Cómo te lo controlas todo, ¿no? —le digo sonriendo.

—Es que soy jefe —se ríe—, ¿no te da un poco de risa?

—Sí —confieso con una carcajada—. Pero mola un montón, estás totalmente en tu salsa…

—¿Te pone el rollito jefe? —me pregunta al oído acercándose mucho y yo me vuelvo a reír.

Al momento se abre la puerta y entra Alba encendiéndose un cigarro.

—¿En serio? ¿Otro? ¿No acabas de tener movida con Ángela hace un momento? —le pregunta Marc muerto de risa.

—Es que me ha tocado apagarlo a medias —se defiende Alba con una risita—. Además, aprovecho que se ha ido al baño, a ver si me da tiempo —añade dando una calada muy exagerada.

—¿Ya has escrito la sinopsis? —le pregunto sorprendida de que le haya dado tiempo.

—Joder con la nueva —le dice a Marc—, viene fuerte.

—Ya te digo yo que no la ha escrito —se ríe Marc.

—Pero que la escribo en un momento, ya verás, antes de que tengas todo lo demás

preparado, tienes la sinopsis…

—¿No te lo he dicho? No la ha escrito y la van a volver a pillar fumando…

—Que noooo, que ni me va a pillar fumando ni va a estar todo listo antes de que yo escriba la puta sinopsis, me juego lo que quieras.

Se oye un golpe fuerte en la puerta. Ella apaga el cigarro enseguida.

—Joder, joder, movida —dice antes de salir corriendo.

—Me voy yo también, a ver cómo va lo mío —le digo a Marc.

—Claro, ahora en un rato paso a por ti y nos vamos a comer.

Vuelvo a entrar en la oficina y veo a Ángela, con un boli nuevo en la boca, que mira su ordenador muy seria. Alba está en el suyo escribiendo sin parar, y los demás de la sala están aguantando la risa. Voy hasta mi mesa y una chica me trae todos los documentos impresos y algunos de ellos encuadernados. Organizo los papeles que me acaban de dar antes de volver a molestar a Ángela.

—Vale, pues ya está —le digo.

—No, no está… —gruñe Ángela—. Falta la PUTA SINOPSIS —añade a un volumen muy alto.

—Sí que está —dice Alba dándole a una tecla y la impresora se pone en marcha.

Va hacia la máquina y nos trae las hojas. Le pasa una a Ángela.

—Léela a ver qué te parece… —le pide.

Ángela la coge de mala gana y empieza a leer. Intenta disimular una sonrisa.

—Qué buena eres, cabrona —dice por final.

—¿Me he ganado un cigarrito? —pregunta Alba sonriente.

—Como te vea levantar el culo de la silla, duermes en el sofá.

Alba le da un beso rápido y vuelve a su silla.

—Ahora sí lo tienes todo ya, ¿no? —me pregunta Ángela.

—Sí —confirmo.

—Maravilloso. —Vuelve a descolgar el teléfono y aprieta otro botón diferente—. Salva, ya tenemos lo de la subvención… Vale, ahora va. —Cuelga el teléfono—. Llévale las dos copias a Salva, ya se ocupa él del resto.

Voy hasta la sala de la entrada y dejo todo en la mesa.

—Perfecto, qué eficacia —dice Salva con una sonrisa—. Vamos a comprobar que esté todo.

Lo revisamos entre los dos y comprobamos que no falta nada.

—Estupendo, pues mañana lo llevaré yo, que tengo ganas de pelear con algún funcionario —se ríe—. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro —contesto.

—¿Qué rollito te llevas con Marc?

—¿Qué quieres decir? —pregunto sin saber qué contestar, no he hablado con Marc de esto, no sé hasta dónde quiere contar él.

—No sé, viene hoy contigo, eufórico, diciendo que ha roto con su novia de siempre y resulta que eres la chica a la que lleva dibujando meses… Es raro, no sé qué rollito os lleváis…

—¿Eso por qué no se lo preguntas mejor a Marc, baboso? —pregunta Marc desde la puerta con una sonrisa. Con él están los otros dos socios, Ángela y Alba.

—No era por nada, tío, solo curiosidad, ella estaba aquí y tú no…

—Venga, vámonos a comer —dice Marc riéndose y todos salimos del local.

VEINTISÉIS

UN PADRE DE FAMILIA

—¿Vamos a la bodeguita o al italiano de la plaza? —pregunta Ángela en cuanto pisamos la calle.

—Yo voto bodeguita —dice Marc—, y me juego lo que sea a que Greta también. Acaba de volver de estar cuatro años en Italia, lo último que le apetecerá es comida italiana mediocre… Además, se ha traído un italiano que cocina de puta madre y nos ha estado cebando todo el finde…

—Joder, qué bien vivís… —dice Alba.

—Venga, pues bodeguita, vamos ya que tengo hambre —pide Ángela.

La bodeguita es un bar cutre que hay en la misma calle y que, por lo que me explican, tiene un menú barato. Juntamos varias mesas y nos sentamos todos. Marc se sienta a mi lado.

—Voy a llamar a Piero —le digo en voz baja—, que con el lío aún no he podido.

Piero se alegra mucho por la noticia de que ya tenga trabajo y me dice que ningún problema, que estará en casa con Gina.

—¿Todo bien por casa? —me pregunta Marc cuando vuelvo a la mesa.

—Sí, sin problema.

—¿Ves? Venga, pues mira a ver qué quieres comer, que solo faltas tú por pedir.

Miro el menú y todo me apetece, me decido rápido porque todos están esperando a que pida yo.

—Bueno, balance de becarios —dice Salva cuando el camarero se retira con los pedidos.

—Miguel a tomar por culo —empieza Marc. Todos se ríen.

—César también, otro inútil —sigue Alba—. Es lento y vago.

—Sofía no está mal —dice Ángela—, curra rápido y le pone ganas.

—Pero siempre está mirando al suelo —se queja Marc—, no te mira a la cara cuando habla, me pone de los nervios.

—A mí sí me mira —Ángela se ríe—. Creo que eso solo le pasa contigo.

—¡¿Qué dices?! —se ríe Marc también—. No digas gilipolleces.

Todos se descojonan.

—Sí, nano —dice Sergio—, a mí me mira cuando me habla.

—A mí también —confirman todos los demás.

—Me estáis vacilando —vuelve a reírse Marc—, no me lo creo.

—Te lo juro —dice Víctor.

—A mí me esquiva —interviene Salva.

—Normal, porque tú eres un asqueroso —Marc suelta una carcajada.

Todos vuelven a reírse.

El camarero trae las bebidas y las ensaladas y todos empezamos a comer mientras siguen

hablando de becarios que no conozco.

—Ay, joder —me dice Marc en voz baja—. Que he quedado esta tarde con Marta para devolverle sus movidas…

—Ya, ¿y qué? Ya contabas con eso —le contesto.

—Pues que le prometí a Gina que terminaríamos esta tarde lo que dejamos a medias ayer…

—Bueno, lo mismo ni se acuerda… Lo terminái mañana…

—¿Y si se acuerda? No quiero que piense que le he mentido o que paso de ella…

—Tío, de verdad, cuéntame el rollo que te llevas —le pide Salva a Marc.

—¿De qué? —pregunta Marc.

—Apareces con la tía a la que llevas meses dibujando, dices que has roto con tu chica de toda la vida, y ahora te estoy oyendo decir que has quedado con una italiana… ¿A cuántas bandas estás jugando, cabrón? Explícamelo, que no te sigo…

—Para empezar —se ríe Marc—, esa conversación no iba contigo, cotilla. En segundo lugar, mi chica de toda la vida es esta, no Marta —añade dándome un beso en la mejilla—, y lo de la italiana no es lo que piensas —se vuelve a reír. Yo intento aguantar la risa también.

—Entonces, a ver si lo entiendo, ¿estás con Greta? —pregunta Salva y Marc asiente con la cabeza. Todos los demás están muy atentos a la conversación—. Y no estás liado con la tal Gina, ¿no?

—No —Marc suelta una carcajada. Yo me río también.

—¿Está buena? ¿Me la presentarás?

—La traeré un día al curro para que la conozcáis, pero te quiero a diez metros de ella mínimo, asqueroso —se ríe Marc.

—¿Por qué, tío? Si no estás con ella, ¿qué más te da? ¿Tiene novio? ¿El italiano ese que habéis dicho que os cocina? Igual yo le gusto más, nunca se sabe… Habrá que darle la oportunidad de elegir, igual nunca ha probado con un español y no sabe lo que se pierde…

Marc y yo nos miramos y nos reímos. Él levanta las cejas en señal de pregunta y yo me encojo de hombros, es decisión suya si quiere contarlo.

—Deja de decir guarradas, tío, que da mucho asco —dice Marc todavía riéndose—. Gina tiene tres años, es mi hija.

Todos se quedan callados con los ojos desorbitados y Marc y yo no podemos aguantar la risa.

—Pero, tío, ¿cómo no nos lo habías contado? —pregunta Sergio—. ¿Tienes una hija de tres años y nos enteramos ahora? Llevamos más de un año currando juntos…

—Es una larga historia —se ríe Marc—, pero no os lo podía contar porque no lo sabía, me enteré el viernes…

—Vaya tela, menudo culebrón —dice Alba—, esto me da para guion… Es hija tuya también, supongo —me pregunta.

—Sí —me río.

—A ver si lo he entendido —insiste Alba—, vuelve Greta después de cuatro años con una niña de tres y te dice que es tu hija…

—Tres y medio —puntualiza Marc.

—Vale, tres y medio… ¿Te has hecho una prueba de paternidad? No quiero meter mierda, perdona —dice dirigiéndose a mí—, es curiosidad de guionista…

—No hace falta una prueba de paternidad —se ríe Marc—, es mi hija, te lo aseguro.

—Es terca, impulsiva y bocazas, igualita que él —digo y todos nos reímos.

—Eso da pistas, sí, pero vaya, que con esa descripción englobas al setenta por ciento de los tíos… —añade Ángela todavía riéndose.

—¿Llevas alguna foto? —me pregunta Marc.

—Creo que sí —digo buscando en mi cartera. Encuentro las del fotomatón que se hicieron ellos dos el otro día.

Marc sonríe y les pasa las fotos.

—Hostia, tío, sí que se te parece… Se parece más a ella, pero en esta que os estáis riendo os parecéis mogollón —dice Sergio.

—Vale, vale, te creo —dice Alba mirando las fotos—. Bueno, cuéntame la historia, que no te digo de coña que me da para guion…

Marc les resume muy por encima los hechos de manera elegante, sin dejarme muy mal por haber desaparecido cuatro años y no contarle lo de la niña. Insiste especialmente en lo cabrón que fue él antes de que yo me fuera, entiendo que no quiere que me cojan manía nada más conocerme. Luego le daré las gracias por eso.

—Me encanta la historia —dice Alba—, ya tenemos próximo telefilme.

Todos nos reímos.

—Bueno —dice Marc—, ahora que ya os lo he contado, subidme el sueldo, cabrones, que soy padre de familia —se ríe.

—El sueldo no te lo voy a subir, pero teniendo una hija a tu cargo sí que puedo bajarte las retenciones, cobrarás un poco más —explica Salva.

—Lo decía de coña —se ríe Marc—, pero genial, me gusta la idea de cobrar más, sea como sea.

Seguimos comiendo y me van haciendo preguntas de Italia y de estos últimos cuatro años, para conocerme mejor, según dicen, pero Alba parece estar montándose ya su película.

En cuanto terminamos de comer, volvemos a la oficina y cada uno acude a su sitio. Como ya he resuelto lo de la subvención por la mañana, Ángela me va explicando lo que hace ella y me va dando trabajo. Es mucho más variado y divertido que lo de esta mañana. Las dos horas hasta que llega el momento de irnos se me pasan volando, no me doy cuenta de que ya es la hora hasta que viene Marc a buscarme para que nos vayamos.

—Qué poco me apetece ver a Marta ahora —me dice mientras vamos caminando por la calle.

—Y qué miedo me da a mí que la veas y te arrepientas de lo de estos últimos días…

—Ni de coña —se ríe y me da un beso—. Intentaré que sea rápido, tengo muchas ganas de llegar a casa. ¿Vas para allá?

—Pues había pensado llamar a Claudia a ver si puedo hablar con ella, ¿sabes si sigue viviendo en casa de sus padres? Estaba por aquí cerca.

—Hostia, Claudia, cuántos años… Ni idea, la verdad… Me llamó una vez cuando ya te habías ido preguntando por ti y creo que fui un poco borde con ella —me enseña los dientes en señal de disculpa.

—Ya te vale —me río, pero me alegro de saber que intentó contactar conmigo—. Dame su teléfono y ahora la llamo.

Busca en su móvil y me dicta el número, que memorizo en el mío.

—Venga, pues que vaya bien, nos vemos en casa.

—Sí, nos vemos allí. —Le doy un beso largo de despedida.

Se sube al coche y se marcha. Qué poco me apetece que vaya a ver a Marta.

Me armo de valor y llamo a Claudia. Contesta enseguida.

—¿Sí?

—Hola —digo con un hilo de voz.

—¿Sí? ¿Quién es?

—No me cuelgues, por favor, soy Greta.

—No iba a colgar —dice tras un momento de silencio—. ¿Qué te cuentas?

—Estoy por el barrio de tus padres, no sé si aún vives ahí, por si te apetecía que nos viéramos. Tenemos una conversación pendiente y no quiero que la tengamos en la boda.

—Sí, aún vivo en casa de mis padres. Te espero en el bar de abajo. ¿Vienes ya?

—Sí, voy para allá.

—Vale, pues ahora te veo… Hace tanto que no sé si te voy a reconocer.

—Hasta ahora.

Cuelgo el teléfono y respiro hondo antes de emprender el camino hacia su casa.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Llegué a la zumería donde había quedado con Marta y ella ya estaba allí, espectacular y guapísima, como siempre.

—Llegas tarde, ya sabes que no me gusta que me hagas esperar —dijo a modo de saludo.

—Hola, Marta —resoplé como respuesta—. Toma —añadí dándole la bolsa con los libros y las pocas cosas que se había dejado en mi casa.

—No me puedo creer que sigas adelante con esto —respondió después de mirar lo que había en la bolsa.

—¿Qué esperabas? Te lo he dejado muy claro.

Vino el camarero, nos tomó nota y volvió a desaparecer.

—No lo puedo entender. El viernes quieres que me vaya a vivir contigo, llega la zarrapastrosa esa y en dos días mandas al traste todo lo que hemos construido… No entiendo que seas tan necio, te tenía por alguien más inteligente…

—Pues ya ves —dije encogiendo los hombros—. Igual si te hubieras al menos planteado venirte a vivir conmigo, todo habría sido distinto, pero eso me dejó claro que seguimos queriendo cosas diferentes y que ninguno de los dos hemos tenido nunca intención de cambiar de opinión.

—Yo desde luego que no, fui muy clara desde el primer día, en esta misma mesa —me dijo muy seria—. Sabías lo que había.

—Yo también fui claro, Marta, tú también lo sabías.

—Lo que te dije el otro día iba en serio, podemos hacer que la relación avance, soy consciente de tus necesidades…

—No se trata de eso, Marta, tenemos planes de futuro diferentes, queremos cosas distintas…

Llegó el camarero, dejó las bebidas y se volvió a ir sin decir palabra.

—No me puedo creer que tires a la basura un año y medio de relación por… por… mira, no quiero ni decirlo…

—¿Por qué? —le pregunté apretando los dientes—. Dilo, dilo…

—¡Por una golfa que va a volver a desaparecer en cuanto te des la vuelta! —dijo a más volumen de lo que era habitual en ella—. Pero no me vengas arrastrándote cuando se haya vuelto a ir, tu momento es ahora —añadió entre dientes a un volumen mucho más bajo.

—No te preocupes por eso, no va a ocurrir —aseguré antes de darle un trago largo a mi

bebida.

—¿Que no se va a volver a ir? Qué ingenuo eres… Ya lo verás.

—No, de eso no puedo estar seguro. Ella es libre de hacer lo que quiera. Lo que no va a ocurrir es que yo vuelva a ti arrastrándome —le dije muy serio—, porque no he roto contigo por ella. He roto contigo porque no estoy enamorado de ti y porque no tenemos nada en común. Llevamos un año discutiendo por todo y esperamos cosas muy diferentes de la vida.

—Qué equivocado estás —negó con la cabeza.

—No sé por qué intentas aferrarte a algo que sabes que ya está muerto. Creo que lo mejor sería que no volviéramos a vernos.

—No te atrevas a decirme que no vaya a la boda de tu hermana.

—No sé por qué tendrías que venir, Marta, ya no tiene sentido.

—No voy a pasar por la humillación de decirle a mi familia que me has dejado a menos de una semana de la boda que llevamos meses planificando… ¡He ayudado a tu madre con todos los preparativos! Además, tendré que despedirme de tu familia… ¿O es que tú no piensas despedirte de la mía?

—Llamaré a Borja y hablaré con él, pero de los demás despídeme tú si quieres. No me apetece volver a tu casa para eso.

—De verdad que no te reconozco, estás como ido, es como si no fueras tú… —dijo negando con la cabeza.

—Pues soy más *yo* que nunca, Marta, este soy yo, soy así. Si no me reconoces, igual es porque en realidad no me conoces, o no has querido conocerme…

—Estás siendo muy absurdo. Te vas a arrepentir de esto que estás haciendo, pero ya será tarde. Piénsalo bien. Aún estás a tiempo de hacer lo correcto.

—De verdad, Marta, créeme, estoy haciendo lo correcto. —Apuré el vaso con un último trago y lo dejé ya vacío sobre la mesa—. Si todavía quieres venir a la boda, no te lo voy a impedir, pero estaré con mi familia y con mis amigos, no esperes que esté pendiente de ti.

—Ya no espero nada de ti, no podría estar más decepcionada…

—Siento tu decepción —me puse de pie—. Creí haber sido sincero desde el principio. Me voy, Marta. Si te empeñas en venir a la boda, nos veremos allí. Si finalmente decides no venir, cosa que me parecería más acertada, espero que la vida te dé eso que estás buscando, de verdad que quiero que seas feliz.

Resopló abriendo mucho las aletas de la nariz y yo me di la vuelta y salí de allí esperando de todo corazón no volver a verla más.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Llego al bar y localizo a Claudia sentada en una de las mesas. Está bastante cambiada, ha adelgazado mucho. Se levanta en cuanto me ve.

—Hola, Claudia —saludo cuando llego hasta ella.

—Hola, Greta —contesta con una sonrisa y me abraza. Buen comienzo.

Nos sentamos las dos.

—No hablábamos desde… —empiezo yo.

—Desde que me llamaste llorando la tarde después de haberte tirado al amor platónico de toda mi vida —me interrumpe—. Recuerdo esa conversación —añade con una sonrisa.

—Lo siento, de verdad. No tengo excusa. Me sentí fatal entonces y me sigo sintiendo así cada vez que lo pienso. Solo me lo habías contado a mí, yo era la única que lo sabía, y voy y me lío con él, fui una imbécil, la peor amiga del mundo, no me extraña que no quisieras saber nada más de mí…

—Me cabreé mucho contigo, es cierto, pero realmente él nunca fue nada mío, nunca se interesó por mí… Ya me habría gustado, pero lo cierto es que nunca fui para él nada más que una amiga…

—¿Sigues enamorada de él?

—Qué va —se ríe—. Si siguiera enamorada de él, no iría a ver cómo se casa con otra…

—Igual ibas con intención de dinamitar la boda, nunca se sabe… —me río yo también.

—Ya está superado. Me costó, pero está superadísimo.

—No sabes cómo me alegro —suspiro.

—Lo que peor me sentó es que cortaras la conversación a medias con un «te tengo que dejar, mañana hablamos». Ahí quise ir a buscarte y arrancarte la cabeza… —se ríe y hace un gesto con las manos de ir a estrangularme.

—Es que entraron Marc y Samu en mi habitación. No podía seguir hablando contigo delante de ellos. Luego te llamé varias veces y ya no me cogiste el teléfono.

—Lo sé, estaba muy cabreada. No quería saber nada de ti. Pensé que igual habías empezado a salir con él.

—No, no, ni me lo planteé. Marc me preguntaba «¿seguro que no quieres nada con él?» y yo «no, no, que me da repelús», claro, te había jurado que no le contaría a nadie lo tuyo, algo tenía que decir. Y yo superagobiada «qué mal, tío, qué cagada más gorda», y Marc «va, que en unos días se te ha pasado, no es para tanto», pero no podía contarle lo gorda que había sido la cagada en realidad…

—Me alegro de que no se lo contaras ni a Marc…

—No, ni de coña, ya te había fallado liándome con Samu, no podía fallarte también contando lo tuyo…

—Te lo agradezco de verdad, qué vergüenza me habría dado. El rollo es que un año y pico después empecé a salir con un chico, por fin, y me enamoré locamente. Eso era correspondido y real, y me di cuenta de que todo lo de Samu había sido una chiquillada, larguísima, de un montón de años, pero una chiquillada en realidad. Te llamé, pero tu número ya no existía.

—Claro —me río.

—Entonces llamé a Marc y me pegó un bufido. Solo le pregunté «¿me puedes dar un teléfono para localizar a Greta?» y me soltó un grito de «no tengo ni puta idea de dónde está Greta» que me dejó helada… El muy gilipollas…

—Luego te explico eso —me río.

—Y entonces ya llamé a Loui y me dijo que te habías ido a vivir a Italia y habías tenido una hija con un italiano.

—Hace mucho de esa conversación, ¿no? —me río.

—Sí, un par de años, ¿por qué?

Me río y le cuento rápidamente todo lo que se ha perdido. Ella me escucha atentamente sorprendiéndose con cada nuevo dato.

—Joder, siempre pensé que Marc y tú os molabais, pero no me esperaba semejante culebrón —se ríe.

—Ya ves, nos va mucho el drama… —le digo—. Entonces, ¿estás con el chico ese del que dices que te enamoraste después?

—No, no, qué va, aquello acabó hace tiempo… Ahora soy una mujer libre que disfruta de su soltería por primera vez en la vida, ya me entiendes —dice guiñándome un ojo.

—Te entiendo perfectamente —me río—, y me alegro mucho por ti. Cuéntame más, ¿acabaste la carrera?

—Acabé —asiente sonriendo—. Soy oficialmente arquitecta. Tengo un curro de mierda, pero no está mal para empezar, ya encontraré algo mejor cuando tenga más experiencia. ¿Y tú?

Le cuento rápidamente la pinta que tiene mi nueva situación laboral y se alegra mucho por mí.

Empieza a sonar mi teléfono, es Marc.

—Dime.

—Ya he terminado con Marta, ¿estás aún con Claudia? ¿Quieres que te recoja?

—Vale, sí, estamos en el bar de debajo de su casa, pásate.

—Ok, voy, así la saludo, que hace mil que no la veo.

Cuelgo el teléfono.

—Era Marc, que se pasa a saludar y así de paso me lleva a casa.

—¿No curras con él? ¿Dónde estaba?

—Rompiendo con su novia —digo aguantando la risa.

—¡¿Cómo?!

—Rompió con ella por teléfono antes de que nos liáramos, pero había quedado hoy con ella para hablar y devolverle sus cosas y tal…

—Vaya tela, todo lo que me he perdido estos años… Mi vida ha sido un muermo comparado con vuestros culebrones… Creo que a la boda de Samu voy a llevar palomitas por si acaso…

—Pues seguro que algo raro pasa, porque la ex de Marc está empeñada en venir… Algo tramará, no me fío un pelo de ella.

—No te fías de la ex de tu chico… Qué raro —se ríe.

Nos reímos un rato y le cuento lo poco que sé de Marta. Se hace una idea perfectamente. Pese a que hace unos cinco años que no la veo, volver a estar con ella es tan natural como si nos hubiéramos visto hace un mes.

—Mira, tu gilipollas. —Hace un gesto hacia la puerta—. Joder, le han sentado bien los años, qué bueno está… —se ríe.

—Ya estaba bueno —me río yo también.

—Mmm nunca ha sido mi tipo, todo para ti.

—Hola, Claudia, ¿qué tal? —dice Marc cuando llega hasta nosotras. Se inclina a darle dos besos.

—Hola, gilipollas —contesta ella con una sonrisa tras devolverle los dos besos.

—Vale —sonríe él y se sienta en una de las sillas vacías—, supongo que eso me lo merezco.

—Buena suposición —asiente Clau—. Bueno, enhorabuena, papi, ¿qué tal? ¿Cómo llevas lo de ser padre?

—Vale —se ríe Marc—, veo que Greta ya te lo ha contado. Pues no lo llevo de momento, porque mi hija no sabe que soy su padre, es todo muy raro.

—Es que menudo peliculón tenéis montado —se ríe Clau.

—Ya ves.

Hablamos un rato los tres y no tardamos mucho en despedirnos de Claudia. Se está haciendo tarde y hemos dejado solos a Gina y a Piero todo el día.

Claudia me abraza antes de que salgamos del bar. Yo le devuelvo el abrazo.

—Te he echado mucho de menos, Greta.

—Y yo a ti —le contesto.

Hace mucho que solo me rodeo de tíos, he echado mucho de menos a mi amiga.

—No volvamos a perder el contacto —me dice.

—Hecho —contesto—. De momento nos vemos el viernes, porque vienes a la cena de ensayo, ¿no?

—Sí, sí, a tope, voy a todo. Hasta el viernes, chicos.

—Qué rápido has terminado con Marta —le digo a Marc cuando caminamos hacia el coche—, pensaba que tardarías bastante más en llegar.

—Ha sido rapidísimo. Como quitarse una tirita… ¡Ras! —dice haciendo un gesto como si se arrancara una del brazo.

—Ya veo —me río—. ¿Cómo ha ido?

—Pfff una mierda —se ríe también.

—¿Viene a la boda?

—He intentado evitarlo, y he hecho un final dramático para que eligiera no venir, pero supongo que vendrá. Dice que ha participado en los preparativos y que quiere despedirse de la familia. Pretendía que me despidiera yo de la suya, la flipada… Si nunca llegué a aprenderme los nombres de todas sus hermanas, cuñados y sobrinos —se ríe.

—Mira que eres cabrón —me río yo también—. ¿Le has contado algo de nosotros o de la niña?

—No, no me ha preguntado, mejor, creo que piensa que es algo platónico. Que piense lo que quiera, me la pela —dice antes de inclinarse a besarme. Le devuelvo el beso y lo alargamos más de la cuenta—. Venga, vamos a casa, que tengo algo para Gina.

—¿El qué?

Abre el maletero del coche y saca una bolsa.

—Esto es algo que he visto en un escaparate y no lo he podido soportar —dice con una sonrisa gamberra.

Saca de la bolsa una caja de zapatos bastante pequeña con el logotipo inconfundible de Dr. Martens.

—¡No te creo! —suelto una carcajada antes de que la abra.

—Créetelo, nena, ha sido superior a mí —sonríe, abre la caja y saca unas botas militares de la talla de Gina.

—Estás fatal —me río—. Te habrán costado una pasta y se le quedarán pequeñas en nada.

—Las he pillado de una talla más que las zapatillas que le compramos el otro día, de momento que las lleve con calcetines gordos, y, como es de crecimiento lento, le durarán bastante. De todas formas, cuando se le queden pequeñas, si le gustan, le compro otras.

—Lo tenías todo pensado —me río—. Me flipa que te acuerdes de la talla de las zapatillas del otro día.

—Tengo memoria para lo que quiero —sonríe.

—Ya veo, ya.

Llegamos a casa y doy un grito nada más entrar.

—¡Gina! ¡Mira lo que te ha traído Marc!

Gina aparece corriendo por el pasillo.

—¡A ver! ¡A ver! ¡A ver! ¡A ver!

Vamos todos hasta la habitación de Marc y él le da la caja muerto de risa.

—¡Oooooh! Unas botas molonas como las tuyas —le dice a Marc.

—Y como las de mamá —añade él.

—¡Es verdad! Mamá también las tiene.

—¿Te gustan? —pregunta Marc.

—¡Pónmelas! —pide mientras sube a la cama y levanta los pies.

Se las ponemos entre los dos y ella se mira en el espejo que tiene Marc detrás de la puerta.

—Ahora yo también soy molona —dice.

—A ver cómo corren —susurra Marc tras agacharse para quedar a su altura.

Gina sale corriendo por el pasillo a toda velocidad.

—La estás malcriando —le digo intentando no reírme.

—Concédeme eso de momento —dice Marc dándome un beso en la cabeza—. Ya tendré tiempo de ser un padre responsable.

VEINTISIETE

QUÉ DIFÍCIL TODO

Llegamos al curro a las nueve en punto, igual que ayer. Saludamos a Salva nada más entrar.

—Tío, acuérdate de que mañana por la tarde no venimos, por lo de la boda de mi hermana —le dice Marc.

—Sí, lo tenía en la planilla, pero no sabía que Greta también iba. Lo apunto ahora mismo…

—Genial, vamos para dentro.

—Sí, sí, vete para dentro —dice Salva aguantando la risa.

Marc lo ignora y vamos hacia la oficina. Ya están todos en sus puestos de trabajo. Me sorprende que lleguemos los últimos, o los demás entran más temprano o llegan antes de tiempo.

—Buenos días —saludamos los dos al entrar.

—Buenos días —responden unos cuantos.

Voy a mi mesa y noto risitas y cuchicheos entre los presentes. Intuyo que ya ha corrido la voz de la conversación que surgió ayer durante la comida. No me hace mucha gracia ser la comidilla, pero entiendo que es un cotilleo demasiado jugoso sobre la nueva como para dejarlo pasar.

—Luego te aviso y nos tomamos un café —me dice Marc.

—Claro, aquí estaré —contesto ya desde mi mesa.

Marc desaparece por la puerta de vestuario y noto más miradas y risitas entre los presentes.

—¡¿Qué coño es esto?! —oigo gritar a Marc—. ¡Seréis cabrones!

Todos los de mi sala sueltan una carcajada. Salva aparece corriendo por la puerta que da al pasillo.

—¿Me lo he perdido? —pregunta.

—Acaba de verlo —contesta Ángela muerta de risa.

—¡Greta! ¡Ven a ver esto! —grita Marc desde la otra sala—. ¡Venid aquí todos, cabrones!

Me levanto y voy hacia la puerta. Todos me siguen muertos de risa. Marc está en la sala de vestuario, delante de la puerta de su despacho y me hace un gesto con la mano para que me acerque. Los de la oficina entran detrás de mí y salen varios de la cocina, muertos de risa también. Llego hasta Marc y él me señala el interior de la sala donde trabaja. Me asomo y veo un oso de peluche gigante, el más grande que he visto nunca. Llega hasta el techo y mide, por lo menos, metro y medio de ancho. Lleva una banda cruzada en el pecho, como las de las *misses*, en la que se lee «Enhorabuena, papá». Ocupa media sala, no me cabe en la cabeza cómo han conseguido meterlo por la puerta.

—¡Sois unos cabrones! —grita Marc con una carcajada—. ¡¿A quién se le ha ocurrido?! ¿Cuándo habéis hecho esto?

—Ayer, cuando os fuisteis —explica Alba.

—Mira, si producción no puede conseguir un peluche gigante en tres horas… ¿qué podemos esperar del negocio? Nos iríamos a pique —añade Salva muy serio.

—¡Qué cabrones! —se ríe Marc—. ¿Cómo coño lo habéis metido por la puerta?

—No fue fácil —confirma Sergio—, pero, empujando entre todos, al final lo conseguimos.

—Pues ahora lo sacáis y ,de momento, se queda en la nave, que no sé dónde coño vamos a meter eso —dice Marc todavía riéndose—. Greta, vamos a por un café mientras estos cabrones me despejan la sala.

Varios de los que no estaban ayer en la comida se acercan a Marc a darle la enhorabuena. Alguno incluso me felicita a mí, pero él es el centro de atención. Normal, a mí me acaban de conocer. Vamos a la cocina y yo no puedo aguantar la risa. Marc me mira y se ríe también.

—Qué cabrones —murmura negando con la cabeza mientras llena dos tazas de café.

—Es gracioso —le digo.

—Es una putada —se ríe—. Pues nada, la semana que viene, cuando nos pongamos a buscar piso, buscamos uno con una habitación para nosotros, otra para Gina, otra para Piero, y OTRA PARA EL PUTO OSO —grita esto último intentando no reírse para que lo oigan los demás.

Nos llegan las risas de la sala de vestuario.

—Bueno, ya ha pasado el momento, ¡los que no sean imprescindibles para llevar el oso a la nave que vuelvan a su puesto! —oigo decir a Carola.

Me termino el café y, cuando salimos de la cocina, ya han conseguido sacar el oso del despacho y están intentando pasarlo por la puerta que da a la nave. Marc vuelve a reírse y murmura «qué marrón» antes de meterse en su cueva, como él la llama.

✶ ◦••◦••◦••◦❍◦••◦••◦••◦ ✶

Después del numerito inicial del oso gigante, la situación volvió rápidamente a la normalidad. Me hicieron varias coñas sobre mi reciente paternidad, pero todo dentro de lo esperable. A media mañana, oí ruido en la sala de vestuario y salí a fumarme un cigarro.

—¿Cómo vas? —me preguntó Alba.

—Bien, como siempre —contesté encendiéndome el cigarro—. ¿Cómo va Greta?

—Muy bien, a tope con Ángela. Parece que lleven un mes currando juntas…

—Guay, no esperaba menos.

—Te veo mejor que nunca —me dijo—. Pareces muy contento.

—Lo estoy —sonreí.

—Me sorprende un poco con el marrón que te acaba de caer encima. —Dio una calada.

—¿Qué marrón? —pregunté intrigado.

—Lo de la paternidad de golpe y tal…

—Claro —me reí—. Bueno, no lo veo como un marrón…

—Sigo pensando que deberías hacerte una prueba de paternidad, solo para estar seguro.

—Estoy seguro, tranquila —sonreí.

—No te costaría nada hacértela y salir de dudas.

—Pero es que no tengo dudas —me reí.

—No sabes nada de ella —me dijo muy seria.

—La conozco desde que nací. La conozco mejor que a nadie.

—Pero no has sabido nada de ella en cuatro años. Es mucho tiempo, la gente puede cambiar mucho en cuatro años…

—Greta es la misma de siempre —me reí—. He cambiado yo más que ella, te lo aseguro. Ya la conocerás. Verás como no es capaz de algo así.

—Tú sabrás —insistió—. Solo me preocupo porque te veo demasiado ilusionado. No me gustaría que te llevaras una hostia.

—Todos podemos llevarnos una hostia inesperada —me reí—. Nadie está a salvo de eso.

—Ahí tienes razón, pero tú estás en una situación más delicada. —Apagó el cigarro—. Tú sabrás, ya te he dicho lo que pienso, mi conciencia está tranquila. Vuelvo al curro.

Me quedé pensando en lo que me acababa de decir. No le di crédito ni por un momento. La única hostia que me preocupaba un poco era la que nos podía caer el domingo, pero las ganas que tenía de contarlo todo superaban con creces cualquier miedo.

El resto de la mañana transcurrió como de costumbre y, cuando llegó el momento de ir a comer, tuvimos que esperar a Ángela y a Greta, que tenían que ultimar no sé qué movida. Llevaba día y medio aquí y ya se había contagiado del agobio con los plazos que tenían siempre en producción. Durante la comida, Greta estuvo más integrada que el día anterior y participó en las conversaciones sobre la gente que no estaba presente. Ya los conocía a casi todos.

A última hora de la tarde, cuando faltaban pocos minutos para irnos, sonó el teléfono interno. Rocío contestó y me lo pasó al momento.

—Es para ti. —Me tendió el auricular.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tío —dijo Salva al teléfono—, está aquí tu colega el fotógrafo.

—Vale, dile que espere un momento. Cierro aquí y salgo ya.

No me acordaba de que había quedado con Loui esa tarde. Habían pasado muchas cosas en estos días, pero de repente me volvió a picar la curiosidad por lo que quería contarme.

Pasé a por Greta de camino y fuimos hacia la entrada.

—He quedado con Loui —expliqué cuando íbamos por el pasillo—. Vete tú a casa, nos vemos allí.

—¿Y no puedo ir con vosotros? —preguntó algo flipada.

—No sé, creo que mejor no, no sé lo que quiere decirme, luego te cuento.

Llegamos a la sala de la entrada y Loui estaba sentado en uno de los sofás. Se levantó al vernos entrar.

—Ya me ha dicho Piero que ahora curras aquí —le dijo a Greta—. Es genial, me alegro mucho.

—Sí —confirmó Greta con una sonrisa—. Estoy muy contenta.

—Tío —le dije a Salva—. Mira a ver qué mañana de la semana que viene nos puedes dar libre a los dos, que tenemos que ir a arreglar los papeles de la niña.

—Vale, te lo miro y mañana te confirmo.

—Venga, hasta mañana —dijimos antes de salir por la puerta.

—¿Habéis contado ya lo de la niña? —preguntó Loui cuando ya estábamos en la calle.

—Sí —se rio Greta—, lo contó Marc ayer.

—Sí, nano —le dije a Loui—, otro día te enseño la putada que nos han hecho…

—Son muy graciosos —se rio Greta.

—Bueno, llévate mi coche. —le pasé a Greta las llaves—. Luego me acerca Loui a casa.

—Claro —aseguró él.

Greta nos miró con curiosidad, pero no dijo nada. Se despidió de nosotros y se fue.

Fuimos Loui y yo a una cafetería cerca de mi curro y nos sentamos en una mesa que había en un rincón.

—Cuéntame —pedí expectante.

—A ver —sonrió—, creo que el plan de Greta y Piero no nos termina de convencer a ninguno de los dos.

—Crees bien —asentí.

—Yo no es que necesite vivir ya con Piero, me gustaría, pero podría esperar… Lo que me da miedo es estar fuera del plan. Si se va a vivir con vosotros, nunca se vendrá a vivir conmigo, nunca me va a poner por delante de Gina… Que lo entiendo, pero me pone en una situación muy complicada. He vivido con ellos cuatro meses y ha sido genial, pero no lo veo como algo a largo plazo.

—Te entiendo, nano, me pasa igual. Creo que, si hacemos lo que ellos quieren, ya no habrá vuelta atrás… Pero, por otro lado, entiendo a Piero, yo tampoco podría separarme de la niña. Estamos jodidos tú y yo —me reí.

—Por eso se me ha ocurrido una cosa que, aunque no es lo ideal, desde luego creo que es mucho mejor…

—Tú dirás, soy todo oídos…

—¿Tú cómo vas de pasta? —preguntó muy serio.

—¿Vas a pedirme dinero? —solté una carcajada—. ¿Tú a mí?

—Claro que no —se rio—. Solo quiero saber si estás bien o si vas muy apurado… Para la idea que tengo, tendrías que pedir una hipoteca, no sé si tienes dinero ahorrado, si no, si llegas bien a fin de mes o si vas justo…

—Pues voy bien —aseguré—. Tengo dinero ahorrado, no sé si como para la entrada de una hipoteca, pero algo tengo… Y llego sobrado a fin de mes, tengo un buen sueldo y vivo en casa de mis padres todavía…

—Guay, no sabía si estabas pagando plazos de algo o si te comprabas muchas cosas o qué —aclaró Loui.

—De todas formas, no sé si me darían una hipoteca, de hecho, la idea era irnos de alquiler…

—Ya, pero lo que yo he pensado es hacer algo parecido a lo de vuestras casas. Buscar dos pisos juntos, más pequeños que los vuestros, no necesitamos tanto, y unirlos por la cocina mismo, como tenéis vosotros… Creo que podría ser una buena solución para nuestra situación… Estaríamos viviendo prácticamente juntos pero cada uno tendríamos nuestro espacio. Yo lo he comentado con mis padres y ellos me compran el piso sin problema.

—Hostia, tío, es buena idea, pero no sé si me da para pedir una hipoteca… Y Greta acaba de empezar a currar, que, aunque sé que la renovarán, no tiene contrato fijo, no puede pedir una hipoteca de momento…

—Podrías pedirle a tu madre que te echara una mano, o al menos que te avalara… —sugirió Loui.

—No sé, tío, a ver cómo se toman la noticia, eso hasta la semana que viene no lo sabré.

—Vale, no hay prisa, pero ¿la idea te mola?

—Sí, claro que me mola, mucho más que la idea de Greta y Piero. Lo chungo va a ser encontrar dos pisos a la venta juntos que podamos unir.

—Lo sé, he estado buscando y es misión imposible… Lo único que he encontrado es de obra nueva. Mira.

Sacó unos papeles de una carpeta que llevaba y me enseñó unos planos.

—Si pillamos estos dos, por ejemplo, se pueden unir por la cocina… Hay otros que solo podrían unirse por el pasillo o por algún baño y claro, no es plan.

—No —me reí—, no es plan.

—Si estos no te gustan, podemos seguir buscando, pero creo que vamos a tener que ir a morir a obra nueva, y eso son unos dos años hasta la entrega de llaves…

—Joder, dos años es mucho tiempo para estar pagando el piso que están construyendo y un piso en alquiler…

—Ya, también lo he pensado. Igual podríais seguir en casa hasta entonces…

—Pfff —resoplé nada convencido—, no sé cómo estarán las cosas en casa a partir del domingo… Lo vamos a contar todo en el desayuno, la mañana después de la boda… No descarto que mi viejo me tire de casa, ya lo conoces…

—Siempre tenéis la opción de quedaros los dos en casa de Greta… Por mal que se lo tome Maite, no creo que os echara de casa…

—No, Maite no haría eso ni de coña… Bueno, o sí, a saber… Igual cuando sepa que dejé preñada a su hija y la traté como una puta mierda y que por eso se fue, ya no me quiere tanto…

—No creo —dijo Loui negando con la cabeza.

—Y tampoco sé si me veo dos años más así… Qué difícil todo, joder…

—Ya —se rio Loui—, entre lo difícil que lo habéis tenido siempre por vuestra situación más lo que os lo habéis ido complicando vosotros mismos, no habéis tenido una sola cosa sencilla…

—Bueno, ahora estamos muy bien…

—Vuelve a decírmelo el domingo —soltó una carcajada.

—Qué cabrón —me reí.

—Bueno, ¿qué hacemos? Se lo contamos a ellos, ¿no?

—Sí, tío, a ver si se les ocurre algo en lo que no hayamos pensado, o al menos que no piensen que tomamos decisiones sin ellos, que no sé Piero cómo se lo tomaría, pero a Greta le pueden dar los siete males de pensar que le estamos organizando la vida sin contar con ella…

—Vale, pues, si están en casa ahora cuando te acerque, se lo contamos; y, si no, ya mañana en el hotel.

—Vale, genial.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Estrella nos ha pedido a Piero, a Gina y a mí que le ayudemos a llevar algunas cosas a la casa nueva y así de paso nos la enseña. Está solo a un par de edificios de la nuestra. Piero y yo cargamos una caja cada uno, a Gina le ha dado un carrito para que lo empuje, está feliz de poder ayudar. Llegamos a la puerta de su casa y Estrella tarda un rato en sacar las llaves.

—Mira que si me las he dejado —dice nerviosa.

—¿Donde? ¿En el ascensor? —le pregunto—. Si has abierto el portal…

—Ah, claro, tienes razón, entonces tienen que estar. —Vuelve a buscar en su bolso—. ¡Aquí! —grita con entusiasmo cuando las localiza.

Abre la puerta y dejamos en la entrada lo que hemos traído. Se oye música de fondo, parece la canción que van a bailar en la boda.

—¿Y esa música? —pregunto.

—Será Samu, estará ensayando en el salón —supone Estrella.

La seguimos y entramos con ella. Samu está bailando desnudo él solo en medio del salón. Todos nos quedamos clavados en el sitio sin saber cómo reaccionar.

—Joder, qué susto, no os he oído entrar —dice él cuando nos ve y se lleva una mano al corazón.

—Samu, tío, no es ahí donde tienes que poner la mano. —Giro la cara y cierro los ojos.

—Ay, claro, perdón, la cría, no la había visto. —Se parte de risa, coge una mantita del sofá y se la enrolla alrededor de la cintura.

A Estrella y a mí nos da un ataque de risa.

—Pero ¿qué haces en bolas? —pregunto sin poder parar de reírme.

—Si un tío no puede estar en bolas en su propia casa, ya me contarás —intenta parecer indignado, pero se descojona—. Estaba esperando a mi chica, no sabía que venía acompañada…

—¿No habíamos dicho que íbamos a esperar hasta después de la boda? —le susurra Estrella.

—Es que hace ya tantos días que me cuesta recordar los motivos que nos llevaron a tomar una decisión tan absurda —contesta él moviendo las cejas muy rápido.

—Vaaaale, nosotros nos vamos —interrumpo—. Ya nos enseñaréis la casa otro día.

—Sí, mejor —se ríe Estrella—, ahora no es el momento.

Cojo a Gina y tiro de Piero hasta que salimos del piso. Ya en el ascensor, Piero me agarra fuerte del brazo y me mira fijamente con los ojos muy abiertos.

—*Cazzo, che figo!* —dice intentando no levantar la voz, y a los dos nos da un ataque de risa hasta que se nos saltan las lágrimas.

Gina nos mira sin entender nada.

Llegamos a casa ya casi repuestos de la impresión y encontramos a Marc y Loui en la cocina bebiéndose una cerveza.

—Lo han olido —me susurra Piero al oído—. Saben que venimos de ver al dios nórdico en bolas.

Le doy un codazo e intento aguantar la risa.

Antes de que podamos ni saludarles, aparecen Reyes y mi madre en la cocina.

—¡Gina, cariño! ¡No os hemos oído llegar! ¿Qué quieres que te hagamos de cenar?

—¡*Totilla* de patata! —grita Gina entusiasmada por poder elegir el menú.

—A los demás que nos den —protesto—. No existimos.

—A vosotros os tengo muy vistos… Luis, ¿te quedas a cenar?

—Claro, Reyes, gracias —confirma Loui.

—Vamos un momento a mi habitación —sugiere Marc.

—No tardéis, que la cena estará enseguida.

Piero y yo seguimos a Loui y a Marc hasta su habitación. Entre los dos nos explican rápidamente lo que han estado hablando esta tarde. Piero y yo lo flipamos un poco, pero nos

parece muy buena idea. El plan tiene algunos cabos sueltos, pero desde luego es la mejor solución para nuestra situación.

Antes de que nos llamen para cenar, a Marc le suena el móvil.

—¿Qué pasa?… ¿Qué dices? ¿Qué ha pasado?… Pero ¿estáis bien?… ¿Los dos?… ¿En qué hospital?… Vale, voy para allá.

Cuelga el teléfono y sale de su habitación. Los tres lo seguimos.

—Mamá, me voy al hospital —dice Marc mientras se pone la chaqueta—, que Estrella y Samu han tenido un accidente. Tranquila, dicen que están bien, no les ha pasado nada, pero necesitan que vaya a buscarlos.

—Ay, por favor, ¿con el coche? ¿Cómo ha sido? —pregunta Reyes asustada—. A dos días de la boda…

—Están bien, mamá, tranquila, solo necesitan que vaya a por ellos —insiste Marc.

—¿Te acompaño? —pregunto.

—Vale —asiente—, por si hay que llevar su coche.

—Os esperamos aquí —dice Loui—. Llamad con lo que sea.

—Sí, cariño, llamad con lo que sea —pide Reyes.

Cojo mi chaqueta y salgo corriendo detrás de Marc, que ya está llamando al ascensor.

Llegamos al hospital y Samu y Estrella están en la puerta esperándonos. Cada uno lleva un cabestrillo en el brazo. Samu lo lleva en el izquierdo y Estrella en el derecho, suerte que es zurda.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Marc cuando llegamos hasta ellos.

—Nada, tío, el hombro dislocado, no es nada.

—¿Y el coche? ¿Hay que ir a por él?

—No, no ha sido un accidente de coche —aclara Samu.

—Vale, pues vamos al mío. —Les indica hacia dónde caminar.

Todos empezamos a andar hacia allí.

—Entonces, ¿cómo ha sido? —insiste Marc.

—Otro tipo de accidente —responde Samu.

—¿Qué tipo de accidente habéis tenido para haceros eso a dos días de la boda? ¿Qué coño estabais haciendo?

Samu y Estrella miran al suelo y empiezan a reírse. Yo giro la cara para que Marc no me vea hacer lo mismo.

—Imagínate lo que estaban haciendo —le digo cuando consigo ponerme medio seria, pero me vuelve a dar la risa conforme las palabras salen de mi boca.

Marc se para en seco y los demás hacemos lo mismo. Se gira a mirarlos.

—No es verdad —suelta.

Samu y Estrella vuelven a agachar la cabeza y a reírse.

—De verdad que no me creo que seáis tan gilipollas… A dos días de la boda… ¿Qué tipo de contorsionismo extraño estabais haciendo para haceros eso?

Estrella y Samu, aún con las cabezas agachadas, se miran de reojo y se vuelven a reír. Marc no puede aguantar y empieza a reírse también.

—Sois muy gilipollas —dice riéndose todavía—. ¿No podíais echar uno rapidito y ya? ¿De verdad os parece que era día para experimentos?

Los dos levantan la vista aguantando la risa.

—A ver ahora qué coño le digo a mamá. —Marc niega con la cabeza y trata de no reírse.

—Vamos todos, para que vean que estamos bien, y les decimos que estábamos montando una estantería o algo así del piso y ya está —sugiere Estrella.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Cuando entramos los cuatro en la cocina, mi madre y Maite se levantaron corriendo a comprobar que Samu y Estrella estaban bien. Gina iba ya en pijama y estaba a punto de salir de la habitación con Piero. Se quedaron cuando nos vieron aparecer.

—Por favor, qué susto, suerte que no ha sido nada, ¿cuándo os quitan eso? —preguntó Maite.

—El lunes —dijo Samu.

—Y ¿no os lo podréis quitar para la boda? —preguntó mi madre llevándose las manos a la cara.

—Han dicho que, si no nos duele, nos lo podemos quitar para la boda, pero que no movamos mucho el brazo —aclaró mi hermana.

—De verdad, qué mala pata —se quejó mamá.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Qué ha pasado? —preguntó Maite.

—Estábamos intentando fijar una librería a la pared y se nos ha caído encima —mintió Estrella en un tono totalmente convincente.

—¿Samu aún estaba desnudo? —preguntó Gina.

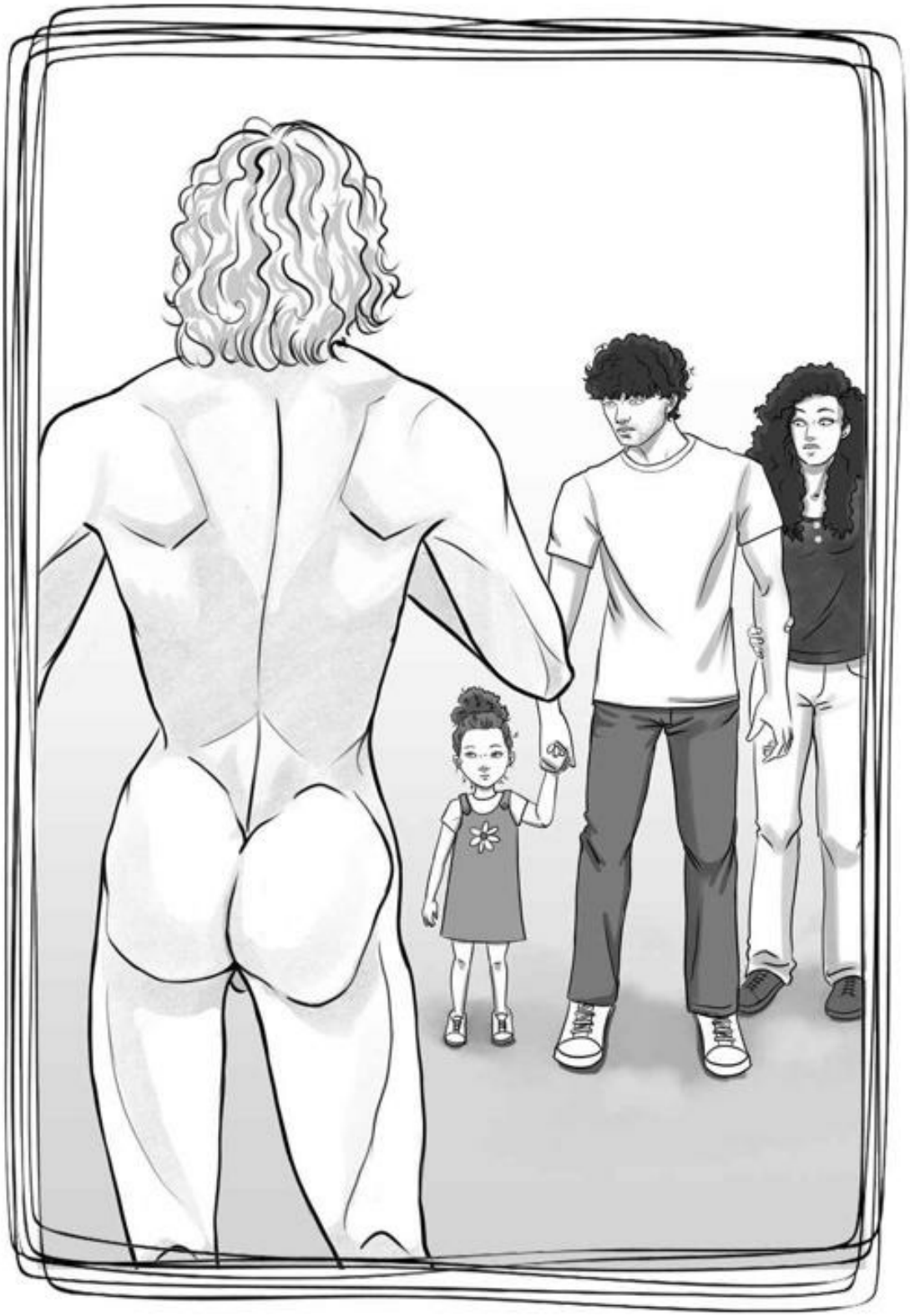
Se hizo un silencio en la habitación. Greta y Piero giraron la cara y empezaron a reírse. Mi madre y Maite miraron a Gina primero y luego a los novios.

—De dónde sacará esas cosas la cría —se rio Samu—. Cómo inventan los nanos…

—Si un tío no puede estar en bolas en su propia casa, ya me contarás —dijo Gina haciendo un gesto con los brazos muy típico de Samu.

Greta y Piero sacaron a la niña de la cocina y los oí reírse desde el pasillo camino de la habitación. Loui, Maite y mi madre parecían tan perdidos como yo. Samu y Estrella agacharon la cabeza y empezaron a reírse.

Yo no sabía a quién de todos pedirle una explicación.



VEINTIOCHO

CAMINO DE PALACIO

La mañana del viernes, mi casa era una auténtica locura. Mi madre iba de un lado a otro cargando bultos y amontonando cosas en la entrada. No paraba de consultar una carpeta de anillas en la que había listas con todo lo que tenía que organizar. Estrella iba detrás de ella todo el tiempo, pero con su estúpida lesión no podía hacer mucho.

Greta me había contado el incidente en casa de Samu y Estrella. Por un momento quise ir a buscarlo para darle de hostias por gilipollas, pero realmente no había tenido culpa de nada, no podía saber que iba a aparecer Estrella acompañada. Aunque no habría estado mal un poco más de comunicación entre ellos tampoco.

Greta y yo estábamos terminando de desayunar cuando apareció mi madre en la cocina como un torbellino.

—¿Vosotros lo tenéis todo preparado? —nos preguntó.

—Sí, más o menos —dijo Greta—. Lo repasaré todo antes de irnos, pero vaya, que no tenemos mucho que llevarnos.

—Más o menos no me sirve, Greta —insistió mi madre muy seria—. ¿Lo tienes o no lo tienes todo preparado?

—Lo tengo, lo tengo —aseguró ella poniéndose tensa.

—¿En qué coche vais Gina, Piero y tú? —preguntó en el mismo tono.

—No sé —respondió con indiferencia—, en el que sea, me da igual.

—¡Pues entonces no lo tienes todo listo! —dijo mi madre nerviosa a un volumen demasiado alto.

—Mami, relaja —la tranquilizó Estrella poniéndole la mano sana en el hombro—. Irán con Marc, ¿no?

—Sí, claro, sin problema —aseguré intentando que mi madre viera luz al final del túnel.

—Pues habrá que poner la silla de la niña en el coche de Marc —insistió mi madre nerviosa como si eso fuera un gran problema.

—Pues la ponemos, mamá, tranquila, que eso es un problema menor, no te preocupes —repliqué con tono calmado.

Se sentó a la mesa con nosotros y abrió su carpeta de planificación. Le temblaban hasta las manos.

—Vale, entonces pongo que vais la niña, Piero y tú en el coche de Marc. ¡Ay! ¡Las habitaciones! ¡Que no lo hemos cambiado! Que están como las reservó Estrella cuando le dijiste que venías y pensábamos que Piero era tu pareja, ¡estáis la niña, Piero y tú en la misma habitación!

—No pasa nada, Reyes, tranquila, Piero se puede ir a la habitación de Loui, no hay problema.

—¡Pero no sé si la de Luis es individual! —gritó mi madre entrando en pánico.

—Si la de Loui es individual, puedo cambiársela por la mía y, a una mala, puedo dormir con Piero, que tampoco pasa nada, relaja, es un mal menor.

—Claro, mamá, no te preocupes tanto, que está todo controlado, son tonterías —aseguró Estrella—. Además, seguro que alguien liga con alguien y se queda más de una habitación vacía —añadió con una risita, supuse que para quitarle un poco de hierro al asunto.

Yo le dije a Greta por señas que no pensaba usar la mía y ella agachó la cabeza para que no la vieran reírse.

—Venga, vamos a currar, que aún llegaremos tarde —le dije a Greta.

—Pero ¡¿no habéis pedido el día libre?! —chilló mi madre y pensé que se iba a desmayar.

—No, hemos pedido solo la tarde, nos da tiempo de sobra a llegar.

—¡Tendrías que haber pedido el día entero! Es la boda de tu hermana, te lo hubieran dado…

—Ya, mamá, pero con salir esta tarde llegamos a tiempo y ya tenemos que pedir una mañana la semana que viene, no mola abusar, que tenemos mucho curro ahora… —expliqué empezando a agobiarme.

—Y ¿para qué necesitáis una mañana la semana que viene? ¿Qué hay la semana que viene que sea más importante que la boda de tu hermana de mañana?

Joder, qué cagada.

—No, nada importante, en realidad es una tontería —intervino Greta rápidamente—, lo mismo al final ni lo pedimos… No es momento ahora de hablar de eso, centrémonos en la boda.

—Sí, mejor —aceptó mi madre resoplando y volviendo a enfrascarse en su carpeta. Menos mal.

Entraron Piero y Gina en la cocina recién levantados.

—*Buongiorno tutti!* —saludó Gina y empezó a dar besos a todo el mundo.

Cuando llegó hasta mi madre, le dio un abrazo.

—¿Estás enfadada? —le preguntó.

—No, cariño, solo un poco agobiada, tengo muchas cosas que hacer.

—Ya estoy yo aquí, te puedo ayudar, ¿qué hay que hacer? —dijo la niña subiéndose la mangas del pijama y todos nos reímos.

—Pues os reís —se quejó mi madre subiéndose a Gina sobre una rodilla—, pero es la única que de verdad tiene intención de ayudar. Di que sí, cariño, vamos a repasar todo esto…

—No te agobies, Reyes, que nosotros nos vamos a currar, pero te dejo aquí a Piero, que es capaz de hacer catorce cosas a la vez. Aprovecha —dijo Greta mientras se ponía de pie.

—Claro, para lo que necesitéis, aquí estoy —confirmó el italiano.

—Nosotros vendremos sobre las dos, a partir de ahí, lo que necesites —dije yo.

—A las dos ya nos habremos ido —gruñó mi madre.

—Pues nos vemos allí. Avisa si se os olvida algo o si tenemos que llevarnos alguna cosa que no os quepa o lo que sea, pero relaja, mamá, que es una boda, se supone que es algo bueno… —dije antes de darle un beso en la mejilla. Aproveché y le di otro a Gina antes de incorporarme.

Greta y yo nos despedimos de todos y salimos de casa. Nos cruzamos con Maite que subía en el ascensor.

—¿Cómo está tu madre? ¿Más tranquila? —me preguntó en cuanto nos vio.

—No —me reí—. Bueno, ahora con Gina parece que se ha calmado un poco, pero está de los nervios.

—Qué dos días nos esperan —suspiró poniendo los ojos en blanco—. Bueno, voy a seguir haciendo viajes al coche que no puedo con este ambiente. Nos vemos ya allí, ¿no?

—Claro, hasta luego, mami —se despidió Greta antes de darle un beso.

Nos alejamos con alivio de la vorágine familiar.

✶ ◦•◦•◦•◦•◦❍◦•◦•◦•◦•◦ ✶

Volvemos a casa poco después de las dos y el ambiente es muy diferente. Quedan un par de bultos en la entrada, pero se respira paz. Solo están Piero, Loui y Gina en casa.

—¡Loui! ¡¿Qué haces aquí?! ¡No estabas en mis planes! —grita Marc con voz dramática imitando a su madre y Piero y yo nos reímos. Loui nos mira un poco perdido.

Piero ha preparado su maleta y la de Gina.

—Greta, me ha dicho Estrella que te acuerdes de coger un vestido para esta noche —me dice Piero—, que sea algo elegante.

—Otro marrón —me quejo.

—El de la boda de Emma —dice Marc—. Ponte ese y ya.

—Pues sí, ni me acordaba, bien pensado.

—Yo me voy en el coche de Loui —nos informa Piero—, para que no vaya solo… Supongo que no hay problema…

—Ningún problema —asegura Marc—. Me llevo yo a mis dos chicas preferidas.

—¡Sí! *Andiamo!* ¡Al palacio de *pincesas*! —grita Gina tirando de la mano de Marc.

—Espera, espera —se ríe Marc—, que tengo que comer algo y hacer la maleta.

—¿Aún no has hecho la maleta? —le pregunta Gina llevándose las manos a la cara en un gesto muy de Reyes.

Marc empieza a reírse.

—Es que te he visto muy ocupada —le explica a Gina—, y necesitaba tu ayuda… No sé si puedo hacerme la maleta solo… ¿Ya estás libre? ¿Ya me puedes ayudar?

—Ah, claro —contesta ella—. Pues come deprisa y te ayudo… Venga, venga, que vamos a llegar los últimos —añade empujándole hacia donde nos ha dejado Piero la comida hecha.

—Bueno, pues nosotros nos vamos —dice Loui.

—Sí, nos llevamos eso que ha dejado Reyes en la entrada, que lo tengan cuanto antes —añade Piero.

—Guay, tíos, nos vemos allí —dice Marc mientras coge su plato de comida.

Piero y Loui se van. Marc y yo engullimos la comida a toda velocidad, recogemos lo poco que hemos ensuciado y nos vamos cada uno a hacer nuestra maleta. Gina se va con Marc, empujándole por el pasillo y metiéndole prisa.

Dejo el armario abierto mientras voy haciendo la maleta y escucho a Gina hablando con Marc, deben de estar haciendo lo mismo.

—Bueno, pues este es el traje para mañana… Ahora tengo que elegir una camisa para esta noche —le explica Marc.

—¡Esta! —grita Gina.

—Mmmm… Esa no me convence, además, si me pongo esa, tu madre se burlará de mí…

—Vale, esta no, si a mamá no le gusta, elegimos otra…

—¿Qué tal esta? Es la que llevo en esa foto, tu mamá se va a poner ese vestido…

—Entonces esa, que así estáis los dos muy guapos. Venga, ¿qué más? Que nos tenemos que ir… ¡Las cosas de dibujar!

—No sé si nos va a dar tiempo a dibujar —se ríe Marc.

—Pues por si a lo mejor —dice Gina.

—Vale —vuelve a reírse Marc—, las cogemos *por si a lo mejor*…

—¿Ya no tienes esa novia guapa? —pregunta Gina tras un momento de silencio.

—No, ya no —contesta él.

—Ahora puedes ser novio de mi mamá.

—¿Eso te gustaría? —pregunta Marc.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque cuando está contigo está contenta. Cuando estaba con Francesco, no estaba tan contenta.

—¿Quién es Francesco?

—Un amigo de mamá.

—¿Era su novio?

—Ella dice que no, pero un día los vi darse un beso.

Joder, tan bocazas como su padre, tal para cual.

—¿Eso cuándo fue? —pregunta él.

—Cuando estábamos en Sicilia.

—Ya me lo imagino —se ríe Marc—, pero ¿hace mucho tiempo?

—Sí, hace mucho mucho mucho tiempo —dice Gina.

Qué bien me viene la percepción temporal relativa de los niños.

—Bueno, entonces ya no es peligroso —dice Marc.

—No era peligroso —asegura Gina—. Me traía chocolate.

—Ah, bueno, eso lo cambia todo —se ríe Marc—. Bueno, pues esto ya está, ¿vamos a por tu mamá a ver si ya está lista?

—*Andiamo!*

Aparecen los dos al momento por mi armario abierto.

—¿Lista, nena?

—Lista —contesto mientras cierro la maleta.

—Pues en marcha.

✶ ◦•◦•◦•◦•◦ ❍ ◦•◦•◦•◦•◦ ✶

Cargamos el coche y nos pusimos en marcha con dos horas y media de camino por delante.

—¿Falta mucho? —preguntó Gina cuando no llevábamos ni cinco minutos en el coche.

—Empieza el *show* —se rio Greta—. Ya verás qué viaje tan divertido.

—Exagerada —me reí también sin saber la que se nos venía encima.

Gina empezó a renegar porque no le gustaba la música que habíamos puesto. Yo aún no la había visto gruñona y me hizo mucha gracia. Quitamos la música y Greta y ella se pusieron a cantar canciones infantiles de esas repetitivas. Me gustaba oírlas, me sentía parte de lo que me

había perdido en esos años.

Cuando ya había sesenta y siete elefantes balanceándose sobre la tela de una araña, la cosa empezó a perder gracia y hasta la niña se aburrió.

—Tengo hambre —protestó.

—No puedes tener hambre —aseguró Greta—, Piero me ha dicho que has comido bien, y no hace tanto rato, aún no es hora de merendar.

—¡Tengo hambre! —gritó Gina.

—Igual es verdad que tiene hambre —le sugerí yo a Greta.

—No, me la conozco, siempre hace esto en el coche, pero es aburrimiento…

—No es eso… ¡Tengo hambre! —gritó desgañitándose como si hiciera días que no comía.

Y empezó a llorar como si la estuvieran torturando.

—Ni caso —me dijo Greta—. De vez en cuando aún le da alguna rabieta. De los dos a los tres años fue horrible, pero ya no lo hace casi nunca. No le hagas caso y se le pasará rápido.

—Se va a ahogar —le dije asustado.

—No se va a ahogar —insistió ella—, es todo cuento.

Me pareció cruel la frialdad de Greta, la niña lo estaba pasando mal.

—Si la ignoras, son cinco minutos, de verdad, se lo he visto hacer mil veces.

Miré por el retrovisor y vi a Gina cada vez con la cara más roja. Las lágrimas y los mocos le chorreaban por toda la cara.

—¡Me duele la barriga! ¡Tengo hambre! —rugió.

—No te duele nada, no tienes hambre —siguió Greta muy tranquila.

—¡Quiero zumo!

—Te lo daré cuando lleguemos, ahora te esperas.

—¡Quiero zumo! —gritó más alto todavía y pensé que se iba a ahogar.

—Nena, dale el zumo, igual tiene hambre.

—No tiene hambre y, si le doy el zumo, vomitará, que me la conozco.

—¡Tengo hambre! —volvió a gritar como si Satanás hablara a través de ella.

El llanto y los gritos me estaban poniendo de los nervios, pero Greta permanecía impasible.

—¡Quiero zumo! ¡Quiero zumo!

—Te lo daré cuando lleguemos —seguía Greta con su tono calmado.

—¡Quiero ya! ¡Quiero zumo ya! ¡Quiero zumo yaaaaaaaaa! —Ese último «ya» sonó con voz de viejo carajillero poseído por Belcebú.

—¡¡Dale el puto zumo ya, joder!! —grité con todas mis fuerzas cuando no pude soportar más la indiferencia de Greta y los gritos de Gina.

Me miró apretando los dientes y con los ojos encendidos.

—Tú mismo —escupió muy seria—. Ya verás qué divertido.

Sacó un zumo de la bolsa que llevaba a los pies, le clavó la pajita y se lo pasó a Gina, que dejó de llorar automáticamente.

Al segundo trago le dio una arcada. Tras el tercer trago empezó a vomitar como si no tuviera fondo. Yo no daba crédito a la cantidad de líquido que podía salir del interior de una persona tan pequeña. Greta se pasó al asiento de atrás con ella y sacó una bolsa de plástico y un paquete de toallitas de la bolsa de la niña. Recogió el final del vómito en la bolsa y, cuando ya hubo terminado, la limpió un poco con las toallitas. El coche olía a vómito amargo, me estaba dando angustia a mí también.

—¿Contento? —me preguntó Greta—. Para en la próxima gasolinera, que habrá que limpiarlo todo.

No dije nada. Bajé las ventanillas y aguanté como pude los siete largos kilómetros que nos separaban de la siguiente estación de servicio.

Greta se cargó al hombro la bolsa de la niña y la sacó del coche. Me dio una bolsa de plástico vacía y un paquete de toallitas.

—Para ti el coche —me dijo—. *Enjoy*.

Y se fue con la niña a los servicios de la gasolinera.

Miré el interior del coche y casi vomito yo también. El líquido y los tropezones habían alcanzado todos los rincones. Me cubrí la nariz con el cuello de la camiseta y empecé a recogerlo como pude. Me había enfrentado en la vida a pocas cosas más asquerosas que eso. Me llevó un buen rato, no paraban de aparecer nuevos rincones infectados. La silla de la niña parecía estar garrapiñada. Cuando ya se veía todo limpio, entré en la gasolinera a comprar lo necesario para una limpieza algo más profunda y un ambientador para después. A simple vista, parecía que no había pasado nada, pero el olor no terminaba de irse.

Dejé las puertas del coche abiertas para que se ventilara. Me lavé las manos con una botella de agua que llevaba en el maletero y las esperé junto al coche fumándome un cigarro. Llegaron las dos muy serias. Gina se había cambiado de ropa totalmente. Vino corriendo y se abrazó a mi pierna.

—Lo siento, Marc, te he manchado el coche —me dijo levantando la cabeza para mirarme y empezó a llorar otra vez, aunque de un modo mucho más calmado.

Tiré el cigarro que tenía a medias bastante lejos y me puse en cuclillas para estar a su altura.

—No pasa nada, ha sido culpa mía. Yo le he dicho a tu madre que te diera el zumo… La próxima vez le hacemos caso a mamá, ¿vale? Que sabe más de estas cosas.

—Sí —asintió Gina. Se pasó la mano por los ojos y se quitó las lágrimas—. ¿Estás enfadado conmigo?

—Claro que no. —Le di un abrazo—. Pero me tienes que explicar cómo puede salir tanto líquido de una persona tan pequeña.

Ella se rio y dejó de llorar. La subí a la silla, la amarré bien y cerré la puerta del coche.

—Lo siento —le dije a Greta cuando la niña ya no nos oía.

—No puedes quitarme la autoridad delante de ella —gruñó muy seria—. Eso has de tenerlo claro. Igual que, cuando ya lo sepa, yo no podré quitártela a ti.

—Lo sé, tienes razón. De verdad que lo siento, me ha superado la situación…

—Pues deberás tener más paciencia, o ser más frío, pero no puede salirse con la suya con una rabieta de ese calibre…

—No volverá a pasar. —La atraje hacia mí y le di un abrazo—. Esto me viene muy grande todavía, me llevas cuatro años de ventaja… Has de tener paciencia conmigo también.

—Y tú tienes que confiar en mis decisiones —insistió muy seria devolviéndome el abrazo.

—Lo haré, te lo juro. —Le besé la cabeza.

—Al menos esto tiene una cosa buena…

—¿El qué? —pregunté.

—Que ahora se va a dormir el resto del camino. Tendremos paz hasta que lleguemos.

—No sé yo, está muy espabilada.

Greta se rio y no dijo nada más.

Subimos los dos al coche y Gina ya estaba dormida. Otra vez me sentí como un gilipollas que no tenía ni puta idea. Reanudamos la marcha en silencio.

—¿Qué piensas? —me preguntó Greta después de un buen rato.

—En lo de antes —contesté—. Ha sido una situación muy chunga…

—¿Te estás replanteando lo del domingo?

—Claro que no —contesté—. No soy gilipollas, ya sé que no todo va a ser bonito… Solo que no esperaba descubrirlo tan a lo bestia —me reí.

Greta se rio también y no volvimos a tocar el tema.

El camino que lleva al lugar que han elegido para casarse ya es espectacular. Está bordeado de árboles y de arbustos con flores. Al final del camino se ve el palacete, que va haciéndose más grande conforme nos acercamos. Despierto a Gina para que no se lo pierda, todavía está en esa fase en la que le vuelven loca las cosas de princesas. Se despierta de buen humor y emocionada por todo lo que está viendo.

Marc aparca el coche lo más cerca de la entrada que puede y bajamos los tres. El edificio es espectacular. No es lo que yo elegiría si algún día me casara, pero a Samu y Estrella les pega bastante… Bueno, igual más que a ellos, a sus madres. A las cuales, por cierto, es a las primeras que vemos al llegar.

Entramos por la puerta aproximadamente una hora más tarde de lo que teníamos previsto, el incidente del coche nos ha retrasado bastante. Reyes y Almudena vienen directas hacia nosotros.

—Vaya horas, hijos. De los nervios estaba ya —dice Reyes con un tono algo más calmado que el de esta mañana.

—Greta, cariño —me saluda Almudena y me da un abrazo—, cuánto tiempo sin verte, cómo me alegro de que estés aquí. Me ha ido contando Samuel… Esta es tu niña, supongo.

—Sí, esta es —digo señalando a la niña que ya está en brazos de Reyes, que le está dando besos como si no la viera desde hace una semana.

—A mis hijas les va a encantar. Les vuelven locas los niños pequeños. Te la van a quitar de encima rápido —asegura Almudena con una sonrisa—. ¡Niñas! —grita y dos preadolescentes se levantan de unas butacas que hay en la entrada.

—Madre mía, qué mayores. ¿Cuántos años tienen ya?

—Once —contesta su madre—. Y están insoportables.

—Eso último no es novedad —me susurra Marc al oído.

Le doy un codazo e intento no reírme. Él sí se ríe.

Las niñas llegan hasta nosotros y empiezan a hacerle carantoñas a Gina.

—Bueno —dice Reyes—, id a instalaros en vuestras habitaciones y a prepararos para la cena. A las nueve y media en el salón azul.

—Vale —asentimos los dos a la vez.

Marc le quita a la niña de los brazos a su madre y vamos hacia el mostrador de recepción. Nos cruzamos entonces con mi madre.

—Ay, qué bien, ya estáis aquí. ¿Cuál es la maleta de la niña? —pregunta.

—Esa —digo señalando la bolsa que lleva Marc cruzada sobre el pecho—. ¿Por?

—Porque he pensado que mejor que duerma conmigo esta noche, así Piero y tú os podéis quedar de fiesta con los jóvenes. ¿Qué dices, Gina? ¿Quieres dormir conmigo?

—Sí, yaya —dice Gina ilusionada. Genial.

Marc se gira dándole la espalda a mi madre y me hace un movimiento rápido con las cejas. Yo intento no reírme.

—Claro, mamá, gracias —le digo.

—Pero, Maite —Marc se gira hacia ella—, ¿cómo que los jóvenes? Si tú eres tan joven o más que la mayoría.

La coge de la cintura con la mano en la que no tiene a Gina y hace un amago de bailar con ella. Mi madre y mi hija se ríen.

—Prométeme que bailarás conmigo.

—Ya veremos —se ríe mamá—. Venga, dame la bolsa de la niña y la dejo en mi habitación. ¿Necesitas coger algo?

—No, tranquila, mamá, el vestido que llevará esta noche va en la mía.

—Perfecto, pues os veo en la cena —dice desapareciendo por un pasillo con la bolsa de Gina en el hombro.

Llegamos al mostrador de recepción y, tras dar nuestros nombres, nos entregan las llaves de nuestras habitaciones.

Apenas nos hemos alejado unos pasos cuando oímos una voz muy cerca de nuestros oídos.

—Decidme que habéis preparado un buen discurso para esta noche… Estrella está de los nervios.

Nos giramos y vemos a Samu muy sonriente con su cabestrillo.

—¿Qué discurso? —pregunta Marc.

—El brindis que os pedimos que prepararais para esta noche —contesta Samu como si fuera lo más lógico del mundo—. No me jodas que se os ha olvidado… Si dijisteis que sí…

—¿Cuándo? No sé de qué hablas —insiste Marc.

—La noche que volvió Greta, en el bar, os pedimos que hicierais un brindis en la cena de ensayo y dijisteis que sí…

—¿Te parece que estaba yo muy centrado esa noche? ¿De verdad te sorprende que se me haya olvidado una cosa así?

—No, nano, lo entiendo, pero preparad algo rapidito, cualquier cosa, que yo lo entiendo, pero tu hermana no lo va a entender… Y no quiero echar más leña al fuego, no la había visto nunca tan nerviosa…

—Vale, tranquilo, ahora pensamos algo —intervengo yo—. No esperéis gran cosa, pero algo diremos.

—Pues va, vamos a pensar algo, que tenemos poco tiempo —gruñe Marc.

Nos despedimos de Samu y vamos a buscar las habitaciones. Están las dos en la primera planta, aunque bastante separadas. La de Marc al principio del pasillo y la mía al fondo. Me detengo ante la puerta de su habitación.

—Vamos a la tuya y nos ponemos con lo de Samu. Así os instaláis la niña y tú. Ya vendré luego a dejar mis cosas… O, con un poco de suerte, ni la piso en todo el finde —sugiere con una gran sonrisa.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

La habitación de Greta era bastante grande y tenía una cama enorme. Pensé automáticamente en lo que le haría en ese colchón si no estuviéramos con Gina. Habíamos decidido no hacer nada en casa, ya no teníamos diecinueve años y no nos parecía bien hacer esas cosas en casa con tanta gente. Por tanto, llevábamos desde la despedida de Samu sin nada más que algún beso despistado. En la cabaña habíamos tenido una noche estupenda, un polvo rápido mosqueados y un probable tercer encuentro que ninguno de los dos recordaba… No era un buen balance, por eso me había gustado tanto la idea de que Maite se llevara a la niña esa noche a dormir con ella.

Dejamos las maletas en la entrada y a Gina en el suelo. Saqué de mi maleta las cosas de dibujar y se las di a Gina, que se sentó rápidamente a los pies de la cama, sobre el suelo enmoquetado.

Greta sacó papel y boli con el logo del hotel del cajón de un escritorio que había junto a la puerta y se tumbó en la cama boca abajo. Fui a tumbarme a su lado. Empezamos a sugerir gilipolleces y a escribir tonterías en el papel, tampoco éramos capaces de hacer algo serio o profundo con tan poco tiempo. Mi mente se despistaba cada pocos minutos pensando en mil formas mejores en las que aprovechar esa cama.

—Céntrate —me riñó Greta—, que no estás a lo que estás.

—Es que no me apetece nada esto… Estoy pensando en otras cosas —sonreí.

—Lo sé —se rio—, te lo noto, pero ahora estamos a esto.

—Marc, ¿dibujas conmigo? —me preguntó Gina desde el suelo.

Miré a Greta con ojos suplicantes y ella negó con la cabeza.

—No me dejan, Gina, tengo que hacer esto que es un rollo —me disculpé.

—Jo —se quejó ella.

—Tenemos que acabar esto, venga, que nos comprometimos… —insistió Greta.

—Pero es que yo solo puedo pensar en… —miré a Gina de reojo antes de terminar la frase— «bailar» contigo esta noche… —añadí haciendo el gesto de las comillas en el aire, para asegurarme de que lo pillaba.

Greta soltó una carcajada.

—Pues céntrate en esto o «bailarás» tú solo en tu habitación —sonrió.

—No serías tan cruel. —Acerqué mi cara a la suya.

—No me pongas a prueba —se rio.

Me llegó un mensaje al móvil. Lo miré y murmuré un *joder* (muy bajito para que no me oyera la niña) antes de enseñárselo a Greta.

SAMU

Nano, acaba de llegar Marta. ¿Qué coño pinta en la cena de ensayo?
Esto se supone que es solo para los más cercanos.

Greta resopló tras leerlo.

—Me parece a mí que no acepta la derrota o que quiere morir matando —gruñó ella con tono de agobio—. Espero que no nos dé la noche… Venga, vamos a acabar esto.

Terminamos la tontería que habíamos escrito y la ensayamos un par de veces para no hacer mucho el ridículo. Teníamos el tiempo justo para cambiarnos rápidamente y bajar a la cena.

VEINTINUEVE

LA CENA DE ENSAYO

—¿Vienes sola? —me preguntan los novios cuando llego a la puerta del salón donde se celebra la cena.

Van los dos muy elegantes, aunque con los cabestrillos que les pusieron en urgencias.

—No. —Señalo con la cabeza el fondo del pasillo por el que he llegado, desde donde avanzan Marc y Gina a velocidad de tortuga sin pisar las líneas de las baldosas.

Cuando finalmente llegan hasta nosotros, Estrella se nos queda mirando a Marc y a mí, que vamos los dos vestidos como en la boda de Emma.

—Parecéis el fantasma de la boda pasada —sonríe.

Emma se acerca a la puerta cuando nos ve llegar.

—Con lo que os quejasteis de la ropa y los colores y ahora repetís por propia voluntad —dice con una sonrisa de medio lado—. ¿No teníais otra cosa que poneros?

—No —contesto—. No sabía que necesitaba un vestido elegante para esta noche, y no tenía otro.

—No importa, estáis muy guapos.

—Venga, todos a vuestras mesas, que sois casi casi los últimos —nos mete prisa Estrella.

Acompaño a Gina a la mesa de los niños. Las hermanas de Samu le prestan toda su atención al momento. Hay unos cuantos niños más. En el centro del salón está la mesa de los novios, con los padres de Marc y la madre y el padrastro de Samu. No he visto a Gerardo desde la noche que llegué y no me hace demasiada ilusión volver a verlo.

Aparte de la mesa de los novios y la de los niños, hay cuatro mesas más de entre ocho y diez personas cada una. Seremos unos cincuenta esta noche… Si estos somos los más íntimos, no sé lo que nos espera mañana…

Llego a la mesa de los amigos del novio y veo un cartelito con mi nombre en el hueco vacío que hay entre Marc y Piero. Me alegro enormemente de que nos hayan puesto con ellos y no con la familia. Al otro lado de Marc hay otro sitio vacío con el cartelito de «Marta». Junto al lugar que tiene que ocupar Marta, está Vero, la novia de Chus, que se levanta en cuanto me acerco a la mesa.

—¡Greta! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal estás?

—Muy bien, guapa —contesto—. ¿Tú qué tal?

—Yo, fenomenal. Ay, me encantan las bodas, y esta tiene pinta de ir a ser una pasada…

—Tiene pinta, sí —me río.

Nos ponemos al día rápidamente de lo que ha sido la vida de las dos durante estos cuatro años, aunque ella parece estar bastante al tanto de todo lo mío, al menos de todo lo que conoce Chus. Me cuenta ilusionada que está trabajando para una ONG y me resume entusiasmada varios

de los proyectos en los que trabaja. Me alegro mucho de que Chus haya acabado con alguien así.

Vero vuelve a su sitio y yo me siento en el mío. Entre Chus y Loui está Claudia, va a ser divertido tenerla en una cena con todos después de tantos años.

Aparece al momento Gina corriendo desde la mesa de los niños.

—Mami, mami, ¿me puedo quitar los zapatos?

—No —le contesto tajante.

—Jo, ¿por qué no? —se queja.

—Porque esto es una fiesta elegante, y no eres un mono.

Arruga las cejas y me mira amenazante. Al momento se nos acercan los novios y nos ponen las manos sanas a Marc y a mí sobre los hombros.

—Tíos, ¿vais a pegaros un bailecito?

—¿Qué? No —contesta Marc.

—¿Por qué no, nano? Va, que no os cuesta nada, después del brindis…

—Si dijisteis que sí —se queja Estrella.

—No hemos preparado nada y no me apetece bailar… —asegura Marc en tono serio.

—Qué mentira —dice Gina—. Antes has dicho que querías «bailar» con mamá. —Hace el gesto de las comillas que ha hecho él en la habitación.

Todos los de la mesa y Samu sueltan una carcajada. Marc sonríe poniéndose un poco rojo.

—¿Ves? —dice Estrella con su inocencia habitual. Como siempre, es la única que no lo ha pillado—. Has dicho que te apetece… Y no tenéis nada que preparar, bailáis lo que sea, la de la boda de Emma mismo…

—Bien —acepta Marc con tono cansado—. Me da igual, lo que queráis.

Los novios nos dan una palmadita en la espalda a cada uno y vuelven a desaparecer, llevándose a Gina de nuevo a la mesa de los niños.

—No se puede tener secretos con esta niña —se ríe Piero.

—Ya te digo —contesta Marc también riéndose.

Empezamos una conversación sobre lo elegantes que son las habitaciones que nos han tocado, al parecer son todas iguales.

—Lo que no entiendo es por qué hay dos bañeras —dice Chus.

—Una es un *jacuzzi* —le aclara Loui.

—Buah, nano, eso tengo que probarlo —sigue Chus—. No me he bañado nunca en uno.

—¿Y tú te has bañado alguna vez en un *jacuzzi*? —me pregunta Marc al oído. Niego con la cabeza—. Yo tampoco, pero mañana ya no podremos decir lo mismo.

—Yo he visto en un armario del baño sales, aceites, velas… Está cuidado hasta el último detalle… Este sitio es espectacular —interviene Vero.

Sonrío y le doy un trago a mi cerveza. De repente me apetece mucho más ese baño que la cena.

—Nano, nano, ¡¿esa es Marta?! —pregunta Chus con cara de flipado mirando hacia la puerta de entrada al salón.

Todos nos giramos a mirar y allí está ella. Lleva un vestido espectacular que, desde luego, no es el que se probó el día que fuimos de compras con Estrella. Es un vestido de tirantes de color dorado y con mucho escote, tanto escote que es más que evidente que no lleva sujetador. Aun así, sus tetas parecen desafiar la ley de la gravedad. Todo el vestido está cubierto como de pequeños diamantitos, parece recién salida de la alfombra roja de los Oscar.

—Qué mal gusto —dice Vero con mala cara—. Está muy feo acudir a una fiesta así llamando más la atención que la novia.

Marc la está mirando fijamente, parece que se le vayan a salir los ojos de la cara.

—¿Traigo una fregona? —le pregunto al oído—. Por si dejas un charquito de baba, no se vaya a resbalar alguien…

Él pestañea y se gira a mirarme.

—No digas tonterías, solo me ha sorprendido, nada más.

—Ya, claro.

Marta se acerca a nuestra mesa sonriendo como si se alegrara un montón de vernos. Empieza a saludar a todos por el lado de Vero y va dando la vuelta a la mesa. El escote de la espalda es tan amplio también que no puedo evitar preguntarme si llevará bragas. Va dando dos besos a todos, con esa forma peculiar que tienen las pijas de dar dos besos sin llegar a tocar las caras.

Cuando llega hasta mí me saluda con una sonrisa cariñosa que me deja muy descolocada.

—Greta, guapa, cuántos días sin verte, vas muy mona. —Besos al aire—. Espero que lo pasarais bien en la despedida… ¿Dónde está esa niña tan bonita que tienes?

Señalo a la mesa de los nanos con la cabeza, todavía bastante flipada, y ella vuelve a sonreír.

—Luego iré a verla, seguro que va monísima también —dice con una sonrisa que parece totalmente sincera.

Se gira a saludar a Marc, que está muy serio.

—Hola, Marta. —Se pone de pie.

Ella le da dos besos, a él sí se los da de verdad. Marc la coge de la muñeca y le dice algo al oído. Ella muestra la misma sonrisa cariñosa que nos ha dedicado a todos.

—No digas tonterías —le dice a Marc pasándole una mano por la cara. Él le aparta la mano con un gesto delicado y ella vuelve a sonreír antes de ir a sentarse en su sitio.

Una bolita de papel cae sobre mi plato. Levanto la cabeza y Claudia me está mirando. Lo despliego y lo leo.

¿Esta no era medio monja? Pues parece un puton.

La miro intentando no reírme, pero ella se empieza a descojonar. La noche promete.

—Bueno, ¿qué os contáis todos? —pregunta Marta con su mejor sonrisa a nadie en concreto.

Llega un camarero con una botella de vino y ella le hace un gesto para que le sirva una copa.

—Llevas un vestido espectacular —le dice Vero.

—Sí, ¿verdad? Es un regalo de papá por mi veinticinco cumpleaños, es un *Doulce and Gabana* —dice con una pronunciación como yanki.

—*Dolche e Gabbana* —la corrige Piero—. Es una firma italiana, no americana.

—Claro, tienes razón —asiente Marta con su mejor sonrisa—. Qué bien tener un italiano a mano para aprender estas cosas… Se lo enseñaré a todas mis amigas del club, voy a quedar como la más *chic*.

—Esos vestidos valen un dineral —interrumpe Vero.

—Lo sé, pero papá no ha escatimado en gastos… Entendía que era una ocasión especial, solo se cumplen los veinticinco una vez en la vida…

—Con lo que vale un vestido de esos, se puede abastecer de alimento a una aldea durante un mes —dice Vero muy seria.

—Bueno, bueno, ya será menos —sonríe Marta—. Además, yo siempre dono la ropa de otras temporadas a Cáritas, les acabará llegando.

—Claro, porque eso es lo que necesitan allí, un vestido como ese —suelta Vero en tono sarcástico.

Todos aguantamos la risa y Chus le pasa un brazo por los hombros y le dice algo al oído. Vero se pone seria y se revuelve un poco en su silla, pero no dice nada más.

Los camareros van trayendo la cena y nos enfrascamos en una animada conversación sobre batallitas de cuando íbamos al colegio. Piero, Vero y Marta escuchan con atención y se van riendo de las barbaridades que contamos.

—La noche que nos quedamos encerrados en el instituto —recuerda Chus—. Qué bueno fue aquello… y nuestros viejos toda la noche buscándonos por la calle pensando que era una gamberrada.

—Y Greta y Claudia empeñadas en encontrar dulces en la cocina —se ríe Loui.

—¿Los encontramos o no los encontramos? Y los demás comisteis tanto como nosotras… O más —añado yo.

—Menos mal que Claudia forzó la puerta del gimnasio para que pudiéramos dormir sobre las colchonetas aquella noche —se ríe Loui—. Eras una delincuente en potencia…

—No hay pruebas de eso —se ríe Claudia también—. Me puse guantes para no dejar rastro… De verdad que pensaba que podría ir la policía a tomar huellas dactilares y ver quién había sido, cuánto daño han hecho las pelis de detectives…

—Qué frío hacía esa noche, joder —recuerda Marc entre risas.

—Igual por eso te arrimaste tanto a la friki aquella que se quedó encerrada con nosotros —sonríe Loui.

—Sí, por eso sería —Marc le devuelve la sonrisa.

—Qué tía más pesada —se queja Claudia—, demasiado la tuvimos que aguantar… Todos los años de instituto cargando con las novietas insoportables de Marc. Cada una que te ligabas era más tonta que la anterior; y siempre empeñado en traérnoslas a la pandilla… Menos mal que fue poco tiempo, que antes de los dieciséis eras un cranco y no te comías nada…

—Qué cabrona —se ríe Marc—. Tú sí que no ligaste nada en el instituto…

—Pero porque no quise, tenía pajarillos en la cabeza… Pero ya estoy recuperando el tiempo perdido —añade Claudia con una sonrisa gamberra.

—Dime, Claudia —interrumpe Marta—, ¿tú también fuiste a la despedida de Samu?

—No, yo no pintaba nada ahí. Hace años que estoy descolgada del grupo, aunque con la morriña que me está entrando esta noche, lo mismo eso empieza a cambiar…

—Bueno, Greta también estaba descolgada desde hacía años y sí que fue… —añade Marta con una sonrisa condescendiente.

—No es lo mismo, hasta donde yo sé, Greta ha mantenido contacto por carta con ellos estos años, cosa que yo no hice… y Loui estuvo meses allí con ella… Además, que Greta y Marc siempre han sido un pack indivisible, como las natillas…

Todos los de la mesa nos reímos disimuladamente agachando la cabeza y Marta sonríe apretando los dientes.

—Claro, es normal… Si son como hermanos —dice Marta con una sonrisa amable.

—¿Hermanos? Estos dos lo único que tienen de hermanos es el código postal…

Todos nos reímos y yo miro a Claudia haciéndole un gesto para que pare ya mientras Loui le da un codazo con la misma intención. Ella se ríe también y asiente.

Gina aparece en ese momento llorando y pone fin a la incómoda conversación.

—¡Me he caído! ¡*Nesecito* un médico!

Piero la coge y se la sienta encima.

—A ver, *signorina*, dígame dónde está la lesión.

Gina le enseña la mano con la palma hacia arriba. La tiene toda roja, debe de haber parado la

caída con la mano. Buenos reflejos, mejor con la mano que con la cara.

—Mmmm. —Piero frunce el ceño mientras le masajea la mano—. No hay huesos rotos, pero no pinta bien. Hay que operar por si hay alguna hemorragia interna.

—Vale —solloza Gina.

Piero empieza a hacer cosas extrañas en la mano de mi hija con una servilleta y un par de cucharas. Cuando termina, ella abre y cierra la mano un par de veces.

—Ya no me duele. Mami, ¿puedo seguir jugando con esos niños?

—Lo que diga el doctor —respondo.

Ella mira a Piero y él asiente con la cabeza. Se baja de un salto de encima de él y va hasta Marc. Le hace un gesto para que se acerque a ella y le dice algo al oído. Marc se ríe y le contesta también al oído.

—Vale, ¿me lo juras? —le dice a Marc señalándole con el dedo.

Él asiente muerto de risa y ella sale corriendo para volver con el resto de niños.

—Qué encanto de niña —dice Marta con una sonrisa de lo más amable—. Es una monada.

—Sí —dice Piero—. Nos tiene enamorados a todos.

Los camareros terminan de retirar los platos vacíos de los postres y nos traen las copas que hemos pedido. Aparecen al momento los novios y Marta se levanta a saludarlos.

—Hola, chicos, ¡qué guapísimos estáis! —saluda con la sonrisa espectacular que lleva usando toda la noche—. Pero ¡¿qué os ha pasado?! —añade llevándose las manos a la cara y con expresión asustada cuando ve los cabestrillos que llevan.

—Un accidente doméstico —empieza Estrella—. Estábamos fijando una estantería…

—No —la corta Samu con una sonrisa—. Marta es de confianza, podemos decirle la verdad: estábamos follando como salvajes y se nos fue un poco de las manos.

Marta vuelve a poner cara de susto, como si estuviera viendo al asesino de una peli de terror, y todos nos reímos discretamente. Al momento se recompone y vuelve a la sonrisa amable con la que lleva toda la noche.

—Qué bonito —dice todavía sonriendo—. No hay nada más precioso en una boda que unos novios tan enamorados…

—Esos somos nosotros —afirma Samu devolviéndole la sonrisa—. Enamorados como gilipollas y calientes como animales en celo.

Estrella le da un codazo con el brazo bueno mientras se ríe.

—Bueno, tíos —nos dice a Marc y a mí—. Momento brindis… ¿Estáis listos?

—Venga, vamos —Marc se pone de pie. Yo hago lo mismo y vamos hacia el escenario en el que no hay nada más que un micrófono.

Subimos al estrado y todo el mundo se queda en silencio y nos presta toda su atención.

—Buenas noches a todos —empiezo yo—. Nos han pedido los novios que digamos unas palabras. Aunque no somos los padrinos, hemos sido el nexo de ellos dos durante muchos años.

—Así que —sigue Marc—, aquí estamos, comiéndonos el marrón. Bueno, debéis saber que cuando Greta y yo vinimos al mundo, Estrella ya estaba ahí. Durante toda nuestra vida, ha sido nuestra principal cómplice en casa: nos cubría cuando la trastada era gorda y nos iba a caer una buena bronca, nos llevaba a los sitios a los que no nos dejaban ir solos, nos ayudaba con los deberes, mantuvo con nosotros la tradición navideña de los regalos en los calcetines… Y así podríamos seguir y seguir recordando cantidad de momentos que hemos pasado con ella, y cosas por las que podemos estar agradecidos. Sin duda, Estrella ha sido la mejor hermana mayor que se

puede tener.

—Emma, no lo estamos diciendo en serio —le interrumpo—, pero es la boda de Estrella y tenemos que quedar bien…

—Eso, Emma, ni caso. Tú me sacaste del calabozo, eso no se olvida… —añade Marc dándose dos golpes con el puño en el corazón.

Emma se ríe y el resto de la gente se une.

—Volviendo a Estrella, que es la protagonista hoy —sigo yo—, no se nos ocurre nada mejor para ofrecerle que compartir con ella a uno de nuestros mejores amigos: un tío divertido, inteligente, cariñoso, carismático y uno de los mejores amigos que se puede tener.

—Por desgracia —sigue Marc—, con esas cualidades solo tenemos a Chus y a Loui, y los dos están pillados, así que vas a tener que conformarte con Samu.

Todo el mundo se ríe.

—¡Yo también te quiero, nano! —grita Samu muerto de risa desde la mesa de los novios.

—Bueno —sigo yo—, creo que las mujeres de la sala estarán de acuerdo conmigo en que Samu tiene otras muchas cualidades que saltan a la vista… ¿no, señoras? ¿Piero? ¿Loui? ¿Algo que añadir?

—*È assolutamente spettacolare!* —grita Piero desde su silla y todo el mundo se ríe—. *Estrella è molto fortunata!*

—Creo que estáis exagerando… —interrumpe Marc—. Si le afeitas la cabeza, le desfiguras la cara y le añades veinte kilos… ¿Qué te queda?

—Pues tú dentro de unos años… —le digo a Marc y él me devuelve una sonrisa. Todo el mundo se ríe.

—Bueno, ahora en serio —sigue Marc—. Quiero que sepáis que yo fui el primero en enterarme de esta historia. Vinieron a mí con miedo a cómo iba a reaccionar, pensaban que me enfadaría (cosa que no entiendo, con el buen carácter que he tenido yo siempre…). —Todos los que lo conocen se ríen—. El caso es que, aunque es cierto que al principio me sorprendió un poco, cuando pasas cinco minutos con ellos, lo que realmente sorprende es que esto no pasara antes…

—Yo, en cambio —continúo—, fui la última en enterarme. De hecho —añado levantando la invitación de boda que llevo en la mano—, así me enteré yo: «Las familias Sapena-Rivas y Andújar-Sorní tienen el placer de invitarle al enlace de sus hijos Estrella y Samuel». Confieso que cuando leí esto me caí de culo, suerte que tenía una silla detrás. No podía creer que fuera real. Pero coincido con Marc, cuando pasas cinco minutos con ellos, no entiendes que esto no pasara antes… Bueno, o sí, que un poco antes Samu era menor y hubiera sido ilegal.

Todos nos reímos.

—Así que —sigo—, lo único que puedo añadir y desearos a todos —levanto mi copa— es que cada Estrella encuentre a su «Samuel» —añado mirando a Estrella y guiñándole un ojo. Ella se ríe.

—Lo mismo digo —añade Marc pasándome el brazo que tiene libre por encima de los hombros—. Que todos los Samus del mundo encuentren su Estrella. —Me mira y sonríe. Le brillan los ojos.

Entro en pánico porque parece que vaya a soltar un «yo ya he encontrado la mía» o algo así. Miro a nuestros amigos, que lo están mirando con la misma cara que debo de tener yo. Marc se ríe y levanta su copa.

—¡Por Samu y Estrella! Que sirvan de inspiración para muchas muchas, parejas futuras… Menos en lo de lesionarse a dos días de la boda, eso no se lo copiéis…

Todo el mundo se ríe.

—¡Por Samu y Estrella! —añadimos todos los demás levantando nuestras copas.

Antes de que bajemos del escenario, empieza a sonar la canción[1] de la boda de Emma por los altavoces y los novios nos miran poniendo cara de pena y juntando las manos a modo de súplica. Lo gracioso es que, por culpa de los cabestrillos, juntan una mano de cada uno. Nos da mucha risa y bajamos a la pista y nos ponemos a bailar.

Como no es propiamente una boda y Estrella no es Emma, nos lo tomamos mucho más a cachondeo y hacemos bastante el tonto durante el baile. La gente se ríe y aplaude.

—No podemos sacar a bailar a los tullidos —me dice Marc cuando está casi acabando la canción—. ¿Sacamos a los padrinos? Venga, yo saco a bailar a la madre de Samu.

—Ni de coña saco a bailar a tu padre, entre otras cosas, porque lo mismo ni se levanta —me río.

—Cierto —se ríe él también—. Vale, pues yo a mi madre y tú al padrastro de Samu.

—Hecho.

Termina la canción y, cuando empieza la siguiente[2], hacemos lo que acabamos de decir. Bailo un rato con Simón y, en la siguiente canción[3], vuelvo a mi sitio. Marc se queda bailando un tema más, esta vez con mi madre.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

—Nunca te había visto bailar —me dijo Marta con una sonrisa cuando volví a la mesa—. Me dijiste que eras muy torpe y solo sabías bailar canciones lentas…

—Solo bailo bajo coacción —me reí.

—Si lo hubiera sabido, te habría coaccionado un poquito —susurró con voz dulce mientras ponía una mano sobre la mía.

Retiré mi mano con un movimiento discreto, no quería ofenderla, pero tampoco quería contacto. Estaba más guapa y más buena que nunca. Y su actitud desde luego era muy distinta a lo que yo conocía. Si hubiera estado así un año antes, igual sí que me habría enamorado de ella. Podría incluso haber superado completamente lo de Greta, pero las cosas habían sido diferentes, ella había sido diferente, y yo ahora estaba mejor que nunca.

—¿Bailarás luego conmigo? —me preguntó con su sonrisa irresistible.

—No sé, ya veremos —contesté con indiferencia.

Greta tiró de mi brazo y me acerqué a ella.

—Baila con ella —me susurró al oído—. No se merece lo que ha pasado, no te cuesta nada.

—¿Crees que es buena idea? —le pregunté también en un susurro.

—Mientras no te olvides de que tenemos planes, todo bien —sonrió.

—Imposible olvidarme de eso. No pienso en otra cosa —susurré.

Me levanté y saqué a Marta a bailar. Se puso muy contenta, estaba más simpática que nunca.

—No me has dicho nada de mi vestido —comentó mientras bailábamos.

—Todavía lo estoy flipando —respondí.

—Bueno, ya te dije que estaba dispuesta a cambiar muchas cosas —sonrió.

—Es tarde para eso, Marta. Ya está hablado. No voy a cambiar de opinión porque te pongas

un vestido que deje poco a la imaginación.

—Bueno, si no te gusta mi vestido, podemos ir a tu habitación y me lo quitas… Sabes dónde está mi límite, no voy a ponerte freno en ninguna otra cosa que quieras hacer…

Respiré hondo y cerré los ojos. Joder, lo que hubiera dado por ese comentario hacía unas semanas.

—No es buena idea, Marta. Tarde o temprano volvería a salir la conversación de que queremos cosas diferentes. Esto no lleva a ningún lado.

—Bueno —volvió a sonreír—, piensa en ello… Creo de verdad que podríamos llegar a un punto intermedio… No dejo de pensar en lo que me dijiste el otro día de que me ibas a ayudar a tener mi primer orgasmo —susurró en mi oído.

Joder, no, no, no, qué mala idea había tenido Greta al decirme que bailara con ella. Greta, su habitación, el *jacuzzi*… eso era lo que quería esa noche. Nada más que eso.

—Eso lo puedes conseguir tú sola, Marta. Con eso ya no puedo ayudarte.

—¿Por qué no? ¿Ya estás con alguien? ¿Tan pronto?

—No —mentí para no hacerle daño, o para que no montara una escena, o por cobardía, vete a saber.

—¿Entonces?

—Porque no voy a volver contigo. La decisión está tomada.

—Bueno, medítalo con la almohada. Mañana hablamos.

Ni le contesté, no quería entrar en bucle otra vez. Terminó la canción y volvimos a la mesa.

Al momento llegaron Maite y Gina.

—Bueno, nosotras nos vamos a dormir —le dijo Maite a Greta—. Pasadlo bien.

—Claro, mami, gracias —respondió ella.

Les dio un beso a cada una y las dos se fueron. El resto de padres se fueron yendo también y nos quedamos solo los jóvenes.

Piero y Greta salieron a bailar dándolo todo y yo fui a buscar a Loui, que estaba junto a la barra que habían improvisado los camareros. Quería preguntarle algo que me había estado dando vueltas en la cabeza toda la tarde.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —contestó.

—Cuando estuviste en Sicilia… ¿Conociste a un tal Francesco?

—Mmmm… Sí —asintió con la cabeza—, conocí a un tal Francesco.

—Y ¿qué puedes contarme de él?

—Poca cosa, no lo conocí mucho… ¿Qué quieres saber?

—¿Qué rollo se llevaba con Greta?

—¿Quién te ha hablado de él? —preguntó como respuesta—. Si ha sido Greta, pregúntale a ella; y, si ha sido Piero, pregúntale a él…

—Ha sido Gina —expliqué—. Solo quiero saber si fue un rollo o si iban en serio… Cuéntame lo que sepas. ¿Sabes si siguen en contacto?

—No, tío, ni de coña, no vayas por ahí. Déjate de mierdas. No empieces otra vez con tus celos y tus desconfianzas… Nunca te han traído nada bueno. Estamos cenando con la que era tu ex hasta hace cuatro días, que además ha aparecido vestida como un putón verbenero, y Greta lo está llevando como una señora, aprende un poco de ella… Estás con Greta, es lo que siempre habías querido, ella está contigo, sois felices… DE-JA-TE-DE-MIER-DAS —añadió remarcando cada sílaba con un golpe de su mano en mi pecho.

—Vale, nano —aguanté la risa—. La que me acaba de caer en un momento… Tienes razón,

joder, estoy gilipollas.

—En eso último estamos de acuerdo —se rio Loui.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Chus se acerca al equipo de música y pone un cedé. Vuelve al momento con nosotros a la pista.

—He hecho un *mix* con lo mejor de la despedida de Samu —dice con una sonrisa triunfante —. Un poco de *remember*…

—¿*Remember* del fin de semana pasado? —se ríe Marc.

—Sí, tío, ya me acuerdo de aquello con nostalgia —suelta Chus mirando al infinito.

Empiezan a sonar algunas de las canciones que bailamos en la cabaña y las bailamos todos juntos. Marta está haciendo un esfuerzo por integrarse. La verdad es que no parece mala tía, esta noche me está cayendo hasta bien.

Suena la canción que nos pusieron con el altavoz en la ventana y todos los que estábamos allí nos empezamos a descojonar. Estrella, Vero, Claudia y Marta no entienden nada. Lógico. Los demás nos abrazamos todos como hicieron Samu y Chus y cantamos a pleno pulmón la parte que cantaron ellos. No podemos dejar de reírnos.

Termina la canción y empieza a sonar la del beso de Samu y Loui.

—¡Oh, Loui, cariño! ¡Nuestra canción! —grita Samu eufórico, lleva un ciego impresionante. Loui se ríe—. Ven aquí, si estamos de *remember*, estamos de *remember*.

Se acerca hasta Loui, lo coge de la nuca y lo besa con todas sus ganas. Todos empezamos a descojonarnos mientras Loui lo está flipando. Cuando se separa de él, Piero se le queda mirando.

—Eso ya no es juego, eso ya es vicio —le dice achinando los ojos e intentando no reírse.

—Para ti también tengo, Garibaldi —le dice Samu a Piero cogiéndolo por la nuca tal como ha hecho con Loui y besándolo también.

Todos seguimos riéndonos, especialmente Estrella, que parece que se vaya a caer al suelo en cualquier momento. Marta no se ríe, lo observa todo con los ojos muy abiertos y una sonrisa extraña.

—¿A qué viene esto, nano? —pregunta Loui—. ¿Y estos arranques?

—Que me caso mañana, y os quiero mogollón a todos. A Chus también —dice Samu yendo hasta Chus y besándolo como ha hecho con Loui y con Piero.

Chus se empieza a descojonar en cuanto Samu se separa de él.

—Nano, estás fatal —le dice entre risas.

—Maaaaaaaaaarc, no me olvido de ti, que lo estás deseando… —Samu se aproxima a él.

—Ni de coña, nano, a mí ni te acerques.

Estrella parece que se va a ahogar de la risa, y los demás no nos quedamos atrás. Samu le pasa a Marc el brazo sano por encima de los hombros y acerca su cara a la de él.

—Venga, tonto, si lo estás deseando, dame un besito…

—Joder, que me sueltes, déjame en paz —se queja Marc mientras se retuerce intentando separarse de él.

—Va, es nuestra última oportunidad —añade Samu muerto de risa—. A partir de mañana seremos hermanos…

—Suéltame, nano —insiste Marc retorciéndose.

—Dame un besito y te dejo en paz…

—Joder, qué cansino eres —gruñe Marc y deja de retorcerse.

Coge a Samu de la nuca y le da un morreo que nos deja a todos sin palabras. En cuanto se separan estallamos todos en una carcajada. Todos menos Marta, que tiene una cara de asco que no puede disimular.

—¿Contento, gilipollas? —pregunta Marc muerto de risa.

—Sí, tío, ha sido una experiencia sobrenatural… He visto el Nirvana.

—Qué capullo estás —se ríe Marc negando con la cabeza.

—¿Quién me falta? —pregunta Samu girándose hacia mí—. Hostia, tú no.

—No, a mí no —confirmo muerta de risa.

—No te quiero menos que a ellos, te lo juro, tía… Pero, si te beso a ti, los hermanos Sapena me cortan las bolas.

Marc y Estrella empiezan a reírse y veo con el rabillo del ojo que Claudia huye de la zona, supongo que intentando evitar esta misma situación.

Todos seguimos riéndonos durante un buen rato. El resto de gente (Bruno, Jaime, Tato, Emma, Carlos y las amigas de Estrella) nos miran flipando bastante.

Bailamos unas cuantas canciones más todos juntos entre risas y saltos.

Marc se acerca a mí y me separa un poco del grupo.

—Me voy para la habitación, tengo yo la llave. Te espero allí —me susurra.

—Pues nos vamos los dos —contesto.

—No, prefiero que no nos vean salir juntos. Quédate un rato, que te lo estás pasando bien. Aprovecho que Marta está en el baño y me voy ya para que no me siga. Te espero en tu habitación, ven cuando quieras, no hay prisa —sonríe.

—Vale, en un rato voy.

Volvemos con los demás.

—Tíos, me voy a sobar, que me ha dado el bajón —informa Marc—. Nos vemos mañana.

—Vale, au, nano —le contestan unos cuantos.

Seguimos bailando varias canciones y Marta por fin sale del baño.

—¿Y Marc? —pregunta al llegar hasta nosotros.

—Sobando —contesta Chus—. Le ha dado el bajón. Debe de estar ya en fase *rem*, se ha ido hace un rato.

Ella pone mala cara, pero al momento se recompone y sonríe.

—Bueno, pues creo que me voy a retirar yo también, que es tarde —dice.

—Vale, hasta mañana —contesta Estrella.

—¡Hasta mañana! —repetimos todos.

—Buenas noches, chicos.

Sale del salón y todos los demás nos quedamos bailando.

Piero me abandona para bailar con Loui y yo bailo un rato con Claudia, como en los viejos tiempos. Cuando estamos agotadas ya de tanto baile y tanta risa, nos sentamos un rato.

—Cuidadito con la rubia —me advierte—, que esa se ha ido detrás de Marc. Ha ido directa a buscarlo a su habitación, me juego lo que quieras.

—Ya, pero lo que ella no sabe es que él está en la mía —digo con una sonrisa maligna.

—Que se joda —Clau suelta una carcajada.

—Tampoco tiene culpa de nada, pobre… En realidad, me siento un poco mal por ella… Pero a la vez me pongo un poco celosa de pensar que ha estado más de un año con él…

—No pegan nada, no sé qué coño hacía Marc con ella…

—Ya, bueno, prefiero no pensarlo, que me pongo mala —me río.

—Ay, mira, el hermano de Marc ha ligado, podría haber ido yo a por él, necesito un poco de alegría para el cuerpo —se ríe ella también.

Miro hacia donde están nuestros hermanos y veo a Jaime besándose con una de las amigas de Estrella, creo que es la que me tumbó a chupitos en la despedida.

—El que está hablando con tu hermano es el chico ese que curraba contigo en el bar, ¿no? ¿Cómo se llamaba? Es mono, ¿sabes si está con alguien?

—Sí, Tato, pues no sé, creo que no está con nadie… ¿Te mola?

—Es bastante mono, ¿no?

—Sí, a mí me gustaba mucho, pero es muuuuuuuuy parado, vas a tener que ir muy a saco… Yo tuve que dormir casi una semana entera con él antes de conseguir un beso —le cuento bajando la voz para que no me oiga nadie más que ella.

—¿Te lo tiraste? Entonces paso, no quiero tus sobras… —se ríe.

—No, no, solo fue un beso, y hace como cinco años… Eso está olvidadísimo por parte de los dos.

—Pues entonces igual me lo pienso.

—No te lo pienses mucho, que ya te digo que él es de ir muy despacio.

—Tampoco quiero casarme con él, solo un poco de meneo… Los paraditos son luego los más moviditos. —Me guiña un ojo.

—Qué golfa te has vuelto estos años —me río.

—Tengo que recuperar el tiempo perdido —se ríe ella también—. Voy a tantear, deséame suerte.

—Suerte. Yo me voy ya para la habitación, que también quiero triunfar…

—Tú tienes el triunfo asegurado —dice mientras se levanta—. Mañana me cuentas.

—Y tú a mí —me río mientras la miro ir hacia ellos.

TREINTA

UN BAÑO RELAJANTE

Avanzar por el pasillo con Piero borracho es casi como ir con Gina y Marc. Va colgado del cuello de Loui dándole besos y nos obliga a ir a su velocidad. Samu, Estrella, Chus y Vero se han quedado un rato más. La resaca de los novios mañana va a ser tremenda.

La habitación de Piero y Loui es la que hay enfrente de la mía.

—Bueno, chicos, hasta mañana —me despido mientras doy un par de golpes en la puerta. Se esperan como caballeros hasta que Marc me abre.

La habitación está en penumbra, solo hay encendida una lamparita auxiliar que está cubierta por lo que intuyo que es el fular que me tengo que poner mañana. Marc solo lleva una toalla enrollada en la cintura.

—Así, sí —suelta Loui—. Ese es el rollo, tío.

—*Bella*, qué suerte tienes, te han preparado una noche especial —añade Piero tras un silbido. Todavía va colgando del cuello de Loui.

—Envidiosos. —Marc sonríe mientras tira de mí hacia dentro de la habitación y cierra la puerta.

Se coloca a mi espalda y me baja la cremallera del vestido.

—He preparado el baño —susurra—. Pero desnúdate aquí, que se me ha ido la mano con las velas y mejor que no haya tejidos inflamables dentro —se ríe.

—¿Velas? ¿En serio? —pregunto flipando un poco.

—Sí, es romántico, ¿no?

—Supongo —me río—. No hemos hecho nunca algo así, no nos pega mucho.

—Bueno, hasta ahora tampoco hemos hecho las cosas muy bien, habrá que probar cosas nuevas —murmura y me da un beso en el cuello.

Termino de desnudarme y él se quita la toalla y la deja en una butaca en la que hay un par más. Al asomarme al baño no me creo lo que veo.

—Vaya tela, sí que se te ha ido la mano con las velas —me río.

Hay velas por todo el suelo y también sobre los muebles del baño.

—Lo sé —se ríe también—. Me he puesto romántico y me he venido arriba. Vamos al agua.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Nos metimos en el *jacuzzi* los dos a la vez. La temperatura era perfecta, y la intensidad de los chorros de agua era agradable y relajante. Me sentí orgulloso, estaba muy bien para ser la primera vez que preparaba un baño en una bañera de hidromasaje.

—¿Qué es esto? —preguntó Greta señalando el bote de cristal con bolitas de colores que había dejado en la repisa del *jacuzzi*.

—Espuma de baño —le expliqué.

—Oh, qué guay, me encanta. —Cogió y manoseó una de las bolitas, eran poco más grandes que canicas.

Aunque era un *jacuzzi* para dos, nuestras piernas se rozaban. Me gustaba mucho la sensación.

—¿Sabes? Cuando Marta ha salido del baño y ha visto que no estabas, se ha ido enseguida. Estoy segura de que ha ido a buscarte a tu habitación…

—¿De verdad te parece que me apetece hablar de Marta? —pregunté con una sonrisa.

—No sé. —Me miró fijamente y sonrió ella también. Qué guapa estaba a la luz de las velas —. Hay muchas cosas que no nos hemos contado de estos cuatro años, en algún momento nos tendremos que ir poniendo al día… Así que, no veo por qué no empezar por Marta. —Justo al decir «Marta», dejó caer al agua la bolita que tenía en la mano. Inmediatamente el agua se llenó de espuma.

—Vale —contesté y cogí otra bolita—, si vamos a remover estos cuatro años, igual deberíamos incluir a Francesco. —Repetí su gesto de dejar caer la bolita en el agua al decir el nombre. La espuma aumentó considerablemente, ya casi no se veía el agua.

Ella soltó una carcajada.

—¿En serio? ¿Esas tenemos? —Cogió otra bolita—. Pues entonces igual deberíamos incluir también a Adela. —La dejó caer. Definitivamente ya no se veía el agua.

—¿Cómo sabes lo de Adela? —me reí—. ¿Loui?

—Tato. —Negó con la cabeza—. No sabía que habías tenido que recurrir a antiguos errores.

—Si vas a remover antiguos errores… —me reí cogiendo otra bolita—, seguramente te falta el dato de «Leire». —La dejé caer al agua.

Abrió mucho los ojos. La espuma subió de volumen, apenas le veía la cabeza.

—Bueno —cogió otra más—, sería más o menos cuando yo estuve con Tiziano. —La dejó caer mientras pronunciaba el nombre en perfecto italiano.

Respiré hondo y sonreí. La espuma estaba alcanzando ya un nivel considerable, esto se nos estaba yendo de madre.

—Olga. —Tiré otra bolita al agua.

—¿Quién es Olga? —preguntó.

—La amiga acosadora de Estrella.

Abrió mucho los ojos y resopló. Me reí. Parecía que no le había hecho ni puta gracia, pero al momento sonrió.

La espuma estaba rebosando el *jacuzzi* y empezaba a caer al suelo, se apagaron un par de velas. Ella cogió otra bolita y me miró fijamente con una sonrisa diabólica.

—Piero. —La dejó caer.

Se me paró el corazón. Me empezó a faltar el aire. No, era una broma, Piero no, no podía ser verdad. La espuma seguía subiendo y yo empezaba a tener demasiado calor.

—No es verdad —dije con un sonido extraño parecido a mi voz.

Ella se rio y asintió con la cabeza.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —pregunté con un gallo.

La espuma seguía cayendo al suelo y apagando velas.

—Muy en serio —contestó con una sonrisa.

Quería gritar, quería ir a buscar a Piero, quería hacer muchas cosas que no iban a acabar bien. En lugar de eso, hice lo que me pareció una venganza inofensiva.

—Todas las tías que me ligué con Samu. —Vacié en el agua todas las bolitas que quedaban en el bote.

La espuma empezó a salir de la bañera de manera descontrolada. Nos cubría a nosotros por completo y empezaba a apagar también las velas que estaban en alto.

—¿Estás loco? —gritó Greta muerta de risa—. Nos vamos a ahogar en espuma a oscuras.

Las velas seguían apagándose y noté que Greta salió de la bañera. Oí el inconfundible sonido de un cuerpo cayendo sobre el mármol.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —pregunté asustado.

—Joder, qué hostia, qué daño —se rio—. Esto resbala mucho, no intentes ponerte de pie.

Salí de la bañera yo también y resbalé igual que ella. Me hice daño en la caída, pero lo ignoré y fui reptando, trataba de alcanzarla. No se veía nada, ya casi no quedaban velas encendidas. La espuma llenaba la habitación por completo y seguía creciendo.

—¡Espera! —grité intentando llegar hasta ella.

La oía reírse y seguir avanzando. Alcancé su pierna, pero se me resbaló con el agua y el jabón. No paraba de reírse. Conseguí salir del baño. Ella estaba tumbada boca arriba sobre la moqueta y seguía riéndose.

—Cierra la puerta del baño —pidió entre risas—. Que nos ataca nuestro pasado.

Cerré la puerta sin levantarme y me tumbé sobre ella, cogiéndola de las muñecas.

—Dime que no es verdad lo de Piero —le dije muy serio.

—Podría decírtelo, pero estaría mintiendo. —No paraba de reírse.

Respiré hondo.

—¿Estabais borrachos?

—No —se rio.

—Joder, ¿fue solo cosa de una noche?

—No —se volvió a reír.

—¿Cuántas veces?

—Yo qué sé, no las conté —sonrió.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No sé, un par de meses o por ahí.

Las palabras de Loui resonaban en mi cabeza: «Déjate de mierdas», «No seas celoso»… Pero ¿él lo sabía? Igual, si supiera eso, no diría lo mismo.

—¿Loui lo sabe?

—No sé, creo que no —volvió a reírse.

Respiré hondo y cerré los ojos. Me venían a la cabeza imágenes de ellos dos y yo intentaba alejarlas de mí.

—Joder, joder, ¿por qué no me lo habías contado?

—No sé, no me pareció importante… Tú tampoco me habías contado lo de Leire o lo de Olga —respondió con gesto de indiferencia, pero aguantando la risa.

—¡Pero es que quieres que nos vayamos a vivir con él! ¿De verdad no ves la diferencia?

—Ah, vale —puso cara de tonta—, ya sé lo que pasa… Tú estás pensando en Piero Mancini y yo te hablo de Piero Ferrara… Es un nombre muy común en Italia —añadió muerta de risa.

Se me relajaron todos los músculos de golpe. Sentí un enorme alivio y paz interior. Solté sus muñecas y me dejé caer sobre ella.

—Joder, qué cabrona eres —me reí por fin yo también—. Qué susto me has dado, te gusta llevarme al límite…

—No he podido evitarlo —se rio y me besó la cabeza—. Joder, qué asco, tienes el pelo lleno de espuma.

Me abrazó y yo me relajé entre sus brazos. Nos quedamos así un rato.

—¿No se te hacía raro que se llamara Piero también? Estando ahí en el tema y decir el nombre de Piero… No sé, a mí me hubiera dado yuyu.

—Bueno, nunca le llamé Piero estando «en el tema» —se rio—. De hecho, una de las veces le llamé Marc.

—Hostia, me lo contó Piero, nuestro Piero, claro. ¿Fue a ese? ¿Cómo fue? ¿Se mosqueó porque le llamaras con el nombre de otro tío? —sonreí. Me hacía ilusión que le hubiera pasado eso.

—No se mosqueó porque fui rápida de reflejos y le dije que era un apelativo cariñoso español, que era muy común en España que las parejas se llamaran «Marc» entre ellas —soltó una carcajada.

Me dio un ataque de risa a mí también.

—¿Se lo tragó?

—Claro que se lo tragó —se rio—. De hecho, a los meses de dejarlo, estuvo con una italiana y le oí más de una vez llamarla Marc.

Los dos empezamos a reírnos sin poder parar.

—Pobre hombre, cómo te pasas.

—Nah, era un *hippie* que iba de flor en flor… Se lo tenía merecido. Lo gracioso será como se vuelva a liar con otra española y la llame Marc.

Los dos nos estuvimos riendo hasta que ya no podíamos más.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos levantamos? —preguntó.

—No tan deprisa, que no has acabado de pagar tu penitencia. —La besé.

Se oyeron unos golpes en la puerta.

—No abras —susurré.

—Podría ser mi madre por algo de la niña, o Piero o Loui que necesitan algo…

—Vale, contesta.

—¡¿Qué pasa?! —preguntó a un volumen alto para que la oyeran a través de la puerta.

—Greta, soy Marta, ¿puedo hablar un momentito contigo?

✶ ◦••◦••◦••◦❍◦••◦••◦••◦ ✶

—Joder —susurra Marc todavía encima de mí—, ¿qué coño quiere? No le abras.

—Tengo que abrir, ya he contestado —susurro yo también—. Escóndete.

—¿Y si no me escondo? —pregunta con una sonrisa al mismo volumen—. Lo mismo así nos deja en paz…

—O se lo larga todo a tu padre antes de tiempo…

Resopla y se pone de pie. Coge una de las toallas que hay sobre la butaca y me lanza a mí otra.

—¡Voy! ¡Un momento! —grito para que me oiga Marta al otro lado de la puerta.

Me envuelvo en la toalla. Estoy pringosa y aún tengo restos de espuma. Miro a Marc y está igual que yo. Se enrolla la toalla en la cintura y se queda junto a la puerta, apoyado en la pared.

—¿Ahí te vas a quedar? —pregunto en un susurro—. ¿Esa es tu idea de esconderte?

—Al baño no puedo entrar —contesta igual de bajito—, y no pienso meterme en un armario o debajo de la cama. Cuando abras la puerta, no me verá. No la dejes entrar y listo.

Respiro hondo y abro. Marta me mira de arriba abajo con cara de asco.

—¿Así abres la puerta? —pregunta con gesto desagradable. Parece que la amabilidad de la que ha hecho gala toda la noche ha desaparecido.

—Cuando me sacan del baño, sí. ¿Qué quieres, Marta?

—¿Puedo pasar?

—No.

—Quiero hablar contigo y no es una conversación para tener en el pasillo de un hotel.

—Entonces hablamos mañana —digo con un ademán de ir a cerrar la puerta.

—¿Quién es el padre de tu hija? —pregunta deteniendo la puerta con la mano.

—¿Así empiezas tú las conversaciones? —pregunto confusa.

—Dímelo y acabemos con esto.

—Pero, vamos a ver —le digo en tono condescendiente—, si no se lo he dicho aún a mi familia… ¿Por qué piensas que te lo voy a decir a ti?

—Porque yo sé quién es. No necesito que me lo digas, solo que me lo confirmes.

—Ni te voy a decir ni te voy a confirmar nada, Marta. No es asunto tuyo y punto —respondo con voz calmada.

—Supongo que la lista de candidatos era larga, has tenido suerte de que se parezca a él…

—No voy a entrar en tu juego, Marta, mejor déjalo estar.

—Imagino que sería una noche de borrachera de esas vuestras, no creo que hubiera nada más… Nunca me habló de ti… Hablamos varias veces de nuestras relaciones anteriores y él nunca te nombró. Para él no fue nada, no fuiste nada —suelta en tono arrogante.

—Oye, ¿qué tal si te vas a tu habitación y tienes este monólogo frente al espejo? Yo quiero dormir.

Giro la cara como si mirara al infinito y miro a Marc. Está apoyado en la pared mirando al suelo. Levanta la cabeza y me guiña un ojo mientras me sonríe.

—¿Qué es lo que quieres, Greta?

—¿Yo? ¿Qué coño quieres tú? Que eres la que ha venido a buscarme…

—Quiero que te vuelvas a ir por donde viniste —añade escupiendo las palabras.

—¿Perdona? —me río.

—He invertido casi dos años en esta relación. No pienso tirarlo todo a la basura por una golfa que aparece de la nada…

—¿Invertido? ¡Qué romántico! Y, hasta donde yo sé, tú ya no tienes ninguna relación. —Niego con la cabeza.

—Eso es una tontería, es algo temporal. Se dará cuenta de lo que ha hecho y volverá arrastrándose… Siempre lo hacen —replica con indiferencia.

—Si estás tan segura de eso, ¿por qué quieres que me vaya? ¿Qué más te da?

—Porque no pienso cargar con la hija de otra —dice con tono amenazante y se acerca demasiado a mí.

Le hago un gesto con la mano para que se vuelva a alejar, no me gusta tenerla tan cerca. Ella da un paso atrás.

—¿Cuál es tu precio? —pregunta muy seria.

—¿Cómo dices? —me río.

—¿Cuánto quieres para largarte? Mi familia tiene dinero, ya he hablado con mi padre… ¿Cuál es tu precio? ¿Cinco mil? ¿Diez mil euros?

Miro de reojo a Marc. Él niega con la cabeza y me indica con un gesto de la mano que suba el precio. Hago un esfuerzo enorme para no reírme.

—Un millón —contesto todo lo seria que puedo.

Marc asiente y levanta el pulgar.

—Te estoy hablando en serio —gruñe Marta.

—Yo también —respondo muy convincente.

—Sabes que eso no es razonable.

—¿No? No sé, lo has propuesto tú.

—Dime una cifra razonable, Greta —insiste en tono rabioso.

—Un millón, te lo digo totalmente en serio.

—Las dos sabemos que Marc no vale tanto…

Lo miro de reojo y él pone cara de ofendido llevándose una mano al pecho. Aprieto los labios.

—Bueno, parece que no vamos a llegar a un acuerdo, Marta, lo siento. —Intento de nuevo cerrar la puerta.

—No te atrevas a cerrarme la puerta en las narices, zorra. —Vuelve a detenerla con la mano.

—¿Zorra? —pregunto con un pestañeo.

—Sí, eso es lo que eres, una zorra barata que ha venido a intentar joderle la vida. Pues escúchame bien: no voy a renunciar al hijo de Gerardo Sapena tan fácilmente…

—¡¿El hijo de Gerardo Sapena?! —ruge Marc abriendo la puerta del todo y poniéndose frente a ella.

Marta se queda blanca y nos mira alternativamente con ojos desorbitados. Se recompone rápido y empieza a respirar fuerte por la nariz.

—No voy a fingir que esto no me ha dolido —le dice a él—, pero no hagamos un drama. Estoy dispuesta a perdonarte. Vamos a tu habitación a hablar tranquilamente. Ya te has desahogado, ya podemos centrarnos en nosotros. Puedo fingir que no ha pasado nada.

—¡No tengo nada que hablar contigo! —grita Marc—. Gerardo Sapena tiene otro hijo, prueba suerte con Jaime —añade mirándola de una manera que espero que no me mire nunca a mí.

Piero y Loui salen de la habitación de enfrente, intuyo que al oír los gritos. Van también cubiertos solo con toallas. Marta nos mira alternativamente a los cuatro con cara de asco.

—Sois una pandilla de depravados —dice con desprecio.

—Pues déjanos en paz de una puta vez —gruñe Marc levantando una mano—. No sé a qué has venido ni por qué sigues aquí todavía. Olvídame. No quiero volver a verte.

—Te estás equivocando mucho —amenaza Marta—. Te vas a arrepentir de quedarte con «esta» cuando te vuelva a dejar tirado…

—Asumo el riesgo —replica Marc escupiendo las palabras.

—No te das cuenta de que yo te quiero de verdad, no como ella —Marta me señala con asco.

—¿Quererme de verdad es pedirle a Greta que se vaya y que me aleje de mi hija? —pregunta Marc con los dientes apretados—. Eres mala, Marta. ¡Lárgate de una puta vez y desaparece de mi vista para siempre! —añade señalando el pasillo.

Ella no dice nada más. Da media vuelta y comienza a caminar por el pasillo con la cabeza

muy alta. Los cuatro la seguimos con la mirada hasta que se mete en su habitación, que es justo la de enfrente de la de Marc, esa que él ni ha pisado todavía.

—Qué movida —murmura Loui tras verla desaparecer—. ¿Y vosotros por qué dais tanto asco?

—Hemos tenido un incidente en el *jacuzzi* —explica Marc con una sonrisa—, ¿podemos usar vuestra ducha? Nuestro baño está inutilizado por nuestros errores del pasado.

Marc y yo nos reímos y ellos nos miran sin entender nada.

—Claro, pasad —asiente Piero.

Les contamos muertos de risa lo que ha pasado en el *jacuzzi* y la parte de la conversación con Marta que se han perdido.

—Pero ¿no sabéis que no se debe echar espuma en un *jacuzzi*? —pregunta Loui descojonándose.

—No, nano, yo qué sé, es la primera vez que me meto en uno… ¿Para qué coño ponen entonces las bolitas de espuma? ¿Para confundir?

—Para la otra bañera —se ríe Loui.

—Culpa de ellos —se defiende Marc—, que lo pongan en el bote.

—Lo pone. —Piero saca un bote igual de su baño.

Nos lo enseña y detrás hay una etiqueta en la que pone claramente que no se use en bañeras de hidromasaje.

—Bueno, mañana le damos una buena propina a la que limpie la habitación, que no se merece lo que se va a encontrar —propone Marc y los cuatro nos reímos.

Nos damos una ducha y nos quitamos todo resto de espuma o jabón y nos despedimos de ellos.

Volvemos a la habitación y nos dejamos caer en la cama.

—Qué locura de noche —suspiro.

—Sí —se ríe Marc—, no era lo que yo había planeado.

—No había manera de planear una cosa así —me río yo también.

—Lo bueno es que nos hemos librado de Marta para siempre —dice con cara de satisfacción.

No le contesto. Yo no estoy tan segura de eso. No me fío un pelo.

TREINTA Y UNO

UNA BOMBA DE RELOJERÍA

—Greta, cariño, buenos días —me despertó la voz de Maite con unos golpes en la puerta—. Te traigo a Gina, que tengo hora en la peluquería.

—Nena, tu madre y tu hija —susurré agitando un poco a Greta, que estaba muy dormida.

—Mierda —murmuró abriendo los ojos—. Escóndete.

—¿Dónde? —me reí.

Un par de golpes más fuertes en la puerta.

—Greta, despierta, que es tarde.

Salió de la cama y se puso un albornoz. Cogió el edredón y me cubrió completamente con él. Yo me reí.

—Encógete, no saques un pie ni nada —susurró—. Será un momento.

Obedecí y me quedé muy quieto. Noté que me tiraba algo encima, pero no pesaba mucho, supuse que eran los almohadones.

Oí el ruido de la puerta al abrirse.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, cariño. Te dejo a la niña, luego si quieres me la llevo otro rato, pero tengo hora en la peluquería y voy a llegar tarde.

—No te preocupes, gracias por traerla. Que te pongan bien guapa.

—Luego os veo. Adiós, Gina, ¿le das un besito a la yaya?

—*Ciao*, yaya —dijo Gina.

Oí la puerta cerrarse y algo que caía en la cama, justo a mi lado.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Gina mientras notaba pequeños golpes en mi brazo, por encima del edredón.

Me quedé muy quieto. No quería cagarla. No sabía si Greta quería hacer una maniobra de distracción para que la niña no me viera en su cama.

—Ya puedes salir —se rio Greta.

Asomé la cabeza y los hombros por debajo del edredón. Gina estaba justo a mi lado.

—Buenos días, Gina —susurré.

—¿Has dormido con mamá?

Miré a Greta con cara de interrogante y ella se rio y encogió los hombros.

—Sí —le confirmé a Gina.

—¿Estás desnudo?

—Me temo que sí —me reí.

—¿Ya sois novios? —me preguntó bajito.

Volví a mirar a Greta, que estaba de pie junto a la cama aguantando la risa.

—¿Y si se lo contamos ya? —me preguntó.

—¿Ahora? ¿Antes de la boda? ¿No habíamos dicho que mañana? —pregunté tan sorprendido como inseguro.

—¿El qué? —preguntó Gina.

—Mañana a los demás, pero a ella querías decírselo antes —aclaró Greta—. Yo creo que puede guardarnos el secreto un día.

—Va a ser como ir a la boda con una bomba de relojería —me reí.

—Más emoción —se rio Greta también.

—¿De qué habláis? —preguntó Gina.

—Gina, cariño, si te contamos un secreto supergordo, ¿crees que podrías guardárnoslo hasta mañana y no contárselo a nadie de nadie?

—Claro, mami —aseguró antes de hacer el gesto de cerrarse la boca con una cremallera—. ¿Qué es?

Greta me miró con una sonrisa y yo empecé a ponerme nervioso. No estaba preparado para esto, seguía teniendo miedo de que Gina se decepcionara.

—¿Ahora? ¿Seguro?

—Sí, ahora. —Greta encogió los hombros—. Gina, es muy muy importante que no le cuentes a nadie lo que te vamos a contar. A los demás se lo contaremos mañana, queremos que sea una sorpresa. Si cuentas algo, nos estropearás la sorpresa.

—Vale, mami, ¡me encantan las sorpresas!

—Bueno, pues, a ver cómo te lo digo… —empezó Greta.

—¡Espera! —la interrumpí—. Pásame algo de ropa de mi maleta.

—¿Y eso? ¿Ahora? —preguntó Greta sorprendida por mi petición.

—Es una conversación que voy a recordar toda mi vida, no quiero estar en bolas y escondido dentro de la cama.

—Vale, bien visto —se rio Greta yendo hacia mi maleta.

Me lanzó algo de ropa y me vestí rápidamente. Me senté en la cama con ellas.

—¿Me lo vais a contar o qué? —se quejó Gina.

—Sí, a ver cómo te lo cuento —se rio Greta—. ¿Te acuerdas de todo lo que te conté de tu papá?

—Sí, mami, pero ya no te pregunto más, no te pongas triste. —Gina abrazó a su madre.

—No, ya no me pongo triste —volvió a reírse Greta—. ¿Qué te conté?

—Que es muy listo, muy guapo y que vive en España…

—Eso es —asintió Greta—. Y también que es un artista que pinta muy bien, y que tiene los ojos y el pelo del mismo color que tú —añadió poniéndonos una mano en la cabeza a cada uno y revolviéndonos un poco el pelo.

—Sí —confirmó Gina—. ¿Qué más?

—No te hace falta más —se rio Greta—. Con esas pistas ya puedes adivinar quién es —añadió señalándome con la cabeza.

Gina se quedó un momento callada, como procesando la información. Me miraba muy seria y yo empecé a ponerme nervioso. De repente abrió mucho los ojos y la boca.

—¡¿Eres tú mi papá?! —preguntó muy sorprendida.

—Sí —contesté acojonado. Greta intentaba aguantar la risa.

—¡¿El de verdad?!

Asentí con la cabeza.

—Mami, ¿podemos volver a Sicilia? —preguntó girándose hacia su madre. Ese había sido su

primer pensamiento al enterarse, volver a donde yo no estaba.

—¿Para qué? —preguntó Greta.

—Para decirle a Donatella que ya tengo papá, y que es más alto y más guapo que el suyo —contestó con una sonrisa de triunfo.

—Pasa de Donatella —se rio Greta—. Mejor nos quedamos aquí con Marc, ¿no?

—Que venga también, para que Donatella vea que no es una mentira…

Greta y yo nos reímos.

—Bueno, de momento nos quedamos en España… Ya veremos si vamos algún día a Sicilia a callarle la boca a Donatella.

—Vale —aceptó Gina.

—Bueno —siguió Greta—, ¿estás contenta? ¿Te gusta que Marc sea tu papá?

—Pues claro —contestó la niña con un gesto de sobrada muy propio de su madre.

Yo respiré aliviado y me tranquilicé un poco. Gina se puso de pie en la cama y vino a hablarme al oído.

—¿Ahora puedo llamarte *papá* sin jugar? —me preguntó para que no lo oyera Greta.

—Claro —afirmé a volumen normal—. A partir de mañana, que les demos la sorpresa a los demás, me puedes llamar *papá* siempre.

—¿Por qué no damos la sorpresa hoy? —preguntó ella.

—Porque es una sorpresa muy grande y hoy es la boda de Estrella y Samu, no queremos quitarles el protagonismo…

—Vale. —Gina se puso un dedo delante de los labios en señal de silencio—. Un *segreto* hasta mañana. Pero ahora que no hay nadie de la sorpresa sí puedo llamarte *papá*…

—Sí, ahora que estamos solos, sí —confirmé.

—Vale, papá. —Se tiró encima de mí en un abrazo.

Miré a Greta, que se pasaba el dorso de la mano por los ojos.

—Nena, ¿estás llorando? —pregunté sorprendido y sonriente.

—Déjame, imbécil. —Me dio una palmada en el brazo mientras se reía y lloraba a la vez—. No te burles…

Tiré de ella y la abracé también. Las abracé muy fuerte a las dos. Me sentí completamente feliz por un instante.

—Mami —soltó Gina rompiendo el momento—, no llames imbécil a mi papá.

Greta y yo nos reímos.

—Tienes razón, cariño —dijo Greta todavía riéndose—. No lo haré más.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Se abre la puerta de la habitación. Una chica de uniforme con un carrito de limpieza se queda parada en la puerta.

—Perdón —dice—, no sabía que había alguien. No está el cartel de «no molestar».

—Fallo nuestro —asiente Marc—, pasa. Mira a ver si está Loui en su habitación —me dice a mí—, si no, vamos a la mía.

Gina y yo tocamos la puerta de enfrente mientras Marc se disculpa con la de la limpieza y le

explica lo que se va a encontrar en el baño. Le da un billete que ella agradece con una sonrisa. Piero abre la puerta y Gina suelta un grito emocionada.

—¡Piero!

Él se ríe y la coge en brazos.

Marc y yo entramos en la habitación. Piero, todavía con Gina en brazos, cierra la puerta. Loui está sentado en una de las butacas toqueteando una cámara de fotos. Gina le dice algo a Piero al oído.

—¡¿Se lo habéis contado ya?! —nos pregunta Piero flipadísimo.

—¿Ya lo sabías? —le pregunta Gina.

—¿Así guardas un secreto? —le pregunto a ella.

Marc se pasa una mano por la cara.

—Chivato —le dice Gina a Piero.

—Gina, es importante que no lo cuentes —insisto.

—Solo a Piero, mami, no se lo cuento a nadie más, lo prometo.

—Vamos a tener que hacerle marcaje entre los cuatro —advierte Marc—. No podemos dejarla sola con nadie.

—Claro —asiente Loui—, sin problema… Aunque vaya ocurrencia habéis tenido… Justo hoy… Vamos a pedir algo al servicio de habitaciones y comemos aquí. Cuanto menos tiempo pasemos en las zonas comunes, mejor.

Piero deja a Gina en el suelo y ella viene hasta mí. Me hace un gesto para que me agache y yo obedezco.

—¿Loui ya lo sabe? —me pregunta en un susurro.

—Sí, Loui lo sabe —confirmo.

—Entonces aquí ya no es un *segreto*…

—No, aquí no.

—Vale —responde ella contenta.

Loui llama al servicio de habitaciones y pide comida para todos. Vuelve a la butaca y sigue trasteando con las cámaras de fotos. Yo me tumbo en la cama, cojo una revista y empiezo a ojearla.

—¿Jugamos a la oca mientras esperamos a que llegue la comida? —le pregunta Piero a Gina.

—¡Sí! —acepta ella emocionada—. Papá, ¿juegas con nosotros?

Se hace un silencio en la habitación.

—¡Qué raro ha sonado eso, nano! —se ríe Loui.

—Ya te digo —contesta Marc riéndose también.

—¿Juegas o no? —insiste Gina.

—Juego, juego —sonríe Marc.

Se sientan los tres en el suelo y empiezan una partida en la oca de viaje que ha traído Piero.

—Greta, ya estoy aquí —oigo la voz de mi madre en el pasillo.

Voy hasta la puerta y abro. Se gira al oír el ruido, estaba llamando a mi habitación, lógicamente.

—Ay, no sabía que estabas ahí. ¿De quién es esa habitación?

—De Loui —aclaro.

—Pues eso, que ya he terminado en la pelu, me puedo llevar a la nena a comer si quieres ir tú más relajada…

—No hace falta, hemos pedido servicio de habitaciones, vamos a comer todos aquí —explico.

—Vale, como quieras —responde un poco decepcionada—. ¡Gina, nos vemos luego! —añade asomándose a la habitación.

—¡Vale, yaya! —contesta mi hija.

—Os veo luego, cariño. Si necesitas que me la lleve mientras te vistes o lo que sea, me llamas…

—No hace falta, mamá. Yo me ocupo, tranquila.

—Bueno, como quieras, os veo luego.

Me da un beso y se marcha.

Poco después llega la comida y los cinco nos sentamos a comer en el suelo, la habitación no tiene nada más que un escritorio.

Terminamos de comer y dejamos las bandejas en el carrito donde las han traído.

—Falta hora y media para la boda —informa Loui—. Deberíamos ir empezando a vestirnos.

—Claro, ahora venimos y bajamos todos juntos —confirma Marc mientras se pone de pie.

Pasamos a mi habitación a vestirnos los tres. Gina está encantada con su vestido blanco de princesa que le ha comprado Estrella y Marc está guapísimo con un traje negro, camisa también negra, y sin corbata.

—¿Y eso? —pregunto—. ¿Todo de negro?

—No sé —encoge los hombros—, me lo eligió Estrella, pero me gusta.

—Estás guapo —sonrío—, pero parece que Estrella nos quería a los dos de funeral —me río y saco mi vestido negro de la funda.

—Igual quiere que vaya todo el mundo de negro para que destaque más la novia de blanco —se ríe él también.

—Puede ser…

Voy al baño, que la chica de la limpieza ha dejado impecable, y me peino y me maquillo un poco. Vuelvo a la habitación y me pongo el vestido. Marc me mira fijamente con una enorme sonrisa en la cara.

—Estás tremendísima —susurra—. Ya puedo besarte delante de la niña, ¿no?

—Supongo que sí —me río.

Me abraza y me besa. Gina viene corriendo hasta nosotros y nos abraza las piernas.

—Eh, y yo ¿qué? —se queja.

Nos reímos y Marc la levanta del suelo. Le damos cada uno un beso en la mejilla y ella sonríe satisfecha.

—Venga, vamos a la habitación de Loui —sugiere Marc—, y esperamos ahí a que sea la hora.

—Seguro que Piero aún no está listo. —Gina pone los ojos en blanco.

Marc y yo nos reímos.

Vamos a la habitación de Loui y, efectivamente, Piero está a medio vestir, buscando arrugas en su camisa y manchas en la corbata, aunque no encuentra nada. Loui está listo ya para salir. Nos sentamos a disfrutar del espectáculo de Piero nervioso muertos de risa.

—Bueno, es la hora —afirma finalmente Loui—. Vamos a casar a Samu.

TREINTA Y DOS

LA BODA

Llegamos al *hall* del hotel y vemos a Chus y Vero hablando con Claudia. Salimos todos al jardín, lo han dejado impresionante. Está todo lleno de flores de color rosa y hay un montón de sillas blancas de madera con más flores y tules delante de un arco de madera lleno de flores también. Hay bastante gente que va ocupando los asientos.

Nos acercamos a Samu, que está con su madre. Lleva un traje negro, camisa blanca y pajarita rosa… y un cabestrillo negro también.

—Tendrías que haberte puesto fijador. Estarías mejor con el pelo hacia atrás —murmura la madre de Samu tocándole el pelo.

—Déjame, mamá, mi pelo es así…

—Tu pelo es igual que el mío, pero eso no quiere decir que no puedas peinarlo…

—Pero si me he peinado, déjalo, no lo toques… A Estrella le gusta así, no voy a ir justo hoy *repeinao*… No quiero que cuando me vea se descojone delante de todos… Hey, tíos, qué guay, ya estáis aquí…

—Me rindo contigo —reniega su madre poniendo los ojos en blanco—. Voy a ver cómo van tus hermanas.

Almudena se marcha y Samu empieza a darnos abrazos a todos. Está muy nervioso.

—¿Pajarita rosa, nano? —pregunta Marc—. ¿Y eso?

—Cosas de tu hermana, tío. Por lo visto, su vestido tiene algo de este color también, aunque no me ha dejado verlo, por esas cosas de las bodas, ya sabes. Le pareció romántico que lleváramos algo de este color, que es el que nos tocó en la boda de Emma, que técnicamente fue nuestra primera cita, aunque ahí no hicimos nada, pero fue la primera vez que quedamos y eso… ¿La habéis visto? ¿Cómo está?

—No la hemos visto —aclaro.

—Pfff… yo estoy de los putos nervios.

—¿Cómo vais por aquí, chicos? ¿Todo bien? Estrella está a punto de bajar… —Reyes aparece de repente y se acerca a nosotros—. ¿El novio preparado?

—¡Esa suegra guapísima! —Samu le pasa el brazo sano por encima de los hombros y le da un beso en la mejilla.

—¿No estás con Estrella? —le pregunto a Reyes sorprendida.

—No —contesta seria—. Me ha echado de la habitación, dice que le pongo muy nerviosa, ¿tú te crees? En fin, que se ha quedado tu madre con ella, ahora bajarán. Ya estaba casi lista cuando me he ido… Gina, cariño, ¿te vienes conmigo? Tienes que ir delante de la novia tirando pétalos de flores, como ensayamos ayer… ¿Te acuerdas?

—¡Sí! ¡Vamos!

Reyes le tiende la mano, pero Marc se adelanta y coge la mano de Gina.

—Voy yo con ella —sugiere Marc—. Así tú te centras en alguna otra cosa de la que tengas que estar pendiente y yo me ocupo de la niña.

—No hace falta, cariño, la nena puede venirse conmigo.

—Claro, lo sé, pero así siento que participo yo también. Es la boda de mi hermana…

—Me parece muy bonito, Marc, venga, venid conmigo…

Todos miramos cómo se alejan.

—¿Qué me he perdido? ¿Desde cuándo quiere Marc participar en la boda? ¿Le habéis golpeado en la cabeza o algo? —pregunta Samu confundido.

—Han tenido la gran idea de contárselo a Gina esta mañana y ahora no pueden dejarla sola —le explica Loui.

—Hostia —Samu suelta una carcajada—, vaya día habéis elegido, ya os vale…

—¡Samuel, cariño, vamos! ¡Que ya viene la novia! —grita su madre y lo coge del brazo.

Todos le deseamos suerte y vamos corriendo a sentarnos en las primeras filas, donde han reservado asientos para la familia y los amigos más cercanos.

Los músicos empiezan a tocar[1] y Samu avanza del brazo de su madre muy sonriente por el pasillo que hay entre las sillas. Cuando llegan hasta el arco, Marc y Gina aparecen por el otro extremo del pasillo. Marc se agacha, le dice algo a Gina al oído y ella asiente y comienza a avanzar sola. Lleva una cesta de la que va tirando un puñado de pétalos de rosa en cada paso. Marc sale corriendo por la parte de fuera de las sillas y se coloca al lado de Samu. Le pasa un brazo por encima de los hombros y le dice algo al oído. Samu se ríe. Cuando Gina llega hasta ellos, Marc la coge en brazos y viene a sentarse en la silla que le he guardado a mi lado.

La música se vuelve más intensa y aparece Estrella guapísima y más sonriente que nunca. En lugar de velo, lleva flores en el pelo. Tal como ha dicho Samu, el vestido tiene adornos del mismo tono rosa que las flores y la pajarita de él. Va del brazo de Gerardo que, lejos de sonreír, tiene su gesto habitual de estar comiendo limón, aunque es posible que un poco más suavizado. Estrella sigue llevando un cabestrillo, aunque del mismo tono blanco que el vestido. No puedo evitar preguntarme de dónde habrán sacado con tan poco tiempo unos cabestrillos tan a juego con la ropa.

La ceremonia es breve pero muy bonita. La jueza que los está casando dice unas palabras sobre el matrimonio y da paso a los novios, que han preparado sus propios votos.

—Estrella —empieza Samu—, ¿qué te puedo decir a estas alturas que no sepas ya?… Desde pequeño, siempre me he sentido muy cómodo en tu casa, como si fuera la mía. Y ahora estoy convencido de que es porque mi casa está donde estés tú. Eres mi pasado, mi presente y mi futuro. Toda la vida he pensado que dar este paso me daría miedo, pero lo cierto es que, contigo, nada da miedo. Ya sabes que soy muy joven y estoy muy perdido, pero tú eres mi única certeza, lo único de lo que estoy totalmente seguro. Tengo clarísimo que mi futuro eres tú y que te quiero a mi lado durante lo que me queda de vida. No se me ocurre una mejor compañera de viaje.

Todos aplaudimos y Samu se inclina para besar a Estrella, pero la jueza lo para antes de que lo haga.

—No tan deprisa, impaciente… Eso no va ahora, deja que hable ella.

Todos, incluidos los novios, nos reímos.

—Samu —sigue Estrella—, mi angelito de rizos dorados… Toda la vida te he visto por mi casa, te he visto crecer y convertirte en el hombre que eres hoy. El paso que dimos hace ahora unos dos años y medio es lo mejor que me ha pasado nunca. Contigo todo encaja, todo tiene sentido… Me haces feliz, me haces más feliz de lo que he sido hasta ahora, y quiero esta

sensación durante el resto de mi vida. Quiero casarme contigo, estoy impaciente por empezar nuestro futuro juntos… Y estoy impaciente también por que esta señora nos deje besarnos.

Todos, incluida la jueza, volvemos a reírnos.

—Samuel, ¿quieres casarte con Estrella?

—Claro que quiero, lo acabo de decir… —La jueza lo mira levantando una ceja—. Perdón: Sí, quiero, sí quiero.

Todos nos reímos otra vez.

—Estrella, ¿quieres casarte con Samuel?

—Sí, sí, quiero, quiero.

—Pues, ahora sí, os declaro marido y mujer; y podéis besaros ya.

Casi antes de que termine la frase empiezan a besarse y todos aplaudimos.

Nos levantamos para ir a felicitar a los novios, que están saludando y dando abrazos a todo el mundo.

—Ay, Greta. —Me abraza Estrella—. ¡Que lo he hecho! Me he casado con «Samuel»… Quién nos lo iba a decir…

—Lo sé —me río—. Me alegro un montón por vosotros…

Miro a Marc, que se acerca a abrazar a Samu.

—Nano, que me he casado con tu hermana… Ahora somos hermanos. —Samu lo abraza.

—Siempre hemos sido más que hermanos, imbécil —responde él abrazándolo fuerte.

Marc y yo nos intercambiamos y le doy un abrazo a Samu.

—Enhorabuena —digo mientras le abrazo también a él—, te llevas a la mejor.

—Greta, Greta —susurra Samu—, menos mal que no quisiste nada conmigo… Eso habría hecho esto imposible.

—No lo había pensado —me río—, pero es cierto… Tenía que pasar así.

Me separo de Samu y veo a Marc abrazar a su hermana.

—Cuida de él —dice cuando la abraza—. Es un crío, ahora es responsabilidad tuya —se ríe.

—Ay, hermanito —se ríe Estrella también—, si tú supieras…

—Pero no quiero saber —sonríe Marc—, que seguro que es alguna guarrada.

Nos separamos de ellos y nos vamos con Gina y el resto de la pandilla hacia el salón donde se celebra la cena.

La sala de esta noche es como seis veces más grande que la de ayer. El espacio que hay a la entrada está totalmente despejado y en él hay un escenario con una banda de música. Al fondo del salón están las mesas, que son muchas más que las de anoche. Vamos hasta allí y localizamos rápidamente la nuestra.

Estamos ubicándonos en la mesa cuando aparece mi madre.

—Me llevo a Gina a la mesa de los niños —me dice.

—No, mamá, prefiero que esta noche cene con nosotros —contesto.

—Pero, hija, estará mejor allí, aquí no tiene su propio sitio.

—Se puede sentar en el sitio de Marta —sugiere Marc—. No va a venir.

—¿Y eso? —pregunta mi madre sorprendida—. Bueno, qué tontería, si lo que no tenía sentido era que viniese ayer… —se responde ella misma—. Bien, como queráis. Luego me la llevo a dormir conmigo, así te quedas de fiesta como ayer.

—Bueno, ya lo vemos —le digo—, que estoy bastante cansada, hoy creo que me acostaré pronto.

—Está bien, cariño, como quieras… Qué mal te viene todo hoy… Voy a ver cómo van tus hermanos.

Se marcha y todos aguantamos la risa.

—Tic, tac, tic, tac, tic, tac… —se descojona Loui.

—Calla, nano, no nos pongas más nerviosos —se ríe Marc.

Nos sentamos a la mesa y vamos viendo entrar a los invitados, que tienen que cruzar la pista de baile para llegar a la zona del comedor. Hay muchísima gente que no conozco, deben de ser familiares de Samu. Aparecen las tropecientas primas de Marc haciendo el escándalo habitual.

—¿No vas a saludar a tus primas? —le pregunto a Marc.

—Pfff… Si las saludo a todas, no ceno hoy —se ríe.

Sigo escudriñando a la gente y veo a lo lejos al abuelo de Marc.

—Oh, voy a saludar al abuelo Max —le digo.

—Claro, voy contigo.

Marc deja a Gina en brazos de Piero. Cruzamos todo el salón y llegamos hasta él.

—¡Greta! ¡Dichosos los ojos! ¡Cuántos años! —exclama al verme—. Ya pensé que no viviría para verte de vuelta… —Le doy un abrazo.

—No seas exagerado, yayo, si estás hecho un chaval —le dice Marc.

—¿No habéis traído a mi bisnieta? ¿Dónde la habéis dejado? Y a mí no me vengáis con el rollo ese del padre desconocido… Vuestros padres se lo habrán tragado, pero yo la he visto antes y esa niña es más Rivas que muchas de tus primas. ¿Hasta cuándo los vais a tener engañados?

Nos quedamos bloqueados y nos cuesta un poco más de la cuenta reaccionar. El abuelo se ríe.

—Shhhh baja la voz —murmura Marc—. Mañana se lo diremos.

—¿Cómo lo has sabido? —le pregunto yo al abuelo.

—¿Nunca has oído la expresión «más sabe el diablo por viejo que por diablo»? Pues no sale de la nada, es así, cuando lleguéis a mi edad, ya veréis a lo que me refiero… Pocas cosas sorprenden ya en la vida a mis años…

—Bueno, yayo, guárdanos el secreto —susurra Marc.

—Claro, hijos, pero venid un día la semana que viene a verme a casa con la cría.

—Hecho.

Nos despedimos de él con un abrazo y volvemos hacia la mesa.

—Creo que he perdido la cuenta de cuánta gente lo sabe ya —dice Marc de camino a la mesa.

—Yo creo que, si esperamos una semana más, ya no nos hace falta ni decirlo —me río.

—No seas cobarde —sonríe—. Mañana sin falta.

Termina de entrar la gente y la orquesta empieza a tocar música de ambiente mientras los camareros van sirviendo la cena.

En nuestra mesa estamos los mismos que anoche, aunque sin Marta, pero con Gina.

—Se echa de menos a Samu —suelta Loui—. Qué pena que tenga que estar en la mesa de los novios…

—Cuando yo me case —sigue Chus—, pasaré de sentarme con mis viejos, me sentaré con vosotros.

—Bueno, eso ya lo veremos —se ríe Vero.

—Me parece a mí que voy a poder decidir poco, chaval, cómo controla esta mujer… —añade Chus con una risita.

—Pero ¿tenéis fecha ya? —pregunta Claudia sorprendida—. ¿También te vas a casar a los

veinticuatro? Qué prisas, chicos…

—No, no, qué va —informa Vero—. Y prisa ninguna, algo hemos hablado, pero como una posibilidad de futuro, nada inminente…

—Ah, vale, ya me habíais asustado… Empezaba a pensar que era la única a la que le parecía una locura casarse tan pronto…

—Bueno, el caso de Samu es diferente —aclara Marc—. Mi hermana cumple veintinueve en un par de meses, para ella es una edad razonable.

—Y Samu los veinticinco un mes después —puntualiza Loui.

—Y que no hay quien los aguante separados, nano —añade Chus—, que se vayan ya a vivir juntos y dejen de hacer el baboso todo el día…

Todos nos reímos. Estamos sentados como anoche, pero Claudia le pide a Piero que le cambie el sitio para sentarse a mi lado.

—Ay, tía, que Samu se ha casado —me susurra.

—Ya, pero lo llevas bien, ¿no? Lo tienes superado.

—Sí, sí, lo tengo superadísimo, pero fueron muchos años, es raro —se ríe—. No puedo evitar que me remueva un poco por dentro… Bueno, ¿tú qué tal anoche? —me pregunta en voz muy baja.

Le cuento al mismo volumen el incidente del *jacuzzi* y la aparición posterior de Marta y ella se empieza a reír.

—Anda que, hay que ser inútiles para echar espuma en un *jacuzzi*… Y ya sabía yo que esa no iba a dejar ahí la cosa… Cuidadito con ella, que estoy segura de que no se ha largado.

—Ya, yo pienso igual, pero Marc está convencido de que sí, no sé, él la conoce más…

—Ni de coña, ya verás como aún aparece…

—Bueno, y ¿tú qué tal anoche? —le susurro con una sonrisa.

—Ay, pues tenías razón, es paradito paradito… Pero tiene morbo ese rollo también…

—Pero ¿pasó algo?

—Hablamos un montón, nada más —suspira—. Luego voy a por él otra vez, a ver si hoy hay más suerte…

—Te lo dije —me río—, pero eso no quiere decir que no le gustes, él es así…

—Ya, ya, esta noche voy a por todas, que es mi última oportunidad… Igual hubiera sido más fácil ir a por tu hermano —se ríe.

—Calla —me río con cara de asco—, que aún estoy asimilando lo de Samu y Estrella, no te líes con Bruno.

—No, no, ahora ya no. Cuando empiezo algo, lo termino —afirma con un movimiento rápido de cejas.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Terminó la cena y la gente fue levantándose de sus asientos para hablar con los de otras mesas. Los niños estaban jugando a hacer carreras en un extremo del salón y Gina quería ir con ellos.

—Voy a llevar a Gina a jugar un rato —le dije a Greta, que estaba de conversación con Claudia—. No le quitaré ojo.

—Vale, perfecto —contestó.

Estuve un rato viendo a la niña jugar y, en algún momento puntual, hasta jugué yo con el resto de los nanos. Se lo estaba pasando muy bien, no le costaba demasiado hacer amigos.

Llevábamos un rato jugando con los niños, cuando levanté la vista y vi a Marta al fondo del salón. Estaba sola, apoyada en una pared y sonreía.

Levanté a Gina del suelo y crucé la sala con grandes zancadas. Cuando pasé por nuestra mesa, dejé a la niña en brazos de Piero y seguí avanzando hasta llegar a ella.

—¿Qué cojones haces aquí? —le pregunté cogiéndola fuerte del brazo.

Me devolvió una sonrisa.

—Estoy invitada, te lo recuerdo…

—No eres bienvenida aquí y lo sabes —gruñí escupiendo las palabras.

—Lo sé, lo sé —sonrió—. Por eso no he venido a la cena, pero no me podía ir sin despedirme… Sobre todo de tu padre, estoy esperando a que acabe de hablar con esa gente. Tengo algo que contarle que le va a interesar mucho.

—No te acerques a mi padre ni a nadie de mi familia. —Le apreté más fuerte el brazo.

—Ay, Marc, Marc… Haberlo pensado antes…

—Buenas noches, amigos —dijo entonces uno de los músicos desde el micrófono del escenario—. Ha llegado el momento de abrir el baile. Normalmente lo harían los novios, pero una lesión reciente les impide bailar la canción que habían elegido para este momento. Piden, por favor, que ocupen su lugar Marc y Greta, Fred & Ginger, que lo harán mucho mejor que ellos. Un aplauso, por favor, mientras se preparan.

La gente empezó a aplaudir y yo maldije mentalmente la ocurrencia en tan mal momento…

Marta me miraba sonriente.

—Mira qué bien, va a ser mucho más creíble lo que le cuente a tu padre mientras estés bailando con ella…

—Marta, no me jodas…

—Nano, sal a bailar. —Samu me dio una palmada en la espalda. Me giré a mirarlo y Marta aprovechó mi distracción para soltarse de mi mano y alejarse.

—No me jodas ahora, tío, que Marta ha venido para contárselo todo a mi padre.

—Joder, qué hija de puta, yo la alcanzo, tú sal a bailar. —Salió a toda velocidad detrás de ella.

—Pues échale un par de huevos y dilo tú antes —me dijo Estrella. No me había dado cuenta de que había venido con Samu.

—¿Qué? —pregunté sin entender lo que Estrella acababa de decir.

—Que lo digas tú antes que Marta, papá se lo tomará mucho peor si se entera por otra persona…

—¡¿Te lo ha contado?!

—¡Se lo conté yo a él! Lo sé desde hace años… Pero no es momento ahora de hablar de eso… Tenéis que salir a bailar… Luego subís al escenario y repetís el brindis de ayer… Y lo sueltas todo, ayer estuviste a punto… Pues hoy lo terminas y que pase lo que tenga que pasar, da igual que sea mi boda…

Se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla. Empezó a sonar la musiquilla que teníamos que bailar y Greta llegó hasta nosotros.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Te lo cuenta Marc mientras bailáis, venga, al lío. —Estrella nos empujó con su único brazo bueno hacia la pista.

Vi con el rabillo del ojo que Samu tenía cogida a Marta.

Greta y yo fuimos hacia la pista y empezamos a bailar. Era la canción que habíamos ensayado con ellos. No estaban tocando los músicos, habían puesto el cedé. Todo el mundo nos miraba prestándonos la máxima atención.

—¿Qué pasa? —preguntó Greta discretamente.

—Estrella lo sabe, dice que lo contemos ya —dije sin vocalizar demasiado—. Ha venido Marta para largárselo todo a mi padre.

—¿Qué dices? —preguntó asustada.

—Sí, dice Estrella que, cuando acabe la canción, subamos a repetir el brindis de ayer y lo soltemos todo.

—Joder, qué marrón —murmuró Greta—. Yo no me acuerdo del brindis de ayer como para repetirlo…

—Ni yo, y menos con esta presión…

—¿Improvisamos? —preguntó.

—Qué buen plan, así hacemos también el ridículo —me reí.

—Pues tú dirás… —susurró Greta en uno de los giros.

La canción seguía su curso y la voz de Robbie Williams cantaba

And then I go and spoil it all

by saying something stupid

like I love you

—Me reí mucho cuando Samu me dijo que habían elegido esta canción. Pensé que lo de «algo estúpido» les pegaba mucho… Pero creo que nos viene igual de bien a nosotros —me reí.

—¿De verdad te parece momento para hablar de la canción? —preguntó entre dientes.

—¿Y si hacemos algo estúpido? —sugerí.

—¿Como qué?

—¿Nos besamos? Lo dejamos igual de claro y nos ahorramos el discurso…

—Joder, ¿aquí? ¿Ahora?

The time is right

Your perfume fills my head.…

—*The time is right*, nena, lo dice la canción —sonreí—. Es el momento correcto.

—La que se va a liar —se rio—, pero si lo dice la canción…

Me incliné hacia ella y la besé. Nos dimos un beso largo y bastante apasionado mientras seguíamos bailando. Se oyeron algunos aplausos, seguramente de la gente que no nos conocía. Oí también algún grito ahogado. Alargamos el beso bastante, temiendo el momento de separarnos. Me llegó el inconfundible silbido de Samu y luego el de Chus. También un *bravissimo* de Piero a un volumen muy alto. Nos separamos cuando notamos que Gina se había abrazado a nuestras piernas, como esa misma tarde. La levanté del suelo y seguimos bailando con ella en brazos.

—¡Reyes! —oí gritar a Maite—. ¡Que tenías razón! ¡Que la niña es de tu Marc!

Greta y yo aguantamos la risa mirándonos fijamente, sin atrevernos a mirar a nadie más. Seguimos dando vueltas mientras terminaba la canción y llegamos a la puerta del salón en uno de los últimos «*I love you*». Nos giramos hacia la gente, nos inclinamos para saludar justo en el umbral y salimos de allí.

Ya en el pasillo, echamos a correr muertos de risa, supongo que era más una risa nerviosa. Greta se detuvo un instante a quitarse los zapatos y seguimos corriendo sin parar. Gina se reía también sin entender nada.

Cuando llegamos a la habitación, Greta se dejó caer en la cama descojonándose y yo dejé a Gina en el suelo. Me apoyé sobre la puerta cerrada intentando recuperar el aliento. Greta y yo nos miramos un momento y volvimos a estallar en una carcajada. Poco a poco fuimos recuperando el aliento y calmando la risa.

—No podemos hacer planes de nada —dijo ella ya solo sonriendo—. Siempre nos sale fatal.

—Bueno, pero ya está hecho.

TREINTA Y TRES

LA FAMILIA

—¿Por qué os reís? —pregunta Gina mirándonos a los dos.

—Porque estamos contentos, cariño —digo aguantando la risa—. Ya hemos contado el secreto, ya no tienes que seguir guardándolo.

—¿Lo he hecho *bene*?

—Lo has hecho fenomenal —se ríe Marc. Ella sonríe satisfecha.

—Puede que haya alguien a quién no le haga ilusión la sorpresa, ¿sabes? —le explico—, pero eso no tiene nada que ver contigo. Incluso si alguien se enfada mucho, no será culpa tuya, ¿lo entiendes?

—¿Quién se va a enfadar? Ya tengo papá, eso es bueno —contesta cargada de razón.

Oímos mucho ruido al fondo del pasillo, golpes y algún grito.

—Creo que están llamando a mi habitación —se ríe Marc.

—Vamos a hacernos los muertos —digo y Gina y yo nos tumbamos en la cama y cerramos los ojos partiéndonos de risa.

—Venga, cobarde —se ríe Marc—. Acabemos con esto.

Abre la puerta de la habitación y sale al pasillo.

—¡Estamos aquí! —grita desde la puerta en dirección al fondo del pasillo.

Marc vuelve a entrar en la habitación y se apoya en la pared a esperarlos. Me levanto de la cama y me quedo de pie con los brazos cruzados.

—¿Eres tú el cabrón que dejó preñada a mi hermana y se desentendió de ella? —grita Bruno entrando en la habitación como una exhalación—. ¡No me lo puedo creer!

—No mola, Marc —dice Jaime mucho más calmado entrando casi a la vez que él.

Me acerco rápidamente y me pongo delante de Marc, intentando calmar a mi hermano, que parece venir con el puño preparado.

—Vale, relax, eso no fue así, Bruno, calma —aseguro en tono conciliador—. Si os calmáis un poco, os explicamos lo que queráis saber.

—¡¿Se puede saber a qué ha venido eso?! —ruge Gerardo entrando en ese momento con Marta detrás. No sé qué coño pinta ella aquí, pero no es lo que más me preocupa ahora.

Gina se esconde detrás de mí. Mi madre, Reyes, Emma y Carlos entran en ese momento.

—Vale, ¿podemos hablar civilizadamente? Los gritos asustan a mi hija —afirmo.

—NUESTRA hija —puntualiza Marc.

—¡No digas tonterías! ¿Tienes pruebas de eso? —pregunta Gerardo con desprecio.

—Esto no es un juicio, papá. No necesito pruebas —responde Marc muy tranquilo.

—Dame una razón para que no te parta la cara —le dice Bruno a Marc muy cabreado.

—Porque no se lo conté —explico—. Se enteró de que me había ido embarazada a la vez que

vosotros.

Se hace un momento de silencio, muy breve, y aparecen los novios. Veo por la puerta abierta que Piero y Loui han venido con ellos y están en el pasillo, en la puerta de su habitación.

—Vamos a ver —le dice mi madre a Marc en tono sereno—, a ver si lo he entendido… ¿Teníais una relación antes de que Greta se fuera y ella se marchó sin decirte nada a ti, y has estado todo este tiempo pensando, como nosotros, que la niña era de Piero…?

—¡Por el amor de Dios! —exclama Emma.

—¿Es eso, Marc? —insiste mi madre.

—Fue culpa mía, Maite, lo siento. —Marc agacha la cabeza y se pasa una mano por los ojos —. Se fue por mi culpa, me porté fatal con ella…

Mi madre se acerca a él y le da un abrazo.

—Teníais que habérnoslo dicho. Esto era una cosa de todos, os habríamos echado una mano.

—No lo sabía, Maite —insiste Marc.

Gina se acerca hasta él y se abraza a su pierna.

—No te pongas triste, papá —Marc le pasa una mano por la cabeza.

—¡Qué aberración! —ruge Gerardo—. ¡No me puedo creer que dejes que la niña te llame *papá* sin haberte hecho una prueba de paternidad! ¡Tu estupidez está llegando a nuevos límites!

—No necesito una prueba de paternidad, papá —asegura Marc tranquilo—. Es mi hija.

—No puedo creer que seas tan necio… Aparece después de cuatro años diciendo que la niña es tuya y ¿te lo crees por las buenas? ¡Lleva toda la vida mangoneándote, hijo! ¡Te ha convertido en un pelele!

—Desde luego —confirma Marta—. Ha vuelto para arruinarle la vida…

—¿Qué coño hace esta aquí? —gruñe Samu cabreado—. Tú, metemierda, lárgate de una puta vez —añade mientras la coge de un brazo y la arrastra fuera de la habitación mientras todos lo miramos sorprendidos—. ¡Vete a tomar por culo ya! Que no vuelva a verte la cara. Este hotel es de mi familia, te lo recuerdo. Puedo hacer que te echen a patadas. Tenemos reservado el derecho de admisión.

Saca el móvil del bolsillo de su chaqueta, marca un número y se lo pone en la oreja.

—¿Quién eres?… ¿Ramírez?… Sí, soy Samuel Andújar. Tenemos un problema en la ciento seis, manda a alguien en una hora y, si no han despejado la habitación, la despejas por la fuerza… Vale, gracias.

Cuelga el teléfono y vuelve a mirar a Marta.

—Tienes una hora. Vuela.

Marta lo mira con cara de susto y desaparece por el pasillo a toda velocidad.

—Perdón por la interrupción —se disculpa Samu al volver a entrar—. Seguid.

—Gracias, nano —dice Marc.

—Te puedo asegurar que ha sido un verdadero placer —contesta Samu con una sonrisa.

Todos los demás de la habitación lo están flipando.

—A mí lo que no me cabe en la cabeza es que tuvierais una relación —interviene Emma.

—¿En serio? —pregunta Estrella—. ¿De verdad a alguien le sorprende eso? Pero si llevan desde que empezaron a andar haciendo vida de casados… Además, con más *feeling* que cualquier pareja que conozca, a mí lo único que me sorprende es que no dieran el paso antes… No me creo que yo fuera la única que lo pensaba…

—Claro que no eras la única, cariño —asegura mi madre—. Álvaro siempre decía: «estos dos acabarán juntos, ya lo veréis, y compartiremos nietos». Todos lo hemos pensado en algún momento.

—Sí, desde pequeños se les veía la intención, todos lo pensábamos —asiente Reyes, que aún no había abierto la boca.

—No digas tonterías tú también —ruge Gerardo muy cabreado—. Esas eran las estupideces de Álvaro. Con su tontería de compartir un nieto en el futuro os comió la cabeza a las dos… Y no veis que eso no trae más que problemas. Ahora Marc va a arruinar su vida por una niña que ni siquiera está claro que sea suya.

—Sí que está claro —gruñe Marc escupiendo las palabras.

Reyes se acerca a Gina y la coge en brazos. Se sienta con ella en una butaca.

—No hagas caso —le dice—. Estamos todos muy contentos. Ahora yo también soy tu yaya y no me puede hacer más ilusión, ¿lo entiendes? Todos te queremos un montón.

—¡No alimentes eso, Reyes, por favor! —brama el padre de Marc.

—No, Gerardo, deja tú de decir barbaridades. Estás siendo irracional y absurdo.

—¡Exijo una prueba de paternidad! —grita rabioso.

—No esperaba menos de ti, Gerardo —aseguro en tono calmado—. Ya contaba con esto.

✶ ◦•◦•◦•◦•◦•◦ ❍ ◦•◦•◦•◦•◦•◦ ✶

Greta fue hasta su maleta y se puso a buscar en ella. Sacó dos botes parecidos a esos que te dan en la farmacia para los análisis de orina y los desprecintó.

—Cariño, escupe aquí —le dijo a Gina poniéndole uno de los botes delante de la boca.

—Con fuerza —explicó Piero desde la puerta—, como cuando jugamos a ver quién escupe más lejos.

—¿Por qué? —preguntó Gina.

—Luego te lo explico, tú hazlo —insistió su madre.

Ella lo hizo y Greta cerró el bote. Vino entonces hacia mí.

—Esto no es necesario —afirmé muy serio sin dejar de mirar a mi padre.

—Lo sé —murmuró Greta—, pero hazlo, no te cuesta nada.

—No tenemos que demostrarle nada —gruñí.

—Pues aunque solo sea por callarle la puta boca —me susurró al oído.

Carraspeé lo más fuerte que pude y solté uno de los *ñapos* más gordos que he soltado nunca, sin dejar de mirar a mi padre. En mi mente, el escupitajo no iba al bote, iba a su cara.

Greta se acercó a él y le dio los botes.

—Ahí lo tienes. No tengo nada que esconder —aseguró muy tranquila.

—Sé que es un farol. No creas que no lo voy a llevar a analizar. —Mi padre la miró con rabia —. No me he tragado tu cuento.

—Gerardo, por favor, estás siendo ridículo —insistió mi madre—. Ni se te ocurra llevar eso a hacer la prueba y pídele disculpas a Greta ahora mismo.

—Ni pensarlo.

—Gerardo, si los chicos están seguros, no somos nadie para dudarlo —añadió Maite—. También creo que les debes una disculpa a los chicos, sobre todo a Greta.

—A lo mejor me debéis todos una disculpa a mí cuando tenga el resultado —dijo con una sonrisa de cretino que me moría por quitarle de un guantazo.

—Gerardo —replicó mamá con voz firme—. O tiras eso a la basura y les pides disculpas a los chicos o no te molestes en volver a casa.

—Y ¿qué te hace pensar que quiero volver a esa casa de locos? —Se giró hacia ella.

—¿Cómo dices? —preguntó mi madre.

—Ya tengo redactado un preacuerdo de divorcio, estaba esperando a que pasara la boda… No aguanto más… ¿De verdad pensabas que tengo tantos casos fuera? ¿Hasta en días festivos? Qué inocente eres, Reyes, igual que tu hijo…

—¿De verdad crees que alguien te echa de menos cuando no estás? —preguntó mi madre con una sonrisa condescendiente.

—Muy bien —aseguró él—. Si se van a poner así las cosas, romperé el acuerdo amistoso e iremos a malas…

—Contigo siempre es a malas, Gerardo, no hay buenas —contestó mi madre con desgana.

—Emma, mañana a primera hora nos ponemos con esto. Vamos a ir a por todas —rugió mi padre.

—No —contestó Emma muy seria—. Conmigo no cuentes. No voy a participar en esto… De hecho, no quiero seguir trabajando para ti. El lunes a primera hora tendrás mi renuncia.

—No queda nadie cuerdo en esta familia —gruñó muy enfadado—. Y ¿qué vas a hacer ahora? Tienes una carrera prometedora, no la tires a la basura por esta estupidez.

—No, Gerardo, no te ayudaré a ir contra Reyes. Ni contra mi hermana o Marc. Creo que no son maneras de hacer las cosas, somos una familia, no participaré en esto. Si eres tú contra todos, serás tú solo.

—Te estás equivocando mucho, Emma. Ese no es el camino si quieres llegar a ser una gran abogada.

—Es mi decisión, Gerardo.

—Estáis todos locos, ya tendréis noticias mías —amenazó mi padre antes de girarse hacia la puerta.

—Ni se te ocurra volver a mi habitación —interrumpió mamá.

—Pues el hotel está completo —intervino Samu.

Cogí la llave de mi habitación, que llevaba sobre el escritorio desde que llegamos, y me acerqué a él. La dejé caer en el bolsillo de su chaqueta.

—Usa mi habitación si quieres —sugerí—. Está sin estrenar. Ni siquiera he entrado a verla.

Resopló fuerte por la nariz y salió de la habitación hecho una furia. Nos quedamos todos un momento callados.

—Reyes, qué peso te acabas de quitar de encima. —Maite rompió el silencio y las dos soltaron una carcajada. Los demás no nos atrevíamos a decir nada.

—Mamá, siento que hayas tenido movida con papá por mi culpa —aseguré con toda sinceridad.

—Calla, hijo, si con tu padre lo raro es no tener movida… Llevo ya varios años pensándolo, Maite lo sabe, pero me daba tanta pereza lo del divorcio y él estaba tan poco por casa últimamente que lo fui dejando pasar… Pero ya está, en una noche he cambiado un marido insoportable por una nieta estupenda, creo que salgo ganando…

—No lo dudes ni un momento —se rio Maite—. A mí me sabe mal por Emma, a ver ahora dónde vas a trabajar, cariño.

—No te preocupes, mamá. Buscaré otro bufete o me montaré el mío propio, o tiraré de turno de oficio… Eso es lo de menos esta noche. Y, vosotros —nos dijo a Greta y a mí—, creo que soy la única a la que esto le ha pillado por sorpresa, pero en realidad tampoco me sorprende tanto,

simplemente creo que es algo en lo que nunca había pensado. Ni se me había ocurrido, pero, pensándolo ahora, no sé, no me parece descabellado tampoco… Desde luego sois tal para cual.

—No eres la única, Emma —murmuró Bruno—. Yo tampoco me lo había planteado nunca, pero claro, yo no quiero pensar que mi hermana pequeña hace según qué tipo de cosas… —se rio —. Sigo con ganas de partirte la cara, chaval —me dijo—, y lo haré como te portes con ella como te has portado con tantas tías…

—Tranquilo por eso —aseguré con una sonrisa torcida.

—Yo no tengo mucho que decir, tío. —Mi hermano me dio una palmada en la espalda—. Me parece un marronazo lo que te acabas de encontrar, y más a tu edad, pero si es lo que quieres… Seré el tío Jaime… ¿Oyes, Gina? Yo soy el tío Jaime.

—Cuántos nombres —dijo Gina llevándose una mano a la frente—. No sé si me los voy a aprender todos…

—Bueno —interrumpió Estrella—, ahora que ya se han calmado las cosas, nosotros nos volvemos a la fiesta, que no mola nada una boda sin novios.

—Sí, vámonos nosotros también —sugirió Jaime—. ¡Enhorabuena, papi! —añadió muerto de risa y me dio un abrazo.

—¿También es tu papá? —preguntó Gina.

Todos nos reímos y mi madre le dijo algo muy bajito que no llegamos a oír.

—Ah, vale —dijo Gina—. ¿Solo es mi papá entonces?

—Sí, solo tuyo —asintió mi madre—. Bueno, eso espero… ¿No, hijo?

Todos volvimos a reírnos.

Se fueron Bruno, Jaime, Emma y Carlos con los novios. Piero y Loui, que habían estado todo el rato en el pasillo, desaparecieron también con ellos. Nos quedamos solo con mi madre y Maite.

—No me cabe en la cabeza que no nos lo dijerais, de verdad, Greta, entre todos te habríamos echado una mano…

—Bueno, ya está, no puedo cambiarlo —se defendió ella agobiada—. Tampoco quiero hablar de esto delante de la niña…

—A esta niña le quedan dos minutos para caer redonda —murmuró mi madre en voz baja mientras la mecía.

Nos quedamos todos mirando cómo se dormía.

—Bueno —empezó Greta cuando Gina estaba ya en el séptimo cielo—, que no quería decir esto delante de ella, pero en principio mi idea era abortar en Italia, aunque luego cambié de opinión. Y entre que las cosas con Marc no estaban bien, que tampoco quería que él tuviera que ponerse a currar o algo… Yo qué sé, lo hice así y ya, no puedo cambiarlo. Ojalá lo hubiera hecho diferente, pero no supe hacerlo mejor.

—Vale, ya está, cariño, no te martirices —la calmó Maite—. Ahora a disfrutar de la niña entre todos.

—Bueno, contadnos un poco cuáles son los planes que tenéis y cómo están las cosas… —pidió mi madre con Gina dormida en sus brazos.

Les contamos un poco por encima la idea que llevábamos de irnos a vivir juntos. Omitimos la parte de Piero y Loui, no era momento de decirle que iba a necesitar que me dejara dinero o me avalara. Aunque, con un divorcio a la vista, igual no estaba en situación de ayudarme. No tocaba pensar en eso ahora, mejor dejar pasar unos días.

Les hablamos un poco de lo que había sido nuestra relación antes de que Greta se fuera, pero tuvimos que edulcorar y romantizar mucho la historia, la verdad no era apta para madres.

Estuvimos bastante rato hablando con ellas. Se habían tomado la noticia tan bien porque mi madre lo sospechaba, ya lo habían hablado entre ellas. Le encontraba mucho parecido a Gina conmigo de pequeño; pero Maite no quería pensar que Greta no les hubiese contado algo así. A pesar de eso, no se enfadaron con ella. En general, la noticia cayó mucho mejor de lo que siempre habíamos imaginado. Al final, el único que se lo había tomado mal había sido mi padre, cosa que tampoco sorprendió a nadie.

Finalmente, nuestras madres se fueron a dormir llevándose a la niña con ellas; y Greta y yo volvimos a reírnos en cuanto nos quedamos solos.

—Pues no ha sido para tanto —dijo Greta.

—Ya ves, tanto tiempo agobiados, y se han puesto hasta contentos… —me reí.

—Joder, qué liberación —suspiró ella y se dejó caer en la cama.

Me llegó un mensaje al móvil.

SAMU

Si ya estáis solos y aún estáis despiertos, bajad a tomaros la última con los novios. No os pongáis a hacer el guarro, que para eso tenéis toda la vida.

Se lo enseñé a Greta y empezó a reírse.

—Me da pereza, pero vamos —aceptó—, que es su día y se lo hemos reventado…

✶ ◦••◦••◦••◦❍◦••◦••◦••◦ ✶

Nuestros amigos están tirados en el suelo de la pista de baile, tal como solíamos estar en la azotea. La fiesta ha terminado, ya solo están ellos. Cuando entramos Marc y yo, nos aplauden.

—¡Por fin! ¡Ya lo habéis soltado! —exclama Loui—. No ha sido tan horrible, ¿no?

—Qué tranquilidad, nano —asegura Marc mientras se sienta en el suelo con ellos. Yo me siento a su lado—. No sabes la paz interior que tengo ahora mismo.

—Yo igual —contesto—. Lo esperábamos mucho peor. ¿Y Claudia? ¿No está?

—Buah, tía, cuando os habéis pirado todos le ha entrado a saco al Tato y han empezado a liarse allí mismo. Se han ido juntos antes de que volvieran los novios… Tienen que estar dándole al tema pero bien —cuenta Chus muerto de risa.

—Ya le tocaba al Tato comerse algo, nano —suelta Samu descojonándose.

—Por cierto, Samu, grandísimo el momentazo de mandar a Marta a tomar por culo, ahí, tirando de contactos… No sabía que tenías tanta mano en el hotel… —dice Marc

—¿Qué mano, nano? ¿Qué dices? Si yo ni pincho ni corto nada aquí, más allá de ser el novio… Vaya, que ni Simón creo que tenga ninguna autoridad, el hotel es de su familia, pero él

está en otras movidas, se lo han cedido como favor, pero ni está en la junta directiva ni nada…

—Entonces ¿quién es el Ramírez ese al que has llamado? —pregunta Marc.

—No he llamado a nadie, tío… ¡Si me he quedado sin batería antes de la boda! No sé ni para qué llevaba el móvil en el bolsillo… Justo lo acabo de cargar un poco para mandarte el mensaje. Antes solo me he puesto el teléfono apagado en la oreja y he hecho un poco de *show*, para imponer más… Estaba acojonado, porque con lo desconfiada que es Marta pensaba que se habría dado cuenta…

Todos soltamos una carcajada.

—Pues no parecías acojonado para nada —me río.

—Soy un gran actor… Igual equivoqué mi vocación —dice pasándose una mano por la barbilla y todos nos reímos—. Bueno, volviendo a lo vuestro… Ya está hecho, ¿no? A partir de ahora ya podéis estar a tope con lo vuestro y os dejáis de mierdas y rollos, ¿no?

—Eso espero —sonríe Marc—. Ya nos toca un poco de normalidad… Ha sido una movida llegar hasta aquí —añade dándome un beso.

—Ya te digo si ha sido movida…—confirma Samu—. Lo difícil que lo hacéis todo… Bueno, ahora que ya está claro que vais a estar juntos en plan familia feliz para siempre, necesito saber… ¿Cuál fue el detonante para que os decidierais y dejarais de hacer el gilipollas? Yo digo que el encuentro en el armario, soy muy fan de la historia del armario…

—No —interrumpe Chus—. Yo digo que la coincidencia en la despedida de Estrella, con la canción y eso… Una canción mueve mucho sentimiento…

—Antes de lo de la canción ya empezaron con mensajitos —dice Estrella—, yo también creo que fue el encuentro del armario… Y menos mal, porque fue lo que más nos costó coordinar. Marc tardó un montón en salir de la habitación, Piero hacía ya rato que había mandado a Greta allí, pensábamos que encontraría los sellos antes de poder enviar a Marc a encontrarse con ella, aunque los habíamos escondido bastante…

—Yo quiero pensar que lo de la cabaña fue lo definitivo —añade Loui—, no se liaron hasta esa noche. Me niego a creer que el curro que nos pegamos allí fuera para nada.

Marc y yo los miramos sin saber de qué va el rollo.

—¿De qué coño estáis hablando? —pregunta él finalmente—. ¿Cómo sabéis todo eso?

—Os tuvimos que dar un empujoncito —sonríe Loui—. Greta estaba demasiado convencida de no querer nada contigo…

—Sí, nano —añade Samu—, y tú eres un huevón que estabas deseando dejar a Marta, pero no te decidías. Había que echarte una mano.

—¿Todo eso lo hicisteis vosotros? —pregunta Marc bastante flipado—. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Cómo coño sabíais lo del armario, lo de la canción y todo lo demás?

—Lo siento, *cara* —murmura Piero—. Me convencieron, me dijeron que era necesario y por una buena causa… Me hicieron contarles todo…

—Mira, ahí tienes tus señales del universo —le digo a Marc muerta de risa—. Sois unos cabrones —añado dirigiéndome a los demás.

—¿Acertamos con la peluca? —pregunta Chus—. Piero solo sabía que era una peluca rubia y en el sótano había varias… Esa fue la que nos pareció más de pija…

—Era esa, sí —me río—. ¿Qué más hicisteis?

—Pues cargarme la llave de la caldera, por ejemplo —se descojona Chus.

—¿Eso fue adrede? —pregunta Marc igual de flipado que yo.

—Claro —dice Estrella—, y nos vino muy bien que mamá llevara meses hablando de las obras de la cabaña y diciendo que nadie había ido a ver cómo habían dejado la casa.

—¿Todo el marrón de la cabaña lo hicisteis vosotros también? —pregunto flipando más a cada momento que pasa.

—Claro, el día antes de ir, cuando estabais vosotros de compras y tal —cuenta Samu—. No veas el curro de inutilizar dos habitaciones y bajar los sofás al sótano y todo el rollo… Fue un palizón.

—¿Y para qué lo de los sofás? —pregunta Marc, que no para de reírse.

—Para que ninguno de los dos tuviera opción de irse a dormir al sofá, que estuvierais obligados a compartir cama… Estaba todo pensado —se ríe Chus.

—Yo tenía mis sospechas de que estabais liados antes de que Greta se fuera —dice Estrella —. Luego, cuando se fue de ese modo tan raro y pasó de todos, especialmente de ti, me pareció aún más evidente. Además, que tú pasaste por todas las etapas del duelo, eso no se le escapa a una psicóloga —añade con una sonrisa—. Sí que dudé un tiempo cuando dijo que estaba embarazada, pero al ver las fotos de la niña, parecía mucho más probable que fuera tuya que de Piero, aunque no podía estar segura. Pero luego ya cuando llegó y dijo que se había ido embarazada, no tuve ninguna duda.

—Sois todos unos cabrones —se ríe Marc—. ¿Cuándo planeasteis todo esto?

—La misma noche que volvió Greta —dice Samu—, cuando me los llevé a todos al billar con la excusa de contarle a Chus lo que había pasado en la cena. Ahí Loui nos lo confirmó todo, pero necesitábamos a Piero, que era el único que conocía los detalles… Por cierto, soy fan absoluto de la historia del armario. Marc, eres un puto *crack* por dar el paso finalmente en el armario de tu viejo, con él por ahí rondando.

Marc suelta una carcajada.

—De hecho —sigue Samu—, soy tan fan, que en cuanto me enteré quise probarlo yo también. —Estrella le da un codazo—. Para eso estuve esperando a Estrella el día de la despedida.

—Shhh, calla —susurra Estrella muerta de risa.

—Joder, nano, no necesitaba saber eso —se queja Marc.

—Para la información de todos —sigue Samu—, eso no es fácil hacerlo en cualquier armario. Lo intentamos en uno de los de la casa nueva y acabamos lisiados.

—Joder, ¿así os hicisteis eso? No me des más detalles —se ríe Marc negando con la cabeza y cerrando los ojos.

—Entonces —le digo a Estrella—, con todo lo que dijiste delante de Marta en las compras y en la despedida te estabas haciendo la tonta…

—Claro —ella aguanta la risa—, mi misión era que ella se mosqueara y empezara a agobiarlo, era lo único que podía hacer…

—Ya os vale —me río.

Seguimos durante un rato preguntándoles detalles de todo lo que han hecho y ellos nos van contando, se descojonan. Parece que han invertido mucho tiempo y energía en esto.

Cuando volvemos a la habitación, ya de madrugada, Marc empieza a reírse otra vez.

—¿Te puedes creer que sean tan cabrones?

—¿Qué piensas? —le pregunto—. ¿De verdad crees que han tenido algo que ver o habría pasado igual?

—No lo sé —contesta con una sonrisa—, y no quiero saberlo. Ahora soy feliz, quedémonos con eso.

TREINTA Y CUATRO

EL FINAL QUE DE VERDAD NOS MERECÍAMOS

La boda de Estrella y Samu nos dejó a todos con una sensación de resaca que nos duró varios días. Fue raro volver a casa, ya sin Estrella, y definitivamente sin mi padre. Mi madre estaba más contenta que nunca. Iba por toda la casa, con Gina pegada a ella, canturreando y empaquetando las cosas de él.

Loui seguía buscando por toda la ciudad dos pisos contiguos que pudiéramos unir y cada día nos informaba del poco éxito de su misión. Parecíamos abocados a la obra nueva, pero la idea de esperar tanto no nos convencía a ninguno. Yo no quería decirle nada a mi madre hasta que no tuviéramos alguna opción real y tampoco estaba seguro de que en su nueva situación nos pudiera ayudar.

Greta y yo teníamos mucho trabajo esa semana en la productora y hasta el jueves no pudo Salva darnos una mañana libre para arreglar los papeles de Gina. Justo la tarde anterior, cuando abrí mi correo en el ordenador, tenía un e-mail de Emma.

Hola, Marc:

Una amiga que conservo en el despacho de tu padre me ha informado de que ya han llegado los resultados de la prueba de paternidad. Se ha tomado la molestia de escanearla y enviármela. No hace falta que te diga el resultado, ya sabes cuál es. Al único que habrá sorprendido es a tu padre, pero te la reenvío por si la quieres tener de recuerdo o por si os la pidieran para arreglar los papeles de la niña o lo que sea.

Un abrazo,

Emma.

Le reenvié el correo a Alba con un mensaje que decía: «Bocazas, que eres una bocazas ;)». También imprimí una copia para llevar al día siguiente al registro, por si acaso.

Salí de mi habitación y fui a la cocina, donde estaban nuestras madres, Piero, Greta y Gina.

—Vaya, vaya —le dije a Greta mientras le enseñaba la primera página en la que había un enorme «POSITIVO»—, mira lo que me ha mandado Emma, parece que soy el padre de tu hija…

—Eso parece, sí —sonrió—. ¿Sorprendido?

—Ni un poco —me reí.

—Ni tú ni nadie —aseguró mi madre—. Lástima no haber visto la cara de tu padre al recibir el resultado… Mira como ni ha llamado para decirnos que ya lo tiene… ¿Cuándo vais a arreglar los papeles de Gina?

—Mañana —dijimos Greta y yo a la vez.

—Estupendo —afirmó mamá—. ¿Le vais a poner tu apellido?

—Sí, ¿no? —le pregunté a Greta.

—Claro —contestó ella—. Aunque es el de tu padre… —se rio.

—Eso se llama justicia poética —soltó mi madre aguantando la risa.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

La oficina del registro civil está en un edificio enorme y nuevecito al que han llamado «Ciudad de la Justicia». Suena a cómic de superhéroes, pero nada que ver. Por lo que nos han explicado, aquí se puede hacer el trámite legal que sea, desde registrar a un hijo hasta celebrar un juicio. Como en cualquier trámite burocrático, y más si hay algo nuevo, está todo bastante desorganizado. Cogemos turno y nos sentamos Marc, Gina y yo a esperar.

Cuando finalmente nos toca, nos atiende una funcionaria sorprendentemente amable. Le explico nuestra situación y le entrego los papeles que tengo de Gina de Italia. La señora trastea un rato con ellos antes de dirigirse a nosotros.

—¿Estáis casados? —pregunta—. En ese caso, me falta el libro de familia, para apuntar a la niña…

—No, no estamos casados —contesto.

—¿Es un problema? —pregunta Marc.

—No, en absoluto —asegura la funcionaria—. Facilitaría las cosas, pero no es un problema. Lo único es que, en estos casos, el libro de familia irá a nombre de la niña, porque no sois una unidad familiar.

—¿Y si nos casamos antes? —pregunta Marc.

—Si os casáis antes, os darán vuestro libro de familia, y solo será incluir en él a la nena.

—¿Y nos podemos casar ahora? —insiste Marc—. He visto algo de «matrimonio» en el mapa de oficinas.

—¿Cómo dices? —le pregunto yo a él.

—Sí, hay quien lo hace así. Si no vais a hacer una fiesta y solo queréis el trámite, podéis ir a la segunda planta y os casan en el momento.

—¿Nos casamos antes? —pregunta Marc girándose hacia mí.

—Hubiera estado bien haberlo hablado, ¿no? —contesto.

—Bueno, sí, pero vaya, que con lo que nos ha costado llegar hasta aquí, firmar un papel diciendo que somos una familia me parece lo de menos, ¿no?

—Supongo.

—¿Nos da tiempo a casarnos y volver aquí a terminar el registro de la niña? Por no perder otra mañana de curro, más que nada —le pregunta Marc a la funcionaria.

—Sí, os da tiempo de sobra. Estamos hasta las tres.

—Vale, perfecto, pues en un rato venimos… ¿No, nena?

—¿Esto es una pedida de mano? ¿Estás intentando destronar al hermano de Chus?

La funcionaria nos mira divertida.

—¿Qué quieres? ¿Que me ponga de rodillas? —pregunta Marc aguantando la risa—. Mira que soy capaz…

—No, imbécil, no es eso, pero que podíamos haberlo hablado antes…

—Pfff… Qué pereza me das —se ríe Marc.

Le dice algo a Gina al oído y los dos se ríen. Marc se arrodilla en la típica posición de pedida de mano.

—Levanta, gilipollas, no montes un *show*, que me da vergüenza. —Le doy una patada en el pie que tiene en el suelo.

Él se parte de risa, coge a Gina y la sienta en su rodilla.

—Mami, ¿quieres casarte con nosotros? —pregunta Gina extendiendo los brazos hacia mí.

—Venga, vamos a casarnos —murmuro intentando ponerme seria—. Perdón por el numerito —añado dirigiéndome a la funcionaria.

—Ningún problema —sonríe ella—. Estas cosas me alegran el día…

En el mostrador donde tramitan los matrimonios hay menos cola y nos atienden enseguida.

—Tenéis que rellenar estos formularios —nos dice otra funcionaria bastante menos amable que la anterior mientras nos entrega unos papeles—. Hay varias parejas por delante de vosotros. Volved sobre las doce y media con los documentos cumplimentados y dos testigos. ¡Siguiente!

Nos alejamos del mostrador y nos sentamos en las sillas que hay en esa misma sala.

—¿Llamamos a Piero y a Loui? Ninguno de los dos curra, seguro que pueden acercarse en un momento —sugiero.

—Ni de coña —se ríe—. No les quitemos esto también.

Saca su móvil y llama.

—Mamá, ¿tenéis mucho curro?… Ya, claro… Es que estamos Greta y yo en el registro, y nos vamos a casar antes de arreglar los papeles de Gina, por si queríais Maite y tú ser las dos testigos que necesitamos… Que si tenéis mucho trabajo no pasa nada, podemos llamar a Piero y a Loui… Vale —se ríe—, lo suponía… Sí, sobre las doce y media en la Ciudad de la Justicia… No, mamá, no hace falta que paséis por casa a cambiaros, nosotros vamos en vaqueros, no es ese tipo de boda… Vale, hasta ahora.

Cuelga el teléfono y me mira sonriente.

—Que tienen trabajo, pero que dejan al mando a alguien. En un par de horas están aquí —me cuenta Marc—. No nos lo hubieran perdonado si hacemos esto también sin ellas.

—No son ni las diez —digo mirando el reloj—. ¿Qué hacemos hasta las doce y media?

—Vamos al curro —propone Marc—. No está lejos.

—¿En serio? —pregunto sin dar crédito—. ¿Quieres ir a currar un rato? ¿Y con la niña?

—No, a currar no. Vamos.

Caminamos hacia el curro y, un par de calles antes de llegar, Marc se para delante de un estudio de tatuajes.

—¿Nos tatuamos los anillos? —pregunta.

—¿Tú crees? ¿No prefieres un anillo normal?

—Yo personalmente prefiero uno que no puedas lanzarme a la cabeza durante una bronca… —se ríe.

—¿Ya estás pensando en las broncas? —le pregunto inclinando la cabeza.

—Y en las reconciliaciones —me susurra al oído.

—Vale —me río—, me gusta la idea, nos los tatuamos…

Entramos al estudio y le contamos nuestra idea al tipo que nos atiende.

—Hemos hecho eso varias veces. Lo que hacen algunas parejas es tatuarse el as de corazones, es típico. Si no tenéis otra idea, os puede valer…

—Mejor el de tréboles —decimos los dos a la vez.

—Bien, si me dais un rato, os dibujo una propuesta —dice el chico.

—Dame un papel y lo dibujo yo —propone Marc.

El tatuador obedece y Marc dibuja en un momento un trébol de cuatro hojas y una especie de guirnalda para rodear el dedo. Es muy bonito.

—El trébol de la baraja es de tres hojas —nos explica el chico.

—Necesitamos las cuatro —aclara Marc—. Tres hojas nos dan muy mala suerte…

—Muy bien —se ríe el tatuador—. Como queráis.

Marc dibuja rápidamente una «G» para que se la tatúen en la parte contraria al trébol, donde va a ser mucho menos visible. Yo le digo que con el anillo ya tengo bastante, que no necesito la letra.

—¿Es por si nos separamos? —pregunta achinando los ojos—. Sería tan fácil como cambiarme por un Manolo, o Mario, o Marcelo, o Miguel, o Mauro…

—Vale, vale —me río—, no hace falta que recites el santoral. No me gusta lo de la letra y ya, no le des más vueltas…

—A mí sí, pero tú haz lo que quieras.

Nos tatúan en un momentito. A él con la letra y a mí solo el anillo. Abre la mano y mira satisfecho la «G».

—Cómo mola —sonríe—. Tengo a mis dos chicas en una sola letra.

—Ah —intento parecer ofendida—, así que no era por mí…

—Era por ti —me besa—, pero no solo por ti…

Salimos del local de tatuajes y seguimos caminando hacia el curro. Cuando llegamos, Salva nos saluda sorprendido.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Es vuestra niña?

—Sí, esta es Gina —dice Marc—. Hemos venido a por un par de cosas de vestuario. Nos casamos en un rato y necesitamos *atrezzo*.

—¿Que os vais a casar? —pregunta Salva flipadísimo—. Pues ahora daros a los dos quince días de vacaciones nos viene fatal, me hacéis una putada…

—Tranquilo —lo calma Marc—. No nos vamos de luna de miel ni nada, nos guardamos los días de vacaciones para la mudanza, cuando encontremos piso…

—Vale, me dejas más tranquilo, tío, ya había entrado en pánico.

—Papá, ¿qué hay ahí? —pregunta Gina señalando el largo pasillo que va hacia la oficina.

—Por ahí se va a donde trabajamos mamá y yo. Puedes ir a mirar si quieres…

Gina sale corriendo por el pasillo y Marc y yo la seguimos a velocidad normal. Cuando llegamos a la oficina, ella ya es el centro de atención.

—¡Qué monada de niña!

—¡Es igualita que su madre!

—¡Sonríe igual que su padre!

—¡Los ojos también son de Marc!

—Alba, ¿has recibido mi correo? —pregunta Marc.

—Sí —contesta ella poniendo los ojos en blanco—. Me callo.

—Si te ha dado bajón porque esperabas un final más dramático para tu guion, te puedo dar detalles escabrosos —sugiere Marc con una sonrisa de medio lado.

—Cualquier detalle turbio me viene bien siempre —se ríe Alba.

—Pues ya te contaré. Bueno, vamos a vestuario… ¿Está por ahí lo de la novia? Solo necesito el velo, es un momento, mañana lo traemos. Recrearon al final el de Ginger Rogers en *Amanda*, ¿verdad?

—Sí, ese que lleva como plumas. Está con todo lo de la novia… ¿Para qué lo quieres?

—Nos casamos en una hora, por ambientar un poco… —contesta Marc con indiferencia.

A esa información casual le siguen gritos de júbilo y abrazos que Carola corta rápidamente dándonos la enhorabuena y poniendo a todo el mundo a currar.

—En el armario del fondo lo tienes, en una caja que pone «La novia sumergida».

—Vale, perfecto. —Marc tira de mí hacia la sala de vestuario.

—¿Se supone que quieres que me ponga un velo? —le pregunto cuando ya estamos solos.

—Claro. —Coge una escalera y la coloca frente a uno de los armarios sin puertas—. Pero no un velo cualquiera, el de Ginger Rogers —añade mirándome con una enorme sonrisa y un movimiento de cejas.

—Me da igual que sea el de Ginger Rogers —refunfuño—. No pienso hacer yo sola el cuadro en el juzgado.

—Ah, no te preocupes por eso —se ríe mientras alarga el brazo y coge una caja del último estante. La abre y saca un sombrero de copa. Se lo pone y me mira sonriente—. Yo soy Fred.

Me da un ataque de risa al verlo encima de la escalera con el sombrero de copa. Busca en otro armario y encuentra el velo. Lo mete dentro del sombrero y no vuelve a ponérselo. Saca de otra caja una corona de flores muy bonita y se la pone a Gina. Le queda un poco grande, pero se la ponemos a modo de diadema y le aguanta bien.

—Pues ya tenemos anillos y vestuario —dice satisfecho—. Ya podemos casarnos.

✶ ◦••◦••◦••◦ ❍ ◦••◦••◦••◦ ✶

Volvimos a las oficinas del juzgado unos veinte minutos antes de tiempo. Nos quedamos esperando en la calle y no tardó en llegar un taxi con nuestras madres.

—¡Qué locos estáis! —exclamó mi madre al llegar hasta nosotros—. Estas cosas se avisan con tiempo…

—Para eso tendríamos que haberlo pensado nosotros con tiempo —me defendí—. Pero ha

sido de puntazo…

—Bueno, por lo menos nos habéis avisado —dijo Maite—. Si llegáis a hacer esto sin nosotras, no os lo habríamos perdonado en la vida. Venga, vamos para dentro. ¿Tenéis anillos?

Les enseñamos los tatuajes y eso no hizo más que reforzar la idea de locura que traían preconcebida.

La sala donde nos casaron era cero glamurosa, como nosotros. Nos pusimos el velo y el sombrero de copa antes de entrar y nuestras madres no se lo podían creer. Gina iba encantada con su diadema de flores. La señora que nos casó dijo lo que debía decir por ley y nosotros solo tuvimos que contestar: «Sí, quiero». A continuación, nos dieron el libro de familia. En quince minutos estuvo el tema solucionado. Mi madre y Maite esperaron con la niña mientras volvíamos a la primera ventanilla a arreglar los papeles de Gina, porque querían invitarnos a comer.

Maite había traído una cámara de fotos y nos hicimos una foto de recuerdo los cinco en la puerta de los juzgados. Solo yo con mis cuatro chicas preferidas.

Nos sentamos a comer en la primera terraza que encontramos. Nuestras madres insistían en llevarnos a un sitio elegante, pero nos pareció más apropiado comer de menú en un bar de toda la vida.

—A ver, tenemos algo que deciros —soltó mi madre cuando estábamos empezando a comer —. Llevamos varios días hablándolo Maite y yo, y creo que, después de esto que habéis hecho, no hay momento mejor para comentároslo. Hemos decidido que nos vamos a ir a vivir las dos juntas a un piso más pequeño. Vamos a separar los pisos y a poner uno a la venta; y con ese dinero compramos uno de los áticos de tres habitaciones de nuestro mismo edificio, que ya tenemos apalabrado uno que está en venta. El piso que no vendamos es para vosotros, nuestro regalo. Así además tenemos cerca a la niña y podemos echaros una mano. Solo tenéis que decidir cuál de los dos preferís y venderemos el otro.

—La reforma de la cocina la haremos a vuestro gusto, claro —intervino Maite—. Sé que son pisos muy grandes, pero por si decidís tener más familia en el futuro o si queréis haceros un estudio de dibujo o una sala de baile… eso ya como veáis.

Greta y yo nos quedamos flipados sin poder reaccionar.

—Os parece buena idea, supongo —insistió Maite—. ¿O teníais otros planes?

—No, no, es perfecto —conseguí decir por fin—. Pero no los separéis, vendedle el otro a los padres de Loui.

Me miraron desconcertadas y les expliqué los planes que teníamos.

—Pero eso es perfecto —dijo mi madre—. Nunca se me ocurrió que pudiéramos vender el piso sin reformarlo. Bueno, ¿cuál preferís?

—El nuestro —dijimos Greta y yo a la vez.

—Eso no va a poder ser —se rio Maite—. Uno de los dos tiene que ceder. Pensad que los vaciaremos completamente y podréis amueblarlos, pintarlos y decorarlos a vuestro estilo. Será vuestra casa, sea la que sea.

—El mío —le susurré a Greta al oído—. Me haré un estudio para dibujar en lo que era el despacho de mi padre, pero no perdamos ese armario…

—Vale —sonrió ella—. El tuyo entonces.

—¡Sí! —gritó Gina entusiasmada—. ¡El de los espejos!

Greta y yo nos levantamos y las abrazamos a las dos. Les dimos las gracias miles de veces por el mejor regalo del mundo.

—Jaime se va a poner celoso —me reí—. Si ya se picó con lo del coche, con esto…

—Bueno, pues cuando Jaime tenga un hijo, hablamos. De momento no necesita la misma estabilidad que vosotros —aseguró mi madre con un tono muy solemne.

—Nada que objetar —me reí.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó Emma de pie junto a nuestra mesa. Nadie la había visto llegar.

—Los niños, que se nos han casado —explicó su madre.

—¡¿Os habéis casado?! —preguntó con un grito.

—Sí —contestamos Greta y yo.

—¿Así vestidos? —cuestionó para sorpresa de nadie.

—No, claro que no —aseguré mientras yo me ponía el sombrero de copa y Greta el velo.

—No os puedo creer —soltó una carcajada—. ¿De verdad habéis entrado así al juzgado?

—De verdad de la buena —confirmó mi madre—. Tenemos una foto para demostrarlo… Siéntate con nosotros, anda. ¿Has comido?

—No —dijo Emma mientras acercaba una silla y se sentaba a nuestra mesa.

Pidió algo de comer y nos contó que salía de un juicio, que llevaba unos días en el turno de oficio.

—Reyes, tengo una compañera del despacho de Gerardo que me va contando cómo están las cosas, y por lo visto va a ir muy a malas, quiero que lo sepas.

—¿El piso no es también de papá? ¿Puedes venderlo o regalarlo tranquilamente? —pregunté.

—Tranquilo por eso, cariño. El piso lo compró mi padre antes de la boda. Fue su regalo, pero no se fiaba de tu padre y lo dejó a su nombre. Legalmente nunca ha sido mío, pero ya he hablado con él y lo pondremos a nombre vuestro en cuanto vendamos el otro.

—Ah, guay —me relajé mientras mi madre le explicaba a Emma la parte de la conversación que se había perdido.

—Me parece muy buena idea —asintió Emma—. A ver si ya con una nieta dejáis de presionarme a mí —se rio.

—Bueno, ¿a qué te refieres con que la cosa se va a poner fea? —le preguntó mamá.

—Pues que Gerardo está muy cabreado, y más después del resultado de la prueba de paternidad. Deberías anticiparte y ponerte a malas tú también. Podrías pedirle la mitad de su sociedad anónima, por ejemplo, porque la creó después de casaros, ¿no?

—Pues claro, si él no tenía nada cuando nos casamos… Chica, no sé, me da mucha pereza esto, en realidad no quiero la mitad de su empresa. Tengo mi propio negocio, no necesito nada de él.

—Es que si no te pones a malas, es posible que él quiera quitarte algo a ti… Yo creo que debes pelear, Reyes. Y más después de haber dejado caer la otra noche que tiene una aventura por ahí… Me parece una falta de respeto, y encima decirlo delante de todos. No sé cómo he estado tantos años trabajando para él, de verdad, qué decepción…

—Eso no me hizo gracia, la verdad —contestó mi madre—. Más por las formas que por el hecho en sí. Pero sí, una falta de respeto me parece. Una cosa es que tenga una aventurilla reciente y pasajera, y otra sería que esto viniera de largo… Ahí sí que me cabrearía mucho, pero no tenemos forma de saber eso, ¿no?

—Podrías contratar un detective que averigüe dónde está viviendo ahora y desde cuándo lleva con ella —sugirió Emma—, si es que hay otra…

—No sé ni dónde buscar, Gerardo siempre ha sido muy reservado. Buscaré un detective, pero no sé qué pistas darle para que empiece.

—Cualquier cosa que se te ocurra. Un extracto de la tarjeta pagando algo aquí cuando decía

que estaba fuera, una llamada de teléfono a alguna hora intempestiva… Lo que sea…

—Es muy prudente, seguro que pagaba con la tarjeta del despacho. Y su móvil siempre ha ido a nombre del despacho también, no tengo acceso a esas facturas.

—Ya, y yo ya no trabajo allí, eso no puedo conseguirlo —murmuró Emma fastidiada—. Algo habrá, hasta el más prudente tiene algún despiste.

—¿Una llamada desde el fijo de su despacho de casa a eso de las dos de la madrugada serviría? —preguntó Greta para sorpresa de todos—. De hace unos cinco años, eso sí.

—Eso sería una muy buena pista para el detective —dijo Emma—. ¿Sabes si hizo esa llamada? ¿Sabes la fecha?

Miré a Greta sin comprender de qué estaba hablando.

—La noche del armario entró a hacer una llamada, ¿te acuerdas? —me susurró al oído.

—Hostia, es verdad —dije yo a un volumen normal—. Sabemos la fecha, fue el cinco de noviembre del noventa y nueve.

Las tres nos miraron muy confundidas.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó por fin Emma.

Greta y yo intentamos aguantar la risa todo lo posible.

—Lo sabemos y punto —dijo por fin Greta—. No necesitáis más información.

—Está bien, no necesitamos saber. Reyes, busca esa factura del noventa y nueve y le das el número al detective, para que empiece por ahí.

Siguieron hablando durante un rato de la estrategia a seguir y yo aproveché para llamar a Loui y darle la gran noticia. Se puso tan contento como nosotros por el tema del piso, aunque se mosqueó un poco cuando le conté que nos habíamos casado sin decírselo a nadie.

✶ ◦••◦••◦••◦❍◦••◦••◦••◦ ✶

Las últimas semanas, desde que nos casamos y nos dijeron lo de los pisos, han sido una auténtica locura. Los padres de Loui accedieron al instante y formalizaron la venta en cuestión de días. Mi madre y Reyes compraron el ático que tenían ya apalabrado y se llevaron los muebles que quisieron. El resto los vendieron para que nosotros empezáramos de cero. Nos hemos quedado alguna cosa que nos gustaba, pero, en general, preferimos tenerlo todo nuevo. Es un poco raro que mi casa de siempre ahora sea de Piero y Loui, la verdad, pero me hace mucha ilusión esta nueva etapa.

Reyes contrató aquel mismo día un detective y, con la pista de la llamada, le resultó relativamente fácil averiguar que Gerardo llevaba años liado con su secretaria. Un topicazo, vaya. Ella se cabreó mucho y decidió ponerse tan a malas como él, y parece que tiene las de ganar. Según Emma, el resultado del divorcio puede ser muy beneficioso económicamente para Reyes. No voy a negar que eso me produce una enorme satisfacción.

Nuestras madres ya están totalmente instaladas en el piso nuevo. La tercera habitación la querían para Gina, para cuando se quedase con ellas. Estos días que nosotros vamos tan de culo comprando muebles, pintando la casa y cambiando lo que queremos reformar nos está viniendo

fenomenal que se queden a la niña. Avanzamos más deprisa que cuando está ella aquí, lógicamente. En el curro nos han dado estos días de vacaciones, las que nos correspondían por la boda. Esta semana había menos trabajo en la productora y nos venía mejor a todos.

El piso está hecho un asco, pero estamos cambiando un montón de cosas. Hay herramientas tiradas por todas partes.

Llevamos todo el día pintando cuando aparecen, a media tarde, Samu y Estrella, que volvieron hace unos días de la luna de miel, con Vero, Chus y Claudia, que se está volviendo de nuevo una habitual de la pandilla. Traen *pizzas* y ganas de echar una mano. Agradecemos ambas cosas.

Nos sentamos todos en la cocina a comernos las *pizzas* mientras seguimos ojeando catálogos de muebles y de materiales, un clásico en los últimos días.

—Cuando tengáis las casas listas hay que hacer una superfiesta —propone Samu.

—Paso de marrones —se queja Marc.

—Ni de coña —añade Loui—. Eso en la vuestra si queréis.

—La nuestra es una caja de cerillas comparada con estas —protesta Samu.

—Da igual —dice Marc—. No somos tantos, solo íbamos a ir los que ya estamos aquí.

—Pues también tienes razón —se ríe Estrella—. Pero algo hay que hacer, que mi hermanito se ha casado —añade dándole un abrazo a Marc.

—Bien —acepta Marc fingiendo no reírse—, algo haremos. Aunque ahora soy un respetable hombre casado, no estoy para fiestas.

—Claro, claro —se ríe Chus—. Eso no me lo dices con unas birras y unos canutos de maría…

—Déjate de birras y canutos, nano, que ahora vamos de culo. Mañana a primera hora tenemos que ir a mirar los muebles para la habitación de Gina.

—Ah, pues vamos con vosotros —propone Piero—. Tenemos que comprar muebles para que tenga una habitación en nuestra casa también.

—No hace falta —dice Marc—. Es como si fuera la misma casa. No necesita una habitación también en la tuya.

—Claro —confirmo yo—. Ya tendrá su habitación aquí, y tiene la de la casa de las yayas. No necesita tres habitaciones.

—Pero yo quiero que tenga una habitación en mi casa… Quiero que sepa que mi casa es la suya también —se queja Piero.

—Si nos sobran habitaciones —interviene Loui—. Si Piero quiere hacerle una habitación, ¿qué más os da? Que la haga…

—Tengo una idea mejor, ven —le dice Marc a Piero.

Piero le sigue y salen los dos de la cocina. Los demás nos quedamos comiendo *pizza*.

—Oye, ¿qué tal con Tato? —le pregunto a Claudia en voz baja, aprovechando que los demás están hablando de otra cosa a bastante volumen.

—Pues muy bien, hemos quedado varias veces desde la boda…

—Creía que solo querías un rollete pasajero y ya…

—Ya, yo también lo creía, pero se ha cumplido la leyenda de los paraditos… Cuando estamos en el tema, no es nada paradito —susurra con voz insinuante.

—No necesito saber tanto —me río—; pero, si estás a gusto con él, me alegro, es muy buen tío.

—Ay, sí, estoy muy bien con él, aunque yo no buscaba nada en serio… Bueno, ya veremos a dónde va esto, que pase lo que tenga que pasar…

Nos interrumpen unos golpes muy fuertes, parece que vienen de la que era la habitación de Marc y en breve será la de Gina. Vamos todos para allá a ver qué está pasando.

Piero y Marc llevan dos mazas muy grandes y están golpeando con fuerza el tabique que ha separado mi habitación de la de Marc durante todos estos años. No paran hasta que lo derriban por completo. Cuando terminan, están sudados y agotados, pero sonríen de satisfacción. Especialmente Marc, que me pasa un brazo por encima de los hombros antes de decir con absoluta felicidad:

—Llevaba toda mi puta vida queriendo hacer esto.

AGRADECIMIENTOS

Es absolutamente imprescindible, tras finalizar una movida de este calibre, echar la vista atrás y recordar a todas las personas que han formado parte del proceso o que han contribuido a él de alguna manera.

Al tratarse de una segunda parte, el primer lugar sigue siendo para **Neus**. Sin ese entusiasmo tras la «carta del bajón», nada de esto habría ocurrido, *you know*. Fue tremenda también esa última lectura destripando cada frase y esa lucha por Claudia (*delete* o no *delete*, esa es la cuestión). Igual de importante ha sido **Beatriz**, mi **Bea**, con sus «que te dejes de rollos y escribas», «que no borres nada», «que está de puta madre»… Ella siempre tiene un montón de fuerza y ánimo en los momentos en los que hace falta, así como un montón de collejas para cada palabra repetida. La lectura de ellas dos, capítulo a capítulo, ha sido clave en el proceso y esos «*give me more*» me han hecho sacar una risa y las ganas de escribir cuando no las había. En esa etapa estuvo también **Mery**, con su lectura en diagonal llena de ansia por saber. Sin esa presión, no estoy segura de haber llegado a terminarla. Gracias, chicas.

Merece una mención especial **Cristina**, por sacar huecos de donde sé que no los tiene para dar a mis palabras la forma más correcta posible. (Siento una opresión sexi en el pecho solo de pensarlo XD).

Gracias también a **Mara** por esa lectura del tirón tan entusiasta, con esos mensajes de audio a tiempo real que no podían molar más.

Muchas gracias también a **Luisma**, por el ánimo que llevan siempre sus palabras y también por el asesoramiento legal para sacar a mis niños de los marrones en los que los meto sin pensarlo demasiado. Tu paciencia es infinita, amigo.

Gracias una vez más a **Julia** y a **Jonathan** por esa estupenda ilustración de portada. Y gracias también a **Diana** por las carcajadas desde la habitación de al lado durante la lectura. Soy muy afortunada por teneros de pandilla.

Tengo un agradecimiento especial para **Mel** y **Michele**. Sin ellos, la voz de Piero habría sonado a traductor de Google.

Quiero agradecer también el gesto del resto del **Plan B** ayudándome a subir las ventas de la primera parte: **Sara**, **Ali**, **Rocío M.**, **Diógenes**, **Ruth**, **Mario** y **Pablo**. Es un honor tener un hueco en vuestras estanterías junto a los clásicos XD.

Casi tan importantes en eso han sido mis «Jesuitas girls friends». Gracias, chicas, por el apoyo y el entusiasmo, eso es lo que ha puesto nombres y caras a las amigas de la novia. Gracias a **Cristina**, **Carmen**, **Patri**, **Raquel** y **Clara**… Y, en especial, a **Ana** y **Vane** por esos comentarios y preguntas por privado que me hicieron morirme de risa. Espero que, al llegar hasta aquí, ya se hayan resuelto todas vuestras dudas.

Gracias también a la familia que se ha tomado el tiempo de leerme y comentarme sus impresiones: A **Pepita**, esa suegra molona, por convertirme en top ventas entre la chavalería de Tendetes, y también por esa lectura llena de cariño. A **Javi** y **Josema**, por esas lecturas y esos

comentarios tan de buen rollo. Y a **Glori**, por el *feedback*, las risas y el entusiasmo. [Eres mi preferida… ¡y lo sabes! (aunque lo negaré siempre)].

También al resto de mi familia y amigos, por acompañarme en el día a día y formar parte de esto de alguna manera.

En esta segunda edición, necesito mencionar a **Adela**. Gracias por esas ilustraciones tan preciosísimas, por ponerles cara a mis insensatos, por el esfuerzo, las prisas y, sobre todo, la paciencia.

Y, por último, gracias a todos los lectores desconocidos que se han tomado el tiempo de leerme. Necesito hacer una mención especial a los que se han molestado en dejarme una reseña y a los que me han buscado en redes (en público o en privado) para transmitirme su entusiasmo y preguntarme por la segunda parte. Eso ha sido lo más grande de este proceso.

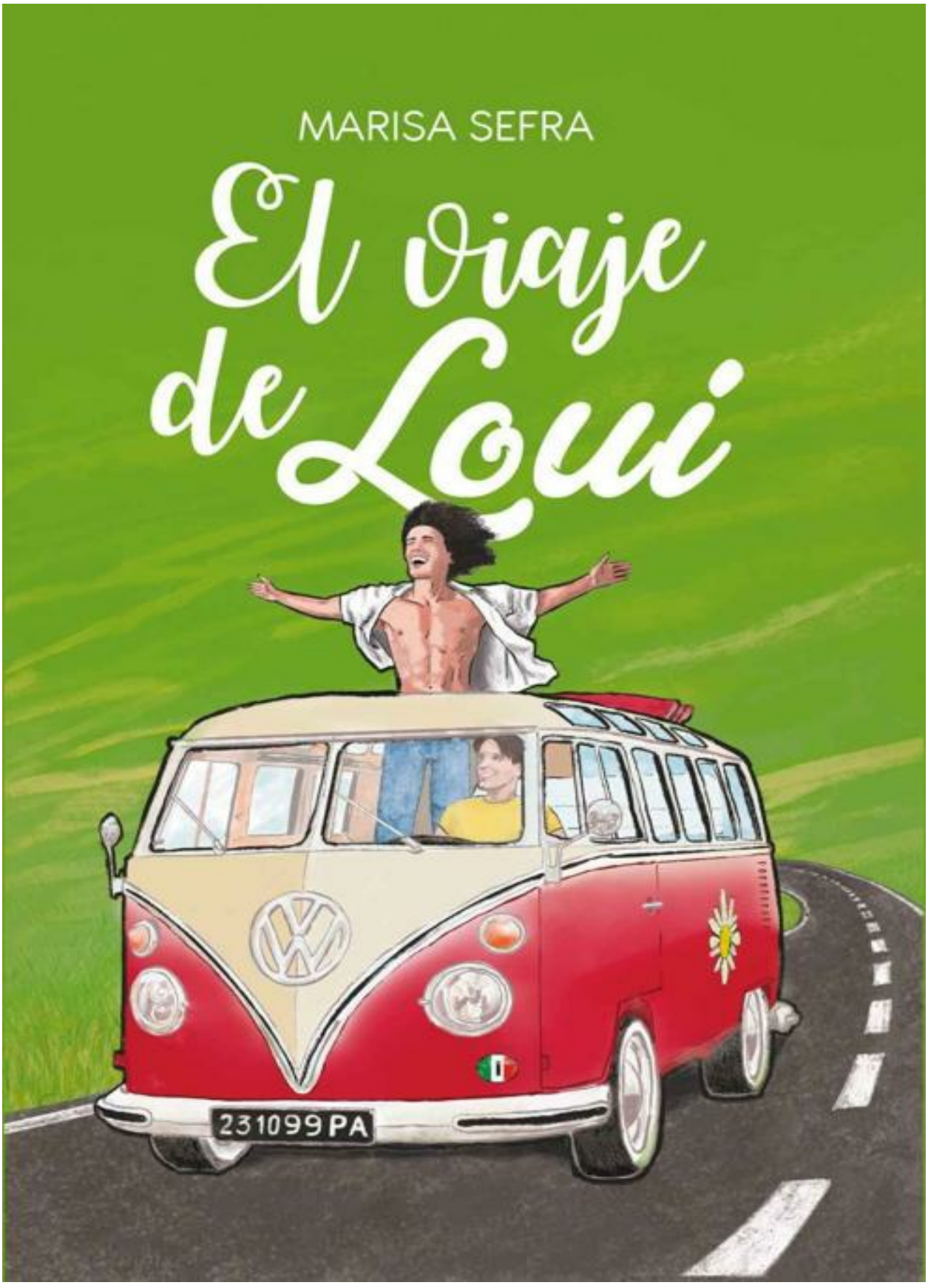
Muchas muchas gracias a todos.

@marisasefra

EL VIAJE DE LOUI

MARISA SEFRA

El viaje de Loui



ÍNDICE

1. El chico de Greta
2. Queso y mermelada
3. La primera foto de su vida
4. Greta
5. Gina
6. No te vayas
7. Più bello
8. Mover ficha
9. Chocolate
10. Me gusta mucho
11. Soy gilipollas
12. Relájate
13. Una familia
14. Demasiada intensidad
15. Mi turno
16. Planes
17. Palermo
18. El dramón de Piero
19. Paolo
20. Morriña
21. ¿Qué te pasa?
22. Algo puede salir mal
23. Luigi
24. De viaje
25. Una noche en la furgo
26. Las ruinas de Pompeya
27. La mejor foto del viaje
28. Mis padres
29. Mi primera inversión
30. La mamma
31. El bautizo
32. El primero y el último
33. Adiós, Milano
34. La Italia profunda
35. Ciao, Sofía
36. Peregrinación a Génova
37. El chico
38. Cariño
39. Las chicas
40. Autocrítica
41. Los colores de Italia
42. Mi propia intensidad
43. La llamada

44. Una petición inesperada
45. Condiciones
46. Dos contra uno
47. La búsqueda
48. Despedida
El epílogo de Piero
El epílogo de Loui

Agradecimientos

Para Neus, solo para demostrarle que un tipo majo pero aburrido puede tener una historia interesante si se cruza el intensito adecuado en su camino.

A lo largo de esta historia, aparecen muchas canciones. De algunas se hace referencia directa y de otras no, pero todas han ayudado en cierto modo a la construcción del relato y a crear las distintas atmósferas que se respiran en él.

No son esenciales para la historia, pero, si quieres, pueden acompañarte en tu lectura.

Todas ellas tienen una referencia para encontrarlas al final del libro. También las hemos incluido en una playlist de Spotify a la que puedes acceder escaneando este código desde el buscador de la aplicación:

UNO

EL CHICO DE GRETA

Mayo, 2004

La isla de Sicilia iba aumentando de tamaño a medida que el avión perdía altura. El aeropuerto de Palermo estaba junto al mar y, durante el aterrizaje, daba la impresión de que podíamos caer al agua en cualquier momento. Le había dado a mi amiga Greta los datos del vuelo y ella me aseguró que estarían esperándome. Qué ganas tenía de verla, estaba emocionado. Hacía más de tres años que solo me comunicaba con ella por carta, o por teléfono en contadas ocasiones. Se había ido de España con una beca para estudiar un curso en Italia y, al poco de llegar, conoció a un italiano, se quedó embarazada y ya no volvió.

Tiempo después, me enteré por Marc, otro amigo de la pandilla con quien ella tenía una relación muy especial y una situación familiar de lo más peculiar, de que habían estado liados en secreto durante algún tiempo y que terminaron con una ruptura de lo más traumática. Puede que eso también influyera en la decisión de ella de no volver.

Greta me había hecho prometer que iría con la mente abierta. Yo no sabía a qué se refería, pero se lo prometí igualmente. También tuve que prometerle que no contaría nada de su vida lejos de nosotros. No entendía tanto misterio, pero las ganas de verla y de saber de ella eran demasiado fuertes como para rechazar la oportunidad de estar cuatro meses allí. Era mi mejor amiga y llevaba demasiado tiempo echándola de menos.

Finalmente aterrizamos y, tras recoger mi equipaje, me dirigí al exterior.

Salí del aeropuerto con la intención de resetear los prejuicios que tenía contra el chico que la había dejado embarazada y la había alejado de nosotros. Solo sabía de él que se llamaba Piero y había estudiado Medicina. Y que habían tenido una niña que se llamaba Gina. Quería conocer a su familia y su nueva vida. Quería verla feliz.

Me hubiera encantado verla con Marc, la verdad, pero tampoco a cualquier precio. Los quería mucho a los dos, y sabía que Marc había sufrido un montón, pero no podía dejar de admirar la fortaleza de ella al alejarse de él. Yo para eso era mucho más débil.

El potente sol de primeros de mayo me golpeó en los ojos, y tuve que cubrirlos con la mano para poder escrutar a la gente que esperaba a las puertas del aeropuerto. Buscaba a Greta, pero no había ni rastro de ella. Entre todos ellos, destacaba un chico guapísimo, que parecía el que había visto en las fotos que Greta había ido mandando, con un cartel en el que ponía «LOUI». Era delgado y fibroso, más o menos de mi altura, con el pelo negro y rizado. Llevaba un pantalón de hilo, una camisa blanca de cuello mao y unas gafas de sol redondas de montura metálica.

Me acerqué a él y le saludé con un tímido «hola».

—Hola —contestó con acento italiano, levantó las gafas de sol y se las dejó en el pelo, a modo de diadema, y mostró una enorme sonrisa—. No estaba seguro de reconocerte. Solo te he visto en la foto de la camiseta de Greta, y llevas gafas de sol, ahí no se aprecian los ojazos que tienes.

Me descolocó mucho el cumplido. No fui capaz de decirle nada. Él me miraba todavía con la misma expresión. Siempre había pensado que Marc tenía una sonrisa espectacular, pero lo de este chico era otro nivel. Al momento entendí que Greta lo hubiera dejado todo para quedarse con él. La combinación de esos ojos y esa sonrisa era algo totalmente hipnótico.

Salvó la escasa distancia que nos separaba y me dio un abrazo. No pude evitar ponerme un poco tenso por la proximidad de un desconocido, pero a la vez cerré un momento los ojos y aspiré su olor. Me sentí fatal por los pensamientos que me vinieron a la cabeza en ese momento. Sentir deseo hacia un hetero era una muy mala idea a la que había sucumbido alguna vez con anterioridad, pero querer desnudar al novio de mi mejor amiga, sin duda era lo peor que me podía pasar.

—¡Luigi! —exclamó al soltar el abrazo—. ¡Bienvenido a Sicilia!

Me quitó parte del equipaje y me indicó hacia dónde teníamos que ir.

Llegamos a la típica furgoneta Volskwagen de los años setenta bastante destartalada y él metió todo mi equipaje en la parte de atrás. Nos sentamos en los asientos delanteros y arrancó el motor. Antes de poner el vehículo en movimiento, se giró a mirarme.

—Tengo un problema contigo.

—¿Qué problema? —pregunté intentando aparentar normalidad, pero con el temor de que hubiera notado el efecto que me había causado ese abrazo.

—Nos acabamos de conocer, pero he oído hablar tanto de ti que siento que te conozco de hace años. Se me hace raro llamarte Loui, porque es un apodo muy íntimo que utilizan tus amigos cercanos, pero a la vez se me hace raro también llamarte Luis, porque Greta nunca se refiere a ti así, entonces siento que eres otra persona… No sé cómo llamarte… Antes te he dicho *Luigi* por eso, porque no sabía qué hacer —dijo de nuevo con esa sonrisa radiante.

—Como quieras —contesté intentando sonar indiferente y que no notara lo nervioso que me ponía tenerlo tan cerca—. Puedes llamarme Loui si quieres, no me importa, estoy acostumbrado, o Luis si te hace sentir mejor, o Luigi si te resulta más cómodo… Lo que prefieras… —En realidad, me hubiera encantado poder decirle que me llamara como le diera la gana, que cualquier versión de mi nombre en su boca me daba muchísimo morbo, pero eso no hubiera sido capaz de decírselo aunque no hubiera sido el novio de Greta.

—Vale, me tranquiliza. —Volvió a sonreír—. Lo vamos viendo, entonces.

Puso la furgo en marcha y salimos de allí.

—¿Y Greta? —pregunté por fin—. ¿Por qué no ha venido?

—Quería venir ella. Tiene muchas ganas de verte, pero alguien tenía que quedarse en la tienda y yo tenía un par de pacientes que atender en esta zona. Era la mejor opción.

—Claro. ¿Pacientes de qué? Si se puede saber… —pregunté intentando darle conversación, para poder centrarme en eso y no dejar que mi imaginación aprovechara el silencio para fantasear con cosas inapropiadas, que parecía el camino que querían tomar mis pensamientos. A la vez me sentí un poco inseguro por si estaba siendo demasiado cotilla.

—Claro que se puede saber. Embarazadas, es lo mío. Traer niños al mundo. De momento me ocupo de las que quieren parir en casa y de las que viven en zonas muy alejadas de los hospitales… Por aquí hay bastantes aldeas con muy mala comunicación. Hay mucha gente que no tiene vehículo y el hospital más cercano está demasiado lejos como para ir en transporte

público si se ponen de parto.

Hacerle hablar de sus cosas tampoco había sido la mejor solución. Me ponía mucho oírle hablar en perfecto español con ese acento italiano tan sexi. Iban a ser cuatro meses muy duros si no conseguía llevar eso mejor.

Greta me había dicho, cuando me llamó por teléfono, que tenía al chico perfecto para mí. No podía evitarlo, siempre intentando buscarme pareja. Deseé de todo corazón que hubiera tenido tan buen ojo para mí como lo había tenido para ella misma, y que no se tratara solo del único gay disponible. Hacía mucho que no estaba con nadie, y ya me apetecía, la verdad. Igual por eso me había alterado tanto este chico. Decidí hacer caso a Greta y mantener la mente abierta. Iba a confiar en su criterio para el chico que quería presentarme. Que, por otra parte, lo más seguro era que él no estuviera interesado en mí, porque… ¿por qué iba a estarlo? Pero esta vez no sería por mi culpa. Mente abierta. Igual una aventura siciliana no me venía mal. Soy más de tener pareja, pero tampoco está mal darse una alegría de vez en cuando… Y a mí, eso, en ese momento, me hacía mucha falta. Sobre todo, para dejar de imaginarme quitándole la ropa a este chico que estaba hablándome de algo de lo que no me estaba enterando en absoluto.

Conseguí reconectar mis pensamientos y volver al momento y lugar en el que me encontraba. Me estaba contando las dos visitas que había tenido antes de recogerme. Todo estaba bajo control, eran visitas rutinarias, ese fue el resumen que saqué, suficiente para que pareciera que le estaba escuchando, cuando en realidad solo estaba prestando atención a ese acento y a esa sonrisa… ¿Era el chico más sexi del mundo o es que yo llevaba demasiado tiempo a dos velas? Es posible que un poco de ambas cosas. Intenté mantener la mente fría y alejar esos pensamientos dejando de mirarle como un perturbado y enfocando la vista en el frente.

La carretera por la que avanzábamos estaba en muy mal estado y la vieja furgoneta iba dando pequeños saltitos todo el tiempo. Él no paraba de hablar y de sonreír, y yo le miraba de vez en cuando, por una cuestión de educación, sin poder decir ni una palabra.

—¿Qué ha pasado ahí? —preguntó mirando a lo lejos y cortando la historia que estaba contando.

Miré yo también y vi un coche que se había salido de la carretera, como atrapado en un enorme charco de barro, y varias personas empujando. Detuvo la furgo a un lado, donde debería haber estado el arcén.

—Ahora vengo, voy a ver qué pasa.

Abrió la puerta de la furgoneta y bajó con un movimiento ágil. Se movía muy deprisa, parecía que no tocaba el suelo. Bajé la ventanilla y lo oí hablar en italiano con la gente que intentaba empujar el coche. Se quitó la camisa sin desabrocharla y vino trotando hasta mí. No creo que tardara ni dos segundos en llegar, pero lo vi acercarse a cámara lenta, como si fuese una de esas imágenes de los anuncios que solo buscan poner cachonda a la peña… Éxito rotundo, calentón máximo, mi reino por una ducha fría.

Se asomó por mi ventanilla y me tendió ese pedazo de tela que le quedaba mucho mejor en la mano que sobre su cuerpo.

—Cógemela, que no quiero mancharla —dijo con una sonrisa, y no pude evitar pensar en el comentario que habría hecho mi amigo Samu tras ese «cógemela».

—¿Os ayudo? —conseguí preguntar.

—No, que nos vamos a manchar, y tú vas muy guapo —contestó con un guiño rápido antes de volver corriendo donde estaban los demás.

En un par de empujones consiguieron sacar el coche. Piero les dio abrazos a todos y los otros se pusieron en marcha. Deseé por un momento haber echado una mano para llevarme yo también

un abrazo a pecho descubierto, pero casi mejor así. Tenía que alejar esas ideas de mi cabeza, o al menos reprimirlas lo suficiente para que Greta no se diera cuenta. Eso iba a ser difícil.

—Voy a ver si tengo agua ahí detrás —dijo al pasar junto a mi ventanilla.

Abrió el portón trasero y se puso a trastear. Yo bajé de la furgo y fui hasta él. Se había manchado mucho los pantalones y también el pecho y la espalda.

—¿Quieres la camisa? —le pregunté.

—Ahora, cuando me limpie un poco. Si llego a casa con la camisa manchada de barro, Greta se burlará de mí y dirá que soy un desastre —contestó con una risita.

Encontró un par de garrafas de agua, pero estaban vacías. Dijo algo que supuse que eran tacos en italiano y siguió buscando.

—Yo llevo agua. —Saqué una botella casi llena que había comprado en el aeropuerto.

—Oh, me salvas la vida.

Cogió un trapo que también parecía bastante sucio, lo mojó y empezó a frotarse el pecho con él. Miré hacia otro lado, como si estuviera admirando el paisaje, aunque era un secarral bastante feo.

—¿Me he manchado la espalda? —preguntó mientras se daba la vuelta.

—Sí, bastante.

—¿Me ayudas? —preguntó mientras me tendía el trapo.

—Claro. —Dejé la camisa sobre mi maleta, para que no se ensuciara, cogí el trapo y lo mojé.

Empecé a frotarle esa espalda perfecta e intenté concentrarme solo en las manchas de barro. Él se reía.

—Está fría.

—Lo siento.

—No es tu culpa —se rio—. Greta diría que es culpa mía por no estarme quieto o por no haber pasado de largo. *Me pone mucha caña*, ¿se dice así?

—Mejor *me da mucha caña* o *me mete mucha caña*… —expliqué.

—Eso, me mete mucha caña.

—No ha cambiado demasiado entonces —sonreí—. Despejado, ya no llevas barro en la espalda.

—*Grazie mille.* —Se giró otra vez con esa enorme sonrisa que parecía que llevara tatuada, ¿no era capaz de cambiar el gesto?—. El pantalón no va a haber modo de esconderlo, esto no tiene arreglo. —Tenía toda la razón, estaba hecho un asco. Intentó frotarlo con el trapo mojado, pero solo lo empeoraba.

—Está aquí mi maleta, ¿quieres uno mío?

—No hace falta, gracias. Solo vamos a pasar un momento por la oficina de correos y de ahí a casa. Me cambiaré cuando llegue.

—Claro.

Empezó a sonar el timbre de un teléfono en el interior de la furgo.

—*Oh, merda!* —exclamó antes de entrar al vehículo por el portón. Intentó localizar el sonido, pero dejó de sonar antes de que lo encontrara. Empezó de nuevo al momento. Se repitió lo mismo un par de veces más, hasta que lo localizó en el suelo, entre el asiento del conductor y la puerta.

Contestó la llamada y lo oí hablar muy rápido en italiano. Cuando colgó el teléfono, se dirigió a mí.

—Una urgencia —me explicó—. Una chica embarazada de treinta y siete semanas que dice que tiene contracciones. Es primeriza, seguramente no sean contracciones de parto, puede que

solo sean gases. ¿Me acompañas o te llevo a casa antes?

—Lo que tú prefieras —dije—. Lo que te venga mejor.

—A ver, estamos a mitad de camino. Más o menos a una hora de cada sitio: a casa de esta chica en esa dirección y a la nuestra por ahí —explicó mientras señalaba.

—Entonces, si me llevas antes a tu casa, tienes dos horas más de camino, ¿no? Llegarás a casa de la paciente dentro de tres horas…

—Eso es.

—Pues entonces igual es mejor que te acompañe, a ver si es una urgencia real y llegas tarde…

—Perfecto. Pues voy a dejarle un mensaje a Greta, para que sepa que nos retrasamos.

Llamó por teléfono y habló en italiano con un tal Francesco. Entendí algunas palabras sueltas de la conversación. Se giró hacia mí de nuevo.

—Ahora sí te voy a aceptar ese pantalón. Da muy mala imagen un médico con pinta de mendigo.

—Claro. —Abrí mi maleta y le pasé el primer pantalón vaquero que encontré—. ¿Te sirve este?

—Perfecto. Mil gracias —sonrió mientras se sentaba en el borde del maletero de la furgo y se quitaba las sandalias. Ya descalzo, se puso de pie y se bajó el pantalón.

Miré un momento sin querer (¿en serio? ¿Sin querer?) sus piernas y rápidamente me giré para darle la espalda. Soltó una carcajada.

—No hace falta que te gires, no tengo nada que no tengas tú también —se rio.

No se lo dije, pero claro que tenía cosas que yo no tenía. Él tenía el cuerpo del *David* de Miguel Ángel, y yo… Bueno, pues no. Yo estaba delgado, pero mi cuerpo ni estaba fibroso como el suyo ni era tan atractivo… Ni de coña, vamos.

—Es una cuestión de respeto y de intimidad —justifiqué todavía de espaldas a él.

Noté que ponía una mano en mi espalda y me habló cerca del oído.

—No necesito tanto respeto, yo espero que lleguemos a ser buenos amigos —susurró debido a la proximidad.

Me giré a mirarle y encontré su cara muy cerca de la mía, pero no se apartó. Me sonrió de esa manera suya tan hipnótica y di gracias a lo que fuera por haber sido siempre tan parado e inseguro y no haber dado jamás en la vida el primer paso, porque en ese momento me habría costado mucho no quitarle esa sonrisa de un mordisco.

—*Andiamo* —murmuró—. Que se va a hacer tarde.

Volvimos a subir a la furgo y nos pusimos en marcha.

LOUI

DOS

QUESO Y MERMELADA

El camino a partir de ahí era mucho peor. Seguimos un rato por una carretera igual de mala, pero enseguida nos desviamos por una de tierra. No estaba tan lejos, pero el acceso estaba en tan mal estado que tardamos aproximadamente la hora que él había vaticinado. Por suerte para mis hormonas, se había vuelto a poner la camisa, eso me hacía más fácil concentrarme en todo lo que me iba preguntando. Le estuve hablando de mi último año y de todos los viajes que había hecho. Me escuchaba con atención, sin dejar de sonreír en todo momento. Me hacía muchas preguntas, parecía muy interesado en lo que yo le contaba.

Llegamos por fin a una casa que formaba parte de una aldea de apenas cuatro o cinco viviendas más. Una mujer muy bajita, que no aparentaba más de cuarenta años, salió a recibirnos en cuanto oyó el ruido de la furgoneta (que no era poco). Iba toda vestida de negro, con un pañuelo en la cabeza también del mismo color. Hablaba a toda velocidad, parecía muy nerviosa. Piero le contestó en tono calmado mientras le pasaba un brazo por encima de los hombros y consiguió que se tranquilizara un poco. Me hizo un gesto para que bajara de la furgoneta y entrara con ellos en la casa.

Era la vivienda más humilde en la que yo había estado nunca. Llegué a preguntarme por un momento si tendrían electricidad, pero una bombilla pelada en el techo me sacó de dudas. La estancia era lo que hacía las veces de cocina y sala de estar. En el fondo de la habitación, sobre un colchón en el suelo, una chica de unos veinte años, visiblemente embarazada, se retorcía de dolor. A su lado, un chico de más o menos la misma edad le decía cosas muy deprisa, muy nervioso… No parecía estar ayudando. Piero se acercó primero a examinar a la chica y lo hizo callar a él con un gesto de la mano. Yo me quedé de pie junto a la puerta, buscando la manera de molestar lo menos posible.

Piero le hablaba con palabras dulces a ella mientras la examinaba. No tardó en levantarse y en decir algo en italiano.

—Está de parto —me informó—. Lo siento, esto se va a alargar más de lo previsto.

—No pasa nada —contesté—. Lo importante es que has llegado a tiempo y que todo salga bien.

El chico jovencito entró en pánico y empezó a farfullar en su idioma a mucho volumen. Piero se le acercó y le cogió la cara con las dos manos. A continuación, pegó su frente a la de él y le habló en tono calmado y en voz baja. Yo no entendía nada de lo que decían, pero era evidente que estaba consiguiendo tranquilizarlo. Tras intercambiar unas pocas palabras, el chico se fue de la casa. Pensé entonces que el momento de hacía un rato que me había parecido tan íntimo, en él era normal. No parecía tener mucho respeto por el espacio personal ajeno, simplemente él era así. Eso me tranquilizó bastante.

La señora de negro dijo algo y Piero le contestó.

—Va a preparar algo de comer —me explicó—. No sabemos lo que se puede alargar. Lia, ahí donde la ves, tan joven y tan fastidiada ahora mismo, hace la mejor confitura que has probado en tu vida… Y el queso que hace su madre, Nicoletta, es legendario… Ya verás qué bueno todo.

La señora de negro, Nicoletta, puso la mesa con rapidez y dejó varios botes de mermelada casera abiertos. También varios tipos de queso entre los que elegir. Piero aprovechó ese momento para volver a la furgo y coger unas bolsas que supuse que serían sus cosas de médico. Nicoletta me dijo algo justo cuando Piero entraba de vuelta por la puerta y yo no era capaz de contestar porque no había entendido una palabra.

—*È spagnolo, non ti capisce* —le dijo a la señora—. Que te sientes a comer algo, dice —añadió dirigiéndose a mí—. No se te ocurra rechazarlo, que se ofenderá. Ahora voy yo también.

Me senté a la mesa mientras él se acercaba a la chica y le daba indicaciones con voz suave. Luego vino a mi lado y la señora fue a hacerle compañía a su hija.

Piero no mentía, el queso y la mermelada eran espectaculares.

—¿Qué le pasaba al chico de antes? —le pregunté.

—Pánico —contestó sin dejar de comer—, nervios… Es normal, no tiene ni veinte años. Está muy enamorado de Lia y tiene miedo de que le pase algo.

—Pero todo va bien, ¿no?

—Sí, sí, va todo estupendo, pero es una reacción muy habitual, más de lo que creerías…

—¿Tú también estabas tan nervioso cuando era Greta la que estaba así? —le pregunté.

—Yo estaba peor —se rio—. Pero mejor que esa historia te la cuente ella primero.

—Claro, perdona, no quería ser indiscreto. —Noté que me ponía rojo.

—No pasa nada, solo es que sé que hay cosas que Greta preferirá contarte ella misma. Luego ya podré contarte mi versión, si quieres.

—Claro —asentí sin entender muy bien a qué se refería, pero fingiendo que sí. Sentí que había preguntado algo inadecuado, pero no entendía por qué. Aun así, él seguía sonriendo y siendo amable, no parecía haberse molestado.

Continuamos comiendo un rato más sin decir demasiado. Me incomodaba el silencio, pero tampoco quería parecer inoportuno con mis preguntas, y no se me ocurría nada que contarle que le pudiera interesar.

—Voy a avisar a Greta de que está de parto, que no tenemos hora de vuelta.

—Claro.

Volvió a llamar al tal Francesco y a decirle algo que de nuevo no entendí. Cuando terminó de hablar, sacó un pañuelo blanco de su bolsa y se lo puso en el pelo antes de volver con la pobre chica, que se retorcía de dolor.

Era ya media tarde y la luz que entraba por las ventanas creaba unos contrastes interesantes.

—Perdona, Piero, ¿crees que les importará que haga algunas fotos?

Él les preguntó a las chicas y ellas le contestaron algo y me sonrieron con amabilidad. Bueno, eso la madre, la hija no pudo cambiar la cara de sufrimiento que tenía.

—Ningún problema, fotografía lo que quieras. Luego les haremos llegar alguna foto, si te parece.

—Claro, perfecto.

Saqué la cámara y estuve entretenido un buen rato. Hice fotos de cada rincón de la casa. La decrepitud era evidente, pero como fotografía artística algunas podían quedar espectaculares.

También hice alguna de las chicas de la casa y alguna que otra a Piero, no voy a mentir. Estaba muy concentrado y no me prestaba atención. Luego le daría las fotos a Greta, para eso las sacaba, o al menos eso me decía a mí mismo.

Durante un rato, Piero se puso detrás de la chica y la hizo apoyarse en su pecho. Colocó sus manos a los lados de la barriga y le fue acompañando en las respiraciones. Estaba claro que era muy propenso a tocar a la gente y a no guardar las distancias. Siempre había envidiado a la gente que se tocaba y abrazaba con naturalidad, yo había sido toda la vida muy rígido para eso.

Cuando cayó la noche, la señora Nicoletta volvió a sacar algo para comer. En esta ocasión algún tipo de guiso de verduras. Piero dejó un rato a la chica con su madre y vino a sentarse conmigo.

—Perdona, se está alargando mucho —se disculpó en voz baja—. Suele pasar con las primerizas… Me sabe fatal que pases así tu primer día aquí.

—No te preocupes, esto es más importante, y tampoco es que vaya a estar un par de días solamente… Además, he hecho algunas fotos que me pueden servir para la exposición que tengo en otoño. Ha sido tiempo bien invertido.

—¿Sí? Me alegro, ya me las enseñarás. El caso es que lo mismo le puede quedar una hora que ocho, con estas cosas nunca se sabe.

—Bueno, por mí no te preocupes. No tengo prisa.

—Genial entonces —volvió a sonreír.

Terminamos de cenar y Piero volvió a sustituir a la señora de negro, que se fue a trastear a la habitación de al lado. Yo me quedé sentado a la mesa revisando todas las fotos que había hecho esa tarde. Volvió a aparecer el chico nervioso de por la mañana, algo más calmado, y Piero habló con él en tono tranquilo. Luego le enseñó a colocarse como estaba él hacía un rato y vino a mi lado.

—¿Qué tal? ¿Agobiado?

—No, estaba revisando las fotos que he hecho antes —contesté.

—¿Puedes verlas? —preguntó sorprendido.

—Sí, las he hecho con la cámara digital, tiene una pantalla.

—He oído hablar de esas cámaras, pero nunca he visto una… ¿Me las enseñas?

—Claro.

Giré un poco la cámara para que las viera conmigo mientras iba pasando las fotos, y él acercó mucho su cabeza a la mía para verlas mejor. De nuevo me inquietaba tenerlo tan cerca, pero me obligué a recordarme que eso en él era normal, que lo hacía con todo el mundo.

—Me parece magia que se puedan ver las fotos al momento —murmuró a un volumen muy bajo—. Tiene que valer mucho dinero esta cámara.

—Bueno, sí, supongo que sí —dije un poco avergonzado por haber sacado una cámara que probablemente costaba más que todo el mobiliario de esa habitación.

—Claro, que me dijo Greta que eres millonario, no me acordaba. —Sonrió y me miró de reojo.

—Greta es una exagerada con eso —contesté un poco a la defensiva—. No soy millonario. Mis padres tienen mucho dinero, pero es suyo, no mío, y tampoco son millonarios.

—No te enfades, no quería molestarte, perdona. —Sonrió de nuevo—. Se me olvida que nos acabamos de conocer. Piensa que he oído hablar mucho de ti y yo enseguida cojo confianza. Si

me paso, me lo dices, ¿vale?

—No me he enfadado —contesté—. Lo siento si lo ha parecido.

—Perdonados los dos, entonces. —Me guiñó un ojo.

La señora de negro salió de la habitación de al lado y dijo algo en italiano.

—*Grazie, Nicoletta* —contestó Piero enseguida.

Ella sonrió y se acercó a ver a su hija.

—Nos ha preparado la cama por si queremos descansar un rato —me explicó. Debí de poner cara de pánico porque noté que aguantaba la risa—. Tranquilo, acuéstate tú, yo me quedo por aquí con ellas.

—No, no, acuéstate tú, que tendrás que descansar.

—No te preocupes, yo me voy a quedar despierto por si pasa lo que sea, en serio, estoy acostumbrado a esto. Descansa, que llevas un día de locos, ¿se dice así?

—Sí —me reí—, de locos. Vale, pues me voy a tumbar un rato, así también les dejo intimidad, que tener a un desconocido aquí en un momento tan íntimo les resultará incómodo.

—No te preocupes por eso, son muy hospitalarias. Pero acuéstate, que has tenido un día largo.

Le hice caso y me fui a la habitación. Era tan austera como el resto de la casa. Había una cama de matrimonio más pequeña que la que tenía yo en mi habitación. El resto del mobiliario era escaso y viejísimo. Me quité las zapatillas y me tumbé en la cama vestido, no me parecía lógico salir a por la maleta y ponerme el pijama. Me tapé un poco con una manta que había a los pies de la cama y me puse a leer un libro que llevaba en la bolsa de la cámara. No tardé mucho en quedarme dormido.

TRES

LA PRIMERA FOTO DE SU VIDA

Me despertó el llanto de un bebé, era noche cerrada. Me asomé a la otra habitación y la imagen era muy diferente a cuando había salido de ahí. La joven madre parecía exhausta, pero tenía cara de satisfacción y un bebé sobre su pecho. A la señora de negro se la veía emocionada, y hasta el chico jovencito estaba ya tranquilo. Piero estaba sudado y pringoso. Su camisa blanca estaba manchada de sangre y de algún otro pringue que no identifiqué.

—Qué bien, estás despierto —susurró—. ¿Quieres hacerle a una persona la primera foto de su vida? —preguntó con una sonrisa.

—Claro. —Me froté los ojos antes de ir a por la cámara.

Le hice unas cuantas fotos a la recién nacida. Era una sensación nueva. Nunca había tenido un bebé tan cerca, pero mucho menos a uno con tan poco tiempo de vida. Fotografié todo lo que quise, fue algo muy emocionante. Sentí estar formando parte de un momento mágico en la vida de alguien, pero a la vez me sentía un intruso que no pintaba nada ahí. Me abstraje detrás de la cámara y me convencí pensando que tener buenas fotos de un momento tan especial lo compensaba para ellos.

Piero se quitó el pañuelo del pelo. Tenía cara de cansado. Le dio un abrazo al chico y le dijo algo en italiano. Luego hizo lo mismo con la señora Nicoletta. Por último, se agachó junto a la chica, le susurró algo muy bajito y le dio un beso en la frente.

—Vuelve a la cama —me dijo a mí—. Yo voy a darme una ducha. Nos iremos por la mañana, ¿te parece bien?

—Claro —contesté.

—¿Crees que podría abusar un poco más de tu maleta? —preguntó sonriendo, como siempre.

—Claro, coge lo que quieras.

—Dámelo tú, no quiero hurgar entre tus cosas.

—Solo hay ropa, en serio, coge lo que quieras.

—Vale —contestó antes de salir de la casa.

Yo volví a la habitación y me tumbé de nuevo en la cama. Revisé las fotos que acababa de hacer, la emoción del momento me había desvelado un poco. No tardó en llegar Piero, recién duchado, con una camiseta mía y otro pantalón diferente al que le había dejado por la mañana, pero también mío. Pensé entonces en su ropa interior, en si habría tenido que recurrir a la mía también… Mi mente se debatía entre la vergüenza de pensar que había estado trasteando entre mis calzoncillos, el morbo de pensar si los llevaría puestos y la fantasía de imaginarlo sin ellos.

—No hay más habitaciones —dijo al entrar—, pero no te preocupes, intentaré no molestarte, y creo que no ronco —se rio.

No pude evitar ponerme un poco nervioso. Él cogió una manta bastante gorda que había

sobre una silla, la extendió en el suelo y se tumbó encima.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Intentar no molestarte —sonrió.

—No vas a dormir en el suelo —le dije flipando un poco.

—No te preocupes, no es la primera vez. Además, estoy tan cansado que me podría dormir de pie.

—Puedo dormir yo en el suelo —le dije muy convencido.

—Estoy seguro de que no has dormido en el suelo en tu vida.

—Pues la verdad es que no, pero puedo hacerlo.

—Greta no me lo perdonaría si te hago dormir en el suelo —dijo con esa sonrisa que parecía no quitarse nunca de la cara.

—Podemos compartir la cama, si quieres —sugerí con inseguridad—. Si no te resulta violento, supongo que Greta te ha contado que soy… —Esperaba que terminara él la frase, me daba mucho palo hablar de ciertas cosas con un desconocido.

—¿Un buen amigo? ¿Una persona maravillosa? ¿Un chico estupendo? Sí, me ha dicho todo eso —asintió.

—No… gay —titubeé un poco.

—Ah, sí, también me ha dicho eso. —Volvió a sonreír y a asentir con amabilidad.

—Pues eso, que no te he dicho lo de compartir la cama con ninguna intención. No te sientas amenazado.

—No me siento amenazado —sonrió y negó con la cabeza.

—Vale, pues te hago sitio, si quieres. —Me aparté todo lo posible hacia un extremo del colchón.

Vino hasta la cama y se tumbó en el otro lado. Aun así, como era tan pequeña, estábamos muy cerca.

—Intentaré no molestarte —dijo—. Creo que antes me he cogido demasiada confianza. Perdona si te he hecho sentir incómodo.

—Está bien, no pasa nada —conseguí decir. Su cuerpo parecía tirar de mí como un imán, o igual solo era ese viejo colchón hundido por el centro. El caso es que algo me atraía hacia él… Mis ganas, seguramente.

—A veces me paso de cariñoso. Estoy acostumbrado a dormir acompañado. Si me abrazo a ti dormido, puedes darme una patada, no me enfadaré —dijo volviendo a sonreír—. ¿Tú haces algo raro cuando duermes?

—No sé, yo siempre duermo solo. Solo dormí una noche con Greta y otra con Marc… Marc es un amigo de la pandilla, no sé si Greta te ha hablado de él.

—Greta me ha hablado de Marc, sí —confirmó medio riéndose—. Me ha hablado muuuuucho de Marc, en realidad. Yo mismo hablé con él una vez por teléfono.

—Claro, es verdad, me lo contó.

—¿Cómo está?

—Bien, está bien —contesté. No sabía cuánto le había contado Greta y ella no sabía lo que Marc me había contado a mí. No quería meter la pata.

—Me alegro. El tiempo lo cura todo. Vamos a dormir. —Apagó la luz.

Un par de minutos después, lo oí respirar profundamente. Yo tardé bastante más en caer. Me quedé tumbado bocarriba y mis ojos no tardaron en acostumbrarse a la oscuridad. Me volví a mirarlo. Él estaba de lado, girado hacia mí. Su olor a recién duchado lo envolvía todo. Malditas feromonas, me estaban haciendo polvo. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Me

aterraba la idea de que se despertara de repente y me pillara mirándolo, debía de parecer un acosador, pero no podía alejar la vista de sus labios, que se movían levemente al ritmo de su respiración. Un rizo le caía por la frente y rozaba uno de sus párpados, que escondían esos ojos azules que ya me había aprendido de memoria en solo un día. Me sentí tentado de apartarlo de su cara, pero no me atreví a tocarlo por si se despertaba.

Empezó a respirar de modo más profundo y me quedé embobado viendo cómo se le abrían las aletas de la nariz, esa nariz recta y perfecta, con cada inspiración.

Emitió una especie de gruñido y se llevó una mano a la cara para apartarse el pelo. Me di la vuelta rápidamente por si se despertaba. Al encontrar la posición, ya de espaldas a él, noté su cuerpo pegado al mío. ¿Se había movido él en sueños o había calculado yo mal el espacio para mi maniobra? La distancia que me separaba del borde del colchón no era ni de un palmo, pero barajé la idea de acercarme al límite todo lo posible para dejar algo de distancia entre nosotros. Solo pude pensarlo porque, antes de que me diera tiempo a hacerlo, él me pasó un brazo y una pierna por encima.

Pegó su nariz a mi cuello y lo oí gemir y murmurar en sueños. Dijo una frase muy larga en italiano de la que solo entendí la primera palabra, *Greta*, y la última, *sexi*.

Movió entonces el brazo que tenía sobre mí y deslizó una mano por debajo de mi camiseta. Se me cortó la respiración y la temperatura de la habitación subió unos cincuenta grados. Me acarició el vientre y se pegó más a mí mientras farfullaba algo en su idioma. Si la situación se hubiera alargado unos minutos más, creo que me habría corrido solo con eso, pero, por suerte y por desgracia, se separó de golpe y me envolvió un aire frío. Me quedé muy quieto y en completo silencio sin atreverme a girarme. No me moví ni un centímetro, me quedé inmóvil en esa posición hasta que me quedé dormido.

Me despertó el sol golpeándome en la cara. Abrí los ojos, estaba solo en la cama. No se oía nada en la habitación contigua. Cuando salí, Piero estaba sentado a la mesa desayunando. Se llevó un dedo a los labios indicándome que no hiciera ruido y señaló con la cabeza el rincón donde la joven madre y el bebé dormían. Me invitó con otro gesto a sentarme a su lado. Obedecí y me acomodé junto a él en silencio.

Cuando estábamos acabando de desayunar, llegó la señora Nicoletta con el padre del bebé. Ella traía una cesta bastante grande, él varios sombreros de paja adornados con flores secas. El bebé se despertó y la madre lo hizo inmediatamente después. Comenzó a darle el pecho y la niña dejó de llorar al momento.

—Cuando estés listo, nos ponemos en marcha —me dijo Piero.

—Cojo la cámara y estoy —contesté.

Salí del dormitorio con la bolsa al hombro y vi que Piero sostenía la cesta que había traído Nicoletta. Estaban discutiendo. Parecía que ella intentaba darle dinero y él lo rechazaba. Finalmente pareció ganar Piero la discusión. El chico empezó entonces a decirle algo mientras le enseñaba los sombreros. Él eligió uno de los más pequeños, que tenía unas flores diminutas de color rosa alrededor.

—Se ha empeñado en que me lleve uno —me explicó—. Este le va a encantar a mi chica —añadió con su sonrisa habitual.

—¿Greta con un sombrero de flores rosas? —me reí—. Sí que ha cambiado…

—No, no es para Greta —contestó con una carcajada—. Es para Gina.

—Claro, eso me cuadra más. —Me sentí un poco tonto por no haber pensado en su hija.

Nos despedimos de todos, volvimos a la furgoneta y nos pusimos en marcha, ahora sí, camino de su casa.

CUATRO

GRETA

En el viaje de vuelta fui más relajado. Ya tenía algo más de confianza con él y había decidido no pensar en todo lo que me había inquietado el día anterior. Fuimos hablando todo el camino. Era muy divertido escuchar sus historias y él parecía muy interesado en las mías.

—No le has cogido el dinero —dije en un momento de silencio.

—Claro que no —se rio—. No se lo pueden permitir.

—¿Trabajas gratis? —pregunté.

—No es un trabajo, es una ayuda. A veces sí que cobro, depende del caso —me miró brevemente sonriendo—. Además, me ha dado una cesta de quesos y confituras, eso vale oro puro.

—Supongo —me reí.

No quise hacer ningún comentario más al respecto. No terminaba de entender que trabajara tantas horas sin cobrar, pero no quería parecer un materialista.

Cuando llegamos a un pueblo bastante más grande que todos los anteriores que habíamos atravesado, paró frente a la oficina de correos y volvió al momento con unas cartas. Eran apenas cuatro o cinco, pero entre todas las de tamaño normal, destacaba un sobre rosa más grande que reconocí enseguida. Yo había recibido uno igual hacía unas semanas.

—Greta y su manía del apartado de correos —murmuró—. Qué cabezota es…

Apenas quince minutos después, aparcó frente a una casita de color azul claro y ventanas blancas.

—Hemos llegado —dijo con cara de satisfacción—. Bienvenido a nuestro hogar.

Bajamos de la furgo y metimos mi equipaje y la cesta de comida dentro de la casa. Era bastante modesta, aunque estaba mejor cuidada que la vivienda de la que veníamos, y decorada con más mimo. La estancia a la que se entraba hacía también las veces de sala y cocina. Había tres puertas blancas cerradas y una cortina que parecía cubrir el acceso a otra habitación. También una puerta de cristal que daba a un jardín trasero.

—¡Estamos en casa! —gritó Piero después de dejar la cesta y las cartas sobre la única mesa de la sala.

—¡Piero! —gritó la niña al aparecer por detrás de la cortina y corrió hacia él, que se agachó con los brazos abiertos y, en cuanto ella lo alcanzó, la levantó en brazos.

—Gina, este es Loui, un amigo de mamá de España. Con él tenemos que hablar en español.

—Vale —contestó ella sonriéndome con un gesto que me resultó muy familiar, pero que no era de Greta. En ese momento no lo identifiqué.

No me dio tiempo a reaccionar, al momento apareció Greta por la misma cortina. Estaba más morena que de costumbre, llevaba un vestido blanco muy *hippie* y un pañuelo en el pelo. Sonrió en cuanto me vio y vino corriendo hacia mí. Me abrazó muy fuerte y me dio un montón de besos.

—Ay, Loui, no sabes cuánto te he echado de menos —dijo muy bajito.

—Y yo a ti, Greta —contesté devolviéndole el abrazo.

Nos quedamos así durante un momento. Cuando nos separamos por fin, ella me miró muy sonriente. Piero le puso el sombrero a la niña, que empezó a dar saltos.

—Voy a verme en el *specchio* —dijo antes de salir corriendo hacia una de las habitaciones cerradas.

Piero se acercó a Greta y le dio un beso en la mejilla.

—*Buongiorno, bella*, ¿te llegaron mis mensajes?

—Sí, claro que me llegaron tus mensajes, cabrón. Podías haber llamado a Loretta o a la señora Rossi, no hacía falta mandarme a Francesco…

Piero soltó una carcajada.

—Seguro que él vino encantado…

—Sí, pero yo no —se rio ella—. No me vuelvas a hacer algo así… ¿Cómo ha ido? ¿Todo bien? ¿Sin complicaciones?

—Sin complicaciones. Todo perfecto —asintió Piero.

—¿Quién era? —preguntó Greta.

—Lia.

—Oh —dijo ella con una gran sonrisa—, ¿qué te han dado?

—Confitura y queso.

—Mmm… qué bien. A ver si esta vez conseguimos que nos dure más de dos días…

—Seguro que sí, me han dado un montón —se rio Piero.

—Perfecto —dijo Greta—. ¿Niño o niña?

—Niña.

—Qué guay, seguro que están encantadas.

—Sí —confirmó él—. Y Loui le ha hecho un montón de fotos a la niña, seguro que son geniales.

—Oh, qué detalle tan chulo —dijo Greta—. Se las haremos llegar, ¿no? —añadió dirigiéndose a mí.

—Claro —contesté.

—¿Y esa ropa? ¿Llevas ropa de Loui? —le preguntó a Piero antes de dirigirse a mí de nuevo —. ¿Se ha puesto en modo exhibicionista? ¿Se ha despelotado sin venir a cuento? ¿Te ha hecho sentir incómodo?

Le dio una palmada muy fuerte a Piero en el brazo y él se rio.

—No, no —aseguré yo un poco nervioso—. Solo se manchó un par de veces… Le ofrecí yo la ropa…

—Claro, claro, qué oportuno —Greta se rio. Piero se reía también. Yo no entendía nada.

Se acercó a ella, le cogió el brazo con las dos manos y se lo apretó fuerte mientras murmuraba algo en italiano con una enorme sonrisa. Greta soltó una carcajada y le respondió algo también en italiano. La niña volvió al momento.

—¡Piero, Piero! ¿Jugamos a algo? —preguntó.

—Claro, en la tienda —contestó él—. Así dejamos a mamá y a Loui que hablen de sus cosas y se pongan al día.

—Vale —dijo la niña—. Mami, voy con Piero a la tienda.

Greta asintió y los dos desaparecieron por detrás de la cortina por la que habían aparecido ellas hacía un momento.

—¿Qué tal? —me preguntó cuando nos quedamos solos—. Siento que te hayas comido ese marrón nada más llegar. Vamos al sofá.

—No pasa nada. Ha sido interesante —contesté mientras la seguía y me sentaba a su lado.

—Bueno, ¿qué te ha parecido Piero? —preguntó sonriente.

—Parece muy buen tío, eres una chica con suerte.

—Sí —se rio—, mucha suerte… Sé que es demasiado efusivo… ¿Te ha hecho sentir incómodo?

—No, qué va —mentí por si eso creaba un conflicto entre ellos—. Ha sido muy amable.

—A veces se pasa de amable —volvió a reírse ella.

—Oye, una pregunta, ¿por qué la niña lo llama Piero? —pregunté sintiéndome un poco cotilla, pero ahora era Greta, aunque hacía años que no la veía, seguía siendo la misma, a ella podía preguntarle las cosas.

—Porque se llama Piero —contestó—. ¿Cómo quieres que lo llame?

—No sé, *papá*, a ti te ha llamado *mami*…

—Siempre tan observador —sonrió—. A mí me llama *mami* porque soy su madre, pero Piero no es su padre, por eso no lo llama así.

—¡¿Qué dices?! —grité con un gallo involuntario—. ¡¿Cómo que no es su padre?!

—Como que no lo es —dijo ella aguantando la risa—. A ver, realmente nunca he dicho que lo fuera. Sé que, tal como lo conté, debió parecerlo, era mi idea, lo confieso, pero es un poco complicado… Por eso te hice prometer que no contaras nada, no quiero que nadie lo sepa todavía… Me fui de España ya embarazada, por eso no he vuelto… No me preguntes quién es el padre, por favor, lo contaré cuando sea el momento…

—¡Joder! —grité sin poder controlar el volumen y me puse de pie como un reflejo—. Si te fuiste de España embarazada ¡es de Marc!

Se quedó blanca y me miró con cara de pánico.

—¿Por qué piensas que es de Marc? —preguntó flipadísima.

—Porque él me contó lo vuestro después de que te fueras… No creo que, estando liada con él, te liaras con nadie más.

—Joder, no, claro que no me lie con nadie más… No pensaba que te lo hubiera contado…

—Lo presioné mucho, estaba fatal, necesitaba hablar con alguien, pero no se daba cuenta… No sabes cómo lo ha pasado estos años, no tienes ni idea.

—No quiero saber. —Agitó las manos.

—Pues tienes que saber, no has sido justa con él. —Le cogí una de las manos y me senté en la mesa bajita que había delante del sofá.

—No sabes todo lo que me dijo, tenía que alejarme de él —dijo mientras empezaba a temblarle la voz y negaba con la cabeza.

—Sí sé todo lo que te dijo y se merecía un par de hostias con la mano abierta, pero creo que ya ha cumplido su castigo… Tía, que han pasado más de tres años… Que no sabe que tiene una hija, es muy fuerte…

—¿No se lo imagina? ¿No se le ha ocurrido en ningún momento que sea suya? He mandado muchas fotos… —preguntó como si estuviera a punto de llorar.

—No, ni lo habrá pensado, eso no se le ha ocurrido a nadie… La niña es igual que tú.

—Qué va, tiene un montón de cosas de él.

—Pues esas cosas no se ven en las fotos, o no se ven si no las buscas, no sé.

—Ya —dijo empezando a respirar muy deprisa—, he esperado demasiado… Al principio iba a abortar, luego no lo hice, pero tampoco se lo dije por si él intentaba convencerme de que lo hiciera, y porque tampoco quería hablar con él… Y luego esperaba la ocasión para ir a España, aunque fuera de visita, pero, por una cosa o por otra, lo he ido dejando y sin darme cuenta han pasado más de tres años…

—¡Pero se lo tienes que contar!

—Lo sé, y se lo contaré, aún no sé cuándo, pero lo haré… —Cada vez respiraba más deprisa, parecía que le fuera a dar algo chungo.

—Has esperado demasiado, tiene derecho a saberlo. Tía, ¡tres años y medio! Llámalo ya mismo.

—No, no, ni de coña, no puedo decírselo por teléfono, tiene que ser en persona.

—Pues llámalo igualmente, se lo debes, aunque no se lo cuentes todavía, pero habla con él.

—No, no, a Marc no puedo mentirle, no lo he hecho nunca. Y no puedo llamarlo después de más de tres años estilo «Hola, ¿qué tal?».

—Pues vuelve conmigo, de visita aunque sea, y hablas con él y se lo cuentas todo.

—Y ¿qué coño le digo después de todo este tiempo? Me va a odiar más todavía. —Se tapó la cara con las manos.

—No te odia —contesté con voz suave intentando tranquilizarla—. Los primeros meses estuvo muy cabreado, estaba insoportable. Luego, cuando lo sacó todo fuera, se hundió, se hundió en la mierda más absoluta, no te voy a engañar, pero ahora está bastante bien. Sigue echándote de menos, estoy seguro, pero parece que lo lleva mejor. Tiene un trabajo de dibujante, que le encanta, y una novia estable. Es feliz. Bueno, está un poco como anestesiado, pero es más o menos feliz, está mucho mejor.

—¿Tiene novia? —preguntó quitándose las manos de la cara—. ¿Van en serio?

—Dentro de lo «en serio» que puede ir Marc, ya lo conoces. Pero llevan como un año, supongo que sí, que van en serio.

—¿Un año? —Abrió mucho los ojos—. Marc nunca ha estado tanto con una chica —añadió respirando con dificultad.

—Ya, bueno, pero ya te digo que ha cambiado bastante.

—Joder, un año —dijo casi gritando y empezando a llorar.

Miré hacia la cortina, no sabía qué había detrás, ni a qué distancia estaba Piero, pero me daba miedo que la oyera llorar por otro.

—Shhhh, calma —susurré mientras le pasaba las manos por los brazos—, que te va a oír Piero.

—¡Ay, Piero! —gritó con un sollozo.

Al momento él se asomó por detrás de la cortina. Se le descompuso la cara cuando la vio así. Se acercó a nosotros rápidamente y se sentó junto a ella en el sofá.

—Tiene novia —lloriqueó ella escondiendo la cabeza en el pecho de él—, desde hace un año —añadió con un sollozo.

—Pues claro, *bella*, eso era lo que querías, ¿no? Tienes que dejarle que pase página —murmuró Piero mientras le acariciaba el pelo y le daba un beso en la cabeza—, como deberías hacer tú.

Yo los miraba flipando. O tenían una relación muy abierta o él era comprensivo en exceso. La niña nos miraba a todos desde la cortina con cara de asustada.

—Loui, ¿puedes quedarte en la tienda un momento con Gina? No quiero que vea así a su madre.

—Claro. —Me puse de pie rápidamente y fui hasta la niña.

CINCO

GINA

Lo que había tras la cortina era como otra habitación de la casa, pero bastante más grande y abierta a la calle. Tenía un mostrador y un montón de artículos a la venta, casi todos de bisutería. Quería quedarme junto a la cortina para enterarme de lo que pasaba, pero era más importante cumplir lo que me había pedido Piero y alejar a la niña de ahí. Pasé a la tienda y Gina me siguió.

—¿Qué le pasa a mamá? —preguntó.

—No es nada —dije en un intento de quitarle importancia—. Creo que solo echa un poco de menos España.

—¿Tú vives en España?

—Sí —asentí.

—Como mi papá… ¿Eres tú mi papá?

—No, yo soy amigo de tu mamá, pero no soy tu papá.

—Y ¿lo conoces?

Dudé un momento sin tener claro qué responder, no sabía cuánto le había contado Greta a su hija.

—No sé, ¿cómo se llama? ¿Lo sabes? —le pregunté para comprobar qué sabía la niña sobre su padre.

Ella negó con la cabeza.

—Entonces no puedo saber si lo conozco. —Me encogí de hombros. Me sabía mal mentirle, pero no podía contarle yo más de lo que le hubiera contado su madre.

—Jo —dijo Gina enfurruñándose un poco. Se subió a una especie de cajón bastante grande que había tras el mostrador y desde el cual le quedaba a una altura normal. Cogió un lápiz y empezó a hacer rayajos en un papel, parecía entre enfadada y decepcionada.

Me quedé mirándola un momento. La forma de arrugar las cejas mientras se concentraba en el papel me recordó mucho a la de Marc cuando dibujaba.

—*Buongiorno, Gina* —saludó un *hippie* que acababa de entrar por la puerta. Era un chico alto y bastante guapo, aunque tampoco en exceso. El pelo suelto castaño oscuro le llegaba a media espalda. Tenía los ojos claros y una barba algo descuidada.

—*Buongiorno, Francesco* —respondió la niña con una sonrisa. Desde luego, con ese gesto, no había ninguna duda de quién era su padre.

Intercambiaron un par de frases en italiano de las que solo pillé palabras sueltas como *mamma* o *Piero* y él le dio a Gina una cajita de cartón no demasiado grande.

—*Grazie* —dijo ella sonriendo de nuevo.

El tipo me miró con cierta desconfianza y me dijo algo en italiano que no entendí. La niña contestó por mí y dijo algo de lo que solo identifiqué *spagnolo*. El chico asintió bastante serio y

le preguntó algo más a Gina con una sonrisa. Ella negó con la cabeza y él volvió a asentir.

—*Ciao, Gina* —dijo mientras se marchaba.

—*Ciao, Francesco* —respondió ella.

Abrió la caja antes casi de que el tipo saliera por la puerta.

—¿Quieres chocolate? —preguntó cogiendo una chocolatina de la caja y metiéndosela en la boca—. Francesco hace *il miglior cioccolato* del mundo mundial —añadió sin vocalizar demasiado por tener la boca llena.

—Claro. —Cogí una yo también. No sabría decir si era el mejor chocolate del «mundo mundial», pero sí que se acercaba bastante.

—Siempre me trae chocolate. —Se metió otra en la boca—. *Quiebe fer* el *nofio* de mi mamá. *Fi* ella le *dijeba* que *fí tenfríamos docolate fueno* todo el *frato* —añadió con palabras pastosas por el chocolate que se le pegaba a los dientes. Me costó entenderla, pero más me costó asimilar lo que quería decir.

¿El tipo rondaba a Greta y Piero se lo mandaba para que le entregara mensajes? Igual era un juego entre ellos, aun así, me pareció algo demasiado delicado. Admiré por un momento la seguridad de Piero para hacer algo así, pero a la vez me pareció cruel que jugara con los sentimientos (o lo que fuera) de ese chico.

—Pero tu mamá ya tiene novio. No puede decirle que sí.

—Mi mamá no tiene novio. —Ella negó con la cabeza.

—¿Cómo que no? Piero —solté algo sorprendido. Al momento me arrepentí, igual la niña no lo sabía, pero me costaba creerlo, llevaban juntos desde antes de que ella naciera.

—Piero no es novio de mamá —se rio ella agitando una mano—. ¡Mi mamá es una chica! A Piero solo le gustan los chicos… ¿A ti te gustan los chicos o las chicas? —preguntó con toda la naturalidad del mundo.

—Nn… no entiendo —dije totalmente sincero. Intentaba deducir si era cierto lo que acababa de decir la cría. Si eso era verdad, todo empezaba a tener mucho más sentido.

¿No eran pareja? ¿Piero era solo un amigo gay? Comencé a sudar, de pronto me sentía muy incómodo por estar ahí.

—Que si te gustan los chicos o las chicas —insistió la niña—. Para novios.

—Los… los chicos —contesté con un poco de temblor en la voz.

—Eso es muy guay —dijo Gina—. Podrías ser novio de Piero. Es muy bueno y muy guapo. ¿Tú eres bueno? —preguntó entornando los ojos.

—Creo que sí —dije todavía con voz insegura.

—Vale, entonces sí. Y ¿te gusta Piero? Él me ha dicho que eres muy guapo y que le gustas *molto*.

No supe qué contestarle a la pequeña celestina que me estaba interrogando. Solo quería salir de ahí. Me daba muchísima vergüenza la idea de volver a mirar a Piero a la cara. Tenía que hablar antes con Greta para asegurarme bien de qué iba todo eso. Oí una carcajada suya a mi espalda y me giré como si tuviera un resorte. Piero y Greta acababan de atravesar la cortina y se habían quedado parados. Greta, con la cara congestionada de haber llorado, se reía mucho. Piero estaba serio y con la cara teñida de rojo.

—*Gina, era un segreto!* —le dijo a la niña y ella se tapó la boca con la mano.

—Eso es el karma, chaval. —Greta le dio una palmada en el brazo sin dejar de reírse.

Me quedé congelado un momento, no sabía cómo reaccionar. Fueron un par de segundos en los que Greta no paraba de reírse y Piero agachó la cabeza para mirar al suelo. Finalmente me acerqué a Greta, la cogí del brazo y la arrastré hacia la habitación de al lado.

SEIS

NO TE VAYAS

Tiré de Greta hasta el extremo de la sala más alejado de la cortina.

—Explícame de qué va esto —exigí en un tono de voz muy firme que no había usado nunca con ella.

—Perdona, perdona —dijo ella intentando no reírse—. Te juro que te lo iba a contar lo primero, pero has sacado antes el tema del padre de la niña y se nos ha ido de madre la conversación.

—Bueno, pues cuéntamelo ahora.

—No hay mucho más que contar… ¿Qué quieres saber? Creo que Gina ya lo ha largado todo… Piero es gay, no es mi pareja, no hay más.

—Me has mentido, tía, no mola —dije negando con la cabeza.

—No he mentido, joder, nunca dije que lo fuera. Venga, no te enfades, Loui, que acabas de llegar…

—Sí, y me largo a un hotel. No voy a quedarme aquí, no así.

—No digas tonterías, ¿cómo te vas a ir a un hotel? Con lo que te he echado de menos… ¿Por qué te ibas a ir?

—Porque no puedo quedarme aquí, no puedo mirarle a la cara, joder —me sorprendió a mí mismo ese *joder* en voz alta—. Qué vergüenza, me has puesto en una situación muy chunga, debe de pensar que soy gilipollas.

—No piensa eso, ¿por qué iba a pensar eso?

—Porque he pasado veinticuatro horas con él, nervioso perdido, diciendo gilipolleces, pensando que era tu novio, intentando pensar en otra cosa cada vez que se me acercaba demasiado… —Lo solté todo sin pensar.

—O sea, que sí te ha hecho sentir incómodo.

—Pues claro que sí. Yo pensando que era tu novio y él descojonándose de mí…

—No se descojonaba de ti, de eso estoy segura —me dijo muy convencida—. Así que, «intentando pensar en otra cosa cada vez que se te acercaba demasiado»… ¿En qué pensabas cuando aún creías que era mi novio? ¿Te ponía cachondo el novio de tu amiga? —preguntó aguantando la risa.

—No tiene gracia, Greta, me has puesto en una situación muy violenta. Ahora no me atrevo a mirarle a la cara.

—Pero ¿por qué? En todo caso, el que podría estar avergonzado es él. Le has gustado mucho y Gina te lo ha soltado todo. Él se lleva la peor parte.

—No digas tonterías. Eso es mentira. Me está vacilando, ¿no lo ves?

—¿Qué dices? ¿Qué chorrada es esa? ¿Cómo te va a estar vacilando? Piero no es así. Yo creo

que haríais muy buena pareja… Te dije que vinieras con la mente abierta.

—¿Era con él con el que me querías emparejar? ¡¿Estás loca?!

—¿Por qué? ¿No te gusta? Ay, joder, qué pena, de verdad que pensaba que te gustaría… A mí es que me encanta, y lo quiero un montón, pero claro, eso va a gustos.

—No es eso, ¿cómo no me va a gustar? Es un puñetero Adonis… Y lo sabe, y se ha estado riendo de mí por eso.

—Pero ¿qué dices? De verdad, Loui, que no te entiendo… ¿Cómo se ha reído de ti? ¿Cuándo?

—Es un tío encantador, y está buenísimo, podría tener a quien quisiera… ¿Pretendes que me crea que se ha fijado en mí? Va, por favor, que no soy gilipollas. Un tío así no se fijaría en mí en la vida… Está totalmente fuera de mi alcance… Se está riendo de mí. De verdad que no puedo creer que le sigas el rollo.

—Ay, Loui, no has cambiado nada —dijo Greta con tono de disgusto dándome un abrazo—. Sigues igual de inseguro que siempre. Escúchame. —Se separó un momento mientras mantenía los brazos alrededor de mi cuello—. No tienes nada que envidiarle, Piero tendría mucha suerte de acabar con un chico como tú, y lo sabe.

Apreté la mandíbula y miré hacia otro lado. Ella me giró la cara para que volviera a mirarla.

—Eres un chico muy guapo y muy interesante, y eres todo amor… Confía un poco en ti mismo, hazme caso. Intenta ver en ti lo que vemos los demás.

—Tú me ves así porque me quieres, me tienes idealizado, pero eso no es lo que ven los demás.

—No te tengo idealizado —se rio ella—. Sé perfectamente cómo eres, y a Piero de momento le has encantado, te lo aseguro. Si no te gusta, pasa de él, no será difícil, sabe cómo retirarse cuando se siente rechazado. No te hará sentir incómodo, de verdad. Pero, si te gusta, no lo rechaces por tus inseguridades, te aseguro que lo has interpretado mal. Hablaré con él y le diré que se controle. Es muy *hippie* para algunas cosas, tiende a despelotarse a la menor oportunidad, se pasaría el día en bolas, y es muy de tocar a todo el mundo… Le diré que intente ser una persona normal mientras estés aquí, pero no te vayas, por favor.

—Si yo tuviera ese cuerpo, también me pasaría el día en bolas —me reí.

—Oye, que tú no tienes nada que envidiarle… Si no fueras gay, ya habría intentado colarme en tu cama.

—Eso no es verdad —me reí otra vez.

—Bueno, pero porque yo soy gilipollas y llevo muchos años dándome cabezazos contra la pared.

—Eso lo tenemos que arreglar también. —Le pasé la mano por la mejilla.

—Piero lo intenta con todas sus fuerzas, no para de buscarme candidatos, pero creo que yo no estoy lista para nada serio todavía.

—Claro, no hay prisa. —No quise decirle que mi idea de arreglar lo suyo tenía menos que ver con buscarle pareja a ella y más con romper la de Marc. Cuando pensaba que ella llevaba más de tres años con Piero, parecía razonable convencer a Marc de que pasara página, pero ahora todo se había dado la vuelta y esa insoportable novia debía pasar a la historia. Y Greta tenía que volver a España de una vez. No se me ocurría cómo podía reaccionar Marc a la noticia de que la niña era suya, era totalmente imprevisible, pero lo que tenía claro es que debía saberlo.

—Bueno, hazme caso, no te vayas, ya verás como no es incómodo. Ven, vamos a instalarte, te he preparado la habitación de Piero. Tranquilo, él dormirá conmigo, lleva muy mal lo de dormir solo. Normalmente Gina duerme con él, pero las noches que la niña quiere dormir

conmigo, suele venirse a mi cama él también.

—¿Encima le quito su habitación? ¿No ves lo raro que es esto?

—Que no es raro, de verdad, lo ofreció él, era más cómodo así que dejarte la mía… Ya lo verás, con Piero es todo muy natural… Podrías compartir cama con él como si fuera lo más normal del mundo.

—He compartido cama con él esta noche —me reí.

—¿Has compartido cama con mi novio? —preguntó con cara de pilla.

—No es tu novio.

—Pero tú no lo sabías…

—Ya, me siento como un imbécil, yo diciéndole «supongo que Greta te ha dicho que soy gay», «no te sientas amenazado», y el otro descojonándose. Vaya tela, qué vergüenza…

—Venga, no le des más vueltas, deja que fluya… Si tiene que pasar algo, que pase; y si no, pues que no pase, ya está. Déjate llevar. Por una vez en tu vida, sé espontáneo, recibe las cosas tal como vengan.

—¿Y si pasa y luego no funciona? ¿Tú sabes lo incómodo que sería estar aquí varios meses después de eso?

—Bueno, pues si pasa eso te vas a un hotel, o te vuelves a España, o lo mando a casa del puñetero Francesco hasta que te vayas; pero, de momento, quédate, porfa.

—Está bien —suspiré—, pero si la cosa se pone tensa, me largo.

—Si la cosa se pone tensa, se me ocurre una manera mejor de relajarla —se rio Greta. No pude evitar reírme con ella.

—Tú tampoco has cambiado nada.

La acompañé hasta la habitación de Piero y ella me ayudó a deshacer las maletas. Me habían vaciado la cómoda y el armario para que dejara mis cosas. Estuvimos hablando un rato de sus primeros tres años en Italia y de mis viajes. Cuando terminamos de guardar mis cosas, nos quedamos los dos tumbados en la cama de Piero.

—Cuéntame lo de Marc y su novia —pidió tras un breve silencio.

—No sé si es buena idea, mira cómo te has puesto antes.

—Pero ha sido por la sorpresa, ya lo he asimilado, ahora quiero saber.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo se llama?

—Marta.

—¿Es guapa?

—Mucho.

—Claro, cómo no… ¿Cómo es?

—Rubia de peluquería, perlas… el fetiche de Marc, ya sabes —me reí.

—¿Muy pija?

—Mucho.

—¿Te cae bien? ¿Es divertida?

—No la conozco tanto. He tratado poco con ella.

—Eso es que no te cae bien, eres incapaz de criticar a alguien —soltó una carcajada. Joder, qué bien me conocía.

—Interprétalo como quieras —me reí.

—*Bella*, ya hemos cerrado —nos interrumpió Piero desde la puerta de la habitación—,

vamos a hacer la comida, os aviso cuando esté. Loui, ¿tienes sitio para todo? ¿Necesitas ayuda con algo? —añadió dirigiéndose a mí con su sonrisa habitual, como si el incidente de antes no hubiera ocurrido.

—Todo bien, gracias —contesté yo más cortado que él. Piero desapareció camino de la cocina.

—¿Ves? —dijo Greta cuando Piero ya se había marchado—. Ya está tan normal, ya verás como no es incómodo… Bueno, yo lo conozco mucho y sé que ahora estaba un poco nervioso, pero ya verás como con él es todo muy natural.

—¿Qué te ha dicho antes? Cuando hemos llegado, te ha dicho algo bajito en italiano… ¿Se estaba riendo de mí?

—Para nada —se rio Greta—, más bien todo lo contrario.

—¿Qué te ha dicho?

—Pobre, no sé si debería contártelo, entre la niña y yo lo vamos a dejar con el culo al aire.

—Va, dímelo, no se lo voy a decir.

—Me ha dicho que cuando te vio salir del aeropuerto sintió un flechazo y que le tienes muy loco… Es muuuuuuy romántico, una cosa exagerada.

—¿Te ha dicho eso en serio?

—Te lo juro, pero no te asustes, él es así, es muy intenso para todo.

—¿Por qué me iba a asustar?

—No sé, por si te parecía un poco perturbado por pensar eso.

—No me lo parece, me parece bonito.

—¿Sí? ¿No te parece exagerado?

—No, creo que es lo más bonito que alguien ha dicho de mí.

—Bueno, sí, es bonito, igual también un poco… no sé… ¿infantil?

—No me parece infantil. —Noté cómo me subía la sangre a la cara.

—¿Por qué te pones rojo? ¿Te ha pasado lo mismo? ¿Has pensado lo mismo cuando lo has visto? ¿Has sentido un flechazo con mi novio? —preguntó con una carcajada incorporándose un poco en la cama.

—Que no es tu novio, tía —me reí.

—¡Pero tú pensabas que sí!

—Ya lo sé —me reí de nuevo—. Por eso me he pasado veinticuatro horas sintiéndome el peor amigo del mundo.

—Yo no creo en los flechazos. —se volvió a tumbar en la cama.

—Normal. Si a ti te dio un flechazo, te daría a los cuatro meses de vida, es imposible que te acuerdes.

—Qué cabrón —se quejó mientras los dos nos reíamos sin parar—. Pues me han gustado más chicos.

—Sí, claro, te gustaban mucho… Tuviste mucho éxito con todos, estabas muy enamorada de todos ellos… Por eso los dejabas tiradísimos cuando te llamaba Marc con cualquier gilipollez.

—No te rías de mí. —Me golpeó el brazo sin dejar de reírse.

—No me río de ti, *nena*.

—¡No seas cabrón! —soltó una carcajada—. Ay, Loui, cómo te echaba de menos.

—Y yo —asentí mirando al techo—, con los otros tres cafres no es lo mismo.

Los dos nos volvimos a enganchar en otro ataque de risa.

—¡Ya está la comida! —dijo Gina desde la puerta—. ¿De qué os reís?
—Tonterías nuestras —contestó su madre—. Venga, vamos.

SIETE

PIÙ BELLO

Nos sentamos los cuatro a la mesa. Durante la comida, Piero les contó cómo había ido el parto del día anterior. Las dos escuchaban muy interesadas. Yo ya conocía la historia, aunque la manera de contarla de Piero le añadía un interés extra, le daba emoción. Pese a eso, yo apenas le prestaba atención a la historia en sí, toda mi atención se la llevaba el acento italiano tan sexi con el que pronunciaba cada palabra. Luego les contó lo de las fotos que había hecho yo y cómo se las había enseñado después. Por supuesto, Greta y Gina quisieron verlas también.

Cuando terminamos de comer, saqué la cámara digital y se las fui enseñando. Al llegar a las de la recién nacida, Piero quiso verlas también, esas él no las había visto. De nuevo se acercó mucho a mí para tener un buen ángulo de visión. Se apoyó en el respaldo de mi silla y se inclinó hasta que su cara quedó junto a la mía. Era lógico si quería ver las fotos, pero yo volví a ponerme algo tenso, aunque ahora que estábamos con Greta y Gina, la situación no era tan incómoda. Salieron entonces algunos primeros planos de Piero que me avergonzaron un poco. No tenía mucho sentido haberle hecho fotos a Piero solo cuando se suponía que estaba fotografiando a la recién nacida. Aun así, ninguno comentó nada al respecto.

—Me sacas *più bello* de lo que soy —me susurró él al oído, tan bajito que no creo ni que lo oyeran las chicas, pero a mí ese *più bello* me erizó la piel de todo el cuerpo—. Tienes mucho talento.

La combinación de su aliento en mi oído, su olor tan intenso y sus rizos rozándome el cuello era más de lo que yo podía soportar con entereza. Empezaron a temblarme un poco las manos, y con ellas la cámara, claro.

—¡Eh, no la muevas! —se quejó Gina.

Piero extendió el brazo y sujetó mi mano con la suya, con pulso firme. Su mano era cálida y suave. Su cara seguía junto a la mía y, por primera vez en la vida, sentí el impulso de besarle. Jamás me había pasado con nadie, nunca he sido de tomar la iniciativa. Controlé ese impulso, cosa que no fue difícil, me faltaba valor.

—Toma, cógela tú —le dije en lugar de eso mientras le pasaba la cámara—. Que yo ya las he visto.

Me puse de pie y me alejé un poco de ellos.

—Voy a cambiarme, que llevo esta ropa desde ayer, y he dormido con ella y todo. Aprovecho que estáis viendo las fotos y me doy una ducha.

—¿Fría? —preguntó Greta aguantando la risa.

Si hubiera podido estrangularla con la mirada en ese momento, lo habría hecho. No me atreví a mirar a Piero por si se estaba descojonando de mí.

—En el armario del baño tienes toallas limpias —dijo Greta ya sin reírse—. Coge lo que

quieras, estás en tu casa. El baño es esa puerta de ahí. Deja la ropa sucia allí mismo, en el cesto que hay junto a la ducha.

Fui a la habitación, cogí ropa para cambiarme y entré en el baño. No tenía pestillo, pero los tres sabían que había entrado yo, esperaba que a ninguno de ellos le diera por aparecer.

En contra de lo que había sugerido Greta, me di una ducha con el agua ardiendo. Siempre me ha gustado hacerlo así, el agua muy caliente relaja mis músculos, siempre en tensión. Dicho así parece que tenga muchos músculos, cosa que no es cierta. Bueno, ni muchos ni pocos, tengo los mismos que todo el mundo, la diferencia es que los míos no están definidos, no se adivinan bajo la piel.

El agua hirviendo me relajó bastante. Me acordé de Fynn, un chico al que había conocido en uno de mis viajes, en Vancouver. Había sido una historia bonita, pero condenada al fracaso desde el principio, y los dos lo sabíamos. La distancia entre Canadá y España era demasiado grande como para que eso funcionara. Solo estuvimos juntos una semana, pero guardaba muy buen recuerdo de él. Era el único chico con el que había estado desde David. Hacía ya nueve meses de eso y aún me dolía un poco recordarlo. Aquello sí había sido una relación de verdad, el único con el que había estado tanto tiempo. Yo estaba enamorado de él, y él había traicionado mi confianza. Mi confianza en él y en mí mismo. Eso me hizo volverme más inseguro de lo que ya era. Recordé aquella noche horrible en la que lo pillamos con otro. Temí que mis amigos me compadecieran, pero, por suerte, su reacción fue de mosqueo. Le soltaron un montón de improperios y estoy seguro de que alguno de ellos se quedó con ganas de pelea. Pero, si sintieron lástima de mí, no me lo demostraron. Mejor, hubiera sido muy humillante. Solté unas pocas lágrimas bajo la ducha. Me prometí a mí mismo que esa sería la última vez que llorara por David y su traición. Me había hecho esa misma promesa muchas veces y no había podido cumplirla, pero esa vez sí fue la última. Yo aún no lo sabía, pero ese siciliano iba a cambiarme la vida.

Me miré en el espejo del baño mientras me vestía. Mi cuerpo se correspondía perfectamente a lo que Samu hubiera llamado *un tirillas*. Nunca había usado esa expresión para referirse a mí, pero yo sabía que encajaba perfectamente en ella. Visualicé el cuerpo de Piero en mi mente y volví a concluir que Greta me estaba tomando el pelo, era imposible que un chico como ese se hubiera fijado en alguien como yo. Completamente imposible. A no ser que mi ropa le hubiese engañado y pensara encontrar debajo algo que no era. Decidí no darle más vueltas.

Terminé de vestirme y salí del baño. Piero y Greta estaban en el sofá, tomándose un café, y la niña estaba dibujando en la mesa baja que había frente a ellos. Me senté en la única butaca de la sala. Piero se levantó y entró a la habitación de Greta. Salió al momento con un pantalón y una camiseta que dejó sobre su hombro de manera descuidada. Hasta ese gesto me resultó sexi… Lo que me pasaba con ese chico no era normal.

—Voy a ducharme yo ahora —dijo camino del baño.

—¿Vestido? —preguntó Gina.

—No —se rio él—, pero tenemos un invitado, me voy a cambiar en el baño —le explicó a la niña.

—Jo, me gusta cuando bailas desnudo antes de la ducha, así. —Gina se puso de pie y empezó a bailar moviendo mucho el culo.

—*Cazzo*, Gina, déjame mantener algo de dignidad —dijo él poniéndose un poco rojo, pero

con una sonrisa.

—¿Qué es *dinidá*? —preguntó la niña.

—Que te lo explique tu madre —contestó Piero antes de entrar en el baño y cerrar la puerta.

Gina se giró hacia su madre.

—Lo que ha querido decir Piero es que no cuentes cosas que le puedan dar vergüenza delante de otros, como Loui, por ejemplo.

—Pero el baile no da vergüenza, es muy divertido. Seguro que a Loui le gustaría verlo —dijo Gina.

—Seguro que sí —se rio Greta—, pero que sea Piero el que lo decida.

—Vaaaaale —aceptó la niña nada convencida.

—Mira qué hora es. Tenemos que ir a casa de Donatella —le dijo su madre—. ¿Aún quieres ir a dormir a su casa?

—Sí, mami.

—Pues venga, te acerco en un momento. Loui, tardo diez minutos, estás en tu casa, ya lo sabes —me dijo Greta. Luego se puso de pie y desapareció con la niña por detrás de la cortina.

Me levanté de la butaca y cogí la cámara que habían dejado sobre la mesa. Fui hasta mi habitación y la guardé en su bolsa. Aproveché para echar un vistazo al resto de cámaras y comprobar cuántas tenían carrete y cuántos objetivos había traído. No veía el momento de escaparme a descubrir algún paisaje siciliano recóndito.

Estaba sentado en la cama, limpiando uno de los objetivos, cuando apareció Piero, recién duchado y ya con ropa suya, en la puerta de la habitación.

—Perdona lo de antes. —Se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados—. No quería hacerte sentir incómodo. Greta me ha *tirado una bronca*.

—*Echado*, es *echado una bronca* —corregí, porque no sabía qué decirle con respecto a lo otro. Aceptar su disculpa suponía reconocer que me había incomodado, y no era precisamente incomodidad lo que yo había sentido. Tampoco quedaba bien no aceptar su disculpa, iba a parecer un imbécil. No sabía muy bien qué hacer.

—Claro, las frases hechas son lo más difícil —sonrió.

—Supongo, es normal. —Fue lo único que se me ocurrió decir. Debía de parecer memo. Él tan seguro de sí mismo y yo deseando que el suelo se abriera y me engullera.

—Bueno, voy a incomodarte por última vez, ahora que no está Greta. —Giró la cabeza un momento hacia la sala antes de volver a mirarme—. A ver, mis chicas me han puesto en una situación delicada. Es humillante reconocer que le hago confidencias a una niña de tres años —sonrió y agachó la cabeza mirando al suelo durante un momento—, pero todo lo que te han dicho es cierto. —Volvió a levantar la vista—. Voy a hacer como si no hubiera pasado nada, de verdad que no te voy a volver a incomodar y, si no piensas lo mismo, todo estará bien entre nosotros. Así que, volviendo a las frases hechas: mis cartas están sobre la mesa, la pelota está en tu campo. Te toca mover ficha.

Se dio la vuelta y desapareció de mi vista.

Estoy seguro de que le costó mucho decir esas palabras, aunque creo que casi me costó más a mí escucharlas. En concreto, sus palabras me costaron unos cuatro mil euros, que es lo que valía el objetivo que se me escurrió de entre los dedos y se estrelló contra el suelo.

OCHO

MOVER FICHA

«Te toca mover ficha». Sus palabras planeaban sobre mi cabeza y me sonaban a amenaza. Yo no había movido ficha en mi vida. Hubiera podido salir corriendo tras él, aunque siempre he sido más de los que corren hacia el otro lado, de retirada a tiempo… o incluso antes de tiempo. Me costaba creer que hablara en serio. Algo dentro de mí seguía diciéndome que era imposible, que solo estaba jugando conmigo. Así que, una vez más, no hice nada, salvo recoger los pedazos de la lente que acababa de romper y tirarlos a la basura. Guardé el resto del objetivo por si existía la posibilidad de arreglarlo, aunque no contaba con ello.

Me asomé a la sala y no había nadie. Al fondo, la puerta de cristal que daba al jardín estaba abierta. Allí estaba él, tendiendo la ropa mientras tarareaba una canción. Me quedé mirándole desde donde me encontraba.

—¿Disfrutando de las vistas? —preguntó Greta a mi lado. No la había oído entrar.

—Una pregunta. —Me giré hacia ella—. ¿Es el único gay de por aquí?

—¿Estás barajando tus opciones? ¿Quieres ver si encuentras algo mejor?

—No, no te lo pregunto por eso.

—Vale —sonrió ella—, ya sé lo que piensas, que le gustas porque eres la única opción. Pues no, no eres su única opción. Esto es una aldea *hippie*, hay unos cuantos, incluso más de uno que juega en los dos equipos… Y Piero tiene mucho éxito, pero es muy exigente y no le vale cualquiera, así que, si él dice que le gustas, es que le gustas. Y punto.

—*Dedicato a tutti quelli che…* —entró Piero tarareando[1] a su rollo y con el cesto de ropa vacío en la mano. Lo dejó sobre la mesa y cogió a Greta por la cintura—. *Sono allo sbando…*

Empezó a bailar con ella girando por la habitación mientras seguía cantando sin música.

—*Dedicato a tutti quelli che… hanno provato ad inventare… Una canzone per cambiare!* —Había ido subiendo el volumen mientras tarareaba, y terminó la estrofa casi con un grito. Su voz, de normal dulce y suave, se convertía en un vozarrón cuando cantaba.

Greta se reía mientras bailaban. Él paró de cantar y le dio un beso en la mejilla.

—Voy a hacer algo de cenar —dijo—. Loui, ¿alguna alergia?, ¿alguna manía? —añadió dirigiéndose a mí con su sonrisa habitual.

—No, todo me parece bien —contesté.

—*Perfetto* —dijo guiñando un ojo.

Fue hacia la zona de la cocina mientras seguía tarareando la misma canción.

—*Dedicato a tutti quelli che… stanno aspetando…* —Abrió el frigorífico y empezó a sacar cosas—. *Dedicato a tutti quelli che… venuti su con troppo vento… Quel tempo gli è rimasto dentro…*

Greta fue hasta donde estaba él y se sentó en la encimera, cruzando las piernas sobre el

mármol.

—A ver, chicos, ahora que no está Gina, puedo hablar libremente. Creo que ha llegado el momento, se lo voy a contar a Marc.

—Sí, tía, ya es hora —dije yo.

—¡Por fin! —exclamó Piero.

—Falta decidir cuándo y cómo —aclaró ella—, pero voy a tener que ir a España. Después del verano, ahora imposible.

—Y luego ¿qué? Tienes que estar dispuesta a quedarte si él quiere hacerse cargo de la niña —opiné.

—Él no va a querer hacerse cargo de la niña —se rio Greta.

—No lo sabes —insistió Piero.

—Lo conozco —replicó ella muy convencida—. Me va a decir que eso es un marrón, que tendría que haber abortado… y se va a mosquear.

—O no —dijo Piero.

—O me pedirá una prueba de paternidad por si es del profesor aquel, qué capullo.

—No, eso no te lo va a decir —negué yo—, está muy arrepentido de aquello.

—Tengo mis dudas… —volvió a reírse ella—. Bueno, pues seguimos con el plan de poner esto en venta después del verano y nos vamos a España. Y ya, según vaya la cosa, decidimos si nos quedamos allí o si se nos ocurre un plan mejor… ¿No, *caro mio*?

Piero sonrió y se acercó a darle un beso en la mejilla.

—*Perfetto*.

—Pues, según lo que tardemos en vender esto, creo que podríamos ir para octubre-noviembre, ¿no, Piero?

—Claro, *bella* —asintió él mientras cortaba verduras.

—Molaría que fuera en octubre, a principios, así te da tiempo a venir a la boda —sugerí.

—¿Qué boda? —preguntó mirándome con las cejas arrugadas.

—LA BODA, tía, ¿cuántas bodas tienes a la vista?

—Yo, ninguna.

—¿Nadie te ha dicho lo de la boda? —me reí—. Pues tienes la invitación en el correo que te ha traído Piero.

Se giró a mirarlo.

—Sobre la mesa —dijo él.

Saltó de la encimera y corrió a coger las cartas.

—Es esto, ¿no? —Me enseñó el sobre grande y rosa—. Esta es la letra de Reyes, ¿por qué es la letra de Reyes? ¡¿Quién se casa?! —preguntó casi gritando.

—Ábrelo —me reí.

—No es Marc, dime que no es Marc casándose con la pija… —dijo sin atreverse a abrirlo.

—Ábrelo, que te vas a reír.

Abrió el sobre con dedos temblorosos y sacó la tarjeta. Se quedó mirándola con cara de flipada.

—Este dibujo… este dibujo es de Marc, pero estos dos son… ¡¿Samu y Estrella?! —gritó mientras abría la tarjeta y leía en voz alta—. «Las familias Sapena-Rivas y Andújar-Sorní tienen el placer de invitarles al enlace de sus hijos Estrella y Samuel»… Pero ¡¿qué me estás contando?! ¡¿Por qué nadie me había dicho nada?! ¡¿Desde cuándo están juntos?!

—Pues un par de años ya, creo. Los primeros meses lo llevaron en secreto, así que para nosotros ha sido menos, pero por ahí andará la cosa, unos dos años, calculo yo —le dije.

Dio un par de pasos hacia atrás hasta que tropezó con una silla y se dejó caer en el asiento.

—Samu y Estrella… Samu y Estrella… ¡Samu y Estrella! ¡Joder, Loui, que esto es muy fuerte!

Yo me reí.

—Sí, bueno, todos flipamos un poco al principio, pero verás qué rápido te acostumbras… En cuanto los veas juntos, pensarás que siempre han estado así.

—Qué fuerte, qué fuerte… ¡Qué fuerte!

Cogió el resto del correo.

—Carta de mi madre, carta de Reyes, carta de Estrella, carta de Samu, aquí supongo que me lo contarán, porque Estrella escribe poco, y Samu prácticamente nunca. Ay, no tengo ninguna conspiranoica de Chus, qué pena, siempre me alegran el día.

Abrió las cartas y se puso a leerlas todas. Yo me acerqué a Piero.

—¿Te ayudo?

—Claro —contestó con su sonrisa crónica—. Limpia los pimientos, si quieres. Los he dejado en el fregadero.

Obedecí y me puse a lavarlos. Estaban llenos de tierra, mucho más de lo normal y tuve que dedicarle un buen rato a cada uno para dejarlos limpios del todo. Estaba concentrado en eso cuando oí a Piero sollozar. Estaba cortando cebolla y tenía la cara muy congestionada.

—*Cazzo* —dijo riéndose y llorando a la vez mientras se pasaba la manga por los ojos—. Odio cortar cebolla, siempre me pasa igual.

Greta dejó las cartas sobre la mesa y vino hasta donde estaba yo. Cogió un trapo, lo mojó y se acercó a limpiarle los ojos a Piero.

—Shhh, no llores, esa cebolla no lo merece… Ya verás como encuentras una cebolla mejor, ¿será por cebollas? El mundo está lleno.

Piero empezó a reírse y Greta y yo nos contagiamos enseguida.

—*Grazie, bella* —dijo él ya sin llorar, aunque todavía con la cara congestionada, mientras le daba un beso a ella.

Greta volvió a subirse a la parte de la encimera que estaba despejada.

—Bueno, pues ya he leído las cartas… Samu y Estrella me contaban la movida… A buenas horas…

—Igual si hubieras llamado por teléfono te lo habrían contado antes —le reprochó Piero.

—Y, para no variar, ninguna carta de Marc —siguió ella ignorando su comentario.

—Cada vez que recibe correo lo mismo —dijo Piero dirigiéndose a mí—. Si se las devolvías sin abrir, ¿qué esperabas?

—Que siguiera insistiendo —contestó ella.

—Eso no es justo —intervine yo—. Él tiene su dignidad, y un límite de rechazo que puede soportar, no puedes esperar que siga intentándolo si le haces eso.

—Justo lo que llevo diciéndole tres años —afirmó Piero.

—Ya, bueno —se quejó Greta—, eso es que no fui tan importante para él. Ahora ya ha pasado página, creo que yo debería hacer lo mismo.

—Sí, ¡por fin! —exclamó Piero—. ¿Llamo a Francesco y que venga después de cenar a tomar una copa?

—Vale —asintió Greta—, es un poco brasas, pero le daré una oportunidad.

—Tampoco tienes que casarte con él, pero llevarte una alegría para el cuerpo no te vendrá nada mal —dijo Piero con una risita.

—Pues sí, ya me hace falta —suspiró ella.

Piero terminó de cocinar y nos sentamos los tres a cenar. Durante la cena, él le mandó un mensaje a Francesco invitándole a acudir después.

—En una hora está aquí —nos informó al recibir la respuesta—. Aprovecha que hoy no está la niña —añadió guiñándole un ojo a Greta.

—Pero estás tú —se rio ella.

—No te preocupes —la tranquilizó Piero—, duermo en el sofá.

—En ese sofá no se puede dormir —se rio Greta—, es demasiado pequeño.

—Pues en el suelo, ya sabes que no tengo problema.

—Bueno, puedes dormir con Loui, ya compartisteis cama anoche, ¿no? Perdón, perdón, lo he dicho sin pensar, no sé si a Loui le parece bien, igual es incómodo para uno de los dos…

Yo me puse un poco nervioso, aunque me hacía más ilusión de lo que me incomodaba.

—Sí, *bella*, pero ayer era diferente, hoy igual es él el que se siente amenazado —dijo Piero con una sonrisa.

—Nnno… no me siento amenazado —conseguí decir en un tono que creo que evidenciaba mis nervios.

—¿Seguro? —me preguntó Piero—. No te sientas obligado a aceptar, de verdad que puedo dormir en el suelo o en una de las tumbonas del jardín. Lo importante es que a esta mujer le despejen las telarañas que le tienen que estar creciendo por dentro.

—¡Calla, cerdo! —se rio Greta—, y en el jardín no duermes ni de coña, que estamos en mayo, solo falta que te pongas malo.

—No me importa, de verdad —aseguré—. Podemos compartir cama, al fin y al cabo, es tu habitación. Y esta cama es más grande que la de anoche.

—Perfecto —dijo Piero con una sonrisa amistosa—. Muchas gracias.

Deseé que interpretara mi comentario como el «mover ficha» que me había pedido, porque no sabía si iba a ser capaz de mover muchas fichas más, era malísimo para eso.

—Bueno —siguió Piero—, vamos a esperar a Francesco en el jardín.

—Id vosotros, ahora voy yo —añadió Greta—, que me toca fregar los platos a mí.

Piero fue hacia el jardín y Greta tiró de mí para que no lo siguiera.

—Perdona, lo he pensado luego de decirlo. No tienes por qué hacerlo. Si vas a estar incómodo, le digo que no. Se lo digo yo, no te preocupes, no se va a molestar.

—No pasa nada, no me importa, de verdad —aseguré.

—¿Seguro? —preguntó con desconfianza.

—Seguro, tranquila.

—Ya le he dicho antes que no te agobie, que te hace sentir incómodo.

—Sí, me lo ha dicho, se ha disculpado, pero no me hacía sentir incómodo.

—Joder que no —se rio Greta—. Conmigo no hace falta que mientas.

—No miento, no me ha hecho sentir incómodo.

—Loui, que nos conocemos… Bueno, ¿quieres que hable con él y me asegure de que no intenta nada contigo? Ya se lo he dicho antes, pero se lo recuerdo, sin problema.

—No, no le digas eso.

—¿Por qué? ¿Quieres que sí intente algo? Se lo puedo decir también para ponértelo más fácil —preguntó con una sonrisa gamberra.

—No, no le digas nada, que es humillante. Me ha dicho antes que me toca mover ficha y yo no sé qué hacer… No valgo para eso…

—Ay, qué monos sois —dijo ella dando palmitas—. Vale, no me meto, apañaos vosotros.

Dile cualquier cosa que le dé a entender que a ti también te interesa y ya está. No te agobies. Venga, sal al jardín con él, ahora voy yo.

NUEVE

CHOCOLATE

Le hice caso y salí al jardín. Había cuatro tumbonas de madera emparejadas de dos en dos. Piero estaba reclinado en una de ellas, yo elegí la que había a su lado, justo frente a las otras dos. Él sonrió. Me quedé ahí medio tumbado y sin saber qué decir.

—¿Triunfará el pobre Francesco? ¿Qué piensas? —me preguntó con una sonrisa.

—No sé —me reí—, no sé en qué plan está Greta… ¿Ha estado con alguien en este tiempo?

—Alguno que otro, pero nada serio. Sigue un poco atrapada en aquella historia. Ahora que él lo ha superado, igual es más fácil para ella.

—Él tampoco lo ha superado —me reí—. Está mejor, pero con esa chica no va a ningún lado… O eso creo yo, vamos.

No tardó en llegar Greta con una botella de un licor amarillo y cuatro vasos.

—¿Sabéis? Mientras fregaba los platos he estado pensado en algo de Marc que no me gustaba nada…

—Y, en un sorprendente giro de guion que no esperaba nadie —interrumpió Piero—, esta noche vamos a hablar de Marc.

Yo me reí.

—No, imbécil, que lo digo por algo —empezó a decir ella mientras llenaba los vasos y nos los iba pasando—. A ver, el rollo es que Marc tiene las piernas muy delgadas, demasiado para mi gusto, siempre lo he considerado un defecto físico, prácticamente no tiene gemelos…

—Hoy tocan las piernas, menos mal —siguió Piero—, con una noche hablando de sus orejas tuve bastante.

Yo estaba dándole un trago al licor y me atraganté de la risa.

—Que no, que lo digo por algo, jo, escúchame —se quejó ella—. Bueno, que eso era lo que menos me gustaba de él, y ahora, cuando lo pienso, me da mucha rabia que eso lo esté viendo otra tía, creo que es lo que más me encabrona… Siento eso como algo muy mío… Creo que los defectos son lo más especial que tenemos, porque es lo que nos hace diferentes y únicos.

—Tampoco tan únicos —intervine—. Yo tampoco tengo casi gemelos, es bastante habitual.

—No compares, Loui —dijo Piero—, no quieras compararte con Marc. Tú, con tus orejas proporcionadas de las que no se puede hablar durante hora y media… Nada que ver —añadió negando con la cabeza.

Greta y yo nos reímos y ella me rellenó el vaso de licor.

—No fue una hora y media hablando de sus orejas.

—Sí fue una hora y media hablando de sus orejas —se rio Piero asintiendo.

—Son tan pequeñitas —dijo Greta.

Piero se bebió su vaso de un trago y puso la mano que tenía libre sobre mi brazo.

—Corre, Loui, huye… Para mí ya es tarde, ya conozco todos los secretos de esas orejas, pero tú aún estás a tiempo de poner a salvo tu salud mental.

Empecé a reírme con ganas y apuré el vaso. Ya notaba el calor del licor.

—Vale, vale, me callo —se rio Greta también.

—No te calles, *cara*, solo digo que, o le llamas, o te olvidas ya… Pero esto no te hace bien.

—Me olvido, me olvido, está decidido… Francesco es buena opción para un primer intento, ¿no? No sé, tengo dudas, no sé si me gusta lo suficiente.

—Ninguno te gusta lo suficiente, *bella*, pero dale una oportunidad, igual te acaba gustando de verdad… Y, si no, al menos habrás empezado a superarlo… Además, es muy buena opción, cuando estuvimos el verano pasado en la playa vimos que tenía buen material —comentó entre risas mientras hacía un gesto obsceno con el brazo.

De normal me hubiera escandalizado un poco un comentario así, pero no sé si era lo a gusto que estaba con ellos, la naturalidad con la que lo trataba todo Piero o el efecto del licor, pero el caso es que me dio más risa que otra cosa.

—Vas a escandalizar a Loui —se rio Greta.

—No me escandalizo, aunque no necesitaba saber eso de un tío al que voy a conocer en breves momentos —me reí yo también.

—Ay, buen material —suspiró Greta—, Marc también tiene buen material.

—Joder, Greta, eso tampoco necesitaba saberlo —me quejé riéndome todavía.

—Culpa mía por sacar el tema… Después de la hora y media con las orejas, ahora se puede tirar tres horas tranquilamente hablando de la tranca del muchacho…

Los tres soltamos una carcajada.

—Jamás te he hablado de eso —se defendió Greta riéndose sin parar—. Ha sido la primera vez, y porque has sacado tú el tema.

—Sí, pero yo me refería a la de Francesco.

—*Ecco Francesco* —dijo el aludido entrando por la puerta del jardín—. *Buonanotte, amici*.

Los tres intentamos controlar la risa. Piero y Greta intercambiaron algunas frases en italiano con el chico.

—Nos ha oído nombrarlo y ha preguntado qué hablábamos de él —me explicó Piero en un susurro—. Intenta mantenerte serio, le hemos dicho que estábamos preguntándonos si traería chocolatinas.

Intenté aguantar la risa.

—Disimula mejor —susurró Piero intentando no reírse él también.

Francesco nos pasó unas chocolatinas y nos comimos una cada uno. El sabor era un poco extraño, no era como la que había probado esa mañana.

—Sabe raro, ¿no? —le dije a Piero—. Las que le ha traído esta mañana a Gina eran mejores.

—No —se rio Piero—, estas son mejores, son para adultos.

—¿Cómo que para adultos?

—Llevan maría —sonrió.

Me puse un poco nervioso. Con mis amigos habíamos hablado muchas veces de cocinar algo con marihuana, pero nunca lo habíamos hecho. No sabía cómo me podía sentar.

—Tranquilo, Loui —dijo Greta leyendo mi cara—, no te va a sentar mal. Llevan muy poquita maría.

A partir de ahí la conversación fue un poco confusa. A veces hablaban en español conmigo y

le iban traduciendo cosas a Francesco, y otras veces hablaban en italiano y me iban traduciendo a mí. Pese a eso, era divertido. Los cuatro nos reíamos sin parar. Yo estaba relajado y muy a gusto. Con Greta siempre había sido todo fácil, y con Piero, aunque apenas lo conocía, casi más.

—Hace un poco de frío, ¿no? —dijo Greta.

Piero se levantó de un salto y entró en la casa. Salió al momento con un par de mantas de lana muy gordas. Eran exageradamente grandes. Extendió una por encima de las tumbonas de Greta y Francesco y la otra sobre las nuestras. Nos quedamos así, cada uno en su tumbona, pero tapados los dos con la misma manta.

—Vamos a hablar un poco así, bajito —me susurró Piero tumbándose de lado a mirarme—, a ver si ellos hacen lo mismo… O por lo menos que se metan mano por debajo de la manta —se rio—. Tranquilo, hablo de ellos, yo seré bueno —añadió con una sonrisa.

Estaba más guapo que nunca, y mi sensación de comodidad y felicidad era de las más fuertes que había sentido en la vida. Es posible que fuera por la chocolatina, no lo descarté, pero el caso es que me sentía bien, mejor que bien.

—Lo que me has dicho antes en la habitación… —susurré yo también girándome hacia él—. No tenías por qué disculparte. No me has hecho sentir incómodo.

—Yo creo que sí —sonrió.

—De verdad que no, en realidad me ha gustado mucho. —No podía creer que me hubiera atrevido a decirle eso—. Pero yo no sé mover ficha, soy horrible con estas cosas.

—Pues acabas de hacerlo —volvió a sonreír— ¿Qué te ha gustado? ¿Lo de hablarte al oído o lo de cogerte la mano?

—Las dos cosas.

—¿Y si probamos las dos cosas a la vez? —susurró.

Me cogió una mano por debajo de la manta y me acarició suavemente los nudillos con el pulgar mientras se acercaba mucho a mi oído.

—Me gusta hablarte al oído, porque es algo solo para ti —susurró casi rozando mi oreja con sus labios, y a mí se me erizó la piel de todo el cuerpo.

Me miró sonriendo, todavía muy cerca de mí. Miré de reojo a Greta y Francesco, que hablaban en susurros también tapados por la manta y no nos prestaban atención.

—Mira cómo se te ha puesto la piel del cuello —murmuró—. ¿Es por el susurro o por lo que he dicho?

—No lo sé —sonreí yo también y encogí los hombros—, no lo puedo controlar.

—Vamos a probar con otra frase.

—Vale —contesté sorprendentemente relajado.

De nuevo se acercó a mí, igual que hacía un momento, y me susurró del mismo modo.

—Mañana tengo que poner una lavadora.

Empecé a reírme, pero la piel se me erizó exactamente igual.

—Eres un tipo interesante, Luigi, te ponen las tareas domésticas… —Me reí más fuerte—. Vamos a la habitación y les dejamos solos, a ver si se animan… Te doy diez minutos de ventaja, así te da tiempo a ponerte el pijama, yo me cambio en la habitación de Greta y voy.

—Vale —conseguí decir antes de levantarme y empezar a ponerme nervioso.

DIEZ

ME GUSTA MUCHO

Me puse un pantalón de pijama de rayas y una camiseta lisa, pero no sabía qué hacer después. ¿Le esperaba de pie en la habitación? ¿Dentro de la cama? Era una situación muy rara, ni siquiera nos habíamos besado. Me sentía bastante tranquilo y relajado, para lo que yo era al menos, pero no sabía cómo tenía que actuar. Finalmente me metí en la cama y me tapé hasta la cintura. Cogí el libro que estaba leyendo y lo abrí por la página en la que me había quedado, más para parecer relajado que para seguir leyendo. No tardó en llegar Piero. Dio dos golpes en la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó desde el otro lado.

—Claro, pasa —contesté.

Abrió la puerta, entró y cerró tras él. Solo llevaba un pantalón de pijama de cuadros, la camiseta la llevaba en la mano. La dejó sobre la mesilla de noche, se metió en la cama conmigo y se tumbó de lado mirándome.

—¿Vas a leer? —preguntó con su sonrisa radiante.

—No, solo estaba haciendo tiempo. —Cerré el libro y lo dejé en la otra mesilla. Me tumbé yo también y me giré hacia él.

—¿Estarás más cómodo si me pongo la camiseta? —preguntó.

—No, haz lo que quieras —contesté—, como estés tú más cómodo.

—Yo duermo más cómodo en bolas, pero no es plan —sonrió—. Podría parecer lo que no es, no quiero echar un polvo contigo.

Casi antes de terminar la frase empezó a reírse sin parar. Ahí estaba lo que llevaba temiendo todo el día, se estaba riendo de mí. Volví a ponerme tenso y nervioso. Me pareció cruel.

—Perdona, perdona —dijo intentando parar de reírse, pero no podía—. He oído cómo ha sonado eso en voz alta. En mi cabeza sonaba mejor —añadió tratando de permanecer serio, aunque sin mucho éxito—. No me he explicado bien, no es que no quiera tener sexo contigo. Sí que quiero, ¡claro que quiero! Lo que quería decir es que me gustas mucho y lo que quiero es conocerte. No quiero echar un polvo y ya, quiero echar muchos, creo que de aquí podría salir algo especial. ¿Me he explicado mejor?

Asentí con la cabeza y bajé la vista. Volvieron todas las inseguridades que me habían rondado durante horas.

—Eh… —Me rozó la barbilla con los dedos para que lo mirara—. Perdona, en serio, me he explicado mal. ¿O es porque he sido muy directo y he hablado demasiado claro? ¿Eres tú el que no quieres? Lo respeto si es así, no te preocupes… De verdad que lo que quiero es conocerte, Luis… no sé tu apellido —se rio.

—Grau. —Levanté la vista—. Es mi apellido.

—Encantado, Luis Grau… Luis Grau sobre el papel, Loui para los amigos, Luigi solo para mí.

Tras decir eso, salvó la distancia que nos separaba y juntó sus labios con los míos. Fue un beso muy breve, de apenas tres segundos, pero fue algo muy íntimo. Fue casi más como un beso de pareja que uno entre dos desconocidos.

—Yo soy Piero Mancini —dijo con una sonrisa al separarse de mí.

—Lo sé —contesté sonriéndole también. Volvía a sentirme tranquilo e hipnotizado.

—¿Habías comido algo con maría alguna vez? —preguntó cogiéndome la mano y entrelazando sus dedos con los míos.

—Comido no, fumado sí —contesté.

—Es muy diferente —susurró—, las sensaciones son mucho más intensas, ¿lo notas? —preguntó apretando la mano que me tenía cogida.

Y lo notaba, claro que lo notaba, me estaba poniendo malísimo, en el buen sentido.

—Lo noto. —Casi no me salió ni la voz. Solo me estaba estrechando una mano, pero parecía que me estuviera tocando todo el cuerpo.

—Pues por eso creo que es mejor que no pase nada esta noche. —Volvió a apretar mi mano mientras enredaba sus pies con los míos; y sí, eso también lo sentí en todo el cuerpo—. Si echamos un primer polvo así, sería brutal, pero todos los de después nos sabrían a poco… Y no queremos un *sprint*, ¿no? Queremos un maratón… ¿O es solo cosa mía? ¿Qué quieres tú?

—Lo… lo mismo —conseguí decir.

Sonrió antes de volver a besarme. Esta vez duró más. Abrió la boca y yo hice lo mismo. Nuestros labios y lenguas se enredaron, se conocieron, se disfrutaron. Soltó la mano que aún me tenía cogida y subió la suya hasta mi cabeza. Me acarició la cara y el cuello mientras me besaba. No sé si era efecto del chocolate, pero lo sentí como la madre de todos los besos. Su lengua jugaba en mi boca como si fuera su hábitat natural, como si siempre hubiera estado ahí. No era un beso tan salvaje como los de David ni tan dulce como los de Fynn, tenía lo justo de todo. Me sentí levitar sobre el colchón. Definitivamente, por poca maría que tuviera el chocolate, había hecho efecto.

Llevé la mano que me había dejado libre hasta su cabeza y enredé mis dedos entre sus rizos, algo que llevaba dos días queriendo hacer. Su pelo era suave y fino, mi mano se deslizaba con facilidad. Lo oí gemir antes de separarse un par de centímetros de mi boca.

—Esto me gusta mucho, Luigi —susurró sonriendo, pero con la respiración entrecortada.

—A mí también —contesté en el mismo tono.

Apoyó su frente sobre la mía y cerró los ojos.

—Ojalá no nos hubiéramos comido las chocolatinas —murmuró volviendo a sonreír—. Pero quiero tener la mente clara cuando eso pase. Lo entiendes, ¿verdad? ¿Piensas igual?

A mí en ese momento me daba lo mismo, yo lo hubiera hecho aun estando así de ciegos, pero confié en su criterio, él sabía más de estas cosas, ya lo había probado antes. Así que, me limité a asentir, no quería parecer un perturbado que solo quería sexo y lo quería ya, aunque fuera así.

Me dio un beso suave y breve en los labios, como el primero, sin dejar de sonreír.

—¿Dormimos? —preguntó.

—Vale —contesté, deseando que no notara decepción en mi voz.

Se estiró para apagar la lamparita y nos quedamos a oscuras. La luz que entraba por la ventana era muy tenue y solo se distinguían formas sin detalle.

—¿Puedo dormir abrazado a ti? —preguntó.

—Claro —contesté sin pensar, aunque nadie había dormido nunca abrazado a mí, no sabía

cómo iba a ser la experiencia.

Me giré para quedarme boca arriba y él me abrazó. Me sentí muy a gusto, era muy agradable tenerlo rodeándome con sus brazos.

—Estás tenso —me dijo—. ¿Te resulta incómodo? Si prefieres dormir a tu rollo me voy a mi lado y te dejo espacio. No me molesta, sé que hay gente que necesita su burbuja para dormir. Es algo muy personal y lo respeto totalmente.

—No estoy tenso —contesté sorprendido—. Estoy relajado. Es agradable.

—Estás muy tenso —se rio.

—Te juro que no.

—A ver, siéntate un momento. —Se separó de mí y se puso de rodillas sobre el colchón, sentado sobre sus talones… O eso me pareció, estaba bastante oscuro.

Obedecí y me incorporé hasta quedarme sentado. Puso sus manos en mi espalda, por encima de la camiseta y empezó a moverlas como si me estuviera haciendo un reconocimiento médico.

—Tienes todos los músculos en tensión.

—De verdad que no, estoy relajado —contesté con toda la sinceridad del mundo.

—¿De verdad para ti esto es estar relajado? —preguntó desconfiado.

—Totalmente.

—Hoy vamos un poco colocados y es bastante tarde, pero mañana te hago un masaje relajante de verdad. Algo profesional, ya verás como vuelves a nacer. A ver si consigo que te relajes un poco para dormir…

Deslizó las manos bajo mi camiseta, una por la espalda y otra por el pecho. Un millón de sensaciones me atravesaron al notar sus manos sobre mi piel. Si eso era su idea de relajarme, teníamos conceptos muy diferentes de lo que era el relax.

Con la mano que me había puesto en la espalda hacía círculos y presionaba con fuerza, la del pecho parecía estar ahí para sujetar a la otra, como si estuvieran unidas por un hilo que me atravesara. Le dedicaba un momento a cada zona y las movía juntas hasta otra, como si realmente ese hilo que yo me imaginaba estuviera ahí.

—Listo, no he podido hacer nada mejor. —Sacó las manos de debajo de mi camiseta después de haber cubierto cada rincón de mi espalda.

Me sentía más ligero. Notaba la espalda rara, como si fuese la de otro, no la mía; pero era una sensación estupenda. Me pregunté qué más serían capaces de hacer esas manos a dedicación plena si habían conseguido ese efecto en solo unos minutos.

—Gracias —contesté—. De verdad que me sentía relajado, pero ahora lo estoy del todo.

—Del todo no —se rio—. Confía en mí, mañana te dejo nuevo. Vamos a dormir.

Me dio otro beso suave en los labios y volvimos a tumbarnos, igual que hacía un momento. Me pasó un brazo y una pierna por encima y apoyó su cabeza en mi hombro. Sus rizos me hacían cosquillas en el cuello, pero no quería que se apartara.

—Me gusta esto, Luigi, me gusta mucho —susurró abrazado a mí.

Yo le di un beso en la cabeza como respuesta. Nos quedamos así, en silencio, durante un momento. De repente empezó a reírse.

—¿Por qué te ríes? —pregunté poniéndome un poco tenso otra vez.

—Escucha —susurró.

Oí golpes a lo lejos, como un martilleo, y el sonido de lo que parecía algún animal.

—¿Qué es? —pregunté.

—Es Greta —se rio—. Bueno, Greta y Francesco, espero. Mucho entusiasmo me parece para ser ella sola.

Yo empecé a reírme también.

—Espero que mañana no le dé el bajón —suspiró.

—¿El bajón?

—Sí, después de una noche loca suele arrepentirse, llorar… Y vuelve al tema de siempre… Supongo que llegará un momento en el que lo supere del todo y ya no le pase… Pero, la verdad, aún no veo cerca ese momento.

No dije nada. Pensé para mí que, si no lo superaba y seguía enganchada a Marc, no sería difícil que volvieran a estar juntos cuando ella regresara para contarle lo de la niña. Si eso pasaba, se quedaría en España, con él y con este chico del que no me apetecía nada separarme. Egoístamente deseé que pasara eso. Quería que mis amigos acabaran juntos, por ellos, pero sobre todo por mí. Noté la respiración de Piero mucho más lenta y profunda. Se había dormido. Yo estaba muy a gusto con él sobre mí, pero era algo incómodo para dormir, no estaba acostumbrado a eso. Me quedé despierto un buen rato, relajado con el sonido de su respiración.

ONCE

SOY GILIPOLLAS

Me desperté temprano. Entraba algo de luz por la ventana. Piero seguía dormido, pero ahora estaba separado de mí, al otro lado de la cama, tumbado boca arriba. La sábana y la manta le cubrían hasta la cintura. Tenía un pecho perfecto. Me provocaba deseo y envidia a partes iguales. Me quedé un momento mirándole dormir, esperando poder dormirme yo también un rato más.

Se abrió con cuidado la puerta de la habitación y Greta asomó la cabeza. Sonrió al verme.

—Qué bien —susurró al entrar—. Estás despierto.

Cerró la puerta y vino hasta la cama.

—¿Está desnudo? —preguntó en el mismo tono silencioso.

—No —me reí también en un susurro—. Lleva pantalón.

—¿Qué tal? —preguntó mientras subía por los pies de la cama y se sentaba entre Piero y yo. Se metió dentro de las sábanas y se giró hacia mí—. ¿Pasó algo?

—Nos besamos —murmuré cerca de su oído, no quería que Piero me oyera o se despertara.

—Oh, rollo romántico, qué bonito. Eso es que le gustas mucho… Si solo fuera un calentón, ya te habría puesto mirando a Cuenca.

—Qué bruta eres —me reí intentando no hacer ruido.

—Perdón. —Puso cara de niña buena—. Mirando a París, si te suena más romántico, pero el concepto lo has entendido perfectamente.

—Shhhh, calla, que lo vas a despertar.

—Es lo que quiero. —Se giró hacia Piero y metió un brazo por debajo de la manta. Él se sobresaltó aún dormido.

—Pierooooo, *amore mio*, haznos el desayuno.

Le di una palmada a Greta por haberme incluido en su petición.

—*Cazzo, bella* —gruñó Piero—, ¿así me despiertas?

—Tenemos hambre —se quejó ella, y yo volví a darle una palmada en el brazo.

—Estoy seguro de que es solo cosa tuya —renegó Piero sentándose en la cama. Se frotó la cara y bostezó. Parecía de mal humor.

Le puso una mano en la cabeza a ella y la empujó contra el colchón hasta que se quedó tumbada. Luego se inclinó por encima de ella para llegar hasta mí y darme un beso suave en los labios.

—*Buongiorno, Luigi* —sonrió—. ¿Qué quieres desayunar?

—Conmigo no has sido tan amable —se quejó Greta todavía con la mano de él en la cabeza.

—Me has despertado pellizcándome un huevo para que te hiciera el desayuno. Da gracias a que no te he tirado de la cama de una patada…

—No te he pellizcado un huevo —se rio ella.

—Era mi huevo, sabré yo si me has pellizcado…

—Pero flojito —se defendió ella muerta de risa.

—Toma flojito —replicó él pellizcándole una teta por encima del pijama.

—¡Ay, animal! —gritó Greta y volvió a reírse—. Vale, estamos en paz. ¿Me haces el desayuno?

—¿Qué quieres desayunar, Loui? —me preguntó ignorándola.

—No tengo hambre, es pronto, estoy bien.

—Noooooooo, Loui, pide tortitas, o crepes, o gofres, o torrijas, o *cannoli*, que a ti te lo hará, pero a mí no quiere… Porfaaaaa, tengo hambre… Anoche hice mucho ejercicio —dijo descojonándose otra vez.

—Golfa —replicó Piero con una sonrisa.

—Fue idea tuya —se rio ella.

—De nada —sonrió él—. Voy a hacer el desayuno, ahora nos lo cuentas todo. ¿A qué hora viene Gina?

—Tengo que ir a por ella a mediodía, antes de comer. Iré cuando cierre la tienda

Piero se levantó y salió de la habitación. Al momento se oyó una canción[1] sonando en la cocina y a Piero cantando por encima.

—Oh, le gustas mucho. —Greta se giró hacia mí—. No le hagas daño, por favor, no le rompas el corazón.

—¿Yo? —pregunté sorprendido. Nunca había sido un rompecorazones ni nada parecido—. ¿Por qué iba a hacerle daño? Nunca le he roto el corazón a nadie…

—Bueno, por si acaso, no te estrenes con él… Estás seguro de que te gusta mucho, ¿no?

—Sí, claro, me gusta mucho.

—Guay, si se lanza con mucha intensidad, no te asustes, él es así.

—Vale —me reí—, no me asustaré.

Estaba deseando comprobar a qué se refería Greta con lo de «lanzarse con mucha intensidad» y esperaba de todo corazón tener el valor de lanzarme con él.

Aproveché que Piero estaba preparando el desayuno para darme una ducha. Fue muy diferente a la del día anterior. Me sentía muy ilusionado, aunque no podía evitar cierta desconfianza. Todo parecía demasiado bonito para ser verdad o para estar pasándome a mí.

Salí del baño y Piero estaba apoyado en la pared, junto a la puerta.

—Hola —susurró con una sonrisa.

—Hola —contesté de igual modo.

—Voy a ducharme yo ahora. La comida está en la mesa, por si quieres ir desayunando…

—¿Tú has desayunado ya?

—No, después de la ducha.

—Vale, pues me espero a que salgas —contesté. Me parecía muy feo desayunar sin él, qué menos que esperarle, ya que nos había hecho el desayuno.

—Perfecto —volvió a sonreír—. ¿Puedo besarte?

—Claro.

Me rodeó la cintura con sus brazos y me besó despacio durante un momento.

—Si os vais a enrollar, desayuno sin vosotros —se quejó Greta entrando en la sala.

Nos reímos y nos separamos.

—Qué bien hueles —me susurró Piero al oído—. Tardo cinco minutos.

Y desapareció dentro del baño.

Saqué una de las cámaras y estuve haciendo fotos de la comida. Piero había preparado la mesa con mucho cuidado, estaba todo precioso y tenía una pinta estupenda. Fotografié también a Greta quejándose de que tenía hambre y de que Piero tardaba mucho. Apenas cinco minutos después, Piero salió del baño y nos sentamos los tres a desayunar.

—Bueno, cuéntanos, ¿qué tal anoche? —preguntó Piero— ¿Sigue en tu cama?

—No, no, lo mandé a casa de madrugada, cuando acabamos… Bien, un poco babas, pero no estuvo mal.

—¿Babas? —preguntó Piero con una sonrisa.

—Sí, no sé, era todo el rato: «¿Estás bien?», «¿te gusta esto?», «¿estás a gusto?», «qué bonita eres» y mierdas así…

Piero cogió una cuchara y se la puso delante de la boca como si fuera un micrófono.

—En el programa de hoy, Greta descubre que hay hombres que muestran sus sentimientos…

Ella y yo nos reímos.

—Es un poco exagerado —se defendió ella—. Casi no me conoce, estaba como demasiado flipado.

—Porque le gustas mucho.

—Ya, pues no sé si él a mí me gusta tanto.

—Oh, sorpresa. —Piero le dio un trago a su café y volvió a dejarlo en la mesa.

—Es que, por ejemplo, si lo comparo con Marc…

—Pues no lo compares con Marc —la interrumpió Piero.

—Ya, ya, no hay que comparar, cada tío es un mundo, pero es que Marc…

Piero cogió el cuchillo de la mantequilla y fingió que se hacía el harakiri. Greta y yo volvimos a reírnos.

—¿Vas a quedar con él otra vez? —preguntó Piero.

—No sé, me lo pienso… ¿Qué plan hay para hoy?

—Poca cosa —contestó él—. Si no me llaman con ninguna urgencia, mi único plan es hacerle un masaje a Loui, que le hace mucha falta.

Me sorprendió un poco que se acordara de eso. También me pareció un poco exagerado, yo no pensaba que me hiciera tanta falta.

—Oh, ¿y a mí? —preguntó Greta—. Yo también necesito uno.

—A ti no te hace falta. Si quieres te lo hago, pero por gusto, no por necesidad.

—Vale, por lo que sea —sonrió ella.

—Pues dúchate o no te toco, que seguro que hueles a Francesco —se rio Piero.

Greta engulló rápidamente lo que le quedaba en el plato y se fue directa a la ducha. Tardó pocos minutos en salir ya duchada y solo con una toalla.

—Venga, la envidiosa primero —le dijo Piero con una sonrisa—. Voy a sacar la camilla.

Ella y yo lo seguimos hasta la habitación.

—Uh, con camilla y todo… Qué nivel —se burló Greta.

—A ti no te haría falta, pero a Loui, sí.

—Pero que yo estoy bien —protesté.

—A ver —dijo Piero viniendo hasta mí.

Me dio un abrazo y se lo devolví. Me sentí cómodo entre sus brazos.

—¿Ves? Estás tenso.

—De verdad que no.

—A ver —dijo Greta mientras se acercaba hacia nosotros.

Piero se separó de mí y fue ella la que me abrazó. También le devolví el abrazo.

—Está normal, como siempre, Loui es así, es un poco rígido, hay que quererle con lo suyo —dijo tras separarse de mí.

—«Es así» no me vale —replicó Piero bastante serio—. Necesita relajarse de verdad. Hazme caso, Loui, te hace mucha falta.

—Bien, como quieras —contesté.

Piero sacó una camilla que tenía plegada junto al armario y la montó en un momento. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo puso en la cabeza, como el día que había atendido el parto. Greta se tumbó en la camilla mientras Piero salía de la habitación y volvía al rato con una botella de lo que parecía algún aceite.

—¿Me vas a poner pringue? —preguntó Greta.

—Lo que quieras —suspiró Piero.

—Lo que diga el doctor —se rio ella—. Piero dedos mágicos, haz lo que quieras conmigo.

—¿Espero fuera? —pregunté.

—No, Loui, quédate, así hablamos mientras —me pidió Greta.

—Un masaje relajante requiere silencio —informó Piero.

—Pues, en el de Loui, silencio; pero en el mío, hablamos.

—Como quieras —volvió a suspirar él.

Se untó aceite en las manos y empezó a deslizarlas sobre la piel de ella. Empecé a temblar ante la idea de que fuera a hacerme lo mismo a mí. Lo más seguro era que así no consiguiese que me relajara precisamente. Greta ronroneaba y Piero sonreía.

Aproveché para sacar la cámara y hacer algunas fotos de las manos de Piero sobre la piel de ella. Primero le dedicó toda su atención a una pierna, pasó rápido a la otra y enseguida llegó a la espalda.

—No estás muy relajada… Es raro después de lo de anoche… ¿No fue bien? —preguntó Piero mientras le masajeaba los hombros.

—Sí, fue bien…

—*Bella*… ¿Qué pasa?

Greta empezó a llorar todavía tumbada boca abajo en la camilla. Piero me miró e hizo un gesto hacia ella. Entendí que se refería a lo que me había dicho la noche anterior.

—¿Nos lo quieres contar? —preguntó con voz dulce.

—Que soy gilipollas, que no debí hacerlo… Fue solo por despecho… Seguro que él no llora después de tirarse a su novia… Seguro que ni piensa en mí…

Me hubiera encantado consolarla y decirle que Marc no se acostaba con su novia, pero le había prometido a él guardar el secreto. Si no podía contarle a él lo de la niña, tampoco podía contarle a ella lo otro.

—Tres años y medio, *bella*, ya. No te sigas haciendo esto…

—¡Soy gilipollas! —gritó ella llorando mientras se sentaba en la camilla.

—Sí, *cara*, eres gilipollas —se rio Piero, y Greta y yo nos reímos también.

Piero se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—Venga, ya está. No pasa nada. Si no quieres volver a quedar con él, déjalo pasar. Y si tienes dudas, pues quedas con él otra vez y lo que surja. Ya vale, no le des más vueltas.

Le dio un beso en la cabeza. A continuación, le dijo algo en italiano y ella se rio.

—Bueno, voy a abrir la tienda y después a por Gina. Os veo luego, chicos.

Y salió de la habitación.

DOCE

RELÁJATE

Piero quitó la sábana con la que estaba cubierta la camilla y la cambió por una limpia. Me pasó una toalla del armario.

—Desnúdate. Espero fuera, te dejo intimidad.

—¿Del todo? —pregunté un poco nervioso.

—Sí —sonrió—. Tranquilo, esto es algo profesional. Lo he hecho muchas veces. Solo quiero ayudarte.

—Bien, vale —fue lo único que se me ocurrió contestar.

Salió de la habitación y yo me desnudé todo lo rápido que pude. No quería que volviera antes de tiempo y me pillara a medias. Me enrollé la toalla en la cintura y me tumbé como había hecho Greta. Un par de minutos después, Piero abrió la puerta.

—¿Listo? —preguntó de espaldas a mí.

—Sí —contesté; y él entró en la habitación.

Bajó un poco las persianas, hasta que nos quedamos en una penumbra agradable. Puso música relajante en un radiocasette a un volumen bastante bajo. Vino a mi lado y se agachó hasta que su cabeza quedó a la altura de la mía. Estaba guapísimo con sus rizos escondidos bajo el pañuelo.

—Es importante que te relajes —susurró—. Esto no tiene nada que ver con lo de anoche o con lo que podría haber pasado, así que no estés nervioso. El sexo no es la finalidad de esto, para eso tenemos mucho tiempo. Ya te he dicho que quiero conocerte, y para eso necesito que te conozcas tú primero y que conozcas tu cuerpo, ¿lo entiendes? —Asentí, aunque lo entendía a medias—. Vale, por último, no te preocupes si tienes una erección, a veces pasa, es una respuesta fisiológica del cuerpo. No te avergüences ni te pongas nervioso. Y, si no la tienes, tampoco pasa nada, también es normal. Hay a quien le pasa y a quien no, cada persona es diferente. Lo único importante es que dejes libre tu cuerpo y te olvides de todo.

Como era de esperar, sus palabras me pusieron más nervioso, y lo notó. Me pasó una mano por la nuca y me dio un beso muy suave en los labios.

—Hasta aquí he sido Piero. A partir de ahora soy el doctor Mancini, piénsalo así si te ayuda.

Asentí con un gesto, porque no me sentía capaz de hablar.

Coloqué la cabeza en el agujero de la camilla y él fue hasta el otro extremo y me dobló una rodilla. Empezó a tocarme un pie. Era una sensación muy extraña, no recordaba que nadie antes me hubiera tocado uno. A ratos era un poco doloroso, en otros momentos era agradable. Pasó sus manos por la planta, me abrió los dedos y los movió en todas direcciones. Le dedicó más tiempo a uno de mis pies del que les había dedicado yo a ambos en toda mi vida. Cuando lo dio por concluido, cogió el otro y repitió la operación. Al pasar a los tobillos, mis pies ya no eran míos.

Estaban ahí, los notaba, pero no los reconocía. Jugó un rato con mis tobillos, los movió en todas direcciones, los hizo crujir un poco y los masajeó con mucho cuidado. Cuando subió a las pantorrillas, la cosa empezó a complicarse. Notaba sus largos y suaves dedos deslizándose aceitosos por mi piel y eso me ponía más tenso de lo que requería el momento.

—Relájate, hijo —susurró, pero poniendo la voz grave, no parecía la suya—. Soy el doctor Mancini, necesito que estés tranquilo.

Me reí.

—Shhhh, no te rías y déjate llevar.

Cerré los ojos e intenté poner la mente en blanco, pero mi pensamiento iba a sus manos, que me proporcionaban dolor y placer a partes iguales. Se entretuvo un buen rato en cada uno de mis gemelos, hasta que consiguió el mismo efecto que había conseguido en mis pies. Con las rodillas repitió la misma operación que con los tobillos. Las retorció en posiciones que yo no sabía que fueran capaces de adoptar y las hizo crujir. Empezó a masajear la parte trasera de mis muslos del mismo modo que había hecho con todo lo demás hasta ese momento. Sus movimientos eran precisos y profesionales, pero no dejaban de ser sus manos suaves deslizándose por mi piel. La parte buena era que me hacía bastante daño, y eso rebajaba mucho la libido de cualquiera… la mía al menos. Me parecía que llevábamos una eternidad y todavía íbamos por las piernas.

—Date la vuelta —dijo a un volumen muy bajo cuando dio por concluida la parte trasera de mis muslos.

Obedecí con la tranquilidad de no haber sucumbido a la temida erección, el dolor había ayudado bastante a eso. Me di la vuelta con cuidado de que no se me cayera la toalla y me tumbé bocarriba.

—¿Cuánto rato ha pasado? —pregunté yo también en voz baja.

—Olvídate de eso. No hay relojes. Concéntrate en tu cuerpo y nada más.

Repitió el proceso de los muslos, pero esta vez por la parte delantera. Me resultaba asombroso el tiempo que le dedicaba a cada parte de mi cuerpo. Me hacía bastante daño, pero cuando terminaba en una zona, la sentía fuera de mi cuerpo. Ya no había dolor, y mucho menos tensión. Terminó con los muslos y me movió un poco las piernas forzando mis caderas más de lo que yo había hecho nunca. Volvió a pedirme que me diera la vuelta. Obedecí y de nuevo me puse bocabajo, pensando que ya llegaba el turno de la espalda. Pero no. Me movió un poco la toalla y me destapó medio culo. Solo medio. No pude evitar ponerme un poco tenso.

—Relaja —susurró mientras comenzaba a masajearme igual que había hecho en otras zonas —. Los glúteos son músculos como los demás y merecen el mismo cuidado. No voy a tratarlos diferente.

—Claro —contesté—. Me puedo quitar la toalla si te resulta más cómodo —añadí en un momento de envalentonamiento.

—No, para mí es mejor así —replicó casi en un susurro.

Cuando terminó de masajear mi medio culo, lo cubrió con la toalla y se dedicó de lleno al otro medio. Una vez consiguió que mi culo ya no me perteneciera, volvió a cubrirlo.

—Colócate bien la toalla y arrodíllate un momento —susurró.

Obedecí y él se subió a la camilla también de rodillas, colocándose detrás de mí. Pasó sus brazos por debajo de los míos y tiró de mí hacia arriba. Oí crujir todas mis vértebras. Luego me cogió la cabeza e hizo un movimiento parecido. Crujieron todas las que quedaban.

—Vuélvete a tumbar —pidió mientras bajaba de nuevo al suelo.

Lo hice y comenzó con la espalda. Deslizó sus pulgares por los laterales de mis vértebras, una a una, y presionó hasta hacerme sentir un dolor punzante que daba paso a una sensación de

alivio desconocida para mí hasta ese momento. A partir de ahí, perdí la noción del tiempo. Sé que le dedicó a mi espalda mucho más de lo que había dedicado a las piernas. Pero no se detuvo ahí, también se entretuvo mucho rato en mis hombros, mis brazos, mis manos, mis dedos, uno a uno… No dejó un solo músculo de mi cuerpo sin tratar, sin masajear, sin acariciar. Finalmente desvió su atención a mi cuello y mi cabeza, con el mismo detenimiento que a cualquier otra parte de mi cuerpo.

—Ya. ¿Cómo te sientes?

Me incorporé y me senté en la camilla. Era una sensación difícil de explicar. Sentía mi cuerpo como un desconocido, era algo completamente nuevo. Me sentía ligero y cargado de energía, pero como si todo mi cuerpo fuera el de otra persona. No sabía si iba a ser capaz de darle instrucciones y que me obedeciera.

—Es raro —contesté—. Es algo así como si hubiera llevado siempre una armadura rígida que pesaba mucho y me la acabara de quitar… No lo sé explicar.

—Bien, esa era la idea —sonrió mientras se quitaba el pañuelo de la cabeza y se lo pasaba por la frente, estaba sudando.

—¿Cuánto tiempo ha durado?

—Olvídate de eso. Ha sido el tiempo necesario: ni más, ni menos. Te espero fuera. Vístete y sal, que me muero de ganas de darte un abrazo de verdad, al verdadero Loui, no al Loui rígido y tenso…

Se dio la vuelta con intención de salir de la habitación. En ese momento, mi cuerpo, ese cuerpo que no sentía mío y que no me pertenecía, obedeció por primera vez a mis impulsos, casi antes de que yo pensara lo que quería hacer. Salté de la camilla y lo alcancé antes de que llegara a la puerta. Cogí su brazo y tiré de él hacia mí hasta que su cuerpo chocó contra el mío. Y le besé. Jamás en la vida había tomado una iniciativa así, ni siquiera con una pareja. Ese beso fue toda una declaración de intenciones involuntaria, porque ese beso me liberaba por fin. Ese beso concentraba todos los besos que me había quedado con ganas de dar en el pasado, todos los impulsos que había reprimido, todas las iniciativas que no había tomado. Y ahí estaba ahora, en un cuerpo que no reconocía como mío, pero que me era más fiel y obediente que nunca.

Atrapé su labio entre mis dientes mientras ponía una mano en su nuca y otra en su espalda, acercándolo más a mí. Él soltó el gemido más fuerte que he escuchado soltar nunca a nadie. Le fallaron un momento las piernas, pero lo sujeté con fuerza y volví a besarle como si tuviera que sostenerle con mis labios para que no se cayera. Deslizó de nuevo sus manos por mi piel, pero de un modo muy diferente a como llevaba horas haciendo. Al notar sus manos, fui consciente de que en algún momento había perdido la toalla. Me sorprendió no haberme dado cuenta y que no me hubiera preocupado lo más mínimo. Y seguía sin importarme. Se separó de mis labios un momento y me miró con la boca entreabierta, los ojos encendidos y la respiración entrecortada. No supe interpretar si su gesto era más de sorpresa o de excitación. En un movimiento rápido se quitó la camiseta y apenas un par de segundos después se había desnudado completamente.

—*Mi piace il nuovo Loui. Mi piace il Loui selvaggio. Non riesco a pensare in spagnolo* — dijo con dificultad y con la voz ronca.

No entendí bien lo que había dicho, pero tampoco le di mucha importancia. Supuse que era algo motivado por el calor del momento. Y el momento no era de hablar.

Tiré de él hacia la cama y los dos caímos sobre ella desnudos, excitados y con ganas de darlo todo. Recorrí cada rincón de su cuerpo con mis manos, mis labios y mi lengua. Él se estremecía de manera descontrolada. Gritaba mi nombre en todas las versiones en las que le gustaba usarlo, y cada una de ellas me ponía más que la anterior. Con cada nueva caricia, beso o mordisco que yo le dedicaba, él gruñía, gemía y farfullaba frases en italiano que yo no entendía, pero que aumentaban mi sensación de sentirme fuera de mí mismo. Nunca había sentido de esa manera la certeza de lo que tenía que hacer, y no me costó apenas esfuerzo llevarle al orgasmo. Se corrió con un grito ronco, gritando la versión italiana de mi nombre. Y sentí un placer tan grande como si hubiera sido yo mismo el que había llegado al clímax. Tardó apenas un par de segundos en recuperar el aliento y empezar a hacer lo mismo por mí. Yo le indicaba con gestos y miradas si iba por buen camino, pero apenas hizo falta, sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Había conocido y explorado mi cuerpo antes que yo mismo y consiguió que explotara de placer en menos tiempo de lo que yo había tardado con él.

Caímos los dos rendidos sobre la cama, intentando recuperar el aliento, y nos miramos. Ninguno dijo nada, pero, como en un acuerdo tácito, volvimos a empezar, como si lo que acababa de pasar no hubiera ocurrido y estuviéramos descubriéndonos de nuevo por primera vez.

Éramos todo piel, los dos, o uno solo, no estaban claros los límites. Mi cuerpo se anticipaba a lo que yo quería sin darme tiempo a pensarlo siquiera. Y no lo hacía, no pensaba, solo sentía. Me dejé llevar por las sensaciones y disfruté de su cuerpo con los cinco sentidos, con todos.

La visión de su cuerpo desnudo me excitaba justo como había pensado que lo haría. Era tal como lo había imaginado, la perfección absoluta. Una imagen suya podría haber ilustrado perfectamente un tratado de anatomía como ejemplo de todo lo que está bien. En cualquier otro momento de mi vida, me habría dedicado a hacer odiosas comparaciones entre su cuerpo y el mío, pero no ese día. Por primera vez, me sentía libre, no era esclavo de mis inseguridades. Disfruté del efecto que yo parecía ejercer sobre él sin cuestionarme cómo era posible.

Sus gruñidos, gemidos y jadeos despertaban en mí algo primitivo, visceral e incontrolable. Se mezclaban con los míos en una perfecta armonía sonora, con la cadencia de nuestras respiraciones marcando el ritmo.

Su olor lo llenaba todo. Me había acompañado desde aquel primer abrazo y por fin podía disfrutarlo por completo y sin reservas. Despertaba mis instintos más básicos y enajenaba mis sentidos. Me sentía ebrio, ebrio de él. Y el sabor de su piel, de sus labios y sus besos solo lo amplificaba todo.

Su cuerpo era suave pero firme. Recorrer cada centímetro con mis manos y observar su reacción me proporcionaba casi el mismo placer que a él. Jamás había tocado nada tan bello, y me volvía muy loco poder hacerlo por fin.

Mentiría si dijera que ese primer encuentro fue dulce, tierno o romántico. Se trató, más bien, de algo animal y salvaje que los dos llevábamos deseando desde que nos conocimos. Aun así, tampoco fue sucio o vulgar. Algo empezaba a abrirse paso entre nosotros, un sentimiento al que no podía o no quería poner nombre todavía, pero que me hacía sentir mejor que nunca.

Un par de orgasmos después por parte de cada uno, ambos agotados y abrazados, me di cuenta de que apenas entraba luz por la ventana. No era consciente de cuánto tiempo había pasado.

—¿Qué hora es? —pregunté en un susurro sin apenas aliento.

—Casi las ocho —dijo él mirando el reloj de la mesilla de noche.

No entendí su respuesta. ¿Las ocho de qué? No pensaba con claridad, como si conceptos tan

mundanos como el tiempo y las horas escaparan a mi comprensión.

—Estoy un poco espeso —murmuré por fin—. Como cuando te despiertas de una siesta demasiado larga y no sabes ni en qué día estás. No sé qué quiere decir que son las ocho —me reí.

—Quiere decir que Greta se ha ido esta mañana a eso de las once, y son las ocho de la tarde. Llevamos nueve horas sin salir de la habitación, entre el masaje y todo lo demás…

—Me ha encantado el masaje… y todo lo demás. —Me giré a mirarlo.

—Esa era la idea —sonrió antes de besarme.

Como un reflejo aprendido a lo largo de los años, cogí la sábana que estaba a punto de caerse de la cama y me cubrí con ella hasta la cintura.

—¿Tienes frío? —preguntó algo sorprendido.

—No —me reí.

—¿Te escondes de mí?

—Las comparaciones son odiosas —sonreí.

—Me encanta tu cuerpo —susurró.

—Y a mí el tuyo, te lo cambio —me reí.

—No tendría problema con eso —sonrió negando con la cabeza.

—Porque sabes que es imposible, pero no te gustaría ser *la raspa humana*…

—¿Raspa? —preguntó arrugando las cejas.

—Así se llama a la espina del pescado, así me llamaban mis amigos en el instituto: *La raspa.* Siempre he sido muy flaco, demasiado.

—Qué imbéciles —gruñó—. ¿Se burlaban de ti? ¿Te hacían sentir mal?

—Para nada, todos teníamos mote. Chus era *el cuatro ojos*, porque era el único que llevaba gafas. Marc era *el tapón*, porque por aquel entonces era el más bajito de los cuatro; y Samu, *la princesa*, porque con esa cara y esos rizos rubios parecía una muñeca de porcelana —me reí.

—¿Aún os llamáis así?

—Qué va, hace años que no. Luego pasaron a llamarme Loui, pero ellos ya no tienen mote.

—¿Por qué lo de Loui?

—Porque decían que era demasiado elegante para ser español, que debería haber sido francés, qué capullos son —me reí—. Entonces empezaron a usar la versión francesa de mi nombre.

—Pero en francés es *Louis*, con *s*, ¿no?

—Sí —asentí descojonándome—. Pero lo empezaron a escribir sin la *s*, porque no se pronuncia, y así se quedó. Son un poco catetos a veces.

—¿Te molesta?

—Qué va, estoy acostumbrado. De hecho, creo que se me haría muy raro que empezaran a llamarme Luis ahora. En cualquier caso, mucho mejor *Loui* que *la raspa* —volví a reírme.

—Pues a mí me vuelve loco *la raspa* —sonrió y me besó—. No cambiaría nada de tu cuerpo, Loui, en serio. Tiene algo que lo hace más especial que ninguno.

—¿El qué? —pregunté en un susurro.

—Que es el tuyo. —Volvió a besarme y yo me abandoné de nuevo a esa sensación que provocaba en mí. Luego tiró de la sábana con la que aún me cubría y la dejó caer al suelo—. Tienes un cuerpo precioso, Luigi. No lo dudes nunca, y no lo escondas. Disfrútalo.

Y por primera vez, tras escuchar un comentario positivo referido a mí, lo creí. Sin dudas ni inseguridades, como una certeza de la que no había sido consciente hasta ese momento. Y me gustó. Me gustó ese nuevo Loui, era mucho más de verdad. Apenas lo conocía, pero era yo mismo, más yo mismo que nunca.

TRECE

UNA FAMILIA

—¡Piero! —oímos gritar a Gina en la habitación de al lado mientras nosotros seguíamos en la cama, con él recostado sobre mi pecho—. Mami, ¿dónde está Piero?

—No sé, estará echando la siesta con Loui, no los molestes.

—Pero si es casi de noche, no es hora de dormir…

—Bueno, pues estarán cansados… O a lo mejor han salido, no entres en su habitación por si acaso.

—Pero quiero hacer la cena con Piero…

—Pues hoy hacemos la cena nosotras y que descanse.

—Piero no se cansa… Y tú no sabes, mami, lo haces mal.

Piero y yo empezamos a reírnos sin hacer ruido.

—Pues te aguantas, haré algo fácil.

—Puaj, qué asco… Seguro que está malo. ¿Y si vuelves a quemar la cocina?

—No la quemé del todo, exagerada.

—Porque Piero llegó a tiempo.

—Piero, Piero, como si Piero no hiciera cosas mal…

—¿Qué cosas?

—Pues ahora no se me ocurre ninguna, pero pensaré en algo, que seguro que hay…

—No hay, Piero lo hace *tutto bene*.

—Voy a hacer la cena. —Piero salió de la cama medio riéndose.

—Si ha dicho Greta que la hacía ella.

—No quieres comer nada que haya cocinado Greta, créeme.

Me reí y salí de la cama también. Me vestí con la ropa que me había quitado para el masaje y él hizo lo mismo.

—*Andiamo* —susurró antes de darme un beso rápido e ir hacia la puerta.

La abrió con un movimiento brusco y empezó a cantar[1] desde el umbral a pleno pulmón.

—*Che confusione, sarà perché ti amo. È un'emozione che cresce piano, piano*…

Greta empezó a reírse y Gina corrió hacia él, que la cogió en brazos en cuanto la tuvo a su alcance.

—*Stringimi forte, e stammi più vicino. Se ci sto bene, sarà perché ti amo.*… —coreó la niña.

Los dos continuaron cantando y bailando la canción a dúo mientras Piero la llevaba en brazos hacia la zona de la cocina y la dejaba sentada sobre el mármol. Cogieron dos cucharas de madera a modo de micrófonos y siguieron con la canción interpretando mucho la letra. Greta y yo nos

reíamos.

—¿*Pizza*? —preguntó Greta y Piero asintió con la cabeza mientras seguía cantando.

Él le dio su cuchara a Gina, que cogió una con cada mano para enfocar una a su cara y otra a la de Piero. Greta le lanzó a Piero un par de bolas de masa de *pizza* que sacó del frigorífico. Él se puso a extenderla lanzándola al aire como hacen en las pizzerías, mientras seguía cantando hacia el micrófono falso que le sujetaba la niña.

—*E vola vola si sa, sempre più alto si va. E vola vola con me, il mondo è matto perché…*

Creo que, si hubiera sabido la letra de la canción, hasta me habría animado a cantar con ellos.

Mi teléfono empezó a vibrar en mi bolsillo. Fui hacia el pequeño jardín trasero para hablar tranquilo.

—Hola, mamá, ¿qué tal? ¿Dónde estás?

—Hola, Luis, cariño, en Singapur, llevo una semana aquí, y lo que me queda… Ha sido un poco caótico todo, pero ya parece que va sobre ruedas. Mañana firmamos una operación millonaria. De las más grandes que hemos firmado.

—Qué bien, mamá, me alegro.

—Ya puedes alegrarte, porque nos va a reportar un par de millones limpios.

—¿Y para qué queréis más dinero? —me reí.

—Para que no te falte de nada, cariño. ¿O alguna vez te ha faltado algo?

Miré hacia el interior de la casa, donde los tres seguían cantando y bailando mientras cocinaban.

—No, mamá, nunca me ha faltado nada —mentí. Me habían faltado risas, bailes, juegos, abrazos, padres, hermanos… Me habían faltado muchas cosas. Un montón de dinero y una sucesión de niñeras y asistentas no sustituían a una familia, pero eso no se lo dije, no iba a aportar nada ese comentario.

—Bueno, cuéntame, ¿tú qué tal? ¿Ya estás en Italia?

—Sí, llegué hace tres días a Sicilia.

—Y ¿qué tal? ¿Cómo está Greta?

—Muy bien, está fenomenal.

—¿Y la niña? Era niña, ¿no? ¿Qué edad tiene ya?

—Tres años, es muy graciosa, y muy habladora…

—Qué bien, cómo me alegro. ¿Están bien seguro? ¿Necesitan algo? Dile que si necesitan lo que sea pueden contar con nosotros, que una niña es mucho gasto.

Volví a mirarlos a los tres, que no paraban de reírse dentro de esa casa que habría cabido entera en el *hall* de la mía.

—No necesitan nada, mamá, están fenomenal.

—Bueno, pero tú díselo por si acaso.

—Vale, se lo diré.

—Y ¿tú qué tal? ¿Te está tratando bien Sicilia? ¿Lo estás pasando bien?

—Muy bien, mamá. He conocido a alguien.

—¿Alguien especial?

—Muy especial.

—Ay, cariño, cómo me alegro… ¿Es italiano?

—Sí, se llama Piero.

—Qué bonito, ¿habla español? ¿Cómo os entendéis?

—Habla español perfecto, nos entendemos muy bien —me reí.

—Ya decía yo que te notaba la voz diferente, estás como radiante.

—Así me siento.

—Me alegro mucho, mi amor, pero ve con cuidado, que lo acabas de conocer. ¿Es buen chico? ¿Cómo lo has conocido?

—Claro, mamá, siempre voy con cuidado. Vive con Greta, es muy buen chico, sí.

—¿Vive con ella? ¿Se ha separado del padre de la niña?

—Ya te contaré, es una larga historia —me reí.

—Vale, cariño. ¿Hasta cuándo te quedas por allí?

—Hasta septiembre.

—Estupendo, pues a ver si consigo sacar un par de días libres y los cuadro con tu padre y nos podemos acercar a verte… ¡Y nos lo presentas!

—Claro, mamá, sería genial.

—Bueno, tengo que dejarte, en cuanto tenga otro hueco te vuelvo a llamar y me cuentas más cosas de ese chico.

—Claro, cuando quieras.

—Un beso, cariño, y dale otro a Greta de mi parte.

—Hecho. Adiós, mamá.

Volví a entrar en la casa y Gina estaba terminando de colocar los ingredientes en una de las pizzas formando el dibujo de una cara sonriente.

—Qué buena pinta —dije al llegar hasta ellos y mi estómago empezó a rugir.

—¿Qué habéis comido? —preguntó Greta.

—Pues yo he comido Loui, y Loui ha comido Piero. —Me besó antes de que a mí me diera tiempo a decir que nos habíamos saltado la comida.

—¿Cómo te vas a comer a Loui si está aquí? —preguntó Gina levantando las manos.

—Porque me lo he comido a besos —le contestó Piero con una sonrisa—. Y, a lo mejor, esta noche, en vez de *pizza* quiero cenar Gina.

Empezó a darle un montón de besos a la niña y ella no paraba de reírse.

—Greta —dijo Piero cuando se separó de Gina—, dale un abrazo a tu amigo, a ver si notas algún cambio.

Ella vino hasta mí y me abrazó. Le devolví el abrazo.

—Uy —dijo Greta—, es raro, es cómodo. ¿Qué has hecho? Has roto a mi amigo —se rio al separarse de mí.

—No, *cara*, lo he arreglado. —Piero guiñó un ojo.

Metió las *pizzas* en el horno y vino él a darme un abrazo.

—Nada que ver, mucho mejor.

Le pasé las manos por la espalda y él gruñó en mi oído.

—Eres peligroso, Luigi —susurró antes de separarse de mí—. Bueno, chicas, ¿qué habéis hecho hoy?

—Hemos comprado bocadillos y hemos comido en la playa —empezó a contar Gina.

—Eso está muy bien.

—Y nos hemos encontrado a Francesco y ha traído *cioccolato*.

—Este pueblo es demasiado pequeño —se quejó Greta frotándose la frente.

Nos siguieron contando todo lo que habían hecho hasta que estuvieron las *pizzas* y salimos al

jardín a cenar sobre las tumbonas de la noche anterior.

—Por cierto, Greta —dije tras un momento de silencio durante la cena—. Mi madre te manda un beso, y dice que, si necesitas lo que sea, que se lo diga.

—Oh, qué bonica, ¿cómo está? Hace siglos que no la veo.

—Ganando dinero sin parar, como siempre, así que, ya sabes, si necesitas algo…

—Oh, dile que necesito un helicóptero, o una mansión en la Toscana, o un montón de *oompa loompas* que lleven la tienda y se ocupen de la niña, para que yo pueda dedicarme a la contemplación…

—¿Solo? —pregunté con una sonrisa—. Puede con eso y más, no te cortes…

Empezó a sonar un teléfono en el interior de la casa.

—Oh, oh, Piero —dijo Gina—, viene un *bambino*.

—*Cazzo* —se quejó Piero mientras se ponía de pie—, que sea solo una duda y no una urgencia, no quiero irme esta noche.

Entró en la casa y empezó a rebuscar entre los cojines del sofá mientras intentaba localizar el sonido. La llamada se cortó y se reanudó varias veces antes de que él encontrara el teléfono.

Salió al poco rato poniéndose la chaqueta.

—Sí que me tengo que ir… Por suerte no es primeriza, ya tiene tres… Si no hay complicaciones, este saldrá solo —se rio.

—Vale, que vaya bien —dijo Greta—. No nos despiertes cuando llegues… ¿O vas a dormir con Loui?

—Voy a dormir con Loui, ¿no? —preguntó mientras se giraba hacia mí.

—Claro, lo que quieras —contesté.

Se agachó a darme un beso.

—Me da rabia tener que irme esta noche. Espero no volver muy tarde.

—A mí puedes despertarme cuando llegues. —Le devolví el beso.

Sonrió y se marchó.

—Vaya tela, cómo estáis, ¿no? —preguntó Greta cuando Piero se había ido.

—¿Cómo estamos?

—Muy flipados el uno con el otro…

—Piero y Loui son novios, de los que se besan —canturreó Gina muerta de risa.

—Supongo que sí, no sé. Me siento bien cuando estoy con él. Muy bien, de hecho.

—Normal, un supermasaje y lo que me imagino que ha pasado luego… ¡Como para no estar bien! Estarás en el puñetero cielo.

—Pues sí, así me siento, la verdad.

—No sabes cómo me alegro, de verdad, Loui, por los dos…

—¿Qué ha pasado luego del masaje? —preguntó la niña.

—La siesta, cariño —dijo su madre—. Se han echado una supersiesta, ¿no, Loui? ¿Ha sido una siesta muy larga?

—Ha sido la mejor siesta de mi vida… Han sido tres siestas seguidas.

Greta y yo empezamos a reírnos.

—Pues vaya rollo, toda la tarde durmiendo, yo prefiero jugar…

—Estoy segura de que también han jugado —aseguró Greta muerta de risa.

—También, también —asentí intentando no reírme.

Me despertó el ruido de la puerta a eso de las cuatro de la mañana. Piero se deslizó sigiloso dentro de la habitación. Se quitó la ropa y se metió en la cama conmigo.

—Hola —susurró cuando vio que estaba despierto—. Hoy ya puedo dormir desnudo, ¿no?

—Ayer también hubieras podido —me reí—. ¿Cómo ha ido?

—Bien, ha sido rápido. Se ha complicado un poco porque llevaba una vuelta de cordón, pero ha ido todo bien. Madre e hijo sanos y estupendos. Tenía muchas ganas de volver, ya te echaba de menos.

Me sorprendió un poco ese comentario. Prácticamente no nos habíamos separado desde que llegué, y habían sido apenas unas horas. Igual era a este tipo de comentarios a los que se había referido Greta cuando me dijo que no me asustara si se lanzaba con mucha intensidad. Pensé un momento en ello y me di cuenta de que yo también lo había echado de menos y de que me había dormido deseando que no llegara muy tarde y me despertara. Si eso era a lo que se refería, no me asustaba en absoluto. Yo también podía lanzarme con esa intensidad, y, lo más importante, quería hacerlo.

CATORCE

DEMASIADA INTENSIDAD

Me desperté la mañana de mi cuarto día en Sicilia con Piero dormido abrazado a mí. Era una sensación nueva y maravillosa. Mi primer pensamiento fue que podría acostumbrarme a eso muy fácilmente.

—*Buongiorno* —murmuró abrazándome más fuerte y besándome el pecho, lo que tenía a la altura de su cabeza.

—Buenos días —contesté al mismo volumen.

Se incorporó un poco y se acercó a besarme en los labios. Un par de segundos después estaba ya completamente espabilado.

—¿Qué tal? ¿Cómo has dormido?

—Muy bien —contesté con sinceridad.

—¿Tienes alguna cámara a mano? Vamos a hacernos una foto.

Me estiré para coger la cámara digital, que descansaba sobre la mesita de noche. Nos tumbamos juntos sobre la cama y yo hice la foto. La giré al momento para ver el resultado.

—Oh, somos *molto bellos* —exclamó al ver la imagen que nos devolvía la pantalla.

—Bueno, tú más que yo —me reí.

—Tonterías —sonrió—. Eres *bellisimo*.

Me reí y pensé que debía acordarme de quitar esa antes de enseñarles las fotos del viaje a mis amigos. Una en la cama con el novio de Greta, los dos aparentemente desnudos (y literalmente también, aunque en la foto solo se sospechara) llevaría a muchas preguntas y conclusiones acertadas, lo último que ella quería.

El olor a café recién hecho y a algo que se quemaba nos hizo vestirnos a toda velocidad y salir de la habitación.

La sala estaba cargada de humo y Greta estaba abriendo las ventanas y la puerta del jardín para que se despejara.

—¿Tostadas? —se rio Piero.

—Solo he dejado de mirarlas un segundo, lo juro —se quejó Greta.

Gina sostenía un trozo de carbón en la mano y arrugaba la nariz.

—Si rascas un poquito lo negro se pueden comer. —Greta pasó un cuchillo por encima sin ningún resultado.

—Lo más seguro para ti son cereales, no vuelvas a intentar hacer tostadas —se rio Piero.

—Mami, no quiero comer esto, está malo.

—Qué niña más fina tengo, de verdad…

—No es eso, *bella*, tiene una pinta asquerosa, no hagas a Gina comer eso… Es puro carbón.

—Sois unos exagerados, no es para tanto. —Greta dio un mordisco y lo escupió al momento —. Vale, sí, repugnante… Pues nada, las tiro. Piero, haz lo que quieras.

Él rascó los trozos carbonizados de la extraña sartén que utilizaban para tostar el pan y en un par de minutos teníamos nuevas tostadas con una pinta estupenda. Las acompañamos con las mermeladas y los quesos que quedaban todavía de la señora Nicoletta.

—Bueno, ¿cuál es el plan para hoy? —Greta dio un mordisco a una de las tostadas comestibles.

—A mí me gustaría ver algo de por aquí y hacer algunas fotos, si puede ser —contesté.

—Mmm… Te llevo a nuestra cala preferida, ahí puedes hacer unas fotos espectaculares —sugirió Piero.

—¡A la playa! —gritó Gina.

—Tú mejor te quedas con mamá en la tienda, que solo vamos a hacer fotos, no nos vamos a bañar ni nada… Aún hará frío en la playa.

—Jo —se quejó la niña.

—Piero, te recuerdo que Loui es mi amigo, que ha venido por mí, y lo estás acaparando… —renegó Greta con la misma cara que su hija. Yo me reí.

—Pero tú lo has tenido muchos años, me lo pido unos cuantos días para compensar… ¿Te parece bien? —me preguntó a mí con una sonrisa irresistible.

Asentí con la boca llena y cara de tonto.

—Qué asco dais —se rio Greta.

—Mami, no dan asco…

—No, cariño, no dan asco, dan un poco de envidia, nada más.

Tras unos veinte minutos andando, llegamos a una ladera de rocas escarpadas junto a un camino.

—Por ahí es lo fácil. —Piero señaló el camino—. Pero desde arriba sacarás mejores fotografías —añadió quitándose las zapatillas y empezando a escalar como un mono.

—Yo no puedo subir por ahí —dije asustado.

—¿Con esas zapatillas que llevas? Claro que sí, seguro que suben solas.

Me armé de valor y comencé a seguirlo en su ascenso. No estaba excesivamente empinado, pero nunca he sido muy hábil en ese tipo de cosas. Llegamos hasta donde él decía y la verdad es que el esfuerzo había merecido la pena. Nos encontrábamos en una superficie plana pero cubierta, como una especie de cueva muy abierta desde la que se veía un corte de roca a nuestros pies que terminaba en la playa. Estaríamos a unos doce o quince metros de altura sobre la arena, calculé a ojo. Piero se quitó la camiseta y levantó los brazos. La suave brisa que soplaba ahí arriba le revolvía el pelo.

—¿Qué haces? —me reí—. ¿Por qué te quitas la camiseta?

—Para sentirme libre. —Volvió a levantar los brazos—. Y no me desnudo del todo para que no pienses que estoy muy loco…

—No serías capaz de desnudarte aquí, me estás vacilando —me reí.

—No sería la primera vez.

—No me lo estás diciendo en serio —volví a reírme.

—No me desafíes —dijo desabrochando el primer botón de su pantalón vaquero con una sonrisa.

Me reí más fuerte.

—Eso de ahí abajo es la playa nudista, técnicamente deberíamos estar desnudos los dos… Lo voy a pasar por alto porque aún no es temporada de baños.

—Ni de coña me desnudo yo en la calle.

—No estamos en la calle. —Negó con la cabeza e intentó ponerse serio—. Estamos al aire libre… Y eso es lo bueno de estar desnudo, ¡sentir el aire y sentirse libre!

Solté una carcajada.

—Venga, Luigi, suéltate, desnúdate conmigo.

—Ni de coña —me reí.

—Tú te lo pierdes —dijo antes de desnudarse en un par de segundos.

Volvió a levantar los brazos y dio un par vueltas sobre sí mismo.

—¿Crees que estoy muy loco? —preguntó con una sonrisa.

—Sí —me reí—, pero me encantas.

Se acercó a besarme antes de darse la vuelta y acercarse peligrosamente al borde de las rocas. Levantó de nuevo los brazos, mirando hacia la playa y yo aproveché para hacer algunas fotos de su cuerpo de espaldas con el mar y el cielo de fondo. La visión era espectacular.

—*Attenzione, mondo, sono innamorato!* —gritó con todas sus fuerzas.

Me quedé petrificado tras esa declaración a gritos. Vale, quizá lo de gritar desnudo que está enamorado a los cuatro días de conocernos era a lo que se refería Greta con lo de «lanzarse con demasiada intensidad». En eso no iba a poder seguirlo… Ni de coña, vaya.

Yo estaba seguro de poder enamorarme de él, era la persona más especial que había conocido, pero esas cosas llevan un proceso. Primero, sentirlo; luego, reconocerlo; y, por último, verbalizarlo. Yo me conocía lo suficiente como para saber que iba a necesitar mi tiempo para atravesar las distintas etapas. Piero, en cambio, las había quemado todas en cuatro días de la manera más natural del mundo y me volvía loco por eso.

El amor es una palabra muy grande que solo me había atrevido a utilizar una vez en el pasado, con unos resultados lamentables y dolorosos, la verdad. Sin embargo, el entusiasmo de Piero era contagioso y ese tipo de cosas que hacía no me asustaban en absoluto. No podía seguirle, pero me encantaba ser testigo en primera línea.

—*Dottore Mancini, che ci fa nudo lassù?!* —gritó un anciano que paseaba desde la playa.

—*Sono inamorato!* —le gritó Piero de vuelta.

—*Molto bene!* —contestó el hombre con una carcajada y siguió su camino por la orilla del mar.

—Luigi, te estás perdiendo esta sensación de libertad.

—Yo ya me siento bastante libre, la verdad —me reí.

—No tienes ni idea —sonrió negando con la cabeza—. ¿Cuánto de loco piensas que estoy ahora?

—Como una puñetera cabra —volví a reírme.

—Pero ¿aún te encanto?

—Sí.

Le hice más fotos antes de que le entrara frío y volviera a vestirse. Eran artísticas, no era nada pornográfico, pero me recordé a mí mismo que también tendría que apartar esas antes de enseñárselas a los chicos. Hice también algunas solo del paisaje, más que nada porque, si no, me veía sin fotos que poder enseñar a la vuelta, y eso sí que sería muy sospechoso.

Esa misma tarde, Piero me preguntó si me parecía bien que volviera a traer sus cosas a la que era su habitación. Yo mismo le ayudé a hacerlo. Era la primera vez que convivía con una pareja, con Piero estaba rompiendo todos mis esquemas, pero me sentía mejor que nunca. Supongo que cuando lo tienes claro es así como sucede, aunque él fuera más de verbalizarlo y yo de guardármelo para mí o incluso de negármelo a mí mismo.

Por la noche, ya en la cama, tras una sesión de sexo muy intensa, se me quedó mirando serio.

—Lo que he gritado antes en la playa… ¿Te he asustado?

—No —me reí.

—Bien, mejor —sonrió—. No espero que me digas lo mismo, sé que tu llevas otro ritmo, aunque estoy seguro de que también lo sientes, lo noto —añadió con un movimiento rápido de cejas y un beso.

Me reí como respuesta, no sabía qué decir.

—¿Seguro que no te he asustado? ¿No piensas que estoy demasiado loco?

—No, tranquilo, estaba avisado.

—¿Avisado? ¿Greta? ¿Qué te dijo?

—Que no me asustara si te lanzabas con demasiada intensidad —volví a reírme.

—Creo que he llegado a mi límite de intensidad. Intentaré controlarme, seré un tío serio —dijo impostando la voz.

—No te pases, no pierdas tu encanto.

QUINCE

MI TURNO

Pasamos las siguientes dos semanas de escapadas románticas, como la del día de las rocas, con la excusa de las fotos. Yo las hacía, por supuesto, pero el objetivo principal era pasar tiempo juntos y solos.

Un día, que presuntamente íbamos a pasear por la playa, me obligó a quitarme las zapatillas y la camiseta y a correr por la orilla solo con los vaqueros a toda velocidad, hasta que sentí que se me iban a salir las articulaciones del sitio. Por supuesto, su primera intención fue que corriéramos desnudos, pero eso no lo consiguió ni de coña.

Otro día me hizo subir a una montaña y gritar «Amo Sicilia» desde la cima. Cada día se le ocurría algo que hacer de ese tipo. Siempre eran cosas que en principio me daban reparo, pero que luego me alegraba de haber hecho. Según pasaba el tiempo allí, empezaba a sentirme más y más a gusto. Me encantaba ir conociéndolo e ir descubriendo facetas de mí mismo que también desconocía.

Tuvimos que quedarnos un par de veces en casa con la niña, cuando Piero consiguió que Greta volviera a quedar con Francesco. No volvía nada contenta, pero Piero insistía en que le diera otra oportunidad y ella acababa aceptando. No era mal tipo, pero tampoco tenía nada especial, y Greta tenía la cabeza donde todos sabíamos que la tenía. Que Gina fuera la niña más sonriente del mundo, precisamente con esa sonrisa, supongo que no ayudaba nada.

Una noche, después de que Gina se durmiera, estando los tres en el jardín, Greta se puso seria.

—Ya está, he terminado lo que fuera que tenía con Francesco.

—¿Por qué? —preguntó Piero—. ¿Ha pasado algo?

—Ha venido esta mañana a la tienda y me ha besado delante de Gina. Me he mosqueado mucho con él. Sabía desde el principio que ese no era el rollo.

—Bueno, un beso, no pasa nada…

—No, no, no quiero y él lo sabía. Ha querido forzar las cosas y le ha salido mal. A tomar por culo.

—Si se lo habías dejado claro, me parece normal que te mosquees —dije yo.

—Pero si busca una excusa así cada vez que está con alguien, no llegará nunca a nada…

—Bueno, es decisión de ella. Si no quiere que la niña lo sepa, hay que respetarlo.

—Exacto, gracias, Loui —dijo ella con satisfacción.

Me dio la impresión de que a Piero no le había hecho mucha gracia que yo me pusiera de parte de Greta, pero tenía mis propios motivos egoístas que no me veía capaz de verbalizar.

A finales de mayo, ya llevaba unas tres semanas allí y me sentía totalmente habituado a esa nueva vida. Mi relación con Piero seguía igual de intensa y yo ya no tenía ninguna duda de que me había enamorado completamente de él, pero no había sido capaz de decírselo. Era muy absurdo, él me lo decía a todas horas, pero yo simplemente no podía. Había estado a punto varias veces, pero nunca veía el momento. Había esperado tanto que ahora pensaba que tenía que encontrar el momento perfecto. Estaba seguro de que él lo sabía, pero necesitaba encontrar el valor de decírselo.

Una noche había fiesta en la aldea. Todos los *hippies* de la zona estaban allí, sentados en el suelo de la plaza. Piero llevó la guitarra y yo la cámara de fotos. Había mucha más gente con instrumentos musicales y todos se iban turnando para tocar y cantar. En un momento dado, llegó el turno de Piero y Greta. Yo les había oído tocar y cantar en casa, pero no sabía que también lo hacían en público.

Fueron hasta el improvisado escenario, que no era más que una zona despejada para ello, no estaba elevado ni nada, pero como todos los demás estábamos sentados en el suelo, se les veía perfectamente. Bueno, estábamos todos sentados menos Gina, que llevaba toda la noche de pie bailando sin parar cada canción. Debido a su escasa altura, tampoco suponía un impedimento visual para nadie.

Piero y Greta empezaron a interpretar una canción[1] de Shakira que hablaba de que querían vivir juntos para siempre. Se iban alternando una frase cada uno al cantar y parecía una conversación entre ellos. La emoción que transmitían, unida al ambiente que se respiraba y lo que estaban diciendo me hizo desear con todas mis fuerzas formar parte de eso. Ahí lo vi claro, eran una familia y ese era su plan de vida. No pude evitar preguntarme de qué manera encajaba yo ahí y en su futuro. Me encantaba estar con Greta y con Gina, pero mi futuro era Piero, o yo quería que lo fuera, aunque hacía apenas tres semanas que nos conocíamos. Tres semanas de convivencia plena y total, todo hay que decirlo, pero tres semanas, al fin y al cabo.

Terminó la canción y Greta empezó a presentar la siguiente[2] en italiano. Por lo que entendí, explicó que era también una canción en español dedicada a alguien muy especial. Justo antes de empezar a cantar, Piero me miró, me señaló y me guiñó un ojo. Cuando empezaron a cantar, la reconocí inmediatamente y no sabía dónde meterme.

—Hay una cosa que te quiero decir / Que es importante al menos para mí / Toda la noche estuve sin dormir / Porque / Una frase de tu boca quiero escuchar / Ah-ah, ah / Dime que me quieres / Ah-ah, ah / Dime que me quieres…

Cantó Piero la canción entera sin dejar de mirarme y sonreír en ningún momento. Greta se le unía en los estribillos y le hacía coros. La gente bailaba sentada en el suelo. Yo estaba emocionado y avergonzado a partes iguales. Aunque no creo que nadie estuviera comprendiendo la letra al completo y lo que implicaba para mí, yo tenía la sensación de ser el foco de atención. No era así, solo era el de Piero, pero yo lo sentía así y eso incrementaba la presión que me acompañaba desde hacía días.

Terminó la canción y los dos volvieron a sentarse con Gina y conmigo. Subieron otros al

escenario y se pusieron a cantar, esa vez en inglés. Piero se sentó a mi lado y, como si me hubiera leído el pensamiento, se acercó a mi oído.

—Sin presión —susurró con una sonrisa.

Yo no dije nada, y él me pasó un brazo por encima de los hombros. Nos quedamos así, en silencio, durante el resto de la noche.

Ya en casa, en la cama, cuando estábamos solos y él había apagado la luz para dormir, en completa oscuridad, me atreví a romper el silencio.

—Piero —susurré.

—¿Sí?

—Estoy enamorado de ti. —Seguro que tartamudeé un poco o que se me quebró la voz de algún modo, pero lo recuerdo como si no hubiera sido así.

Se abrazó a mí y suspiró muy fuerte.

—Ya lo sabía, Luigi, pero necesitaba oírlo.

DIECISÉIS

PLANES

Llevaba algo más de un mes en Sicilia y me sentía como si llevara siglos allí. Mi relación con Piero no podía ir mejor. La convivencia era genial y hacía que lo que había entre nosotros avanzara muy deprisa. Mi declaración de amor había intensificado más aún lo nuestro, y eso en parte me encantaba, pero también me asustaba un poco. A veces tenía la sensación de que mi burbuja se podría pinchar en cualquier momento. No es que Piero me diera la impresión de que eso pudiera pasar, ni muchísimo menos, él estaba cada día más entregado (si es que eso era posible). Supongo que eran mis clásicas inseguridades, que volvían de vez en cuando a hacerme dudar de por qué un chico como él quería estar con alguien como yo.

La convivencia con Greta y con Gina era fantástica también, yo estaba muy a gusto con ellas, y ellas parecían estarlo conmigo. Los días transcurrían entre risas y momentos familiares de lo más divertido. Me sentía feliz, más arropado que nunca en la vida.

Estábamos a mediados de junio, y yo no dejaba de darle vueltas a lo que pasaría a partir de septiembre, cuando terminara mi estancia allí. Temía ese momento, igual que temía plantearles qué pasaría después, pero ninguno de ellos parecía pensar en eso. Igual simplemente era pronto para sacar el tema.

Una mañana, durante el desayuno, les comenté la conversación que había tenido el día anterior con mi madre.

—Ayer me llamó mi madre —empecé a contarles—. Van a pasar por Italia para verme dentro de un mes o por ahí. Aprovechan que tienen unos negocios en Milán y me han pedido que me acerque a verlos, les viene mejor que pasarse por Sicilia, van siempre muy justos de tiempo. Me gustaría que vinieras conmigo —añadí dirigiéndome a Piero—, te quieren conocer.

Piero y Greta se miraron con una expresión extraña que no supe descifrar. Igual me había venido muy arriba sugiriendo presentarle a mis padres, de repente me sentí inseguro, pero hasta ese momento había sido él el que había dado pasos adelante en nuestra relación, no me parecía tan descabellado dar uno yo… Pese a eso, reculé rápidamente.

—Solo era una idea, no te agobies. Si piensas que es pronto, no pasa nada —aseguré mientras ponía una mano sobre la suya.

—No, no es eso —dijo sin pensar—, es solo que *Milano* no es mi ciudad favorita. —Greta hizo una mueca entre risa y asco que no entendí—. Pero no hay problema, iremos a *Milano* a conocer a mis suegros. *Milano* contigo será muy diferente.

Se inclinó hacia mí y me besó. No quise preguntar nada más.

—Vale, pues en cuanto tenga acceso a internet, compro los billetes, o les digo a mis padres

que los compren ellos, que tienen más fácil lo de conectarse.

—¿De avión? —preguntó Piero abriendo mucho los ojos.

—Claro, ¿cómo vamos hasta Milán si no?

—Podemos cargar la furgo en el ferri y hacer un viaje por carretera por toda la península, sería muy romántico. —Se inclinó de nuevo a besarme.

Lo pensé un momento y me pareció una idea genial. No teníamos prisa y sería pasar un par de semanas los dos solos, sin las chicas.

—Eso os saldría más caro que el avión —se rio Greta—, y Sofía yo creo que no llega ni a Florencia, la quemáis antes seguro.

—¿Sofía? —pregunté.

—La furgo —aclaró Greta.

—¿Le habéis puesto nombre a la furgo? —me reí.

—Pues claro —dijo Gina levantando las manos—, ¿no tenemos nombre todos?

—Sofía llega hasta donde le digamos y vuelta —aseguró Piero muy convencido—. Es una campeona.

—Bueno, pues planificamos fechas y reservamos hoteles para ir a lo seguro. Pago yo —le dije a Piero.

—Nada de hoteles —protestó—, un colchón en la parte de atrás y dormimos en la furgo. ¿No te apetece dormir bajo el cielo de la Toscana?

—Sí, claro, puede ser bonito —contesté—, pero también me gusta ducharme y esas cosas… No quiero que mis padres piensen que me has vuelto un indigente.

—Vale —se rio Piero—, pues la noche antes de conocerlos, un hotel.

—Y alguno más en el camino —puntualicé.

—Bien, lo vemos —consintió él con una sonrisa.

—¿Tenemos un mapa de carreteras de Italia para planificar la ruta? —pregunté.

—No —negó Piero con la cabeza—, solo de Sicilia, Sofía aún no ha viajado tanto… Podríamos ir a Palermo a comprar uno.

—Eso sería genial —dije—, así puedo llevar algunos carretes a revelar y comprar nuevos, y algunas tarjetas de memoria para la digital. Ya casi he acabado con los que había traído, subestimé los paisajes sicilianos…

—Sí, sí, paisajes… —se rio Greta—. Estoy segura de que más de la mitad de las fotos son de Piero.

—No voy a contestar a eso —me reí yo también.

—Vale, pues vamos —dijo Piero ilusionado poniéndose de pie.

—¿Ya? —pregunté sorprendido.

—Bueno, cuando acabes de desayunar. —Se sentó de nuevo—. Podemos hacer las compras, dar un paseo por el centro y, si quieres, podemos quedarnos a dormir en un hostal, así te llevo a cenar a mi pizzería preferida… Si sigue abierta, claro, hace siglos que no voy. Y podemos comer en una *trattoria* que me encanta también…

—Todo me parece bien —contesté terminando lo que me quedaba en el plato—, menos lo del hostal… Vamos a un hotel de verdad, yo invito.

—Menudo braguetazo has dado con Loui —se rio Greta y le dio un codazo a Piero.

—¿Braguetazo? —preguntó él confuso.

—Ni caso —repliqué.

—Sí, es lo que se dice de una relación económicamente descompensada… —le explicó Greta.

—No necesito braguetazos. —Piero se puso tenso—. Yo puedo dormir en la furgo, en un hostal o hasta en la playa.

—Ni caso a Greta —dije para tranquilizarlo mientras la fulminaba a ella con la mirada—, no he pensado eso en ningún momento…

—Bien, bien, que te quede claro que no quiero tu dinero… No te quiero por eso.

—Lo sé, ni siquiera es mi dinero —me reí—, no te agobies. Pero está ahí, es lo único que me dan mis padres a manos llenas, así que no sufras por eso… Podemos gastarlo tranquilamente, para eso está.

DIECISIETE

PALERMO

Llegamos a Palermo a media mañana. Aparcamos en una zona en la que dijo Piero que no tendríamos que volver a mover la furgo hasta que nos marcháramos al día siguiente.

—Vamos a buscar un hotel por aquí. Hay un montón —explicó—, aún no es temporada alta, habrá habitaciones disponibles.

—Vale, perfecto, así dejamos ya las bolsas.

—Es una zona muy turística, pero, si callejeamos un poco, podemos encontrar alguno más barato…

—No te preocupes por eso, vamos al que más nos guste. Pagan mis padres, seamos turistas.

—No me hace gracia. —Volvió a ponerse algo tenso.

—Bueno, es su forma de darme cariño, no tienen otra… En serio, no te agobies por eso…

—Bien —consintió un poco serio—. Tú decides.

No tardamos en encontrar un hotel que me encantó. Estaba ubicado en un edificio antiguo y muy bonito. A Piero le pareció excesivo, pero tampoco protestó demasiado. Le dije que me hacía mucha ilusión pasar con él allí la noche y con ese argumento terminé de convencerlo. Nos dieron una habitación sin problema y subimos a dejar las maletas. Pese a que el edificio era antiguo, el interior era muy moderno y elegante. Nuestra habitación estaba muy bien climatizada y en ella no se adivinaba el calor sofocante que hacía en la calle. La cama era una exageración de grande. Piero soltó las bolsas y se lanzó sobre ella como si fuera una piscina. Yo me reí.

—No vengas —sonrió desde la cama—, o no te dejaré salir de aquí y no podremos ir de ruta turística por la ciudad.

—Vale, esta noche —me reí.

Fuimos primero a una librería antigua que tenía mucho encanto. Encontramos un par de mapas de la península y él se compró también algunas novelas. Cogió para mí un libro, *Italiano para principiantes*. Yo empezaba a entender algunas palabras y frases sueltas, pero siempre viene bien un poco de ayuda, y me pareció bonito que quisiera hacerme un regalo. Se empeñó en pagar él y no quise discutir.

Luego me llevó a una tienda de fotografía para que yo comprara lo que necesitaba.

A partir de ahí, una vez habíamos cumplido con nuestras obligaciones, nos dedicamos a pasear por el centro como dos turistas. Él me iba explicando todo lo que veíamos. Había vivido unos años en Palermo y se conocía la ciudad perfectamente.

Yo no paraba de hacer fotos a todo, cada rincón me parecía algo mágico para fotografiar. Recorrimos las estrechas callejuelas del centro histórico y visitamos los monumentos más

importantes: la catedral, algún palacio, una plaza impresionante llena de esculturas. En un momento dado, me obligó a guardar la cámara (solo había llevado una) y a disfrutar de la visita. Paseábamos tranquilamente como dos visitantes más. Piero me pasaba un brazo por los hombros o por la cintura mientras caminábamos, y me besaba a la menor oportunidad. A mí me daba un poco de reparo lo de las muestras de afecto en público. Dos tíos besándose por la calle es algo que sigue llamando la atención más de lo que debería, pero las cosas son así, y más lo eran en 2004. Pese a eso, Piero parecía tan despreocupado que yo simplemente me dejaba llevar. Me gustaban demasiado sus muestras de cariño como para rechazarlas.

Comimos en una *trattoria* muy pequeñita que había en un callejón al que pensé que solo podías llegar si te perdías, pero él parecía haber llegado allí con toda la intención. Disfrutamos de una comida excelente y abundante. Sugirió, para bajar la comida, ir al *Foro Italico*, su jardín preferido de la ciudad. Había aparcado muy cerca de él con toda la idea. Pasamos por la furgo y cogió una toalla gigante que había dejado preparada.

Era un jardín alargado que se extendía paralelo a la costa. Me recordaba un poco a los jardines del Turia que teníamos en Valencia, pero situado a modo de paseo marítimo, no cortando en dos la ciudad. Extendió la toalla y resultó ser más grande aún de lo que parecía, tenía el tamaño de una sábana de matrimonio. Estaba vieja y muy desgastada en algunas zonas, pero, según me explicó, había estado en casa de *la nona* toda la vida y él le tenía mucho cariño desde pequeño.

Nos tumbamos al sol de junio uno junto a otro. No muy lejos, un chico tocaba la guitarra para los turistas y cantaba el mítico *Volare*[1].

Piero se giró hacia mí y empezó a cantarme por encima del improvisado músico.

—*E continuo a volare felice più in alto del sole ed ancora più su… Mentre il mondo pian piano scompare negli occhi tuoi blu… La tua voce è una musica dolce che suona per me…*

—Ni mis ojos son azules ni mi voz es una música dulce —me reí, feliz de haber entendido parte de lo que cantaba.

—Shhh, calla, tus ojos son mágicos y tu voz es canto de sirenas.

Me reí más fuerte y él me besó. Se separó un momento de mis labios para gritar.

—*Il mio amore Luigi!*

Nos reímos juntos mientras volvíamos a besarnos.

—*Piero?* —nos interrumpió una voz grave a mitad de un beso más apasionado de lo que a mí me gusta en público.

Levantamos la vista los dos. Un chico vestido con traje y corbata, de pelo negro, ojazos azules y facciones perfectas nos miraba de pie frente a nosotros. Piero se quedó blanco y se levantó de un salto. ¿Un amigo? ¿Un exnovio? Las comparaciones son odiosas, y más compararme a mí con semejante bellezón italiano.

—Paolo, ¿qué haces en Palermo? —preguntó nervioso—. Él es Luis, es español.

—Encantado, Luis —dijo con acento italiano tendiéndome la mano. Me levanté y se la estreché—, yo *sono…* soy Paolo, *immagino* que te ha *parlato* de mí…

Piero agachó la cabeza y yo los miré a los dos algo confundido.

—O no, tampoco *mi sorprende* —dijo con una sonrisa triste—. *È il tuo…* —empezó a decirle a Piero.

—Mi novio, sí —dijo Piero todavía nervioso.

—*Come stai? Hai finito gli studi?*

—Sí —dijo Piero con un hilo de voz—. Ahora soy médico.

—Me alegro, disculpa mi español.

—¿Tú qué tal? —preguntó Piero.

—Me casé —contestó Paolo.

—¿Con Laura? —Paolo asintió—. Supongo que mi invitación no se perdió en el correo.

—*Piero, sai che non sarebbe stata una buona idea* —dijo Paolo en tono condescendiente. Piero agachó la cabeza.

El siempre seguro de sí mismo Piero, de repente me parecía frágil y pequeño. No reconocía al chico con el que llevaba viviendo y durmiendo más de un mes.

—Claro —dijo Piero antes de volver a levantar la cabeza—. ¿Hasta cuando vas a estar en Palermo? Nosotros vamos a hacer noche aquí, ¿quieres cenar con nosotros?

Me sorprendió mucho ese ofrecimiento en nuestra escapada romántica, pero Piero parecía ni habérselo pensado.

—*Piero… sono venuto con Laura…* —Señaló con la cabeza a una chica visiblemente embarazada que esperaba paciente a unos veinte metros de nosotros. Los tres la miramos.

—Enhorabuena —dijo Piero. Paolo sonrió como con tristeza.

—*Piero…*

—De verdad que me alegro… —Se agachó a coger su bandolera y sacó una tarjeta de uno de los bolsillos—. Toma mi tarjeta, ahora tengo teléfono. Llámame si quieres alguna vez… Soy obstetra, médico de embarazadas, igual os puedo ser útil si tenéis alguna duda…

—*Medico delle femine… Ironico…*

Paolo volvió a esbozar una media sonrisa triste y Piero le metió la tarjeta en un bolsillo de la chaqueta.

—*Piero, non peggiorare le cose…* —Agachó la cabeza— Aún tienes esa toalla… *Che ricordi* —dijo con clara intención de cambiar de tema.

—¿La quieres? Llévatela —contestó Piero sin dudar un momento. Yo flipé un poco por la determinación con la que estaba dispuesto a desprenderse de algo que hasta hacía un momento era un recuerdo valiosísimo para él. Sin duda este chico le importaba mucho. Yo me sentía cada vez más fuera de lugar.

Paolo negó con la cabeza.

—*Sei ancora con Greta?*

—*Si, vivo con lei e con la bambina.*

—*Sei felice?* —preguntó Paolo mirándole a los ojos.

Piero asintió con los suyos llenos de lágrimas. Paolo se le acercó un poco, le sacaba más de media cabeza a Piero, que parecía cada vez más pequeño. Le pasó una mano por detrás de la nuca y apoyó su frente en la de él.

—*Il mio piccolo Piero…*

—*Ti voglio bene, Paolo* —dijo Piero cerrando los ojos y dejando las lágrimas libres por fin.

—*Ti voglio bene, anch'io, Piero* —contestó Paolo a un volumen muy bajo y con gesto serio.

Y ahí en medio estaba yo, sin saber dónde meterme tras esa declaración de amor. Yo sabía muy poco italiano, pero eso lo había entendido perfectamente.

—*Paolo, dobbiamo andare, faremo tardi* —dijo la tal Laura, que se había acercado a nosotros sin que ninguno se diera cuenta—. *Ciao, Piero.*

—*Ciao, Laura* —respondió Piero mientras se separaba de Paolo e intentaba recuperar la compostura.

—Eras Luis, ¿verdad? Me alegra conocerte, cuida de él, es buen chico —me dijo Paolo

volviendo a estrechar mi mano—. *Ciao, Piero.*

—*Ciao.*

En el último momento, Piero se abrazó al chico y él le devolvió el abrazo por un instante. Laura se movía incómoda. Murmuró algo en italiano, que no entendí, y los dos se separaron. Paolo se dio la vuelta y se marchó con ella. Nos quedamos mirando en silencio cómo se alejaban.

Cuando casi los habíamos perdido de vista, Piero se dejó caer en la toalla y empezó a llorar como un niño. Nunca lo había visto así. Yo no sabía qué hacer, me sentía muy fuera de lugar. Me senté a su lado, pero a cierta distancia. Él se acercó a mí y hundió la cabeza en mi pecho. Empezó a llorar más fuerte. Le pasé una mano por el pelo intentando tranquilizarlo, aunque me resultaba surrealista hacer eso mientras lloraba por otro tío. Estaba claro que no era solo un amigo.

—Loui, mi Luigi, te quiero mucho —dijo entre sollozos.

—Yo también a ti —afirmé abrazándole fuerte, pero con la sensación de que iba a llevarme un palo en cualquier momento.

—Eres lo mejor que me ha pasado, me haces muy feliz —sollozó con la voz entrecortada por el berrinche.

—Cualquiera lo diría ahora mismo, viéndote así…

Se rio a pesar del sofoco y se secó la cara. Se incorporó un poco, apoyó la cabeza en mi hombro y empezó a tranquilizarse. Cuando por fin parecía haberse calmado casi por completo, me atreví a hacerle la pregunta que más temía.

—¿Quién era? ¿Me lo quieres contar?

—Claro —sonrió aún con cara triste—. *Il grande e perfetto Paolo Mancini!* —casi gritó levantando las manos al aire—. Mi hermano.

DIECIOCHO

EL DRAMÓN DE PIERO

—¡¿Tu hermano?! —grité flipando muchísimo—. ¿Cómo no sabía que tenías un hermano? Nunca lo has nombrado…

—Ya, pues no es que tenga un hermano, tengo tres… Y dos hermanas —dijo agachando la cabeza y con un hilillo de voz.

—¿Tres hermanos de los cuales dos son chicas o tres hermanos y dos hermanas? —pregunté sin dar crédito a estar enterándome de eso a esas alturas.

—Tres y dos. Somos seis en total.

—¿Seis hermanos? ¿Por qué nunca me has hablado de ellos?

—No me hablan —susurró encogiendo los hombros—. Solo Paolo, y tampoco demasiado…

—¿Por qué? ¿Pasó algo? —No podía creer que alguien tuviera algún problema con Piero, que era todo amor y felicidad.

—No me apetece hablar de eso —murmuró—, no quiero que cambie lo que piensas de mí.

Lo miré fijamente y levanté las cejas. No hizo falta más.

—Vamos al hotel, no quiero ponerme dramático en medio de la calle.

Caminamos hacia el hotel en silencio. Piero parecía muy abatido. Le pasé un brazo sobre los hombros mientras andábamos. Quería que sintiera que yo estaba de su parte, aun sin tener ni idea de qué iba la historia. Él caminaba despacio, serio y en silencio. Era como si alguien hubiera apagado esa luz deslumbrante que tenía dentro a todas horas, y eso no me gustaba nada. Yo solo quería que volviera a encenderse. Lo más acertado para ello hubiera sido cambiar de tema y hacer como si no hubiera pasado nada, pero quería conocer también sus sombras, quería formar parte de eso y que sintiera que podía contarme lo que fuera.

Llegamos a la habitación y se dejó caer en la cama con mucho menos entusiasmo que esa misma mañana. Se quitó las zapatillas y se sentó sobre el colchón cruzando las piernas. Yo hice lo mismo.

—A ver, no sé por dónde empezar… Paolo y yo éramos los que mejor nos llevábamos de los hermanos. Nos llevamos solo diez meses, él nació en enero y yo en noviembre, en el colegio hasta íbamos a la misma clase. Siempre presumía de ser el mayor de los dos, siempre me decía «*Il mio piccolo Piero*», como me ha dicho antes, además de que también es más alto que yo, pero era una broma nuestra, yo no me enfadaba, éramos hermanos y amigos. Inseparables toda la vida… —suspiró triste.

—¿Sois los mayores? ¿Los pequeños?…

—Los del medio, el tercero y el cuarto. El mayor es Angelo —dijo con cara de asco—, luego Gabriella, después Paolo, luego yo, después de mí, Giovanni, y la pequeña es Carina.

—¿Y no hablas nunca con ninguno de ellos?

Negó con la cabeza.

—Tampoco me llevé nunca especialmente bien con ninguno. Ni mal tampoco. Cada uno iba un poco a su rollo, menos Paolo y yo, que sí hacíamos todo juntos. Bueno, vivimos aquí en Palermo muchos años, hasta que a mi padre lo destinaron a *Milano*, es militar.

—¿Qué edad teníais? —pregunté.

—Paolo y yo teníamos unos quince años entonces. Allí en *Milano* empezamos en un instituto, bueno, era un colegio privado, iban muchos hijos de militares, y conocimos a Laura, iba a nuestra clase también. Paolo se enamoró de ella nada más conocerla, y ella de él, lógico, ya lo has visto. Todas las chicas se enamoraban de él. Aparte de lo guapo y lo alto que es, siempre ha sido un chico encantador, las tenía locas a todas. Total, que empezaron a salir juntos enseguida, con dieciséis años o así. Al principio salíamos los tres juntos, Paolo no quería dejarme tirado ¿se dice así?, ¿tirado?

Asentí.

—Pues eso. Entonces Laura empezó a traer a su hermano Fabio —hizo una mueca como de dolor—. Fabio tenía un año menos que nosotros, iba un curso por debajo, pero era un chico simpático y divertido. A Paolo y a mí nos caía bien. Total, que Paolo y Laura empezaron a buscar excusas para separarse de nosotros cuando quedábamos los cuatro, normal, ya sabes lo que supone tener esa edad, éramos una explosión hormonal.

—Claro —sonreí.

—Bueno, pues yo empecé a pasar mucho tiempo con Fabio. Él cumplía los años en mayo, te estoy dando muchos datos, pero es importante para la historia, así que en realidad nos llevábamos unos siete meses, ni siquiera un año. Total, que Fabio y yo pocas veces hablábamos de chicas, a ninguno de los dos parecían interesarnos mucho. Ya sabes lo que es esa edad cuando eres gay, es una etapa muy confusa.

—Sí, *confuso* se queda corto —asentí.

—Por otra parte, como Paolo y Laura iban tan en serio, nuestras familias se conocieron y congeniaron muy bien nuestros padres con los suyos, su padre también era militar. A veces hacíamos excursiones los fines de semana todos juntos. Total, que Fabio y yo pasábamos mucho tiempo solos y empezamos a gustarnos, era evidente. Yo intentaba negarme lo que sentía, fue una época difícil. Mi familia era muy muy conservadora, de los que piensan que la homosexualidad es una enfermedad, así que no podía hablarlo con nadie, ni siquiera se lo comenté a Paolo. Él era el prototipo de macho alfa, yo pensé que no me entendería.

—¿Y los padres de Laura y Fabio? —pregunté.

—Su familia era igual. Total, que, a los diecisiete años, una tarde que estábamos solos Fabio y yo y nos habíamos bebido unas cervezas, nos besamos. Fue la primera vez que besé a un chico, o que me besó él, más bien, era un poco más lanzado que yo. Era verano, él había cumplido los diecisiete, durante unos meses teníamos la misma edad. El caso es que a partir de ahí empezamos una relación en secreto, sabíamos que ninguna de nuestras familias lo entendería. Estábamos muy enamorados. Bueno, lo estaba yo, él creo que nunca se enamoró de mí, pero te juro que lo parecía, yo me lo creí totalmente.

Tragué saliva, no sabía qué venía a continuación, pero no me daba ningún buen rollo el tal Fabio.

—Bueno, pues estuvimos unos meses así, liados (yo pensaba que enamorados, siempre he sido un romántico) en secreto. Era mi primer «novio», y la relación fue avanzando, ya sabes cómo van estas cosas. En fin, que la cosa no se limitó a unos besos, que empezamos a acostarnos juntos. Fue la primera vez para los dos, yo estaba como en una nube.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Estuvimos así unos meses, imagínate: diecisiete años, primer amor, primeras experiencias sexuales, y todo en secreto… Era toda una aventura. Me sentía como si fuéramos nosotros dos contra el mundo, y pensaba que eso nos unía más todavía. Acabó ese verano y yo empecé en la Universidad de *Milano* el primer curso de Medicina, él estaba en el último curso del instituto. En noviembre, la semana después de mi cumpleaños, fuimos un día a su casa, sus padres estaban fuera. Su madre volvió antes de tiempo y nos pilló en la cama —cerró fuerte los ojos y agachó la cabeza.

Le cogí la mano, para darle a entender que podía contarme lo que fuera.

—Y ¿qué pasó, Piero?

—Fue un momento horrible, la señora se puso a gritar como una loca y nos dijo que nos vistiéramos y saliéramos de la habitación. Salió ella y nosotros empezamos a vestirnos. En ese momento que nos quedamos solos, le dije a Fabio que igual era para bien, que, si nuestras familias veían que estábamos enamorados, nos entenderían y se acabarían los secretos y podríamos tener una relación normal. Él no dijo nada. Yo quise verlo como una oportunidad, pero él estaba muy asustado, les tenía mucho miedo a sus padres, eran tan conservadores y estrictos como los míos.

—¿No dijo nada en ese rato que os quedasteis solos?

—Nada de nada —negó con la cabeza—. Salimos de la habitación y su madre nos dijo que había llamado a su marido y a mis padres y se lo había contado. Venían todos de camino. Entonces Fabio empezó a hablar, le dijo a su madre que solo había sido esa vez, que él no quería, pero que yo le había obligado y que, como yo era mayor, me tenía miedo o algo así, no sé cómo lo dijo, pero dio a entender que yo le había presionado, o forzado, no sé, una cosa parecida.

—Será cerdo… ¿Y no te defendiste?

—No. Yo me quedé tan sorprendido por las mentiras que estaba diciendo que no supe reaccionar en ese momento. Me callé, estaba intentando procesar lo que Fabio se estaba inventando. No tardaron en llegar el resto de padres y la madre de Fabio les contó la mentira que le había soltado su hijo. Ahí yo intenté defenderme y contar la verdad, pero Fabio empezó a decir que me lo estaba inventando, que en el rato que habían tardado en llegar los demás me había montado una película.

—¿Y le creyeron? —pregunté flipándolo mucho.

—Sí, todos le creyeron —agachó la cabeza—. El caso es que su padre se puso hecho una furia y dijo que yo era un pervertidor de menores, que yo era mayor de edad (hacía una semana que tenía los dieciocho) y su hijo no, y que me iba a denunciar. Mi padre me sacó de allí a rastras, literalmente, de los pelos. Ya en casa me dijo de todo: que yo era la vergüenza de la familia, que era un enfermo, un degenerado, un pervertido, que había abusado de un menor, un chico inocente y confiado… De todo lo que te puedas imaginar.

Yo escuchaba la historia aguantando la respiración, le apreté la mano más fuerte.

—Se enteraron mis hermanos, claro, y, al igual que mis padres, todos creyeron a Fabio. Bueno, todos menos Paolo, que nunca dudó de mi versión. Pero Laura creía a su hermano, eso fue una crisis para ellos. Estuvieron a punto de romper, aunque se querían tanto que lo superaron.

—¿Qué pasó? ¿Paolo te defendió delante de los demás?

—Más o menos… El caso es que Paolo se empeñó tanto que consiguió que los padres de Fabio no me denunciaran, aunque seguían creyendo a su hijo, claro, no como los míos, que prefirieron creer al hijo de los otros… Lo habíamos llevado tan en secreto que yo no tenía pruebas de nada, ni una carta o algo que demostrara que habíamos tenido una relación desde

hacía meses. Fabio le echó mucho cuento y dijo que estaba traumatizado por lo que yo le había hecho y le llevaron al psicólogo y todo. Un mes o así después empezó a salir con una chica y comenzó a llevar una vida modélica a ojos de sus padres y los míos. Sé que era todo fachada, con el tiempo me enteré de que siguió liándose con chicos, aunque seguía con su novia.

—¿Y tú?

—A mí me mandaron a una residencia en la universidad, mi padre no quería que siguiera viviendo en su casa, no quería ni verme, y mi madre no decía nada, solo le daba la razón a mi padre. En otras circunstancias, habría estado guay estar en una residencia universitaria en vez de en casa de mis padres, pero, como yo sabía por qué era, me sentía horrible. Intenté con todas mis fuerzas que me gustaran las chicas, pensé que así sería todo más fácil. Empecé a salir con una muy simpática, Isabella, y llegué hasta a presentársela a mi familia. Pensaba que todo iría mejor, pero estaba la historia demasiado reciente, así que, aunque ella les gustó, me seguían tratando raro. Estuvimos juntos un par de meses, me gustaba, pero no me volvía loco. Nos besábamos y eso, pero a mí no me apetecía mucho más. A los dos meses o así, una noche por fin nos acostamos… ¿Lo has hecho alguna vez con una mujer?

—No, nunca —contesté.

—Bueno, pues cumplí como un campeón, pero no sé ni cómo —se rio—. No me gustó. ¿Has tocado alguna vez una teta?

Negué con la cabeza.

—No sé cómo les mola, es una cosa blanda y desagradable. —Se retorció como si le diera un escalofrío. Yo me reí—. Después de eso, lo vi claro y me sinceré con ella. Rompimos inmediatamente. En casa dije que había roto con ella, pero no di más explicaciones. No les hizo gracia, pero nadie dijo nada. El caso es que, unos meses después, ya casi a final de ese primer curso, una noche me enrollé con un chico en una fiesta. Solo unos besos, nada más. Pero mi hermano mayor, Angelo, estaba allí. Yo no lo sabía, pero me vio y al día siguiente ya se lo había dicho a mis padres.

—Menuda joya de hermano, ¿no? ¿Qué te dijeron tus padres?

—Sí, Angelo siempre ha sido un asqueroso. Mis padres no dijeron mucho, gestionaron el traslado de mi matrícula a una universidad española, cerca de donde vivía la familia de mi madre, y me mandaron allí. Mi familia de Galicia no sabía nada de la historia, era una vergüenza y no quisieron que nadie se enterara. Por mí mejor, claro, yo también quería dejar atrás y olvidar todo eso. Estuve tres años en España, por eso hablo tan bien tu idioma.

—¿Mantuviste el contacto con tu familia de aquí?

—Mi madre me llamaba una vez por semana y me preguntaba si había conocido a alguna chica y tal. Yo ya tenía clarísimo que las chicas no eran lo mío, pero evitaba el tema, solo le decía que no y ya está. Paolo también me llamaba de vez en cuando, hablábamos mucho, pero nunca tocábamos el tema de Fabio ni me preguntaba por mi vida amorosa. Ni mi padre ni el resto de mis hermanos me llamaban nunca. Cuando llevaba un año en España, conocí a un *galleguiño*, Xabier, y me volví a enamorar como un imbécil. Estuve dos años con él, yo en la residencia de la universidad y él en casa de sus padres.

—Lo llevabas en secreto, entiendo, ¿no?

—Sí, durante casi toda la relación, pero a los dos años, decidí contárselo a mi familia. Pensé que era el definitivo y que si veían que yo era feliz y que era una relación recíproca y consentida, me entenderían y lo aceptarían. Pero no. Se lo conté a mi madre por teléfono y se puso a llorar. Al día siguiente, me llamó mi padre y me dijo que no quería volver a verme, que era un desviado, un enfermo, una vergüenza, que él a partir de ese momento solo tenía cinco hijos y que

no iba a seguir pagándome los estudios. Ese curso ya estaba pagado, pero no sabía qué iba a hacer después. Por si eso era poco drama, pillé a Xabier con otro tío. Por lo visto llevaba un montón de tiempo yendo de flor en flor.

—Eso sé lo que es —aseguré—. A mí también me pasó.

—Entonces entenderás en parte cómo me sentía. Estaba hundido, me sentía engañado… mi familia no quería saber nada de mí, se acababa el curso y no sabía qué iba a ser de mí el siguiente. Me faltaban dos años para acabar la carrera y aún tenía que hacer la especialidad. Yo había estado trabajando en España en curros de mierda para pagarme mis gastos, pero con eso no podía pagar la universidad. Todo mal.

—¿Qué hiciste? Menudo marrón.

—No hice nada. Lloré, lloré durante semanas viendo cómo pasaba el tiempo y sin saber qué hacer. Hasta que un día me llamó Paolo, que se había enterado de la historia. Me contó que había escrito a *la nona* y se lo había contado todo. Con ella no teníamos mucha relación desde que nos habíamos ido de Sicilia, la veíamos una vez al año o por ahí, pero nos quería mucho a todos y siempre tuve la sensación de que Paolo y yo éramos sus preferidos. Total, que *la nona* le dijo que me podía ir a vivir con ella.

—Menos mal que aún quedaba alguien con un poco de corazón en tu familia, ¿no? ¿Qué hiciste entonces?

—Sí, *la nona* era la mejor. Intentamos gestionar el cambio de mi matrícula a la Universidad de Palermo, pero no me admitieron. Conseguí plaza en la de Nápoles, y lo hicimos así. Paolo me envió dinero y, en cuanto acabó el semestre, me vine a Sicilia con *la nona*. Pasé aquí con ella el verano y, cuando empezó el curso siguiente, pasaba las semanas en Nápoles y venía todos los fines de semana a Sicilia a verla en el ferri. Era una paliza, pero estaba pagándome la carrera, la residencia… Decidí pasar de las fiestas de los fines de semana y hacer un poco de vida familiar con la única de la familia que quería estar conmigo.

—¿Estuviste así los dos cursos que te quedaban de carrera?

—Pasé así el primer año en Nápoles y, a comienzos del segundo año, ya era mi último año de carrera, conocí a Greta. Me contó el marrón que tenía encima y yo le conté el mío. Creyó mi historia directamente, sin dudar ni un momento. Ella tenía una compañera de habitación odiosa y prácticamente se instaló en la mía desde el día que nos conocimos. Nos hicimos inseparables enseguida.

—Lo puedo entender —sonreí—. Yo también me apoyé mucho en ella una temporada.

—Sí, con ella volví a nacer. Venía conmigo algunos fines de semana a ver a *la nona* y congeniaron muy bien. Nos pasamos las primeras semanas llorándonos nuestras miserias, hasta que decidimos que ya estaba bien de llorar y que teníamos que seguir adelante. A ella se le ocurrió la idea de hacernos una foto y mandarla a España para que pensaran que tenía novio y que, cuando dijera que estaba embarazada, todo el mundo pensara que era mío, siempre con la intención de contar la verdad en el futuro, espero que ese momento llegue…

—Yo también, ya ha esperado demasiado.

—Pues eso, que después de hacernos esa foto, no sé a quién de los dos se le ocurrió la estúpida idea de hacer lo mismo con mi familia. Fue una gilipollez enorme, les mandamos la misma foto y les conté que tenía novia. —Se tapó la cara con las manos—. Fue una tontería muy grande, pero nos invitaron a pasar allí las Navidades con ellos. Llegamos a *Milano* una semana antes de Navidad y fueron todos muy amables con ella. Se llevaba genial con Paolo y bastante bien con los demás, hasta a mis padres parecía gustarles.

—Ahí estaba embarazada, claro.

—Sí, estaba a mitad del embarazo. Había adelgazado mucho porque con el disgusto de la separación de Marc apenas comía, y se le notaba la barriga un montón. Intentaba disimular con prendas anchas y tal, pero al final mi familia se dio cuenta. Pensaron que era mío, claro, y de nuevo fui una vergüenza para mis padres, que pensaban que un hijo fuera del matrimonio era una aberración. Total, que, sin preguntarnos a nosotros, empezaron a organizar una boda a toda prisa para antes de que a ella se le notara más…

—Y ¿qué hicisteis?

—Greta y yo entramos en pánico y dijimos que no queríamos casarnos, y se lio una gordísima. Fue tan gorda que hasta llegamos a plantearnos seguir adelante con la boda, total, ninguno de los dos tenía intención de casarse en el futuro y ya habíamos decidido que íbamos a vivir juntos y que yo me ocuparía de la niña con ella… Pero, en el último momento, tuvimos un instante de lucidez y nos negamos.

—¿Qué pasó? ¿Otra bronca?

—Paolo vino a hablar conmigo para intentar convencerme de que siguiéramos adelante con la boda, que no agravara más la situación familiar. Terminé contándole la verdad, porque a los demás podía mentirles, pero a él no. Total, que se enfadó mucho porque no hubiera confiado en él y me obligó a ser sincero con todos.

—¿Lo hiciste?

—Lo hice —asintió—, y ahí a los demás solo les faltó escupirme. Greta y yo nos fuimos de *Milano* y desde entonces no he vuelto. Ni he vuelto a ver o a hablar con nadie de mi familia hasta hoy, cuando nos hemos encontrado a Paolo. Vinimos a Sicilia, pasamos las Navidades con *la nona*, se lo contamos todo y fue ella la que decidió que Greta se quedara aquí para ayudarla con el embarazo y todo lo de después. Greta ya no volvió a la universidad, y el resto más o menos ya lo sabes… Pues este es el culebrón de Piero, un dramón de puta madre —dijo esto último dejando caer la espalda sobre la cama y mirando el techo.

Me tumbé a su lado.

—¿Piensas en ellos?

—Casi nunca, soy más feliz si no lo hago, es una cuestión de supervivencia.

—Ya, supongo…

—Ahora tengo mi propia familia peculiar, con Greta y con Gina, soy feliz, me quieren y yo las quiero a ellas… Si mi otra familia no me quiere, no sé, peor para ellos. Los que tienen el corazón negro son ellos, no yo. —Se encogió de hombros—. Me ha costado años llegar a esta conclusión, pero lo he conseguido. El único que valía la pena era Paolo, y hoy por lo menos me ha saludado, algo es algo…

—También me tienes a mí —susurré—. Yo también te quiero.

Me abrazó muy fuerte.

—¿No ha cambiado tu opinión sobre mí? ¿No te gusto un poco menos ahora que sabes todos mis trapos sucios?

—Para nada, te quiero todavía más.

Sonó un pitido como de un mensaje dentro de su bandolera.

—¿Una urgencia? —pregunté.

—No creo, ¿te imaginas? —se rio—. Entre contracción y contracción voy a mandarle un sms al médico…

Yo me reí también.

—Voy a ver, igual es Greta desde el teléfono de alguien para que la llame.

Se incorporó y sacó el teléfono de la bolsa. Se quedó blanco mirando la pantalla.

—Es Paolo, pregunta si puede acercarse un momento a hablar conmigo.

DIECINUEVE

PAOLO

Piero se movía nervioso por la habitación. Hacía casi una hora que le había enviado a Paolo los datos del hotel cuando sonaron tres golpes fuertes en la puerta. Abrió aguantando la respiración. Al otro lado de la puerta había un chico que no parecía tener nada que ver con el de esa tarde, aunque fuera el mismo. Llevaba una camiseta y unos vaqueros y sostenía en una mano dos cajas de *pizza* y un pack de cervezas.

—*Servizio di porta in porta* —dijo cuando Piero abrió la puerta.

—Intenta hablar en español, para que te entienda Luis, ¿vale? —pidió Piero mientras le cogía las cajas de *pizza* y las dejaba sobre el escritorio que había junto a la puerta.

—Claro, perdón. —Paolo dejó las cervezas en el mismo sitio.

—Me puedo ir a dar una vuelta si queréis estar solos… —dije yo rápidamente—. Tendréis cosas de las que hablar.

—No, no te vayas —me pidió Paolo—. Me gustará ¿gustaría? conocerte.

A continuación, le dijo algo a Piero en italiano en voz baja.

—Se lo acabo de contar todo, no hay nada de lo que no podamos hablar delante de Luis.

—*Tutto?*

—Todo, sí —contestó Piero.

—Supongo que *ora* odias a toda la familia… —dijo dirigiéndose a mí.

—A ti no mucho —contesté—, pero no tengo muy buena opinión de los demás, la verdad.

—Normal —asintió Paolo.

Los tres nos quedamos callados un momento.

—Vamos a sentarnos —dijo Piero por fin mientras señalaba una zona como de sala de estar con un sofá, unas butacas y una mesa de centro que había en la habitación. Supuse que en ese momento se alegraba de que yo me hubiera empeñado en coger una *suite*.

Piero se dirigió a esa zona y Paolo y yo lo seguimos. Su hermano lo alcanzó, tiró de él y lo abrazó.

—*Perdonami, Piero.*

—¿Por qué? —preguntó Piero abrazado a él.

—*Per tutto*. Por no venir a *parlare con te* en *tre anni*, *dopo la storia di Milano*; por no haber *sido* a tu lado… Hice mal, Piero, hice *molto* mal, *dejé solo a ti*…

—Eso ya no podemos cambiarlo —contestó Piero separándose de él—, pero gracias por decirlo.

Paolo se sentó en una de las butacas y Piero y yo en el sofá que había enfrente.

—Estos *anni*, desde *Milano* con Greta y eso, intenté *comprenderti*, leí libros… —empezó a decir Paolo.

—¿Libros? —Piero soltó una carcajada—. ¿Qué libros? ¿Tipo: «Socorro, mi hermano es gay, ¿qué hago?»?

—No exactamente ese título, pero sí, *más menos*.

—No has cambiado nada —se rio Piero.

—Bueno —sonrió Paolo—, quería *comprenderti*… Con la educación *que dieron a nosotros*… *comprende a mí*…

—A mí me dieron la misma educación que a ti y no necesité libros, pero cuéntame, ¿qué te enseñaron tus libros? —preguntó Piero aguantando la risa.

—Pues leí libros de personas que pasaron *por mismo que tú*, y contaban que *había estado malo*, y que *l'appoggio della famiglia* había ayudado *molto*… Los años que *eras* en España, yo llamaba y *hablábamos stupidaggini*… Yo evitaba el tema, quería que te curaras *por magia* y me contaras, pero nunca pregunté *come ti sentivi* o si *stavi soffrendo* …

—¿Que me curara? —preguntó Piero levantando una ceja.

—Sí, yo pensaba *quello che* nos habían *insegnato*, que era una enfermedad…

—Cuando estudié Medicina, esa enfermedad no la vimos, igual ese día me quedé dormido…

Yo agaché la cabeza apretando los labios.

—No te rías, Luigi —dijo Piero aguantando la risa también—, que es muy grave y, por haberme perdido esa clase, no puedo curarte —añadió dándome un beso en la mejilla.

—No *ridete* de mí —sonrió su hermano—, para mí fue largo, *era difficile da capire, e ancora* me cuesta *credere* que a alguien *lo eccita di più* un hombre que una mujer…

—Y a mí me cuesta entender que os guste tocar tetas —dijo Piero repitiendo el escalofrío de hacía un rato. Paolo y yo nos reímos.

—Lo que quiero *decir a ti* —dijo Paolo ya más serio—, es que creo que mentir (*soprattutto a me*) en *Milano* estuvo mal, pero entiendo *por qué hiciste*. Siento no haber sido más comprensivo estos años… Debí preguntarte, debí hablar contigo, debí estar a tu lado…

Piero asintió ya sin reírse.

—Me alegro de que me digas esto, es importante para mí —asintió Piero—. Me alegro mucho de habernos encontrado por casualidad.

—No ha sido solo casualidad —dijo Paolo—. Llevo una semana en Palermo, por trabajo. Todas las tardes de la semana *he paseado por Foro Itálico por si veía a ti*. A Laura le ponía *excusa de pasear por embarazo*… Suponía que, si *eras* en Palermo, *serías* allí, *te ha siempre gustado*.

—Me estabas buscando… —Piero sonrió—. Pues sí ha sido casualidad, porque hacía meses que no venía a Palermo, y menos para tirarme al sol en el parque.

—*Bene*, si no te *avessi* visto, *sería* ido la próxima semana a *vederti* a casa de la *nona*… Quería hablarte… Quería *vederti*…

—Ni siquiera viniste al entierro de *la nona*, ni tú ni nadie…

—No me lo contaron —se defendió Paolo—. Me lo dijeron tres semanas después… *Immagino no querían que yo sí viniera y hablara con te*… Porque yo habría venido, *davvero* habría venido…

Piero asintió.

—Bueno, a ver esas *pizzas*, que se van a enfriar.

Se levantó y trajo las *pizzas* y las cervezas y las dejó sobre la mesita de centro. Los tres nos sentamos en la alfombra alrededor de la mesa y empezamos a comer y beber.

—Bueno, ¿*cuánto tiempo estáis juntos*? —preguntó Paolo.

—Un mes y medio o así —contestó Piero con la boca llena—. Pero viviendo juntos desde el

primer día…

Paolo intentó disimular su sorpresa.

—¿Cómo os *conosciuti*?

—Verás, estaba yo en el aeropuerto de Palermo cuando, de repente, lo vi salir por la puerta principal —empezó a contar Piero con tono dramático—. El sol de mayo le molestaba en los ojos, así que se puso una mano en la frente y empezó a mirar a la gente… Él no sabía que me estaba buscando a mí hasta que me vio. Nuestras miradas se cruzaron… Nuestros corazones se pararon y se aceleraron a la vez, en una extraña arritmia… Me pareció un dios caído directamente del Olimpo… Él me miró, desnudándome con los ojos… Sucumbió al momento, impresionado por mi belleza natural… Los dos lo supimos, estaba escrito…

Paolo y yo soltamos una carcajada.

—Sigues igual de payaso *ed esagerato* —dijo Paolo todavía riéndose.

—En realidad fue más o menos así —me reí—, aunque sin tanta literatura.

—¿Qué hacías *al aeropuerto*? —le preguntó Paolo a Piero.

—Esperarlo, me había mandado el destino…

—Te había mandado Greta —volví a reírme.

Piero puso los ojos en blanco.

—Qué poco romántico eres… Vale, la versión aburrida es que es un amigo de Greta de toda la vida, y ella me mandó a recogerlo al aeropuerto porque venía a pasar unos meses con nosotros… ¿Os gusta más así?

Paolo y yo nos reímos.

—Entonces le di un abrazo de bienvenida, él aprovechó para olerme el cuello y se puso cachondo perdido…

Noté que me ponía rojo y me olvidé por un momento de que estaba allí Paolo.

—¿Te diste cuenta de eso? —pregunté avergonzado.

—No, pero es lo que hice yo… Llevo desde entonces preguntándome si te pasó lo mismo. Me lo acabas de confirmar —sonrió antes de acercarse a besarme muy suavemente en los labios —. Perdona —le dijo a Paolo—, ¿te resulta violento que le bese?

—No, no —aseguró Paolo—. De verdad que llevo años pensando en esto… Quiero verlo normal, es tu vida, la acepto y soy feliz por ti. Quiero volver a ser *el tuyo hermano*.

—Esta tarde no lo parecía…

—Ya, *ancora tenía esperanza di encontrarte*, *he sorprendido* un poco… También estaba ¿cortado? porque hacía mucho que no te veía… Y estaba Laura *con me*… Pero luego cuando hemos ido a *el nuestro hotel*, no paraba de pensar en ti y en todo *quello non* te había dicho.

—¿Dónde le has dicho a Laura que ibas ahora?

—Aquí, no miento a Laura.

—¿Y le ha parecido bien? —Piero levantó una ceja.

—Bueno, han pasado cosas que no sabes…

—¿Qué cosas?

—Yo me casé hace dos años, en primavera, y unos meses después se casó… el hermano de Laura.

—Mmm… Fabio… El hijo perfecto, el hermano maravilloso, el cuñado fantástico… y seguro que el marido ejemplar —dijo Piero con tono sarcástico.

—Nunca *fue cuñado* fantástico. Con Laura se llevaba bien, pero conmigo no. Nunca creí su *storia*, lo sabes, Piero, lo sabes.

—Lo sé —asintió Piero.

—Todos estos años he tenido relación *cordiale* con él, por el bien de la familia, pero nada más…

Piero volvió a asentir.

—Hace unos meses apareció una noche en casa pidiendo quedarse unos días… Había discutido con su mujer, Fiorella, y *había echado a él* a la calle…

—Me imagino por dónde va esto —dijo Piero con una expresión extraña.

—Después *de rato* de interrogatorio de Laura, Fabio dijo que lo había pillado en la cama con otra.

—¡Con OTRA! ¡JA! —Piero soltó una carcajada.

—Eso —sonrió Paolo—, Laura fue con Fiorella, para intentar que *perdonara él*, y ella dijo *quello Fabio dijo* era mentira, que no era otra mujer, era un hombre…

—¡Qué sorpresa! —dijo Piero llevándose las manos a la cara—, no me lo esperaba para nada…

Paolo y yo sonreímos, Piero estaba especialmente gracioso, le sentaba bien estar con su hermano.

—La *spiegazione* que Fabio dio a su mujer fue… ¿Adivinas?… Que solo había sido esa vez, y que él no quería, que el otro hombre lo había drogado o algo, seguro…

—Qué asco de ser humano… ¿No ha hecho ya bastante daño? —resopló Piero.

—Claro, Fiorella contó eso a Laura y no sabía si creerlo… Pero *a Laura pareció* demasiado parecida la historia…

—Y tanto —dijo Piero—, como guionista le iría mal, la historia es buena, pero es poco original, parece que no tiene otra…

—Eso, pues Laura *no dijo nada* a Fiorella de tu historia, pero vino a casa y discutió con Fabio. Él insistió mucho rato que todo era verdad, pero, *conoces Laura*, insistió *più*, y al final Fabio *dijo sí*, habían sido más veces con ese hombre pero que *no contara a nadie*. Entonces *Laura preguntó a Fabio por te*, y él dijo que era tu culpa, que por *quello che* hiciste tenía trauma y por eso *ora* había pasado esto…

—Claaaaaaaaro —dijo Piero—, un trauma desagradable te hace querer repetir… Ese tío es gilipollas.

—Eso dijo Laura. No contó nada a la familia, pero *ora* duda de Fabio. Casi he *convencido a ella* de que la verdad era tu *versione*. Esto fue hace unos meses, *ahora ella lee* mis libros.

—Perdona —dijo Piero intentando no reírse—, pero lo de los libros me da mucha risa.

—*No rías de mí* —sonrió su hermano—, yo hago las cosas así, ya me conoces.

Piero asintió e intentó ponerse serio.

—Me gustaría ir un día a tu casa —dijo Paolo—. Ver a Greta y conocer a la *bambina*. Quiero conocer tu vida.

—Claro, cuando quieras.

—Me gustaría *llevar Laura*.

—Si ella quiere, yo no tengo problema.

—*Diré a ella*.

Piero asintió.

—Bueno, cuéntame de la familia… ¿Cómo les va a nuestros hermanos?

—Angelo, ya sabes, como siempre… Siempre avaro y egoísta. Gabriella casada y teniendo muchos hijos, cuatro y uno en camino…

Piero se rio y resopló.

—La última vez que la vi, solo tenía dos…

—Ya, uno detrás de otro… Giovanni es un *leccaculo* de papá y Angelo, nada nuevo…

—Lameculos —me explicó Piero entre risas—. Giovanni siempre fue el típico hermano pequeño llorón y chivato.

—Y Carina desaparecida. *Juntó con malas compañías*, dejó los estudios y *marchó de casa*… No sabemos nada de ella.

—Otra oveja negra —dijo Piero—. Como yo, pero ella voluntariamente.

—*Llamó alguna vez a mí*, para pedir dinero, pero *hace meses no sé de ell*a.

—No me sorprende demasiado tampoco —se rio Piero.

Siguieron hablando un rato de la familia. También hablaron del trabajo de cada uno, incluidos el de Piero y el de Paolo. Mi chico estaba radiante. Me alegraba mucho verlo así después de cómo lo había visto hacía un rato y de conocer la historia. Habíamos acabado de cenar, pero seguíamos sentados en la alfombra y apoyados en el sofá. Paolo estaba contando algo de su trabajo y Piero lo miraba sonriendo. Le cogí la mano y él, como un reflejo, llevó la mía a su boca y la besó, sin dejar de prestarle atención a su hermano. Luego apoyó su cabeza en mi hombro mientras seguía escuchando. Paolo siguió con la mirada nuestros gestos.

—Me alegra *eres felice*, Piero, y *tienes alguien* especial.

—*Sono inamorato* —sonrió Piero todavía apoyado en mi hombro.

—Debí *suponer eras gay* cuando en el instituto me obligabas a oír todo el día a Eros Ramazzotti —se rio Paolo—. No vi las señales.

—Eros es el rey —dijo Piero con un movimiento de cejas—. Además, que lo digas tú precisamente… Después del episodio de Nek…

—¿Qué de Nek? —preguntó Paolo confuso.

Piero se incorporó y me habló a mí.

—Cuando yo estaba en España, me llamó una vez hecho polvo porque Laura se había ido tres semanas de viaje con su familia. No te imaginas el drama, Luigi… ¡Tres semanas! —gritó con gesto dramático—. Y eso que ya llevaban juntos unos cuatro años, pues no veas, lloraba y todo de lo que la echaba de menos, pensaba que ella se iba a olvidar de él… Y me dijo: «Piero, hay una canción[1], no paro de oírla, la echo de menos, se va a olvidar de mí», y me la puso en el teléfono «*Laura non c'è, è andata via… Laura non è più cosa mia…*» —empezó a cantar Piero muerto de risa—. Yo ya conocía la canción, en España sonaba por todas partes la versión en castellano, seguro que la conoces…

—Sí —me reí.

—Había una parte de la canción que le atormentaba, la puso varias veces…

Piero se puso de pie y empezó a cantar más fuerte fingiendo que tocaba una guitarra eléctrica imaginaria.

—*Laura se fue, no dijo adiós… Dejando rota mi pasión… Laura quizá ya me olvidó… Y otro robó su corazón… Y yo solo sé decir su nombre… No recuerdo ni siquiera el mío… ¡¿Quién me abrigará este frío?!* —subió mucho el volumen en la última frase, soltando un grito desgarrado.

Paolo empezó a reírse. Tenía la cara roja, estaba claramente avergonzado.

—No recordaba eso —se rio—, era joven, tenía diecisiete años…

—Nada de eso —se rio Piero mientras volvía a sentarse—. Yo estaba en España, tenías por lo menos veinte.

—Puede ser —dijo Paolo sonriendo.

—Es —se rio Piero—. Veinte o veintiuno… Así que, menos reírte de mí y de mi Eros, que

eres tan blandito como yo…

Paolo y yo nos reímos.

Siguieron recordando durante un rato anécdotas de cuando eran adolescentes y no paraban de reírse. Me encantaba ver a Piero así.

—Tengo que marchar —dijo Paolo mirando su reloj—. He dejado una embarazada sola mucho tiempo.

—Si se hubiera puesto de parto, te habrías enterado —se rio Piero.

—Falta casi un mes, eso no me preocupa. —Paolo se puso de pie. Piero y yo hicimos lo mismo—. Me *preoccupano* los cambios de humor…

—Claro —se rio Piero.

—Piero, tienes mi teléfono. Llámame cuando quieras…

—Y tú a mí.

—Lo haré —dijo Paolo con una sonrisa—. La próxima semana, antes de volver a *Milano*, paso un día a verte.

—Claro, cuando quieras —contestó Piero dándole un abrazo.

—*Il mio piccolo Piero*.

Se dijeron algunas cosas en italiano mientras estaban abrazados y luego acompañamos a Paolo a la puerta. Piero la cerró y se quedó un momento apoyado en ella con una enorme sonrisa.

—Luigi, soy feliz… Soy muy feliz.

—Lo noto —me reí—, y me alegro muchísimo.

Me abrazó fuerte y empezó a besarme de un modo muy intenso.

—*Ora faremo l'amore selvaggiamente* —dijo sabiendo cómo me ponía oírle hablar en italiano.

—¿Cómo de salvajemente? —sonreí.

—Hasta que nos echen del hotel por escandalosos.

VEINTE

MORRIÑA

Volvimos a casa al día siguiente y a Piero aún le duraba el subidón de la reconciliación con su hermano. Le contó a Greta todo lo que había pasado y ella se sorprendió y se alegró a partes iguales. La energía habitual de Piero y su buen rollo estuvieron multiplicados por mil durante días. Cantaba y bailaba a todas horas, daba gusto verlo así. Gina revoloteaba a su alrededor todo el tiempo, contagiada de esa euforia. El martes de la semana siguiente, recibió una llamada de Paolo, que preguntó si podían venir el sábado él y Laura a pasar el día. Por supuesto, Piero le dijo que sí y, a partir de ese momento, se desató la locura. No quise decirle que el sábado también era mi cumpleaños, yo no le daba mucha importancia y no sabía la que podría darle él. Conociendo su intensidad, lo mismo consideraba que dos eventos cósmicos estaban colisionando en el tiempo y sufría un ataque de ansiedad.

Piero empezó a ponerse nervioso y durante días estuvo muy preocupado por arreglar cada cosa de la casa que no estuviera perfecta y pensando qué hacer de comer y qué preparar para el gran día. Cualquiera hubiera pensado que esperaba la visita de la reina de Inglaterra, pero estaba tan gracioso que Greta y yo no podíamos hacer otra cosa que seguirle el rollo y echarle una mano.

El viernes por la mañana, la casa ya estaba perfecta. Fuimos al mercado y compró todo lo que necesitaba para la comida del día siguiente. Preparó lo que consideró que tenía que tener listo el día anterior y organizó todo lo que haría por la mañana. Limpió la casa cuatro veces. Greta y yo le ayudamos las dos primeras, el resto ya nos pareció enfermizo.

Cuando cayó la noche, lo convencimos para que se tomara unos chupitos después de cenar y se relajara un poco. Gina hacía rato que se había dormido y nos quedamos los tres en las tumbonas del jardín. Me acosté en una y él vino a ocupar la misma, apoyando la espalda en mi pecho. Lo rodeé con mis brazos para ver si así se tranquilizaba un poco y pareció funcionar. Greta se recostó en la de al lado.

—Si ya estuviste con Paolo la semana pasada y fue genial… ¿Por qué estás tan nervioso? ¿Qué problema hay? —preguntó Greta.

—No sé, es mi primer contacto con alguien de mi familia en años, no puedo evitarlo. No quiero que se vuelvan a estropear las cosas. Sobre todo, la que me da miedo es Laura… Me ha odiado mucho, no creo que haya cambiado del todo así, de repente.

—Bueno, si está dispuesta a venir, eso ya es una buena señal —puntualicé yo.

—Ya, lo sé, lo sé, pero no quiero cagarla y que la cosa empeore…

—¿Cómo la ibas a cagar? —se rio Greta— Si Laura ve que la ventana de la cocina no cierra bien, lo mismo te vuelve a repudiar…

—Pues no, lista —replicó Piero con cara de chulo—, porque ya la he arreglado. En serio, me da miedo hacer o decir algo que le moleste.

—Mira, fue ella la que no te creyó, tú no hiciste nada malo. Si finalmente ha entrado en razón y ha visto que Paolo estaba en lo cierto, lo suyo sería que viniera con el rabo entre las piernas y te pidiera disculpas.

—Sí, Laura pidiendo disculpas, eso me gustaría verlo. —Piero soltó una carcajada.

—Bueno, ya está bien de hablar de ella. Vamos a cambiar de tema —dijo Greta.

—¿Hablamos de Francesco? —propuso Piero.

—Y dale con Francesco… Eso está muerto y enterrado. No hay más. Fin.

—Bueno, pues ahora, ¿qué? ¿Cuál es el siguiente?

—No hay un siguiente, paso de los tíos, para siempre.

Piero y yo empezamos a descojonarnos.

—No te lo crees ni tú —le dije.

—Bueno, pues en una temporada larga… Voy a pensar en mí y en mi futuro… ¿Qué quiere hacer Greta con su vida? Esa es la pregunta importante.

—¿Ya vas borracha? —preguntó Piero entre risas.

—Con el puntillo —se rio ella.

Mi teléfono se iluminó y empezó a vibrar sobre una de las tumbonas de enfrente, las que estaban vacías. Hice un amago de levantarme, pero tenía a Piero encima.

—¿Es el tuyo? Te lo traigo —dijo él.

—¿Quién llama a estas horas? Es más de la una, a ver si ha pasado algo —dijo Greta.

Piero llegó hasta el teléfono y lo cogió. Miró la pantalla antes de pasármelo.

—Samu —me dijo.

—Gracias —sonreí.

—No le digas que estás aquí —dijo Greta con cara de susto.

—No, tranquila.

Piero se sentó en una de las tumbonas de enfrente y Greta se incorporó hasta quedarse sentada en la suya.

Descolgué el teléfono y me lo acerqué a la oreja, pero no demasiado, me imaginaba lo que me iba a encontrar.

—¡¡¡LOUI!!! ¡Felicidades, nano! —oí gritar a los tres al otro lado, aún me tuve que alejar un poco más el teléfono de la oreja.

—Gracias, tíos —me reí, activé el altavoz del teléfono y lo dejé sobre el reposabrazos de la tumbona. Igual fue una maniobra un poco rastrera, pero quería que a Greta le entrara morriña.

—Nano, nano, bienvenido a los veinticuatro… —dijo Chus. Piero miró a Greta sorprendido y ella se tapó la boca y abrió mucho los ojos. Se le había olvidado mi cumpleaños. Me reí—. Ya solo queda uno en los veintitrés, el yogurín de siempre…

—El yogurín te saca dos cabezas y te puede dar una hostia que te coloque la piñata en el sitio, gilipollas —gruñó Marc, y Greta dio un respingo al oírlo.

—Bueno, ¿dónde andas? Hace casi dos meses que te largaste —preguntó Samu—. Se te echa de menos, tío.

—Ya os lo contaré a la vuelta, como siempre, y os enseñaré las fotos. Vais a flipar.

—No entiendo esa manía de no decirnos dónde vas, nano —volvió a gruñir Marc.

—Es más emocionante, así podéis especular —me reí.

—¿Pero estás cerca o lejos? —preguntó Samu.

—Depende del punto de referencia… —dije con tono interesante.

—Bah, paso, no nos lo va a decir —se quejó Chus—. Bueno, píllate un avión esta noche y mañana estás aquí para pegarnos una juerga de cumpleaños los cuatro.

—Ni de coña —me reí.

—Qué cortabolas, tronco… Bueno, ¿cuándo vuelves? —siguió Chus.

—En septiembre —contesté. Ahí fue Piero el que dio el respingo.

—¡¿En septiembre?! —gritaron los tres.

—Sí, a primeros de septiembre —dije con una sonrisa mientras Piero me miraba muy serio.

—Pero en septiembre seguro, ¿eh? Y no te vuelvas a largar, que tienes que venir a la boda —dijo Samu.

—Sí, sí, tranquilo, llego en septiembre y ya me quedo hasta la boda por lo menos. Además, que luego en noviembre tengo la exposición…

—Guay —se tranquilizó Samu.

—Bueno, ¿cómo va el cumpleaños? —preguntó Chus.

—Pues no va todavía —me reí—. En realidad, es mañana.

—No, no, que son más de las doce, ya es tu cumple… ¿Hemos sido los primeros? —preguntó Chus.

—Sí.

—Guay, así no te olvidas de nosotros, que nos tienes abandonados, nano —se quejó Samu.

—¿Por qué habéis llamado tan tarde? ¿Para despertarme, cabrones? —me reí.

—Eso siempre mola, pero no. Queríamos llamarte a las doce en punto, pero Marc ha tenido que ir a llevar a Marta a su casa y ha tardado la vida en volver —protestó Chus.

—La próxima vez dile que traiga la escoba, nano, así se puede ir ella sola —se descojonó Samu.

Los cuatro nos reímos. Greta y Piero no.

—Qué capullo eres —se rio Marc—. No tienes huevos para decirle eso a ella a la cara.

—Anda que no —siguió Samu—. Será por huevos… Y bien gordos que los tengo ahora mismo, que hace dos días que no veo a tu hermana.

—Pues aún pasarán más días como ella te oiga decir esas guarradas.

—Si tú supieras las que dice ella…

—Cierra la boca que aún te llevarás un guantazo.

—Bueno, dejaos de mierdas, que estamos hablando con Loui —interrumpió Chus—. Cuéntanos, ¿qué haces? ¿Te lo estás pasando bien? ¿Has ligado?

—Un caballero no habla de esas cosas —me reí.

—Eso es que no te has comido nada —se rio Samu también—. Lígate a un negro, nano, y nos cuentas si es verdad la leyenda…

Me reí.

—¿Cómo se va a ligar a un negro, retrasado? ¿Y si está en China? —preguntó Chus.

—Pues a un chino, así nos confirma la leyenda oriental, ya ves tú —dijo Samu.

Los cuatro nos reímos.

—No sé cómo aguantas tanto sin ligar, tío —insistió Samu—. Yo llevo dos días sin meterla en calentito y estoy que me subo por las paredes…

—Joder, ¡que estás hablando de mi hermana, cerdo!

—Yo no he dicho que no haya ligado, he dicho que un caballero no habla de esas cosas —me reí.

—Ueeeeeeee, que el Loui ha ligado —dijo Chus—. A ver si ahora te vas a colgar de un guiri y te vas a ir a vivir a tomar por culo, nano, no jodas.

Miré a Piero, que seguía muy serio. Me moría de ganas de decirles que me había enamorado, que estaba como loco y absolutamente feliz, que había encontrado a alguien que había cambiado mi forma de ver la vida y de verme a mí mismo, pero no podía contarles nada de eso. Por si tenía dudas, Greta me miraba con cara de pánico y negaba con la cabeza.

—No, tranquilo —me reí—, que te estás montando tú solo una película.

Piero negó con la cabeza y se metió en la casa.

—Bueno, ¿qué planes de cumpleaños tienes? —preguntó Samu.

—Ninguno —confesé.

—Pues entonces píllate un avión y vente mañana a celebrarlo, nano. Eso para tus viejos no es pasta —sugirió Chus.

—Que no, que paso, que no puedo ir ahora. Volveré en septiembre, lo celebramos con retraso si queréis…

—Para retraso ya tenemos el de Samu.

—Tu hermana no opina lo mismo…

—Qué coñazo dais esta noche, joder, que estamos hablando con Loui —se quejó Chus.

Yo no paraba de reírme. Cómo echaba de menos a esos tres cafres.

—Eh, acaba de llegar mi chica, me abro, tíos, despedíos de Loui, que es mi teléfono y se viene conmigo. Estamos hablando con Loui, que es su cumpleaños.

—¡Felicidades, Loui!

—Gracias, Estrella.

—Bueno, chaval, a ver si hablamos otro día, que nos quitan el teléfono —dijo Chus.

—Pásalo bien, nano. Nos vemos a la vuelta y nos lo cuentas todo —siguió Marc.

—Adiós, Loui —dijeron Samu y Estrella a la vez.

—Au, tíos, gracias por llamar. Nos vemos en septiembre.

Colgué el teléfono.

—Qué capullos son, pero cómo los echo de menos —me reí.

—Pues yo, ni te imaginas —suspiró Greta con tono triste.

—Pues, tía, vuelve.

—Sí, sí, eso ya está decidido… Depende de todos estos marrones, pero, en cuanto se solucione todo, vuelvo. He estado a punto de meterme en la conversación.

—Hubiera sido un puntazo —me reí—, los habrías dejado loquísimos… Pero lo mismo a Marc le habría dado un infarto cerebral.

—Parecía contento.

—Sí, parecía de buen humor… Qué morriña más tonta me ha entrado de repente.

—Lo mío no es morriña —dijo Greta—, lo mío es nostalgia directamente. Por cierto, tío, qué mal, se me había olvidado por completo tu cumpleaños… Pero que se me ha ido la olla totalmente, y eso que hasta ahora no había fallado ni un año.

—Bueno, no pasa nada, sabes que nunca le he dado mucha importancia.

—Ya, tío, pero qué fatal, me acuerdo de felicitarte cuando no estás y este año, que te tengo en casa, ni acordarme… Podíamos haber hecho lo de la comida con Paolo otro día.

—No, no, cuando Piero nos lo dijo era ya con fecha cerrada. Además, ¿qué más da? De verdad que me da lo mismo. Nunca he sido muy de cumpleaños.

—Bueno, deja que me sienta mal un rato por ser mala amiga.

—Vale, siéntete mal, regodéate en tu culpa.

—Bueno, pues me quedo aquí sufriendo, tú vete a ver a Piero, que parece que se ha mosqueado.

—¿Que se ha mosqueado? ¿Por qué se iba a mosquear? —pregunté sorprendido. Aún no había visto a Piero enfadado, un poco gruñón alguna mañana lo máximo.

—A saber, se le habrá cruzado un cable, a todos nos pasa, pero me ha parecido que se iba mosca. Ve a hablar con él por si acaso, que no se haga una bola de nieve de una tontería, que es muy intenso para lo bueno y para lo malo.

—Pero si no hemos hecho o dicho nada ninguno de los dos para que se mosquee, ¿no?

—Pues igual solo me lo ha parecido, no sé, pero se ha ido tan de repente… Hay muchas probabilidades de que sea una estupidez, piensa que está muy nervioso por lo de mañana. Ve a hablar con él por si acaso.

—Vale, voy.

VEINTIUNO

¿QUÉ TE PASA?

Encontré a Piero en la habitación, tumbado sobre la cama sin deshacer y mirando al techo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté al entrar—. ¿Pasa algo?

Él se incorporó hasta quedarse sentado.

—Siento que no te conozco —dijo muy serio mirándome fijamente.

Parpadeé un par de veces sin dar crédito.

—¿Qué dices? ¿A qué viene eso?

—Para empezar, ni siquiera sabía que hoy es tu cumpleaños.

—Eso es una tontería —me reí—. Yo no le doy importancia, y a Greta se le había olvidado… Sigo siendo el mismo, pero con un año más —sonreí levantando un poco las manos.

—No es solo eso. Tampoco me habías dicho que te vas en septiembre… ¿No pensabas decírmelo?

Fui hasta la cama y me senté a su lado.

—Pues no pensaba decirte eso, porque ya lo sabías. Desde el primer día que llegué sabías que me iba a primeros de septiembre.

—Perdóname por pensar que las cosas habían cambiado, se ve que era mi imaginación —dijo con un tono impertinente que no le había oído nunca.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Estás mosqueado? No te reconozco, Piero… Dime qué te pasa. —Le cogí una mano y la apartó.

—Yo sí que no te reconozco cuando hablas con tus amigos…

—¿Con mis amigos? Si no hemos hablado casi… ¿Qué hemos dicho que te ha molestado?

—No es que me haya molestado, es que no te reconozco con la actitud esa de machito hablando de… de… de rabos.

Apreté los labios para no soltar una carcajada, no quería que se molestara más.

—¡¿Qué dices?! ¿Qué he dicho yo? —Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no reírme, porque él parecía muy molesto.

—Que si te ligas a un negro, que si a un guiri, no hace falta que te lo diga, estabas en la conversación…

—Pero ¿he dicho yo algo de eso? Eso lo ha dicho todo Samu, que es bastante cerdo… Yo solo me he reído, pero ni siquiera les he dicho si he ligado o no…

—¿Eso soy? ¿Un ligue? ¿Un rollo de verano? Ya has probado con un guiri, cuando vuelvas les puedes hablar de rabos italianos…

Solté una carcajada, esa ya no la pude disimular.

—Perdona que me ría, no lo puedo evitar… Nunca les cuento nada de esos temas… Tampoco creo que quisieran oírlo, les gusta picarme con eso porque saben que soy muy discreto

para mis cosas… Es que parece que no me conozcas.

—Pues igual es que no te conozco. —Se giró hacia la pared.

—Vale, Piero, mírame —me puse serio y le giré la cara hacia mí—. ¿A qué viene esto? Dime qué te pasa en realidad.

—Que parece que los echas de menos.

—Pues claro que los echo de menos —me reí—. Un montón. Esos tres cafres son lo más parecido a una familia que tengo… Me he criado en sus casas, he pasado muchas más horas con ellos que con mis padres… ¿Cuál es el problema?

Me miró con los ojos vidriosos.

—Que no quiero que te vayas —dijo por fin—. Pensaba que lo nuestro había cambiado las cosas, pensaba que te quedarías…

—Claro que lo nuestro ha cambiado las cosas, pero no puedo quedarme.

—¿Por qué no?

—Porque mi vida está allí. Tengo una exposición en noviembre, la tengo que preparar… Me va a llevar bastante tiempo. Es mi primera exposición en solitario, necesito que todo salga bien… Y en octubre tengo la boda de Samu, no puedo perdérmela… Pero que yo me vaya en septiembre no quiere decir que lo nuestro se termine…

—Pues ya me contarás, con cada uno viviendo en un país diferente…

—Pero vosotros queréis vender esto, no vais a quedaros aquí, ¿no? Una de las opciones es volver a España… Yo creo que sería lo mejor para todos.

—No quiero seguir con el rollo este *hippie*, pero tampoco quiero vender la casa de *la nona*, es de los pocos sitios donde he sido feliz de verdad, pero no tengo más remedio… Necesitamos el dinero para mudarnos… Y lo de irnos a España, no lo tengo claro, me da miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Porque Greta sigue muy colgada de Marc, y no sé cómo de en serio va él con su novia… Si él quiere hacerse cargo de su hija y volver con ella, yo ahí sobro… Y no podría soportar perder otra familia, Luigi, no podría… —Negó con la cabeza mirando al suelo—. ¿Crees que pasaría eso? ¿Que él querría volver con ella?

—Estoy casi seguro —contesté con sinceridad.

Resopló y se dejó caer en la cama. Me tumbé a su lado.

—Merece saber que es su hija. —Le cogí la mano.

—Lo sé —dijo él dejando escapar una lágrima. La frené con la mano que tenía libre—, pero no quiero separarme de ellas… Somos una familia.

—Y Gina merece conocer a su padre…

—Lo sé, lo sé… Pero yo no quiero volver a quedarme solo.

—No te vas a quedar solo, las vas a tener igual, y también me tienes a mí… Podríamos vivir tú y yo juntos, en España, cerca de ellas.

—Pero es que no quiero vivir cerca de ellas, quiero vivir con ellas, son mi familia. Quiero acostar a Gina por las noches, peinarle los rizos locos cada mañana, acompañarla al colegio cuando empiece… No quiero perderme todo eso.

—Bueno, de momento son todo especulaciones, el primer paso es que volváis a España y Greta le cuente a Marc lo de la niña… Y luego ya veremos lo que pasa… Igual es Marc el que desaparece agobiado por la responsabilidad —me reí.

—¿Tú crees? —Se giró a mirarme—. ¿Crees que pasaría eso?

—No lo creo, la verdad.

Se acercó más a mí y me pasó un brazo y una pierna por encima.

—Luigi, no sé qué hacer… Tengo miedo… Quiero estar contigo, pero quiero estar con ellas también, y quiero que ellas sean felices… Y creo que Greta solo sería feliz con ese imbécil… Porque es un poco imbécil, ¿no?

—Sí —me reí—, es bastante imbécil, pero tiene buen fondo, y la quiere mucho.

—Maldito imbécil de piernas flacas, orejas pequeñas y buen material —dijo empezando a reírse—. Me va a quitar a mis chicas. Y no quiero, Loui, no quiero separarme de ellas… Ni de ti. Quédate aquí con nosotros. *No volvamos nadie* a España. Vamos a congelar este verano para siempre. Vamos a quedarnos así…

—No podemos hacer eso —me reí.

—Es verdad, tienes que volver con tus amigotes a hablar de ligues y rabos —dijo ya con otro tono, más animado—. Yo podría fingir que soy ellos para que no los eches de menos… «Nano, nano, el Piero ese es un siciliano mafioso».

Solté una carcajada. Oír esa frase con acento italiano era de lo más gracioso que había oído nunca.

—Parece que lo conozcas…

—He oído hablar muuuuuuuucho de todos vosotros… Me faltaba oírlos al teléfono… Samu diría: «Loui, cuéntanos cómo tiene el rabo el siciliano».

—Podría decir algo así perfectamente —me reí.

—Y Marc diría: «Nena, aléjate del siciliano».

—Casi —me reí fuerte—. Diría: «Nena, aléjate del puto italiano», así te llama… Te odia mucho, te tiene un asco que no te puede ni ver.

—Ya, normal, lo entiendo…

—Encima, en su casa van colgando las fotos que manda Greta en la puerta de la nevera. Te tiene que ver la cara mil veces al día.

—No me da pena, que me va a quitar a mis chicas… Aunque eso estará alimentando día a día su rencor y lo mismo cuando me conozca me pega una paliza.

—Qué va —me reí—. Es muy bocazas, pero se le escapa toda la fuerza por la boca.

—Me dio un poco de lástima cuando hablé con él por teléfono.

—Lo ha pasado muy mal…

Nos interrumpió el ruido del móvil de Piero sonando en la habitación de al lado.

—No, no, no, no —dijo pataleando en la cama como un niño pequeño y tapándose la cabeza con la almohada—. Un parto esta noche, no. Esta noche no me quiero ir, que mañana por la mañana viene Paolo…

—Deberías ir a contestar al menos.

—Ahora voy. Volverán a llamar. Luigi, esta noche no quiero irme. —Escondió la cabeza en mi pecho—. Ya verás como me toca cancelar lo de mañana… Con lo que me apetecía.

—Bueno, igual es rápido.

—Son casi las dos de la mañana, por rápido que sea… ¿Se ha callado el teléfono? ¿No han vuelto a llamar? Igual era una falsa alarma —sonrió.

—Me parece estar oyendo a Greta, igual lo ha cogido ella —dije tras escuchar un murmullo en la habitación de al lado.

—Argh, ¿para qué lo coge? Podría haber fingido que había perdido el teléfono o algo.

—Va —me reí—, si sabes que vas a ir…

—Sí, ya lo sé —gruñó—, pero déjame soñar que no me voy esta noche… que es tu cumpleaños —añadió con un movimiento rápido de cejas. Yo me reí.

Greta abrió con cuidado la puerta de la habitación y asomó la cabeza. Llevaba el teléfono de

Piero en la oreja y hablaba en italiano.

—Piero —dijo tendiéndole el móvil—, es Paolo. Dice que Laura tiene unos dolores muy fuertes y no se le pasan. Toma, habla con él.

Piero saltó de la cama y cogió el teléfono enseguida. Salió de la habitación para hablar. Greta vino a sentarse en la cama conmigo.

—¿Estaba mosqueado? —preguntó.

—Más o menos… No sé bien si mosqueado, disgustado, asustado… Igual un poco de todo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa ahora al rey del drama? —se rio.

—Movidas suyas, ya te lo contará él, que hay una parte que te incumbe, molaría que lo tranquilizaras…

—¿Me incumbe a mí? ¿Por qué? ¿Qué tengo yo que ver?

—Habla con él mañana o pasado y que te cuente.

Volvió a entrar Piero en la habitación.

—Estaban haciendo noche en el hotel del pueblo, para venir mañana temprano. Se van a acercar un momento para que le eche un vistazo, el hospital más cercano está en Palermo y les queda lejos.

—Voy a limpiar un poco la consulta —dijo Greta levantándose de un salto—, que debe de tener hasta telarañas… No recuerdo la última vez que subimos.

—No, no —dijo Piero—, no va a parir aquí. Si está de parto, que no creo porque es primeriza y aún le falta casi un mes, los mandaré al hospital. Les dará tiempo de sobra a llegar.

—¿Por qué? —pregunté sorprendido.

—Porque es un momento delicado para una mujer, necesita sentirse a gusto, segura y confiada. Yo no soy una persona de confianza para ella, no se sentiría cómoda conmigo… Estará mejor en el hospital.

—Bueno —dijo Greta—, yo voy a limpiar un poco por si acaso, aunque sea por si necesitas los trastos.

Greta salió de casa con un cubo lleno de cosas de limpieza.

—¿Dónde está la consulta? —le pregunté a Piero.

—Arriba, lo que era el desván. Se sube por la escalera que hay fuera de la casa.

Yo me había fijado alguna vez en esa escalera que había pegada a la fachada, pero estaba bastante hecha polvo, no le había dado mucha importancia. Me fui a la habitación a comprobar las cámaras, quería subir a ver qué había ahí arriba, estaba casi seguro de que encontraría algo interesante para inmortalizar.

—No estaba tan mal —dijo Greta al bajar unos diez minutos después—. Y, como no hay casi nada, se limpia muy fácil.

Piero llevó un par de maletines que tenía en la furgo al piso de arriba. Antes de que me diera tiempo a subir a mí a echar un vistazo, llegó un coche con Paolo y Laura.

Paolo bajó de un salto, tenía la cara blanca y descompuesta. Rodeó el vehículo y ayudó a bajar a su mujer. Ella era una chica muy pequeña, no le llegaba a Paolo ni al hombro, y estaba

muy delgada, salvo por el enorme barrigón que la precedía. Piero los observaba desde arriba de la escalera exterior y le hizo un gesto a Paolo para que subieran. Apenas habían dado un par de pasos cuando Laura soltó un grito de dolor y se detuvo. Por un momento pensé que se había meado encima, pero enseguida supuse que era eso que llaman *romper aguas*. Paolo se puso más blanco todavía, pensé que se iba a desmayar, pero, en lugar de eso, cogió a Laura en brazos como si no pesara nada y subió la escalera a toda prisa.

VEINTIDÓS

ALGO PUEDE SALIR MAL

Greta y yo subimos poco después que ellos y nos quedamos a una distancia prudencial. La estancia era un espacio abuhardillado diáfano con muy poco mobiliario y en penumbra. Había una especie de bañera grande y ovalada en un extremo, un futón en un rincón y un par de muebles que no se parecían a nada que yo hubiera visto antes.

Laura estaba en el futón y llevaba unas correas alrededor de la barriga, que ahora estaba destapada. Piero le deslizaba una especie de mando por la tripa mientras miraba la pantalla que había dentro de uno de los maletines que le había visto subir antes. Le hablaba en italiano. Yo no entendía nada. Paolo seguía con la misma pinta de ir a desmayarse en cualquier momento. Siguieron hablando un rato. Piero estaba muy serio y decía frases que sonaban contundentes. Laura hablaba nerviosa y muy alto. Paolo habló por fin y se puso a llorar.

—Joder —murmuró Greta.

—¿Qué pasa? —pregunté en un susurro.

—Piero ha dicho que está de parto, pero que como es primeriza puede tardar muchas horas, que se vayan al hospital. Laura dice que no quiere arriesgarse a que el niño nazca en el coche, que no quiere que nada salga mal. Piero le ha dicho que no tiene por qué salir nada mal, entonces Paolo le ha contado que ya pasaron por esto hace un año y pico y que el niño nació muerto. Piero está nervioso, porque, al haber tenido un parto anterior, ya no es primeriza, es posible que no les dé tiempo a llegar a Palermo. Y encima el agravante de que el otro salió mal. Es mucha responsabilidad para él.

—Pobre, qué marrón —susurré.

—Está acojonado por si tiene que hacer una cesárea de emergencia, porque aquí no tiene un quirófano estéril. Podría hacerlo, pero sería arriesgado. Está muy agobiado, pero Paolo y Laura dicen que confían en él y en su criterio, que haga lo que crea que tiene que hacer.

—Cuánta responsabilidad, y más siendo su hermano y sabiendo la historia de las dos familias…

—Ya te digo.

—Oye, ¿es normal que aquí esté tan oscuro? —le pregunté a Greta en un susurro.

—Sí, es que Piero es muy partidario del parto natural y respetado. Dice que crea un ambiente más relajado para la madre. Para el médico es más incómodo, pero dice que, si la madre se siente a gusto, todo va mucho mejor… Según él es algo ancestral, ya sabes que es muy *hippie* para algunas cosas.

Piero le dijo algo a Greta en italiano y ella fue hasta un armario muy pequeño y se puso a

trastear. Mientras ella estaba ocupada en eso, él se acercó a su hermano y le habló en voz baja, parecía que intentaba tranquilizarlo. Luego vino hasta mí y me abrazó.

—Loui, tengo miedo —me susurró—. Hay muchas cosas que pueden salir mal. El bebé es muy grande, como su padre, y ella es muy pequeña.

—Todo irá bien —le dije también a un volumen bajo totalmente convencido de sus posibilidades—. ¿Me voy?

—No hace falta, quédate. Haz fotos si quieres. Si todo sale bien, les gustará tenerlas.

Paolo ayudó a Laura, que seguía en el futón con las correas en la barriga, a desnudarse y Greta la cubrió con una sábana blanca que había sacado del armario. Laura se tumbó de lado y su marido se sentó en el suelo delante de ella. Piero, ya con su pañuelo en la cabeza, se colocó detrás de Laura y comenzó a darle un masaje en la parte baja de la espalda. Ella gritaba cada pocos minutos y después se callaba. Cada vez que Laura gritaba, Piero parecía estar sufriendo el mismo dolor que ella y cambiaba la posición de sus manos de la espalda a la barriga. Parecía anticiparse a cada grito. Cuando se había sucedido esa situación cuatro o cinco veces, vi que la gráfica del monitor cambiaba unos segundos antes de que ella empezara a gritar, era fácil anticiparse a eso.

Siguieron así durante más de una hora. Yo iba haciendo fotos discretamente intentando no molestar y que no se percatasen de mi presencia. Todos parecían estar muy concentrados en lo suyo y nadie me prestaba atención. Mucho mejor para mí.

Tras inspeccionar a la madre, Piero habló con ellos y luego le dijo algo a Greta en italiano.

—Voy a llenar la bañera —me susurró—. Van a probar parto en el agua, es más lento pero menos doloroso. Parece que todo va bien, esperemos que siga igual.

Greta fue hasta la bañera y empezó a llenarla. Iba comprobando la temperatura con un termómetro. Cuando la dio por válida, avisó a Piero y volvió a mi lado. Laura hizo un amago de levantarse, pero Paolo la volvió a cargar en brazos y, en pocas zancadas, llegó hasta la bañera y la dejó dentro con mucho cuidado. Piero le dijo un par de cosas y, acto seguido, él se desnudó y se metió en la bañera con su mujer, detrás de ella. Laura se apoyó sobre Paolo.

Greta se giró dándoles la espalda y abrió mucho los ojos y la boca.

—Joder con los hermanitos Mancini —susurró—. Paolo está más bueno aún que Piero.

—¿En eso te fijas en una situación así? —murmuré intentando no reírme—. No cambiarás nunca.

—Va, no me creo que no lo hayas pensado.

—Calla, no es el momento —me reí.

Piero, desde fuera de la bañera, le cogió las manos a su hermano y le indicó cómo colocarlas y moverlas sobre la barriga de su mujer. El gesto de ella se había suavizado mucho, parecía que lo del agua la estaba aliviando. De ese momento hice unas fotos espectaculares… Las manos de Paolo, el gesto de ellos dos, gotas de agua deslizándose sobre la enorme barriga, los susurros de Paolo a Laura intentando tranquilizarla… Tendría que pedirles permiso, porque algunas me apetecería mucho incluirlas en la exposición.

La cosa continuó igual durante bastante rato, hasta que Piero empezó a dar instrucciones firmes, pero con el tono suave que llevaba usando toda la noche. Parecía que la cosa estaba llegando al final. Piero tenía los brazos metidos en el agua y le iba dando órdenes a Laura, que había pasado a un sufrimiento continuo, ya no tenía esos breves minutos de descanso. Pese a eso,

el gesto de dolor era mucho menor que cuando estaba fuera del agua.

De repente, Laura empezó a gritar de un modo en que no lo había hecho hasta ese momento. Piero se quedó blanco, se quitó las zapatillas en un gesto rápido, utilizando solo los pies, y se metió en la bañera vestido. Tras un par de movimientos que no llegué a ver, Laura se calló y volvió al gesto de dolor anterior. Apenas unos segundos después, Piero sacó al niño del agua. Todos aguantamos la respiración durante los instantes que el pequeño tardó en ponerse a llorar. Creo que a los presentes ese llanto nos pareció uno de los sonidos más reconfortantes que habíamos oído nunca. A ese siguieron los sollozos descontrolados de los dos padres.

Piero puso al bebé sobre el pecho de su madre y empezó a ocuparse de la placenta, el cordón y esas cosas que yo ya sabía que iban después.

—Voy a subirte ropa seca —le dijo Greta.

—Gracias, *bella*. Cambia de paso las sábanas de mi cama, para que se acuesten un rato, y súbeles algo de ropa de dormir a ellos también —contestó Piero.

Ese momento, cuando Greta se había ido y Piero estaba concentrado en su tarea, fue de lo más mágico. Las fotos que saqué de los nuevos padres con su hijo no podían ser más bonitas. La emoción y el alivio de ellos dos llorando atravesaban la pantalla. Esas también querría incluirlas en la exposición, pero esperaría a otro momento para comentarlo.

—*Grazie, Piero, grazie, grazie* —empezó a decir Laura entre lágrimas. Él le sonrió y le besó la frente antes de salir de la bañera y llevarse la mitad del agua con él. Cogió una de las toallas que habían dejado preparadas junto a la bañera y empezó a secarse. Al momento subió Greta con ropa seca para todos. Empezaron a pasarse toallas, ropa y al bebé de mano en mano hasta que Paolo y Laura estuvieron secos, vestidos y de nuevo con su hijo en brazos.

Greta y los nuevos padres, siguiendo las órdenes de Piero, se fueron abajo. Yo me quedé ayudándole a él a cambiarse. Fue mucho más difícil de lo que yo pensaba quitarle el pantalón vaquero mojado.

—Qué mal lo he pasado, Loui, qué mal rato —dijo mientras se secaba.

—Pues parecía que lo tenías todo controlado, que todo iba bien.

—Hemos tenido mucha suerte, ha ido todo bastante bien. Pero el bebé es enorme, y la madre es diminuta, no sé cómo ha conseguido sacarlo sin cesárea… Encima el tío salía con la mano aquí —dijo poniéndose una mano junto a la cabeza—, para hacerlo más difícil. Aun así, ha sido rapidísimo, no son ni las siete…

Resopló y me abrazó.

—He pasado muchos nervios, Luigi, muchos muchos nervios.

Le abracé fuerte yo también.

Tras un largo abrazo, cogió el futón y bajamos a la casa. Dejó el colchoncillo en el suelo del salón.

—Los he mandado a vuestra cama —dijo Greta—, dormid vosotros en la mía, yo me quedo

aquí.

—No hace falta, duermo yo aquí fuera, por si necesitan algo…

—Si necesitan algo, me ocupo yo. Si necesitan un médico, te despierto, pero acuéstate en la cama con Loui y con Gina y descansa un poco…

—No voy a discutir —dijo Piero—. Vamos a dormir.

Entramos en la habitación y vimos a Gina completamente dormida en el centro geométrico de la cama, en posición de estrella de mar. A los dos nos dio la risa.

—Ya veremos quién descansa —se rio Piero.

—Parece que ella —me reí yo también.

VEINTITRÉS

LUIGI

—Mira *che bello* está dormido —oí susurrar a Piero—, ¿a que es el chico más guapo del mundo?

—No, el más guapo del mundo eres tú —contestó Gina al mismo volumen.

—Opino igual que ella —dije abriendo los ojos—. ¿qué hora es?

—Las diez, hemos dormido unas tres horas.

—Eso explica el sueño que tengo todavía —me reí.

—Duerme, nosotros nos vamos fuera —dijo Piero antes de darme un beso—. Descansa un rato más.

—No, no, me levanto.

—No, duerme un poco más, que es pronto.

El llanto del bebé puso fin a la discusión.

—Me parece que nadie más va a dormir ya —me reí.

—¿Quién llora? —preguntó Gina.

Piero le contó brevemente lo que había pasado la noche anterior mientras ella dormía.

—¡Oooooh! ¡Vamos a ver al *bambino*! —gritó ella emocionada.

Salimos los tres de la habitación y vimos por la puerta abierta de la de Piero que estaban los nuevos padres en la cama con el bebé y Greta estaba con ellos explicándoles algo. Piero y Gina entraron a verlos y yo fui a la cocina a preparar el desayuno, no pintaba nada ahí dentro.

Preparé café y tostadas. No se me daba mal cocinar, pero no tenía tantos recursos como Piero, y tampoco estaba muy activo después de haber dormido tan poco.

—No, tío —se quejó Greta cuando salió del cuarto de Piero con Gina—. Es tu cumpleaños, teníamos que haberte hecho el desayuno nosotros a ti.

—Qué más da —me reí—. No empieces con eso otra vez, sabes que me da igual… Vosotros sois más útiles con el bebé, yo solo puedo ayudar en esto.

—¿Es tu cumple? —preguntó Gina, yo asentí—. ¿Haremos fiesta?

—No —me reí—, nada de fiesta, hoy lo importante es el bebé.

—¿Has visto el bebé, Loui? *Il bambino più bello del mondo!* —dijo Gina emocionada.

Greta y yo nos reímos mientras terminamos de preparar la mesa.

Al momento salió Paolo con el pequeño en brazos.

—Es mi hijo —nos dijo a Greta y a mí a un volumen bajo—, *sono padre*…

—Enhorabuena —susurramos Greta y yo con una sonrisa y nos acercamos a ver al bebé, que dormía en sus brazos.

No tardó en salir Piero también.

—Deja al niño con su madre —le dijo a su hermano—, que descansen un rato los dos. Vamos a desayunar nosotros.

Paolo volvió a entrar a dejar al bebé y Greta le siguió con algo de comida para la madre. Volvieron los dos al momento y nos sentamos todos a la mesa.

—¿Qué tal? —le preguntó Piero a Paolo—, ¿cómo estás tú?

—Nervioso, emocionado, cansado, no sé, *molte cose*…

Todos sonreímos.

—No fue como había planeado —sonrió él también.

—Tú y tus planes —se rio Piero—, ¿no habías leído libros para planear el parto? —añadió en tono de broma.

—Sí —contestó Paolo poniéndose un poco rojo—, pero no contaban nada parecido a *quello chè è successo*…

—No siempre se puede planificar todo —volvió a reírse Piero—, y menos un parto… Cuando el bebé dice «allá voy», da igual lo que hayas planeado…

Paolo lo abrazó desde su silla y le dio un beso en la cabeza.

—*Il mio grande Piero* —dijo con voz temblorosa.

—¿Habéis oído? —nos preguntó Piero a Greta y a mí—. He subido de nivel, ya soy grande —añadió moviendo las cejas muy rápido.

—Eres muy grande, Piero —dijo su hermano con una enorme sonrisa.

—Ya era hora de que te dieras cuenta… —dijo Piero con cara de sobrado—. Toda la vida *il tuo piccolo Piero*… Me tocaba un ascenso.

—Pero ya eras grande —dijo Gina—. *Non sei mai stato piccolo*.

—¿Ves? —le dijo Piero a su hermano—, hasta una niña de tres años se dio cuenta antes que tú.

Paolo se rio y volvió a abrazar a su hermano.

Durante el resto del desayuno no dijimos mucho más. Todos nos contagiamos de la sonrisa boba que tenía Paolo. Gina era la que rompía el silencio de vez en cuando diciendo lo mono que era el bebé y las ganas que tenía de jugar con él.

En cuanto terminamos de desayunar, Paolo se metió en la habitación con su mujer y su hijo y los demás nos salimos a las tumbonas a descansar un poco. Piero se tumbó sobre mí, como la noche anterior, y Greta y Gina hicieron lo mismo en la de al lado.

—Piero —dijo Greta—, molaría que fueras a por una tarta para Loui, aunque no hagamos nada más por su cumpleaños, pero qué menos que una tarta…

—Ay, Loui —dijo Piero girándose hacia mí—, no me acordaba de que sigue siendo tu cumpleaños… Han sido muchas emociones…

—Que da igual —me reí—, no necesito tarta ni celebración.

—¡Siempre *nesecitamos* tarta, Loui! —se quejó Gina.

—Podías ir tú a por la tarta, Greta —añadió Piero—, yo me quedo por si necesitan algo con el bebé.

—Te aseguro que lo último que me apetece es ver a Francesco —dijo Greta.

—¿Dejarías a Loui sin tarta por no ver a Francesco?

—Ya lo has oído, no necesita tarta —sonrió Greta.

—Ya te vale —dijo Piero más serio mientras se ponía de pie—. Gina, vente conmigo, vamos

a por una tarta para Loui.

—*Andiamo!* —gritó la niña.

—¿Alguna petición? —me preguntó Piero inclinándose a besarme.

—Que no vayáis a por una tarta —me reí mientras le devolvía el beso.

—Chocolate entonces —dijo Piero con una sonrisa, y él y Gina se marcharon.

Greta y yo cerramos los ojos un momento.

Me despertó el olor de la comida que salía de la casa. Greta seguía dormida en la tumbona de al lado.

Entré en la casa y Piero estaba en la cocina con la niña.

—¡Loui está despierto! —dijo ella entusiasmada.

—¿Cuánto rato he dormido? —pregunté pasándome una mano por la cara.

—Casi cuatro horas —se rio Piero.

—Tenías que haberme despertado, podría haber ayudado… Tú también necesitas descansar.

—Qué va, ya sabes que yo soy pura energía —dijo Piero con una enorme sonrisa y un movimiento rápido de cejas.

Le dijo a Gina que fuera a despertar a su madre y él entró en la habitación de los nuevos padres para decirles que ya estaba la comida. Dejaron al bebé en la cama y la puerta abierta y vinieron a sentarse con nosotros a la mesa. Paolo me presentó formalmente a Laura y los dos hicimos un movimiento de cabeza y sonreímos, ninguno conocía el idioma del otro.

Después de comer, Laura ocupó la butaca y Paolo dejó al bebé, que ya estaba pidiendo su comida, sobre su madre. Él se quedó sentado en el brazo del sillón. Greta y yo nos acomodamos en el sofá enano y Gina lo hizo en el suelo y se puso a dibujar sobre un cuaderno en la mesa de centro.

—Le encanta dibujar, ¿no? —le pregunté a Greta en un susurro.

—Sí —suspiró ella—, ya sabes de quién lo habrá sacado, porque de mí desde luego que no… Y no es por imitación, porque Piero tampoco dibuja…

Le pasé un brazo por encima de los hombros y la acerqué a mí.

—Se parece un montón a él —susurré.

—Ya te lo dije —contestó ella en el mismo tono.

Piero apareció en ese momento con una carpeta y se sentó en el suelo junto a Gina. Sacó unos papeles y se puso a escribir en ellos mientras les iba preguntando cosas a su hermano y su cuñada. Eché un vistazo al papel, en cuyo encabezamiento se leía en letras grandes «*Certificato di nascita*».

Llevaban un rato hablando en italiano. El murmullo era muy agradable, y oír a Piero hablar en su idioma, aunque no entendiera casi nada de lo que decía, me encantaba. Cerré los ojos disfrutando el momento y la tranquilidad.

—Luigi —dijo entonces Piero.

—Dime —contesté abriendo los ojos.

—No te decía a ti, perdona, hablaba con ellos —me dijo antes de volver a dirigirse a Paolo y a Laura en italiano. Ellos asintieron.

—¿Estáis hablando de mí? —le pregunté a Piero por simple curiosidad.

—No, qué va —negó él muy convincente.

—Entonces ¿de quién? —pregunté levantando una ceja.

—Del bebé. Me han dicho que les gustaría llamarle Piero, por mí —sonrió—, pero entiendo,

como ellos, que es un nombre que tiene demasiado pasado en ambas familias y alguien podría cogerle manía al *bambino* solo por eso… En vez de ponerle mi nombre, me han pedido que sea su padrino y que le ponga yo el nombre… —añadió con una sonrisa cada vez más amplia—. Lo hemos llamado Luigi.

—¿Qué? —pregunté sorprendido—. ¿Por qué Luigi? ¿Por mí?

—Claro que por ti —se rio Piero. Se acercó un poco a mí y me dio un beso desde el suelo—. ¿Por quién si no? Además, es un nombre precioso y lleno de amor.

—Pfff… Qué asco dais —dijo Greta con una sonrisa.

—Calla, envidiosa —se rio Piero dándole una palmada en la pierna.

—No veo claro lo de que le pongan mi nombre —dije.

—¿Por qué? —se rio Piero—. ¿Lo quieres solo para ti?

—Claro que no —me reí también—. No sé, me parece demasiada responsabilidad.

—¿Responsabilidad? —Piero soltó una carcajada—. Pero si no tienes que hacer nada… Ya compartís cumpleaños, así que, ¿por qué no también nombre? A partir de ahora, el veintiséis de junio será el día internacional de Luigi.

—Qué loco estás —me reí.

—Pero ¿me dejas entonces que llame Luigi a mi sobrino?

—Tú sabrás, si a sus padres les parece bien…

—Los padres están encantados de la vida, todo les parece perfecto —sonrió.

Siguió hablando un rato con ellos en italiano antes de volver a dirigirse a mí.

—Loui, ¿cuándo estaremos en *Milano*? ¿Cuándo hemos quedado con tus padres?

—En tres semanas, ¿por?

—Porque quieren aprovechar y que estemos en el bautizo, que soy el padrino —sonrió con orgullo—. Puede ser un poco incómodo por las familias y eso, pero les da igual, para ellos es importante… Ahora soy *il grande Piero* —añadió con voz dramática levantando los brazos.

Un rato después, Piero y Gina sacaron para merendar la tarta que habían traído. Era espectacular.

—Creo que nunca he probado una tarta mejor —dije con sinceridad.

—Es que Francesco tiene un don para el chocolate —sonrió Piero.

—Menos mal que pasé de él —añadió Greta—, si no, ahora pesaría diez kilos más —se rio.

—Pero nosotros te querríamos igual, o más por traernos estas delicias a menudo —se rio Piero.

—Mmm… Empiezo a entender el porqué de tu insistencia… —Greta achinó los ojos.

—Era por tu felicidad, *bella*, pero es cierto que la nuestra habría aumentado por proximidad —sonrió Piero.

Esa noche la pasaron con nosotros, pero, a la mañana siguiente, Paolo, Laura y el pequeño Luigi se marcharon, no sin antes hacernos prometer que nos veríamos en tres semanas para el bautizo.

VEINTICUATRO

DE VIAJE

Empezamos bastante pronto con los preparativos del viaje. Nuestra intención era salir entre siete y diez días antes de la cita con mis padres, para poder hacer el trayecto con mucha calma y visitar cuantas más ciudades mejor.

—Pues vaya invento —se quejó Greta—. Le pedimos a Loui que venga a ayudarnos con el follón del verano, y os vais los dos y me dejáis el marrón a mí sola.

—Entiéndeme, *bella*, voy a conocer a mis suegros… Es importante, nunca antes nadie me ha presentado a sus padres como «mi novio».

—Ya, pero es que vais a estar fuera más de dos semanas, en plena temporada alta, lo voy a flipar yo sola aquí.

—Yo me quedo, mami, yo te ayudo —aseguró Gina.

—Vale, eso lo cambia todo —se rio Greta.

Esa misma tarde, desplegamos sobre la mesa el mapa que habíamos comprado en Palermo para planificar la ruta.

—Pasaremos la noche en el ferri, son unas once horas, y nos dejará en *Napoli* a primera hora de la mañana —dijo Piero—. Podemos pasar allí el día y te enseño dónde vivíamos Greta y yo los primeros meses.

—Claro —contesté—. Oye, ¿qué es esta mancha oscura al lado de Nápoles?

—El Vesubio, ¿quieres que vayamos? ¿Te gustaría hacer fotos? Pueden ser muy chulas.

—Me encantaría… Mira, al lado está Pompeya, ¿está tan cerca como parece? ¿Podemos ir también? ¿Han mantenido las ruinas?

—Sí —se rio Piero—, han mantenido las ruinas, y sí, está bastante cerca… No voy a negarte nada. ¿Quieres hacer fotos de las ruinas de Pompeya? Pues allá vamos —añadió sonriente.

—Genial… ¿De ahí a Roma?

—Como quieras —asintió Piero.

—En Roma podríamos quedarnos un par de días…

—Claro, o tres, si no, no podrás ver casi nada.

—Hecho, entonces… ¿De ahí a Florencia?

—Podemos pasar de camino por Siena si quieres, es bonito también…

—Vale, me fío, lo que tú digas.

—Pues un par de días o tres en Roma y otro par en *Firenze*… Y ¿de ahí a *Milano*?

—Sé que es mucho desvío, pero me encantaría ir a Venecia —dije sintiéndome un poco mal.

—Ningún problema —sonrió Piero—. Si mi chico quiere ir a *Venezia*, nos desviamos a

Venezia y hasta montamos en góndola —añadió dándome un beso.

—Vaya tela —dijo Greta poniéndose de pie—. Me largo, que se me van a picar los dientes de tanto azúcar.

—No se te van a picar por el azúcar, sino por lo que los rechinas de envidia. —Piero se rio y le dio una palmada en la pierna.

Ella le sacó la lengua con cara de asco y Piero tiró de ella sentándola encima de él.

—Sexo no podemos darte, *bella*, pero amor, todo el que quieras. —La abrazó y le dio un beso en el hombro.

—No quiero sexo —se rio ella—. Lo que quiero es que no se os olvide que me queríais a mí antes…

—No se nos olvida, eres nuestra chica preferida.

—Eh, y yo ¿qué? —dijo Gina levantando la cabeza desde la mesa de centro, donde estaba dibujando.

—Vaya par de celosas, Loui —se rio Piero—. Menos mal que vamos a perderlas de vista unos días…

—Las echaremos mucho de menos —sonreí.

—Sí, necesitamos echarlas de menos, porque de más ya las echamos —se rio él y yo me uní a su risa.

—Asquerosos. —Greta se levantó de encima de Piero—. Estaremos muy tranquilas sin vosotros, y haremos cosas de chicas… ¿A que sí, Gina?

—¿Qué cosas de chicas? —preguntó la niña.

—No sé, ya veremos. Cosas divertidas sin ellos. No necesitamos hombres en nuestras vidas —aseguró Greta.

—Pero a mí me gustan Piero y Loui —se quejó la niña—. Quiero que vuelvan.

—Volverán, cariño, no pueden vivir sin nosotras.

—Eso es *tutto vero* —se rio Piero. Corrió hacia Gina y le dio un montón de besos.

Unos días antes de nuestro viaje, Piero llevó la furgoneta al mecánico para una puesta a punto. Por lo visto, estaba en bastante buen estado y podía aguantar un viaje así. Le cambiaron las ruedas y alguna cosa más.

Estábamos haciendo la maleta cuando Piero cogió un traje y lo metió en la suya.

—Para el bautizo —dijo.

—Yo no tengo nada que ponerme para el bautizo —contesté—. No se me ocurrió que fuese a necesitar un traje cuando hice la maleta en España —me reí—. Bueno, puedo comprarme uno en Roma.

—En *Milano*, Luigi… La última moda está en *Milano*. —Me guiñó un ojo.

—Bien, pues me lo compraré en Milán.

—¿Qué me pongo para conocer a tus padres? Quiero causar buena impresión.

—Cualquier cosa, no te preocupes por eso… Con que no te despelotes, todo irá bien —me reí.

—Acabas de reducir mucho mis opciones —se rio él también—. ¿Cómo voy a impresionar a tu madre sin desnudarme?

—Considéralo un desafío.

El día de nuestro viaje, nos despedimos de las chicas muy ilusionados. Greta estaba bastante gruñona y Gina hasta lloró un poco, pero a nosotros nos podía la emoción.

Llegamos a Palermo tres horas antes de la salida del ferri y fuimos a por los billetes. Piero renegó porque me empeñé en cogerlos con habitación. Él pretendía que eligiéramos los de butaca, pero no me vi capaz de pasarme once horas así. Le expliqué que esa era la diferencia entre un viaje infinito o uno que se nos iba a hacer cortísimo. Finalmente lo convencí con la promesa de una noche loca sin las chicas en la habitación de al lado.

Desembarcamos en Nápoles a primera hora de la mañana y me llevó directamente al campus universitario. Nos colamos en la que había sido su residencia y me arrastró por un montón de pasillos. Nos detuvimos en unas escaleras que quedaban bastante apartadas y subimos varios pisos. Se detuvo de golpe.

—Aquí, justo aquí —sonrió.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté confuso.

—Aquí empezó nuestra historia, Luigi.

—¿Aquí? ¿Cómo va a empezar aquí si yo no he estado aquí en la vida? —me reí.

—Porque justo aquí conocí a Greta, y eso fue lo que te trajo hasta mí, fue el principio de todo —dijo muy serio acercándose a besarme.

—Menos mal que Greta no ha oído eso —me reí—. Te habría vuelto a decir el asco que damos.

—Es que damos asco, Loui, mucho asco —sonrió.

VEINTICINCO

UNA NOCHE EN LA FURGO

Pasamos el resto del día recorriendo Nápoles. Él me fue enseñando todos los lugares típicos para los turistas y los más recónditos para los lugareños. También me llevó a los sitios que había frecuentado con Greta y me estuvo contando un poco cómo fueron esos meses. Me sentí algo más cerca de ellos. La verdad es que la vida de Greta ese primer año parecía haber sido muy diferente de lo que nos había hecho creer. Cenamos en una pizzería que, según me contó Piero, habían frecuentado mucho durante aquellos meses y, después, propuso ir a la playa y dormir allí, en la furgoneta.

Debo confesar que nunca me sentí demasiado tentado por el plan de dormir en la furgo. Desde el principio, intenté reservar noches de hotel para toda nuestra ruta, pero Piero no lo consintió. Lo entendí, y decidí ser más flexible y aceptar algunas de sus propuestas. Ya había ganado la del ferri, esa noche le tocaba a él decidir.

No voy a mentir, pasé una de las peores noches de mi vida. El calor de mediados de julio en la costa del sur de Italia es algo que no creo que haga falta explicar. Y los bichos, era asqueroso lo de los bichos. En principio, él sugirió dormir con las puertas de la furgo abiertas, pero le hice descartar la idea rápidamente. Calor iba a hacer el mismo, no soplaba ni un poco de aire, y yo pasaba de dormir con las puertas abiertas en un espacio público. Abrió la ventana del techo, pero el efecto no se notó. El calor sofocante y la humedad nos acompañaron toda la velada. Creo que no he sudado tanto en mi vida como aquella noche. Cuando por fin conseguí dormirme, casi de madrugada, empezó a amanecer, y la chapa metálica de la furgoneta la convirtió en una sauna todavía más asfixiante. Me desperté cansado, sudado y de muy mal humor.

—*Buongiorno, Luigi* —me dijo con una sonrisa y un beso.

—Buenos días —gruñí.

—¿Qué pasa? —preguntó confuso.

—¿De verdad hace falta que te lo diga? ¿Has pasado buena noche?

—Bueno, hacía un poco de calor, pero es parte de la aventura —sonrió.

—Mira, Piero, no quiero que pienses que soy un esnob o un estirado, pero he pasado una noche horrible, puede que la peor de mi vida… Yo no estoy hecho para estas aventuras.

Se quedó blanco y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Para qué aventuras no estás hecho? ¿Quieres cancelar el viaje? ¿Quieres romper conmigo? ¿De qué me estás hablando, Loui? —preguntó con cara de pánico.

Me reí y se me pasó el mal humor al momento. Tiré de él y le di un abrazo.

—Mira que eres intenso para todo —volví a reírme—. No quiero cancelar el viaje y ni de coña quiero romper contigo… Solo quiero dormir entre paredes, bajo techo y sobre una cama… Y con un baño, también, importante…

—Esos lujos de los pijos… —sonrió.

—No más noches en la lata de sardinas, por favor —dije pegando mi frente a la suya.

—Con lo románticas que son las sardinas en lata, siempre tan juntitas…

—Pues jugamos a ser sardinas en lata en una habitación de hotel y te pegas a mí todo lo que quieras, pero no me hagas pasar otra noche aquí dentro.

—Vamos a darnos una ducha y lo discutimos durante el desayuno —sugirió con una sonrisa.

—¿Dónde quieres ducharte?

—En las duchas de la playa —contestó como si fuera la respuesta más obvia del mundo.

—Vaya tela, Piero. —Me pasé una mano por la cara—. Tienes suerte de que te quiera tanto… Esto no lo hago por nadie más ni de coña.

Sonrió, salió de la furgo tal como iba, en ropa interior, y cogió una toalla.

Por supuesto, me puse el bañador antes de salir de la furgo e ir a las duchas. Por supuesto también, él no.

Nos sentamos a desayunar en la terraza de un chiringuito junto a la playa. El agua helada de la ducha se había llevado el calor asfixiante de la noche anterior. Piero iba con un pantalón corto y sin camiseta, y el pelo mojado goteaba sobre sus hombros. Me reí interiormente al recordar la idea absurda que había tenido hacía un momento pensando que quería romper con él. Era el chico perfecto, aún me preguntaba muchas veces qué veía él en mí.

—A ver, Loui, negociemos —dijo con su sonrisa deslumbrante—. ¿Qué propones?

—No volver a dormir en la furgo. Pasar el resto de noches en hoteles. Pago yo, eso no es problema.

—Ya sabes que no me gusta la idea de que lo pagues todo tú.

—Pues te aseguro que a mí me gusta menos la idea de volver a pasar otra noche como la de hoy… Explícame qué problema tienes con dejar que pague yo, por favor. El dinero para mí no es un problema, y quiero hacerlo.

—No es tu dinero —dijo serio—, es de tus padres. No quiero que piensen que soy un tirado o un gorrón o que me aprovecho de ti.

—No van a pensar eso —me reí—, y tampoco se van a enterar.

—Pues si es su dinero se enterarán, lógicamente, cuando vean el gasto que estás haciendo.

—No funciona así. —Negué con la cabeza—. Dentro de que el dinero es de mis padres, tengo independencia económica.

—¿Qué quieres decir? —preguntó arrugando las cejas.

—A ver —suspiré—, nunca le he contado a nadie mi situación, sabes que soy muy reservado para mis cosas, pero te lo voy a contar. Somos una pareja, quiero compartirlo contigo.

—Ay, qué intriga —sonrió y se acercó a mí por encima de la mesa—. Cuéntame.

—Vale —me reí—. El regalo de mis padres por mi dieciocho cumpleaños fue un montón de dinero…

—¿Cuánto?

—Si te digo la verdad, ni lo sé. Lo pusieron en un plazo fijo que me da unos… mil quinientos euros al mes de intereses —mentí un poco—. Es con eso con lo que vivo, como un sueldo para mis gastos. Y eso me permite poner toda mi energía en la fotografía artística, que es lo que me gusta.

—Pues me parece un plan muy acertado por parte de tus padres… Y es un sueldazo, supongo que llegas bien a fin de mes —se rio.

—Sí, claro, aún vivo en casa de mis padres, en un mes normal no me gasto ni quinientos euros. En la cuenta corriente tengo unos treinta mil euros ahorrados, no soy de gastar a lo loco… No me compro casi ropa y, cuando salgo por ahí, mi gasto tiene que estar al nivel del de mis amigos… En lo que más invierto es en equipo fotográfico, pero, aun así, tengo dinero más que de sobra. Déjame, por favor, compartirlo contigo. Vamos a disfrutarlo, ya que lo tenemos.

—Tiene que ser un pastón para que te dé mil quinientos euros al mes de intereses.

—Seguro que sí —me reí.

Omití decirle que en realidad eran tres mil al mes, pero que la mitad de ese dinero se transfería directamente a una cuenta de ahorro en la que ya tenía más de cien mil euros. Empezaba a tener alguna idea en la que gastar ese dinero que no me apetecía compartir con él, con que supiera el dinero del que podíamos disponer tranquilamente era suficiente.

—Bueno, ¿qué dices? ¿Podemos dejar de portarnos como vagabundos? ¿Me dejas que te invite a todas las noches de hotel hasta que volvamos?

—Mmm… No sé, déjame que piense… ¿Pretendes que sea un amante muy entregado para compensarte? —preguntó con una sonrisa.

—Ya lo eres —me reí—. Lo que espero es que eso no cambie.

—Vale —asintió—. Si te hace feliz, dormiremos en hoteles todas las noches que quieras.

—Quiero todas, te lo digo ya. Ni una noche más en la furgo.

—Pobre Sofía —sonrió y negó con la cabeza.

—Es que encima tiene nombre de mujer… ¿Qué hacemos tú y yo durmiendo con ella? Eso le baja la libido a cualquiera —me reí.

—Ahí tengo que darte la razón… Y menos mal que no tiene tetas, que, si no, ni la conduzco —añadió haciendo el gesto del escalofrío que usaba cada vez que hablaba de tetas. Solté una carcajada.

No dijimos nada más sobre el tema y seguimos desayunando mientras planeábamos la ruta del día. De ahí fuimos a visitar el Vesubio. Aparcamos la furgo en la zona habilitada para ello y subimos a pie hasta la cima. Tuvo mucha paciencia y no protestó por que tardáramos tres veces más que el resto de la gente debido a mis continuas paradas para hacer fotos. Hice algunas espectaculares que me vendrían muy bien para mi exposición, pero concluí que omitiría todas las del viaje cuando se las enseñara a mis amigos, no quería que hicieran preguntas. Ya se las enseñaría cuando tuvieran toda la información. Sentía cierto temor a que se mosquearan conmigo, sobre todo Marc, pero confiaba en que, cuando se enteraran de toda la verdad, comprendieran mis motivos.

VEINTISÉIS

LAS RUINAS DE POMPEYA

Después fuimos a Pompeya. La sensación que me asaltó allí es difícil de describir, no se parecía a nada que yo hubiera visto antes. Piero esperó paciente y sonriente mientras hice todas las fotos que consideré necesarias.

—No puedes llevarte nada de las ruinas —me dijo muy serio en un momento en el que yo no estaba fotografiando nada.

—No pensaba llevarme nada —me reí—. ¿Por qué dices eso?

—Porque es común entre los turistas llevarse alguna piedra de recuerdo —contestó—. Pero a todo el que lo hace, le persigue la mala suerte. Hay mucha gente que ha vuelto para devolverlas, y otros que las han mandado por correo desde distintas partes del mundo para librarse de ellas.

—Qué loco estás —me reí.

—No es broma —dijo muy serio—. Te juro que es verdad.

—No me puedo creer que te tragues esas supersticiones —sonreí negando con la cabeza.

—No son supersticiones, es la realidad. Tú, por si acaso, confía en mí y no te lleves nada.

—No pensaba llevarme nada —insistí.

—Mejor.

—Oye, ¿por qué están las ruinas llenas de grabados de penes? —susurré.

—¿Penes? No son penes —sonrió.

—¿No? —Me sentí un poco avergonzado en ese momento—. ¿Qué son, entonces?

—Pollas, Loui, son pollas.

—Vale —me reí—, es lo mismo.

—No lo es —sonrió—. Si hablas en términos médicos o en una conversación formal, «pene» está bien, pero si hablas de arte urbano, aunque sea del siglo uno, y con tu novio, son «pollas».

—Siguen siendo penes —insistí intentando no reírme.

—No, Loui, son «pollas», repite conmigo: «Pompeya está llena de pollas».

—Pompeya está llena de penes —me reí.

—¿No puedes decirlo? —preguntó casi riéndose—. Creo que no te lo he oído decir nunca… Dilo para mí. Di «po-llas» —insistió vocalizando mucho y muy despacio.

—Pe-nes —insistí muerto de risa, siguiendo con la broma.

—No te creo —se rio—. ¿En serio no eres capaz? Tienes una, yo tengo otra, son pollas, puedes decirlo, anda, Luigi, di «pollas».

—Venga, vamos a seguir. Vamos a aquella zona de allí.

—No. —Se cruzó de brazos con una sonrisa y abrió un poco las piernas—. No nos movemos de aquí hasta que lo digas.

—Va, no me vaciles —dije intentando tirar de él, pero no se movió ni un centímetro—. ¿Vas

en serio?

—Muy en serio —asintió.

—Está bien. —Miré a ambos lados, había bastante gente y, aunque era poco probable que me entendieran en español, me acerqué bastante a él para susurrarle al oído—. Pollas, pollas, Pompeya está llena de pollas. —Noté cómo me subía la sangre a la cara, nunca he sido de decir guarradas, y esperaba que él no se diera cuenta.

—*Cazzo*, Loui, me acabas de poner muy cachondo… ¿Se dice así?

—Sí, se dice así. Qué facilón eres —me reí y volví a acercarme a su oído—. Solo he dicho «pollas» porque tú me has obligado.

—Argh, vamos a la furgo, o a buscar un hotel. —Cogió mi mano y tiró de mí. Fui yo entonces el que no se movió.

—Vamos a terminar de ver Pompeya —sonreí negando con la cabeza—. La próxima vez, te lo piensas mejor antes de desafiarme. Ha sido culpa tuya.

—*Cazzo*, Luigi, eres cruel —replicó con los ojos achinados.

—Venganza —me reí en su oído y tiré de él hacia la zona que nos faltaba por visitar mientras él me seguía a regañadientes.

Me entretuve más de la cuenta en esa parte de la visita. Estaba disfrutando de mi sensación de triunfo y de ver cómo él se iba poniendo cada vez más nervioso e impaciente.

—Luigi, has hecho mil fotos ya, estás tardando demasiado. Lo estás haciendo adrede. No puedes tener tanto interés en eso, no me lo creo.

Fingí que seguía haciendo fotos para taparme la cara con la cámara y que no me viera reírme en silencio. Yo estaba agachado, enfocando un trozo de muro medio derruido, que tenía poco o nulo interés, mientras él me observaba de pie.

—Shhh, calla, esto tiene unos claroscuros muy interesantes —dije intentando que no notara la risa en mi voz.

—Es otra piedra igual que las de antes —renegó.

Agaché la cabeza y me reí disimuladamente.

—Te estás riendo —insistió—. No tiene gracia, vámonos, ya has visto todo lo que había que ver —añadió con una especie de gruñido. Parecía un niño enfurruñado, estaba muy gracioso.

Me puse de pie despacio y volví a acercarme a su oído.

—Aún me quedan unas cuantas «pollas» que fotografiar —le susurré.

Resopló por la nariz, se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros e hizo un movimiento disimulado que no engañaba a nadie. Seguí el movimiento de sus manos y me reí.

—Estás disfrutando con esto —gruñó.

—Parece que tú más que yo —sonreí señalando con la cabeza hacia donde había llevado él las manos.

Resopló como respuesta. Estaba empezando a enfadarse y a mí no podía resultarme más graciosa la situación. Seguí haciendo fotos absurdas un buen rato mientras él continuaba murmurando entre dientes.

—El que disfruta del sufrimiento ajeno es un sádico, que lo sepas —dijo enfadado al cabo de un rato.

Yo estaba agachado, fingiendo buscar un ángulo original, y levanté la cabeza para mirar sus pantalones, y, a continuación, le miré a la cara.

—Yo no te veo sufrir —dije aguantando la risa—. Te veo más bien «entusiasmado» —añadí con un movimiento de cejas.

Me fulminó con la mirada mientras intentaba bajarse la camiseta más allá de las posibilidades

de la tela. Yo ahogué una carcajada mientras me ponía de pie.

—Venga, vámonos —susurré antes de darle un beso en el cuello.

Respiró hondo y tiró de mí hacia el aparcamiento donde habíamos dejado la furgo.

—Vamos a buscar un hotel, el primero que encontremos, aunque sea carísimo, y pagas tú —gruñó—. Creo que hay uno antes de llegar a la zona habitada de la ciudad.

—No. —Negué con la cabeza mientras consentía que tirara de mí—. Vamos a Roma, ya buscamos allí el hotel. Ese era el plan.

Se detuvo de golpe y volvió a fulminarme con la mirada.

—Roma está a más de tres horas —murmuró entre dientes.

—Pues será mejor que nos pongamos en marcha cuanto antes —sonreí.

—Vamos por el *peddagio*, que se gana casi una hora… Y pagas tú —resopló y volvió a tirar de mí hacia la furgo.

—¿Qué es? ¿Peaje? ¿No dijiste que preferías ir por la costa, aunque se tardara más, y disfrutar del paisaje y de mi compañía? —intenté aguantar la risa todo lo posible.

—Tu compañía se está volviendo incómoda —gruñó y yo me reí en silencio.

Llegamos a la furgo y abrió la puerta del conductor de un modo muy brusco. Tiré de él antes de que subiera y lo acorralé contra un lateral del vehículo. Lo besé, suavemente al principio, pero cada vez con más intensidad. Deslicé las manos por su espalda hasta meterlas en los bolsillos traseros de sus pantalones y atraerlo hacia mí.

—Vamos a ese hotel de ahí —gimió señalando un enorme cartel que anunciaba un hotel muy cercano.

—A Roma —contesté negando con la cabeza.

—Espero que estés disfrutando esto lo suficiente como para que te compense arder en el infierno durante toda la eternidad. —Subió a la furgo y cerró de un portazo.

Me reí, rodeé la furgoneta con mucha calma, y subí al asiento del copiloto.

Durante el camino hacia Roma se le notaba molesto, conducía de un modo más brusco de lo que era normal en él. Yo aguantaba la risa, estaba divertido y excitado a partes iguales, pero no quería que él lo notara. Siempre he sido muy capaz de dominar mis impulsos. Él no.

Intenté darle conversación sobre temas absurdos con toda la intención de picarle más. Fue muy fácil conseguirlo. Me contestaba con gruñidos y monosílabos y yo intentaba aguantar la risa con más o menos éxito.

Poco antes de las seis de la tarde, llegamos por fin a las afueras de Roma y paró en el primer hotel que encontramos.

—Ya. Hotel en Roma —se giró hacia mí con una sonrisa.

—Al centro —sonreí negando con la cabeza—. Que si no mañana habrá que buscar otro.

Resopló con violencia y volvió a poner la furgo en marcha.

—Al centro —gruñó—. Vas a pagar por esto. Te voy a estrangular mientras duermes.

—Sabes que no —sonreí—. Si me estrangulas después de «follar» —dije remarcando esa palabra que es posible que estuviera pronunciando por primera vez en mi vida—, no podremos volver a «follar» esta noche, o mañana por la mañana.

—Luigi, estás jugando con fuego… —dijo negando con la cabeza e intentando disimular una sonrisa.

—Igual estoy empezando a entrar en calor… Puede que hasta me apetezca «quemarme»…

Volvió a resoplar y me miró de reojo.

—Qué caro te va a salir esto.

—Si hablas de dinero, sabes que no me preocupa lo caro que salga, y, si hablas de otra cosa,

tampoco me importa, tengo intención de darlo todo.

Pegó un volantazo involuntario y casi arrollamos un taxi que circulaba por el carril contiguo.

—Cuidado —me reí—. No nos mates antes del polvo del siglo.

—Luigi, Luigi… Espero que tus amigos sean malas personas… Si no, vas a estar muy solo en el infierno…

Me reí y ya no le contesté, igual me estaba pasando un poco.

Estábamos llegando al final de una larga avenida cuando me fijé en lo que se veía al fondo, en la plaza en la que desembocaba.

—¿Eso es el *Coliseo*? —pregunté.

—Sí —sonrió—. Hay un hotel de cinco estrellas con vistas al *Coliseo*. Prepara la tarjeta, que va a echar humo.

—¿Más que nosotros? —pregunté aguantando la risa. No quería seguir picándole, pero me las estaba poniendo en bandeja.

Entró con una maniobra brusca en el aparcamiento del hotel y bajó de la furgo de un salto. Cargó con las maletas de los dos y se dirigió a toda prisa hacia la recepción. Yo le seguí a velocidad normal cargando solo con mis cámaras. Cuando llegué al mostrador, él estaba hablando en italiano con la recepcionista y sacando su carné.

—Loui, tu carné para el registro y tu tarjeta para que pagues. He pedido la *suite* más cara disponible —dijo con una enorme sonrisa que pretendía ser desafiante.

—Has hecho bien —sonreí despreocupado mientras sacaba de mi cartera lo que me había pedido y se lo entregaba a la chica—. Es importante que sea la mejor habitación, ya que no vamos a salir de ella hasta mañana como pronto… Y a lo mejor mañana tampoco salimos en todo el día…

—A lo mejor salgo yo solo y paso de ti —me dijo achinando los ojos.

—No te lo crees ni tú —me reí mientras firmaba los papeles que me daba la chica y guardaba la documentación.

—No me gusta nada este rollo tuyo prepotente —gruñó.

—¿No? Yo creo que te gusta mucho —le susurré al oído—, pero mucho MUCHO.

Sonrió y le quitó a la chica la llave que nos tendía.

—Luigi… —murmuró entre dientes.

—Venga, vamos, que la tarde promete —volví a hablarle al oído mientras le empujaba hacia el ascensor.

Dijo algo en italiano que no entendí y, a nuestra espalda, la chica de recepción aguantó la risa.

—¿Qué has dicho? —le pregunté, pero no contestó—. ¿Qué pasa, Piero? ¿Ya estás en ese punto en el que no puedes pensar en español? —sonreí y él me atravesó con la mirada.

—*Porca miseria!* —gruñó agitando la cabeza mientras pulsaba el botón de nuestra planta y las puertas se cerraban.

VEINTISIETE

LA MEJOR FOTO DEL VIAJE

27. LA MEJOR FOTO DEL VIAJE

—Habrá que ir pensando en salir de la habitación —le dije a Piero unas veintiséis horas después de haber llegado a Roma.

Llevábamos desde la tarde anterior disfrutando de la enorme *suite* que él había elegido. Tenía una terraza privada con vistas al *Coliseo* y todas las comodidades imaginables en un hotel de ese nivel. No todo había sido sexo desenfrenado (aunque había sido nuestra principal actividad), también habíamos dormido mucho para compensar la horrible noche anterior.

Yo estaba mirando por la ventana mientras me bebía una de las últimas cervezas que habíamos pedido al servicio de habitaciones. Oí un gruñido y me giré hacia él, que estaba en la cama, enredado entre las sábanas.

—¿Tan pronto? —preguntó con una sonrisa.

—Hemos perdido uno de los tres días que teníamos planeados para Roma. Vamos a tener que descartar cosas que ver o acelerar todas las visitas.

—No, no, nada de acelerar —renegó como un niño pequeño mientras se retorcía sobre el colchón.

—Va, vístete y salimos a dar una vuelta y a cenar por ahí.

—Vale, pero con una condición. —Se incorporó en la cama.

—¿Qué condición? —pregunté levantando una ceja.

—Que no cojas ninguna cámara.

—¿Me estás pidiendo que no haga fotos de Roma? ¿En serio?

—No, te estoy pidiendo que no hagas fotos de Roma HOY. Mañana vamos en modo turistas y haces todas las que quieras, pero hoy quiero una noche romántica —sonrió.

—Vale —me reí—, pero mañana sí, que también quiero fotos de Roma de noche.

Puso los ojos en blanco y se dejó caer hacia atrás de nuevo. Sonreí y fui hasta la cama para arrastrarlo y sacarlo de ahí. Él tiró de mí para que me tumbara con él y mentiría si dijera que me resistí mucho.

Ese viaje estaba siendo revelador. Pasar tanto tiempo con Piero a solas me estaba ayudando a conocerlo mucho más. Siempre fui consciente del poder que ejercía sobre mí, y pensaba que nuestra relación estaba descompensada. Desde el episodio de Pompeya, me había dado cuenta de que yo ejercía también un efecto muy fuerte en él, y eso hacía nuestra relación mucho más equilibrada de lo que a mí me había parecido en un principio. Me encantaba esa sensación y la seguridad en mí mismo que me daba.

Dos horas después, salimos de la habitación y tuvimos la noche romántica que Piero había pedido. Cenamos en un restaurante precioso y paseamos por el centro de Roma de noche. Eché de menos mis cámaras, la verdad, pero intenté no pensar en todo lo que me hubiera gustado fotografiar. Decidí inmortalizar mentalmente esa noche también, no todo tenía que ser preservado en imágenes, algunas cosas se pueden almacenar simplemente como recuerdos.

Los siguientes dos días en Roma los pasamos como auténticos turistas acelerados, pero, aun

así, los disfrutamos un montón.

La factura del hotel fue algo totalmente desorbitado.

—*Cazzo*, Loui, lo siento, no lo pensé mucho… —dijo mirando por encima de mi hombro mientras yo firmaba el recibo.

—No pasa nada —me reí—. Ya me imaginaba algo así.

—Podemos dormir en la furgo las noches que haga falta, para compensar.

—Ni de coña —dije fulminándolo con la mirada.

—Vale —se rio—, pues buscaremos hostales…

—Tampoco. Buscaremos hoteles que nos gusten, sin necesidad de que sean de cinco estrellas, no necesitamos tanto.

—Bueno, lo iremos viendo…

Salimos de Roma muy temprano, pero no llegamos a Florencia hasta la noche. Paramos en un montón de pueblos de la Toscana, y cada uno de ellos era más bonito que el anterior. El paisaje que se veía desde las carreteras secundarias que tomábamos era impresionante, parecía sacado de una película. Durante un tramo del trayecto en el que iba conduciendo yo, Piero canturreaba sonriente la música que oíamos en la radio. Empezó a sonar una canción[1] y se emocionó muchísimo.

—*Oh, il mio Eros!* —Subió el volumen a un nivel casi desagradable.

Abrió la ventana que tenía la furgo en el techo y se puso de pie, sacando medio cuerpo por encima del vehículo mientras cantaba a pleno pulmón.

—*Un nuovo amore da scoprire / In fondo a questa solitudine / Con le parole che sai dire tu / Alla mia età dell'inquietudine / Immaginare un nuovo amore / Che abbia gli occhi della fantasia / Per dargli tutto il suo valore / Nei miei momenti di malinconia / Per dargli sempre più / Un po' di più, un po' di più / E ancor di più lasciarlo andare / Fino che impara a volare…*

—Venga, baja, que es peligroso —grité riéndome y le di un golpe en la pierna.

Me ignoró y siguió cantando un rato más.

Finalmente volvió a sentarse en su asiento poco antes de que terminara la canción y bajó bastante el volumen.

—Mi Eros, tú y La Toscana… *Felicità!* —sonreí.

—¿Ese es el orden de importancia? —me reí.

—Mi Eros nunca ha sido cruel conmigo. —Achinó los ojos.

—¿Y yo sí? —pregunté levantando las cejas.

—*Pompei* —gruñó.

—Tampoco te ha compensado como lo hice yo en Roma, ¿no?

—*Certo* —sonrió.

Apagó la radio y empezó a cantar[2] de nuevo a pleno pulmón, esta vez sin música de fondo.

—*Felicità / È tenersi per mano andare lontano, la felicità / È il tuo sguardo innocente in mezzo alla gente, la felicità / È restare vicini come bambini, la felicità / Felicità…*

Yo me reía y lo miraba cantar emocionado. No me apetecía que ese viaje terminara nunca. Por suerte, no había hecho más que comenzar.

Encontramos un hotel de tres estrellas en el centro de Florencia muy bien situado y con una pinta estupenda. Por suerte, les quedaba una habitación. Esa noche la dedicamos a descansar y a revisar los planes del día siguiente.

A primera hora de la mañana, fuimos a la *Galleria della Academia*, visita obligada en Florencia para todo buen turista. Me quedé impresionado por las esculturas de mármol. Nunca he entendido cómo alguien es capaz de hacer eso con una piedra. Hice todas las fotos que quise y Piero no protestó.

—Quiero hacerte una foto con el *David* —le dije—. A ver cómo lo hacemos para que pueda sacaros a los dos y que no se vea toda la gente que hay por aquí.

—Luego, en la calle —contestó—. Hay una réplica en la *piazza della signoria*. Me la haces allí.

—Habrá más gente.

—Pero será más fácil —sonrió.

Terminamos la visita y fuimos a la plaza que había dicho. Tenía razón, había réplicas de varias de las esculturas que habíamos visto, incluido el *David*, pero, tal como yo había vaticinado, había mucha más gente.

Se quitó la camiseta y la dejó sobre mi hombro. Yo le miré confundido.

—Prepara la cámara, Loui, vas a tener que ser muy rápido —me dijo.

—¿A qué te refieres? —pregunté demasiado tarde. Él había llegado hasta la escultura, saltando unos maceteros que había en su camino y, de un bote, se encaramó al pedestal como si fuera un mono.

—¡Rápido, Luigi! —gritó mientras se colocaba en posición, con los pies a ambos lados de uno de los de la estatua.

Temí por un momento que se cayera desde esa altura, pero no lo hizo. Imitó la pose de la escultura, aunque llegaba hasta poco más de la rodilla de ella, y yo disparé una ráfaga de fotos. La verdad es que había sido una gran idea, la composición era divertidísima.

—¡Corre, Loui! —gritó bajando de un salto desde esa altura más que considerable. Sentí pánico de que se rompiera un tobillo o algo, pero lo cierto es que parecía saber caer.

Me giré al oír un grito en italiano y vi a un policía (o guardia de seguridad, no sabría decirlo con certeza, no me dio tiempo a verlo bien) que corría hacia nosotros.

Piero me alcanzó en pocas zancadas y, sin dejar de correr, me cogió la mano y me obligó a hacer lo mismo.

—*Presto, Luigi, presto!* —gritó mientras corríamos a toda velocidad y salíamos de la plaza por la primera calle que encontramos.

Nos detuvimos unos diez minutos después, cuando estábamos seguros de que el policía ya nos había perdido la pista.

—Qué loco estás —me reí mientras le pasaba su camiseta e intentaba recuperar el aliento—. Me obligas a delinquir.

—Pero ¿qué tal la foto? —preguntó con una enorme sonrisa.

—Es sin duda mi preferida hasta el momento.

—Seguirá siéndolo —se rio—. Estoy ya mayor para estas cosas.

—Estás más en forma que yo —me reí con él.

—Tú eres un *giovanotto* —sonrió.

—Tres años a esta edad ya no se notan —me reí.

—Ay, Luigi, dímelo cuando llegues a mis años —dijo apoyándose en mí como si fuera un anciano al que le costara caminar.

Salimos de Florencia a primera hora del día siguiente y fuimos directos a Venecia. Localizamos enseguida un hotel, dejamos allí nuestras cosas y nos fuimos a dar un paseo, con toda la intención de perdernos por la ciudad. Descubrí, para mi sorpresa, que en Venecia es imposible perderse. Cogiéramos el camino que cogiéramos, por muy estrecho y perdido que pareciera, acabábamos siempre en el puente del Rialto. Cada vez que nos pasaba, nos daba un ataque de risa, pero disfrutamos un montón del paseo y de la belleza de la ciudad. Fuimos a la plaza de San Marcos, montamos en góndola, comimos en un restaurante sobre el Gran Canal… Nos comportamos como auténticos turistas y me dejó hacer todas las fotos que quise sin rechistar.

Al día siguiente, habíamos quedado con mis padres para comer en su hotel de Milán. Esa era la única habitación que teníamos reservada con antelación en todo el viaje. Nos la habían reservado ellos, a su cargo, por supuesto.

Salimos de Venecia muy temprano y llegamos a Milán a media mañana. Nos dio tiempo a pasar por la habitación, darnos una ducha y arreglarnos un poco. Piero estaba muy nervioso, quería ponerse el traje que había traído para el bautizo.

—Ni de coña —me reí—. No quiero que lleves traje cuando conozcas a mis padres, no serías tú.

—Quiero causar buena impresión, tus padres son gente importante, seguro que son elegantes.

—¿Por qué son gente importante? ¿Porque tienen mucho dinero? —me reí y negué con la cabeza—. Son dos cosas diferentes. Son gente muy normal, aunque ambiciosos en exceso —añadí con una sonrisa.

—No quiero que te digan que no les gusta tu novio piojoso —protestó inquieto.

—Si me dicen eso, les diré que me encanta despiojarte —me reí mientas fingía que le quitaba un bicho de entre sus rizos.

—No es momento de bromas, Loui —dijo muy serio.

—Es que me das mucha risa tan nervioso —sonreí.

—Pues no tiene gracia.

—Venga, no estés nervioso. Sé tú mismo, les vas a encantar.

Resopló sin decir nada más.

Lo convencí para que se pusiera simplemente unos vaqueros y una camiseta, lo mismo que llevaba yo, pero él no parecía nada cómodo con esa idea. Me reí y tiré de él hacia fuera de la habitación.

VEINTIOCHO

MIS PADRES

Llegamos al restaurante del hotel unos diez minutos después de la hora a la que habíamos quedado con mis padres.

—Llegamos tarde —se quejó Piero.

—No pasa nada…

Nos detuvimos escrutando el salón y los localicé en un reservado al fondo del local.

—Son aquellos de allí —susurré.

Se giró a mirarme con los ojos muy abiertos.

—Tu padre lleva traje y corbata —dijo entre dientes.

—Mi padre siempre lleva traje y corbata. Tiene hasta uno especial para dormir —me reí.

—¿Y no me lo habías dicho? —resopló.

—Es broma, Piero. —Le di la mano—. Si lo hubieras conocido en casa, es probable que fuera en chándal, aunque sería muy difícil coincidir con él allí. Va en traje porque vendrá de alguna reunión, no por ti. No te preocupes, de verdad.

Le apreté la mano con fuerza al tiempo que mi madre levantaba la vista y reparaba en nosotros. Nos hizo un gesto con la mano y nos acercamos a ellos.

—Luis, cariño, estás estupendo —dijo mamá dándome un enorme abrazo. Hacía unos tres meses que no nos veíamos.

—Soy Eduardo Grau, encantado de conocerte —oí decir a papá a mi espalda con su tono de voz más profundo.

—Piero Mancini, un placer —noté el temblor de mi chico en su voz y me giré justo cuando estaban soltando el apretón de manos.

Pasé una mano por su espalda para que se relajara un poco y le presenté a mi madre.

—Piero, ella es mi madre. Mamá, él es Piero.

—Llámame Mónica —dijo ella dándole un abrazo un poco menos efusivo que el que me había dado a mí—. Tenía muchas ganas de conocer al chico que tiene tan contento a mi Luis.

—Hago lo que puedo —dijo Piero con una sonrisa y se puso un poco rojo.

Me senté en la silla que había libre junto a mi padre y Piero hizo lo mismo en la otra. Papá hizo un gesto al camarero de que podían empezar a traer la comida. Mamá nos sirvió vino.

—Hemos pedido el menú degustación, ¿os parece bien? —preguntó ella con una sonrisa.

—Claro —contesté.

—Cuéntanos, Piero, ¿qué intenciones tienes con mi chico? —preguntó papá muy serio entrelazando los dedos sobre la mesa. A Piero empezó a temblarle una pierna.

—Papá, no lo intimides —me reí dándole una palmada en el brazo.

—Si no puedo intimidar a su novio… ¿De qué me sirve tener un hijo? —me sonrió.

—Para que alguien te lleve hasta el asilo cuando seas viejo y no tengas que ir en taxi —le sonreí también.

—¿Has visto, Piero? ¿Ves las cosas que le dice a su anciano padre? ¿Te parece normal tener un hijo así?

Piero titubeó sin saber qué decir y le dio un trago a su copa. Le cogí la otra mano y le di un apretón.

—Papá, no lo pongas nervioso…

—¡Mónica, suelta el teléfono! —gritó papá—, que estamos en familia.

—Sí, sí, perdón. —Mamá dejó el móvil bocabajo junto a su plato—. Era una cosa importante, ya está.

Vibró entonces mi propio teléfono con el aviso de un nuevo mensaje y lo miré disimuladamente.

MAMÁ

Es monísíííísimo… ¡y muy sexi!

Fingí un ataque de tos para disimular una carcajada y los tres se giraron a mirarme mientras un camarero comenzaba a dejar los entrantes en el centro de la mesa.

—Ya, perdón —dije cuando pude volver a hablar.

—Piero, dice Luis que eres médico —siguió papá.

—¿Cómo que «dice Luis que eres médico»? ¿Dudas de mi palabra? —me reí.

—Mi hijo es famoso mundialmente por sus mentiras —le dijo a Piero.

—Venga, papá, para ya…

—Bueno, ahora en serio… ¿En qué hospital trabajas?

—No trabajo en ningún hospital —contestó nervioso—. Hice las prácticas en un hospital de Palermo, pero ahora trabajo por mi cuenta, de momento, hasta que sepamos lo que vamos a hacer… Queremos irnos de Sicilia, pero aún está todo en el aire.

—Tienes una consulta privada, entonces…

—No exactamente. —A Piero empezaba a fallarle la voz.

—Atiende partos a domicilio —expliqué yo.

—Y ¿cómo piensas mantener al inútil de mi hijo sin un trabajo estable? —preguntó papá muy serio arrugando las cejas.

—Vale, papá, basta —me reí empujándole tan fuerte que casi se cae de la silla—. No tiene que mantenerme, para eso estás tú.

—Hijo ingrato… Un día de estos te cierro el grifo.

—Si me cierras el grifo, te ahogarás en tu propio dinero —me reí. Papá soltó una carcajada.

Lo cierto es que me llevaba con mis padres mucho mejor que cualquiera de mis amigos con los suyos. Supongo que se debía a que no pasaba ni de lejos tanto tiempo con ellos. De niño me habría gustado tenerlos mucho más presentes en mi día a día, pero, ya de adulto, me gustaba mucho la relación que habíamos alcanzado.

—Ya nos contó Luis que tu familia vive aquí en Milán —terció mamá, supuse que para cambiar de tema—. Nos encantaría conocer a tus padres, ¿crees que les vendría bien comer o cenar un día todos juntos? Estaremos aquí hasta el lunes.

—No es buena idea —interrumpí rápidamente al ver lo tenso que se ponía Piero—. Ahora mismo no tiene relación con sus padres.

—¿Cómo es eso? —preguntó mi padre por primera vez fuera de bromas.

—Papá, no es asunto tuyo.

—No pasa nada —dijo Piero—, entiendo que quieran saber… Digamos que… no aprueban mi modo de vida.

—¿Tu modo de vida? —preguntó mi padre levantando una ceja—. ¿Qué modo de vida es ese? ¿Comes niños? ¿Asesinas cachorros? ¿Traficas con drogas? ¿Le pones piña a la *pizza*?

—Papá…

—Ya saben a qué me refiero —sonrió Piero negando con la cabeza.

—Por favor, no nos hables de usted —dijo mamá escandalizada. Piero asintió y respiró hondo.

—Vale, vale, a ver si adivino… ¿Es porque le haces gorrinadas a mi hijo? ¿Es eso lo que no aprueban?

La cara de Piero llegó al límite de rojo que creí que pudiera soportar, temí que fuera a explotar por la presión sanguínea. Le di una patada a mi padre por debajo de la mesa que ignoró por completo.

—¿Lo llevarían mejor si mi hijo tuviera tetas? Porque eso es algo fácil de arreglar a golpe de talonario… *Garçon!* ¡Póngame el mejor cirujano plástico de Milán! —gritó papá como si hablara con un camarero. Hasta Piero soltó una risita y se relajó un poco.

Al momento apareció un camarero de verdad a su lado.

—*Signore* —dijo inclinándose hacia él.

Piero le dijo algo en italiano y el camarero asintió y volvió a marcharse.

—Vale, papá, ya —le dije serio—. Córtate un poco.

—¿Qué? Solo le estoy tratando como a mi propio hijo.

—Lo sé —me reí—. Precisamente por eso, trátalo como al hijo de otro.

—Piero, solo te estoy dando la bienvenida a la familia… A la familia —repitió tirando la mandíbula hacia delante como Marlon Brando en *El Padrino* y haciendo el típico gesto italiano de juntar los dedos al hablar.

—Vaya tela, papá, ¿ves por qué nunca te presento a nadie?

—No me presentabas a nadie porque no te comías una rosca —se rio mi padre.

—Tuve un novio casi dos años —dije sacando la lengua con cara de asco.

—Ah, sí, el alfeñique aquel… Un mindundi —añadió dirigiéndose a Piero y negando con la cabeza.

—¿Mindundi? ¿Alfeñique? —preguntó Piero arrugando las cejas.

—Insultos del siglo pasado, ni caso —contesté—. Es que mi padre tiene como setenta años, está antiguo…

—¡Cincuenta y dos! —rugió papá.

—Ah, sí, es verdad —me reí—. Me habrá confundido lo viejo que pareces…

—Lo que tengo que aguantar… Piero, ¿lo ves normal?

—Vale, ya, Edu… No intimides al chico —dijo mamá poniendo una mano encima de la de Piero—. Cuéntame, Piero, ¿qué tal ha ido el viaje?

—Muy bien, lo hemos disfrutado mucho —sonrió Piero.

—Cuéntale lo de Pompeya —sonreí.

Piero se quedó blanco y me atravesó con la mirada.

—¿Habéis ido a Pompeya? Tiene que ser impresionante… ¿Qué es lo de Pompeya? ¿Qué

pasó?

—No pasó nada —aclaré—, pero Piero me contó que hay una leyenda según la cual, si te llevas una piedra de las ruinas, te cae una maldición o algo así…

Piero me miró de reojo y sonrió.

—No es una leyenda, es la verdad. Se han dado muchos casos de gente de todas partes del mundo.

—No cogeríais nada, ¿verdad?

—No, mamá, no cogimos nada… Pero porque no pensaba hacerlo, no porque crea en supersticiones.

—Messina sin su socio —interrumpió mamá poniendo una mano sobre la de mi padre. Él se giró de inmediato hacia donde miraba ella.

—Es nuestra mejor oportunidad —susurró él.

—No tenemos aquí a Elena —dijo mamá.

—Tenemos a Piero.

—Claro.

—Piero —dijo mi padre con su tono profesional poniéndose de pie—, ¿me harías el favor de hacerme de intérprete un rato?

—Por supuesto —contestó Piero levantándose también.

—Véngate de él y tradúcele mal —me reí.

—No —dijo papá con cara de susto—. Piero, me disculpo por todo lo anterior y lo que te pueda decir en el futuro, pero esto no es una broma.

—Por supuesto que no. —Piero me fulminó con la mirada.

Mi padre y él fueron hacia una mesa en el otro extremo del restaurante.

—Papá se ha pasado mucho —le dije a mi madre cuando nos quedamos solos.

—Ya lo conoces —sonrió haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia—. ¿Qué plan tenéis para esta tarde? Podríamos ir de compras. Me encantaría ver las tiendas de moda de Milán.

—No tenemos ningún plan, pero llévate a Piero, que él se conoce la ciudad y contigo estará cómodo… Yo me quedo con papá, que quiero hablar con él.

—¿Y conmigo no?

—Sí —me reí—, pero no me da tiempo a explicártelo ahora, ya te lo contará papá después. Contigo prefiero hablar de qué te parece Piero.

—Pues de momento me parece un encanto… Y guapísimo, qué barbaridad, parece un modelo de los de las revistas, de esos que siempre piensas que no existen en la vida real… Y, lo más importante, te veo más feliz que nunca. —Me cogió la mano por encima de la mesa.

—Lo estoy —sonreí.

—No será solo por eso, ¿no? No estarás solo impresionado por lo atractivo que es…

—Claro que no, mamá —me reí—. En cuanto lo conozcas, verás que lo mejor lo tiene dentro.

—Ay, cariño, cómo me alegro.

Los camareros vinieron a retirar los platos y nos trajeron la carta de postres. Aún estábamos decidiendo qué pedir cuando volvió Piero a la mesa.

—¿Y mi padre? —pregunté mirando a mi alrededor—. ¿Lo has matado? No podría culparte… —sonreí.

—Ha ido al aseo —se rio Piero negando con la cabeza.

—Aprovecho y salgo un momento a fumarme un cigarrito. —Mamá se levantó de la mesa—.

Pedidme algo con chocolate, y a tu padre algún postre de café o de limón.

Vino el camarero y Piero le pidió lo que había dicho mi madre.

—Era una conversación de negocios —dijo Piero cuando el camarero ya se había marchado.

—Lo suponía —me reí poniendo los ojos en blanco—. Sus vidas giran en torno a eso.

—Pero me ha presentado a esos hombres antes.

—Normal, es un mínimo de educación. Siempre tira de intérpretes, es absolutamente negado para los idiomas, pero los trata como a una parte importantísima de las reuniones, siempre presenta a los interlocutores. Igual te ha parecido un poco capullo, pero sabe comportarse, es muy profesional. Considera las bromas que te ha hecho una señal de buen rollo, en serio.

—No —dijo Piero negando con la cabeza—. Pero no me ha presentado como su intérprete, me ha presentado como su «yerno».

—¿En serio? —me reí—. Igual intentaba compensarte por haberse pasado contigo tanto… ¿Te ha molestado?

—No, claro que no… Me ha parecido muy bonito, así, sin conocerme…

Volvió el camarero con los postres y, casi a la vez, llegaron mis padres.

—Piero, ¿te apetecería acompañarme esta tarde de compras? Me encantaría que alguien que conozca la ciudad me lleve a los mejores sitios. ¿Qué dices? ¿Te llevas a la suegra de paseo?

—Claro, Mónica, me encantará —sonrió Piero—. ¿Tú no vienes? —me preguntó a mí.

—No, me quedo con mi padre, que no me ha metido suficiente caña todavía hoy —me reí dándole una palmada en el brazo a papá.

—Claro —contestó él—. Beberemos coñac, fumaremos puros… Estrecharemos el vínculo padre-hijo.

—Ya me estoy arrepintiendo —sonreí negando con la cabeza.

VEINTINUEVE

MI PRIMERA INVERSIÓN

Papá y yo subimos a su *suite* cuando Piero y mamá se marcharon de compras. Les encargué que me compraran un traje para el bautizo, así de paso me libraba también de tener que escaparme yo en otro momento.

Papá sacó unas cervezas del minibar y nos sentamos en unas enormes y mullidas butacas de cuero que había en el salón de su habitación.

—Bueno, hijo, cuéntame, ¿qué tal todo? ¿Qué tal con Piero? Parece buen chico, un poco tímido, pero bueno, tú también. Espero que no sea muy aburrido…

—Te aseguro que Piero es cualquier cosa menos tímido y aburrido —me reí—. Lo que pasa es que estaba intimidado. Se lo has hecho pasar fatal.

—Va, solo estaba rompiendo el hielo, para que se relajara… Tendrá que saber dónde se mete el chico…

—Sí, creo que le ha quedado claro —sonreí—. Aunque podías haber dejado algo para otro día, un poco de misterio, que pensara que tengo un padre normal no hubiera estado mal para un primer contacto.

—Pensando en engañar a tu novio, ya veo, ya… —se rio.

—Bueno, papá, lo importante. Hay algo que quiero comentarte.

—Cuéntame.

—Verás, Piero y Greta quieren vender la casa de Sicilia y mudarse, y yo estoy haciendo fuerza para que vengan a España, bueno, a Valencia…

—Pero entonces, ¿Piero y Greta viven juntos? —interrumpió mi padre—. Algo me dijo tu madre… ¿Cómo es eso? ¿Greta no vivía con el padre de la niña? ¿Qué ha sido de él?

—A ver, papá, ¿cómo te lo digo? No se lo cuentes a nadie, luego se lo diré a mamá también… Greta nos hizo creer a todos que Piero era el padre de la niña, pero, en realidad, el padre de la niña es Marc.

—¡Hostia! —gritó mi padre con una carcajada—. ¿Lo sabe Gerardo?

—No lo sabe ni Marc. —Negué con la cabeza.

—Ay, por favor, pero esto es buenísimo… Daría la mitad de mi dinero por estar presente cuando se entere «el abuelo Gerardo» —volvió a reírse.

—Venga, papá, no tiene gracia. Bueno, a lo que iba, el caso es que quiero comprarles a Greta y a Piero la casa de Sicilia, pero no quiero que sepan que la compro yo.

—Tu primera inversión inmobiliaria, me parece una buena iniciativa. No hemos invertido aún en vivienda fuera de España, habrá que hacer un estudio de mercado y un balance de riesgos, se lo diré al equipo y que se pongan a ello cuanto…

—No —le interrumpí—. No es una inversión, quiero comprarla para que Piero no pierda la

casa de su abuela, es muy importante para él. Ya les diré que la he comprado yo cuando llegue el momento, pero si lo saben de antemano, pensarán que les estoy regalando el dinero y no aceptarán.

—Pero es que les estás regalando el dinero si tu intención es conservar la casa y disfrutar de ella todos juntos —sonrió—. Llevas poco con ese chico, ¿qué pasa si la cosa no sale bien?

—Lo sé, papá. Si la cosa no sale bien, siempre estoy a tiempo de vender…

—Pero sin un buen estudio previo, puedes perder dinero con la operación.

—Créeme, papá, si la cosa no sale bien con Piero, lo que menos me va a importar es perder dinero.

—Nosotros no hacemos los negocios así. No hacemos ese tipo de inversiones.

—No es un negocio, papá. Quiero comprar la casa y punto. Tengo dinero ahorrado, quiero comprarla yo.

—Vale, es tu decisión —dijo papá levantando las manos—. Pero, ¿no sería mejor que te compraras una casa en España? Para vivir allí y esas cosas… Si te gastas tus ahorros en esa casa…

—Entonces sacaré dinero del plazo fijo cuando llegue el momento de comprar una en España.

—Ni pensarlo, el plazo fijo no se toca…

—Pues me la compraréis vosotros como regalo de emancipación —me reí.

—Menuda emancipación entonces —se rio él también.

—Llevo emancipado desde los catorce —solté sin pensar—, desde que dejé de tener niñera.

—¿Emancipado en casa de tus padres? —sonrió levantando una ceja.

—Bueno, en casa de mis padres, pero viviendo solo toda la vida…

—El sueño de todo niño y adolescente —sonrió él.

—Claro —murmuré pensando que yo debía de ser el raro que en realidad no había querido eso y le sonreí de manera forzada.

—Bueno, entonces, ¿qué quieres de mí? Si vas a comprar la casa con tus ahorros, ¿para qué me necesitas?

—Para que encontréis la manera de comprarla sin que ellos sepan que soy yo. A través de alguna de vuestras empresas o algo…

—No sé cómo está el tema en Italia. Déjame que me asesore y te diré cosas. Igual nos lleva un tiempo, espero que no la vendan antes…

—Creo que hasta septiembre no tienen pensado ponerla a la venta.

—Bien, pues pásame los datos de la vivienda en cuanto puedas y me pondré a ello.

—Perfecto, gracias, papá. Luego se lo cuentas tú a mamá.

—Claro, hijo, descuida… A ver, otra cuestión… Si Piero y Greta viven juntos, él está siendo como un padre para esa niña, ¿no?

—Sí.

—Y ¿cómo encajas tú en esa historia? ¿Cuál es tu papel?

—No lo sé todavía —suspiré—. No hemos hablado de eso.

—Pues deberías, y más si vas a hacer una inversión económica importante…

—Papá, deja de llamarlo inversión. Estoy siendo muy feliz en esa casa, quiero que sea nuestra casa de vacaciones, punto.

—Hijo, entiende que yo miro por ti, me da miedo que te estés implicando mucho y luego ellos te dejen al margen.

—Son mi novio y mi mejor amiga, papá.

—Las relaciones van y vienen, y los amigos, también. Se han perdido amistades de años por auténticas tonterías.

—Papá —dije poniendo una mano sobre la suya—, Greta tiene el carácter de su padre. ¿Te imaginas a Álvaro haciendo algo así?

—Claro que no —suspiró papá—. No había nadie más noble que él.

Había tocado fibra sensible, pero necesitaba convencerlo. Mi padre y el de Greta tenían un carácter muy parecido y habían llegado a ser muy buenos amigos cuando nosotros éramos pequeños, pese a que se llevaban unos ocho años de diferencia. Todos sentimos mucho la muerte de Álvaro, pero papá pasó una época realmente mala.

—Bueno. —Papá agitó la cabeza y volvió del ensimismamiento en el que se había quedado durante unos segundos—. ¿Y Piero? Lo conoces de solo unos meses, realmente sabes poco de él…

—Bueno, pero llevo viviendo con él todo este tiempo, lo conozco bastante…

—Aun así, ¿cómo puedes saber que no se ha acercado a ti por tu dinero? No quiero ser cruel, hijo, pero es algo muy habitual, hay mucha gente que funciona así, más de los que creerías, es uno de los inconvenientes de tener tanto dinero, se te acerca mucha gente por interés.

—Piero no es así —sonreí negando con la cabeza.

—Eso no puedes saberlo, hijo.

—Lo sé, papá, de verdad. No conozco a nadie a quien le importe menos el dinero. Le he visto trabajar dieciocho horas seguidas a cambio de mermelada…

—¡¿Qué?! ¿Quién hace eso?

—Piero —me reí—. De verdad, papá, lo que menos le interesa de mí es mi dinero.

—Bueno, tú sabrás… Venga, cuéntame más cosas de ese chico…

Estuvimos hablando un buen rato de Piero. Luego de mi próxima exposición y, a continuación, él empezó a contarme emocionado cosas de sus negocios que me aburrieron de un modo exagerado, pero le escuché pacientemente, él también necesitaba hablar de lo suyo.

Un par de horas después, volvieron mamá y Piero de sus compras cargados con una cantidad de bolsas incalculable a ojo. Los acompañaba un botones del hotel que llevaba muchas más que ellos dos. Las dejó donde mi madre le indicó y se marchó.

—Habéis tenido éxito, por lo que veo —dijo papá divertido.

—Totalmente —contestó mi madre.

—Qué locura —se rio Piero—, lo quería comprar todo…

—Exagerado. —Mamá le dio un pellizco en la cintura. Él se rio.

—¿Me habéis comprado un traje? —pregunté inclinándome un poco hacia delante y apoyando los codos sobre las rodillas.

—Claro —contestó mamá.

—Te ha comprado cuatro —se rio Piero poniendo los ojos en blanco.

—¡¿Cuatro?! —me reí yo también—. No necesito tantos.

—Bueno —dijo mamá con una risita—, eso ha sido un poco de trampa… Piero no ha consentido que le comprara nada, así que le he dicho que era todo para ti, pero la mitad de las cosas que hemos comprado son para él, ya os las repartís como más os guste…

—¡Mónica, ni pensarlo! —se quejó Piero.

—No vas a poder luchar contra eso —me reí—. Bienvenido a la familia.

—Le he hecho probarse a él toda la ropa, porque me ha dicho que gastáis la misma talla, así

que no hay problema. Le queda todo como un guante…

—Bueno, sí, gastamos la misma talla, pero a mí no me queda la ropa como a él ni de broma —sonreí.

—Mónica, ¿puedes decirle a tu hijo que tiene un cuerpo estupendo y que está impresionante con cualquier cosa que se ponga? Si se lo digo yo, no me cree…

—Me temo que con eso no tendría yo más éxito. —Mamá le guiñó un ojo.

—Qué pesados sois —me reí.

—Me ha llamado Paolo —dijo Piero dirigiéndose a mí—, por si nos apetecía ir a cenar a su casa esta noche.

—Claro —asentí.

—Bueno, pues ya nos vemos mañana, chicos, pasadlo muy bien —dijo mamá.

Piero y yo cargamos con todas las bolsas que había separado mi madre para nosotros y nos fuimos a nuestra habitación.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunté sentándome en una de las butacas.

—Genial, tu madre es estupenda.

—Enséñame lo que habéis traído.

—Pero yo no necesito nada de todo esto —se quejó Piero mientras empezaba a sacar cosas de las bolsas—. Quédatelo todo tú.

—Ni pensarlo —me reí—. De todas formas, no me dejarían subir tantas cosas al avión, se estrellaría por sobrepeso.

—Ay, no digas eso, no quiero pensar en que te vas a marchar… Todavía no.

—Falta más de un mes para eso —me reí.

—Muy poco tiempo —se quejó.

—Venga, enséñame qué habéis comprado.

Piero empezó a sacar cantidad de cosas de las bolsas. Pantalones vaqueros de todos los tonos posibles, de marcas carísimas, y cantidad de camisetas, camisas, jerséis y chaquetas.

—¿En serio te habías pensado que todo esto era para mí? Es demasiado hasta para los dos —me reí.

—Sí, está muy loca tu madre.

—Ya te lo dije, es su forma de dar cariño, así intenta compensar la ausencia. Ahora eres otro hijo para ella, apechuga —volví a reírme.

—La verdad es que, viendo los trajes que ha comprado, el mío parece de mercadillo —se rio también.

—Pues elige el que más te guste, y yo elijo entre los otros.

—Me sigue pareciendo mal.

—Ya están comprados, y yo no me voy a poner los cuatro. —Me encogí de hombros—. Tú mismo.

—Bueno, pues, si te parece bien, me quedo este, que creo que tú no te lo pondrías.

—Crees bien —asentí al ver que elegía uno de un gris muy claro con un leve tono rosa.

—Pues con la camisa negra queda espectacular.

—Eso quiero verlo. —Me recliné en la butaca.

Se lo puso rápidamente y tenía toda la razón del mundo. Parecía preparado para una sesión de fotos.

—Te tengo que hacer un día un reportaje fotográfico —sonreí.

—Me has hecho cientos.

—Pero improvisadas, te hablo de fotos de estudio. Cuando vengas a España, te haré un reportaje de verdad, en el estudio, como si fueras un modelo…

—No sé si podrás pagar mi caché. —Levantó una ceja.

—No tienes experiencia —sonreí negando con la cabeza—. Deberías pagarme tú a mí por la sesión…

—¿Serías capaz de cobrarle a este pobre chico inocente e inexperto? —preguntó inclinándose sobre mí y quedándose a un par de centímetros de mi boca.

—Piero Mancini, no tienes nada de inocente… y mucho menos de inexperto —me reí antes de salvar la distancia que nos separaba y asumir que íbamos a llegar tarde a casa de Paolo.

TREINTA

LA MAMMA

Paolo vivía en una casa con jardín a las afueras de Milán. Llegamos media hora más tarde de lo que habíamos quedado, pero nos recibió con una enorme sonrisa. Pese a tener la cara de cansado que suelen tener los padres recientes (y especialmente los primerizos), seguía tan impresionante como hacía tres semanas. Nos invitó a pasar y nos acompañó hasta el salón. No había ni rastro de Laura o el bebé, pero una morena espectacular (alta, delgada, guapísima y de proporciones perfectas) se levantó de una de las butacas en cuanto entramos. Parecía algo mayor que Paolo, pensé que quizá fuera una de las hermanas, les echaba un aire a los dos.

Piero se detuvo de golpe en cuanto la vio.

—Piero —dijo al acercarse a él con un leve temblor en la voz antes de abrazarlo.

Ella empezó a pasarle las manos por la cara y por el pelo mientras le daba besos en las mejillas y en la frente.

—*Mamma* —respondió Piero por fin.

En mi defensa diré que tenía mucha más pinta de hermana que de madre. Y mucho menos de madre de seis hijos ya adultos. No sabría decir si había hecho un pacto con el diablo o si tenía el mejor cirujano plástico del mundo, pero el caso es que no aparentaba más de cuarenta años ni de coña.

Intercambiaron algunas frases en italiano que no entendí, porque los dos hablaban en susurros y medio llorando.

Yo me quedé en un discreto segundo plano mientras ellos compartían su momento. Busqué con la mirada a Paolo y vi que se había quedado apoyado en la puerta de la sala.

—*Mamma* —dijo Piero cuando ya se habían calmado un poco—, él es Luis, es español.

—Encantado —dije yo tendiéndole la mano.

Ella giro un poco la cabeza hacia mí, sin llegar a mirarme de frente, e hizo un leve gesto con la cabeza. Ni una palabra, ni una sonrisa, ni un apretón de manos… Creo que nunca se me ha quedado más cara de tonto que la que debí de poner en ese momento. Piero cogió mi mano, que seguía suspendida en el aire y se la llevó a los labios. Luego bajó el brazo, pero ya no me soltó.

—*Mamma* —dijo Paolo desde la puerta en un tono como si estuviera riñendo a un niño.

Ella lo ignoró y siguió intercambiando frases en italiano con Piero, esta vez en un tono bastante más crispado que antes. Yo no sabía dónde meterme, ella evitaba mirarme y yo no podía sentirme más incómodo ahí plantado.

Finalmente, le dio un beso a Piero y me hizo otro leve gesto con la cabeza mirándome de reojo. Recogió su bolso de la butaca y fue hacia la puerta.

—*A domani, Laura!* —gritó girándose hacia la otra parte de la sala.

—*Ciao, Lucrezia!* —oímos el grito de Laura desde otra habitación.

Paolo la acompañó hablando con ella muy deprisa y en un tono bastante flojo de volumen, pero fuerte de intención.

Escuchamos la puerta de la calle cerrarse y al momento volvió Paolo sonriente.

—¿Qué tal, muchachos? ¿Cómo fue el viaje?

—¿Muchachos? —se rio Piero.

—¿No es *muchachos*? —preguntó Paolo arrugando las cejas.

—En este siglo, no —se rio Piero—, pero no intentes despistarme… ¿Por qué no me has dicho que estaba aquí *la mamma*?

—Ha sido casualidad —dijo Paolo con expresión inocente—. Vino a ver al *bambino*. Viene todos los días.

—Paolo… No se ha sorprendido ni un poco al verme, me estaba esperando, no estaba con el bebé.

—*Benne*, le dije que venías y quiso verte antes del bautizo… —dijo Paolo pasándose la mano por la nuca—. ¿Enfadado?

—No, claro que no, pero me hubiera gustado que me avisaras.

—*Ciao!* —saludó Laura en ese momento entrando en la habitación con el bebé en brazos.

—*Oh, il mio piccolo Luigi!* —exclamó Piero antes de ir hasta donde estaban y de quitarle el bebé de los brazos. Luego se inclinó hacia ella y le dio dos besos.

Laura se acercó a mí y me dio un par de besos también.

—*Ciao, Luis.*

—Hola, Laura —contesté. Bien, ella por lo menos me saludaba.

Paolo empezó a poner la mesa y se disculpó por haber encargado la cena y no tener comida casera, pero a Piero y a mí no nos importaba, entendíamos perfectamente que estaban sobrepasados con el bebé.

Durante la cena, Paolo y Piero iban mezclando el italiano con el español y nos iban traduciendo a Laura y a mí lo que no entendíamos, según el caso.

—¿Qué te ha dicho tu madre? —le pregunté a Piero en un momento dado.

—Que tenía muchas ganas de verme, que se alegra de ver que estoy bien, que me echa de menos, que Paolo le contó lo de cuando nació el bebé y está agradecida y orgullosa de mí, pero que sigue sin aprobar mi modo de vida. Más o menos eso es todo —contestó Piero con la boca llena de comida—. Ah, y que no monte ningún escándalo en el bautizo —se rio—. No sé si piensa que voy a aparecer vestido de *Drag Queen* o algo…

—Igual sería mejor que yo no fuera al bautizo —dije con voz suave poniendo una mano sobre la de Piero. Paolo le tradujo mi comentario a Laura y me pareció ver un cierto alivio en sus caras.

—De eso nada —se quejó Piero—. No vamos a montar ningún escándalo, y te quiero conmigo. Va a haber momentos muy tensos, te necesito a mi lado. No quiero estar solo rodeado de gente que me odia.

Volví a mirar a nuestros anfitriones, y ellos asintieron con la cabeza.

—Está bien —asentí resignado—. Si me necesitas, iré contigo.

Laura le dijo algo a Piero en italiano y él me tradujo.

—Dice que le han contado a su familia lo que hice por el bebé y están muy agradecidos, pero que eso no cambia lo que piensan de mí. Tampoco les hace gracia que yo sea el padrino. Y que, lógicamente, veremos a su hermano en el bautizo, como yo ya suponía.

—¿Qué te supone eso? —le pregunté en un susurro cogiéndole la mano.

—Bueno, no es lo que más ilusión me hace del mundo —sonrió—, pero ya soy adulto, puedo

con ello. Lo importante ese día es mi sobrino.

—Claro. —Le apreté la mano.

El resto de la cena fue bastante animada, pero nos retiramos pronto para dejar descansar a los claramente agotados padres primerizos. Quedamos en vernos el domingo en la iglesia para el bautizo.

El sábado mi padre tenía varias reuniones y le preguntó a Piero si podía hacerle de intérprete para darle el día libre a la chica que tenían contratada. Piero, por supuesto, aceptó y pasó el día con él. Se puso uno de los trajes que había comprado mi madre, para dar una impresión más profesional y ganarse a mi padre, aún se sentía muy intimidado con él.

Yo aproveché y pasé el día con mamá, que había decidido delegar las reuniones y aprovechar el poco tiempo que le quedaba conmigo.

—Bueno, cuéntame qué tal ayer con Piero —le pedí cuando bajamos a la cafetería del hotel a almorzar—. Él se lo pasó muy bien, estaba encantado contigo.

—Ay, sí, cariño, Piero es un amor. Me alegro mucho de que hayas encontrado un chico así. Está enamoradísimo de ti, se le nota cada vez que te nombra… Creo que este puede ser el definitivo…

—Yo también lo creo —sonreí—, yo estoy igual.

—Lo sé, hijo, te lo noto.

—¿Crees que papá estará puteándolo?

—No creo, ya sabes que cuando está trabajando es muy serio… Además, a papá también le ha gustado mucho. Te vemos feliz, cariño, estamos muy contentos. Me contó papá ayer todo lo que hablasteis, y me parece muy bien que quieras comprarles la casa, lo miraremos. Lo que no me esperaba para nada es lo de Greta y la niña… ¿De verdad es hija de Marc?

—Sí, mamá, pero no les digas nada a Maite o a Reyes, por favor, Greta quiere hacer las cosas a su manera.

—Sí, sí, tranquilo, si hace años que no hablo casi con ellas… Hablé con Reyes hace poco para decirle que no podíamos ir a la boda de su hija, que, por cierto, se casa con Samu, ¿no? Otra cosa que tampoco me esperaba para nada…

—Sí, eso nos pilló a todos también un poco de sorpresa —me reí.

—Y ahora tú con el que todos piensan que es el padre de la niña… Madre mía, se puede montar un buen follón… Y te pilla a ti en medio de todo el jaleo…

—Bueno, no creo que a mí o a mi relación con Piero nos afecte mucho… Aquí la peor parte se la lleva Marc.

—Eso desde luego, haz el favor de decirle a Greta que deje de hacer tonterías y que diga la verdad de una vez.

—Bueno, ya se lo he dicho de todas las maneras posibles. Van a intentar venir a la boda, ahí hablará con él.

—A mí lo que me preocupa es que todo este follón te salpique a ti de alguna manera, que estás en medio de todo esto…

—Estoy intentando quedarme un poco al margen, ya veremos cuando Greta vuelva en qué queda la cosa… Lo importante para mí es que los dos vengan a España… No quiero separarme de Piero.

—Lo sé, mi amor, y lo entiendo… Tu padre y yo haremos lo que esté en nuestra mano, lo que necesites, lo pides, ya lo sabes.

—Lo sé, mamá, gracias.

Aprovechamos el resto del día para hacer algo de turismo por Milán. Piero y papá no volvieron hasta casi la noche. Piero me contó que las reuniones habían sido aburridas, pero que mi padre se había portado muy bien con él hasta cuando estuvieron solos. Comieron juntos y papá se preocupó más de contarle de qué iban las reuniones de la tarde que de putearlo. También hablaron de Piero y de sus planes, pero en otro tono diferente al de la primera comida que habíamos tenido con ellos.

Piero estaba muy contento. Ya no se sentía tan intimidado por mi padre, había comprobado que podía mantener una conversación con él como si fuera una persona normal.

Por mi parte, tenía muy claro lo que sentía por Piero y nunca pensé que necesitara la aprobación de mis padres. No obstante, saber que les había causado tan buena impresión, me daba tranquilidad y me hacía sentir muy feliz. Cada vez estaba más convencido de que él podía ser el definitivo.

TREINTA Y UNO

EL BAUTIZO

Llegamos a la iglesia con el tiempo justo. Piero había tardado la vida en arreglarse, estaba de un nervioso exagerado. Yo lo entendía y había intentado calmarlo sin demasiado éxito.

Estaban entrando los últimos invitados, pero Paolo y Laura nos esperaban fuera con el bebé y la madrina, una amiga de Laura a la que nos presentaron nada más llegar.

Yo me senté en uno de los bancos del fondo y Piero fue con ellos hasta la primera fila. Desempeñó su papel tal como le indicaron. Aún desde tan lejos, yo notaba lo tenso que estaba, y sufrí con él desde la distancia.

No entendí nada de lo que se dijo a lo largo de la ceremonia, como era de esperar. De normal empezaba a entender algunas palabras y expresiones italianas, pero ni la pronunciación del cura ni la acústica de la iglesia eran las ideales para comprender nada desde tan lejos. Tampoco es que me interesara demasiado, supuse que se trataba de una misa de bautizo como tantas otras, muy del estilo de las españolas.

En el momento clave de la ceremonia, subieron los padrinos al altar con el bebé. A pesar de que sonreía, lo noté nervioso. Imagino que sería difícil para él sentir la presión de su familia y la de Laura mirando.

Terminó por fin la misa en sí y los padres, junto con los padrinos, enfilaron el pasillo hacia el exterior. Cuando estaban llegando casi a mi altura, Piero me hizo un gesto con la cabeza para que los siguiera. Lo hice, aunque un par de pasos por detrás de ellos.

Ya en el exterior, Piero tiró de mí. Paolo, Laura y él intercambiaron un par de frases en italiano mientras Piero seguía alejándome de allí. Le dejé arrastrarme hasta un taxi y subimos los dos en el asiento de atrás.

—Vale, ¿me explicas las prisas? —pregunté después de que él le diera la dirección al taxista y el vehículo se pusiera en movimiento.

—Me ha pedido Paolo que fuéramos antes al restaurante, para decirle no sé qué al encargado. Me ha sonado a excusa, creo que solo intentaba evitar una situación incómoda en la puerta de la iglesia.

—Ya, lo entiendo.

—Sí, yo también, pero me duele un poco tener que huir de mi familia… Aunque entiendo a Paolo también, no quiero estropearle el bautizo de su primer hijo.

—Claro.

—Si te parece bien, vamos a ser discretos y a quedarnos en un segundo plano.

—¿A qué te refieres?

—Pues, no sé, vamos a portarnos como amigos… Sin besos, ni caricias, ni nada delante de la gente… Son todos muy conservadores y sé que Paolo se sentiría mal.

—Claro, como quieras —asentí. Las muestras de afecto en público eran algo mucho más de Piero que mío, yo era más discreto.

—Ay, Loui —sonrió—, qué fácil lo haces todo siempre.

Casi antes de acabar la frase, se abalanzó sobre mí y metió su lengua en mi boca. Me reí mientras me lo quitaba de encima.

—¿No acabas de decir que nada de besos?

—Claro, pero en el restaurante, delante de la gente… Tenemos unos quince o veinte minutos hasta que lleguemos, vamos a aprovechar, que de hablar ya nos hartaremos allí.

Volvió a echarse encima de mí y a besarme. Esta vez se lo devolví. Se quitó la chaqueta, sin dejar de besarme, y la dejó sobre el asiento. El taxista gritó algo en italiano, que no entendí, y Piero le respondió también en italiano, aunque a un volumen normal antes de volver a besarme.

—¿Qué ha dicho? —susurré separándome un momento de sus labios.

—Que no nos desnudemos aquí —se rio entre dientes—. Le he dicho que solo me quitaba la chaqueta para que no se me arrugue.

Volvió a besarme y me desabrochó dos o tres botones de la camisa. Su cuerpo estaba entre el mío y el taxista, era imposible que viera lo que estaba haciendo a través del retrovisor. Metió la mano y empezó a acariciarme el pecho.

—Piero, para, mala idea —susurré en su boca—, nos va a llamar la atención.

—Shhhh, calla, él tiene que conducir, y nosotros que aprovechar el tiempo… Necesitamos fuerza para lo que nos espera —sonrió—. Lo de ayer de mi madre te va a parecer hasta cariñoso después de lo que vamos a tener que aguantar hoy…

—Me estás asustando…

—No pienses, Loui, déjate llevar…

Volvió a besarme y obedecí. Me dejé llevar durante los diez o quince minutos que quedaban de trayecto. Durante todo el camino, no dejamos de besarnos y de meternos mano como dos adolescentes. Un gruñido del taxista acompañado de un frenazo nos sacó de nuestra burbuja.

—*Merda*, hemos llegado —se quejó Piero.

Pagó el viaje, cogió su chaqueta y ambos salimos del coche. Una vez fuera, mientras yo me abrochaba los botones de la camisa que Piero me había abierto, el taxista gritó algo a través de la ventanilla y Piero le sonrió y le lanzó un beso. El hombre gruñó, puso el coche en marcha y desapareció de nuestra vista.

—¿Qué ha dicho? ¿Por qué le has lanzado un beso?

—Que nos busquemos un hotel —se rio—, y luego nos ha llamado *froci*… «Maricones» sería lo más parecido en español… Un buen entrenamiento para lo que nos espera en un rato.

—Cuando quieras que nos vayamos, solo tienes que decirlo… —Fui a coger su mano, pero me detuve a tiempo, recordando lo que habíamos hablado. Pues al final iba a resultar que no era solo él el que tenía que controlar las muestras de cariño.

—Claro —sonrió—. Vamos a tomarnos unas cervezas mientras llega la gente.

Dos cervezas después, estábamos muy animados. Fue entonces cuando empezaron a llegar los invitados. Los camareros comenzaron a servir un aperitivo en el jardín del restaurante.

Cuando nos decidimos a salir del bar, estaba ya casi todo el mundo allí. Localicé enseguida a su madre, era una mujer que llamaba mucho la atención. Iba con un hombre vestido con uniforme militar al que le sacaba media cabeza.

—¿Tu padre? —le susurré a Piero.

—Se ha puesto el uniforme de gala, payaso… Parece que le han ascendido, estará feliz.

Lo observé un momento, parecía bastante más bajo que su mujer, pero, claro, como ella llevaba tacones de aguja era difícil saber hasta qué punto. Era un hombre muy recio, muy ancho en general, y con un aspecto muy tosco. Y era sorprendentemente feo. Está mal decir eso, pero, con objetividad, el padre de Piero era muy feo. Desde luego, la belleza de Piero y Paolo y su complexión esbelta era herencia materna sin duda.

—Voy a saludar —suspiró Piero mientras se abrochaba la chaqueta—. Ni te lo presento, sería peor que mi madre, pero quédate cerca… Será rápido.

—Claro.

—¿Qué tal estoy? —preguntó girándose hacia mí y pasándose las manos por la chaqueta.

—Espectacular —sonreí, y no mentí ni exageré lo más mínimo.

Respiró hondo y se acercó a ellos. Yo le seguí un par de pasos por detrás y cogí una cerveza que me ofreció un camarero. Me quedé junto a una mesa de aperitivos, a una distancia prudencial.

—*Ciao, mamma* —dijo Piero antes de darle un beso en la mejilla a su madre.

—*Ciao, caro* —contestó ella.

Se giró entonces hacia su padre.

—*Felizitacioni, Colonnèllo Mancini* —dijo acompañando sus palabras de un saludo militar.

—*Grazie, dottore Mancini* —respondió su padre muy serio con un leve movimiento de cabeza.

Piero le devolvió el gesto, y luego se giró y vino hasta mi lado.

—Bueno, primera prueba superada, no ha sido tan horrible —suspiró.

—Esto era lo peor, ¿no?

—Bueno, faltan mis hermanos, porque a la familia de Laura no los voy ni a saludar… Supongo que sí, que esto era lo peor —sonrió raro.

Nos quedamos un rato ahí, los dos solos, un poco apartados del resto.

No tardó en acercarse una chica morena guapísima y embarazada.

—*Ciao, Piero* —fue lo único que entendí antes de que ella empezara a hablar en italiano bastante rápido.

Él le contestó también en italiano, pero a velocidad normal. Intercambiaron un par de frases más cada uno hasta que Piero habló en español.

—Él es Luis, es español. Luis, mi hermana Gabriella.

—Encantado —dije con una sonrisa y una inclinación de cabeza sin sacar las manos de los bolsillos, con la humillante experiencia con su madre había tenido bastante.

Ella me dedicó una sonrisa que pretendía ser amable, pero se adivinaba tensa y poco natural. Siguió hablando un momento con Piero hasta que un tipo algo más bajito que él, pero tres veces más ancho se le acercó por detrás y le dio una palmada muy fuerte en la espalda.

—*Come te la passi, frocio?* —dijo con una carcajada. Otro chico venía con él y empezó a reírse de manera escandalosa. Piero dio un respingo y apretó la mandíbula y los puños más allá de sus posibilidades. Supuse que eran los hermanos, el más corpulento le echaba claramente un aire al padre, y el más joven se parecía mucho a Paolo, aunque con la estatura de Piero.

Gabriella les dijo algo entre dientes a lo que los dos contestaron entre risas dándole una nueva palmada a Piero. Él me miraba fijamente sin girarse hacia ellos y yo solo quería darle un abrazo.

En ese momento llegó Paolo y les dio una discreta colleja a cada uno. Murmuró algo en italiano muy cabreado y los otros se marcharon con una risita.

—*Mi dispiace tanto, Piero* —dijo apretándole un poco el hombro.

—*Grazie, Paolo* —fue lo único que dijo Piero antes de que su hermano volviera a marcharse a saludar a más invitados.

Gabriella dijo algo en italiano y Piero asintió. Se marchó también.

—Pues ya conoces a mis hermanos —me dijo Piero con un nudo en la voz y sin cambiar esa expresión imperturbable y tensa que le había provocado la visita.

—Sí —susurré sin saber qué decir. Me estaba costando no besarle, o cogerle la mano. No quise preguntarle qué era lo que le habían dicho, no parecía nada bueno y yo solo quería que pensara en otra cosa.

Un camarero pasó con una bandeja llena de copas de vino. Piero cogió dos y me pasó una de ellas.

—Gracias por venir conmigo a este infierno, Loui.

Yo solo asentí y cambié de tema.

—Entonces nos volvemos ya mañana, ¿no? ¿Iremos por la costa, como dijimos?

—Claro, así pasamos por *Genova*, Pisa… Y si quieres podemos volver a Roma y recuperar el día que perdimos… O perder otros dos… —Levantó una ceja y yo me reí, qué fácil había sido hacerle pensar en otra cosa.

Estábamos hablando de las ciudades que podíamos visitar durante el camino de regreso cuando un chico pelirrojo chocó su hombro contra el de Piero. Intentó parecer un encontronazo casual, pero me resultó muy forzado.

—*Scusa, Piero* —susurró con una sonrisa.

—*Stammi lontano* —farfulló Piero entre dientes sin girarse a mirarlo.

El chico se rio, levantó las manos, se dio la vuelta y desapareció.

—Qué asco me da, no sé cómo se ha atrevido a acercarse a mí.

—¿Quién es? —susurré.

—Fabio.

—¿El hermano de Laura? ¿El que…

—Sí, ese —me cortó Piero para que no terminara la frase.

—¿Pelirrojo? ¿En serio? —pregunté con una sonrisa para intentar quitarle hierro al asunto—. ¿Te ponen los pelirrojos?

—Bueno, ahora ya no —sonrió—. Tenía que haber hecho caso a mi abuela, la española, ella siempre decía: «*Pelo centola non é de fiar. Primeiro morde e logo bota pa'trás*». Significa algo así como que no te fíes de alguien con el pelo del color de los centollos, que primero muerden y luego se echan atrás.

—Muy apropiado —me reí— ¿Eso era italiano?

—*Galego.* —sonrió y negó con la cabeza.

—¿También hablas gallego?

—*Un pouquiño*.

Sonreí y reprimí las ganas de besarle allí mismo. Oírle hablar gallego con acento italiano acababa de colarse en el *top ten* de las cosas que más me ponían de él.

Los camareros informaron de que la comida estaba servida y entramos todos para dentro.

Las mesas eran bastante pequeñas, de unas seis u ocho personas, cosa que nos encantó. Y aún nos gustó más que no nos hubieran puesto con los hermanos de Piero. Nos habían asignado la mesa de los amigos del instituto de Paolo, los cuales habían sido también amigos de Piero. Él habló a ratos con ellos, pero principalmente habló conmigo, cosa que agradecí, pues era incapaz de seguir una conversación en italiano fluido.

Él parecía estar más relajado, pero de vez en cuando miraba inseguro a su alrededor. Cuando terminó la comida, empezaron a servir licores y a repartir puros y cigarrillos.

—Vamos fuera a que nos dé el aire. —Piero cogió un puro, una cajetilla de tabaco y unas cerillas.

Nos alejamos bastante del restaurante, sin llegar a salir del recinto. Encontramos, en la zona arbolada del jardín, un pequeño claro con un par de bancos enfrentados. Me senté en uno de ellos y él lo hizo en el de enfrente.

—¿Cómo se fuma esta *merda*? —preguntó dándole vueltas al puro y mirándolo por todas partes.

—Ni idea, nunca me he fumado uno, me da bastante asco el olor… Pero creo que tienes que pincharlo con un palillo o morderle el culo o algo así…

—El culo te lo voy a morder a ti luego en el hotel —sonrió y yo me reí. Poco a poco iba volviendo a ser el de siempre. Encendió dos cigarrillos y me pasó uno.

Fumamos un rato en silencio. Quería darle conversación para que su mente no divagara, pero no se me ocurría qué decir.

—*Ciao, Piero* —nos sobresaltó una voz junto a su banco, ninguno había oído llegar al pelirrojo, nos debía de haber seguido.

Piero resopló y le dio otra calada al cigarro. Fabio se sentó a su lado, no me había dirigido a mí ni una mirada en todo el tiempo.

Dijo algo en italiano y Piero bufó fuerte y tiró el humo. El chico volvió a hablar en su idioma y Piero giró la cabeza hacia el otro lado, sin mirarlo. Entonces el puto pelirrojo, sí, así, con el *puto* y todo, le cogió la mano y susurró.

—*Piero, il mio primo amore*…

Piero se giró despacio para mirarle a los ojos. Y sonrió. Le dedicó una sonrisa dulce y preciosa. El chico se la devolvió. A partir de ahí, todo ocurrió muy deprisa. Oí un fuerte carraspeo y, apenas un segundo después, Fabio gritaba e intentaba limpiarse el *gapo* que Piero le había lanzado al ojo. Se puso de pie maldiciendo en italiano mientras la espesa saliva le chorreaba por la cara. Piero volvió a sonreír mientras se pasaba el dorso de la mano por la boca para secársela. El chico insistía con sus improperios y Piero se levantó y empezó a soltar lo que supuse que eran palabras malsonantes en su idioma. La discusión duró un rato, hasta que Fabio gruñó algo y se marchó.

—No puedo más, Loui. —Se dejó caer en el banco otra vez.

—Te entiendo —susurré.

—Es que… es que… —dijo mientras volvía a ponerse de pie y empezaba a farfullar en italiano de nuevo.

Me levanté yo también y cogí su cara entre mis manos. Estábamos bastante apartados del restaurante, pero a la mierda si nos veían, ya me daba igual. No paraba de despotricar y, aunque no entendía lo que decía, sí comprendía lo que estaba sintiendo.

—Vale, Piero, Piero, mírame, fíjate en mí. Te has pasado al italiano, no te entiendo…

Se calmó un poco y respiró hondo. Le temblaba todo el cuerpo. Bajé las manos hasta sus hombros.

—Perdona.

—No tienes que disculparte conmigo, Piero, entiendo cómo te sientes.

—Vamos dentro.

—Como quieras, pero ¿estás seguro? ¿Te ves con ánimo de volver a entrar?

—Sí, vamos dentro y nos besamos delante de todos. Vamos a darles de qué hablar, que se

escandalice esa pandilla de… de…

—No —le interrumpí—. No vamos a hacer eso. No quieres montar una escena en la fiesta de Paolo, mañana te arrepentirías, y él no se lo merece.

—Tienes razón. —Agachó la cabeza—. En realidad, no quiero volver.

—Pues vámonos. Mándale un mensaje a Paolo y te despides de él. Ya has cumplido.

—Sí. —Sacó su móvil y mandó el mensaje—. Vamos a coger un taxi.

TREINTA Y DOS

EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO

El viaje de vuelta en taxi fue muy diferente al de ida. Piero apoyó la cabeza en mi hombro y se quedó así, quieto y en silencio. Era muy raro verlo tan hundido y con tan poca energía. Suspiraba de vez en cuando, pero no decía nada.

—Tu padre es muy feo —dije por fin con intención de relajar el ambiente.

—Sí —se rio entre dientes sin levantar la cabeza de mi hombro—. Ya sabes lo que dicen, que hasta los veinticinco uno tiene la cara que hereda, a partir de ahí, la que se merece… Él no se merece otra cosa… Giovanni tiene veinticuatro, dentro de nada empezará a convertirse en un bicho feo también.

—Menos mal que habéis salido a tu madre…

—Angelo no, él es igual que mi padre… Hacíamos bromas con eso de adolescentes, que Angelo era el único hijo de mi padre, que después de él *la mamma* se había buscado un amante y por eso los demás no nos parecíamos a él. —Volvió a reírse.

—Pues no es descabellado pensarlo —me reí también—. Con lo guapa que es tu madre, podría haber tenido al que hubiera querido…

—Bueno, hay a quien le ponen los uniformes, quiero pensar que es eso… No se me ocurre qué otra cosa pudo ver en él —añadió con un nuevo suspiro—. Que *la mamma* tampoco es que sea una mujer de trato fácil, ¿eh? Con nosotros era muy dulce cuando éramos pequeños, pero se le fue agriando el carácter con los años… La recuerdo embarazada de Carina y leyéndome cuentos por la noche… Y Giovanni lloriqueando celoso porque siempre quería toda la atención…

—¿Carina? ¿También la has saludado? No me he dado cuenta…

—No ha venido. Me ha dicho Gabriella que está en España, con la familia. Por lo visto lleva años desaparecida. Ya me dijo Paolo que solo había hablado con ella un par de veces y porque le llamó pidiendo dinero… —Se rio—. Esa es Carina, la rebelde de la familia.

—Bueno, tú un poco también.

—No, Luigi, yo soy la vergüenza, ella es la rebelde.

Le pasé el brazo sobre los hombros y le besé el pelo.

—Podíamos salir esta noche y buscar un bar gay —dijo de repente.

—¿Para qué? —me reí.

—Por salir, hacer algo, y estar en un lugar donde no se nos juzgue…

—¿De verdad tienes ánimos de salir de fiesta? ¿De verdad es eso lo que te apetece?

—No.

—Pues ya está. —Volví a darle un beso en la cabeza—. Vámonos al hotel a descansar. Y mañana nos levantamos a la hora que nos dé la gana y nos vamos de aquí.

—Adiós, *Milano*. Primera parada: *Genova*. —No podía verle la cara, pero noté que estaba sonriendo.

Llegamos al hotel y yo me fui directo a la ducha, necesitaba quitarme de encima la sensación horrible de ese día de perros. Cuando salí, él estaba llamando por teléfono y pidiendo algo de cenar. Aún eran las ocho de la tarde, pero me puse el pijama con toda la intención de no volver a salir de la habitación hasta el día siguiente. Cuando terminó su llamada, fue él el que entró en el baño para ducharse también. Tardó tanto en salir, que aún llegó la cena antes de que lo hiciera. Cenamos bastante poco y nos tumbamos en la cama al terminar.

—Loui, esta noche no me apetece sexo —dijo muy serio girándose hacia mí.

—Claro —sonreí, aunque lo que de verdad me apetecía era reírme abiertamente del tono solemne que había utilizado—. Lo entiendo.

Habíamos tenido sexo todos los días desde la primera vez, muchos de los días varias veces, de hecho. Él era pura energía y siempre le apetecía, y a mí me ponía tanto que siempre me venía bien también. Por eso no me importó en absoluto su petición.

Se giró en el colchón y me dio la espalda.

—Pero sí quiero que me abraces —susurró.

—Claro —contesté abrazándole por detrás y le di un beso rápido el cuello. Enterré mi nariz entre sus rizos todavía húmedos y me quedé así, disfrutando de su olor.

—Cuéntame cómo fue para ti.

—¿El qué? —pregunté confuso. No sabía a qué se refería.

—Cuando les contaste a tus padres que eras gay, ¿cómo fue? Parece que lo llevan muy bien.

—Sí, lo llevaron bien desde el primer momento. Pasaron un par de días en casa, entre viaje y viaje. La mañana siguiente a su llegada, durante el desayuno, se lo dije, tal cual, sin rodeos. Siempre me he sentido muy libre con ellos para hablar de cualquier cosa.

—¿Qué dijeron?

—Pues mi madre dijo que solo quería que fuera feliz, que, si eso era lo que yo sentía, que le parecía estupendo… Y mi padre, bueno, hizo un par de bromas sobre pepinos y papayas, luego dijo que se alegraba porque no le hacía ninguna gracia ser abuelo, y poco más, que, si yo lo tenía claro, tenía todo su apoyo.

—Qué suerte.

—Sí, supongo que, en ese sentido, sí.

—¿Y tus amigos?

—Pues primero se lo dije a Marc, y me hizo un par de comentarios estúpidos, pero fue en su peor momento, cuando Greta se había ido, estaba fatal, no me lo tomé a mal… Y Samu y Chus, pues tampoco se sorprendieron, la verdad. Hicieron alguna coña sobre penes y tal, pero en su línea. Supongo que se habían dado cuenta antes que yo —me reí.

—Eso está bien. Cuéntame algo más de ti, Loui. Cuéntame cómo fue tu primer beso, aunque igual me pongo celoso, te lo aviso. ¿Chico o chica?

—Chica —me reí.

—Vaya, vaya —noté que sonreía—, parece que el amigo Luigi tiene un pasado… Háblame de ella.

—Hay poco que te pueda contar de ella que no sepas ya… Fue Greta.

—¡¿Qué?! —preguntó girando un poco la cabeza para poder mirarme de reojo— ¡¿Mi Greta?!

—No —me reí—. MI Greta.

—Bueno, no vamos a pelear por una mujer —se rio—. ¿Hubo algo? ¿Os gustabais? ¿Salisteis juntos?

—Qué va —me reí.

—Con todo lo que me ha contado, y eso no me lo contó… Me hubiera interesado mucho más esa historia que todos los rollos de Marc —se rio también—. ¿Cómo fue? ¿Qué edad teníais?

—Diecinueve. Vino una noche a mi casa, estábamos los dos solos. Me estuvo preguntando, le hablé de mis dudas y de que no sabía si era gay o no… Nos emborrachamos y le pedí que me dejara besarla para descartar a las chicas… Y ya está, eso fue todo. Después de eso lo tuve bastante claro.

—Diecinueve… Un poco tarde para un primer beso, ¿no?

—Sí —sonreí y volví a darle un beso en el cuello—. Ya sabes que soy bastante paradito.

—Conmigo no eres paradito, Luigi —dijo acariciando mis brazos, que le rodeaban el pecho.

—Bueno, tú eres diferente —me reí.

—Sí —sonrió—. *Io sono molto speciale*.

—Sí que lo eres. —Lo abracé más fuerte.

—Bueno, pues cuéntame tu primer beso de verdad.

—Pues fue cinco o seis meses después. Conocí a un chico en una boda. Me quedé hablando con él un rato y me preguntó si podía acercarle a casa. Lo hice y, cuando llegamos a donde vivía, antes de bajarse del coche, me besó. Fue bonito. Salí con él un par de semanas después de eso, pero éramos bastante aburridos los dos, la historia no fue a ningún lado.

—¿Hubo sexo?

—No —me reí.

—¿Y tu primera vez de sexo?

—David.

—¿El novio ese de tanto tiempo? ¿El *mendondi*?

—Mindundi, sí, ese.

—¿Cómo lo conociste?

—Pues había terminado la carrera y estaba empezando a dar mis primeros pasos en la fotografía artística. Tenía algunas ideas de retratos arriesgados, originales, pero necesitaba modelos, y no quería pedírselo a mis amigos… Así que puse un anuncio en el tablón de la escuela de arte dramático. Pensé que a los actores les interesaría tener un *book* de fotos gratis y a mí me serviría para experimentar.

—¿Experimentar? —sonrió.

—Experimentar con la fotografía —me reí—. No seas malpensado.

—Bueno, experimentaste más cosas…

—Sí, pero esa no era la idea en un principio.

—Bueno, cuéntame. Entonces apareció él…

—Sí, contestó mucha gente al anuncio. La verdad es que fue una gran idea porque conseguí modelos muy diferentes y salieron algunas fotos espectaculares…

—Loui, no te he preguntado por las fotos, eso me lo cuentas otro día… Háblame de él.

—Bueno, pues uno de los que me llamó fue él. Era un chico bastante guapo y muy lanzado en todos los sentidos. Me besó en esa primera sesión, y hubiera hecho ya ese primer día muchas más cosas, pero lo frené un poco, yo estaba asustado, no tenía ninguna experiencia…

—Grrr… —gruñó Piero dándose la vuelta y quedándose de cara a mí—. Tengo celos del mindundi…

—No los tengas —me reí—. Era un imbécil.

—Pues estuviste con él mucho tiempo.

—Sí, supongo que demasiado. Yo estaba muy flipado con él, pero ahora, viéndolo desde la distancia, era una relación extraña… Nunca quería quedarse a dormir conmigo, cuando nos veíamos, solo quería sexo o que le hiciera fotos, no hacíamos mucho más…

—No ayudas a mis celos, Luigi, no ayudas nada…

Me reí y le di un beso suave en los labios.

—No estés celoso. No tenía nada que ver con esto. Lo nuestro es otra cosa.

—Yo también lo pienso. Ojalá hubieras sido mi primer beso —dijo antes de besarme de nuevo.

No quise preguntar. Por lo que me había contado en Palermo, su primer beso y su primer todo había sido Fabio, y no estaba el tema como para remover esa historia, y menos ese día.

Se dio la vuelta de nuevo y volvió a acurrucarse entre mis brazos.

—Quiero decirte algo, Loui, pero no quiero que te asustes.

—Dime.

—No pudiste ser mi primer beso, pero quiero que seas el último.

—No me asusto —susurré abrazándole más fuerte—. Yo siento lo mismo.

Estiró el brazo, apagó la luz y no dijimos nada más.

TREINTA Y TRES

ADIÓS, MILANO

A la mañana siguiente, amanecimos en la misma posición en la que nos habíamos acostado. Yo sentía los brazos un poco entumecidos por haber pasado la noche rodeando con ellos a Piero, pero, si había servido para reconfortarle un poco, valía la pena.

Intenté separarme de él con cuidado para no despertarlo, pero lo hizo. Se dio la vuelta hacia mí con los ojos casi cerrados.

—Buenos días, Luigi —murmuró rodeándome con sus brazos y me besó el cuello.

—Buenos días, ¿cómo te sientes hoy?

—Muy cachondo —sonrió y yo me reí.

Sonó entonces el teléfono de la habitación.

—*Cazzo* —murmuró estirándose para descolgar—. *Pronto?*… Buenos días, Mónica… Claro, ahora bajamos… Ahí nos vemos… *Ciao.*

—¿Mi madre?

—Sí, que su avión sale en un rato, que bajemos a desayunar con ellos.

Nos vestimos rápidamente y bajamos a verlos. Salimos del ascensor y pasamos por el *hall* del hotel camino del restaurante. A través de la cristalera de la puerta de entrada, se veía perfectamente la calle y reconocí al otro lado una cara familiar mirando su teléfono móvil.

—¿Ese es Paolo?

Piero se giró hacia donde yo le señalaba mientras empezaba a sonar su teléfono.

—Te estoy viendo —dijo al contestar.

Paolo levantó la cabeza hacia nosotros y se rio. Entró al hotel enseguida.

—Quería despedirme —dijo al alcanzarnos.

—Gracias —contestó Piero.

—Gracias a vosotros por venir ayer… Imagino que fue duro.

—Un poco —confirmó Piero bastante serio.

—Lo siento mucho, Piero… Os invito a desayunar.

—Invitan mis padres —dije yo—, pero acompáñanos, les gustará conocerte.

Efectivamente, a mis padres les encantó conocer a un hermano de Piero. Y, a mi padre en concreto, le encantó mucho más que Paolo trabajara en el departamento internacional de una gran compañía con la que podían hacer negocios llegado el momento.

Tras un largo y animado desayuno, mis padres recibieron un aviso de que ya estaba allí su taxi y se despidieron de nosotros. Paolo aprovechó para hacerlo también, no quería dejar a Laura sola tanto rato con el bebé. Intercambiamos abrazos entre todos y Piero y yo volvimos a subir a

la habitación. Teníamos apenas una hora para marcharnos de allí si no queríamos que nos cobraran otra noche, y aún me tocó bajar a la tienda del hotel a comprar una maleta en la que meter toda la ropa que mi madre nos había comprado. Dejamos la habitación con el tiempo justo y nos despedimos por fin de Milán.

Hasta Génova teníamos poco más de dos horas de camino. Me ofrecí a conducir yo en primer lugar. Él estaba infinitamente más feliz que el día anterior, iba cantando las canciones[1] de la radio y de vez en cuando sacaba la cabeza por la ventanilla o se asomaba por el techo. Me encantaba verlo tan animado.

—¿En qué piensas? —pregunté en un momento que se quedó tranquilo y callado en su asiento.

—En todo lo que te voy a hacer cuando lleguemos al próximo hotel —sonrió.

—¿Sí? ¿Como qué? —me reí.

Se acercó a mí para hablarme al oído.

—¿Te lo cuento o te lo enseño? —susurró subiéndome una mano por la pierna.

—Para, que estoy conduciendo y es peligroso. Vuelve a tu asiento.

—Qué poco espíritu de aventura tienes, Luigi.

—Sí, esa manía mía de seguir vivo… Qué caprichoso soy —sonreí.

—Sin tocar. —Se separó de mí y levantó las manos.

En ese momento la furgo empezó a dar tirones y a hacer un ruido raro.

—¿Qué pasa? —pregunté algo asustado.

—Ni idea, esto no lo había hecho nunca —dijo él incorporándose en su asiento.

Diez o doce tirones después, se paró y no hubo manera de volver a arrancarla.

La empujamos entre los dos al arcén (una forma muy generosa de llamarlo) con un enorme esfuerzo y Piero se puso a buscar los papeles del seguro. Estábamos en una carretera secundaria en medio de la nada, a pleno sol, en julio, y era casi la hora de comer.

—¿De verdad no tienes los papeles del seguro localizados? No me lo puedo creer, Piero, deberías llevarlos en la guantera…

—Si están aquí seguro, pero hay que encontrarlos… —dijo trasteando entre cientos de papeles.

Casi cuarenta minutos más tarde, los localizó y llamó al número de asistencia en carretera. Le tuvieron más de media hora al teléfono con el hilo musical hasta que le atendieron. Nos habíamos sentado en el futón que llevábamos en la parte trasera de la furgoneta, con el portón trasero abierto. Así, por lo menos, no nos daba el sol directo, pero el calor era asfixiante y yo estaba empezando a agobiarme muchísimo.

Más de una hora después, llegó la grúa y nos llevó, junto con la furgo, al taller más cercano. Piero le contó al mecánico lo que había pasado, y este le dijo que hasta dentro de veinticuatro horas no podría decirnos nada.

Eran más de las seis de la tarde y estábamos sudados, agobiados y hambrientos. El mecánico nos indicó dónde estaba el único motel del pueblo. Y digo pueblo por llamarlo de alguna manera, porque era poco más que una aldea. Y feo, feísimo, nada que ver con los que habíamos visitado en La Toscana. Eso era la Italia profunda, la que no te enseñan en las guías de viaje.

Cogimos una de las maletas y mis cámaras. Dejamos en la furgo todo lo demás y enfilamos la calle que nos habían indicado.

—Aquí hay que tener cuidado, Loui —me susurró Piero mientras caminábamos bajo la atenta

mirada de la poca gente con la que nos cruzábamos.

—¿De qué?

—Somos los forasteros, van a estar pendientes de nosotros… Y la gente en estos pueblos es muy cerrada… No sería la primera vez que un gay se lleva una paliza.

—¿Hablas por experiencia propia?

—No, no, pero sí sé de gente a la que le ha pasado.

—Bueno, pues somos amigos, no pasa nada.

—Claro, será lo mejor —asintió.

El motel no estaba lejos, no podía estarlo. Piero empezó a hablar en italiano con la mujer que nos recibió. La señora nos acompañó hasta la habitación y nos abrió la puerta. Era un cuchitril pequeño y oscuro con dos camas enanas que tenían pinta de haber recibido más visitantes que el metro de Tokio en hora punta.

—Camas separadas, no me gusta —dijo Piero arrugando la nariz cuando nos quedamos solos.

—¿Eso es lo que no te gusta de estas camas? —me reí—. A mí me preocupa más la vida que pueden tener en su interior estos colchones. Daría lo que fuera ahora mismo por un traje de neopreno.

—Qué poco espíritu de aventura tienes, Loui —sonrió.

—La aventura de coger pulgas… Un sueño hecho realidad…

—Bueno, ¿qué? ¿Juntamos las camas? —sugirió ignorando mi comentario.

—Yo, de momento, voy a darme una ducha y a quitarme este sudor pringoso, y luego vamos a comer algo. Esta noche, si quieres, juntamos las camas.

—Vale, tienes razón, me muero de hambre.

No voy a entrar en detalles de en qué estado se encontraba el baño, es suficiente con decir que no desentonaba en absoluto con el resto de la habitación. Ambos nos dimos una ducha, nos cambiamos de ropa y salimos a buscar desesperados un sitio donde nos dieran algo de comer.

TREINTA Y CUATRO

LA ITALIA PROFUNDA

El motel contaba con un pequeño bar (cafetería, restaurante, cualquier nombre le quedaba grande), pero la dueña nos informó de que únicamente servían desayunos; para la cena y la comida teníamos que buscarnos la vida. Como era de esperar, solo había un lugar donde comer algo por allí, una *trattoria* situada junto a la carretera. Dadas las dimensiones del pueblo, estar a las afueras o en el centro era prácticamente lo mismo.

Pedimos un par de *pizzas* y unas cervezas. Nos bebimos dos cada uno mientras esperábamos a que nos trajeran la cena. Llevábamos todo el día sin comer nada y, a mí al menos, me subieron bastante. Devoramos las *pizzas* en cuanto las trajeron y aún pedimos algunas birras más.

—Vamos a pasear un poco por el pueblo antes de volver al hotel —sugirió Piero.

—Estás siendo muy generoso con lo de «pueblo» y lo de «hotel» —me reí.

—Va, Luigi, no seas gruñón, vamos a disfrutar de esta piedra en el camino —sonrió.

Me cogió una mano y se acercó a mí para besarme. Me aparté al momento.

—Italia profunda, Piero, lo has dicho tú…

—Ay, sí, perdón —dijo soltándome rápidamente—. Con el alcohol se me olvidan esas cosas… ¿Qué es esa música? Vamos a ver de dónde viene…

Seguimos la dirección del sonido[1] y llegamos a la única plaza del pueblo. Parecía que estaban en fiestas.

—Oh, Loui, una verbena, ya tenemos plan —dijo con una enorme sonrisa.

—¿De verdad te apetece?

—Claro, lo vamos a oír desde el hotel, no nos va a dejar dormir de todas formas, y yo *voglio vederti danzare*… —dijo esto último cantando por encima de la canción que sonaba.

—Pues a mí no me vas a ver bailar —me reí—. Yo no bailo.

—Va, claro que sí. Baila conmigo, Loui.

—Dos tíos bailando juntos… Salimos de aquí a hostias…

—Es verdad, ¡pues vamos a ligar! —sugirió emocionado.

—No me lo estás diciendo en serio —dije asustado.

—Claro que sí, será divertido.

—Espero que estés de coña, porque yo no soy de relaciones abiertas, ni de tríos, eso quiero dejarlo muy claro, pensé que los dos queríamos lo mismo.

—Claro, claro, yo tampoco… Como te vea besando a otro, os mato a los dos… Hablo de chicas, ¡vamos a ligar con chicas!

—Ni de coña —me reí—. Y me da igual que sean chicas, no quiero verte enrollándote con nadie.

—No me voy a enrollar con nadie —se rio—. Solo quiero ver si podríamos. Es jugar a ser

heteros, puede ser divertido.

—Estás como unas maracas —me reí—. Pero yo paso, nunca he sido bueno ligando, no quiero pasar por ese bochorno, y menos sabiendo que la cosa no va a ningún lado.

—Bueno, pues ligo yo, y tú te quedas de mirón.

—¿Crees que vas a engañar a alguna ingenua?

—A ti te engañé, creíste que era hetero —sonrió.

—¿A mí? ¿Cuándo?

—Cuando nos conocimos…

—Pero porque venía con la idea de que eras el novio de Greta…

—Bueno, por lo que sea, pero te engañé… Y lo mismo voy a hacer esta noche —volvió a sonreír—. ¿No me crees capaz?

—Claro que sí —me reí—. Con lo guapo que eres y lo bueno que estás, te ligas a la que quieras, y lo sabes… Pero no me hace ninguna gracia, aunque sea un juego… Te juro que como te vea besando a alguien, aunque sea una chica…

—Que no voy a besar a nadie, Luigi, solo quiero bailar… Si no puedo bailar contigo, pues bailaré con una mujer, pero pensaré en ti todo el rato —añadió con un rápido movimiento de cejas—. Mira, ese grupo de chicas nos está mirando… Te dejo que elijas por mí… ¿A por cuál voy?

Miré hacia las chicas y me reí.

—La del vestido rojo —dije sin dudar.

—*Cazzo*, Loui, eres malvado… Tiene las tetas enormes y con ese escote parece que se le van a salir en cualquier momento.

—Lo sé, por eso la he elegido —me reí—. Te van a estar vigilando todo el rato mientras bailas con ella.

Él hizo el gesto del escalofrío que hacía siempre que hablaba de tetas, pero luego sonrió.

—Acepto —dijo con una sonrisa—. Vamos a hablar con ellas.

—Está bien —accedí no muy convencido.

Pedimos unas cervezas y nos acercamos a las chicas. Piero empezó a hablar con ellas en italiano y a continuación nos presentó.

—*Io sono Paolo* —dijo con toda la naturalidad del mundo y yo casi me atraganto con el trago que estaba dando—, *e lui è Marc, è spagnolo*…

—¡Hola! —gritaron un par de ellas al oír que yo era español. Les sonreí como respuesta.

—¿En serio? —le susurré a Piero al oído—. ¿Paolo y Marc?

—Lo primero que se me ha ocurrido —se rio.

Empezó a sonar la siguiente canción[2] y Piero sacó a la chica del vestido rojo a bailar. Me quedé como tonto mirándolo. Se movía con su gracia habitual y ese pantalón vaquero le hacía un culo espectacular. Dos de las chicas vinieron a hablar conmigo. Me decían cosas en italiano muy despacio y más o menos creo que lo pillaba todo. Yo no les quitaba ojo a Piero y a la chica que se lo estaba comiendo con la mirada. Fueron a la barra a por unos chupitos y bailaron allí un rato la canción[3] que sonaba en ese momento. Luego se bebieron otro más y volvieron a la pista.

Cambió la canción[4] y Piero y la chica se acercaron a nosotros.

—Marc, baila con nosotros —me dijo.

—Paso —contesté intentando aguantar la risa por lo de los nombres falsos.

—Va, solo esta canción…

Me acerqué a él y le hablé al oído.

—Como vean a dos tíos bailando una canción de Rafaella Carrá, no les va a quedar ninguna

duda…

Él soltó una carcajada y asintió.

—Vale, pues yo vuelvo a bailar. —Le dio la mano a la chica y volvió a donde estaban antes.

Las que se habían quedado conmigo estaban cuchicheando entre ellas. Un par se fueron a hablar con el DJ y las otras dos se quedaron a mi lado riéndose entre ellas.

Yo miraba a Piero dándolo todo con la canción[5] de Abba que sonaba en ese momento, y no dejaba de sorprenderme que realmente pareciera un hetero ligando. La chica de rojo estaba totalmente atontanda con él, cosa que no me extrañó nada.

El DJ dijo algo por el micrófono de lo que solo entendí *spagnolo* y *Marc*. Piero se giró hacia mí y gritó desde donde estaba.

—¡Marc, las chicas te han dedicado esta canción!

Yo no sabía dónde meterme en ese momento, pero peor fue cuando empezó el temazo[6] en cuestión. Estaba cantado en italiano y yo solo entendía palabras sueltas como *Torero* y *Olé*. Si se me hubiese tragado la tierra en ese instante, no me habría importado lo más mínimo.

Las chicas empezaron a bailar una coreografía bastante sincronizadas y el presunto Paolo no tardó en unirse a ellas, robándoles todo el protagonismo y saliéndose del guion en ocasiones para hacer algunos movimientos como si estuviera toreando.

¿Podía haber algo más casposo y más hortera? Supongo que no, pero es el riesgo que corres cuando te enamoras de un guiri. Pese a todo, él estaba terriblemente sexi haciendo esos movimientos y poniéndome caras. Hubiera dado lo que fuera en ese momento por haber estado a solas con él.

Me pedí otra cerveza y él siguió bebiendo chupitos con ellas, empezaba a perder la coordinación al bailar, iba demasiado ciego.

Cuando ya llevábamos más de tres horas en la verbena, me empezaba a agobiar mucho la conversación de las chicas. Ellas ponían mucho empeño, y yo lo agradecía, pero era agotador hablar tan despacio e intentando interpretar lo que me decían. Me acerqué a Piero, que parecía a punto de caerse al suelo en cualquier momento.

—Paolo, es tarde, deberíamos irnos —le dije poniéndole una mano en el hombro.

—Vale, que se venga Valentina también —dijo enredándose con su propia lengua. Me sorprendió que tan borracho fuese capaz de hablar en español y en otras circunstancias no.

—Deja a la chica, vámonos al hotel, que vas muy ciego.

—Noooooo, es mi amiga Valentina —dijo pasándole un brazo por encima. La chica no sabría decir si parecía más halagada o agobiada.

—Venga, vamos.

—Noooooooooo —renegó agarrándose a ella.

—¡Piero, joder, para ya, que estás muy borracho!

—¿Piero? —preguntó la chica levantando las cejas.

A él le dio un ataque de risa y le fallaron las fuerzas. Aproveché para llevármelo de allí a rastras.

Una vez fuera de la plaza, lo solté para que caminara por sí mismo.

—Luigi, ha sido muy divertido —dijo tropezándose con sus propios pies. No era capaz ni de caminar en línea recta.

—Apóyate en mí, que aún te irás al suelo.

Obedeció y caminamos a una velocidad menor de lo que me habría gustado hasta llegar al hotel. Estuve a punto de dejarle en la calle al ver la que estaba liando en las escaleras, pero finalmente conseguí que llegara arriba y se callara un poco. Solo quería hablar a gritos y cantar.

En cuanto entramos en la habitación, se dejó caer en la cama más cercana a la puerta. Estiró un brazo hacia la otra y chasqueó los dedos varias veces.

—¿Qué haces?

—Juntar las camas —dijo con una risita.

—Vaya tela, qué mierda llevas.

—Luigi —dijo dándose la vuelta para mirarme—. *Cazzo*, todo da vueltas.

—No me extraña —suspiré—, te has pasado mucho con el alcohol.

Abrió la boca para decir algo, pero antes de poder emitir sonido, salió corriendo hacia el baño. Un par de segundos después lo oí empezar a vomitar. Fui con él y lo encontré abrazado al váter. Me senté en el suelo a su lado y le aparté los rizos que se le habían pegado a la cara. No tardó en volver a vomitar. Llené de agua el vaso de los cepillos de dientes y se lo acerqué. Bebió un par de tragos y siguió vomitando.

Estuvimos así un buen rato, calculo que un par de horas. Durante ese tiempo, vomitó algunas veces más, se quedó medio adormilado otras tantas y, cuando ya llevaba un tiempo tranquilo, se quedó dormido del todo con la cabeza apoyada en la taza de ese váter que me hacía preguntarme el tiempo que haría desde su última desinfección.

Conseguí despertarlo lo justo para que colaborara en la tarea de arrastrarlo hasta la cama. Le quité los vaqueros y él abrió un ojo.

—¿Vas a desnudarme? —preguntó sonriendo, pero sin poder abrir el otro ojo.

—No —me reí—. Así ya vas bien. Duérmete.

—No era así como yo quería que terminara esta noche —renegó cerrando los ojos a punto de quedarse dormido.

—Ponte de lado —dije acercándome hasta él y girándole en la cama—, por si vuelves a vomitar.

—Bien pensado, Luigi, me gusta que me cuides.

Le di un beso y lo oí respirar profundamente. Me dejé caer en la otra cama y me dormí inmediatamente.

TREINTA Y CINCO

CIAO, SOFÍA

Me despertó el sonido de la puerta al abrirse y la voz de la señora del motel diciendo algo a un volumen demasiado fuerte. Piero se incorporó de golpe en su cama y gritó algo en italiano que no entendí, pero por el tono no parecía nada bonito. La mujer se marchó, cerrando la puerta con mala cara.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Que teníamos que haber dejado la habitación hace media hora —gruñó Piero.

—Y ¿qué le has dicho tú?

—Que qué coño era eso de entrar sin llamar, que nos cobre otra noche y nos deje en paz… Qué mala educación y qué poco respeto por sus huéspedes… —dijo en tono de mosqueo frotándose la cara.

—Pues sí, y menos mal que al final anoche no juntamos las camas…

—Ya, bueno, igual hubiera estado bien que nos pillara follando, lo mismo así se le pasaban las ganas de abrir las puertas sin llamar —renegó de mal humor.

—Yo casi prefiero que no. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Mal, Loui, me encuentro mal, tengo un dolor de cabeza terrible, y no tengo aquí mis pastillas mágicas contra la resaca, no pensé que me fueran a hacer falta en este viaje —gruñó.

—Vale, no me hables así, que no es culpa mía todo lo que te bebiste anoche… —dije levantándome de la cama y buscando ropa limpia para darme una ducha.

—Ya, perdona. —Volvió a frotarse la cara—. Soy insoportable con resaca, lo llevo muy mal…

—Bueno, pues espabila, date una ducha y vamos a comer algo antes de ir a por la furgo. Espero que la avería sea una tontería, porque como vaya para largo y nos toque quedarnos tres días en este pueblo…

—Pues nos tendremos que aguantar —me cortó.

—Vaya tela, cómo estás —gruñí yo también—. Me meto en la ducha, a ver si cuando salga te ha cambiado un poco el humor.

Él puso los ojos en blanco y volvió a dejarse caer en la cama.

Cuando salí de la ducha, seguía exactamente igual, creo que se había vuelto a dormir. Le insistí para que se duchara él también y, tras varios gruñidos de respuesta por su parte, finalmente lo conseguí.

Salimos de la habitación una hora después. Al pasar por el mostrador de la entrada, Piero volvió a darle un bufido a la señora antes de salir del edificio. Se puso las gafas de sol en cuanto

pisamos la calle y no cambió el gesto severo que tenía desde que se había despertado. Me siguió en silencio hasta la *trattoria* donde habíamos cenado la noche anterior y se pidió un plato de pasta y mucha agua. Se bebió casi un litro antes de que trajeran la comida. No dijo nada en todo el rato.

—Vaya compañía eres cuando estás de resaca —sonreí.

—¿Te molesto? —gruñó.

—No —me reí negando con la cabeza, hasta de mal humor era entrañable.

Terminamos de comer en silencio y fuimos directos al taller. El mecánico nos recibió con gesto serio. Piero habló con él un rato antes de girarse hacia a mí y traducirme.

—Que Sofia ha muerto, no hay nada que hacer, habría que cambiar el motor entero, saldría más caro que una furgoneta nueva. Se queda aquí y se ocupa él del papeleo. Ahora tenemos que vaciarla porque lo que no nos llevemos se va al desguace con ella… Qué pereza…

—¿Eso es lo que te preocupa de esta situación? ¿La pereza de vaciar la furgo? —pregunté a la vez sorprendido e irritado.

—*Cazzo*, Loui, dame un respiro, que no me encuentro bien.

—No te encuentras bien porque tienes resaca, no porque estés enfermo o algo.

—¿Qué tiene eso que ver? No me encuentro bien por lo que sea y punto —gruñó.

Yo estaba empezando a cabrearme por su actitud, así que decidí dejar ahí la conversación y empezar a recoger las cosas de la furgoneta. Piero renegó un poco más, rellenó los papeles que le dio el mecánico y a continuación se unió a mí en la selección de lo que nos llevábamos y lo que se quedaba.

Por suerte, antes de salir de Sicilia, habíamos sacado las cosas de Greta y Gina, igual que los aparatos de medicina de Piero. Aun así, eran demasiadas las cosas con las que debíamos cargar.

Él no dijo prácticamente nada durante el proceso, y creo que su resaca ayudó a que no tuviera interés especial en llevarse algunas de las cosas que decidimos dejar.

—El futón no podemos llevárnoslo —dije yo.

—Bien, me da igual —bufó.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunté.

—*Cazzo*, Loui, yo qué sé… Tendremos que ir a *Genova*…

—Y ¿cómo se va a Génova desde aquí?

—Ni idea, voy a preguntarle a este hombre.

Se acercó a hablar con el mecánico y yo me quedé viendo de qué manera llevar todos los trastos hasta el motel.

—Dice que hay un autobús, pero que pasa una vez al día. El de hoy ya ha salido, podemos cogerlo mañana a las doce y cuarto en la entrada del pueblo.

—Bien —contesté un poco agobiado ya—. Pues vámonos, a ver cómo llevamos todo esto.

Salimos del taller cargadísimos y de muy mal humor. Apenas podíamos con las dos maletas y el resto de bolsas que habíamos llenado, y yo solo podía pensar en que al día siguiente tendríamos que añadir a esto la otra maleta y mis cámaras, que estaban en la habitación.

Tras una odisea en la que se nos fue cayendo todo por el camino, por fin llegamos a la habitación, dejamos los trastos y nos sentamos cada uno en su cama.

—No me puedo creer que nos haya pasado esto —dije por fin.

—*Cazzo*, Loui, no le des más vueltas —gruñó.

—Es que te veo muy tranquilo para el marrón que tenemos encima… ¿A qué mierda de mecánico llevaste la furgo que te dijo que podía hacer un viaje así de largo sin problema? Yo iría a verlo en cuanto volvamos y le diría cuatro cosas, nos vemos en esta situación por su culpa…

—Ese no tenía ni idea —dijo haciendo un gesto de indiferencia con la mano—. Me dijo que no llegaríamos ni a Roma, y mira, hemos hecho un montón de kilómetros más…

—¡¿Qué?! —grité flipando mucho—. ¿Te dijo que la furgo no estaba para hacer un viaje así y no dijiste nada? ¿Te arriesgaste a que nos pasara esto?

—Sí, ¿qué más da? Era una posibilidad…

—Yo no lo contemplaba como posibilidad —contesté ya bastante cabreado.

—Pues la furgo tenía más de treinta años, Luigi, no hay que ser muy listo para suponer que podía pasar esto… —bufó frotándose la cara.

—Ya, sobre todo si estabas avisado, ¿no? —Mi cabreo iba en aumento, no solo había sido un irresponsable, sino que además parecía que me acababa de llamar tonto.

—Déjalo estar, Loui, no me toques las narices hoy, que no estoy de humor.

—Ah, vale, pues nada, no le digo nada hoy al señor, que tiene resaca y no se le puede ni hablar… Pues si has sido un irresponsable y nos has metido en este marrón, te lo tendré que decir. No se puede ir así por la vida, Piero. Madura un poco.

—No me toques los cojones, Loui, o esto no acabará bien… —dijo frotándose la cara de nuevo.

—Tienes tres años más que yo, Piero —dije ya claramente mosqueado—. Vas a cumplir veintisiete, y te comportas como un puñetero crío… Todo es un juego para ti, empezando por ese trabajo en el que a veces ni cobras, pasando por ese rollo *hippie* adolescente y terminando por embarcarte en un viaje en el que eras consciente de que nos podíamos quedar tirados en medio de la nada en cualquier momento… ¡No tienes ningún sentido de la responsabilidad!

Se había tumbado en la cama mientras yo hablaba, pero se incorporó con cara de mala hostia cuando terminé de hablar.

—¿En serio, Loui? ¿En serio me hablas tú de responsabilidad? ¿Tú? Que no has currado en tu vida, que tienes un sueldo, que ya querrían muchas familias, solo por existir, por ser hijo de quien eres… Tú, que has podido hacer siempre lo que te ha dado la gana porque lo has tenido todo fácil desde el principio… Y se te llena la boca hablando de responsabilidad, ¿qué quieres? ¿Darme una lección? Diga, maestro Luigi, ¿qué debo hacer? ¿Cómo debo vivir mi vida para recibir su aprobación? —escupió esas palabras que fueron directas al corazón.

Quizá debí callarme y dejar ahí el tema, pero me sentí dolido y atacado, supongo que igual que él, y preferí seguir con la discusión.

—No se trata de recibir mi aprobación —dije ya muy cabreado—. Se trata de madurar, de que te comportes como el adulto que eres… Una persona responsable no se emborracha hasta casi perder el conocimiento, no juega a ligar con chicas, no se sube a una estatua para hacerse una foto y no se desnuda y se pone a dar gritos desde arriba de una montaña… Eres un puñetero crío.

Apretó tanto la mandíbula que hasta le habría oído rechinar los dientes si no hubiera sido por los fuertes resoplidos que salían de su nariz.

—Eres un tipo muy aburrido, Luis. Paso de esto.

Se tumbó en la cama, me dio la espalda y no dijo nada más. Cogí mi cartera y la llave de la habitación y salí de allí con el mosqueo más grande de mi vida.

Desde la *trattoria* había visto a lo lejos lo que parecía un hipermercado que no debía de estar a más de un par de kilómetros. Decidí ir hasta allí dando un paseo. Me sentaría bien caminar.

Creo que subestimé la distancia, y hacía bastante calor. No dejé de darle vueltas en todo el camino a las cosas tan horribles que me había dicho… Y a su irresponsabilidad. Me parecía inconcebible que nos hubiera embarcado en ese viaje siendo consciente de que nos podía pasar

esto en cualquier momento… ¿Quién tenía tan poco conocimiento como para hacer algo así? Era incapaz de entenderlo… Y todo lo que me había dicho… ¿De verdad pensaba eso de mí? Y lo de «paso de esto», ¿a qué se refería con eso? ¿A que pasaba de seguir discutiendo o a que daba por terminada nuestra relación? Después de lo que me dijo la última noche en Milán, me costaba creer que esa fuera su manera de romper conmigo, pero con Piero todo era posible, no me habría extrañado demasiado que fuera eso lo que quería decir. Yo no quería romper con él, pero tampoco estaba dispuesto a mendigar su cariño, y menos sabiendo ahora como sabía la opinión que tenía de mí. No me podía creer que me hubiera llamado irresponsable por mi modo de vida. Vale, sí, tenía lo que se podría considerar un sueldo a cambio de nada, pero tampoco me parecía lógico buscarme un curro mal pagado que no me hacía falta y con el que no me sentiría realizado a nivel profesional… ¿Era afortunado? Sí, y mucho, era consciente, pero no por eso era irresponsable. No me compraba caprichos ni vivía por encima de mis posibilidades. Pensaba que, dentro de mi situación privilegiada, era una persona sensata y con sentido de la responsabilidad. Y aburrido, además de eso, me había llamado aburrido. Eso casi me había dolido más. En ese momento no se me ocurrían razones por las que él quisiera estar conmigo, así que, igual sí, igual había dado por terminado lo que teníamos.

No fue una caminata agradable, pero finalmente llegué al centro comercial y el aire acondicionado me recibió como un mejor amigo después de un largo viaje. Compré un par de mochilas grandes en las que calculé a ojo que cabría casi todo lo que llevábamos en bolsas. Pasé por una cadena de comida rápida que había fuera del hipermercado y compré unas hamburguesas con sus patatas y sus refrescos. Por suerte, en el parking había una parada de taxis y encontré uno disponible que me llevó de vuelta al pueblo, era ya bastante tarde.

Llegué a la habitación ya de noche y encontré a Piero en la cama mirando al techo. Ni me miró cuando entré.

—He traído unas hamburguesas —dije mientras cerraba la puerta tras de mí.

—Bien, gracias —contestó incorporándose muy serio—. Dime qué te debo, te pago lo mío.

—Da igual.

—No, Loui, un hombre adulto responsable paga por su comida, dime lo que te debo —dijo escupiendo cada una de las palabras.

—No me apetece seguir discutiendo sobre lo mismo, Piero —contesté volviendo a cabrearme yo también—. Tu irresponsabilidad no tiene que ver con pagar esto o aquello, eso me da lo mismo, eres un irresponsable por no medir las consecuencias de tus decisiones… Creo que no te das cuenta del marrón en el que nos has metido…

Me miró resoplando por la nariz, sacó un billete de diez euros de su cartera y lo dejó con un manotazo sobre la mesilla de noche.

—Paso-de-esto —dijo poniendo mucho énfasis en cada palabra.

—Pues paso yo también —gruñí sin saber muy bien de qué estaba pasando, si de discutir o de seguir con lo que teníamos.

Nos comimos la cena en completo silencio. Tampoco nos dijimos ni una palabra antes de meternos cada uno en su cama y apagar la luz. Lo oí empezar a respirar profundamente al cabo de un rato. Yo me quedé varias horas dando vueltas en la cama y repitiendo mentalmente cada una de las cosas tan horribles que nos habíamos dicho.

TREINTA Y SEIS

PEREGRINACIÓN A GÉNOVA

Esa noche apenas dormí, la pasé dando vueltas en esa incómoda y diminuta cama. Cada vez que abría los ojos en la oscuridad, todos los bultos que habíamos rescatado de la furgoneta parecían reírse de mí. Escuchar a Piero respirar profundamente no ayudaba nada, era del todo ajeno a nuestro problema. No le había afectado lo más mínimo ni el giro que había tomado el viaje ni la pelea. Y eso solo hacía que me comiera más la cabeza y que mi cabreo fuera aumentando a medida que pasaban las horas.

Debí de dormirme de madrugada.

Me despertó el sonido de la puerta al cerrarse con suavidad. Miré hacia la cama de Piero y estaba vacía. Me acerqué discretamente a la ventana para ver si lo veía salir del edificio y, efectivamente, apenas un par de minutos después, enfiló la calle del motel vestido solo con un pantalón corto y unas zapatillas de deporte. Hizo unos estiramientos y echó a correr hasta que lo perdí de vista. Eran poco más de las seis de la mañana.

Volví a tumbarme en la cama, con una sensación amarga entre el enfado, la decepción, la frustración y la impotencia. Quise creer que Piero habría recapacitado esa noche. Resolví que, si asumía la culpa de habernos llevado a esa situación y me pedía disculpas, lo perdonaría y olvidaríamos el asunto. Yo también le había dicho cosas que lamentaba, claro que las lamentaba… Le había reprochado cosas de él que en realidad me encantaban. No debí hacerlo, pero me sentí atacado y no supe con qué otra cosa defenderme. Y eso, lejos de arreglar la situación, la había empeorado más, lógicamente. No podía ser de otra manera. No sé en qué estaba pensando cuando entré al trapo con toda esa sarta de reproches. Pensé que él había reaccionado como yo, y que era posible que esas cosas tan feas que me había dicho no las pensara en serio… O quizás él sí, también era muy probable… En ese caso, le veía muy mala solución a lo nuestro.

Debí de quedarme dormido de nuevo porque me despertó la puerta al abrirse y la luz que bañaba en ese momento la habitación era mucho más abundante. Piero entró en silencio, con gesto serio y muy sudado. Ni me miró. Cogió algo de ropa y se metió en el baño. Me levanté y preparé mi ropa para meterme yo en la ducha en cuanto él saliera.

Aproveché la espera llenando las mochilas que había comprado el día anterior con todo lo que llevábamos en bolsas. No cabía todo, pero sí la mayor parte. Salió al poco rato ya duchado y vestido… Y guapísimo, como siempre, aunque ese gesto agrio en la cara no le sentaba tan bien como su sonrisa habitual.

—Hay que coger dos autobuses hasta *Genova* —dijo muy serio mientras guardaba la ropa sucia que había sacado del baño en una bolsa—. Allí podemos alquilar otra furgoneta o coger un tren hasta *Napoli* y de ahí el ferri a Palermo. Yo creo que ya no tiene mucha gracia seguir el viaje

por carretera, pero tú mandas, seguro que lo haces mejor que yo —añadió en un tono más de reproche que de disculpa que no me sentó nada bien.

—Pues no, ya no le veo sentido al viaje por carretera. Pero tampoco se lo veo a ir en tren. Serán unas ocho horas hasta Nápoles y luego once horas de ferri. Desde Génova lo suyo es coger un avión hasta Palermo, que no serán más de dos horas, es lo más cómodo y lo más rápido.

Cerró con violencia la maleta en la que había dejado la bolsa y se giró hacia mí con una expresión tan dura que me encogía el corazón.

—En avión entonces, como desee el señor —dijo poniéndose una mano en la barriga y haciendo una leve inclinación de cabeza hacia mí.

—Piero, no me jodas, sabes que es lo más lógico… —respondí mosqueado por el tono en el que me había hablado.

—Yo no sé nada, solo soy un crío irresponsable —replicó arrastrando la maleta que acababa de cerrar y dejándola junto a la puerta.

—No quiero empezar otra vez como ayer, Piero.

—Yo tampoco. —Abrió la puerta y salió de la habitación dando un portazo.

De puta madre. Se acababa de dar la razón con lo de crío reaccionando de esa manera, pero casi mejor eso que volver a empezar de nuevo como el día anterior.

Cuando salí de la ducha, Piero aún no había vuelto. Bajé al bar del motel y lo encontré sentado a una mesa. Apuró su café en cuanto me vio aparecer y se levantó. Se cruzó conmigo a mitad de camino hacia la puerta y no dijo nada, apenas me miró. No entendía esa actitud suya de ofendido, creía sinceramente que era él el que me debía una disculpa a mí, al fin y al cabo, era él el que nos había llevado a esa situación, pero su actitud distaba mucho de parecer arrepentida. Desayuné dándole vueltas a esos pensamientos e intentando averiguar cómo funcionaba esa cabeza suya para que se sintiera más ofendido que arrepentido.

Subí a la habitación y Piero había terminado de recoger todo, estábamos listos para salir.

—¿Vamos? —preguntó en tono seco cargándose una de las mochilas a la espalda.

—Vamos —contesté en el mismo tono haciendo lo propio con la otra.

Él cogió dos de las maletas y yo la tercera junto con mis cámaras de fotos. Enganchó en sus maletas las bolsas con lo que no había cabido en las mochilas, sin pronunciar palabra, y dejamos por fin esa horrible habitación.

Empezaba a hacer calor, y el viaje hasta la parada del autobús cargados y con el ambiente tan tenso entre nosotros no fue nada agradable.

Piero caminaba muy serio, arrastrando las maletas y sin decir ni una palabra.

—*Paolo!* —La chica con la que había estado bailando la otra noche en la verbena lo saludó cuando llegamos a la parada, parecía estar esperando ella también el autobús. Él sonrió por primera vez desde esa noche.

Se pusieron a hablar los dos en italiano muy animadamente. Él pasó de dirigirse a mí o de traducirme, como si no fuéramos juntos.

El autobús llegó puntual y, a duras penas, subimos todo nuestro equipaje. Piero se quedó todo el trayecto con la chica pasando de mí. Hora y media de autobús, un autobús que parecía más una cafetera que un vehículo, la verdad.

—*Ciao, bella.* —Piero se despidió de la chica con una sonrisa y un abrazo cuando llegamos al pueblo en cuestión.

Echamos a andar por donde le había indicado ella para coger el autobús a Génova. De nuevo

tenía su gesto serio y caminaba en silencio.

—¿Va a ser así a partir de ahora? —pregunté ya más que irritado—. ¿No me vas a volver a hablar? Flipo con que encima seas tú el ofendido, cuando eres el culpable de que estemos así…

—Argh, Loui, qué obsesión, sí, es mi culpa, mía, mía, toda mía, soy un chungo, un crío, lo he hecho todo mal, pero ya está, supéralo, no puedo volver atrás y cambiar las cosas. ¿Necesitas un culpable? Soy yo, solo yo, ya está, si así te callas, soy todo lo culpable que quieras…

Resoplé con fuerza como respuesta. Nunca he sido una persona violenta, pero juro que en ese momento lo que me nacía era darle un guantazo, a ver si así dejaba de comportarse como un crío. En lugar de eso, decidí dejar el tema y corresponderle con el mismo mutismo. Mi paciencia estaba llegando a su límite y a mí tampoco me apetecía seguir discutiendo. Todavía esperaba esa disculpa que, lejos de aparecer, veía cada vez más improbable. Pero no iba a hacerlo yo primero, de ninguna manera, y menos después de la actitud que tenía hacia mí.

No nos costó encontrar la parada del autobús a Génova. Se había hecho la hora de comer, pero ninguno de los dos dijo nada al respecto. Esperamos a que llegara y nos subimos también en silencio. Paró en todos los pueblos del camino y tardamos más de dos horas en llegar a la ciudad. Eran casi las cinco de la tarde cuando alcanzamos nuestro destino y cogimos un último autobús en dirección al aeropuerto.

Poco antes de las seis de la tarde entrábamos en el edificio y nos dirigimos al mostrador de una compañía aérea que operaba vuelos nacionales. Mi agobio solo había ido en aumento. Llevábamos más de cinco horas de aquí para allá, cargados como animales y sin comer nada desde el desayuno. El humor de ninguno de los era el indicado para tomar decisiones o incluso para mantener una conversación civilizada.

Piero intercambió algunas frases en italiano con la chica del mostrador antes de dirigirse a mí.

—El próximo vuelo a Palermo sale mañana a las once… ¿Le parece bien al señor? —Otra vez el tonillo impertinente que me tocaba tanto las narices.

—Sí, cuanto antes —gruñí.

—Bien —bufó él sacando su cartera y diciéndole algo a la chica en italiano.

—Yo pago los billetes —le dije.

—No —contestó muy serio—. Es MI CULPA, yo pago los billetes.

—Como quieras —añadí con un suspiro sin ganas de discutir.

Piero le dio a la chica una tarjeta de crédito con los colores de la bandera de Italia. Al momento, la chica le dijo algo en italiano y se la devolvió. No entendí lo que decía, pero la equis roja del datáfono lo dejaba bastante claro. A mí nunca me había pasado algo así, pero me podía imaginar el bochorno que se debe de sentir en ese momento. Saqué mi cartera sin decir nada.

—Ni de coña —dijo Piero en un tono más que desagradable al ver mi gesto—. El avión lo pago yo.

—¿Cómo, Piero? Aquí no te van a dejar pagar con mermelada…

Igual me podía haber ahorrado ese comentario, pero me tocaba ya las narices su actitud insoportable. Resopló fuerte por la nariz mientras me fulminaba con la mirada. Sacó otra tarjeta de su cartera y la estampó en el mostrador.

—Asientos separados, por favor, muy separados —dijo sin quitarme la vista de encima. Al momento se giró hacia la chica y repitió la orden en italiano.

Ella pasó la nueva tarjeta por el datáfono y, a continuación, le dio el recibo para firmarlo y

dejó la tarjeta en el mostrador. Esa tenía una foto de Piero, Greta y Gina, muy sonrientes los tres. Yo había visto en España que algunos bancos ofrecían la posibilidad de personalizar las tarjetas de crédito con una fotografía, y siempre me había preguntado quién sería tan hortera como para hacer algo así. Ahí estaba mi respuesta. No hice ningún comentario al respecto mientras él la cogía y se la guardaba.

—Hay un hotel justo enfrente —gruñó.

—Bien, cuanto más cerca, mejor.

—Bien.

—El hotel lo pago yo —dije mientras caminábamos hacia la salida.

—No necesito tu caridad.

—No es caridad, quedamos en que yo pagaba los hoteles. Ya te han costado bastante los billetes de avión…

—Es lo justo, era MI CULPA —dijo otra vez en ese tonillo insoportable. Y sí, claro que era su culpa, no podía evitar desesperarme con su aire de ofendido. Iba listo si esperaba que encima fuera yo el que me disculpara.

Comparado con el motel donde habíamos pasado las últimas dos noches, este era un palacio. Piero se giró hacia mí antes de dirigirse al recepcionista.

—¿Una habitación o dos? —preguntó.

—¡Una! —contesté sorprendido—. A menos que tú quieras una para ti solo, me parece absurdo pagar dos habitaciones…

—Crío, inmaduro, irresponsable… Y ahora también absurdo… Esto solo mejora.

—Piero, joder, lo estás sacando todo de quicio.

—Entonces también exagerado… Parece que lo tengo todo.

Me pasé una mano por la cara ya desesperado para evitar decirle nada más y empeorar las cosas. Él se dirigió al conserje del hotel.

—*Camera doppia, due chiavi.*

—¿Qué le has dicho? —pregunté mientras rellenaba el papeleo.

—Dos camas, dos llaves —contestó muy seco.

—Bien —gruñí mientras le entregaba los papeles al chico del hotel.

La habitación era enorme y espectacular. Mi cabeza pensó automáticamente en cómo la habríamos disfrutado en otras circunstancias. Tenía dos camas de matrimonio gigantes, un baño enorme y una gran cristalera desde la que se veía el mar.

Dejé todos mis trastos junto a una de las camas y me senté en ella. Él hizo lo mismo junto a la otra, pero se quedó de pie.

—¿Hasta cuándo va a durar esto, Piero? —pregunté ya agotado.

Sacó las llaves del bolsillo de su pantalón, lanzó una sobre mi cama y volvió a guardarse la otra.

—*Ciao* —dijo saliendo de la habitación sin decir nada más.

TREINTA Y SIETE

EL CHICO

Aunque llevaba muchas horas sin comer, me di una ducha antes de bajar a la cafetería del hotel. Eran más los nervios que arrastraba que las ganas de tomar algo, y necesitaba relajarme de alguna manera. No funcionó demasiado.

El comedor era muy acogedor, tomé asiento cerca de una enorme cristalera desde la que se veía el *parking* del hotel. Pedí una cena ligera, más por obligarme a ingerir alguna cosa que por verdaderas ganas de comer, tenía el estómago cerrado.

Mientras esperaba mi sándwich, reparé en la presencia de Piero deambulando por el aparcamiento. Los cristales de la cafetería eran de esos tintados que impiden ver el interior, así que era imposible que él me viera a mí. Caminaba cabizbajo dando patadas a las piedras con las que se iba cruzando.

Al poco rato, un coche entró en mi campo de visión y aparcó cerca de él, que se acercó al vehículo con una sonrisa. Un chico algo más alto que nosotros bajó de él y le dio un abrazo a Piero. Empezaron a hablar animadamente y, al momento, abandonaron el recinto, saliendo del alcance de mi vista.

Puede que nunca me hubiera sentido tan solo como cuando volví a esa habitación, y eso era mucho decir después de la infancia y la adolescencia que había tenido.

Saqué mi teléfono, necesitaba hablar con alguien, pero… ¿con quién? No quería llamar a mi madre, hacía apenas dos días que había estado con ella, y adivinaría por mi tono de voz que algo me pasaba, su intuición para esas cosas era infalible. Mi mejor opción era Greta, pero no tenía teléfono. Nunca me había dado tanta rabia eso como en aquel momento.

Pensé en mis amigos. Sabía que Chus iba a pasar el verano en el pueblo de la familia de Vero, mejor no molestarlo. No me apetecía llamar a Marc, eran muchas las cosas que no podía contarle y que me hacían sentir mal. Era mejor evitar una conversación directa con él. Todavía no eran las ocho de la tarde, y aún era julio, Samu estaría currando en la farmacia de su madre, era mi mejor opción.

—No cuelgues, nano, espera un segundo —dijo al descolgar—. A ver, señora, que no tengo una bola de cristal, no puedo adivinar qué tipo de bicho le ha picado, eso se lo tiene que decir un médico… Si le doy una pomada a lo loco, lo mismo la liamos más. Vaya al médico y después yo le doy las drogas que necesite… Si entiendo que le duela, pero es que yo no puedo hacer nada…

Sí, claro que yo soy el que entiende de medicinas, pero necesito saber qué tipo de picadura es… —resopló—. Teresa, ocúpate tú, por favor, que tengo una llamada importante… Ya, nano, qué peña más pesada… ¿Qué tal? ¿Qué te cuentas?

—Hola, tío, nada, que tengo un poco de morriña…

—Normal, cabrón, si es que llevas fuera la hostia de tiempo… ¿Te has agobiado del viaje? Pues vuélvete ya para casa, que está siendo un verano muy aburrido.

—¿Sí? ¿Cómo van las cosas por ahí? —pregunté acercándome a la cristalera de la habitación.

—Bien, nano. *El* Chus y tú lleváis fuera todo el verano, qué te voy a contar… Estrella está un poco de los nervios con todo lo de la boda, pero bien. Intentamos sacar a Marc por ahí, que la siesa de Marta está pasando el verano en el norte con su familia, para que vea lo divertido que es estar sin ella (que ya se podría quedar allí y no volver), pero creo que se agobia solo con su hermana y conmigo… Nos haces falta, nano.

—Ya, vosotros a mí también —dije sin pensar.

Reparé en que desde la ventana se veía a Piero y a su ¿amigo? sentados en un murete del puerto, solo estaban hablando. Me quedé mirándolos un rato mientras hablaba con Samu.

—Pues vuelve, nano, déjate de rollos, llevas demasiado tiempo fuera.

—Ahora no puedo —dije pensando que quizá era lo que debería hacer, cambiar mi billete a Palermo por uno a Valencia y olvidarme ya de todo… Pero aún tenía cosas en casa de Greta, y tampoco podía irme de Italia sin despedirme de ella. Y, desde luego, si había alguna posibilidad de arreglar las cosas con Piero, quería intentarlo, aunque cada vez lo veía menos probable.

—¿Qué te pasa, nano? ¿Mal de amores?

—Algo así, supongo —me reí—. Un rollo sin importancia —mentí—, pero creo que me había hecho demasiadas ilusiones…

—¿Un cabrón? ¿Hay que ir a donde coño estés a abrirle la cabeza a alguien? Mándame un billete, que estoy pelado, y me planto allí a reventar al capullo que te esté amargando el verano.

—Gracias, tío —sonreí.

—Te lo digo en serio, así además me das la excusa para escaquearme de currar y de los preparativos de la boda —se rio él también—. No te cases, nano, es un marrón.

—Los gais no podemos casarnos —sonreí.

—Cierto, pues de eso que te libras, qué follón, tío. Hasta las pelotas estoy ya de la boda.

—¿Sí? ¿Estrella te agobia mucho con eso?

—Qué va, ella pasa de la boda casi tanto como yo… Son mi madre y mi suegra, qué movida, tío, están las dos de los putos nervios… ¡Ni que se casaran ellas!

—Es normal, supongo, es la primera boda para las dos familias.

—Ya, nano, pero nosotros queríamos algo sencillito, y esto se está saliendo de madre, nunca mejor dicho.

—Ya, supongo —me reí pensando en su madre y su suegra, me las podía imaginar perfectamente.

—Nano, te pongo en manos libres, que acaba de llegar Estrella, así la saludas.

—Claro.

—Hola, Loui, ¿cómo vas? ¿Dónde estás? ¿Cuándo vuelves?

—Hola, Estrella, pronto, muy pronto —dije viendo a Piero reírse con ese chico—. Igual antes de lo previsto, ya veré…

—¿Has llamado a mi hermano?

—No, desde que me llamasteis por mi cumpleaños que no hablo con él.

—Pues llámalo, que está muy aburrido, y Samu y yo ya no sabemos qué hacer con él… Le

sentará bien hablar contigo.

—Claro, en cuanto tenga un hueco, lo llamo —mentí a medias. Quería evitar hablar con Marc más allá de lo estrictamente necesario, y eso sería la semana siguiente, por su cumpleaños.

—Bueno, tío, me alegro de oírte, gracias por llamar, pero ahora tenemos que pirarnos —dijo Samu—. Llama más a menudo, cabrón.

—Claro, lo intentaré —sonreí.

—Au, nano, nos vemos.

—Au.

Colgué el teléfono y lo lancé sobre la cama. Me quedé un rato mirando a Piero y al otro chico, que mantenían una conversación muy animada. Resolví dejar de torturarme y me alejé de la ventana. Eran poco más de las ocho, pero me puse el pijama y me metí en la cama, quería que ese día terminara lo antes posible. Tras dar unas cuantas vueltas en el colchón sin poder dormir, busqué en la maleta unas pastillas que tenía para cuando me costaba conciliar el sueño. Solo las tomaba en ocasiones especiales, y esa noche me parecieron muy necesarias. Eran bastante fuertes y me dormí casi inmediatamente.

Me despertó la luz que entraba por el ventanal. Estaba solo en la habitación. La cama de Piero estaba deshecha, por lo menos parecía haber dormido aquí. Supuse que habría salido a correr, como la mañana anterior.

Salí de la cama y fui al baño. Al abrir la puerta se me paró el corazón. Me encontré a un tío en bolas secándose con una toalla, pero no era Piero. Supuse que era el chico del día anterior, pero solo lo había visto de lejos y vestido, no podía estar seguro. Volví a cerrar la puerta en cuanto pude reaccionar y me quedé plantado en la habitación, luchando con todas mis fuerzas por no vomitar. Él salió al momento del baño con una toalla enrollada en la cintura.

—*Scusa, sono Guido, un amico di Piero dai tempi dell'università* —dijo hablando muy despacio y tendiéndome la mano.

Noté los ojos cargados y un nudo en el estómago. Mi cuerpo se debatía entre ponerse a llorar o a vomitar.

—*Non preocuparti, non sono gay, sono etero* —dijo igual de despacio—. *Mi capisci?*

Asentí como pude, pero no era capaz de hablar.

—*Piero mi ha parlato cosi tanto di te… È molto inamorato, non ti preoccupare…*

Quería decir algo, pero no me salía ni una palabra. Finalmente me senté en la cama y enterré la cara entre mis manos, me estaba superando demasiado la situación. Noté que el tal Guido se sentaba a mi lado y me pasaba un brazo sobre los hombros.

—*Piero è molto speciale, è un ragazzo stupendo, ma a volte un po' infantile…*

En ese momento se abrió la puerta de la habitación. Levanté la cabeza automáticamente para mirar a Piero, que nos observaba desde el umbral.

—¿Debería estar celoso? —dijo con el tono serio tan odioso que le duraba ya varios días.

—No puedo más, Piero, no puedo con esto —dije con una voz menos firme de lo que me habría gustado mientras me ponía de pie y me zafaba del brazo del chico.

Me metí en el baño y cerré la puerta. Mi ropa del día anterior seguía ahí, así que aproveché y me vestí. Me habría gustado ponerme algo limpio, pero mejor eso que volver a salir en pijama. Me quedé dentro un rato, oyéndolos hablar en italiano muy deprisa y sin entender nada de lo que decían, aunque parecía más una discusión que una conversación.

Salí cuando conseguí sentirme más tranquilo y sus voces parecían haberse calmado. Las

maletas estaban ya cerradas. Abrí la mía (aunque había ropa de los dos en todas ellas), guardé el pijama que acababa de quitarme y la volví a cerrar.

—¿Vamos? —preguntó Piero—. Tenemos mucho que facturar.

Su tono de voz era más suave que el que había usado conmigo en los últimos días, pero seguía sin ser el de siempre.

Guido nos acompañó al aeropuerto para ayudarnos a cargar con todos los bultos y se despidió de nosotros frente al control de seguridad.

—*Un piacere conoscerti, Luis. Spero di rivederti di nuovo*… —dijo en el tono lento que empleaba conmigo y que me ayudaba mucho a entender más o menos lo que decía.

—Nunca se sabe —dije estrechándole la mano.

A continuación, le dio un abrazo a Piero y se alejó de nosotros despidiéndose con la mano.

—¿Qué habéis hablado? —me preguntó Piero mientras recogíamos lo poco que no habíamos facturado de las cintas transportadoras del control de seguridad.

Ni le contesté.

—Bien, pues no me hables —gruñó y se puso a rebuscar en su bolsa—. Toma, tu billete.

—Vale, nos vemos en Palermo —gruñí yo también. Se lo quité de la mano y me alejé de él. Ahora era yo el que estaba cada vez más cabreado y prefería no tenerlo cerca.

TREINTA Y OCHO

CARIÑO

Apuré al máximo mi deambular por el aeropuerto para subir de los últimos al avión. No me apetecía nada cruzarme con él o estar viéndolo durante el rato que durara la cola para embarcar. Mi asiento estaba en la fila dos, si entraba de los primeros, tendría por fuerza que verlo pasar hacia la parte trasera del avión.

Sabía que el asiento de Piero estaba al fondo, pero preferí no buscarlo. Di por hecho que habría cogido el avión a tiempo y que ya nos veríamos en Palermo, en la recogida de equipajes. Localicé mi asiento enseguida. Era el del centro, ni ventanilla ni pasillo, el peor asiento de todos… ¿Lo habría hecho adrede?

Un chico que no llegaría a los treinta años ocupaba el asiento de la ventanilla, y una chica que los pasaba de sobra ocupaba el del pasillo. Me senté donde me correspondía y escuché, por enésima vez en mi vida, las instrucciones de los auxiliares de vuelo.

Siempre me ha gustado el momento del despegue, la sensación de mi cuerpo presionando contra el asiento y el cosquilleo del estómago al despegar son mis sensaciones favoritas de un vuelo. Durante esos segundos justo antes de que el avión alzara el vuelo, vi al chico de mi izquierda santiguarse. Disimulé una sonrisa, me resultó un gesto entrañable. La chica de mi derecha iba leyendo un libro, ajena al resto del mundo.

Hubiera sido una buena idea coger un libro también, pero mi mosqueo no me había dejado pensar en ese tipo de cosas y ahora me encontraba con una hora y media por delante a solas con mis pensamientos. Definitivamente, gran error. Apoyé las manos en los brazos del asiento, ninguno de mis vecinos los estaba usando, y cerré los ojos.

A los veinte minutos aproximadamente habíamos alcanzado una tranquila velocidad de crucero. Fue en ese momento que el avión dio una sacudida y, automáticamente, como siempre que en un vuelo hay turbulencias, se oyeron gritos ahogados de muchos de los pasajeros. Dio una segunda sacudida más fuerte y el chico de la ventanilla me cogió la mano. Abrí los ojos de golpe.

—Perdona… *scusi, scusa*… mierda, ¿cómo era? —dijo soltándome.

—¿Eres español? —pregunté divertido ante la casualidad de haber acabado sentado junto a un compatriota.

—Sí, ¿tú también? Qué ganas de hablar en cristiano, *quillo* —dijo con un suspiro y una sonrisa.

—¿Andaluz? —me reí.

—*Manué*, de *Cai* —sonrió y me tendió la mano—. ¿Y tú?

—Luis, Valencia —contesté estrechándosela.

—Oh, no *estao* nunca, pero voy a ir en otoño.

—¿Y eso?

Me contó que se había comprado un barco pequeñito y que pretendía ir en octubre desde el puerto de Cádiz al de Girona parando por todos los de las capitales importantes por el camino. Me contó también que había hecho un crucero por toda la costa italiana y que ahora iba a Palermo para conocer Sicilia antes de volver a España. Yo le dije que era fotógrafo y que mi viaje por Italia se debía a eso, no me apetecía entrar en detalles ni hablar del tema. Le dije que tenía una amiga en Sicilia y poco más.

Fue un viaje de los más turbulentos que recuerdo. Con cada sacudida del avión, la gente gritaba y él se aferraba con fuerza al asiento. Yo le iba dando conversación para ayudarle a tranquilizarse un poco y que pensara en otra cosa.

Hablamos de nuestras vidas y nuestras ciudades durante la hora que nos quedaba de viaje. Me resultó más que agradable. Yo llevaba varios días casi sin hablar y con ese mal rollo crónico en el cuerpo. Me sentó muy bien poder hablar con un desconocido de una manera tan natural y en mi propio idioma.

Cuando por fin aterrizamos, todos los pasajeros aplaudieron como locos. Yo había cogido los suficientes aviones en mi vida como para que unas turbulencias no me impresionaran demasiado.

Fuimos juntos hasta la recogida de equipajes. Nunca he tenido prisa por ser el primero en buscar mis maletas, prefiero esperar a que se despeje un poco y la gente se haya empezado a marchar, así son más fáciles de localizar y me evito las aglomeraciones. Seguimos hablando durante un rato mientras la sala se iba despejando y decidimos intercambiar nuestros teléfonos para cuando él pasara por Valencia en otoño. Estaba dictándole el mío, mientras él lo iba escribiendo en su móvil, cuando escuché una voz a mi espalda.

—Luis, cariño, ¿nos vamos a casa?

¿«Cariño»? ¿En serio? La madre que lo parió. Manuel levantó la cabeza para mirar a Piero y luego a mí. Yo me giré despacio y miré a Piero sin dar crédito.

—Creí que viajabas solo —dijo el andaluz.

—Yo también —contesté mirando a Piero, que tenía la cara muy blanca y peor aspecto que nunca.

—Encantado, soy *Manué*.

—Piero —contestó muy serio estrechándole la mano.

—Eh, que no os juzgo —dijo malinterpretando la tensión entre Piero y yo—. Si a mí me va *tó*… Carne, *pescao*, *tó* lo que se mueva… Bueno, *pisha*, tengo tu número, te pego un toque cuando vaya por tu tierra.

—Claro, me ha encantado conocerte —contesté dándole un último apretón de manos.

—Nos vemos, chavales —dijo antes de desaparecer de nuestra vista.

Me giré hacia Piero, que había recogido él solo todo nuestro equipaje y me miraba fijamente, pero con pinta de ir a desmayarse en cualquier momento.

—¿Cariño? ¿En serio? ¿Eso ha sido una meadita? ¿Estabas marcando territorio? ¿O qué coño ha sido eso? —pregunté muy molesto mientras cogía la parte del equipaje que me tocaba cargar y empezábamos a caminar hacia la salida.

—No sé, no pensé que te fuera a molestar, Loui, las parejas se dicen esas cosas… —dijo mirando al frente mientras avanzábamos.

—¿Las parejas? ¿Somos una pareja? —pregunté escupiendo las palabras mientras atravesábamos ya la puerta de salida.

—¿No lo somos? —preguntó parándose en seco e interrumpiendo el paso de la gente mientras me miraba con los ojos muy abiertos.

—Vamos, camina, que estamos molestando aquí en medio —gruñí sin detenerme.

—Pero ¿no lo somos? —Apretó el paso para alcanzarme.

Dejé de caminar y me giré a mirarlo.

—Pues no lo sé, Piero, no sé qué pensar… Llevas tres días sin hablarme prácticamente y ahora me sales con esto… No sé de qué vas, no sé a qué estás jugando…

—No estoy jugando —se defendió.

—Pues lo parece, Piero, lo parece. ¿Hay que coger un autobús? ¿Hacia dónde coño tenemos que ir? —pregunté intentando aparentar tranquilidad, pero al borde de sufrir un ataque de nervios. Llevaba muchos días en tensión y este cambio repentino me había roto por completo.

—Vamos a alquilar un coche —susurró—, será lo mejor.

—Bien —bufé.

Llegamos a la oficina de coches de alquiler y Piero cogió el catálogo y empezó a echarle un vistazo mientras resoplaba. Fui más rápido que él y le di mi tarjeta de crédito a la chica del mostrador.

—No necesito tu caridad —dijo entre dientes—. Puedo pagarlo yo.

—Déjate de tonterías, Piero, joder. Necesitas un coche para currar y tienes una familia. Hasta que me vaya, pago yo el coche. A partir de ahí, haz lo que te dé la puñetera gana —gruñí.

No dijo nada más, sabía que yo tenía razón. Eligió el coche más pequeño y más barato disponible y cargamos a duras penas todo el equipaje entre el diminuto maletero y los asientos traseros. Hicimos prácticamente todo el viaje en silencio.

—¿Ahora eres tú el que no me habla? —preguntó en tono suave cuando ya llevábamos más de una hora de camino.

Resoplé como respuesta.

—Vale, entiendo —dijo como último comentario en lo que quedaba de trayecto.

TREINTA Y NUEVE

LAS CHICAS

Llegamos a su casa a la hora de comer y encontramos a las chicas sentadas a la mesa haciendo justo eso.

—¡Mis chicas! ¡Qué ganas tenía de veros! —gritó al entrar con una enorme sonrisa.

Greta se atragantó con lo que estaba comiendo cuando nos vio aparecer.

—¿Qué hacéis aquí tan pronto? No os esperábamos hasta la semana que viene…

—¡Mejor! —gritó Gina lanzándose a los brazos de Piero.

—Cambio de planes —dijo él—. Sofía murió antes de llegar a *Genova*… Gina, ¿vamos a la playa?

—*Andiamo!* —gritó la niña.

Piero dejó todos los bultos en el suelo, arrastró su maleta hasta la habitación de Greta y se cargó a la niña al hombro antes de desaparecer por la cortina que daba a la tienda.

Dejé escapar un suspiro y solté yo también mis trastos en el suelo.

—Vale. —Greta se acercó a mí y me dio un abrazo—. ¿Me cuentas qué ha pasado en realidad?

—Ha pasado lo que ha dicho él —dije intentando que no me fallara la voz, pero fracasando claramente.

—Bien, lo preguntaré de otra manera —dijo tirando de mí hacia la mesa. Luego hizo que me sentara en una de las sillas—. ¿Qué MÁS ha pasado? ¿Qué ha pasado entre vosotros?

Apoyé los brazos en la mesa, enterré la cabeza en ellos y rompí a llorar dejando escapar por fin los nervios que había acumulado durante los últimos días. Ella me acarició la espalda y no dijo nada durante bastante rato, hasta que me tranquilicé un poco.

—Es muy intenso, ya te lo dije, para lo bueno, que mola un montón, y para lo malo, y eso no mola demasiado… ¿Te apetece contármelo?

Empecé a relatarle la historia desde la avería de la furgoneta. Ella escuchaba con atención. Cuando llegué a la borrachera de la verbena y a la mañana siguiente, me interrumpió.

—¿No se había llevado esas pastillas que se toma para la resaca? Piero con resaca es lo más odioso del mundo. Todas las discusiones fuertes que he tenido con él han sido estando resacoso… No hay quien lo aguante… El caso es que tiene unas pastillas maravillosas para cuando te pasas bebiendo, yo las he probado y hacen magia, pero si no las tiene, ya te digo, *pa* matarlo…

—Ya, me di cuenta, pero la cosa no quedó ahí, la bronca de esa tarde fue tremenda, pero el mosqueo le duró varios días… Hasta hoy, de hecho, que parece que tiene otro rollo… Después de lo que me ha hecho pasar, y ahora… es que flipo, de verdad.

—Cuéntame la bronca, ¿qué le dijiste?

Le resumí todo lo que nos habíamos dicho los dos esa noche y ella me miraba con los ojos muy abiertos.

—Normal que se enfadara, te pasaste mucho.

—Él también —me defendí.

—Sí, él también —asintió—, pero es muy orgulloso, y si le llamaste crío, irresponsable y te metiste con su modo de vida, es normal que se enfadara. ¿De verdad te molesta todo eso de él? ¿De verdad te gustaría que cambiara eso que le hace ser él? ¿No te enamoraste precisamente de eso?

—Claro que me encanta, no quiero que cambie esas cosas… No sé por qué lo dije, me sentí atacado, quería defenderme de alguna manera… Me llamó irresponsable por vivir del dinero de mis padres, y me llamó aburrido…

—Creo que los dos dijisteis cosas que en realidad no sentís, tenéis que hablarlo.

—Es que ahora mismo tengo un mosqueo… Entre lo de su amigo de esta mañana y el numerito del aeropuerto…

—Vale, para, para, ¿qué amigo esta mañana? ¿Qué ha pasado?

Le conté brevemente lo del día anterior en Génova y lo de esa mañana.

—¿Te has encontrado a un tío en bolas en el baño? ¿Quién era?

—Un tal Guido.

—Oh, uno así largo que se parece al de *¿Dónde está Wally?*, ¿verdad? —me reí y asentí—. Guido es un amor, ¿cómo está? Es verdad, que está viviendo en Génova ahora… Estudiaba con Piero en Nápoles, vinieron varias veces todos los del grupo de amigos a pasar el fin de semana. Guido era mi preferido. Es un tío con una sensibilidad especial. Es una muy buena señal que lo llamara a él. Tranquilo, Guido es muy hetero, te aseguro que no ha pasado nada entre ellos —se rio.

—Sí, ya, no es eso lo que me preocupa…

—Peor hubiera sido que llamara a Stefano o a Leonardo, que también viven en Génova, te lo aseguro. Si llamó a Guido es porque necesitaba hablar con alguien. Si hubiera querido echarse unas risas y divertirse, habría llamado a Leo, y si hubiera buscado algún tipo de «desahogo» habría llamado a Stefano.

—¿Quién es? ¿Un ex?

—No, es un amigo de la pandilla, que también es gay. Salían a ligar juntos muchas veces. Tuvieron una noche así del estilo de la mía con Samu —se tapó la cara un momento—, pero ninguno de los dos habla del tema… Lo dicho, que si llamó a Guido es porque necesitaba una charla sincera. Es un enamorado del amor. Aparte de médico, es poeta. Escribe cosas chulas, y siempre apuesta por los amores imposibles… Fue el único que me dejó su teléfono, una noche que yo estaba borracha como un piojo, para mandarle un mensaje a Marc. Todos los demás me dijeron que era muy mala idea, pero Guido me hizo contarle la historia y luego me lo dejó sin dudar.

—Podríamos hablar mucho sobre ese mensaje…

—Ya, tenían razón los otros, lo sé, pero ese no es el tema… Vamos a volver a lo vuestro… Entonces, ¿habéis venido en avión?

Asentí.

—Pero, durante el vuelo habréis dejado de lado el orgullito y habéis hecho una tregua, ¿no?

—No, ¿por qué? Si ni siquiera nos hemos sentado juntos…

—¿Cómo que no os habéis sentado juntos en el avión?

Le resumí el incidente de la compra de los billetes y se quedó blanca.

—¿Le rechazaron la tarjeta? Mierda. ¿Cómo le dices eso de la mermelada? ¿Qué problema tienes con eso? Es médico vocacional, a mí me parece precioso y admirable.

—Ya, si a mí también —dije pasándome una mano por la cara.

—Entonces, al final, después de humillarle diciéndole eso, ¿pagaste tú los billetes?

—Joder, humillarle… Fue un comentario sin más.

—Fue un comentario cruel cuando le acababan de rechazar la tarjeta, Loui, reconócelo.

—Sí, puede ser, no debí decirle eso —dije frotándome la nuca—. Y no pagué yo los billetes, no lo consintió, pagó él con otra tarjeta.

—Joder con el orgullito, ¿con qué tarjeta? ¿Con la de la foto?

—Sí.

—Mierda, Loui, le has herido mucho el amor propio…

—¿Por qué?

—Porque esa es la tarjeta de la cuenta que no se toca. Ahí tenemos el poco dinero que nos queda de lo que yo tenía ahorrado de España, y lo poquito de *la nona* que no fue para el padre de Piero… Nos dejó todo lo que pudo, la casa y el dinero que no tenía que dejarle a su hijo por obligación… El rollo es que hicimos las tarjetas por si surgía una emergencia, yo tengo una igual… La foto era, por un lado, para recordarle al que fuera a pagar con ella que ese dinero no era solo suyo, que es el futuro de los tres, y, por otro lado, la pusimos para que nos diera un poco de vergüenza usarla —se rio.

—No sabía eso, Greta, no podía saberlo, me ofrecí a pagar yo los billetes…

—Ya, tío, pero le habías tocado el orgullo, y ¡menudo es él! Normal que no te dejara pagar los billetes después de decirle lo de la mermelada.

Me pasé la mano por la cara y suspiré.

—Bueno, pues te hago una transferencia, que no se entere él y ya está.

—No, no, que se mosqueará conmigo, paso.

—Pero necesitáis ese dinero más que yo, a mí me da igual…

—Déjalo así. Si en algún momento nos hace falta, te lo digo, pero si ha pagado los billetes es porque podemos, no te preocupes…

—Como quieras…

—Bueno, pero entonces explícame lo del avión… ¿Pidió asientos separados él? ¿Y tú lo consentiste?

—¿Que si lo consentí? ¿Qué iba a hacer yo? Si no quiere sentarse conmigo, pues que se vaya a la otra punta del avión… Llevo muchos días soportando un desprecio tras otro, Greta, tengo un límite…

—Ya, joder, Loui, pero en un momento así hay que dejar de lado ciertas cosas. Tú no tienes pánico a los aviones, deberías haberte puesto un poquito en su piel, por muy mosqueado que estuvieras…

—¿Piero tiene pánico a los aviones? —Me giré a mirarla sin dar crédito de estar enterándome de eso después de tres meses viviendo con ellos.

—Claro, tío, pensaba que lo sabías… Se lo pasa fatal todo el viaje, agarrado al asiento y a mí hasta que se le ponen los nudillos blancos. A veces hasta hiperventila, solo he subido dos veces en avión con él y fue horrible, no sabes cómo lo pasa… De hecho, solo sube en avión cuando no hay más remedio.

—Propuso venir en tren y le dije que era absurdo, joder. —Volví a frotarme la cara—. Si alguien me hubiera contado esto, no le habría dejado sentarse solo… Y yo tranquilizando al que se sentaba a mi lado que estaba asustado por las turbulencias… Mierda, las turbulencias, ha sido

de los peores vuelos que he cogido, no me quiero ni imaginar lo que habrá pasado… ¡Me lo tenía que haber dicho alguno de los dos!

—Ya, tío, no sé, no surgió. Te lo podía haber dicho él cuando le propusiste lo del avión, pero, claro, si apenas os hablabais, pues tampoco querría reconocer una debilidad así, es algo que le avergüenza bastante… Tienes que hablar con él, Loui, tenéis que arreglar esto… Ninguno de los dos piensa realmente lo que os dijisteis, estoy segura.

—Yo ya no sé qué pensar —dije enterrando la cara entre las manos.

—Venga, vamos al jardín, que ya no hace tanto calor, y me cuentas el resto del viaje.

La acompañé fuera y nos sentamos en las ya familiares tumbonas. Le conté lo que me faltaba por contarle del viaje con todo lujo de detalles, no me guardé nada.

—Vale, recapitulando —dijo ella cuando empezaba a anochecer y yo había concluido el largo relato de todo lo que habíamos hecho—. En Pompeya le hiciste sufrir lo suyo…

—Pero fue en plan broma, fue algo divertido… Y al llegar a Roma le compensé, le compensé mucho, créeme.

—Bien, luego ya en Milán, con lo nervioso que él estaba de conocer a tus padres, va tu padre y lo putea, lo pone más nervioso todavía…

—Pero luego pasaron un día juntos y fue muy bien…

—Eso te ha contado él, ¿no? Pero los dos conocemos a tu padre…

—Bueno, pero eran negocios, no creo que se pusiera en plan cabrón.

—Aun así, Piero estaría nervioso perdido todo el tiempo, pero vale, luego el bautizo… El horror, ¿no? Sus padres, sus hermanos, Fabio…

—Sí, el bautizo fue horrible.

—Joder, Loui, es que, por lo que cuentas, el viaje en general para él ha sido una tensión tras otra… Tenía que petar por algún sitio… Y tú, en vez de apoyarle, le reprochas todo lo que ha hecho mal y todo lo que no te gusta de él… O que sí te gusta, pero le haces creer que no… ¿Cómo esperas que reaccione? ¿Qué iba a hacer el pobre?

—Me estás haciendo sentir fatal, Greta. Yo también me enfadé mucho, lo de la furgo fue muy fuerte, que él sabía que nos podíamos quedar tirados, que hay que tener muy poco conocimiento para hacer algo así…

—O ser un romántico y querer hacer un viaje de dos semanas con tu novio de la única manera que te lo puedes permitir… —dijo con una sonrisa condescendiente—. Loui, no sabes lo que era esa furgo para él, era la furgo de *la nona*, tenía mil batallitas de cuando eran niños… Y estoy segura de que quería crear recuerdos contigo en ella también. Quería conservarla para siempre, le tiene que haber dolido muchísimo perderla, es un sentimental. De hecho, estoy convencida de que, si no le llega a pillar de resaca y justo de pasta, se habría gastado un dineral en que la remolcaran hasta aquí solo para dejarla de decoración en el jardín o algo así… Así es Piero, y lo sabes, y te encanta precisamente por esas cosas, y estás loco por él… Y deberías recordárselo… Y recordártelo tú también.

—Joder, Greta, cómo le has dado la vuelta a todo, parece que yo sea el malo… Te has puesto claramente de su parte, y yo también soy tu amigo… —Me pasé las manos por el pelo.

—No me he puesto de su parte, he intentado que te pongas en su lugar… Os quiero muchísimo a los dos y nunca os he visto tan bien a ninguno como cuando estáis juntos. No quiero que lo mandéis todo a la mierda por un ataquito de orgullo.

Iba a contestar algo cuando nos interrumpió Gina apareciendo por el jardín en modo

torbellino.

—Mami, lo hemos pasado *molto bene*. Había olas para saltar y Piero me ha contado el viaje. El *bambino* Luigi ya es así —dijo separando las manos mucho—. Ha dicho Piero que iremos un día a *Milano* a verlo —añadió dando palmas y saltitos—. Nos hemos duchado en la playa, y luego nos hemos comprado un bocadillo *molto lungo* y nos lo hemos comido cada uno por un lado hasta que nos hemos chocado las cabezas. —Se rio y se dio un golpe en la cara con la mano para escenificarlo.

—Qué guay —se rio Greta—. Vaya tarde más divertida.

—Sí, ha sido muy divertido —dijo Piero desde la puerta—. Yo me voy a acostar, que estoy reventado, os hemos traído unos bocadillos, los tenéis en la cocina. Gina, ¿te vienes conmigo a dormir?

—Vale, pero me cuentas otra vez lo de cuando te persiguió un *poliziotto* por subirte a una estatua…

—Claro. —Me miró un segundo de reojo y agachó enseguida la cabeza, como avergonzado —. *Andiamo*.

La niña salió corriendo tras él y desaparecieron de nuestra vista. Me quedé solo con Greta y su mirada acusadora.

—Está hecho polvo.

—Ya lo veo, Greta, pero yo también lo he pasado muy mal estos días —dije poniéndome de pie—. Me voy a dormir yo también, mañana hablaré con él.

CUARENTA

AUTOCRÍTICA

Esa noche me acosté demasiado pronto para todo lo que tenía en la cabeza. Di vueltas y más vueltas a todo lo que había hablado con Greta. Entendía su punto de vista, pero me sentía un poco incomprendido. Ella parecía estar del lado de Piero, como si mis motivos para estar enfadado fueran una tontería, y yo no lo sentía así para nada; aunque era cierto que, después de hablar con ella, veía las cosas más claras y me había puesto un poco más en el lugar de él. Ella tenía razón, la verdad. El viaje para Piero había sido bastante más duro que para mí, y yo no había sabido empatizar con él. No había estado a la altura, llamemos a las cosas por su nombre.

Era la primera noche, desde que había llegado a Italia hacía casi tres meses, que iba a dormir solo. Ya desde el primer día habíamos dormido juntos y, aunque llevábamos varias noches en camas separadas, al menos compartíamos habitación… pero esa noche no, esa noche estaba solo, muy solo. Y no me gustaba, no me gustaba nada.

Había vivido y crecido con la soledad, me había acostumbrado a ella desde bien pequeño, pero, volver a tenerla de compañera cuando llevaba tres meses sin acordarme de su existencia, fue lo peor de ese viaje, no lo voy a negar.

Me dormí y me desperté varias veces durante la noche. En cada duermevela, mi mente me jugaba malas pasadas. Miraba el vacío que había creado la ausencia de Piero y pensaba, por un instante, que había salido a atender una urgencia y que aparecería en cualquier momento, cansado y feliz, contándome cómo había ido y las ganas que tenía de volver a mi lado. Pero luego mi cabeza me recordaba que no, que no era eso lo que iba a pasar, que las cosas habían cambiado entre nosotros y que no iba a ser nada fácil volver a aquello, si es que aún era posible.

Me levanté muy temprano, cansado. El cuerpo me pedía intentar dormir un poco más, pero mi cabeza no estaba por la labor.

La puerta de la habitación de Greta estaba cerrada, como era de esperar. Fui a la cocina a por un café y comencé a bebérmelo en silencio, de nuevo a solas con mis pensamientos. Imaginaba las diferentes maneras de iniciar una conversación con Piero y trataba de adivinar cuál sería la más efectiva. No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar él. Siempre había sido muy imprevisible, pero estos últimos días me había descolocado mucho más de lo que era habitual, y eso era mucho decir.

Absorto en esos pensamientos, no había reparado en que se escuchaba algo de música a lo lejos, pero no sabía de dónde. Miré hacia la puerta abierta del jardín y lo vi, de espaldas a mí, sentado en una de las tumbonas y tocando la guitarra a un volumen muy bajo. Me acerqué a la puerta y me quedé mirándolo, aún con la taza de café en la mano. Solo llevaba un pantalón corto,

y su perfecta espalda desnuda se movía levemente al ritmo de los movimientos que hacían sus dedos sobre las cuerdas. Cantaba[1] muy bajito, era casi más un susurro, y me quedé escuchándolo atentamente.

—*È un mondo difficile / E vita intensa / Felicità a momenti / E futuro incerto / No puedo convencer a mi corazón / Si yo no dudo y estoy seguro que él tiene razón / No voy a asesinar esta sensación / Si yo la quiero, yo la deseo, aunque me dé dolor / Yo no quiero sufrir, pero aquí estoy / Y estoy sufriendo y no me arrepiento.*…

—¿Te cagas en el amor? —interrumpí antes de que terminara la estrofa.

Se sobresaltó al oírme y cesó la música de golpe. Se giró a mirarme mientras se ponía de pie, sosteniendo la guitarra por el mástil con una sola mano.

—*Cazzo*, Loui, ¿tampoco puedo cantar? ¿También te molesta eso? Empiezo a pensar que no te gusta nada de mí… No sé qué hemos estado haciendo estos meses…

—No he dicho eso, Piero, claro que me gusta oírte cantar, pero, justo esa canción, tal y como están las cosas…

—Pues nada —dijo acercándose a mí con ese tono molesto que llevaba días usando—, páseme el señor una lista de canciones que se me permita cantar, que no molesten al caballero, no queremos incomodar al príncipe… Que esté todo a su gusto…

Respiré hondo para no entrar al trapo y evitar decir algo que pudiera lamentar más tarde. Se había quedado muy cerca de mí, a un palmo escaso. Quizá debí intentar besarle y zanjar así el conflicto, pero él parecía muy molesto, y yo no hubiera sido capaz de soportar un rechazo.

—Piero, no lo saques todo de quicio otra vez, vamos a hablar tranquilamente.

—*Buongiorno* —nos interrumpió Gina cuando parecía que Piero iba a decir algo.

Él suavizó su gesto, le sonrió y la cogió en brazos.

—¿Qué quiere desayunar *la bambina più bella del mondo*?

—Eh, que no *sono bambina* —renegó ella cruzando los brazos sobre el pecho—, *sono molto grande*…

—*La mia ragazza preferita* —dijo él rozando su nariz con la de ella.

—¿Hacemos tortitas? —preguntó la niña ilusionada—. Llevo *molti giorni* comiendo lo que cocina mami —añadió arrugando la nariz y sacando la lengua.

—¡Lo he oído! —gritó Greta desde la cocina muerta de risa— ¡Hija ingrata!

—*Molti giorni* compró *pizzas* de Domenico, menos mal —dijo Gina al oído de Piero, pero tan alto que lo oímos los demás claramente.

Greta soltó una carcajada y Piero otra, yo no pude más que sonreír.

—Vamos a hacer esas tortitas —dijo Piero con una sonrisa entrando en la casa todavía con la niña en brazos.

Se pusieron a cocinar y Greta vino al jardín conmigo. Volvimos a sentarnos en las tumbonas, como el día anterior, mientras nos tomábamos el café.

—Esa es la ventana de mi habitación —dijo señalando la única de la casa que daba al jardín.

—Lo sé, ¿y?

—Que a mí me encanta oírle cantar y tocar la guitarra.

—Vale, que nos has oído, es eso lo que intentas decirme, ¿no?

—Sí, me he despertado oyéndole y me he quedado un rato en la cama disfrutando de eso —dijo con esa mirada acusadora que me dedicaba desde el día anterior.

—Si a mí también me encanta oírle cantar y tocar, pero justo esa canción… ¿cómo quieres que me lo tome?

—Pues como que está dolido y está sufriendo, Loui, ya sabes lo intenso que es, lo sabes de

sobra.

Respiré hondo antes de replicar.

—No parece tener interés en hablar conmigo, su intención sigue pareciendo la de discutir de nuevo.

—Le has entrado atacando, se ha puesto a la defensiva…

—Y tú sigues poniéndote de su parte, Greta, como si yo fuera el malo.

—Yo estoy de parte de los dos, y aquí no hay ningún malo.

—¡A desayunar! ¡Ya están las tortitas! —gritó Gina desde la cocina.

Greta y yo fuimos para allá mientras Piero ponía la mesa para los cuatro. Nos sentamos todos a desayunar frente a la montaña de tortitas que había en el centro de la mesa.

—¿Cuántas tortitas, mami? —preguntó la niña.

—Dos de momento —contestó Greta.

Gina cogió una tortita con la mano y la dejó en el plato de su madre, a continuación, repitió el proceso con otra más.

—¿Con la mano, marrana? —se rio Greta.

—Están limpias —dijo la niña levantando las manitas en el aire y enseñándoselas a su madre —. Me las acabo de lavar, ¿a que sí, Piero?

—Soy testigo —contestó él asintiendo con la cabeza.

—Loui, ¿cuántas? —me preguntó Gina cogiendo con la mano la siguiente del montón.

—Yo no tengo hambre, en realidad, tengo el estómago cerrado —contesté con sinceridad.

—Parece que al señor no le gusta el menú, igual deberíamos haber encargado el desayuno a un restaurante de cinco tenedores —dijo Piero.

Noté que Greta le daba una patada por debajo de la mesa.

—O igual es que le da asco que le sirvan con la mano y tenemos que sacar la cubertería de plata —siguió él ajeno al golpe que acababa de recibir.

—Pero si están limpias —dijo la niña volviendo a enseñarnos las manos.

—No es eso, Gina, no me da asco. Me comeré una, gracias —dije acercándole mi plato a la niña, que dejó sobre él la tortita que llevaba manoseando ya un rato.

Me la comí sin hambre, solo para demostrarle… Bueno, tampoco sé exactamente qué quería demostrarle. Seguramente solo pretendía invalidar las pullas que me había soltado.

Nos comimos las tortitas en un silencio incómodo, solo roto por Gina de vez en cuando, que era la única ajena a la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Voy a hacer un poco de yoga… ¿Vienes, Gina? —dijo Piero poniéndose de pie cuando acabó la comida de su plato.

—¡Sí! —contestó ella emocionada.

Se giró entonces hacia mí con ese gesto serio suyo tan odioso.

—Bueno, no sé si puedo, igual a alguien le molesta que haga yoga… Ya no sé qué puedo o no puedo hacer en mi casa sin molestar a alguien…

—Piero, por favor, esto es absurdo, tenemos que hablar… —dije ya agotado de esa situación.

—Absurdo, es verdad, me olvidaba de que soy absurdo… Vamos, Gina.

Los dos salieron de la casa y se pusieron a hacer yoga en el jardín.

—No me lo está poniendo nada fácil, Greta —dije mirando hacia allí.

—Ya, está muy dolido…

—Y yo estoy al límite, no puedo más… Si esto sigue así, me vuelvo a España, no voy a poder soportar esta situación mucho más tiempo…

—Ni de coña, ni lo pienses… Si te vas, seguro que no tiene arreglo. Desde luego no te vayas

sin hablar con él. Espera un rato, que seguro que se le pasa un poco. Luego hablo yo con él… Míralo, ¿de verdad crees que puedes encontrar a un tío que esté más bueno?

—No seas ridícula tú también, Greta. Lo bueno que está es lo de menos, le querría igual aunque fuera un cardo, y lo sabes… —dije mirándolo hacer esas poses de yoga que le sentaban tan bien solo con el pantalón corto que llevaba.

Por otra parte, era muy gracioso ver a Gina intentando imitarlo con resultados mucho más cómicos.

Empezó a sonar entonces el teléfono de Piero que, por una vez, lo tenía a la vista y no tuvo que ponerse a buscarlo mientras sonaba tres o cuatro veces, como era habitual en él.

Tuvo una breve conversación en italiano mientras entraba en la casa. Colgó la llamada y se dirigió a Greta.

—Una urgencia, me voy a currar… Bueno, o a eso que hago yo que no es serio —añadió mirándome a mí.

—Piero, por favor, sabes que no quise decir eso… —me defendí.

—Piero, basta —añadió Greta—. Tenéis que hablar.

—Ahora no puedo, me doy una ducha y me largo.

Y eso fue justo lo que hizo.

Eran apenas las diez de la mañana cuando se marchó. Yo me dediqué a vaciar las maletas del viaje y a poner lavadoras con la ropa de los dos. Greta me echó una mano con la colada, aunque me ocupé yo solo de la comida. No se me daba tan bien como a Piero, pero sí considerablemente mejor que a Greta.

Nos sentamos los tres a comer en silencio.

—Piero ayer estaba triste —dijo Gina rompiéndolo—, y hoy, enfadado… ¿Es tu culpa, Loui?

Miré a Greta y ella se encogió de hombros.

—Supongo que sí, Gina, supongo que en parte es culpa mía.

—No me gusta Piero triste o enfadado. *Mi piace Piero felice*.

—A mí también —suspiré.

—A todos nos gusta Piero feliz, cariño —dijo Greta dirigiéndose a su hija—, pero a veces uno se siente así, y no es malo tener esos sentimientos. Lo que tenemos que hacer los demás es ayudarlo a que vuelva a sentirse mejor.

—Le voy a hacer un dibujo para que se sienta mejor —dijo la niña con una sonrisa—. *Quando torna?*

—Qué buena idea, seguro que le encanta… No sabemos cuándo vuelve, cuando quiera el bebé que está naciendo…

—Pues que quiera pronto —respondió la niña juntando las manos como si estuviera rezando.

Después de comer, Gina empezó con el dibujo. Su madre estaba en la tienda, era un momento de afluencia fuerte de turistas y me pidió que me quedara con la niña.

—No me sale, ¿me ayudas? —me pidió.

—Yo no dibujo muy bien —confesé—, pero lo puedo intentar…

Me senté a su lado y traté de darle alguna pauta para dibujar lo que quería, pero mi habilidad con el dibujo vio su punto más álgido a mis seis años aproximadamente, no era de mucha ayuda. No pude evitar en ese momento pensar en su padre y en lo rápido que le diría lo que tenía que

hacer. Tenía la capacidad de abstraerse del mundo cuando tenía un papel y un lápiz.

—¿Te gusta mucho dibujar? —le pregunté.

—Me encanta —contestó ella con una sonrisa—. Pero no lo hago *molto bene*.

—Bueno, es cuestión de práctica, y que seas autocrítica es muy buena señal, eso es que quieres mejorar.

—¿*Utochitica*? ¿Qué es?

—Autocrítica —me reí—. Quiere decir que ves las cosas que haces mal o que no te gustan. Si todo lo que haces te pareciera perfecto, nunca mejorarías…

—¿Tú eres de eso?

Con su inocencia de tres años y pico, había dado justo en el clavo.

—Igual debería serlo un poco más —respondí con un suspiro.

—Pues ya lo sabes, tienes que *facere più* cosa de esa…

—Sí —me reí—, luego haré un poco de autocrítica yo también…

—Mira, voy a poner corazones, para que Piero vea que lo queremos *molto*…

Había dibujado cuatro figuras, que supuse que eran ellas dos, Piero y yo. Empezó a dibujar corazones (o algo parecido) desde Greta hasta Piero y luego unos más grandes desde Gina también hasta él.

—¿Tú *tamién* lo quieres *molto*? —preguntó dudando con el lápiz rojo junto al dibujo que había hecho de mí.

Respiré hondo y asentí.

—Claro que sí, Gina, lo quiero muchísimo.

—¿Lo sabe? ¿Se lo *hai detto*? Piero dice que si quieres a alguien hay que decírselo *tutti giorni*, para que no se olvide… ¿Se lo has dicho hoy? Bueno, yo pongo *i cuori* por si te has olvidado.

—Claro, pon los corazones —suspiré intentando recordar la última vez que le había dicho algo bonito a Piero. Cualquier cosa que no fuera desagradable me valía, y no encontré nada después de la noche del bautizo… Eso había sido el domingo, y ya estábamos a viernes.

Aquella noche él me había dicho lo más bonito que me ha dicho nunca nadie y yo contesté con un cutre «yo siento lo mismo». Vaya tela, no entendía cómo no me había mandado a la mierda tras aquello y todo lo de después.

Se acercaba la hora de cenar y Piero seguía sin aparecer. Les preparé algo a las chicas y me acosté temprano, tenía mucho en qué pensar.

CUARENTA Y UNO

LOS COLORES DE ITALIA

Me acosté solo otra vez. La cama me parecía gigante. No dejaba de darle vueltas a nuestras últimas conversaciones y no se me ocurría cómo arreglarlo. Tumbado, en la oscuridad, dejé escapar las lágrimas en silencio para que no me oyeran las chicas. Di vueltas y más vueltas sobre ese enorme colchón que parecía reírse de mí. Era ya la quinta noche sin él en mi cama y cada minuto nos alejaba más… ¿Iba a ser así el resto del verano? Él no parecía nada interesado en arreglar las cosas y la única vez que yo me había acercado a él, había acabado complicándolo más.

Debí de quedarme dormido en algún momento porque recuerdo despertarme sudando tras una pesadilla. Me quité la camiseta empapada y la lancé al suelo con mucha rabia… Rabia conmigo mismo, principalmente.

A partir de ahí, estuve varias horas en la cama dando vueltas sin poder dormirme de nuevo. Casi a las cinco de la mañana, escuché música en la calle que se iba acercando. Si la habitación de Greta daba al jardín de atrás, la mía (la de Piero en realidad) daba a la parte delantera de la casa, donde antes solíamos dejar la furgo y después el coche de alquiler. La música[1] (lo que parecía una baladita en italiano) siguió aumentando de volumen acompañada del ruido de un motor… ¿Sería Piero volviendo? El motor se apagó cerca de mi ventana y la música cesó también.

Al momento oí el ruido de la puerta de la casa al abrirse y el inconfundible sonido de los pasos de Piero cuando pretendía ser sigiloso. Pareció detenerse frente a mi puerta y juraría que lo oí respirar hondo. El picaporte de mi habitación se movió despacio. Me di la vuelta y fingí dormir. Supuse que vendría a coger algo del armario antes de irse a la habitación de Greta y, ni quería que me viera así, ni me veía con ánimo para discutir con él o para que me ignorara.

Me quedé muy quieto, dándole la espalda, mientras lo oí entrar en la habitación y volver a cerrar la puerta. Al momento percibí el ruido que hacía cuando se quitaba las zapatillas utilizando solo los pies. Habíamos estado en esta situación muchas noches y yo reconocía ya casi todos sus movimientos. Noté que se sentaba en la cama, a mi espalda.

—Sé que estás despierto —susurró—. Conozco tu respiración de dormir profundamente y también la de sueño ligero, y ahora no estás respirando… No te gires si no quieres, pero respira, no te ahogues, por favor.

Se tumbó a mi espalda y acercó su cuerpo al mío, sin llegar a tocarme, aunque me llegó el calor de su proximidad. No quise sacar conclusiones precipitadas y preferí quedarme muy quieto, sin atreverme siquiera a abrir los ojos.

—Te he traído algo —murmuró mientras notaba un brazo suyo por encima del mío—. Es una ofrenda de paz. Abre los ojos y cógela, que tengo más.

Dudé un momento. Estaba muy nervioso, la verdad, pero finalmente abrí los ojos. Tardé un instante en acostumbrarme a la oscuridad hasta que vi su mano sosteniendo una rosa blanca de tallo largo delante de mi cara.

—Es una bandera blanca, una señal de rendición —ronroneó en mi nuca—. Cógela si la aceptas. Le he quitado las espinas, no te puedes pinchar.

El corazón empezó a latirme muy deprisa, y el nudo que tenía en el pecho desde hacía tantos días se apretó un poco más. ¿Una señal de rendición? ¿De qué se rendía? ¿De su actitud? ¿De la bronca? ¿De lo nuestro? Estiré la mano y la alcancé. La soltó al momento y me dio un beso muy suave en la espalda mientras retiraba el brazo. No me dio tiempo a reaccionar, volvió a ponerlo en el mismo sitio, esta vez con otra rosa, pero esta parecía de color verde. Nunca había visto una rosa verde y, como la luz que entraba del exterior era escasa, no podía estar seguro.

—La rosa verde es la de la esperanza, la de la suerte en los nuevos proyectos. Yo tengo esperanza en lo nuestro, Loui, yo creo en esto. Cógela si tú también.

Estiré la mano, más temblorosa de lo que me hubiera gustado, y la cogí, pero tampoco dije nada. No me sentía capaz de hablar y quería dejarle terminar eso que había empezado. Volvió a besarme en la espalda y repitió el ritual con una tercera flor.

—Y la rosa roja es la del amor y la pasión, no creo que haga falta explicar mucho más. Eso eres para mí, Loui, cógela si sientes lo mismo. —Estiré la mano y la cogí casi antes de que terminara de hablar.

Él se incorporó un poco y rodeó mi mano, la que sostenía las flores, con la suya.

—Y las tres juntas forman los colores de Italia, porque son el corazón de *questo italiano que ti ama da morire*. Que a veces hace algunas cosas bien, y otras un poco mal… Pero lo podemos arreglar, de verdad que sí, Luigi, estoy seguro.

Me llevé su mano a la boca y la besé.

—Claro que lo podemos arreglar —conseguí decir, no sé ni cómo, me temblaba todo, hasta la voz—. Te quiero tanto, Piero, tanto que no te lo sé ni explicar…

—Pues sigue queriéndome y no me lo expliques, con eso me basta… A partir de ahora, me voy a convertir en un hombre responsable, voy a ser un nuevo Piero, ya verás…

—Me gusta el de siempre… Me encanta… No quiero que cambies nada.

Dejé las flores en la mesilla de noche y me di la vuelta en el colchón. Se separó un poco para facilitarme el movimiento.

—¿De dónde has sacado rosas de colores a las cinco de la mañana?

—La familia de la chica a la que he atendido tiene un puesto de flores en el mercado… Pero me han pagado dinero también, no he trabajado por flores —se apresuró a aclarar.

—No me tienes que dar ninguna explicación, Piero, es tu trabajo.

—Bueno, pero quiero que sepas que te escuché, y que entendí lo que dijiste. En cuanto nos vayamos de Sicilia y sepamos dónde vamos a vivir, buscaré un trabajo serio, te lo prometo. No volveré a ser una carga ni volverás a avergonzarte de mí, de verdad… Al menos en temas de dinero, igual te avergüenzas por otras cosas —sonrió—, pero intentaré que tampoco.

—Nunca me he avergonzado de ti, y no quiero que busques un trabajo que no te haga feliz. No debí decirte todo eso, no es decisión mía y, en realidad, me encanta lo que haces… Me superó la situación, me superó mucho.

—Lo siento —susurró muy serio.

—Yo también —contesté.

—Ya lo verás, cuando tengamos destino definitivo tendré un trabajo de persona normal.

—Tú nunca serás una persona normal —sonreí—, eres demasiado especial, y no quiero que

hagas algo que no sea lo que tú quieres solo porque pienses que es lo que quiero yo. Yo llevo la vida que quiero y hago lo que me hace feliz, y quiero lo mismo para ti.

—Yo no tengo fondos ilimitados, yo tengo que trabajar —sonrió.

—Todo lo mío es tuyo, Piero, ya lo sabes. Podemos vivir de mi dinero si eso te permite dedicarte a lo que tú quieras… Déjame pagarte los billetes de avión.

Sonrió y negó con la cabeza.

—Ni se te ocurra pensar que en un momento como este vamos a hablar de dinero. Podemos hablar de cuánto nos hemos echado de menos, podemos hablar de amor, podemos hablar de sexo si quieres, pero, de dinero, ni lo sueñes…

—Vale, tienes razón, no es el momento.

—Te voy a besar, Loui, te lo aviso. Te voy a besar mucho. Aquí, en esta cama, donde nos dimos nuestro primer beso…

—Me lo diste tú —sonreí—, yo estaba acojonado, hubiera sido incapaz de tomar la iniciativa.

—Cierto —me devolvió la sonrisa—. Entonces, lo justo sería que este segundo primer beso me lo dieras tú a m…

No le dejé terminar la frase, le besé con todas las ganas que tenía acumuladas, con intención de compensar todos los besos que no nos habíamos dado en tantos días. Gimió en mi boca como respuesta y me devolvió un beso acelerado y profundo que empezó a deshacerme todos los nudos que sentía en el pecho. Llevé una mano a su cuello y volvió a gemir. La subí hasta su cara y la noté mojada. Me separé un momento de él y abrí los ojos.

—¿Estás llorando? —pregunté en un susurro.

—Te he echado mucho de menos, Loui, lo he pasado muy mal —dijo riéndose y llorando a la vez.

—Nunca más, Piero, te lo prometo —murmuré antes de volver a besarle.

Primero con suavidad, con mucho cariño, intentando demostrarle cuánto lo quería; pero la tensión acumulada y los días de abstinencia me traicionaron y no tardó en aparecer el ansia que de verdad sentía. Mi cuerpo se pegó al suyo por voluntad propia y los dos gemimos a la vez al notar el contacto del otro.

Separó un momento su cara de la mía, manteniendo nuestros cuerpos en contacto, antes de hablar.

—Esta noche nada de sexo, Loui. No quiero que pienses que he venido por eso… —farfulló mientras su cuerpo se movía rítmicamente contra el mío, del todo ajeno a sus palabras.

—No me jodas, Piero —gemí en su boca cogiéndole de la nuca—. Si no quieres porque vienes muy cansado después de currar tantas horas, lo entiendo; pero que no sea por lo que yo pueda pensar, porque yo solo puedo pensar en todo lo que me apetece hacerte ahora mismo.

—*Cazzo*, Luigi, si me dices eso, me desarmas. —Acerqué mi boca a su cuello y le besé con toda la intensidad de la que fui capaz. Le falló la voz al momento—. Estoy… muy… cansado… claro… Ha… sido… un… día… difícil… Pero… también… estoy… cachondo… como… un… mono… —Los gemidos que le provocaban mis besos y lametones hacían que no pudiera decir dos palabras seguidas.

—¿Como un mono? —sonreí apartando mi boca de su cuello.

—Uno de esos que van salidos todo el día, sí —se rio mientras seguía frotando su cuerpo contra el mío.

—Entonces, ¿quieres o no quieres? —pregunté acercando mi boca a la suya.

—Claro que quiero, pero intentaba ser romántico. No quería que pensaras que venía

buscando eso. Te iba a decir que necesitaba una ducha después de un día largo de trabajo para cascármela bajo el agua, porque no aguanto más.

—Qué bruto eres —solté una carcajada.

—¿La sinceridad no tiene premio? —preguntó mientras volvía a frotarse contra mí.

—El que tú quieras —susurré en su boca y metí una mano entre nosotros, por dentro de su pantalón.

Le salió un gruñido animal de la garganta e intentó hablar, pero se le escapó un gemido ronco.

—Loui, si quieres decirme algo, que sea ya, porque estoy a dos minutos de no poder pensar en español —consiguió decir.

Le miré a los ojos sonriendo y apreté mi mano un poco más, mientras la movía suavemente.

—*Troppo tardi, Luigi, troppo tardi* —gimió cerrando los ojos.

CUARENTA Y DOS

MI PROPIA INTENSIDAD

Me desperté algo entumecido y bastante sudado, sobre todo donde mi piel tocaba la de Piero. Lo de dormir abrazados a finales de julio en una casa sin aire acondicionado igual no era la mejor de las ideas, pero ninguno de los dos había querido separarse del otro.

Me invadió por un momento el temor de que al despertar volviese a ser el de los últimos días, pero su sonrisa, antes casi de abrir los ojos, me tranquilizó totalmente. Volvía a ser el de siempre.

—*Il mio amore Loui* —dijo con los ojos entrecerrados y una sonrisa más grande que su cara.

—Te quiero mucho, Piero —contesté antes de darle un beso.

—Dímelo en italiano —sonrió, se incorporó un poco y apoyó la cabeza en una de sus manos.

—No —me reí—, soy muy malo para los idiomas.

—Eso no me lo creo, eres un trotamundos.

—Me hago a la idea enseguida y lo entiendo bastante rápido, pero hablarlo… Me cuesta la misma vida, me da mucha vergüenza, es superior a mí.

—Pues me encantaría oírte hablar en italiano. No me había dado cuenta hasta ahora de que no te he oído decir ni una palabra…

—Ni me oirás —me reí—. Si tú me entiendes en español, no necesito hablar en italiano.

—*Cazzo*, Loui, hazlo por mí… Quiero oírte decir algo en mi idioma.

—De verdad que no soy capaz, es lo que más odio de los viajes… Solo lo hago cuando no tengo más remedio… Supongo que es parecido a lo que te pasa a ti con los aviones, ¿no?

Apretó los labios y se puso serio. Temí por un momento que volviera a enfadarse, pero al momento esbozó una sonrisa tímida y se tapó la cara con la almohada.

—*Cazzo*, qué bocazas es Greta —se rio todavía con la cabeza escondida.

—¿No pensabas contármelo? —pregunté mientras le quitaba la almohada de la cara.

—Igual en mi lecho de muerte, no sé —sonrió.

—¿Por qué?

—Yo qué sé, estábamos muy mal. Lo último que quería era parecer débil o darte lástima o algo así… De hecho, pensaba decirte que fuéramos cada uno a su rollo y nos viéramos en casa, no quería que vieras mi cara de avión; pero Guido me dijo que no podía hacer eso, que estaba portándome mal contigo y que no podía dejarte a tu rollo en el aeropuerto de Palermo para que vinieras tú solo hasta la aldea.

—¿Tu cara de avión? —me reí—. ¿Cuál es tu cara de avión?

—La que tenía cuando me viste, que parecía un enfermo mental —sonrió antes de volver a taparse la cabeza con la almohada.

—Sí que tenías mala cara, pero creí que era por el ataquito de celos, «cariño».

Se empezó a reír aún escondido, el pecho le temblaba por el ataque de risa. Al momento paró

y apartó él mismo el almohadón.

—No estaba celoso —dijo aguantando la risa y tratando de parecer indiferente. Ahí fui yo el que empecé a reírme muy fuerte.

—No, claro que no, no estabas nada celoso. —No pude evitar que la risa se convirtiera en carcajada.

—*Cazzo*, Luigi, le estabas dando tu número a otro tío… Que vas a bloquear el suyo ahora mismo por si te llama…

—Estás muy guapo celoso —me reí.

—No son celos, no me fío de un desconocido, igual es un psicópata.

—Claro, claro, será eso —sonreí.

—Siento lo de la estatua, Loui. Pensé que sería una foto chula, no pensé que te avergonzaría… —dijo poniéndose serio de repente.

—No me avergonzó, fue muy divertido… Es la mejor foto del viaje, no sé por qué dije eso…

—Porque en el fondo lo sientes. No pasa nada, tienes razón, tengo que ser más adulto.

—No, Piero, de verdad que no… Creo que los dos dijimos cosas que no sentimos en realidad… Y, en mi defensa, eso que dijiste de que yo no había currado en la vida no es cierto, estuve trabajando de becario en una revista el verano antes de mi último año de carrera…

—¿Durante cuánto tiempo?

—Un mes.

Soltó una carcajada.

—¿Un mes? Mis disculpas entonces… Luis Grau, el pilar del proletariado, el azote del empresario opresor, el eslabón esencial de la clase obrera —dijo muerto de risa.

—Era un curro de mierda —me reí yo también.

—Estoy seguro de eso, y en realidad me parece genial que no necesites trabajar y puedas hacer lo que de verdad te llena… Lo digo en serio, ojalá todo el mundo pudiera dedicarse a lo que le hace feliz, el mundo sería un lugar mejor.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y oímos el grito de Greta.

—¡Gina, no abras! Déjales descans…

—¡Tarde, *bella*! —se rio Piero.

—¡Piero, Piero! ¡Hoy te ríes!

—Sí, *piccola Gina*, hoy me río.

—*Mi piace Piero felice* —dijo la niña con una sonrisa—. ¿Estáis desnudos?

Por suerte y por casualidad, la sábana nos cubría hasta la cintura.

—Sí —volvió a reírse Piero—, estamos desnudos.

—¿Por qué?

—Cosas de novios —contestó él con una sonrisa.

—Mami, ¿tú no tienes un novio de estar desnudos?

—No, yo no —se rio Greta apoyada en el marco de la puerta.

—Y ¿no quieres uno?

—De momento, paso —volvió a reírse su madre.

—¿Por qué? Así estarías *felice*, como Piero y Loui…

—Contigo ya estoy bastante *felice*.… De momento, no necesito más… —sonrió Greta.

—¡Oh, Piero! Tengo un dibujo, voy a traerlo.

Y salió corriendo de la habitación. Greta nos miraba sonriendo todavía desde el umbral.

—¿Ya? ¿Tanto drama para esto? Sois unos intensitos los dos —dijo intentando no reírse.

—Y tú una envidiosa —se rio Piero lanzándole con fuerza la almohada.

—Venga, que es casi la hora de comer, esta tarde os quedáis en la tienda vosotros —contestó ella cogiendo la almohada al vuelo.

—Nooo —se quejó Piero abrazándose a mí—. Han sido días difíciles, hoy nos toca estar solos…

—Lleváis solos un montón de días.

—Pero con mal rollo —se volvió a quejar él—. Hacemos una cosa, seguimos de vacaciones hasta cuando se supone que estábamos de viaje y luego nos ocupamos nosotros una semana entera.

—Qué cara más dura, yo también quiero descansar…

—Déjame llevar esta tarde a Loui a un sitio especial… Y mañana volvemos a hablar.

—Está bien —se quejó Greta medio riéndose—, pero solo porque dais mucho asco y no quiero teneros cerca.

—*Oh, mia cara Greta, sei la migliore…* —Piero saltó de la cama y fue hasta ella a abrazarla.

—Quita, cerdo —se rio ella intentando zafarse del abrazo—, no me abraces en bolas, no seas guarro…

—Ven, Luigi, abrázala tú también, que esta mujer necesita muchos hombres…

—Me parece que no somos el tipo de hombres que necesita —me reí.

—Exacto, ni vosotros ni ninguno… No necesito ningún hombre, me apaño perfectamente sola —dijo empujando a Piero y apartándolo de ella—. Venga, vístete y haz algo de comer, que paso de que mi hija me vuelva a decir lo mal que cocino.

—A la orden. —Piero hizo un saludo militar antes de ir a por su ropa y empezar a vestirse—. ¿Sabes? Mi padre iba con su uniforme militar, le han ascendido, ahora es *Colonnèllo* —añadió mientras se abrochaba el pantalón.

—Pues que le cunda —resopló Greta.

—Y ¿sabes qué más? Me llamó *dottore Mancini*, eso quiere decir que sabe que acabé la carrera, y quería hacerme saber que lo sabe.

—¿Te dijo algo más? —preguntó ella.

—No, eso fue todo. —Piero encogió los hombros.

—Menudo gilipollas —bufó ella.

—Venga, vamos a hacer la comida —se rio Piero—. Luigi, te esperamos en la cocina.

Pensé que lo que había dicho Piero de llevarme a un sitio especial era una excusa para escaquearse de estar en la tienda, pero no, llenó una mochila con algo de comida y bebida y me hizo subir al coche a media tarde. Tras un buen rato de camino, aparcó en una zona bastante desierta, no se veía a nadie por allí, ni vehículos, ni gente, ni nada.

Caminamos durante un rato y finalmente me hizo subir por una pendiente algo escarpada.

—Esto me recuerda mucho a la primera excursión que hicimos —dije resoplando tras él.

—Sí, se parece mucho, dame la mano, que ya estamos.

Tiró de mí y me encontré en una especie de gruta abierta como la de aquel primer día. De hecho, era tan parecida, que casi podría haberme dicho que era la misma y le habría creído. Bueno, no, porque la costa que se veía al final del acantilado era de piedra, y la otra vez era playa de arena.

—Este es mi rincón favorito de la isla, Loui —dijo con una enorme sonrisa.

—¿En qué se diferencia del de la otra vez? —me reí.

—Estamos en el otro lado de la isla, desde aquí se ve la puesta de sol en el mar… Vamos a

ver anochecer abrazados, como la pareja de babosos que somos, para darle envidia al mundo —sonrió y yo me reí.

Dejó la mochila en el suelo, se quitó la camiseta sin mangas que llevaba y abrió los brazos.

—La mejor sensación del mundo —suspiró.

—Me estoy acordando de lo que hiciste la otra vez —me reí mientras me sentaba sobre una roca.

—Te asusté, ¿verdad? —sonrió bajando los brazos y mirándome.

—Qué va —me reí.

—Yo creo que sí.

—Pues crees mal. —Negué con la cabeza—. Pensé que estabas muy loco, pero me encantó.

—Lo estaba, Loui, pero ese era el antiguo Piero… El nuevo ya no hace esas tonterías. Lo que te dije anoche iba en serio, voy a ser el adulto responsable que te prometí.

—Ni de coña, Piero. —Me puse de pie—. Ni se te ocurra pensar en cambiar nada de lo que te hace ser tú. Me enamoré de todo eso: de lo que me encanta, de lo que me asusta y hasta de lo que no entiendo.

—Bueno, pues solo cambiaré lo que te avergüenza…

—No hay nada que me avergüence. —Volví a negar con la cabeza.

—Yo creo que sí —se rio—. Que me desnude, que me desnudara, al aire libre sin venir a cuento, eso te avergonzaba, y no pasa nada. No necesito hacerlo, de verdad. Voy a ser más prudente.

—No lo seas, Piero, haz lo que te nazca, te lo digo en serio. Me encantas tal y como eres, y nunca has hecho nada que me avergüence, te lo digo de verdad…

—No te creo —se rio—, pero es bonito que lo digas. Te conozco bien, Loui, no me vas a convencer…

En ese momento vi claro que solo había una cosa que podía hacer para demostrarle que lo que decía iba en serio. Respiré hondo y, para sorpresa de mí mismo, lo hice.

—Bien, no me dejas otra opción —dije mientras me quitaba la camiseta.

—¿Qué haces, Luigi? —sonrió.

—¿Tú qué crees? —pregunté mientras me desabrochaba el pantalón—. Demostrarte que hablo en serio.

—Es una broma, te estás quedando conmigo… No eres capaz, Loui. —Parecía que intentaba esconder la sonrisa, pero no le salía nada bien.

—¿Que no? Pues igual es que no me conoces tanto como crees. —Me quité las zapatillas con los pies y les di una patada después.

Suerte que no llevaba calcetines, eso le habría quitado mucho glamur al momento.

Él se cruzó de brazos y me miró fijamente con una enorme sonrisa.

—Tengo curiosidad por ver hasta dónde llevas esto.

—Poco me conoces si no sabes que yo las cosas que empiezo, las termino —dije justo antes de bajarme el pantalón y la ropa interior y lanzarlo sobre las zapatillas.

Levanté los brazos, como había hecho él aquel día, y di un par de vueltas sobre mí mismo. Curiosamente, me sentía de lo más normal. Puede que el hecho de que no nos hubiéramos cruzado con nadie en horas ayudara, pero lo cierto es que no me sentí para nada lo incómodo que pensé que me sentiría.

—¡Lo has hecho, Luigi! —Se tapó la boca con la mano—. Te juro que no te creía capaz…

—Pues ya ves. —Volví a levantar los brazos—. ¡Mira lo que me haces hacer para convencerte de que hablo en serio! —grité con una carcajada.

—¿Te acuerdas de qué más hice ese día? —preguntó acercándose a mí sin dejar de sonreír.

—Claro que me acuerdo —asentí—. Lo flipé mucho, hacía cuatro días que nos conocíamos.

—¿Te asusté?

—Me encantó. —Negué con la cabeza.

—¿Te atreves? —preguntó levantando una ceja.

—¿A qué? ¿A gritarle al mundo que estoy enamorado? Tssss, por favor, Piero, si ya no hay quien me pare…

Me acerqué al borde de las rocas, como había hecho él aquel día y, en el último momento, decidí darlo todo.

—*Attenzione, mondo, anch'io sono innamorato!* —grité con todas mis fuerzas.

Cuando estaba bajando los brazos, Piero me cogió la mano y tiró de mí hasta que choqué contra él.

—Lo has dicho en italiano —susurró, y yo asentí—. Loui, lo has GRITADO en italiano.

—Lo sé —me reí.

—Pero ¿no te das cuenta de lo grande que es lo que has hecho?

—Cuando decido llegar hasta el final, voy a por todas… —sonreí—. Supongo que es el equivalente a que tú subieras desnudo a un avión.

—Mi problema en un avión no sería estar desnudo… En mi caso, sería como estar con mi padre en un avión —se rio y me besó.

—¿Ahora te parezco un poco menos aburrido? —sonreí.

—Lo que se dice de resaca no cuenta, Loui, no es *giuridicamente vincolante*… Creo que nunca había estado más enamorado que ahora mismo.

—¿Enamorado? ¿Es la palabra correcta?

—¿Por qué? Ah, vale, lo dices por cachondo… Sí, es posible que tampoco haya estado nunca tan cachondo.

—Aún hablas en español, no hemos llegado al punto de no retorno —susurré.

—*Cazzo*, Luigi, no se te escapa una.

CUARENTA Y TRES

LA LLAMADA

Tal como le habíamos prometido a Greta, durante los primeros días del mes de agosto nos ocupamos nosotros de la tienda. No era lo más divertido del mundo, pero estábamos juntos y le dábamos a ella un descanso.

Una mañana a primeros de mes, salimos los dos de la habitación a eso de las diez de la mañana, como siempre que nos tocaba abrir la tienda. Greta estaba sentada a la mesa tomándose un café y, sobre la encimera, había una vela encendida.

—*Buongiorno, bella*… Vaya, hoy es el día de la vela… ¿Algún día me contarás a qué se debe la velita misteriosa?

Greta se encogió de hombros y siguió bebiendo. Mi intuición me hizo mirar la fecha en mi reloj y me reí.

—Lo voy a llamar. Si quieres, luego te lo paso y lo felicitas tú también.

Ella negó con la cabeza y se puso un poco roja. Piero me miró arrugando las cejas.

—Es el cumpleaños de Marc —le susurré, pero a un volumen que Greta oyó perfectamente y se puso un poco más roja.

—*Cazzo*, misterio resuelto. No sé cómo no se me había ocurrido. —Piero se dio una palmada en la frente—. Por cierto, ¿y su hija? —añadió mientras miraba a su alrededor.

—Se ha ido con Donatella de excursión, ha venido su madre a por ella temprano.

—Mejor, así no le tienes que explicar lo de la vela del amor… —dijo Piero pestañeando muy rápido y con la mano en el pecho.

—No es de amor —respondió ella con cara de asco y sacó la lengua—. Fue mi mejor amigo durante veinte años, no puedo fingir que no existió. Es normal que me acuerde de él en su cumpleaños…

Fui hasta la cafetera y empecé a servir dos tazas.

—Claro, mejor amigo… —Piero se colocó detrás de una silla y empezó a dar embestidas con la pelvis contra el respaldo antes de dirigirse a mí—. Loui, también es tu mejor amigo —añadió con unos gemidos fingidos—, ¿a ti también te da esos meneos de mejor amigo? No lo conozco, igual es la manera que tiene el chico de demostrar la amistad… ¿Qué opinas? ¿Es eso?

—No soy tan amigo suyo entonces —me reí.

—¿Es tu mejor amigo? —preguntó Greta—. ¿Tienes un favorito?

—No es que tenga un favorito —sonreí—, pero es cierto que, desde que te fuiste, he hablado mucho con él. Como soy el único al que le contó lo vuestro, me buscaba cada vez que necesitaba hablar del tema y desahogarse… —dije con indiferencia mientras me sentaba a la mesa y dejaba una de las tazas frente a la silla que Piero seguía mancillando. La dejó tranquila por fin y se sentó también.

—Te buscaba… —dijo Greta—. En pasado, claro, ya no.

—Cada vez menos —contesté y me encogí de hombros—, es normal.

—Claro, es normal, y es lo mejor —asintió ella.

Piero apretó los labios y agachó la cabeza, ella fingió no darse cuenta.

—Creo que voy a llamarlo ya —suspiré mirando el reloj—, no quiero que se me pase. Bastante mal me hace sentir todo lo que no puedo contarle, seguramente tenga hasta que mentirle…

—Llámalo desde aquí y pon el manos libres, porfa, que me apetece oír su voz…

—Sí, Luigi, déjale oír su voz, dale material para sus sueños húmedos.

—No es eso, imbécil —se quejó Greta medio riéndose y le dio una palmada—. Va, Loui, que tampoco te va a contar nada que yo no pueda oír, estoy segura…

—Está bien —suspiré—. Total, una cosa más que ocultarle…

Saqué mi móvil con resignación y busqué el contacto. Le di a llamar y lo puse en manos libres. Descolgó al segundo tono.

—¿Qué pasa, nano? —contestó. Greta se puso tensa.

—Feliz cumpleaños, tío.

—Gracias, Judas, que nos tienes abandonados, ¿cuándo vuelves?

—En un mes, ya no queda nada…

—Ya me contarás qué coño estás haciendo para dejarnos tirados tanto tiempo… Qué asco de verano, nano, de los peores de mi vida… —dijo con un tono alegre que contradecía sus palabras.

—No será para tanto —sonreí—. ¿Qué tal? ¿Qué haces?

—¿Ahora mismo o en general?

—No sé, ahora mismo, por ejemplo…

—Pues, ahora mismo, nada en especial, salvo alcanzar un nuevo grado de patetismo moñas… —se rio.

—¿Y eso? —me reí yo también—. ¿Qué estás haciendo?

—En realidad solo estoy tirado en la cama mirando al techo.

—Bueno, eso es más de vago que de patético —me reí.

—Ya, eso sería si estuviera en mi cama —se rio también.

—¿En qué cama estás, cabrón? ¿Le estás poniendo los cuernos a Marta? —pregunté flipando un poco.

—Qué va, ya no hago esas cosas, ya lo sabes… —se volvió a reír—. Estoy en la cama de Greta.

La miré. Se había quedado blanca con los ojos muy abiertos.

—¿Hemos vuelto a eso? —le pregunté sin dejar de mirarla a ella.

—Qué va, nano, está superado… superadísimo… Solo me pongo un poco moñas en mi cumpleaños, cada año hago alguna gilipollez, esta ha sido de lo más *light* —se rio entre dientes —. Voy a largarme de aquí, que esta habitación parece un puto santuario, su madre no ha tocado nada —añadió con un sonido que dejaba adivinar que se estaba levantando—. Bueno, ¿tú qué te cuentas? ¿Ganas de volver?

Se oyó el ruido de una puerta y sus inconfundibles pasos calmados.

—Sí, claro, ya me apetece —dije mientras miraba a Piero y negaba con la cabeza.

—Vuelve ya, nano, que está siendo un verano aburridísimo. *El* Chus y tú desaparecidos, y Samu todo el día con mi hermana, y ya sabes lo asqueroso que es estar con ellos… Qué coñazo de verano, te lo juro.

—Aprovecha para hacer cosas.

—¿Qué cosas, nano? —se rio—. Si no salgo de casa… Lo único que hago todo el día es dibujar y matarme a pajas.

Greta y Piero se taparon la boca con la mano aguantando la risa y yo cerré los ojos y negué con la cabeza. Por suerte, ese era un comentario que Marc podría haber hecho delante de cualquiera. En realidad, me sabía peor que le hubieran oído confesar que había estado tirado en la cama de ella.

—Una imagen demasiado gráfica, cabrón —me reí.

—¿Ahora lo estás visualizando? ¿Vas a pajearte pensando en mí haciendo lo mismo? —se rio más fuerte.

—Ya le gustaría a tu ego —contesté con una carcajada—. Que no me pones nada, flipado, no sé cómo decírtelo ya…

—Eso lo dices porque jugamos en ligas distintas, pero ya te gustaría a ti meterme mano… A ver dónde vas a encontrar un maromo que esté más bueno que yo. —Noté que sonreía. Me gustaba saber que estaba de buen humor, y yo estaba ya más que acostumbrado a sus bromas de ese tipo.

Piero me miró y se señaló a sí mismo con las dos manos; yo aguanté la risa. Se oyó al otro lado el ruido de abrir y cerrar un frigorífico.

—Mira, han actualizado la decoración de la nevera, qué bien… —soltó en tono sarcástico—. Dos fotos nuevas con el puto italiano… ¿Este tío no sabe hacerse una foto sin sonreír? Que ya sabemos que tienes los dientes perfectos y que eres muy feliz, nos ha quedado claro en las mil quinientas fotos anteriores, ya puedes cerrar la puta boca… Qué ganas de borrarle la sonrisa de un guantazo, nano…

Piero enseñó los dientes e hizo el gesto de separarse la camisa del cuello, aunque no llevaba camiseta. Yo le sonreí.

—¿Aún estamos con eso?

—Qué va, hablo por no callar, en realidad me la pela el puto italiano, eso ya está superado —dijo con indiferencia.

—Ya, claro, por eso lo sigues llamando «puto italiano» —me reí.

—Por no perder las viejas costumbres, pero sabes que ya paso de eso… —se rio también—. ¿Sabes? Cotilleo de vez en cuando la lista de invitados confirmados a la boda, y Greta aún no ha dicho nada. Yo creo que no va a venir, lo que ya me parece muy fuerte, pero que no haya contestado siquiera, ya le vale, es hacerles un feo muy grande a los novios, a mi madre, a la suya… a todos…

—Ya contestará —dije mirándola a ella, que asintió con la cabeza.

—No sé, nano, paso ya de eso, que haga lo que le dé la puta gana…

—Y ¿con Marta qué tal? —pregunté para cambiar de tema. Greta se puso tensa.

—Pues bien, como siempre. Está pasando fuera el verano, como el año pasado, pero hablo con ella un par de veces a la semana. Volverá más o menos a la vez que tú…

—Y ¿a quién echas más de menos? ¿A ella o a mí? —sonreí.

—A ti, corazón —dijo poniendo voz de tía—, necesito volver a ver tu culito por aquí…

—Ya falta poco —me reí.

—Me frotaré los pezones contando los días —dijo siguiendo con el mismo tono de voz.

—Qué gilipollas eres, joder —me reí.

—Nano, era broma, no te mosquees —dijo serio de repente.

—Ya lo sé, no me he mosqueado —volví a reírme.

—Tío, has dicho *joder*, solo te he oído decir *joder* una vez, y estabas muy mosqueado…

—Se me habrá escapado —sonreí.

—Pues te ha sonado muy natural —se rio—. Estás tú muy suelto… ¿Estás haciendo la locaza por ahí?

—Sabes que no es mi rollo —me reí yo también.

—Ya, nano, pero estás raro… Bueno, vuelve pronto, así compruebo que está todo bien y que sigo ocupando tus pensamientos más perversos…

—Tus ganas, flipado. Bueno, tío, tengo que colgar, me alegro de haber hablado contigo.

—Y yo, nano, gracias.

—Las que tú tienes, bonito —me reí siguiendo con su coña.

—Lo sabía, te pongo cachondo, no puedes vivir sin mí. Venga, me voy a comprar un teléfono de esos que hay ahora con cámara para mandarte una foto sexi para cuando estés tontorrón…

—Serías capaz —me reí.

—No lo dudes, por un colega, lo que haga falta.

—Venga, gilipollas, te dejo para que te la casques a gusto.

—¡Pero, nano! A ti te han dado algo… Yo te digo esas cosas para escandalizarte, y ahora me las dices tú a mí, no es normal… Voy a acabar escandalizado yo… A ti un guiri te ha puesto mirando a Cuenca haciendo el pino puente o algo…

—Vale, se acabó la conversación, nos vemos en septiembre —dije muerto de risa.

—Au, tío, gracias por llamar.

Corté la llamada.

—Bueno, pues muy bien —dijo Greta con una sonrisa de lo más falsa—, lo tiene superado, me alegro mucho.

—¿Eso es lo que has deducido de la conversación? —pregunté divertido.

—Sí, lo ha dicho él, varias veces.

—Ya.

—Bueno, voy a darme una ducha, que es tarde. —Greta se levantó de la mesa como si tuviera un resorte y se metió en el baño.

—Pero este tío está igual de colgado de esa historia que ella —susurró Piero mirándome sorprendido.

—Sí —me reí.

—En cuanto se vuelvan a ver, van a tardar cero coma en meterse en la cama otra vez…

—Bueno, bueno —me reí—, no los subestimes, que son capaces de seguir haciendo el gilipollas hasta niveles que no podemos comprender los mortales.

—Ay, Loui, que me va a quitar a mis chicas —dijo apoyando su frente en mi hombro.

—También son sus chicas —contesté dándole un beso en la cabeza.

—Dile por lo menos que estamos juntos antes de que lo conozca, que ese es capaz de partirme la cara antes de decir «hola». —Levantó la cabeza y me miró.

—Qué va, todo lo que tiene de macarra, lo tiene de bocazas… Ya verás como vais a tener tiempo de explicárselo todo antes de que te haga nada —me reí.

—Bueno, como te mande esa foto que dice, seré yo el que le dé la paliza a él —sonrió.

—No te veo dándole una paliza a nadie, Piero, no creo que sea tu rollo —volví a reírme.

—Vale, es verdad, nunca le he pegado a nadie… Pues le cantaré una canción protesta —añadió con un movimiento rápido de cejas.

—Eso sí lo veo.

CUARENTA Y CUATRO

UNA PETICIÓN INESPERADA

La afluencia de turistas propia del mes de agosto no nos dejaba un respiro y los días se nos escapaban casi sin darnos cuenta. Septiembre se acercaba a una velocidad de vértigo y yo no estaba preparado para la incertidumbre que eso suponía. Piero no quería ni oír hablar del tema, como si evitarlo lo hiciera menos real, como si por ignorarlo no fuera a ocurrir.

Una mañana a mediados de agosto, me encontraba solo en la casa. Greta y Gina estaban ocupándose de la tienda y Piero había salido a atender a una paciente. No se trataba de un parto, solo de una revisión, y eso solía ser considerablemente más rápido, no podía tardar en volver. De hecho, supuse que sería él, que se habría dejado las llaves, cuando llamaron a la puerta casi a mediodía.

Pero no.

Una chica muy jovencita que apenas me llegaba al hombro y con rastas rojas en el pelo me miraba sorprendida desde el otro lado del umbral. Supuse que se trataba de una de las *hippies* de la aldea. Yo no conocía a todo el mundo, lógicamente, pero esta no me sonaba ni de vista. Llevaba un petate con ella, parecía venir de viaje.

Dijo algo en italiano, pero, tan deprisa, que no pude entender ni una palabra. Bueno, me pareció que entre todas las palabras había un *Piero*, eso siempre lo entendía.

—Lo siento, no te entiendo, soy español —le dije en cuanto me dejó meter baza.

Esa era una frase que podría haber aprendido perfectamente en italiano, de hecho, sabía de sobra cómo se decía, pero seguía siendo incapaz de hablar en otro idioma, me salía siempre en el mío.

—¿Eres *il fidanzato spagnolo* de Piero? —preguntó achinando los ojos, y a mí me tranquilizó mucho que supiera hablar español, más o menos.

—Sí, soy Luis.

Iba a añadir algo más, iba a preguntarle quién era ella y qué hacía allí, pero me interrumpió antes.

—No pareces gay —dijo volviendo a achinar los ojos.

—No sé qué contestar a eso. —Sacudí un poco la cabeza—. No sé cómo tomarme ese comentario para que no resulte ofensivo…

—Ah, pues *no ofendertti*. —Hizo un gesto con la mano y entró en la casa, sin esperar a que la invitara a hacerlo, mientras yo la miraba flipando—. Te lo he *detto come informazione*.

—Pues… gracias por la información, ¿debería parecerlo? ¿Debería colgarme un cartel o algo? —pregunté todavía sujetando la puerta abierta.

—*Olvida eso, no dije nada* —dijo ella poniendo los ojos en blanco—. ¿Está Piero?

—Ha salido, pero no creo que tarde en volver.

—Vale, pues espero *qui* —dijo sentándose en la mesa. No en una silla, no, sobre la mesa.

—Mmm… Bien —contesté sin saber qué otra cosa decir.

—Puedes *offrirmi* algo de beber. *El viaggio ha estado largo* y hace *molto* calor.

—Hum, claro —contesté confuso. Cerré por fin la puerta y fui hacia el frigorífico.

Le serví un vaso de agua fría y se lo acerqué.

—Y tú podrías decirme quién eres —comenté mientras se lo daba.

—¿No me he *presentada*? —preguntó riéndose al coger el vaso.

—Mmm… No.

—Creí que sí, perdona.

—¿Y bien? —pregunté haciendo un gesto con la mano e invitándola a presentarse.

—Soy Carina, la *pecora nera* de la familia, encantada. —Me tendió la mano que tenía libre.

—Vale, la hermana pequeña de Piero, ¿verdad? La que no vino al bautizo…

—*Ecco* —sonrió—. Espera, ¿tú *andaste* al *battesimo*?

—Sí.

—*Cazzo*, ¡me lo perdí! ¿*Eran allí* mis padres? ¿Piero fue con un *ragazzo*? Ojalá haberlo visto…

—No fue muy agradable…

—¡Oh! Y ¿*era allí* el *fratello* de Laura? *Come fa?* ¿Fabio?

—Sí, claro —asentí.

—¿Tú sabes *quello* pasó entre él y Piero? —preguntó con un susurro.

—¿Hace años, dices? Sí, lo sé.

—Oh, cuéntame.

—¿Qué?

—Sé que pasó *qualcosa*, yo tenía doce años y nadie me dijo *niente*… Va, *cuenta a mí. No creo solo se liaron, seguro hay más…*

—Si no te lo ha contado Piero, no te lo voy a contar yo…

—Va, que *sono* adulta… *Cuenta a mí.*

—Pregúntale a tu hermano, yo no soy quién para contarte algo así.

Resopló como respuesta y me puso cara de asco.

Se oyó entonces el ruido de la puerta y nos interrumpió Piero.

—*Cazzo, Carina?* —preguntó con cara de haber visto un fantasma.

—*Ciao, Piero* —contestó ella con una sonrisa—. *Il mio fratello preferito.*

Bajó de la mesa de un salto y se acercó a abrazarlo.

—¿Tu hermano preferido? —se rio Piero devolviéndole el abrazo—. ¿Qué necesitas de mí? Yo no tengo dinero.

—No vengo *cercando* dinero —sonrió ella separándose de él—. He venido a *vederti*…

—Ya. —Piero se rio más fuerte—. Más de tres años sin saber nada de ti… ¿Qué quieres, Carina? Creía que estabas en España…

—*Soy apenas tornata*, directa a *vederti*… *Echaba de menos mi hermano*…

—Bueno, ya me lo dirás —se rio él.

—He *conosciuto tu fidanzato*… *È molto bello*, pero un poco antipático —dijo tan tranquila en mi puñetera cara.

—¿Qué? —pregunté muy sorprendido.

—¿Mi Loui? ¿Antipático? ¿Qué le has dicho al pobre? —Piero se acercó a mí y me dio un beso—. No me digas a qué has venido si no quieres, pero respeta, Carina.

—Sí, sí, yo *rispetto tutto*…

—Te iba a preguntar si te quedabas a comer, pero parece que tienes intención de quedarte un poco más… —dijo Piero señalando con la cabeza el petate que había en el suelo.

—Unos días, *si eres de acuerdo* —dijo ella con una sonrisa—. *Questa casa è di tutti, è* la casa de *la nona*…

—*La nona* no parecía de todos durante los últimos años… —dijo Piero cruzando los brazos sobre el pecho—. Ni una visita, ni una carta… Si necesitas quedarte en MI casa unos días, no tienes más que decirlo, eres mi hermana, no te voy a dejar en la calle, pero no me salgas con esos rollos.

—Tienes razón, *caro fratello* —dijo volviendo a abrazarse a su cintura—. ¿*Posso quedar* unos días en tu casa? Somos los dos *ripudiati* de la familia, *dobbiamo ser unidos*…

—Qué cara más dura tienes… Bien, ahora hablo con Greta y a ver cómo lo hacemos… Por cierto, ¿qué mierda te has hecho en el pelo? —dijo cogiendo entre dos dedos una de las rastas rojas con cara de entre risa y asco.

—*No ha estado la mejor idea*, ya sé… *Tardaré mucho en arreglar eso*…

—Carina, Carina —dijo él todavía abrazado a ella y le dio un beso en la cabeza—. Sigues teniendo dieciséis años…

—Tengo *quasi venti anni*.

—No lo parece —se rio él entre dientes. La abrazó un poco más fuerte antes de soltarla—. Bueno, voy a terminar de hacer la comida… Pasa a saludar a Greta y a conocer a Gina, están en la tienda.

—Claro —dijo ella, pero se quedó plantada sin saber hacia dónde ir.

—La cortina —dijo Piero—. Ya veo cuánto te acuerdas de *la nona* y de su casa…

—*Estaba molto piccola* —se defendió ella antes de ir hacia donde Piero le había indicado.

Piero y yo terminamos de hacer la comida y avisamos a las chicas. Nos sentamos los cinco a comer. No voy a decir que la hermana pequeña de Piero me había caído bien desde un primer momento, porque no había sido así en absoluto.

—¡Qué calor *fa qui*! —dijo ella quitándose una blusa *hippie* que llevaba y quedándose solo con una camiseta de tirantes.

—*Cazzo, Carina*, ¿te has operado las tetas? ¿O es que te desarrollaste tarde? No tenías todo eso hace tres años… —se rio Piero.

—Ah, ya —contestó ella tan tranquila—, ni una cosa ni otra… Es porque estoy embarazada, ¿se dice así?

—¡¿Qué?! —gritó Piero con la cara desencajada mientras Greta y yo nos quedamos blancos y en silencio.

—¡Otro *bambino*! —aplaudió Gina.

—¿Lo dices en serio? —insistió Piero.

—Ajá —dijo Carina con la misma calma—. Vaaaaaale, *por questo soy aquí*… Paolo me contó lo que hiciste por Laura… Quiero que hagas lo mismo por mí…

—¿Lo mismo por ti? ¿De cuánto estás? ¿Pretendes quedarte aquí todo el embarazo? No vamos a seguir en Sicilia tanto tiempo…

—No, no, *che dici*? Quiero que lo saques ya, no quiero tenerlo, quiero *abortire*… Puedes *facere* eso también, *vero?*

Piero resopló y se pasó una mano por la cara.

—¿Qué cosa es *abortire*? —preguntó Gina.

Piero la miró y se pasó esta vez las dos manos por la cara.

—*Cazzo!* —resopló más fuerte.

—¿Qué cosa es? —insistió la niña.

—Luego te lo explico —le susurró su madre.

—No puedo hacer eso —dijo Piero por fin.

—¿Por qué? —preguntó su hermana—. ¿No sabes o no quieres?

—No quiero, Carina, eres mi hermana… ¡Mi hermana pequeña!

—*Voy a facerlo* igual… *Depende de tú si bien o mal*…

Piero se puso de pie y empezó a caminar por la habitación.

—¿Y el padre? Tendrá algo que decir, ¿no?

—¿*Nostro* padre? ¡No lo sabe! Ni *la mamma* tampoco… *Solo sabes* tú… *No digas a nadie*…

—Me refería al padre del… —dijo señalándola con las dos manos.

—Ah, vale —se rio ella, y sí, era la única que se reía—. *No sabe, ni saberá*, no sé quién es… Tengo cuatro *opzioni*…

—*Cazzo, Carina!* —gritó Piero enfadado.

—Gina y yo vamos a volver a abrir la tienda, que aquí tenéis mucho de lo que hablar… —dijo Greta poniéndose de pie y tirando de la niña.

—Mejor, sí —dijo Piero más tranquilo dirigiéndose a ella.

Greta y Gina se marcharon.

—¿Vas a *aiutarmi*? —preguntó ella cuando nos quedamos solos los tres.

—No lo sé, Carina, no lo sé… —dijo Piero, que seguía de pie, mientras se apoyaba contra la encimera de la cocina y se frotaba los ojos con los dedos.

—Cuñado guapo supergay, *aiutami un po'* —me dijo ella inclinándose hacia mí.

—¿Supergay?

—Antes he *detto no pareces* gay y te has *ofesso*… —contestó poniendo los ojos en blanco—. *Deciditi*.

—Eso también es ofensivo.

—Qué *delicato* tu novio —le dijo a Piero.

—*Cazzo, Carina*, déjate de tonterías, ¡que esto es serio!

—No me has dicho *se mi aiuterai*…

—Es que esto no es como cortarse el pelo, o como hacerse esa mierda que te has hecho, Carina, ¡estás hablando de un aborto! Deberías pensarlo mejor.

—Es mi vida, decido yo… No *voglio* ser madre a los veinte… *Cazzo*, no *voglio* ser madre *e basta*… *Voy a facere igual*… Depende *da te* como *lo faccio.*

—A ver —dijo Piero más calmado volviendo a sentarse—, creo que no eres consciente de lo importante que es una decisión así… Te va a marcar la vida. Vamos a hacer una cosa… Quédate un par de semanas, habla con Greta, ella fue madre a los veintiuno… Pasa tiempo con ella y con Gina… Si después decides que quieres seguir adelante con esto, te ayudaré —añadió volviendo a pasarse las manos por el pelo.

Yo me encogí en mi silla ante la idea de que la niñata insufrible fuera a estar por aquí durante mis dos últimas semanas en Italia, pero no dije nada.

—¿Dos semanas? —preguntó ella arrugando las cejas y negando con la cabeza—. Tres días… En tres días tengo *tempo di pensare*.

A mí me pareció mucho más razonable ese plazo, dónde va a parar.

—Yo creo que ya lo tiene bastante pensado, seguro… En tres días le puede dar tiempo a tomar una decisión definitiva… —intervine de un modo totalmente interesado.

—*Grazieeeee* —me susurró ella.

Piero me miró aguantando la risa.

—Una semana —dijo sosteniéndome la mirada, a continuación, se giró hacia ella levantando las cejas.

—*Una settimana* —asintió ella—. *Grazie, Piero, sei il migliore.* —Se levantó y fue a abrazar a su hermano.

Yo respiré hondo e intenté prepararme psicológicamente para la semanita que veía venir.

CUARENTA Y CINCO

CONDICIONES

Tampoco voy a decir que fue la mejor semana de mi estancia allí, pero, al final, no estuvo mal del todo. Carina no era una persona de trato fácil, pero se comportó mucho mejor y fue mucho menos impertinente que el día que llegó.

Cumplió su parte del trato a rajatabla. Pasó mucho tiempo hablando con Greta y haciéndole muchas preguntas. También hizo muchas cosas con Gina. A veces incluso se iban por ahí ellas dos solas de paseo o a la playa o lo que fuera.

—¿Vamos nosotros también a la playa? —preguntó Piero una tarde que no iban a abrir la tienda y Carina se había llevado a la niña justo allí.

—Claro —contestó Greta—. Que aún no la he pisado en todo el verano…

—Vale —asentí—. Voy a buscar los bañadores, que desde que volvimos del viaje no los hemos usado, no sé dónde los dejé.

—No van a hacer falta —sonrió Piero—. Nosotros vamos a la playa nudista.

—Microinfarto de Loui en tres, dos, uno… —se rio Greta.

—Mmm… Vale, no lo sabía —contesté siendo el primer sorprendido por que esa idea no me incomodara.

—¿Vale? ¡¿Vale?! —preguntó ella girándose hacia mí con los ojos desorbitados.

—Sí, ¿por qué? ¿Era broma? Dímelo seguro para buscar los bañadores o no —repliqué.

—¿Me estáis tomando el pelo? —preguntó Greta mirando primero a Piero y después a mí—. Loui, ¿has entendido el concepto? Playa nudista: en bolas, en la playa.

—Sí, sé lo que es una playa nudista.

—Ay, Greta, Greta… —sonrió Piero pasándole un brazo por encima de los hombros—. Te sorprenderías de las cosas que es capaz de hacer nuestro Loui… Y de las que ha hecho ya…

—¿Quiero saber? —Lo miró a él y luego a mí—. No, no quiero saber —se contestó ella misma.

Piero y yo nos reímos, y él, todavía con un brazo sobre sus hombros, le dio un beso en la cabeza.

Preparamos en un momento todo lo que nos iba a hacer falta para la playa y yo cogí mi cámara más vieja y más cutre, la única que no me importaba que se pudiera estropear con la arena. Aun así, pensaba ir con cuidado con ella.

—¿Te vas a llevar una cámara? —preguntó Greta—. ¿Vas a ponerte a hacer fotos a la peña en bolas como un pervertido?

—No —me reí—, haré alguna foto, pero no a la gente de la playa, no soy un perturbado.

Llegamos a la playa y vimos a Gina y a Carina dándose un baño. Nos desnudamos los tres y Piero se fue directo al agua con ellas. Greta y yo extendimos las toallas y nos quedamos tomando el sol y mirando cómo jugaban en el agua los otros tres.

—Has cambiado mucho este verano, Loui —dijo sin dejar de mirar hacia el mar.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté girando la cabeza hacia ella.

—Que ya no eres el Loui tenso e inseguro de siempre… —Me miró ella también—. Supongo que el intensito ha tenido mucho que ver en eso… Menudo viaje te ha dado —se rio.

—Piero es mucho Piero, sí —me reí yo también.

—Es como si fuera el virus de la felicidad… Pero en intenso y contagioso —sonrió ella volviendo a mirarlos.

—Pues que no me curen —susurré girándome yo también hacia el mar—, que se quede como una de esas enfermedades crónicas con las que se convive toda la vida.

—Joder —se rio ella—, qué babosos estáis los dos… Pero la verdad es que me encanta veros así. No rompáis nunca y acabéis fatal, ¿eh? No me gustaría nada tener que elegir —se rio.

—Me parece bien, seguiremos juntos toda la vida, pero por ti, por no incomodarte —me reí con ella.

Aproveché el momento para sacar la cámara y hacerle algunas fotos.

—Eh, cerdo, no me hagas fotos en bolas —se rio ella.

—Son fotos artísticas, no se te ve nada —sonreí.

Y era cierto, pero no era el motivo principal por el que las hacía. Me imaginaba a Marc descubriéndolas entre todas las fotos del viaje que iba a enseñarles. Si verlas no le removía nada por dentro, me creería que por fin lo había superado y me alegraría por él y por su nueva vida… Pero si le desestabilizaban, aunque fuera un poco, estaría mucho más vulnerable unas semanas después, cuando ellos volvieran. Igual así se atrevía a dar el paso que necesitaba dar y que yo tanto necesitaba que diera, porque si había alguien capaz de anclar a Greta a Valencia de vuelta, era Marc. Y Piero iría donde fuera ella.

Me sentí un poco manipulador, no lo voy a negar, pero estaba seguro de que habría contado con el apoyo de Samu en caso de haberlo compartido con él.

Esa noche Piero y Carina hicieron la cena. En solo una semana habían estrechado lazos, se les veía muy bien juntos. Piero estaba feliz, como cada vez que le había visto recuperar un pedacito de su familia. En defensa de Carina diré que se estaba portando muy bien, aunque yo seguía sin ser su mayor fan.

Gina se quedó dormida después de un agotador día de playa y los demás salimos al jardín, como casi cada noche.

—Bueno, bueno, hermanito, mañana *è la settimana*.

—Lo sé —asintió Piero—. ¿Y bien? ¿Necesitas más tiempo?

—No, Piero. No quiero tenerlo —dijo ella negando con la cabeza.

—Igual deberías pensarlo un poco más.

—Es decisión suya, Piero —intervino Greta.

—Lo sé, solo quiero que esté muy segura.

—*Soy* muy segura. He *parlato* mucho con Greta y he *passato un sacco di tempo* con Gina, y *pienso es una niña fantastica, ma non fa per me*. Me encantará ser la tía Carina, de Gina y del *bambino* de Paolo, que no lo *conosco ancora*… *Anche di tutti* los de Gabriella que no sé *quanti* son… —se rio—. Pero *non sonno fatta* para ser madre, *sarei una madre orribile*…

—Igual en eso tiene razón —intervine yo.

—*Vai una prima volta* has elegido *per darmi* razón —se rio Carina dándome una palmada en la pierna—. *Alla fine mi* amarás…

—Quién sabe —sonreí.

—Está bien —suspiró Piero—. Lo haré.

Ella esbozó una enorme sonrisa que mi chico le cortó rápido.

—Pero tengo algunas condiciones.

—¿Condiciones? —preguntó ella levantando una ceja.

—Sí, condiciones. Hacer esto no es fácil para mí, quiero estar seguro de que es lo mejor y que será para bien… Y te digo ya que no lo volveré a hacer. Si te vuelve a pasar, no podrás recurrir a mí de nuevo.

—No va a volver a pasar, *promesso*.

—Eso no es garantía de nada —sonrió su hermano—. A ver, la primera condición es que te vas a ir a vivir con Paolo.

—¿Qué? No puedo pedirle *tanto*…

—Ya he hablado yo con él.

—¡¿*Glielo hai detto*?!

—Sí, se lo he contado. No puedes seguir de aquí para allá sin un plan. Necesitas centrarte.

—Vale, viviré con Paolo *un tempo* —resopló.

—Y tienes que volver a estudiar.

—¿Qué? ¡No!

—Pues encontrar un trabajo y pensar en tu futuro.

Ella resopló como respuesta.

—Carina, esto es la consecuencia de la vida loca que has llevado, pero eso se tiene que acabar. No puedes dejar pasar los años de esa manera. Paolo te paga el viaje a *Milano* y ya allí hablas con él y decides si quieres volver a estudiar o buscar trabajo o lo que sea, pero algo tienes que hacer.

—Está bien —refunfuñó ella como una cría pequeña—. ¿Alguna *condizione* más?

—Por mi parte, no. Ya veremos si Paolo o Laura te dicen que te tienes que cortar esa asquerosidad de pelo para vivir en su casa.

Ella se rio como respuesta.

A la mañana siguiente, Piero y su hermana subieron a la consulta y él cumplió su parte del trato. La intervención duró muy poco. Piero avisó a Greta al terminar para que se quedara con Carina hasta que se le pasara el efecto de la anestesia local. Él bajó a hablar conmigo.

—Qué difícil ha sido esto, Loui —dijo dejándose caer en la cama, donde yo estaba sentado organizando los carretes.

—¿Complicaciones? —pregunté dejando lo que estaba haciendo y recostándome a su lado.

—No, qué va, si es muy sencillo, pero odio hacerlo, y más a mi hermana pequeña… Uno nunca piensa que va a tener que hacerle eso a su hermana pequeña —resopló.

—Bueno, ya está. —Le pasé una mano por el pelo—. En el fondo sabes que es lo mejor… Todos sabemos que lo último que necesitaba esa chica es un hijo.

—Lo sé, Loui, lo sé, y habría sido una madre de mierda, y Paolo o yo nos tendríamos que haber acabado haciendo cargo del niño, pero no por eso es menos duro para mí.

—Bueno, has recuperado una hermana… Un poco insufrible, pero una hermana… Quédate

con eso.

—Recuperar una hermana me hace feliz. —Sonrió, cerró los ojos y no dijo nada más.

Veinticuatro horas después de la intervención, tras asegurarse de que todo había ido bien y darle las indicaciones pertinentes, Piero dejó a su hermana en un avión rumbo a Milán, donde la esperaría Paolo para empezar su nueva vida.

Y a mí me quedaban siete días en Sicilia y, a partir de ahí, la incertidumbre.

CUARENTA Y SEIS

DOS CONTRA UNO

Me desperté excitado. Muy excitado. Los labios y la lengua de Piero me recorrían el pecho. Todavía era noche cerrada y no le había oído llegar.

—Ey, ¿cómo ha ido? —susurré.

—Shhh… No quiero hablar de trabajo.

—Vale —sonreí—, ¿hace mucho que has llegado? No me he enterado…

—Shhh… Te vas en cinco días, a partir de ahí solo podremos hablar por teléfono, no tendremos de esto —susurró contra mi piel mientras seguía a su tarea.

Me reí y cerré los ojos concentrándome en las sensaciones que me estaba regalando. Sus labios bajaron por el lateral de mi cintura y alcanzaron uno de mis muslos.

—¿Estoy desnudo? ¿Cómo ha pasado? Yo me acosté con pantalón —sonreí.

—No se sabe, qué misterio… —se rio entre dientes mientras seguía torturándome de la mejor manera posible.

Sus labios se acercaban peligrosamente a la zona donde yo más los necesitaba, pero la esquivaba claramente.

—¿Qué coño estás haciendo? —sonreí con los ojos todavía cerrados—. ¿Qué tortura es esta?

—¿Coño? Déjate de coño, Loui, te he dicho que no quiero hablar de trabajo —se rio contra mi piel.

Me reí yo también y le dejé hacer.

Seguía en el mismo plan, era tan placentero como frustrante. Recorría mi piel a cámara lenta, deteniéndose deliberadamente demasiado cerca de las zonas clave y esquivándolas. Mi cuerpo empezaba a estar al límite de excitación tolerable, necesitaba un alivio con urgencia. Y él no parecía por la labor.

—Piero, no puedo más —susurré.

—Sí puedes… —dijo acompañando sus palabras con un lametón cerca de mi ingle, pero no lo suficiente.

—Piero, por favor —supliqué.

—Shhh… Falta poco.

Me sentía a punto de explotar, empezaba a ser doloroso.

—Piero, joder, no puedo más… No me hagas esto —susurré apretando mucho los ojos.

En ese momento, se apiadó de mí y sus labios volaron hasta donde yo los necesitaba. Me rodeó con ellos y sentí como si me separara de mi cuerpo. Me invadió una enorme sensación de alivio, a la vez que mi excitación aumentaba más allá de lo que creía posible. Sentí una dulce sensación de mareo, como si estuviese levitando un par de palmos sobre el colchón.

Aceleró sus movimientos y me invadieron un millón de corrientes eléctricas recorriéndome

por dentro. Estaba llegando al punto de no retorno, cada vez estaba más cerca… Hizo algo con la boca que no identifiqué pero que precipitó el desenlace. Una ola de calor me golpeó con fuerza y me abandoné al placer, me liberé en un orgasmo que me azotó todo el cuerpo.

—Argh, joder, Piero, no quiero irme, quiero quedarme aquí contigo —dijo una voz que salía de mi interior sin permiso mientras yo me abandonaba en su boca.

—Pues, decidido, no te vas —dijo con una sonrisa radiante cuando cesaron mis convulsiones.

Y yo no fui consciente de la gran oportunidad de quedarme calladito que acababa de desperdiciar.

Ya por la mañana, mientras Piero se duchaba, aproveché para hablar un momento con Greta.

—Oye, he estado pensando —susurré como si él pudiera oírme desde la ducha—. ¿Y si rescatara la furgo del desguace aquel donde se quedó e hiciera que la remolcaran hasta aquí? Sé que sería caro, pero ¿valdría la pena? ¿Crees que sería importante para él?

—Creo que, si hicieras eso, te ganarías la mejor mamada de la historia —se rio ella.

—Joder, qué cerda eres —me reí yo también—. Va, en serio, ¿qué piensas?

—Pienso que sería un gesto precioso, pero absurdo.

—¿Absurdo? Si es importante para él y le haría feliz, no lo veo absurdo.

—Absurdo porque vamos a vender esto… Si nos fuéramos a quedar, no te digo que no, le encantaría tenerla en el jardín, pero, cuando vendamos, ¿qué hacemos con ella? ¿Abandonarla aquí como chatarra? ¿Remolcarla otra vez? ¿Llevarla a España en barco?

—Sí, tienes razón, es absurdo… No había pensado en eso.

Gina había ido a pasar el día en casa de su amiga, así que nos sentamos los tres solos a comer cuando se hizo la hora.

—Bueno —dijo Piero—. Ha llegado el momento de hablar del futuro. Ahora que Loui no se va, hay que decidir qué vamos a hacer y cuándo.

—¿Loui no se va? —preguntó Greta sorprendida—. No es que me parezca mal, me encanta, solo me sorprende, no sabía nada.

—¿Quién dice que no me voy? —pregunté sorprendido yo también.

—Tú —se rio Piero—, lo dijiste anoche.

—Dije que no quería irme, no que no fuera a hacerlo…

—Pero si no quieres, ¿por qué vas a hacerlo? Es una tontería, no tienes motivos para irte —replicó él cargado de razón.

—Tengo que irme, tengo el billete de vuelta desde hace cuatro meses…

—No tienes nada que hacer allí, con que llegues para la boda es más que suficiente…

—Tengo más cosas que hacer, Piero, tengo que irme…

—¿Como qué? ¿Qué tienes que hacer tan urgente? —preguntó Piero con tono molesto.

«Ir al notario a firmar los poderes para poder compraros la casa sin que os enteréis de que soy yo el que la compra, por ejemplo».

—Cosas, Piero, preparar la exposición —improvisé.

—La exposición es en noviembre. Si llegas a principios de octubre, te da tiempo de sobra.

—Piero, no me lo pongas más difícil… Tengo que irme, ya tengo el billete.

—Como si pagar el cambio de fecha fuera un problema para ti —gruñó.

—Piero, no presiones —intercedió Greta—. Entiende que Loui tiene cosas que hacer en

Valencia, será un mes como mucho… Si vendemos rápido, iremos nosotros para estar con él y llegar a tiempo a la boda —añadió con un suspiro, era latente la tensión que le producía pensar en volver.

—Bien —dijo Piero nada convencido—. Bueno, ahora que las cosas han cambiado, creo que deberíamos valorar como destino definitivo *Milano*. Loui, ¿te vendrás con nosotros? Dime que sí, que en cuanto pase la exposición vendrás a vivir con nosotros para siempre.

—¿Qué? ¿Milán? —preguntamos a un volumen demasiado alto Greta y yo a la vez.

—Sí, claro, ahora que he recuperado a dos de mis hermanos, me apetece estar cerca de ellos, y ayudar a Paolo con Carina.

—Pensé que la idea era que os quedarais en Valencia —dije con un hilillo de voz—, yo no quiero vivir en Milán.

—Yo tampoco —dijo Greta mucho más tajante.

—Además, ¿qué pasa con Marc? —pregunté—. Si decide que quiere hacerse cargo de su hija y conocerla, no podemos irnos a vivir a otro país…

—Marc y Greta volverán juntos, lo sabemos todos… Que se adapte a lo que hayamos decidido.

—Eso no va a pasar —dijo ella muy seria.

Piero y yo aguantamos la risa.

—Veo mucho más probable que no quiera saber nada de mí ni de la niña… O que ni siquiera se crea que es suya… Pero, aun así, me gustaría quedarme en España, y estar cerca de mi madre y de mi familia… Y de Samu y de Chus, también los echo de menos.

—Podríamos vivir en *Milano* y viajar a España un par de veces al año de visita… Una vez normalices las cosas con tu familia, no te costará tanto volver…

—O al revés —dijo Greta—. Vivimos en Valencia y eres tú el que va a Milán un par de veces al año a ver a tus hermanos…

—Claro, qué buena idea, cómo me apetece coger un avión cada vez que quiera ver a mis hermanos… —gruñó muy irritado—. Sabes lo que supone eso para mí, estás siendo muy egoísta.

—¿Egoísta yo? —se enfadó Greta—. A ver, Piero, que tú te hablas con DOS de tus hermanos, yo tengo mucha más familia, y amigos… No vamos a vivir en Milán para que tú puedas quedar con ellos una vez al mes…

—Casi cuatro años sin querer pisar Valencia y de repente es lo que más te apetece del mundo… Parece que lo hagas solo para fastidiar, ¡parece que no quieras que yo tenga relación con mi familia!

—No es eso, Piero, me encanta que hayas recuperado dos hermanos, pero no quiero vivir en Milán, y Loui tampoco. Somos dos contra uno.

—¿Dos contra uno? ¡¿Dos CONTRA uno?! —rugió Piero—. No sabía que esto era una guerra y había bandos.

Yo le di una palmada a Greta por la elección de palabras tan inoportuna que había hecho.

Piero se levantó de golpe de la mesa.

—Ya veo que yo no pinto nada… Pues ahí os quedáis los DOS, porque este UNO se larga, SOLO, porque parece que en esto estoy así: SOLO.

Se dio la vuelta y salió de la casa a grandes zancadas. Me levanté para ir tras él, pero, cuando llegué al exterior, estaba arrancando ya el coche de alquiler y tardó un par de segundos en desaparecer por la carretera.

—¿Qué coño ha sido eso? —le pregunté totalmente flipado a Greta, que acababa de salir de la casa también.

—Un ataque del intensito —dijo haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia—. No es la primera vez que se pone en modo drama… Volverá en un par de horas con el rabo entre las piernas y pidiendo disculpas, lo conozco.

—Espero que tengas razón… ¿No podemos ir a buscarle?

—No, si se ha llevado el coche es que va lejos, y no tengo ni idea de a dónde… Además, si hablas con él ahora, seguiréis con la bronca, déjale que se calme, ya verás como en un rato está de vuelta mucho más relajado.

—Espero que tengas razón.

Pero no la tenía. Piero no volvió en todo el día… Ni en toda la noche.

CUARENTA Y SIETE

LA BÚSQUEDA

A la mañana siguiente, me desperté temprano y desesperado. Al comprobar que Piero no había vuelto, volví a llamarlo y, como las doscientas veces en las que lo había hecho desde la noche anterior, su teléfono continuaba apagado.

Greta intentaba aparentar una tranquilidad que estoy seguro de que no sentía.

—¿Te sigue pareciendo normal? —pregunté furioso cuando salió de su habitación.

—No, Loui, empieza a ser raro.

—No sé por qué me dejé convencer ayer… ¡Tendría que haber ido a buscarlo!

—Y ¿dónde ibas a ir? No sabemos dónde fue.

—Pues igual fue a alguno de los acantilados a los que me llevó, puede que fuera allí a pensar…

—¿Sabes dónde estaban? ¿Sabes llegar hasta allí?

—No. —Agaché la cabeza y me pasé la mano por la nuca.

Un millón de imágenes vinieron entonces a mi cabeza sin permiso. Piero lesionado subiendo la pendiente y sin poder pedir ayuda… Piero cayéndose por accidente a las rocas…

—¿Y si le ha pasado algo? —pregunté con la voz entrecortada.

—Voy a llamar a los hospitales, nos quedaremos más tranquilos.

Y eso fue lo que hizo. Cogió la guía telefónica y mi móvil y llamó a todos los hospitales de la isla de Sicilia que aparecían en ella, pero en ninguno habían recibido a un paciente con esas características.

Greta fue a llevar a Gina a casa de su amiga para que no se diera cuenta de la preocupación que teníamos; y volvió al poco rato con Francesco y un par de chicos más. Les contó lo sucedido y entre todos hicimos una lista de los sitios donde podría haber ido. Cada uno se comprometió a buscar en varios de ellos hasta que todos estuvieran cubiertos. Greta y yo nos quedamos en casa por si aparecía de repente. Ella les apuntó mi número de teléfono para que nos llamaran con cualquier información.

Pero la información que nos fue llegando era solo para descartar lugares donde no lo habían encontrado. Al caer la noche, mi desesperación solo había ido en aumento.

—Todo esto es culpa tuya —le dije a Greta muy cabreado—. No sé por qué tuviste que decirle lo de que éramos dos contra uno…

—Fue un comentario sin más —dijo ella a la defensiva para quitarle importancia.

—¡Pues joder con el comentario sin más! ¡La que has liado, Greta!

—Bueno, el ofendidito ha sido él, no se puede tener la piel tan fina…

—¡De verdad que flipo contigo! ¡Le podría haber pasado algo!

—Ya lo sabríamos… No está en ningún hospital ni en ninguno de sus sitios habituales, Loui… No le ha pasado nada, simplemente no quiere que lo encontremos —dijo con voz suave poniéndome una mano en la espalda.

—Está dejando pasar el tiempo —dije dejándome caer derrotado en una silla—. Va a dejar pasar estos cuatro días hasta que yo me haya ido… Volverá cuando yo ya no esté…

—No pienses eso, aún puede de recapacitar… Yo creo que volverá a tiempo…

—Yo ya no sé qué pensar —dije enterrando la cara entre mis manos y al borde de sufrir un ataque de ansiedad que, por suerte, no llegó.

Pasó otra larga noche en la que Piero no apareció. Apenas pude dormir, me despertaba a cada momento el más mínimo ruido, pero nunca era él.

A la mañana siguiente, toda la aldea estaba movilizada buscándolo desesperadamente y pensando lugares donde pudiera estar que aún no se nos hubieran ocurrido. También se volcaron en que Gina, que iba a quedarse en casa de su amiga hasta que Piero apareciera, no se enterara de nada de lo ocurrido.

Durante ese día, la tensión entre Greta y yo fue en aumento. Los nervios no nos dejaban pensar con claridad y cada uno de nosotros culpaba al otro de lo sucedido. Nos pasamos el día entero discutiendo y reprochándonos cosas, más furiosos que nunca. Jamás había tenido un enfrentamiento así con ella, pero estaba totalmente poseído por las circunstancias, y a ella le pasaba lo mismo.

Al caer la noche, finalmente nos derrumbamos y nos pedimos disculpas por todas las aberraciones que nos habíamos dicho el uno al otro. Lloramos abrazados durante mucho rato, y nos fuimos a la cama con la incertidumbre que había comenzado a convertirse en uno más de la casa. Greta vino conmigo a mi habitación y se tumbó a los pies de la cama. Yo me recosté contra el cabecero, deseando poder dormir un poco y aliviar, aunque fuera, el cansancio que sentía. Así, también, las horas nocturnas pasarían más deprisa, eran las peores.

Bien entrada la madrugada, un ruido de motor pareció sacarme de mi duermevela.

—¡Coche! —dijimos Greta y yo incorporándonos de golpe y espabilándonos por completo.

Saltamos de la cama y salimos de la habitación en el momento en el que Piero entraba por la puerta de la casa. Tenía la cara descompuesta y blanca, los ojos rojos y la ropa casi totalmente cubierta de sangre. Dio un paso tambaleándose y temí que fuese a caerse al suelo.

Greta corrió hacia él, pero a mí las piernas no me respondían, sentí ganas de vomitar, creí que era yo el que me iba a desmayar.

—¡¿Es tuya?! —gritó Greta tocándole todo el cuerpo—. ¡¿Es tuya la sangre?! ¡¿Estás

herido?!

Él negó con la cabeza, pero no dijo nada. Parecía que de verdad fuera a desplomarse.

—Entonces ¿qué coño ha pasado? ¡¿Dónde estabas?! ¡¿Por qué cojones nos has hecho esto?! —gritó ella empezando a golpearle con los puños.

Él parecía ajeno a sus embistes. Dirigió su mirada hacia mí con una expresión como ida que no supe interpretar, pero algo en mi interior me hizo volar hacia él cuando lo vi caer a cámara lenta. Lo alcancé justo cuando sus rodillas chocaban contra el suelo y conseguí retenerlo para que mi cuerpo amortiguara la caída del suyo.

Arrodillado en el suelo, lo abracé fuerte mientras él rompía a llorar enterrando la cara en mi pecho. Le pasé una mano por el pelo mientras con el otro brazo lo mantenía en el sitio para que no se derrumbara.

—¿Qué ha pasado, Piero? ¿Qué te ha pasado? —susurré intentando que mi voz sonara tranquilizadora.

Él empezó a hablar en italiano y sin vocalizar demasiado. Yo no entendía nada de lo que estaba diciendo.

—Creo que dice que lleva desde que se fue de aquí sin dormir… Que ha cerrado los ojos dos ratos en el hospital, pero nada más… ¿Qué hospital, Piero? ¿Qué ha pasado?

Piero volvió a farfullar, en un volumen muy bajo y Greta se acercó más para intentar entenderlo.

—Que le llamaron para una urgencia, y que durante la llamada se quedó sin batería y no llevaba el cargador… Y que no se sabe ningún teléfono de memoria y no los tiene apuntados en ningún sitio… Que el parto se complicó y tuvo que hacer una cesárea de emergencia para no perder al bebé y a la madre… Ay, joder, ¿fue todo bien?

Él asintió con la cabeza y consiguió hablar un poco en español.

—Sin quirófano, tuve que hacer una cesárea en una mesa, como un carnicero… —dijo sollozando más fuerte—. Yo no quería, pero se morían, se morían los dos…

—Pero ¿fue todo bien? —preguntó Greta. Yo no dije nada, mis ganas de saber podían esperar al día siguiente. Con saber que él estaba aquí y estaba bien, tenía bastante.

—Sí, bien —dijo medio asintiendo con la cabeza, que seguía vencida contra mi pecho—. Tuvimos que llamar a una ambulancia al terminar para que la llevaran al hospital, a ella y al bebé, claro. Yo dejé allí el coche y fui en la ambulancia con ellos. En el hospital me hicieron quedarme veinticuatro horas para comprobar que todo estaba bien y que no había habido negligencia ni nada… Y luego tuve que esperar a que algún familiar me sacara de allí y me llevara hasta mi coche… He intentado dormir algo antes de conducir, pero no creo que haya sido más de media hora, solo quería volver a casa…

—Pero, entonces, ¿cuand… —empezó a preguntar Greta.

—Vamos a dormir —la interrumpí—. Ya nos lo contará todo mañana. Déjale descansar.

Greta asintió y se acercó a besarle la frente antes de irse a su habitación.

—Vamos, Piero, vamos a la cama —susurré.

—No puedo, de verdad que no —dijo con dificultad—. Déjame dormir así, solo un poco…

—Ni de coña —susurré intentando sacar fuerzas de donde no creí tenerlas.

Pese a mi falta de sueño y a mis brazos de alambre, de algún modo conseguí llevarlo en volandas hasta la habitación y dejarlo sobre el colchón. Le quité la ropa manchada, me tumbé a su lado y lo observé dormir abrazado a sí mismo como un niño asustado, como un adolescente agotado, como *il ragazzo più bello del mondo*.

CUARENTA Y OCHO

DESPEDIDA

Dormimos. Dormimos mucho. Él más que yo, pero los dos teníamos sueño acumulado de sobra. Greta nos dejó descansar y se ocupó ella de dar el aviso en la aldea de que Piero ya estaba de vuelta y a salvo.

—Loui —dijo Piero en cuanto abrió los ojos casi a media tarde—, nos quedaremos en España. Yo solo quiero estar con vosotros. Quiero que seamos una familia.

—Ya lo somos, Piero, y en España vas a tener familia más que de sobra, ya lo verás…

—Si no me mata antes el larguirucho… —sonrió.

—En cuanto se entere de que nunca te has tirado a Greta, te va a amar con locura —me reí.

Se rio también y me besó.

Esa noche cenamos con las chicas, era mi última noche allí y me costaba encontrar los motivos que me llevaban a irme un mes antes que ellos. Tenía muchas ganas de volver, y tenía mucho que hacer, pero separarme de esos tres se me estaba haciendo hasta doloroso.

Terminé de hacer el equipaje antes de acostarme, a pesar de Piero, que iba sacando las cosas de la maleta según yo las iba metiendo.

—No me creo que te vayas, Loui, no es verdad, no te estás yendo…

—Un mes, Piero, máximo un mes…

—Si conseguimos vender esto enseguida, si no…

—Si no, os mando yo los billetes, pero a la boda venís.

—Ya está el millonario queriendo comprarme con su dinero —sonrió.

—Ya está el niño rico queriendo gastar su dinero en lo que más feliz le hace —sonreí yo también—. Te lo juro, Piero, si no venís antes de un mes, vengo a buscaros.

—¡Ven mañana a buscarme!

—Mañana me voy —me reí.

—Pues ven pasado mañana a buscarme…

—Qué difícil es esto, Piero.

—Ay, Luigi, no tienes ni idea. —Se lanzó sobre mí y me dio un abrazo que casi me deja sin respiración.

Mi avión salía a las doce del mediodía. Sobre las ocho de la mañana me despedí de las chicas. Greta dejó escapar unas lágrimas, y Gina lloró como una loca.

—No quiero que te vayas, Loui. Quiero que te quedes para siempre… —dijo la niña sollozando cuando se calmó un poco.

—Choca, Gina, yo pienso lo mismo —dijo Piero chocándole la mano. Greta y yo nos reímos.

—Ay, Loui, qué raro se me va a hacer no tenerte por aquí… —me dijo Greta en un abrazo—. Cómo te voy a echar de menos, me has traído un pedacito de casa.

—Nos vemos en nada —susurré todavía abrazado a ella.

Piero me llevó él solo al aeropuerto en el coche de alquiler.

—Es el viaje contrario al que hicimos hace cuatro meses, ¿te acuerdas? El mismo, pero a la vez tan diferente… —dijo mirando a la carretera.

—Claro que me acuerdo —suspiré—. No lo voy a olvidar en la vida.

—Estabas tan tenso… —sonrió.

—Y tan nervioso, y tan cachondo… —me reí.

—¡Lo sabía! —se rio él también—. Querías meterme mano desde esa primera noche, cuando te abracé dormido, ¿a que sí?

—Quería meterte mano desde el abrazo en el aeropuerto —sonreí.

—Tenías que haberlo hecho, Luigi, tenías que haberte desmelenado y haberle metido mano al novio de Greta —añadió mirándome de reojo con una sonrisa—. Habríamos ganado tres valiosos días de sexo…

—Espera, espera… ¿Cómo que «cuando me abrazaste dormido»? ¡¿Estabas despierto?!

Él soltó una enorme carcajada como respuesta.

—No te rías y explícame eso —me reí yo también.

—No hay mucho que explicar, ¿qué quieres que te diga? —Intentaba aguantar la risa, pero no estaba funcionando—. Yo también llevaba cachondo todo el día y quería frotarme un poco, me estabas matando, Luigi, con esa cara de niño bueno, la voz que se te quebraba al hablar, el cuerpo que te temblaba entero con cualquier cosa que yo decía… Solo quería abrazarte y acariciarte hasta que te tranquilizaras… Bueno, solo eso no, quería hacerte muchas más cosas. —Volvió a dejar escapar la risa.

—Y ¿por qué te separaste de mí tan rápido, así de repente?

—Porque dejaste de respirar —soltó una carcajada—. No quería que te ahogaras.

—Ya te vale —me reí también—. ¿Qué fue lo que dijiste cuando estabas frotándote como un guarro contra mí? Pensaba que estabas teniendo un sueño erótico con Greta… ¡La nombraste!

—Dije algo así como «Greta, me gusta mucho tu amigo, qué cachondo me pone, es muy sexi».

—¡Qué cabrón! —solté yo una carcajada—. ¡Qué mal rato me hiciste pasar!

—De malo nada, que te oí gemir cuando te metí la mano por debajo de la camiseta… Antes de que dejaras de respirar, claro, después ya pensé que igual te daba algo y te dejé tranquilo.

—No me quedé tranquilo.

—Lo sé. Bueno, pues un poco más tranquilo…

Me reí y no dije nada más.

A medida que nos acercábamos al aeropuerto, un silencio pesado caía sobre nosotros. Supongo

que, para romperlo, Piero empezó a cantar[1].

—*El final / Del verano / Llegó / Y tú partirás / Yo no sé / Hasta cuando / Este amor / Recordarás / Pero sé / Que en mis brazos / Yo te tuve ayer / Eso sí / Que nunca / Nunca yo Olvidaré…*

—No, no, no —dije negando con la cabeza—. Te consiento lo de la canción del torero en italiano, porque tiene ese punto guiri que no se puede controlar… Pero no nos vamos a despedir con una canción del Dúo Dinámico, me niego —me reí.

—¿Mal? —preguntó mirándome de reojo con una ceja alzada.

—Sí, mal, Piero, busca otra canción.

—Pero si es perfecta: *Dime, dime, dime, dime amor / Dime, dime que es verdad / Lo que sientes en tu corazón / Es amor en realidad / Nunca, nunca, nunca, nunca más / Sentiré tanta emoción / Como cuando a ti te conocí / Y el verano nos unió…*

—Es lo peor —me reí—. ¿De qué la conoces?

—De España, viví allí tres años, ya te lo conté…

—Ya, pero ¿con qué gente te juntabas para oír ese tipo de canciones? —volví a reírme.

—Estaba en un grupo, ahí aprendí a tocar la guitarra…

—¿Estabas en un grupo de música? Eso no me lo habías contado… ¿Dabais conciertos en bares? ¿Eras el guitarrista? No creo que tuvierais mucho éxito con esos temazos…

—Sí teníamos éxito, era un grupo musical famoso de la universidad, antiguo, no de dar conciertos en bares… Era tradicional, La Tuna se llamaba, ¿lo conoces?

—Argh, joder, Piero, ¡no! —dije con una carcajada—. ¡No me digas que eras un tuno!

—Sí —sonrió—, ¿mal?

—Muy mal —me reí.

—¿Por qué? Era bonito.

—Mira que eres guiri para algunas cosas… Por lo que más quieras, cuando conozcas a mis amigos, jamás les digas que estuviste en La Tuna, por favor, por tu bien, y por el mío también… —volví a reírme.

—Pues no sé por qué no lo puedo contar. No me avergüenzo. A ver si tus amigos van a ser unos imbéciles elitistas…

—Pues un poco imbéciles para algunas cosas son, la verdad —me reí—. Tú, por si acaso, mantén esa información como parte de tu pasado misterioso.

Me incliné y le besé en la mejilla mientras él seguía cantando y conduciendo.

—Si te quiero hasta cantando una canción del Dúo Dinámico, es que es amor verdadero —me reí.

—Sí, me quieres, pero también te has puesto cachondo, seguro… Se lo contaré a tus amigos… Que te pone un tuno cantándote esta canción —volvió a mirarme de reojo con una sonrisa maliciosa.

Sonreí con tristeza al ver que ya estábamos llegando al aeropuerto.

Me acompañó hasta el punto justo a partir del cual no le dejaban pasar. A la mierda si nos miraban mal por ser dos tíos besándonos, no iba a renunciar a los últimos besos hasta a saber cuándo. Nos abrazamos, nos besamos y lloramos. Nos despedimos como lo harían dos adolescentes de su primer amor, al que no saben cuándo van a volver a ver.

—Es absurdo, Piero —me reí mientras aún sollozaba—. Nos vemos en menos de un mes.

—Son muchos días, Luigi, y muchas muchas horas.

—Te llamaré todo el tiempo.

—Más te vale. —Me dio un beso desesperado cuando por megafonía dieron el último aviso para mi vuelo.

Nada más pasar el arco de seguridad, ya sentí un vacío en el pecho. Me giré a mirarlo en el último momento y él seguía llorando, pero sonreía. Le lancé un beso por el aire y salí corriendo hacia la puerta de embarque. Estaban diciendo mi nombre por los altavoces, el avión estaba a punto de salir.

Apenas dos horas después, aterrizábamos en Valencia y, una hora más tarde, un taxi me dejaba en mi calle.

Entré en esa enorme y vacía casa y sentí que ya no era la misma, algo había cambiado. Todo estaba exactamente igual, todo menos yo. Dejé el equipaje en la entrada y saqué mi móvil.

—*Cazzo*, Luigi, iba en serio lo de que me ibas a llamar todo el tiempo… —Noté que sonreía.

—Claro que iba en serio.

—¿Ha ido bien el vuelo? ¿Turbulencias?

—No —me reí—. Ha sido un vuelo muy tranquilo.

—¿Aún estás en el aeropuerto?

—No, el avión aterrizó hace una hora…

—Y ¿dónde estás ahora? ¿En casa?

—No, Piero, desde que me he separado de vosotros, ya no estoy en casa.

EL EPÍLOGO DE PIERO

Greta, Gina y yo tardamos cerca de un mes en poder viajar a España a reunirnos con Loui, y cómo lo eché de menos ese tiempo. La casa se vendió sorprendentemente rápido. La compró una chica española que se llamaba Elena, de unos treinta y tantos años, a través de su empresa. Me pareció una señal (no sé bien de qué) que la casa de *la nona*, en la que había sido tan feliz, acabara en manos españolas. Según nos contó, pensaba utilizarla como casa de vacaciones, era una enamorada de Sicilia. Me dio una pena terrible tener que venderla, pero me consolaba pensando que alguien sería muy feliz allí, y con eso tendría que bastarme.

Nuestra llegada a España fue un poco accidentada. La noticia de Greta cayó como una bomba en su familia, pero a mí me sirvió para establecer las bases de mi relación con Marc casi desde el minuto uno. Y su relación con Greta se reanudó prácticamente donde la habían dejado a una velocidad de vértigo. No voy a extenderme más en contar lo que pasó esos días, ya lo hicieron Marc y Greta con mucho detalle.

Lo importante de aquello es que encontramos la mejor de las soluciones para nuestra atípica situación. Acabamos viviendo en dos pisos independientes, pero comunicados entre sí. Loui y yo tenemos nuestro propio hogar, pero compartimos con el de Marc y Greta la cocina y la habitación de Gina. Al final, el larguirucho no me quitó a mis chicas, nos convertimos todos en una familia.

Tanto Marc como Samu y Chus me acogieron como a uno más desde el primer día, lo que incluye dirigirse a mí con palabras en italiano aleatorias, algo que me resulta muy gracioso, la verdad. Son una pandilla muy divertida y es más que evidente lo mucho que se quieren. Y a mí me encanta formar parte de eso.

Nuestros pisos son más grandes que los de ellos, y la enorme cocina que compartimos se convirtió desde el principio en el centro neurálgico de reuniones. Solemos tenerlos por aquí, pero, lejos de ser molesto, es parte del encanto de esta nueva vida.

Una mañana a principios del verano siguiente a nuestra llegada, me desperté antes que Loui. Él había vuelto bastante tarde la noche anterior de un viaje que hizo para ver a sus padres. Yo no le acompañé, acababa de empezar a trabajar en un hospital y no podía pedir esos días, y tampoco me volvía loco la idea de coger un avión así porque sí, la verdad. Habíamos estado tres días sin vernos, y la noche anterior habíamos dedicado varias horas a compensarlo. Por ese motivo, era media mañana y seguíamos en la cama.

—¿Qué miras? —preguntó al abrir los ojos y encontrarme observándolo.

—Al chico más guapo del mundo —sonreí.

—¿Dónde está? Yo también quiero verlo —se rio.

—Ay, Luigi, Luigi… No cambiarás nunca —sonreí de nuevo antes de besarle—. *Buongiorno*.

—Hola —susurró cuando me separé de él.

—Recuérdame qué ventajas tiene dormir con el aire acondicionado si tenemos que llevar pijama —dije metiendo una mano por debajo de su camiseta.

—Que nos habríamos pasado la noche sudando —se rio—. Y los pijamas, si molestan, nos los podemos quitar rápidamente.

—¿Es una proposición? —pregunté subiendo y bajando las cejas muy rápido.

No le dio tiempo a contestarme, nos interrumpieron un montón de golpes rápidos en la puerta.

—¡¿Qué hacéis aún en la cama, vagos?! —preguntó Marc casi gritando.

—¡Eso, arriba, que es un día importante! —añadió Chus.

—¡Sacaos las pollas de las bocas, que vamos a entrar! —gritó Samu.

—Qué animal es —susurró Loui muerto de risa tapándose los ojos con una mano. Yo me reí.

No me dio tiempo a comentar que Samu acababa de darme una gran idea. En ese momento se abrió la puerta del dormitorio y entraron los tres con un pañuelo enorme de colores y empezaron a tirarnos granos de arroz crudo. Yo no entendía nada.

—¡Vivan los novios! —gritaron ellos varias veces, hasta que se quedaron sin arroz y se tiraron ellos mismos sobre la cama y nos cubrieron con el pañuelo.

—Qué cerdos sois —se rio Loui—. Nos habéis llenado la cama de arroz. ¿A qué viene esto?

—A que hoy se ha aprobado la ley de matrimonio homosexual —dijo Chus como si no entendiera la pregunta—. No me creo que no os hayáis enterado.

—Sí, claro que nos hemos enterado, ¿pero era necesaria toda esta mierda? —volvió a reírse mi chico.

Yo recogí el colorido pañuelo con el que nos habían cubierto y vi que era una enorme bandera gay.

—¿Y esto? —pregunté muerto de risa.

—Para la mani de esta tarde... Vamos a ir, ¿no? —preguntó Marc.

—Nosotros sí —aclaró Loui—, pero no sabía que pensabais venir también.

—Pues claro, para apoyar —añadió Chus—. Es un día histórico.

Pese a que nuestra cama era enorme, estábamos un poco apretujados con ellos tres también tumbados con nosotros. Samu empezó a hacer fuerza arriba y abajo para que el colchón rebotara. Lo consiguió sin demasiada dificultad.

—Venga, arriba, julandrones, que hay mucho que planear —dijo mientras seguía agitando el colchón.

—¿Qué hay que planear? —preguntó Loui mientras se incorporaba un poco—. Si no bajáis de la cama, no vamos a poder levantarnos.

—Vuestra boda, ¿qué va a ser? —dijo Marc confundido.

Loui me miró un momento antes de hablar.

—¿Nuestra boda? Si aún no lo hemos hablado entre nosotros.

—Pero os casaréis, ¿no? Ahora que podéis…

—No sé, no lo hemos pensado, acabo de cumplir los veinticinco, es pronto.

Yo no dije nada, porque yo sí lo había pensado y sí que quería casarme con él. Me hacía toda la ilusión del mundo, la verdad, pero tenía que ser una decisión de los dos, no quería presionar.

—¿Qué más da la edad? —dijo Samu levantándose de la cama y tirando de mí para que

hiciera lo mismo mientras Chus y Marc tiraban de Loui—. Mírame a mí, felizmente casado a los veinticuatro. Además, nano, espabila, que no se te escape el *tortiglioni*, que a este seguro que se lo rifan —añadió dándome una palmada en la espalda cuando me puse de pie.

—No lo presiones, que lo vas a asustar —le susurré a Samu entre risas.

—Qué guarrada habéis hecho con el arroz, tíos, van a estar apareciendo granos por todos los rincones hasta el día del juicio —se quejó Loui cambiando de tema. Me pareció que no le apetecía mucho seguirles el rollo con lo de la boda.

Nos arrastraron hasta la cocina, donde estaban Greta y Gina sentadas a la mesa.

—Venga, desayunad algo, que necesitáis energía —dijo Chus.

—*Cazzo*, *bella*, ¿has hecho tú el desayuno? —pregunté mirando la cantidad de comida que había.

—Ha sido Samu —contestó con la boca llena negando con la cabeza—. No hay peligro.

Me reí. Nos sentamos todos y empezamos a comer.

—Bueno, pero entonces… ¿Os vais a casar o no? —insistió Samu volviendo a sacar el tema.

Loui resopló y se pasó una mano por la cara. No me gustó nada ese gesto, la verdad.

—Parece que a mi chico le agobia el tema, así que será mejor no insistir… —contesté, igual con un poco de crispación en la voz.

—¿Sí, nano? ¿Te agobia el tema? —preguntó Marc sorprendido—. Yo hubiera jurado que tú querrías casarte y que sería el *lamborghini* el que no tendría prisa.

—¿Y eso por qué? —preguntó Loui muy serio.

—No sé, nano, no te mosquees —siguió Marc—. Da la impresión de que Piero es más de vivir el momento y tú de tenerlo todo bajo control, nada más… Pero que no pasa nada, no os casáis y punto, ya ves tú…

—Pues yo sí que me casaría —dije sin pensarlo demasiado y todos se giraron a mirarme.

—¿Cómo funciona para vosotros? —preguntó Samu—. ¿Quién es la tía?

—¿Cómo que «quién es la tía»? —nos reímos Loui y yo.

—Sí, no sé, que, llegado el momento, ¿quién se lo tendría que pedir a quién?

—Supongo que depende de la pareja —contesté—, pero, en nuestro caso, me lo va a tener que pedir él, que es el que parece tener algún problema con eso.

Loui se giró a mirarme con los ojos muy abiertos.

—No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación delante de ellos —murmuró entre dientes.

—No estamos teniendo esta conversación, no pareces querer hablar del tema. —Me encogí de hombros.

—Es algo entre nosotros —susurró.

—Tarde, chaval —dijo Samu dándole una palmada en la espalda—. Ahora es cosa de todos.

—Vosotros no pintáis nada en esto —gruñó Loui.

—Me parece que no te casas, nano —me dijo Chus pasándome un brazo sobre los hombros.

—¿Podéis dejar ya el temita? —se quejó mi chico dejando los cubiertos sobre el plato. Luego se pasó las manos por la cara—. No he dicho que no quiera casarme, lo que no quiero es ser el centro de atención, cosa que parece que no estoy consiguiendo. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Vale, ya está, cuando quieras vamos a los juzgados y nos casamos. Los dos solos. Vamos, firmamos y listo.

—Ah, no, no. —Sonreí mientras negaba con la cabeza—. Ahora quiero una boda de verdad y una petición de mano romántica y espectacular.

Loui se pasó de nuevo una mano por la cara y resopló.

—No me puedo creer que les sigas el rollo, esto es algo entre nosotros.

—Y por eso, que es algo entre nosotros, me lo vas a tener que pedir tú, y va a tener que ser épico y superromántico —me reí—. Pero tranquilo, que te voy a decir que sí —añadí en un susurro que oyeron los demás.

Todos nos reímos menos Loui.

—Pues ya te has casado —afirmó con una sonrisilla irónica.

—¿Cómo dices? —pregunté mientras pestañeaba un par de veces.

—Ya sabes que no es lo mío, Piero. Yo no soy de grandes gestos ni de ser el centro de atención. No me pidas algo así porque no se me da bien… Eso es lo tuyo.

—Pues tendrás que esforzarte si quieres casarte conmigo —sonreí con un rápido movimiento de cejas—. Ya lo sabes: Te toca mover ficha.

Loui agachó la cabeza y me miró de reojo sin levantarla, un gesto muy suyo que me encantaba desde el día que nos conocimos.

—Cómo odio esa frase —sonrió—. Espera sentado.

Me pareció que esa sonrisa escondía una promesa, pero lo cierto es que el tema se cerró ahí y no volvimos a hablar de ello. Ni ese día, ni nunca.

La verdad es que llegué a lamentar haberle lanzado ese desafío. Con sus amigos (o nuestros amigos, que yo ya los sentía como míos también) de mi parte, me sentí envalentonado en el momento, pero, a medida que pasaban los días, las semanas, los meses, comencé a pensar si quizá habría sido mejor tomar yo la iniciativa. Conocía lo suficiente a mi chico como para saber que *paradito* era su segundo nombre. Al menos de cara a los demás, conmigo ya no era así.

Igual había pensado que lo que le había pedido era una petición espectacular en público, como esas que salen en las películas, en una pantalla gigante durante un evento deportivo, en un restaurante lleno de gente, en una fiesta y con un micrófono delante de todos los invitados… Pero lo cierto era que no, me valía con estar los dos solos.

Durante los primeros meses después de esa conversación, pensé que lo haría, la verdad. Siempre he sido un soñador. Imaginaba las formas más románticas que se me ocurrían. Lo quería tanto y tenía tantas ganas de casarme con él, que me habría conformado con un «¿quieres casarte conmigo?» susurrado entre las sábanas cualquier noche, pero fantaseaba con paseos al atardecer por una calle de París, por ejemplo. Bueno, eso era ficción, no hacía falta que fuera París, se puede ser igual de romántico sin tener que coger un avión, eso le quitaba mucho encanto a mis sueños.

Pero ni paseos al atardecer, ni susurro entre las sábanas, ni mucho menos pantalla gigante. Por no haber, no había ni conversaciones al respecto. Esperaba que sacara el tema en cualquier momento, que se rindiera y me dijera que prefería que lo hiciera yo o algo así. Y yo lo habría hecho. Ya se me habían ocurrido cientos de opciones, ahí lo difícil hubiera sido elegir una sola. Pero, como digo, él prefirió fingir que aquella conversación nunca había existido y yo llegué a lamentar enormemente haberlo dejado todo en sus manos.

Bastantes meses después de aquella mañana de julio, a primeros de mayo del año siguiente, Loui y yo decidimos salir a cenar por ahí para celebrar que hacía dos años del día que nos conocimos.

Me pidió que lo recogiera en casa de sus padres, que tenía que pasar por allí a buscar unas cosas, y que me arreglara un poco, que iríamos a un restaurante elegante. Yo siempre he sido

más de bocadillo en la playa que de sitios de lujo, pero si para él era su modo de celebrar, no me suponía nada concederle eso. Me puse uno de los trajes que nos había comprado su madre y lo acompañé con una camisa que sabía que le encantaba, pero sin corbata, eso ya era pasarse, y fui hasta casa de sus padres a la hora que me había dicho.

Llevaba ya más de año y medio en España y había estado allí muchísimas veces, pero me seguía imponiendo mucho respeto. Era una vivienda enorme y fría, y se me encogía el corazón cada vez que pensaba en la de tiempo que había pasado en ella Loui él solo.

Abrí la verja sin problema, no solía estar cerrada con llave cuando había alguien dentro, y salvé los escasos veinte pasos que la separaban de la puerta principal. El jardín delantero era más simbólico que otra cosa, el bonito y enorme era el que se ocultaba en la parte de atrás, que no se veía desde la calle, y nos proporcionaba intimidad cuando queríamos hacer una barbacoa, darnos un baño en la piscina (sí, por supuesto, la tenía) o simplemente pasar la tarde tirados al sol.

Llegué hasta la entrada y encontré la puerta entornada. Llamé al timbre por si acaso, aunque seguramente Loui estaría solo.

—Pasa, está abierto —le oí decir desde dentro.

Empujé la puerta y entré. El enorme *hall* solo tenía una intimidante escalera que conducía al piso de arriba, un arco muy grande en la pared de la derecha, que lo comunicaba con el salón, y una puerta acristalada a la izquierda, que daba a la cocina. Al fondo había una enorme cristalera desde la que se accedía al jardín trasero, y ese día, por primera vez en los cientos de veces que había estado allí, estaba cubierta por unas cortinas. Era tan inusual eso, que nunca antes había reparado en que esa cristalera tuviera unas cortinas con las que esconderla.

Sentados al pie de la escalera estaban Loui y Gina.

¿Gina? ¿Qué hacía Gina aquí en nuestra cita romántica? Pensé que Greta y Marc habrían hecho planes y me sorprendió que Loui no les hubiera dicho que no podíamos ocuparnos de ella esa noche. Loui le dijo algo al oído y los dos se pusieron de pie. Él llevaba un traje oscuro y estaba guapísimo, y ella llevaba un vestido nuevo muy bonito.

Gina se acercó a mí con algo en la mano y Loui se quedó plantado junto al primer escalón. La niña me entregó una cajita de joyería cuadrada, automáticamente pensé en un anillo. Sí, estaba en modo monotemático.

—Esto es de parte de Loui —susurró con una sonrisa.

—*Grazie, amore* —le dije a Gina—. ¿Qué es esto? —le pregunté a Loui sin abrirla y sin poder esconder una sonrisa—. ¿Es mi pedida de mano? ¿Es lo más romántico que se te ha ocurrido? ¿Pedírmelo una noche que nos toca hacer de canguros?

«Vale, Piero, cállate la boca. Si por fin está ocurriendo de verdad, no empieces quejándote. ¿No decías que te valía cualquier cosa? ¿Aunque fuera un susurro entre las sábanas? Sí, yo digo muchas cosas, pero no siempre hay que tomarme en serio».

—Ábrela —se rio.

La apreté fuerte en mi mano. Estaba algo nervioso, la verdad. Una parte de mí pensaba que nunca me lo pediría, pero otra esperaba que, si llegaba el momento, se lo curraría un poco más. Pese a eso, me hacía ilusión. Él era así y, si eso era lo mejor que se le había ocurrido, me tendría que valer. Me había enamorado de él sabiendo perfectamente cómo era, y los grandes gestos no eran lo suyo.

—¿No la vas a abrir? —preguntó acercándose a mí mientras Gina se reía y se tapaba la boca.

—No sé, estoy un poco nervioso —confesé con una risita que me delataba.

—En serio, ábrela —se rio él más fuerte.

Finalmente la abrí, con las manos algo temblorosas, y se me cayó el alma a los pies cuando vi

que dentro no había un anillo sino unas llaves viejas.

—Oh —fue lo único que pude decir—. ¿De qué son?

—Vaya —se rio—, pareces decepcionado. Con el dineral que me costaron…

—Es que no sé qué abren… —comenté con la esperanza de que fueran el inicio de un juego o algo así que desembocara en una petición de mano romántica y espectacular.

«Sigue soñando, Piero, estamos hablando de Loui».

—Una casa —contestó.

Ahí terminó de hundirme.

—¿Una casa? —pregunté intentando no ponerme a llorar allí mismo. Eso solo iba de mal en peor—. Yo no quiero mudarme, Luigi, soy feliz viviendo así, todos juntos pero cada uno con su espacio. Creía que a ti también te parecía la solución perfecta… ¡Si fue idea tuya!

—No es para mudarnos —sonrió y yo sentí algo de alivio por primera vez desde que había visto las llaves—. Es más como una casa para las vacaciones.

—Vale, menos mal —me reí mientras se me escapaban las primeras lágrimas por el bajón, pero que esperaba que él interpretara que eran de emoción. No me hacía especial ilusión una casa de vacaciones, nunca he ambicionado ese tipo de lujos—. ¿Dónde está la casa? —pregunté para fingir algo de interés y que no notara la decepción que crecía dentro de mí.

—En Sicilia —sonrió.

—¡¿Qué?! —levanté la cabeza de golpe sin saber si hablaba en serio.

—¿No has reconocido las llaves? —se rio.

Las saqué de la cajita y les di varias vueltas. ¿Eran las llaves de la casa de *la nona*? No era posible, ¿no? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—¿Son...? —no pude terminar la pregunta, se me quebró la voz, esta vez sí, por la emoción.

—Son —asintió.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿La chica la volvió a poner en venta?

—Elena es una empleada de mis padres, a la que sustituiste en Milán haciendo de intérprete. La empresa que la compró es de ellos. La casa pasó de tus manos a las nuestras —dijo cogiéndome de la muñeca—. Siento no habértelo dicho antes, pero sabía que a mí no me la habrías querido vender.

—*Cazzo*, Luigi, claro que no —dije riéndome y llorando a la vez—. Es la mentira más bonita del mundo.

—Omitir no es mentir —se defendió y yo le miré levantando una ceja.

Agachó la cabeza, se pasó una mano por la nuca y me miró de reojo.

—No has dicho nada del llavero… ¿No te gusta?

Volví a mirar el juego de llaves, que estaban unidas por la típica anilla y, donde tenía que haber estado el llavero, había otra anilla igual, aunque más pequeña.

—No hay —dije—. Se te ha olvidado ponerlo, o se ha caído…

—Mira bien —se rio todavía con la cabeza agachada. Gina se reía también y volvió a taparse la boca con la mano.

Le di el estuche vacío a Gina y repasé con atención las anillas. Entonces vi que la más pequeña no era una anilla, era un anillo.

Levanté la cabeza para mirarlo antes de hablar.

—*Cazzo*, ¿es un anillo? Como es de plata, lo había confundido con otra anilla…

—No es plata —se rio él—. Es oro blanco. Una alianza no puede ser de plata.

—¿Una alianza? —pregunté limpiándome una lagrimilla que se me escapaba y con cierto temblor en la voz—. ¿Qué intentas decirme, Luis Grau? —Me reí mientras se me escurrían

algunas lágrimas más, lo de intentar controlar los nervios no estaba funcionando nada bien.

Por favor, que no me estuviera equivocando, otro chasco no, que me estuviera pidiendo lo que yo pensaba que me estaba pidiendo.

—*Che se vuoi sposarmi*, Piero Mancini —susurró acercándose más a mí.

Vale, no me estaba equivocando, era justo lo que quería oír.

—*Cazzo*, Luigi, sí que tienes un punto romántico —dije antes de lanzarme a abrazarlo.

—En realidad, soy poco original, todo te lo he copiado —se rio—. Mira el anillo.

Tardé un montón en sacarlo de la anilla, me temblaban mucho los dedos. Mientras lo intentaba, me pareció ver que algo se movía en la cortina del fondo, pero, cuando levanté la cabeza, todo seguía igual.

—Gina, ve a decirle a tu padre que le he visto, que se esté quietecito, que ahora mismo vamos —dijo Loui.

—Claro —respondió ella antes de salir corriendo.

Vale, quería a Gina para ese momento, pero estaba aquí su padre, así que intuí que se la llevaría y tendríamos nuestra noche romántica. Eso ya me cuadraba y me apetecía más.

Conseguí liberar por fin la alianza y leí la inscripción que había dentro: «El último». Todas las sonrisas de mi vida se concentraron en una sola cuando le miré.

—Muy poco original —dijo poniéndose rojo y encogiendo los hombros—. La frase es tuya.

—Es nuestra, Loui.

—Piero, quiero que seas mi último beso... y mi último todo —dijo con una voz casi tan temblorosa como la mía.

Bien, no era de piedra, a él le estaba empezando a afectar la intensidad del momento también.

—Ay, Luigi, yo siento lo mismo —me reí y volví a abrazarle.

—Entonces, ¿eso es un sí?

—Sí, sí, ¡claro que sí! —casi grité al separarme del abrazo. Me puse el anillo en el dedo y me guardé las llaves en el bolsillo.

—Venga, pues vamos —susurró cogiendo mi mano y tirando de mí hacia la cortina por la que había desaparecido Gina.

—¿A cenar? No sé si voy a poder comer algo, Loui, estoy muy nervioso —confesé.

—Todavía no —se rio—. Antes tenemos que hacer otra cosa.

Apartó la cortina, abrió la puerta de cristal y salimos al jardín. Estaba anocheciendo, pero un montón de antorchas encendidas dejaban una imagen de lo más romántica. *Mamma mia*, mi Loui, cuando se ponía, hacía las cosas a lo grande.

Una señora vestida con traje de chaqueta, a la que no había visto en mi vida, se acercó a nosotros.

—¿Piero Mancini? —preguntó tendiéndome la mano—. Encantada. Te estábamos esperando.

—Sí, soy yo —dije sin saber a qué venía eso, pero devolviéndole el apretón de manos.

Me giré hacia Loui con la pregunta en los ojos y él sonrió.

—Es la jueza que nos va a casar.

—¿Cuándo?

—Ahora —se rio—. Estas cosas hay que hacerlas rápido. Cuanto antes, mejor.

—¿Ahora? ¿Aquí? ¿Solos?

Sonrió como respuesta.

Era un gesto muy bonito, aunque yo habría querido una boda de verdad, íntima, pero acompañados de los más cercanos… Esa manía de Loui de hacerlo todo discreto. Pero bueno, si era lo que él quería, así sería, al fin y al cabo, también era su boda. Ya sabía que estaba Marc por

allí y, como en una boda hacen falta dos testigos, intuí que también estaría Greta. Vale, eran nuestra familia más cercana ahora mismo, si solo había que elegir a dos personas, sin duda eran los indicados.

La señora sonrió, se dio la vuelta y comenzó a avanzar por el pasillo que formaban las antorchas.

Loui volvió a tirar de mí y la seguimos. A medida que nos adentrábamos en el jardín, observé que había un montón de flores. Eran todo rosas. Rosas de color blanco, verde y rojo.

—Luigi, rosas con los colores de Italia —susurré.

—Ya te he dicho que soy muy poco original —sonrió con timidez—. Soy un vulgar plagiador.

—¡Eres un romántico! —exclamé empujándole con mi cuerpo mientras seguíamos avanzando.

Al final del camino de rosas y antorchas nos esperaba un arco adornado con las mismas flores en los mismos colores.

—Loui, qué bonito —susurré.

—Estamos listos. Ya pueden venir —dijo la señora a través de un micrófono que había tras el arco de flores mientras miraba hacia un lado.

Me giré siguiendo la dirección de su mirada y vi un grupo no muy grande de gente acercándose desde una zona en la que había una mesa larga que nunca antes había estado allí.

Los primeros en llegar hasta nosotros fueron Marc y Greta. Él me dio una palmada en la espalda y ella me abrazó dando saltitos, pero no dijeron nada. Mejor, porque yo no podía ni hablar. Detrás de ellos, Claudia, Samu, Estrella, Chus y Vero. Alguno me hizo un guiño, otro me dio un apretón en el hombro, pero todos pasaron de largo en silencio y se situaron de pie frente al arco, aunque a cierta distancia. Iban muy guapos, no tanto como para una boda típica, pero bastante más arreglados de lo que era habitual en ellos. Un poco más retrasadas, se acercaron también las madres de Marc y Greta, que, desde el mismo día que me conocieron, me trataban como a un hijo más, junto con los padres de Loui. Mi suegro me miró, se llevó dos dedos a los ojos y luego me señaló con esa misma mano, un gesto muy mafioso. Me reí y él me guiñó un ojo.

Cuando ya no pensaba que faltara nadie más, aparecieron, cerrando la marcha, Carina, Paolo, Laura y el pequeño Luigi, que ya tenía casi dos años y corría por el jardín perseguido por Gina. En ese momento ya ni lagrimitas escapándose ni hostias, ahí lloraba con mocos y lagrimones.

—*Cazzo*, Loui, ¿qué has hecho? —sollocé casi sin poder hablar.

—Ve a abrazarlos, corre, que vamos a empezar.

Casi no le di tiempo a terminar la frase, volé a estrujarlos durante un momento y regresé junto a mi chico, que se había tomado esto mucho más en serio de lo que yo había soñado en mis mejores fantasías.

Marc y Greta se situaron junto a nosotros, eran los testigos. La ceremonia duró unos cinco minutos, tras los cuales la jueza nos hizo firmar los papeles, nos felicitó y se marchó.

Yo seguía un poco conmocionado por la situación. Aún no había podido reaccionar cuando empezaron a gritar «vivan los novios» y a lanzarnos arroz como habían hecho casi un año antes en nuestra cama.

Después de eso, vinieron a abrazarnos por turnos. Yo empezaba a sentirme en otra dimensión, eran demasiadas emociones para poder gestionarlas con un mínimo de dignidad.

Mi suegra nos indicó que ya podíamos sentarnos a la mesa y yo me dejé arrastrar allí por mi marido. Sí, mi marido. Así, tal como suena, con todas sus letras: mi marido.

Como solo éramos dieciséis adultos y dos niños, pudimos cenar todos en la misma mesa. Yo no podía sentirme más feliz y arropado por esa enorme y maravillosa familia que ya sentía tan mía.

Mi hermana, como era habitual en ella, no paraba de lanzarle pullas cariñosas a mi marido. ¿Lo había dicho ya? Mi marido. ¿Soy pesado? Me da igual: mi marido, mi marido, mi marido. No me canso: mi marido. Una última vez: mi marido. Mentira, no era la última: mi marido.

Lo miré. Lo volví a mirar. Lo miré mucho rato, todo el tiempo. Lo vi morderse el lateral del labio y disimular la risa cada vez que Samu decía alguna burrada. Vi cómo se le ponían coloradas las orejas en cada «que se besen» al que yo obedecía con entusiasmo. Lo vi pasarse la mano por la nuca cada vez que alguien hacía algún comentario de lo romántico que era todo. No me perdí detalle. Percibí cada de uno de sus gestos que tan bien conocía y con los que ya era capaz de leerle sin que hablara.

En un momento dado, me cogió la mano y se inclinó hacia mí.

—¿Decepcionado? —preguntó en un susurro.

—¿Por qué?

—No sé, igual querías algo más espectacular o más especial... Ya sabes que no soy bueno con estas cosas, Piero. Igual querías planear tú la boda, seguro que lo habrías hecho mej...

Lo callé con un beso.

—¡Eh, marranos! —gritó Samu— ¡Que ahora no hemos dicho «que se besen»! Lo vuestro es puro vicio...

Me reí y le susurré al oído.

—Ha sido perfecto, Loui, en serio. Perfecto.

Habíamos terminado de cenar y, entre la euforia del momento, el vino de la cena y las copas de después, estábamos todos más que contentos. Especialmente Samu, Marc y Chus, que nos ganaban a todos de calle. Mi hermano estuvo hablando bastante con ellos, también había bebido mucho, aunque sin llegar a su nivel.

Marc se puso de pie y empezó a golpear su copa con un tenedor hasta que Greta se los quitó de las manos para que no la rompiera.

—¡Eh, que quiero hacer un brindis! —se quejó él.

—Vale, pues ya se han enterado todos, ya tienes su atención. —Ella le devolvió la copa, pero no el cubierto.

—A ver, como soy lo más parecido a un padrino que tiene esta boda, siento que necesito decir algo.

—¿Qué vas a decir, tío? —preguntó Loui—. ¡No me avergüences!

—No, nano, qué va. No sé cómo explicar lo contento que me puse cuando Loui me contó lo que estaba planeando. Me encanta el nuevo Loui, que el de siempre ya molaba un montón, pero el que volvió de Sicilia era él multiplicado por mil. Por eso, cuando me dijo que quería casarse con este tío, que es de puta madre y saca lo mejor de él, me pareció que era la mejor noticia que me habían dado nunca. Bueno, ahí me he venido muy arriba. Para mí la mejor noticia fue enterarme de que Piero era gay, así de claro…

Todos nos reímos.

—¡Nunca fui una amenaza! —me defendí.

—¿Cómo coño querías que yo lo supiera? Pero bueno, que me desvío del tema. Que me alegro un montón por vosotros, tíos. Que sois parte de mi familia, que os quiero un huevo y que

me encanta medio vivir con vosotros y que seáis una parte tan importante de mi vida. Y Piero, ya eras uno de nosotros, pero ahora, oficialmente…

Se calló un momento y Chus y Samu se acercaron a él.

—¡Bienvenido a la familia! —gritaron los tres a coro haciendo ese gesto universal de la mano que el resto del mundo piensa que hacemos los italianos al hablar, cosa que es totalmente falsa y exagerada.

A continuación, sin que nos diera tiempo a reaccionar, vinieron hasta nosotros, acompañados de Paolo, y entre los cuatro nos cogieron a Loui y a mí y nos lanzaron a la piscina vestidos.

—¡El agua está helada, cabrones! —se quejó Loui.

—Exagerado, no creo que sea para tanto —dijo Samu saltando al agua a continuación—. ¿Ves? Está de puta madre —añadió al salir a la superficie.

Como si ese comentario hubiera sido una invitación, Paolo, Marc y Chus se lanzaron también. En ese momento, Maite (la madre de Greta) y Laura tuvieron que coger a Gina y a Luigi, que querían ir detrás de sus padres.

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Las españolas no se mojan?! —gritó mi hermana antes de venir a lanzarse al agua también.

Las aludidas (Greta, Claudia, Estrella y Vero) aceptaron el desafío y la imitaron.

Jugamos, peleamos y nos divertimos en el agua durante un rato hasta que mi suegra apareció con un montón de toallas y nos hizo salir a todos de la piscina.

Ahí llegó a su fin una de las mejores noches de mi vida. Mis suegros nos habían preparado las habitaciones para que todos pasáramos allí unos días, así que, en realidad, alargamos la celebración durante todo el fin de semana.

Un par de meses después, ese verano, volamos todos a Sicilia. Y cuando digo *todos*, es todos. Loui me dijo que había reformado la casa y que en la buhardilla donde yo tenía la consulta había ahora dos habitaciones y otro baño, y que de lo que era la tienda había sacado dos baños para los dormitorios y otra habitación algo más pequeña, así que, sin dudarlo, Samu y Chus, junto con sus chicas y Claudia, se apuntaron al viaje.

Volver a casa de *la nona* casi dos años después me llevó de vuelta a ese último y maravilloso verano que había pasado allí. La casa seguía igual, pero algo cambiada. Los mismos colores en las paredes y las ventanas, pero más bonito. Las paredes ya no estaban desconchadas y las ventanas eran iguales que las otras, pero se notaba que eran nuevas.

—Luigi, ¿la has reformado entera? —pregunté mirando a mi alrededor.

—Todo lo que era necesario. No me digas ahora que echas de menos los desconchones y las grietas, por favor…

—No, no —me reí—. Está preciosa. ¿Lo has gestionado todo desde España?

—No, vine un par de veces. Cuando me iba de viaje a ver a mis padres, quedábamos aquí. Quería controlar un poco la obra…

—¡Piero, mira esto! —gritó Greta desde el jardín. Loui empezó a reírse.

—¿Qué más has hecho? —le pregunté.

—Ve a verlo —se rio.

No tuvo que decírmelo dos veces. Volé hasta el jardín y casi me caigo de culo cuando vi lo que había cambiado. Las tumbonas de siempre estaban orientadas hacia otro lado, donde ahora

invadía gran parte del jardín Sofía. Mi Sofía. Aquella a la que abandoné en algún lugar de *Lombardia* y que volvía a mí dos años después.

Tenía el portón lateral abierto y dentro había un colchón tapizado con la misma tela de las tumbonas y un montón de cojines que combinaban muy bien. Daban muchas ganas de tumbarse allí.

—Pero, pero… —balbuceé sin conseguir articular palabra.

—No hace falta que digas nada. Ya está —dijo Loui poniéndome una mano en el hombro.

—¿Cómo has hecho esto? ¿Fuiste hasta allí? ¿Volviste a por ella?

Negó con la cabeza.

—Se lo pedí a Paolo. Yo solo cubrí los gastos. Luego lo llamas y hablas con él.

—¡Esta noche dormimos aquí! —grité entusiasmado.

—Ni de coña —se rio él.

—Está todo muy bonito, Loui, eres mucho más romántico de lo que yo pensaba.

Se le empezaron a poner rojas las orejas y lo besé para que pensara en otra cosa y no se avergonzara. Y porque me apetecía comérmelo a besos también, no me escondo.

—Pero, vamos a ver —interrumpió Greta—. Esto está DEMASIADO bonito. ¿Cuánto tiempo llevan las tumbonas así colocadas y la furgo con la puerta abierta? ¿Cuándo has venido a ponerlo tan *cuqui* y que no pareciera una casa cerrada?

—No he venido yo —se rio Loui—. Se lo pedí a Francesco la última vez que vine a ver la obra. Lo llamé ayer y le confirmé que llegábamos hoy.

—¿Qué Francesco? —preguntó Marc girándose de golpe—. ¿ESE Francesco?

—No empieces con tus mierdas, nano —se rio Loui.

—No, no, no estoy celoso —dijo Marc muy serio y se acercó a mí—. Tío, ¿cómo se dice «es mi mujer» en italiano? —añadió muy bajito cerca de mi oído.

Yo solté una carcajada.

—Solo es a título informativo, no son celos, quiero que la gente tenga toda la información.

—*Sono uno stronzo geloso*, dile eso —contesté.

—Vale, gracias, nano. No, espera, me estás vacilando... Eso no suena a «es mi mujer».

Greta, Loui y yo nos reímos.

—Qué cabrones —se rio él también.

Greta y Gina le enseñaron a Marc sus sitios preferidos de la zona y le contaron todo lo que se había perdido en esos primeros años. Gina, pese a su corta edad, guardaba algunos recuerdos. Siempre he pensado que la cabeza de esa niña tiene algo especial.

Volvieron los tres de su paseo y nos sentamos todos juntos a cenar en el jardín entre las tumbonas, la furgo y el suelo. Hacía una noche estupenda.

Después de la cena, Greta sacó unos pasteles de chocolate.

—¿Habéis ido a saludar a Francesco? —me reí.

—Sí —gruñó Marc.

—Es un tío muy majo —se rio Loui.

—No te digo que no, pero se lio con mi mujer, no me mola.

—¿Y con cuántas te liaste tú en ese tiempo, nano? —intervino Chus—. No puedes mosquearte por eso.

—Claro —añadió Samu con la boca llena de pastel de chocolate—. Además, yo también me lie con tu mujer y a mí me amas…

Marc lo fulminó con la mirada antes de hablar.

—Tú te liaste con mi mujer y con mi hermana… Si fuera tú, me estaría calladito.

De la carcajada que soltó Samu, le salió disparada una buena parte del bizcocho chocolate que tenía en la boca. Todos, incluso Marc, nos contagiamos enseguida de la risa de Samu.

Así era cuando estábamos todos juntos. Los mosqueos duraban poco, las risas llegaban enseguida, todo se perdonaba con facilidad.

Sentado en el interior de Sofía, apoyé la cabeza en el hombro de mi marido y disfruté de otra noche perfecta con esa familia de españoles escandalosos pero estupendos que la vida me había regalado.

EL EPÍLOGO DE LOUI

Valencia, abril de 2010

El día que Greta cumplía treinta años, pasé la mañana con Gina haciendo recados. Ella estaba de vacaciones de pascua y todos los demás tenían trabajo. Fuimos a hacer la compra, con la lista que nos había dado Piero de todo lo que necesitaba para la cena. Después me acompañó a recoger un montaje fotográfico que había llevado a enmarcar, como regalo para su madre.

—¿Me compras una cámara de fotos? —preguntó mientras esperábamos a que nos atendieran en la tienda de fotografía.

—No —me reí—. Para tu cumpleaños, si quieres.

—Sí, claro que quiero, pero falta un mes todavía, es un montón de tiempo.

—Qué va, un mes pasa volando. Además, hoy es el cumple de tu madre, los regalos para ella.

—Jo, pero yo la quiero yaaaa —se quejó.

—Te prometo que te compro una para tu cumple. Además, te compro una buena. Pero sabes que tus padres se enfadarían si te la compro sin venir a cuento.

Ella arrugó las cejas y no dijo nada más. Iba a cumplir nueve años, pero era muy lista. Sabía perfectamente que yo era su mejor baza para conseguir caprichos fuera de tiempo. Bueno, su opción principal eran sus abuelas, pero yo era el eslabón más débil de los adultos con los que vivía. No hubiera supuesto nada para mí rendirme a sus caprichos, pero, en mi situación, no podía permitirme malcriarla y enfrentarme a Greta y a Piero. Marc la malcriaba bastante más que ellos, supongo que todavía sentía la necesidad de compensar los años que se había perdido.

Llegamos a casa a la hora de comer y encontramos a Piero terminando de hacer la comida mientras hablaba por teléfono. Yo empecé a guardar la compra que habíamos traído y Gina se puso a cocinar con él en silencio. Cocinaban juntos tan a menudo, que ella sabía lo que tenía que ir haciendo sin que él le dijera nada.

—Sí, es normal —dijo Piero al teléfono—. Sí, eso también… No, eso es muy grave… Es coña, nano, también es normal…

Me reí. Se le había pegado la manera de hablar de mis amigos, y oírle decir *nano* con su acento italiano me hacía muchísima gracia.

—¿Samu? —le pregunté en un susurro. Él puso los ojos en blanco como respuesta.

Se oyó la puerta de casa de Marc y Greta y al momento aparecieron los dos en la cocina.

Gina corrió hacia ellos.

—Feliz cumpleaños, mami —dijo la niña con una enorme sonrisa.

—Calla, no me lo recuerdes —gruñó Greta—. Treinta, qué mal suena…

—Ya querrían muchas de veinte estar así de buenas —dijo Marc dándole un beso.

—Argh, qué asco —se quejó Gina, que solía reaccionar así cuando dos adultos se besaban.

—Pues no mires, petarda —se rio Marc.

—No, no tienes que preocuparte por eso… —siguió Piero al teléfono—. No, claro que no…

—¿Samu? —me preguntó Marc señalando a Piero con la cabeza. Yo asentí intentando no reírme. Él sí se rio.

Piero dijo algo muy deprisa en italiano que no entendimos.

—*Cazzo*, porque, si te lo digo en español, es posible que dejemos de ser amigos —añadió—. Venga, relájate, no te preocupes, que estáis aquí al lado. Nos vemos esta noche. Au, nano.

Colgó el teléfono inalámbrico y lo soltó sobre la encimera, como si le quemara en la mano. Greta, Gina y Marc empezaron a poner la mesa.

—Si vuelve a llamar, no estoy —dijo Piero pasándose una mano por la cara.

—Es normal, está nervioso —me reí acercándome a abrazarlo—. Ya verás como en cuanto nazcan los bebés te deja en paz… Entonces agobiará a Greta, porque si está llevando así el embarazo, la paternidad no me la quiero ni imaginar.

—Pues que llame a su madre —dijo Greta—, a mí que no me acose como al pobre Piero… Además, que yo no me acuerdo de lo que es tener un bebé, hace mucho ya…

—Pues podías tener otro —dijo Gina—, yo quiero un hermanito.

—Ni de coña —respondió Greta.

—¿Por qué no? —preguntó Marc.

—Ya he pasado por eso, no me apetece repetir, gracias… Y menos aguantarte a ti en modo Samu…

—Yo no estaría en modo Samu —se rio Marc—. Bueno, ya lo hablaremos…

—Sí, sí, hermanito —dijo Gina.

—Ya estoy mayor para eso —dijo Greta con una sonrisa.

—Estás en la edad normal para eso —volvió a reírse Marc.

—Bueno, pues entonces «no me apetece pasar por eso otra vez». ¿Os vale así?

—No —dijeron Gina y Marc.

—Pues mala suerte, peor para vosotros —se rio Greta.

Nos sentamos todos a comer.

—¿Has traído todo lo que te pedí? —me preguntó Piero. Asentí con la cabeza—. Perfecto, ¿quiénes vienen al final?

—Samu, Estrella y Claudia —dijo Greta.

—¿Y Chus y Vero? —pregunté.

—No —contestó Greta—. Hoy hacen diez años juntos y Chus había preparado algo especial… Le sabía mal, pero le he dicho que no me importaba, que solo era una cena en casa, que no íbamos a hacer nada fuera de lo normal…

—Bueno, ya los veremos el finde —dijo Marc.

—Claro, sin problema —confirmó ella.

—¿A qué hora hemos quedado? —preguntó Piero.

—Les he dicho que vengan a partir de las ocho. Venga, una porra, ¿a qué hora vienen Samu y Estrella? —se rio Greta.

—A las seis —dije yo.

—A las cinco —dijo Marc.

—Pido una orden de alejamiento o me vuelvo a Italia —se rio Piero.

—Podríamos empezar a cobrarles alquiler —dijo Marc—. Hace un mes que pasan más tiempo aquí que en su casa.

—A mí me lo vas a contar —dijo Piero poniendo los ojos en blanco.

Acabábamos de terminar de comer y estábamos con los cafés cuando sonó el timbre. Todos nos reímos.

—No es verdad —dijo Piero—. No son ni las cuatro.

Fui a abrir y, efectivamente, eran un nervioso Samu y una cabreada y embarazadísima Estrella.

—¿Qué hacéis aquí tan pronto? —preguntó Marc muerto de risa cuando entramos los tres en la cocina.

—Hemos quedado, por el cumpleaños de Greta —dijo Samu.

—Sí, dentro de cuatro o cinco horas…

—Bueno, por si acaso, que Estrella no se encuentra bien…

—No me encuentro bien porque no me has dejado echar la siesta, que es lo que yo quería hacer —gruñó ella.

—Y los bebés están muy quietos —añadió Samu—, eso no es normal…

—Sí, es normal —dijo Piero en tono tranquilizador—, no tienen el mismo sitio que antes para moverse.

—Cierto —dijo Greta—. A mí me pasó lo mismo, hacia el final del embarazo no se movía tanto, aunque a veces me clavaba un pie en las costillas y me dejaba amargadita…

—Pero tú no sirves de ejemplo, solo llevabas una dentro, pero es que ¡Estrella lleva dos!

—Lo sabemos —se rio Greta.

—Y ¿de quién es la culpa? —bufó Estrella—. ¿Quién tiene antecedentes de mellizos en su familia? ¿Eh? ¡Yo desde luego que no! Me voy al sofá a ver si duermo un poco… ¡Y no me sigas! —añadió amenazando a Samu con un dedo justo antes de salir por la puerta que daba a casa de su hermano.

Todos aguantamos la risa, menos Samu, que tenía la cara descompuesta.

—Está insoportable, tíos —dijo en voz baja.

—Pues ya sois dos —dijo Piero y los demás no pudimos seguir disimulando la risa.

—Nada que ver, nano. Yo estoy nervioso, ella está que no hay quien la aguante —añadió Samu en voz muy baja.

—Déjala un poco en paz —dijo Greta—. La estás agobiando.

—No puedo, tía, estoy preocupado. Ella es muy pequeña y lleva dos bebés dentro. Además, dice Piero que son largos, como yo… Me da miedo que la revienten por dentro… ¿Y si intentan salir los dos a la vez?

—No van a intentar salir los dos a la vez —se rio Piero.

—Nunca se sabe —dijo Samu—. Llegará un momento en el que ya no cabrán… Esa barriga tiene un límite…

—Entonces se pondrá de parto, y saldrán por turnos o haré una cesárea, tranquilo.

—No estoy tranquilo —se quejó Samu.

Pasamos todos al salón de nuestra casa y yo me tumbé en uno de los sofás. Piero se recostó sobre mí. Marc hizo lo mismo en el otro.

—¿Hacemos cirugía estética? —le preguntó Gina a su padre.

—Vale —contestó él. Gina cogió una revista y un bolígrafo y se tumbó encima de él. Empezaron a cambiar de sexo a todas las personas que aparecían en las fotografías muertos de risa.

Greta y Samu se sentaron en las butacas y pusieron una película. Piero y yo nos quedamos medio dormidos. Nos despertó una hora después un grito de Estrella desde el salón de la otra casa. Samu saltó de su butaca y zarandeó a Piero.

—Piero, despierta, vamos… Voy a ver qué le pasa.

Samu salió corriendo de la habitación y Piero se incorporó a cámara lenta.

—Voy a ver —me dijo—. Qué harto me tiene…

Los demás nos reímos y Piero fue hacia el lugar del que provenían los gritos de Samu, que habían eclipsado totalmente a los de Estrella.

Aparecieron los tres por la puerta unos minutos después.

—Vamos a acercarnos a la consulta —dijo Piero—. Le voy a poner monitores y a hacerle una eco, podría estar de parto.

—¿Ves, nano? Si ya lo sabía yo… —dijo Samu.

—Claro, si crees que todos los días estoy de parto, al final aciertas por fuerza —bufó Estrella.

—Venga, vamos —dijo Piero—. Gina, si la cosa se alarga, ya sabes lo que hay que hacer con la cena. Que te ayuden, pero tú mandas.

—A la orden, mi capitán —contestó ella.

—Llamad con lo que sea —dijo Marc.

Se fueron los tres y nosotros nos quedamos tal cual estábamos. Al rato me llamó Piero para decirme que Estrella estaba de parto, pero que no fuéramos todavía, que la cosa parecía ir para largo. Nos irían avisando para que no pasáramos allí demasiado tiempo.

A media tarde, Gina empezó a darnos órdenes de lo que teníamos que ir haciendo, y entre Marc y yo fuimos siguiendo sus instrucciones. Greta puso la excusa de que era su cumpleaños y se escaqueó con todo el morro. No tardó en llegar Claudia, y Greta y ella se fueron de la cocina a hablar de sus movidas.

Nos llegó un mensaje a todos a la vez. Marc fue el primero en mirarlo.

—Están a punto de nacer. Vámonos para allá… Gina, sube a decirles a las yayas que ya vienen los bebés. Nos vemos abajo.

Gina salió corriendo y los demás no tardamos mucho en hacerlo.

Piero había montado hacía un par de años una consulta muy cerca de casa, como una mini clínica que fomentaba el parto natural y todas esas cosas que le gustaban tanto. Muy parecido a lo que tenía en Sicilia, pero mucho más profesional.

Fuimos todos hacia allí paseando. Cuando llegamos, Reyes entró en la sala de partos, donde estaban Estrella, Samu, Piero y Celia, la matrona que tenía contratada. Los demás nos quedamos en la sala de espera. Pocos minutos después, apareció Chus.

—¿Llego tarde? ¿Han nacido ya? —preguntó.

No nos dio tiempo a responder, se oyó un llanto en la sala de al lado y todos nos pusimos de pie y nos acercamos a la puerta. No tardó en salir Samu sin camiseta con un bebé pegado a su

pecho.

—Ya está, ya tenemos uno —dijo con pinta de ir a desmayarse en cualquier momento—. No ha hecho falta cesárea, está yendo todo bien.

—Guay, nano —dijo Marc dándole una palmada en la espalda—. ¡Enhorabuena, pa-pá! —añadió remarcando cada sílaba.

Cogió a Gina en brazos para que pudiera verle la cara a su primo y los demás felicitamos también a Samu, que no tardó en volver dentro a esperar la llegada de su otro hijo. Unos minutos después, volvió a salir con Reyes. Llevaban un bebé cada uno en brazos. Todos los abrazamos y felicitamos. Entramos a felicitar a Estrella también y nos fuimos a la cafetería de la esquina para dejarles descansar un poco. Gina se quedó allí con sus abuelas y sus nuevos primos.

—¿Y Vero? —le preguntó Greta a Chus—. ¿No ha venido?

—No —contestó él mirando al suelo de forma distraída.

—¿No va a venir? ¿La has dejado sola en vuestra noche especial?

—No, no va a venir más —contestó él—. Me ha dejado. Está con otro, o quiere estarlo, no sé, no me he enterado muy bien. Pero se ha acabado, eso sí lo tengo claro.

Todos nos quedamos un momento en silencio sin saber qué decir.

Ese día, aunque era Greta la que cambiaba de década, cambió la vida de Chus y la de Samu por completo. Pero mejor que esas historias las cuenten ellos mismos.

AGRADECIMIENTOS

Confieso que esta es la parte que más pereza me da. No es que no me guste agradecer… ¡Me encanta! Pero suelo dejarlo para el final y, llegados a este punto, solo quiero cerrar ya esta historia y empezar la siguiente.

Pese a eso, como tengo mucho que agradecer, vamos allá.

En primer lugar, a todos los lectores que, tras la lectura de *El final que nos merecemos*, me pidieron saber más de Loui. Igual que a los que después de leer *El principio que nos debíamos* reclamaban conocer cómo empezó su historia con Piero y saber un poco más de lo que había sido la vida de Greta en Italia. Eso me animó a darles alas a mis intensitos para que contaran lo suyo.

Gracias a mis lectoras por fascículos, que en esta ocasión fueron **Neus**, **Bea** y **Cris**. Sus comentarios, su entusiasmo y sus ganas de más me animaron a seguir a pesar de la pereza y las inseguridades. Esos «*Gime me more*» y «¿Hay capítulo o no hay capítulo?» me dan la vida.

Gracias a **Sonia**, **Cristina** y **Lola**, esas estupendas lectoras cero, cada una con una misión. Cumplistéis con creces vuestro cometido, y creo que eso se nota en el resultado final.

Y gracias a **Luisma** por su predisposición y su paciencia contestando mis dudas. En este caso fue de mucha utilidad para eliminar una parte de la trama que no tenía puñetero sentido.

Gracias a **Jonathan** y a **Julia** por esa portada divertidísima y maravillosa que transmite toda la intensidad que necesitaba esta historia. El resultado final superó con creces mis expectativas. Y gracias también a **Diana** por las risas y las carcajadas durante la lectura. Sois el mejor equipo que se puede tener y no os cambio por nada del mundo.

Quiero agradecer también a **Mel** que las voces italianas suenen todo lo naturales que tienen que sonar. Gracias infinitas por hacer una pausa en tus preparativos de boda para hacerles un poco de casito a mis niños, eres rebonica.

Gracias también a **Ruth**, por esa tarde de *invent* y procrastinación para crear la expresión gallega de la abuela de Piero.

En esta nueva edición es imprescindible mencionar a **ADELA**, así, con sus mayúsculas en todas las letras, una por cada dibujo y por la santa paciencia con cada una de mis teclas. Mis chicos, mis intensitos, tienen la cara que se merecen. Sé que los amas casi tanto como yo misma, pero eso no quita para que sea consciente de lo pesada que soy a veces. *Grazie*, *bella*. Cáncer se gana el cielo con Libra, eso es así.

A todos los que me escribieron para compartir conmigo sus impresiones tras la lectura. Todos esos comentarios me animan a seguir y a ver que mis niños calan hondo. Gracias, de verdad.

También a todos los que se tomaron un momento de su tiempo para dejar una valoración en Amazon. Ese simple gesto ayuda mucho más de lo que os podáis imaginar. Gracias, gracias, gracias.

Gracias también a la familia y los amigos que me acompañan y me apoyan en este loco proceso. Es genial teneros cerca.

Merece una mención especial el maravilloso mundo que he encontrado en Instagram:

Gracias a **Mariki** (@las.mariquitas.tambien.leen) por esas reseñas estupendas. Me encantó la colaboración.

Y estoy especialmente agradecida a esa legión de reseñadoras espontáneas, a las que ni conocía, que leyeron mis historias por su cuenta y me reseñaron y recomendaron con un entusiasmo desmedido que hizo que se me dispararan las ventas y las lecturas:

@siempreleyendoydesconectando, @soniarsalvante, @leoquemeleo, @biri.biankis, @saguian22, @brr.leyendo…

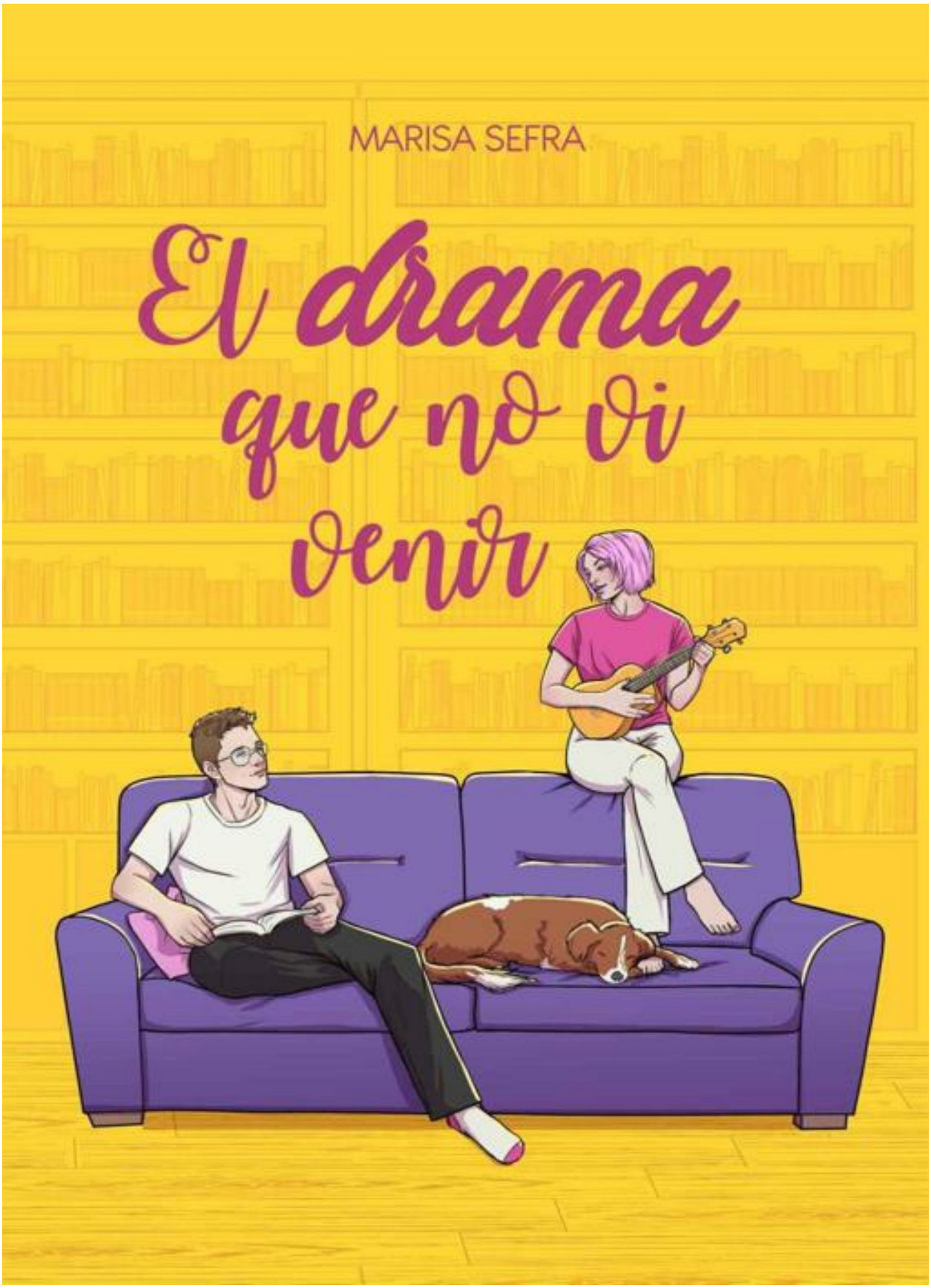
Pongo los puntos suspensivos por si me estoy olvidando a alguien de manera totalmente involuntaria. Además de molar más que las pesetas, son de lo mejorcito de Instagram. Seguidlas, leedlas, se lo merecen todo.

Por último, gracias a cualquier lector que haya llegado hasta aquí. Sois lo mejor de esta aventura.

EL DRAMA QUE NO VI VENIR

MARISA SEFRA

El drama que no vi venir



ÍNDICE

1. Si puedes visualizarlo
2. El gigante y el tonto de las flores
3. No llores
4. Una metáfora
5. La casa de mis sueños
6. Las he pagado yo
7. Como una hermana
8. Hacer del mundo un sitio mejor
9. Destruir
10. Una hostia a tiempo
11. Un submarino entresemana
12. Vuelta al cole
13. Sin parejas
14. Por mis pelotas
15. No era virgen
16. Una reunión de subnormales
17. Contra natura
18. Ella
19. Mis nuevos amigos
20. Una dura petición
21. Mi nueva inquilina
22. Historias de amor
23. Se queda pendiente
24. La sonrisa del payaso
25. Hazme caso
26. Nadie quiere tirarse al hombre de hojalata
27. Tenemos que hablar
28. Mi momento preferido
29. Ok
30. La fiesta de Clau
31. ¿Dónde está Carina?
32. El resopón tras la fiesta
33. No te confundas
34. Un encuentro en el parque
35. Joder con la psicóloga
36. Un amigo de su hermano
37. El columpio
38. Antes chicas que hermanas
39. Un trol de la suerte
40. Solo somos amigos
41. Buceando en un mar de silicona
42. Solo una cerveza
43. Pues no era tan difícil

44. Nueva rutina
45. No era una broma
46. Solo es un favor
47. Putos cacahuetes
48. Carta de pizzas
49. Me encanta Loui
50. Alarde de sensibilidad
51. ¿Todos piensan eso?
52. Nivel de perturbación
53. Estás muy loca
54. El parto
55. Un secreto
56. Esa risa
57. Español raro
58. Comer castañas
59. Alguna alergia
60. Exnovias dos
61. Me lo como
62. La cena
63. ¿Cómo será eso?
64. Todo
65. ¿Qué ha pasado?
66. ¿Qué te gusta?
67. Mandriles en celo
68. Todas esas cosas
69. Y lo que no es la cabeza
70. Quería verte
71. Un par de palmos más abajo
72. No mires
73. Qué crack
74. Una última señal

El epílogo de Carina
El epílogo de Chus

Agradecimientos

En todas las pandillas de los noventa había un Chus, esta historia es para ellos.

Y para Xavi, por ser el nuestro.

A lo largo de esta historia, aparecen muchas canciones. De algunas se hace referencia directa y de otras no, pero todas han ayudado en cierto modo a la construcción del relato y a crear las distintas atmósferas que se respiran en él.

No son esenciales para la historia, pero, si quieres, pueden acompañarte en tu lectura.

Todas ellas tienen una referencia para encontrarlas al final del libro. También las hemos incluido en una *playlist* de Spotify a la que puedes acceder escaneando este código desde el buscador de la aplicación:

UNO

SI PUEDES VISUALIZARLO

Septiembre, 2010

CHUS

—No me extraña que te dejara la Vero, porque mira que eres feo —me suelta mi abuela desde el sofá, sin apartar la vista del televisor. Está viendo uno de esos programas donde a la peña le hacen un cambio de *look* radical.

Levanto la cabeza de los papeles que estoy revisando sobre la mesa camilla y la miro. No puedo haberla entendido bien, seguro que lo que ha dicho es otra cosa. Opto por no contestar y vuelvo al papeleo que me ha dado mi hermano, pero, por más que lo miro y remiro, no entiendo una mierda.

—¿No me has oído? —insiste la yaya, esta vez dirigiéndome una rápida mirada.

—No, perdona, estoy con la cabeza en esto que me ha dado Chimo, que no me aclaro.

—He dicho que no me extraña que te haya dejado la Vero, que eres muy feo.

Ah, pues sí, la había entendido bien la primera vez.

Abro la boca para contestar algo, pero la vuelvo a cerrar al momento, no sé ni qué decir.

—¿No me has oído? —insiste.

—Sí, yaya, te he oído —suspiro.

—¿Y no tienes nada que decir? —Sonríe de nuevo y vuelve a prestar atención a la pantalla.

—¿Y tú solo sabes hablar con negaciones? —pregunto como respuesta.

—No sé de qué me hablas…

—¿Lo ves?

—No veo nada…

Resoplo y sigo a lo mío.

—No sé por qué no vas a un programa de esos a que te conviertan en un buen partido… —añade señalando al televisor.

—Ya soy un buen partido, yaya —me río.

—No solo eres feo, parece que tampoco eres muy listo…

Siento una puñalada en el corazón y decido irme a mi habitación. Mi autoestima no está ahora mismo lo bastante fuerte como para escuchar este tipo de cosas.

—Voy a seguir en mi cuarto, ¿quieres que te traiga algo antes?

—No quiero nada. —Agita una mano mientras lo dice.

Llego a mi dormitorio y, nada más poner el culo en la cama, me llega su voz desde la salita.

—¡¿Por qué no me traes un café con leche?!

Joder, tiene un puto don para tocar las narices.

—¡Voy, yaya! —contesto con un grito para que me oiga desde allí.

Voy hasta la cocina, le preparo su café como sé que le gusta y se lo llevo.

—Toma, yaya. —Le paso la taza y la coge con sus dos manos temblorosas.

—¿No le has puesto azúcar? —pregunta mientras me mira.

—Sí, claro que le he puesto azúcar, como a todos los cafés que te hago cada día… ¿Por qué das por hecho que no?

—Yo no doy por hecho nada, solo pregunto.

—Siempre esperas lo peor, yaya. Te lo deberías hacer mirar…

—No veo. —Agita una mano para que me aparte de delante del televisor y da por finalizada la conversación.

Mejor, me voy a mi cuarto.

Al entrar en mi habitación, me vuelve a dar el bajón. Treinta años y de vuelta en casa de mi madre, menos mal que parece que queda poco.

Voy a hacerme un canuto. Sé que mis colegas tienen razón y que debería fumar menos porros, al menos entresemana, pero hoy estoy agobiado y, técnicamente, hasta la semana que viene que vuelva al instituto, estoy de vacaciones.

Decido poner algo de música[1] para sentirme menos solo, pero los temas que elijo últimamente no ayudan. Aunque tampoco lo harían las canciones de amor correspondido, la verdad.

Qué dura es la ruptura de una relación de diez años. Me duelen los recuerdos, pero me duelen más las esperanzas. Qué imposible me parece olvidar a esa persona con la que te veías compartiendo el resto de tu vida.

Con la primera calada ya pienso en ella. No le voy a echar la culpa al hachís, pienso en ella todo el tiempo. Hace bastante que no la veo, desde antes del verano. He buscado excusas absurdas para llamarla o escribirle, pero no siempre la pillo bien. Hace cinco meses que rompimos y sigue doliendo. No me puedo creer que en un rato se acabe todo, que cortemos el último lazo que nos une. Igual solo con vernos arreglamos las cosas. Igual es solo eso lo que necesitamos. Seguro que ella también me ha echado de menos. Yo creo que, cuando me vea, volverán los recuerdos de todo lo que compartimos juntos. Termina la canción que está sonando y empieza la siguiente[2]. Sigue doliendo, pero evadirme me hace sentir algo mejor.

Doy otra calada al peta y miro de reojo el libro que descansa sobre mi mesilla: *Si puedes visualizarlo, puedes conseguirlo*. Qué razón tiene. Puedo visualizar la reconquista, claro que puedo. Me veo llegando al notario con un bonito ramo de flores para ella. Vero sonríe y me abraza. Me dice que estaba muy equivocada, que se ha dado cuenta de que no hay nadie mejor para ella que yo… Esa es mi chica, tampoco hay nadie mejor para mí que ella. Se acerca al notario para pedirle disculpas por haberle hecho perder el tiempo y decirle que no vamos a seguir adelante con la operación…

—¡¿No oyes el timbre?! —Mi abuela interrumpe a gritos mi reconfortante fantasía.

Pues no, no me había enterado de que estaban llamando.

Al otro lado de la puerta me espera Chimo disfrazado de banquero. A ver, que sé que solo lleva un traje y una corbata, que es lo que debe ponerse para currar, pero no puedo evitar que me

parezca que va disfrazado.

—¿No tienes llaves de casa de la mamá? —pregunto a modo de saludo.

—Sí, pero no siempre las llevo encima —contesta con una sonrisa—. ¿Estás listo?

—Casi, me pongo las zapatillas y estoy.

Me coge del brazo e impide que me vaya.

—¿Vas fumado? —me pregunta con los ojos entrecerrados.

—No. Bueno, me acabo de fumar uno, pero voy bien.

—Nano, que vas a firmar un cambio de hipoteca, no puedes ir fumado —murmura entre dientes.

—Que no voy fumado. —Doy un tirón para soltarme de su mano.

—¡¿No vas a decirme quién es?! ¡Y no tengas abierto que hay corriente! —los gritos de la yaya nos interrumpen desde la salita.

—Está a tope, ¿no? —Se ríe Chimo.

—Me agota, nano —suspiro.

—Venga, que en un par de horas serás propietario de tu nuevo piso. Ya podrás perder de vista a la bruja. —Chimo me da una palmada en la espalda.

—No digas eso de la yaya… —Niego con la cabeza con disgusto. Es cierto que mi abuela puede ser un poco desesperante, pero no me gusta que mi hermano hable así de ella.

DOS

EL GIGANTE Y EL TONTO DE LAS FLORES

CHUS

Ya en la calle, le pido a mi hermano que espere al ver una floristería. Me retiene antes de que entre.

—¿Qué haces, tío?

—Voy a comprar unas flores —respondo lo obvio.

—¿Para quién? ¿Para la zorra de tu ex?

—No hables así de Vero, joder.

—Vale, perdona, pero no le lleves flores, en serio. No es buena idea aparecer con un ramo para firmar la ruptura de la hipoteca.

—Bueno, déjame hacer las cosas a mi manera.

—Tío, en serio, no le compres flores. —Me agarra del brazo con fuerza intentando retenerme.

—Suéltame, yo sé lo que tengo que hacer. —Doy un tirón y me libero de su agarre.

Entro a la tienda sin darle tiempo a decirme nada más. Elijo un ramo muy bonito y colorido y bastante grande. Flipo con lo caras que son las flores, teniendo en cuenta lo rápido que se marchitan.

Chimo mueve la cabeza con disgusto cuando me ve salir con él. No tiene ni puta idea, yo sé que a Vero le va a encantar. Lo he visualizado. Lo he visualizado varias veces, de hecho. No puede fallar.

Llegamos el enorme ramo, Chimo y yo a la oficina del notario bastante pronto, falta casi media hora para la cita. La secretaria nos hace pasar a una salita a esperar, en la que hay un par de personas más. Mi hermano y yo nos sentamos en unas sillas bastante pijas. Suena una canción[1] en el hilo musical de la sala. Yo aprovecho para sacar mi móvil del bolsillo y comprobar si tengo algún mensaje. Desde que vivo con la yaya, me he acostumbrado a llevarlo en silencio para no molestarla y luego olvido ponerle volumen cuando no estoy con ella; y tampoco suelo acordarme de comprobar si alguien me ha llamado o escrito. Tengo un montón de mensajes sin leer. Aprovecho para echarles un vistazo a todos ellos.

SAMU

¿Cómo va? ¿A qué hora firmabas? ¿Ya somos oficialmente vecinos?
Esta noche inauguración, yo llevo las birras.

LOUI

Espero que vaya todo bien. Avísame si necesitas lo que sea. Un abrazo.

GRETA

Mucha fuerza, Chus. Que vaya genial. Nos vemos esta noche.

CLAUDIA

¿Qué tal, guapo? Hoy estaré currando en casa. Ya he cambiado lo que me pediste, pásate luego si quieres y le echas un vistazo. Puerta 27. Bss.

ESTRELLA

Chus, bonito, mucho ánimo. Nos vemos esta noche, vecino.

MARC

Nano, mucha suerte. Molaría que la cagara el notario y te dieran un casoplón. Esta noche celebramos. ¿Llevamos algo?

Me río entre dientes y no contesto a nadie. Tengo también cuatro llamadas perdidas de Piero. Dejo el ramo en la silla que hay junto a la mía y me levanto para volver a la entrada y no molestar a la gente que espera en la salita como nosotros. El italiano contesta al segundo tono.

—*Ciao, bello,* ¿cómo estás?

—Un poco nervioso, nano —contesto con la voz algo temblorosa.

—Es normal. Respira hondo. En un rato habrá pasado. ¿Cómo te sientes?

—Pues creo que ilusionado, la verdad. Me da el rollo de que lo podemos arreglar… Igual al final no firmamos, ¿sabes?

—¿Esto lo has hablado con ella?

—No, es solo cosa mía; pero me da esa vibración. Tengo el presentimiento de que va a pasar algo bueno.

Lo oigo respirar hondo al otro lado de la línea.

—Pase lo que pase, será algo bueno. Para ahora o para el futuro, pero todo pasa por algo y, al final, siempre es todo para bien.

—Ya te estás poniendo místico, cabrón —me río.

—Estaré toda la mañana en la consulta. Pásate si me necesitas —responde en un tono más serio.

—Vale, nano. Luego te cuento y, si no, nos vemos esta noche.

—Claro, hasta luego. Un abrazo.

—*Au*, tío, gracias por todo.

Cuelgo el teléfono y vuelvo con mi hermano, que sigue sentado donde lo he dejado hace unos minutos. Suena otra canción[2] en el hilo musical. La puerta de la salita se ha quedado abierta y, desde donde estamos, se ve la entrada de las oficinas y la mesa de la secretaria que recibe a la gente. Mejor, así podré ver llegar a Vero.

No pasa demasiado rato hasta que la puerta se abre y entra ella. Qué guapa está, como siempre. Un tipo entra tras ella y se acerca también a la chica de recepción. El tema que suena por el hilo musical vuelve a cambiar[3]. Yo cojo el ramo de flores y espero a que venga, pero sigue

hablando con la mujer de la entrada y aún no se ha girado hacia aquí. El chico que ha entrado tras ella le dice algo y ella sonríe y se apoya en su brazo. ¿Lo conoce? ¿Vienen juntos? No me suena de nada, y eso que conozco a toda su familia. Normal, hemos estado juntos diez años, como para no conocerlos. Igual no han venido juntos, igual se han conocido en la puerta. Él le pasa un brazo por encima de los hombros y le dice algo al oído. Vale, pues igual sí que se conocen.

—¿Quién cojones es ese tío? —murmuro.

Mi hermano levanta la cabeza y sigue la dirección de mi mirada.

—Pues el que va a comprar tu parte del piso, supongo. Imagino que será su novio…

—¿Como que «el que va a comprar mi parte del piso»? ¿No la va a comprar ella?

—Tío, ¿te leíste los papeles que te pasé?

—Lo intenté, nano, pero no entendía una mierda —protesto.

—Pues decía claramente que el comprador era un tal Blas «suputamadre», no me acuerdo del apellido, solo me quedé con el nombre, como para olvidarlo —se ríe Chimo.

—Pues me lo podías haber dicho, cabrón —murmuro.

—Yo qué sé, tío. Pensaba que ella te habría dicho que tenía novio… Y tampoco te lo oculté, te di una copia de todo lo que vas a firmar, di por hecho que lo sabías…

—Pues no, nano, no tenía ni puta idea —gruño.

No podemos decir nada más porque Vero y el tipo en cuestión han entrado en la sala y vienen hasta nosotros.

Qué guapa está, hacía meses que no la veía. El tipo le saca más de una cabeza, debe de ser de alto como Marc o Samu, rondando el metro noventa. Yo apenas llego al metro setenta y cinco y ella rondará el metro sesenta, no le llega ni al hombro. ¿Qué hace con un tío tan alto? Me viene a la mente el comentario que hace siempre Samu de que en la cama todos somos de la misma altura y se me encoge el estómago. Sí, la diferencia entre estos dos será como la que hay entre Samu y Estrella, más o menos. Me da angustia solo de pensar que este tío se meta en la cama con ella. Me sudan las manos. Mierda, el ramo. No me acordaba. Ahora parezco un gilipollas aquí plantado con las putas flores. Me viene a la cabeza una canción[4] de Krahe que me representa en esta situación, aunque no es la que suena[5] por los altavoces ahora mismo. Joder, tenía que haber hecho caso a mi hermano. Ya no puedo disimular ni tirarlas a la basura, han llegado hasta nosotros.

—Hola, Chus. Me alegro de verte. Tienes buen aspecto —me saluda ella.

—Hola —consigo decir, pero el sonido sale de mi garganta con un gorjeo extraño.

No se acerca a darme dos besos. Normal, el puto ramo gigante que llevo en las manos se interpone entre nosotros. Barajo la idea de justificar esto de alguna manera. ¿Digo que son para mi madre? ¿Para mi abuela? ¿Para una novia ficticia? A tomar por culo, se las doy y punto. No deja de ser un gesto bonito y así me deshago de él, que me agobia llevarlo encima.

—Toma, para ti. —Le tiendo las flores.

Ella hace una mueca extraña y las coge.

—Chus, cielo, esto no hacía falta —murmura.

Me quedo con cara de gilipollas sin soltar ni una palabra.

—Hola, Chus, ¿verdad? Encantado, soy Blas. —Irónicamente es el gigante que está a su lado quien me salva de esta situación incómoda. Me giro hacia él y veo que me tiende la mano.

—Igualmente. —Solo emito una palabra, pero no sale fluida, se atasca en mi garganta casi en cada sílaba. El premio al más patético del mes parece que lleva mi nombre. Trago saliva con dificultad y estrecho su mano.

Me siento un poco en otra dimensión, igual ese canuto mañanero no ha sido buena idea… Mi hermano se presenta al tipo y saluda a Vero. Mejor, así distrae un poco la atención y no me miran a mí, que lo mismo me desmayo ahora mismo. Por favor, que no me dé un amarillo delante de Vero y el tipo este. Toda mi concentración está ahora mismo la canción[6] que suena en este momento. No puedo hacer demasiado caso a nada más.

Oigo murmullo a mi alrededor. Creo que Chimo les está dando conversación, pero yo me he quedado atrapado mirando a ninguna parte y no puedo desconectar de esta *nada* que me tiene pilladísimo. He dejado la mente en blanco, es un mecanismo de defensa al que recurro a menudo. ¿Realmente mi mente está en blanco si estoy pensando en que he dejado mi mente en blanco? Es una curiosa reflexión, se podría escribir un ensayo sobre eso. Es posible que lo haya hecho alguien, tendría que buscarlo, parece interesante. Igual cuando empiece el curso les puedo proponer a los chavales un ejercicio así…

Recibo un golpe en un costado, pero lo ignoro. Mis ojos siguen clavados en un punto fijo del que no se pueden separar, aunque no soy consciente de estar mirando nada en concreto, y mis oídos solo están pendientes de la música[7] que suena muy bajito. Otro golpe me saca por fin del engorilamiento y compruebo que ha sido un codazo de mi hermano.

—Nano, que te has quedado pillado —murmura entre dientes—. Nos acaban de llamar.

Vuelvo a la realidad y veo que Vero y el tipo que ha venido con ella van detrás de la secretaria hacia otra habitación. Mi hermano tira de mí para que los sigamos.

TRES

NO LLORES

CHUS

Entro en el despacho del notario en piloto automático. Aquí también llega hilo musical[1]. Veo por el rabillo del ojo que Vero deja las flores sobre una silla y se sienta en la de al lado tras saludar a un hombre que debe de ser el notario en cuestión. El gigante que la acompaña repite los movimientos de ella. Chimo y yo hacemos lo mismo. Saludo al tipo y me siento donde me indica mi hermano.

El notario comienza a leer unos papeles que intuyo que son los que me pasó mi hermano para que leyera. Mi mente desconecta en la segunda línea aproximadamente. Me concentro en un punto fijo de su cara, pero veo por el rabillo del ojo a mi ex y a su chico hablar en susurros entre ellos. No oigo lo que dicen, pero tampoco lo pretendo. Lo importante es mantener la compostura, que no se note todo lo que me bulle por dentro. Noto los ojos cargados, pero no puedo llorar. No aquí, ni de coña. Estoy por encima de esto, o al menos es lo que necesito que piensen. Todos. Mi hermano también. Ya he llorado bastante todo el verano, se acabó. Ahora sí. Se acabó del todo. La música[2] suena muy bajito, pero me ayuda en esta desconexión forzada.

Me concentro con todas mis fuerzas en la verruga que tiene el notario en la mejilla, así parece que le esté prestando atención. Me siguen llegando los murmullos de la otra parte por encima de la música[3], pero me concentro más intentando atisbar si esa protuberancia es peluda o no. No estoy tan cerca como para averiguarlo.

Un buen rato después, tras haber terminado de leer todo el tocho de papeles, empiezan a circular por la mesa y Chimo me va diciendo dónde tengo que firmar. Tras un buen rato garabateando mi nombre en un montón de folios, parece que Vero y el tipo se disponen a irse. Él la retiene justo antes de que se levante.

—Los muebles —murmura.

—Claro —asiente ella—, no me acordaba. Chus, hemos hecho una estimación del valor de los muebles. Como no te llevaste ninguno, entiendo que no los necesitas…

Agito un poco la cabeza, no termino de entender lo que dice. Joder, no estoy nada centrado. El tío saca un papel de su cartera y me lo entrega. Es un cheque.

—¿Te parece bien esa cantidad? —me pregunta Vero.

No sé de qué coño está hablando. Toda mi concentración está en no ponerme a llorar aquí mismo, mi cabeza no da para procesar nada más en este momento.

—¿Te parece poco? —cuestiona ahora el gigante sacando de un bolsillo de su chaqueta lo que parece un talonario y un bolígrafo—. No queremos abusar, dime qué consideras adecuado. —Presiona el botón del bolígrafo para que asome la punta y a mí ese clic me suena como un

disparo.

Reacciono por fin y lanzo el talón que llevo en la mano sobre la mesa, hacia ellos.

—Quédate los muebles —susurro—. Los elegiste tú.

Pestañeo un momento, creo que había dejado de hacerlo durante bastante rato.

—Coge el dinero, Chus, es lo justo —insiste ella.

—Me da igual el dinero —murmuro.

—Chus, no me hagas esto… —musita ella. «Musitar», qué curiosa palabra. Y qué poco se utiliza… Pero es lo que acaba de hacer ella, mu-si-tar… Es una de esas palabras que suenan a lo que significan.

—Yo se lo ingreso, tranquila. —Mi hermano se estira sobre la mesa para coger el cheque e interrumpe de ese modo mi reflexión léxica.

—Gracias, Chimo. —Vero se levanta y su acompañante la imita—. Chus, me alegro de verte. Cuídate.

—Un placer conoceros. —El tío nos estrecha la mano a ambos y yo reacciono de nuevo en piloto automático.

«No llores, no llores, lo más importante ahora es no llorar».

Él coge las flores que ella dejaba olvidadas sobre la silla y se las entrega. Ella hace una mueca extraña y las acepta. Antes de que pueda darme cuenta, han salido del despacho.

Y de mi vida.

Al momento aparece la dueña del piso que voy a comprar yo y vuelve a comenzar todo el rollo del notario leyendo papeles y firmas por todas partes. Me pongo en modo robot y voy haciendo lo que me indica mi hermano. Solo quiero que termine todo esto y salir de aquí. Necesito largarme. Necesito llorar.

Cuando por fin me entregan las llaves, entiendo que ya he firmado todo lo que tenía que firmar.

—¿Me puedo ir ya? —le pregunto a Chimo con la voz algo ronca.

—¿No te esperas y nos tomamos una cerveza o algo para celebrarlo?

—No, he quedado. Y tú tendrás que currar…

—Sí, pero pensaba escaquearme un rato más —se ríe entre dientes.

—Paso, no estoy para cervezas —musito yo esta vez. Le estoy cogiendo el punto a lo de «musitar», me mola la palabra.

—Vale, nano, como quieras. Nos vemos.

—*Au*, Chimo, pásate por casa de la mamá un día de estos.

Salgo de ahí tan rápido que antes de darme cuenta estoy en la calle. Tampoco quiero llorar en la calle. Necesito un refugio y solo se me ocurre uno. Solo se me ocurre una persona.

Paro un taxi y le doy la dirección. Llego en apenas diez minutos. He conseguido hacer todo el trayecto casi sin pestañear pese a la canción[4] que sonaba en la radio.

Empujo la puerta que da a la calle y entro. Celia me sonríe al verme aparecer.

—Hola, Chus, ¿qué tal? Tienes suerte, lo pillas solo. —Aprieta el botón del interfono que hay sobre su mesa—. Acaba de llegar.

Piero no tarda ni cinco segundos en abrir la puerta de su consulta. Me mira un momento y me indica que pase con un movimiento de cabeza. Lo hago.

—Celia, cancela el resto de mis citas de hoy, por favor. Si no hay una urgencia, no quiero ver a nadie —le oigo decir antes de cerrar la puerta de nuevo, esta vez con los dos dentro.

Me mira un segundo, respira hondo y se acerca a mí. Me abraza muy fuerte.

—Llora —susurra en mi oído.

Yo obedezco y lo dejo salir por fin.

CUATRO

UNA METÁFORA

CHUS

No sé cuánto rato llevo llorando. Se lo he ido contado todo mientras Piero asentía y me devolvía palabras de ánimo con frecuencia. Él está sentado en el sofá de su consulta y yo tumbado con la cabeza sobre sus piernas. Me acaricia el pelo y los brazos alternativamente, es una sensación de lo más reconfortante dadas las circunstancias. He ido soltando tanto lo que ha pasado como lo que he sentido. Con él es fácil.

Piero es el marido de uno de mis mejores amigos, Loui. Llevan juntos unos seis años y casados desde hace cuatro. Antes de conocerlo, me emparanoié un poco con el hecho de que fuera siciliano, pensé que estaba relacionado con la mafia; pero una vez que lo conocí, me di cuenta de que todo había sido una ida de olla mía y que es un tío de puta madre. Siempre me he llevado bien con él, pero lo cierto es que desde que rompí con Vero, hace unos cinco meses, nuestra relación se ha estrechado más todavía.

No es que lo quiera más que a mis amigos de toda la vida, pero su modo de escuchar me facilita mucho las cosas. Al principio se me hacía muy raro lo sobón y besucón que es, mis colegas nunca me dan besos (ni yo a ellos, las cosas como son); pero lo cierto es que me he acostumbrado y ahora me reconforta mucho la actitud del italiano, sobre todo en momentos de bajón máximo como hoy.

Las coñas de Marc o Samu me molan y la comprensión de Loui ayuda bastante, pero la actitud de Piero es la que mejor me hace sentir. Se supone que lo de los besos y las caricias es algo que los tíos no hacemos. No creo que sea porque es gay, porque Loui también lo es y no actúa así. Creo que es algo que va con el carácter del italiano. No de todos los italianos, no sé si me explico, de este en particular. Y lo cierto es que, una vez te acostumbras, engancha. Es la mejor terapia que he tenido este verano. Él lo hace con mucha naturalidad y yo lo agradezco.

Sigo llorando y contándole cómo me siento cuando una de las cosas que le digo le hace reaccionar.

—Me ha roto el corazón, literal. Para siempre. De esta no me recupero —sollozo.

—Vamos a verlo. —Se levanta del sofá y me indica que haga lo mismo.

Me acompaña hasta una de las camillas que tiene donde atiende a las embarazadas (es médico y se dedica a atender partos, no sé si lo había dicho ya).

—Súbete ahí, túmbate.

—¿Pretendes sacarme algo del culo? Porque yo no tengo más agujeros… —me río entre dientes y mi propia risa me reconforta.

—Nada de sacar, tranquilo —sonríe—. Ni de meter, más tranquilo aún.

Después de ese comentario nos reímos los dos y yo hago lo que me ha pedido. Él se sienta en una silla con ruedas y se acerca al borde de la camilla.

—Quítate la camiseta —ordena y yo obedezco sin cuestionarme de qué va esto. Piero suele hacer cosas raras que no entiendo, pero mi confianza en él es total desde hace meses.

Me pone un pringue frío en parte del pecho y, antes de que me dé tiempo a reaccionar, está pasando una movida por encima de uno de mis pezones. Un sonido, como un latido, empieza a retumbar entonces por toda la habitación.

—Mira ahí —me indica mientras señala un monitor que está unido por un cable al cacharro que tiene sobre mi pecho.

—¿Qué es?

—Tu corazón —sonríe—. Está entero, no hay peligro. Sigue latiendo.

—Era una metáfora —me descojono.

—Soy médico —se encoge de hombros y sonríe—, tenía que asegurarme. Cierra los ojos y escucha.

—¿Qué tengo que escuchar? —pregunto ya con los ojos cerrados.

—Lo que te dice.

—¿De qué hablas, nano? —me río aún con los ojos cerrados—. Solo lo oigo latir normal.

—Eso es —sonríe. Aunque no lo veo, sé que sonríe—. Late fuerte, sano, deseando volver a enamorarse.

—Calla, ¿qué dices? Paso, paso, no quiero volver a saber nada más de las tías. —Abro los ojos de golpe y lo señalo con el dedo—. Ni de los tíos, que veo venir el comentario que ibas a hacer.

Él suelta una carcajada y retira el aparato que tenía sobre mi pecho. Empieza a limpiarme el pringue.

—Es una pena, Chus, eres todo amor. Tu corazón está pidiendo a gritos volver a latir al ritmo de alguien. Lo tuyo es estar enamorado.

—Ya lo sé, nano, pero eso tiene que cambiar. Toda la vida enamorado… ¿Sabes cuántas veces me han roto el corazón? Pero nunca pensé que me pasaría con Vero, han sido diez años… De verdad que pensaba que ella era la definitiva. —Respiro hondo para no volver a llorar.

—Hazme sitio. —Me da un golpecito en el hombro.

Obedezco y me aparto a un lado todo lo que puedo. Él se tumba a mi lado en la camilla y me rodea con sus brazos.

—Cierra los ojos y respira hondo —susurra, y lo hace él también para marcarme el ritmo.

Seguimos así durante un rato. Concentrados en el fuerte sonido de nuestras respiraciones.

—Ahora es cuando me decís que esto no es lo que parece. —La voz de Loui nos hace abrir los ojos de golpe. Estábamos tan concentrados que no hemos oído el sonido de la puerta. La cierra tras él, cruza los brazos sobre el pecho y nos mira con los ojos entrecerrados, pero está claro que está intentando disimular una sonrisa.

Piero sigue abrazado a mí y yo voy todavía sin camiseta. Los dos empezamos a descojonarnos. Loui intenta evitarlo, pero se nota que tiene ganas de reírse también. Piero me suelta y baja de la camilla para ir hacia su marido. Lo rodea con sus brazos y susurra:

—*Mi piace Luigi geloso*…

—No estoy celoso —se ríe Loui por fin—. Pero ¿por qué vas sin camiseta, tío?

—Le he hecho una eco —responde el italiano por mí—, necesitábamos comprobar el estado

de su corazón. Ha sido un día duro para él. Pero está fuerte y latiendo como un campeón. Listo para volver a enamorarse.

—Eso está bien —asiente Loui—. ¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido?

—Ya te lo contará Piero, que no me apetece recordarlo —suspiro. Loui cabecea como respuesta.

—Bueno, ¿qué plan tienes? ¿Quieres venirte a casa a pasar la tarde? —me pregunta Piero mientras me vuelvo a poner la camiseta.

—No puedo, nano. Tengo que pasarme por casa de Clau, quiere enseñarme los planos que ha hecho del piso nuevo, dice que ya los tiene.

—Eso es genial. —Qué fácil se entusiasma el italiano—. Piso nuevo, reforma… Te vendrá muy bien tener la cabeza ocupada y cambiar de aires. —Asiento.

Bajo de la camilla y voy hacia ellos.

—Bueno, tíos, me piro a casa de Clau, a ver qué ha hecho…

Loui me pasa una mano por la espalda y asiente.

—Nos vemos esta noche. Llevamos *pizzas*. Invito yo.

—Guay, nano, no voy a discutir de dinero con el millonario —me río.

Él pone los ojos en blanco.

—Que no soy millonario —protesta.

—Pero casi casi —se ríe Piero.

Se acerca entonces a mí y me vuelve a abrazar muy fuerte, como antes de que llegara Loui, y planta un beso en mi mejilla.

Me despido de ellos y salgo de allí.

CINCO

LA CASA DE MIS SUEÑOS

CHUS

Decido dar un paseo tranquilo, no tengo prisa. Me pongo el mp3 para ir escuchando algo de música[1] y torturarme un poquito más. Cuando enfilo mi nueva calle, miro el reloj y compruebo que son poco más de las cuatro de la tarde. Me doy cuenta de que no he comido. Ni lo había pensado. Y ni siquiera tengo hambre. Menudo día de mierda llevo.

Me detengo un momento frente al portal de mi nueva casa. Dudo por un instante si subir, pero lo cierto es que me da todo el bajón al pensar en entrar ahí yo solo. Podría llamar a casa de Samu y pedirle que entre conmigo. Tampoco sé si estará en casa, no sé a qué hora se va hacia la farmacia. Estrella está casi seguro, pero si está sola con los nanos tampoco quiero agobiarla. Me gusta la idea de tenerlos de vecinos de rellano, me daba un poco de envidia la situación de Marc y Greta con Piero y Loui, y ahora yo voy a tener algo un poco parecido… Miro un momento el portal, el brillante número trece que hay sobre él me hace dudar un momento de si habrá sido buena idea comprar un piso en este edificio o si me dará mal fario… Me doy la vuelta y miro hacia el otro lado de la calle, hacia el portal del nuevo piso de Claudia. ¿Subo ya? ¿Paso primero por el mío? No sé qué hacer, joder, qué día de mierda llevo y qué espeso estoy…

Un ruido a mi espalda me hace reaccionar y me vuelvo a girar hacia el portal de mi casa nueva. Samu sonríe al verme mientras sale por la puerta.

—¡Ese vecino! —grita el rubio con entusiasmo.

—¿Qué pasa, nano? —me río, Samu tiene ese efecto—. ¿Dónde vas?

—A la farmacia, a currar… O a escaquearme de mis vástagos —añade en un susurro—, como prefieras llamarlo.

—Pobre Estrella, le dejas a ella el marrón… —me descojono.

—Ella tiene ese instinto de supermadre, lo lleva mejor —sonríe y levanta las cejas—. Y tú ¿qué? ¿Vas a subir a tu casa nueva? ¿Ya tienes las llaves? ¿Ha ido todo bien?

—Sí, ha ido todo bien, ya tengo las llaves, pero no voy a subir ahora, voy a pasarme por casa de Clau por lo de la reforma.

—Ah, guay, ¿ya está ahí enfrente? ¿Ya han acabado la suya?

—Supongo que sí, me ha dicho que me pasara por aquí…

—Mola, al final estamos todos viviendo en este trocito de calle, somos más que los de la comuna, se han quedado solos… Ya no dan envidia… —Me da una palmada en la espalda.

—Solo están a dos manzanas —me río.

—Dos manzanas contra cruzar la calle o cruzar solo el rellano… Salimos ganando.

Me río y niego con la cabeza.

—Bueno, vete a currar, nano, voy a subir a casa de Clau.

—Venga, tío, nos vemos esta noche. —Me da otra palmada en la espalda antes de enfilar la calle en dirección a su farmacia. Bueno, técnicamente supongo que sigue siendo de su madre, aunque ahora la lleve él.

Cruzo a la acera de enfrente y compruebo el mensaje de Claudia para confirmar el número al que tengo que llamar. Lo presiono con fuerza.

—¿Quién es? —Me llega su voz por el telefonillo.

—Clau, soy Chus.

—Último piso —me informa ella antes de que se oiga el zumbido que indica que ya puedo empujar la puerta.

Cuando salgo del ascensor en su rellano, me está esperando con la puerta de su casa abierta. Sonríe cuando me acerco a darle dos besos.

—¿Qué tal, guapísimo? ¿Cómo ha ido? ¿Ya tienes las llaves?

—Sí, todo bien, ya las tengo.

—Venga, pues pasa y te enseño la casa de tus sueños —sonríe.

Claudia es una amiga de la pandilla de toda la vida. Desapareció del grupo durante unos años, pero luego volvió y ya se ha mantenido con nosotros, aunque lo cierto es que con quien más relación tiene con diferencia es con Greta. Cosas de chicas, supongo. No la he visto en todo el verano y la noto rara, no me da tiempo a plantearme por qué. Me invita a entrar en su piso y me quedo flipando.

—Cuando has dicho lo de «la casa de mis sueños», ¿te referías a la tuya? —pregunto tras un silbido.

—Noooo —se ríe—. Está chula, ¿eh? Ahora te enseño el proyecto de la tuya, ya verás como también mola.

Paseo la vista por su piso. Está irreconocible. Cuando lo compró, hace más de medio año, era poco más que un cuchitril, pero se nota que la tía es arquitecta y sabe lo que hace. Lo ha convertido en un *loft*, todo diáfano, espectacular. El techo es altísimo y abuhardillado con vigas de madera a la vista. Tiene como un altillo donde intuyo que habrá puesto su habitación. Se accede por una escalera de madera sin barandilla ni nada. Me da vértigo solo de pensar en subir ahí.

La acompaño hasta la zona que llama «el estudio». Tiene una mesa enorme y muy alta, con una silla con ruedas como de oficina, pero más alta también y con un aro donde coloca los pies. Me señala una igual y me invita a sentarme. Esta zona da a la calle por la que se accede al edificio y desde el ventanal que hay frente a la mesa se ve perfectamente la fachada del que será mi nuevo hogar.

—¿Se ve mi casa? ¿Te has inspirado mirando por la ventana?

—¿Se ve? No sé, no me he fijado… ¿Da a la fachada principal?

Me quedo mirando por la ventana.

—Sí, en teoría son esas de ahí, ¿no? —Señalo varias persianas cerradas que hay a la altura del quinto piso, uno más bajo que desde el que estamos mirando. En una de las que no están cerradas de esa misma planta, se ve a Estrella caminando de un lado a otro con uno de los bebés en brazos—. Mira, se ve la de Estrella y Samu también.

—¿En serio? No lo sabía, piensa que me instalé hace un par de días y, cuando venía, solo me fijaba en la obra. Bueno, al lío. Mira.

Gira la pantalla del ordenador para enseñarme un dibujo de algo que no se parece en nada a

la casa que me acabo de comprar.

—Estás de coña, ¿no? Te has equivocado de proyecto…

—No —se ríe y toca algo en el ordenador. La recreación 3D cambia a un plano de la casa y me empieza a explicar—. Mira, solo he tirado el tabique que une la cocina con el salón y, como me dijiste que querías gastarte lo mínimo posible, todos los muebles los he sacado de la web de Ikea. Haremos nosotros casi todo el trabajo, esta noche se lo comento a los chicos, a ver quién se apunta.

—Y ¿vamos a tener que ir al Ikea?

—Sí, pillamos una furgo y nos vamos un día tempranito tú y yo.

—¿Hasta Murcia?

—Bueno, si prefieres vamos a Madrid o a Zaragoza, pero Murcia es lo que está más cerca… Mira, esto es lo que te va a costar el total. —Abre una ventana en el ordenador y me enseña el presupuesto—. Entra dentro de lo razonable, ¿no?

—¿Solo esa pasta para dejar el piso como me has enseñado? Me estás vacilando…

—No, qué va —se ríe—. Si los colegas se tiran al rollo, que por ti estoy segura de que lo harán, solo hace falta que venga unos días un albañil con el que ya he hablado y un viaje a Ikea. De verdad, ya verás que lo hacemos por esa pasta… Bien, ¿no? ¿Puedes con ese precio?

—Sí, claro, eso lo puedo pagar… —El precio que me ha dado es menos que lo que me han pagado Vero y el gigante por los muebles, que además es algo con lo que no contaba. Suspiro al recordarlo—. Vale, tía, a tope con esto.

—Genial —sonríe—. ¿Una cerveza para celebrarlo?

—Venga. —Le devuelvo la sonrisa sin demasiadas ganas.

SEIS

LAS HE PAGADO YO

CHUS

Baja de la silla y la veo ir hacia la cocina. Mis ojos la siguen por inercia. Lleva un pantalón muy corto y, mientras camina, hay momentos en los que parte del culo le asoma un poco. No puedo evitar quedarme mirando. ¿Eso es ser un cerdo? Supongo que sí. Aparto la mirada y vuelvo a la ventana, desde la que veo a Estrella de nuevo. Ahora está en el sofá con los dos nanos. Tuvieron gemelos en mayo y al mes volvió a quedarse embarazada. Solo está de tres meses, pero ya se le nota la barriga. Igual debería decirle que se acostumbre a echar las cortinas, que desde el edificio de enfrente se ve todo.

Veo que Clau está volviendo con dos botellines de cerveza en una mano. Además del pantalón supercorto, solo lleva una camiseta de tirantes. Va descalza. La tía es pura fibra. Se ha debido de machacar en el gimnasio porque no recuerdo que estuviera así. De críos al menos ni de coña, era más bien gordita. Pero lo cierto es que ahora tiene tipazo… ¿Y esas tetas? ¿Siempre ha tenido esas tetas? No me puedo creer que no me hubiera fijado nunca… No sé por qué tenía yo la idea de que Claudia estaba muy plana, si no es así para nada…

Llega hasta mí y me da mi birra. La cojo y le doy un trago.

Oigo que me dice algo, pero no la he escuchado. Mis ojos han bajado de nuevo a sus tetas, que ahora las tengo muy cerca y me he quedado pillado pensando que los tirantes de su camiseta son demasiado finos y se podrían romper en cualquier momento. Parece que no lleva sujetador, espero que eso no pase porque sería una situación de lo más incómoda.

—¡Chus! —Chasquea los dedos delante de mis ojos—. Mis ojos están aquí arriba. Te he hecho una pregunta.

—¿Qué? Perdona, no te he oído. —Levanto la vista hacia su cara y ella está aguantando la risa.

—¿Me estabas mirando las tetas? —La cabrona se descojona y a mí me sube toda la sangre a la cabeza, me tengo que haber puesto rojísimo.

—Perdona —me río algo avergonzado, pero estas cosas lo mejor es soltarlas tal cual, con naturalidad—, ha sido sin querer…

—Ya, sin querer… —se ríe—. Bueno, si te empiezas a fijar en esas cosas es que vas camino de la recuperación. Marc y Samu estarán orgullosos… No pasa nada, de verdad —sonríe—, puedes mirarlas. Me han costado una pasta, para eso están… —Se empieza a descojonar.

—¿Te han costado una pasta? —Flipo con lo que acaba de decir—. ¿Quieres decir que te has operado? ¿Que no son tuyas?

—Claro que son mías —se ríe—. ¡Las he pagado yo!

—Pero son falsas —insisto.

—De falsas nada —se ríe y se toca una de ellas—. Son muy reales. Otro día te las enseño…

Me río y niego con la cabeza. Clau siempre ha sido muy animal para decir las cosas, pero creo que esta es sin duda la conversación más surrealista que he tenido con ella.

—¿Por qué te has operado, tía? Si ya estabas muy bien…

—No sé, para verme mejor… También me he subido un poco los pómulos y me han puesto un poquitín de colágeno en los labios. Nada muy exagerado, me gustan las cosas naturales…

—Joder, ya decía yo que te veía rara… Pero ¿para qué te has hecho esas mierdas? Si empiezas así a los treinta, vas a acabar como una de esas momias con toda la cara estirada.

—Me apetecía. —Encoge los hombros—. Quería saber lo que se siente al ser una tía buena… ¿Tú sabes cómo me miran ahora los tíos por la calle? —se ríe—. Bueno, claro que lo sabes, más o menos como me mirabas tú las tetas hace un momento…

—Qué cabrona —me río y niego con la cabeza—. Es que me ha sorprendido y me he quedado pillado. Lo has hecho adrede…

—Bueno, volvamos al tema… ¿Quieres que les preguntemos a los chicos si pueden echar una mano mañana y nos acercamos tú y yo a Mur…? ¿Vas a dejar de mirarme las tetas en algún momento?

Mierda, joder, me ha vuelto a pasar, no me había dado cuenta.

—Joder, perdona, tronca, pero es que desde que me has dicho que son falsas se me van los ojos solos…

—Y dale, que no son falsas… —se ríe—. Venga, acabemos con esto… Tócalas.

—¿Qué dices, tía? —me descojono—. ¡No voy a tocarte las tetas!

—Con una es suficiente, así te lo quitas de la cabeza y podemos volver a hablar de la obra de tu piso…

—Ni de coña. Va, perdona, te juro que no vuelvo a mirar. —Tan pronto lo digo, mis ojos me traicionan y se vuelven a desviar. Ella suelta una carcajada.

Estira el brazo y me coge por la muñeca. Lleva esa mano hasta una de sus tetas. Cubre mi mano con una de las suyas para obligarme a abarcarla entera. Trago saliva, noto que me pongo muy rojo y empiezo a sudar.

—Toca, tranquilo —se ríe—. ¿Ves? Una teta como cualquier otra. Ya está, ¿podemos seguir con nuestras vidas?

Mi mano se mueve un poco como por un reflejo. Es imposible tocar una teta y no estrujar un poquitín, ¿no? Quizá sean un poco más duras que las tetas que he tocado hasta ahora, pero tampoco demasiado. No tardo ni dos segundos en retirar la mano de golpe. Ella se parte de mí. Yo no sé ni dónde meterme.

—Bueno —se me entrecorta la voz al hablar—, si no tienes nada más que enseñarme, creo que me voy a ir… Será lo mejor.

—¿Qué más quieres que te «enseñe»? —se ríe mientras lo dice.

—Joder, qué frase más poco afortunada. —Me paso una mano por la cara y me río yo también—. Me refería al proyecto.

—Ya lo sé, tranquilo, estaba de coña. —Pone una mano sobre la mía para calmarme.

—Me piro, tía. Nos vemos esta noche. —Me pongo de pie.

—Claro, Chus, a las nueve en tu piso nuevo, ¿no?

—Sí, a las nueve. Hasta luego, Clau.

Y salgo de allí tan rápido como puedo.

SIETE

COMO UNA HERMANA

CLAUDIA

Greta sale del ascensor con una enorme sonrisa. Hemos quedado en que se pasaría por aquí antes de ir a cenar al piso nuevo de Chus para ponernos al día, no nos vemos desde antes del verano. Nos abrazamos y tiro de ella hacia dentro de casa. Cierro la puerta con el pie y me recreo un rato en ese abrazo, la he echado de menos.

Cuando nos separamos, se me queda mirando con una expresión extraña.

—¿Qué te has hecho en la cara? Estás rara —me suelta con su sinceridad habitual.

—¿Rara bien o rara mal? —me río.

—Bien, supongo. Te has hecho algo en la boca…

—Bueno, al menos te has dado cuenta. Ha estado Chus aquí hace un rato y solo se ha fijado en las tetas —me vuelvo a reír.

—Era lo siguiente que te iba a decir —se descojona ella y deja su bolso sobre una silla—. Pensaba que ibas de coña, pero lo has hecho. —Se acerca a mí y me pone una mano en cada teta —. Menudas peras, ¿lo notas si las toco?

—No te jode, claro que lo noto… ¿Cómo no lo voy a notar? ¿Qué piensas? ¿Que son dos cachos de plástico ahí plantados?

—Yo qué sé —se ríe y las aprieta un poco—, no sé cómo va esto. Tampoco sé para qué lo has hecho, no te hacía ninguna falta…

—Bueno, porque me apetecía, no tengo que daros más explicaciones. Yo estoy a gusto así y punto. Además, peor es lo que te has puesto tú… —Ahora soy yo la que se descojona mientras le pongo una mano en la barriga.

—Calla, joder, no me lo recuerdes. —Suelta mis tetas y se lleva las manos a la cara—. En qué puta hora me convenció…

—Con lo que tú eres, no sé cómo te dejaste convencer. —Me río mientras voy hasta el frigorífico y cojo un botellín de cerveza—. ¿Birra?

—No puedo —gruñe y se señala el estómago, porque barriga todavía no tiene.

—Claro —me vuelvo a reír—, pues… ¿Agua?

—Agua está bien —suspira.

—Bueno, cuéntame cómo te convenció… —Caminamos hasta el sofá y nos sentamos—. Seguro que recurrió a reprocharte los años de su hija que se había perdido.

—Correcto —asiente—, pero en realidad acepté más por Gina, para que no fuese hija única. Mola tener hermanos, aunque ya te digo que solo va a tener uno… o una, no se sabe todavía…

—Será que tú te llevas tan bien con Emma como para querer lo mismo para tu hija —me río.

—Hablo de hermanos en general —se defiende Greta—, y la verdad es que cuando pienso en una hermana, inconscientemente pienso más en Estrella que en Emma. Y sí que me gustaría que Gina tuviera a alguien como tengo yo a Estrella…

Doy un trago a la cerveza para que no note la cara que se me pone cada vez que la nombra. Greta es muy intuitiva…

—Bueno, ya está bien de hablar de mi marrón… —Da un trago a su botellín de agua—. Cuéntame qué tal el verano… ¿Has ligado mucho? ¿Ya has amortizado tus tetas nuevas?

Las dos nos reímos antes de que yo empiece a contarle.

OCHO

HACER DEL MUNDO UN SITIO MEJOR

CHUS

Suspiro frente a la puerta de mi nuevo edificio. Miro las llaves en mi mano, aún no las he utilizado. Es curioso que estas vayan a ser a partir de ahora las llaves de mi casa, con lo ajenas que me son en este momento. He dejado uno de los juegos de llaves que me han dado en casa de mi madre y he traído los otros dos. Mi abuela me ha estado dando la murga todo el rato que he estado allí, qué ganas tenía de largarme. Espero que la obra no se demore mucho, necesito salir de allí y perder de vista a la yaya por el bien de nuestra relación, y de mi salud mental, principalmente. Me decido por fin y abro el portal dispuesto a subir.

Ya en el quinto piso, me quedo mirando mi puerta, pero mis pies me dirigen por su propia voluntad a la de Samu.

—¡¿Abres tú, nano?! —le oigo gritar al momento de tocar el timbre.

Se abre la puerta y Marc sonríe al verme.

—¡¿Qué pasa, propietario?! ¿Cómo va? —Me da una palmada en la espalda y me empuja hacia dentro—. Están intentando dormir a los nanos —añade en un susurro, a buenas horas, después del grito que ha dado…

Lo acompaño hasta la cocina y me da un botellín de cerveza que saca de la nevera.

—¿Y Greta? —pregunto todo lo bajito que puedo.

—Había quedado con Claudia, para hablar de sus cosas de chicas —se ríe—, ahora vendrán las dos.

—¿La has visto? ¿A Clau?

—No, he acompañado a Greta hasta el portal y he subido aquí a ver a mis sobrinos, ¿por?

—Yo he estado en su casa esta tarde, nano. He flipado mucho… Se ha operado las tetas.

—¡¿Qué dices?! —Se da cuenta del grito que acaba de dar y baja la voz considerablemente —: ¿En serio?

Asiento con la cabeza y me río en silencio.

—Como se haya despertado uno de los dos, te reviento —susurra Samu desde la puerta—. Ya puede ser importante lo que estéis hablando para soltar ese grito.

—Dice Chus que Claudia se ha puesto peras —susurra Marc con una risita.

—Hostia, nano, ¿en serio? —Samu se ríe en silencio, debe de estar más que acostumbrado a reaccionar así, porque le ha salido muy natural.

—En serio, tío, qué mal, estaba hablando con ella y se me iban los ojos todo el rato, no podía evitarlo —confieso.

Los dos mamones se parten de risa sin levantar la voz.

—¿Te ha pillado mirando?

—Claro que me ha pillado, y se ha descojonado la cabrona… Me ha hecho tocar una y todo —me río y me paso una mano por la cara.

—¿En serio? —Marc flipa—. Y ¿cómo es? Creo que nunca he tocado una teta falsa…

—No le digas que son falsas, que se mosquea —le advierto—. Es raro, no sé, parecido, pero un poco más duras, supongo…

—¿Qué cuchicheáis, chicos? —Estrella, la mujer de Samu y hermana mayor de Marc, aparece por la puerta y habla en voz muy baja—. ¿De qué habláis?

—De las tetas de Claudia —responde su hermano.

Ella levanta una ceja como pidiendo más explicación.

—Dice Chus que se las ha operado —le aclara su marido.

—No me digas… Pobre…

—Pobre ¿por qué? —pregunta Marc.

—Porque no le hacía ninguna falta, menudo complejo debía de tener, pobrecita…

—Habló la psicóloga. —Samu pone los ojos en blanco—. Igual no es falta de autoestima, igual es algo altruista y solo quiere hacer del mundo un sitio mejor…

—Y ¿así se hace un mundo mejor? —se ríe Estrella.

—Por supuesto, cariño. —Samu se agacha hacia ella y la besa—. Un mundo lleno de tetas grandes es un mundo mejor.

Qué animal es, suerte que Estrella ya está acostumbrada a sus barbaridades y se descojona.

—Bueno, Marc, ayúdame a pasar los colchones del cuarto de invitados al piso de Chus, así tenemos dónde sentarnos. Chus, abre tu casa, que vamos…

—¿En serio? ¿Colchones? ¿No podemos sentarnos en el suelo como toda la vida? ¿Tan finos nos hemos vuelto? —cuestiono.

—Nosotros sí, pero es más por las preñadas —susurra Marc.

—Vale, claro —asiento, eso tiene sentido.

Los dos salen de la cocina. Yo saco los dos juegos de llaves del bolsillo y le paso uno a Estrella.

—Toma, guardad uno vosotros, por si pasa lo que sea… O si pierdo las mías, no sería la primera vez —me río.

—Claro —sonríe ella y las coge—. Te daremos un juego de las nuestras a ti también, vecino.

—Voy a abrir —suspiro.

—Voy contigo —dice Estrella. Coge de la mesa de la cocina un aparato parecido a un *walkie talkie*, pero con una pantalla en blanco y negro—. Así los tengo controlados —susurra y me lo enseña, se ve a los dos críos durmiendo.

NUEVE

DESTRUIR

CHUS

Entramos Estrella y yo a mi piso y dejamos la puerta abierta. Echo un vistazo desde la entrada del salón y suspiro. Ella me pasa una mano por la espalda.

—Una nueva etapa. Ya verás qué bien te va a sentar —murmura.

—Apartad, que vamos —oímos a Samu a nuestra espalda y nos echamos a un lado para que pasen.

Marc va detrás de él. Cada uno de ellos deja un colchón en el suelo. Samu y Estrella van un momento a su casa y vuelven con una nevera de playa llena de cervezas. Marc abre una ventana y se enciende un cigarro. Me acomodo a su lado y comienzo a liarme un porro.

Nos quedamos los dos asomados y damos un par de caladas en silencio. La luz de las farolas ilumina bastante bien la calle. Vemos perfectamente cuándo se abre la puerta del patio de enfrente y salen Greta y Clau. Marc suelta un silbido y grita un «tía buena» que hace que las dos miren hacia arriba. Greta levanta una mano y le hace una peineta. Los dos nos reímos. El chillido ha sido considerable para que lo oigan desde abajo, teniendo en cuenta que estamos en un quinto piso. Se lleva una colleja de Samu salida de la nada.

—Nano, que no se berrea dentro del radio de sueño de mis hijos, joder.

Marc y yo apagamos las colillas y nos giramos justo en el momento en que Estrella y Loui aparecen en el salón, si es que a una habitación vacía con dos colchones en el suelo se la puede llamar así… Al momento entra Piero cargado con un montón de cajas de *pizza*. No tardan en subir las dos que faltaban.

—¡Pero si acaban de llegar la preñada número dos y Claudia «Tetas Nuevas»! —exclama Samu al verlas.

—Qué rápido corren las noticias por aquí. —Clau me mira con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.

—Aunque no nos lo hubiera contado, ¿crees que no nos habríamos dado cuenta? —se descojona Marc.

—Bueno, pues ya está. Sí, me he puesto tetas. Superadlo ya y sigamos con nuestras vidas.

—¿Tetas nuevas? —Piero se gira hacia ella—. ¿Puedo tocar? —pregunta abriendo y cerrando las manos. A todos nos da la risa el gesto.

—Toca —se ríe Claudia encogiendo los hombros.

El italiano se acerca a ella rápidamente y le pone una mano en cada teta. Aprieta un poco un par de veces cada mano y luego las retira rápidamente y se retuerce como si le diera un escalofrío.

—Siguen siendo tetas —se queja.

A Loui le da un ataque de risa.

—¿A él le dejas tocarlas porque es gay? Eso es discriminación por orientación sexual, tía —se queja Marc y se lleva una colleja de Greta.

—Es el único que lo ha pedido —dice Claudia con indiferencia.

Marc y Samu abren la boca como para decir algo, pero Estrella y Greta son más rápidas.

—Ni de coña —sueltan las dos a la vez.

Ellos vuelven a cerrar la boca y se ríen resignados.

Piero tira de mí y me aparta hacia un extremo del salón, algo lejos de los demás.

—¿Cómo te sientes? ¿Cómo lo llevas? —susurra. No puedo más que quererlo, siempre pendiente de mí, siempre preocupado por hacerme sentir mejor.

—Bien, nano, mejor. Gracias por todo.

Respiro hondo. A veces es tan intenso que me dan ganas de llorar. Tiene un don para hacerte sacar los sentimientos más de dentro. En ocasiones es doloroso, pero al final consigue que siempre sea reconfortante.

—Genial —sonríe—, pues vamos a cenar antes de que se enfríen las *pizzas* o de que se las coman todas las embarazadas… o sus maridos.

—Sí, vamos —me río.

Nos repartimos entre los dos colchones y empiezan a rular raciones de *pizza* de mano en mano.

—A ver, machotes, necesitamos vuestra ayuda —dice en un momento dado Claudia.

—¿A quién te refieres exactamente con ese *machotes*? Porque suena a marronazo… —pregunta Marc.

—A cualquiera que quiera echar una mano, en realidad… A cualquiera con ganas de destruir…

—¿Destruir? —sonríe Samu—. ¿Qué hay que destruir?

—Los muebles de la cocina. Hay que arrancarlos de la pared y tirar el tabique que la separa del comedor… ¿Cómo lo veis? La semana que viene traen un contenedor de obra para el desescombro… ¿Cómo lo tenéis? ¿Os veis capaces?

—¿De liarnos a hostias con todo y tirar una pared abajo? —Samu mira a Marc y los dos sonríen como cabrones—. Claro, cuenta con nosotros.

—Yo me apunto también. —Levanta la mano el italiano—. Aunque no sea un «machote» —les lanza una mirada divertida—, es superterapéutico lo de destruir y golpear. ¿Qué dices, Luigi? ¿Destruimos con ellos?

—Claro —asiente Loui—. Yo no soy muy fuerte, pero para lo que necesitéis y en lo que yo pueda ayudar, sin problema.

—Guay, tíos, muchísimas gracias —digo yo por fin. Me emociona un poco que estén todos dispuestos a dejar sus movidas de lado para echar una mano.

—Vale —interrumpe Claudia mis pensamientos—. Pues para el finde que viene lo quiero todo despejado. Venid, que os digo lo que hay que hacer antes de que os pilléis una cogorza…

Se levanta y todos la seguimos en una ruta por el piso en la que va explicando todo lo que han de hacer. Ellos la escuchan atentamente, pero Loui va apuntando cosas en su móvil. Lleva un teléfono de esos superpijos que hace mil movidas, creo que se lo regalaron sus viejos. Todos se comprometen sin dudar a que todo lo que ha dicho Clau esté listo para cuando volvamos de

Murcia de comprar los muebles. Joder, son unos tíos de puta madre, qué suerte tengo con ellos.

—Chus, ¿vas a dormir aquí? ¿Te dejamos los colchones? —pregunta Estrella cuando la velada parece llegar a su fin. Samu y Estrella tienen una cara de cansados que no pueden con ella.

—No sé, por un lado, me apetece; pero, por otro, me da palo pasar la noche aquí solo con la casa tan desangelada… Qué tontería, ¿no?

—Que se quede alguno de ellos contigo a pasar la noche…

Se enzarzan entonces todos en una discusión sobre quién se queda conmigo, pero Piero insiste tanto en quedarse él que no se lo discuten.

DIEZ

UNA HOSTIA A TIEMPO

CHUS

Piero acompaña a Samu a su casa para que le preste un par de camisetas y unas sábanas para los colchones.

—Loui, te esperamos abajo para que te despidas tranquilamente de *il tuo amore Piero* —dice Marc llevándose una mano al corazón y haciendo el ganso antes de arrastrar a la peña hasta la puerta.

Todos se marchan y me quedo a solas con Loui, que está muy serio.

—Lo siento, nano —me excuso al ver su gesto—. Últimamente estoy acaparando a tu marido. Soy un mierda.

—Tranquilo por eso —Niega con la cabeza y sonríe de medio lado.

—No, joder, entiendo que no te haga gracia…

—De verdad que no me importa. —Pone una mano en mi hombro—. Siento no poder ayudarte como lo hace él, tiene un don para estas cosas… Ni Marc, ni Samu, ni las chicas, ni yo valemos para esto… —sonríe—. Te juro que lo entiendo y no me molesta nada.

—Vale, nano, te creo —suspiro justo cuando Piero vuelve a aparecer.

Me lanza las prendas que lleva en las manos, que yo cazo al vuelo, y abraza rápidamente a su chico por la cintura.

—*Ah, il mio amore Luigi…* Mañana te compensaré mucho por esta noche separados… —murmura.

—¿Ves? —me dice Loui a mí—. Tiene para todos.

Piero susurra algo en italiano de lo que no entiendo ni una palabra y su marido se pone rojísimo, parece que le vaya a explotar la cara.

—Me marcho, hasta mañana —dice con dificultad.

—¿Sin un beso? —El italiano lo retiene cuando hace amago de irse y lo besa con demasiadas ganas para lo «no solos» que están.

—Estoy aquí —carraspeo—, si queréis me voy a otra habitación…

—No, no, me marcho —consigue decir Loui cuando se separa de él.

—*Buonanotte, amore…*

—Buenas noches a los dos.

Y se va. De pronto soy consciente del silencio que se ha apoderado del piso. Respiro hondo porque me siento capaz de ponerme a llorar en cualquier momento.

Piero empieza a colocar las sábanas en uno de los colchones y, aunque me dispongo a ayudarlo, no puedo. Me he quedado como petrificado en el sitio. No puedo moverme, no puedo

pensar, siento como si no fuese dueño de mi cuerpo. Él está hablando, pero no consigo prestarle atención, no sé qué dice y no puedo ni responder.

—¿Eh, Chus? ¿Qué opinas? —lo oigo decir desde el suelo, donde está terminando de ajustar las sábanas del primer colchón, pero ni sé lo que me ha preguntado ni puedo articular palabra.

Él se gira y me mira. No sé lo que ve, pero se pone de pie de un salto y viene hasta mí. Coloca sus manos sobre mis hombros y me agita levemente, pero no siento nada. Se agacha un poco para mirarme a la cara, pero mi vista está fija en algún punto detrás de él, ni pestañeo. Me he quedado atrapadísimo. Me pone las manos en la cara y dice cosas, pero no sé el qué, no lo oigo, o no lo entiendo. Pone muecas raras mientras habla y yo no puedo reaccionar, no sé ni lo que está diciendo. Se separa de mí un momento y da un par de paseos, como pensando. Me mira cada dos segundos y agita la cabeza. Lo veo con mi visión periférica, mis ojos siguen fijos mirando no sé bien qué. No es la primera vez que me pasa esto de quedarme pilladísimo después de una fumada tremenda.

Él vuelve hasta mí de nuevo, se me planta delante y dice algo así como «lo siento, nano», pero no entiendo lo que quiere decir. Al momento, me da una hostia que no me tira al suelo de puto milagro. Bueno, por un milagro no, por el propio Piero, que me ha cogido al vuelo antes de que me cayera. Pero ha conseguido traerme de vuelta y hacerme reaccionar. Aún entre sus brazos, me llevo una mano a la mejilla, que me duele una barbaridad.

—Joder, tío, qué hostia.

—Perdona, *bello*. —Me termina de incorporar y me abraza fuerte—. No quería hacerlo, pero me estabas empezando a asustar.

—Vale, nano, no te preocupes. —Me separo un poco de su abrazo para volver a frotarme la mejilla—. Intentaré no empanarme nunca más, no quiero repetir esto, joooooder, menudos brazos tienes…

—Perdona, tío, perdona, perdona —susurra volviendo a abrazarme. Tiene como la voz cogida, parece que incluso esté medio llorando.

Me separo de él y lo miro. Ni *medio* ni hostias, está llorando. Me contagia al momento. La combinación de verlo llorar, la tensión que llevo acumulada y el dolor que tengo ahora mismo en la cara lo han hecho mucho más fácil.

Nos miramos los dos y nos empezamos a descojonar. Reír y llorar a la vez, la síntesis perfecta de mi vida.

—Perdona, de verdad, tienes la mejilla muy roja…

—No te jode… ¿Cómo la voy a tener con la hostia que me has dado? —me río y él lo intenta, pero es evidente que se siente fatal—. Va, nano, ni lo pienses, ya está.

Él va hasta la nevera de playa que ha dejado aquí Samu, se quita la camiseta y envuelve unos cuantos hielos en ella.

—Póntelo en la mejilla, aguántalo ahí un poco.

Lo cojo y obedezco. Es molesto, está muy frío, pero a la vez alivia el dolor punzante que siento.

Él mete su mano dentro de la nevera y la mantiene ahí.

—¿Qué haces?

—A mí me duele un poco la mano —explica algo avergonzado.

—Normal —me descojono—, ¿haces mucho esto?

—Es la primera vez que le pego a alguien. —Agacha la cabeza—. Te lo juro.

—Pues, nano, parece que tengas técnica… Ha sido un hostión profesional… Recuérdame que nunca te cabree…

—Necesitaba hacerte reaccionar —se vuelve a disculpar.

—Vale, ya, tema zanjado. Olvídalo, tronco, en serio.

Él asiente y no dice nada más. Me quito la movida esta de la cara porque los hielos ya se han derretido. Voy hasta el baño y dejo la camiseta empapada sobre la barra de la cortina de la ducha. De vuelta en el salón, me quito mi propia camiseta y me seco con ella todo lo que me ha chorreado la otra. Luego se la paso a Piero para que se seque el brazo que hasta hace medio segundo tenía dentro de la nevera portátil.

Me quito los vaqueros, me pongo una de las camisetas de Samu y me tumbo sobre el colchón que Piero ha dejado preparado.

—Compartimos, ¿no? Pasando de ponerle sábanas a la otra también —le digo.

—Claro, sin problema —asegura. Luego se quita el pantalón y se pone la otra camiseta de Samu. A los dos nos están un poco grandes, aunque a mí más que a él.

Se tumba a mi lado en el colchón y se gira a mirarme.

—Sé que la tentación es grande —susurra—, pero recuerda que estoy casado. —Levanta la mano y agita el dedo en el que lleva la alianza.

Suelto una carcajada y me olvido al momento del dolor de cara y del día de mierda que llevo. Él se ríe también.

—Pues, nano, no te creas, que a veces me pregunto si no sería más fácil que me molaran los tíos. Las tías me han dado siempre muy mala vida…

—Ah, ¿qué crees? ¿Que los tíos no? No todos son como Loui… A mí también me dieron muy mala vida.

—¿A ti? No me lo creo.

—Créetelo —asiente—. Lo pasé muy mal. Muy muy mal…

—¿Me lo quieres contar?

—No me gusta remover aquello, pero, si quieres saberlo, te lo cuento.

—Sí, nano, cuéntamelo, que yo siempre te estoy hablando de mis movidas y en realidad no sé nada de las tuyas, vaya colega de mierda que soy…

—Vale —asiente—, pero no es una historia bonita…

—Lo suponía, pero quiero saberlo.

—Como quieras —sonríe y empieza su relato.

Me cuenta una historia que tuvo con su primer novio a los diecisiete años y cómo casi lo denuncian en cuanto cumplió los dieciocho por abuso de menores, porque el chaval era unos seis meses menor que Piero. A partir de ahí su familia se alejó de él y lo mandaron a estudiar fuera y varias movidas chungas. Yo creo que me he olvidado hasta de respirar, no me puedo creer que tenga una historia tan truculenta detrás y que sea tan alegre y optimista como es. Luego otro novio le puso los cuernos y se quedó hecho polvo. En fin, que estuvo bien jodido hasta que conoció a Loui.

—Joder, nano, no tenía ni idea —murmuro cuando termina.

—Pues ya ves —sonríe y suspira—. Venga, vamos a dormir.

Nos acomodamos uno frente a otro. La luz que entra de la calle me deja verlo perfectamente, ninguno de los dos cierra los ojos.

—Chus, ya que te he contado mi pasado, necesito confesarte algo más —susurra.

—Dime.

—En realidad, sí que soy un mafioso siciliano.

Un escalofrío me recorre la espalda y siento un nudo en el estómago. Entonces percibo un amago de sonrisa que intenta disimular y le doy una patada.

—Serás cabrón —me descojono—, casi me lo creo.

Él suelta una carcajada tan fuerte que temo que pueda aparecer Samu en cualquier momento a abroncarnos por despertar a sus hijos.

—No lo he podido evitar —se parte el muy cabrón—. Me he acordado de repente.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Que te den por el culo, nano. —Me río y le doy la espalda descojonándome todavía.

—Eso mañana —me suelta—, se lo he prometido a Luigi…

—Serás cerdo… —Me vuelvo a girar y le doy una palmada en el hombro muerto de risa.

—Eso también mañana con Loui… Pero muy cerdo… —Se descojona más todavía y yo no me quedo atrás.

Me río tanto que hasta me duele el estómago. No recuerdo la última vez que me había reído de esta manera. Y qué falta me hacía, joder.

ONCE

UN SUBMARINO ENTRESEMANA

CHUS

—¡¿No empezabas hoy a trabajar?! ¿Qué haces todavía en la cama? —Me despierta el grito de mi abuela desde la puerta de mi habitación.

Estiro el brazo, cojo las gafas de la mesilla y me las pongo para mirar el despertador. Resoplo y me giro hacia ella.

—Yaya, son las seis y media… No pensaba despertarme hasta dentro de una hora…

—No seas vago y espabila, que aún llegarás tarde.

Se marcha dejando la puerta abierta. Decido levantarme ya porque no me va a dejar dormir de todas formas. Qué ganas tengo de que esté terminada la obra de mi piso y poder largarme de aquí.

—¿No desayunas? —me pregunta mi abuela al poner un pie en la cocina.

—Joder, yaya, que no me has dado tiempo ni a entrar. A eso vengo…

—No digas palabrotas.

—De verdad que no puedo con las negaciones, yaya, podrías probar a construir alguna frase en afirmativo, como experiencia o como desafío…

—No digas sandeces. Yo no hago eso.

Resoplo y pongo los ojos en blanco como respuesta.

Llego al instituto con más de media hora de adelanto. Detengo el coche en el aparcamiento y resoplo con las manos todavía en el volante. Apago el motor y respiro hondo. En realidad, no es un instituto. Es un colegio concertado enorme que abarca desde Infantil hasta Bachillerato. Es donde estudiamos todos nosotros, de hecho. Supongo que tuve facilidad para que me contrataran por aquello de ser antiguo alumno. Me pregunto si Vero seguirá currando aquí o si habrá decidido buscarse otro trabajo sin decirme nada. Después de lo que ha pasado, lamento un poco haberle conseguido este empleo, lo último que me apetece es encontrármela, aunque en su momento me hizo mucha ilusión que trabajáramos en el mismo sitio. Es cierto que de normal ni nos veíamos. Yo doy clases en el pabellón de Secundaria y Bachillerato y ella trabaja (o trabajaba, no lo tengo claro) en la ONG. Sí, el colegio tiene una ONG, que en realidad sospecho que no es más que una excusa para sacarles la pasta a los padres de los alumnos de manera disimulada, como un impuesto revolucionario para cobrarles una cuota mensual y algún que otro extra a lo largo del curso. Por suerte, esas oficinas quedan en el otro extremo y, aunque siga currando aquí, es poco probable que me la cruce.

Tan pronto lo pienso, la veo. Joder, de verdad, qué puta suerte la mía. Va de la mano del gigante y se detienen justo ante el acceso al colegio y se besan. A continuación, entran juntos. ¿Por qué entra él también? ¿Trabaja aquí? Joder, ¿es posible tener más mala suerte? Me empiezan a temblar las manos y me late demasiado rápido el corazón. ¿Y si me fumo un canuto antes de entrar? Total, hoy solo tengo que tomar café con los compañeros y poco más. Hasta mañana no es la reunión para asignar grupos y marrones. A la mierda, me lo hago. Es el último que me fumo entresemana, me lo juro a mí mismo. A la tercera calada me acuerdo de una canción[1] que iría muy bien para este momento y me da la risa tonta. Busco el cedé y lo pongo. Mejor tomarme estas cosas con humor, ya he llorado bastante.

Menudo submarino me acabo de montar en un momento en el coche, ya no tengo edad para estas mierdas, joder. Voy a abrir las ventanillas cuando un golpe en la que tengo a mi lado me da un susto de muerte. Inés, una de las profes de Biología con la que siempre me he llevado especialmente bien, me sonríe y me saluda con la mano tras el cristal. Le devuelvo la sonrisa y salgo del coche abriendo la puerta lo mínimo posible para intentar que el olor a porro no me siga.

—¿Qué tal el verano? —pregunta tras los dos besos de rigor.

—Bien. —Suspiro porque el recuerdo de Vero con el tío ese de hace un rato vuelve a mi memoria.

—¿Estás mejor? —Me acaricia el brazo e inclina la cabeza.

—Claro —sonrío de manera forzada y desvío la mirada.

—Venga, pues vamos para dentro, que la reunión empieza en cinco minutos.

—¿Qué reunión? —pregunto flipado porque esto me pilla totalmente por sorpresa.

—La reunión de principio de curso, ¿cuál va a ser? Tendremos que decidir grupos y funciones, ¿no?

—Pero es mañana —le aseguro.

—Qué va, es hoy —se ríe—. Ahora mismo, de hecho.

Joder, qué cagada. Reunión de todo el claustro de profesores y yo fumado como un piojo. Al final van a tener razón mis colegas y debería dejar los porros… Bah, qué más da…

Entramos en la sala donde va a tener lugar la reunión y a mí todo me da vueltas. Ya están casi todos los compañeros aquí y se acercan a saludarme uno a uno, todos con la mirada de condescendencia por haberse enterado de mi abandono y de lo mal que lo pasé el fin de curso pasado. Casi mejor ir fumado, así todo me parece de una importancia relativa.

Cuando ya he saludado a todo el mundo, me dejo caer en una de las sillas y decido mantener un perfil bajo y pasar desapercibido, no quiero marrones. Si no me hago notar, me quedaré con mis clases de Filosofía y listo. Lo último que me apetece es que me encasqueten alguna otra asignatura, eso supondría tener que empollar y no estoy en ese punto, no este curso… O una tutoría, ni de coña quiero que me coloquen una tutoría, los cincuenta euros más de sueldo no compensan el marronazo de aguantar a los padres de los alumnos. Decidido, perfil bajo, voy a hacer como si no estuviera aquí.

Comienza a hablar la directora y mi mente vuela en libertad pensando en mi casa nueva y en las ganas que tengo de poder hacer la mudanza. Me hace ilusión empezar esta nueva etapa. Me gusta cómo va a quedar el piso, Claudia tiene mucho talento. Debería buscarme un compañero de piso, yo solo no voy a poder con los gastos. ¿Qué hago? ¿Pongo un anuncio en el periódico? ¿En las universidades? La idea de compartir piso con un universitario no me vuelve loco, pero es donde veo más posibilidades. La habitación que hemos dejado como mi despacho también la

podría alquilar en un momento dado, solo va a tener un escritorio y un sofá-cama, igual es cutre pedirle pasta a alguien por eso. Sí, definitivamente, lo es; alquilaré solo la otra, me va a hacer falta el dinero, se me ha ido todo lo que tenía en la obra, pero lo cierto es que va a quedar de putísima madre. Como no encuentre compañero pronto no sé cómo voy a llegar a fin de mes, pagar una hipoteca yo solo va a ser muy chungo, no sé ni cómo me la han concedido, bueno, claro que lo sé, porque es el banco donde curra Chimo…

Veo que todos los compañeros asienten con la cabeza a algo que ha dicho la directora y yo los imito. Perfil bajo, si hay que asentir, se asiente y punto.

En cuanto esté terminada la obra me llevo mis cosas al piso nuevo y me mudo inmediatamente, porque creo que no aguanto ni un día más del estrictamente necesario con mi abuela. Me sabe mal por mi madre, porque la dejo sola con ella, pero qué se le va a hacer, llevo cuatro meses allí, necesito volar del nido de una vez. Necesito volver a tomar las riendas de mi vida y empezar una nueva etapa.

—¡Jesús! —dice alguien.

—Jesús —repiten un par más. Mierda, alguien ha estornudado y no me he enterado.

—Jesús —repito yo también.

Inés, sentada a mi lado, aguanta la risa y me da un codazo.

—La directora te ha hecho una pregunta —murmura entre dientes.

Hostia, qué subnormal estoy, no era un estornudo, me estaban llamando a mí. No me acostumbro a que me llamen por mi nombre real…

—Jesús, ¿estás de acuerdo entonces? —me pregunta Belén, la directora.

—Sí, sí, claro —contesto sin pensar—. Me parece estupendo.

—Genial —sonríe—. Pues entonces Jesús se hace cargo de la tutoría de primero de Bachillerato B, de la asignatura de Historia de tercero de la ESO y de Ética en segundo ciclo de Primaria.

¡¿QUÉ?! Hostia puta, qué mal me ha salido lo del perfil bajo. Hasta una clase de primaria. Me cago en todo, no me podían haber caído más marrones. Si digo ahora que no había escuchado la pregunta voy a quedar como un gilipollas, pero si no lo digo me como todo eso que me acaban de encasquetar. Casi prefiero que piensen que soy subnormal y librarme del marrón… Pero igual si digo algo se dan cuenta de que voy fumado como una rata y me podrían hasta despedir. Mierda, mierda, no sé qué hacer…

—Bueno, chicos, feliz inicio de curso a todos.

Y con esa frase se da por concluida la reunión y mis posibilidades de escapar de la trampa en la que me he metido por no pensar las cosas antes de hacerlas.

DOCE

VUELTA AL COLE

CHUS

A la mañana siguiente, me levanto con el tiempo justo. Joder, me he dormido. Me doy una ducha a la velocidad del rayo, pero tengo que irme volando; hoy empieza el curso para los chavales, no puedo llegar más tarde que ellos.

Llego al instituto cinco minutos antes de la hora. Bien. El colegio tiene tres entradas, elijo aparcar en una diferente a la del otro día. Ahora que sé que Vero entra por esa, prefiero evitarla. Dejo el coche en la primera plaza libre que encuentro y entro por la puerta menos concurrida de todas. Atajo por detrás del gimnasio, donde se forma una especie de callejón que llega hasta el pabellón de Bachillerato. Me encuentro una pareja de chavales dándose el magreo de su vida. Más que unos besos antes de entrar en clase, parecen los preliminares del polvo del siglo. Mierda, ¿qué coño se supone que tengo que hacer? ¿Hago como que no lo he visto? ¿Les digo que no pueden hacer esto aquí? ¿No pueden? No tengo claro cuál es mi misión en una situación así… ¿Debería ponerles un parte? Técnicamente ni siquiera estamos en horario lectivo. Tampoco sé hasta qué punto me debo meter en esto. ¿Les doy una charla sobre lo inapropiado de hacer esto en el instituto? ¿Sobre sexo seguro? ¿Aviso a los de orientación y que se ocupen ellos? También puedo seguir caminando y fingir que no he visto nada… Creo que será lo mejor para empezar el curso tranquilo. Si vuelve a ocurrir, ya tomaré cartas en el asunto. Me estoy engañando a mí mismo, a partir de mañana no tomaré este atajo para no volverme a encontrar en una situación similar.

Paso cerca de ellos mirando hacia otro lado, pero me llegan sus gemidos perfectamente. Cesan de golpe.

—Hola, Chus —oigo la voz de la chica.

—Hostia —esta vez es el chico—, ¿para qué lo saludas?

Mierda. Me giro hacia ellos en contra de mi voluntad y, ahora sin la cara del adolescente pegada a la suya, la reconozco. Joder, es una de las hermanas de Samu. Y ahora, ¿qué mierda se supone que tengo que hacer?

—Hola…

—Lorena —sonríe. Se ha dado cuenta de que no las distingo. Nunca lo he hecho y no creo que lo haga jamás, lo tengo asumido.

—¿Y tu hermana? —Vaya pregunta de mierda, pero ¿qué iba a preguntarle? ¿Qué tal el magreo mañanero?

—Estará en clase ya, ahora vamos nosotros. Este curso eres nuestro tutor. —Vuelve a

sonreír.

—Sí, mola —suelta el chaval. Ya lo reconozco del curso pasado: Jairo Zafra. Era el protagonista de todos los claustros de Secundaria, creo que batió récord histórico de acumulación de partes de incidencia. Vaya ojito ha tenido la chiquilla, menudo pieza… ¿Debería decirle algo a su hermano? Mierda, de nuevo estoy en una situación que no me mola nada.

Suena el timbre y me hace reaccionar.

—Venga, a clase —les digo en el tono más autoritario de que soy capaz.

Ellos se recolocan la ropa rápidamente, cogen sus mochilas del suelo y salen corriendo delante de mí.

Llego a clase y todos los chavales que estaban hablando entre ellos se sientan rápidamente al verme entrar. Guay, si me hubiera tocado poner orden, las habría pasado putas. No soy nada autoritario.

Empieza entonces Jairo a dar palmadas en su mesa de modo rítmico mientras corea «Je-sús, Je-sús…» (así me llaman los alumnos) y el resto de la clase tarda dos repeticiones en unirse a él. Sin duda es el líder de la clase, lo lleva siendo toda la Secundaria. Sinceramente, no esperaba encontrármelo en Bachillerato, pensaba que dejaría los estudios al finalizar la educación obligatoria, pero aquí está, dirigiendo la clase mejor que yo.

Voy hacia mi mesa deseando que dejen el numerito ellos solos y no tenga yo que poner orden, cuando se callan todos de golpe. Me giro hacia la puerta y Belén, la directora, me saluda con un movimiento de cabeza.

—Buenos días, Jesús. Veo que sigues siendo el favorito del alumnado…

—Buenos días, Belén —respondo, porque no sé qué otra cosa decir. Es cierto que llevo varios cursos saliendo como el profesor mejor valorado por los chavales en los cuestionarios esos que les pasan, pero es porque soy un blando, lo sabemos todos.

Se acerca hasta mi mesa y me tiende un papel.

—Tu horario definitivo —explica—. A ver si consigues mantener el orden, aunque yo no esté presente.

—Claro —aseguro. Qué cabrona, tenía que soltar la pullita. Ella tiene mucha autoridad, pero no suele salir nada bien parada en los cuestionarios de los alumnos. Claro que eso tampoco sirve de nada, no son ellos los que deciden qué profesores se quedan y cuáles se van, eso es más una cuestión de rendimiento académico, y lo cierto es que mi asignatura la aprueban casi todos, y no porque yo les regale la nota, suelen salir bastante bien sus exámenes de Selectividad. Ya estoy divagando de nuevo, joder, y eso que no he fumado nada esta mañana.

—Nos vemos luego, Jesús.

—Hasta luego, Belén.

Me quedo mirando a la clase que me ha tocado en esta tutoría. Los conozco a casi todos de los cursos anteriores, aunque siempre llegan alumnos nuevos en primero de Bachillerato para cubrir las plazas de los que abandonan tras la Secundaria.

Las mesas están emparejadas de dos en dos formando tres filas. Lorena y Jairo han ocupado dos pupitres juntos al fondo de la clase; localizo a la otra hermana de Samu, Laia (por eliminación), en primera fila junto a una alumna nueva. Creo que es la primera vez que las hermanas no se sientan juntas, no sé si habrá pasado algo entre ellas o si simplemente Lorena ha preferido sentarse con su ¿novio?

—Buenos días, chicos. Casi todos me conocéis ya, pero, para los nuevos, soy Jesús Arnau y seré vuestro tutor este curso.

—Je-sús, Je-sús… —vuelve a empezar el graciosillo de antes y los demás no tardan en unirse.

—Vale, Jairo, no vuelvas a hacer eso —pretendo sonar autoritario, pero no tengo muy claro haberlo conseguido—. Y los demás, también, un poco de silencio.

Me sorprendo de que me hagan caso al momento y se callen, creo que es la primera vez que me pasa.

—Bueno, voy a pasar lista, sé que casi todos os conocéis, pero así los nuevos podrán conoceros también y vosotros a ellos.

Empiezo a pasar lista y tras «Alcaide Borrás, Javier», llega el turno de «Andújar Sorní, Laia». Qué recuerdos me traen esos apellidos. Recuerdo un curso en el que el primer día de clase, tendríamos unos trece años, llegó Samu emocionado porque le habían cambiado los apellidos. Su padrastro lo había adoptado oficialmente y le había puesto su apellido, para que fuera como el de sus hermanas. Que yo sepa, nunca lo llamó *papá*, ya llevaba muchos años llamándolo Simón y le resultaba raro, pero legalmente tenía padre y eso le hizo muy feliz, y se le notaba. Al que no le hizo mucha gracia fue a Marc, porque por aquel entonces nos sentaban en clase por orden alfabético y «Marc Sapena» y «Samuel Sorní» llevaban años sentándose juntos; pero, a partir de ese curso, «Samuel Andújar» vino a sentarse en primera fila conmigo y a mí me encantó el cambio…

—¡Jesús! ¡Te has *quedao pillao*! —grita Jairo desde el fondo de la clase. Joder, tiene razón, otra vez me había empanado, tengo que hacer algo con mi concentración.

Empleo toda la hora en pasar lista y que los chavales se vayan presentando, así conocen a los nuevos y estos a los de toda la vida. Y de paso no tengo que plantearme qué otra cosa hacer, la verdad; el primer día no voy a empezar a soltarles temario y tampoco sé muy bien qué hacer en una tutoría. Llevo cinco años dando clase aquí y sigo teniendo síndrome del impostor, aunque, con sinceridad, no sé ni lo que hago, así que igual no es tanto síndrome como realidad.

Cuando llega la hora del descanso, repaso mi horario. Después del recreo tengo clase de Ética con los de Primaria. Eso sí que no sé cómo lo voy a llevar. Nunca he dado clase a los pequeños y técnicamente no debería hacerlo. Esto en un colegio público no me habría pasado, la culpa es mía por acomodarme aquí y no haber intentado sacarme las oposiciones… En realidad, aún estaría a tiempo.

«Sí, claro, Chus, no flipes, no eres capaz de aguantar la concentración ni diez minutos sin que se te vaya la olla, pero vas a poder estudiar una oposición. Sigue soñando, tronco».

Atravieso uno de los patios de Primaria de camino a ese pabellón mientras los nanos aún están en el recreo. Cómo gritan, no sé cómo voy a gestionar una clase así. Siento un poco de pánico, la verdad.

—¡Chus! ¡Chus! ¡Chus! —Una vocecilla gritando a mi espalda llama mi atención. Me giro al momento. Gina, la hija de Marc y Greta, llega a mi lado casi sin aliento.

—Hola, guapa, ¿qué pasa?

Respira hondo un par de veces intentando recuperar el resuello antes de hablar.

—¿Sabías que eres mi profe de Ética?

No había caído, no estaba seguro de en qué curso estaba ella, pero omito ese dato para que no se sienta poco importante.

—Sí, claro —sonrío.

—Loui me ha dicho que en clase tengo que llamarte *Jesús* —susurra y yo asiento—. Pero, si se me escapa *Chus*, ¿qué pasa? ¿Me riñes? ¿Te enfadas? ¿Me suspendes?

—No —sonrío—, nada de eso. Intenta llamarme *Jesús*, pero, si se te escapa alguna vez *Chus*,

tampoco pasa nada.

—Ah, vale —suspira y sonríe—. Papá me ha dicho que te haga preguntas difíciles, pero eso no lo voy a hacer…

—Ya le vale a tu padre —me río—, ya hablaré yo con él…

La clase con los de Primaria va mejor de lo que yo esperaba. Se comportan bastante bien. Hay un par de nanos cabroncetes que incordian, entiendo que están intentando tomarme la medida, pero recurro a mostrarme más autoritario de lo que soy en realidad y consigo salvar la situación bastante bien.

Tras concluir las presentaciones en todas las clases que me tocaban hoy, doy el primer día de clase por superado con éxito. No ha sido tan terrible, lo mismo hasta es un buen año… Bueno, o lo será hasta que empiecen las tutorías con los padres.

TRECE

SIN PAREJAS

Diciembre, 2010

CHUS

Lo que iba a ser una obra de dos semanas (según Claudia) se ha complicado más de la cuenta. Llevan ya tres meses y todavía no han terminado, aunque parece que por fin les falta poco. Estamos a primeros de diciembre y Clau me ha asegurado que estará lista antes de Navidad.

Llevo mejor el tema de Vero, creo que ya lo tengo asumido. Tres meses dan para mucho. No ha sido difícil evitarla en el instituto, no la he vuelto a ver desde el día de la notaría. Bueno, no, desde esa mañana, unos días después, en que la vi entrar en el insti con el gigante. En cualquier caso, hay días en los que ya no pienso en ella, parece que por fin lo estoy superando de verdad.

Hemos quedado todos para cenar hoy en casa de Piero y compañía. Nuestras responsabilidades de adultos nos tienen bastante ocupados y empieza a ser difícil lo de poder coincidir todos. Cómo echo de menos los años en los que nos pasábamos las tardes en el bar, era todo mucho más fácil.

Salgo del ascensor en el rellano y me encuentro a Samu y Estrella pegándose el lote como dos adolescentes junto a la puerta de la que fue la casa de ella toda la vida y ahora es la de su hermano. Estrella tiene ya un barrigón considerable, creo que, si Samu no fuera tan alto, tendrían muy difícil enrollarse así.

Como han ignorado el ruido del ascensor, carraspeo para hacerme notar. Ellos sonríen sin separarse en un principio, pero al momento se giran hacia mí.

—¿Y los nanos? —les pregunto.

—Arriba, con mi madre —explica Estrella—. Está también Gina, se lo pasarán bien.

—Y nosotros tenemos la noche libre —sonríe Samu y vuelve a besar a su mujer.

—Vale ya, cielo. —Estrella se separa de él y cuchichea algo que no llego a oír.

Se abre entonces la puerta de casa de Marc y este los mira con cara de asco.

—¿Ya estáis haciendo el baboso? ¿Ni preñada le quitas las manos de encima a mi hermana? —gruñe. Aunque Samu y Estrella llevan como ocho años juntos y están casados, Marc sigue haciendo siempre ese tipo de comentarios.

—¿Se las quitas tú a Greta? —se defiende Samu.

—Que te jodan. —Marc se ríe y se aparta para dejarnos entrar.

Pasamos a esa cocina gigante que tienen, donde han preparado la mesa para que cenemos

todos como los adultos que pretendemos ser. ¿Soy el único que siente que lo de ser adulto le queda grande? Es como si estuviera jugando a ser mayor sin tener ni puta idea de lo que hago. Deshecho rápidamente ese pensamiento porque no quiero rayarme la cabeza esta noche.

Nos sentamos a cenar. Ha cocinado Piero, como siempre, no hay duda, está todo de puta madre.

—Bueno, tíos, deberíamos salir mañana —dice Samu en un momento dado—. El martes me operan, molaría una celebración de despedida.

—¿Te operan? ¿De qué te operan? —se atraganta Loui con las palabras—. ¿Despedida de qué? No seas gafe, tío…

—Despedida de mis pelotas —aclara Samu—. Me voy a hacer una vasectomía. No más sustos como este. —Frota la barriga de Estrella y los demás nos reímos.

—Podrías ir con él y que os hagan un dos por uno —le sugiere Greta a Marc.

—Ni de coña —asegura él—. A mí no me acercan un bisturí a los huevos ni de puta broma.

—Qué gilipollas eres a veces. —Greta pone los ojos en blanco y los demás nos descojonamos.

—Bueno —sigue Samu ignorando la interrupción de Marc y Greta—, pues eso, que podríamos salir mañana de despedida de mis pelotas. Solo los tíos, sin parejas… ¿Qué os parece?

—Pues me parece que no sé en qué lugar nos deja a Piero y a mí eso de «solo los tíos, sin parejas» —replica Loui.

—Hostia, lo he dicho sin pensar… —Samu se rasca la nuca—. Vale, no sé, pues que venga Piero también si queréis, yo qué sé…

—No, yo no voy —interviene Piero—. Me solidarizo con las chicas. Si vais sin pareja, vais todos sin pareja.

—Y yo, que no tengo pareja, ¿puedo ir? ¿O no? —pregunta Clau.

—No —dice Marc.

—Ah, vale, que hay que tener polla para salir con vosotros, ¿no? —se queja Greta—. Pues paso, que os den.

—No, joder —se defiende Samu—, en principio la idea era noche de juerga sin parejas… Bueno, más sin chicas que sin parejas…

—Y ¿por qué sin chicas? ¿Qué plan tenéis para que no podamos ir? —insiste Greta con cara de mala hostia.

Marc y Samu intercambian una mirada y un amago de sonrisa. Loui parece tan perdido como yo.

—Tú sabes algo. ¿Qué coño está pasando aquí? —Greta le da una palmada a Marc en el brazo con tanta fuerza que me duele hasta a mí.

—Joder, nena, qué animal eres a veces…

—No cambies de tema… ¿De qué va esto? ¿Por qué no pueden ir chicas con vosotros?

Marc mira a Samu y se encoge de hombros. Samu resopla y se pasa una mano por la cara.

—Vale, si necesitáis saberlo todo… Porque con chicas en el grupo no se puede ligar. Ya está, por eso es, ¿contenta?

—Explícate mejor o lo mismo pierdes las pelotas antes del martes… O las perdéis los dos —gruñe Greta, pero a Estrella parece que le hace gracia.

—No, joder, por nosotros no —se defiende Samu—. ¡Nosotros no vamos a ligar! Es por Chus, a ver si conseguimos que eche un polvo, que lleva demasiado tiempo a dos velas. Necesita salir, conocer gente…

—¿Yo? —me defiendo—. Yo no sabía nada. Tampoco sé si me apetece; ahora estoy bastante

bien, no quiero líos.

—¿Qué coño vas a estar bien? Si aún le sigues guardando el luto a tu ex… Necesitas echar un polvo y pasar página de una puta vez —interrumpe Marc.

No estoy de acuerdo con lo que dice, pero no voy a discutir. Me apetece demasiado que salgamos los cuatro juntos, como en los viejos tiempos. No voy a quejarme.

CATORCE

POR MIS PELOTAS

CHUS

Hacía mucho que no salíamos los cuatro juntos. Qué falta nos hacía esto. No nos habíamos dado cuenta hasta que hemos pasado una noche así. Vamos medio ciegos ya, también hacía mucho que no bebíamos tanto. Hasta Loui, que es el más prudente de todos, parece más suelto que nunca.

Estamos de pie junto a la barra de un *pub* tomando unas copas. La música aquí no es ensordecedora y nos permite hablar un poco entre nosotros.

—¡Por mis pelotas y los servicios prestados todos estos años! —propone Samu como brindis y todos nos partimos el culo.

—¡Por las pelotas de Samu! —repetimos.

—¿No te da un poco de miedo, tío? —pregunta Loui—. Creo que en tu lugar yo estaría acojonado…

—Me acojona más otro embarazo, la verdad… Tú no tienes ese peligro, no lo puedes entender…

—No lo tengo, no. —Loui se descojona. Tiene la cara muy roja y los ojillos brillantes. Puede que sea la vez que más lo he visto beber, está como muy suelto. Creo que hasta me atrevería a decir que está borracho.

—¿Qué te pasa, nano? ¿Por qué estás tan contento? —le pregunto.

—No sé —sonríe—. Me alegro de estar aquí con vosotros. Hacía mucho que no salíamos los cuatro solos…

—¿Vas ciego? —pregunta Marc.

—Hostia, ¿*el* Loui se nos ha emborrachado por fin? —insiste Samu.

—Creo que borracho no voy, pero igual sí que me he pasado un poco bebiendo. —Le da la risa floja y los demás nos contagiamos.

—Nano, ¡estás *mamao*! —Le doy una palmada en la espalda muerto de risa.

—No lo digas así, que suena a mamada y me hace pensar en Piero. —Se pone rojísimo nada más decirlo y le da un ataque de risa—. Pues igual sí que estoy un poco *borrrracho*.

—¡Hostia puta! ¡Nano, que vas ciego! —Marc lo abraza y le toca el culo.

—No me toques el culo, guarro. —Loui no deja de reírse, pero le da un empujón—. Sabes de sobra que no me pones nada… Y no voy tan ciego como para cambiar de opinión.

—Joder, joder, ¡esto hay que celebrarlo! ¡Mis pelotas están emocionadas por semejante honor! ¿Es por eso, nano? ¿Tienes que despedirte de ellas sin haberlas conocido y te vas a dar a la bebida?

—Otro flipado, de verdad que no todo el mundo cae rendido a vuestros pies. —Sonríe—. Estáis buenos, pero tampoco sois la puta maravilla. Y Chus también está bueno, le han sentado muy bien los años, aunque no se lo crea ni él… Chus, tío, deberías cuidarte un poco más y cambiar ese rollo de vestir que tienes que no te favorece nada…

—Ya he pillado yo sin abrir la boca —me quejo, pero en realidad ver a Loui así lo compensa todo. Que diga lo que quiera.

—Aprovechemos el ciego de Loui —propone Marc—. Vamos a hacer algo que él de normal no haría.

—¿El qué? ¿Tirarme a una tía? Aunque vaya ciego, sigo estando casado. —Hace el amago de enseñarnos el anillo, pero se equivoca de dedo y le vuelve a dar la risa—. Ay, por un lado, me arrepiento ahora de que no haya venido Piero; pero, por otro, casi prefiero que no me vea así…

—Tío, soy muy fan de Loui ciego. —Samu le pasa un brazo por encima de los hombros—. Vamos a contar secretos inconfesables. Venga, algo que no le hayáis contado nunca a nadie… Loui, cuéntanos tu secreto más oscuro.

—No voy tan ciego —se ríe—. Y yo no tengo de eso.

—Todos los tenemos —asegura Samu.

—Venga, pues cuéntanos tú uno, que es tu noche —sugiero yo.

—Pues a ver… —empieza el rubio—. No sé qué contaros que no sepáis ya… Vale, sí, algo que nunca le he contado a nadie: la segunda vez que quedé con Estrella, bueno, tampoco fue «quedar» como tal, pero vaya, que la segunda vez que lo hicimos, me desvirgó el culo.

A Loui y a mí nos da tal ataque de risa que escupimos lo que estamos bebiendo, pero Marc lo coge del cuello de la chaqueta y lo saca a rastras del local. Lo seguimos acojonados, de esta le parte la cara, lo veo.

—¡¿Pero tú eres gilipollas?! —grita Marc cuando estamos en la calle mientras lo suelta y le da un empujón—. ¡Te voy a partir la puta boca!

—¿Qué pasa, nano? ¿Por qué te pones así? —Samu flipa.

—¿Quieres dejar de decir esas guarradas de mi hermana?

—Pero si era mi culo, ni siquiera te he contado lo que le hice yo a ella… —Le empieza a dar la risilla floja y Marc lo vuelve a coger del cuello de la chaqueta y lo estampa contra la pared que hay junto a la fachada de la entrada. Loui y yo estamos entre acojonados y descojonados, es raro.

—¡¿Vas a dejar de decir guarradas de mi hermana, joder?! —ruge Marc.

—Joder, ¡que es mi mujer!, ¡y la madre de mis hijos!, ¡y la que me obliga a cortarme las pelotas! ¡Déjame decir que dejé que me desvirgara el culo la segunda noche! Me tiene pillado por los huevos, desde ese día hasta hoy… literalmente… —Le da una risilla aguda que nos contagia a Loui y a mí, aunque intentamos disimular. Cuando vemos que Marc intenta ocultar una sonrisa, ya nos atrevemos a soltar una carcajada. Marc se descojona también, suelta a Samu y se separa un poco de él.

—Eres un puto *pringao* —se ríe y se enciende un cigarro.

—Lo sé, nano. Y a partir del martes, *pringao* y eunuco, pero con el mejor sexo del puto mundo…

Marc se gira de golpe a mirarlo y Samu se corrige rápidamente.

—Secreto, secreto, sexo secreto… —El rubio levanta las manos en son de paz.

Nos vuelve a dar la risa a todos.

—No dejo que nadie se acerque a mi culo ni de puta broma —asegura Marc.

—Pues tú te lo pierdes —afirman Loui y Samu a la vez y a los cuatro nos vuelve a dar la risa.

—Bueno, hay algo que tengo que decirte, nano, por si me quedo en la mesa de operaciones

—le dice Samu a Marc.

—No digas gilipolleces, joder, no seas gafe —interrumpo yo. Qué mal rollo me dan esas cosas.

—¿A quién? ¿A mí? —Marc se gira hacia él.

—Sí, tío. Llevo años cargando con una mentira, y no me la quiero llevar al más allá…

—Tío, no digas eso, que da yuyu —suelta Loui.

—Dispara. —Marc se cruza de brazos y lo mira serio.

—A ver, cómo te lo digo… La noche de la absenta… —empieza Samu haciendo referencia a una noche fatídica de hace como diez años en la que Samu se lio con Greta. Todos estaban solteros por aquel entonces, pero Marc nunca lo ha llevado nada bien—. Sé que dijimos que no nos acordábamos de nada de lo que había pasado, pero es mentira, yo me acordaba perfectamente… Aún me acuerdo, de hecho.

Mierda, ¿por qué saca ahora este tema? Hoy se lo carga.

—No es verdad —murmura Marc entre dientes con una sonrisilla—. Quieres picarme, pero no voy a caer…

—Te lo juro, me acuerdo perfectamente. Si no ¿cómo iba a saber que Greta tiene un lunar al lado del pezón, que prefiere ponerse encima y que cuando se corre le gusta dejarse caer hacia atrás?

Marc abre mucho los ojos, se lanza contra él y lo vuelve a estampar contra la pared.

—¡Dame una razón para que no te abra la puta cabeza ahora mismo!

—¡Odio a mi cuñada! —grita Loui más alto de lo que le he oído gritar jamás. Es evidente que quería distraer la atención de estos dos y evitar un drama, pero es que a Samu ya le vale…

Todos nos giramos hacia Loui flipadísimos.

—¿Qué dices, nano? —pregunta Marc todavía reteniendo a Samu contra la pared.

—Pues eso, ¿no va de secretos inconfesables? Ese es el mío. Odio a la hermana de Piero, no la soporto. Me cayó fatal cuando la conocí y la cosa no ha mejorado con los años. Es una niñata odiosa, malcriada, insufrible y maleducada… Y ahora Paolo nos la manda porque ya no puede con ella; que tiene veintiséis años, debería ser independiente, pero no lo es y nos toca hacernos cargo de ella. Llega la semana que viene y se va a quedar a vivir con nosotros. Y me siento egoísta y mala persona, pero no la quiero en mi casa.

—Pues díselo a Piero, lo tiene que entender… —sugiere Samu, aún arrinconado por Marc.

—No puedo. Está emocionadísimo. Es la poca familia con la que tiene relación. Los dejó en Italia y vino a vivir aquí por mí, no puedo decirle que no la quiero en mi casa, no puedo ser tan cabrón… También es su casa, y es su hermana. Me la tengo que tragar, pero necesitaba desahogarme… No le digáis nada a Piero, por favor.

—Nada, tranquilo, no le decimos nada —aseguro mientras le doy una palmada en la espalda. Pobre, qué marrón. Tiene que estar muy al límite para decir eso, a Loui jamás le habíamos oído hablar mal de nadie.

—Y tú —Marc se vuelve a girar hacia Samu—, cierra la puta boca ya. No sé por qué has sacado ese tema, pero déjalo estar.

—No, nano, déjame terminar, que te lo he dicho por algo…

—¡No quiero saber, joder! ¿Qué puta parte es la que no entiendes?

—¡Me llamó *Marc*! —grita Samu.

—¿De qué coño hablas?

—Esa noche, mientras follábamos —Marc aprieta los ojos y los dientes—. Me llamó *Marc*, tres veces. Fue el polvo más humillante de mi vida, por eso fingí que no recordaba nada, como

ella…

—¿Y ella también se acuerda? —pregunta Marc.

—Ni puta idea, jamás he vuelto a hablar de esto con ella…

—¿Te llamó *Marc*? —El muy cabrón sonríe.

—Sí, nano, qué humillación. —El rubio sonríe también.

—Definitivamente, eres un puto *pringao*. —Marc se descojona y lo suelta por fin.

«Sí, un *pringao* que se ha tirado a tu mujer y a tu hermana», pienso, pero no lo digo; si no, aún pillaré yo.

—¿Por qué me lo cuentas ahora, después de tanto tiempo?

—Por si muero en la operación, no quería irme con una mentira entre nosotros y que te quedaras con ese rencor dentro, quiero que me llores con sinceridad…

—No te vas a morir de una vasectomía, subnormal…

—Nunca se sabe… Bueno —sigue Samu—. Ahora vamos a por unos chupitos, que lo de Loui hay que aprovecharlo y Chus tiene que ligar…

—Ya estamos —me defiendo—. A mí dejadme en paz…

—Te juro por estas pelotas a las que les quedan tres días de vida —asegura llevándose ahí la mano—, que tú esta noche follas.

Todos nos reímos y vamos a la barra a por los chupitos.

Y a partir de ahí, la noche se vuelve negra.

QUINCE

NO ERA VIRGEN

CHUS

Abro los ojos totalmente desubicado. No sé dónde coño me encuentro. Estoy solo en una cama que desconozco. La habitación es muy cutre y no me suena de nada. Se abre la puerta y una chica me mira desde el umbral. Lleva el pelo recogido y media cabeza afeitada. También tiene tatuajes en el cuello y en los brazos. Solo lleva una camiseta de tirantes y unas bragas.

—Guay, estás despierto. Puedes pirarte cuando quieras. O te puedes quedar a comer, como veas… Estás más bueno en bolas, no deberías vestirte nunca —me dice tan tranquila.

Sus últimas palabras me hacen darme cuenta de que estoy desnudo. Bueno, tampoco me voy a tapar por eso, sería absurdo. Lo que tuviera que ver, ya lo ha visto.

—Perdona, ¿quién eres? ¿Dónde estamos?

—¿No te acuerdas de nada de anoche? —Sonríe y se apoya contra el marco de la puerta.

Me paso una mano por la cara y niego con la cabeza.

—¿Nada de nada?

—Lo último que recuerdo es beberme unos chupitos con mis colegas en la barra del garito donde estábamos.

—Pues después de eso, supongo, un colega tuyo, un melenas rubio, nos invitó a mis amigas y a mí a un par de rondas. Dijo que… —Un perro pasa por su lado e interrumpe su relato. Se acerca a mí y frota su cabeza en mi mano.

—Ey, ¿qué pasa, colega? —Le digo al perro acariciándole un poco la cabeza—. Sigue, perdona —le digo a ella sin dejar de hacerle mimos al chucho.

—Pues eso, que tu colega nos dijo que necesitaba que alguna te desvirgara, que tenías treinta años y aún eras virgen…

—Qué hijoputa es —me río—. Es mentira, no era virgen.

—Ya, me quedó claro. Pero tranquilo, que no llegamos hasta el final final… No tenías condones «de los tuyos» —hace el gesto de las comillas en el aire—, pero vaya, que si quieres nos podemos apañar como anoche… O puedo mandar a alguien a por gomas de las que te gusten… Como veas…

Por tentador que pueda sonarle eso a otro, a mí no me lo parece. Me tapo instintivamente con la sábana y niego demasiado enérgicamente con la cabeza. Tampoco quiero ser grosero, igual el gesto ha sido exagerado, pero es que es lo último que me apetece ahora mismo, algo así en frío con una desconocida…

—No, creo que prefiero marcharme, si no te importa…

—Claro, como quieras —asiente ella—. Le he dado unas salchichas al chucho, supongo que

no hay problema…

—¿Por qué iba a haber problema? Tú sabrás: tus salchichas, tu perro, tu movida… ¿Sabes dónde está mi ropa? —pregunto esto último mirando alrededor sin levantarme de la cama.

—Tu ropa estará por ahí fuera, creo que a la habitación llegaste ya en pelotas. Y las salchichas eran mías, sí, pero el perro es tuyo.

—¿Qué dices? Yo no tengo perro —me río.

—Pues vino contigo todo el camino. Ibas hablando con él. Lo llamabas Tote, me dijiste que de…

—Aristóteles —termino yo la frase en un susurro. Joder, llevaba tiempo pensando en pillarme un perro y pensé que ese sería un buen nombre. Pero para eso primero tenía que tener el piso ya listo. Y quería un perro pequeñito, este es de tamaño mediano. Y ni siquiera sé de dónde ha salido. ¿Y si tiene dueño? ¿Y si tiene pulgas? ¿Y si tiene la rabia? El animalito me mira sacando la lengua y moviendo el rabo.

Él gana, ya es mi perro.

—Venga, Tote, vámonos a casa. —Suspiro y me levanto de la cama. Antes de que pueda pedirle a la chica mi ropa, la he perdido de vista y me toca deambular por el resto de la casa en bolas buscándola mientras me cruzo con más desconocidos de los que uno desea encontrarse en una situación así.

Una vez vestido y listo para marcharme, la localizo en la cocina, junto a la puerta de la calle.

—Me marcho.

—Vale, hasta la vista —dice ella—. Eras Chus, ¿verdad?

Hago un asentimiento de cabeza porque no sé cómo corresponder cuando no recuerdo ni haberla conocido.

—Duna —intenta disimular una sonrisa—. Me llamo Duna. Un placer, Chus.

Me besa en la mejilla, abre la puerta de la calle y me empuja fuera. Tote me sigue feliz.

Bueno, ha sido una experiencia vergonzosa y humillante, no he echado un polvo, aunque puedo haber pillado una venérea solo por respirar en esa casa, pero tengo un perro.

Podría haber sido peor.

Decido dejarlo en casa de mi madre después de comer. Quiero pasarme por casa de Piero y no lo voy a llevar por ahí. No hasta que le eche un vistazo el veterinario.

DIECISÉIS

UNA REUNIÓN DE SUBNORMALES

CHUS

La puerta tarda bastante en abrirse y lo hace Greta. Miro un momento el número para asegurarme de que no me he equivocado y he llamado a su casa. Pero no, tanto el número como lo que se ve tras ella me confirman que he llamado a casa de Piero y Loui.

—Estaba en la cocina y he oído el timbre —se adelanta ella a mi pregunta—. Pasa.

Obedezco y cierra tras de mí.

—Supongo que no soy el motivo de tu visita —sonríe.

—Pues…

—Tranquilo, hay reunión de subnormales en el cuarto de Gina.

—¿Reunión de subnormales? —me río—. ¿Qué quiere decir eso?

—Ve y mira lo que están haciendo. —Pone los ojos en blanco y suspira.

Avanzo por el pasillo hasta la habitación de la niña y me quedo flipado al abrir la puerta. En el centro de la enorme habitación, el oso de peluche gigante que suele tener Gina apoyado en una pared está tumbado en el suelo, mide más de dos metros seguro. A sus pies, una cama elástica minúscula que le compraron a Gina en su último cumpleaños hace las veces de trampolín para Gina, Marc y Piero, que se turnan para coger carrerilla, impulsarse en ella y dejarse caer sobre el oso como si fuera una colchoneta. Frente a ellos, sentado en el suelo, Loui les dispara ráfagas de fotos mientras están por el aire. Tiene pinta de ser la hostia de divertido.

—¿Qué te parece? ¿Son o no son subnormales? —pregunta Greta a mi espalda—. A mi hija se lo paso porque tiene nueve años, pero lo de los otros no tiene nombre…

Su voz hace que los demás reparen en nuestra presencia.

—¡Chus! —grita Gina viniendo a abrazarme— ¿Juegas?

—Claro —respondo sin dudar antes de quitarme las gafas y dejarlas sobre una estantería—. Mierda, no veo un pijo, espero no caer fuera de sitio.

—No, ya verás, el oso es muy grande, caerás bien —me tranquiliza la niña mientras tira de mi mano para llevarme al punto de salida.

—Otro que tal —se queja Greta.

—Te da rabia no poder saltar por el embarazo, *bella*, lo sabemos.

—Paso —bufa ella y sale de la habitación. Los demás se descojonan, creo que el italiano ha dado justo en el clavo.

—Venga, nano, te toca —me dice Marc.

Obedezco y repito lo que estaban haciendo ellos. Es una sensación liberadora. Seguimos así durante un buen rato en el que no paramos de reírnos. Llega un momento en que lo tenemos tan

controlado que ya nos dedicamos a poner poses y caretos en el aire. Por primera vez en mi vida encuentro un motivo a por qué la gente tiene hijos. Qué falta me hacía algo así.

—Chus, ¿una birra? —pregunta Marc cuando damos por concluida la sesión de saltos.

—En realidad, venía para hablar un momento con Piero —explico mientras vuelvo a ponerme las gafas. Qué tranquilidad volver a ver.

—Siempre igual, nano… Loui, ojito con estos dos…

Loui se ríe y le da un beso a Piero.

—Estaré en el estudio editando las fotos.

—¿Las de los saltos? ¿Puedo? ¿Puedo? —pregunta Gina.

—Claro —asiente Loui.

—Venga, pues vamos —se apunta Marc—. Yo también quiero verlas.

Acompaño a Piero hasta el salón de su casa y nos sentamos en el sofá. No dice nada, solo me mira y sonríe.

—Anoche acabé con una chica, aunque no llegamos hasta el final —murmuro para el cuello de mi camisa. Él asiente con la cabeza.

—Algo me dijo Loui… Pero no tenía claro si era cierto, estaba muy bebido —se ríe—. ¿Cómo te sientes con eso?

—Mal, nano, no sé, es que no recuerdo nada… Ni siquiera recuerdo haberla besado… Aunque por lo que me ha dicho esta mañana, algunas cosas debimos de hacer… Yo qué sé, nano, qué mal…

—¿Cuál es el problema?

—En realidad, no hay problema. Lo que quería comentarte a ti es otra cosa… Me ha dicho esta mañana que estoy mejor de lo que aparento, que debería sacarme más partido… Vero también me decía cosas así a veces. Nano, no pillo a las tías cuando se ponen en ese plan. Y anoche tu marido me dijo algo parecido también… ¿De qué va eso? ¿Es mi ropa? ¿Soy yo?

—Ajá, sí, yo también lo pienso. Te lo he dicho muchas veces, que el rollo ese de camisetas gigantes y camisas de cuadros no te ayuda nada. Y los pantalones que sueles llevar tienen un corte que no te favorece. Creo que te vendría bien un cambio.

—¿Tú crees? Puede que tengas razón, tío. ¿Me acompañas un día de compras? A un sitio que no sea demasiado pijo, no quiero gastarme mucha pasta en esto…

—Mejor, ven. —Me da una palmada en la pierna y se pone de pie—. Vamos de compras al armario de Luigi.

—¿Qué dices, nano? —Me levanto yo también y comienzo a caminar tras él—. No voy a cogerle ropa a Loui.

—Oh, ya verás como no le importa nada de nada…

—Que no, tío…

Lo sigo por el pasillo camino de su habitación, pero se detiene delante de la puerta abierta del estudio de Loui, donde él, Marc y Gina están descojonándose delante de la pantalla del ordenador.

—*Amore*, vamos a probar un cambio de *look* para Chus… ¿Te importa si cogemos unas cuantas cosas de tu armario?

—¡Por favor! —Loui se gira de golpe hacia nosotros—. En serio, Chus, llévate todo lo que quieras. Todo todo lo que quieras, de verdad, que mi madre vuelve pasado mañana después de dos meses fuera y ya estoy temblando.

Piero se ríe entre dientes y sigue caminando. Voy detrás de él sin entender de qué va esta movida. Ya en su dormitorio, abre una puerta que da a una habitación casi tan grande como la

que acabamos de dejar atrás, pero que han convertido en vestidor, armario o no sé muy bien cómo coño llamarlo. A ver, explicar esto con palabras es jodido. En la puta vida he visto algo parecido. ¿Esos vestidores que se ven en las películas con toda la ropa impecable y ordenada? Pues algo así, pero más grande. Una habitación (sospecho que más grande que mi dormitorio) toda llena de armarios abiertos con ropa que juraría que está nueva. Hay toda una estantería de camisetas que parecen estar sin estrenar ordenadas por colores, de todos los putos colores. Más colores de los que yo sabía que existían, muchos de ellos repetidos o con leves matices. Otro mueble igual, pero con camisas. Sí, con exactamente la misma gama cromática. Me quedo sin palabras, de verdad que no sé qué decir. Hay todo un armario con pantalones vaqueros, otro con trajes de chaqueta, un zapatero que llega hasta el techo lleno de botas y zapatos de vestir, otro igual solo con deportivas. Más armarios formando pasillos con muchas más cosas. Pocas movidas me han hecho flipar tanto en la vida como esto. Y también hay espejos, un montón, que me devuelven las pintas que llevo. Ahora mismo mi ropa parece de indigente. No solo por la comparación, es que es posible que esta camisa de cuadros tenga ya quince años, pero es que no he sido yo nunca de preocuparme por estos temas.

—Pero, nano —consigo decir por fin—. ¿Vosotros cuánta pasta os gastáis en ropa?

—Ni un euro. —Piero sonríe y niega con la cabeza.

—Vamos, no me jodas. ¿Tú te das cuenta de la puta barbaridad que es esto?

—Claro que sí —se descojona—. Es cosa de mi suegra, tiene algún tipo de enfermedad compulsiva con las compras. Cada vez que nos ve, nos trae cantidad de cosas, pero una exageración. Y cuanto más tiempo hace que no nos ve, más cargada viene, así que, tranquilo, llévate todo lo que quieras, que ya ha dicho Loui que pasado mañana la tenemos aquí y hace dos meses que no la vemos, no descartes que se traiga medio París en la maleta.

—Vaya tela, tío, pero esto es una locura, no sé ni por dónde empezar a mirar.

El italiano me echa una mano y empieza a sacar cosas que dice que me pueden sentar bien. Yo obedezco y me las voy probando. Ellos son unos centímetros más altos que yo, pero nada tan relevante como para que me queden largos los pantalones. De hecho, me queda bastante mejor su ropa que la mía. Me pruebo un pantalón vaquero que parece que lo hayan hecho a mi puta medida y una camiseta más estrecha de lo que acostumbro, pero me veo bien.

—Me veo raro, nano, como más alto, ¿me estoy rayando?

—No, no te estás rayando, claro que pareces más alto… Y más atractivo, si me lo permites —sonríe—. Esos Levi’s hacen un culo estupendo siempre, son mis preferidos.

—Ah, joder, perdona, pues pillo otros, si a mí me da igual.

—De ese modelo tenemos unos siete, tranquilo, en distintos tonos, no sufras.

—Joder, nano, flipo. Esto es una puñetera locura.

—Lo es —asiente él medio riéndose—, pero quiero mucho a mi suegra y paso de discutir con ella. Si es feliz así, que compre lo que le dé la gana.

—¿Has encontrado algo que te guste? Eso te queda muy bien —interrumpe Loui entrando en el armario. Sí, «entrando en el armario» es una expresión que no creí que fuera a utilizar jamás. Aunque, bueno, es una expresión que puede que Marc y Greta sí hayan usado en alguna ocasión, ellos tienen un fetiche raro con los armarios en el que prefiero no pensar.

—¡Chus, qué guapo! —grita Gina a su lado.

Marc silba antes de hablar.

—Nano, nano, estás hecho un figurín. —Intenta poner tono un poco burlón, es su rollo, pero sé que, si lo ha dicho, es porque me ve bien. Aun así, se lleva una colleja de Greta.

—No seas capullo. Chus, ni caso, estás cañón.

—*Il nuovo Chus* —sonríe el italiano y se pone junto a mí frente al espejo—. Te vas a llevar un montón de cosas, y no acepto un *no*.

Greta coge la camisa que yo llevaba y que he dejado sobre una butaca y me mira haciendo ojitos.

—¿Puedo quemarla? Porfa, porfa, dale el gusto a la preñada que lleva viendo esta camisa quince años…

Me quedo un poco flipado por la petición, pero finalmente me descojono.

—Vale, quémala. Ya no me la pongo más.

—¡Vamos a hacer un ritual! —exclama Piero y todos aplauden su idea.

Los sigo hasta la terraza de su casa y Greta deja caer la camisa sobre la barbacoa y la rocía con alcohol. Piero trae una botella de refresco y un montón de vasos.

—¿Quieres hacer los honores? —pregunta Greta tras encender una cerilla y sostenerla delante de mi cara.

—No, hazlo tú, que parece que te hace más ilusión —me río.

Ella da un saltito de emoción y la acerca a la prenda, que arde al momento.

Todos aplauden eufóricos. Piero nos sirve vasos a todos y brindamos sin alcohol (entiendo que para que puedan unirse Greta y Gina).

—Un nuevo Chus acaba de nacer. Brindemos por él. —El italiano levanta su vaso y todos lo imitamos.

—No os paséis, que solo me he cambiado de ropa —me río.

—¡Por el nuevo Chus! —gritan todos.

No tengo nada que añadir. Yo no creo que cambiar mi forma de vestir me convierta en alguien diferente, creo que están exagerando, pero tampoco quiero quitarles la ilusión. Me miro en el reflejo del cristal y me veo bien, me gusta este rollo, creo que podría acostumbrarme. Y desde luego que no voy a echar de menos esa camisa.

DIECISIETE

CONTRA NATURA

CHUS

Esta noche hacemos una cena de inauguración de mi casa nueva. No me lo termino de creer. En esta última semana han pasado muchas cosas. Lo más importante es que, por supuesto y pese a sus miedos, Samu no se quedó en la mesa de operaciones.

Yo llevé a Tote al veterinario y parece que está sano. No tenía chip ni ninguna identificación, y tampoco hemos encontrado ningún aviso de perro perdido con esas características, así que, por sugerencia de la veterinaria, le puse el chip con mis datos y ya tengo oficialmente perro. Menos las horas que estoy currando, el resto del tiempo lo paso todo con él. Nos hemos vuelto inseparables, me está dando la vida.

El mismo día de la operación de Samu, terminaron por fin la obra de mi piso nuevo. Al día siguiente, Marc, Piero y Loui vinieron a ayudarme a montar los muebles. Samu lo supervisó todo desde una butaca con una bolsa de guisantes congelados en los huevos.

Marc y Loui han venido a casa de mi madre para echarme una mano con lo último que me queda de la mudanza. Piero se ha disculpado por no poder venir a ayudar, ha ido al aeropuerto a por su hermana y acudirán directamente a mi casa para la cena.

—¿Cómo lo llevas, nano? Lo de que tu cuñada venga ya hoy y tal —pregunta Marc mientras cierra una de las cajas de libros.

Loui resopla y se pasa una mano por la cara.

—No debí deciros nada, no estuvo bien.

—No te preocupes, tío, necesitabas soltarlo. Desahógate lo que necesites, no vamos a decirle nada a Piero. Va, que lo mismo la chica ha madurado y ya no es tan insoportable… —sugiero en un intento de animarlo.

—Lo dudo mucho, la verdad, no… ¡No! —Se interrumpe para venir hasta mí y quitarme la camisa que tengo en la mano—. Vamos a ver, Chus, olvídate ya de esa ropa que llevas desde el instituto. Habíamos quedado en que te favorecía mucho más la que te llevaste de mi casa. En serio, te doy lo que quieras, pero olvídate ya de todo esto. Los noventa pasaron, supéralo, ya no tienes quince años. Pídeme lo que necesites, pero no vuelvas a vestir como un indigente, por favor.

—Vale, nano —me río—. Te hago caso.

Vuelvo a dejar mi antigua ropa en el armario y sigo metiendo libros en las cajas vacías.

—¡No va la tele! —grita la yaya desde la salita.

—Voy yo —sonríe Marc y sale de la habitación. Voy detrás de él porque sé que le encanta decirle animaladas a mi abuela. Por un lado, no quiero que se pase; pero, por otro, no me lo

quiero perder. Loui me sigue, supongo que ha pensado lo mismo que yo.

Marc se ha sentado a su lado en el sofá y está trasteando con los botones del mando a distancia mientras mi abuela lo mira fijamente.

—¿Por qué no te cortas el pelo? ¿Dónde se ha visto un hombre con el pelo largo? Así no vas a conquistar a una buena chica…

—Llevo casado seis años, Amelia —dice Marc distraído mientras alterna la vista entre el mando a distancia y la pantalla del televisor—. Ya he ligado todo lo que tenía que ligar…

—Eso que hacéis ahora de arrejuntaros no es casarse. No llevas alianza, no estás casado de verdad.

Marc levanta la vista del mando. Se gira hacia ella y le enseña el tatuaje del dedo mientras sonríe.

—Estoy legalmente casado. Fuera de mercado. Lo siento, Amelia, lo nuestro es imposible.

—No me digas que eso es la alianza… ¿Ella también se ha hecho esa porquería? —Marc asiente muerto de risa—. Una chica decente no lleva tatuajes.

—Menos mal entonces que la mía es de lo más indecente —susurra Marc acercándose a ella. Mi abuela le da una palmada en el brazo.

—¡No digas marranadas! Luis, cariño, ¿y tú por qué no te buscas una buena chica? Y otra para tu amigo italiano…

Loui se pone muy rojo y no dice nada.

—Yaya, Piero no es su amigo, es su marido, ya lo sabes…

—No me lo recuerdes, esas cosas modernas no tienen ni pies ni cabeza. ¿Dónde se ha visto un matrimonio de dos hombres? Eso no cabe en cabeza alguna… Hazme caso, búscate una buena chica si no quieres acabar en el infierno por ir contra natura.

—¡Yaya!

Loui se da la vuelta y sale de la habitación sin decir nada. Tras echarle a mi abuela una mirada asesina, voy detrás de él.

—Qué feo eso que le has dicho a Loui, Amelia —oigo decir a Marc a lo lejos cuando ya he salido de la habitación. No me espero ni a escuchar la respuesta de la yaya, seguro que me cabrearía más todavía.

Encuentro a Loui concentrado en llenar una caja. Lo conozco lo suficiente como para saber que está aguantando las ganas de llorar. Mi perro parece haberlo intuido, porque le empuja el muslo con la cabeza. Loui lo acaricia un momento.

—Seguro que no tiene pulgas ni nada, ¿no?

—No, tranquilo. Y ni puto caso a mi abuela, es vieja y cabrona.

—Sí, lo sé, si me da igual… —sigue a lo suyo fingiendo que no le ha afectado.

—Tío, ni me puedo imaginar lo que tiene que ser tener que soportar comentarios así cada dos por tres… —Le pongo una mano en la espalda para intentar reconfortarlo de alguna manera.

—Bueno, supongo que es el precio que tengo que pagar por ir contra natura. —Hace un amago de sonreír, pero se queda a mitad de camino.

—Nano, en serio, ni puto caso a mi abuela, ¿sabes lo que me dice a mí? Que soy muy feo, la cabrona… ¿Te lo puedes creer? Eso solo demuestra que está trastornada o que no tiene ni puta idea, si yo soy un *sex-symbol.* —Hago una posturita como de culturista para hacerle reír. Lo consigo—. Lo dicho, nano, ni caso.

—No sé cómo tu abuela ha llegado a ser tan vieja —interrumpe Marc entrando en mi habitación—. Me extraña mogollón que nadie se la haya cargado en todos estos años… Es pura maldad. Como me vuelva a tocar los cojones, lo haré yo mismo…

—¡Melenas, no la has arreglado bien! —grita la yaya desde la salita.

Eso ha sido a mala hostia, conoce a Marc de toda la vida y sabe de sobra cómo se llama.

—Parece que finalmente será hoy el día que muera… —Marc sonríe y vuelve a salir de la habitación.

Para cuando llega mi hermano con la furgo media hora después, ya tenemos todo empaquetado y estamos listos para marcharnos. Me despido de mi abuela con la satisfacción de ir a verla a partir de ahora solo de visita.

DIECIOCHO

ELLA

CHUS

Por fin en mi casa.

Hemos habilitado la zona del sofá y la mesa de centro para comernos aquí unas *pizzas*. Tengo mesa y sillas, pero ahí solo pueden comer cuatro personas cómodamente, seis si se quieren mucho… Y esta noche estamos todos, por eso optamos por tirarnos en la alfombra, al fin y al cabo, aunque seamos adultos, aún somos jóvenes.

Samu ya camina casi con normalidad, aunque sospecho que hace un poco de *show* y finge estar peor de lo que está cada vez que Estrella le pide que haga algo. Él, Marc y yo estamos fumando junto a la ventana. Loui ha ido con Estrella a su casa a por cervezas frías después de que Samu fingiera no poder realizar ese esfuerzo. Los tres apagamos las colillas y nos giramos justo cuando están de vuelta en el salón. Al momento entra Piero cargado con un montón de cajas de *pizza* y hablando en italiano con alguien que todavía no ha entrado.

Y entonces sí.

Entonces entra ella.

Ella.

Camina detrás de su hermano con la cabeza agachada. Lleva el pelo de color rosa pastel y es como un imán para la vista. Levanta la cabeza y pasea la mirada por la habitación. Sus ojos son del mismo azul que los de él, se parecen mucho, de hecho. Tiene los rasgos dulces y la nariz algo respingona. Es pequeña, muy pequeña, más incluso que Vero, y eso ya es decir. Parece un duendecillo con ese pelo, esa cara, los incisivos algo separados, el pendiente de la nariz… Puede que sea la chica más bonita que he visto nunca.

No puedo apartar la vista de ella cuando Piero, que no sé en qué momento se ha deshecho de las *pizzas*, la coge de la mano y se acerca hasta nosotros. Ella hace cosas raras con la boca mientras se acercan. En un momento dado la entreabre durante un segundo y algo brilla dentro. Está jugando con un *piercing*. Lleva uno en la lengua… Un pensamiento de lo más cerdo cruza por mi mente y lo aparto al momento, no puedo ser tan guarro, llevo demasiado tiempo a dos velas, joder.

—Carina, ¿te acuerdas de ellos? Él es Marc, el marido de Greta —dice el italiano cuando llegan junto a nosotros.

—Sí, claro —sonríe ella—. El pringado que no sabía que era padre…

Y con esas pocas palabras rompe la magia y me parece una gilipollas. La cara de Marc es un poema. Aprieta los dientes y se le abren las aletas de la nariz. Respira hondo y ni pestañea.

—Qué hija de puta —se ríe Samu—. Toma jarrazo nada más llegar.

Piero se gira con cara de mosqueo hacia ella y le habla en su idioma. Su hermana pone los ojos en blanco y contesta algo que no entendemos.

—Yo soy Samuel, no sé si te acuerdas de mí. —Le sonríe y le tiende la mano.

—Supongo que te crees inolvidable —le devuelve ella la sonrisa y el saludo—, pero no, no me acordaba de ti.

—Joder, qué zorra. —Samu suelta una carcajada.

Veo a Loui que nos mira desde cierta distancia muy serio y con una casi imperceptible negación de cabeza. Piero murmura entre dientes. Ella se gira hacia mí.

—Hola, soy Carina. —Me tiende la mano y yo se la estrecho.

—Chus —contesto.

—Menos mal, alguien normal que no parece salido de una revista de belleza —me suelta—. Supongo que tu rol en el grupo es el de «el feo». Espero que al menos seas gracioso.

Creo que nunca me habían dejado tan helado. Me siento peor que cuando vi a Vero con el gigante… Bueno, igual eso es pasarse, pero la puñalada que me acaba de soltar la imbécil esta va directa a los momentos más dolorosos de mi vida.

—Nano —le suelta Samu al italiano muerto de risa—, llévatela un rato por ahí, danos un respiro. Es pura maldad…

—Lo siento, tíos —se disculpa Piero. Su hermana se ha alejado de nosotros en cuanto ha visto entrar a Greta, a ella la conoce desde hace años.

Yo me siento fatal por Piero, que parece muy abochornado. Me gustaría poder reconfortarlo, como lleva él haciendo conmigo desde hace meses, porque realmente pienso que no es culpa suya que su hermana sea así de imbécil.

¿Cómo es posible tener ese aspecto tan dulce y llevar dentro tanta maldad? De verdad que no había visto nunca nada igual. Se supone que esta chica forma parte de la familia «buena» de Piero, no me quiero ni imaginar cómo serán los chungos.

DIECINUEVE

MIS NUEVOS AMIGOS

CARINA

La chica embarazada, no Greta, la que tiene más barrigón, se ha sentado a mi lado en la alfombra. Mi hermano se pone detrás de ella y comienza a darle un masaje en la espalda. Su cara es de alivio y felicidad. El rubio que se cree irresistible se ha tumbado apoyando la cabeza en la pierna de ella. A ver, no voy a ser falsa, no es que se crea irresistible, es que lo sabe, el chico está tremendo, las cosas como son… Aunque la verdad es que a mí nunca me han ido los guapos. Me gusta verlos, como es lógico, pero no me pone nada el rollo guaperas perdonavidas. Me llama mucho más un tío normalito pero interesante, que no tenga esa actitud de hacerte sentir la más afortunada del mundo por estar con él.

Que, en realidad, ahora que lo pienso, para lo que busco yo en un tío eso me debería poner más, porque yo no soy de repetir. Alguna vez lo he hecho, pero, en general, prefiero que la cosa no se alargue más allá de una noche.

El marido de Greta tiene pinta de ir del mismo palo que el rubito. No parecen mala gente, pero tienen ese halo de tíos buenos que me da tanta pereza. Tampoco es que vaya a intentar nada con ellos, los dos tienen pareja y ahí sí que no me meto. Yo no la tengo ni lo he pretendido nunca, pero por nada del mundo me metería en medio de una. Antes me liaría con el chaval de las gafas. Me ponen los tíos con gafas, es así. ¿Por qué? Ni idea. Creo que lo que más me gusta es cuando se las quitan y les cambia la cara, se les quedan los ojillos pequeñitos y tienen una expresión rara. Eso me encanta. Este chico no está mal, aunque está contando una historia que me resulta cero interesante, algo sobre el colegio donde trabaja, menudo muermo.

Los demás le prestan toda su atención y parecen interesados en el relato, aunque igual solo están disimulando. Está sentado junto a mi cuñado, que tiene su habitual cara de acelga y está al lado de la de las tetas operadas. Nadie me lo ha dicho, pero esas tetas son más falsas que mi color de pelo. Junto a ella está Greta, que mira al de las gafas, que se me ha olvidado cómo se llama, y parece muy atenta a lo que cuenta. Su marido pasa del colega y la mira a ella con cara de retrasado. Greta lleva el pelo recogido y varios mechones rebeldes enganchados detrás de las orejas. Él acerca su mano a la oreja de ella y le suelta uno de los rizos, que inmediatamente le cae a ella sobre la cara. Se lo retira al momento y lo mira mal.

—Marc, joder —murmura.

Vale, el guaperas marido de Greta: Marc.

Él se ríe entre dientes y finge prestar atención al que está hablando, pero en cuanto ella hace lo mismo, repite lo de soltarle un mechón de pelo. Se lleva una palmada en el brazo y se parte de risa.

La cuarta vez que lo repite pierde todo mi interés. Si yo fuera Greta, le habría dado ya una hostia con la mano abierta, a ver si se le iban las ganas de hacer el imbécil. Me giro hacia la de las tetas grandes, que es la que está hablando ahora.

—Entonces, en cuanto pasen las Navidades, fiesta en mi casa por mi cumpleaños —está diciendo la amante de la silicona.

—Guay.

—Mola.

—De disfraces —aclara ella.

—¿Disfraces? —se quejan varios.

—Sí, de películas.

Se oyen un par de gruñidos de protesta, pero ella se defiende.

—Mi fiesta, mis reglas: disfraces de películas. Venga, no seáis muermos, será divertido.

—¡Hostia, hostia, hostia! ¡Joder! —los gritos de Marc (me he acordado del nombre, medallita para mí) interrumpen el relato y todos nos giramos a mirarlo. Se ha puesto de pie y está dando saltos como si quisiera quitarse un bicho o algo de encima, pero no se ve nada. Greta, sentada en el suelo a su lado, se descojona—. Nena, te has pasado… ¡Hostia, joder!

Todos observamos con atención al chaval. Greta se ríe tanto que si no estuviera sentada ya se habría caído al suelo. Él parece ya desesperado. Finalmente se desabrocha el pantalón y se mete toda la mano dentro buscando algo. Hurga un rato y finalmente saca un hielo de sus partes y lo suelta dentro del vaso de ella.

—Qué cabrona eres… Ahora disfruta de mis pelotas…

Todos se descojonan, pero Greta la que más. Él vuelve a abrocharse el pantalón y a sentarse con todos.

Tras esa interrupción, presuntamente cómica, la muchacha de las tetas imposibles vuelve a hablar de su futura fiesta. Piero sigue a mi lado, masajeando a la preñada, que ahora le está haciendo cosquillitas en el cuello al rubiales. Él ha cerrado los ojos y todo, yo creo que pasa de su colega y de esta disertación sobre una fiesta que aún no ha tenido lugar.

—Estrellita, mi amor —suelta el rubio con los ojos cerrados—. Me estoy empalmando mogollón… O paras las cosquillitas del cuello o le pones remedio…

—Joder, cerdo, que estamos todos delante… Y es mi hermana. —El marido de Greta le lanza algo que no llego a ver. El otro se ríe.

—Paro, paro… —dice la tal Estrellita retirando la mano.

—No, no, respuesta incorrecta —responde el guaperas incorporándose un poco y los demás se parten de risa.

—Me parece a mí que tú ya no estás convaleciente… que le estás echando mucha cara —le dice su mujer.

—¡Milagro! ¡Me he recuperado! —exclama el rubio—. Vámonos a casa a celebrarlo.

Todos se ríen, menos la de las tetas, que tiene una sonrisa de lo más falsa. ¿Hay algo en esta muchacha que sea de verdad? Aunque en este caso la entiendo, a mí tampoco me ha parecido gracioso, no sé de qué va esto. Igual es humor español y no lo pillo.

El cacharro que tiene Estrella delante empieza a emitir un sonido desagradable.

—Samu, cariño, te toca…

Vale, el rubio guaperas: Samu.

Él gime y rueda sobre la alfombra hasta quedar tumbado bocabajo. Patalea y finge llorar.

—No, no, joder, no puedo más.

—Venga, Samu, no hagas el gilipollas, que no despierte al otro…

—Vooooy —reniega mientras se pone de pie y al momento desaparece del piso. No tarda en cesar el ruido infernal que salía del aparato.

Nos quedamos todos en silencio durante un momento.

—A ver, Dani, vamos a hacer las cosas bien… —se oye a Samu a través del intercomunicador—. Lo mejor para coger el sueño es un trago de *bourbon*, vamos a echar ahora mismo un chupito en el biberón…

Todos sueltan una carcajada. Estrella pega un bote sobre la alfombra y hace el amago de ponerse de pie.

—Que no… Que no vengas, cariño. —La cara del rubio ocupa toda la pantalla y está descojonándose—. Sé que me estáis escuchando, solo quería darte un sustito, voy a dormirlo por el método tradicional y vuelvo…

Todos, incluso ella, vuelven a reírse.

VEINTE

UNA DURA PETICIÓN

CHUS

Ha pasado casi un mes desde que vinieron todos a casa. He aprovechado las vacaciones de Navidad para terminar de instalarme y ultimar los detalles que faltaban en mi piso nuevo. Ya me he acostumbrado. Me encanta vivir ahí, con Tote. Menos mal que me crucé con él, no sé qué haría yo solo, se me caería la casa encima. En cuanto a eso, ahora lo más urgente es dejar de posponer lo de buscar un compañero de piso, voy a tener que hacerlo si no quiero ir ahogado con los gastos, una hipoteca para uno solo es demasiado.

He vuelto al instituto y a la rutina, aunque me habría quedado varias semanas más de vacaciones, la verdad. Tengo el horario apretadísimo este curso, tanto que me agobio solo de pensarlo. No sé muy bien cómo me lo voy a montar. Estoy en la sala de profesores intentando organizar un poco los marrones que tengo cuando oigo un ruido en el pasillo. Levanto la cabeza y veo entrar a Inés con paso apretado directa hacia mí.

—Te estaba buscando —dice en lo que creo que pretende ser un susurro, pero que resuena en toda la sala. Tiene algo así como un don, su voz siempre suena fuerte, por mucho que intente que no sea de esa manera. Eso le vendrá bien para dar clase, supongo, pero a veces estar muy cerca de ella puede resultar molesto. No como persona, es buena tía, es más una cuestión de salud auditiva.

—¿A mí? —pregunto cuando ya está llegando a la mesa donde estoy.

—Sí, vengo de conserjería. Acabo de ver al tío más bueno del mundo y estaba preguntando por ti… Aún no me puedo creer que fuera real. Les he dicho a él y al conserje que creía que estabas reunido, que iba a comprobarlo, necesitaba que me contaras primero quién es y de dónde has sacado a alguien así…

—Si no me das más pistas… —Juro que no sé de qué coño me habla. No sé quién puede haber venido a verme, y juraría que todos mis colegas han pasado ya por aquí en algún momento… Aunque puede que nunca hayan coincidido con ella, no sé, ahora ya dudo.

—¿Pistas? A ver, Jesús, cariño, que, aunque seas un tío, tienes ojos en la cara, no me creo que no seas consciente de cómo está tu amigo.

—Tía, en serio, dame alguna pista…

—No te creo, es el tío más bueno del mundo… No parece que lo hayan parido, lo han esculpido… Y tiene un acento italiano y una sonrisa que pueden hacer que se te caigan las bragas solo con mirarte y decir *buonasera*…

—Vale, joder, Piero —me río. Al momento me preguntó qué hará aquí—. ¿Le has dicho que suba o bajo yo?

—He intentado ganar tiempo para venir a pedirte explicaciones primero. Voy a avisar de que estás aquí y, mientras llega, quiero toda la información.

Se acerca al teléfono que hay en la sala de profesores y, tras hacer la llamada, vuelve al momento a mi lado.

—Bueno, rápidamente, antes de que llegue… Preséntamelo. ¿Tiene novia? ¿O mujer?

—No —me río—, no tiene novia ni mujer.

—¿Cómo es posible? ¿Tiene alguna tara? ¿Es un rarito? ¿Es un cabrón? Claro, no se puede estar tan bueno y no ser un cabrón, va con los genes. —Pone cara de disgusto.

—Qué va —me descojono—, es de las mejores personas que conozco…

—¿A qué se dedica? ¿Es un inútil? ¿Un vago? ¿Un bala perdida?

—Para nada —sonrío—, es médico.

—Joder, para, que no puede ser más perfecto.

—Lo es.

—Entonces, ¿por qué no está con nadie?

—Yo no he dicho eso —me río.

—Pues ya me contarás… ¿En qué quedamos? ¿Tiene o no tiene novia?

—A ver, ¿te acuerdas de mi amigo Luis, el fotógrafo? El que nos hizo el favorazo de hacernos las fotos para la web el curso pasado…

—Claro que sí, es un encanto, y monísimo, aunque no está tan bueno como el italiano… ¿Qué tiene él que ver en esto?

Intento ponerme serio, pero me está costando.

—Es su marido —digo por fin.

—Ay, joder, claro, es gay… Era demasiado perfecto para ser real. —El tono de decepción en su voz es más que evidente—. Qué desperdicio.

—Le diré eso a Luis de tu parte —me río—. Además, ¿tú no estás casada también?

—Me separé este verano… Me apetece desmelenarme un poco, me encantaría tirarme a un tío bueno, pero me temo que no será este…

—No —me vuelvo a reír—, este no será.

Hace una mueca de fastidio tras mis palabras. Siempre he tenido mucha confianza con ella, nos llevamos muy bien, aunque esta faceta suya tan desatada no la había visto nunca. Al momento nos interrumpe Piero desde la puerta.

—Ah, estás aquí, menos mal, este lugar parece un laberinto. —Sonríe al vernos.

—Hola, Piero, ven que te presente a mi compañera Inés.

Llega hasta nosotros con paso ligero y le besa la mano mientras la mira a los ojos.

—Encantado, señorita Inés, un placer conocerla. —Sonríe de un modo que intuyo que es lo que Greta llama «la sonrisa bajabragas de Piero».

Mi compañera se pone roja y agacha la mirada, nunca la había visto así de cortada, pues menuda es ella, no pensé que hubiera algo o alguien capaz de intimidarla, pero ahí está el italiano haciendo que le fallen las rodillas.

—Bueno —articula ella por fin con un gorjeo en la garganta—, me voy a preparar mis clases. Encantada, vuelve cuando quieras.

—Así lo haré. —Piero sonríe y asiente con la cabeza.

Ella desaparece de nuestra vista tan deprisa que temo que se haya convertido en un dibujo animado.

—Bueno, ¿qué te cuentas? ¿Qué te trae por aquí? —le pregunto a mi colega en cuanto nos quedamos solos. El resto de los compañeros que estaban en la sala de profesores (eran pocos) se

deben de haber ido sin que me diera cuenta.

Suspira y se sienta sobre la mesa frente a la que estoy.

—Necesito pedirte un favor…

—Claro, tío, lo que sea, lo que necesites. —No tengo ni puta idea de por dónde pueden ir los tiros, pero con todo lo que ha hecho él por mí en estos meses, no hay nada que me pueda pedir y que esté en mi mano que yo no haría por él con los ojos cerrados.

—Es un favorazo enorme, necesito que digas que sí, en tu mano está salvar mi matrimonio…

—Tío, joder, me estás asustando. —Me reclino en el asiento—. ¿Tienes problemas con Loui? ¿Qué os pasa? No sé en qué puedo ayudar, pero cuenta conmigo para lo que sea, ¿necesitas que hable con él?

—No, no, qué va, no es eso… No tenemos problemas… de momento, pero lo veo venir… Necesito tu ayuda, te necesito de verdad…

—Tío, en serio, no te agobies, cuenta conmigo para lo que sea, ¿qué necesitas de mí?

Suspira, cierra los ojos y luego respira hondo antes de abrirlos. Me mira fijamente mientras me hace la dolorosa petición:

—Necesito que le alquiles la habitación que tienes libre a mi hermana.

Sus palabras caen como un jarro de agua helada sobre mí. Esto me acaba de dejar más jodido que la hostia que me dio hace unos meses. No, mierda, no, compartir mi recién estrenada independencia con el engendro del mal es lo último que me apetece.

—Sé que es una putada, y no te lo pediría si no fuera importante, pero sé que Luigi no la soporta y ella no lo está poniendo nada fácil. Yo te pagaría el alquiler, incluso más por lo molesta que puede ser y porque necesito que alguien la tenga más o menos controlada. Ya sabes cómo es, es una irresponsable, entiende que no puedo dejar que se vaya a vivir por su cuenta o con desconocidos. Sé que es mucho lo que pido, pero no lo haría si no fuera importantísimo de verdad para mí. ¿Qué dices?

—Claro, tío, sin problema, lo que necesites —respondo rápidamente para tranquilizarlo. Aunque me apetece menos que una patada en los huevos, no puedo decirle que no, es un colega, el mejor que he tenido en estos meses. Me alegro de poder hacer algo por él, se lo merece todo.

—Me salvas la vida —sonríe aliviado—. Eres el mejor amigo del mundo, ¿lo sabías?

Baja de la mesa de un salto y tira de mí para que me ponga de pie. Me da uno de esos abrazos suyos tan intensos y yo me siento feliz al momento. Su energía y su felicidad son contagiosas.

¿Que la italiana de los cojones va a convertir mi vida en un horror? No tengo ninguna duda, pero que es lo menos que puedo hacer por Piero también lo tengo clarísimo. Cierro los ojos aún abrazado a él y visualizo lo que van a ser unos meses infernales… Esta vez voy a probar a visualizar lo negativo, a ver si así sucede lo contrario.

Igual no es tan mala gente, lo mismo solo hay que conocerla…

«¿Otra vez flipándolo en colores, Chus?»

Efectivamente, ese soy yo, el colgado que siempre espera lo mejor… No me sale visualizar en negativo, no me sale esperar lo peor de la gente… En el fondo estoy seguro de que al final conseguiré llevarme bien con la hija de Satán.

VEINTIUNO

MI NUEVA INQUILINA

CHUS

El timbre suena a la hora acordada, parece que no se han echado atrás.

Respiro hondo antes de abrir la puerta. El italiano me saluda con su sonrisa radiante y su hermana tiene una expresión de lo más neutra, no sabría decir si está ilusionada o decepcionada… Quizá simplemente le dé todo igual.

Me aparto a un lado y los invito a pasar con un gesto de la mano. Una vez dentro, los acompaño hasta la que ya es la habitación de Carina. Joder, adiós a mi tranquilidad, adiós a mi intimidad, e incluso es posible que adiós a mi salud mental. Tote se pone frente a ella, que empieza a hacerle mimos. Él mueve la cola entusiasmado. Bueno, al menos se lleva bien con mi perro, algo es algo.

Dejamos al bicho deshaciendo las maletas (sí, cuando digo *bicho* me refiero a ella y no al perro) y vamos Piero y yo a la cocina. Abrimos un par de birras y nos sentamos en las banquetas que hay en la barra que la separa del salón.

—Necesito tu número de cuenta para pagarte una renta —me suelta directamente.

—Olvídate de eso, nano, no lo hago por la pasta.

—Lo sé, lo sé, pero la ibas a alquilar y ya no puedes… Además, yo me siento mejor si te pago un alquiler.

—De verdad que no hace falta…

—Bueno, pues piensa que es dinero de Loui también, al fin y al cabo, esto lo hacemos por él. ¿A él tampoco le coges el dinero? Si no lo aceptas, le saldrá por las orejas… Y no queremos eso, ¿no? Mi pobre Luigi, ahogado entre sus millones…

Me descojono con las salidas del italiano. No me mola aceptar pasta de mis colegas, pero es cierto que iba a alquilar la habitación para ir más desahogado con la nueva hipoteca y eso. Si no acepto la pasta, no sé si voy a llegar a fin de mes… Y lo cierto es que Loui tiene más pasta que nadie que conozca y Piero es médico. Además, la casa se la regalaron los padres de Loui, no tienen hipoteca… Joder, ¿qué coño? Tiene razón, que me paguen alquiler.

—Está bien, tío. —Bajo de la banqueta y voy hasta el cajón donde tengo todos los papeles del banco y esas movidas. Localizo la cartilla y se la paso a Piero.

Él sonríe y le hace una foto con el móvil al número de cuenta.

—¿Cuánto al mes? —pregunta.

—Ni lo había pensado, nano, me da igual. No sé lo que vale alquilar una habitación. Tenía pensado investigar primero cómo estaban los precios, pero aún no lo había hecho. Lo que pensaras gastarte, me da lo mismo. Algo simbólico que os haga sentir bien y ya, no necesito

mucho.

—Vale, pues lo dejaré en manos de Loui, que se ocupe él que sabe más de cosas de dinero…

—Perfecto —asiento.

—Genial, pues le dejamos esto a Luigi y tú y yo no volvemos a hablar de dinero nunca más. A menos que pienses que lo que decida Loui es poco, entonces dímelo, en serio.

—Vale, nano, tranquilo, te lo diré —miento, ¿qué coño le voy a decir? Ni loco le voy a pedir más pasta. Lo que ellos decidan (o decida Loui, por lo visto), bien estará, él controla más de estas cosas. Yo no tengo ni puta idea y, además, me resulta muy incómodo hablar de dinero con los colegas.

Saco un bote de cacahuetes con miel que compré ayer para acompañar las cervezas. Me encanta esta mierda. Vero era (es, supongo) alérgica a los cacahuetes y llevaba años sin comerlos por ella, pero ayer, cuando fui a hacer la compra, me desquité. Fue lo primero que cogí, de hecho. Me podría alimentar solo de esto.

—Chus, ¿el baño? —interrumpe Carina desde el umbral de su habitación con un neceser en la mano.

—Esa puerta —indico con un gesto—. Pon ahí tus cosas tranquilamente, yo tengo otro en mi dormitorio, ese no lo usaré.

Ella asiente y sonríe brevemente antes de desaparecer dentro del aseo. Durante un instante hasta parece humana.

Piero saca una bolsa que ha traído y me dice que va a hacer él la cena, como algo especial. Pobre, es evidente que se siente culpable por haberme encasquetado a su hermana. Y lo entiendo perfectamente, supongo que en su lugar yo estaría igual.

Decido no discutirle. ¿Por qué iba a hacerlo? Cocina de putísima madre y así no será tan raro para Carina y para mí cenar solos casi sin conocernos. Se mueve con su energía habitual entre mis armarios y fogones como si los conociera de toda la vida, cuando casi no los conozco ni yo. Va canturreando[1] en italiano mientras lo hace, este tío es todo energía y buen rollo.

—Oye, nano, me sabe mal que dejes solo a Loui para quedarte aquí con nosotros.

—¿Solo? —sonríe—. En mi casa nadie está solo. Tiene a Gina, a Greta, a Marc…

—Claro, cierto —me río.

—Además, estamos casados, es bueno tomar distancia algún que otro día… Que me eche un poco de menos, así me recibe con más ganas. —Hace un movimiento sugerente con las cejas.

—No es mal plan —asiento.

Joder, yo no tengo a nadie que me eche de menos, ni que me reciba con más ganas, solo al perro… Vale, estoy llegando a un grado de autocompasión lamentable. ¿Qué pasa si no estoy con nadie? Nada. ¿Y si no estoy con nadie nunca más? Pues tampoco nada. Mentira, sí que pasa, claro que pasa, joder. Yo no quiero estar solo. ¿Y si tiene razón mi abuela y soy feo de cojones? Igual ninguna tía quiere acercarse a mí nunca más… ¿Estaré solo el resto de mi vida? ¿Era Vero mi única opción?

—Nano, ¿puedo hacerte una pregunta de gay?

El italiano se gira a mirarme con expresión divertida tras bajar el fuego de la sartén que tiene delante.

—¿De gay? —sonríe y levanta las cejas—. ¿Qué quiere decir «una pregunta de gay»? ¿Vas a hacerme la típica pregunta de hetero ignorante de si soy el activo o el pasivo?

—No, no tiene nada que ver con eso —me río al decirlo, pero me pongo serio enseguida—. Necesito que me contestes con toda la sinceridad del mundo, aunque duela.

Él borra su sonrisa al momento, apoya el culo en la encimera y se seca las manos con un

paño antes de dejárselo en el hombro.

—Dispara, ¿cuál es la pregunta?

Trago saliva y me rasco la nuca. Ahora me da palo, igual es una gilipollez. ¿Me callo? ¿Lo dejo estar?

—¿Y bien? —insiste levantando las cejas—. ¿No me ibas a preguntar algo?

Sí, joder, es Piero, a él puedo preguntarle. Él no va a estar riéndose de mí por esto después. No, no lo creo. Venga, va, me lanzo.

—A ver… ¿Tú dirías que soy feo de cojones?

—¡¿Qué?! ¡No! —responde automáticamente y sin pensarlo ni un segundo—. ¿Qué dices? ¿De dónde sacas esas ideas?

—¿De tener ojos en la cara? ¿De un espejo? —me río—. ¿De ver toda la vida cómo las tías se enamoraban de Samu y de Marc?

—Todo el mundo es *bello*… Cada persona tiene belleza, porque todo cuerpo cuenta una historia…

—Va, nano, no te me pongas en plan *hippie*, necesito que me digas la verdad.

—¿De dónde has sacado esa idea absurda?

—Pues mi abuela me lo ha dicho más de una vez… Y el otro día tu hermana también…

—¡Carina! —grita a pleno pulmón y ella aparece enseguida y viene hasta nosotros.

Él le dice algo en italiano y ella responde en su idioma también. Se enzarzan en una especie de discusión cada vez más acalorada de la que no entiendo ni una palabra. Yo no tengo ni puta idea de italiano y hablan muy deprisa. Finalmente parece que se calma un poco la cosa y ella se dirige a mí:

—Perdona por lo que te dije el otro día, Chus. Fue un comentario de mal gusto y ni siquiera era cierto. ¿Algo más? —añade dirigiéndose a su hermano.

Él resopla y murmura más cosas en italiano, pero finalmente parece rendirse con ella. Si lo sé, no le digo nada, qué situación más incómoda.

Por suerte, Piero vuelve a ser él mismo al instante y desvía la atención haciéndonos pensar en la cena. Entre los tres ponemos la mesa y nos sentamos a cenar envueltos en un ambiente extraño.

En un momento dado después de cenar, que yo habría deseado que no llegara nunca, el italiano decide marcharse y dejarnos solos. Cierro la puerta con un suspiro sin saber muy bien qué hacer ahora.

VEINTIDÓS

HISTORIAS DE AMOR

CARINA

En cuanto Piero se marcha y nos quedamos solos, un incómodo silencio se instala en el ambiente.

—¿No tienes tele? —pregunto para romper el hielo. No sé de qué hablar con este tío.

—No, no me gusta, atrofia la mente —responde distraído mirando hacia otro lado.

—Ajá —contesto simplemente, porque no sé qué decir. ¿Quién no tiene tele? Qué tío más raro—. ¿Y qué haces cuando estás en casa? —Echo un vistazo a mi alrededor y compruebo que en la sala hay bastantes estanterías llenas de libros, solo libros, ni un objeto de decoración o algo —. Lees, ¿no?

—Sí, hago más cosas, pero leo bastante. —Se sienta en el sofá y coge un libro que hay en la mesilla junto a él.

Yo me acerco a una de las estanterías y me pongo a mirar los títulos. El perro me sigue y yo le voy acariciando la cabeza. Creo que este chucho va a ser lo mejor de vivir aquí.

—¿Los has leído todos?

Él levanta la cabeza de su libro y me mira.

—No, claro que no.

—Me ha dicho Piero que eres profesor.

—Sí, de instituto, de Filosofía.

—Filosofía… Eso es lo de pensar, ¿no? —Anda que, vaya comentario. Parece que soy yo la que no piensa mucho.

—Sí —se ríe entre dientes—, es «lo de pensar».

—Venga, profesor, recomiéndame un libro. Voy a leer yo también, a ver si así me vuelvo lista…

Él se pone de pie, se acerca a mí y empieza a mirar los libros de la estantería que estaba ojeando yo.

—¿Qué te apetece? —pregunta sin apartar la vista de los estantes.

—Ver la tele —respondo sin pensar.

—No hay, ¿qué te apetece «leer»?

—Ah, ni idea, no me leo un libro desde el instituto. Y tampoco te creas que me los leía todos… Bueno, no me leí casi ninguno, eran un rollo. ¿Están ordenados de alguna manera?

—Por géneros —contesta—, así puedo elegir lectura según lo que me apetezca en ese momento.

—Bien pensado, ¿cuáles son estos?

—Terror.

—¿Y estos?

—Novela negra.

—¿Y estos?

—Aventuras.

—¿Y estos?

—Fantasía.

Voy pasando de una librería a otra y señalando.

—¿Y estos?

—Clásicos.

—¿Y estos?

—Romántica.

—¿Romántica? ¿Eso es de amor?

—Sí.

—¿Son de tu exnovia? ¿Te los quedaste cuando os separasteis? Me dijo mi hermano que tuviste una novia durante muchos años, pero que ya no.

—No eran de ella, son míos.

—¿No es raro un tío leyendo historias de amor?

—Me gustan. —Se encoge de hombros—. ¿Qué quieres que te diga? Siempre he sido un romántico.

—Y ¿por qué rompisteis?

—No me apetece hablar de eso.

—¿Hace mucho?

—En abril —resopla.

Hago la cuenta mental rápidamente.

—Nueve meses, como un embarazo… Si no ha tenido un hijo en este tiempo, ya estás libre de peligro. —Me río, pero creo que él no ha pillado la broma, sigue serio—. ¿Vivíais juntos?

—Sí —resopla.

—Yo nunca he tenido novio. No soy nada romántica. Creo que lo del amor es un cuento para vender libros y películas… Yo soy más de follar. Sin repetir si puede ser, cada vez uno.

Se pone muy rojo y desvía la mirada de nuevo a los libros. Qué gracioso, parece que le ha dado corte que hable de eso. Es mono y huele muy bien. Me lo podría tirar, pero hasta yo, que no soy muy lista, sé que eso con mi compañero de piso sería un error o, como poco, incómodo.

—Toma, este igual te gusta. —Saca un libro de la estantería y me lo da.

—*Nada*[1] —leo el título en voz alta—. ¿Por qué me puede gustar? ¿De qué va?

—De una chica jovencita que se va a vivir a otra ciudad con gente a la que no conoce y empieza una nueva vida.

—¿Como yo? ¿Y qué le pasa?

—Tendrás que leerlo para averiguarlo.

—A ver si lo adivino: lo pasa mal, conoce a un chico, gracias a él deja de pasarlo mal, se enamora, se casan y ya se queda en esa ciudad con él y son felices para siempre…

—No —se ríe—. Nada que ver.

—¿No es una historia de amor?

—No.

—Vale, mejor, no me gustan.

—Me ha quedado claro —asiente.

Él vuelve a su extremo del sofá, se sienta con las piernas a lo indio y se pone de nuevo a leer. Yo hago lo mismo en el otro extremo. Tote se acomoda entre ambos.

Leo la primera página.

—Vaya rollo, esto es un muermo. No pasa «nada». ¿Por eso se llama así?

—No —suspira—, y sí que pasa. Dale una oportunidad, el principio de casi todos los libros cuesta.

—¿Cómo se llama el que estás leyendo tú?

—Un mundo feliz[2].

—¿De qué va? ¿Otra historia de amor de «fueron felices y comieron perdices para siempre»?

—No, no es romántica, es una distopía, una de las primeras, es un clásico.

—Mmm…

Estiro la pierna por detrás del perro y le doy un toquecito con el pie en la rodilla.

—Chuuuuus, ¿cuánto tiempo tuviste esa novia?

—Diez años —contesta distraído mientras sigue leyendo.

—*Cazzo*, ¿diez años? Eso es mucho tiempo.

—Sí —resopla.

—¿Te dejó ella?

—Sí. —Cierra los ojos un momento. Los vuelve a abrir y sigue leyendo.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que no quiero hablar de eso…

—¿Por otro? ¿Uno más alto? ¿Más guapo? ¿Más interesante? ¿Uno que no la obliga a leer y le deja tener una tele?

Se pone de pie de golpe.

—Me voy a dormir. Buenas noches, Carina.

Y se mete en su habitación. Parece que algo le ha sentado mal, pero no sé el qué. Qué tío más rarito.

VEINTITRÉS

SE QUEDA PENDIENTE

CHUS

Vaya día de mierda llevo, los chavales están alteradísimos hoy. No me han hecho ni puto caso en toda la mañana, y por la tarde la cosa suele ser peor aún. Me toca clase de filosofía con los de mi tutoría, qué horror, qué pocas ganas de soportar a Jairo.

Llego al aula y me cuesta conseguir que se queden en silencio, pero finalmente lo hacen. Empiezo con mi explicación mientras voy haciendo un esquema en la pizarra para que lo copien. Se oye un leve murmullo, pero nada muy escandaloso, puedo seguir a lo mío.

Cuando termino y me giro, veo a los de las primeras filas escribiendo interesados, pero los del fondo… Ay, los del fondo… Están hablando entre ellos, todos menos Jairo y Lorena, que se están enrollando como si estuvieran en un parque en lugar de en clase. Me quedo un poco bloqueado y no sé cómo reaccionar, jamás he visto a nadie hacer eso en clase. La mano de Jairo se cuela por debajo del jersey de ella y lo considero la señal para reaccionar.

—¡Jairo Zafra y Lorena Andújar! —Doy una palmada en mi mesa y levanto la voz. No hay otro Jairo ni otra Lorena, no hubieran hecho falta los apellidos, pero parece que así la cosa impone más—. Estamos en clase, un respeto a los compañeros y al profesor.

A ellos les da la risilla tonta, pero se separan y miran hacia el frente como si no hubiera pasado nada.

—Lorena, cámbiale el sitio a tu hermana. —Las dos protestan, a ninguna le hace gracia el cambio, pero obedecen a regañadientes.

Cuando acaba la clase, todos van saliendo apresurados, era la última clase del día. Jairo le dice a Lorena que le espere fuera, que quiere hablar conmigo.

—Jesús, tengo un problema —me suelta cuando nos quedamos solos.

—¿Académico? —pregunto.

—¿Qué? ¡No!

—Ya me extrañaba… ¿Qué te pasa?

—Estoy saliendo con Lorena, lo sabes, ¿no?

—Algo sospechaba, sí… Entiendo que a vuestra edad es difícil, pero tenéis que aprender a comportaros, no podéis hacer esas cosas en clase.

—Sí, sí, lo que tú digas… Ese no es el problema.

—¿Y cuál es?

—Que hemos quedado en que vamos a «hacerlo» este fin de semana —me cuenta con toda la naturalidad del mundo—, y yo no lo he hecho nunca —añade bajando mucho la voz—. Le he dicho a ella que sí, y a mis colegas… Todo el mundo cree que ya lo he hecho, pero no es verdad.

Estuve a punto una vez, pero me acojoné, y ahora me da miedo que ella se dé cuenta cuando vayamos a hacerlo…

—Vamos a ver, ¿cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Un huevo, cinco meses.

—Cinco meses no es un huevo, igual simplemente deberíais esperar…

—No, no, ella quiere hacerlo este finde, y yo también. ¿Qué hago, Jesús? ¿Cómo puedo hacer que no lo note?

—Si sigues empeñado en seguir adelante, mi consejo es que seas sincero con ella y le digas la verdad.

—Paso, que se descojonará de mí. Le voy a parecer un pringado.

—No le vas a parecer un pringado. La base de una relación es la sinceridad. Dile la verdad, seguro que ella también tiene miedo y agradece que seas sincero…

—Ella sí que lo ha hecho.

—O no, igual ha mentido como tú…

—Qué va. Bueno, y si no cuento la verdad, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Mi primer consejo es que esperéis, que aún es pronto; pero, si estás decidido, dile la verdad. ¿De verdad quieres hacer eso con alguien con quien no tienes la confianza suficiente como para ser sincero?

—Sí, claro, está buenísima.

Resoplo como respuesta.

—Tú verás, Jairo, me has preguntado y ese es mi consejo.

—¿Tú follas?

—¿Perdona?

—Que sé que te separaste el año pasado de la chati de la ONG… ¿Estás con otra? ¿O pasas de todo y te estás inflando a follar ahora que estás soltero otra vez?

—Jairo, mi vida privada no es asunto tuyo… ¿Tienes algo más que hablar conmigo? Relacionado con tus estudios, preferiblemente.

—No, tío, ya me apañaré este finde… Ya te contaré.

«No me cuentes, por favor, no quiero saber…», pienso, pero en lugar de decírselo, hago un gesto de asentimiento con la cabeza. Se supone que los tutores estamos para orientarles en lo que necesiten, y no solo en cuestiones académicas.

Se marcha por fin y yo me quedo recogiendo para marcharme también.

—¿Te tomas una cerveza conmigo? —me pregunta Inés cuando estoy a punto de irme.

—Claro.

Por un lado, estoy deseando llegar a casa, pero, por otro, me parece buen plan lo de la birra. No sé si me apetece ver a Carina o si estoy intentando retrasar ese momento lo máximo posible. Anoche tuve buen rollo con ella, al menos hasta que empezó a hacer preguntas incómodas, pero, salvando eso, creo que hasta podríamos llevarnos bien.

Sigo a Inés hasta una cervecería alemana que no queda lejos del instituto, pero lo suficientemente pija para que no vengan por aquí los chavales. Tres cervezas después, yo estoy ya medio mareado y me parece que Inés no tiene intención de parar de pedir birras. Me estoy riendo mucho con ella. Me ha contado su separación, llevaba casada ocho años (es algo mayor que yo, aunque nunca le he preguntado su edad, es de mala educación) y este verano dijo «hasta aquí». Aunque sea algo dramático, lo cuenta de manera divertida, es evidente que o lo ha

superado o nunca le importó demasiado, porque no para de hacer chistes sobre la situación.

A medida que avanza su historia, se va a acercando a mí. ¿Es algo casual o lo está haciendo adrede? Cuando interrumpe su relato y se inclina a besarme, me queda claro que todo ese acercamiento no ha sido accidental.

—¿Qué haces, tía? —pregunto separándome un poco de ella. Voy algo mareado, pero no tanto como para no saber lo que hago.

—No me digas que no lo has pensado nunca… —sonríe.

Pues, la verdad, creo que nunca lo había pensado. Jamás la he visto de esa manera, yo estaba enamorado de Vero y no tenía ojos para nadie más. Y después de romper con ella (vale, no rompimos, me dejó, llamemos a las cosas por su nombre), todavía estaba muy reciente y yo muy hecho polvo como para plantearme nada con nadie… Pero si le digo que nunca me lo había planteado, lo mismo se ofende. Y si le digo que sí, igual se piensa que estoy colgado de ella… Joder, ¿qué coño hago?

—Sssí, puede que sí —suelto una media verdad, o una media mentira, según se mire, y ella sonríe de nuevo antes de volver a meterme la lengua en la boca.

Joder, me gusta, me apetece, pero estoy seguro de que esto no es correcto.

—Para, para, Inés —digo cuando consigo separarme un poco de su boca.

—¿Qué pasa? Déjate llevar, no le des tantas vueltas a todo…

—Creo que esto no es buena idea —suelto con un gemido de por medio porque ha empezado a besarme el cuello.

—Déjate llevar —susurra.

—No estoy todavía para empezar una relación, Inés, mi separación está muy reciente…

—¿Quién ha hablado de relación? Solo quiero pasar un buen rato, Jesús… Somos adultos, sabemos lo que nos hacemos…

—No sé, tía, creo que sería complicar las cosa…

Me calla metiendo la lengua en mi boca y llevando su mano a mi entrepierna, por encima de los vaqueros. Vale, joder, ¿quién soy yo para discutir? Si ella lo tiene claro y mi cuerpo también, silenciar a mi cabeza será lo más sencillo…

—Hoy no podemos terminarlo porque tengo que ir a recoger a mi hija y además estoy con la regla… Pero lo dejamos pendiente para otro día, ¿vale? ¿El fin de semana? ¿Tienes planes?

—Una amiga da una fiesta, pero puedes venir si quieres —sugiero.

—Jesús, cielo, no te equivoques… Quiero echar un polvo, pero no quiero una relación. Ni quiero conocer a tus amigos ni quedar para salir en plan parejitas. He estado casada ocho años, no quiero un tío en mi vida. Tú y yo somos amigos, los dos lo tenemos claro, la cosa no va a pasar de ahí, ¿correcto? ¿Lo tenemos claro los dos?

—Por supuesto.

—Perfecto, pues ya nos vemos mañana en clase. En el instituto haremos como que esto no ha pasado, pero dejamos pendiente terminarlo la semana que viene, ¿vale?

Asiento con la cabeza mientras ella se marcha y yo me quedo allí solo, pensando en que me acaba de rechazar una tía (que ni siquiera me gustaba) antes incluso de empezar con ella.

Igual estoy batiendo algún tipo de récord de rechazos acumulados.

Se me han bajado las cervezas de golpe, creo que ya puedo conducir hasta casa.

VEINTICUATRO

LA SONRISA DEL PAYASO

CHUS

Hago todo el camino a casa rayadísimo por la situación tan surrealista que acabo de vivir con Inés.

Cuando llego son casi las ocho de la tarde, llevo todo el día fuera de casa y, nada más cruzar la puerta, me encuentro a Carina sentada en el brazo del sofá, tocando el ukelele y cantando[1] en portugués. Cuando piensas que el día no puede ser más raro, ahí está la vida para volverte a sorprender.

—Hola, ¿qué tal? —la saludo al entrar.

Ella para de tocar y se dirige a mí.

—¿Siempre vienes tan tarde? —pregunta a modo de saludo.

—No, me he ido a tomar unas birras después de clase. ¿Estabas cantando en portugués?

—Ajá, es una canción brasileña. Me gusta la música brasileña…

—Sonaba bien, no sabía que tocabas un instrumento… —Voy hasta la cocina y cojo el bote de los cacahuetes con miel, necesito algo que me ponga de buen humor y no quiero liarme un canuto, pero noto el tarro demasiado ligero y no suena. Lo abro temiéndome lo peor y, efectivamente, está vacío—. ¿Te has acabado los cacahuetes?

—Sí, ¿te importa?

—Tía, joder, cuando te acabes algo, compra. O, al menos, avísame y lo compro yo. Me jode mucho contar con algo y que pase esto.

—¿Por unos cacahuetes? ¿En serio? —se ríe.

—No me hace gracia —le digo en el tono más amistoso que puedo, no quiero parecer un gilipollas que se mosquea porque se han comido sus cacahuetes, pero es que me ha jodido mucho. Llevaba todo el camino a casa pensando en ellos. Qué triste, ¿no?

—No lo haré más, palabrita. —Levanta una mano a modo de promesa de *boy scout* o algo—. No volveré a tocar tus cacahuetes.

¿Se está burlando de mí? Resoplo y respiro hondo para no echarla de mi casa el día dos. Por Piero, por Piero, esto lo hago por Piero.

—Ahora vengo. —Cojo mis llaves y cierro dando un portazo más fuerte de lo que debería, el resto de vecinos no tienen culpa de nada.

Toco el timbre de casa de Samu y me abre enseguida. Lleva a uno de los bebés en brazos y le está dando el biberón.

—Ey, ¿qué te cuentas, nano? Pasa.

Lo acompaño hasta la cocina y me siento en una silla, él lo hace en la de enfrente, al otro

lado de la mesa.

—¿Y Estrella?

—Se ha llevado al otro a dar un paseo a ver si se duerme, que el cabrón solo se soba en el carrito viendo mundo…

—Tío, no llames *cabrón* a tu hijo de nueve meses… —me río.

Él se descojona y no le da importancia.

—Bueno, ¿qué te cuentas? ¿Qué tal en clase?

—Raro, nano, llevo un día raro de cojones…

—¿Sí? ¿Qué ha pasado? Te noto como agobiado…

—Nada, que me acaba de cabrear un poco Carina…

—No te voy ni a preguntar por qué… Es que, vaya ocurrencia, meterte a la gilipollas esa en casa —se parte de risa—. ¿En qué estabas pensando?

—Yo qué sé, tronco. —Me paso una mano por la cara—. Me lo pidió Piero, no podía decirle que no…

—Es superfácil: NO. Tu hermana, tu marrón.

—Será que yo soy más blando…

—Eso será. —Asiente y se vuelve a reír. El crío da un último trago al biberón y él lo incorpora un poco y lo apoya sobre su hombro.

—Luego me ha pasado una movida rarísima con una compañera…

—¿Quién?

—Inés, ¿la conoces?

—Me suena de haberte oído nombrarla, pero no le pongo cara… ¿Qué ha pasado?

Le resumo la surrealista situación que he vivido en la cervecería y él me escucha con atención y una sonrisa enorme.

—Nano, nano, ¿te la has tirado en los lavabos?

—¡No! ¡Ni de coña! Me ha dicho que lo dejamos pendiente, que tenía la regla. Mejor, así me ha dado tiempo a pensármelo bien y le voy a decir que paso, que yo no soy de echar un polvo por deporte…

—Déjate de mierdas tío, tíratela, echa un polvo por deporte, te va a sentar de puta madre…

—No, tío, paso —niego con la cabeza mirando al suelo—. No es mi rollo, no saldría bien, curramos juntos, sería muy raro…

—Raro es que no lo hayáis hecho hoy… Tiene la regla, ya ves tú, con lo que mola un polvo guarro. Yo soy muy fan de la sonrisa del payaso. —Hace un movimiento sugerente con las cejas.

—¿Qué dices? ¿Qué es eso de la sonrisa del paya… ? ¡Argh, joder, qué cerdo eres, tío! Mierda, cabrón, lo estoy visualizando… Que no te oiga Marc o lo traumatizas de por vida.

—Marc que asuma de una puta vez que las hermanas también follan y punto.

Me muerdo la lengua para no hacer un comentario sobre su propia hermana y lo que me ha contado Jairo esta tarde… ¿Lo llevaría tan bien como cree? ¿O solo piensa en la hermana de Marc y no en la suya?

—Y tú —continúa con su disertación—, tírate a esa tía. Tendrás que volver al mercado en algún momento. Así te sirve de entrenamiento… Un polvo y ya, no te enamores de esa, que parece que solo quiere mambo… Le echas un polvo y *au*… Como mucho le haces la mirada del cocodrilo, pero nada más.

—¿Qué es la mirada del cocodrilo?

Samu se descojona y vuelve a hacer el movimiento de cejas.

—A ver, ¿cuándo miras a una tía como un cocodrilo? Asomando los ojos por encima de la

superficie, con la boca todavía sumergida en las humedades…

—Hostia puta —suelto una carcajada—. Estás fatal, nano… La mirada del cocodrilo, la madre que te parió.

Nos empezamos a reír los dos y su hijo elige ese momento para soltar un enorme eructo digno de un adulto. Nos da más risa todavía.

—Muy bien, hijo, misión cumplida. Ya has hecho tu faena de hoy, ahora a sobarla. —Le da unas palmaditas en la espalda mientras vuelve a hablarme a mí—: Voy a acostarlo, que ahora se queda sobado fijo.

—Guay, tío, me voy para casa, que ya se me ha pasado el mosqueo.

—Suerte, nano, que la niñata esa no te amargue la vida.

—Lo intentaré.

Resoplo antes de largarme a mi casa de nuevo.

VEINTICINCO

HAZME CASO

CARINA

¿Dónde se habrá ido? A casa del vecino, supongo. Parece que le gusta mucho estar en casa del rubiales. Llevaba todo el día esperando a que volviera y se ha pirado nada más llegar. Creo que se ha mosqueado por lo de los cacahuetes. Está muy mono cuando se mosquea, aunque le queda un poco raro.

Oigo ruido en el rellano. Ya vuelve. Cojo de nuevo el ukelele y finjo que sigo a mi rollo, será lo mejor.

—Hola —intuyo que murmura al entrar. ¿Murmura o gruñe? No lo tengo muy claro.

—¿Qué vas a hacer de cenar? —pregunto para pincharle un poquitín.

—¿Se supone que tengo que hacerte la cena? —gruñe, ahora claramente gruñe.

—Claro, es tu casa, soy tu inquilina, es el segundo día que estoy aquí y ayer cocinó mi hermano…

—Está bien —resopla y va hacia la zona de la cocina.

No, joder, no, Chus, pícate, es un argumento de mierda. Reacciona, *cazzo*. Dejo el instrumento en el sofá y voy hasta él.

—A ver qué haces, ¿eh? Que yo soy muy delicada para la comida…

Resopla como respuesta. ¿Eso es todo? ¿Qué hay que hacer para que este tío reaccione?

—¿Qué vas a hacer? —insisto.

—Carina, por favor, ¿me puedes dejar en paz un poquito? —vuelve a resoplar—. ¿Qué quieres cenar?

¿En serio? «¿Qué quieres cenar?».

Me siento en la encimera y lo miro mientras empieza a sacar cosas de la nevera.

—¿Dónde estabas? ¿En casa del guaperas?

—Sí —contesta como si ya estuviera cansado de la conversación… Y aún no hemos empezado.

—¿Qué se cuenta? ¿Ya ha desgastado todos los espejos de su casa y te ha pedido alguno tuyo? ¿O ha hecho un duelo con el marido de Greta a ver quién la tiene más grande?

—No te pases con ellos, son mis amigos…

—¿No te resultan un poco rabiosos? ¿O tú no entras en sus movidas? Claro, tú juegas en otra liga… Lo decís así, ¿no? Cuando alguien es muy guapo y otro no, que juegan en ligas diferentes… Ellos serían los guapos y tú el que estaría en otra liga…

—Gracias por la aclaración —murmura con los dientes apretados, pero me sigue ignorando. *Cazzo*, ¿por qué me ignora? Hazme caso, Chus, que llevo todo el día aburrida.

Sin pensar demasiado, cojo los platos que ha dejado sobre la encimera a mi lado y los tiro al suelo. Se rompen en mil pedazos con un ruidoso estruendo. Él se sobresalta al momento y luego nos mira alternativamente a mí y al destrozo que acabo de hacer. No se lo puede creer, normal, esto no cabe en la cabeza de nadie. ¿A quién se le puede ocurrir hacer una gilipollez de este calibre? Solo a mí. Si con esto no me hace caso, yo ya no sé qué hacer.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta por fin con cara de flipado.

Me encojo de hombros como respuesta.

—No entiendo por qué has hecho eso —murmura con la vista fija en el suelo mientras niega con la cabeza.

—¿Te molesta? —*Mamma mia*, ¿qué pregunta es esa? Y ¿qué más necesita para reaccionar? Debería echarme de su casa ahora mismo.

—Es que no entiendo por qué has hecho algo así.

—No sé, me apetecía —digo aun a riesgo de parecer la mayor retrasada del mundo.

—Bueno, vamos a dejarlo estar, no bajes de la encimera, no te vayas a cortar, voy a recogerlo…

¿Qué? *Cazzo*, este tío es tonto… Esta vez con toda la intención, cojo unos vasos que hay a mi alcance y los lanzo con fuerza al mismo sitio que antes.

—¡¿Qué haces?! —grita.

«¡*Cazzo*, sí, grita!».

Yo sonrío como si fuera imbécil y me encojo de hombros.

—¡Pero ¿tú eres gilipollas?! —se le llena la boca al decir *gilipollas* y adivino que le ha sentado de maravilla, se le tienen que haber hinchado los pulmones y todo.

No sé qué hacer ahora, porque debo de parecer imbécil, así que solo me río y lo confirmo.

—¿Te hace gracia? —Está mosqueado. Está muy mosqueado. Bien, buen comienzo.

—Es gracioso —digo entre risas. La verdad es que lo estoy forzando un poco porque parecer gilipollas no le gusta a nadie.

—Flipo contigo, la verdad es que no me extraña que… —Se calla de golpe y aprieta los labios.

—¿Qué? ¿Qué no te extraña? —pregunto ahora por curiosidad. Quiero saber lo que iba a decir.

—Nada, déjalo. —Intenta parecer calmado, pero sigue muy mosqueado.

—No, dime, ¿qué ibas a decir?

—Nada, joder, déjalo estar.

—No lo voy a dejar estar… ¿Tengo que romper algo más para que me lo digas?

Giro la cabeza a ambos lados mirando a mi alrededor como si buscara algo más para tirar al suelo.

—¡Ni se te ocurra tirar nada más, ¿me oyes?! —Le oigo, le oigo… Y tanto que le oigo—. Vas a recoger todo esto y, si te cortas los pies por ir descalza… ¡Te jodes!

Hace una pausa y respira hondo. El chucho nos mira acorbardado desde el otro extremo de la sala.

—¿Ya se te ha pasado el ataquito? —A veces me sorprendo a mí misma. Si me diera una hostia ahora mismo no le faltarían motivos, nadie podría culparlo.

Cierra los ojos y respira profundo un par de veces antes de abrirlos.

—Ya no quiero ni cenar. Me voy a la cama. Recoge esto, por favor. Prefiero no verte hasta mañana.

Y se pira con el perro siguiéndole hasta su cuarto. Qué poco ha durado la bronca. Otra vez

me ha dejado aquí sola.

Barajo la idea de no recoger el desastre que he organizado para que tenga cabreo acumulado por la mañana, pero me parece demasiado hasta para mí.

VEINTISÉIS

NADIE QUIERE TIRARSE AL HOMBRE DE HOJALATA

CHUS

Respira, Chus, respira. Piensa bien las cosas antes de hacer algo de lo que te puedas arrepentir.

Sostengo el teléfono en la mano no sé durante cuánto tiempo. Quiero llamar a Piero. Quiero llamarlo y decirle que saque a esta demente de mi casa. A esta tía tendrían que internarla. No debería tratar con seres humanos. Es peligrosa para sí misma y para los demás. Peligrosa para sí misma porque a la próxima la mato. La mato, joder. No es posible ser tan gilipollas.

Voy a llamarlo.

No, no voy a hacerlo y lo sé.

¿Qué pasaría si lo llamara? ¿Qué es realmente lo peor que podría pasar? Que Piero se disgustaría mucho, se enfadaría con ella… Tendrían movida, ella le haría estas mierdas a Loui en vez de a mí y tendrían bronca entre ellos. No quiero eso. Bastante tiene Piero con tener ese engendro de hermana como para que yo le añada más mierda. En qué puta hora la trajo de Italia… Tiempo le ha faltado al otro hermano para soltarla… Bueno, no, la han tenido unos cuantos años, estarán hasta los cojones… Normal, lo estoy yo en solo dos días.

Estoy tan cabreado que no voy a poder dormir. No puedo ni leer. Me llega un mensaje al móvil. Por favor, que sea Piero diciendo que la echa de menos y la quiere en su casa de vuelta.

Por supuesto, no lo es.

SAMU

Nano, ¿qué eran esos gritos?

CHUS

Si te cuento lo que ha pasado, no te lo crees.

Suena una llamada entrante y contesto enseguida para no despertar al resto de vecinos.

—¡¿Te la has tirado?!

—¡No! Claro que no, ¿qué te hace pensar eso?

—Tu mensaje.

—Estás enfermo, nano —me río, por lo menos gracias a él me río.

—Entonces ¿qué ha pasado? ¿Qué hay menos creíble que eso?

Le resumo en pocas palabras lo esencial de la situación que he vivido hace unos minutos.

—Esa tía es subnormal y está muy loca. Huye, nano.

—No puedo huir, tío, ya lo sabes.

—El Piero de los cojones, dile que se apañe con su marrón, te está haciendo chantaje emocional.

—Si no sabes lo que es el chantaje emocional, no hables, cielo, que puedes parecer un ignorante —oigo a Estrella a lo lejos a través del auricular.

—No me ha hecho chantaje emocional, me ha pedido un favor —aclaro.

—Un marrón —corrige Samu—. Te ha endosado un marrón.

—Cariño, no te metas. —Estrella de fondo una vez más—. No es asunto tuyo. Tú limítate a echarle una mano a Chus en lo que necesite y deja de opinar o de juzgar.

—A ver si ahora no voy a poder opinar —se queja Samu a su mujer—. Y yo le ayudo en lo que necesite, ya ves tú… Pero es que lo que necesita es librarse del bicho ese que tiene en casa.

—Bueno, nano, mañana hablamos, voy a ver si duermo algo —digo para dar por terminada la conversación, porque tiene pinta de que van a seguir hablando entre ellos y yo me voy a quedar aquí escuchando dos horas.

A ver quién duerme ahora con el mosqueo y el agobio que llevo encima.

Me doy una ducha, me pongo el pijama y me meto en la cama a leer. Tote se acomoda a mis pies. Con el cabreo se me ha pasado hasta el hambre en el momento, pero ahora me arrepiento de no haber comido algo.

Se abre la puerta de mi habitación de golpe y aparece ella.

—¡Coño, tía! ¿Qué haces? ¿No sabes llamar? —Entro en pánico porque perfectamente podría haberme pillado haciéndome una paja antes de dormir.

Se acerca a la cama sin decir nada y se sienta en el otro lado. Me tiende un plato que lleva en la mano.

—Te he hecho algo de cenar.

Cojo el plato, en el que descansa un triste sándwich, y le doy las gracias mentalmente, no estoy de humor para agradecerle nada después de la que me acaba de liar en la cocina… Doy un primer mordisco y siento puto asco, ¿qué es esta mierda?

—¿De qué es? —pregunto intentando tragar este engrudo.

—De plátano.

—¿Has hecho un sándwich de plátano?

—Sí, ¿te gusta?

—Es raro. —Es lo mejor que se me ocurre decir, porque «es lo más repugnante que he probado en mi vida» me parece demasiado desagradable para alguien que se ha molestado en hacerme algo de cenar. Simplemente decido no contestar.

—Andrea es gilipollas —dice ella cambiando de tema.

—¿Quién es Andrea? —pregunto descolocado, creo que no conozco a ninguna Andrea.

—La del libro que me diste anoche… ¿Quién deja de comer para comprarle flores a su amiga rica? Hay que ser muy imbécil.

—Ah, vale, no sabía de qué hablabas… Sí, es un libro con mucho subtexto…

—Eso no sé, pero ella es tonta perdida, me cae fatal.

—¿Por dónde vas?

—Lo terminé esta mañana. Leo rápido. —Se muerde el piercing de la lengua y mi mente enferma piensa por un segundo cómo sería notar ese metal. Lo destierro rápido de mi cabeza y dejo el plato en la mesilla de noche. Le he dado un par de bocados más, pero prefiero pasar hambre antes que seguir tragando esta porquería.

—¿Te ha gustado?

—Mmm, sí, está bien. ¿Me recomiendas otro o tienes intención de poner una tele?

—No voy a comprar un televisor, Carina.

—Vale, pues me leeré otro libro de momento… ¿Qué tienes por aquí?

Pasa por encima de mí para curiosear los libros que hay en mi mesilla de noche. Cuando ve que tiene debajo un estante, se inclina más para que su cabeza quede por debajo de la cama y poder mirar los títulos. El caso es que su culo está ahora mismo sobre mi regazo y yo necesito desviar la mirada. Pero es como un imán. Lleva unas mallas de yoga blancas que le hacen un culo absolutamente perfecto. Me pongo las manos detrás de la cabeza y miro hacia otro lado. Me concentro en pensar en el sabor del sándwich de hace un rato para distraerme y no empalmarme, porque estoy demasiado necesitado y sería muy fácil.

—*Una habitación propia*[1], *1984*[2], *Rayuela*[3], *La colmena*[4] —empieza a leer los títulos—. ¿Cuál me recomiendas?

—No sé, depende de lo que te apetezca —me sale la voz un poco rara. «Sándwich de plátano, sándwich de plátano»…

—Este, que es el más flaco. —Se incorpora y se vuelve a sentar frente a mí ya con mi copia de *1984* en la mano.

—Buena elección —respondo en tono neutro.

—¿De qué te vas a disfrazar en la fiesta del sábado? —pregunta cambiando drásticamente de tema.

—Ni idea, ha dicho Claudia que tienen que ser disfraces de películas… ¿Igual de alguno de los de *El mago de Oz*? Es un poco típico, pero se pueden comprar fácil.

—No, no, no, ni pensarlo. —Niega con energía agitando la cabeza—. Eso es cero sexi, y un disfraz comprado es muy cutre. Mejor algo que puedas conseguir con ropa normal o que puedas hacer tú mismo de modo sencillo… Pero nada de esa peli, que así no ligas ni de coña. Y necesitas ligar un poco, que estás muy tenso.

—Joder, vale, no lo había pensado…

—A ver qué tienes en el armario que nos pueda servir. —Se levanta de la cama de un salto y lo abre.

Empieza a curiosear perchas y cajones como si fueran sus cosas.

—¡Oh, lo tengo! —exclama cogiendo la gabardina negra que me regaló mi madre hace un par de años y que aún no he estrenado. La lanza sobre mi cama y luego coge un pantalón negro, una camiseta del mismo color y un cinturón y los lanza también—. Hola, Neo.

—¿Matrix? ¿En serio?

—Más sexi que *El mago de Oz*, te lo aseguro. Nadie quiere tirarse al hombre de hojalata, tío.

—Vale —me río—, está bien. Lo bueno es que ya lo tengo…

—Vas a estar sexi, Neo, muy sexi.

—Yo no soy sexi, tía…

—No, no —se vuelve a subir a la cama para hablarme cerca del oído—. Sí que eres sexi, Chus, muy sexi… Y ahora voy a pensar un disfraz para mí porque como que me llamo Carina que yo en esa fiesta me tiro a un tío bueno.

Y se marcha de mi habitación, entiendo que dando por terminada la conversación.

Yo me quedo con una sensación de lo más extraña sin saber ni por dónde me está dando el aire.

VEINTISIETE

TENEMOS QUE HABLAR

CARINA

Me despierto recordando lo que pasó anoche. Primero el numerito que monté con los platos y luego no se me ocurre otra cosa que decirle que es sexi. Como si me lo quisiera ligar. ¿Qué necesidad tenía de decirle algo así? Solo quería subirle la moral, y no deja de ser cierto: el chico es muy sexi. Pero igual ahora se siente incómodo conmigo. O igual se acuerda de la gilipollez de los platos y está cabreado…

Lo oigo trastear en la cocina sin atreverme a salir de la cama. Hoy me parece aún más estúpido lo que hice ayer. El caso es que voy a esperar a que se vaya, porque me da toda la vergüenza del mundo cruzarme con él ahora mismo.

Oigo la puerta de la calle y al momento el silencio lo envuelve todo. Espero un rato antes de salir de mi habitación por si se ha olvidado algo y vuelve a aparecer. Cuando ha pasado un tiempo que considero más que prudencial, decido salir.

Ni rastro de él. Cuando voy a abrir el frigorífico para prepararme el desayuno, encuentro una nota sujeta en él por un imán.

Buenos días, Carina:

Solo he podido sacar a Tote cinco minutos. Si no tienes nada que hacer hoy, dale un paseo, por favor.

Los viernes como en casa. Dime si estarás a mediodía. Tenemos que hablar.

Chus

Y debajo ha escrito unos números que intuyo que son su teléfono.

Mierda. «Tenemos que hablar». ¿Me irá a mandar a tomar por culo? Sería lo más lógico después de lo de ayer. Tengo que hacer algo para arreglarlo. Lo primero es ganar tiempo. Busco el móvil que me regaló mi hermano cuando llegué, todavía no lo he usado. Memorizo su contacto y le escribo un mensaje.

CARINA

Sí, sacaré al perro. No estaré en casa a mediodía. Nos vemos esta noche.

No contesta. Bueno, ya contestará. Mierda, me olvidaba.

CARINA

Soy Carina, por cierto, este es mi número de teléfono.

Obvio, ¿no? Otra vez parezco retrasada, pero ya está enviado, no hay nada que hacer. Me quedo mirándolo fijamente como si, por ese simple gesto, de repente fuera a responder. No lo hace, así que decido darme una ducha rápida y me arreglo para salir; hay varias cosas que quiero hacer hoy. Le pongo a Tote su correa y salimos de casa.

Llamo al ascensor y, mientras espero, se abre la puerta del vecino y sale el rubio perdonavidas.

—Buenos días, bicho —dice plantándose a mi lado con una enorme sonrisa, supongo que a esperar también. ¿Bicho? ¿Qué querrá decir eso? Luego le pregunto a Piero. *Bicho*, que no se me olvide la palabra—. Menuda movida anoche, ¿no? Vaya gritos.

—¿Tan poca vida tienes que espías por las paredes? ¿Tanta pena das?

Él suelta una carcajada y abre la puerta del ascensor, que acaba de llegar, y me hace un gesto para que pase delante de él.

El habitáculo es muy pequeño y estamos muy cerca. Este tío es muy alto y yo demasiado canija. Creo que tendría que ponerme de puntillas para morderle un pezón… No es que esté pensando en hacerlo, ni mucho menos, está casado y es un guaperas de los que no me ponen nada, era solo una observación sobre lo diferentes que son nuestras dimensiones.

—¿Qué? ¿Ya has encontrado curro? —pregunta, intuyo que para romper el incómodo silencio que hay aquí dentro mientras le acaricia la cabeza a Tote.

—Mmm… no.

—Y ¿a qué esperas?

—Estoy en ello —afirmo quitándole importancia. A ver si ahora voy a tener que darles explicaciones a todos los amigos de mi hermano. Solo me faltaba eso.

—Pues a ver si hay suerte. —Sonríe y en ese momento el habitáculo se detiene. Vuelve a abrirme la puerta y a hacerme el gesto de que pase delante de él.

—Tengo manos, puedo abrirme yo las puertas —aclaro, porque no sé si se ha pensado que por ser tan pequeña no tengo fuerza ni para abrir la puerta del ascensor.

Él se ríe como respuesta. Vaya, gran argumento.

Llegamos a la calle y nos despedimos. Cuando me giro para emprender el camino contrario al suyo, oigo que me llama.

—¡Carina! —Se acerca a mí y se inclina bastante, lo suficiente como para hablarme al oído y susurrar—: Cuídame a Chus.

A mí me da la risa tonta por alguna razón que desconozco y él sonríe. Me pasa un brazo por encima de los hombros y me atrae hacia él mientras me frota los nudillos de su otra mano por la cabeza. ¿Qué se cree que soy? ¿Un perro?

—Estoy seguro de que en el fondo eres buena tía, pero no disimules tanto, que nos lo

estamos empezando a creer —se ríe y me suelta por fin—. Me piro, nos vemos.

Me doy la vuelta y empiezo a caminar a bastante velocidad. No he entendido muy bien qué ha querido decir con eso último. Pero ya no recuerdo bien cómo ha sido la frase y no le voy a poder preguntar a mi hermano. ¿Era algo bueno o malo? ¿Por qué iba a ser malo? Yo a este tío no le he hecho nada.

Vuelvo a comprobar mi teléfono para ver si Chus me ha contestado. Pero no. Sigo con un nudo en el estómago, ese «tenemos que hablar» no me da ningún buen rollo.

VEINTIOCHO

MI MOMENTO PREFERIDO

CLAUDIA

Creo que el desayuno es mi hora preferida del día, al menos desde que me he mudado a mi piso nuevo. Me gusta tomarme un café mirando por la ventana que hay junto a la mesa de dibujo. Podría hacerlo en la enorme terraza que tengo al otro lado de la casa, pero me gustan más las vistas de esta calle.

Veo a Samu salir del edificio de enfrente a su hora habitual, más o menos, tampoco es que sea un reloj el chico. Pero hoy hay algo diferente. No va solo. La italiana y el perro de Chus salen con él. ¿Por qué? ¿Qué me he perdido? Intercambian cuchicheos y achuchones en la puerta y al momento ella sale casi corriendo en dirección contraria. Vaya, en solo una semana ya tiene más confianza con él de la que he conseguido yo ¿en cuánto? ¿Veinticinco años? A mí nunca me ha achuchado así ni me ha hablado al oído. ¿Por qué a ella sí? ¿Qué rollito se llevan?

A ver, a ver, ¿tengo envidia de la enana esa que parece una muñeca de Tarta de Fresa? Ni de coña estoy celosa de esa cría que no sabe abrir la boca sin cagarla.

Vuelvo a centrarme en las vistas. Samu sigue en la calle. Mira hacia arriba, hacia la ventana desde la que su mujer le dice adiós con la mano. Él le lanza un beso antes de echar a andar. Cada mañana igual, qué infantiles son. Lo sigo con la mirada hasta que lo pierdo de vista.

Me estoy empezando a obsesionar, me pasa de vez en cuando. Necesito ligarme a alguien con urgencia, eso suele distraerme una temporada. Mañana en la fiesta seguro que cae alguno. Tengo que comprar todavía el alcohol. Cantidades ingentes de alcohol. Me voy a pillar un buen ciego, me hace mucha falta.

Cojo la agenda, tengo que ampliar la lista de invitados. Tíos buenos, necesitamos más tíos buenos para aumentar las probabilidades de éxito.

VEINTINUEVE

OK

CARINA

Llego a la consulta de Piero y me toca esperar un rato porque está con una paciente. Mientras espero, mi teléfono suena con el aviso de un nuevo mensaje. Lo abro al momento.

CHUS

Ok.

¿Ok? ¿Qué mierda es eso? *Ok* a que nos vemos esta noche, está claro. ¿Y ya está? ¿Nada más?

En ese momento sale mi hermano y me hace pasar a su despacho.

—¿Qué tal? ¿Ya tienes alguna entrevista de trabajo? —me pregunta con una sonrisa. Qué rabia me da que tenga tanta esperanza puesta en mí. Con unas expectativas tan altas es imposible no defraudarlo.

Niego con la cabeza y miro al suelo.

—Carina, tienes que esforzarte más… —me suelta en tono de reproche. Yo asiento con la cabeza, pero no sé cómo esforzarme más, yo hago lo que puedo.

Saca su cartera del bolsillo y de ella una tarjeta. Me la tiende.

—He pasado por el banco y tenían la tarjeta que les pedí a tu nombre.

Estiro la mano para cogerla, pero la retira de mi alcance al momento.

—Tienes que encontrar trabajo. —Yo asiento—. Esto no es una solución a largo plazo, es un parche porque no puedes ir por la vida sin dinero. —Vuelvo a asentir—. Úsala con prudencia.

—Gracias, Piero. —Le doy un beso en la mejilla, pero a él le parece poco y me abraza.

—Ya verás como encontrarás trabajo. Todo saldrá bien —susurra—. Estoy aquí para lo que necesites. Pero tienes que madurar, ¿me oyes? Tienes que coger las riendas de tu vida.

Me separo del abrazo y asiento. Él sonríe satisfecho, es de un optimismo desmoralizante, es casi imposible no defraudarlo, siempre espera cosas increíbles y yo soy un puñetero desastre.

Me despido de él y salgo de allí con Tote con intención de dejarlo en casa antes de buscar una zona comercial y estrenar la tarjeta. Sí, necesito hacer tiempo, no quiero volver a casa aún.

Llego bastante tarde. Lo he hecho con toda la intención del mundo. Soy una cobarde y quería retrasar este momento, lo confieso. Me da miedo lo que tenga que decirme. ¿Me querrá echar de su casa? No le faltarían motivos, está claro. No me importaría no vivir aquí, pero Piero se

enfadaría mucho conmigo. Mucho mucho. No quiero que se mosquee. Y me gusta vivir aquí, la verdad. En casa de Piero también estaba bien, pero creo que este es más mi rollo.

En cuanto cruzo el umbral de la puerta principal, empiezo a temblar. Son nervios. ¿Cómo puedo estar tan nerviosa? Normalmente no me acobarda un poco de bronca, pero me da mucho miedo que esté muy cabreado conmigo y me eche de su casa… ¿Qué más da? Piero me conseguiría otro sitio donde vivir. Pero es que no quiero vivir en otro sitio, quiero vivir aquí. Tote viene trotando hasta mí y empieza a chuparme la pierna. Guay, al menos alguien se alegra de verme.

No veo a Chus, no está en la cocina ni en el salón, que es la misma estancia. Lo atravieso a toda velocidad con las bolsas que traigo y lo meto todo en mi cuarto. ¿Desde cuándo soy una cobarde que huye de los enfrentamientos? Ya en mi habitación, me siento a salvo. Qué tontería, como si por haber llegado hasta aquí hubiese evitado la incómoda conversación. Todavía no le he visto, pero intuyo que está en casa porque cuando he pasado por el salón la tele estaba encendida.

Un momento, ¿la tele? ¿Tenemos televisor? ¿Desde cuándo? Vuelvo a salir a la sala y compruebo que, efectivamente, hay una televisión. *Cazzo*, ahora sí que no entiendo nada. En ese momento aparece Chus por la puerta que no es su habitación, sino un despacho pequeñito. Tiene mala cara, parece más agobiado que nunca. Se sorprende al verme.

—Mmm, hola, Carina, no te he oído llegar. Ven un momento conmigo a la cocina, por favor, tenemos que hablar. —Se pasa una mano por la cara y se dirige allí. Lo sigo.

Llegamos hasta el extremo más alejado de la sala y nos detenemos para no comernos la pared. Da la impresión de que los dos habríamos seguido caminando para no afrontar la situación, pero las dimensiones de esto son limitadas y hemos tenido que parar. Él mira al suelo y empieza a rascarse la nuca cada vez con más fuerza hasta que temo que se arranque parte de la piel. ¿Tan chungo es lo que me tiene que decir para que esté tan agobiado?

—Oye, en cuanto a lo de anoche… —Empiezo yo porque no puedo más con los nervios. Igual si me ve arrepentida de entrada le cuesta más mosquearse. Si le hago el favor de romper yo el hielo, lo mismo gano puntos… Qué gilipollez, si me quiere mandar a la mierda, lo va a hacer igual.

Él levanta la cabeza de golpe y me mira como si le estuviera hablando en chino. De repente parece entender lo que le estoy diciendo y resopla.

—Vamos a olvidar lo de anoche, eso ahora no me preocupa.

Cazzo, ¿qué? Entonces ¿qué le preocupa?

—Ah… —Sí, efectivamente, esa es mi gran respuesta.

—A ver, ¿cómo te lo cuento? —Empieza por fin—. Esta mañana temprano me ha llamado mi madre, que se va un par de semanas fuera y le ha fallado en el último momento la chica que se ocupa de mi abuela cuando ella no está. Total, que no puede dejarla sola quince días y me ha pedido que se quede aquí conmigo… Es un marrón y sé que tú también vives aquí, pero no he podido decirle que no. —Lo ha soltado todo de golpe y ahora me mira aguantando la respiración.

Cazzo, ¿eso es todo? ¿Esto era lo que teníamos que hablar? Respiro hondo y sonrío, qué peso me acaba de quitar de encima.

—Ah, vale. Dos semanas con tu abuela por aquí, me parece estupendo…

—No es tan estupendo —suspira—. Mi abuela es una persona… difícil.

—Yo también soy una persona difícil. —Le doy un empujoncito con el hombro.

—Lo sé —suspira—, pero dame una tregua al menos mientras esté aquí la yaya, ¿vale?

—Claro, me llevaré bien con ella —le aseguro.

—No lo dudo, tenéis un carácter parecido —dice con un amago de sonrisa.

¿Qué ha querido decir con eso? ¿Que le recuerdo a su abuela? Qué bonito, justo lo que toda chica desea oír, que a un tío le recuerdas a un familiar suyo octogenario…

—¿Es que en esta casa no se cena? —Nos interrumpe la señora desde el umbral de lo que era el despacho que intuyo que ahora es su habitación.

—Ah, otra cosa. —Chus se inclina para susurrarme al oído—. Siempre habla con negaciones. Fíjate y verás. Yo creo que tiene un don… —Siento calor en todo el cuerpo tras ese comentario. No tengo claro si ha sido por el susurro o por la tranquilidad de saber que ya no está enfadado conmigo, que todo ese «tenemos que hablar» no era por mí y todo está bien entre nosotros.

—¿No vas a presentarme a esta muchacha? —pregunta la anciana mientras empieza a caminar a velocidad de tortuga hacia nosotros apoyada en un bastón.

—¿Lo ves? —vuelve a susurrarme él al oído mientras se ríe entre dientes. A mí se me eriza al momento la piel del cuello y de un brazo.

La señora llega hasta donde estamos. Es algo más baja que yo. Increíble, aún hay alguien con menos altura que yo. Me coge un mechón de pelo entre sus huesudos dedos y me mira con cara de asco.

—¿No es una peluca? —interroga arrugando la nariz.

—Yaya, ella es Carina, mi compañera de piso; y sí, ese es su pelo. Carina, mi abuela Amelia.

—Encantada —respondo con una sonrisa todo lo amable que sé. Me da risa la señora y estoy tan aliviada de que no me haya echado de su casa que todo me parece estupendo.

—No me gusta ese pelo —contesta arrugando la nariz y el entrecejo—. No pareces una buena chica, pareces una golfa…

—Entonces está bien así, señora —bajando un poco la voz, añado—: soy un poco golfa.

La anciana me mira sin dar crédito a lo que acabo de decir y Chus suelta una carcajada. Nadie habla, pero la señora y yo nos miramos a los ojos. Si se piensa que me va a intimidar con esa actitud suya de vieja gruñona, va lista… Chus nos mira alternativamente a una y a otra y sonríe.

—Esto va a ser divertido —dice por fin—. Será como un partido de tenis. Solo espero quedarme fuera, de árbitro, y que no me metáis en medio.

Bueno, pues al final ha ido bien la noche. Prefiero dos semanas con su abuela a que me eche del piso, la verdad. La señora parece un poco hostil, pero yo también lo soy y no me intimido fácilmente.

TREINTA

LA FIESTA DE CLAU

CHUS

—No irás a salir así a la calle, ¿no? Pareces un ladrón —me suelta la yaya cuando me acerco a retirarle el plato de la cena. Además de la tele, me hizo traerle una de esas mesas que se acoplan al sofá para poder comer y cenar de cara a la pantalla. Solo lleva aquí un día y ya estoy agobiado.

—Es un disfraz, yaya.

—No entiendo esas modas de los jóvenes de ahora…

—Bueno, yaya, estamos a punto de irnos, ¿necesitas algo?

—No necesito nada —contesta con un gruñido y un movimiento de la mano.

—¡Carina, ¿estás lista?! —grito para que me oiga a través de su puerta cerrada cuando suena el timbre de mi casa.

Me acerco a abrir la puerta de entrada sin haber obtenido respuesta. Samu y Estrella van muy raros. Él va vestido como de jugador de baloncesto cutre y ella no parece disfrazada, lleva una falda encima de los vaqueros y una camiseta de rayas. Bueno, está preñadísima, entiendo que igual no le apetecen estas movidas.

—¿De qué vas, nano? —le pregunto a mi amigo.

—Es un disfraz de pareja, ¿no has visto la peli de *Juno*? ¿La de la preñada adolescente?

—No la he visto —me descojono—, pero ahora que lo dices el cartel sí me suena… Estáis muy logrados.

—Tú también, Neo, esta noche triunfas. —Samu hace un movimiento rápido de cejas.

—Ojalá, nano, pero no lo creo, la verdad… Ya sabes lo malo que he sido siempre para eso… La última vez que ligué iba tan ciego que no lo recuerdo… ¡Qué desastre! —Suspiro.

—Pues hoy asegúrate de estar centrado. Y no bebas tanto, que ligar y luego no recordarlo es una gran putada.

—Yo te entiendo, Chus, no lo fuerces —interviene Estrella—. Cuando tú te sientas preparado.

Sonrío y asiento intentando parecer convincente, pero creo que el gesto no se lo ha creído nadie, ni yo.

Se abre en ese momento la puerta de la habitación de Carina y los tres nos giramos hacia allí y nos quedamos flipadísimos. Va medio en bolas, con el cuerpo como vendado, juraría que va de la tronca de El quinto elemento.

—*Andiamo*, que es tarde —dice a modo de saludo.

—No salgas de tu habitación en paños menores, golfa —suelta mi abuela.

—Es un disfraz, señora. Me voy a una fiesta… Y espero no volver sola…

Mi abuela la mira, parece que se ha quedado sin palabras. No creí que existiera la persona capaz de dejar sin habla a la yaya, pero ahí está.

—¿Tu hermano ha visto ese disfraz? —se ríe Samu.

—No —responde Carina tan tranquila.

—Se viene movida…

—Soy mayorcita —replica ella y hace un gesto de indiferencia con la mano mientras se pone el abrigo.

—Venga, vamos —se queja Estrella—, que aún no hemos llegado a la fiesta y ya me quiero volver…

La casa de Claudia está bastante llena de gente cuando llegamos. Localizamos enseguida a Piero y a Loui. Van disfrazados de los de *Entrevista con el vampiro*. Les pega ese rollo, sobre todo a Loui, siempre tan elegante… Piero viene directo a su hermana y se la lleva a cierta distancia. Habla con ella en su idioma a un volumen muy bajo, pero no parece que le esté diciendo nada de buen rollo. Ella pone los ojos en blanco todo el rato ante sus palabras. Finalmente se separan y vuelven con nosotros. Carina me aparta de los demás y me habla bajito.

—Suerte, Chus, a ver si ligas esta noche… Te hace falta *fare l'amore* —susurra esto último y mi cuerpo reacciona de una manera inesperada a esa expresión en italiano. ¿Qué coño ha sido eso? ¿Ha sido por oír a una tía decir algo así? ¿O es porque el italiano es sexi? Prefiero no darle más vueltas al tema y pensar en otra cosa. No respondo porque no sé qué decir.

Ella sugiere volver con los demás y yo la sigo; pero, en cuanto llegamos con mis amigos, ella desaparece de nuestro campo de visión antes de que me dé cuenta.

—¿Qué habéis hecho con los nanos? —les pregunta Loui a Samu y Estrella.

—Se ha quedado mi suegra en casa con ellos… Un día de estos se lo diré a mis hermanas, ya tienen edad de hacer de canguros…

—Ni de coña —asegura Estrella.

—Va, que casi son mayores de edad —protesta Samu.

—Mentalmente no. —Estrella niega con la cabeza. Yo prefiero no hacer ningún comentario al respecto, una de sus hermanas tenía planes para este finde que a él no creo que le gustaran mucho.

—Hola, chicos, ya estáis por aquí, qué bien. —Clau nos saluda al llegar hasta nosotros—. No hace falta que os explique nada… Vosotros sois de casa.

Va disfrazada de la peli de Grease, toda de cuero (o plástico brillante, a saber). Va tan ajustada que deja poco a la imaginación. Lo cierto es que está buenísima, no sé si se ha hecho algo más aparte de las tetas, pero desde luego es dinero bien invertido, está tremenda.

—*Molto bella* —sonríe Piero.

—*Grazie*, tú también —le devuelve ella el cumplido.

—Bueno, chicos, luego os veo, que tengo mucha gente a la que saludar. —Nos guiña un ojo y desaparece por donde ha venido.

Vamos todos hasta la zona donde están las bebidas y nos servimos unas copas. Estrella busca algo sin alcohol y sin gas y no sé si sin algo más, pobre, qué putada tiene que ser estar preñada.

Marc y Greta no tardan en llegar. Aunque ella está ya de unos cinco meses, casi no tiene barriga, nada que ver con Estrella, que está de ocho meses y parece a punto de reventar. No vienen solos, les acompañan dos chicas que deben de ser unas compañeras del curro que dijeron

que traerían. Ellos van disfrazados de los de Pulp Fiction. Conociéndolos, seguro que se marcan el bailecito de John Travolta y Uma Thurman. Sus amigas van las dos de la princesa Leia, una de la versión clásica de los moños y el vestido blanco, y la otra de la versión sexi del bikini de prisionera. Esta última está buenísima, de la otra es difícil decirlo, el vestido no da muchas pistas, pero parece que no está mal. Lleva gafas. Me resulta curioso ver una princesa Leia con gafas, pero le debe de pasar como a mí y no soportará las lentillas.

Aparece Claudia y secuestra a Greta casi antes de que entren, Marc y la princesa Leia sexi se van directos a la enorme terraza a fumar. La otra les pone mala cara y pasa de ir con ellos. Se dirige ella sola a la zona de las bebidas. Me quedo mirándola mientras se sirve una copa. No conoce a nadie, pero no parece importarle.

—Bueno, nano, ¿qué? —Samu me da una palmada en la espalda—. Liga por los que no podemos…

—Ya, tío, no sé yo…

—No, no, déjate de mierdas… Alguna habrá que te mole. Tienes que volver al mercado. Supéralo ya.

—No lo presiones —interrumpe Estrella—. Tiene que estar convencido, igual siente que no es el momento.

—No, no, joder, tienes razón, tengo que echarle huevos y superarlo…

—Pues venga, campeón… ¿Te mola alguna? Aquella no está mal…

Miro hacia donde señala Samu y veo a una tía que está muy buena. No me suena de nada. Va disfrazada de la de *Pretty Woman*. Cerca de ella, Carina baila con un tío enorme, es casi el doble que ella. Su hermano revolotea cerca de ellos y no les quita ojo. Mejor, una responsabilidad menos para mí. Aun así, me quedo atrapado un rato mirándola mientras escucho la canción[1] que suena en ese momento. No tengo muy claro si la miro por la costumbre de tener que vigilarla, por averiguar de qué está hecho ese disfraz o por calcular cuántos centímetros de altura la separan del tío con el que está bailando. Vuelvo al presente y me giro de nuevo hacia Samu.

—No sé, nano, me había fijado más en la princesa Leia que ha venido con Marc y Greta. —La señalo con la cabeza.

Samu se gira hacia allí y me vuelve a mirar con una sonrisa.

—Está muy bien también. A por ella, campeón.

Me da una palmada en la espalda y yo me animo a ir hasta allí.

—Hola, ¿curras con Greta y Marc? Te he visto llegar con ellos.

—Hola, sí, trabajo con Greta en realidad.

—Encantado, soy Chus. —Me acerco a darle dos besos.

—Ángela. —Me devuelve el gesto.

—Y ¿qué haces allí? ¿De qué curras?

—Soy productora ejecutiva.

—¿Eres la jefa de Greta?

—No, al contrario, ella es la jefa de producción… Me lo ofrecieron primero a mí, por antigüedad más que nada, pero no acepté, dirigir todo el departamento de producción es mucha responsabilidad… Y yo intento evitar los marrones, así en general…

—Te entiendo, a mí este año me han caído más responsabilidades de las que quería y es una putada…

—¿A qué te dedicas tú?

—Soy profe de Filosofía.

—Qué chulo, me encantaba la filosofía en el instituto, aunque yo no tendría paciencia para lidiar con los adolescentes.

—No es para tanto, en realidad la mayoría de los chavales son de puta madre.

—¿Sí? No sé, me da pereza solo de pensarlo —se ríe.

Seguimos hablando durante un buen rato. Me gusta, es divertida y simpática, pero sin pasarse. Durante todo ese tiempo, Marc sigue en la terraza hablando y riéndose con la otra princesa Leia. En un momento dado, hasta se ponen a bailar juntos. Esto sí que es nuevo, creo que nunca había visto a Marc bailar con alguien que no fuera Greta. Bueno, puede que con alguna de las novias que tuvo hace años, pero lo dudo.

Después de un buen rato, llega Greta junto a nosotros.

—Ay, Ángela, perdona, que te he dejado tiradísima, aunque veo que has conocido a Chus. —Me pasa una mano por la espalda—. Es uno de mis mejores amigos.

—Sí, estábamos aquí charlando un poco —contesto.

—Es muy buena compañía —asegura Ángela y a mí me da un cierto subidón.

—Pues me alegro mucho —dice Greta—, porque mi marido y tu mujer están pasando de nosotras mogollón.

—Ya lo veo, ya —se ríe la otra—. Pero, te digo una cosa, me alegro de que Alba haya encontrado con quién bailar y no me presione a mí, que no me gusta nada.

Un momento… ¿Su mujer? Joder, me vienen a la mente de repente todas las conversaciones de Marc y Greta hablando de compañeros de curro, de dos chicas con las que se llevan de puta madre que son pareja… ¿Cómo no lo había pensado? ¿Cómo puedo ser tan gilipollas? Si me voy ahora voy a parecer un imbécil, pero, si no me voy, adiós a la posibilidad de ligar esta noche. Qué cagada, joder, no sé cómo puedo ser tan retrasado.

Finalmente, decido quedarme y seguir charlando con ella. Me lo estaba pasando bien y, ¿a quién quiero engañar? Todos sabemos que tampoco ligaría aunque lo intentara… Siempre he sido malísimo para eso, pero, después de diez años fuera del mercado, muchísimo más.

Un par de tíos (amigos de una amiga de Clau, por lo que nos ha dicho) están cantando en directo. Me gusta la música[2] que hacen. Paseo la mirada por la fiesta y localizo a Carina, que sigue bailando con el tipo de antes. El chaval que está tocando canta algo como «*vente a dormir y abrimos en mi piso la sucursal del paraíso*» y me da la risa tonta a pensar en mi situación y en el infiernito que tengo montado ahora mismo en mi propio piso, pero de eso no se hacen canciones, supongo.

Ángela vuelve a reclamar mi atención y hablo un rato más con ella, es una tía simpática y tiene una conversación interesante. No sé por qué busco cada poco con la mirada a Carina si ya está su hermano pendiente de ella, supongo que por sentido de la responsabilidad, aunque ahora que está enrollándose con el tipo con el que bailaba, creo que tampoco hay mucho que hacer. El estómago me da un vuelco, no sé si por ver a esos dos enrollándose tan a asaco en público o por el tema[3] que está cantando el otro chaval del concierto. Es difícil de decir.

TREINTA Y UNO

¿DÓNDE ESTÁ CARINA?

CLAUDIA

La fiesta está siendo un éxito. El concierto improvisado ha terminado y alguien ha puesto la canción[1] más mítica de Pulp Fiction. Greta y Marc han tardado menos que nada en tirarse al rollo. Me dan una cierta envidia, no lo voy a negar; aunque, llegados a estas alturas de mi vida, sé perfectamente que yo nunca tendré algo así. Por otro lado, lo que no me da ninguna envidia es que tengan una cría, y mucho menos el que viene de camino. Ese reloj biológico del que hablan a mí no se me ha despertado jamás, y ni putas ganas, la verdad.

Echo un vistazo a mi alrededor. Está lleno de tíos buenos. La italiana de los cojones lleva toda la noche con Richy, un colega del grupo que hice en la universidad. Él estudiaba otra cosa, alguna ingeniería, pero no recuerdo cuál. Me lo tiré hace como mil años, pero sigue estando bueno. Tiene buen ojo la niñata. No me importa, no soy yo de repetir, que enseguida los tíos se piensan cosas raras, como si te interesaran o quisieras engancharlos o algo. Y nada más lejos de la realidad, al menos en mi caso. Cojo un chupito de la mesa de bebidas y me lo bebo del tirón.

Repaso a todos los tíos que tengo a la vista. El disfraz de Samu es, con diferencia, el más ridículo de todos, pero ni siquiera importa. Solo él es capaz de lucirlo con dignidad y resultar el más atractivo de la fiesta pese a eso. Igual no soy la más objetiva para juzgar algo así, ¿no? Es posible, en lo referente a él no soy nada imparcial. Da igual los años que pasen, cuando creo que lo he superado, vuelvo a recaer como una imbécil. Cojo otro chupito y me lo trago tan rápido como el de antes.

Termina la canción que están bailando Marc y Greta y toda la peña aplaude, siempre consiguen eso cuando bailan en una fiesta. Empieza una canción[2] más lenta y comienzan a bailarla también, esta vez abrazados. Loui y Piero se les unen, junto a varias parejas más. Estrella no parece por la labor de salir a la pista, no tiene buena cara. No sé qué más quiere en la vida, de verdad. Si yo fuera ella… Si yo fuera ella habría usado métodos anticonceptivos más eficaces, pero ese no es el tema. Samu intenta sacarla a bailar y ella se niega con firmeza. Finalmente, él se rinde y la abraza por la espalda mientras se balancea un poco como si bailaran. Se inclina (es bastante más alto que ella) y le susurra algo al oído. Ella sonríe y le da un codazo. Ahora se ríen los dos. Vale, voy a buscar a otro tío porque ver esas mierdas me pone mala. Antes de irme, un último chupito para el camino.

Termina la canción y las parejas que estaban bailando se disuelven y se integran en la fiesta. Al poco rato, el italiano aparece desesperado buscando a su hermana.

—¿Alguien la ha visto? —pregunta cuando llega hasta nosotros. Yo estaba haciendo un reconocimiento táctico de tíos buenos y acabo de llegar junto a ellos.

—Sí, se ha ido con un tío —explica Greta—, con el que llevaba hablando toda la noche. Los he visto por la ventana, han entrado en el edificio de enfrente.

—Hablando —se descojona Samu—, ¿ahora llamáis así a meterse la lengua hasta la campanilla? Porque eso es lo que hacían antes de irse… Ahora estarán dándole al tema pero bien. —Empieza a hacer movimientos obscenos con las caderas, muy en su línea—. Chus, nano, pásate por mi casa antes de ir a la tuya, que entre las muestras que tengo de la farmacia creo que hay tapones para los oídos… Te van a hacer falta.

Chus pone cara de asco y niega con la cabeza, pero el italiano lo lleva peor.

—*Cazzo*, ¿quién es ese tío?

—Lo conozco de hace años, tranquilo, es buena gente —le informo—. Y es bastante bueno en la cama, tu hermana va a pasar un buen rato —me río. Joder, creo que he bebido más chupitos de los necesarios, me está dando la risa tonta.

Todos se descojonan menos el italiano, que extiende su mano hacia Chus.

—Déjame las llaves de tu casa —le pide, pero Loui es más rápido y coge la mano que Piero ha dejado suspendida en el aire.

—Tiene veintiséis años —le susurra a su marido.

—Da igual, yo a los veintiséis…

—Tú a los veintiséis conociste a Loui —interrumpe Greta.

—Es diferente, eso fue amor. —Parece olvidarse por un momento de su hermana y se cuelga del cuello de su marido. Qué babosos son a veces.

—Por algo tendrá que empezar la chica… A veces el amor surge de un primer polvo cerdo y salvaje —suelta Samu y se lleva un codazo de Estrella y una colleja de Marc.

—Nano, te juro que un día de estos desapareces y no encuentran de ti ni las uñas —gruñe Marc.

—Va, hermanito, no seas vinagres, si me amas y lo sabes. —Samu se cuelga de su cuello y le da un beso en la mejilla. Marc se descojona y se separa de él poniéndole una mano en la cara.

—Qué asco das, tío. Te juro que no sé cómo mi hermana te soporta.

Estrella se ríe como respuesta y yo me muerdo la lengua para no decir nada, porque voy muy ciega y el alcohol parece tener intención de hablar por mí.

Poco después, todos han vuelto a bailar[3]. Todos menos Chus, que se ha sentado en el sofá a fumar canutos; y menos Samu y Estrella, que se han marchado en cuanto ella ha dicho que estaba cansada y quería irse. Lo cierto es que el rollo perrito faldero le quita bastante *sex appeal*… Bueno, en realidad no. De hecho, ojalá algo se lo quitara.

TREINTA Y DOS

EL RESOPÓN TRAS LA FIESTA

CHUS

—Chus, cariño, despierta. —Una leve sacudida en el hombro me hace abrir los ojos.

Estoy en el sofá de casa de Claudia, parece que la fiesta ha terminado. Ella está sentada a mi lado. Me mira y aguanta la risa. No hay nadie más a la vista.

—Hostia, qué mal, ¿me he sobado? —Me paso una mano por la cara.

—Sí —ella suelta una risita—, se han ido todos ya.

—¿Y no me han despertado? Qué cabrones…

—Estabas tan a gusto… Además, no se han ido juntos, se han ido yendo poco a poco…

—¿Y Carina? —pregunto acordándome de pronto de ella.

—Por lo que ha dicho Greta, se ha ido con mi amigo Richy, un tío el doble de grande que ella. Yo no la he visto, pero dice que los ha visto entrar en tu patio, así que los debes de tener en casa dale que te pego —se ríe.

—Hostia, es verdad, lo ha contado antes… ¿Y Piero?

—Ni idea. —Se encoge de hombros—. Se ha ido con Loui hace rato.

—Joder, qué bajón de noche —suspiro—. Pierdo de vista a la hermana de Piero y encima me tiro toda la noche ligando con una tía que resulta ser lesbiana. Soy un puto fracaso.

—Eh, no digas eso… —Clau me abraza y yo me siento un despojo humano, joder, voy más ciego de lo que pensaba—. ¿Querías ligar esta noche?

—Sí — se me quiebra un poco la voz de lo patético que me siento. Hasta llevo un condón en el bolsillo, ¿se puede ser más lamentable?

—Bueno, igual aún se puede arreglar… ¿Qué buscabas? ¿Conocer a alguien y empezar una relación o un rollo de una noche? —Se ha incorporado mientras me hacía la pregunta y ahora su cara está a un par de centímetros de la mía. He notado su respiración en mis labios durante esas últimas palabras.

—No sé, no lo había pensado —susurro paseando la vista de sus ojos a sus labios. De repente estoy muy cachondo. Joder, no, no, no, no… Es Claudia, ¿qué coño pasa conmigo?

—Si solo es un rollo de una noche lo que buscabas… Igual lo podemos arreglar —murmura acercándose más y rozando sus labios con los míos.

Mi boca, mi cuerpo, mis ganas y mis meses de sequía se ponen de acuerdo para atrapar sus labios antes de que se aparte. Me separo de ella al momento.

—Perdona, tía, voy muy ciego —me disculpo avergonzado, pero no tengo perdón.

—No te preocupes —sonríe—, somos adultos. Esto no tiene por qué salir de aquí… Si a los dos nos parece bien y tenemos claro que es solo cosa de una noche, no veo el problema. —Sonríe

y vuelve a acercar sus labios a los míos.

Le devuelvo el beso con ganas. Joder, qué cachondo estoy, hace mucho que no me besa nadie, bueno, lo de Inés de hace un par de días no cuenta… Me refería más a alguien que no sea Vero… Vero… Intento apartarla de mi mente y prestar atención a lo que estoy haciendo… ¿Qué coño estoy haciendo? ¿Qué hago liándome con Claudia? Esto no puede traer nada bueno. Justo cuando me estoy arrepintiendo y voy a separarme de ella, coge mis manos y las lleva a sus tetas. Mierda, ¿así quién se puede resistir? Quiero acariciarla con cuidado, pero mis manos parecen tener más prisa y cogen velocidad y algo de fuerza rápidamente. Ella gime como respuesta. Me encantan sus tetas, aunque sean falsas… Esto lo pienso, no se lo digo porque ya sé cómo se pone cada vez que insinúo que no son de verdad. Lo cierto es que me ponen igual de cachondo o más que unas normales… Además, son mucho más grandes que las de Vero; joder, otra vez Vero.

—Tía, lo siento, no puedo hacer esto —suspiro y me separo de ella al momento.

—¿Qué pasa? —pregunta arrugando las cejas.

—Que estoy pensando en otra, no mola nada…

—¿En quién estás pensando? —sonríe.

—En Vero —murmuro.

—Bueno, me da igual. Si te hace sentir mejor, yo estoy pensando en Samu.

—¡¿Qué?! —Creo que lo he dicho demasiado alto, pero debo de haberla oído mal, no puede haber dicho eso.

—Mierda, mierda —dice con cara de susto—, joder, qué ciega voy —se ríe—. Olvida lo que he dicho…

—¡¿Samu?!

—Sí, me pone cachonda, está muy bueno, solo es eso… Estaba pensando en él sin darme cuenta…

—Joder, tronca, ¡¿Samu?!

—Olvídate de eso, no he dicho nada…

—Sí lo has dicho, joder, tía, ¿estás colgada de Samu?

—Nononono, colgada no, ha sido un pensamiento fugaz provocado por el alcohol —se justifica, pero no me está sonando nada convincente.

—Tía, qué movida más rara, me está dando yuyu… —lo digo como lo pienso.

—No, no, nada de yuyu… —Se incorpora y se sienta a horcajadas sobre mí. En un único movimiento, se quita la camiseta y la deja caer al suelo. Joooooooder. Lleva un sujetador sin tirantes que parece que vaya a reventar en cualquier momento por la presión. Antes de que me dé cuenta, lo ha desabrochado y lo lanza también por ahí.

Me olvido de todo lo que estaba rondando por mi cabeza hace unos minutos y solo puedo mirarla. Está buena. Está muy buena, joder. Ella vuelve a llevar mis manos a sus tetas y esta vez, sin tela de por medio, no puedo resistirme. Cuando la oigo gemir bajo mis caricias, sé que no hay vuelta atrás. Estoy convencido de que esto es una pésima idea, pero ahora mismo no me veo capaz de frenarlo.

Se acerca a besarme y le devuelvo el beso casi antes de que me lo dé. Mis manos recorren su piel, es cálida y agradable. Está medio en bolas y yo estoy vestido del todo. Bueno, no, me quité el abrigo negro hace rato, no sé ni dónde está… Como si eso fuera importante ahora… Mis dedos recorren sus piernas, su culo… por aquí le está sobrando ropa… Su espalda, sus tetas otra vez… Ella no para de gemir todo el tiempo. Mete las manos por debajo de mi camiseta y las desliza hacia arriba. Dejo de besarla lo justo para que me la pueda sacar por la cabeza. Vuelve a cruzar mi pensamiento la certeza de que esto es un gran error, pero no recuerdo haber estado más

cachondo jamás, no tengo tanto autocontrol como para frenar esto.

Claudia me besa el cuello y va deslizando sus labios hacia abajo, por mi pecho ahora desnudo. Respiro hondo, creo que voy a reventar el pantalón.

Como si me leyera el pensamiento, se incorpora un momento para arrodillarse en el suelo, entre mis piernas, y de un tirón me desabrocha todos los botones. Tengo la respiración acelerada y entrecortada. Necesito llegar hasta el final y cuanto antes. Ella se levanta y se inclina a besarme. Obedezco y la beso con la sensación de estar ahogándome. Sin dejar de besarme, lleva sus manos a mi cintura y engancha el pantalón y la ropa interior. Intuyo sus intenciones y levanto un poco las caderas para ponérselo fácil. Gimo de anticipación, no lo puedo controlar. Me baja la ropa sin dejar de besarme y la deja a la altura de mis rodillas. Me siento un poco ridículo, llevar el pantalón a media pierna es de lo menos erótico del mundo, pero no me he quitado ni las botas, intentarlo ahora sería una movida.

Deja de besarme un momento y sonríe. Aprovecha para echarme un vistazo disimulado, me doy cuenta perfectamente. Aunque no lo hubiera notado, su siguiente movimiento no deja lugar a dudas.

—¡Hostia puta! ¿Qué es eso? —casi grita mientras se incorpora de golpe y se queda mirándome.

—¿Qué? —Estoy confuso y muy cachondo. Casi en bolas y empalmadísimo, ¿dónde ve el problema? ¿No era esto lo que quería? ¿Voy demasiado ciego o fumado y hay algo que se me escapa?—. ¿Qué pasa?

—Eso es una puñetera anaconda, tío. —Me dice de pie frente a mí con los ojos desencajados.

—¿Sí? Yo qué sé, joder, es mi polla, para mí es lo normal —me río entre dientes, me está avergonzando un poco… O seguimos con lo que estábamos o me va a dar tiempo a pensármelo demasiado.

—No sé si eso me va a entrar —sonríe y se termina de desnudar a toda velocidad. Joder, está buenísima.

Vuelve a subir a mi regazo y se acomoda sobre mí. Hostia puta, Claudia, voy a reventar.

—Llevo un condón en el pantalón —consigo murmurar.

Ella solo sonríe y vuelve a besarme.

TREINTA Y TRES

NO TE CONFUNDAS

CLAUDIA

¿Acabo de tirarme a Chus? Sí, lo he hecho. No voy a ser hipócrita y a decir que ha sido el alcohol y que no sabía lo que hacía. Lo sabía de sobra. Suerte que con él tengo la confianza suficiente como para hablar las cosas con claridad. Seguimos los dos desnudos en mi sofá, ahora llega el incómodo momento en el que tengo que decirle que se pire. Qué mal llevan eso los tíos cuando no nace de ellos…

—No te confundas por esto que acaba de pasar, ¿eh? Que nos conocemos y te veo venir… Tú y yo somos amigos, cielo, muy amigos… Esto ha sido cosa de una vez y no tiene por qué afectar a nuestra amistad… No va a cambiar nada entre nosotros, ¿lo tienes claro?

—Vale, como quieras, yo qué sé, no soy de hacer estas cosas, ya me conoces, pero si lo quieres así, no voy a intentar forzar nada tampoco.

—Genial, pensamos lo mismo entonces… Que, por otra parte, si los dos lo tenemos claro y estamos de acuerdo, no hay motivo para no repetir alguna vez si nos apetece. ¿Cómo lo ves?

—No sé, tía. Ya sabes que no es mi rollo lo de sexo por deporte… Además, ¿qué diferencia hay entre amistad con sexo y una relación? ¿No sería lo mismo?

—No, ni de coña, no es lo mismo… Pero no pensemos en eso, no es el momento, ya veremos lo que surge. Ahora vete a casa, que es tarde.

—¿Sí? ¿No prefieres que me quede?

—No, tío, prefiero dormir sola, y no quiero malentendidos… Tú en tu casa y yo en la mía… Esa es una de las diferencias entre amistad con sexo y una relación. No hay motivo para que tú y yo durmamos juntos.

—Vale, joder. —Se levanta y se empieza a vestir.

Bien, parece que no se lo ha tomado mal. La verdad es que yo repetiría con él. Repetiría ahora mismo, de hecho. Ha sido un buen polvo. Ha sido un polvo de putísima madre, pero lo conozco demasiado y no quiero que se confunda. Lo mejor es que se largue de aquí cuanto antes. Ya lo sugeriré dentro de unos días, cuando le haya dado tiempo a asimilar lo que ha pasado y tenga claro que el sexo ocasional nos puede venir muy bien a los dos.

TREINTA Y CUATRO

UN ENCUENTRO EN EL PARQUE

CHUS

Salgo del portal y me abrocho el abrigo, la madrugada es fría. Me quedo congelado un momento (nunca mejor dicho) e intento asimilar lo que acaba de pasar… ¿Me ha echado de su casa? Parece que sí. No hay quien entienda a las tías… ¿No se supone que son ellas las que quieren que te quedes a pasar la noche y los tíos los que tienen la necesidad de salir por pies? Justo a mí me tenía que tocar la situación contraria, joder; de verdad, qué mala suerte tengo… Yo solo quiero que me pase algo bonito y voy y me lío con la tía menos romántica de la ciudad. Alzo la cabeza hacia mi casa y resoplo, es posible que la menos romántica sea la que está ahí ahora mismo con todas las luces encendidas. No me apetece volver a casa, la verdad, y tampoco puedo subir de nuevo a casa de Claudia… Vaya par de zumbadas, cada una con su tara.

Comienzo a caminar sin rumbo fijo, deben de ser como las cinco de la mañana, ya no están abiertos ni los bares… Y yo deambulando solo y disfrazado del puto Neo… Menos mal que no elegí un disfraz muy escandaloso. Menos mal que Carina me convenció para que descartara la idea de *El mago de Oz*, menudo cuadro estaría haciendo ahora mismo. Tal como voy, si me ve alguien que no me conoce puede pensar que simplemente soy un gótico o un siniestro. Por suerte, ignoré su sugerencia (no tiene idea buena) de aguantar toda la noche con las gafas de sol y cogí también las normales. Si no, ahora mismo no vería un pijo y parecería un gilipollas que lleva gafas de sol en noche cerrada.

Sin darme cuenta he llegado al parque del barrio. Al verlo de noche, me asaltan los recuerdos de cuando veníamos de jovencillos a fumar canutos. Casi puedo oír a Samu desafiar a alguien a hacer una gilipollez con su clásico «¿A que no hay huevos…?». Aunque las últimas veces que he venido ha sido de día para acompañar a Piero con la cría. Joder, qué bien me vendría Piero ahora mismo, pero no son horas de llamadas ni de visitas. Me llevo la mano al bolsillo para comprobar que la cajita de los porros sigue ahí. Es sábado de madrugada, hoy está más que justificado fumarse un *fly*.

Voy hasta los columpios y me siento en uno de ellos a liarme el canuto. Algo lejos, en un banco, un grupo de chavales que no creo que tengan más de dieciséis años están haciendo lo mismo y bebiendo cerveza. Por edad podrían ser alumnos míos. De repente me asalta el pánico a que esa afirmación pudiera ser cierta y escudriño al grupo desde la distancia para comprobar que, efectivamente, no los conozco y ninguno lo es o lo ha sido.

Sentado en el columpio, con los pies clavados al suelo, pero moviendo las rodillas para balancearme un poco, me lío el porro y lo enciendo.

—¡Ey, Neo! —escucho tras la segunda calada. Uno de los chavales se ha acercado hasta mí

—. ¿Tienes un cigarro?

—¿Qué edad tienes?

—Dieci… ocho… ¡Dieciocho! —dice con una voz nada convincente.

—No te lo crees ni tú —me río, pero saco el paquete de tabaco y le doy un piti, tampoco quiero ser un hipócrita, yo empecé a fumar mucho antes. Me consuelo pensando que lo iba a hacer igual, aunque no fuera yo quien se lo diera—. Esto es mierda, no deberíais fumar.

—¡Oído cocina! —Sonríe mientras me lo coge de la mano y desaparece de mi vista trotando hasta donde están sus colegas.

Sigo balanceándome en el columpio con los pies clavados en el suelo mientras me fumo el canuto y le doy vueltas a la surrealista noche que acabo de vivir. Un taconeo a lo lejos se cuela en mis pensamientos. Es un sonido muy rítmico, casi podría servir de base para una canción. Igual podría usar esa idea para alguna actividad en clase… ¿Qué me creo? ¿El puto profesor de música? Bueno, igual puedo incluir algún ejercicio musical, tampoco sería descabellado… Es importante que conozcan la historia de la Filosofía, pero más importante es que aprendan a pensar… ¿De verdad es momento de plantearme esto? Casi mejor, así no pienso en la nochecita que llevo…

Tras unos «guapa» y «tía buena» de boca de los críos del otro extremo del parque, el taconeo se va acercando hasta que se ralentiza muy cerca de mí. Finalmente se detiene a mi lado y una chica se sienta en el columpio que hay junto al mío.

La miro de reojo, no quiero prestarle demasiada atención. Lleva un pantalón largo y unos tacones muy altos que ha clavado en el suelo para balancearse un poco en su columpio igual que yo en el mío. Tiene el pelo oscuro y largo. Es muy guapa. Debe de tener mi edad, más o menos. Igual un poco más, igual un poco menos… Y yo qué coño sé, no sé para qué especulo si no tengo ni puta idea…

—¿Estilo o disfraz? —interrumpe ella mi paja mental sin sentido. Le da una calada al cigarrillo que lleva en la mano. Tiene un acento raro, pero no sabría decir de dónde.

—¿Eh? —articulo como respuesta y evidencio así mi nivel neuronal del momento.

Me señala moviendo su mano abierta de arriba abajo. Vale, joder, se refiere a mis pintas…

—Disfraz —me río entre dientes y miro al suelo.

—¿Matrix?

Asiento con un resoplido sin levantar la cabeza.

—Qué bueno sería vivir en Matrix, ¿eh? Y que sucediesen las cosas que queremos… —Me atrapa un momento su acento, parece del este de Europa.

—Sería la hostia —asiento.

—¿Borrarías esta noche? —Sigue balanceándose despacio.

Levanto la cabeza, le doy una calada al porro y la miro un momento antes de responder.

—Sí, no sé, supongo que sí…

—Yo también. —Asiente con la cabeza. Se lleva el cigarro a la boca y lo deja ahí antes de tenderme esa misma mano—. Kata.

—Chus —respondo al tiempo que se la estrecho.

Me da la risa tonta en cuanto pronuncio mi nombre. Ella me mira alzando las cejas.

—Perdona —me sigo riendo—, pero es que he oído cómo sonaban los nombres juntos… Katachús… Es gracioso, no me digas que no: ¡Katachús!

Vaya tela, debo de parecer retrasado… Qué fumada llevo, joder.

—Es gracioso, sí —sonríe y me mira inclinando un poco la cabeza—. Katarina en realidad.

—Jesús —suspiro. He conseguido calmar la risa y dejar de parecer gilipollas durante un

momento, o eso espero…

Vuelvo a mirar al suelo mientras me sigo balanceando.

—Dime, Chus, ¿por qué borrarías esta noche? ¿Por qué ha sido mala?

Me encojo de hombros como respuesta. En realidad, no ha sido una noche horrible, ha tenido sus momentos, pero tengo un sabor amargo así en general. Eso no se lo digo, ni eso ni nada, con el gesto de los hombros ya ha habido bastante, que lo interprete como quiera…

—Bueno —insiste—, pero al menos has follado, ¿no? Tampoco ha sido una noche perdida. —Le da una última calada al cigarro y lo lanza lejos.

Me giro a mirarla de golpe y abro mucho los ojos. Ella los cierra y suelta el humo de esa última calada muy despacio.

Aprovecho que no me está mirando y me doy un repaso rápido, por si llevo un condón pegado al pantalón o alguna mancha sospechosa en la ropa, pero no. ¿Cómo coño lo sabe entonces?

—Vale, tía, me acabas de dejar *to* loco… ¿Por qué piensas que he follado?

—No lo pienso, lo sé —sonríe, incluso parece que aguante la risa.

—¿Qué eres? ¿Una bruja? —me río yo también.

—Ajá, eso es —asiente sin cambiar el gesto.

—Pues hazme un favor, tronca, y pregúntale a tu bola de cristal hasta cuándo va a durar la racha de mierda que llevo…

—No tengo bola de cristal, no me fío —vuelve a sonreír—, pero, si me das uno de esos —señala con la cabeza el canuto que me acabo de llevar a los labios—, te echo las cartas ahora mismo.

—No me lo estás diciendo en serio —me descojono.

—Claro que sí —asiente.

—Venga, hecho —me río y saco la cajita de los petas del bolsillo.

—Vamos a otro asiento. —Se pone de pie—. Necesito una superficie.

Me levanto yo también y la sigo hasta el banco más cercano. Me pongo el porro en la boca y empiezo a liar uno para ella, que se ha colocado sobre el asiento del banco como si fuera a galopar, ha sacado una baraja del bolso y está mareando las cartas. La miro atentamente y me parto de risa. Ella extiende algunas cartas sobre el tramo de asiento que hay entre nosotros y coge el canuto ya liado que le tiendo. Se lo enciende antes de dar la vuelta a la primera carta y empezar a hablar.

—Has aceptado hace poco una petición de algo que no te hacía gracia, pero lo has hecho para contentar a otros. —Le da una calada al porro.

—Más de una —me río y asiento con la cabeza. Luego lanzo la colilla del porro ya agotado bastante lejos. Ella da la vuelta a otra carta.

—Hay varias mujeres en tu vida ahora mismo… No te hacen feliz, te están haciendo sufrir…

—Para eso no hacían falta las cartas —me río—, eso te lo podría haber dicho yo mismo.

Ella sonríe y gira otro naipe.

—Hay una de ellas que es especial, aunque tú aún no lo veas…

¿Especial? ¿Quién de todas? ¿La pirada de Claudia? ¿La inestable de Inés? ¿La italiana perturbada? ¿Mi abuela? ¿Vero? Todas me hacen sufrir de alguna manera, cualquiera me vale.

—¿Especial? ¿En qué sentido? —Sé que esto es una patraña, pero me ha picado la curiosidad.

—Va a ser muy importante en tu vida —aclara seria.

—Todas lo son de alguna manera —me río. Ella gira otra carta y se lleva el canuto a la boca.

Lo deja ahí mientras habla.

—Veo un duende, ¿te dice eso algo?

—¿Un duende? ¿De esos verdes con orejas de punta?

—No sé —se ríe—, solo veo un duende, esa es la respuesta… ¿No te dice nada?

—Ni puta idea —confieso—, no conozco ningún duende —me río—, aunque zumbadas sí, unas cuantas, ¿te valen?

Ella gira la última carta antes de mirarlas con atención durante un buen rato y soltar su sentencia.

—Has pasado una racha muy mala. Y todavía dura. Pero queda poco. Te recomiendo que estés atento a las señales del duende, ahí está respuesta. Pronto cambiará tu suerte, ya lo verás. Pero necesitas confianza, necesitas darte cuenta de todo lo que vales.

—La madre que te parió, no me has dicho nada, tía —me río—. Me has jodido vivo con lo del duende… ¿Qué coño quiere decir eso?

—No sé. —Se encoge de hombros—. Yo solo leo las cartas, es trabajo tuyo interpretarlas.

—Ya te vale, voy a estar por lo menos una semana tronado pensando en el puto duende…

Ella se ríe y se pone de pie.

—Me voy, llego tarde. Piensa en el duende si quieres, pero trabaja lo de la confianza, hazme caso.

—¿A dónde llegas tarde a estas horas? —pregunto mirando el reloj. Son casi las seis de la mañana.

—Al infierno —suspira.

—Joder —me río—, ¿qué es? ¿El curro?

Ella sonríe y asiente con la cabeza.

—Pues que sea leve, tía. Si tengo que entrar yo a currar a estas horas, me muero.

—Yo me muero si no lo hago —sonríe ella.

—Adicta al trabajo, ¿eh? Te pega, la verdad. ¿También echas las cartas en el curro?

—A veces —sonríe.

—Qué guapo, tengo que probar yo a hacer algo así un día con los chavales… Soy profe —aclaro, porque creo que no lo había dicho—, de Filosofía.

—Interesante —asiente ella.

—Mmmm… No te creas —sonrío.

—Bueno, Chus, me ha encantado conocerte. Espero que las cosas mejoren pronto. —Me tiende la mano.

—Igualmente, Kata. Que vaya bien. —Le devuelvo el apretón de manos y la observo un momento mientras se aleja con el mismo taconeo con el que ha llegado.

Saco la cajita y empiezo a liarme otro porro. Cuando dejo de oír el sonido de sus zapatos, levanto la cabeza para ver dónde se ha detenido, pero no la veo. Las farolas no iluminan demasiado y yo llevo una fumada importante.

¿Se ha ido corriendo? ¿Voy tan ciego que está cerca y no la veo? ¿Ha sido todo una flipada mía y nunca ha estado aquí?

Qué más da… Me enciendo el canuto y cierro los ojos. Solo puedo pensar en de dónde voy a sacar yo ahora un puto duende.

TREINTA Y CINCO

JODER CON LA PSICÓLOGA

CHUS

Gritos. La peor manera de despertar cuando se adivina una buena resaca es con gritos. Y eso es precisamente lo que me despierta. Me apuesto una mano a que son la yaya y la italiana en el salón. Tengo un primer impulso de salir corriendo a poner paz, pero me freno en el último momento porque no es lo que me apetece, lo que de verdad me apetece ahora es darme una ducha para despejarme. Así que, decido priorizarme a mí mismo por una vez y me meto en el baño de mi habitación. Con un poco de suerte, cuando salga se habrá terminado la bronca. Ya bajo el agua, pienso en todo lo que pasó anoche. Tengo sentimientos encontrados, pero, en general, me siento mal… Bastante mal, la verdad.

Ya duchado y vestido, salgo de mi cuarto y me encuentro en la sala a mi abuela, Carina y el tío con el que se fue anoche de la fiesta… Y no, no han terminado los gritos. La yaya está golpeando al tipo con un cojín del sofá y él aguanta el arrebato con cara de flipado. Tote se acerca dando saltitos a darme los buenos días.

—Esta no es tu casa, no puedes traer hombres aquí, golfa. No sabes si es un violador…

—No es un violador, señora, relájese. —Carina casi grita mientras le quita la almohada a la yaya—. Lo siento, Rocky —le dice al chico—, está senil…

—Richy —la corrige él.

—Eso, Richy, perdona. Te acompaño a la puerta.

Los dos van hacia la entrada y yo me acerco a mi abuela.

—Yaya, no te metas, respeta que Carina haga lo que quiera, ella también vive aquí.

—Pero no es su casa.

—Y tuya tampoco —le suelto y al momento me arrepiento, eso ha sido un poco impertinente.

—No es mi casa, no, llevas razón… Yo no tengo nada, por eso voy así a estas alturas de mi vida, de mano en mano…

—Vale, yaya, déjalo estar. Ha sido un comentario fuera de lugar, pero no hagas drama tampoco, que has vivido como has querido toda la vida.

—No sé por qué dices eso, no he hecho más que sufrir.

Qué poca vergüenza tiene diciendo eso, la madre que la parió.

—Anda, ponte la tele, que seguro que tienes algo que ver.

—¿Por qué no me pones la misa? La dan ahora en la segunda.

Le cambio el canal sin mediar palabra antes de ir a la cocina a por un café. Me encuentro allí con Carina, que ya se ha despedido del chico en cuestión.

Me sirvo una taza y me tomo una de las pastillas mágicas de Piero contra la resaca. Empiezo a beber en silencio.

—¿Y bien? —Carina se acerca a mí con una sonrisa—. ¿Qué tal acabaste la noche? ¿Ligaste?

Asiento con la cabeza, pero no me siento capaz ni de sonreír, no puedo decir que esté precisamente orgulloso de lo de anoche.

—¿Con quién? —insiste ella.

—No me apetece hablar de eso —le aseguro antes de dejar la taza vacía en el fregadero.

Voy al armario donde guardo los cacahuetes. Sí, las resacas me dan unos antojos muy raros, y el caso es que me apetecen cacahuetes con miel ahora mismo, después del café. Cojo el bote que compré el otro día después de que Carina se lo terminara y lo noto vacío, como la última vez. Lo abro y, efectivamente, lo ha vuelto a hacer.

—¿Otra vez? —Gruño.

—Perdón —sonríe.

—Joder, tía, avísame, o compra… Coño, no es mucho pedir.

—¿Qué rollito raro tienes con esos cacahuetes? ¿Te das cuenta de cómo te pones?

—Déjame en paz, si me compro cacahuetes es para comérmelos cuando me dé la gana. No estoy de humor para movidas ahora mismo, Carina. Nos vemos luego.

Cojo a Tote y me marcho de casa. Sí, tengo un primer impulso de no salir y quedarme con ellas por si siguen discutiendo, pero en el último momento decido que se apañen sin mí, no estoy hoy para estas mierdas.

No voy muy lejos, llamo a casa de Samu. La puerta no tarda en abrirse y me recibe Estrella con una sonrisa.

—Chus, bonito, buenos días. Pasa. ¿Quieres un café?

—Claro —acepto y la sigo al interior de su piso.

—Espérame en el sofá, ahora voy —dice antes de desaparecer por la puerta de la cocina.

Me siento donde me ha dicho y la espero. Vuelve al momento con dos tazas, se sienta a mi lado y me pasa una.

—¿Y Samu? —pregunto con curiosidad.

—Se ha llevado a los niños a dar un paseo y luego se iba a pasar a ver a su madre, para darme la mañana libre —sonríe.

—Joder, qué guay, ¿no?

Ella asiente y se deja caer hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo del sofá.

—De vez en cuando lo necesito, ¿sabes? Ya los estoy echando de menos, pero es bueno para mi salud mental…

—Claro, tía, tendrás que descansar de vez en cuando…

—Sí —asiente—. Y tú ¿cómo estás? ¿Qué te pasa?

—¿Tanto se nota? —resoplo y me río sin ganas.

—Llevas la palabra *culpable* grabada en la cara —sonríe—. ¿Por qué te sientes así?

Dudo entre soltarlo o callarme. Finalmente decido que me vendrá bien contárselo a alguien. Además, tener un punto de vista femenino siempre es bueno…

—Anoche, después de la fiesta… —me interrumpo porque no sé cómo continuar.

—Ligaste —termina ella por mí.

—Más o menos —asiento con la cabeza—. Qué cagada, tía, me acosté con Claudia.

Si le ha sorprendido lo que acabo de decir, no lo parece. Tiene cara de póquer. Solo asiente con la cabeza invitándome a continuar. Como no lo hago, interviene ella.

—Y eso te hace sentir mal —asegura.

—Sí, tía, me siento como si hubiera… como si hubiera… —No me veo capaz ni de terminar la frase.

—Como si hubieras engañado a Vero —termina ella por mí.

—Sí —confirmo—, qué gilipollas, ¿no?

—Es de lo más normal —sonríe y niega con la cabeza—. En tu cabeza sigues resistiéndote a dar esa etapa por finalizada. El duelo suele tener recaídas hasta un año después, a veces incluso más, pero tienes que hacer el esfuerzo. Lo de anoche fue un primer paso. Intenta racionalizarlo todo lo que puedas y convencerte de que ya no hay nada que te una a ella, que lo que hiciste ayer no está mal…

—Sí que está mal —resoplo y me froto la cara—. Fue con Claudia, tía, me acosté con Claudia.

Ella no dice nada, solo asiente con la cabeza.

—Joder con la psicóloga —me río—. Di algo.

—¿Hablasteis de lo que va a pasar a partir de ahora? ¿Va a cambiar en algo vuestra relación?

—Sí, tiene clarísimo que no quiere nada conmigo. Yo tampoco, la verdad. O sí, no sé. Es una buena amiga, lo cierto es que podría ir a más… Pero no puede ser. No sé por qué se acostó conmigo, si en realidad le gusta otro…

—Claro —asiente—, Samu, ¿verdad?

Me quedo blanco y no se me cae la taza al suelo de puto milagro.

—Hostia, ¿te lo ha contado a ti?

—Claro que no —sonríe—, pero no hace falta. El lenguaje no verbal de esa chica habla a gritos por ella.

—Joder con la psicóloga, flipo contigo, tía.

—Soy buena, ¿eh? —sonríe—. Siempre pensáis que no me entero de nada, pero os tengo caladísimos a todos.

—Ya veo, ya, joder… ¿Samu lo sabe?

—Claro que no, no le contaría una cosa así, pobre chica…

—¿Pobre chica? ¿Le mola tu marido y dices *pobre chica*?

—Tú lo has dicho: mi marido, no el suyo.

—Pero ¿no te da miedo que intente algo con él? —pregunto algo flipado. No me puedo creer la tranquilidad con la que habla de esto.

—Pues la verdad es que no. Se conocen desde hace veinticinco años… Si no lo ha hecho todavía, no creo que lo haga. —Se encoge de hombros.

—¿Y si le da el puntazo un día y se lo dice o algo? ¿Y si él flaquea y se la tira? Está muy buena y es muy insistente, es difícil decirle que no… —le aseguro por propia experiencia.

—No creo que eso pase, la verdad. No soy celosa, o igual es que soy muy ingenua, no sé, pero confío en él. Me quiere y quiere estar conmigo. Si un día cambiara de opinión, pues lo dejaría ir. Me dolería en el alma, pero lo dejaría ir ¿qué voy a hacer? Pero lo que desde luego no voy a hacer es amargarme el presente pensando en un futuro hipotético en el que algo podría salir mal… O desconfiar de él cuando jamás me ha dado motivos para algo así… Está pasando un domingo de resaca con los bebés para darme a mí un respiro… ¿Hay una prueba de amor mayor que esa? —se ríe y yo lo hago también.

—Joder, tía, cómo mola esa forma de ver la vida. Ojalá yo pudiera tener la cabeza así de fría, pero lo cierto que es que a mí me pueden los sentimientos…

—Eh, que a mí también, pero eso no quita para que pueda racionalizar algunas cosas… Y volviendo a lo tuyo, habla con Claudia si sientes que necesitas hacerlo, si te va a hacer sentir

mejor…

—Siento que debería llamar a Vero y contárselo.

—No, ni de coña —niega rotundamente con la cabeza—. Eso sí que no. Ni se te ocurra llamar a Vero. Si necesitas hablar con ella para cerrar mentalmente esa etapa, escríbele una carta. Eso psicológicamente te ayudará a soltar lo que sientes, pero no la mandes. ¿Me oyes? Ni se te ocurra ponerte en contacto con ella de verdad. Esa historia ya ha terminado, ella lo tiene clarísimo. Tú la has finalizado sobre el papel, solo necesitas cerrarla también en tu cabeza.

—¿Crees de verdad que escribirle una carta me ayudaría?

—Estoy segura. Despídete de ella, cuéntale que has cerrado la historia y que vas a pasar página. Y luego, si quieres, me la das y yo la guardo, así tendrás la sensación de haberla entregado, no es lo mismo que guardarla tú.

—Vale, tía, gracias. Creo que haré eso… Igual sí necesito hacer un ritual así para poner el punto final. Creo que tienes razón y me hace falta despedirme de ella.

—Claro —sonríe—, verás qué bien te sienta.

—Bueno, tronca —me pongo de pie—, gracias de verdad por todo, me has ayudado un huevo. Voy a escribir la carta. Te la traeré.

—Vale —asiente—, me alegro de haber ayudado. Vuelve cuando quieras, Chus, me encanta hablar contigo.

Me voy a una cafetería que frecuento bastante, y donde dejan llevar animales, y me siento en una mesa a escribir la cartita en cuestión. Me lleva más de lo que pensaba y me resulta bastante doloroso en algunos momentos. Prácticamente paso allí la tarde con un café, un papel y un boli. Y Tote tumbado a mis pies. Descargo todo lo que llevo dentro, me vacío a través de la tinta y dejo salir todo lo que todavía me atormentaba más de lo que debería. Y al ponerlo sobre el papel, negro sobre blanco, lo convierto en real. Se vuelve una certeza tangible gracias a la cual mi corazón empieza a asimilar lo que mi cabeza tiene claro desde hace tiempo. Ahora sí, se ha terminado. De repente soy más consciente que nunca de que esa etapa de mi vida está cerrada del todo. Y ya casi no duele. Y así tiene que ser. Tampoco quiero olvidarla, forma parte de mi pasado. Todas las experiencias que he vivido hasta este momento han ayudado de alguna manera a convertirme en el que soy ahora. Si borrara mi pasado, estaría condenando mi futuro. Y el futuro es todo lo que tengo ahora mismo, es mi gran baza para ser feliz. Reparo en la canción[1] que suena en este momento por el hilo musical de la cafetería, es una que habla de un duende. Sonrío para mis adentros, ¿será una señal de algo terminar la carta justo cuando suena este tema?

Finalmente la termino, la meto en un sobre y se la llevo a Estrella antes de volver a casa.

Qué razón tenía, ahora sí que me siento liberado de verdad, algo en mi cabeza ha hecho clic y siento que definitivamente he cerrado esa historia.

TREINTA Y SEIS

UN AMIGO DE SU HERMANO

CARINA

¿Dónde coño está este tío? Se ha pirado esta mañana sin decir a dónde iba y no ha vuelto en todo el día. Es casi de noche y yo aquí aguantando a su abuela. Qué señora, de verdad. Llevo todo el día ocupándome de ella y no me ha dicho ni una cosa amable. Mira quién fue a hablar, ¿no? Está claro, no soy la más indicada para hablar de amabilidad.

—¿En esta casa no se cena? —pregunta la vieja. En serio, qué agonía de mujer.

—Ya voy, señora, no agobie.

Termino de prepararle la cena y se la llevo. He hecho también para Chus y para mí, aunque empiezo a dudar si va a venir a cenar. En serio, ¿dónde está? ¿Y si yo hubiera salido y dejado sola a la vieja? Qué poca responsabilidad este tío.

—Esto no es una cena —se queja la abuela.

—¿Qué dice, señora? Claro que es una cena, cómaselo, está bueno.

—Los espaguetis no son cena —se vuelve a quejar—. ¿Por qué no me haces una sopa, un puré o un hervidito?

—Señora, soy italiana, tengo un cliché que cumplir. Y yo no soy tan blanda como su nieto, si quiere cenar, hoy toca pasta. Y no son *spaghetti*, son *bucatini*.

Parece que va a abrir la boca para seguir quejándose, pero el sonido de la puerta nos interrumpe. Chus entra con Tote y con un par de bolsas del veinticuatro horas que hay en la calle de al lado. Echa un vistazo rápido a la habitación. Está guapo. No sé por qué he pensado esa gilipollez, está normal, como siempre.

—Mmm, le has hecho la cena a la yaya. Gracias, Carina.

—Y la comida también, ¿dónde coño estabas? ¿Qué traes en esas bolsas? —interrogo mientras me acerco a él.

—Pues gracias otra vez —dice sin responder a mis preguntas y a mí me provoca más curiosidad.

—No me vuelvas a dejar sola con el demonio este, ¿me has oído? —grita la vieja.

—Yaya, da gracias a que Carina se ha quedado contigo. Y no me toques las narices, que no tengo hoy el día.

Nos ignora a las dos y va directo a la cocina a guardar lo que ha traído. Entre otras cosas, sus putos cacahuetes, qué obsesión tiene este tío con eso, de verdad. Se encamina hacia su habitación y yo lo sigo dando saltitos, a ver si así parece algo más casual y no es tan evidente que me muero de curiosidad por saber dónde ha estado todo el día.

—Las señoritas no entran en los dormitorios de los hombres, golfa —me suelta la señora en

cuanto pongo un pie en la habitación de su nieto. Me paro en seco y me giro hacia ella.

—Soy más golfa que señorita, la *verità*. Y nos parece de mal gusto *fare l'amore* delante de usted, señora. Ahora salimos.

Cierro la puerta y me giro hacia Chus, que me mira arrugando las cejas.

—¿Cómo le dices eso a mi abuela? —me pregunta abriendo mucho los ojos—. Es capaz de creérselo.

—Ella se lo ha buscado, menudo día me ha dado con la resaca que tengo. —Me dejo caer en su cama y lo miro mientras abre el armario.

—¿Qué quieres, Carina? ¿Qué haces en mi habitación?

—*Cazzo*, me has dejado sola con tu abuela todo el día. ¿Y si hubiese salido?

—¿Dónde ibas a ir? No conoces a nadie aquí todavía, que yo sepa, y es domingo, las tiendas están cerradas, no ibas a ir a comprar…

Vale, ahí lleva razón.

—Bueno, Carina, voy a ver si mi abuela necesita ayuda para acostarse y me voy a la cama yo también, que estoy hecho polvo.

—No me extraña, y yo, menudo meneo de noche. El grandullón ese con el que ligué era todo energía… Oye, y tú ¿qué? ¿Con quién ligaste? No me lo has contado…

—Ni te lo voy a contar, Carina, no es asunto tuyo. —Se pasa una mano por la cara.

—Si no me lo cuentas, voy a pensar que es una mentira…

—Piensa lo que quieras…

—Noooo, Chus, cuéntamelo… ¿Con quién ligaste? Con la que lo intentabas era lesbiana, ¿no? Tiene que ser otra…

—¿Qué hacías? ¿Controlarme? —pregunta un poco sorprendido.

Ahora que lo dice, igual le presté más atención de lo que tocaba, pero era por curiosidad, solo curiosidad…

—¿Con quién?

—No te lo voy a decir. —Gira la cara un momento hacia la ventana y al momento vuelve a mirarme como si se arrepintiera de haber dirigido la vista en esa dirección.

Miro yo hacia allí y veo claramente la casa de la fiesta desde aquí. Se pone rojo.

—¿La de las tetas? ¿Te tiraste a la de las tetas? —Me quiero descojonar, pero a la vez me molesta un poco. ¿Una tía de plástico? No le pega nada.

—Se llama Claudia —dice con desgana.

—¿Eso es un *sí*?

—Carina, no quiero hablar de eso —insiste.

—Pero yo sí.

Resopla algo desesperado ya y yo me acerco a la ventana. Se ve perfectamente el piso de ella, que está sentada junto a la ventana mirando un ordenador.

—En serio, no sé qué le ves…

—No tengo que darte explicaciones, Carina. Voy a acostar a mi abuela. Vete de mi habitación, por favor.

Pero el que sale es él.

Vuelve a los pocos minutos y me encuentra todavía aquí, mirando los libros que tiene dentro de una caja.

—¿Qué haces aún en mi cuarto? —Se sienta en la cama.

—Buscar otro libro.

—¿Ya te has terminado *1984* o te has cansado de él?

—Terminado. Me ha gustado mucho, pero da mal rollo…

—Me extraña que lo hayas terminado ahora que ya hay tele.

—Bueno, pero está todo el día tu abuela acaparándola… Y, la verdad, estaba interesante, quería saber cómo acababa la cosa… ¿Tú crees que el «Gran Hermano» de la tele lo han sacado de ese libro?

—Sí, claro, «el Gran Hermano te vigila», es el mismo concepto.

—Pero es al contrario, en el programa de la tele es todo el mundo vigilando a unos pocos, y en el libro son unos pocos vigilando a todo el mundo…

—Ya, bueno, pero el concepto es el mismo. Y lo que les interesa, por la audiencia, es que sean los espectadores los que lo controlen todo. No se podría hacer el programa al contrario. Además, es telebasura, no esperes mucha profundidad en algo así.

—Ya, supongo… ¿Qué tal este? ¿Lo has leído? ¿De qué va? —Cojo el primer libro[1] que veo en la caja que estaba mirando y me siento a su lado en la cama.

Él lo mira y me da la impresión de que se pone un poco rojo.

—Sí, lo he leído, va de… —Se frota la cara—. De una chica, jovencita, que se cuelga de un amigo de su hermano mayor…

—¿Y qué más pasa? ¿Solo se cuelga? ¿O también se lían?

—Sssí, sí —se le atragantan las afirmaciones en la boca—, se lían. Tienen una relación… sexual muy *heav*y, de hecho. Es una novela erótica. Ganó un premio precisamente por eso, si no recuerdo mal…

—Así que —miro de nuevo el título— Lulú tiene un lío muy cerdo con un amigo de su hermano mayor…

Él asiente en silencio mientras me mira. Yo me muerdo el piercing de la lengua y sonrío. A él se le va la vista en esa dirección, pero la desvía rápidamente. El perro elige este preciso momento para subir a la cama de un salto y le empuja a él con el impulso, que se estampa contra mí, mi cara contra su cuello. Joder, huele bien. Antes de que le dé tiempo a separarse, oímos un grito desgarrado de mujer y nos levantamos de golpe. ¿Habrá sido la abuela? No parece su voz… Otro grito, esta vez de hombre, me hace descartar la idea. A esos los siguen primero el llanto de un bebé y luego el de otro. Ya está claro, los vecinos: el rubiales y familia.

Unos segundos más tarde, empieza a sonar el timbre de casa con insistencia y Chus sale corriendo hacia la puerta. Yo lo sigo igual de intrigada.

Al otro lado está Samu con la cara desencajada.

—Está de parto, nano. ¿Te puedes quedar con los críos?

—Claro, sin problema. Vete tranquilo —contesta Chus.

—¿Ayudo? —pregunto yo con la mejor de las intenciones. Los dos me miran con duda. ¿De qué coño van?—. Sé cuidar de un bebé. He vivido con mi sobrino seis años…

—Vale, buena idea, porque los dos son mucho curro para uno solo, y ahora están llorando a la vez…

Estrella sale de su casa lista para irse al hospital y llama al ascensor. El rubio sale corriendo detrás de ella. Chus coge las llaves de casa y las de la casa de ellos y me hace un gesto con la cabeza para que lo siga. Lo hago rápidamente.

—Tote, vigila a la vieja, que no haga nada raro —susurro antes de cerrar la puerta dejando al perrete dentro.

TREINTA Y SIETE

EL COLUMPIO

CHUS

Cojo a uno de los críos de Samu, que no para de berrear, y Carina va directa a por el otro.

—¿Cómo se llaman? —me pregunta en voz alta para que la oiga por encima de los llantos mientras abraza al suyo y se balancea un poco.

—Dani y Guille —contesto mientras imito un poco sus movimientos, que es más o menos lo que suelo ver hacer a Samu.

—¿Cuál es cuál?

—Pues el que tienes tú es Dani, y este, al que le han rapado la cabeza, es Guille.

—Pobrecito, ¿por qué le han rapado? —pregunta bajando la voz, parece que han dejado de llorar y ya se puede hablar normal.

—Porque le salen calvas, dice que cuando ya le crezca el pelo normal se lo volverá a dejar crecer…

—Pobrecito…

—Bueno, es un bebé, no se entera.

—Pero cuando sea mayor verá las fotos y a su hermano con pelazo y él rapado… Es injusto.

—No sé, puede ser —me río de lo indignada que está con esta tontería.

Ella empieza a cantar lo que parece una nana en italiano entre susurros. Me acerco a ella para que Guille la oiga también. Canta bonito y muy dulce. Ya la había oído cantar el otro día con el ukelele, pero sin música y en susurros a los bebés es otro rollo. Algo me pellizca por dentro al escucharla, como cuando oyes un solo en un concierto, una emoción de esas que la notas en el corazón. Me quedo mirándola igual un poco de más, pero no puedo dejar de hacerlo. Su cara es tan bonita como su voz. ¿Cómo es posible parecer un ángel por fuera y ser un demonio por dentro?

Seguimos así durante un rato hasta que nos aseguramos de que los niños están completamente dormidos. Los llevamos a sus cunas, cerramos la puerta y cogemos el intercomunicador.

—Vete si quieres —sugiero—. Me puedo quedar yo solo.

—No, que son dos. Si se despiertan a la vez, necesitarás ayuda.

Asiento sin discutir, la verdad es que ese es un panorama en el que no querría verme.

—¿Qué hacemos? ¿Intentamos dormir un poco? Yo puedo quedarme en el sofá.

—No, no puedes —se ríe y lo señala.

Me giro a mirarlo y lo veo lleno de ropa para doblar.

—Joder, qué marrón. ¿Se la doblamos?

—Mañana. —Me empuja hacia el pasillo—. Vamos a la habitación.

Entramos en el dormitorio de Samu y Estrella y ella se tumba en la cama.

—*Cazzo!* ¡Es enorme! —Da una palmada a su lado para que me tumbe yo también.

Obedezco sin rechistar porque estoy hecho polvo. Joder, sí que es grande la cama. Claro, para que quepa Samu cómodamente, supongo. Me acuesto a su lado y me quedo muy quieto. No sé si por la idea de ir a dormir con ella, por estar en la cama de Samu o por lo cansado que estoy.

—¡¿Qué es eso?! —Carina me da una palmada en el brazo y con su otra mano señala al techo.

—¿Qué? —Miro hacia donde me indica, pero no veo nada.

—Eso del techo, ¿qué crees que es?

—Ni idea, parece un enganche para una lámpara. Está en un sitio un poco raro, demasiado desplazado del centro de la habitación.

—Ya sé lo que es. No es para una lámpara —de descojona ella—. Es para un columpio, me juego lo que quieras.

—No, no, los columpios esos donde dejan colgados a los nanos llevan su propio enganche y los colocan en los marcos de las puertas, que los monté yo con Samu, sé cómo van, no necesitan eso del techo.

—No, no, no digo un columpio infantil, eso es para un columpio sexual… Estoy segura.

—¿Qué dices? No, ni de coña. Será para algo de los niños.

—No, no. —Salta de la cama y va hacia el armario—. ¿Qué apostamos? Yo digo que es un columpio para ellos.

—No, no, no, no. —La imito y me acerco hasta donde está—. No me apuesto nada, cierra el armario.

—Ni lo sueñes, necesito encontrarlo. Si tienes razón y es para algo de los críos, me ocupo de tu abuela todos los días hasta que se vaya… Pero si tengo yo razón, compras una tele cuando se marche la yaya.

—Déjate de rollos. Deja eso.

Abre el cajón más bajo del armario y suelta una carcajada.

—Mira, voy a ganar yo —se descojona y saca algo del interior. Se pone de pie y me golpea con lo que parece una polla de goma.

—¿Qué haces, tía? Deja eso. Son cosas de ellos.

—Tienen un montón, *cazzo*, no me lo habría imaginado en la vida, con lo dulce que parece esa chica…

—No tiene nada que ver una cosa con la otra. Déjalo donde estaba y cierra el armario, por favor, Carina.

—No hasta que encuentre el columpio. Tiene que estar por aquí… Mira todo lo que tienen.

—Carina, joder, esto no está bien…

—Consoladores, esposas, antifaces, lubricantes, aceites, juegos de cartas, dados… *Cazzo*, qué bien se lo pasan estos dos —se ríe—. Se están ganando todo mi respeto… ¡Mira! ¡Disfraces! —Empieza a sacar cosas flipadísima. Me pone un casco de bombero en la cabeza—. Estás sexi, Chus. Me estoy imaginando a la preñada diciendo: «Rubio, saca la manguera».

Coge un plumero y una cofia que se pone en la cabeza.

—¿Qué prefieres, Chus? ¿Te quito el polvo o te echo uno? —pregunta entre risas mientras me pasa el plumero por la cara.

Trago saliva con dificultad y no me sale ni una palabra. Ella se pone seria un momento, pero le vuelve a dar la risa. Me quito el casco en cuanto se vuelve a girar hacia el armario.

—Ya, Carina. No toques nada más. Déjalo todo donde estaba…

—¡Aquí está! —casi grita con la emoción, pero se contiene lo suficiente, supongo que al acordarse de los dos motivos por los que estamos aquí.

Saca algo del interior del armario.

—Eso no es un columpio, eso parece un arnés de escalada o algo así —protesto.

—Esto es un columpio, yo los he probado un par de veces y son así. ¿Nunca has usado uno?

—No. Déjalo donde estaba, por favor.

—¿Lo colgamos?

—¡No!

—¿No tienes curiosidad?

—No, Carina, por favor, déjalo todo donde estaba.

—Vale, ya no miro nada más.

Vuelve a guardarlo todo y yo me voy hacia la cama. Al momento viene y se vuelve a tumbar a mi lado. Le da la risa floja y me contagia enseguida. Ahora que lo hemos guardado todo, ya me siento menos incómodo. No me mola nada cotillear las cosas de la gente. Pero la verdad es que ha sido divertido. Con la de animaladas que cuenta Samu y resulta que solo son la punta del iceberg. Madre mía, llega a ver todo esto Marc y le da un jamacuco o algo.

—¿Lo habrías imaginado de estos dos? —pregunta Carina girándose hacia mí.

—De él, sí, de ella… Bueno, por las cosas que ha contado él, me lo habría podido llegar a imaginar. Igual no tanto, pero sí, supongo que no me sorprende demasiado. Desde luego, si tuviera que suponer algo así de uno de mis colegas, habría apostado por él.

—¿Sí? Pues creo que yo habría apostado antes por mi cuñado. Los paraditos a veces tienen una vida interior sorprendente que solo sacan en la intimidad. ¿No ves lo feliz que es mi hermano? Esos también tienen que tener sus secretos… ¿Has visto su armario? Si estos dos tienen todo esto en un cajón, imagina lo que pueden tener Piero y Loui en ese vestidor…

—Prefiero no imaginar —me río—. Joder, Carina, son mis colegas… Ya me estaba costando no imaginarme a Samu y Estrella con todas esas cosas, como para que añadas en la ecuación a Loui y Piero.

Ella se parte de risa.

—¿Y tú? ¿Qué es lo más raro que has hecho? —Se pone seria de repente.

—No sé, tía, creo que nunca he hecho nada raro. Estuve diez años con mi ex y éramos bastante tradicionales en eso. A ver, que el sexo estaba muy bien, pero era todo muy normal… Vaya, que no teníamos juguetes, ni disfraces, ni columpios…

—¿Quieres saber las cosas que he hecho yo? —pregunta en un susurro acercándose un poco más a mí.

—No —contesto en el mismo tono.

—¿Por qué no? —murmura y se acerca todavía más.

—Porque creo que prefiero no saberlo. —Las palabras se me enredan y no tengo claro haber dicho la frase entera.

Me mira fijamente durante un segundo, pero un berrido a través del intercomunicador nos da un susto de muerte.

—*Cazzo!* —Se ríe—. ¡Qué susto! Voy yo, a ver qué les pasa. Si se despierta el otro, te aviso.

Sale de la habitación y yo me quedo mirando al techo. Mis ojos vuelven a esa anilla y mi imaginación a todo lo que Carina ha sacado de los cajones. Va a ser un esfuerzo sobrehumano desterrar todas esas imágenes de mi mente para poder dormir.

TREINTA Y OCHO

ANTES CHICAS QUE HERMANAS

CHUS

Me despierto solo en la enorme cama de Samu. Lo primero que hago es llamar al instituto para pedirme un día de asuntos propios. Voy hasta el salón y me encuentro a los nanos gateando por la alfombra entre sus juguetes y a Carina terminando de doblar la ropa que vimos anoche en el sofá.

—Buenos días, he hecho café.

—Buenos días, Carina. ¿Has dormido algo?

—Muy poco, pero no tenía sueño. Creo que me sobreexcitó lo de anoche —se vuelve a reír —. No, en serio, uno de ellos no paraba de llorar y he estado casi toda la noche intentando dormirlo. Bueno, esto ya está. Los críos ya han desayunado. Voy a prepararle el desayuno a tu abuela y a darle un paseo a Tote, a ver si me despejo. Igual duermo un poco, si me da tiempo, ¿a qué hora tienes que irte a currar?

—He pedido un día de asuntos propios, tranquila.

En ese momento se abre la puerta de casa y entra Samu eufórico.

—¡Buenos días, familia! Ha nacido hace dos horas. Nico: tres quilos y medio, cincuenta y dos centímetros, todo perfecto. La madre está fenomenal, ha salido en dos empujones. Vengo a por unas cosas que me ha pedido y me vuelvo a largar. ¿Qué tal todo por aquí? ¡Coño! Habéis doblado la ropa y recogido la cocina, estaba todo un poco cerdo. Gracias, tíos.

—Ha sido Carina, yo estaba sobando —aclaro porque no me gusta llevarme el mérito ajeno.

—*Spaghettina, grazie mille!* —berrea Samu a pleno pulmón mientras la coge en brazos y da una vuelta sobre sí mismo. Luego la deja en el suelo y ella se parte de risa.

—Bueno, me marcho. *Ciao*, chicos. Chus, vengo en un rato.

—Hasta luego, Carina.

—*Ciao, bambina!* —grita Samu, que se ha sentado en el suelo con sus hijos.

Les cuenta emocionado que acaban de tener un hermano. Los críos, por supuesto, no entienden lo que les dice, pero se contagian pronto de la euforia de su padre. Cuando ha terminado su relato, se levanta y viene hacia mí.

—Tengo tres hijos, nano. Qué puto vértigo.

—Tampoco creo que haya mucha diferencia de dos a tres.

—¿Tú crees? Para empezar, tengo más hijos que manos, yo ahí veo un problema de logística… Ven, acompáñame a por lo que me ha pedido Estrella y te cuento.

Lo sigo hasta su dormitorio y me va relatando la noche mientras abre el armario y empieza a buscar cosas.

—… Total, que el nano se había dado la vuelta y venía de culo, pero Piero no sé qué movida hizo que volvió a… ¡¿Te has tirado al bicho?! —pregunta con cara de flipado sosteniendo unas esposas delante de mi cara.

—¿Qué? ¡No!

—¿Y qué hace esto aquí? —Me mira levantando las cejas.

—Tío, perdona, fue Carina, se puso a cotillear. Intenté que parara, pero no me hacía ni puto caso.

—Ah, bueno, no pasa nada, ya ves tú… Entonces, ¿no usasteis esto? ¿No te la tiraste? —Yo niego con la cabeza, intuyo que con cara de pánico—. Qué bajón, quería detalles… ¿Por qué no? Está buena. Yo creo que si la esposas y, sobre todo, si la amordazas, puede ser un polvazo —se descojona de su propio comentario.

—No me voy a acostar con ella, es mi compañera de piso y la hermana de Piero.

—Y mi mujer es la hermana de Marc, ya ves tú, ¿qué tendrá eso que ver? Son antes chicas que hermanas… Para que se las tire otro, mejor un colega. Que a las tías también les gusta follar, sus hermanos lo tienen que entender… —Me da una palmada en la espalda y se vuelve a reír.

—¿Y tus hermanas? —pregunto sin pensar y al momento me arrepiento.

—¿Mis hermanas? ¡¿Te quieres tirar a mis hermanas?! —Abre tanto los ojos que parece que se le vayan a caer de la cara.

—No, no, ¡No! ¡Ni de coña, nano!

—Ay, joder, yo qué sé, lo has preguntado tú…

—Me refería a que si piensas que las tuyas también son chicas antes que hermanas, que si piensas lo mismo como hermano que como hombre.

—Hostia, pues no lo había pensado nunca. —Se rasca un poco la cabeza—. Pero son pequeñas, ¿no? No, joder, tienen diecisiete, yo a su edad… —se ríe—, vale, no son tan pequeñas. Hablaré con ellas. ¿Me lo has preguntado por algo?

—Habla con ellas, sí, será lo mejor. Y, nano, siento haber cotilleado ayer vuestro rincón de la perversión —digo medio riéndome en un discreto intento de cambiar de tema y que no me siga preguntando por sus hermanas.

—Ah, bueno, ningún problema con eso. —Abre el cajón en cuestión y deja caer dentro las esposas—. Es de lo más normal, tampoco tenemos nada que no tenga todo el mundo, ¿no? Es como si hubieras abierto el cajón de mis calzoncillos, ya ves tú…

—A ver, todo el mundo… Yo no diría tanto.

—Bueno, pues todo el mundo con pareja estable —dice como si fuera algo normal.

—¿Qué dices, nano? ¿Hablas en serio? Seré yo el raro entonces…

—¿No? A ver, ¿qué hay en este cajón que no tuvieras tú cuando vivías con Vero?

—Mmm… ¿Todo?

—¿En serio? —Me mira un momento flipado mientras sigue cogiendo las cosas que le ha pedido Estrella—. Y ¿qué teníais? Ahora tengo mucha curiosidad…

—Mmm… Nada.

—¿Nada en plan… nada? ¿De verdad? ¿No follabais? Perdona, no quiero remover aquello, pero tengo curiosidad.

—Sí, claro que sí, pero sin «cosas», no sé… Tampoco es que estuviéramos todo el día dándole, la verdad… Pero sí que lo hacíamos de vez en cuando.

—Pues, nano, tienes llaves de mi casa, cuando necesites lo que sea, ya sabes dónde lo guardamos… —Me da una palmada en el hombro.

—No voy a coger prestados tus juguetes sexuales —me río.

—¿Por qué no? A ver, los dildos está claro que no, pero los dados, los juegos de cartas, los disfraces, las esposas… Eso se puede prestar. Pilla lo que quieras, en serio… Pero luego me lo devuelves, que a veces tenemos antojos —sonríe y hace un movimiento sugerente con las cejas.

—¿Ni cuando acabas de ser padre dejas de pensar en eso?

—¡Jamás!

Tras preparar lo que se tiene que llevar, Samu y yo les damos a los nanos los biberones de media mañana y los acostamos para su siesta.

—Bueno, nano, me vuelvo para el hospital. ¿Necesitas que alguien te releve? Puedo mandar a alguna de las abuelas, que están eufóricas con el nuevo, pero que no se olviden de que tienen otros dos…

—He pedido el día libre, me puedo quedar, no me importa.

—Vale, guay, gracias. Te iré mandando refuerzos, que dos para uno solo son mucho curro.

Samu se dirige a la puerta para marcharse justo cuando suena el timbre. Abre mientras se coloca la bolsa en el hombro.

—Buenos días, chicos —saluda Clau al otro lado del umbral.

—Mira, aquí tienes los primeros refuerzos. —Se gira un momento hacia mí y de nuevo hacia ella. La coge de la mano y la arrastra hacia dentro de la casa mientras le hace dar una vuelta sobre sí misma—. ¡Claudia Tetas Nuevas, soy padre! ¡Tengo tres hijos!

—¿Me vas a quitar ese mote en algún momento?

—Mmm… No lo creo. —Sonríe enseñando todos los dientes—. Me piro, tíos. Os voy contando. Cualquier cosa, me llamáis. *Au*.

Samu se marcha y un silencio incómodo se instala entre nosotros. No la he vuelto a ver desde la noche de la fiesta, cuando… en fin, no creo que haga falta contarlo otra vez.

—Ay, se ha ido y se me ha olvidado darle lo que he traído para el crío… —rompe ella el silencio.

—¿Qué has traído? —pregunto más por seguir una conversación trivial que por verdadero interés.

—Esto. —Saca un muñeco de una bolsa y me deja loquísimo. ¿Qué coño es eso? ¿Es un puto duende?

TREINTA Y NUEVE

UN TROL DE LA SUERTE

CHUS

—¿Qué es eso? —le pregunto mientras señalo el muñeco que me acaba de enseñar.

—Un trol de la suerte —contesta con una sonrisa—. ¿No te acuerdas de ellos de cuando éramos críos?

—¿Es un duende?

—¿Qué? —Parece que flipa, pero no entiendo por qué, es una pregunta muy sencilla.

—¿Es un duende? Contéstame, coño, no es tan difícil.

—No entiendo a qué te refieres, Chus. Es un trol de la suerte, me regalaron uno de niña, lo he visto en la juguetería y me ha parecido una señal… No me creo que no los conozcas, eran un clásico en los ochenta…

—Sí, claro que los conozco, pero lo que te pregunto es si un trol es un tipo de duende… —«Una señal, ha dicho que le ha parecido una señal… ¿Y si es una señal para mí también? ¿Es un duende o no es un duende?».

—Ni puta idea, tío. No sé nada de mitología, si es que eso es mitología… Dime de qué va esto, por favor, que no te sigo.

—¿Te parece que esto se podría considerar un duende?

—Ni idea, tío. Supongo que sí, yo qué sé…

¿Será esto lo que me dijo la bruja? ¿Es Claudia mi persona especial? Nunca me lo había planteado con ella, pero tiene todo el puto sentido…

—Chus, tío, ¿qué pasa? Me estás dejando muy loca. —Me mira como si estuviera zumbado, y no me extraña.

Nunca había pensado en Claudia en ese sentido hasta la otra noche y, si no fuera por lo que me dijo la bruja, lo dejaría pasar. Pero el caso es que ocurrió. Todo. Primero lo de liarme con Claudia y luego lo de la tía del parque. Es por algo. Si ocurrió es por algo. ¿Quién soy yo para ir en contra del destino? Si este bicho feo es el duende que dijo Kata, quiere decir que tengo que ver a Clau de otra manera, ¿no? Me encontré con esa tía por algo, me echó las cartas, me dijo aquello y ahora me encuentro un puto duende delante de mis narices… Más claro no puede estar, joder. No quería que fuera Claudia, pero no puedo más que rendirme a la evidencia. Ella me sigue mirando con cara de flipada.

—Vale, ¿me lo explicas ya? —Cruza los brazos sobre el pecho y me mira seria.

Tiro el puto duende al sofá, me acerco a ella y la beso. Así, tal cual, sin rodeos ni preámbulos. Y sin pedir permiso. Así lo quieren las cartas y así tiene que ser. Ella gime cuando nuestras lenguas se encuentran, pero se separa de mí al momento.

—Tío, ¿a qué viene esto? Creo que te estás confundiendo… Me parece que la otra noche ya dejamos claro que entre nos…

—Cállate, coño —la interrumpo—, que tampoco te estoy pidiendo que te cases conmigo.

No sé de dónde he sacado el valor para hablarle así, pero lo he dicho como lo siento. ¿Me vuelve loco Claudia? Pues no. ¿Si pudiera elegir la elegiría a ella? Pues tampoco. Así que, que no se venga tan arriba, que solo estoy haciendo esto porque no puedo ir en contra de lo que me dicta el destino, o las cartas, o lo que sea que esté decidiendo por mí. Solo soy un peón en manos de una fuerza mayor. Así que, simplemente, vuelvo a besarla, porque así es como tiene que ser.

CUARENTA

SOLO SOMOS AMIGOS

CLAUDIA

Parece que después de tantos años por fin he conseguido colarme en la cama de Samu. Joder, no me hago gracia ni a mí misma, qué patética soy.

¿Otra vez me he acostado con Chus? Efectivamente, lo he hecho. En la cama de Samu. En-la-ca-ma-de-Sa-mu. No tenía intención de repetir con él, pero cuando ha empezado a besarme así, en fin, que una no es de piedra. Que lo de la otra noche estuvo muy bien y que eso de que «un clavo saca a otro clavo» hay que probarlo. Pero no me funciona. No me ha funcionado en la vida, no sé por qué habría de ser diferente ahora.

Ojalá me enamorara de otro. Ojalá me enamorara de Chus. Pero no.

—Joder, tía, muy mal… —protesta mientras se pone de pie y empieza a vestirse.

—¿Muy mal? Creo que nunca me habían hecho un comentario tan desagradable nada más echar un polvo. —Me levanto yo también de la cama y lo imito.

—No, joder —se ríe entre dientes—, muy mal que lo hayamos hecho en la cama de nuestros colegas, mientras están en el hospital. Que estamos aquí para hacer de canguros, no para esto…

—A ver, Chus, no te rayes. Para empezar, si Samu supiera esto, seguramente estaría orgulloso de ti…

—Sí, es muy posible —se vuelve a reír entre dientes mientras termina de vestirse. Yo hago lo mismo.

—Tampoco es que estén en el hospital entre la vida y la muerte y tengamos que estar preocupados por ellos… Y los bebés están durmiendo, no teníamos nada mejor que hacer.

—¿No teníamos nada mejor que hacer? —Me mira aguantando la risa.

—Ya me entiendes —Me río yo también y hago un gesto despreocupado con la mano—. Bueno, Chus, en cuanto a esto…

—Sí, sí, solo somos amigos, no hay nada más, no me confundo… —dice poniendo los ojos en blanco, pero con una media sonrisa.

—Vale, si los dos lo tenemos claro, no hay más que hablar —añado mientras me dirijo hacia la puerta de la habitación, lo mismo que está haciendo él.

Calculamos mal las distancias y, cuando estamos a punto de salir, nos chocamos. Nos da la risa tonta a los dos y, no sé cómo ni de qué manera, volvemos a besarnos. Como si no acabáramos de hacerlo, nos empezamos a magrear de nuevo; pero el llanto de un bebé pone fin a lo que fuera esto antes incluso de que empiece.

—Mejor así —susurra junto a mis labios—. Voy a ver qué le pasa.

Se dirige a la habitación de los críos mientras yo voy al salón. Un espejo me devuelve una

imagen de mi cara con el pelo enmarañado y los labios hinchados. Me paso los dedos por el pelo para intentar arreglar un poco este desastre, pero con un resultado muy mejorable, pero mucho mucho. Aun así, paso de usar un cepillo de Estrella, que una tiene su dignidad… ¿Sí? Igual no, pero no quiero usar sus cosas, eso sí lo tengo claro.

Chus se asoma por la puerta de la habitación de los bebés y me habla desde allí.

—¿Puedes coger al otro, que se ha despertado también?

—¿Yo? Yo no quiero coger a un bebé. —«Ni de puta coña, vamos. Odio a los niños, pero lo de los bebés es ya repelús máximo».

—Pues vaya ayuda, ¿no? ¿A qué has venido entonces? —pregunta entre sorprendido y mosqueado, o eso me parece, al menos.

No sé qué contestar, porque no le falta razón, cuando suena el timbre de la casa.

—¡Voy a abrir! —me adelanto y voy directa a la puerta. La italiana desagradable me mira seria desde el otro lado y farfulla algo en su idioma.

—¿Qué dices?

—¿No está Chus? —pregunta intentando echar un vistazo al interior del piso.

Me aparto para dejarla entrar y lo hace. Aparece él en ese momento con un crío en cada brazo. Lleva la camiseta del revés. Todo lo «del revés» que se puede llevar, es decir, costuras por fuera y etiqueta delante. Aunque tiene el pelo bastante corto, también se nota que lo lleva algo alborotado… Vamos, que entre sus pintas y las mías, no hay que tener unas dotes intuitivas muy desarrolladas para saber lo que acaba de pasar aquí. La cara de la italiana me dice que no le ha hecho ni puta gracia. Se acerca a él y le coge uno de los bebés, pero no dice ni una palabra. Lo mira seria.

¿Habrá algo entre ellos? ¿Estará liado con ella también? Nada más lejos de mi intención que meterme en medio, pero, si es así, me podría haber avisado, ¿no? En fin, lo que me interesa a mí es que ya está ella aquí para ocuparse de los críos, porque, aunque en teoría yo venía para eso, hacer de canguro es una de las cosas que menos me atraen del mundo.

¿Que por qué he venido entonces? Porque si me llama Samu pidiéndome algo, no soy capaz de decirle que no. Porque no me llama nunca y, cuando he visto su nombre en la pantalla de mi móvil, me he emocionado tanto que le habría dicho que sí a cualquier cosa.

¿Es triste mi situación? Efectivamente, lo es. ¿Debería superarlo ya y seguir adelante? Por supuesto, no soy imbécil, lo sé de sobra. ¿Soy patética? Creo que, a estas alturas, no hay duda de ello.

—Bueno, ya tienes refuerzos, Chus. Aprovecho y me voy ya —digo con aire despreocupado mientras cojo mi bolso.

—*Ciao, bella* —dice el bicho con un tono que suena irónico y una sonrisa de lo más falsa.

¿Tiene un problema conmigo? Si yo a esta tía no le he hecho nada, apenas hemos intercambiado un par de palabras. En fin, lo que sea, me largo de aquí, que tengo cosas mejores que hacer.

CUARENTA Y UNO

BUCEANDO EN UN MAR DE SILICONA

CHUS

—¿Qué tal? ¿Cómo estaban mi abuela y Tote? —le pregunto a Carina en cuanto Clau se ha marchado.

—¿Otra vez? ¿Te la has tirado otra vez? ¿En casa de tu amigo? ¿Mientras tenías que cuidar a los niños?

—Mmm, ¿tan evidente es? —Noto que me sube la sangre a la cara. Me avergüenza un poco, pero no entiendo su tono de reproche.

Ella coge la etiqueta de mi camiseta, que con las prisas no me he dado cuenta y la llevo de corbata, y da un tirón.

—¿Tú qué crees? —pregunta en un tonillo como si yo fuera imbécil o algo—. *Cazzo*, yo ocupándome de tu abuela y tu perro y tú echando un polvo con la muñeca hinchable…

—¡Eh! No hables así de ella. Además, que has ido a ocuparte de eso porque has querido, no entiendo ahora esta movida…

—¿Que no hable así de ella? ¿Qué pasa? ¿Ahora es tu novia?

Pero ¿de qué coño va esta tía?

—No tengo que darte explicaciones, tronca. No sé por qué le tienes tanta manía a Clau, ¿te ha hecho algo? Y, si no querías ir a ocuparte de mi abuela y de mi perro… ¡Pues no haberte ofrecido!

De verdad que flipo con ella. Se ha montado solita toda la película y no hay manera de seguirla. Es raro estar medio discutiendo con un bebé en brazos cada uno mientras los balanceamos para que se calmen. Pero no lo conseguimos, siguen llorando.

—¿Qué coño les pasa? ¿Por qué no se calman? —pregunto en parte desesperado y en parte para cambiar de tema, porque no quiero seguir discutiendo con ella.

—¿Les has cambiado el pañal? —pregunta.

—Mmm, no —confieso.

—Y ¿les has dado la comida?

—Mmm, tampoco.

—Pues ahí lo tienes, Sherlock, eso es lo que les pasa. —No me mola nada el tono en el que me lo ha dicho, pero lleva razón, no sé por qué no se me ha ocurrido pensar en esas dos opciones.

—Claro, coño, no sé cómo no lo he pensado…

—Porque estabas pensando en otra cosa… Estabas muy ocupado buceando en un mar de silicona…

No sé si mosquearme, ofenderme o descojonarme con ese comentario. Ella es más rápida que yo y va hacia la cocina, así que decido seguirla y no hacer ninguna de las tres cosas.

Antes de que me dé tiempo a coger un par de biberones, que es lo que pretendía hacer, ella va a la despensa y saca dos potitos. Vale, qué verde estoy en estas cosas. Dejamos a los nanos en las tronas y comienza la fiesta de darles de comer con cuchara.

Nos ocupamos de papillas y cambios de pañal en completo silencio. Luego jugamos un rato con los críos en la alfombra también sin hablar entre nosotros. Mejor, su actitud estúpida no me apetece nada en este momento.

A última hora de la tarde, aparece Reyes, la madre de Estrella, para relevarnos.

Volvemos a casa en silencio y Carina se va directa a su habitación. Me ocupo de mi abuela y del perro, pero me retiro pronto, tengo mucho en lo que pensar.

Ya en la cama, reflexiono sobre el día tan raro que he tenido. Otra vez Claudia. Me he vuelto a acostar con Clau. El duende, esto lo he hecho por el duende. Me gusta acostarme con ella, claro, pero siento que falta algo. Y ella también es consciente. Igual es normal al principio. Igual solo hay que seguir insistiendo y dejar que las cosas fluyan para que haya algo más entre nosotros. Igual fue por eso que me salió en las cartas.

«Venga, Chus, eres un tío racional. ¿Desde cuándo te guías por lo que diga una tirada de cartas? Pues desde que han adivinado que la última tía con la que has estado te ha puesto un duende delante de las narices. Ni más, ni menos».

Porque el bicho feo ese era un duende, ¿no?

CUARENTA Y DOS

SOLO UNA CERVEZA

CHUS

—No viniste ayer, se te echó de menos. —Me intercepta Inés en el pasillo del instituto.

—Ya, tenía una emergencia…

—¿Me estás evitando por lo que te dije el otro día?

—¿Qué? ¡No! Nada que ver, era una movida personal… —aclaro, aunque no tengo por qué.

—¿Qué haces esta tarde? ¿Quedamos? —insiste.

—Pues, creo que no… Verás, estoy empezando algo…

No sé ni cómo justificarme. «Mira, mejor que no, porque me he tirado un par de veces a una amiga, que no me gusta lo suficiente como para habérmelo planteado nunca, pero resulta que las cartas me han dicho que ella puede ser mi chica especial porque sacó un muñeco feo de una bolsa». Definitivamente no sé cómo explicar esto, no lo entiendo ni yo.

—¿Estás con alguien? —Me mira sorprendida—. No me dio esa impresión.

—No exactamente.

—¿Entonces? ¿Qué mal puede hacerte tomar una copa conmigo?

Pues también tiene razón, solo es una copa. Igual la malinterpreté el otro día y no es eso lo que busca.

—Está bien, nos tomamos una copa cuando quieras.

—Esta tarde.

—Mmm —dudo—, ¿esta tarde?

—Sí, ¿tienes algo mejor que hacer?

Pues la verdad es que no. Para irme a casa y aguantar los gruñidos de mi abuela y a la italiana de morros, casi prefiero otro plan.

—Vale, esta tarde.

Llego al aula antes que los chavales, es su hora del recreo. Sorprendentemente es Jairo el primero que aparece.

—Hola, Jesús.

—Hola, Jairo —suspiro.

—¿No vas a preguntarme por el finde? —Sonríe.

«¿Que si voy a preguntarte si finalmente te tiraste a la hermana pequeña, menor de edad, de mi mejor amigo? Creo que no, gracias».

—No, Jairo, lo que hicieras el finde es asunto tuyo.

—Triunfé —vuelve a sonreír—. Creo que ella también era virgen, diga lo que diga…

—¿Crees? ¿No ves que tenéis ahí un problema de comunicación? La base de una pareja es la sinceridad… —En contra de mi buen criterio, estoy entrando al trapo.

—No empieces con esos rollos de viejo, tú no eres así.

El timbre de fin del recreo interrumpe esta incómoda conversación. Durante la clase, tengo que separarlos a él y a Lorena, porque, igual que el último día, no dejan de besarse y de meterse mano. En circunstancias normales, habría llamado a sus padres para tener una reunión y explicarles la situación, pero llamar a la madre de Samu para contarle esto es de las cosas que menos me apetece, la verdad. Además, acaba de ser abuela, no es buen momento.

Sí, me estoy justificando, soy consciente. Y en algún momento tendré que hacerlo, también lo sé, pero hoy no es el día.

Cuando termina la última clase de la tarde, aparece Inés en mi aula.

—¿Nos vamos?

—Claro, cuando quieras.

La acompaño hasta su coche. Desde que me he mudado, suelo venir andando al instituto, mi piso nuevo está mucho más cerca de aquí que la casa de mi madre. Un dato muy importante que le interesa a todo el mundo, está claro.

—¿Dónde vamos? —pregunto cuando me siento en el asiento del copiloto y me pongo el cinturón.

—A mi casa —sonríe.

No sé si es buena idea, ya le he dicho que no va a pasar nada entre nosotros. Porque se lo he dicho, ¿no? Ahora dudo. Igual me estoy flipando y no quiere nada conmigo.

—¿A tu casa? —pregunto para ver si obtengo algo más de información—. ¿Y eso?

—Tengo unas cervezas irlandesas estupendas, estuve allí en Navidades. Ya verás, te van a encantar…

Asiento con la cabeza y no digo nada. Eso tiene sentido, si quiere invitarme a unas cervezas especiales que tiene en casa, lo suyo es ir allí. No tiene por qué haber una doble intención.

Subimos al ascensor y, tras apenas un segundo desde que se han cerrado las puertas, se gira hacia mí y me besa. Me separo de ella al momento.

—¿Qué haces, tía? No he venido por esto, ya te he dicho antes cómo estaban las cosas.

—Sí, vale, perdona. —La puerta del ascensor se abre—. Lo dejo estar, nos tomamos unas cervezas y ya.

—Gracias.

Entramos en su piso y me invita a sentarme en el sofá mientras ella va a por las birras. Obedezco y la espero paciente. Vuelve al momento con dos jarras de cerveza de esas que parecen decorativas. Son de cerámica con dibujos de colores y una tapa metálica.

—Creí que este tipo de jarras eran solo de decoración, no sabía que hay gente que las usa para beber en ellas.

—Pues ya lo sabes —sonríe—. Las compré allí, ¿a que son bonitas?

¿Bonitas? Lo que son es horterísimas. Normalmente las que he visto de este tipo tienen colores discretos y algún dibujo de un paisaje, o una tabernera o algo así; pero esta tiene colores más chillones y una decoración de tréboles de un verde muy llamativo. Le doy la vuelta a la jarra para ver el dibujo completo y me quedo flipasísimo al ver la ilustración del otro lado.

—¿Qué coño es esto? ¿Es un duende?

—Un *leprechaun* —explica ella—. Es típico de allí. Tiene relación con St. Patrick, con la

cerveza y los tréboles. Si quieres buscamos la leyenda en internet, que no me la sé bien. Sé que tiene que ver con algo del arcoíris y un caldero de monedas de oro…

—¿Pero es un duende? —insisto.

—No sé, ¿lo es? ¿Qué importa eso? ¿Quieres buscar la leyenda?

—Sí importa, claro que importa. ¿Es un duende o no lo es?

—Yo qué sé, Jesús… ¿Un duende? ¿Un gnomo? Ni idea, ¿qué diferencia hay?

—Mucha, créeme. ¿Tú dirías que es un duende?

—Pues no tengo ni idea, pero, si tuviera que elegir entre duende o gnomo, pues igual sí, igual diría duende… ¿Por qué?

Sin darle ninguna explicación, la beso. Ella me corresponde sin dudar. ¿Por qué he cambiado de opinión? Porque sí, porque igual me he empeñado en que el trol feo de Clau era un duende y, en realidad, este lo parece más. Igual simplemente era Inés todo este tiempo y no he querido verlo. Igual me estoy empeñando en Claudia y es un error. No todos los enanos feos son duendes, pero este lo parece, ¿no?

En realidad, no sabría decir qué es exactamente un duende y qué no lo es; pero, ya que tengo esa información privilegiada que me dio la bruja, algo tendré que hacer con ella… Y si no fuera importante, ¿por qué de repente no dejo de ver duendes en todas partes?

CUARENTA Y TRES

PUES NO ERA TAN DIFÍCIL

CHUS

Pues sí, me he acostado con Inés. ¿Es un acierto? ¿Un error? Es difícil de saber. Puto duende, ya podrían haber sido un poco más claras las cartas… El caso es que ha estado bien, pero tengo esa extraña sensación como con Claudia. Sí, están muy bien; sí, me gustan; pero no me vuelven loco. Eso es lo que yo necesito, volverme loco, enamorarme… Es mi rollo.

Igual solo es una cuestión de madurez. Igual las cosas cuando uno es adulto son así y ya no las vives con la misma intensidad que a los veinte años… Espero que no. Enamorarse duele, mucho, pero lo prefiero mil veces a vivir a medio gas.

En realidad, solo tiene que salir bien una vez. No es tan difícil, ¿no?

Voy en un taxi de vuelta hacia casa cuando me llega un mensaje de Clau.

CLAUDIA

Hola, ¿qué haces? ¿Te pasas un rato por mi casa?

Resoplo y me paso una mano por la cara. Le debo una explicación, qué menos.

CHUS

En diez minutos estoy ahí.

Cierro los ojos el resto del trayecto mientras pienso en la mejor manera de afrontar esto. Me concentro en la canción[1] que suena por la radio para no pensar en nada más.

—Hola, guapo, ¿qué tal el día? —me pregunta en cuanto salgo del ascensor.

—Mmm, bien… A ver, Clau, tenemos que hablar —contesto ya entrando en su casa.

Ella cierra la puerta y viene a sentarse conmigo en el sofá.

—Dime —me anima.

—Verás, sé que no tenemos nada, pero, no sé, hay algo que siento que tengo que contarte. Vengo de casa de una compañera de curro… Acabo de liarme con ella.

—Ajá, mmm… ¿vais en serio? ¿Has empezado algo con ella? No quiero meterme en medio si es así…

—No sé, tía, está en el mismo plan que tú. En su caso, se acaba de separar y quiere

desmelenarse un poco.

—¡Pero bueno! ¿Quién te ha visto y quién te ve? Nuestro Chus jugando a dos bandas… Me lo dicen hace quince años y habría jurado que era imposible…

Me quiero reír, pero me sale un resoplido raro.

—Ya, bueno, yo no estoy jugando con nadie…

—Lo sé, lo sé, tranquilo. —Me pone una mano sobre el muslo mientras sonríe—. ¿Solo dos? ¿Con la italiana del demonio no tienes nada?

—¿Qué? ¡No! ¿De dónde sacas eso?

—No sé, ayer cuando apareció me puso un careto que me dio por pensar que igual tenías algo con ella y estaba celosa… Que yo no quiero meterme en medio de nada…

—Pues no, su mala cara es algo habitual, no tengo nada con ella. Nada de nada.

—Vale, vale. Bueno, entonces… ¿Estás o no estás con la de tu curro?

—No estoy, nos hemos acostado esta tarde, pero ni siquiera sé si lo vamos a repetir…

—Esta tarde, ¿eh? —Parece pensativa—. ¿Quiere eso decir que no te apetece uno rápido antes de cenar? —Me sonríe de medio lado y a mí me da la risa.

En fin, supongo que hasta que tenga claro cuál de los dos bichos feos es el verdadero duende, no voy a tener más remedio que seguir probando, ¿no?

Vuelvo a casa después de, bueno, está claro lo que he hecho en casa de Clau, y me recibe un ambiente de lo más hostil.

Oh, sorpresa.

Tote es el único que se alegra de verme. Mi abuela y Carina discuten, como siempre. Pero yo acabo de echar un polvo y estoy de lo más relajado… Bueno, en realidad han sido dos… con dos chicas diferentes… Doblemente relajado.

Cojo una cerveza de la nevera y voy a por el bote de los cacahuetes con miel.

De nuevo: oh, sorpresa. Está vacío.

—Ya te vale, Carina —farfullo y ella me mira con cara de asco.

Parece que el ambiente agradable que habíamos conseguido se ha esfumado. Ni me molesta. Paso de todo. Tengo una actitud zen en la que no me reconozco ni yo mismo. ¿Quiere estar en plan estúpido? Me da igual, me resbala. ¿Mi abuela también está insoportable? Que le den.

—¿No te da vergüenza llegar a estas horas y dejarme todo el día con la golfa esta? No sé qué te has creído, todo el día por ahí, cuando lo que tendrías que hacer es venir directo del trabajo. No me puedes dejar aquí todo el día con ella.

—Tienes razón, yaya —le digo mientras saco mi móvil del bolsillo. Ella sonríe satisfecha porque cree que una vez más ha conseguido que haga lo que ella quiera.

Mi hermano descuelga al segundo tono.

—Hermanitoooo —dice como saludo.

—Chimo, en una hora te llevo a la yaya. Mamá vuelve en seis días, yo la he tenido una semana entera, ahora te toca a ti. No es una pregunta, hazle sitio que vamos para allá.

Y le cuelgo.

Así, sin más.

Pues no era tan difícil.

CUARENTA Y CUATRO

NUEVA RUTINA

CARINA

Desde que se largó la abuela, las cosas son muy diferentes. La verdad es que reina la paz en el piso durante el día. Bueno, y por la noche, porque confieso que estoy evitando un poco a Chus. Me gustaba hablar con él de libros y que me recomendara nuevos, pero lo cierto es que casi todos los que tiene son buenos y ahora elijo por mí misma y me los voy leyendo a mi rollo. Cuando está en casa, prefiero quedarme en mi habitación y coincidir lo mínimo con él. A eso también hay que sumarle que he encontrado trabajo en una web de enseñanza de idiomas y varias horas al día tengo clases online. Son videollamadas con alumnos para practicar conversación y tal. Eso lo hago desde mi habitación, claro está. No se lo he contado a nadie porque, con lo desastre que soy, seguro que la cago y me despiden y tengo que darles explicaciones a todos. Paso. Aprovecharé lo que dure y listo.

Así que, esa es mi vida ahora mismo. Mi principal compañía es Tote, nos hemos vuelto inseparables. Por las mañanas damos un paseo largo y lo llevo a correr a un parque especial para perros que no queda lejos. Luego volvemos a casa, leemos un rato y damos alguna clase. Sí, lo digo en plural porque lo siento así. Él se tumba a mis pies mientras yo hago todo eso y para mí es como si lo hiciéramos juntos.

Chus ya no suele volver a media tarde como antes, casi todos los días llega cuando ya es de noche. O llega a media tarde y luego se larga a cenar por ahí. No sé si sigue liado con la de las tetas de silicona, pero en la última cena con sus colegas les contó que estaba liado con una compañera del curro. Muy bien, pues que lo disfrute. A mí me da igual. Por mí como si se quiere tirar a todas sus compañeras del instituto y a todas sus amigas. Ahora que su abuela se ha largado, ya no tiene que darme ninguna explicación y no me afecta lo más mínimo su vida sexual.

Eso es lo que yo no tengo: vida sexual.

Claro, currando yo sola online y con los colegas de mi hermano como únicos amigos, mis relaciones sociales se reducen bastante. No han vuelto a dar una fiesta desde la que dio la de las tetas hace un par de meses… Igual podría llamar a Rocky y volver a quedar con él… Espera, no era Rocky, ¿cómo era? Bah, si en realidad ni siquiera me gustó lo suficiente como para pedirle su teléfono…

En fin, que empiezo a necesitar conocer gente nueva o me voy a volver loca.

CUARENTA Y CINCO

NO ERA UNA BROMA

CHUS

Han pasado dos meses de todo: de que naciera el tercer hijo de Samu, de que yo empezara mis rollos raros con Inés y Claudia y de que mandara a mi abuela lejos. ¿Qué ha pasado en estos meses? La cosa entre Inés y yo siguió así durante varias semanas. Insistía mucho en que solo estábamos pasándolo bien como dos adultos. Y así fue. Yo iba a su casa de vez en cuando, nos bebíamos unas cervezas en las jarras de los duendes y luego, en fin, no quiero entrar en detalles. Estaba bien, no voy a mentir. Tampoco es que el maldito duende me estuviera obligando a hacer cosas desagradables. Y el rollo del sexo ocasional, aunque no es algo que hubiera buscado yo por mí mismo, lo cierto es que no estaba nada mal. Hace un par de semanas, Inés vino muy seria a hablar conmigo para decirme que iba a volver con su marido. Bueno, pues parece que ahí la señal del duende no estuvo muy fina.

El caso es que, una semana después, Claudia decidió que lo mejor era terminar el rollo que nos llevábamos. En fin, tampoco voy a decir que sufrí por eso.

Me lo tomé sorprendentemente bien en ambos casos, al menos para lo que yo he sido toda mi vida. Porque, mirándolo fríamente, solo había estado con ellas por las absurdas señales.

Al final llegué a la conclusión de que igual las cartas lo único que querían era que tuviera sexo sin compromiso. Lo cierto es que eso me había sentado mejor que bien. Me había servido para descubrir una faceta de mí mismo que desconocía. Y me gustaba.

Ha estado tan bien, de hecho, que en estos dos meses me ha dado totalmente igual la actitud estúpida de mi compañera de piso. Porque sí, después de esa noche en casa de Samu, volvió a ser el bicho que conocimos cuando llegó. Desde que se fue mi abuela, apenas nos cruzamos por el piso. Intercambiamos algunas frases de cortesía, pero poca cosa. Hay días que, si no fuera porque el puto bote de cacahuetes se sigue vaciando solo, pensaría que se ha largado.

Esta noche cenamos todos en casa de Samu. Vivimos en la puerta de enfrente y vamos a llegar los últimos.

—¡Carina! —Doy dos golpes en la puerta cerrada de su habitación—. ¡Es la hora! ¿Vienes?

Abre la puerta con su cara de asco habitual.

—*Cazzo*, si tenías tanta prisa, podías haberte ido solo, sé cruzar un rellano.

Pongo los ojos en blanco porque paso de decirle nada y entrar al trapo. Actitud zen. Todo me resbala.

Llegamos a casa de Samu y, efectivamente, ya están todos allí. Se van turnando a los nanos. Los mayores cumplirán un año en un par de semanas y ya caminan solos, una puta locura.

Greta debe de estar a punto de parir, tiene un barrigón enorme y muy mala hostia.

—Bueno, pues ya estamos todos. Tenemos que contaros algo —dice Estrella.

Samu se frota la cara y Piero aguanta la risa. No sé qué está pasando aquí.

—Estrella está embarazada otra vez —dice el rubio por fin.

Se hace el silencio más absoluto, pero no voy a ser yo el que diga lo que todos estamos pensando.

—¿De quién? —pregunta Greta por fin—. ¿No te hiciste la vasectomía?

—¡Gracias! —grita Samu—. ¿Verdad que lo normal es dar por hecho que una vez que cortan los cables, ahí no hay peligro?

—Te dije que tenías que esperar un año o hacerte un análisis de esperma para confirmar que ya estaba limpio, que puede tardar meses en desaparecer la carga espérmica —dice Piero con un tono que da a entender que han hablado de esto antes.

—Yo qué sé, nano, pensaba que estabas de coña y me querías vacilar…

—¿Por qué te iba a hacer una broma con algo así? Por no hablar de que, de nuevo, no habéis respetado la cuarentena…

—Yo qué sé, tío, es una broma graciosa, aunque el resultado no ha tenido ni puta gracia…

—Porque no era una broma… —insiste Piero.

—Vale, dejadlo ya, que así no solucionáis nada —interviene Loui—. Ya está hecho. Cuatro hijos en menos de dos años, deberíais informaros por si habéis batido algún tipo de récord y os dan un premio o algo. —No puede evitar reírse con el final de la frase y nos contagia a todos.

—Piero, podrías hacerles un bono: cada cuatro hijos, el siguiente parto gratis, o algo así… —suelta Marc y todos volvemos a descojonarnos.

—Pues no, listo, que para cuando nazca este, o esta, la vasectomía tiene que ser ya más que efectiva —se defiende Samu—. ¿Verdad? —añade la pregunta a Piero.

—En teoría, sí, pero hazte el análisis, no te la juegues.

—No, no, no me la juego, nano, que analicen lo que tengan que analizar. Me pajeo en un bote todas las veces que haga falta, pero con este se acabó ya lo de procrear…

—¿Tú cómo estás? —le pregunta Greta a Estrella.

—Harta antes de empezar —resopla Estrella y al momento le da la risa—. Joder, qué mala suerte tenemos…

—A ver, mala suerte, mala suerte… —se ríe Piero—. A pelo, sin análisis, en cuarentena… Estabais jugando a la ruleta rusa…

—Pfff, ¿qué más da ya? —bufa Samu.

—Bueno, ¿cenamos o nos vamos a pasar la noche hablando de lo mismo? —interrumpe Carina y nos corta el rollo a todos.

—Apoyo la moción —interviene Clau, que aún no había abierto la boca—. Vamos a cenar y a cambiar de tema, que a algunas los críos nos dan repelús.

Nos quedamos todos durante un momento con una sensación incómoda. Menudo par de gilipollas.

CUARENTA Y SEIS

SOLO ES UN FAVOR

CHUS

—Jesús, ¿puedo hablar un momento contigo? —pregunta Belén, la directora del colegio, desde la puerta del aula donde estoy dando clase.

—Claro. —Salgo al pasillo intrigadísimo.

Ella me tiende un sobre.

—El sábado hay una cena de todo el personal del colegio. Unos inversores quieren comprar una parte y financiar la ampliación que llevamos años buscando, pero han pedido conocer al claustro, bueno, y a todos los empleados, primero.

—¿Todos?

—Todos —responde seria sin apartarme la mirada.

—¿Los de la ONG también?

—También —responde en un tono que me da a entender que sabe perfectamente por qué he preguntado—. ¿Algún problema con eso?

—No, no —aclaro rápidamente, pero no lo tengo ni medio claro. Por muchos meses que haga, una velada con Vero y el gigante no es lo que más me apetece, la verdad.

—La asistencia no es opcional —aclara—. Puedes traer pareja, mucha gente va a hacerlo, no solo aquellos cuyas parejas son empleados del centro también…

«Aquellos cuyas parejas…», qué pedante es esta tía al hablar. Pero vaya, por si tenía dudas, me ha dejado claro lo de Vero. Pues nada, planazo de sábado.

A la hora del recreo, voy directo a buscar a Inés.

—Hola, ¿te has enterado de lo del sábado? —pregunto como saludo.

—Mmm, sí, claro —responde achinando un poco los ojos.

—¿Vas sola? ¿Quieres que vayamos juntos?

—Ya me temía yo esto, Jesús… Quedamos en que solo estábamos pasando un buen rato. Además, que ya se terminó. —Me pone una mano en el hombro—. He vuelto con mi marido, voy a ir con él. Yo no quería hacerte daño. Por favor, Jesús, ponte en mi lugar y no me montes una escena el sábado cuando me veas con él.

¿Pero esta subnormal se ha pensado que estoy colgado por ella? Será gilipollas.

—¿Qué dices? ¿A cuento de qué te iba a montar yo una escena?

—Jesús, que nos conocemos… Lo pasamos bien, pero terminó. Asúmelo y sigamos adelante. No intentes meterte en medio de mi matrimonio…

Me doy la vuelta y me alejo de ella echando chispas para no decirle alguna barbaridad.

Será imbécil. ¿Qué coño se ha pensado? ¿Que estoy loco por ella? Si fue ella la que se empeñó en lo nuestro y yo solo el que me dejé llevar… Simplemente quería tener compañía y alguien con quien hablar en la cena del sábado. No me apetece ir solo y tener por ahí rondando a Vero con el tío ese… Pues ahora voy a buscarme una pareja para que la subnormal esta vea que no me hace ni puta falta… Que no le monte ninguna escena delante de su marido… Pffff, de verdad, qué fuerte.

Llego a casa de Clau a media tarde y me abre la puerta ya con cara de condescendencia.

—¿Qué quieres, Chus? Ya dijimos que esto se tenía que terminar, que no era buena idea…

—Sí, sí, tranquila. Lo tengo claro, pero quería pedirte un favor… como amigos.

Pone los ojos en blanco un momento antes de hablar.

—¿Qué favor?

—Verás, el sábado hay una cena del colegio donde curro…

—No —responde sin dejarme terminar.

—Joder, aún no te lo he contado.

—No voy a ir contigo, no voy a hacerme pasar por tu novia, Chus. Te veo venir…

—Estará Vero con su novio e Inés con su marido… No quiero ir solo. Solo quiero tener una amiga con la que hablar…

—La respuesta es *no*. Dejamos claro lo que teníamos y lo que no, Chus. Y ahora ya ni siquiera tenemos eso. No te confundas…

Otra qué tal… ¿Pero qué coño se han creído estas tías? ¿Que no puedo vivir sin ellas? ¿Es tanto pedir que me acompañen a una puta cena?

—¿De verdad, tronca? Somos amigos ¿desde hace cuánto? ¿Veinticinco años? ¿No me puedes hacer un puto favor? ¿No puedes acompañarme a una cena de curro? ¡¿De verdad?!

Ella niega con la cabeza como respuesta.

—Si te lo pidiera Samu, seguro que le dirías que sí sin pestañear…

Respira hondo un par de veces por la nariz mirándome fijamente.

—Lárgate de mi casa.

—Que te jodan —digo a modo de despedida antes de salir por la puerta.

Piero. Voy a casa de Piero. Si no fuera porque Inés y Vero lo conocen y saben que está casado con Loui, me lo llevaría a él y diría que soy gay. Ahí se caerían de culo de pensar que me hubiese ligado a un tío que está más bueno que los suyos… Me da risa ese pensamiento, pero sería un puntazo, las dejaría loquísimas… Qué putada que lo conozcan.

Llego a su casa y llamo al timbre. Me abren Greta y su enorme barriga, que parece que vaya a reventar en cualquier momento.

—Hola, tienes mala cara, ¿qué te pasa? —me saluda.

—Un mal día —gruño.

—Estoy sola, pero si quieres contármelo a mí… —Se aparta para dejarme entrar.

Obedezco y la sigo hasta su cocina. Me siento en una de las sillas y ella me pone una cerveza delante y se sirve para ella un vaso de agua.

—Puto embarazo, qué hartita estoy —reniega—. Cuéntame, ¿qué te pasa? —pregunta mientras se sienta en la silla que hay frente a la mía aguantando el respaldo en el proceso, tiene los movimientos más que limitados.

Le resumo toda la parte de lo que ha pasado en el instituto. Todos mis amigos estaban al

tanto de mi rollo con Inés, aunque a ninguno le había contado lo de Clau, claro. Cuando llego a esa parte de la historia, decido que a tomar por culo. Si no quería que nadie lo supiera, que no se hubiera liado conmigo, al fin y al cabo, fue todo idea suya… Así que, pues eso, le cuento a Greta a grandes rasgos el rollo con Claudia y la conversación que hemos tenido esta tarde.

—Pues ya le vale, ¿no? ¿De qué va? —gruñe Greta.

—Ya ves, tía, no sé qué le cuesta…

—Pero ¿te ha dado un motivo o algo?

—Que no me confunda… Tssss, la flipada. Si a mí ella nunca me ha gustado… Y mira que es difícil eso, ¿eh? Que yo en estos treinta años me he enamorado de todas —me río.

—Cierto, a mí en tercero me escribiste una carta de amor —se ríe también—. Por ahí la tengo guardada.

Me sigo riendo y me paso una mano por la cara.

—No me acordaba de eso, pues seguro que Marc no te ha escrito nunca una carta tan romántica.

—Por supuesto que no —se descojona—. Ni de coña, vaya. ¿Quieres que hable yo con Clau y le diga que te acompañe? Puedo ser muy convincente… Te acompañaría yo, pero Vero me conoce de sobra, por no hablar de… —Se señala el barrigón con ambas manos y yo resoplo de la risa—. Además, con un poco de suerte, el sábado estoy ya recién parida. —Cruza los dedos y yo me río—. ¿Qué dices? ¿Hablo con Claudia?

—No, no, paso. Que no se piense que he venido a llorarte a ti… La muy gilipollas, creo que se piensa que estoy colgada de ella, cuando es ella la que está pillada por otro… No sé para qué cojones se lio conmigo…

—¿Por quién está pillada? —Greta achina los ojos.

—Mmm… Ni idea, no me lo dijo, es solo una suposición mía. —Creo que he sonado convincente, me voy a ir largando de aquí, que aún la cagaré—. Bueno, tronca, muchas gracias por la charla. Me voy a pirar ya, que es tarde. No te levantes, que te puede llevar media vida —me descojono.

—Cabrón —se ríe ella también—. Suerte con lo del sábado, Chus. Ya me contarás cómo queda la cosa.

—Claro, *au*.

CUARENTA Y SIETE

PUTOS CACAHUETES

CHUS

Llego a casa derrotado, me quito la chaqueta y voy directo a la nevera. Cojo una birra y, a continuación, abro el armario donde guardo el bote de los cacahuetes con miel. Casi no necesito ni cogerlo para adivinarlo vacío. Otra vez. O-tra-vez. Me cago en la puta. No, en la puta no: me cago en la italiana. Lo agito un poco para comprobar que no queda ni uno y, sin abrirlo, lo lanzo con fuerza lo más lejos que puedo.

—¡Joder! —grito como desahogo, aunque mi mosqueo solo aumenta.

El bote golpea junto a la puerta de la habitación de Carina y deja su huella en la pared. Al momento ella abre y se queda mirándome con cara de susto. Tote se asoma por la puerta también junto a ella con las orejas agachadas.

Carina mira el bote que ha caído al suelo y a continuación a mí de nuevo. Abre la boca para decir algo, pero decido hablar yo primero.

—Hoy no estoy para tus mierdas, ¿me oyes? ¡Estoy hasta los cojones! —Creo que nunca en la vida le he hablado así a nadie. Puede que tampoco haya estado nunca tan alterado.

—¿Qué te pasa? —pregunta en un murmullo con cara de pánico—. ¿Es por los cacahuetes?

—Sí, joder, es por los putos cacahuetes. Soy un tío sencillo, no pido mucho… Me gusta llegar a casa y tomarme una cerveza con mis putos *cacaos*, creo que es algo razonable… No paro de comprar botes y más botes y, cuando voy a buscarlos, nunca hay. Da igual cuántos compre, nunca queda ninguno, pero es que encima dejas el bote vacío en el armario, con recochineo… ¡¿De qué coño vas?! Si tanto te gustan… ¡Compra tú también, joder! —Me he ido acercando mientras hablaba (o gritaba, ha habido un poco de todo) y ahora estoy frente a ella, que me mira con una expresión que no le había visto nunca, parece acobardada.

Por un momento flaqueo y pienso en disculparme, igual me he pasado. No, no me voy a disculpar, por fin he sido capaz de soltar lo que pienso. Nos aguantamos la mirada un momento, pero enseguida me alejo de ella y me dejo caer en el sofá. Cierro los ojos.

—No me gustan tanto —susurra por fin.

Abro los ojos despacio y la miro.

—¿Qué?

—Que no me gustan, en realidad. Son *empagalosos*…

—Empalagosos —corrijo por inercia—. Entonces, ¿por qué coño te los comes?

—No los como. —Agacha la cabeza y mira al suelo.

—¿Y qué coño haces con ellos? ¿Los tiras? ¿Eres anormal?

—No los tiro. —Hace una mueca como aguantando la risa y entra en su habitación dejando

la puerta abierta.

Veo desde aquí que saca una caja de cartón bastante grande de debajo de su cama, la trae hasta el sofá y la deja junto a mis pies. Está llena de botes de cacahuetes, mis botes de cacahuetes, tiene que haber por lo menos veinte. Me inclino hacia la caja y los voy agitando todos. Están llenos, están todos llenos y sin abrir.

—¿Por qué están sin abrir? —cuestiono atónito.

—Para que no se estropeen, siempre tuve intención de devolverlos.

—¿Y los que yo encontraba vacíos en el armario?

—Era siempre el mismo. —Hace un gesto con la mano para quitarle importancia—. Lo rescataba de la basura.

—¿Qué problema tienes, tía? —pregunto por fin levantando la cara hacia ella.

Se deja caer en el sofá a mi lado y sonríe.

—No tengo problema.

—¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué haces estas mierdas?

—No sé, estás mono cuando te enfadas… Y nunca te enfadas demasiado… Bueno, hoy sí. ¿Me quieres contar qué te ha pasado? —Extiende la mano y me acaricia el brazo.

Miro su mano y luego la miro a la cara, tiene una expresión diferente, más dulce de lo que es habitual en ella.

—Ni de coña, paso de que encima hagas sangre, hoy no tengo el día, ya te he dicho que no estoy para tus mierdas.

—Sin mierdas, lo prometo.

—Déjalo, olvídate, no voy a contarte nada. —Me inclino hacia delante y apoyo los codos sobre mis muslos mientras me paso la mano que no sostiene la cerveza por la cara.

Ella se acerca a mí y coloca su diminuto cuerpo entre el respaldo del sillón y mi espalda. Pasa sus brazos por debajo de los míos y me abraza el pecho con ellos, sus rodillas sobresalen a los lados de mi cintura. No puedo verla, pero debe de parecer un mono ahora mismo.

—Vamos, Chus, ¿necesitas un abrazo? No soy mi hermano, pero puedo darte un abrazo Mancini. *Cuenta a Carina*, ¿qué pasó? —pregunta con su cara pegada a mi espalda justo antes de apretar más el abrazo y darme un beso por encima del jersey.

Esta situación me inquieta y me reconforta a partes iguales.

—Paso, que luego te descojonarás de mí —respondo por fin.

—No, no, prometo que no. ¿Hablamos en negación? Echo de menos a la yaya —se ríe y vuelve a apretar mi pecho—. ¿Por qué no me lo cuentas?

Me río por la imitación de mi abuela, aunque sin muchas ganas.

—Venga, *bello* —insiste—. Deja salir todo.

—¿*Bello*? —suelto una risa amarga y le doy un trago a la cerveza—. Si fuera *bello* no estaría como estoy.

—¿Es una chica? ¿Te ha dicho algo feo? ¿Tiene que ir la siciliana a partir piernas?

Me río ante la imagen de esta chica tan pequeña utilizando la violencia física. Con la verbal, en cambio, sí que la veo dejando a alguien fuera de juego.

—Chuuuuuus —susurra muy bajito mientras me aprieta fuerte—. Suelta lo que te quema.

Cojo aire y abro la boca para hablar, pero cambio de idea en el último momento, paso de que me suelte alguna puñalada. Ella se separa un instante de mi espalda para pasar ahora los brazos sobre mis hombros y abrazarse a mi cuello. Su cara queda junto a la mía y me susurra directamente al oído.

—¿Es una chica? ¿Te ha rechazado una chica?

—Son todas —suelto por fin con un gemido de dolor—. Todas pasan de mí, no sé qué hago mal… Venga, ríete, rematame, lo estás deseando.

—No, no —susurra secándome una lágrima que yo ni me había dado cuenta de que se escurría por mi mejilla—. No me río, de verdad. —Se aprieta más contra mí y me besa la mejilla. Ese gesto me calma un poco, pero sigo alerta porque no me fío de ella.

—Déjalo, tía, da igual. Me voy a mi habitación. —Hago el amago de levantarme, pero ella tira de mí con fuerza para que no lo haga.

—No te vayas. No es bueno que estés solo ahora. —Me quita la cerveza y se estira para dejarla en la mesita que hay delante del sofá.

Al tener libres las manos, aprovecho para frotarme los ojos por debajo de las gafas. Ella me las quita y las deja junto a la birra. Se separa de mi espalda y se sienta a mi lado, con las piernas cruzadas a lo indio, o eso parece, sin gafas es difícil asegurar nada.

—Apoya aquí la cabeza. —Se da una palmada en el muslo.

—Paso. Y dame las gafas, que sin ellas no veo nada.

—Qué cabezón estás. —Tira de la manga de mi suéter hasta que me hace caer sobre sus piernas—. Apoya aquí, así. No necesitas las gafas, no hay nada que ver…

Un poco tenso, intento levantarme, pero ella me lo impide y comienza a pasar sus dedos por mi pelo. Es agradable, decido cerrar los ojos y disfrutar de este momento que no sé lo que puede durar.

—No sé cómo ayudar si no me cuentas qué te pasa —insiste en un susurro mientras continúa acariciando mi cabeza.

—No puedes ayudar, no hay nada que hacer —murmuro aún con los ojos cerrados—. No me quieren, ya está. Ya no es solo que las tías no se enamoren de mí, es que no puedo contar con ellas ni como amigas…

—¿Quién no se enamora de ti?

—Nadie.

—Y ¿quién quieres que se enamore de ti? —Sigue acariciándome la cabeza con una mano mientras con la otra empieza a hacerme cosquillitas en el cuello.

—No sé, Vero, Claudia, Inés…

—¿Las tres? ¿Estás enamorado de las tres?

—No, claro que no —sonrío sin abrir los ojos.

—Entonces ¿de cuál de ellas?

—No lo sé —suspiro.

—¿No sabes? Yo nunca me he enamorado, pero supongo que eso es algo que se sabe…

—Sí, claro que se sabe, y sí que podría haberme enamorado de las tres… Pero ninguna quería nada conmigo. No sé qué tengo de malo, joder, soy buena gente…

—Pero ¿ahora? ¿Estás enamorado ahora? ¿Hay alguna que te haga sentir las mariposas esas que dicen en la tripa?

Me quedo pensando… Y sintiendo… ¿Siento esas mariposas? Sí que las siento. ¿Por quién? No lo sé, pero las mariposas están ahí, revoloteando en mi estómago… No, espera, ni eso son mariposas ni eso es mi estómago… ¿Me estoy empalmando? Mierda, joder con las cosquillitas…

—Para, para, déjame la cabeza tranquila. —Uso mis manos para apartar las suyas y abro los ojos. Sin gafas veo muy borroso, los podría haber dejado cerrados y daría lo mismo.

Me incorporo para levantarme y estoy a punto de caerme del sofá por la velocidad con la que lo he hecho. Ella me agarra para que eso no pase. Mierda, que no me toque, ¿es que no puedo controlarme? ¿Qué soy? ¿Un puto salido? Hace dos semanas que no echo un polvo, es cierto,

pero he tenido rachas mucho peores… Muchísimo peores, de hecho. Me tiro al suelo desde el sofá, fingiendo que me he resbalado, para alejarme de ella.

—¿Qué te pasa? —Su tono es de sorpresa o de susto, es difícil asegurarlo sin verla.

Sin moverme de la alfombra, tanteo con una mano sobre la mesa buscando las gafas y vuelco la cerveza. Joder, qué desastre.

—Para, para, Chus, para. —Me coge de los hombros y me obliga a estarme quieto. Noto que baja del sofá y de repente vuelvo a ver. Me ha puesto las gafas, está arrodillada delante de mí.

—Date una ducha y ponte el pijama, te sentará bien. Yo pido una *pizza*, limpio la alfombra y cenamos juntos, ¿te parece?

—Guay, tía, gracias. —No sé qué más decir, nunca la había tenido tan cerca y tanto rato. Y mucho menos siendo amable conmigo. Llevábamos dos meses casi sin hablarnos y me sorprende bastante este cambio de actitud.

—A menos que quieras cenar cacahuetes, tienes de sobra —se ríe.

—Qué cabrona eres —me río yo también mientras niego con la cabeza.

Se levanta con un movimiento ágil que perfectamente podría haber hecho su hermano y va hacia el teléfono fijo. Me quedo mirando el culo que le hace ese pantalón mientras se aleja… Pero ¿qué coño me pasa? ¿Estoy enfermo de la cabeza? Aprovecho que está de espaldas para irme rápidamente a mi habitación.

CUARENTA Y OCHO

CARTA DE PIZZAS

CHUS

Voy directo a la ducha. Necesito descargar esto. Estoy empalmadísimo y no quiero que me vuelva a pasar lo mismo, y menos en pijama.

El agua caliente me sienta bien, mejor que bien. Me enjabono rápidamente y, tras aclararme, empiezo el ritual: voy directo a lo seguro, va a ser rápido. Busco en mi mente la imagen de una actriz porno cualquiera, me vale la que sea. Mi imaginación vuela de una a otra entre mis favoritas, pero algo no está bien… ¿Por qué las estoy imaginando a todas con el pelo rosa? ¿Desde cuándo me pone esta tía? ¿Ahora me pone cachondo que una tía sea amable conmigo?

«Te has puesto cachondo por cosas más raras, nano, asúmelo».

Sigo a lo mío mientras intento alejarla de mi cabeza, porque las actrices a las que he invocado no solo tienen su pelo, ahora también tienen su cara.

No, no, no, no… Necesito desterrar esta imagen de mi mente, no puedo pajearme pensando en la hermana de Piero. Es la hermana de Piero, joder. Piero. No, no, no, no… Ahora es la imagen de Piero la que tengo que sacar de mi cabeza o me va a dar todo el bajón y necesito acabar con esto con urgencia si quiero cenar con ella tranquilo. Vuelve a mí ese pelo rosa, esta vez no intento pensar en otra cosa. Ese pelo, ese aro en la nariz, el piercing de la lengua, esa sonrisa canalla… Joder, me pone, me pone mucho… Estoy a punto, ya no hay vuelta atrás. Voy a tener un orgasmo pensando en la hermana de Piero, soy así de cerdo, pero soy incapaz de cambiar de imagen mental.

—Chus, ¿qué es lo que te gusta?

¡Joder! Esa voz y ese acento lo precipitan todo. ¿Lo que me gusta? Esto que me estaba imaginando me gusta, y tanto que me gusta. Pero no ha sido en mi cabeza, está dentro del puto baño. No la he oído entrar. Me corro todo lo en silencio que puedo, era tarde para evitarlo, ya estaba en el punto de no retorno. Entre espasmos silenciosos vuelvo a escuchar su voz.

—Chus, ¿me oyes? Te he hecho una pregunta.

Tardo varios segundos más de la cuenta en hablarle, pero no he podido hacerlo antes. Suerte que la mampara no deja ver nada.

—¿Qué coño haces aquí dentro, tía? —Mi voz suena ronca y se entrecorta un poco—. ¿No tienes ningún respeto por la intimidad?

—Perdona —la oigo al otro lado—, es que no sé cómo te gusta la *pizza*.

—Todo, me gusta todo, me da igual —gruño para que se pire antes de que diga una sola palabra más en italiano.

—*Capricciosa, Quattro Stagioni, Calzone, Peperoncina, Cinque Formaggi*…

Empieza a recitar la carta y corro el peligro de volver a ponerme cachondo, esta vez oyendo nombres de *pizzas*… ¿Qué coño pasa conmigo?

—Vale, vale, cállate ya. —Estoy siendo un poco borde, pero necesito terminar con esta situación—. Elige la que quieras, pero pírate de aquí.

—Está bien. —La oigo resoplar—. Qué genio… Tranquilo, que no he visto nada, y aunque así fuera, no serías el primer tío al que veo en la ducha…

—Que te pires…

—Me voy, me voy, qué humor te gastas… Y eso que deberías estar relajadito después de lo que acabas de hacer… —Oigo que se ríe mientras se marcha y cierra la puerta.

Mierda, ¿sabe lo que estaba haciendo? Claro que lo sabe, joder, no tiene un pelo de tonta.

Salgo de la ducha, me seco y me pongo el pijama con mucha calma. No tengo ninguna prisa por salir, no después de lo último que me ha dicho. Me siento a los pies de la cama, apoyo los codos en las rodillas y entierro la cara entre mis manos. ¿Qué cojones hago ahora?

Suena el timbre de casa. Mierda, ya ha llegado la *pizza*. Eso quiere decir que llevo demasiado rato aquí dentro. Es raro, es raro de la hostia, a ver ahora qué me invento.

Un par de golpes en la puerta.

—Chus, ha llegado la cena.

Quiero decirle que ya voy, quiero levantarme y salir, pero no me muevo, no digo nada, mi cuerpo no responde. Sigo con la cara enterrada entre mis manos y oigo que abre la puerta, pero sigo sin reaccionar. Se sienta a mi lado.

—No tengas vergüenza. —Pasa una mano por mi espalda encorvada. Que no me toque, joder, que no me toque—. Es normal, todos lo hacemos…

Levanto la cabeza y me giro a mirarla. ¿Acaba de decirme que ella también se masturba? No, lo habré entendido mal.

—No me mires con esa cara de flipado —se ríe—. Es normal. Todos «y todas» lo hacemos, y la que diga que no, miente. Estoy segura.

Me contagia la risa.

—Eres la hostia —suelto entre más risas.

—Te daré datos para que tengas menos vergüenza. En la ducha del otro baño… En mi cama… En el sofá cuando no estás…

—Para, para, no me des tanta información, no quiero visualizarlo.

—¿Te da asco?

—No —me río y niego con la cabeza—, no me da asco.

—Ya. —Aguanta la risa—. Bueno, pues ya ves que no hay vergüenza, yo también lo hago.

—Pero tú lo haces cuando no estoy en casa, eres más discreta…

—Mmm… No —se ríe.

—Joder, demasiada información. —Cierro los ojos. No quiero visualizarla, pero lo estoy haciendo. Y no ayuda, no ayuda nada—. Bueno, pues al menos yo a ti no te he pillado.

—Si te sirve de consuelo, me pilló tu abuela —se parte de risa mientras lo dice.

—¡Noooooooo! —me descojono con ella—. ¿Sabía lo que estabas haciendo? ¿Qué te dijo?

—Me dijo algo como «Marrana, no haces nada bueno, vas a ir al infierno, con esos pelos de demonio que tienes»… Y yo: «Señora, déjeme en paz y cierre la puerta».

—Qué fuerte, la yaya. —Sigo riéndome mientras me dejo caer hacia atrás en la cama; cualquier cosa con tal de alejarme de ella… Que no me vuelva a tocar, por favor. Ella hace lo

mismo y se tumba a mi lado, qué mal me ha salido… Aunque, para salido: yo.

Nos quedamos los dos un momento callados, el uno junto al otro, y mirando al techo.

—Se va a enfriar la *pizza* —rompe ella el silencio.

—Intenta no decir cosas en italiano, por favor. Di «cena», por ejemplo. «Se va a enfriar la cena».

—¿Qué pasa con mi idioma? ¿Qué problema tienes? —pregunta mientras se incorpora un poco y se queda apoyada sobre los codos con la cara girada hacia mí.

—No es ningún problema, pero prefiero que no lo hagas, no sé por qué hoy me altera un poco. —Me froto la cara.

Ella me mira arrugando las cejas y al momento abre mucho los ojos y se ríe.

—¿Te pasa lo mismo que a mi cuñado? —suelta una carcajada—. ¿Sabías que Loui se pone cachondísimo cuando mi hermano le habla en italiano?

—No lo sabía —me río—. Pero me lo creo; y lo entiendo perfectamente.

—¿Es eso? ¿Te excita oírme *parlare in italiano*? —Remarca las palabras en su idioma modulando la voz de un modo más sensual.

—Calla, joder —me río—, no sé qué me pasa hoy… Será porque he tenido un día chungo. Venga, vamos a cenar.

Me levanto y salgo de mi habitación con ella pegada a mis talones. Nos sentamos en la alfombra a comernos la *pizza* sobre la mesa de centro. Me quedo mirándola mientras mastico y una duda me ronda la cabeza.

CUARENTA Y NUEVE

ME ENCANTA LOUI

CARINA

¿Por qué me mira fijamente? ¿Qué le pasa a este tío ahora? Lleva un buen rato esquivando mi mirada y ahora no me quita el ojo de encima, no hay quien lo entienda…

—¿Qué pasa? ¿Qué miras? —pregunto en vista de que no dice nada.

—Estaba pensando… Tengo curiosidad… ¿Qué problema tienes con Loui? Es un tío de puta madre.

No entiendo a qué viene eso.

—¿Por qué dices eso? Yo no tengo ningún problema con mi cuñado.

—Va, tía, que te he visto tratar con él, se nota que te cae fatal.

—¿Qué dices? ¿Por qué piensas eso? No me cae mal, es buena persona y hace feliz a mi hermano, ¿qué problema podría tener con él?

—No paras de meterte con él todo el tiempo. Haces y dices cosas que sabes que le molestan… No te hagas la tonta, dime la verdad.

—Te lo digo de verdad, me encanta Loui —respondo mientras sigo masticando.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en que parezca que lo odias? En realidad, a todos, pero con Loui lo llevas a otro nivel.

—Qué va —me río—. Te lo parece a ti. Yo no odio a nadie, me caéis todos muy bien… Y mi cuñado el que más, me río mucho con él y me encanta ver así de feliz a Piero… Las cosas que le digo a Loui, bueno, y a todos, son bromas, ya lo sabéis.

—No, tía, no lo sabemos. Hasta esta noche, a mí también me caías fatal, y es muy difícil que a mí alguien me caiga mal…

—Pues será cosa tuya, los demás saben que son bromas… Loui sobre todo. De verdad, te lo has imaginado todo.

—No, tía, no me lo he imaginado. Si fuera así, ¿por qué te iban a mandar a vivir aquí?

—Para que aprenda a ser independiente y sea más responsable —repito lo que me dijo mi hermano cuando me propuso mudarme.

—Si fuera por eso —se ríe—, no estaría pagando él el alquiler, te haría pagarlo a ti… Y supongo que te habría hecho buscarte algo por tu cuenta, no me necesitaría de supervisor…

Devuelvo a la caja el trozo de *pizza* que me estaba comiendo, se me acaba de quitar el hambre… ¿Es eso verdad? ¿Les caigo mal a todos? ¿Le caigo mal a Loui? ¿Hasta el punto de no quererme viviendo en su casa? De pronto siento ganas de vomitar, o de llorar, hacía mucho que no me pasaba. Me levanto y voy corriendo a mi habitación. Cierro la puerta y me tiro en la cama. Rompo a llorar. Toda la vida igual. No puedo con esto.

Golpes en mi puerta.
—Carina, ¿estás bien? ¿Te pasa algo? —me llega la voz de Chus desde el otro lado.
—Déjame, quiero estar sola.
Silencio.
—Vale —lo oigo suspirar—, voy un momento a casa de Samu. Llámame si necesitas algo.

CINCUENTA

ALARDE DE SENSIBILIDAD

CHUS

Cojo las llaves, salgo al rellano y toco el timbre de casa de Samu. Abre al momento muy serio.

—Como hayas despertado a los nanos, mueres. Estás avisado.

Me río en silencio y entro en cuanto se aparta. Lo sigo hasta la cocina. Él saca tres cervezas sin alcohol del frigorífico y me pasa una mientras yo me siento a la mesa. Él hace lo mismo frente a mí.

—¿Sin alcohol? —me río—. ¿Y eso?

—Solidaridad con la preñada crónica —sonríe él.

—Hola, Chus, ¿qué tal? —Estrella entra en ese momento y se sienta a la mesa también—. ¿Qué te cuentas?

—No sé qué coño hacer con la hermana de Piero…

—¿Qué pasa? ¿Ya estás hasta los cojones y no sabes cómo hacer que se pire? —se ríe Samu.

—No, nano, si el rollo es que esta noche estaba hasta bonica. He llegado a casa de mala hostia, me he cabreado con ella y ha reaccionado raro, parecía otra persona. Ha estado simpática, comprensiva y hasta agradable. Pero luego hemos empezado a hablar de Loui y de repente se ha encerrado en su cuarto a llorar.

—¿Qué le has dicho? ¿Cómo ha sido la conversación? —cuestiona Estrella.

Les resumo más o menos cómo ha ido la noche, omitiendo deliberadamente el incidente de la ducha y todo lo relacionado con eso, no quiero perder mi dignidad también delante de ellos.

—Esa chica tiene un problema grave de ineptitud social. Yo creo que no es consciente de lo poco afortunados que son sus comentarios —sentencia Estrella tras darle un trago a su bebida—. Siempre he pensado que le vendría bien algo de terapia; y puede que incluso tenga algún trastorno sin diagnosticar…

—¿Que está loca, quieres decir? —pregunto para asegurarme.

—No —se ríe ella—, no que esté loca. Pero sí que puede tener un cuadro muy leve de asperger, o puede que algo de trastorno límite de la personalidad… No sé, debería tratarse. Lo que está claro es que no sabe relacionarse con la gente de manera normal. No creo que sea mala persona, ni que sea tan imbécil como parece…

—Y ¿qué hago? No puedo dejarla llorando, o lo que sea que esté haciendo, en la habitación de al lado y pasar de ella… Y menos hoy, que durante un rato hemos estado guay.

—Habla con ella, insiste.

—Haz caso a la psicóloga, nano, que de esto sabe un huevo. —Samu sonríe y señala con la

cabeza a su mujer—. Quién sabe, igual hasta consigues llevarte bien con ella y tenéis una convivencia apacible. Al final va a resultar que es un ser humano y todo… Con una tara, pero humana, quién lo hubiera dicho…

Se ríe y se lleva una colleja de Estrella.

—No seas cafre —se ríe ella también—. A ver, lo más probable es que no llegue a tener nada diagnosticable. Creo sinceramente que solo anda justita de habilidades sociales, que su actitud es un mecanismo de defensa, igual lo pasó mal de niña, no sé; pero aprovecha que hoy ha estado receptiva y haz que hable contigo.

—Joder, justo hoy —resoplo y me froto la cara—, con el día que llevo…

—¿Qué ha pasado? ¿Quieres hablar de ello? —pregunta Estrella poniendo su mano sobre la mía. Al momento se gira hacia Samu—. Cariño, lárgate.

—¿Qué? —Samu flipa—. ¿Por qué me voy a ir? Es mi colega. ¿Qué vais a hablar que yo no pueda oír? ¿Qué me he perdido? ¿Qué rollito os lleváis vosotros dos?

—Nada, hablamos de vez en cuando —explica su mujer—, no le des más importancia.

—¿Que no le dé importancia? —le pregunta a ella y luego se gira hacia mí—. Somos amigos de toda la vida, nano, ¿por qué no hablas conmigo? Me puedes contar lo que sea, no hace falta que te lo diga.

—Perdona, Chus, no sabía que se iba a poner así —me dice ella antes de dirigirse a Samu de nuevo—. No te lo tomes como algo personal, cielo. Chus lo ha pasado mal y, de vez en cuando, necesita hablar con alguien, alguien que no tenga la sensibilidad de un cebollino, preferiblemente. Soy la que le pillaba más a mano, es todo.

—Flipo. ¿Qué soy? ¿Un insensible? ¿Un mierda? ¿Eso pensáis de mí?

—No, qué va, no te lo tomes así. Prefería hablar con una tía, ya está —le explico a modo de disculpa.

—¿Por qué, nano? Cuéntame qué te pasa. Yo también sé escuchar. Venga, suéltalo, vais a alucinar con la sensibilidad que tengo… —Se pone serio y arruga las cejas. Estrella y yo intentamos aguantar la risa.

Respiro hondo y me paso una mano por la cara.

—No tienes por qué hacerlo, Chus. No te sientas obligado.

—No pasa nada, tiene razón. Debería poder hablar de estas cosas con un colega, para eso están… A ver, ¿por dónde empiezo? Resulta que el sábado hay una cena con toda la peña del instituto. Me ha dicho la directora que tengo que ir… Y estará Vero con el tío ese, y también estará Inés con su marido, que ha vuelto con él. Y nada, que me da todo el bajón ir solo. Le he pedido a… Bueno, a una tía con la que estuve liado una temporada que viniera conmigo, y me ha dicho que pasa. Y me jode. Sé que no quiere nada conmigo, pero pensaba que me haría el favor. No me apetece verlas a las dos en plan parejitas y estar allí yo solo, siempre solo, joder. No quiero darles lástima…

—¿Con quién has estado liado que no me he enterado? ¿La conozco? ¿Está buena?

—Y he aquí el alarde de sensibilidad de mi marido —ironiza Estrella.

—Perdón, perdón, vale, ¿qué se pregunta en estos casos? ¿La conozco? ¿Eso lo puedo preguntar?

—Preguntando eso estás pensando más en ti y en satisfacer tu curiosidad que en cómo se siente él. —Sigo con atención el diálogo entre ellos dos como si la cosa no fuera conmigo.

—Vale, lo pillo. —Samu vuelve a ponerse serio y se dirige a mí—. ¿Cómo te sientes, nano? Cuéntame.

Estrella y yo empezamos a descojonarnos a la vez.

—Joder, cabrones, ¿no era eso lo que tenía que preguntar?

—Sí, sí —confirma Estrella—, pero es que te ha quedado muy raro, cariño, estás muy gracioso.

—Pues mal, nano, me siento mal. Entiendo que no quiera nada conmigo. Yo tampoco quiero ya nada con ella, la verdad, pero es amiga, pensaba que me echaría un cable…

—¿Es amiga? ¿Una del insti? No, porque ella iría igual a la cena… ¿Qué más colegas tienes? Greta no, claro, ¿es Claudia? ¡Es Claudia! Porque la zumbada esa que tienes en casa ni de coña… ¡Tiene que ser Clau! ¿Te la has tirado? ¡¿Te has tirado a Claudia?!

Se lleva una palmada de Estrella, no sé si por hacer de detective, por haberlo adivinado o por llamar *zumbada* a Carina.

—Sí, es Claudia —suspiro—. Pero no digas nada, nano, no se lo cuentes a nadie.

—No, no, soy una tumba, pero necesito datos… ¿Cuándo te liaste con ella? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Lo lleváis bien ahora como amigos?

—Sí, lo llevamos bien, nunca fuimos más que amigos, ella no quería. Creo que está muy colgada de otro.

Al momento de decirlo me arrepiento, no he pensado que el tío del que creo que sigue colgada y el que me lo está preguntando son la misma persona.

—Pero ¿está con otro entonces?

—No, creo que no, está colgada de un tío casado, por eso no quiere nada serio con nadie… —improviso y miro de reojo a Estrella, que observa con cara de póker. Nadie diría que sabe perfectamente de qué va el rollo.

—¿Está liada con un tío casado? Joder con Claudia, no me lo hubiera imaginado en la vida, crees que conoces a alguien y mira…

—No sé si ha llegado a liarse con él —miento un poco, sé perfectamente que no se ha liado nunca con él—, igual solo es algo platónico, no sé.

—Pues espero que no se vuelva una loca como la de la peli aquella que mataba un conejo —se descojona Samu—, pobre hombre.

—Ya, bueno, ya se apañará —me río—. Eso me da igual, lo que me jode es que no haya querido hacerme el favor.

—Pues sí, qué cabrona, ya ves tú lo que le costaba —se indigna Samu.

—Bueno, pues eso, que me he agobiado hoy de pensar en volver a ver a Vero, además que irá a la cena con el tío ese… y súmale a eso que Inés haya vuelto con su marido… No sé, que es lo normal, aún están casados, pero yo qué sé, me he agobiado de pensar en ir solo y por eso he recurrido a Clau… Y ha pasado de mi culo que no veas… Pero bueno, que no le doy más vueltas, ya está, iré solo, no es el fin del mundo.

—Siempre puedes no ir —interviene Estrella—. Si no te vas a sentir cómodo, no tienes por qué hacerlo.

—Quiero ir, no quiero que ninguna de las dos siga condicionando mi vida… Y tampoco quiero que piensen que no voy por ellas. Paso, iré. Además, la directora me ha dicho que no era opcional.

—Bien pensado, nano. Que vean que te dan igual.

—No me dan igual —me río sin ganas.

—Bueno, pues que lo piensen —sonríe Samu.

—Por eso quería llevar pareja. —Me froto la cara.

—Si solo fuera Inés, iría yo contigo —dice Estrella—. Pero con Vero ni de coña.

—No, claro, con Vero no cuela —vuelvo a reírme sin ganas.

—¿Y una puta? —pregunta Samu e inmediatamente se lleva una colleja de su mujer.

—No, nano —me descojono—. No pienso contratar a una prostituta para algo así… Ni para nada, vaya.

—Vale, vale, solo era una idea, estoy intentando pensar soluciones…

—Anda que, vaya solución… —Estrella niega con la cabeza.

—Bueno, tíos, gracias. —Me pongo de pie—. Voy a ver si hablo con Carina antes de que se duerma, que seguramente mañana vuelva a ser el bicho infernal de siempre.

—Adiós, Chus. —Estrella se levanta y me da un abrazo. Samu se pone de pie también.

—Vamos, nano, te acompaño a la entrada.

Llegamos a la puerta y Samu la mantiene abierta mientras yo salgo al rellano.

—En serio, tío, la próxima vez habla conmigo, que también sé escuchar.

Asiento en silencio.

—Y tenemos una conversación pendiente —susurra—. Quiero detalles de lo de Claudia.

Me río como respuesta y voy hasta la puerta de mi casa.

—Buenas noches, nano —susurro yo también antes de entrar en mi piso.

CINCUENTA Y UNO

¿TODOS PIENSAN ESO?

CHUS

Con un suspiro voy hasta su puerta y toco suavemente con los nudillos.

—Carina, ya estoy de vuelta.

—Vale —responde desde dentro. Guay, está despierta.

—¿Estás mejor?

—Estoy bien.

—Voy a entrar.

No hay respuesta. Abro la puerta y la veo tumbada en la cama con la cabeza bajo la almohada. Voy hasta allí y me acomodo a su lado.

—Siento lo que te he dicho antes, tía. De verdad que pensaba que lo sabías. Creía que te gustaba putearnos y que lo hacías con toda la intención.

—¿Por qué iba a hacer eso? —pregunta mientras saca la cabeza de debajo del almohadón. Se incorpora y se queda sentada frente a mí.

—Yo qué sé, tronca. Llevo preguntándome eso desde que viniste. No entendía por qué te caíamos tan mal.

—¿Todos piensan eso? —pregunta en un susurro.

—Creo que sí —asiento con la cabeza.

—Yo creía que éramos amigos, que era una más de vosotros…

—¿De verdad no te das cuenta de lo poco afortunados que son tus comentarios?

—¿Qué diferencia hay entre las cosas que yo digo y las bromas que os hacéis entre vosotros?

—No sé, entre nosotros es diferente… Nos conocemos de toda la vida, nos tenemos más que calados.

—¿De verdad a Loui le caigo mal? —Me mira con ojos vidriosos y a mí me parte el corazón.

—Lo siento, tía. Pero lo podemos arreglar. Venga, yo te ayudaré a llevarte mejor con todos ellos. ¿Qué te parece si invitamos a Loui y a Piero a cenar aquí mañana para empezar? Yo te puedo ayudar a ser amable con él. Es un tío de puta madre, ya verás qué rápido le empiezas a caer bien… ¿Qué dices?

Ella asiente con la cabeza mientras se frota la cara, parece que se ha pillado un buen berrinche mientras yo no estaba…

—Vale, diles que vengan a cenar mañana —asiente—. Cocino yo.

CINCUENTA Y DOS

NIVEL DE PERTURBACIÓN

CHUS

Piero y Loui llegan puntuales. Les abro la puerta y los dos me sonríen, como es normal en ellos. Una vez dentro, a Loui se le ensombrece un poco el gesto al ver a su cuñada, pero lo disimula con su discreción natural. Piero se acerca a su hermana, se abrazan y se dicen cosas en voz baja en italiano. Loui y yo esperamos pacientes a cierta distancia.

Ella se separa de su hermano y se acerca a su cuñado.

—Hola, Luis, me alegro de verte. —Me mira un momento y yo asiento con la cabeza, intento darle ánimos, aunque lo cierto es que el tono con el que lo ha dicho ha quedado un poco robótico. A continuación, lo abraza y él se tensa un poco—. Gracias por venir.

—Hola, Carina. Gracias por invitarnos —contesta Loui con su educación habitual.

Ella y su hermano van a terminar de poner la mesa y yo aprovecho para acercarme a mi amigo.

—Pónselo fácil a la chavala, nano —susurro mientras le doy una palmada en la espalda—. Lo está intentando.

—Claro, sin problema.

Nos sentamos los cuatro a cenar. Yo lo hago entre Carina y Piero, frente a Loui. La ensalada que ha preparado la italiana es rara, como ella, supongo. Tiene una combinación de ingredientes peculiar y un aliño que no había probado nunca, pero me gusta. Piero no para de hablar y sonreír. Loui está algo serio, pero contesta cuando su marido lo interpela y sonríe de un modo un pelín forzado.

La conversación no fluye todo lo natural que cabría esperar en un grupo de amigos, quizá porque la situación es un poco extraña. Empiezo a pensar que igual una cena no ha sido buena idea, a lo mejor hubiera sido preferible empezar por unas cervezas…

—Chus, me alegro de verte hoy de mejor humor, ayer estabas fatal… —suelta la italiana, supongo que para romper uno de los incómodos silencios que se forman de vez en cuando.

—¿Estabas mal? ¿Te pasó algo? —pregunta Loui.

Piero estira el brazo y posa su mano sobre la mía.

—¿Todo bien? ¿Qué pasó?

Resoplo y decido contarles lo que les conté ayer a Samu y Estrella, en parte para desahogarme y en parte para llenar el silencio tenso que se crea cuando nadie habla. Omito deliberadamente la parte de Claudia, no es necesaria para la historia. Y omito también, por supuesto, el incidente de la ducha. Espero que no lo suelte Carina, la veo capaz.

—Ojalá pudiera ayudarte con eso —dice Piero cuando termino mi relato.

—Sí —añade Loui—, no sé de qué manera echarte una mano.

—No podéis —suspiro—. No pasa nada. Iré. Iré solo, puedo con esto.

—¿Era eso lo que te pasaba? —pregunta Carina—. ¿Cuál es el problema? ¿Ir solo? *Cazzo*, puedo ir yo contigo.

—Claro, qué buena idea —exclama su hermano—. Puedes ir con Carina.

Loui suelta un pequeño bufido.

—No sé yo… —me río entre dientes.

—Me comportaré, lo prometo. Pensaré las cosas antes de decirlas. Venga, Chus, yo te acompaño…

—No sé, tronca, a veces eres muy animal…

—No, no, verás que lo hago bien… Me pondré muy guapa, con tacones para parecer más alta y un vestido con escote… Me sienta bien el escote, tengo tetas bonitas… Mira.

El tiempo se ralentiza en este preciso instante y comienza a avanzar muy despacio. Carina, un poco girada hacia mí, se levanta la camiseta y nos enseña las tetas. Mis ojos van directos ahí por acto reflejo. Intento apartarlos, pero soy incapaz. Se ha quedado corta en su afirmación, sus tetas son perfectas. Algo brilla junto a uno de sus pezones, dos bolitas metálicas. Joder, también lleva un *piercing* ahí. Veo con mi visión periférica que Loui se lleva una mano a la cara y Piero da un golpe en la mesa y se pone de pie. Parece que está diciendo algo, pero no lo oigo. Necesito desviar la mirada, pero no puedo hacerlo. Siento que me falta el aire, creo que he dejado de respirar durante unos segundos. Cojo una bocanada para compensar y algo de comida, intuyo que un trozo de nuez de la ensalada, se va por donde no toca. Mierda, joder, me ahogo.

Comienzo a toser con fuerza. Tengo el conducto bloqueado. Me ahogo, me muero.

Nivel de perturbación: Muerto por mirar tetas.

Es una muerte patética, pero nadie se va a sorprender.

—¡Piero! —exclama Loui a la vez que me señala con la mano. Su voz me llega algo amortiguada.

El italiano viene hacia mí mientras sigue gritándole a su hermana, que, por suerte, ha vuelto a bajarse la camiseta.

—¿De verdad no te das cuenta de que no puedes hacer esas cosas delante de la gente? —Se coloca detrás de mí y me rodea con sus brazos. Mi cara ya tiene que estar de color azul por lo menos—. *Cazzo*, Carina, tienes que pensar un poco antes.

Presiona con sus puños en mi esternón y automáticamente lo que me cortaba la respiración sale despedido de mi boca. El aire vuelve a llenar mis pulmones y el tiempo regresa a su velocidad normal.

—¿Mejor? —me pregunta ahora a mí el italiano pasándome una mano por la espalda.

—Sí, nano, gracias —consigo decir con la voz ronca y los ojos llorosos.

—Perdona, Chus, no debí hacer eso —se disculpa ella.

—No, no debiste —responde su hermano muy serio.

Loui se pasa una mano por la cara, pero no dice ni una palabra.

—No pasa nada —consigo decir—. Solo me ha pillado por sorpresa.

El resto de la cena transcurre entre conversaciones banales y desconectadas entre sí y

silencios tensos. No alargamos demasiado la sobremesa, Piero y Loui se largan enseguida con la promesa de que repetiremos en breve.

—No ha ido muy bien, lo siento —dice Carina desde el sofá en cuanto nos quedamos solos.

—¿Tú crees? —me río y voy a sentarme con ella. Desde que he vuelto a respirar, estoy de mejor humor y ya me parece hasta cómico lo que ha pasado.

—No sé en qué estaba pensando… —sonríe—. Supongo que no estaba pensando.

—Eso parece, sí. ¿Por qué haces esas cosas?

—Yo qué sé, no pensé… Solo son tetas, no pensé que te ahogarías.

—Pues ha faltado poco, suerte que estaba aquí tu hermano.

—Sí, la verdad —suelta una risita—. Bueno, no has contestado… ¿Quieres que te acompañe yo?

—No sé, tronca, no quiero que me la líes con la peña del curro. —Me paso una mano por la cara mientras me río—. Ya me la lío yo solo bastante.

—Venga, Chus —se pone de rodillas en el sofá, coloca sus manos en mis hombros y me agita un poco—, verás que me porto fenomenal, seré la misteriosa italiana de pelo rosa que ha traído Chus… Ya los estoy oyendo murmurar… «¿De dónde habrá sacado el profesor de Filosofía una chica tan guapa con unas tetas tan perfectas?».

Me río.

—¿Qué contestas?

—Vale, sí —me vuelvo a reír—. Sé que me voy a arrepentir de esto, pero bien, ven conmigo.

Ella suelta un gritito y levanta las manos de mis hombros lo justo para abrazarme. Del ímpetu con que lo hace, acabamos los dos tumbados en el sofá, con ella sobre mí. Me besa la mejilla y sonríe.

—Ya verás como no te vas a arrepentir.

—Ya me estoy arrepintiendo —me río.

El recuerdo de la cena, lo cerca que la tengo en este momento y su cambio de actitud me ponen en guardia. Me incorporo al momento para poner algo de distancia entre nosotros. No tengo ninguna duda de que esta noche va a acabar como la de ayer.

Nivel de perturbación: onanista recurrente.

CINCUENTA Y TRES

ESTÁS MUY LOCA

CLAUDIA

Abro la puerta de casa y Greta entra como una exhalación. Bueno, eso en lo que a actitud se refiere, porque a efectos prácticos entra a velocidad de tortuga condicionada por el enorme barrigón que llega bastante rato antes que ella a los sitios.

—Joder, qué prisas —le digo—. ¿A qué debo el honor?

—Déjate de mierdas —me suelta.

—Eh, ¿qué pasa?

Estoy flipando, aunque en el pasado Greta y yo nos hemos mosqueado más de una vez, no recuerdo que nunca me haya hablado en ese tono. Da un poco de miedito. Entre la barriga y la cara de mosqueo… No sé, da yuyu.

Suelta el bolso en el sofá y se gira a mirarme con los brazos cruzados por encima de la barriga.

—¿Qué coño ha pasado con Chus?

Mierda, ya se ha ido de la boca, qué cabrón.

—¿Qué ha pasado con Chus? —tanteo el terreno, no vaya a ser que esté hablando de otra cosa y la cague yo solita.

—Hablé ayer con él, estaba hecho polvo.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—No te hagas la tonta, Clau. Sé que has estado liada con él.

—Es cosa nuestra, somos mayorcitos —resoplo.

—Pero ¿cómo se te ocurre? ¡Sabes de sobra cómo es Chus! —exclama.

—Ya, bueno, no será para tanto… Si está hecho polvo no es por mí, te lo aseguro… Lo nuestro estaba claro desde el principio, nunca le di falsas esperanzas. Él sabía lo que había.

—Pero te ha pedido un favor. Sigue siendo tu amigo, ¿no? ¿No puedes hacerle un puto favor?

—No, no, que Chus es muy dado a confundir las cosas… Y no quiero malentendidos. No voy a ir con él a una cena y hacerme pasar por su novia. Ni de puta broma, vaya.

—Y ¿qué pasó con Tato? —cambia de tema directamente y me mira de un modo acusador.

—Tato es el pasado, hace como cuatro años que rompimos, ¿qué pinta ahora aquí?

—Dime por qué rompisteis.

—¿A qué viene esto?

—Dime por qué rompisteis —insiste.

—No funcionó. —Me encojo de hombros—. Lo intenté, estuvimos un par de años saliendo,

rompiendo y volviendo hasta que lo dejamos definitivamente.

—Y ¿por qué no funcionaba? —pregunta muy seria mientras camina hacia la ventana. Joder, la conozco como si la hubiera parido, la estoy viendo venir…

—Yo qué sé, Greta, ¿a qué viene esto? No funcionó y punto. Es agua pasada…

—Hablando de agua pasada —mira hacia el edificio de enfrente—, es curioso que desde tu casa se vea una panorámica perfecta de la de Samu.

—No es curioso —me defiendo—, es casualidad.

—No me tomes por imbécil, Clau. —Se gira de golpe a mirarme—. Dime la puta verdad, ¿sigues colgada de Samu? ¿Por eso no funcionó lo tuyo con Tato? ¿Por eso no quisiste ni intentarlo con Chus? ¿Por eso te pillaste este piso? ¿Para poder espiarlo?

—¡Espiarlo! Cómo te pasas, estás muy loca… Son todo coincidencias.

Me mira fijamente y adivino que no está para chorradas.

—Si valoras un poco nuestra amistad, sé sincera conmigo. Te conozco de sobra, tía, son muchos años… ¿Sigues colgada de Samu? Sé de sobra la respuesta, pero necesito oírtelo decir.

—Puede que un poco, nada importante.

Levanta las cejas en señal de que no me cree.

—Vale, joder, puede que más que un poco.

Repite el gesto.

—Mierda, sí, no lo he superado… Una no elige de quién se enamora… ¿O es que si tú hubieras podido elegir de quién enamorarte habrías escogido a Marc?

—Pero, tía, ¡que está casado! ¡Casado! ¿Qué parte es la que no entiendes? ¿No ves que es enfermizo que te hayas pillado una casa desde la que se ve la suya?

—… Casualidad… —insisto ya en un murmullo, porque no me lo creo ni yo.

—Eres muy masoca, tía, ¿no lo ves? ¿Qué haces? ¿Le espías por la ventana? Es feliz con Estrella, supéralo y sigue con tu vida…

—No me hagas reír —protesto—. ¿Cómo va a ser feliz en esa vida de mierda que lleva con la coneja esa?

—No hables así de Estrella.

—Hablo como me da la gana —me defiendo, he abierto la caja de Pandora y ya no hay quien me calle—. La pánfila esa no puede hacerle feliz. Ya se dará cuenta y, cuando eso pase, yo estaré aquí para él.

Igual he hablado de más, pero Greta parece que tiene un don para hacerme soltarlo todo.

—No te metas en medio de ellos dos, ¿me oyes? —Me señala con un dedo acusador.

—Si pudiera conseguir algo metiéndome en medio, querría decir que ese matrimonio hace aguas por algún lado, ¿no?

—Clau, déjate de mierdas, déjalos tranquilos…

—Pero si no he hecho nada. —Levanto las manos para dejar clara mi inocencia.

—¡Te has comprado un piso para espiarlos!

—Hala, exagerada, espiarlos… Como si a mí me interesara lo que hace la mosquita muerta esa que lo tiene pillado por las pelotas…

—No hables así de Estrella, que es como una hermana para mí. —Se está empezando a mosquear de verdad.

—¿Desde cuándo?

—¿Cómo que desde cuándo? Desde que nací. Ya sabes cuál era nuestra situación. La he considerado una hermana desde siempre…

—Es la misma situación que tenías con Marc… ¿Él también era un hermano para ti? A ver si

va a resultar entonces que eres tú la perturbada…

No me da tiempo a terminar la frase, porque se acerca hasta mí y me da una hostia que me gira la cara. Vale, igual me he pasado un poco, pero es que es nombrar a Estrella y me ciego, le tengo mucho asco.

Greta me señala con el dedo, a punto de decir algo, pero se interrumpe para dar un grito y cogerse la barriga. Hostia, hostia, por favor, que no se ponga de parto en mi casa.

—¡Joder! —Se aguanta la barriga un momento antes de relajar la cara y seguir hablando—: Lo que has dicho de Marc es asqueroso, no me esperaba algo así de ti… Y, por última vez, deja en paz a Samu y Estrella.

—Pero si yo les dejo en paz… No he hecho nada, joder, Greta, parece mentira que no me conozcas…

—Pues empiezo a pensar que no te conoz… ¡Ah, jodeeeeeeer! —Se vuelve a coger la barriga y a mí me empieza a dar muy mal rollo. La quiero mucho, pero no tengo ningún interés en ver salir a su retoño.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? ¿Te llevo a algún sitio?

—Estaré bien cuando me prometas que… ¡Aaaaaaaah, hostiaaaaaa!

—Vale, tía, me estoy acojonando.

—Sí, puede que esté de parto. ¡Jodeeeer! —Me pasa su móvil—. Llámale tú, anda, ¡joder!

—¿A Marc? —pregunto por inercia buscando el contacto.

—¡¿A Marc?! —gruñe—. ¡A Piero!

—Claro, coño, mucho mejor.

Hablo con el italiano, que me dice que la lleve a su consulta, que él va de camino.

—Ya está, vamos a coger un taxi —le digo. Ella solo asiente con la cabeza como respuesta.

—Vale… Llama… también… a… Marc…, que…, como… se… pierda… el… parto…, me… volverá… a… pedir… otro…

CINCUENTA Y CUATRO

EL PARTO

CHUS

—¡Un poco más, nena, lo estás haciendo muy bien! —oímos gritar a Marc a través de la puerta cerrada.

—¡¿Que lo estoy haciendo bien?! ¡¿Hay alguna manera de hacer esto mal, gilipollas?!

A todos los que estamos en la sala de espera nos da a risa.

—¡Quiero drogas, Piero, dame drogas!

—¡Ya es tarde, *bella*, no harían efecto a tiempo! ¡Venga, que ya casi está, un último empujón!

—¡Llevas diciendo eso media hora y nunca es el último! ¡Sácala ya, joder!

—¡Venga, nena, que ya casi está!

—¡Argh, tú cállate, que todo esto es por tu culpa! ¡No vas a volver a tocarme, ¿me oyes?!

De nuevo nos descojonamos todos los que estamos esperando.

—Ah, qué recuerdos… Cómo me suena esa frase —suspira Samu—, y qué mentira más grande…

Estrella se ríe y le da una colleja. Lleva al bebé más reciente en brazos, han dejado a los otros dos en casa de la madre de Samu, porque las de Marc y Greta están aquí, lógicamente.

—Voy a por unos cafés —me susurra Carina, que está sentada a mi lado, antes de levantarse. Yo solo asiento con la cabeza.

La sala de espera de la consulta de Piero es mejor que la de cualquier hospital. Tiene varios sofás y butacas infinitamente más cómodos que las típicas sillas de plástico de las salas de espera de la Seguridad Social. En uno de los sofás están sentados Samu, Estrella y Loui; en otro las madres de Greta y Marc y la hermana de Greta, Emma. Los hermanos aún no han llegado y el padre de Marc ni está ni se le espera, por supuesto. Gina va de unos a otros claramente excitada. Se acerca a Loui y le enseña el dibujo que estaba haciendo hace un momento.

—Mira, somos mis papás, Piero, tú, yo y mi hermanita…

—A ver. —Samu se asoma a mirarlo por encima del hombro de Loui—. A nosotros no nos has puesto, sobrina chunga…

—No cabía más gente —se defiende la niña.

—Pues haber quitado a tu padre o a Piero, que los tienes muy vistos… Además, yo soy más guapo.

—Tsss… Ya te gustaría, flipado —interrumpe Loui.

—Eso, ya te gustaría, flipado —lo imita Gina.

—Te vas a enterar. —Samu se gira hacia la cría con una sonrisa diabólica. Gina da un grito y

sale corriendo justo antes de que él haga lo mismo pisándole los talones.

Se tiran un rato de gritos, risas y carreritas hasta que finalmente Samu deja de fingir que ella es más rápida, la alcanza y empieza a torturarla a cosquillas sobre el sofá que estaba vacío.

—De verdad que a veces me pregunto quién es más crío de los dos —se ríe Estrella.

—Ella.

—Él.

Gina y Samu contestan a la vez señalando al otro. Todos nos reímos porque es cierto que a veces parece que la cría de nueve años le gane en madurez mental. Aunque, ¿quién soy yo para hablar?

Claudia, que estaba sentada en una butaca en el otro extremo de la sala, se levanta y viene a sentarse a mi lado, en el hueco que ha dejado Carina en el sofá donde estoy ahora yo solo.

—¿Podemos hablar un momento? —susurra.

—Claro —asiento.

—Vamos a otra sala. —Se pone de pie y yo la imito.

La sigo hasta la habitación de al lado, donde está Carina haciendo café. Nos dirige una mirada rápida y al momento la desvía de nuevo a la cafetera.

—¿No hay otro sitio? —pregunta Claudia en un murmullo.

—¿Qué quieres, Clau?

Señala con la cabeza a la italiana y yo hago un gesto con la mano invitándola a hablar. Me da igual que esté aquí Carina, no sé qué mierda querrá decirme, pero no creo que sea algo que ella no pueda oír.

—A ver —susurra—, siento lo del otro día. Creo que fui injusta contigo… Ahora sé que solo me pedías un favor como amigo. No me cuesta nada hacerlo, la verdad. Si me aseguras que solo quieres que te acompañe como amiga y que no te estás montando ninguna película, te acompañaré a esa cena.

Miro por el rabillo del ojo a Carina, que está de espaldas a nosotros, concentrada en la cafetera, pero noto que se tensa cuando Claudia dice eso.

—No hace falta, Clau, gracias. Ya tengo con quién ir.

—¿En serio? ¿Con quién? —pregunta mientras pestañea un par de veces.

—¿Te sorprende que alguien quiera pasar una noche conmigo o hacerme un favor a la primera? —cuestiono con una sonrisa torcida.

—No, no, claro que no —miente—. Solo es curiosidad… ¿Con quién?

Señalo a Carina con la cabeza. Ella no se percata porque sigue de espaldas a nosotros.

—¿En serio? —susurra—. ¿Vas a ir con la zumbada esa?

«Mira quién fue a hablar de zumbadas», pienso mientras asiento con la cabeza.

—No es buena idea, Chus. Dile que al final no hace falta y te acompaño yo, en serio —dice en un murmullo apenas audible—. Que te la puede liar mucho en una cosa así.

—Está decidido —niego con la cabeza—. Voy con ella, no te preocupes, pero gracias por el ofrecimiento.

—*Cazzo!* ¿Dónde hay tazas normales? —pregunta Carina al aire mientras sostiene los vasos de café desechables en una mano y con la otra abre el armario que queda sobre la cafetera—. ¡Aquí! Menos mal. —Se gira a hablarnos a nosotros mientras vuelve a dejar los de usar y tirar junto a la cafetera—. Odio las cosas de plástico.

Yo aprieto los labios para no reírme mientras ella pone un montón de tazas en una bandeja, junto con la cafetera, y se marcha hacia la otra sala. Me deja a solas con Claudia, que parece no haber pillado la indirecta de la italiana.

—En serio, Chus, que esa chica te la puede liar mucho en una cosa de curro. De verdad que no me importa hacerte el favor.

Medito durante apenas un segundo las posibilidades y no dudo ni por un momento en volver a rechazar su propuesta. Ya es tarde, está decidido. Sé que con Carina estaré toda la noche en tensión esperando que diga alguna burrada, enseñe las tetas o incluso algo que aún no me pueda ni imaginar, pero no tengo dudas de que ir con ella será infinitamente más divertido que con Claudia.

Además, que la autoestima de cualquiera tiene un límite de «no quiero nada contigo» y «no te confundas» que puede soportar.

—Olvídate, Clau. Gracias, pero está decidido: iré con Carina, no te necesito.

Ella parece que va a decir algo, pero el llanto de un bebé nos interrumpe y salimos corriendo hacia la habitación de al lado. Unos minutos después, aparece Marc sin camiseta con el bebé pegado al pecho.

—Gina, ven a conocer a tu hermana —murmura mientras se agacha.

—¿Ya tiene nombre? —pregunta la niña al acercarse y él niega con la cabeza—. ¡Papá, que necesita un nombre!

—Lo sé, lo sé… —susurra él.

Todos los demás nos acercamos a ver a la cría.

—¡Pues nada! —oímos gritar a Greta desde la sala de al lado—. ¡Como ya ha nacido el bebé, a la madre que le den!

—*Bella*, es la novedad. —Piero se ríe—. Luego vendrán a hacerte caso.

Un bufido de Greta como respuesta nos hace reír a todos. Las madres de Marc y Greta, junto con Emma, entran a verla a ella. Loui las sigue también. Los demás nos quedamos mirando al bebé pringoso y a su padre, que se le ha quedado una cara de tonto que no puede con ella.

CINCUENTA Y CINCO

UN SECRETO

CHUS

Carina y yo caminamos en silencio de camino a casa. Supongo que los dos vamos pensando en el nacimiento que acabamos de vivir. Ha sido muy emocionante, la verdad, una nueva vida siempre lo es. Es extraño que ella no haya hecho ni un comentario desde que nos hemos ido de allí. Es muy inusual este silencio. Está rara, parece incluso taciturna.

«¿Taciturna? ¿Qué me creo, Bécquer?».

La miro de reojo de vez en cuando. Está como tristona, pero no dice nada.

—¿Estás bien? —Me animo a preguntar por fin—. ¿Te pasa algo?

—¿Te cuento una cosa? —murmura sin dejar de caminar.

—Claro.

—Yo podría tener ahora un hijo de unos seis años —me suelta—, pero aborté.

Me quedo helado, aunque mis pies siguen caminando por inercia. No sé ni qué decir ante esto que me acaba de contar. ¿Qué se contesta en una situación así?

—¿Cccómo? —pregunto no sin dificultad—. ¿Qué pasó?

—Pasó que era una inconsciente y una irresponsable y me quedé embarazada por no ir con cuidado. Y decidí que sería una madre horrible y que lo mejor era no tenerlo… Y le pedí a mi hermano que lo hiciera él, y no quería, intentó convencerme, pero finalmente lo hizo…

Instintivamente le cojo la mano mientras seguimos caminando.

—Sé que habría sido una madre muy mala, y que fue lo mejor para todos, pero pienso mucho en eso, ¿sabes? Piero tenía razón, me dijo que era una decisión que me iba a acompañar el resto de mi vida…

—Hace seis años tenías… ¿Veinte? Es normal que tomaras esa decisión, no te culpes por eso…

—Sí, lo sé, pero a veces no puedo evitarlo…

Dejo de caminar y la atraigo hacia mí para abrazarla. Me ha salido solo, necesito reconfortarla de alguna manera y no se me ocurre otro modo. Ella empieza a sollozar.

—Qué tonta, ¿eh? —Se ríe y llora a la vez—. ¿Cómo se puede echar de menos a alguien que no has conocido, que no ha existido?

—Shhh —susurro abrazado a ella. Prefiero que no diga nada, porque no sé cómo consolarla con una cosa así, no sé ni qué decir.

—Me consuela pensar que habría sido la peor madre del mundo.

Me río entre dientes como si le diera la razón, pero creo que no la tiene en absoluto. Después de ver cómo se maneja con los críos de Samu, tengo clarísimo que no habría sido una mala

madre, pero no se lo voy a decir, no voy a ser yo el que le quite el único argumento que la consuela.

—Bueno, no seas exagerada… Seguro que habrá por ahí alguna peor… —Me río y ella lo hace también—. Y de «padres» ya mejor ni hablamos, que tienes delante a uno que sería lamentable…

—*Certo* —se ríe y levanta la vista para mirarme.

Ya no llora, pero tiene los ojos brillantes por haberlo hecho. Y así, de la nada, siento el impulso de besarla. Juraría que ella está pensando lo mismo, pero justo cuando mis labios parecen estar tomando el control, mi cerebro reacciona y los retiene.

Vale, se acabó lo de ir besando a amigas, que no trae más que un marrón detrás de otro. Si algo he aprendido en estos meses es eso: las amigas son amigas. No más besos, no más sexo, no más nada.

Así que, simplemente, me separo de ella y vuelvo a emprender la marcha hacia casa. Ella no dice nada, solo me alcanza y sigue caminando a mi lado. Me coge de la mano, como he hecho yo con ella hace un momento, antes de que nos detuviéramos. Vale, ahí no veo problema, dos amigos pueden andar perfectamente cogidos de la mano. Con esto no hay peligro, así que solo le doy un apretón como respuesta y seguimos caminando en silencio.

CINCUENTA Y SEIS

ESA RISA

CHUS

—¿Me recomiendas un libro? —me pide en cuanto entramos en casa.

—Claro —asiento—. ¿Qué te apetece?

—Reírme, por favor. Muchas risas.

—Vale. —Me acerco a una de las estanterías y cojo la mejor opción que se me ocurre para que se ría—. Prueba con este. Si es demasiado absurdo, me lo dices y te busco otro.

—*Sin noticias de Gurb*[1] —lee el título en voz alta en cuanto lo tiene en la mano—. ¿De qué va?

—Mmm… ¿No prefieres ir a ciegas?

—No, cuéntame.

—Pues… es como el diario de un extraterrestre que viene a la tierra a buscar a Gurb, su compañero.

—Pfff… ¿Ciencia-ficción? —Pone cara de asco.

—No, no, ya verás como no es ese el rollo.

—Vale, me fío de ti. —Se tumba en el sofá, apoyando la cabeza en uno de los brazos y con las piernas dobladas. Como es tan pequeña, ocupa apenas dos de los asientos. Me acomodo en el que queda libre al otro extremo y cojo mi propio libro[2].

Empezamos los dos a leer en silencio.

—¿Quién es Marta Sánchez? —pregunta nada más empezar.

Le explico rápidamente para ponerla en contexto y ella suelta una risilla silenciosa. Vuelvo a la familia Buendía, a ver si me aclaro entre tanto Arcadio y Aureliano.

—¿Quién es «conde-duque de Olivares»?

Me vuelve a dar la risa y le explico de nuevo.

—¿Quieres que busquemos en internet algún cuadro para que lo visualices?

—No, no, shhh… Prefiero seguir leyendo.

—Vale —me río.

Continuamos con la lectura, cada uno a lo nuestro, pero ella empieza a emitir un sonido, como un ronroneo, una risa contenida. La miro de reojo un segundo y la veo sonreír. Vuelvo a mi libro. Ella suelta una carcajada que inunda la habitación. Después de saber cómo se sentía cuando volvíamos hacia casa, ese sonido me reconforta. Me quedo mirándola un momento y ella se da cuenta.

—Perdón —me dice entre risas—, pero… «una señora me da una moneda de pesetas veinticinco —una carcajada le impide decir leer la frase completa— que ingiero de inmediato

para no parecer descortés» —me lee en voz alta y se vuelve a descojonar. Me río yo también, en parte porque recuerdo esa lectura y en parte porque su risa es contagiosa.

Seguimos un buen rato así, leyendo los dos en un silencio interrumpido solo de vez en cuando por sus carcajadas.

—«No debo volar ni andar sobre la coronilla… —hace una pausa para descojonarse—… si no quiero ser tenido por excéntrico…». —Se ríe tanto que tiene que limpiarse un par de lágrimas con la mano.

Me río con ella y vuelvo a mis páginas. Ella sigue descojonándose y soltando alguna carcajada cada poco. De vez en cuando, acompaña la risa con unos golpes de su pie sobre el sofá. Me contagia todas las veces. Para cuando quiero darme cuenta, llevo un rato sin prestarle atención a mi libro y solo la miro a ella. Verla reírse de esa manera me hace sonreír como un gilipollas. Qué bonita es, joder. Y, cuando se ríe, más todavía. Abre la boca en cada carcajada y deja ver el piercing que lleva en la lengua y sus incisivos algo separados. Me asalta el recuerdo de la noche que la trajo Piero por primera vez, antes de conocerla; me pareció tan bonita, me pareció un duendecillo cargado de magia… Espera, espera… ¿Un duendecillo? ¿Cómo que un duendecillo? ¿Es ella el duende? No es posible, ¿no? Eso fue un pensamiento mío que no tiene nada que ver con ella… ¿O sí? ¿Y si me lo he imaginado todo? ¿Y si me he imaginado hasta a la puñetera bruja? ¿Y si todo ha sido fruto de mi cabeza por culpa de una fumada monumental?

Me cago en la bruja, real o ficticia, me ha jodido vivo. No paro de hacer gilipolleces por el puto duende… Pero esta vez no, si tiene que ser ella, no me vale solo con eso…

—Me voy a dormir, Carina, buenas noches —le digo mientras me pongo de pie.

—Sí, y yo. —Se levanta ella también, pero, en su línea, se queda de pie en el sofá en lugar de en el suelo.

Desde esa posición es unos cuantos centímetros más alta que yo. Coloca sobre mi hombro la mano en la que no lleva el libro y se inclina a darme un beso en la mejilla. Ese olor, joder, huele a un jabón de vainilla que usa normalmente y me encanta, tiene que ser comestible…

—Buenas noches, Chus —susurra junto a mi oído.

A continuación, baja del sofá de un salto y se mete en su habitación.

Ya en mi cama, intento aclarar mis ideas, pero las carcajadas que me llegan desde su habitación me hacen sonreír como un imbécil y dejo de pensar en todo lo que me rondaba. Simplemente me recreo en ese sonido reconfortante y contagioso. Igual eso es lo mejor: no pensar, solo dejarme llevar.

CINCUENTA Y SIETE

ESPAÑOL RARO

CHUS

Llego a casa directo del curro. Hacía semanas que no volvía tan temprano, desde antes de que se fuera mi abuela, pero lo cierto es que los cambios de estos últimos días me hacen querer llegar temprano. Me apetece ver a Carina y pasar un rato con ella, que me cuente cómo le ha ido el día… Sé que corro el riesgo de que me suelte alguna barbaridad o haga algo inapropiado, pero asumo el riesgo, aun así, tengo ganas de pasar un rato con ella.

Nada más entrar por la puerta, me recibe el sonido del ukelele y la voz de Carina cantando, pero no identifico el idioma. Está sentada en el respaldo del sillón, con los pies en el asiento, donde descansa Tote. ¿De verdad es mucho pedir que se siente como las personas?

—¡Chus! —Interrumpe la canción[1] en cuanto me ve entrar—. Qué pronto vienes. Ven, he aprendido una canción nueva de un cedé tuyo que había por ahí… Pero me tienes que ayudar con la letra, no la entiendo…

—¿Qué idioma era? No lo he identificado —digo dejando mi bolsa en una silla.

Me acerco al sofá y me siento junto a sus pies. Ella le da un golpecito al perro con el pie y este se baja al suelo. Carina deja caer su culo para sentarse a mi lado y se gira mirando hacia mí.

—Creo que español, pero raro, ¿no? No sé, te la canto y me ayudas con la letra, ¿vale?

Asiento y ella vuelve a empezar a tocar la música y al momento se pone a cantar.

—Ayquegu tito pamiso rejau / En terra Tito entretu pieeeeenaaa / Y tú me disesay / que terres poooonda / Yoto davía notés cuchau aytupe guuuuta / aynote oyo bieu / porquean dosumer gido en tu mieu / Ay qué bien…

Joder, ya sé qué canción es… A ver cómo coño (nunca mejor dicho) le explico de qué va la letra.

—¿Qué quiere decir? No la entiendo.

—No la cantas bien, es un acento andaluz bastante cerrado. —Me paso una mano por la cara, qué marrón—. Venga, empieza otra vez.

Lo hace y yo voy corrigiéndole las palabras que dice mal. Tras varias vueltas a la estrofa en las que le he explicado el significado de cada palabra distorsionada y ella ha ido apuntándolo todo en un papel, creo que ya se la ha aprendido de memoria.

—Pero entonces ¿de qué va la letra? ¿De qué está hablando?

—Escúchala ahora que sabes lo que dice, ya verás qué rápido lo pillas… —Por favor, que lo pille ella y no me haga explicárselo.

—Vale, voy. —Empieza a tocar la música en su ukelele y al momento se pone a cantar ya correctamente—: ay qué gustito pa mis orejas / enterraíto entre tus piernas / y tú me dices ¡ay!

que te responda / yo todavía no te he escuchao, ay tu pregunta / ay no te oigo bien / porque ando sumergido en tu miel… / Ay, qué bien…

—¿Y bien? ¿Ya sabes de qué está hablando?

—No sé, mi mente enferma interpreta una cosa, pero no creo que vaya de eso la canción…

—Sí, va de eso —confirmo.

—¿Seguro? Mira que yo he pensado en una comida de coño…

—Qué animal eres, Carina. —Me paso una mano por la cara mientras me río entre dientes—. Pero sí, habla de eso.

—*Cazzo*, con lo bonita que es la canción… —Vuelve a tocar, esta vez otra parte—: *como un conejillo entre tus piernas* / *bebiendo tu esencia, siguiendo tu senda*/ *ay que gustito pa mis orejas.*.. ¡Pero es buenísima! ¡Me encanta!

Yo me río contagiado por su entusiasmo y porque la canción me parece graciosa, la verdad.

—Otra vez desde el principio… ¡Chus, canta conmigo!

Me río y me intento resistir, pero finalmente me animo porque la alternativa de quedarme callado oyéndola cantar esa canción me resulta más incómoda. Al menos, si ahora me pongo rojo puede parecer que es por el esfuerzo de cantar.

Ella se pone de pie sobre la alfombra y baila y canta a la vez que toca el ukelele. Sí, esa canción. Cuando por fin termina, se deja caer en el sofá a mi lado.

—Soy muy fan de esta canción, se acaba de convertir en una de mis favoritas…

—No está mal —me río.

—Ay, que te quiero enseñar los vestidos que he pensado para la cena del sábado, para que me digas cuál te parece mejor… Espera, que te los enseño.

Se mete en su habitación dando saltitos y vuelve a salir al momento con varias prendas en la mano.

—Mira, este es sexi, pero igual demasiado, me lo pruebo a ver qué te parece. —Se quita el pantalón mientras habla y yo me pongo un poco tenso. Luego coge el bajo de su camiseta y añade—: cuidado, Chus, vas a ver tetas, no te ahogues.

—¡No, joder! ¡Cámbiate en tu habitación! —grito y me río a la vez. Que no se despelote aquí, por favor.

—¿Qué más da? Si ya las has visto… y solo son tetas. —Ignorando mi petición, se quita la camiseta mientras habla y se queda solo en bragas.

Yo giro la cabeza instintivamente y miro hacia otro lado. Ella se descojona.

—Si ya las has visto… Y-so-lo-son-te-tas.

—Va, vístete, por favor —le pido todavía sin mirarla. Ella se ríe, pero parece que se está vistiendo.

—Ya. Demasiado para una cena con profesores, ¿no?

La miro y definitivamente sí. El vestido tiene un escote que deja ver el piercing que lleva en el ombligo, y no es una forma de hablar, es literal. Y la falda es tan corta que parece un cinturón. Está buenísima, pero no es el rollo.

—Te sienta muy bien —las palabras se atascan un poco en mi boca—, pero no lo veo para una cosa así.

—Sí, tienes razón, además, estarías nervioso toda la noche, porque se me puede salir superfácil una teta en cualquier momento, mira. —Con un movimiento sutil se aparta un lado del escote y se le sale una teta—. ¿Ves? Estarías toda la noche con peligro de asfixia…

—¿Quieres dejar de enseñarlas? —Me río, pero cierro los ojos.

—No muerden, Chus, te lo prometo. —Se descojona—. Cuidado, no los abras, que me estoy

poniendo el otro y si miras igual las ves sin querer… Uhhhhh —hace un sonidito como de fantasma y yo me río.

—Vale, este es muy aburrido, me lo regaló mi cuñada Laura, pero yo creo que mejor, ¿no?

Abro los ojos y sí, infinitamente mejor. Es un vestido negro ajustado, de tirantes y con una abertura en el lateral. Le está perfecto, como si se lo hubieran hecho a medida.

—Espera, espera, que me pongo los zapatos.

Entra en su habitación y sale al momento. Intenta caminar y ponerse los zapatos a la vez, así que la cosa se le va un poco de las manos y no se va al suelo de boca de milagrito. Me levanto sin pensar y me acerco a ella a toda velocidad por si acaso. Ella se detiene y termina de ponerse unos zapatos de tacón de vértigo del mismo color rosa que su pelo.

—Esto mola más con taconazos rojos de «ven y chúpame la punta», pero con este pelo combinan mal —se ríe. Se echa un vistazo, se recoloca el vestido y se lleva las manos a las caderas en actitud de modelo—. ¿Y bien? ¿Qué te parece? ¿Tenemos ganador?

Solo asiento con la cabeza.

—Mira, con estos tacones soy casi tan alta como tú. —Se acerca a mí hasta que la punta de su nariz roza mis labios.

—Sí que son altos, ¿vas cómoda con ellos?

—Son años de práctica. Cuando eres un tapón, te tienes que buscar la vida para parecer una tía buena.

—No necesitas tacones para eso —murmuro y la voz me sale un poco entrecortada. Joder, ¿por qué no se aleja? Me está poniendo nervioso.

Me da un beso en la barbilla y sonríe.

—Me puedo poner un cinturón o un pañuelo del mismo color de los zapatos, para darle vidilla, pero eso ya lo pensamos el mismo día. —Se da la vuelta—. ¿Me bajas la cremallera?

—¿Yo?

—Tú verás, Tote no tiene manos.

—¿Cómo la has subido?

—Subirla me resulta más fácil. ¿Qué problema tienes? En la espalda no tengo tetas…

«Como si solo fuera ese el problema…».

Cojo la parte superior de la tela con una mano y es inevitable que el dorso de mis dedos roce su piel. Con la otra bajo la cremallera todo lo deprisa que puedo y me separo de ella.

—Voy a darme una ducha. Ahora salgo y pedimos algo de cenar —digo algo apresurado antes de irme hacia mi habitación.

Sí, no hay que ser muy listo para saber lo que ha pasado y lo que voy a hacer en la ducha.

CINCUENTA Y OCHO

COMER CASTAÑAS

CHUS

Estoy abriendo la mampara para salir ya de la ducha cuando oigo su voz.

—Guay, ya has terminado. Estoy aquí, no te asustes. Tengo tus gafas, ahora te las doy, pero primero escúchame.

—¡Coño, Carina, ¿qué haces aquí dentro?! —Menudo susto me acaba de dar. Sin las gafas lo veo todo demasiado borroso, así que decido quedarme plantado en el sitio, aguantando la toalla como puedo, no me ha dado ni tiempo a enrollármela bien alrededor de la cintura—. Pásame mis gafas, por favor.

—Sí, ahora enseguida, pero antes te quiero comentar algo. He pensado una cosa… Si vamos a fingir que somos novios, deberíamos follar antes, eso le dará credibilidad.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué dices?! No, no, ni de coña. —De verdad que a mí con esta chica me va a dar algo.

—*Cazzo*, ¿no te apetece? Soy pequeña, pero no lo hago mal… Nunca se me ha quejado nadie.

—No es eso, Carina, joder… No puedes plantear una cosa así en frío. Y dame las gafas, por favor.

—Espera, que estás muy mono cuando no ves nada… ¿Cómo se plantea «en caliente»?

—No se plantea, simplemente surge…

—¿Y si no surge? Yo soy más de hablar claro.

—Bueno, pues yo prefiero no hablar de esto, si no te importa. Y ahora, si no vas a darme las gafas, sal de aquí, por favor, para que pueda vestirme.

—Pero dime antes cómo se hace eso de que surja…

—No, Carina, ni de coña, no vamos a hacerlo, no va a surgir. Somos compañeros de piso, lo complicaría todo.

—¿Por qué? ¡No! Somos adultos, podemos hacerlo. ¿Por qué no quieres?

«Porque me gustas tanto que estoy seguro de que me enamoraría de ti sin remedio y me dejarías el corazón sangrando». Bien, ya me lo he reconocido a mí mismo, es un primer paso.

—Porque no, Carina, yo no hago eso así como así…

—Con la de las tetas sí.

—Y mira cómo salió… No es lo mío…

—¿Estás seguro de que no quieres?

—Segurísimo.

—Vale, pues entonces, por lo menos tengo que verte desnudo. Voy a estar con dos exnovias

tuyas, si se ponen a hablar de que, por ejemplo, tienes tres huevos, no quiero quedarme con cara de tonta.

—Ni tengo tres huevos ni ellas se van a poner a hablar de mí… —digo ya empezando a desesperarme.

—Ah, no sabes de lo que se puede llegar a hablar en los baños de mujeres… Va, Chus, quítate un momento la toalla, echo un vistazo y te dejo en paz. Lo necesito para meterme en el papel de tu novia.

—Bueno, pues decimos que somos amigos o compañeros de piso y ya, tampoco tenemos que decir una mentira. No tengo nada que demostrarle a nadie… Quería ir con alguien para no sentirme solo y tener con quién hablar, no hace falta fingir lo que no somos.

—Oh, sí, hace falta. Quiero que se arrepientan de haberte tratado mal, y que me tengan mucha envidia porque ellas no te supieron apreciar a tiempo… —Se acerca mientras habla, mierda.

—No te acerques más, Carina, sal del baño, por favor.

—*Cazzo*, quítate la toalla y me largo.

—¿Si me la quito un momento sales del baño y dejas el tema de una vez?

—Sí, sí, te lo prometo, me largo y ya no hablo más de esto.

—Vale, me la voy a quitar, pero no quiero comentarios. Y aléjate de mí todo lo que puedas.

—Ni una palabra, lo prometo. —asegura mientras se aleja. Bueno, al menos ha sido obediente en eso.

Respiro hondo y aparto la toalla. Resoplo y, cuando ya voy a volver a taparme, ella me la quita. Qué rápida ha sido, joder. O qué lento soy yo cuando veo borroso.

—No tiene gracia, Carina, dame la toalla.

—*Cazzo*, pero ¿tú has visto eso?

—Hemos quedado en que sin comentarios —protesto—. Devuélvemela.

—Pero es que ahora quiero verla animada. ¿Puedo tocar?

—¡No! Ni de coña.

«Sándwich de plátano, sándwich de plátano…».

—*Cazzo*, es que hasta me apetece metérmela en la boca.

«Hostia puta, no hay sándwich lo suficientemente asqueroso como para contrarrestar ese comentario».

—Cállate, joder —gruño y me tapo con las manos, en vista de que no tiene intención de devolverme lo que es mío.

Noto que se acerca a mí y al momento me envuelve la cintura con la toalla.

—Perdona, Chus —susurra muy bajito y yo agarro fuerte la toalla con mis manos—. No quería hacerte sentir incómodo.

—Pues lo has hecho —refunfuño. Prefiero mosquearme con ella antes que volver a pensar en los comentarios que ha hecho hace un momento.

—Eres *molto bello*, Chus —murmura acariciándome los brazos—, por dentro y por fuera…

Trago saliva sin saber qué hacer o qué decir. El timbre de casa nos da un susto a los dos, que dejamos escapar una risita nerviosa.

—Abro yo mientras te vistes —dice antes de darme las gafas por fin y salir a toda prisa del baño.

Me pongo las gafas lo primero y, a continuación, paso a mi cuarto y me visto con el primer pantalón de chándal que pillo.

—¡Es Samu! —grita ella desde la habitación de al lado—. ¡Me voy yo a la ducha!

Salgo de mi dormitorio con la camiseta en la mano y veo al rubio esperando junto a la cocina.

—No eres mi tipo, corazón —suelta con voz de tía cuando llego hasta él y me pellizca un pezón—. Pero si tienes muchas ganas, te pongo mirando a Cuenca —añade ya con su voz normal.

—Calla, gilipollas —me río mientras me pongo la camiseta.

Va hasta la nevera y coge dos birras. Me pasa una y luego abre uno de los botes de cacahuetes que me devolvió el otro día Carina. Se sienta de un salto en la encimera de la cocina, yo hago lo mismo en la isleta que hay enfrente.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué estáis los dos tan nerviosillos? ¿Te la has tirado?

—¡No, nano, ni de coña! —respondo un poco a la defensiva.

—Vale, joder, te creo… Pero algo ha pasado, ¿no?

Resoplo y me paso una mano por la cara.

—Es surrealista lo que ha pasado…

—Cuéntamelo —sonríe.

Me giro un momento para comprobar que la puerta del baño de Carina sigue cerrada. Vuelvo a mirar a Samu y le cuento en voz muy baja lo que acaba de pasar.

—Hostia, nano, ¿tú ahí en bolas sin ver una mierda y ella diciéndote esas cosas?

Asiento y trago saliva.

—¿Yuyu o morbazo? —pregunta.

—Un poco de yuyu, pero morbazo, nano, morbazo…

—Ya, normal… Pues tíratela, está buena.

—No, ni de coña. Ya he tenido bastante, no más sexo con amigas, tío, no es buena idea… Además, que vivo con ella.

—Pues luego la echas de tu casa, ya ves tú qué problema, yo solo le veo ventajas… —Se descojona el cabrón y yo también.

—No, tío, no la voy a echar de casa —me río.

—¿Te mola? No, nano, no te cuelgues del bicho, que te veo venir…

—Me parece que esa advertencia llega un poco tarde —suspiro antes de darle un trago a la cerveza.

—No jodas, nano. ¿Te has colgado del bicho?

—No la llames así, joder.

—Vale, perdona. —Da otro trago—. A ver, alcance de daños. ¿Te mola de «me la quiero tirar» o de «comer castañas»?

—¿Comer castañas? ¿Es otra de tus guarradas? No quiero saber, nano…

—No, no, es literal, un test infalible, yo con Estrella lo vi claro: ¿preferirías tirarte a otra o acurrucarte con ella a comer castañas?

Me empiezo a descojonar, lo que no se le ocurra a Samu…

—Tienes que contestar —sonríe y yo suspiro.

—Comer castañas, nano. —Me froto la cara—. Definitivamente, comer castañas.

—Qué jodido estás, tío —se ríe y en ese momento le suena el móvil con el aviso de un mensaje. Lo lee al momento—. Y yo también, que me reclama la jefa. —Se vuelve a reír y apura su cerveza—. Venía a por leche, en realidad.

Baja de la encimera, va hasta donde sabe que la guardo y coge una botella. Yo bajo también de la isleta y lo acompaño a la puerta.

—Si te mola de verdad, a por todas, nano. Da igual que sea amiga, compañera de piso o

hermana de Piero… Pero ve con cuidado, que esta tiene más pinta de polvazo legendario que de comer castañas…

CINCUENTA Y NUEVE

ALGUNA ALERGIA

CARINA

—¡Carina, ¿estás lista?! —Me llega la voz de Chus a través de la puerta cerrada del baño.

—¡Casi! —contesto mientras me vuelvo a desmaquillar los ojos por enésima vez, no consigo que me queden iguales. Creo estoy un poco nerviosa, la verdad. Y no sé por qué, si solo es una cena con gente que no conozco…

—Carina, ¿pasa algo? ¿Necesitas ayuda?

Abro la puerta y sostengo el lápiz delante de su cara.

—¿Me pintas la raya del ojo? No me sale bien…

Se queda blanco y me mira con cara de susto.

—Voy a por refuerzos —murmura y sale corriendo del piso.

Aprovecho para terminar de peinarme y él vuelve al momento con Estrella.

—Chus, ve a echarle una mano a Samu con los nanos, en cuanto estemos, vamos para allá —dice ella cuando me ve.

Él asiente y se marcha.

—Vale, te has hecho una maldad, pero lo arreglamos rápido.

Me desmaquilla toda la cara y vuelve a empezar desde el principio.

—Es bonito que hagas esto por Chus… —susurra mientras me pone la base de maquillaje.

—Tampoco es un esfuerzo ni nada… Es ir a cenar gratis y me gusta estar con él.

Estrella sonríe y empieza a pintarme los ojos. Yo los cierro, claro, no quiero quedarme tuerta.

—¿Me puedes hacer un favor esta noche? —pregunta en un murmullo mientras me pinta la raya del ojo.

—Dime.

—Que a ese par de asquerosas les quede claro lo que se han perdido —me pide con esa voz de niña buena que tiene.

Abro los ojos para mirarla y ella sonríe. Empieza a pintarme los labios.

—Y no le hagas daño a Chus, que ya ha sufrido mucho…

Quiero defenderme, quiero decirle que no sé a qué viene eso, que qué piensa que voy a hacer, pero me está pintando los labios y no puedo hablar, claro, no quiero acabar como un payaso.

Luego se pone a hablar de mi color de pelo y, para cuando puedo yo volver a meter baza, no viene a cuento recuperar el tema de hace un momento. Finalmente se ofrece a peinarme y me hace algo raro en el pelo, no lo llevo ni suelto ni recogido, pero el resultado me gusta. Me veo rara, claro, nunca he llevado el pelo así.

—No parezco yo —digo al verme en el espejo.

—Estás guapísima. —Sonríe ella a mi lado—. Te pareces un montón a tu hermano.

—Y tú al tuyo —me defiendo.

—Lo sé —se ríe—, pero no se lo digas a Samu, que le dará bajón. Vamos, que ya estás preciosa.

Me despido de Tote, cojo el bolso y el fular y pasamos a casa de los vecinos. El rubio silba cuando nos ve entrar.

—¡Menuda tronca tenemos aquí! Y tú tampoco estás mal, Carina.

Chus se acerca a mí con las manos en los bolsillos y sin mirarme directamente. Juraría que se ha puesto un poco colorado, qué mono es. Lleva una camisa entallada de color verde pistacho que estoy segura de que se la dio mi hermano en algún momento. Está muy guapo.

—¿Lista? ¿Nos vamos? —pregunta mirando hacia otro lado.

—*Andiamo* —contesto.

Él se pone una cazadora de piel marrón y nos despedimos de Samu y Estrella.

—Estás muy guapa —dice rompiendo el incómodo silencio ya en el ascensor—. Gracias por acompañarme a esto.

—Me voy a portar bien, lo prometo. Nada de enseñar las tetas.

Se ríe entre dientes y salimos a la calle.

Decidimos ir al sitio caminando, no está lejos y hace una bonita y agradable noche de primavera. Él ralentiza la marcha en cuanto se da cuenta de que tengo que dar dos pasos por cada uno que da él. Entre los tacones y el vestido, una tiene sus limitaciones.

—Si quieres cogemos un taxi.

—No, tranquilo, voy bien —aseguro—. Así charlamos. Cuéntame cosas que deba saber tu novia.

Me da un poco de risa, nunca he sido novia de nadie, ni de verdad ni de mentira.

—¿Qué quieres saber?

—¿Color favorito?

—No sé, ninguno en especial…

—Qué típico de los chicos. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Comida favorita? No respondas, esa me la sé, los cacahuetes esos empalagosos. —Se ríe—. ¿Algo de comer que no te guste nada?

—Mmm… La mayonesa, aunque en la ensaladilla la tolero, no sé, no soy muy maniático.

—¿Alguna alergia?

—¿De comer? No, ninguna.

—¿Hay alergias que no sean de comer? —me río, pero él se pone rojo—. ¿Qué pasa, Chus? ¿A qué tienes alergia?

—No importa…

—*Cazzo*, claro que importa, tu novia tiene que saber a qué tienes alergia… ¿A qué es?

—Al látex —murmura.

—¿A los condones? —Dejo de caminar para mostrarme indignada, pero como él no se detiene, aprieto el paso para alcanzarlo—. ¿Cómo no me lo habías dicho? ¡Eso una novia tiene que saberlo!

—Pues ya te lo he dicho, ya lo sabes…

—¿No puedes usar condones entonces?

—Sí, los hay sin látex…

—Ah, vale, es que necesito saber estas cosas, *cazzo*, que esta noche soy tu novia. Menuda cara de tonta se me habría quedado si se ponen tus ex a hablar de condones sin látex…

—Eso no va a pasar, tranquila.

—Eso no lo sabes… ¿Qué más? ¿Una marca preferida de condones sin látex?

—Cualquiera que tenga talla XL, no soy maniático. —Se pone rojísimo, qué mono es, por favor—. ¿Qué hay de ti? También tendré que saber yo cosas sobre ti para que sea convincente…

—¿Necesitas talla XL? No me extraña, pues menos mal que me lo has dicho…

—Ya, Carina, deja el tema. Te toca: ¿qué hay de ti? Cuéntame ahora tú algo.

—No hace falta, a mí no me conocen. Invéntate lo que quieras, yo te daré la razón en todo.

SESENTA

EXNOVIAS DOS

CHUS

Desde donde estoy plantado se ve ya la puerta del restaurante. Hay bastante gente y no distingo a nadie desde aquí. Carina ha entrado en una farmacia a comprar nosequé porque le estaba rozando uno de los zapatos. Me enciendo un cigarro mientras espero a que salga. En otro momento me habría fumado un canuto, pero la verdad es que me cuesta recordar la última vez que me hice uno. Igual estoy madurando por fin y he dejado atrás esa etapa, quién sabe. Desde luego que ir fumado a lo de esta noche sería muy mala idea… aunque igual la mala idea es simplemente ir.

La italiana sale de la farmacia dando saltitos y se planta a mi lado. Sonríe arrugando la nariz y sacando la lengua de forma gamberra cuando llega hasta mí y deja ver el piercing.

«Joder, sándwich de plátano, sándwich de plátano».

Se cuelga de mi brazo y me anima a caminar hacia el sitio. Yo respiro hondo y emprendemos la marcha.

—Esto es un poco de viejos —susurra cuando casi estamos llegando. Coge mi brazo y lo pasa por encima de sus hombros—. Mejor así, es más de novios. Recuerda que estás loco por mí y que te encantan todas mis excentricidades —añade en un susurro en mi oído.

Me río entre dientes mientras la atraigo hacia mí con el brazo que ha puesto sobre sus hombros. Le beso la cabeza y susurro:

—Me encantan tus excentricidades y me vuelves muy loco…

Me detengo en cuanto localizo a Vero. Está hablando con Inés, no me extraña nada, es de los pocos profesores que conoce. En la ONG solo curran Vero y una señora que está a punto de jubilarse. No habrá venido. Pues nada, las tengo a las dos juntas, yo mismo las presenté cuando Vero era el amor de mi vida e Inés solo una buena amiga casada. En fin, que empiece el espectáculo.

—¿Por qué te has parado? ¿Las has visto? ¿Dónde? —susurra la italiana.

—Allí, junto a la puerta. Vero es la morenita pequeña del flequillo e Inés esa chica alta que está hablando con ella.

—Vale. —Carina mira su reloj—. 21:12 sin noticias de Gurb. Decidimos adoptar la apariencia de profesor sexi e italiana cañón para llamar la atención de exnovias dos y pasar una velada divertida.

No puedo evitar soltar una carcajada por el comentario. Creo que ha sonado demasiado alto, todo el mundo se ha girado a mirarnos. Belén, la directora, es la primera en acercarse a nosotros acompañada de su marido, al que conozco de otras movidas de este rollo, y de dos tipos a los que

no he visto en la vida.

—Buenas noches, Jesús. Ya conoces a Antonio. Te presento a Leandro y Roger, los inversores. —Les doy la mano a los tipos en cuestión—. Él es Jesús, el profesor de Filosofía. Y ella… —deja la frase ahí y todos miran a la italiana.

—… Carina. —Termino yo la frase.

—Hola, soy Carina —la italiana empieza a repartir apretones de manos también—, su novia.

Yo aguanto la risa por el tono en el que lo ha dicho. Los tipos le preguntan que de dónde es su acento y, cuando les contesta que de Italia le empiezan a hacer preguntas sobre Milán por algo relacionado con el fútbol y unos negocios que tienen allí. Yo miro disimuladamente hacia donde están Vero y compañía y las sorprendo mirando hacia nosotros con curiosidad. No me extraña, si Carina llama la atención de normal con ese pelo, lo de esta noche es exagerado, está espectacular. Aunque a mí me parece igual de atractiva despeinada, sin maquillar y con ropa de estar por casa…

«Vale, ya, no vayas por ahí, Chus, no es el momento».

Nos despedimos de los tipos y la directora y nos alejamos un poco de ellos.

—Venga, vamos a saludarlas, en algún momento hay que hacerlo —murmuro.

Cuando estamos casi llegando hasta ellas, Carina me detiene, se abraza a mi cuello y tira de mí para alejarnos unos pasos de nuestro objetivo. Yo la cojo por la cintura para que no quede raro.

—Somos un par de enamorados que necesitan un momento de intimidad antes de hacerle caso al resto del mundo —susurra en mi oído mientras sube una mano para acariciarme la nuca y baja la otra hasta mi culo. Yo aprieto las mías en su cintura para no hacer lo mismo que ella—. Cuando necesites un respiro y escapar de la situación, nos apartamos para un momento de intimidad de enamorados que no pueden quitarse las manos de encima, ¿vale?

Me río y asiento. Ella me da un beso rápido. Ha sido cosa de un segundo, casi ni lo he notado, pero me ha dejado un cosquilleo en los labios como si todavía estuvieran ahí los suyos. Ella mira un momento mi boca y murmura:

—Creo que no te he manchado, no sé si el pintalabios que me ha puesto Estrella es de los que manchan o de los que no… Vamos, preséntame a esas chicas, que para eso estamos aquí.

SESENTA Y UNO

ME LO COMO

CARINA

Llegamos hasta donde están el par de pánfilas con sus novios aburridos. Sí, sé que aún no las conozco y llamarlas a ellas pánfilas y a ellos aburridos es un poco injusto, pero me da igual, me estoy metiendo en el papel de novia y creo sinceramente que hay que ser muy tonta para cambiar a un chico como Chus por cualquiera de esos dos trajeados rancios.

—Chus, cuánto tiempo, te veo muy bien —dice la enana del flequillito.

Vale, sí, sé de sobra cómo suena que alguien de mi tamaño llame enana a otra persona, pero igual justo por eso tengo todo el derecho del mundo, ¿no? Yo qué sé, me da igual, me cae mal sin conocerla y punto. Y claro que lo ve bien, *cazzo*, ¿qué esperaba? ¿Que el pobre fuera llorando por los rincones?

—Hola, Vero, ¿te acuerdas de Carina, la hermana de Piero? La conociste en la boda de ellos…

—Claro, perdona, me sonaba tu cara, pero no te ubicaba… Llevabas el pelo diferente, ¿no?

—Seguro —asiento—, a saber cómo, lo cambio cada pocos meses. Me aburro rápido de todo. Bueno… de casi todo… —Le paso a Chus un brazo por la cintura y le doy un beso en la mandíbula, lo que me pilla más cerca.

Él suelta una risita y mira al suelo. Por favor, qué-mono-es. Me lo comería a besos ahora mismo, pero no, Carina, céntrate.

—Hola, yo soy Blas. —El tipo que está junto a Vero me tiende la mano, es tan alto que parece que no se acaba nunca.

—Y yo la misteriosa italiana de pelo rosa que ha traído el profesor de Filosofía más sexi, encantada.

El grandullón y el marido de la otra se descojonan de mi comentario, pero a ellas no parece haberles hecho gracia. Chus sí que se ríe mientras me pasa un brazo sobre los hombros y me atrae hacia él. Me besa el pelo mientras murmura un «Carina» que me pone toda la piel de gallina.

—Hola, yo soy Inés —saluda la que faltaba tendiéndome la mano—. Tienes unos ojos preciosos.

—Gracias, no es mérito mío. —Le devuelvo el apretón de manos—. Ya estaban ahí cuando nací, son un regalo de la genética.

—Desde luego —sonríe ella—. Te pareces mucho a tu hermano, solo lo he visto una vez, pero me lo has recordado un montón.

—Gracias por el cumplido —contesto—, mi hermano es *molto bello*.

Tanto Inés como Vero asienten sin decir palabra y en ese momento sale un camarero a anunciar que ya podemos entrar, que la mesa está lista.

—¿Nos sentamos juntos y nos ponemos al día? —propone la del flequillito.

Miro a Chus para saber qué opina de eso, pero es él quien me pregunta:

—¿Te apetece?

—Lo que tú quieras, *amore*… Aquí, claro, luego en casa lo que quiera yo —añado en un susurro, lo suficientemente alto como para que me oigan ellas, mientras le paso una uña por el cuello. Él se pone muy rojo y se le eriza toda la piel. Esta noche me lo como, de verdad, no sé si voy a poder soportarlo.

SESENTA Y DOS

LA CENA

CHUS

Por una carambola extraña del destino, al que parece que le gusta descojonarse en mi puta cara, termino sentado delante de Vero. Los recuerdos vuelven, no voy a mentir. Es una situación extraña, pero me sorprende lo diferente que me siento de la última vez que nos vimos. Al lado de ella se sienta Inés, justo enfrente de Carina; ni hecho adrede, oye. Junto a ellas, sus respectivos, lógico.

Me quedo mirando a Vero durante un momento. Es curioso lo que fue, lo que fuimos, y lo lejos que queda aquello. En un par de semanas hará un año que rompimos y ya me parece que fue en otra vida. Pero ahí está ella. La veo rara, distinta, pero sigue siendo ella. Diez años juntos, se dice rápido… y se acaba igual de rápido.

Carina me pasa una copa de vino y me saca de mi atrape mental.

—21:47 Chus ingiere unidades de copa de vino una para hacerle caso a su novia y dejar de mirar a su ex —me susurra al oído.

Me río entre dientes y le aguanto la mirada cuando se separa de mí.

—Tienes toda mi atención.

—Eso no me lo dices en casa —me desafía justo antes de darle un trago a su bebida sin apartar los ojos de mí.

—¿Estáis viviendo juntos? —Es Vero la que interrumpe el momento con tono sorprendido.

—Mmm… Sí —contesto.

—Qué rápido, ¿no?

Me encojo de hombros como respuesta.

—Un *amore* a fuego lento, en realidad… —suelta Carina.

Se gira hacia mí y me besa. Un beso breve, apenas un choque de labios. Dos segundos, quizá tres, pero suficiente para que mi corazón empiece a latir desbocado y quiera salirse de su lugar.

Cuando abro los ojos, tanto Vero como Inés me miran un poco flipadas, pero me da tan igual que no puedo evitar dirigir mi mirada a Carina, que ha empezado a picar algo de comida que yo ni me había enterado de que habían traído.

—Qué bonito —dice Inés.

—Sí, *il mio amore*… —Carina apoya la cabeza en mi hombro, me desabrocha un botón de la camisa y cuela la mano dentro.

Empieza a acariciarme el pecho y yo no sé ni dónde meterme. Lo que sí sé es dónde me metería… Vero no nos quita ojo, Inés es más discreta y se gira a hablar con su marido. Para mí todo empieza a perder importancia a mi alrededor hasta que el mundo se desdibuja y solo

estamos la mano de Carina, ella y yo. No intento pensar en cosas asquerosas ni nada, llegados a este punto tengo muy claro que es una batalla perdida: me temo que me voy a pasar toda la noche empalmado.

Van sirviendo la cena y la velada transcurre entre risas, miraditas y charla insulsa con los de enfrente.

Cuando ya ha terminado la cena y estamos esperando el postre, Inés y su marido se levantan y van al otro extremo de la mesa para hablar con otra pareja. A Carina la reclaman los inversores para que les cuente nosequé de Milán y un tipo se sienta en su silla a hablar con un hombre que queda a su otro lado. Al rato, el gigante se va al baño y, sin darme cuenta, me he quedado a solas con Vero.

—Te veo bien —me dice—. Me alegro mucho, Chus. Nunca quise hacerte daño.

Yo solo asiento con la cabeza.

—¿Estás enamorado?

—Ya me conoces. —Me encojo de hombros—. Yo siempre lo doy todo.

—Siento que acabáramos así, de verdad… No era el final que nos merecíamos.

—Ni siquiera importa ya, Vero. ¿Qué más da?

Carina vuelve en ese momento y se sienta encima de mí.

—*Cazzo*, me han quitado el sitio, ¿peso mucho?

—No pesas más que los hijos de Samu —me río y ella me imita.

—Ay, los hijos de Samu —interviene Vero—, no llegué a conocerlos, nacieron justo… —se interrumpe para no decir que nacieron la noche que rompimos, que era también la de nuestro décimo aniversario.

El gigante vuelve en ese momento y se sienta a su lado y casi a la vez hacen lo mismo Inés y su marido. El hombre que está sentado en la silla de Carina se gira a mirarla.

—Disculpa, ¿estoy en tu sitio? Ya me marcho.

—Oh, no hay problema, me gusta más sentarme aquí —dice mientras se mueve sobre mí buscando una posición cómoda y yo siento que me va a reventar la bragueta. La cojo de las caderas para que pare un poco y para no hacer alguna barbaridad.

Carina se gira hacia el marido de Inés, que le ha preguntado algo sobre Italia, pero no sé ni qué, toda mi atención la tienen su cuello, su espalda, su culo y la mano que tiene en mi rodilla.

—Entonces, ¿tienes fecha de vuelta o tienes pensado quedarte en España? —pregunta Inés.

—Pues no lo tenía muy claro cuando llegué, pero ahora ya no tengo dudas… Me quedo, me quedo con mi chico. Me encanta vivir aquí, con él —se gira a mirarme—, *il ragazzo più bello* —añade en un susurro.

Y ahí es cuando yo pierdo la cabeza y atrapo sus labios con los míos. Porque ya no puedo más, porque lo estaba pidiendo a gritos. Ella. O yo. Los dos. Ni siquiera importa. Todo lo que nos rodea se ha desvanecido. Ya no oigo nada más que su respiración, que lo llena todo y no me deja prestar atención a nada más. Me tiemblan las manos y el corazón amenaza con colapsar, pero ni siquiera eso me detiene. Sus labios suaves, cálidos, rozando los míos. El piercing de su lengua en la mía. Sus manos suben a mi cara y a mi cuello, el olor a vainilla lo envuelve todo. Confirmado, es comestible. Voy a perder el sentido en cualquier momento. ¿Puede uno desmayarse por un beso? Mis manos pasan de sus caderas a su cintura y la agarro fuerte, porque no quiero parar, porque no quiero que termine este momento, porque podría besarla toda la noche. Sus jadeos en mi boca me alientan y la atraigo hacia mí. Más. No es suficiente. Ya no sé ni dónde estamos. En el cielo, estamos en el puto paraíso por fin y no quiero salir de aquí. No es mentira, no lo es, no estamos fingiendo. No soy yo solo, ella siente lo mismo, tiene que hacerlo.

No se puede besar así si no es de verdad. Tiene que serlo. Mi corazón bombea hasta el dolor. Ella muerde mis labios un momento antes de volver a entrar en mi boca y yo no creo que pueda soportarlo mucho más.

Ella parece pensar lo mismo que yo porque se separa de mí y me mira con los ojos muy abiertos, los labios hinchados y la respiración agitada. Y nunca había estado más bonita.

Un carraspeo a su espalda me trae de vuelta al momento y lugar en el que estamos.

Hostia puta.

SESENTA Y TRES

¿CÓMO SERÁ ESO?

CARINA

Cazzo, que estábamos delante de todo el mundo. Vale, él no aparta los ojos de mí y no voy a ser yo la que rompa el contacto visual. Ya me sobra la cena, las ex y toda esta gente que hay aquí. Vámonos a casa, Chus, a terminar esto. Le mando un mensaje mental que no pilla porque me sigue mirando serio, aunque con la respiración algo acelerada.

¿Por qué está serio? ¿No le ha gustado? ¿Lo he hecho mal? Si vuelvo atrás en el tiempo y hago un recopilatorio de los besos de mi vida, me quedo con este como preferido número uno sin dudarlo. ¿Por qué a él no le ha gustado? ¿Por qué está tan serio?

—¡Qué bonito, coño! —exclama el marido de Inés y da un golpe en la mesa.

Yo me giro a mirarlo porque no quiero ver a Chus tan serio, no quiero pensar en que un beso tan bonito no le haya gustado. Él sigue con las manos en mi cintura, pero no dice ni una palabra mientras yo les doy conversación a las parejitas que tengo delante.

—Da gusto ver a dos jóvenes así de enamorados. Aprovechad lo bonito que es el principio, que luego llega la rutina y arrasa con todo —vuelve a hablar el mismo tipo de antes, ahora con una carcajada.

—Pues sí —le doy la razón. Nunca he tenido novio, pero he visto películas y tal, y al principio es todo sexo, ¿no?—. Estamos en lo mejor, todo el día follando. —Chus apoya la frente en mi espalda y se ríe entre dientes mientras aprieta sus manos en mi cintura. Bien, se ríe, buena señal—. Lo único malo de eso es lo caros que son los condones XL sin látex, pero eso ya lo sabéis voso… —La mano de Chus sobre mi boca me hace dejar la frase a medias.

Me gira la cara hacia él. Está muy rojo, pero se ríe. Se acerca a mi oído y me susurra sin dejar de reírse:

—Calla, loca.

Cazzo, ¿ya he dicho algo que no debía? De verdad, qué difícil es distinguir los comentarios que son apropiados de los que no… ¿Cómo al resto del mundo le sale tan natural?

—¿Qué he dicho? —susurro yo de vuelta.

Él solo me abraza mientras sigue riéndose. No entiendo nada. Pues si no me dice qué está mal, me puede volver a pasar…

—Lo de los condones —se ríe en mi oído.

—Pero si es verdad —me quejo igual de bajito—, son carísimos, mucho más que los normales, no he dicho ninguna mentira…

—¿Y tú qué sabes? —se vuelve a descojonar en mi oído.

—*Cazzo*, ¿qué crees que he comprado antes en la farmacia?

—Joder, Carina, me vas a matar —murmura y yo casi ni le oigo.

Y me vuelve a besar. Vale, me gusta cómo ha terminado la conversación. Pues igual tampoco he dicho algo tan malo, ¿no? Si la cosa ha desembocado en un beso como el anterior, hablaré de condones todas las veces que haga falta.

Me encanta volver a sentir sus labios, su lengua… De nuevo aprieta sus manos en mi cintura y a mí me sobra el vestido… y a él el pantalón, por supuesto. Nos separamos y él mira distraído hacia un lado mientras suelta una risita silenciosa. Qué monísimo es, por favor. Alguien dice algo y todo el mundo empieza a levantarse. No me he quedado con el dato, no sé qué está pasando.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Chus.

—Hay que levantarse, ha terminado la cena. Dicen de ir a tomar una copa a un sitio que no está lejos. ¿Quieres?

Me abrazo a él y le susurro al oído:

—Yo prefiero ir a casa.

—Yo también —murmura de vuelta.

Nos levantamos y acompañamos al resto de gente al exterior. Él lleva su chaqueta en la mano, en una posición muy natural, pero que oculta lo empalmadísimo que tiene que estar ahora mismo. O eso espero, la verdad, no me gustaría nada ser yo la única que va con este calentón por la vida…

Ya en la calle, todos insisten en que vayamos con ellos, pero nos despedimos educadamente y emprendemos el camino hacia casa. En cuanto giramos una calle y los perdemos de vista, se detiene. Inmediatamente pienso que me va a empotrar en un portal, pero no, me pone su cazadora. Esto no me lo esperaba, aunque lo cierto es que estamos a finales de marzo y yo voy en tirantes.

—Gracias por lo de esta noche —murmura mientras seguimos caminando—. Lo has hecho genial, has sido muy convincente…

—Me lo he pasado muy bien…

Dejo la frase ahí porque no sé qué más decir. Lo que ha pasado en la cena empieza a parecer lejano y el ambiente se está enfriando. Y no quiero. No quiero.

Giramos hacia una calle más estrecha y yo me detengo al momento. Él hace lo mismo y se gira a mirarme.

—¿Qué pasa? —murmura.

Y yo le beso, porque ya no aguanto más. Porque si esto sigue así, al llegar a casa ya se habrá enfriado del todo y será de lo más raro. Me devuelve el beso y me abraza tan fuerte que me levanta del suelo. Yo enredo mis piernas alrededor de su cintura y doy gracias mentalmente por la abertura de mi vestido. Aun así, se me ha subido bastante, como es lógico. Él me lleva hasta la pared más cercana y apoya ahí mi espalda todavía sin separarse de mis labios. Su mano baja de mi cuello a mi pecho y se detiene para empezar a rozar el pezón en el que llevo el piercing con su pulgar. No llevo sujetador y la tela del vestido es muy fina, la sensación es totalmente abrumadora. Ese movimiento rítmico alivia un poco la presión que siento, pero no es suficiente, necesito más. Como si me leyera el pensamiento, su otra mano se desliza por mi muslo bajo mi falda, o lo que quede de ella que no esté enrollado en mis caderas, que no debe de ser demasiado. Con un movimiento hábil, aparta la escasa tela de mi tanga y su dedo imita los movimientos que está haciendo el de la otra mano, pero este en lo que ahora mismo me parece el puñetero centro del universo. Los movimientos de sus dos manos sincronizadas me están llevando al límite. Sus labios se separan de los míos y buscan mi cuello. Su lengua se desliza hasta mi oreja y él

murmura un «joder, Carina» que no sé cómo no me provoca un orgasmo ya mismo. Pero está cerca, muy cerca. Jadeo muy fuerte bajo sus caricias y sus besos. No puedo hacer nada por él. Tengo las manos en sus hombros para no perder el equilibrio y la mente medio ida de todo lo que me está haciendo. Como no llegue pronto voy a perder la maldita cabeza.

—Más fuerte, Chus, más rápido —gimo bajo sus manos y él obedece.

Aumenta la presión y acelera el movimiento de sus dos manos a la vez mientras sus dientes recorren mi mandíbula. Lo oigo jadear a él también con un sonido rítmico cerca de mi oído. Una ola de calor me sobreviene, un temblor que me recorre el cuerpo y que me lleva al éxtasis mientras él cubre mi boca con la suya para tragarse mis últimos y más escandalosos gemidos.

No tarda en dejarme en el suelo y colocarme toda la ropa en el sitio. Me mira con la respiración agitada y cara de loco. Y yo lo beso de nuevo. Él me abraza y, en un movimiento mudo, giro sobre nosotros para que esta vez sea él quien apoye la espalda en la pared. Meto una mano dentro de su pantalón y él deja caer la cabeza hacia atrás con un sonoro jadeo. Sonrío y sigo. Con la otra mano le desabrocho un botón de la camisa y empiezo a besarle el pecho. Él gime bajo mis labios hasta que de repente y sin aviso, sale del trance y me separa de él.

—No, no, Carina, para. No podemos hacer esto. —Se aleja de mí mientras habla y se lleva las manos a la nuca.

«¿Perdona? ¿Es algún tipo de broma española? Porque no lo pillo. Ni puta gracia, oye».

—¡¿Qué?! —pregunto por fin.

—No puedo, lo siento, te juro que nada me apetece más ahora mismo, y en cualquier momento desde hace días, pero no puedo, Carina… No puedo hacerlo.

—Pero… pero… —No me salen ni las palabras, no sé ni qué decir—. ¿Qué problema tienes? Explícamelo porque de verdad que no sé de qué va esto…

—Yo no soy de rollos pasajeros, tía, ni de sexo porque sí. Y tú no eres de relaciones… Y me estoy enamorando de ti, y no sé cómo gestionarlo, pero sé que si cruzamos esa línea me vas a romper el corazón y el alma, y no puedo, Carina, no puedo sufrir más, de verdad…

Y yo no digo nada, porque no sé qué decir. Porque tiene razón, aunque me encantaría que no la tuviera. ¿Cómo será eso de enamorarse? Me encantaría saberlo. Me encantaría estar enamorada.

SESENTA Y CUATRO

TODO

CHUS

Caminamos hacia casa en silencio. Carina se abraza a sí misma, todavía lleva puesta mi chaqueta. No sé si está mosqueada, pero lo parece. No sé ni qué decir. No ha sido fácil, pero es lo mejor. Me he puesto por delante por una vez, yo no suelo ser así, pero tengo que pensar en mí mismo, necesito protegerme del huracán Carina.

En el ascensor la cosa está especialmente tensa. Es incómodo tenerla tan cerca. Ella sigue sin decir nada, no ha abierto la boca desde entonces.

Cuando por fin entramos en casa, se quita mi chaqueta y la deja sobre una silla.

—¿No vas a decir nada?

—No tengo nada que decir. —La voz le sale rara.

—No quiero que las cosas estén mal, o raras, entre nosotros… Compartimos piso, tenemos que llevarlo con naturalidad…

—Igual debería mudarme. —Agacha la cabeza y se pasa una mano por la mejilla.

Yo empiezo a sudar y siento que mi corazón se desboca de nuevo. No quiero que se mude, aunque lo haría todo más fácil, es así, pero se ve que me va el sado o algo porque quiero tenerla por aquí.

—¿Es lo que quieres?

—No lo sé. —Se vuelve a pasar la mano por la mejilla. Como es tan bajita, no puedo verle la cara.

—¿Qué pasa, Carina? ¿Estás llorando?

—Déjame. —Se da la vuelta para marcharse a su habitación, pero la agarro del brazo y la retengo.

—Mírame, Carina, ¿estás llorando? ¿Qué pasa?

Se gira a mirarme, parece entre furiosa y decepcionada. Y sí, definitivamente se le escapan las lágrimas. Hago el amago de atraerla hacia mí, pero se desprende de mi mano de un tirón.

—¡No me toques!

Me asusta la fuerza con la que lo dice y la suelto de golpe, como si quemara.

—Carina, yo… de verdad que no quería disgustarte.

—¡Pues haberlo pensado antes! Solo quiero saber una cosa, contéstame una pregunta…

—Claro. —Hago un gesto de asentimiento con la cabeza, porque no tengo ni medio claro que haya emitido sonido.

—¿Por qué conmigo no? ¿Por qué soy menos que la imbécil esa con la que hemos pasado la noche o que la muñeca hinchable? ¿Por qué? ¿Por qué soy menos que ellas?

—Joder, Carina, lo has entendido al revés, no eres menos, eres más, mucho más. No puedo tener contigo lo que tenía con ellas… De verdad que no puedo.

—Eso es mentira. Si eso fuera cierto, si de verdad yo fuera más, sí querrías tener algo conmigo… ¡Y no quieres! ¡No quieres tener algo conmigo!

—¡Joder, Carina, claro que no! ¡Claro que no quiero tener algo contigo! Contigo quiero tenerlo «todo», ¿no lo entiendes?

—Pues seré tonta, pero no, no lo entiendo.

Se mete en su habitación con el perro y suspiro antes de salir de casa.

SESENTA Y CINCO

¿QUÉ HA PASADO?

CHUS

—¿Qué ha pasado, nano? —La cara de Samu al abrir la puerta me da una pista de la que debo de tener yo ahora mismo.

He venido aquí por proximidad, pero en realidad con quien me encantaría hablar ahora es con Piero. Pero no puedo, es su hermana, no puedo ir a contarle esto. Mi segunda opción era Estrella, pero ha sido Samu el que ha abierto la puerta.

Se aparta a un lado para que pase y lo hago. Me siento con él en el sofá y me mira serio.

—Me estás acojonando, ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha ido la noche? ¿Alguna movida con Vero?

Niego con la cabeza y me pongo a llorar. Es irónico que he hecho lo que he hecho para no sufrir y estoy sufriendo igual… Bueno, igual no, después de eso habría sido mucho peor.

—Chus, cielo, ¿qué ha pasado? —Estrella entra en ese momento. Se sienta a mi lado y me pasa una mano por la espalda. Consigue reconfortarme un poco.

Les cuento cómo ha ido la noche. Cómo ha ido la cena, lo divertida que estaba Carina, mi charla con Vero, el beso con Carina delante de mis ex, cómo nos hemos largado en cuanto hemos podido, el magreo en el callejón (sin entrar en muchos detalles, aunque sé que Samu se muere por saber) y cómo lo he mandado todo a la mierda en un momento.

—Cielo, has sido muy valiente. —Ella me acaricia la espalda.

—Si yo fuera tú, me la habría tirado.

—Pues menos mal que no eres él —me susurra Estrella y yo intento reírme, pero me sale regular—. Has hecho lo correcto, cielo. Sé que duele, pero yo creo que, si ella no siente lo mismo que tú, es lo mejor.

Asiento en silencio.

Tras un largo rato desahogándome y contándoles cómo me siento, hago el amago de irme.

—¿Quieres dormir aquí? ¿Te preparo el cuarto de invitados?

—No, ni de coña, no me prepares nada, lo último que quiero es darte faena… Pero, si no os importa, sí que me quedaría a dormir en vuestro sofá.

—Todo tuyo, ahora te traigo una manta.

Ya en la oscuridad, solo con mis pensamientos, no dejo de pensar en ella. En cómo me gustaría ir ahora mismo a su habitación, a su cama. Aunque solo fuera para dormir a su lado. Ese es justo el problema, que ella no querría dormir a mi lado. El nudo en el pecho no desaparece. Esto va a ser duro. Me siento tentado de ir a casa a verla, a hablar con ella, pero ese es justo el motivo por el que me he quedado aquí a pasar la noche, para darnos espacio.

Me llegan ruidos desde la habitación de Samu y Estrella y no sé si están hablando, roncando o haciendo cualquier otra cosa, no lo quiero ni pensar. Uno de los críos rompe el silencio en ese momento y, al ver que la puerta de ellos se abre, rezo a todos los dioses para no ver salir a Samu en bolas y con el casco de bombero. Por suerte, solo sale en calzoncillos y con cara de sobado. Es una imagen que no me resulta del todo ajena y que me trae recuerdos de tiempos mejores, de las noches que pasamos de críos en la cabaña de Marc, de los campamentos, de cuando nos quedábamos todos a dormir en casa de Loui… De aquellos años en los que todo era más sencillo.

SESENTA Y SEIS

¿QUÉ TE GUSTA?

CARINA

Estoy evitando a Chus, está claro. La situación es de lo más incómoda, pero es que no entiendo nada su planteamiento.

«Me gustas tanto que no quiero nada contigo». *Cazzo*, es que es absurdo. Bueno, no dijo *nada*, dijo *todo*, pero vaya, que es lo mismo. En fin, que no me aclaro con él, que no entiendo esa manera de plantearse las cosas. Que, para no sufrir, ahora no nos hablamos. Pues vaya invento, la verdad.

No paro de darle vueltas a todo a ver si consigo entenderlo, pero no.

Igual podría hablar con Estrella, ella me dijo que no le hiciera daño a Chus, tiene pinta de saber más que yo de estas cosas… aunque de planificación familiar no sepa mucho. Bueno, mira quién fue a hablar, ¿no?

Llamo al timbre de su casa, pero me abre el rubio perdonavidas.

—Hola, ¿está Estrella?

—No, se ha llevado al pequeño a la revisión, ¿te valgo yo?

—Creo que no, quería hablar con ella.

—¿Tiene que ver con maquillaje o con tampones?

—No.

—Entonces igual te sirvo yo… ¿Tiene que ver con Chus y lo que pasó la otra noche?

—Ya lo sabes todo, entonces.

—No, solo sé su versión —sonríe y se aparta a un lado—. Pasa.

Y a mí me reconforta ese comentario más de lo que me hubiera imaginado.

Me siento en la alfombra donde están jugando sus hijos y uno de ellos, al que por fin le está creciendo el pelo, pobrecito mío, viene a mostrarme un juguete. Le enseño cómo se usa mientras Samu se sienta frente a mí.

—¿En qué punto estás tú? —me pregunta.

—¿De qué?

—De Chus. —Pone los ojos en blanco—. ¿Qué piensas de lo que pasó el sábado? ¿Cómo te sientes?

Arruga las cejas y me mira serio. Le queda poco natural, será algo que le habrá visto hacer a su mujer.

—Pues no lo sé —confieso—. Creo que esta situación me queda grande…

—A ver, ¿tú que sientes? ¿Qué sientes por él?

—Yo qué sé, eso es muy difícil, no paro de darle vueltas y no llego a ninguna conclusión…

—Vale, te voy a hacer mi test infalible: ¿Preferirías follar con otro o acurrucarte con Chus a comer castañas?

—No sé qué son *castañas*.

Me lo explica.

—Vale, pues no las he probado nunca.

—Bueno, no importa, algo que te guste… ¿Qué te gusta?

—Follar.

—Vale, veo que tú y yo compartimos cerebro, pero me parece que no has entendido el concepto. Empezaremos de nuevo.

SESENTA Y SIETE

MANDRILES EN CELO

CHUS

No he vuelto a ver a Carina desde la otra noche, cuando… en fin, está claro cuándo. Me evita. Si estoy en casa, no sale de su habitación, y lo peor es que se encierra ahí con Tote, y a mí la casa se me cae encima. La noto enorme, me siento solo. Echo de menos el ruido, el jaleo, su risa… incluso sus gritos. Solo han pasado seis días, pero para mí está siendo una eternidad. Igual la he cagado. Me rompería el corazón, sí, ¿y qué? No sé si me sentiría peor de lo que me siento ahora… No sé si eso es posible…

—Jesús, te busca Belén, que vayas al despacho de dirección. Urgente. —Inés, desde la puerta de mi aula de tutoría, me saca de mis pensamientos.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —Me levanto y voy hacia ella.

—Ni idea, yo te digo lo que sé. Por cierto, me lo pasé muy bien en la cena, me cayó genial tu chica, es muy divertida. Me alegro de verte tan bien, me alegro de que seas feliz…

—Claro —suspiro—. Bueno, voy a ver qué quiere Belén.

Y desaparezco de allí tan rápido como puedo para que no me siga hablando de lo maravillosa que es Carina, porque eso ya lo sé yo y no necesito que nadie me lo recuerde.

—Buenos días, Jesús —me saluda Belén—. Tenemos un problema con dos alumnos de tu tutoría. Ya se ha avisado a las familias, están de camino. Tienes que plantearles la situación.

—¿Qué situación? ¿Qué ha pasado?

—Se los han encontrado manteniendo relaciones sexuales en los vestuarios… Son Jairo Zafra y… —Se pone a mirar en los papeles que hay sobre su mesa.

—… Lorena Andújar —termino la frase por ella.

—Eso es, ¿ya te habían informado?

—No, ha sido intuición —suspiro.

—Se ha citado a los padres en media hora en tu despacho. Suerte, Jesús. Sé que una situación así nunca es cómoda, pero pertenecen a tu tutoría.

Me cuenta rápidamente cómo ha pasado todo y yo asiento y salgo de allí. Mierda, mierda, mierda. A los padres de Jairo no los conozco, pero no me preocupa. En parte es porque, aunque sea machista el concepto, sé que para unos padres el hecho de que su hijo mantenga relaciones no les va a suponer tanto problema como en el caso de una hija. No debería ser así, pero lo cierto es que lo es. Lo que de verdad me agobia es hablar este tema con la madre de Samu. Porque la conozco desde crío, porque si ya no mola nada el concepto de decirle a una madre que su hija se ha estado tirando al guindilla del instituto en los vestuarios, decírselo a una madre que te ha

tratado como un hijo los millones de veces que has estado en su casa, pues mola menos. Si ya me cuesta asimilar lo de la hermana de Samu, que la conozco desde que nació, que recuerdo perfectamente cuando era un bebé. Qué jodido todo, solo espero que venga ella sola y no con Simón, que, aunque no sea el padre de Samu, sí es el de Lorena, y decirle eso a un padre aún me da más palo.

Mi puerta suena un par de minutos antes de la hora acordada y una pareja, a la que no había visto nunca, se presenta.

—Hola, somos los padres de Jairo Zafra, ¿qué ha pasado? ¿Hay algún problema?

—Si esperan un momento a que llegue la otra familia, les pondré al día a todos rápidamente. —Tal y como lo he dicho, parece que sea el protocolo de la escuela, pero lo cierto es que ya me parece lo suficientemente incómodo esto como para tener que pasar por ello dos veces.

No tarda en volver a abrirse la puerta de mi despacho y aparece Almudena, pero no viene con Simón, viene con Samu.

—Jesús, cariño, ¿qué ha pasado? —La madre de Samu se acerca a darme dos besos.

—Profesor Arnau, ¿hay algún problema con los chicos? —Samu imposta la voz y me tiende la mano. Me desconojonaría si no estuviera tan nervioso.

—Siéntate, Samu, que esto no es fácil. —Le estrecho la mano un momento por seguirle el rollo y que no la deje ahí suspendida en el aire y le señalo la silla que queda libre, al lado de la que ha ocupado su madre.

Él lo hace y me quedo frente a estos cuatro rostros que me miran expectantes.

—Veréis, resulta que han sorprendido a vuestros hijos, Jairo y Lorena, manteniendo relaciones sexuales en los vestuarios del instituto.

Ya está, ya lo he soltado, espero que haya pasado lo peor.

Las dos madres se llevan una mano a la boca. Samu le pasa un brazo por encima de los hombros a la suya y no dice nada, me mira un momento como esperando que yo siga hablando, pero es el padre de Jairo el que lo hace.

—No tenía ni idea de que el niño era sexualmente activo. Hablaré con él para saber cómo está la cosa y para decirle que tome precauciones… Y por supuesto que en el institut…

—Tranquilo, tío —interrumpe Samu—, eso está controlado. A caja de condones por semana van los chavales, parecen mandriles en celo —se ríe.

—¡Por el amor de Dios, Samuel! —grita su madre—. ¡¿Le estás dando preservativos a la niña?!

—Tú verás, mamá. A ver, piénsalo un momento y no te alteres tanto. Tú y yo no nos llevamos ni veinte años y no tengo padre… Y yo tengo a mi cuarto hijo «no buscado» en camino… ¿De verdad quieres que la tradición familiar que siga Lorena sea la de los embarazos no deseados? ¿A los diecisiete?

—¡Por supuesto que no! Lo que quiero es que tenga más conocimiento y espere…

—Pues está claro que para eso ya hemos llegado tarde, así que solo queda asumir cómo están las cosas y ayudarla a ser responsable. Y *el* Jairo es un ficha, pero es buen chaval y la quiere mucho, mamá, tranquila. Ella lo lleva por donde le da la gana… Creo que lo que nos corresponde ahora a nosotros cuatro es ver de qué manera conseguimos que no tengan que ir haciendo estas cosas en lugares públicos, vamos a tener que encontrarles una alternativa a los pobres…

Y de esta manera es Samu, con su perturbación mental habitual, el que normaliza la situación y encuentra la solución tanto para los padres como para los hijos. Y a mí me ha quitado un marrón de encima, la verdad.

SESENTA Y OCHO

TODAS ESAS COSAS

CHUS

Samu espera a que sea mi hora de salir y nos marchamos juntos hacia casa paseando.

—Nos vamos esta tarde a pasar el finde a la cabaña de Estrella, ¿te quieres venir? —me propone.

Aunque me tienta, lo que debo hacer es hablar con Carina y normalizar las cosas. Conseguiré que hable conmigo, aunque tenga que tirar la puerta de su habitación abajo para ello.

¿A quién quiero engañar? Si no quiere hablar conmigo, pues lo respetaré, solo faltaba eso, que decidiera yo cuándo tiene ella que hablar conmigo si no le da la gana…

—No, tío, me quedo.

—Vale. ¿Quieres que nos llevemos al chucho? A los nanos les encanta y a él le vendrá bien estar en el monte…

—Es buena idea, sí, que le dé un poco el aire al pobre, que me parece una putada lo de tenerlo siempre en el piso.

Samu recoge al perro y se marcha. Yo me meto en la ducha para librarme de esta sensación de día de mierda que tengo. Quien dice día, dice semana.

La ducha me reconforta y la alargo quizá un poco de más. Cuando por fin salgo, me seco, me pongo las gafas y una toalla y paso a mi habitación.

—Estoy aquí, no te asustes —me llega su voz nada más abrir la puerta.

Y me asusto, claro que me asusto. El corazón se me desboca sin permiso. Porque hacía casi una semana que no escuchaba su voz. Porque no sé qué hace aquí. Y porque no sé si quiero saberlo.

Me giro a mirarla y el corazón vuelve a darme un pinchazo. Está sentada en la cama con las piernas cruzadas. Lleva esas mallas de yoga blancas que le hacen un culo impresionante, suerte que está sentada. Esconde las manos dentro del bolsillo de la sudadera y va descalza, qué pies más pequeños tiene. Me mira con una expresión que no le conozco.

—¿Quieres vestirte? ¿Espero fuera? —pregunta.

Claro que ahora mismo estaría más cómodo vestido que con solo una toalla, pero, si sale de la habitación, lo mismo cambia de idea y se vuelve a encerrar en la suya.

—¿De repente tienes respeto por la intimidad? —sonrío y me siento a su lado en la cama.

Se encoge de hombros sin dejar de mirarme. Y yo solo quiero alargar la mano y tocarla, abrazarla, darle un millón de besos, pero en lugar de eso cruzo los brazos, para tenerlos controlados, y me giro a mirarla.

—¿Y Tote? —pregunta.

—Se lo ha llevado Samu a pasar el finde al monte.

Ella asiente con la cabeza antes de volver a hablar.

—Quiero decirte algo.

—Dime. —No sé si eso se ha llegado a oír.

—He probado las castañas. No me gustan.

—¿Qué? —Pestañeo un par de veces. No me esperaba ese comentario para nada.

—Hablé con Samu, me dijo lo de las castañas…

Me da la risa. Lo que habría dado por ver una conversación entre ellos dos por un agujerito.

—Pues eso, que ya las he probado y no me gustan.

—Pues a mí me encantan —suspiro—. Pero bueno, que esto ya lo sabíamos, te agradezco la metáfora, pero no hacía falta.

—¿Metáfora? No, no, te lo digo literal. Nunca las había probado. Fui al centro, compré un cucurucho de castañas y me comí tres, las demás las tiré. No me gustan.

—Vale, Carina, no te gustan las castañas, ¿algo más?

Me estoy empezando a sentir incómodo aquí sentado, medio mojado y casi en bolas. Todavía no estamos ni en abril, hace un poco de rasca y se me está poniendo la piel de gallina.

—Sí, pues eso, que no me sirven las castañas para el test de Samu —dice muy seria y yo sonrío de medio lado—. Pero he estado leyendo libros de esos tuyos de amor y, entre eso y lo que me dijo Samu, he pensado más cosas que quiero decirte.

—Dime —suspiro.

—A ver, es mucho… Me encanta leer contigo en el sofá, cada uno con nuestro libro, pero sabiendo que estás ahí a mi lado. Me gusta tanto que prefiero hacer eso antes que irme a la cama con otro. —A mí se me descontrola el corazón, pero ella continúa del todo ajena a mi arritmia cardíaca—. También me gusta esconderte los cacahuetes empalagosos y que te desesperes y me hagas caso, aunque sea para enfadarte conmigo. Y también prefiero hacer eso antes que acostarme con otro. Y me encanta que hablemos de los libros que leo y de los que quiero leer; y también me encanta decir cosas que hacen que te pongas rojo; y hacerme pasar por tu novia; y cuidar contigo a los bebés de tus amigos; y hasta cotillear contigo su cajón de la perversión… Y besarnos, besarnos como nos besamos el otro día… Eso fue lo mejor de todo… Todo eso lo prefiero antes que tirarme a otro.

Yo respiro hondo y no digo nada, porque no sé ni qué decir. Porque no quiero hacerme ilusiones ni venirme arriba antes de tiempo… Y porque sigo teniendo miedo. Mucho miedo.

—Entonces —sigue explicándome—, lo que yo no entiendo es que, si yo prefiero hacer todas esas cosas antes que acostarme con otro, porque en realidad no quiero hacerlo con nadie que no seas tú, ¿cómo puede ser malo que estemos juntos? ¿Cómo puede ser malo un beso como el que me diste? De verdad que no lo entiendo.

Se limpia con la mano una lágrima que se le ha escapado y yo la miro con el corazón latiéndome en la garganta, peleando por decirle tantas cosas, pero sin el valor de hacerlo.

—¿Y te has dado cuenta de cuánto tiempo hace que no te pido que pongas una tele? —pregunta y yo asiento—. Porque ahora prefiero leer contigo, porque si pusieras una tele te irías a leer a tu habitación y eso no me gustaría nada. ¿Sabes que cuando oigo tus llaves en la cerradura se me acelera el corazón? ¿Y que cuando me tocas, aunque sea para darme una cuchara, me da la corriente? ¿Y que eres el primer chico que me parece mono y sexi a la vez? ¿Y que el beso que me diste delante de esas pavas fue el más bonito y el más erótico de mi vida y que no dejo de pensar en él? ¿Cómo es eso posible? ¿Y cómo puedes besar así y no querer repetir todo el tiempo? No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo…

—Claro que quiero repetir todo el tiempo —susurro.

Ella se acerca mucho a mí, hasta que su cara está casi pegada a la mía.

—Entonces, ¿cuál es el problema, Chus?

Está tan cerca que, al hablar, sus labios han rozado los míos un par de veces. Y eso ha sido suficiente para hacerme perder el control.

—Me vas a doler, Carina —murmuro con la certeza de que ya no tengo escapatoria, de que no soy capaz de volver a rechazarla, de que asumo el riesgo—, pero prefiero perderme por enamorarme de ti a perderme el enamorarme de ti.

—Muy mal se me tiene que dar para hacerte daño cuando yo lo que quiero es darte orgasmos.

¿Alguien es capaz de no comerle la boca después de ese comentario? Porque yo desde luego que no. Así que simplemente lo hago. Me lanzo. Salto al vacío, sin red, voy a por todas.

SESENTA Y NUEVE

Y LO QUE NO ES LA CABEZA

CHUS

La beso. Los dos gemimos a la vez cuando nuestros labios se juntan. Nuestras lenguas se reencuentran después de casi una semana y se reconocen. El piercing de la suya me da la bienvenida y me confirma que de verdad es ella, que está ocurriendo, que no es un sueño. Mis manos se mueven por voluntad propia y rodean su cintura. Qué pequeña es, casi la abarcan por completo. La atraigo hacia mí y ella se sienta a horcajadas en mi regazo.

—Vale, acabo de ser consciente de que estoy desnudo —murmuro al notarla sobre mí.

—Y, aun así, te sobra la toalla —susurra ella mientras comienza a moverse en un rítmico vaivén que me hace dejar de pensar con la cabeza.

Se quita la sudadera y a mí se me escapa todo el aire de los pulmones de golpe. Solo lleva una camiseta de tirantes que me muero por arrancarle a mordiscos, pero no, Chus, moderación, hay tiempo para todo…

Ella me empuja los hombros con fuerza y me hace caer hacia atrás, sobre el colchón. Se coge el bajo de la camiseta y sonríe.

—Vas a ver tetas, Chus, no te ahogues.

Me río entre dientes y agarro con fuerza sus caderas, acompañando ese movimiento que no ha cesado desde que lo empezó hace unos minutos. Ella se quita la camiseta y yo resoplo con fuerza mientras la atraigo hacia abajo. Se lleva las manos a los pezones y los roza con suavidad mientras me mira con esa sonrisa de duende canalla de paletas separadas que tiene. Y ahí ya no mido, ya no controlo. Aparto sus manos de un único movimiento y las cambio por las mías, pero dura apenas un segundo, porque al momento me incorporo y voy directo a meterme el piercing en la boca. Llevaba soñando con esto desde la vez que casi me cuesta la vida. Atrapo el metal entre mis labios y ella gime muy fuerte.

—¿Te duele? ¿Te hago daño? —pregunto con un sonido a medio camino entre un gruñido y un gemido.

—No. —Niega con la cabeza con los ojos cerrados mientras jadea y se sigue moviendo sobre mí con una cadencia rítmica que me va a volar la puta cabeza… y lo que no es cabeza.

La abrazo y giro sobre nosotros para tumbarla en la cama, porque no quiero correrme solo con ese movimiento, y habría ocurrido, joder si habría ocurrido.

Ella extiende los brazos sobre el colchón y se contonea, y yo me incorporo un poco para mirarla con perspectiva y recrearme la vista.

—Eres lo más bonito que he visto nunca —susurro.

Ella sonríe y me pasa las manos por los muslos. Eso me hace ser consciente de que la toalla

se ha quedado donde estaba sentado hace un minuto. Mejor, una cosa menos.

—Chus, *voglio fare l'amore con te* —murmura con la voz más sexi que he escuchado en la puta vida y a mí me falta tiempo para quitarle el pantalón y terminar de desnudarla.

La miro y casi me quedo sin aliento.

—¿No te ahogas? —pregunta con su gesto más gamberro.

—Ha faltado poco —confirmo con una sonrisa y me inclino a besarla.

Ella rodea mi cintura con sus piernas y nuestros sexos se tocan por primera vez. Yo noto la sangre de todo mi cuerpo empezar a bullir en mi interior y calentarme entero, de dentro a fuera, o de fuera a dentro, no está claro… Ella afianza su agarre y comienza a moverse otra vez como antes. Yo siento que se me va a parar el corazón en cualquier momento, pero solo cierro los ojos y me dejo llevar durante unos segundos, no demasiados, no quiero terminar casi antes de empezar.

Está tan mojada que creo que podría colarme dentro de ella sin darme cuenta. Le beso el cuello y le paso la lengua por la mandíbula.

—Carina… condones —murmuro con un sonido errático a punto de perder el control de la única neurona operativa que tengo ahora mismo.

—Están en mi habitación… —farfulla—. ¿Tienes aquí?

Niego con la cabeza intentando pensar en algo que no sean esos movimientos y esa humedad, pero solo emito jadeos, no puedo ni hablar. Ella me libera de sus piernas de golpe y me mira con la respiración agitada.

—Voy a por ellos, no te muevas, no tardo nada.

Me aparta y sale de la cama rápidamente. Pero no va a volver. No va a volver porque no la voy a dejar. Salto del colchón y corro tras ella. La alcanzo cuando apenas ha entrado en el salón y me abrazo a su espalda. Mi polla siente algo de alivio al notar la presión de su culo. Soy un romántico, pero no tengo ahora mismo la cabeza para encontrar una manera bonita de decir eso, lo he dicho tal y como lo siento, aunque suene cerdo. Y así, abrazado a ella por la espalda, continuamos el camino hacia su dormitorio. Mi mano izquierda busca el piercing de su pezón y la derecha se cuela entre sus piernas. Empiezo a moverlas más o menos como lo hice la otra noche en el callejón y ella para de caminar y se deja caer más sobre mí, abandonándose entre mis dedos. Levanta los brazos y se agarra a mi cuello. Gime y jadea al ritmo de mis manos y de la fricción de su cuerpo sobre el mío, que es una manera algo más elegante de decir lo mismo que hace un momento. Sigo aumentando el ritmo a la velocidad que me marcan sus movimientos hasta que la noto empezar a temblar y se deja ir con un grito que no intenta suavizar y que yo disfruto hasta el dolor. Inmediatamente le fallan las piernas y yo la cojo en brazos y la llevo hasta su cama en pocas zancadas. Ella se estira para coger el bolso que llevaba aquella noche, que estaba tirado en el suelo, y saca la caja de preservativos de su interior. Se la quito de las manos y ella vuelve a dejar caer el bolso mientras yo intento quitar el puto celofán, que parece que hayan soldado a la caja porque no hay rendija por la que colar las uñas. Ella ve mi frustración y lo intenta por el otro lado con idéntico resultado. Estoy tan cachondo que no puedo ni pensar con claridad.

—*Cazzo* —gruñe ella después de lo que me parece una eternidad y muerde el plástico con tanta fuerza que lo desgarra al momento.

Yo suelto una carcajada y la beso con desesperación porque no entiendo cómo puede ser a la vez tan bonita, tan natural, tan sexi y tan bruta. Ella me rodea la cintura con las piernas y yo gimo en su boca. Y estoy a punto de perder la puta cabeza de nuevo.

—Chus, el condón —murmura separándose un momento de mis labios.

Asiento contra mi voluntad y me incorporo. Cojo el preservativo que ya ha sacado ella de la caja y de la funda y me lo pongo no sin dificultad porque mi cabeza está en modo anticipación y no se centra en el presente. Pero por fin lo consigo y respiro hondo. Me tiembla todo el cuerpo y el corazón me late en los oídos. Quiero hacerlo, claro que quiero hacerlo. Si tengo que volver a caer, que sea después de haber tocado el cielo.

Ella vuelve a rodear mi cintura con sus piernas y esta vez sí, me cuelo dentro y me abandono a todas las sensaciones que me invaden. Carina hace lo mismo y el gesto de su cara es lo más erótico que he visto en la puñetera vida. Y no quiero que esto acabe nunca, pero me temo que va a hacerlo bastante rápido.

Me muevo despacio al principio, acoplándome a ella, con cuidado de no hacerle daño, aunque lo que de verdad me apetece es empujar como un animal, o un demente, o un animal demente, porque así es como me siento ahora mismo.

—¿Vas bien? ¿Te hago… daño? —murmuro entre jadeos como puedo.

Ella niega primero y luego sonríe y saca la lengua. Y yo acelero mis embestidas mientras me pregunto cómo me pueden poner tan cachondo una bolita de metal y un puto diastema.

Me concentro en volver a bajar el ritmo, en ir despacio, en tomármelo con calma, en retrasarlo lo máximo posible. Ella grita como antes y se estremece, y yo solo quiero aguantar como un campeón, pero me lo está poniendo muy difícil. Toda mi concentración se va a tomar por culo cuando empieza a sonar su móvil a todo volumen. Y mientras ella se estira a cogerlo y mantiene apretado el botón que lo apaga, yo doy un par de empujones más antes de que ella lo vuelva a soltar. Y entonces sí, ahí ya me abandono por completo y el orgasmo me sorprende dentro de ella sin poder aguantar más.

No ha sido lo más romántico del mundo, pero ha sido nuestra primera vez.

SETENTA

QUERÍA VERTE

CARINA

—¿Quién ha llamado en un momento tan inoportuno? —pregunta Chus tras deshacerse del condón y tumbarse a mi lado.

—Un italiano muy pesado que parece que está buscando que su hermana lo convierta en *Farinelli, il castrato* —le aclaro.

Él se ríe y me besa.

—¿Qué tal? —pregunta algo nervioso.

Qué mono es, por favor, ni recién follado se quita esa inseguridad de encima.

—*Molto bene* —susurro antes de tumbarme sobre él y volver a besarle—. ¿No te quitas las gafas para follar? ¿No se te caen? —pregunto en parte por curiosidad y en parte para destensar el ambiente. Él se empieza a reír, ha funcionado.

—A veces sí me las quito, es más cómodo —responde entre risas—, pero es que no veo nada, y quería verte, lo necesitaba mucho…

Se interrumpe a sí mismo para besarme, y yo me dejo porque… pues porque sí, porque no me canso.

—Pues un día follamos sin gafas, ¿vale? —le propongo al separarme un momento de sus labios—. Que me encantan los ojillos que se te quedan cuando te las quitas… Y, si no ves nada, pues follamos al tacto, que también mola…

Él resopla y vuelve a besarme, con más fuerza, con muchas ganas. Nos vamos relajando hasta que se convierte en un beso calmado, bonito.

—¿Sigues pensando lo mismo que antes? —pregunta distraído mientras me acaricia la espalda.

Levanto la cabeza y lo miro. Me siento tentada de hacerle una broma o algo, pero hasta yo sé que no es el momento, no con lo nervioso que lo noto todavía.

—Cada palabra —murmuro en su oído y él me abraza muy fuerte.

Le tiembla todo el cuerpo. Solo quiero tranquilizarlo y decirle que yo no voy a hacerle daño, que no me quiero alejar de él y que solo quiero repetir esto cada noche. *Cazzo*, sí, yo, repetir, quién lo hubiera dicho… Pero como lo mío no es la dialéctica y tiendo a cagarla cada vez que hablo, prefiero no decir nada y solo besarle, que sean mis gestos los que hablen por mí.

Cubro durante un buen rato su pecho con besos y caricias y noto cómo se va relajando poco a poco. Finalmente, su respiración se ralentiza tanto que asumo que se ha dormido. Le quito las gafas, las dejo en la mesilla de noche y vuelvo a pegar la cabeza a su pecho, para que el latido de su corazón me acompañe toda la noche.

SETENTA Y UNO

UN PAR DE PALMOS MÁS ABAJO

CHUS

Me despierto totalmente desubicado. No veo nada, pero no parece que esta sea mi habitación. El olor a vainilla me lo confirma, es la de Carina. Mi cerebro comienza a despertar y recuerdo todo lo de ayer, todo lo que hicimos y cómo acabamos aquí. Respiro hondo y me vuelve a asaltar el miedo a que todo se tuerza en cualquier momento, ella es totalmente imprevisible.

Busco a tientas mis gafas sobre la mesilla y, aunque me lleva un rato, finalmente las localizo. Lo primero que hago al recuperar la visión es girarme hacia ella, que duerme plácidamente a mi lado. El pelo rosa sobre las sábanas blancas, sus labios entreabiertos, su cuerpo desnudo bañado por el sol de la mañana… Creo que es una de las mejores imágenes que uno puede contemplar al despertarse. Ahora mismo, de hecho, no se me ocurre una mejor.

Mis manos se mueven sin permiso y empiezan a seguir el contorno de su pecho. Me acerco a ella y vuelvo a meterme el piercing en la boca, qué obsesión enfermiza tengo con esto, no me canso.

—¿Así me despiertas? —ronronea ella mientras me pasa las manos por el pelo.

—Así te despertaría cada día —susurro separándome un momento de su piel.

—¿Hace falta que me ponga un piercing un par de palmos más abajo para que te pases por ahí también? Porque desde la canción del otro día pienso mucho en darle gustito a tus orejas…

Suelto una carcajada, pero obedezco y hago lo que me pide, porque también me apetece y porque no se me ocurre un sonido mejor al despertar que uno de sus orgasmos escandalosos. Esta vez también ocurre y es posible que haya sido el más ruidoso de todos. Será cuestión de aprovechar el finde, pero también tenemos que encontrar la manera de ser más silenciosos a partir de que Samu y Estrella vuelvan de su fin de semana fuera.

Pasamos un sábado de lo más romántico y perezoso. Tras ese primer orgasmo mañanero, vienen muchos más. No nos vestimos en todo el día. Nos alimentamos a base de sobras que encontramos en la nevera, pero ni siquiera es el hambre lo que nos preocupa. Nada lo hace, de hecho. Hacemos un poco el guarro con un bote de nata en la misma cocina y de ahí tenemos que irnos inevitablemente a la ducha. Nos duchamos juntos y tenemos sexo también bajo el agua. En algún momento habrá que parar, pero ese momento no parece estar demasiado cerca. No al menos en este fin de semana que estamos solos en el mundo y no tenemos ni que salir a pasear al perro.

SETENTA Y DOS

NO MIRES

CARINA

El domingo me despierto antes que él. Igual es por la preocupación de que este fin de semana maravilloso esté terminando, pero el caso es que sucede así. Él duerme a mi lado, en mi cama. Sin gafas. Qué guapo está con gafas, pero qué monísimo está sin ellas. Pienso en prepararle el desayuno para cuando despierte, pero, al ir a levantarme, veo mi ukelele llamándome a gritos y cambio de idea.

Empiezo a tocar[1] y a cantar bajito, pero inevitablemente le despierto.

Busca a tientas las gafas y se las pone. Me mira y sonríe.

—He visto cantidad de veces imágenes de tías desnudas tocando la guitarra. Nos lo venden como algo supersexi, pero lo es mucho más el ukelele, dónde va a parar…

Me río y me acerco a besarle.

—*Buongiorno* —murmuro—. Eso es porque el ukelele no tapa nada, ¿no?

—Mmm… Es posible —dice mientras se coloca detrás de mí—. Pero también puede ser porque la que lo está tocando eres tú —añade empezando a acariciarme la espalda.

Unos ruiditos raros, como gemidos contenidos, se me cuelan en la canción y definitivamente pierdo el hilo cuando pasa de mi espalda a mis tetas. ¿Alguien puede concentrarse en los acordes en una situación así? Yo, no. Así que simplemente mando a tomar por culo el ukelele y me concentro en darle los buenos días como la ocasión lo merece.

Conforme avanza el domingo, va cambiando su actitud, lo noto raro. Y no me gusta, no me gusta nada, porque no quiero que cambie nada, pero es inevitable que algo lo haga, no podemos estar en esta actitud para siempre… En algún momento tendremos que vestirnos y salir de casa.

—¿Qué te pasa? —pregunto tras salir de la ducha, mientras nos secamos—. Estás raro…

—Puede ser —suspira—. No quiero que acabe este fin de semana.

—Yo tampoco. —Me acerco a besarle—. Pero tenemos muchos más días… Aunque tengas que trabajar, tenemos las tardes y las noches.

Me sorprendo a mí misma con un cierto temor a que la burbuja estalle y lo que estamos viviendo estos días se termine.

—Vamos a bailar. —Tiro de él y lo llevo hasta el salón. ¿Por qué? Ni idea, me ha nacido así. Pongo una canción[2] en el equipo de música y me abrazo a él, que me rodea la cintura con sus manos y empieza a mecerse conmigo.

—¿Qué va a pasar a partir de mañana? —pregunta por fin en un murmullo.

—No sé, ¿que tendrás que vestirte para ir a currar? —Sonrío.

—Entre nosotros —suspira, aún se desespera conmigo—. ¿Estamos juntos?

—*Cazzo*, ¡sí!, ¿no?

Él me abraza fuerte y enseguida se relaja un poco entre mis brazos. Qué monísimo, por favor, aún no lo tiene claro, no sé qué más necesita… ¿Un mapa?

—Tenemos que contárselo a tu hermano —murmura—. Podemos pasar a verlo mañana por la tarde, cuando yo salga de currar.

—Mmm… Vale —asiento—. Pero ya vale de pensar en él, hoy todavía estamos los dos solos en el mundo…

Él sonríe y me besa. Me levanta del suelo y me sienta sobre el respaldo del sofá. Enrosco mis piernas en su cintura y tiro la cabeza hacia atrás cuando empieza a besarme el cuello. Aprieto los muslos y lo atraigo más hacia mí. Suelta un gruñido en respuesta de esos que me encantan.

—¿Los condones? —farfulla.

—Creo que en mi habitación… —improviso sin tenerlo ni medio claro. A saber, pueden estar en cualquier parte…

Él vuelve a gruñir y aprieta sus manos en mis caderas mientras baja la cabeza para volver a meterse un pezón en la boca. Vale, no me voy a quejar, ahora cuando acabe esto los buscaremos.

Concentrada en el movimiento de sus labios y sus manos, apenas soy consciente de que escucho un ruidito que se mezcla con la canción[3] que suena en este momento. De lo que sí que me doy cuenta perfectamente es del grito que se oye a continuación.

—¡Hostia, no mires, *tortellini*! —El grito y la carcajada de Samu nos hacen girarnos instintivamente hacia la puerta.

No me ha dado tiempo a ver la cara de mi hermano, porque el rubio se la ha tapado rápidamente con la mano. Mi cuñado, tras ellos, parece que se ha dado la vuelta por su propia voluntad.

—Tapaos, anda, que ya os hemos cortado el rollo —dice Samu mientras se da la vuelta y obliga a Piero a hacer lo mismo.

Chus se ha quedado blanco.

—Bueno, pues ya no hace falta pasar a ver a mi hermano mañana —sonrío aguantando la risa —. Pásame una de las mantas, anda.

SETENTA Y TRES

QUÉ CRACK

CHUS

No puedo ni pensar, no sé ni dónde está mi ropa. Carina está bastante tranquila. No deja de sorprenderme lo que se la suda todo. No parece preocupada ni avergonzada ni nada. Y cosas como esta son las que me vuelven tan loco de ella. Se enrosca en una de las mantas del sofá y me pasa la otra.

—¿Qué vamos a decirle? —susurro preocupado mientras la imito y me cubro con la manta.

—Que no se entra en casa ajena sin llamar, que se corre el riesgo de ver estas cosas —se ríe —. Y al rubio, que nos devuelva las llaves…

—Joder, joder, joder… —murmuro y ella se parte de risa.

—*Andiamo*.

Nos acercamos a la cocina, donde nos esperan los tres.

—A ver si conseguís traerlo de vuelta, que se nos ha *quedao pallá* —dice Samu refiriéndose al italiano, que está plantado ahí en medio con la vista fija en el infinito. Loui, delante de él, intenta hacerle reaccionar.

—Piero, cariño, ¿me oyes?

Pero no parece oír ni ver nada. Está como catatónico.

—Amor, me estoy empezando a preocupar… —Loui le agita un poco los hombros, pero Piero sigue sin reaccionar—. Me estoy empezando a preocupar en serio —repite al girarse hacia nosotros.

Carina se acerca a él y suelta algo en italiano que ninguno de los presentes creo que entienda. Pero su hermano no reacciona.

—Se ha quedado tonto. —Se encoge de hombros y se separa de él—. No sé si hay algo que podamos hacer. Ya volverá de donde esté…

Me acerco a él y le miro a los ojos. Me recuerda mucho a una situación que viví justo con él hace unos meses, así que simplemente veo claro lo que tengo que hacer. Murmuro un «lo siento, nano» y le doy una hostia del mismo nivel que la que me dio él a mí cuando la situación fue a la inversa. Lo agarro para que no se vaya al suelo.

—¡Pero ¿de qué coño vas?! —grita Loui viniendo a cogerlo él.

—Joder, ¡qué crack! —se descojona Samu—. Te follas a su hermana y luego le metes una hostia… Tengo que probar un día de estos a partirle la cara a Marc, a ver si así se le va la tontería de una vez…

Piero se pasa una mano por la cara y luego pestañea un par de veces.

—Esa me la tenías guardada, Chus.

—Lo siento, nano, no se me ha ocurrido otra cosa.

Me mira un momento y luego dirige la vista a su hermana; de nuevo a mí y a Carina otra vez.

—Vosotros dos —murmura—. No sé si se me va a ir esa imagen de la mente en algún momento.

—*Cazzo*, y ¿para qué entras sin llamar? —se defiende Carina.

—Hemos llamado, varias veces —aclara Samu.

—Ah, sería cuando estábamos en la ducha… —asiente ella aguantando la risa—, por eso no hemos oído… ¡Pues llamáis por teléfono antes de abrir la puerta!

—¡Llevo llamándote desde el viernes y lo tenías apagado! ¡Estaba preocupado!

—Ah, sí, lo apagué, es que justo cuando llamaste estábamos follando, era nuestro primer orgasmo compar…

Le tapo la boca con la mano y la atraigo hacia mí para que no siga hablando, porque considero que el concepto ya ha quedado claro y no creo que su hermano necesite tantos detalles.

—¿Lleváis desde el viernes dándole sin parar? —Se vuelve a reír Samu—. Mis ídolos.

—*Cazzo*, Carina —resopla Piero mientras se pasa las manos por la cara.

—Otro como Marc —suspira el rubio—. A ver, que son chicas antes que hermanas, y que también les gusta follar… Hasta las mías, que son menores… Asumidlo ya de una vez y seguid con vuestras vidas…

—No es eso —se queja el italiano—, eso ya lo sé; pero no necesitaba verlo… Esa imagen… No dejo de ver esa imagen…

Carina se descojona con la cabeza escondida en mi pecho y yo no sé bien dónde meterme.

—Siento que te hayas enterado así, nano. No ha sido la mejor manera, la verdad —suelto por fin porque, aunque lo que he dicho es más que evidente, no se me ocurre otra cosa que decir.

—Oh, Luigi —suelta de repente Loui imitando el acento de su marido—, ¿no sería precioso que por la convivencia Carina y Chus se enamoraran? Se harían tanto bien el uno al otro… —Junta las manos sobre el pecho y luego añade ya con su voz normal—: ¿Te suena eso?

—Sí, sí —se ríe Piero—, pero yo hablaba de AMOR, el resto no necesitaba verlo —se vuelve a pasar las manos por la cara.

—Pues el amor y el sexo van juntos —argumenta Carina.

—Que digas eso precisamente tú… —su hermano sonríe con condescendencia—. ¿Desde cuándo piensas así?

—Solo tiene que pasar una vez, ¿no?

Yo la abrazo fuerte y le beso la cabeza. No tengo nada que añadir al respecto.

SETENTA Y CUATRO

UNA ÚLTIMA SEÑAL

CHUS

Una semana después de que nos pegaran la gran pillada, hemos terminado de despejar la que era la habitación de Carina. Ha traído sus cosas a mi habitación y ya no compartimos piso, ahora vivimos juntos. Es un pequeño matiz, pero para nosotros es importante.

—Deberíamos quitar esa cama de ahí —dice ella desde la puerta de su antiguo dormitorio, mientras yo trasteo en la cocina.

—¿Por qué? ¿Qué problema hay? Es una buena cama.

—Precisamente por eso. —Se acerca hasta donde estoy y se sienta en la encimera a mi lado —. No queremos una cama vacía, y menos tan cómoda, se nos podría volver a meter tu abuela en casa sin darnos cuenta…

—La yaya… —me río—. Se lo tendremos que contar en algún momento, por cierto.

—Con el asco que me tiene… La matas del disgusto.

—Yo creo que, en el fondo, le caías bien…

—Tan en el fondo que no era visible al ojo humano.

—¿Y ella a ti? —pregunto aguantando la risa.

—Me dejabas un pedacito de infierno cada mañana cuando te ibas a trabajar. —Se inclina hacia mí y me besa.

Le paso el plato con su cena y le indico con un gesto que camine hacia el sofá. Nos sentamos en la alfombra, muy juntos, y colocamos los platos en la mesa de centro. Nos hemos acostumbrado a comer y cenar así y nos encanta. Tote nos ronda todo el tiempo por si le cae algo, pero no suele haber suerte, él tiene su comida.

Después de cenar, nos liamos un porro y nos lo fumamos entre los dos.

—Oye, estaba pensando… —dice Carina tras dar una calada—. Igual que Samu tenía llaves de aquí, ¿tenemos nosotros llaves de su casa?

—Sí, claro, me dieron un juego para emergencias o por si pasaba algo… ¿Por qué?

Me mira con una enorme sonrisa y alza las cejas un par de veces.

—Porque podríamos aprovechar un día que no estén en casa para coger prestado alguno de los juegos o los disfraces…

—No, no, ni pensarlo, no vamos a cogerles nada de eso. —Omito deliberadamente el dato de que el propio Samu me lo ofreció porque quiero que descarte esa idea totalmente—. Antes compramos lo que quieras que cogerles nada a ellos.

—¿Sí? —En un solo movimiento se sienta encima de mí y a continuación me pone el canuto

en los labios—. ¿Qué cosas podemos comprar?

En cuanto doy una calada, ella me lo vuelve a quitar y me lo cambia por un beso.

—Nada que tengan ellos, nada con lo que podamos imaginarlos, por favor —me río.

—Eso reduce muchísimo nuestras opciones.

Tote interrumpe la conversación y deja caer su correa a nuestro lado. Qué desastre somos, la mitad de las veces es el pobre perro el que nos tiene que recordar que lo saquemos a la calle.

El parque está desierto a estas horas. Nada más llegar, Carina lo suelta y salen corriendo los dos. Me encantan las carreras que se pegan a estas horas de la noche, no sabría decir cuál de los dos tiene más energía. Yo a estas alturas no tengo ni fuerzas ni ánimos para seguirles el ritmo, así que simplemente me siento en un banco y los miro correr desde lejos mientras pienso en lo bien que ha salido todo al final y la suerte que tengo con ellos.

Un martilleo aproximándose interrumpe mis pensamientos. Busco el sonido con la mirada hasta que mis ojos dan con ella. Subida a sus tacones de vértigo, con su pantalón elegante y fumándose un cigarro, la bruja que me echó las cartas vuelve a cruzar el parque como aquella noche. Doy un fuerte silbido para captar su atención y lo consigo a la primera. Ella detiene su caminar y se gira hacia mí. Cuando me reconoce, sonríe y, tras dar una calada al cigarrillo, levanta esa misma mano para saludarme. La imito, pero, antes de que pueda hacer ningún otro gesto, me arrolla Tote, que ha venido hasta mí atraído por el silbido. Carina viene con él.

—¿A quién saludas?

—A esa chica, es una larga historia —respondo mientras me giro y señalo al vacío, porque no se ve a nadie más por aquí.

—¿Qué chica? —Carina se ríe y arruga la nariz.

—Estaba ahí hace unos segundos, ¿no la has visto? —Me froto la barbilla, me temo lo peor.

—No, no he visto a nadie desde que hemos llegado —asegura ella mirando a su alrededor.

—Vale, pues esto tiene que ser una señal, no puedo ignorarla. —Me paso las manos por la cara.

—¿Una señal de qué? —Carina arruga las cejas.

—De que va siendo hora de dejar los porros de una vez y para siempre.

EL EPÍLOGO DE CARINA

Septiembre, 2012

«No, no, no, no puede ser verdad. Ya he pasado por esto», repito una y otra vez en mi cabeza mientras vuelvo a desplegar las instrucciones para comprobar que estoy en lo cierto. Localizo rápidamente la información: una rayita, negativo; dos, positivo.

«Mierda, mierda, mierda, aquí sobra una». Cierro los ojos con fuerza, como si el no verlo lo hiciera menos real, y agito el palito en el aire con insistencia, como si el movimiento fuese a borrar esta segunda raya que acaba de partirme el alma. O como si el hecho de conseguir que desapareciera la raya hiciera desaparecer también el embarazo.

El cuarto de baño comienza a girar a mi alrededor. Estoy sentada en el borde de la bañera, pero me deslizo hasta el suelo porque me da la impresión de que me voy a caer si no lo hago. Me acerco gateando hasta el váter y vomito, mucho, todo. No sé si de nervios, de ansiedad o simplemente por mi estado.

Consigo ponerme de pie lo justo para enjuagarme la boca y salir del baño, pero al momento me vuelve a sorprender ese pinchazo en el pecho y la sensación de ahogo. Noto la cara mojada antes siquiera de darme cuenta de que estoy llorando. Me vuelvo a marear y me dejo caer de rodillas sobre la alfombra del dormitorio. Tote ha venido corriendo en cuanto me ha oído. Me enrosco sobre mí misma, aún en el suelo, y él se coloca a mi lado, creo que intenta reconfortarme.

No sé cuánto rato he pasado en esta posición, mirando a un punto fijo casi sin pestañear, cuando oigo las llaves de Chus y, a continuación, la puerta de casa. Tote sale como una bala a por él y se pone a ladrar.

—¿Qué pasa, bonito? ¿Y Carina? ¿Pasa algo? ¿Por qué ladras tanto? ¡Carina, ¿estás en casa?!

—Sssí —intento gritar de vuelta, pero creo que no me he escuchado ni yo misma—. Aquí.

En un par de segundos aparece por la puerta de la habitación. Se queda blanco al verme y se tira al suelo para intentar incorporarme.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? ¿Vamos al médico? ¿Estás herida?

—No —niego con la cabeza y sorbo los mocos mientras intento incorporarme.

Él se ha arrodillado y tira de mí con cuidado pero muy firme.

—¿Le ha pasado algo a alguien? ¿Tu familia? ¿Tus padres? ¿Tus hermanos? ¡¿Piero?!

—No, no —sollozo y vuelvo a negar—. Todos están bien.

—Dime por favor qué pasa, Carina, que me estoy acojonando. —Ha terminado de

incorporarme y me mira muy preocupado, pero no sé cómo decírselo, no quiero darle la peor noticia del mundo. No se lo merece.

Rompo a llorar otra vez sin poder hablar, pero tampoco quiero verlo así de preocupado. Y merece saber el marrón que tenemos encima. Así que simplemente extiendo el brazo y le enseño el palito de plástico que aferro todavía en el puño.

—¿Qué es esto? —Me lo quita y lo observa—. ¿Un termómetro? No, esto es un… ¿es un test de embarazo? ¡Carina, ¿es un test de embarazo?! —Levanta la voz al comprobar que lloro como respuesta, pero asiento para confirmárselo y que la incertidumbre del pobre no se alargue más de lo necesario—. ¿Es positivo? ¿Por eso estás así? ¿Es eso lo que te pasa? ¿Estás embarazada?

Asiento, sollozo, me derrumbo… Solo quiero encogerme y desaparecer, pero él se acerca a mí y me abraza fuerte.

—Joder —murmura en mi oído—. Vale, tranquila, ya está, cálmate. —Me pasa las manos por la espalda con intención de reconfortarme y parece que, en cierto modo, lo va consiguiendo.

Sin soltarme, se sienta con la espalda contra la cama y me retiene entre sus piernas, aún abrazado a mí.

—Shhh —sisea—. Tranquila, no tenemos que hablarlo ahora. Relájate, todo va a estar bien. Te quiero, Carina, te quiero, eso es lo importante, no estás sola, ¿vale? Me lo tenías que haber dicho, habría estado contigo, joder. —Me besa la cabeza mientras me acaricia la espalda—. Tranquila, mi amor, cuando estés lista lo hablamos.

Pero no estoy lista y no sé si en algún momento voy a estarlo.

No sé cuánto rato permanecemos en esta posición. Mucho. Es una de las cosas que me encanta de él, siempre sabe cuándo necesito tiempo, o espacio, o ambas cosas. Lo oigo respirar fuerte, esto también tiene que haber sido un palo para él.

—Se lo prometí a Piero —murmuro y corro el riesgo de empezar a llorar de nuevo—. Le prometí que no me volvería a pasar. Hemos ido con cuidado… —Se me quiebra un poco la voz al final.

—Nada es infalible, a veces pasan estas cosas —asegura con toda su calma.

—¿Cómo estás tan tranquilo? —pregunto sin terminar de dar crédito.

—No estoy tranquilo —asegura mientras quita una de sus manos de mi espalda y la pone delante de mi cara. Tiembla un poco, vale, sereno del todo no está—. Pero uno de los dos debe mantener la calma por el momento. No podemos dejar que la situación nos supere… ¿Has pensado en ello? ¿Sabes lo que quieres hacer?

—No puedo pasar por eso otra vez, Chus, no puedo. —Rompo a llorar de nuevo—. No puedo volver a abortar.

—Vale. —Suspira, me abraza más fuerte y me besa—. Lo tendremos. Seremos padres. Todo saldrá bien. —Respira hondo y apoya su cara sobre mi pelo.

—*Cazzo, no!* —«¿Está loco?»—. No puedo ser madre. Ese pobre niño no se lo merece… ¡Sería la peor madre del mundo!

—No digas tonterías, serías… «serás», una madre estupenda…

Niego con fuerza con la cabeza y arranco a llorar otra vez.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres, Carina? ¿Cuál es tu solución?

—¡No lo sé! —Me desespero. Está claro que no hay solución buena a este marrón, no entiendo que no lo vea.

—Voy a prepararte un baño. —Me aparta un poco de él y se pone de pie—. Te sentará bien.

Tira de mí para que lo siga y me deja sentada en una banqueta mientras empieza a llenar la bañera. Yo no opongo resistencia, me dejo hacer. Estoy un poco en estado de *shock* todavía. He

dejado de llorar, pero aún se me escapa algún sollozo de vez en cuando.

Mientras la bañera se va llenando sola, me abraza y me susurra cosas bonitas al oído. Y yo vuelvo a llorar porque me duele que piense todas esas cosas que me dice, porque son mentira, yo no soy así como él piensa. Yo soy un desastre de persona y no puedo seguir adelante con esto y arruinarle la vida a un pobre ser humano cuya única culpa sería nacer de la madre equivocada.

Cuando el agua alcanza el nivel adecuado, Chus me ayuda a desnudarme y a meterme dentro. Me estiro en la bañera, con todo el cuerpo sumergido menos la cabeza, y me invade una sensación de paz. La temperatura del agua es perfecta y el olor de las sales de baño me tranquiliza.

—Te dejo que te relajes, luego vengo —dice mientras se dirige hacia la puerta.

—¿No vas a meterte aquí conmigo? —Hay pánico en mi voz, pero es que no quiero quedarme sola.

—¿Quieres? ¿No estarás más tranquila tú sola?

Niego con la cabeza, saco las manos del agua y las abro y cierro varias veces para darle a entender que quiero que venga. Pero no digo ni una palabra, porque corro el riesgo de volver a llorar. Y no quiero seguir llorando, necesito un descanso.

Él respira hondo antes de hablar.

—Vale, voy a hacer una llamada y vengo.

Apenas unos minutos después está de vuelta. Se desnuda rápidamente y se mete en la bañera conmigo, a mi espalda. Me apoyo en él y es como una metáfora, porque me apoyo en él en muchos aspectos de nuestra vida. Pero para esto no hay apoyo posible. No hay solución.

—¿A quién has llamado? —pregunto mientras me acaricia los brazos.

—A Piero —susurra—. Dice que en un rato viene.

—¡¿Se lo has contado?!

—Claro que se lo he contado. —Me besa la cabeza—. Él es mejor que yo para estas cosas. Es el mejor, de hecho… Y es tu hermano. Lo necesitas, lo necesitamos…

Yo solo asiento con la cabeza, pero empiezo a ponerme nerviosa de nuevo. Le he fallado. Le prometí que no me volvería a pasar; y me ha pasado otra vez. No puedo ni mantener una promesa tan sencilla, nunca voy a ser una adulta responsable.

Ya vestida y seca, estoy sentada en la alfombra con la espalda apoyada en el sofá. Chus está sentado a mi lado. No dice nada, creo que intenta respetar mis tiempos. Se levanta de un salto cuando llaman al timbre.

Al otro lado de la puerta está mi hermano. Lleva a Maya, la hija pequeña de Greta y Marc, en brazos. La deja en el suelo y la cría viene corriendo hacia mí. Tiene año y medio, hace pocos meses que ha aprendido a andar, pero no anda, solo corre. Corre de esa manera rara que tienen algunos bebés que casi no doblan las rodillas y cuando cogen una curva parece que vayan a volcar.

—¡Nina! —grita la cría entre risas mientras viene hacia mí a toda velocidad.

La acojo con los brazos abiertos. Me encanta esta niña, pero eso no cambia nada, si es lo que pretende mi hermano al traerla. Sigue sin ser lo mismo ser la divertida tía Carina (o Nina, que de momento esta no sabe decir mucho más) que ser madre de un niño que no tiene culpa de nada.

Chus se queda en la cocina preparando algo, pero Piero viene hasta aquí y se sienta a mi lado. Me pasa un brazo por encima de los hombros y me atrae hacia él.

—No es la misma situación —susurra.

—¿Qué?

—Que tu situación es diferente. Ahora tienes pareja; y ha sido un accidente. Le podía haber pasado a cualquiera…

—A ti no —replico como argumento.

—No, a mí no —se ríe—, pero porque la naturaleza no quiere.

Maya me pone las manitas en la cara y me gira hacia ella para que le haga caso.

—¿Por qué la has traído? ¿Intentas convencerme de algo? —pregunto mientras empiezo a hacerle a la cría las muecas que sé que le hacen gracia. No falla, su risa inunda la habitación al momento.

—Ha sido casualidad. —Sonríe, pero no me fío mucho—. Estaba solo en casa con ella. Carina, puedes hacerlo, puedes ser madre. Tienes la edad adecuada y una vida estable.

—Ese niño no tiene la culpa. —Niego con fuerza.

—Vamos a ver —sigue mi hermano—. Si hasta Marc y Greta, que le han puesto a su hija el nombre de una abeja de dibujos animados, son buenos padres, no tengo duda de que tú también lo serás…

Niego con la cabeza como respuesta. Él resopla antes de volver a hablar.

—Entonces, ¿qué quieres, Carina? ¿Volver a abortar?

—No. —Vuelvo a llorar otra vez.

—Pues ya me contarás. —Mi hermano empieza a desesperarse—. No tienes más opciones.

—Lo podría dar en adopción —murmuro—. Igual es lo mejor para el crío…

—Lo adoptaré yo —dice mi hermano convencidísimo y a mí se me encoge el estómago ante su idea—. Loui y yo estamos casados y tenemos estabilidad económica. Aparte de que tendré vínculo sanguíneo con el niño, no creo que haya problema.

—¡Ni de puta broma! —suelta Chus desde la cocina y viene directo hasta nosotros—. He dicho que respetaría tu decisión, pero esto sí que no. También es hijo mío, Carina. No quiero verlo crecer como hijo de Piero y Loui y ser el tío Chus. Ni de putísima coña, vaya.

—Ya, lo entiendo. —Mi hermano se pasa una mano por la cara—. Pero no quiero que lo críen desconocidos cuando nosotros podríamos darle un hogar y mucho amor.

—¡Y nosotros también! —ruge Chus y yo niego con la cabeza—. Vamos a ver, que da miedo, Carina, está claro, pero podemos hacerlo. Desde que llegaste a esta casa te ocupaste de Tote, de mi abuela, hasta de los hijos de Samu cuando les has hecho falta… Serás una madre de la hostia.

—No es lo mismo…

—Claro que no es lo mismo, será mejor —insiste Chus.

Pero yo solo niego rotundamente mientras me levanto y me encierro en la habitación.

Tras un fin de semana de llantos, miradas y casi ni hablar con él, Chus se ha ido a currar y me he quedado sola en casa. Al principio no quería irse, pero no se podía alargar más esta situación. Sigo sin saber qué hacer con mi marrón, no hay opción buena. Solo quiero que todo se solucione por arte de magia, pero me temo que eso no va a ocurrir.

Suena el timbre de casa y arrastro los pies hasta la puerta. Me sorprende encontrar a mi cuñado Loui al otro lado. Nuestra relación es cordial y correcta, pero nada más. Nunca ha habido *feeling* y sé que no me traga, aunque ahora al menos me tolera.

—Chus no está —aclaro nada más verle—. Está currando.

—Lo sé, tu hermano también, por eso he venido ahora —asegura mirándome a los ojos—.

Quería verte a ti, ¿puedo pasar?

—Claro. —Me aparto a un lado para que entre.

—¿Por qué quieres verme a solas? ¿Vas a matarme? —Creo que es la primera vez que hago una referencia directa a que le caigo mal, siempre finjo que no lo sé, pero llevo tantos días atormentada con lo mío que todo lo demás me parece insignificante.

Cruza los brazos sobre el pecho y se gira a mirarme mientras yo cierro la puerta de la calle.

—No me des ideas… —responde y una sonrisa se va dibujando en sus labios—. Bueno, vamos a hablar claro, por ese comentario que acabas de hacer intuyo que sabes la opinión que tuve de ti cuando te conocí.

—Ajá. —Voy hacia la zona de la cocina y me siento sobre la isleta del centro.

Él me sigue y, cuando ve dónde acabo de subirme, pone los ojos en blanco.

—En serio, Carina, ¿qué problema tienes con las sillas?

—¿Qué quieres, Luis? —suspiro—. ¿Has venido a decirme dónde me tengo que sentar en mi puñetera casa?

—No, claro que no. Tienes razón, perdona. —Alzo las cejas sorprendida por su disculpa y aún me sorprendo más cuando lo veo acercarse a mí y, tras dudar un momento, sentarse a mi lado de un salto.

—¿Y bien? —pregunto para invitarle a que me cuente qué hace aquí.

—Recuerdo perfectamente el día que te conocí. —Empieza mirando al suelo—. Llegaste como un torbellino a trastocar la paz que teníamos y mis últimas semanas en Sicilia.

—Un poco tarde para reproches, ¿no? ¿Cuánto hace de eso? ¿Ocho años?

—Sí —asiente y levanta la cabeza para mirarme directamente a los ojos—, llegaste embarazada, sin saber de quién, con diecinueve años, pidiéndole a tu hermano que interrumpiera el embarazo cuando su vocación es justo la contraria… Se lo hiciste pasar fatal y te odié por eso, sí. ¿Te sorprende?

Niego con la cabeza y miro al suelo.

—Me pareciste una cría irresponsable y caprichosa, la verdad.

—Ya —consigo decir mientras me seco una lágrima maldita que delata que sus palabras me duelen, aunque no le falta ni un poquito de razón.

—Pero, si te soy sincero, hace ya mucho tiempo que cuando te miro no veo a esa niñata. Eres otra persona, Carina. Desde entonces, te he visto crecer, has madurado. Tu hermano me ha contado lo que te preocupa y las posibles soluciones que habéis barajado… Y hasta yo, que posiblemente sea la persona que peor concepto ha tenido de ti, estoy convencido de que puedes hacerlo. Puedes ser madre, Carina, y estoy convencido de que serás una de las buenas.

Resoplo como respuesta.

—Y no te lo estoy diciendo porque la idea de Piero de adoptarlo nosotros me horrorice, que me horroriza, pero simplemente porque ese niño no merece crecer engañado. Y ya tiene padres, estupendos y muy divertidos. Lo harás bien, Carina, lo haréis bien los dos. Y podréis contar con nosotros para lo que sea, igual que lo hacen Marc y Greta… Si tenemos que irnos todos a vivir a un palacio gigante, lo haremos. —Sonríe.

Yo tuerzo la boca y me seco una lagrimilla que se me escapa.

—Creo que me quedo aquí. Tú y yo bajo el mismo techo… no sé. —Hago una mueca—. Y vivir con mi hermano y con Marc… uf, demasiada intensidad. Quiero un niño normal y feliz, no otro rey del drama.

—Me alegro de que ya te hayas decidido. —Sonríe y me pasa un brazo sobre los hombros.

—No he decidido nada —me defiendo.

—Claro que sí. —Vuelve a sonreír y me besa la cabeza—. Somos una gran familia, estaremos a vuestro lado para lo que necesitéis. Solo te pido una cosa…

—¿Qué? —Achino los ojos.

—Si tienes algún control sobre la genética, que no se parezca a tu padre, que es muy feo y mala persona. Si me concedes eso, el tío Loui le paga los estudios desde la guardería hasta la universidad privada que elija —se ríe.

Me río yo también y dejo caer mi cabeza en su hombro. Parece que ya está decidido.

EL EPÍLOGO DE CHUS

Mayo, 2016

Salgo de mi aula y me dirijo hacia el pabellón de infantil a por mi hijo. Sí, «mi hijo». Tiene ya tres años y todavía no termino de acostumbrarme. Se llama Andrea. Efectivamente, has leído bien, «hijo» y «Andrea». Por lo visto, en Italia es nombre de chico. A Carina, durante el embarazo, le pareció que era una gran idea ese nombre porque era el de la protagonista de la primera novela que le había recomendado yo. Y nos valía, según ella, para niño y para niña. Y así fue. No intenté razonar con ella, hay batallas que sé que las tengo perdidas de antemano. En cualquier caso, me alegro profundamente de no haberle recomendado como primera lectura *La vida es sueño* o *La Celestina*.

En conclusión, que ahora tengo un hijo que se llama Andrea y vivo con miedo a que me lo frían a collejas en el recreo cuando sea un poco más mayor.

Me ve a través de los cristales de su clase y me saluda con la manita. Es el más guapo de todos con diferencia. No es una apreciación de padre caldoso, es algo totalmente objetivo. Ha salido a su madre. Miento, eso no es del todo preciso: es igualito que su tío Piero. Sí, hasta ha heredado los rizos. A Piero y a Loui se les cae la baba con él.

Igual te preguntas si no ha heredado nada de mí, al fin y al cabo, soy su padre. Y la respuesta es *sí*, claro que la genética le ha dado algo mío: un bonito cóctel de miopía y astigmatismo que le hace llevar gafas a tan temprana edad. Pero él está encantado, lo llevamos a la óptica y eligió unas de color morado, a juego con el pelo de su madre. Sí, estamos en la fase violeta. Hemos pasado ya por unas cuantas desde que nos conocemos. Tengo la teoría de que en algún momento se quedará calva por culpa de esos tintes, pero ella asegura que no y yo tampoco quiero discutir, me encantan todos.

Caminamos hacia casa de la mano y Andrea me va contando con su lengua de trapo todo lo que ha hecho durante el día. O todo de lo que se acuerda, al menos.

En cuanto entramos en casa, su madre sale a recibirnos. Está currando en el despacho que compartimos, ese que durante un breve periodo de tiempo fue la habitación de mi abuela. Carina se ha establecido como traductora independiente y le va bastante bien. Lo mismo le encargan el subtitulado de una película que la traducción de un libro, y, bueno, como ventaja añadida, no tiene que tratar con demasiada gente, cosa que todos sabemos que nunca ha sido lo suyo…

Viene hasta nosotros, nos da un beso a cada uno y me quita al niño de los brazos. Creo que no hace falta que aclare que sus temores eran totalmente infundados y que es una madre de la hostia. Tenemos un niño sano y feliz, y también lo somos nosotros.

Ella saca el ukelele y se sientan los dos a cantar[1] en la isleta de la cocina mientras yo voy

preparando algo de cena. Me encantan estos momentos familiares de los tres, me encanta oírlos cantar, a veces en español, a veces en italiano, incluso a veces en portugués. Me animo a cantar con ellos y se parten de risa porque dicen que nunca me aprendo la letra de las canciones, supongo que mi memoria está algo perjudicada por los desfases de juventud… O igual simplemente nunca ha sido buena, no hay que buscar una explicación más profunda para todo.

Después de cenar, dedicamos todos los días un rato a leer. Así es, nunca compré una tele. Estoy seguro de que llegará un día en el que mi hijo la pida, pero ya me plantearé qué hacer cuando llegue ese momento. Por lo pronto, conseguí que su madre se rindiera con ese tema. Hoy se han ido los dos a nuestra habitación y se han quedado fritos mientras yo recogía todo lo de la cena.

Me quedo un momento mirándolos dormir, a mis dos torbellinos en calma. Tengo la familia más bonita del mundo, no me puedo creer que tenga tanta suerte, no pueden hacerme más feliz. Me duele en el alma separarlos, porque están profundamente dormidos y abrazados, pero él tiene su dormitorio y yo necesito descansar cómodamente. Por eso, cojo al niño en brazos y lo llevo hasta su cama, en la que fue durante unos meses la habitación de su madre.

Ya con la paz y el silencio del final del día, me siento un rato a leer en el sofá. Pero la tranquilidad dura poco, unos golpes en la puerta de casa me sacan de la lectura. Voy a abrir con la incertidumbre de si realmente lo he escuchado o todo han sido imaginaciones mías. No pienses mal, hace años que no me fumo un porro, no sería por eso. Aquello se acabó, ya no los necesito.

Abro la puerta por fin y no, no me lo había imaginado. Samu está al otro lado con peor cara que si le hubieran dicho que va a ser padre de nuevo. Eso no volvió a pasar, por cierto. La vasectomía finalmente fue efectiva y se plantaron en cuatro hijos. Todos chicos. Todos rubios, de ojos azules y pelo rizado. Parecen cuatro angelitos, pero solo lo parecen, porque en realidad son cuatro demonios que pueden volver loco a cualquiera.

Me aparto para dejarle entrar y lo hace. Se deja caer en una butaca mientras resopla.

—Qué mal, qué mal, qué mal, nano… —murmura—. Qué jodido estoy, mierda, qué putada, joder…

—¿Qué pasa, tío? Me estás preocupando… —Me siento frente a él esperando que me dé más información.

—Voy a morir. Literal. Voy a morir.

—¿Qué pasa, nano? ¿Estás enfermo? —pregunto empezando a acojonarme. Creo que nunca lo había visto tan serio.

—¿Qué? No, no. Voy a morir asesinado. Si no me mata Estrella, lo hará Marc… —El comentario suena a coña, pero él parece que, por una vez, no está de broma.

—¿Qué ha pasado, tío? Me estás acojonando de verdad.

Se pasa las manos por la cara antes mirarme muy serio y soltar la bomba.

—Le he puesto los cuernos a Estrella.

—¡¿Qué?! ¡Pero ¿eres gilipollas?! —grito en voz baja. Sí, es raro, pero está mi familia durmiendo, no son horas.

—Es evidente que sí, soy gilipollas. —Levanta las manos como si yo hubiera preguntado una obviedad.

—Pero ¿en qué estabas pensando?

—Está claro que no estaba pensando —resopla—. Yo qué sé, cuando me he querido dar cuenta, había pasado. Sé que suena a excusa, pero te juro que ha sido ella, que yo nunca me lo había planteado.

—Pero ¿quién…? —Y antes de esperar a que conteste, algo en mi interior me dice que ya sé

la respuesta—: Claudia —añado en apenas un murmullo.

Él solamente se tapa la cara con las manos y asiente con la cabeza.

Y así es como me doy cuenta de que hace meses que ha empezado la crisis de Samu y ninguno nos hemos enterado. Podría contar mi versión de esta historia, pero lo cierto es que no me corresponde a mí hacerlo.

AGRADECIMIENTOS

Venga, vamos a agradecer, que es lo que toca. Porque sí, porque una movida de este calibre no es fácil sin toda la peña que lo hace posible, así que, al lío.

Como siempre y cómo no, todo empezó por culpa de **Neus** y la carta del bajón (no te acostumbres, en cuanto acabe las *Crónicas de aquello* cambiaré el rollo). Y, ya que estamos, agradezco también los comentarios, las risas, los gifs y todo lo que conlleva tenerla de lectora cero (incluido su odio visceral a los paréntesis. Sí, como este).

Aunque en esta historia en concreto, creo que el papel clave lo ha jugado **Adela**. Ese momento de bloqueo, de estar a punto de abandonar, salvado con un «¿necesitas que te lo dibuje?» que trajo de vuelta todo el *flow*. Ese noviembre de Nano compartido. Esos comentarios como cero casi en cada párrafo. Pensé que el hecho de que me hicieran un fanart de mis personajes era lo mejor que me podía pasar como escritora y me situaba en lo más alto de la cadena alimenticia, pero lo cierto es que solo fue el detonante de todo lo que ha venido después. Y casi me olvido de mencionar la portada y las ilustraciones interiores. Me encanta todo, lo sabes. Iba a prometer dar menos por saco en los siguientes, pero sabes que eso no va a ocurrir, perdería mi encanto 😏. Con *Libra y Cáncer se vienen arriba y brindan con merlot o tetrabrik según el momento*, creo que lo tenemos.

Siguiendo con las lectoras cero, le toca el turno a mi **Bea**. Aunque las circunstancias y las obligaciones adultas nos tengan más ocupadas de lo que nos gustaría, siempre está ahí cuando hace falta. Para recordarme su amor a Marc y, ahora y en segundo lugar, también a Chus. Los clubs de fans de Piero y Samu te agradecen enormemente liberar un poco la competencia.

Otra lectora cero que vale su peso en oro ha sido **Biribiankis**. Ese entusiasmo con los Chuscari me ha dado la vida durante la escritura. Y esas cervezas compartidas hablando de ellos y de K y G me llevan a preguntarme: ¿cuándo repetimos? ¿Y tus chicos? Necesito más de ellos para ayer. No sabéis lo bonito que tiene entre manos.

Y también a **Tánit**, esa lectora cero con síndrome de impostora. Qué cosa más absurda, ¿no? Quizá eso es lo que les va a mis chicos, las cosas absurdas, y por eso has sido una lectora cero estupenda. El caso es que tus comentarios me ayudaron un montón, lo creas o no. Si no fuera así, Samu no contaría contigo. Y lo hace, lo sabes, lo hace, con todo su entusiasmo e intensidad.

Y gracias a **Sonia** y su nivel de perfeccionismo extremo. Por cazar las erratas y las «valencianadas». Y también por intentar buscarle un poco de coherencia a esta serie de sinsentidos. Ni mis niños ni yo tenemos remedio, deberías saberlo a estas alturas.

Gracias, **Lola**, por todos esos comentarios casi a tiempo real durante la lectura. Es divertidísimo compartirlo contigo, pese a tus constantes intentos de adivinar lo que va a pasar. Lo molas todo.

Siempre tengo un agradecimiento especial para **Julia**, **Diana** y **Jonathan**, porque son los que me acompañan todo el tiempo, los que entienden mis engorilamientos y los que me animan a seguir cada día. Sois la mejor pandilla con la que se puede contar, aunque a veces me volváis un poco loca.

Y a toda mi familia y amigos que forman parte de mi día a día y contribuyen a esto en mayor o menor medida de alguna manera.

Una vez más, a **Mariki** (@las.mariquitas.tambien.leen), por ser la primera *bookstagramer* que se interesó en mis insensatos, antes incluso de que estuviera la segunda parte, y por no haber dejado de darles amor desde entonces.

Y a toda la comunidad de Instagram que me lee, reseña, comenta, sigue, organiza lecturas conjuntas o simplemente ha compartido un story alguna vez para apoyar. Cada gesto cuenta. Sois lo mejorcito de esto:

@leoquemeleo @soniasalvante @emme.costa_letras @laurelleeyescribe @siempreleyendoydesconectando @mamitai @biri.biankis @aliciaaa_75 @brr.leyendo @pilardans @saguian22 @helenduende @adela_argn_art @rafi_lechuga @adela.s.ebook @quebienqueteleo @cristina_d_estanislao @adriana_freixa @nisarce @cuando.los.mios.duermen @valientegarciamariajose @anamazonp_escritora @conlosbartulosaotraparte @lara_blanc_escritora @aneleamme @vivir_leyendo @elrinconindecris @lilith_lectora @miligallardo.325 @selva_palacios @libroslibresmundos @beyku @libros.autopublicados @marta_claus2021 @kphylaso @un_libro_en_mi_mesita @ashura70 @devorolibros @entremiticoylamentable @paula_lectora_compulsiva @mentedementa20 @xiomaram.autora @nayamzgreen @sin_parar_de_leer @nesa_san78 @betweenlovebooks @_romantic.books @isefran.79 @vanessa_mcflowers @librospuntoymas

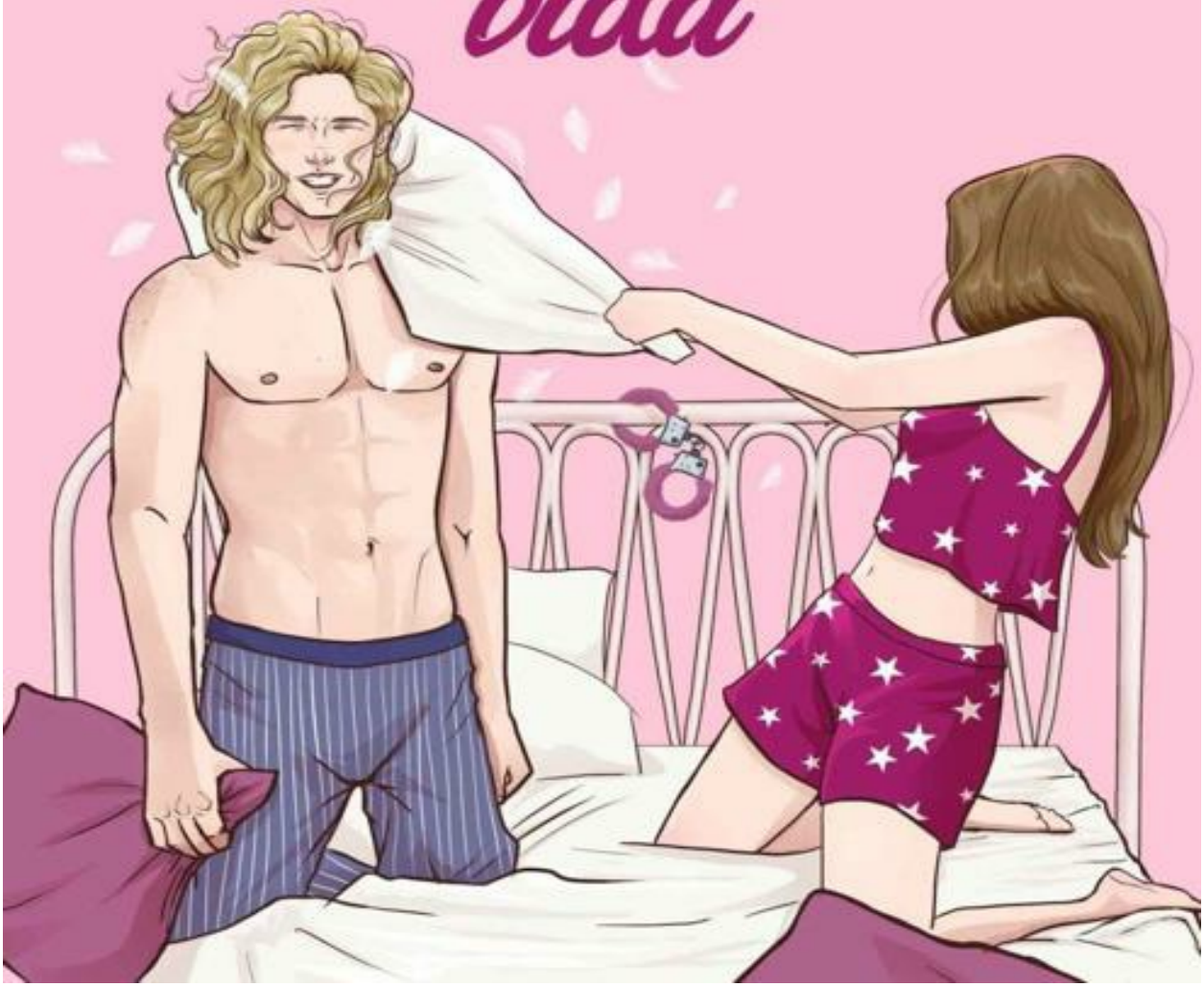
Y al lector que ha tenido la santa paciencia de llegar hasta aquí, te mereces un algo por leerte hasta los agradecimientos.

Me dejo ya de rollos y voy a hacerle un poco de casito a Samu, que no para de dar gritos y de pedir que no le odies antes de conocer su historia.

LA CRISIS DE NUESTRA PUTA VIDA

MARISA SEFRA

La crisis de nuestra puta vida



ÍNDICE

1. La noche que lo cambió todo
2. ¿Me oyes?
3. Muchas cabezas
4. No puedo dormir
5. Esa segunda noche
6. Demasiado cansada
7. Sonrío como puedo
8. Mi Estrella
9. Una noche tonta
10. Voy a morir
11. Lárgate ya
12. Ponerle un nombre
13. La cuidamos
14. Ni siquiera él es tan gilipollas
15. No me voy a defender
16. También tenemos planes
17. El último
18. Ve a por tu Estrella, chaval
19. Esto no era necesario
20. La quiero de verdad
21. Qué miedo me das
22. Me vais a volver loco
23. Le puede pasar a cualquiera
24. Te voy a echar de menos
25. Están todas locas
26. Eso es mentira
27. Sí a todo
28. Catarsis
29. Otra mentira
30. ¿Qué tal?
31. En ascenso
32. Salta
33. No quiero salir
34. La llamada
35. No es confusión
36. Velada musical
37. Samu toca fondo
38. No está bien
39. Ya está claro
40. Mírame, cabrón
41. El amanecer
42. Despertar
43. Estoy bien

44. Como mi culo
45. Un café
46. El piso nuevo
47. Muerte cerebral
48. Ni me lo planteo
49. Perfectamente puntual
50. Jugar a la familia feliz
51. Vosotros
52. Última oportunidad
53. Nunca va a ser el momento
54. La firma
55. Orgasmos

El epílogo de Samu

El epílogo de Estrella

Agradecimientos

Para todas las víctimas de la rutina

A lo largo de esta historia, aparecen muchas canciones. De algunas se hace referencia directa y de otras no, pero todas han ayudado en cierto modo a la construcción del relato y a crear las distintas atmósferas que se respiran en él.

No son esenciales para la historia, pero, si quieres, pueden acompañarte en tu lectura.

Todas ellas tienen una referencia para encontrarlas al final del libro. También las hemos incluido en una *playlist* de Spotify a la que puedes acceder escaneando este código desde el buscador de la aplicación:

UNO

LA NOCHE QUE LO CAMBIÓ TODO

SAMU

Mayo, 2002

Me vas a dejar que me dirija a ti directamente, ¿verdad? A ti, que estás leyendo esto. Porque, digo yo, que si te voy a contar mis movidas, qué menos que hacerlo en confianza… El caso es que voy a intentar que entiendas esta historia aunque no hayas leído todo lo anterior.

Te voy a decir desde ya lo que NO te vas a encontrar entre estas páginas. No esperes, por ejemplo, una historia de amor de las que se cuecen a fuego lento y terminan con ese primer beso que ansías durante toda la novela. Esta no va de eso. La mía casi casi empieza en ese momento, con ese primer beso que lo cambió todo entre nosotros.

«¿“La mía”? ¿En serio, Samu? ¿Puedes ser un poquito más egocéntrico? “La nuestra”, joder».

Bueno, pues empezaré por contarte lo que pasó aquella noche de mayo de 2002. Marc y yo habíamos salido a cenar los dos solos. Marc, por si no lo conoces, es uno de mis mejores amigos. Siempre fue mi mejor opción para salir a ligar. Los dos somos muy altos (rozando el metro noventa) y teníamos bastante éxito con las tías. Si somos guapos y estamos buenos, se dice y punto, no pasa nada, no es presunción, es un hecho constatado. El caso es que, esa noche en cuestión, nuestros otros dos colegas, Loui y Chus, habían quedado con sus parejas y no vinieron con nosotros. Loui salía por aquel entonces con un actorcillo del que no recuerdo ni el nombre, y Chus con una novia con la que llevaba ya un par de años, aunque tampoco es la que te vas a encontrar en esta historia cuando volvamos al presente. Pero ya está bien de hablar de ellos, volvamos a aquella noche con Marc.

Yo pensaba que quedaríamos él y yo solos, pero no, trajo a la que era su compañera inseparable durante aquellos meses: la agonía. Lo cierto es que daba puto asco estar con él. Greta (otra amiga de la pandilla de la que Marc llevaba enamorado —él pensaba que en secreto, el muy flipado— toda la vida) había hecho bomba de humo más de un año antes y estaba desaparecida, solo sabíamos que estaba en Italia. Marc no lo llevaba nada bien y todos teníamos que fingir que no nos dábamos cuenta porque él fingía que no pasaba nada y, con ese carácter de mierda que tiene, como para decirle algo… En fin, que esa noche, después de cenar, fuimos Marc, su cara de

amargado y yo a un garito al que no habíamos ido nunca.

No recuerdo de qué le estaba hablando en un momento dado cuando me di cuenta de que se había quedado pillado mirando a un punto fijo.

—… Y después de eso, fui a tu casa y me tiré a tu madre —dije para comprobar que, efectivamente, no me estaba haciendo ni puto caso.

Ahora que lo pienso, si en vez de *tu madre* hubiera dicho *tu hermana*, habría sido una premonición, pero no adelantemos acontecimientos.

Seguí la dirección de su mirada, que permanecía fija en una morena de pelo rizado que estaba de espaldas a nosotros.

—No es ella —solté rompiendo mi norma autoimpuesta de no sacar el tema.

Esas tres palabras lo trajeron de vuelta de donde quiera que estuviera su cabeza y me miró antes de pestañear un par de veces.

—¿Eh? ¿Qué?

—Que no es ella —repetí.

—No sé de qué hablas.

—Claro —suspiré. Y ahí terminó esa conversación, como siempre—. Venga, vamos a hacer un reconocimiento de las troncas del lugar.

Empecé a dar una vuelta por el local y él me siguió con el piloto automático.

«Qué ganas de darle una hostia y hacerle espabilar, en serio».

Pero bueno, a lo que iba, que durante el reconocimiento táctico, un grupo de chicas llamó mi atención especialmente porque me sonaban todas las caras. Eran Estrella (la hermana mayor de Marc) y sus amigas. Aquí igual molaría que supieras que nosotros teníamos unos veintidós años en ese momento y ellas rondaban los veintisiete. Voy a insistir en lo de que ligábamos un montón, que éramos muy altos y muy guapos, por si no te has quedado con el dato y no comprendes que unas tías mayores se fijaran en dos niñatos como nosotros; pero la verdad es que, cuando íbamos los dos juntos, era habitual que llamáramos la atención de las chicas. Vaya tela, qué de flipado me ha quedado eso, pero te juro que es cierto.

En fin, que las amigas de Estrella empezaron a chillar como locas cuando nos vieron. Había una en concreto que acosaba a Marc cada vez que lo veía. Nada más encontrárnoslas, supe que esa sería su noche de suerte: ella iba a piñón fijo y a él su agonía le tenía la voluntad anulada. Yo cruzaba los dedos por si había suerte y echar un polvo le cambiaba un poco el humor, pero lo cierto es que tampoco tenía mucha fe en ello.

—Hola, guapísimos. —Estrella se puso de pie nada más vernos—. ¿Os acordáis de las chicas?

Lo curioso de ese momento fue que dijo todo eso aguantándome la mirada. Sí, a mí. Creo que no miró a su hermano en ningún momento. Y él seguramente estaría muy ocupado mirando sus botas (o su pozo de amargura interior, vete a saber) como para darse cuenta de ese detalle. Pero yo sí lo hice, y no rompí el contacto visual con ella en ningún momento. Eso era nuevo, pero si Estrella me miraba así, yo necesitaba saber por qué y hasta cuándo.

Tras las presentaciones de rigor, en las que fingí que me interesaba muchísimo conocerlas a todas, Estrella me hizo un hueco a su lado. Su amiga tardó apenas veinte minutos en meterle a Marc la lengua hasta la garganta. Al momento, él me apartó del grupo para preguntarme si no me importaba que se largara con la chica.

«Lárgate con ella, echa un polvo, sonríele de nuevo a la vida… Y déjame a solas con tu hermana, que quiero saber de qué va esto».

—Claro, tío, sin problema, me lo estoy pasando bien. Vete tranquilo —dije en lugar de lo que

estaba pensando en realidad.

Volví a la mesa y las amigas de Estrella aprovecharon ese momento para salir a la pista a bailar. Pero Estrella se quedó.

—¿No bailas con ellas? —pregunté al volver a sentarme a su lado.

—Lo hemos echado a suertes y me ha tocado a mí hacer de canguro —sonrió.

Creo que aún no te he hablado de la sonrisa de Estrella. Es un detalle importante. Tan importante como que es su gesto más natural, es la chica más sonriente que he conocido nunca. Mucho se ha hablado (o lo ha hecho Greta, qué cansina) de lo bonita que es la sonrisa de Marc o de los hoyuelos que le salen al reírse, pero poco se ha hecho de que es igualita a la de Estrella. Y las sonrisas de Estrella no son tan caras como las de su hermano, ella las regala en cuanto tiene ocasión.

Igual este sería un buen momento para decirte que llevaba toda la vida enamorado de ella y que esa noche por fin se cumplieron todos mis sueños, pero lo cierto es que, aunque me dejaría en buen lugar, estaría faltando a la verdad. Tampoco voy a mentir y a fingir que nunca había pensado en ella en ese sentido. La conocía de siempre, es normal que me hubiera puesto cachondo más de una vez fantaseando con Estrella, era la hermana mayor de mi mejor amigo, es como un sueño erótico obligado por el que hay que pasar durante la adolescencia si la chica es más o menos pasable (de hecho, creo que no te dan el carné de adolescente pajillero si no cumples ese requisito). Y Estrella, aunque pequeñita, era (y es) preciosa.

A lo que iba, que de repente y por primera vez en la vida, nos habíamos quedado solos en una situación así. La música[1] estaba lo suficientemente alta como para que tuviéramos que hablarnos al oído a bastante volumen. Supongo que eso te ha pasado alguna vez y sabes que puede ser muy sexi. Y más si la voz de la chica es como la de Estrella… ¿Te he comentado ya lo de su voz? Creo que no, voy a ello.

La voz de Estrella es dulce, como ella en sí misma. Pero es dulce en plan suave, que sientes que te acaricia el oído cuando habla. Vale, eso me ha quedado moñas que te cagas, pero es cierto. Da igual lo que diga o de qué esté hablando, su voz siempre suena cubierta de caramelo. No me machaques por ese comentario, estoy recordando aquella noche con ojos de enamorado, dame un respiro. El caso es que su voz, además de lo bonita que es ya de serie, me llevaba a todas esas veces en su casa en las que, de crío, me había peleado con Marc (y Greta se había puesto de su parte, por supuesto) y Estrella me había defendido a mí para compensar (y por joder a su hermano un poco también, supongo). En fin, que me descentro: la voz de Estrella, que me encantaba, me reconfortaba y me ponía cachondo a partes iguales. Llevábamos un buen rato hablando de trivialidades al oído. No sabía si era su caso, pero yo no paraba de hablar para poder acercarme tanto a ella. Eso lo había utilizado como técnica para ligar en más de una ocasión, pero con ella me sentía raro. Era la hermana mayor de Marc, era imposible que ella estuviera pensando lo mismo que yo, ¿no?

Pocas veces había visto a Estrella fuera de su casa y creo que nunca de fiesta. Estaba guapísima. Llevaba el pelo (de color castaño claro, como el de su hermano) más arreglado de lo normal. Le caía a ambos lados de la cara y le llegaba a media espalda. Mi imagen habitual de ella solía ser en su casa con el pelo revuelto (un moño mal hecho o una trenza despeinada) y con un chándal o un pijama, pero esa noche iba lista para matar. Vestía una falda de color rosa y una especie de camisa-blusa-cosa rara blanca de esas que se ponen las tías. Y maquillaje. No iba excesivamente pintada, pero esos labios llenos de color me estaban llamando a gritos.

Llevábamos tanto rato solos hablándonos al oído, que había pasado de raro a cómodo. Con cualquier otra chica, haría rato que le habría tirado bocado, pero estamos hablando de la hermana

mayor de Marc (no tiene otra en realidad), no quería dar nada por hecho y comerme un «¿qué haces, niño?».

—Estás muy guapa esta noche —dije durante un silencio incómodo, porque se me acababan los temas y, aunque no esperaba que pasara nada entre nosotros, estaba tan a gusto con ella que no quería que propusiera dar la velada por terminada—. No pareces tú.

Sí, soy consciente de cómo sonó ese comentario. Ella sonrió de esa manera tan suya, con la que le desaparecen los ojos y se convierten en dos rendijas, antes de contestarme.

—¿Estoy muy guapa y no parezco yo? —preguntó todavía con esa sonrisa, ESA sonrisa. Y esa voz… No hace falta recordar lo de su voz, ¿no?

—Mierda. —Me reí y me pasé una mano por la cara—. Mala elección de palabras.

—Tranquilo, Samuel, te he entendido. —Mientras decía esto último, posó la mano en mi muslo para tranquilizarme, pero lo cierto es que consiguió más bien lo contrario. Mis piernas son muy largas, tengo muslo más que de sobra, no hacía falta poner la mano tan arriba; pero así había sido, si la subía unos pocos centímetros más, podría contar las monedas de mi bolsillo—. La verdad es que me he arreglado especialmente esta noche. Mira, hasta llevo tacones. —Se giró hacia mí, estiró la pierna y la pasó por encima de las mías para enseñarme los botines blancos que calzaba.

—Nunca he entendido lo de los tacones —comenté cogiéndole el tobillo que me había puesto encima—. ¿Para qué? ¿Qué falta os hacen?

Ella volvió a doblar la rodilla, pero la dejó sobre la mía, con lo que su pantorrilla quedó entre las mías también. Era una posición rara para dos que ni siquiera eran amigos, pero ninguno dijo nada al respecto ni se movió. La mano que yo había tenido en su tobillo, subió hasta su rodilla en ese movimiento y ahí la dejé de modo despreocupado.

—Con tacones nos sentimos más guapas y más sexis —me contestó al oído, como llevábamos haciendo toda la noche, pero esta vez, con ese movimiento, sus piernas se movieron y mi mano se desplazó unos centímetros sobre sus medias, dejó atrás la rodilla y acabó sobre su muslo, más cerca de la cara interna que de la superior. Juro por mi madre que yo no la moví del sitio, mi mano permaneció quieta mientras ella se acercó a hablarme y provocó ese cambio de posición.

—Para eso a ti no te hacen falta. —¿Cumplido de amigo de hermano pequeño o tirada de caña? Ni yo lo tenía claro.

—No te creas, me gustan los chicos muy altos, me ponen mucho; y sin tacones ni se fijan en mí… —De nuevo se me había acercado más para hablarme al oído y mi mano había vuelto a desplazarse hacia arriba en su muslo, pero ella parecía no haberse dado cuenta. Mi entrepierna sí, yo llevaba ya un rato empalmadísimo.

—Eso no me lo creo —sonreí—. Además, en la cama somos todos de la misma altura…

Un grupo de gente llegó en ese momento y se sentó en la parte del sofá que estaba vacía, donde hacía un rato estaban sus amigas.

—¿No les decimos que está ocupado? Cuando vuelvan tus amigas, no van a tener dónde sentarse…

—Se han marchado hace rato —volvió a hablarme al oído y de nuevo el movimiento de sus piernas deslizó mi mano hacia arriba.

—¿Se han marchado sin ti? ¿Y eso? ¿Por mi culpa?

—¿Tú qué crees? —Volvió a moverse y mi mano sobrepasó el extremo de sus medias y tocó piel. Joder, joder, Estrellita.

—Mierda, lo siento, no quería fastidiarte la noche. Me lo tendrías que haber dicho…

—¿En serio, Samuel? ¿Fastidiarme la noche? —Un último movimiento y mis dedos ya estaban a un par de centímetros de sus bragas. Sí, así había ido la cosa—. ¿Cuánto rato más vamos a seguir fingiendo que es normal que tu mano esté donde está?

Y yo no estaba preparado para esa pregunta, entre otras cosas, porque la hizo con esa voz suya tan dulce que parecía más apropiada para cantar una canción de cuna que para decir una cosa así. Tragué saliva y mi primer impulso fue el de sacar la mano de ahí, por si lo que me había dicho era que pensaba que me estaba pasando de listo, aunque juro que yo no había hecho nada; pero ella fue más rápida y subió su otra pierna sobre las mías, dejando mi mano atrapada.

—Ni se te ocurra sacarla ahora —sonrió y me habló con toda naturalidad—, que ya casi has llegado.

Y en ese movimiento mi mano llegó hasta su ingle y rozó el borde de sus bragas. Resoplé como respuesta y la miré con lo que intuyo que sería la cara rojísima y ojos de loco perturbado. Apreté mi mano sobre su muslo, incapaz de subirla más por propia voluntad, y ella juntó las piernas atrapándola del todo bajo su falda.

—Estrella… —farfullé como pude mientras dirigía la mirada a esos labios de color intenso que pedían a gritos un mordisco.

—Samuel… —murmuró ella en respuesta.

Iba a ocurrir, ese beso que lo cambiaría todo entre nosotros.

Ahora podría decirte que ahí fue cuando me incliné a besarla y nuestros labios se rozaron, pero lo cierto es que no sería del todo fiel a la verdad. Más que inclinarme, me abalancé; y, más que rozar sus labios, los devoré. Si alguien hiciera una especie de enciclopedia con los grandes primeros besos de la historia, nosotros estaríamos sin duda como hito de «el más cerdo». Porque fue todo lengua y dientes, y mucha más lengua que dientes. Fue algo lascivo y sexi. Uno de esos besos que son desagradables de ver para la gente que está alrededor, pero que los implicados lo disfrutan hasta casi casi el orgasmo. Y supongo que fue toda una declaración de intenciones por parte de los dos, porque por primera vez fuimos lo que íbamos a ser a partir de ese momento.

—Vámonos de aquí —jadeó en mi oído y yo me atreví en ese momento a subir los escasos centímetros que separaban mis dedos de su puto paraíso y, desde esa noche, también el mío. Gimió como respuesta y volvió a besarme a lo guarro—. ¿Dónde podemos ir?

—No hay nadie en mi casa —dije en un jadeo ronco mientras dejaba quieta la lengua, pero seguía moviendo la mano sobre ese pedazo de tela que estaba más mojado que el interior de las copas de las que hacía un buen rato que no bebíamos.

—Pues vamos —gimió en mi boca y yo me levanté como pude porque, aunque me moría por llevarla a mi casa, era una tremenda cortada de bola en ese momento en el que solo me apetecía seguir tal como estábamos.

Salimos a la calle y nos recibió el frescor de la madrugada de mayo. Yo lo último que quería era que nos enfriáramos, lógicamente, así que volví a abalanzarme sobre ella y a besarla como habíamos hecho dentro.

—¿Buscamos un taxi o caminamos? —pregunté al separarme un momento de sus labios—. Son unas seis manzanas…

—Caminamos, que llegaremos antes —jadeó ella sobre mi boca y yo, en vez de echar a andar, volví a comerme la suya.

Un pensamiento de lo más inoportuno me asaltó en ese momento.

—Mierda —murmuré—. Tengo que decirte algo.

—¿Ahora? —preguntó ella alzando las cejas.

Asentí, tiré de su mano y la llevé hasta un banco que no quedaba lejos. A mí tampoco era lo que más me apetecía en ese momento, pero sentía que tenía que hacerlo.

—Verás —empecé cuando ya estábamos sentados—. Yo sé que las tías tenéis unos códigos, entre amigas y familiares, igual que los tenemos los tíos, rollos sagrados y líneas que no se pueden cruzar, con exnovios, exrollos, ya me entiendes…

—Si es porque soy hermana de Marc, me da igual, no es asunto suyo…

—No, lo decía más por Greta, sé que sois muy amigas, casi como hermanas, y creo que es justo que sepas que hace unos años me lie con ella. Fue solo cosa de una noche, pero si quieres parar esto ahora, lo entenderé.

—Ya lo sabía —sonrió como respuesta—. Me lo contó ella. Y me da igual… Y a ella no creo que le importe lo más mínimo lo que tú y yo vamos a hacer esta noche.

Esa certeza con la que lo dijo, ese «lo que tú y yo VAMOS a hacer esta noche», unida a esa voz de ángel, me hicieron volver a lanzarme sobre sus labios como un puto kamikaze. La besé, devoré sus labios mientras aún estábamos sentados en ese banco. Me recreé en ellos antes de desplazar los míos a su mandíbula. Y luego, como un demente pervertido, bajé mi boca por su cuello y su escote, desabroché el primer botón de su camisa y aparté el encaje de su sujetador para meterme una teta en la boca. Sí, como suena, en un banco del parque, ese era mi nivel de enajenación mental. Ella jadeaba muy fuerte y a mí me iba a reventar el pantalón. De repente, fui consciente de lo que estaba haciendo y volví a incorporarme y a colocarle el sujetador y la camisa en el sitio.

—Tía, perdona, te acabo de sacar una teta en medio de la puta calle… —farfullé claramente avergonzado—. Se me ha ido mucho la bola… No sé en qué estaba pensando, yo no soy así…

Ella se puso de pie y tiró de mi mano para que la imitara.

—Vamos a tu casa, Samuel —sonrió—, o acabaremos despelotándonos los dos aquí en medio y nos detendrán por escándalo público.

Emprendimos el camino hacia mi casa. Creo que nunca había tenido tantas ganas de llegar como en aquel momento. Yo le pasaba una mano por encima de los hombros o por la cintura según me daba. De vez en cuando, me paraba para un poco de magreo. No se quejó ni una vez. La notaba tan receptiva que me iba animando más cada vez que nos deteníamos. Para cuando llegamos a un paso subterráneo que quedaba ya muy cerca de mi casa, no me cortaba ni un pelo en meterle mano por debajo de la ropa.

—Estrellita —murmuré casi sin dejar de besarla—, vamos a tener que fingir que no estamos cachondos y que vamos a mi casa a jugar al parchís o no llegamos… Acabaremos haciéndolo en la calle como animales…

—Vale, vale —asintió con esa voz tan dulce y esa sonrisa que le hacía desaparecer los ojos —. Vamos directos.

Le di la mano y tiré de ella mientras comenzaba a andar a grandes zancadas. Ella empezó a reírse, pero al momento protestó.

—Eh, que tienes las piernas mucho más largas que yo, no puedo dar pasos tan grandes… Y además llevo tacones, y falda estrecha, no puedo ir tan deprisa.

Ni me lo pensé, me la cargué al hombro como un saco de patatas o una bombona de butano y prácticamente eché a correr hacia mi casa con las carcajadas de ella subiéndome por la espalda.

—¡Samuel! ¡Que me voy a caer!

—Jamás lo permitiría —aseguré entre risas aumentando la velocidad de mis pasos. Ella tampoco paraba de reírse.

Llegamos a mi portal y saqué las llaves del bolsillo sin dejarla a ella en el suelo. Protestó, pero tal y como se reía, no era demasiado convincente.

Mientras esperábamos el ascensor, no volvió a pedirme que la bajara. En lugar de eso, metió una de sus manos por dentro de mi pantalón y empezó a acariciarme el culo.

—Estrellita… Yo también sé jugar a eso —susurré y mi mano imitó sus movimientos bajo su falda.

Ella se rio y gimió al tiempo.

Tras unos segundos de magreo en el ascensor, salimos al rellano a trompicones porque yo creo que de lo calientes que estábamos no podíamos ni caminar con normalidad. Se me cayeron las llaves al suelo cuando ella metió una mano por dentro de mi pantalón. Se agachó a recogerlas y yo fui detrás para no dejar que se levantara. Sí, ese era el nivel. Finalmente tuve un instante de lucidez suficiente para quitarle las llaves y, aún de rodillas, abrir la puta puerta, que era, al fin y al cabo, lo único que nos separaba de lo que prometía ser una gran noche.

Ella entró gateando y muerta de risa. El movimiento de su culo me llamaba a gritos. Se sentó sobre el parqué de la entrada y empezó a descalzarse.

—Me quito los botines, ¿vale? —dijo todavía riéndose—. Que me rozan.

—Por mí quítatelo todo, que te van a rozar más cosas… —gruñí mientras la alcanzaba, me abrazaba a su espalda y empezaba a lamerle el cuello.

—Samuel —soltó en un jadeo y se recostó en mi pecho.

Yo empecé a sobarle todo el cuerpo como un puto animal cachondísimo y ella solo gemía bajo mis manos. No ayudaban, esos sonidos no ayudaban nada al nivel de calentón que yo tenía ya a esas alturas. Intenté subirle la falda con una sola mano y movimientos torpes, pero no era nada fácil…

Nuestros gruñidos, gemidos y jadeos se mezclaban entre ellos y llenaban el aire de la habitación. Yo no recordaba haber estado nunca en una situación así. Era muy raro, porque nos conocíamos de toda la vida, pero nuestra relación había sido siempre cordial y poco más, nada íntimo, no hasta esa noche en la que estábamos cruzando todas las barreras… De hecho, las habíamos cruzado tan a lo bestia que ya las habíamos perdido de vista.

—¿Hemos venido hasta tu casa para no pasar del recibidor? —preguntó con la respiración entrecortada.

—No, joder, tienes razón.

Saqué fuerzas de algún lugar en mi interior y me puse de pie como pude. La cogí en brazos y comencé a avanzar por el pasillo.

Nada más entrar en mi cuarto, dudé un momento si dejarla en el suelo o lanzarnos sobre la cama, pero concluí que me venía mejor la primera opción si no quería que todo terminara casi antes de empezar y me dejara en muy mal lugar. Nadie quiere, cuando está con una tía mayor, quedar como un niñato sin autocontrol. Así que, eso hice; la dejé en el suelo a los pies de mi cama y me acerqué a poner algo de música[2]. Luego volví donde la había dejado y me quedé plantado delante de ella.

—Estrellita —murmuré llevando los dedos a los botones de su camisa y respiré hondo—, te voy a desnudar…

—Vale. —Sonrió y yo perdí de vista sus ojos—. ¿Y tú? ¿No te vas a desnudar?

Esa voz, en serio, esa puta voz diciendo esas cosas. Le hice un movimiento rápido con las cejas y ella se rio. A continuación, me deshice de mi camiseta en un solo gesto.

—Es un buen comienzo —susurró con una risita mientras me pasaba las manos por el pecho.

Yo respiré hondo porque juro que ese gesto suyo me quemaba vivo. Desabroché su blusa con

la calma del que lo tiene todo controlado, o eso quería que pareciera, porque en realidad estaba más alterado que en mi puta vida. Como en el colegio cuando de repente entraba un profesor y decía: «examen oral sorpresa», pues así de nervioso me sentía, aunque le auguraba un mejor final a la noche que el que solía tener la situación anterior. Me sudaban un poco las manos y el corazón me latía con fuerza. Estaba desnudando a Estrella, la hermana mayor de mi mejor amigo, es *heavy* si lo piensas. Cinco años, cinco años más que yo tenía, eso, a mis veintidós años, me parecía una puta barbaridad.

Terminé de desabrochar su camisa y la deslicé por sus hombros hasta dejarla caer al suelo. Llevaba un sujetador de encaje al que ya le había echado un vistazo en el parque cuando se me había ido la olla de esa manera tan animal. Pero ahora lo tenía de nuevo delante de mí y en esta ocasión podía prestarle toda mi atención. Y eso hice. Deslicé el dorso de mis dedos por la piel que dejaba a la vista la prenda. Lentamente. Me vendría muy bien decirte que fue un momento romántico y bonito y que por eso me lo tomé con calma, pero lo cierto es que estaba tan cachondo que, si no ralentizaba un poco el ritmo, me iba a correr antes incluso de ponerme el condón.

Llevé las manos al cierre y, pese a estar en la espalda y no verlo, lo desabroché a la primera y se lo quité. Ella no opuso resistencia. En lugar de eso, me sonrió. Esa sonrisa… Joder, esa sonrisa…

Pasé los pulgares por sus pezones y ella cerró los ojos y gimió. En ese momento solo llevaba esa falda rosa que también le estaba sobrando. Mis manos buscaron a tientas la cremallera. No tardé en localizarla y prácticamente se bajó sola. Respiré hondo, me agaché un poco y rodeé a Estrella con mis brazos, justo por debajo del culo, antes de volver a incorporarme con sus tetas a la altura de la cara.

—Encantado, chicas, soy Samu —solté antes de meterme una de ellas en la boca. Estrella se rio y rodeó mi cabeza con sus brazos, a la vez que jadeaba gracias a mis labios.

Sé que hacer un comentario como ese en un momento así puede ser delicado. El humor no siempre es bien recibido según en qué tipo de situaciones, pero yo necesitaba quitarle intensidad al asunto porque de verdad que me sentía muy al límite.

Ella enredó sus dedos entre mis rizos y empezó a guiar mi cabeza por su pecho.

—Samuel —murmuró entre jadeos—, cómo me pones…

Y no te voy a preguntar qué habrías hecho tú en ese momento, pero yo lo único que acerté a hacer fue girar sobre nosotros y dejarme caer de espaldas en la cama con ella sobre mí. Se incorporó para quedarse sentada a horcajadas sobre mis muslos. Deslizó una uña desde mi ombligo hasta el botón de mi pantalón.

—Qué bueno estás, Samuel —dijo con una sonrisa de lo más dulce, que contrastaba del todo con la intención que se le adivinaba a su mano y a sus palabras.

Desabrochó el primer botón y luego, de un tirón, soltó todos los demás. Yo resoplé con alivio, porque hacía rato que la presión de la bragueta era casi dolorosa.

—Las botas —farfullé. Y maldije mentalmente haberme puesto las Converse, las más difíciles de desabrochar que tenía.

Ella se apartó de encima de mí para dejarme acceso a mis pies y la eché de menos al momento.

—¿Tienes condones? —preguntó mientras yo empezaba a desatarme las zapatillas.

—Sí, en la mesilla, último cajón, coge el que quieras…

—¿Cómo que coja el que quie…? ¡Ay, joder, qué arsenal! —se rio—. ¿Por qué tienes tantos y tan variados? ¿Eres un sibarita de los preservativos?

—Qué va. —Me reí, me quité las zapatillas y las dejé caer al suelo—. Soy hijo de madre casi adolescente y padre desconocido. —Me deshice de los calcetines y corrieron la misma suerte—. Simplemente es que mi madre no quiere que le pase eso a ninguna otra chica.

—¿Y por eso te los compra tan variados? ¿Y tantos? ¿Tanto follas, Samuel?

—Claro que no —me reí entre dientes y me acerqué a ella, a acariciarla y besarla para recuperar la atmósfera que se estaba rompiendo por la conversación sobre preservativos—. Mi madre tiene una farmacia, casi todos los que hay ahí son las muestras gratuitas que le dan las marcas… ¿Podemos dejar ese tema ya? —Le pasé la lengua por el cuello y ella gimió y por fin dio por terminada la charla sobre profilaxis.

La tumbé sobre la cama y terminé de desnudarla. No me costó nada volver al punto de excitación que tenía previamente. Estaba buena. Estaba muy buena y era preciosa. También era Estrella, la situación era un poco rara, pero no lo suficiente como para dejar de ser de las más excitantes de mi vida. Y estoy siendo suave porque no quiero que pienses que soy un exagerado o un intenso, pero me atrevería a decir que fue la más excitante de todas, al menos hasta ese momento, luego vinieron otras (también con ella, no pienses mal) que lo fueron tanto o más. Pero esa noche no recordaba haber estado nunca antes tan cachondo.

Ella se incorporó, me empujó para hacerme caer de espaldas sobre el colchón y terminó de desnudarme a mí. Ya no había vuelta atrás: iba a ocurrir.

Y ocurrió. Ya te digo si ocurrió.

Me puse el condón a toda velocidad y con movimientos de lo más torpes. Que yo no es que me pasara el día follando, pero condones me había puesto unos cuantos. Pese a eso, me sentía un novato total. Como si fuera el primero, como si nunca antes lo hubiera hecho. Creo que estaba más nervioso que mi primera vez, y eso es mucho decir, te lo aseguro.

Finalmente conseguí ponérmelo y me tumbé sobre ella. Sí, con un original misionero, porque si me ponía creativo con alguna posturita más sugerente, corría el riesgo de desencadenar el final de un modo humillantemente precipitado. Su calor me envolvió al momento. Ella cerró los ojos y respiró hondo. Empezó a gemir y en apenas tres embestidas yo ya estaba muy al límite. Pero me contuve todo lo que pude. La sensación era absolutamente indescriptible. A ver, era follar, no me voy a poner místico y a decirte que fue una conexión espiritual o algo así, era lo que era, pero, aunque no me pillaba de nuevas, la sugestión hace mucho más de lo que yo pensaba. Y sugestionado y cachondo estaba un rato. Intenté pensar en otra cosa para ralentizar el momento y fue un grave error. Mi cabeza me decía que era una pésima idea hacer eso con la hermana de mi mejor amigo. Que iba a tener que seguir viéndola en su casa cada dos por tres. Que igual empezaba a sentirme incómodo cuando fuera a ver a Marc. Y no quería que eso pasara por nada del mundo. Me encantaba ir a su casa.

A pesar de mis divagaciones mentales, el ambiente me superaba y el orgasmo amenazaba con arrollarme tras cada embestida. Y no quería, joder, no quería ser un niñato eyaculador precoz. Cerré los ojos para no verla, porque su cara de excitación con los ojos cerrados y la boca entreabierta, la fricción de su cuerpo desnudo perlado de sudor contra el mío…

El orgasmo me sobrevino de golpe, tras un *Samuel* gemido en mi oído con esa voz que era capaz de volarme la puta cabeza. Un cosquilleo se originó en la base de mi espalda y se abrió paso por todo mi cuerpo. Una oleada de espasmos, temblores y ramalazos de éxtasis que me hicieron apretar los dientes con fuerza para no gritar como un poseso, entre otras cosas, porque no eran horas. Pero gruñí y emití sonidos sin sentido durante lo que tardé en recuperar la normalidad. Y tardé, porque duró bastante más de lo que me solía durar a mí un orgasmo estándar.

Tras el último estertor, la abracé, la besé y salí de ella antes de que el asunto empezara a perder intensidad y se quedara el condón dentro. Me tumbé a su lado bocarriba mientras trataba de recuperar el aliento. Me quité el preservativo, lo até y lo tiré al suelo. Luego giré la cabeza para mirarla.

—Tú… ¿has llegado? —me atreví a preguntar.

Y en ese momento, ella…, la muy hija de puta (así, con todas las letras), se empezó a descojonar. Y digo *hija de puta* con todo el amor del mundo, recuerda que ahora es mi mujer… ¿No lo había dicho? Pues te hago ya el *spoiler*: ahora es mi mujer, llevamos catorce años juntos, doce casados, y tenemos cuatro hijos, pero ya llegaremos a eso… Lo importante es que entiendas lo que pasó esa primera noche y lo mal que me lo hizo pasar esos primeros días, o meses. Mal y bien, las dos cosas, la verdad, porque me hacía putaditas y me regalaba orgasmos con la misma facilidad.

A lo que iba, que la muy cabrona se empezó a reír en mi puñetera cara mientras negaba con la cabeza.

—Claro que no, cielo —afirmó.

—Argh, joder. —Me tapé la cara con los brazos por pura vergüenza—. He sido demasiado rápido, ¿verdad? Mierda, es que estaba muy cachondo, me has puesto malísimo… —En un arranque de valor, me destapé la cara y me giré a mirarla—. Vale, lo bueno de que tenga veintidós años es que en nada estoy listo para volver a empezar, no te vas a quedar así… —aseguré en un intento de salvaguardar la poca dignidad que me quedaba.

—Ay, Samuel. —Sonrió—. Si repites la misma situación, obtendrás el mismo resultado.

Tras esa afirmación, debí de quedarme blanco y noté un pellizco en las tripas. No sabía cómo reaccionar a eso.

¿Era malo follando? ¿Tanto? ¿Eso me estaba diciendo? En aquel momento, solo quería hacerme muy pequeño y desaparecer.

—Joder, tía, qué mal.

Rodé sobre mí mismo hasta quedarme bocabajo y me tapé la cabeza con la almohada. Me llegó su carcajada amortiguada y apreté más el cojín para no oírla.

—Samuel, cielo —susurró mientras deslizaba los dedos por mi espalda y hacía que un escalofrío me recorriera entero—, mírame.

—Paso, tía, qué vergüenza —murmuré.

Oí sus carcajadas y a continuación noté lo que me pareció un mordisco en el culo. Me dio un poco de risa a mí también.

—Ay, Samuel, con lo bueno que estás…, no te atrevas a dejarme a medias. A un tío feo se lo consentiría, pero no a ti. Ni de coña.

Me quité el almohadón de encima y levanté un poco la cabeza, aunque girada hacia el lado contrario para que no me viera la cara, me seguía muriendo de vergüenza.

—Explícame eso —pedí al aire.

—Mírame —pidió.

—No, paso —me reí.

Se tumbó encima de mí y, al notar su cuerpo desnudo sobre mi espalda, empecé a ponerme cachondísimo otra vez. Deslizó las yemas de los dedos de arriba abajo por mis costados, hasta llegar a las caderas, y la lengua por mi cuello. Yo estaba ya empalmadísimo otra vez, pero no me atrevía a hacer o decir nada.

—Samuel —susurró con un gemido ronco antes de atrapar el lóbulo de mi oreja con los labios—. Eres el chico más guapo, más atractivo y más sexi que he conocido en la vida real…

Hagamos que esta noche sea memorable.

Lloriqueé y apreté la cara contra el colchón.

—Es que lo hago mal —murmuré con un quejido amargo.

—Cielo —se sentó sobre mi culo y me besó la espalda—, nadie ha dicho que lo hagas mal. Solo no has prestado atención a lo que tocaba.

—Creía que te estaba gustando, te lo juro —lloriqueé de nuevo.

—Y me estaba gustando —aseguró—. Samuel, gírate, mírame.

Se incorporó levemente para facilitarme el movimiento. Refunfuñé un poco, pero, finalmente y muerto de vergüenza, lo hice y me quedé bocarriba con ella sentada sobre mí. Qué preciosa era, joder. Y qué buena estaba.

Sonrió, con esa sonrisa tan suya. Soy pesado, lo sé, pero es que su sonrisa me vuelve loco. Y verla desnuda encima de mí era tan excitante como increíble. No obstante, debo decir que no era raro o incómodo. En mi caso concreto, lo sentía de esa manera. Al menos todo lo a gusto que puedes sentirte con alguien que te acaba de sugerir que follas mal.

Tomé una determinación y respiré hondo.

—Venga, voy a despedirme de la poca dignidad que me queda. —Sonreí y la miré fijamente —. Dime qué hago mal.

—A ver, cielo, no es que lo hagas mal. Pero el rollo es, y este es un consejo que te doy para el futuro, cuando estés con otra chica, que todo irá mucho mejor si consigues que ella llegue hasta el final antes de metérsela. Y si luego llega otra vez, genial; que no llega, eso ya va por delante…

—Pero, entonces, me quedaré yo a medias, ¿no?

—Cielo, lo del orgasmo simultáneo solo pasa en las películas y en las novelas. —Se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos en mi pecho. Yo aproveché para levantar un poco la cabeza y besarla—. En la vida real, a mí me ha pasado solamente un par de veces y cuando he tenido pareja mucho tiempo, cuando ya nos conocemos de sobra. El caso es que cuando el chico termina sí que se acaba la diversión; pero al revés, no. ¿Entiendes?

—Vale, sí, entiendo —asentí—. Dime, por favor, que esto te ha pasado más veces, que no soy el peor polvo que has echado —me reí. Una vez que asumes que la dignidad te ha abandonado, una situación así es de lo más llevadera.

—Lamentablemente, sí —se rio conmigo—. Es muy habitual.

—¿Y siempre das estas clases magistrales? —pregunté mientras subía las manos y empezaba a rozarle los pezones. No podía tenerla desnuda encima de mí y no tocar, era humanamente imposible.

—Qué va, normalmente paso. Lo intento y, si no llego, lo finjo y ya. Así tampoco daño el amor propio del chico. Cuando tenga una novia, ya le dirá qué quiere y cómo…

—Pero mi amor propio no te ha importado dañarlo —sonreí—. Vale, vale, ya veo de qué vas…

—Samuel, cielo —se acercó mucho para susurrar—. Me pones mucho, muchísimo, desde hace tiempo. No quería que esta noche terminara en un polvo mediocre y un orgasmo fingido. Quiero uno de los que te vuelven los ojos del revés, quiero que me hagas perder la cabeza.

Tras decir eso se deslizó hacia abajo sobre mi cuerpo y se metió uno de mis pezones en la boca. Mi polla rozaba su vientre y su sexo mi muslo. Resoplé fuerte y arqueé la espalda para incrementar la fricción y notarla más en todas partes.

—Joder, Estrella —farfullé entre gemidos—. Dime qué quieres que haga porque ahora mismo solo puedo pensar en volver a follarte.

Ella subió a besarme.

—Usa los dedos… y esos labios perfectos que tienes, Samuel. —Los lamió tras nombrarlos y yo volví a arquearme para aumentar el roce—. ¿Sabes dónde está el clítoris?

—Vamos a averiguarlo —propuse antes de hacerla rodar en el colchón para colocarme yo encima.

Me situé entre sus piernas y bajé hasta que mi cabeza quedó a la altura de su centro. Le cogí las piernas, le hice doblar las rodillas y me quedé observando.

—Joder, tío, no lo mires así. No me siento tan observada ni en el ginecólogo —se rio y estiró los brazos para taparme los ojos con las manos.

Me reí yo también y cubrí sus manos con las mías mientras sostenía sus rodillas justo donde las quería. No se podía mover y noté que se sentía un poco violenta. Lo cierto es que lo entendía, la pose se las traía, pero estaba tan sexi que dolía.

—No te avergüences —murmuré acercando mis labios a su clítoris—. Estás preciosa, y yo necesito ver lo que estoy haciendo. Quiero que te corras poniendo los ojos del revés, como has dicho. —Le besé en lo que yo pensaba que era el punto exacto y ella respiró fuerte—. Pero no quiero que estés incómoda. —Le solté las manos y llevé las mías a su culo. Volví a rozar mis labios con su piel expuesta—. ¿Ahí? —pregunté en un susurro.

—Sí —gimió muy fuerte y llevó sus manos a mi pelo. Enredó los dedos entre mis rizos y empezó a marcarme el ritmo—. Suave, Samuel, suave…

Y yo obedecí. Y me tomé todo el tiempo del mundo para deslizar mi lengua con calma por su puto paraíso. Una vez. Y otra. Y otra. Despacio, muy despacio. Y suave, muy suave. Ella se retorcía bajo mi boca, gimiendo y jadeando. Yo estaba cachondísimo de verla así, pero me esforcé en concentrarme en mi tarea.

—Usa los dedos —farfulló mientras empezaba a moverse un poco más deprisa.

Obedecí y le metí mi dedo corazón, supuse que querría el más grande.

—Dos —gimió.

Interpreté que se seguía refiriendo a los dedos y añadí otro. Entonces ella bajó una mano y retuvo mi muñeca donde estaba, sin dejarme sacarlos.

—Muévelos dentro… más deprisa —murmuró entre jadeos. Y yo obedecí. Y no pude evitar acelerar también los movimientos de mi lengua, porque no soy capaz de llevar dos velocidades diferentes, eso es un hecho.

Pero pareció gustarle, porque empezó a moverse debajo de mí con tanto entusiasmo que casi parecía que era ella la que se estaba follando mi boca y mi mano. Levantó los brazos y se agarró a los barrotes de mi cama mientras aceleraba los movimientos cada vez más. Su respiración era fuerte y rápida. Los jadeos se mezclaban con los gemidos como en una sinfonía porno. Empezaron a temblarle las piernas y las pasó por encima de mis hombros. Se movía cada vez más deprisa y yo aceleré el ritmo para ponerme a su nivel.

—Quiero gritar…, Samuel…, quiero gritar —dijo como pudo entre jadeos cada vez más fuertes.

Separé mis labios apenas un segundo para confirmar:

—Hazlo, joder.

Y volví a lamer, para recuperar el instante perdido. Y para que ella no perdiera el ritmo. Quería que llegara, quería verla correrse. Empezó a jadear cada vez a más volumen. Se impulsaba con las manos en los barrotes para acelerar el movimiento. Y entonces sí, entonces arqueó la espalda, y tensó las piernas… Y yo creí que iba a partirme el cuello, o los dedos. Y juro que en ese momento me dio igual. Ella ya no se movía, y dudé si yo tenía que seguir

haciéndolo.

—No pares —adivinó mis pensamientos y yo obedecí.

Y se tensó más. Y yo aceleré más. Y ella gritó más todavía. Sus sonidos fueron subiendo de velocidad y de volumen hasta que soltó un grito final:

—¡Jodeeeeeeeeer, Samuel!

«Mmm, vale, está bien que a los vecinos les quede claro a quién le tienen que dedicar el aplauso».

Se relajó al momento. Y yo paré, no de golpe, porque la inercia que yo había cogido necesitaba una desaceleración progresiva. Pero finalmente me detuve. Ella soltó las manos del cabecero y las llevó a mi pelo. Me indicó con un gesto que subiera y lo hice.

—Ahora sí, ¿no? —sonreí al llegar a su altura y tumbarme junto a ella—. O eso o te tienen que dar un Óscar.

—¿Lo habías hecho antes? —preguntó devolviéndome la sonrisa y respirando todavía con dificultad.

—Un par de veces nada más, pero no acabó igual… De hecho, no había visto nunca nada igual —me reí.

—Ya —soltó una risita, se tumbó sobre mí y escondió la cabeza en mi cuello—, soy muy escandalosa.

—Ha sido lo puto mejor que he visto en la vida —aseguré deslizando las yemas de mis dedos por su espalda.

—Es que me gusta mucho el sexo, Samuel, muchísimo. Lo vivo muy fuerte.

—Me encanta, joder. —La abracé y me froté un poco contra ella, porque yo estaba durísimo todavía.

Se incorporó para besarme, pero la detuve.

—Espera, que tengo toda la cara mojada —me reí—, deja que me limpie o algo.

—Da igual, no te limpies, va a ser un beso muy cerdo —aseguró antes de cumplir su amenaza y darme uno como ese primero que nos habíamos dado en el garito.

Y yo le correspondí con muchísimas ganas, porque ella acababa de correrse, pero yo no. Bueno, sí, pero antes, no contaba, había reiniciado. La apreté contra mí mientras nos besábamos y deslicé mis manos por todo su cuerpo. No se me iba de la cabeza su orgasmo. Qué cosa más bruta.

—Samuel… —gimió separándose un momento de mis labios.

—¿Mñhmñn? —pregunté intentando volver a atrapar su boca.

—¿No vas a follarme?

Y aún hoy yo no sé cómo no me corrí directamente con aquella pregunta.

—Joder, Estrellita —gemí antes de atrapar sus labios con los dientes.

La hice rodar sobre la cama y volví a colocarme sobre ella. Estaba tan mojada que me deslicé dentro casi sin darme cuenta. Y ahora me voy a poner místico y a decirte que nunca lo había sentido así. Que mis sensaciones estaban multiplicadas por mil, y que la conexión que sentí con ella en aquel momento no la había sentido jamás. Que por muchas veces que hubiera follado, nunca había tenido una sensación tan intensa. Y no solo me estoy poniendo místico al contártelo, también me puse en ese plan en el momento.

Empecé a moverme muy despacio, sin prisa, disfrutando cada movimiento.

—Estrella —murmuré en su oído entre jadeos—. ¿Lo notas?

—¿El qué? ¿Tu polla dentro de mí? Claro, joder —gimió.

La apreté fuerte porque ya solo eso que acababa de decir me había puesto más cachondo aún,

si es que era posible.

—No, esto… Algo… más fuerte…, más intenso… ¿lo notas? —Empecé a acelerar los movimientos y la respiración.

—¿Qué notas, Samuel?

—A ti… Nunca había… follado así… Nunca lo… había… sentido así —farfullé.

—Espera, espera, para, Samuel, para.

—¿Qué pasa? —Desaceleré la velocidad, fue lo máximo que pude hacer. Juro que quería obedecer y parar, pero no fui capaz.

—El condón, ¿te has puesto condón?

—¡Hostia! —Salí de golpe de dentro de ella y los dos cambiamos los jadeos por un ataque de risa.

Me estiré para llegar hasta el cajón donde los guardaba y cogí el primero que pillé. Me arrodillé en la cama y seguí riéndome.

—Joder, qué gilipollas soy, yo todo místico… —Rasgué el envoltorio—. «¿No lo notas especial? ¿Más intenso?».

Ella se incorporó como yo y me besó muerta de risa.

—Ay, Samuel, creo que esta noche no la voy a olvidar en la vida. —Me quitó el condón de la mano y lo sacó del envoltorio.

—Joder, no sé cómo tomarme eso. —Me reí y cambié la risa por un jadeo cuando ella empezó a ponerme el preservativo—. ¿La noche en la que me lie con un crío que follaba mal y luego se puso místico porque se había olvidado el condón?

—No. —Se sentó sobre mí y acopló su cuerpo al mío en un único movimiento. Los dos cerramos los ojos un momento y respiramos hondo—. La noche de los orgasmos más fuertes y las risas más sinceras —sonrió.

—¿Los orgasmos? —Jadeé—. ¿En plural?

—Aún queda noche, Samuel, tengo fe en ti —susurró empezando a acelerar el ritmo—. Vamos a por los segundos.

Estaba sentada sobre mí y sus brazos me rodeaban el cuello. Yo nunca lo había hecho en esa postura, pero me estaba gustando. Era como muy íntimo, como un abrazo, y me hacía sentir cómodo. Todo con ella me hacía sentir así, la verdad.

En esa posición le resultó muy fácil marcarme el ritmo, y yo me dejé llevar, porque a mí cualquier ritmo me iba bien. De hecho, intentaba pensar en otras cosas para retrasar el momento. Volvió a acelerar la velocidad, como había hecho un rato antes, y yo la seguía con la boca abierta y la respiración agitada. Su cuerpo cubierto de sudor emanaba calor y quemaba en cada punto en el que tocaba el mío.

Se inclinó hacia atrás y apoyó las manos en el colchón mientras seguía acelerando el vaivén. Y esa imagen. Esa imagen. Su cuerpo arqueado hacia atrás, su pecho moviéndose al ritmo de mis embestidas…

—Estrella —farfullé como pude poniendo las manos en sus caderas—, me voy a correr.

—Aguanta, cielo —gimió y se llevó una mano al punto en el que su cuerpo se unía al mío. La movió muy rápido mientras yo aceleraba mis movimientos aferrado a sus caderas—. Samuel…, sí, Samuel… ¡Samueeeeeeel!

Y si no hubiera sido porque, tras ese grito, me imaginé a la totalidad de mis vecinos haciéndome el paseíllo al día siguiente en el portal, creo que esa vez sí nos hubiéramos corrido juntos, porque me puso tan cachondo que casi lo hice yo antes. Tras su grito y mi imaginaria ovación vecinal, tardé apenas tres embestidas en dejarme ir. Me abrazó fuerte y me mordió el

hombro mientras recuperábamos la respiración. Yo enterré la cara en su cuello y dejé que su sudor se mezclara con el mío. La abracé fuerte. No quería salir de ella, pero tenía que hacerlo. Lo alargué hasta que fue ella la que se incorporó y se separó de mí. Y fue ella también la que me quitó el condón y lo tiró. Se dejó caer sobre la almohada y yo hice lo mismo a su lado.

—Esta vez mejor, ¿no? —pregunté todavía sin aliento.

—Ha sido genial —susurró mientras se acercaba a besarme.

Fue un beso lánguido, perezoso, sin prisa por que se acabara, sin prisa por nada. Y yo se lo devolví mientras la acariciaba. Y tuve la certeza de que podría pasarme toda la noche haciendo solo eso.

—¿Te importa que me dé una ducha antes de irme? No quiero vestirme estando tan sudada…

—Claro, sin problema… Pero puedes no vestirte, no tienes por qué irte, te puedes quedar. Mi familia no vuelve hasta el martes —aseguré.

—Pero me gustaría llegar a casa antes que Marc, no quiero tener que darle muchas explicaciones… —sonrió—. Ni a mis padres… Si hubiera sabido esto, me habría buscado una coartada y me quedaría a dormir contigo para repetir por la mañana.

Y tras ese comentario, volví a pegarme a ella y a besarla como si así pudiera congelar el momento. No quería que terminara esa noche que le habíamos robado a la vida real y que volviera a ser solo la hermana de Marc. Necesitaba que fuera durante un poco más de tiempo la chica sexi de los polvos sinceros, las risas espontáneas y los orgasmos escandalosos.

A regañadientes me separé de su lado y la acompañé al baño. Me habría encantado ducharme con ella, pero preferí dejarle intimidad. Me di yo una ducha rápida en el baño de mis padres (bueno, mi madre y mi padrastro) y me vestí mientras esperaba a que terminara ella. Entró al momento de nuevo en mi habitación solo cubierta por una toalla enrollada alrededor de su cuerpo.

—Me encanta cómo huele tu gel de baño de La Sirenita. —Sonrió y se llevó un brazo a la nariz—. Eres una caja de sorpresas, Samuel.

—Qué graciosilla eres —me reí y me acerqué a besarla—. Comparto baño con mis hermanas, que tienen nueve años. Mi jabón está en el estante de arriba, pero claro, teniendo en cuenta que tu altura se acerca más a la de ellas, es normal que el mío no lo hayas visto…

—¿Me estás diciendo que te recuerdo a tus hermanas? —Pestañeó un par de veces.

—Ni de puta broma. —Me incliné a besarla—. Aunque parece que quieres copiarles su estilo. —Me reí y le solté el pelo que se había recogido con una pinza de mis hermanas que parecía una concha del mar con purpurina blanca.

—¿No es tuya? Pensaba que te recogías el pelo con eso cuando te duchabas…

Solté una carcajada.

—Pues no te creas, que alguna vez he tenido que recurrir a cosas de estas. A ver, eso es así, los tíos con el pelo largo lo tenemos difícil, no hacen movidas de pelo para nosotros.

—No, la verdad es que no he visto en ninguna tienda una sección de «accesorios de pelo para supermachos» —se rio.

—¿Te burlas? —Sonreí—. No soy como tu hermano, a mí no se me caen las pelotas al suelo por usar estas movidas. Mira. —Me recogí el pelo en un momento y lo enganché con la pinza de la discordia—. ¿Ves?

—Joder, Samuel, hasta con accesorios de niña pequeña estás bueno —murmuró con cara de golfa y yo la levanté a pulso para tener su cara a mi altura y poder besarla cómodamente.

Ella me rodeó la cintura con las piernas, el cuello con los brazos y volvió a soltarme el pelo.

—¿Por qué te has vestido? —preguntó con un ronroneo.

—Porque has dicho que te ibas, para acompañarte; pero me vuelvo a desnudar rápidamente si es lo que quieres…

—¡Serías capaz! —soltó una carcajada.

—De desnudarme, sí, claro. De repetir, habría que comprobarlo, pero es posible que también —sonreí.

—Pues eso lo comprobamos otro día, que ahora tengo que irme, de verdad.

Asentí y la dejé en el suelo. Ella empezó a vestirse y yo me quedé mirándola con sus últimas palabras resonando dentro de mi cabeza: «eso lo comprobamos otro día», «otro día»… ¿Le apetecería volver a quedar conmigo? ¿Querría repetir? Yo tenía clarísimo que sí, y ella había sugerido que también, ¿no?

—Ahora sí, me marcho. —Estaba absorto en mis pensamientos y no me había dado cuenta de que ella había terminado de vestirse—. No hace falta que me acompañes, de verdad, soy mayorcita.

—Eso no es negociable —sonreí y negué con la cabeza—. Jamás he dejado a una chica hacer el camino de la vergüenza sola.

—¿Y si viven muy lejos?

—Las acompaño al taxi. —Me encogí de hombros—. Pero no es tu caso. Podría hacer el camino hasta tu casa con los ojos cerrados. Vamos —añadí guardándome en los bolsillos el móvil y las llaves.

—Estoy segura de que mi hermano no acompaña a las chicas a casa después de echar un polvo —dijo caminando ya por el pasillo conmigo pegado a sus talones.

—Yo también estoy seguro de eso —me reí—, pero, por suerte para ti y para mí, yo no soy tu hermano. —Le di la vuelta y volví a besarla.

Ella me lo devolvió entre risas.

—Creo que él solo haría eso por una chica —murmuró cuando nos separamos.

—Yo también lo creo —asentí en el mismo tono.

—Y no tendría que andar mucho —susurró.

Negué con la cabeza para darle la razón.

—Hasta la habitación de al lado… o hasta Italia.

Dejamos el tema ahí, aunque creo que los dos nos sentimos aliviados de darle voz a ese pensamiento.

Mientras esperábamos el ascensor, se abrió la puerta de mi vecino. Era un tío de treinta y pocos años que vivía solo. No éramos amigos ni nada, pero tenía buen rollo con él.

—Buenos días, Samu… O igual a partir de hoy debería empezar a llamarte *Samuel*… —Sonrió y levantó su taza de café hacia nosotros.

—Buenos días, Alberto, ¿qué haces levantado tan temprano? —Le devolví el saludo con una sonrisa.

—Tenía curiosidad por ver a la soprano que nos ha despertado a todos —dijo sin dejar de sonreír.

Estrella se empezó a descojonar y escondió la cara en mi pecho. La rodeé con un brazo y le besé la cabeza.

—Saluda, Estrella, que tienes fans —me reí yo también.

—Hola, Alberto, soy Estrella.

—Encantado —sonrió él—. La próxima vez, avisa, cabrón, y me pongo tapones o algo…

—No había manera de planear esto —sonreí y en ese momento llegó el ascensor—. Adiós, tío, pasa buen domingo.

Arrastré a Estrella dentro del ascensor y se cerraron las puertas.

—Le gustas —susurró ella cuando ya estábamos solos dentro del habitáculo.

—¿Te sorprende? —pregunté mirándola a través del espejo—. ¿Tú me has visto bien? Estoy buenísimo —añadí haciendo una posecita de culturista e intentando no descojonarme.

—Sí que lo estás —sonrió ella—. Y a tu vecinito le encantas.

—Para su desdicha, no me van los rabos —aseguré antes de acorralarla contra la pared y volver a besarla. No me cansaba. Ella me devolvió el beso y se rio cuando, apenas un segundo después, el ascensor se detuvo.

En la calle hacía fresco. Estrella se empezó a frotar los brazos y yo le pasé uno de los míos sobre los hombros para ayudarle a entrar en calor. Podíamos haber cogido alguna chaqueta en mi casa, qué gilipollas, no sé cómo no lo pensé. Durante el camino no hablamos demasiado, pero sí nos detuvimos a besarnos varias veces. No podía dejar de hacerlo. Lo sentía como una despedida, como si esa noche hubiera sido un hallazgo de los que solo pasan una vez en la vida. Y se terminaba. Joder, el cielo empezaba a cambiar de color con la luz del amanecer y me indicaba que ya no había nada que hacer, que la velada llegaba a su fin.

—Ha sido una gran noche, Samuel. Me lo he pasado muy bien —sonrió cuando llegamos frente a su portal.

—Polvo de mierda incluido —maticé.

—Bueno, al final ha estado muy muy bien…

—Para mí ha estado muy bien desde el principio —me reí.

—No lo dudo —se rio ella también y se acercó a besarme.

Me incliné para devolverle el beso. Y los dos sabíamos que era el último, que con ese nos despedíamos. Y quizá por eso nos recreamos en él. Devoré su lengua con ganas, lamí y mordí sus labios y ella gimió en mi boca durante todo el tiempo.

—Joder, Estrella —murmuré apretándola más contra mí—. Volvería a empezar otra vez.

—Yo también, Samuel, pero tengo que irme —sonrió y se separó de mí—. Otro día repetimos, si quier…

—Claro que quiero —la interrumpí y ella empezó a reírse.

—Mientras tanto, ya verás qué bien te va a partir de ahora con las demás chicas.

Yo asentí, convencido de sus palabras. En ese momento aún no sabía que ella se acababa de convertir en la última, que ya no habría más chicas para mí… Y ni putas ganas de que las hubiera, así de claro te lo digo. Teniéndola a ella, nunca he necesitado nada más.

Entró en su portal y la perdí de vista. Y yo volví a mi casa sin tocar el suelo, poseído por una euforia que me permitía caminar flotando por el aire, repitiendo en mi cabeza una y otra vez cada momento de esa mágica noche.

DOS

¿ME OYES?

SAMU

2016

—¡Tío! ¿Me oyes? —Mi sobrina da una palmada en el aire delante de mi cara y me saca de mi momento nostálgico.

—Perdona, ¿qué?

—¿En qué estabas pensando? —Se sienta en mi mesa y me mira expectante mientras masca chicle.

—En tu tía Estrella —suspiro—. En la primera noche que nosotros… Bueno, no te lo voy a contar, que eres pequeña.

—¡Eh, que ya he cumplido los quince! —protesta Gina, la hija de Marc y Greta.

—Muy pequeña —confirmo.

La tengo echando una mano en mi farmacia porque dijo que quería un trabajito para las tardes después del instituto y, como no está en edad de currar legalmente y el otro negocio familiar es el bar de su tío Bruno… Pues eso, que no me pareció ni medio normal que se pusiera a servir copas. A mí no me supone nada pagarle un sueldo simbólico y lo cierto es que me encanta tenerla por aquí.

—¿Qué hacías tú a los quince? —pregunta con una enorme sonrisa.

—El subnormal con tu padre, básicamente —me río.

—Cuéntame cosas…

—No, no, que te cuente tu padre si quiere, paso de contarte yo algo y que luego él se mosquee…

—Nunca le diré lo que me cuentes.

—Paso, paso —me río.

—Bueno, pues ¿qué estabas pensando de la tía Estrella?

—Eso tampoco te lo voy a contar, forma parte de nuestra intimidad —sonrío.

—Pues qué coñazo, no me cuentas nada…

—Habla bien, que luego tu padre me echará la culpa a mí de que seas una malhablada y no te dejará venir más.

Ella pone los ojos en blanco y cara de asco como respuesta. Está graciosa de adolescente, se ha hecho mayor sin que nos diéramos cuenta.

—¿Ya has pensado qué quieres estudiar cuando llegues a la universidad? —le pregunto para desviar la conversación hacia temas más seguros.

—Ni idea —niega con la cabeza con cara de indiferencia—. Ni siquiera sé si estudiar letras o ciencias… ¿Por qué estudiaste tú Farmacia? ¿Era lo que querías?

—Qué va —sonrío—. No sé, no me atraía nada en especial. Mi madre tenía una farmacia, que había sido de mi abuelo antes… Era como lo más lógico, lo más fácil.

—Y ganas una pasta, ¿no?

—Supongo que sí —me río—. Es otra forma de verlo.

—¿Me compras un móvil?

Suelto una carcajada.

—Ahí querías llegar, ¿no?

—Tampoco te estoy pidiendo un iPhone, que me gustaría, pero uno normalito ya me vale… Eso para ti no es nada…

—Te compraría el iPhone, no es una cuestión de dinero. Mientras tus padres no quieran que tengas móvil, no puedo. No es mía esa decisión.

—Pffff… Loui me dijo lo mismo. —Está muy graciosa cuando se enfurruña—. Mis padres son un coñazo y solo buscan amargarme la vida. ¡Soy la única de mi clase que no tiene móvil!

Me descojono con el dramatismo que le echa al asunto. ¿Yo era igual? ¿O es más cosa de las chicas? Mis hijos son pequeños aún para esto, menos mal.

—Que hables bieeeeeen —insisto con tono condescendiente y a la vez espero que no note que me da mucha risa esto—. Hacemos una cosa: si tus padres lo autorizan, yo te lo compro. ¿Te parece?

Arruga las cejas y me mira con cara de mosqueo. Me descojono con ella.

TRES

MUCHAS CABEZAS

ESTRELLA

Recibo un correo del colegio de mis hijos y me echo a temblar antes de abrirlo. Me temo lo peor. Mis sospechas se confirman cuando veo que adjunta la temida circular que ya me sé de memoria. «Epidemia de pediculosis» se llama, porque «putos piojos otra vez» sería poco apropiado para una comunicación oficial con las familias, supongo.

Respiro hondo intentando aguantar las ganas de llorar. Igual te parezco exagerada, solo son unos piojos y ahora hay miles de productos para acabar con ellos. Además, mi marido tiene una farmacia, tengo lo que necesite a un telefonazo. Pero no es eso, claro que no es eso. Son las siete de la tarde y llevo un par de horas deseando que el día acabe. Y ahora me encuentro con esto. Con cuatro cabezas que despiojar. Cuatro cabezas de pelo rizado. Cuatro cabezas de pelo rizado de niños de entre seis y cuatro años y medio que lloran por todo. Y la que va a llorar al final voy a ser yo. Porque no sé cuántas veces he pasado ya por esto este curso. Porque no puedo más. Porque solo quiero que acabe el día, que acabe el curso, que se hagan mayores de golpe.

Suena el timbre de casa y me trae de vuelta a la realidad. Al otro lado de la puerta está Carina con su hijo Andrea (ella es italiana y por lo visto allí ese nombre es de chico). Ella y Chus (su chico y uno de los mejores amigos de Samu de toda la vida) viven en nuestro mismo rellano. Es una chica muy menudita y ahora lleva el pelo de color violeta, va por rachas, lo cambia cada cierto tiempo. Su hijo es algo más pequeño que los míos, pero no mucho.

—Supongo que has visto la circular —dice a modo de saludo—. Al lío, que tenemos trabajo.

Podría haberse quedado en su casa y haberse ocupado solo de la cabeza de su hijo (que también es de pelo rizado, por cierto, tampoco es de las fáciles); pero no, ha venido a echarme una mano, porque de toda la gente que me rodea, es la que más pendiente está de mí siempre. Es curioso porque es la persona con menos habilidades sociales que conozco (sé de lo que hablo, soy psicóloga), pero conmigo muestra una empatía fuera de lo común. Algo me dice que le doy lástima por tener cuatro hijos con edades tan similares. Supongo que le doy lástima a más gente, y no me extraña, me la doy a mí misma también.

Empezamos el ritual que ya tenemos controladísimo. Echamos el pringue en todas las cabezas y las cubrimos el tiempo reglamentario para que los bichos se mueran. Ese rato les dejamos jugar y aprovecho para cambiar las sábanas de todas las camas, por si acaso. Carina me echa una mano porque creo que hoy me ve muy al límite.

Cuando ha pasado el tiempo correspondiente, volvemos a reunir a los niños en el baño de dos en dos para pasarles la lendrera (no hay mejor plan para un jueves por la tarde que despiojar un montón de cabezas, como podrás imaginar). Del último producto que hay que echarles queda muy poco, así que llamo a la farmacia de Samu para decirle que traiga más cuando vuelva a casa. No me sorprende que el teléfono lo coja Rubén, el auxiliar que tiene contratado y que es el que se ocupa de todo. Creo que es el único que trabaja. Ahora que tiene a Gina por allí, estoy segura de que se pasan las tardes de palique los dos. Tras dejarle el recado, vuelvo con Carina y con los nanos, no puedo dejarle a ella sola todo el marrón.

—¿Necesitas ayuda con tu propia cabeza? —pregunta cuando terminamos con los niños.

—No, lo haré después de la cena, ¿y tú?

—No, tranquila. Si me canso, le pido ayuda a Chus, tú ya has hecho bastante.

Asiento agradecida, porque no me importaría hacer eso por ella, pero me alivia no tener que repetir el ritual una vez más. Samu llega justo cuando ella ya está a punto de marcharse. Intercambian un saludo y ella se va.

—¿Qué tal, familia? ¿Cómo ha ido la tarde? —saluda tan feliz con una sonrisa.

—¿A ti qué te parece? —pregunto como respuesta.

—No sé, yo no estaba, ¿cómo ha ido? Te traigo lo que le has pedido a Rubén.

—Pues teniendo en cuenta lo que traes en la bolsa, adivina cómo hemos pasado la tarde…

—Ah, ni idea de lo que traigo en la bolsa. Lo ha preparado Rubén y ni lo he mirado —dice tan tranquilo mientras la deja en la mesa.

—Pues míralo, ¿no? Vamos, si te interesa, aunque sea un poco, lo que ha pasado aquí.

Echa un vistazo a lo que acaba de traer antes de hablar:

—Ah, piojos otra vez. —Su tono condescendiente me crispa los nervios, pero no estoy con ánimo de discutir—. Mira que te mola complicarte la vida, yo les rapaba la cabeza y listo, ya no más piojos.

—¿Esa es tu gran solución?

—Claro. —Se acerca con intención de darme un beso, pero lo detengo antes de que llegue.

—No te me acerques, que aún no me lo he hecho yo y, como los pilles tú, te juro que a ti sí que te rapo.

—A mí te dejo que me hagas lo que quieras —susurra con un movimiento de cejas.

¿En serio? ¿En eso está pensando? ¿Le parece gracioso? ¿O sexi? De verdad que ahora mismo le pasaba la lendrera por otro pelo que también tiene rizado.

—Ve a ver qué hacen tus hijos, que están muy callados.

Pone los ojos en blanco y se marcha hacia la habitación de los niños.

Yo, mientras, voy a la cocina y vuelvo a guardar los ingredientes que había preparado para mi plan inicial de hacer filetes empanados y tortilla de patata y lo sustituyo por unas *pizzas* congeladas porque, tal y como se ha torcido la tarde, no me veo con ánimo de más.

Los llamo para cenar cuando se está terminando de hacer la última.

—Venga, reclutas, vamos a poner la mesa.

No sé a qué están jugando, pero los niños forman una fila y van haciendo lo que él les dice. Parece un encantador de serpientes. En cuanto acaban, se sientan todos a la mesa.

—¿Os habéis lavado las manos?

—Oh, oh, se nos ha olvidado… —Pone unas muecas divertidas y vuelve a hacerles formar en fila. Los críos se mueren de risa y lo siguen hasta el baño.

Claro, él es el padre divertido y yo la madre gruñona.

Pongo la cena en la mesa y lleno la jarra de agua mientras les espero.

—Ay, *pizzas* congeladas otra vez —dice con cara de asco al volver a aparecer en la cocina.

—Pues no me ha dado la vida para hacer otra cosa. Si tenías una idea mejor, haberlo hecho tú. —Soy consciente del tono en el que lo he dicho, pero es que ya estoy muy al límite.

—Eh, tranquila, que yo acabo de llegar, que llevo todo el día currando —se defiende mientras se sienta a la mesa con los críos.

Bufo como respuesta, porque no me apetece empezar una bronca.

—Voy a hacerme lo del pelo, ya no tengo ni hambre.

—Vale, yo los acuesto, tranquila —anuncia como si fuera el salvador de la humanidad. Como si me estuviera haciendo el favor de mi vida. Como si no fuesen también sus hijos y no tuviera la misma responsabilidad y la misma obligación que yo.

—Bien —sentencio antes de marcharme a encerrarme en el cuarto de baño.

Tras más de media hora encerrada en el aseo repitiendo todo el ritual de potingues que he hecho antes con mis hijos ahora en mi propia cabeza, llega el momento de pasarme la lendrera. Y me vengo abajo. Saco de un cajón la afeitadora eléctrica de su padre y la enchufo. Le pongo el cabezal de rapar cabezas y la enciendo. Me la acerco a la frente, la tentación es grande, pero en el último momento me echo a llorar y la apago. Vuelvo a guardarla y con el berrinche *in crescendo* empiezo a pasarme el peine infernal por mi pelo. Y solo quiero que acabe este día de una vez. Y dormir. Dormir una noche del tirón sería maravilloso. Pero no aspiro a tanto en la vida, con levantarme una sola vez esta noche, ya lo consideraré todo un éxito, soy una mujer de ambiciones pequeñas.

CUATRO

NO PUEDO DORMIR

SAMU

Cuando terminamos de cenar, llevo a los críos al baño a que se cepillen los dientes. Me invento un juego bastante tonto para que se tiren un rato meneando los cepillos dentro de las bocas y, una vez listos, los hago desfilar hacia la habitación. El dormitorio está lleno de juguetes por el suelo. Los esquivo como puedo y voy arropando a los nanos. Duermen en dos literas más pequeñas de lo normal, está un poco petada la habitación, la verdad. Aunque, cuando nació el último, tiramos el tabique que separaba el cuarto de los críos del de invitados, sigue siendo demasiado lo de los cuatro niños juntos. Demasiadas camas, demasiados juguetes… Demasiados hijos, supongo, pero eso ya no tiene remedio.

Estrella llega cuando estoy acostando al último y empieza a coger trastos del suelo y a dejarlos en los baúles donde suelen guardar estos enredos.

—Mejor esquivar que recoger, ¿no? —gruñe. Ya está de mala hostia, joder. Todos los días igual.

—Los estaba acostando. Ahora te ayudo. —Me acerco hasta ella con intención de echar una mano.

—¿Me ayudas? Claro, me ayudas, porque esto no va contigo, no son hijos tuyos también y no es tu obligación…

Bufo sin decir nada más, porque cuando se pone así es insoportable. Terminamos de recoger todo lo del suelo en silencio y les damos las buenas noches a los niños uno por uno antes de salir de la habitación.

—Yo me voy a dormir ya —murmura casi sin vocalizar.

—Sí, yo también —afirmo rápidamente, porque si tardo unos minutos más que ella, la encontraré dormida.

Nos metemos en la cama en silencio y apagamos la luz al momento. Se gira para darme la espalda, así que me abrazo a ella por detrás y meto la nariz en su cuello. Deslizo una mano por debajo de su pijama y le acaricio la cintura.

—Ni de coña —susurra ella directamente.

Hace meses que no lo hacemos, muchos meses, y ni siquiera intenta motivarse, ni se lo plantea. Y yo acumulo un nuevo rechazo cada noche. No le voy ni a preguntar, porque me saldrá de nuevo con la excusa de los niños y el cansancio. Y también son mis hijos, pero no por eso a

mí se me van las ganas. No sé para qué me hice la vasectomía, creo que es la menos amortizada de la historia.

Me separo de ella y aguanto unos minutos dando vueltas en la cama, pero no puedo dormir, no paro de comerme el coco con todo y finalmente decido levantarme.

—¿Dónde vas? —pregunta cuando estoy a punto de salir de la habitación.

—No puedo dormir —le explico—. Voy a pasar a ver a Chus.

—Vale.

Carina me abre la puerta y me mira desde abajo, qué canija es.

—¡Chus, es el rubio perdonavidas! —exclama aguantándome la mirada y haciendo referencia a cómo me llamaba cuando nos conocimos.

—¡Dile al bicho que un respeto! —contesto para devolverle la pulla.

Se ríe y se aparta para dejarme entrar.

Chus sale de la habitación de su hijo y se ajusta las gafas en el puente de la nariz.

—¿Le lees tú un cuento? —le pregunta a su chica.

—Claro —responde ella con una sonrisa y entra en el dormitorio del que acaba de salir él. Así de fácil. No recuerdo cuándo fue la última vez que le pedí algo a Estrella y conseguí una sonrisa con la respuesta.

—¿Una birra? —Hace un gesto para que lo siga hasta la cocina, que es una zona de su salón, en su casa está abierta, no es una estancia separada.

Me pasa una cerveza cuando llegamos hasta allí. Nos apoyamos en la encimera y damos un primer trago en silencio.

—¿Por qué vas en pijama? —pregunta.

—No podía dormir. —Me encojo de hombros.

—¿Problemas?

—Creo que Estrella está mosqueada, pero no sé qué he hecho esta vez…

—¿Y si le preguntas? —sugiere tras otro trago.

—Será peor. —Niego con la cabeza y él asiente—. ¿Te puedo hacer una pregunta, nano?

—Claro —asegura.

—¿Vosotros folláis? —cuestiono en un susurro para que no me oiga Carina en la habitación de al lado.

Él se ríe entre dientes, pero contesta.

—Menos que antes de que naciera Andrea, la verdad, pero sí, claro.

—Pues nosotros no, nano. No recuerdo cuándo fue la última vez. Hace meses. Muchos meses.

—Ya. Bueno, no sé, piensa que Carina y yo llevamos juntos… cinco años. Vosotros lleváis muchos más.

—Catorce —matizo.

—Pues eso, catorce años y cuatro hijos, supongo que es normal, será una mala racha.

—Pues joder con la mala racha…

—No sé qué decirte, tío. Intenta ponerte en su lugar. Igual podrías buscar una canguro para una noche y salís por ahí los dos. Así, como idea, para desconectar un poco de los críos…

—Mola el rollo. Mañana se lo digo a Gina a ver.

—Eso, nano, y te la llevas a cenar por ahí, a un sitio bonito, que eso a las tías les mola.

Asiento y le doy otro trago a la cerveza, puede que sea una buena solución.

Vuelvo a casa y me acuesto. Retomo mi fantasía donde la he dejado esa tarde. Sí, fantaseo con mis propios recuerdos, con mi mujer, no pienso en otra. Catorce años después y sigo igual de pillado que el primer día. O que el segundo… Catorce años y aún recuerdo esa segunda noche como si hubiera sido ayer.

CINCO

ESA SEGUNDA NOCHE

SAMU

2002

Dormí unas cuantas horas. Que no hubiera nadie en casa me lo facilitó mucho. Me levanté a media tarde y mi primer pensamiento fue para ella, por supuesto. Sonreí al recordar la noche anterior. Sonreí de un modo exagerado.

A eso de las siete y media, decidí que era el momento de llamarla. Después de pasar la noche con una chica, hay que llamarla, eso lo tenía grabado a fuego. Igual se reía de mí por hacerlo, pero prefería eso a que pensara que solo quería echar un polvo y luego pasar de ella. Y más en su caso, que íbamos a seguir viéndonos en su casa. Lo que pasara a partir de entonces, dependía de ella. Yo la llamaba porque era lo correcto, y porque quería volver a verla, las cosas como son. Cogí el teléfono y me di cuenta de que no tenía su número. Iba a tener que llamar a casa de Marc. Y eso hice. Recé mentalmente para que fuera ella la que contestara el teléfono, pero no: fue él.

—¿Sí? —gruñó al otro lado de la línea.

—¿Qué tal, nano? ¿Cómo fue anoche?

—Mgrfñeh. —Fue lo más parecido a un sonido que emitió.

—¿Qué pasa? ¿Fue mal?

—No, no sé, normal… Es solo que he tenido un mal despertar.

Ni un polvo la noche anterior había conseguido desterrar a la agonía de nuestras vidas por un ratito. Con el subidón que tenía yo…

—¿Necesitas hablar? ¿Quieres que vaya? —«Di que sí, que necesito una excusa para pasarme por tu casa y hablar con tu hermana».

—No tengo nada de qué hablar —aseguró.

De verdad, no sabes lo bien que nos habría sentado a todos que hubiera reconocido lo que le estaba jodiendo vivo y que hubiera pedido ayuda.

—Bueno, pues, si quieres, me paso y echamos unas partidas, así desconectas de esa nada que te pasa.

Ni siquiera se rio de la tontería. Solo emitió un gruñido raruno antes de contestar.

—Vale, vente si quieres. Pero no tengo muchas ganas de nada, te lo aviso ya.

—Oh, sorpresa. —Sí, eso lo dije en voz alta.

Chasqueó la lengua.

—No me toques los cojones, Samu. Vente si quieres y echamos unas partidas, pero paso de salir a cenar o a tomar birras o lo que sea. Hoy me quedo en casa.

—Vale, nano, tranquilo, no salimos. —Si tú supieras que yo en realidad solo quiero merodear cerca de tu hermana—. Me doy una ducha y voy.

Cuando llegué eran poco más de las ocho de la tarde de un domingo, en realidad no eran horas de ir de visita a casa de nadie, pero, si esperaba a que empezara la semana, no sabía cuándo podría coincidir con ella. Un domingo a última hora era mucho más probable encontrarla en casa.

Durante el camino hasta allí, había ido pensando en las diferentes situaciones que me podía encontrar y en cómo resolverlas. Podría ser que ella no saliera de su habitación y tuviera que ir a buscarla. Eso iba a ser difícil de justificar, porque Marc tenía la Play en su dormitorio, que tenía baño propio y todo, no era muy creíble ninguna excusa que me llevara a salir de su cuarto. Vale, podría decir que tenía sed, solo esperaba que no se hubiera ocupado él también de que no nos faltara nada de beber. Menuda película me estaba montando yo solo y esa solo era la primera de mis opciones, aunque era la más chunga, la verdad.

Marc me abrió la puerta en pijama y con el pelo húmedo. Le llegaba por debajo de los hombros (como ahora, como siempre) y estaba dejando un par de manchas en su camiseta.

—Bonito pijama —sonreí.

Él me enseñó el dedo corazón a la altura de mi cara y sonrió también.

—Pasa antes de que me arrepienta y te mande a tu puta casa. —Se apartó a un lado y yo entré.

Lo seguí por el recibidor hasta el pasillo y se detuvo delante de la cocina.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó desde la puerta, bloqueando el acceso e impidiéndome ver si había alguien dentro.

—Ehhh… Mmmm… ehhhh —balbuceé como un anormal. Porque por un lado quería aceptar y hacer tiempo en la cocina por si aparecía ella, pero por otro eso implicaba anular mi coartada de salir a por algo para beber. Incluso era posible que ella estuviera ya ahí.

—Te he hecho una pregunta —gruñó.

—Mmm, no sé, ¿tú vas a tomar algo? ¿Estás solo?

A ver, sutil, lo que se dice sutil, pues no fui mucho, pero ya había lanzado la pregunta, que era lo importante.

—Mis viejos no están, pero tranquilo, que puedes tomarte algo aunque estén.

Mierda, esa respuesta estaba incompleta.

Entró en la cocina sin volverme a preguntar y lo seguí. No había nadie. Joder.

Abrió el frigorífico y yo me senté rápidamente a la mesa, de cara a la puerta de su casa (esa cocina tenía dos puertas, la otra daba a casa de Greta, pero eso es una larga historia que no es relevante para esto) y me encendí un cigarro.

—¿Birra o agua?

—Me da igual, lo que bebas tú.

—¿Tienes hambre?

—Siempre —sonreí. Lo cierto es que no había pensado en ello, pero mi cerebro era más rápido que yo y era del todo incapaz de rechazar cualquier cosa que saliera de la nevera de esa

casa, era como tener las sobras de un restaurante de lujo al alcance de la mano. Y yo llevaba todo el fin de semana alimentándome de lo primero que pillaba, porque me habían dejado solo desde el viernes y, aunque no se me daba mal cocinar, lo cierto es que me había rendido a la pereza.

Trajo una botella de agua fría, dos vasos, dos tenedores y un recipiente con lo que parecía algún tipo de ensaladilla. También trajo una bolsa de patatas fritas. Mi estómago rugió como agradecimiento. Apagué el cigarro enseguida y me lancé a comer. Apenas me había llevado el tenedor a la boca un par de veces y Marc, con su calma habitual, ni siquiera una, cuando oí una puerta que se abría fuera de nuestro campo de visión.

—¡Tete! ¿Dónde estás? —Mi corazón empezó a latir con fuerza ante la inminente aparición de Estrella. Nervios, eran putos nervios de adolescente. No sabía cómo gestionar el encuentro sin quedar como un crío.

—¡Cocina! —gruñó Marc.

El sonido de los pasos arrastrándose por el pasillo se escuchaba cada vez más cerca y su voz aumentaba de volumen también:

—¿Has ido al videoclub a devolver las pelis que te pedí ayer que…? Hola, Samuel, no sabía que estabas aquí. —Se quedó parada un momento y sonrió.

Y yo no estaba preparado para la imagen de ella que se acababa de materializar ante mí. Llevaba una especie de batín o albornoz de color rosa con capucha. Con la capucha puesta. Y la capucha tenía putas orejas de oso de peluche. Todo el batín parecía de peluche, de hecho. Tenía pinta de ser lo más suave del puto mundo y yo me moría por tocarlo todo entero. Y quitárselo. O que se lo dejara puesto y me hiciera una mamada con la capucha esa con orejas.

«Vale, Samu, relaja, intenta no ser más cerdo de lo imprescindible».

Pero ya no se me iba esa imagen de la cabeza. O la imagen de mí empotrándola sobre la encimera de la cocina con el batín ese abierto, pero con la capucha puesta. Sí, joder, la capucha esa por la que le asomaba el pelo húmedo. Las piernas también tenían gotitas de agua, era más que evidente que acababa de salir de la ducha. Fue inevitable imaginarme llevándola allí de nuevo y metiéndome bajo el agua con ella. Y luego metiéndome dentro de ella. Joder, si había follado hacía menos de veinticuatro horas, precisamente con ella, ¿qué era ese *salimiento*? Era demasiado hasta para mí… ¿Llevaría algo más debajo del batín? ¿Era posible estar más empalmado de lo que estaba yo en ese momento? Me atrevía a aventurar un *no* como respuesta a las dos preguntas.

—No, no fui a devolver las pelis —farfulló Marc con la boca llena—. Vaya pintas llevas, qué asco le tengo a esa bata, no sé por qué no la tiras. Estás ridícula.

Me pareció un comentario un poco desagradable por parte de su hermano, pero a ella pareció no molestarle, debía de estar acostumbrada.

—¿Estoy ridícula, Samuel? ¿Tú qué piensas? —se dirigió a mí con una sonrisa y cogió un puñado de patatas de la bolsa que había sobre la mesa.

Negué con la cabeza porque me acababa de meter comida en la boca y porque tampoco me veía muy capaz de articular sonidos coherentes.

—Eso es por educación, y porque sus hermanas son pequeñas, estará acostumbrado a esas movidas, pero a tu edad, Estrella, como que no…

—¿Qué tal anoche con Olga? —lo interrumpió su hermana.

—Mñsefjn —respondió él con su locuacidad habitual.

—¿Vas a llamarla?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero quedar con ella. Lo de anoche estuvo bien, era lo que ella quería. Si buscaba algo más, se equivocó de persona.

Estrella negó con la cabeza resignada antes de dirigirse a mí.

—Y tú, Samuel, he oído que también te fuiste con una de las chicas… ¿Tampoco la vas a llamar?

Me tomé mi tiempo en tragar lo que tenía en la boca antes de hablar:

—No tengo su número, me olvidé de pedírselo.

—Qué suerte, nano, tienes excusa. A mí me lo dio sin que se lo pidiera…

—Luego te lo doy yo si lo quieres. —Estrella me aguantaba la mirada con una sonrisa.

—Claro que lo quiero —aseguré.

—¿Quién era? —preguntó Marc.

—Si te decimos el nombre, ¿sabrás quién es? —preguntó su hermana.

—Ni de coña —se rio él—. En realidad, me la suda… ¿Estaba buena? ¿Te la tiraste?

—Sí —afirmé intentando sonar desinteresado para que no hiciera más preguntas.

—¿Sí estaba buena o sí te la tiraste? —preguntó Estrella con su cara más gamberra. Se había quedado de pie detrás de su hermano, que estaba sentado frente a mí. Ella acababa de tragarse la última patata y empezó a chuparse los dedos con mucha calma mientras me miraba fijamente.

—Sí a todo —farfullé.

—¿Fue guay, entonces? —preguntó él.

—Sí, fue genial —aseguré.

—De puta madre. —Se puso de pie—. Vamos a mi cuarto.

—Hasta luego, chicos —se despidió Estrella.

Yo seguí a Marc hasta su habitación y nos pusimos a jugar a la Play. Estaba más serio que de costumbre, y eso era mucho decir. Prácticamente no hablaba. Ni siquiera me intentaba picar cuando me ganaba una partida, cosa que le ha encantado hacer siempre. Parecía que, por lo que fuera, tenía un mal día. Y estaba más que comprobado que, aunque lo intentara, no me iba a contar qué coño le pasaba, así que simplemente lo dejé estar y fingí no darme cuenta.

Llevábamos unos veinte minutos jugando cuando Estrella dio un par de golpes en la puerta antes de asomar la cabeza. Todavía llevaba ese batín, pero ya no llevaba la capucha puesta.

—Tete, ¿me ayudas a bajar una cosa de la cocina que está muy alta y no llego?

—Ni de coña. Pilla una banqueta o una escalera —contestó su hermano sin apartar la vista de la pantalla.

—Va, porfa, que no te cuesta nada…

—Paso.

—Yo te ayudo —me ofrecí poniéndome de pie al momento. Era mi oportunidad perfecta para hablar con ella.

—Gracias, Samuel.

—No hace falta que lo hagas —me dijo Marc—, que se apañe.

—No me cuesta nada —aseguré y me acerqué a la puerta.

La seguí por el pasillo mientras oía a su hermano berrear desde su habitación:

—¡No voy a parar la partida, vas a morir!

—¡Cuento con ello, cabrón! —grité de vuelta.

Entramos en la cocina y eché un vistazo a los armarios superiores. No eran demasiado altos, con estirarme un poco podría coger lo que ella necesitara.

—¿Qué es lo que no alcanzas? —le pregunté.

Tiró de las trabillas de mi pantalón hasta pegarme a ella.

—Un orgasmo —susurró con una sonrisa de esas tan suyas.

Yo solté todo el aire de los pulmones en un solo resoplido, la levanté a pulso y empecé a besarla. De un modo muy torpe, también te lo digo, no estaba muy fino yo después de ese comentario. Ella me rodeó la cintura con las piernas y yo me acerqué a la encimera y la senté allí. Me separé un momento de sus labios para coger aire.

—¿No querías nada entonces? —pregunté confuso.

—Oh, sí —sonrió—, claro que quiero algo.

Me reí entre dientes, era absolutamente perfecta.

—¿Y si llega a decirte que sí tu hermano?

Soltó una carcajada.

—Cielo, mi hermano me quiere con locura. No dudo que le daría una paliza a cualquiera que me hiciera daño o incluso lo veo capaz de recibir una bala por mí si se diera el caso, pero levantar el culo para hacerme un favor o rellenarme el vaso de agua en la mesa… No, eso son cosas que no haría ni de coña. Me daría uno de sus riñones, pero jamás una de sus camisetas. Hermanos. —Se encogió de hombros.

—Y yo no sé qué hacemos hablando de él todavía. —Sonreí y le puse la capucha.

—¿Te gusta más mi batín con la capucha puesta, Samuel?

Asentí sin dejar de sonreír.

—¿Te has preguntado si llevaba algo debajo?

Me reí y volví a asentir.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Cuál es la respuesta?

Se mordió el labio, negó con la cabeza y apretó el agarre de sus piernas alrededor de mis caderas. Yo resoplé antes de susurrar:

—No es que no me fíe, pero lo voy a tener que comprobar.

Ella se inclinó un poco hacia atrás apoyando las manos en la encimera.

—Lo entiendo perfectamente —ronroneó—. Compruébalo, por favor.

Miré hacia la puerta de la cocina de reojo durante apenas un segundo, pero se dio cuenta y sonrió.

—No va a venir —susurró.

Me reí entre dientes nervioso perdido durante un momento en el que sopesé todas las opciones posibles. Finalmente venció el calentón y le desaté el cinturón. La gravedad hizo el resto. Y ahí estaba ella tal como me la había imaginado nada más verla, con el batín abierto y la capucha puesta. Y con sus piernas aferradas a mi cintura.

Deslicé mis manos cubriendo cada centímetro de su cuerpo. Su piel se erizaba a mi paso. Era suave y preciosa. Y yo quería más, más de todo.

Ella se incorporó un poco y metió las manos por dentro de mi camiseta. Resoplé como pude todavía con la inquietud de que apareciera su hermano en cualquier momento.

—Vamos a mi casa —murmuré cuando empezó a mordisquearme la mandíbula—, que sigue sin haber nadie.

—No puedo, cielo, hoy no.

Deslizó una de sus manos por dentro de mi pantalón y me rodeó con ella. Y a mí me fallaron hasta las rodillas. En ese momento me habría ido con ella a donde me hubiera pedido. Con la mano que le quedaba libre, cogió una de las mías y la llevó entre sus piernas, pero no retiró la suya, la mantuvo sobre la mía para marcarme el ritmo. Y ahí estaba ella, con el puto batín abierto y la capucha puesta y masturbándonos a los dos a la vez. Era mejor que cualquiera de las cosas que yo me había imaginado previamente. Con Estrella siempre ha sido todo más increíble que en

mis fantasías más locas.

De repente, paró en seco y apartó mi mano también. Se ató el batín y bajó de la encimera de un salto mientras susurraba: «mis padres». Yo no había oído nada, pero en ese momento me llegaron voces de otra habitación.

Ella abrió uno de los armarios altos y señaló el último estante de arriba.

—Eso de ahí, ese molde redondo. ¿Lo puedes bajar, Samuel? ¿Llegas? —preguntó tan tranquila en el puto momento en que su madre y la de Greta entraban en la cocina. Yo aún estaba un poco fuera de juego. Seguía empalmado y no me había dado demasiado tiempo a asimilar el parón tan brusco. Me estiré para alcanzar lo que me pedía Estrella y se lo bajé.

—Samuel, cariño, cuánto tiempo sin verte, qué guapo estás —dijo Reyes, mi por aquel entonces futura suegra—. ¿Te quedas a cenar?

Así era en esa casa, siempre me habían hecho sentir como en la mía propia.

—Claro, gracias, Reyes —asentí.

Marc y su padre llegaron cuando estábamos terminando de poner la mesa. Estrella y yo no nos habíamos dirigido la palabra en todo el rato que habíamos estado con su madre y la de Greta. Por eso me sobresalté un poco cuando se dirigió a mí delante de todo el mundo.

—Samuel, ¿es tuyo ese teléfono? —preguntó mientras señalaba un móvil que descansaba sobre la encimera de la cocina. Y sí, era el mío, pero yo no recordaba haberlo sacado de mi bolsillo en ningún momento. Ella lo cogió de donde estaba y se acercó a dármelo. Aprovechó para susurrarme al oído:

—Cuando mi madre te pida que te quedes a dormir, dile que sí.

Nadie más había escuchado eso, pero a mí me había dejado descolocadísimo.

Nos sentamos todos a cenar y me hicieron unas cuantas preguntas sobre mis estudios y mi familia. Lo típico de una conversación agradable y educada.

—¿Dónde dijiste que había ido de viaje tu familia? —preguntó Estrella.

—A París, se han llevado a mis hermanas a Disney —expliqué.

—¿Y te has quedado tú solo? ¿Cuándo vuelven? —quiso saber Reyes.

—El martes.

—Quédate a dormir aquí, cariño. No te vayas a estas horas a tu casa para estar solo —sugirió. Estrella me guiñó un ojo disimuladamente desde el otro lado de la mesa.

—Mamá, joder, que tiene pelos en los huevos, se puede quedar solo en su casa —gruñó Marc.

—Marc, no hables así, y ya sé que se puede quedar solo, pero lleva muchos días, igual hoy le apetece tener compañía. ¿Qué dices, Samuel? ¿Te apetece quedarte a dormir?

—Claro, Reyes, gracias. La verdad es que me estaba dando un poco de pereza pensar en irme a casa después de cenar.

—Pffff… —resopló Marc—, lo que daría por estar yo unos días solo.

—Para lo que te dejas ver, como si lo estuvieras —sentenció su padre. Él puso los ojos en blanco y no contestó. En su lugar, se dirigió a mí.

—¿Dónde vas a dormir? No me hagas sacar la cama de abajo, nano, que estoy reventado.

—Pues en la habitación de Jaime, por ejemplo —dijo Estrella refiriéndose a su hermano mayor, que hacía varios años que se había independizado.

—Claro, Samuel, te quedas en la habitación de Jaime. Marc te deja un pijama y listo —propuso su madre. Yo dije que sí a todo sin tener muy claro cuál era el plan de Estrella.

Cuando me quedé solo en la habitación, empecé a preguntarme qué debía hacer. ¿Esperar a que viniera Estrella? ¿Ir a su habitación? Estaba más nervioso e inseguro que nunca en mi puta vida. Porque claro que quería seguir con lo que habíamos empezado en la cocina, pero también quería hablar con ella. Igual ella solo quería hablar. Igual quería que habláramos por la mañana y por eso había sugerido que me quedara a dormir. En realidad, no era prudente hacer nada con toda su familia en casa… El sonido de un nuevo mensaje me sacó de mis pensamientos.

ESTRELLA: Ven a mi habitación. No llames, entra directamente. No hagas ruido.

¿Me había quitado el móvil para guardar su contacto y coger mi número? Confieso que eso me impresionó. Y me puso muy cachondo también. Soy un tío fácil, no pretendo engañar a nadie a estas alturas.

Me deslicé fuera del dormitorio con el corazón latiéndome en la garganta. Toda la casa estaba a oscuras y en silencio. Sabía de sobra cuál era su habitación, aunque nunca había cruzado la puerta. Giré la manilla muy despacio para no hacer ruido y entré rápidamente. Una vez dentro, cerré con el mismo cuidado con el que había abierto.

—Echa el pestillo y ven aquí —susurró desde la cama, donde estaba sentada con las piernas cruzadas y todavía con ese batín.

«Echa el pestillo y ven aquí», seis palabras capaces de conseguir una erección instantánea. ¿Qué esperabas? Te acabo de decir que soy un tío fácil. Obedecí como el fiel servidor que soy y luego me acerqué a ella. Palmeó el colchón y me senté a su lado.

—Hola —articulé casi sin emitir sonido. Tenía pánico a que me oyera Marc o uno de sus padres.

Se acercó a mí y me besó. Sus labios atraparon los míos y su lengua salió a mi encuentro. Un beso como los de la noche anterior. Rápido, húmedo, ansioso, desesperado. Yo quería lamer, succionar, morder… Y quería hacerlo todo a la vez, pero eso era dolorosamente imposible.

—¿Tienes condones? —preguntó en un murmullo y separándose lo justito de mi boca.

—Mmm… En el pijama de tu hermano, no —me reí entre dientes casi sin sonido.

—¿Y en la habitación?

—No, no he traído. Yo no venía a esto…

—¿No quieres? —Se separó de mí y me miró raro.

Sonreí.

—Que no viniera para esto no significa que no quiera.

—Buena respuesta. —Me devolvió la sonrisa—. Pues, ya que no tenemos condones, tendremos que ponernos creativos.

—¿Qué propones? —pregunté antes de volver a pasar la lengua por sus labios.

—De momento —dijo mientras metía las manos bajo mi camiseta—, esto fuera.

Me la quité en un único movimiento para facilitarle la tarea. Ella apoyó una mano en mi pecho y empujó para darme a entender que quería que me tumbara. Lo hice porque ¿quién era yo

para contradecir sus deseos? Se sentó a horcajadas sobre mí.

—Me pone cachondísima lo rubio que eres —susurró mientras arañaba con esas uñas tan femeninas el escaso vello que se iniciaba bajo mi ombligo y desaparecía tras la cinturilla del pantalón. Rozó el elástico y uno de sus dedos hizo el amago de colarse dentro—. Podríamos cumplir fantasías, ¿qué te parece?

—¿Qué tipo de fantasías? —Sonreí.

—A ver, de momento… —Se levantó y fue hacia el armario—. Voy a necesitar cosas.

Volvió enseguida con un pañuelo grande que tenía pinta de ser muy suave.

—¿Para qué es eso? ¿Quieres vendarme los ojos? —pregunté en el tono silencioso que llevábamos usando todo el rato.

Negó con la cabeza.

—No, eso igual otro día. —Ahí estaba otra vez como el día anterior. «Otro día». De nuevo estaba pensando en volver a verme. Y a mí me parecía una gran idea—. Hoy creo que me conformo con atarte a la cama, ¿te parece? —Sonrió.

—Mmmm, vale, y tengo mucha curiosidad por saber para qué me quieres atado.

—Te voy a atar en falso, mira. —Pasó el pañuelo entre los barrotes del cabecero y luego lo enrolló en mis muñecas—. Cógelo así, la sensación que te da es la de que estás atado, pero en realidad eres tú mismo el que te tienes retenido. Si abres los puños, quedas libre. Te costará un poco desenrollar las muñecas, pero podrías hacerlo tú solo, ¿vale?

—Vale —me reí entre dientes—, pero podías haberlo hecho de verdad, confío en ti.

—Bueno, por si acaso… Ahora, de momento, te voy a desnudar…

Emití un extraño jadeo de anticipación mientras ella llevaba las manos a mi cintura. Me bajó el pantalón y la ropa interior dolorosamente despacio. Yo seguía «atado» y la observaba con atención. No entendía qué quería hacer conmigo, pero todo me parecía bien.

—Qué a tope estás, ¿no? —Sonrió y me observó con calma. Entendí que se refería a mi empalme.

—Desde que me has dicho «echa el pestillo» —susurré. Ella ahogó una risita y se mordió el labio.

Toda su habitación estaba decorada en blanco, negro y rosa. Todo muy dulce, como ella con su batín también rosa con orejitas. Corrijo: como ella hasta el día anterior. Todo había cambiado y Estrella había pasado en un abrir y cerrar de ojos de ser la dulce hermana de Marc a ser el centro de mis fantasías y mis deseos más animales. Y encontrarme desnudo y atado a su cama en esa habitación como de cuento de hadas me resultaba morboso, muy morboso.

Alargó el brazo y alcanzó un peluche de Hello Kitty que había apoyado en la almohada, junto a mi cabeza, y en el que yo ni había reparado. Le abrió un velcro y sacó algo de su interior. Me lo enseñó mientras aguantaba la risa.

—Quiero jugar contigo con esto —susurró.

—¿Qué es eso? ¿Un tampax? —Te juro que es lo que parecía por forma y tamaño.

—Un vibrador —sonrió.

—¿Le acabas de sacar a Hello Kitty un vibrador del culo? —Ahogué una carcajada, no podía hacer ruido—. ¿Qué pretendes hacer con él? Yo tengo algo mejor que eso…

—Te recuerdo que no tenemos condones —susurró.

—Cierto —me reí entre dientes—. Pues me vas a tener que desatar, porque para usar eso voy a necesitar las manos…

—No lo vas a usar tú, lo voy a usar yo —explicó.

—Ah, joder, y yo te miro aquí atado. Eres cruel, Estrellita, ¿me vas a hacer mirar cómo te lo

montas tú sola sin dejarme ni tocar? No te digo que no me ponga cachondo la idea, pero voy a sufrir, lo veo venir.

Ella me miró fijamente y su sonrisa se amplió.

—Samuel, no has entendido cómo quiero usarlo… Lo voy a manejar yo, pero no en mí. Este es muy pequeño, yo los uso más grandes. Quiero usarlo en ti.

—Pero no se puede, yo no tengo… —Sí, tardé en pillarlo, no te descojones de mí—. ¡Noooo! —grité en silencio, es raro, pero lo hice una vez que entendí lo que a estas alturas tú ya habrás supuesto—. ¿Cómo? ¿Por el culo? Ni de coña, tía, ¿estás loca?

—Venga, porfaaaaaaa —suplicó ilusionada como una niña con un juguete nuevo que se muere por estrenar.

—No, no, no, ni pensarlo —negué enérgicamente moviendo la cabeza de lado a lado.

—Ya, en realidad lo suponía… Eres muy joven, es normal que te sientas inseguro respecto a tu sexualidad… —Sí, la muy rastrera empezó a usar psicología inversa conmigo—. Entiendo que con una masculinidad frágil dé miedo probar algo así. No pasa nada, olvídalo… Hay quien es reacio a experimentar cosas nuevas. Lo entiendo y lo respeto…

—Eh, que yo ni me siento inseguro con mi sexualidad, ni tengo la masculinidad frágil, ni tengo miedo de probar cosas nuevas. —Sí, ya puedes empezar a descojonarte de cómo me tragué el anzuelo a la primera. Entiéndeme, es psicóloga, es buena con estas cosas. Y yo era un pipiolo de veintidós años, no lo olvidemos.

—Entonces ¿eso es un sí? —Sonrió, se tumbó sobre mí y me pasó la lengua por los labios. Atrapé el suyo entre mis dientes antes de besarla con todas las ganas que tenía encima.

—Haz conmigo lo que quieras —susurré sobre su boca.

—Cómo me pones, Samuel. —Se incorporó y sacó un bote del cajón de la mesilla antes de alejarse de mí y colocarse entre mis piernas. Yo respiré hondo, excitado y acojonado a partes iguales—. Vamos a encontrar tu punto G.

Identifiqué el contenido como algún tipo de lubricante cuando lo derramó sobre dos de sus dedos. El corazón empezó a retumbarme en los oídos. Yo podía vivir muy tranquilo como hasta entonces, sin saber dónde estaba mi punto G, no me parecía algo vital. Pero ya le había dicho que sí y no quería ser el crío que se acojonaba al pensar en lo que iba a pasar. Aunque lo era.

Respiré hondo de nuevo y decidí confiar en ella.

—Relájate un poco, Samuel —susurró mientras llevaba la manita en cuestión a mi zona prohibida—. Ahora mismo podrías partir una nuez con el culo. —Los dos nos reímos de ese comentario y yo me sentí algo más tranquilo, pero no demasiado, la verdad.

Hice un esfuerzo sobrehumano y me concentré en destensar los músculos de la zona. Cerré los ojos por si me resultaba más fácil y lo cierto es que ayudó un poco. No tardé en experimentar una de las sensaciones más extrañas hasta ese momento. Sus dedos deslizándose con suavidad sobre mi piel, tanteando la entrada a mi zona restringida, una nunca antes explorada por nadie… Ni siquiera por mí mismo. El lubricante creaba una fricción que, confieso, resultaba de lo más agradable. Se me escapó un gemido y abrí los ojos. La miré mientras mi respiración se iba acelerando.

—¿Qué tal? ¿Bien?

Asentí y seguí respirando profundamente.

—¿Eres zurda? —pregunté en un susurro.

Ella se tapó la boca con la mano que tenía libre para no hacer ruido al reírse.

—¿De eso estás pendiente en este momento?

—Es que me acabo de dar cuenta… Te manejas muy bien con la izquierda, o eres zurda o

quiero saber qué eres capaz de hacer con la derecha…

—Sí, lo soy, pero tú concéntrate en lo importante, que vamos a pasar al siguiente nivel —sonrió y yo volví a tensarme un poco, pero nada que ver con un momento antes, estaba mucho más relajado—. Cierra los ojos y no pienses, solo déjate llevar…

Obedecí y al instante volví a notar más lubricante y un intruso extraño, además de sus dedos, a los que ya me había acostumbrado y que fueron tanteando el camino para abrirle paso a su amigo, al que en principio nadie había invitado a la fiesta. Y entonces ocurrió. Noté cómo se abría paso hacia mi interior. Un soldado realizando una incursión militar en territorio hostil. Un pequeño Magallanes aventurándose en tierra virgen. Era raro. Era la hostia de raro.

—¿Bien? —susurró.

Asentí con la cabeza algo inseguro todavía. Era una sensación nueva, muy diferente a todo. El pequeño explorador fue ganando terreno poco a poco y yo hice un gran esfuerzo por ponérselo fácil. Entonces, ocurrió. El bicho tocó algo dentro de mí que, en principio, me hizo dar un respingo y, a continuación, vaciar el aire de mis pulmones. Una ola de calor me envolvió y no era capaz de tragar el aire de mi alrededor.

Abrí la boca para decir «hostia», superado como estaba por esa nueva sensación, pero lo que salió de mis labios fue un gemido ininteligible. Ella me miraba fijamente y con la respiración agitada.

—Samuel… —murmuró—, ¿vas bien?

Asentí y, cuando estaba a punto de hablar, ella accionó algo en el aparato y aquello se puso a vibrar. Me agarré con fuerza al pañuelo que sujetaba mis muñecas y creo que los ojos se me volvieron del revés… Oh, joder, ¿qué cojones era eso? Algo me ardía por dentro y me subía hasta la cabeza. No podía abrir los ojos ni cerrar la boca. Toda mi sangre se había bajado a la polla, puede que incluso también la de ella, porque era hasta doloroso.

—Joder, Samuel, cómo estás… —susurró.

—Estrella —conseguí murmurar entre gemidos—. Tócame un poco… o algo…, necesito… correrme… y así… no voy… a poder…

—Claro, cielo —sonrió y se puso la capucha con la mano que tenía libre. Se inclinó hacia mí y yo adiviné su intención.

—No, joder, Estrella —farfullé como pude—. Con la boca no, con la boca n…

Tarde. Me rodeó con sus labios y, al segundo movimiento de su cabeza, me corrí. Mucho y muy fuerte. Creo que hasta convulsioné, nunca me había visto en una situación así, con dos estímulos simultáneos. Parecía que el orgasmo no terminaba nunca y juro que pensé que me iba a dar un chungo, que no iba a ser capaz de soportarlo. Cuando por fin pasó, aún tardé un poco en abrir los ojos. No me di cuenta de cuándo ella me sacó aquello de dentro ni de qué hizo con él. Yo abrí los puños y solté el pañuelo, pero no me vi capaz de más. Al momento fue Estrella la que se incorporó para desenrollarme la tela de las muñecas. En cuanto tuve las manos libres, le cogí la cabeza y la besé. Con ganas. Con labios, lengua y dientes.

—Bien, ¿no? —preguntó con una sonrisa.

La volví a besar como respuesta.

—¿Ha sido tu primera vez, Samuel? ¿Por eso no querías? —susurró al separarse de mí.

—A ver, Estrellita. Vamos a dejar algo claro: me acabas de desvirgar el culo y me he corrido en tu boca. Creo que ya tenemos la confianza suficiente para que me llames *Samu*.

Ella ahogó una carcajada y se tumbó sobre mí. Yo aproveché para acariciarle las piernas por debajo del batín.

—Vale, «Samu», ¿me contestas? ¿Ha sido tu primera mamada?

Oírle decir *mamada* con esa voz, en serio, no te lo puedes imaginar… Le mordí el labio y ella usó la lengua para saludar a los míos. Ronroneé de puto placer.

—¿Te da vergüenza contestarme? —Sonrió.

—No, no, es que me distraes. —Le di otro mordisquito en el labio—. No, no ha sido la primera. —Le pasé los dientes por la mandíbula—. Pero sí la primera decente.

Disimuló una risita antes de hablar.

—Pobre chica, tampoco lo haría tan mal, ¿no?

—Pffff… —resoplé—. Cada tres segundos paraba para decirme: «no te corras sin avisar, ¿eh?». Me cortó todo el rollo.

—¿Y te corriste sin avisar? —Se ríe.

—No me corrí ni avisando. Con esa cortada de bola, imposible. Por eso no quería, porque sabía que esta vez me iba a correr enseguida y que ni de coña iba a poder avisarte. —La besé—. Lo siento, en serio, no me ha dado tiempo.

—Yo no necesito que me avises. —Sonrió—. A mí me gusta que me sorprendas. —Hizo un movimiento sugerente con las cejas.

—Joder, Estrella, cómo me gustas. —La cogí de la nuca y volví a besarla—. Por cierto, ¿qué has hecho con…? ¿Te lo has tragado?

Aguantó la risa y asintió con la cabeza. La besé y rodé con ella sobre el diminuto colchón para ponerla debajo de mí.

—¿Qué hago ahora contigo? —murmuré—. ¿Qué quieres?

—Usa los dedos, Samu, así puedo lamer tus labios todo el rato.

Resoplé tras su comentario y me dejé caer a su lado para poder mover la mano con comodidad mientras acercaba mi cabeza para besarla. Ella usó su propia mano para guiarme en posición, movimiento y velocidad. Hice todo lo que me indicó y al momento la tenía gimiendo en mi boca al ritmo de mis dedos.

Me pasó la lengua por el cuello y empezó a respirar cada vez más deprisa. Su mano me instaba a acelerar la velocidad de la mía. Y lo hice, hubiera hecho cualquier cosa que me hubiera pedido. Reconocí su cambio de ritmo y de respiración del día anterior.

—Quiero gritar, Samu, quiero gritar —susurró entre jadeos.

Toda mi sangre abandonó mi cuerpo y me envolvió un sudor frío. Joder, no, ahora no, aquí no.

—No, Estrella, por favor…

—Necesito gritar —farfulló.

—Muérdeme —susurré acercándole mi hombro a la boca.

Y lo hizo. Joder si lo hizo. De milagro no fui yo el que chilló, porque hasta sangré un poco. Pero el pánico a que me encontraran en esa situación su hermano o su padre era demasiado grande. Aún hoy, catorce años después de aquello, sigo teniendo en el hombro la marca de aquel primer mordisco.

Tras unos minutos abrazado a ella, mientras se normalizaba su respiración, la abandoné un momento para ir al baño que tenía dentro de su cuarto. Ya de camino a la cama de nuevo, algo en mi visión periférica captó mi atención y me hizo acercarme a su librería. Juro que no me podía creer lo que estaba viendo.

—¿Tienes una foto mía en un marco en tu estantería? —Creo que me salió hasta un gallo, aunque había hablado en la voz más baja que había podido.

Ella empezó a reírse en silencio y se tapó la cabeza con la almohada. Hacía rato que nos habíamos deshecho del batín; y verla desnuda, muerta de risa y escondiendo la cabeza era algo tan bonito que daba miedo.

Fui hasta la cama, aún con la foto en la mano, y me tumbé a su lado.

—¿Me lo explicas? —pregunté en voz baja algo contagiado de su risa.

Le quité el cojín y ella se secó una lágrima. Tenía la cara muy roja y no paraba de reírse. Alcé las cejas para darle a entender que esperaba una respuesta.

Se incorporó y se quedó sentada.

—A ver por dónde empiezo —se rio.

Yo me incorporé un poco y deslicé los dedos desde su cadera hasta su pecho. Te juro que era humanamente imposible tenerla desnuda a mi lado y no tocar.

—Pues, verás, cuando Greta se lio contigo, yo la animé para que te diera una oportunidad. Creo que le dije algo así como que estabas tan bueno como para hacerte una sesión de fotos y empapelar una habitación con ellas.

Se dejó caer sobre el cojín que yo le había quitado y le volvió a dar la risa nerviosa. Una sonrisa subió a mis labios sin permiso. Me dio tanto subidón enterarme de eso que no la pude controlar. Le volví a quitar la almohada para que terminara de explicarse.

—Luego, esa misma Navidad, para hacer la coña, Greta me regaló el marco con tu foto.

—Greta.

—Sí.

—Greta aún estaba aquí.

—Sí.

—Entonces, de eso hace…

Apretó los ojos con fuerza.

—Casi tres años, creo…

No quería reírme, pero la sonrisa que debía de tener en ese momento creo que hablaba por sí sola.

—Y no la has quitado en todo ese tiempo.

—Era la idea, pero el marco es muy pequeño, no podía poner una de mis amigas… Y no tengo novio ni nada. No iba a poner a nadie de mi familia, no me apetecía una foto de mi hermano… Pensé en poner alguna de un cantante, un actor o un modelo, pero lo cierto es que no encontré ninguno que me pareciera más guapo que tú. —Se puso roja de nuevo y escondió otra vez la cabeza en el cojín.

Mi corazón, mi ego y mi entrepierna alzaron el vuelo en ese momento.

Me tumbé a su lado, le quité la almohada y la abracé. Aunque me había dado todo el subidón del mundo su confesión, entendía que estuviera un poco avergonzada.

—Te juro que no soy una loca obsesionada contigo —aseguró intentando no reírse.

—Qué lástima, porque igual yo sí que estoy empezando a obsesionarme contigo. Tendrás que darme una foto tuya para que yo haga lo mismo.

Me besó. Nos besamos y acariciamos hasta que terminamos masturbándonos de nuevo el uno al otro en silencio. Al acabar, me quedé abrazado a ella sin saber muy bien qué hacer.

—¿Quieres que me vaya?

—¿Quieres irte?

—No —confesé.

—Con que te vayas antes de que empiecen a despertarse, suficiente.

Asentí y volví a abrazarla.

Nos pasamos el resto de la noche hablando en susurros mientras no dejábamos de acariciarnos. Nos besamos también bastante, pero, sobre todo, hablamos. Nos hicimos preguntas muy personales y fuimos totalmente sinceros. Para que te hagas una idea del nivel, me llegó a preguntar cómo me hacía sentir no saber quién era mi padre. Curiosamente, era algo que nunca me había preguntado nadie. Pero ella lo hizo, y no por morbo, sino para conocerme más, para entenderme, para ponerse en mi piel.

Ella me habló de sus relaciones pasadas y de muchas otras cosas. Nos confesamos secretos y verdades hasta que empezó a amanecer. Con todo el dolor del mundo, abandoné su habitación en cuanto oímos a lo lejos el primer despertador.

Creo que esa noche empezamos a enamorarnos. Sí, los dos. Sé que, tal como nos has visto en el presente, igual no te lo parece, pero te aseguro que ella también se enamoró de mí, que hubo un tiempo en el que lo estuvo, ambos lo estábamos. Yo sigo igual que entonces, pero a ella no sé muy bien en qué momento la perdí.

SEIS

DEMASIADO CANSADA

ESTRELLA

Empieza un nuevo día igual que todos los demás. Me levanto la primera y preparo café. Mientras se hace, reviso las mochilas de los niños para comprobar que no queden restos de los almuerzos del día anterior. Nico y Manu, los dos pequeños, se dejaron medio sándwich. Menos mal que los he descubierto a tiempo, no sería la primera vez que encuentro en alguna de las bolsas restos de comida con vida propia. Preparo las mochilas de los cuatro, aún son pequeños para hacerlo por sí mismos, qué ganas tengo de que llegue ese momento, la verdad. Me suena que uno de ellos tenía que llevar hoy algo, pero no lo recuerdo. Entro en WhattsApp para ver si en alguno de los grupos de padres (que, por supuesto, tengo silenciadísimos) dicen algo al respecto, pero hay cientos de mensajes en todos ellos hablando de los piojos de ayer. Paso los de todos los grupos y escribo una frase en uno de ellos que copio en los otros tres.

ESTRELLA: Buenos días, ¿sabéis si tenían que llevar hoy algo a clase?

Miro la hora para comprobar que ya voy justa de tiempo. Por favor, que no fuera hoy, que ninguno tenga que llevar nada. Bloqueo el teléfono y me pongo a preparar los almuerzos. Samu aparece en la cocina bostezando cuando estoy metiendo las fiambreras en las mochilas.

—Buenos días, mi amor —sonríe y se acerca a mí—. ¿Me das un beso?

Se inclina hacia mí y yo me pongo de puntillas para darle uno rápido con intención de seguir con todo lo que tengo que hacer y que no me va a dar tiempo. Pero me retiene y me da un abrazo. No quiero rechazarlo, pero me estoy poniendo nerviosa porque aún tengo que despertar a los niños y vestirlos.

—Cielo, voy fatal de tiempo —susurro, algo tensa, entre sus brazos.

—¿No tienes un minutito para tu chico?

—No tengo un minutito para nada que no sean mis otros cuatro chicos.

Suspira, pero me suelta y yo voy a toda velocidad a despertar a las fieras.

Los saco de la cama y los llevo hasta la cocina para que desayunen. Oigo a su padre dándose

una ducha. Canta a gritos bajo el agua y sus hijos se ríen aún medio dormidos. Los dejo desayunando y voy a prepararles la ropa que se tienen que poner. Dejo encima de las camas las prendas preparadas y encuentro asomando por debajo de una de ellas una bolsa de deporte. Maldigo mi memoria y voy hasta el horario que tenemos en la puerta de la nevera para comprobar si hoy alguno tiene Educación Física. Guille. Me habría facilitado mucho la vida que dejaran a los gemelos en la misma clase, pero no, política del centro, tienen que separarlos. Bueno, y a los otros dos, que, aunque no sean gemelos, se llevan solo nueve meses y van al mismo curso. Los gemelos nacieron en abril de 2010, Nico en enero de 2011 y Manu en octubre de ese mismo año. Sí, no respetamos la cuarentena ninguna de las dos veces. Ríete de mí si quieres. O llora conmigo, también lo entiendo. El caso es que ahora mismo tengo a dos niños en primero de Primaria y a los otros dos en el último curso de Infantil. Cada uno en una clase. Y yo tengo cuatro horarios diferentes que memorizar.

—Venga, venga, acabad, que no llegamos. —Doy palmitas con las manos para meterles prisa a ver si así espabilan.

—Lo que no entiendo es por qué no desayunan ya vestidos. Ganarías tiempo —sugiere Samu al entrar en la cocina ya duchado, vestido y deslumbrante.

—Porque se manchan y luego hay que cambiarlos.

—Vale, tiene sentido. Ve a vestirte, yo me ocupo de ellos.

—Pero vístelos ya, que no llegamos —advierto.

—Sí, tranquila, todo controlado. Vístete.

Me voy a la habitación y me pongo unas mallas y una sudadera, porque es lo que tengo más a mano y me fío regular de que él vaya a vestir a los cuatro a tiempo.

Cuando llego a la habitación de nuevo, solo hay un niño y medio vestido.

—Guille, la bolsa de deporte, que tienes Educación Física —digo al entrar ya cabreada por que todavía estén así—. ¿No has dicho que los vestías tú, que me fuera tranquila?

—No me has dado tiempo —se defiende mientras termina de vestir al segundo.

—Ya acabo yo, ve a peinar a los que ya están. —Sale de la habitación con ellos—. ¡Y lávales la cara! —Añado en un grito porque no me fío de que se le ocurra si no se lo recuerdo.

Diez minutos después, estamos a punto de salir por la puerta cuando me acuerdo de los mensajes de los chats. Echo un vistazo rápido y hay un montón en todos los grupos, pero en ninguno me han etiquetado. ¿Pero es que la gente no sabe «responder» un mensaje? Me ahorrarían mucho tiempo si solo tuviera que entrar a ver ese. En la clase de Manu son todo *noes*. Maravilloso. En la de Dani alguien ha perdido una chaqueta de chándal y todos van informando de que en las mochilas de sus hijos no está. Hay tantos *noe*s que ya no sé si es solo por la chaqueta o si alguno se refiere a mi pregunta. En la clase de Guille alguno está malito y no irá hoy a clase. Leo varios *noes* entre cientos de *que se mejore*. Pero es en la clase de Nico donde está la bomba. Alguien ha escrito: «un paquete de macarrones, cola blanca y purpurina». Mierda.

—¡Busca cola blanca! —le grito a Samu mientras voy al armario donde guardamos la pasta. Encuentro un paquete de macarrones sin abrir y lo venero como si fuera el Santo Grial.

—¿Para qué? —pregunta él en lugar de buscar lo que le he pedido.

Resoplo por la nula ayuda y voy yo misma al cajón donde guardamos todas esas cosas. Encuentro un bote reseco y medio vacío, pero tendrá que valer. Le meto ambas cosas a Nico en la mochila.

—Dile a la seño que en casa la purpurina está prohibida desde que le reventó un bote a tu hermano en la mochila. Y si tiene algún problema, que me llame.

Nico pone cara de fastidio, pero no se queja.

—¿Qué tenemos para almorzar?

—Sándwich —le informo mientras voy empujándolos a todos fuera de casa.

Samu cierra la puerta y pasa la llave mientras yo llamo al ascensor.

—¡Mamá! —se queja Nico—. Es viernes, es el día de la fruta.

Mierda. A alguna mente pensante del colegio se le ocurrió que los padres no vamos lo bastante agobiados ya y decretó que los viernes tenían que llevar fruta para almorzar. Estamos acabando el curso y el total de viernes que me he acordado de ponerles fruta asciende a la friolera de dos.

—Bueno, pues el próximo viernes, fruta —intento quitarle importancia.

—Siempre dices lo mismo —protesta.

Resoplo.

—Si alguien te dice algo…

—Sí, que te llame —me interrumpe con un gruñido.

Decido dejar ahí la conversación, porque tampoco vamos a solucionar nada, llegamos tarde.

Ya en el ascensor, cojo la goma que llevo en la muñeca y me recojo el pelo para disimular un poco que no me he peinado. Me encuentro con la mirada y la sonrisa de Samu en el espejo.

—Estás guapa —me dice.

Y yo siento ganas de llorar, porque él sí que está guapo. Guapísimo, de hecho. Pero yo…, yo tengo cara de demacrada. Hace unos meses que cumplí los cuarenta, pero aparento muchos más. Siempre he tenido cara de cría, pero he pasado directamente a tener cara de vieja. Y él… Él es como un puñetero dios del Olimpo. Parece que no haya cumplido aún los treinta, aunque tiene ya treinta y seis. En cualquier caso, pese a que nos llevamos poco más de cuatro años, a simple vista parece que sean veinte. Qué injusto, de verdad.

Corremos hasta el colegio y conseguimos llegar por los pelos. Somos los últimos y cierran en cuanto entra el más rezagado de nuestros hijos.

—Justo a tiempo. —Samu se gira hacia mí con su mejor sonrisa—. ¿Me das ahora ese abrazo?

Extiende los brazos y se queda esperando. Me acerco a él y lo hago, porque tampoco lo voy a dejar plantado en esa posición en medio de la calle.

—Esta noche ponte guapa, que te llevo a cenar por ahí —susurra en mi oído y a mí me empiezan a entrar sudores fríos al pensar en tener que arreglarme para salir cuando todo lo que me apetece es poder dormir tranquila.

—¿Y los niños? —pregunto mientras me separo de él.

—Tendremos canguro, tranquila. Se lo voy a decir a Gina. —Me guiña un ojo.

—¿Gina? ¿No es demasiado pequeña para quedarse con los cuatro?

—Tiene quince años y son sus primos, todo irá bien. —Sonríe—. Y tiene a Chus y a Carina en la puerta de enfrente.

Asiento porque no tengo argumentos para rechazar eso. Porque decirle que estoy muy cansada solo derivaría en la misma discusión de siempre. Y estoy demasiado cansada hasta para explicarle lo cansada que estoy.

SIETE

SONRÍO COMO PUEDO

ESTRELLA

Nos hemos separado en la puerta del colegio. Él se ha ido hacia la farmacia y yo he deshecho el camino hacia casa. Estoy ya en nuestra calle, a punto de llegar y deseando no cruzarme con ningún vecino ni nadie conocido, porque llevo unas pintas que… vaya tela. Con lo que yo era, a veces ni me reconozco en el espejo. Un coche emite un sonidito a mi lado y se le encienden las luces justo cuando alguien me saluda.

—Buenos días, Estrella, ¿qué tal?

Claudia. A ver cómo te explico… Claudia vive en el edificio de enfrente. Es la mejor amiga de Greta, que es la mujer de mi hermano y como una hermana para mí desde que éramos niñas. El caso es que ellas dos forman parte también de la pandilla de Samu, Marc, Chus y Loui desde siempre. Y Claudia es la única del grupo que sigue soltera. Y mi sospecha es que sigue soltera porque está enamorada de mi marido. No me interpretes mal, no soy una celosa desconfiada, pero la chica emite unas señales que no dejan mucho a la imaginación, aunque estoy segura de que él no sabe nada. Antes de estar con Carina, Chus se lio con ella una temporada y me lo confirmó, así que no voy tan desencaminada. El caso es que es una chica deslumbrante y espectacular (a golpe de bisturí, pero lo es, las cosas como son), tiene una empresa propia de interiorismo y mucho éxito en todo lo que se propone. Hoy lleva un vestido ajustado muy bonito que realza cada una de sus curvas, tacones altos y parece recién salida de la peluquería. Y yo… Bueno, me ahorro la comparación.

—Hola, Claudia, ¿qué tal? —Sonrío como puedo.

—¿No tienes calor? —Me da un repaso de arriba abajo arrugando las cejas.

—No, estaba destemplada —miento. Estoy sudando, me estoy asando viva, pero no le voy a decir que me he puesto la sudadera encima del pijama porque no estaba segura de encontrar una camiseta de manga corta limpia, que es lo que debería haberme puesto.

—¿Vas para casa?

Asiento.

—Chica, qué envidia, es como estar de vacaciones permanentes, ¿no? Es lo único que os envidio de la maternidad… Suerte que a mí nunca se me ha despertado el instinto.

—Sí, claro, mi vida son unas vacaciones permanentes —sonrío. Si me llega a hacer ese comentario una amiga, me habría puesto a llorar; pero Claudia nunca ha sido mi amiga. Normal,

seguro que no me soporta por estar casada con el chico que querría para ella. A mí no me cae mal, me da un poco de lástima en ese sentido, pero lo cierto es que, salvo eso, es una mujer de éxito y yo me alegro por ella. En su defensa diré que nunca ha intentado nada con Samu, creo que con desearlo en secreto se conforma. Y no la culpo, ¿quién no se enamoraría de él? Es el más guapo del grupo con diferencia. Bueno, mi hermano también, pero tiene un carácter de mierda y la única que lo aguanta desde siempre es Greta. Pero Samu era encantador. Y lo sigue siendo, aunque me crispe los nervios. Y aunque pretenda que esta noche me arregle y salga de casa.

—Bueno, me voy, que tengo una reunión con un cliente nuevo y no puedo llegar tarde y causar mala impresión. —Sonríe.

—Claro, guapa, que vaya bien. —Le sonrío yo también sin muchas ganas antes de meterme en el portal de mi edificio.

Me miro en el espejo del ascensor y me avergüenzo de haber salido a la calle con estas pintas. El «estás guapa» de Samu resuena en mi cabeza. Y siento ganas de llorar, porque, si esto es estar guapa, es que ya he tocado fondo. Igual solo lo ha dicho para ponerme de buen humor. Igual solo pretendía allanar el terreno para echar un polvo esta noche. Sé que se desespera con eso, sé que hace mucho que no lo hacemos, pero de verdad que por las noches tengo la energía justita para llegar a la cama y no caer desmayada en la alfombra de la habitación de los niños. Y le entiendo, claro que le entiendo. Con lo que nosotros fuimos… Fuimos fuego, como uno de esos incendios imposibles de controlar, éramos todo piel cuando estábamos juntos, no nos cansábamos el uno del otro, todo nos sabía a poco, siempre queríamos más; pero ahora me parece que aquello fue en otra vida.

Entro en casa cuando el reloj marca las diez menos diez, tengo exactamente dos horas y veinte minutos antes de salir corriendo a por los niños otra vez. En ese tiempo tengo que: recoger lo de los desayunos, hacer todas las camas, poner alguna lavadora y hacer la comida. ¿Me dará esta mañana tiempo a ducharme? El pronóstico no parece muy favorable.

Efectivamente, dos horas y veinticinco minutos después estoy saliendo de casa todavía sin duchar y a toda prisa, porque ya llego tarde otra vez. Recojo a los niños y peleo con ellos por el camino porque quieren ir al parque a jugar en lugar de a casa a comer. Recorremos el camino de vuelta entre llantos, berrinches y un montón de «estoy cansado».

Llegamos por fin y se sientan todos a la mesa. Lo hago yo también, porque, aunque no tengo mucha hambre, así aprovecho que voy a tener que estar aquí sentada igual. Peleo con ellos, les voy dando yo la comida a los que se van cansando de comer, y consigo llevarme cuatro macarrones despistados a mi propia boca durante el proceso. Se van a jugar en lo que tardo en recoger la cocina y, cuando quiero darme cuenta, tienen que volver al cole.

Nos cruzamos con Samu en la puerta de casa. Nos da besos a todos y se despide de ellos.

Cuarenta minutos después, estoy de vuelta y me encuentro a Samu dormido en el sofá. Voy hasta la cocina y compruebo que ha dejado su plato en el fregadero. Supongo que meterlo en el lavavajillas era mucho trabajo, supongo que a uno se le pueden caer las pelotas al suelo por semejante esfuerzo. Al menos no lo ha dejado en la mesa. Termino de recoger lo poco que quedaba por la cocina y preparo unos bocadillos para llevarme cuando vaya a recogerlos. Paso por delante de la habitación de los niños sin mirar, porque como vea los juguetes que seguro que han sacado en el poco rato que han estado en casa, no voy a tener ni diez minutos para tumbarme.

Pero me tumbo. En el extremo contrario al que está él. Ha puesto un documental de animales y cierro los ojos cuando el león de la sabana se prepara para atacar a la gacela. Oigo el murmullo

del narrador y me empieza a pesar todo el cuerpo. Mi mente desconecta y noto que me vence el sueño. En quince minutos sonará la alarma de mi móvil para volver a por los niños, pero ahora mismo puedo relajarme, esos minutos son para mí.

Unos brazos rodeándome y un beso en el cuello me despiertan bruscamente, creo que no he llegado a dormirme del todo.

—¡Joder! —Estallo. No suele ocurrir, pero a veces estallo—. ¿Es tanto pedir tener yo también diez minutos para cerrar los ojos? ¿De verdad?

—Perdona, no sabía que estabas dormida… —murmura Samu.

—Pues tumbada y ojos cerrados, ¡suma dos más dos!

Se incorpora y me deja espacio. A buenas horas. Cierro los ojos para ver si logro volver a dormirme, pero el cabreo gana al sueño y ya no lo consigo. Unos minutos después, suena la alarma de mi móvil y me levanto para volver a ir a por los niños. Al final ni siesta ni ducha ni nada. De puta madre. Al menos he encontrado una camiseta limpia y sin manchas y he podido quitarme la sudadera, algo es algo. Samu sí se ha vuelto a dormir en su lado del sofá. Lo dejo así y salgo de nuevo a por los críos.

A la vuelta del cole es casi parada obligada el parque que nos pilla de camino, pero los viernes más todavía. Les doy los bocadillos, los dejo en libertad y me siento en un banco con las cuatro mochilas. Por favor, que no venga ninguna madre con ganas de conversación.

Sí que aparece una y se sienta a mi lado, pero es Carina, la considero amiga, no vecina o madre del colegio.

—Por fin viernes —dice mirando al frente para ver cómo su hijo va detrás de los míos. Está comiendo pipas y me tiende la bolsa para que coja yo también. Lo hago más por inercia que porque realmente me apetezca—. Tienes mala cara.

—¿Alguna vez la tengo buena? —Me río sin ganas.

—Qué cojonazos tiene el rubio, de verdad. Yo solo tengo uno y Chus se ocupa un montón de él, pero, aun así, estoy reventada. No puedo ni imaginarme lo tuyo.

—Ni lo intentes o caerás en una depresión —suspiro y me quedo callada.

Ella no dice nada tampoco durante un rato. Eso me encanta de la italiana, no necesita rellenar los silencios, a veces a ninguna nos apetece hablar y no pasa nada.

—Samu quiere salir esta noche a cenar —le comento y me doy cuenta de que ha sonado como si le dijera que mi marido me ha apuntado a una maratón.

—Os sentará bien —asiente ella.

—No tengo ni ánimo, ni ganas, ni fuerzas…

—Vete a casa —me interrumpe—. Yo me quedo con los niños. Date una ducha, o un baño, descansa, motívate, mímate, ponte *bella*…

—¿Cómo te vas a quedar tú con los cinco? Ni de coña.

Ella da un silbido y un grito:

—¡Rubios, todos aquí!

Mis hijos dejan lo que están haciendo y se plantan delante de nosotras. Su hijo también, no es rubio, pero es muy de imitar a los míos y de obedecer a su madre. Ojalá tuviera yo ese poder de convocatoria.

—Vuestra mamá se va a ir antes a casa y os vais a quedar conmigo. Os quiero todo el rato a la vista y nada de peleas, de llantos o de hacer el mal. ¿Está claro?

—Mami, vamos contigo —dice Manu a punto de llorar.

—No —tercia Carina antes de que yo pueda decir nada—. Mamá necesita estar sola un rato, que tiene muchas cosas que hacer. Vosotros os quedáis conmigo y le prometéis a mamá que os vais a portar fenomenal para que se vaya tranquila, ¿está claro?

Ellos asienten un poco desconcertados.

—No os oigo, quiero que mamá os oiga decirlo.

—Nos vamos a portar bien, mami.

—Sí, mamá, vamos a ser buenos.

—Sí, sí.

—Vete ya —susurra Carina—. Huye, no mires atrás.

OCHO

MI ESTRELLA

SAMU

Llego a casa con Gina y encuentro a mis hijos recién duchados, en pijama y sentados en el sofá. Mi sobrina se sienta con ellos y empieza a hacerles cosquillas. Al momento llaman al timbre y Estrella me pide a gritos desde el dormitorio que abra, que serán las *pizzas* que ha pedido para los niños y Gina.

Obedezco. Luego dejo las cajas en la mesa que hay frente al sofá y los cinco se lanzan sobre ellas como coyotes sobre su presa.

Voy al dormitorio para ver si a mi chica le queda mucho. Está frente al espejo del baño terminando de maquillarse. Lleva el vestido que más veces se ha puesto desde que nacieron los niños, uno así muy suelto y bastante feo, nada que ver con los que se ponía hace años.

—¿Por qué no te pones otro vestido? Uno que haga mucho que no te pones, para que sea más especial la noche —sugiero.

Se gira a mirarme bastante seria.

—Samu, tengo la energía justita para salir de casa, así que no me lo pongas más difícil. Con este voy cómoda. Paso de intentar embutirme en un vestido que probablemente ahora mismo me quede ridículo. No necesito pasar por eso en este momento.

Decido no decir nada más. Porque no quiero cagarla y que se mosquee. Porque no quiero que se vaya a la mierda la noche antes de empezar. Y porque si ella quiere ponerse ese vestido para ir más cómoda, pues que lo haga, si ella está preciosa hasta con la sudadera pulgosa de llevar a los niños al colegio.

Llegamos al restaurante y, tras darle mi nombre al tipo que nos recibe, nos acompañan a nuestra mesa. Aquí la peña va más arreglada que nosotros, pero no me importa, mientras nos hayan dejado entrar, está bien así. Nos llevan a una terraza interior toda llena de vegetación. Nos acomodan en un extremo, junto a una especie de cascada de flores adornada con guirnaldas de lucecitas, parece como de cuento de hadas.

—Qué bonito el sitio —dice ella cuando nos sentamos uno frente a otro—. ¿Cómo lo has conocido?

Muevo mi silla para ponerla a su lado y no estar enfrente. Ya la siento bastante lejos en casa,

y esta noche se supone que es para acercarnos.

—Les pedí consejo a Piero y Loui —le cuento—. Loui sugirió uno más pijo, pero Piero me dijo que este era mágico. Y mi chica se merece toda la magia. —Le cojo la mano que descansa sobre la mesa y me la llevo a los labios para darle un beso suave.

—Es precioso —sonríe. Y a mí se me encoge el corazón al verla sonreír. Porque hacía mucho que no sonreía, o no con la sinceridad con la que acaba de hacerlo.

Yo pido una botella de vino blanco para los dos, porque aunque yo prefiero el tinto o la cerveza, sé que a ella le gusta más el blanco. Y hoy es su noche. Y yo haría cualquier cosa por verla sonreír como lleva haciendo un rato. Nos lo sirven enseguida y vamos bebiendo mientras ella inspecciona la carta. Le dejo que se tome su tiempo para repasarla entera y pedir lo que quiera. Pide varias cosas para compartir porque no quiere probar solo una y yo solo asiento y le dejo hacer. Y yo solo me dedico a escuchar la música[1] que suena y la miro sonreír cada vez que descubre algo nuevo que le apetece. El camarero toma nota y nos deja solos. Vuelvo a rellenar las copas y brindamos. El ambiente está en penumbra y ella está preciosa. Le paso un brazo sobre los hombros y le beso la mejilla. Ella cierra los ojos un momento sin dejar de sonreír. Sé que no le apetecía mucho salir, pero yo creo que se alegra de haberlo hecho. Cuando los vuelve a abrir, se queda mirando el centro de mesa. Es un cesto pequeño con flores secas y una vela en forma de manzana.

—Espera, espera, un momento… ¿Es este el restaurante donde Piero le dio un mordisco a una vela?

—El mismo. —Sonrío y hago un asentimiento con la cabeza.

Ella suelta una carcajada y ese sonido me vacía los pulmones. Porque si las sonrisas son caras de ver, las risas directamente han desaparecido de mi vida. Y ahí está. Se está riendo. Ella se ríe y yo la miro con cara de tonto, porque de repente y por un momento volvemos a ser nosotros. Los que se reían de todo, los que no podían dejar de tocarse, los que no necesitaban nada más que estar juntos para que el mundo fuera perfecto.

La rodeo con mi otro brazo también y le beso el cuello. Y la huelo. Aspiro su olor porque hace mucho que no me deja acercarme tanto. Y soy adicto a esto. A ella.

—Samu —susurra entre risas mientras pone una mano en mi muslo. Y de repente siento que mi Estrella ha vuelto. Y no puedo ser más feliz. Mis brazos la estrechan un poco más y mi nariz juega contra su cuello.

—Mi Estrella —murmuro—, te he echado de menos… ¿Dónde estabas?

Y no sé cómo ni por qué, me acabo de cargar la magia. Ella se tensa y deja de reírse. Su lenguaje corporal me indica que no quiere que la abrace y me aparto con un suspiro. Mierda, ya la he cagado, por gilipollas, aunque esta vez no sé ni cómo.

—Ocupándome de tus hijos, ahí estaba. Ahí estoy siempre —gruñe.

Y yo siento ganas de gritar de impotencia. Porque por un momento la he visto, la tenía. Sigue ahí, mi Estrella sigue ahí, pero no tengo ni puta idea de cómo conseguir que vuelva.

Traen la comida, pero la noche ya se ha torcido. Aunque sonríe en un par de ocasiones, ya hemos perdido la magia de hace un rato. Me vuelve a decir por enésima vez que los niños crecen muy deprisa y que en nada necesitarán unas camas más grandes. Y que en esa habitación no caben, que vamos a tener que mudarnos. Y me da tremenda pereza solo de pensar en cambiar de casa. Aún pueden aguantar en esas camas un par de años, estoy seguro, son pequeños. No hablamos mucho más aparte de las conversaciones en torno a los críos. Y me rindo y ya no pretendo que la velada tome otro giro.

Se queda dormida en el taxi de vuelta, supongo que el vino también ha ayudado. Se despierta lo justo cuando el coche se detiene y se apoya en mí para subir a casa. No es porque busque contacto o porque vaya borracha, es de lo dormida que está. Esta noche no me voy ni a molestar en intentarlo.

NUEVE

UNA NOCHE TONTA

SAMU

Llevo todo el día pensando en la cena de ayer. Tanto es así que son casi las ocho de la tarde y no me había dado ni cuenta. Hoy Rubén me había pedido el día libre, así que hemos estado Gina y yo solos. Estamos a punto de cerrar la farmacia cuando aparece Marc con Maya, su hija pequeña. Gina resopla al verlo.

—¿Vienes a por mí? Que no soy una cría, papá, que tengo quince años, puedo irme sola a casa.

—Lo sé, pero no te vas a ir sola, te vas a llevar a tu hermana porque yo me voy con el tío Samu a tomar unas cervezas.

—¿Ah, sí? —Me río—. Primera noticia. ¿Qué celebramos?

—Nada. —Se encoge de hombros—. Greta se ha ido por ahí con Claudia; y Piero y Loui se iban de cenita romántica. Y yo paso de quedarme solo con la adolescente esta insoportable —se ríe y le pone una mano en la cabeza a su hija.

Ella la aparta de un manotazo y gruñe.

—¿Y por eso me toca a mí cargar con la mocosa? Qué asco das, papá.

Marc saca un billete de veinte euros y se lo da.

—Pillaos unas hamburguesas de camino a casa, y quédate la vuelta.

Gina coge el billete, da un saltito y se engancha a su cuello.

—Gracias, papi. Eres el mejor.

—¿Ves? —Marc se dirige a mí—. La diferencia entre dar asco o ser el mejor son veinte euros.

Sus hijas se marchan y él me ayuda a apagar luces y terminar de cerrar la farmacia. Tras bajar la persiana, le mando un mensaje rápido a Estrella y ella no tarda en responderme.

Me voy con tu hermano a tomar unas cervezas.

No me esperes a cenar

Ok

Vamos a un bar que no está lejos, a medio camino entre mi farmacia y su casa, la mía está un par de manzanas más allá de la suya, tampoco muy lejos.

Tres rondas de cervezas después, decidimos pedir unas tapas, porque nos está subiendo mucho el alcohol y empezamos a tener hambre. Llevamos un buen rato recordando batallitas de cuando éramos adolescentes. Qué subnormales éramos, cuántas tonterías llegamos a hacer. Pedimos más cerveza y nos volvemos a acordar de más anécdotas humillantes y damos gracias a un poder superior por que en nuestros años más locos no hubiera móviles como los de ahora con los que inmortalizar nuestro poco conocimiento.

Él contesta un mensaje en su teléfono antes de volverlo a guardar.

—Viene Greta —me dice.

—Vale —asiento y le hago un gesto al camarero para que nos traiga otras dos cervezas.

Greta no tarda ni diez minutos en llegar, viene con Claudia y las dos parecen tan contentillas como nosotros. Engullen la poca comida que nos queda y piden más tapas y más cervezas.

Son más de las doce cuando nos indican amablemente que nos marchemos. Vamos medio doblados ya porque con la tontería han caído por lo menos seis o siete rondas. Caminamos hacia casa muertos de risa y hablando a más volumen de la cuenta. Las chicas delante con su propia conversación y sus risitas. Marc y yo las seguimos unos pasos por detrás.

—¿Crees que se hizo algo en el culo también? Porque tiene un culazo —me susurra Marc al oído señalando a Claudia con la cabeza.

Yo me río demasiado alto, pero no puedo evitarlo.

—Ni idea, nano, pregúntale a ella.

—¡Claudia! Cuando te operaste las peras, ¿también te tuneaste el culo? —le suelta el tío sin cortarse un pelo cuando estamos llegando a su casa y yo creo que me voy a caer al suelo de la risa.

Las dos se giran a mirarnos sin dar crédito.

—Ni caso a mi marido —dice Greta—, que es subnormal.

A Clau le da la risa.

—Contestando a tu pregunta: no, el culo no me lo toqué, es todo de gimnasio.

—Pues apúntate a ese gimnasio, nena —suelta Marc y se lleva una hostia con toda la mano abierta.

No le ha debido de dar muy fuerte, porque él se descojona. Bueno, y los demás también, nos reímos todos.

—Aún dormirás en el sofá, imbécil —dice Greta entre risas.

—¡Que no! ¡Que era coña! ¡Qué culazo tiene mi mujer, joder! —grita y le da una palmada. Se vuelve a llevar un guantazo. Al momento se besan. Estos acaban follando esta noche, como si lo viera. Qué envidia, coño.

Marc y Greta se despiden de nosotros y se meten en su portal y Claudia y yo continuamos el camino hacia nuestra calle, vive justo en el edificio que hay frente al mío.

Damos unos pasos en un silencio solo roto por los restos de la risa que aún nos dura y de repente me doy cuenta de que no sé de qué hablar con ella. La conozco desde hace unos treinta años y puede que sea la primera vez que estamos los dos solos.

—Vaya par —rompe ella el silencio entre risas—, están fatal.

—Sí —confirmo y me río yo también.

Un grupo de unos veinte borrachos cantando a voces dobla la esquina y se acercan hacia nosotros ocupando toda la acera. Tiene pinta de ser una despedida de soltero.

—Joder —murmura Claudia y se sube a un banco que hay a su lado para que no la arrollen.

Los tipos en cuestión reparan en ella y algunos empiezan a soltarle piropos y otros a decirle guarradas. La verdad es que está muy buena, las cosas como son. Intento pensar en si alguna vez hemos sido así de asquerosos nosotros con una tía y me reconforta no encontrar ningún momento ni remotamente parecido. Se la ve incómoda por todo lo que le están diciendo, así que me subo al banco y me pongo delante de ella para que la dejen en paz.

—Vale, chavalotes, a seguir la fiesta en otro sitio, dejad a la chica —les digo mientras rezo en mi interior para que sean pacíficos y no tengan ganas de bronca, porque serían veinte contra uno y no tengo claro que Claudia y yo seamos tan amigos como para morir por ella. Me río de mi estúpida ocurrencia, voy más ciego de lo que pensaba.

—Venga, vamos a por unas putas, así hay para todos —dice uno de ellos y los demás corean con entusiasmo la propuesta.

Al momento han desaparecido y noto a Claudia temblar detrás de mí. Bajo del banco de un salto y ella da un traspiés al intentar hacer lo mismo. La cojo de la cintura para ayudarla a bajar y ella murmura un «gracias» cuando todavía va por el aire, sin dejar de mirarme a los ojos. Apenas la he dejado en el suelo cuando noto sus labios sobre los míos. Y no sé cómo ha pasado, pero mi cuerpo responde sin permiso y mi boca se abre con un gemido. Y su lengua busca la mía y me despierta sensaciones que estaban más que dormidas, porque no recuerdo la última vez que alguien me besó así. Sube una mano a mi nuca y la enreda en mis rizos mientras la otra se cuela por debajo de mi camiseta. Y yo me empalmo casi al momento, porque hace demasiado tiempo, porque me sabe a primera vez. Una de mis manos abandona su cintura y sube hasta tocarle una teta. Es raro, su cuerpo es muy diferente al de Estrella. Estrella. No, joder, Estrella. No, no, no, esto no puede estar pasando. No está pasando. Joder, no, no está pasando. No, Estrella, joder, mi Estrella.

Me separo de ella bruscamente y se me bajan al momento el empalme, el calentón, la borrachera y las ganas de vivir. Todo.

—¡Joder, no! —grito.

—Samu —susurra—. Lo siento.

—Tía, qué mal, joder. ¡Que estoy casado! ¡Que estoy enamorado de mi mujer!

Ella asiente y se pone a llorar. Mierda, igual he sido muy animal.

—Perdona, no quería gritarte. —Hago el amago de ponerle la mano en el hombro, pero me detengo a tiempo, prefiero no tocarla, que no haya malentendidos—. ¿Cómo se te ha ido tanto la olla, tía?

—Me gustas, Samu. Me gustas de toda la vida, desde que puedo recordar. Me gustas más de lo que me ha gustado nadie nunca, incluso más de lo que me han gustado las parejas que he tenido. Creo que incluso me atrevería a decir que llevo toda la vida enamorada de ti —añade esto último en un susurro.

Yo me siento en el banco del que acabamos de bajarnos porque no creo que mis piernas puedan sostenerme. Intento procesar lo que acaba de decir.

—Estás borracha —murmuro—. Hemos bebido demasiado, mañana te arrepentirás de haber dicho eso. Habla el alcohol, es un caso claro de «exaltación de la amistad» llevado al extremo.

—No —niega con la cabeza—, el alcohol solo me ha dado el valor, pero lo pienso desde hace tiempo.

—No puedes estar enamorada de mí. Será solo atracción sexual o algo. Si jamás hemos hecho nada juntos los dos solos, nunca hemos tenido una conversación en serio.

—Ya, bueno. —Se sienta a mi lado, aunque dejando algo de espacio entre nosotros, cosa que agradezco mentalmente—. El corazón siente lo que siente. Y yo lo siento así.

—No puede pasar, Clau. Yo quiero a Estrella. Mucho. Más que a nada en el puto mundo. Nunca reconoceré haber dicho esto en voz alta, pero la quiero más que a mi madre o a mis hijos. Ella es la única persona de mi familia a la que he elegido. Y la elegiría cada día. La elijo cada día.

Claudia asiente, esboza un amago de sonrisa y sorbe por la nariz.

—Me voy a casa —susurra—. Por favor, no hablemos de esto nunca.

Y sale corriendo antes de que me dé tiempo a decirle ni adiós.

DIEZ

VOY A MORIR

SAMU

Subo a toda velocidad las escaleras de mi edificio. Al llegar a mi piso me detengo. Es tarde, pero necesito hablar con alguien. Llamo con los nudillos a la puerta de Chus y no tarda en abrirme.

Se aparta para dejarme entrar y lo hago. Me dejo caer en una butaca y resoplo derrotado.

—Qué mal, qué mal, qué mal, nano… —murmuro—. Qué jodido estoy, mierda, qué putada, joder…

—¿Qué pasa, tío? Me estás preocupando… —Se sienta frente a mí con el ceño fruncido.

—Voy a morir. Literal. Voy a morir —aseguro.

—¿Qué pasa, nano? ¿Estás enfermo? —pregunta asustado.

—¿Qué? No, no. Voy a morir asesinado. Si no me mata Estrella, lo hará Marc…

—¿Qué ha pasado, tío? Me estás acojonando de verdad.

Me paso las manos por la cara antes de atreverme a verbalizarlo.

—Le he puesto los cuernos a Estrella.

—¡¿Qué?! ¡Pero ¿eres gilipollas?! —pregunta en un grito silencioso, intuyo que para no despertar a Carina y al crío.

—Es evidente que sí, soy gilipollas. —Levanto las manos para confirmar lo que es más que obvio.

—Pero ¿en qué estabas pensando?

—Está claro que no estaba pensando —resoplo—. Yo qué sé, cuando me he querido dar cuenta, había pasado. Sé que suena a excusa, pero te juro que ha sido ella, que yo nunca me lo había planteado.

—Pero ¿quién…? —No espera a que le conteste, él mismo murmura—: Claudia.

Yo solo me tapo la cara y asiento con la cabeza.

—¿Eres subnormal? —pregunta con un gallo.

Gimo aún con la cara tapada.

—¿Cómo le has podido hacer eso a Estrella? ¿Cómo has podido acostarte con otra?

—¿Qué? ¡¿Qué dices, cerdo?! Yo no me he acostado con nadie. ¿Cómo me voy a acostar con ella? ¿Por quién me tomas?

—Pero acabas de decir… —se interrumpe—. Entonces, ¿qué ha pasado?

Se lo cuento y él respira aliviado.

—Joder, tío, qué susto. Eso no son cuernos. —Hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Los cojones que no. —Gran argumento el mío, lo sé—. Pregúntale a Estrella a ver qué opina.

—Bueno —sonríe—, si se lo explicas, verás como lo entiende y no piensa que sean cuernos.

—¿Tú no crees que sean cuernos? —pregunto alzando las cejas. Él sonríe y niega con la cabeza—. Vale, no son cuernos. ¿Y si cambias a Claudia por Carina?

Le cambia la cara y se pone muy serio.

—Joder, nano, sí que lo son.

—Pues lo que yo decía —suspiro y me pongo a llorar como un imbécil, porque eso es lo que soy.

ONCE

LÁRGATE YA

ESTRELLA

Apenas me he vuelto a meter en la cama después de que uno de mis hijos me haya hecho ir a llevarle agua, cuando oigo la puerta de casa. El reloj de mi mesilla marca las dos de la mañana. No quiero mosquearme, pero tampoco voy a fingir que me hace gracia que él esté por ahí mientras yo estoy en casa ocupándome de los críos. No me apetece discutir, creo que voy a hacerme la dormida y ya está. Estoy tan cansada de todo que voy a priorizar mi descanso por encima de mi mosqueo.

Me doy la vuelta sobre el colchón para quedarme de espaldas a la puerta y que no me vea la cara cuando entre. Y también para que no me dé de lleno la luz del baño cuando la encienda.

Pero no ocurre nada de eso. Los minutos pasan y no aparece. Habrá venido sin cenar y estará picando algo en la cocina, supongo. Me incorporo sobre el colchón, agudizo un poco el oído y alcanzo a escuchar unos gemidos raros. ¿Será capaz de haberse puesto una porno y estar haciéndose una paja en el sofá? Mira, que haga lo que quiera, yo paso. Me vuelvo a tumbar e intento no pensar en él porque me hierve la sangre, pero de repente se me ocurre que uno de los niños pueda levantarse y se lo encuentre y no es plan.

Sin ningunas ganas, hago un esfuerzo sobrehumano y salgo de la cama. De verdad que a veces tengo la sensación de tener cinco hijos en lugar de cuatro.

El salón está totalmente a oscuras. El televisor está apagado y Samu está sentado justo enfrente, en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Sigue emitiendo esos gemidos que he oído antes. ¿Está llorando?

—Cielo, ¿ha pasado algo? —susurro asustada y me siento a su lado.

Le sobresalta mi voz y esconde más la cara.

—Samu, cariño, ¿qué pasa? —pregunto mientras tiro de su brazo para verle la cara.

Me mira con la expresión desencajada por el llanto, nunca lo había visto así y me estoy empezando a asustar.

—Perdóname, Estrella —murmura entre lágrimas.

Se me hiela la sangre de todo el cuerpo, algo me dice que ya sé de qué va esto y siento ganas de gritar. En lugar de eso, respiro hondo, soy una adulta.

—¿Qué has hecho, Samuel? —Mi voz suena fría, tal como yo me siento ahora mismo.

—No, no me llames *Samuel*. —Me abraza, pero no le devuelvo el gesto—. Te quiero,

Estrella, te quiero mucho.

Consigo ponerle una mano en el pecho y lo empujo hasta que le queda más que claro que no me apetece un abrazo.

—Te quiero —susurra mirándome a los ojos.

—¿Qué has hecho, Samuel? —pregunto en voz baja y entre dientes—. ¿Qué has estado haciendo mientras yo estaba aquí ocupándome de tus hijos, como cada día, como cada noche?

Vuelve a taparse la cara con las manos y solloza como respuesta.

—¿No vas a contestar? —insisto—. ¿Qué tengo que perdonarte, Samuel?

—Lo siento, lo siento. —Se deja caer del sofá al suelo y se arrodilla delante de mí. Esconde la cabeza en mi regazo—. Te quier…

No le dejo terminar. Me pongo de pie para no darle la opción de que me toque. Respiro hondo antes de hablar.

—Déjate de gilipolleces y dime qué has hecho.

Se sienta sobre sus talones y se deja caer hacia delante mientras sigue llorando.

—He bebido mucho, no es excusa, pero no pensaba con claridad… No pensaba y punto. No es excusa, yo te quiero, Estrella, de verdad que te quiero…

Me cruzo de brazos, cierro los ojos un momento y respiro hondo antes de preguntar:

—¿Te has liado con otra? ¿Es eso?

Él asiente aún tirado en el suelo.

—Perdóname, cariño, perdóname… De verdad que no sé cómo ha pasado, yo te quiero más que a nad… —Se incorpora lo justo para agarrarse a mi pierna, pero me desprendo de él de una patada al aire.

—Me dices que no vienes a cenar, que vas a salir un rato con mi hermano… Yo en casa, ocupándome de tus hijos, al límite de la locura y el agotamiento y tú por ahí follando con otra… ¿Es eso, Samuel? ¿Es eso lo que tengo que perdonarte?

Estoy tan cabreada que creo que ahora mismo podría arrancarle los rizos con mis propias manos.

—¡¿Qué?! No, no, no, ni de coña… No he follado con nadie, te lo juro. —Se abraza a mi cintura todavía arrodillado en el suelo—. Ha sido un beso, solo uno, de verdad. Sabes que no te he mentido nunca, mi amor… No debí hacerlo, solo quiero volver atrás en el tiempo… Estrella, mi Estrella, perdóname…

Me relajo un poco. Un beso duele, mucho, pero no es algo irreparable. De todo lo que podría haber pasado, es lo menos grave. Aunque ahora mismo lo cambia todo.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo.

—Ha venido tu hermano a por mí a la farmacia para ir a tomar unas birras. Después se han acercado Greta y Claudia hasta donde estábamos. —Cierro los ojos. Finalmente ha ocurrido, no puedo decir que no llevara años viéndolo venir—. Y al despedirnos, pues Claudia y yo nos hemos venido juntos, lógico, si es que vive ahí enfrente… No sé cómo ha pasado, estábamos casi llegando cuando se ha subido a un banco, parecía que se iba a caer, me he acercado para ayudarla a bajar y de repente me había metido la lengua en la boca. Te juro que ha sido ella, cariño, te lo juro.

—¿Qué has hecho tú?

—He flaqueado durante un momento, se lo he devuelto, te prometo que han sido unos segundos, ha sido una respuesta fisiológica del cuerpo, hace mucho tiempo que nadie me besa con ganas, que no me siento deseado…

—No te atrevas a intentar echarme la culpa —farfullo entre dientes y lo señalo con un dedo.

—No, no, no lo pretendo, de verdad, mi amor…

—¿Qué has hecho luego?

—Nada, bueno, le he tocado una teta, pero ha sido más curiosidad que otra cosa, nunca en la vida he tenido la oportunidad de tocar una teta falsa y tenía curiosidad, lo sabes, pero ha sido solo el momento que ha durado el beso. Me he separado de ella enseguida y le he dicho que eso no podía ser. Que no podía pasar nada con ella. Que estoy casado y que estoy enamorado de ti. Porque lo estoy, Estrella, sigo enamorado de ti. Te quiero con toda mi alma.

—Haz la maleta, Samuel. Vete de casa —susurro. En otras circunstancias, si no estuviera tan cansada y tan rota por dentro de todo lo que llevo acumulado, hasta me habría reído de que le hubiera tocado una teta. Mi cabeza sabe que ha sido algo inofensivo, que era más curiosidad que otra cosa. Pero todo ha cambiado en los últimos meses, en los últimos años. Y no estamos bien. Yo no estoy bien. Esto solo ha sido el detonante. Yo también lo quiero con toda mi alma, pero acaba de partir la mía en mil pedazos. Y no puedo más. Es demasiado para mí.

Sigue abrazado a mi cintura. No intento separarlo de mí, pero tampoco lo toco.

—No, por favor, Estrella, lo podemos arreglar. Sé que podemos, esto no puede acabar con nosotros.

—Vete de casa, Samuel. No quiero verte.

—No, mi amor, eso no…

—Que te largues. —Cojo sus brazos para soltarlos de mi cintura y al notar mi tono de mosqueo los aparta y los deja caer sobre sus piernas mientras agacha la cabeza—. Estoy muy cansada, no quiero discutir. Coge lo que necesites para pasar la noche fuera y lárgate. Puedes venir mañana a por más cosas.

Se levanta en silencio y va hacia la habitación. Yo me tumbo de lado en el sofá y cierro los ojos. No quiero llorar, no mientras él siga aquí. Lo oigo trastear en el dormitorio y se me encoge el corazón. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo se ha torcido tanto lo que éramos, lo que íbamos a ser, todo lo que teníamos por delante?

Tras un rato que se me hace eterno, lo oigo salir de la habitación y apagar la luz. Miro hacia el pasillo y él deja una bolsa en el suelo y se mete en la habitación de los niños. Me levanto y voy hacia allí, solo me falta que los despierte y ya lo mato.

Se arrodilla y va de una cama a otra acariciándoles el pelo, murmurando cosas que no llego a oír y dándoles un beso a cada uno. Está llorando. Me parte el alma, pero tengo que ser fuerte. Necesito que se largue ya o le volveré a dejar meterse en mi cama. Y no puede ser. Ya no. He llegado a mi límite. Llevo demasiado tiempo soportando una vida que no es la que quería, confiando en que en algún momento las cosas podrían volver a ser como antes, pero ya no lo creo. No sé dónde está mi felicidad, pero desde luego no es aquí.

—Samuel, vete ya —murmuro.

Se levanta y viene hasta mí.

—Tienes razón, necesitan camas más grandes, necesitamos un piso más grande. Una nueva vida…

Resoplo como respuesta.

—Estrella —susurra mientras apoya su frente en la mía.

—No digas nada más, Samuel. Y vete ya. —Doy un paso atrás para separarme de él, para dejarle paso y que pueda salir de la habitación. Y también para evitar darle un abrazo y asegurarle que todo irá bien, que lo podemos arreglar.

Agacha la cabeza y comienza a caminar por el pasillo. Recoge la bolsa que ha dejado en el suelo y va hacia la entrada. Lo sigo en silencio, con los brazos cruzados para tenerlos controlados

y que no intenten retenerlo.

Abre la puerta de la calle, pero se gira a mirarme antes de cruzar el umbral.

—¿Dónde está nuestro final feliz, Estrella? ¿Qué nos ha pasado?

—Es irónico que seas tú el que lo pregunte… Lárgate ya, Samuel.

—Estrella… —murmura y su voz amenaza con volver a quebrarse.

Lo miro a los ojos y niego con la cabeza.

—Adiós, Samuel.

—Mañana te llamo —asegura antes de cerrar la puerta y marcharse.

Cojo la llave que descansa siempre sobre el mueble de la entrada, doy una vuelta a la cerradura y la dejo puesta por dentro.

Me siento en el sofá y veo algo medio escondido entre dos cojines. Su móvil.

—Pues no sé cómo me vas a llamar, imbécil —murmuro antes de cerrar los ojos y ponerme a llorar por fin.

Me levanto a duras penas y me arrastro hasta la cama. Me quedo despierta y llorando, recordando esos días mágicos que ahora parece que fueron en otra vida, que le pasaron a otra chica. Los recuerdo como una película romántica que me es del todo ajena.

DOCE

PONERLE UN NOMBRE

ESTRELLA

2002

El viernes después de aquel primer fin de semana con Samu, había quedado con mis amigas en casa de una de ellas. Íbamos a acudir todas después de comer para planear la noche, teníamos toda la intención de salir de fiesta. No había vuelto a saber de él desde que se marchó de mi casa el lunes por la mañana. Estuve tentada de llamarlo o escribirle en más de una ocasión, pero finalmente no lo hice. Estaba llegando a mi coche, con una bandeja de pastelitos en una mano y una bolsa llena de ropa colgando del hombro contrario cuando sonó mi móvil. Dejé la bandeja sobre el techo del vehículo y la bolsa en el suelo, pero el teléfono se calló tras ese primer timbrazo. Lo saqué del bolso y sonreí al ver el nombre de Samu en la pantalla junto al icono de la llamada perdida. Se la devolví al momento, me había dado la excusa.

Tardó varios tonos en cogerlo. Creí que se iba a cortar cuando por fin contestó.

—¿Estrella? ¿Qué tal?

—Hola, Samu. ¿Me has hecho un llama-cuelga?

—Mmm… Nno, bueno, técnicamente sí, no sé…

Me reí. Se lo había visto hacer a mi hermano y a Greta. En vez de llamar a la gente o mandar mensajes, se hacían una llamada perdida y era su forma de decirse que se habían acordado de la otra persona. Yo no lo terminaba de pillar, supongo que era una de esas cosas en las que se notaba la diferencia de edad.

—No te descojones de mí. —Se rio él también—. Es que tengo un examen en un par de horas y estoy nervioso. Me he acordado de ti y se me ha ocurrido hacerte una perdida, pero luego he pensado que eso es muy de críos, que mejor te llamaba, y en el último momento me ha dado palo por si te molestaba y he colgado. Conclusión: que te he hecho un llama-cuelga involuntario.

—No me molestas, Samu —sonreí—. Me puedes llamar cuando quieras.

—Guay —soltó con un resoplido.

—Así que, ¿tienes un examen ahora? —pregunté mientras abría el coche y metía dentro la bolsa.

—Sí, y estoy de los putos nervios. Es una asignatura que arrastro desde primero, es la quinta

vez que me presento a este examen.

—¿Muy difícil?

—O eso o soy lerdo —se rio.

—O no has estudiado las veces anteriores.

—Vale, pillado —soltó una carcajada.

—¿Y no estás en la biblioteca estudiando?

—No, me gusta estudiar hablando en voz alta, estoy fuera.

—¿Fuera?

—Sí, en los jardines que hay cerca de la biblio, así respiro aire puro y puedo contarme estas movidas a mí mismo.

—Eso está bien —me reí al imaginarlo y dejé los pasteles sobre la bandeja del maletero.

Durante un momento nos quedamos los dos en silencio sin saber muy bien qué decir.

—Bueno, suerte en el examen —lo rompí yo finalmente en vista de que él no parecía que fuera a decir nada más.

—Gracias, Estrella.

—Un beso.

—Otro para ti. Adiós.

—Adiós.

Y colgamos. Cerré el maletero de un portazo y me subí al coche.

«Imbécil, Estrella, eres imbécil. Te ha hecho la tontería esa que hacen los de su edad para decirse que se echan de menos y luego le ha dado palo pedirte quedar. Tendrías que haberlo dicho tú, que pareces tonta». Fui insultándome durante un rato. En cada semáforo me miraba a los ojos en el retrovisor y me lo confirmaba. Encendí la radio para ver si escuchar un poco de música[1] me hacía pensar en otra cosa, pero no funcionó.

La casa de mi amiga Cris, donde habíamos quedado, estaba en una urbanización a las afueras y había que pasar junto al campus universitario de ciencias para llegar a ella. Sin meditarlo ni un poco, en la rotonda anterior a la de su casa, cogí la salida que marcaba «Universidades» y conduje hasta el aparcamiento más cercano a la biblioteca. Lo vi antes de bajar del coche. De entre todos los estudiantes que estaban tirados por el césped, destacaba el rubio de metro noventa y pinta de modelo que caminaba de un lado a otro hablando consigo mismo y con unos papeles en la mano que consultaba de vez en cuando. Llevaba el pelo recogido, nunca lo había visto así y estaba espectacular.

Bajé del coche sin pensármelo demasiado y me quedé mirándolo un momento sin llegar a acercarme. Igual hice un charco de baba en el suelo, es muy posible, pero es que lo tendrías que haber visto. Una de las veces que levantó la vista de los apuntes, me vio. Su mirada se quedó clavada a la mía y, tras un momento de clara confusión, sonrió y se acercó trotando hasta mí.

—Ey, Estrella, ¿qué haces aquí? —Se inclinó y me dio dos besos. Sí, dos—. Qué casualidad…

Yo me quedé congelada un momento y lamenté haber tomado esa decisión.

—Joder, ¿tienes novia? —murmuré entre dientes—. No lo sabía, no me mola eso… Me lo tendrías que haber dicho.

—¿Qué? ¡No! No tengo novia.

—Ah, vale. —Me llevé una mano al pecho—. Te gusta alguna chica de por aquí, ¿no? Vale, eso me parece estupendo, puedo ayudarte a darle celos si quieres.

—¿A quién? ¿De qué hablas? —Arrugó las cejas y sonrió.

—De la chica que te gusta.

—No me gusta ninguna chica de por aquí. ¿Por qué piensas eso?

—Porque me has dado dos besos.

—¿Y qué querías que hiciera? —Se rio.

—No sé, después de los sitios por donde me has pasado la lengua, dos besos me han resultado como raros.

—Joder, Estrella —farfulló y luego se inclinó hasta que su cabeza quedó a la altura de la mía —. No me ha parecido correcto acercarme y morrearte directamente, pero no puedo tener más ganas.

—Pues no te quedes con ganas de nada. —Me puse de puntillas para pasarle los brazos alrededor del cuello y lo besé.

Nuestras lenguas se enredaron y él tiró los papeles al suelo para abrazarme.

—Los apuntes —me reí en su boca—, que aún suspenderás otra vez.

—Mierda, no quiero suspender, que esta vez he estudiado —sonrió—, pero prefiero besarte.

Y volvió a hacerlo. Le seguí el rollo un momento, pero enseguida me separé de él y me agaché a recoger las hojas que había dejado caer. Él lo hizo también.

—Venga, que tienes que dar el último repaso. —Le entregué los folios que había alcanzado yo.

—El repaso te lo quiero dar a ti. —Se me tiró encima y nos quedamos los dos tumbados sobre el césped con su cuerpo sobre el mío.

Nos besamos y manoseamos un rato hasta que la cosa se nos empezó a ir de las manos.

—Bueno. —Se separó un momento—. No me has dicho qué haces por aquí, qué casualidad.

—No ha sido casualidad, Samu —sonreí—. Me has dicho dónde estabas. Iba a casa de mi amiga Cris, que vive en aquellos edificios de allí. —Los señalé—. Y en la rotonda me ha dado el puntazo y he decidido pasar a desearte suerte.

—Me encanta ese puntazo. —Sonrió con toda la cara—. Sí que me has dado suerte.

—Si todavía no has hecho el examen.

—Pero lo que más me apetecía era verte, y eso se acaba de cumplir.

Era tan mono. Tan grande y tan pequeño a la vez.

—Tengo una hora y media —dijo mirando su reloj. A continuación, sacó un juego de llaves de su mochila—. Y soy el responsable este cuatrimestre del laboratorio B. Durante los exámenes están cerrados… Si quieres, te lo puedo enseñar…

—Claro —sonreí—. ¿Quieres que te ayude a relajarte en el laboratorio para entrar tranquilo y sin nervios al examen? ¿Es eso?

—Eso me tranquilizaría más que repasar todos los apuntes —aseguró.

—Vamos —me reí—. Enséñame el laboratorio.

Cuarenta minutos después, estábamos de vuelta en el césped, mucho más felices y relajados ambos, las cosas como son.

—Te puedes ir cuando quieras, me sabe mal que estés aquí de canguro… —murmuró entre dientes.

—Trae. —Le cogí los apuntes—. Te voy a preguntar, a ver si te lo sabes.

—Venga —se rio—. Pero nos tumbamos juntitos en la hierba.

—No, que nos conocemos y empezaremos a meternos mano. Mejor sentados y con aire entre nosotros.

—Vaaaaaaale —refunfuñó.

Así lo hicimos, nos sentamos a lo indio uno frente a otro y le fui haciendo preguntas de sus apuntes. No entendía ni lo que le estaba preguntando, pero era sobre parásitos y a mí me empezaba a picar ya todo el cuerpo. No lo acertó todo, no se lo sabía para un sobresaliente, pero le veía altas probabilidades de aprobar.

—¿Te puedo preguntar yo a ti ahora? —Sonrió.

—¿De esto? De esto no sé nada. —Me reí.

—No, de esto no.

—Pregunta. —Me puse derecha y me aparté el pelo de la cara.

—¿Qué estamos haciendo, Estrella? ¿Qué es esto?

—Estamos estudiando para tu examen.

—No te hagas la tonta, sabes perfectamente de qué te estoy hablando… —Torció la boca en una mueca preciosa que me quería comer entera.

—¿Necesitas ponerle un nombre?

—En realidad, no. Lo que necesito es seguir viéndote.

—Deseo concedido —sonreí—. Creo que lo que nos pasa es que tenemos más química que el laboratorio ese al que acabas de llevarme. —Aguantó la risa con mi tontería—. Vamos a disfrutar de esto durante el tiempo que dure. Creo que contárselo a mi hermano o a mi familia de momento sería un error, lo haría todo demasiado raro. No creo que nos haga falta complicarnos o ponerle nombre. Y si quieres pasarlo bien por ahí con otras chicas, me parece bien también. No quiero dejar de verte, Samu, pero no quiero ponerle una etiqueta a esto todavía.

Asintió con la cabeza y sonrió.

—¿Trato hecho? —Le tendí la mano.

Él la cogió y tiró de ella para hacerme caer sobre su cuerpo y empezar a besarme. Igual fue una maniobra de distracción para que dejara de preguntarle, porque empezamos a meternos mano otra vez y nos olvidamos de su examen durante un rato.

TRECE

LA CUIDAMOS

ESTRELLA

—¿Por qué no se mueve? ¿Está *morida*? —oigo preguntar a Manu. Creo que soy la única que les distingue las voces sin verlos.

—No, qué tonto eres, está durmiendo —contesta uno de los gemelos. Juraría que Guille, pero con ellos siempre dudo.

—No soy tonto —se defiende el pequeño—, pero no se mueve, y mamá enseguida se *depieta*.

Me dejo vencer por la tentación de alargar este momento de paz durante los pocos segundos que queden.

—¿Y papá? —pregunta ahora Nico en lo que pretende ser un susurro, pero que suena a un volumen normal—. ¿Por qué no está papá?

—Se fue por la noche —dice creo que Dani.

—Si no estaba por la noche. Cuando nos fuimos a dormir, no estaba.

—Pero vino luego, listo, supertarde, por lo menos a las once de la madrugada. —Quiero reírme, pero a la vez no me veo con fuerzas ni de abrir los ojos—. Yo me desperté, porque soy más mayor. —Esa afirmación y el tono de orgullo es de Dani, confirmado—. Y me dijo que se tenía que ir unos días, que cuidemos a mamá.

—Ah, vale, *pos* la cuidamos. —Mi Manu.

Y ahí acaba la paz y los cuatro suben a la cama y se lanzan sobre mí.

—¡Mami, mami! ¿Has dormido bien?

—Buenos días, mamaíta.

—¿Te hacemos el *desdeyuno*?

—¿Estás cansada, mami? ¿Te damos un masaje?

Abro los ojos por fin y les sonrío, porque, aunque me agotan, también me hacen inmensamente feliz. Mis cuatro bichos con aspecto de angelitos. Qué lindos son y qué corazón tan grande tienen.

—Me pido un queso —dice Dani mientras me coge un pie.

—Yo el otro —su gemelo lo imita.

Entre los dos empiezan lo que pretende ser un masaje de pies. Son todo amor, pero entre sus habilidades no se encuentra la de dar masajes relajantes. Al menos no por el momento. Nico sube

hasta mi almohada y se sienta sobre mi pelo. Del tirón siento un dolor agudo y cierro los ojos con fuerza. El daño físico me remite al emocional de anoche y el llanto amenaza con volver. Hago un esfuerzo por sonreír. No quiero que los niños me vean mal, y menos que Nico piense que lloro por el tirón de pelo que me acaba de dar, aunque me haya dejado amargadita.

Libera por fin mi melena y empieza a pasar sus manitas por ella. Mete los dedos entre los mechones y me acaricia el pelo y la cabeza. Intenta imitar a su padre, estoy segura, aunque con movimientos mucho más torpes, lógicamente. En cualquier caso, aunque no puedo evitar pensar en los nudos que me estará haciendo y en lo que me va a costar luego desenredarlos, me calienta el corazón el cariño que me transmiten sus gestos.

—No me habéis dejado nada —se queja Manu—. Pues yo, besos.

Se tumba delante de mí, se cuelga de mi cuello y empieza a darme miles de besos en la cara. Es muy cariñoso, pero estoy deseando que aprenda a besar sin soltar baba. No estoy en la situación más cómoda del mundo, cada uno pone todo su empeño en lo que está haciendo, pero no es agradable. Igual está feo que una madre diga esas cosas de sus hijos cuando están tan entregados en hacerla sentir bien, pero lo cierto es que no voy a decir que son unos portentos de los masajes cuando claramente no es lo suyo. De todas formas, los gestos de los cuatro me llenan de amor, que es lo que de verdad necesito en este momento.

—Os quiero mucho, chicos. —Me tiembla un poco la voz por la emoción que me genera su actitud.

El pequeño deja de darme besos y se pone de pie en la cama.

—Me pido hacerte el *desdeyuno*.

—Ni pensarlo. —Dani lo coge de un pie y tira de él hasta hacerlo caer, con tal mala suerte que cae sobre Guille. Al oír el *clonc* de las dos cabezas chocando, cierro los ojos y me preparo para el drama, que no se hace de rogar ni un segundo. Los llantos de los dos se funden al instante. Cojo a uno con cada brazo y les beso las cabezas alternativamente.

—Lloricas —farfulla Dani.

Y ese comentario es la chispa que prende la mecha y los hace separarse de mí para ir a pegarse con su hermano. Sin haberme dado tiempo a reaccionar, me veo inmersa en una vorágine de manotazos, patadas voladoras y tirones de rizos. Y llantos, más llantos. Y gritos, muchos gritos.

Nico, el más pacífico de los cuatro, intenta poner algo de orden con nulo éxito.

—No peleéis, que mamá está *tiste*. ¡No peleéis!

—Vale, chicos, ya, parad —intento que vuelva la paz—. No me hagáis enfadar.

Trato de separarlos, pero están demasiado obcecados en el odio ciego que se tienen ahora mismo. Me agota esta situación día tras día.

Suena el timbre de la puerta y los cuatro detienen su coreografía.

—¿Quién llama? —pregunta Guille.

Me encojo de hombros. El reloj de la mesilla me informa de que son las nueve de la mañana, no hace ni cinco horas que se fue su padre, no creo que se haya atrevido a volver tan pronto. Si te descuidas, está aprovechando para dormir a pierna suelta.

Los cuatro bajan de la cama y salen corriendo a toda velocidad hacia la entrada. Yo los sigo con el ánimo dinamitado ya nada más despertar.

—¡¿Quién es?! ¿¿Quién es?! —chillan como locos.

—¡Policía de niños gamberros! —oigo el grito de Carina con voz engolada al otro lado de la puerta—. Me envían a detener a cuatro rubios que estaban peleando y armando jaleo demasiado temprano. ¡Abran la puerta!

Mis hijos se giran a mirarme con las caritas blancas y los ojos muy abiertos, creo que incluso oigo latir sus corazones.

—¡No es aquí, *san equivocao*! —berrea Dani.

—¡Perdón! —grita Manu a punto de llorar—. ¡Ha sido sin querer!

—Tonto, que nos pillan —lo riñe Guille.

—¡Yo no estaba en la pelea! —se defiende Nico.

—¡No *ez* la *polizzía*! —se ríe Andrea al otro lado de la puerta—. ¡*Ez* mi mamá!

Ese comentario los relaja lo justo, porque a Carina la aman y la temen a partes iguales. Yo abro la puerta para encontrarme con ella y con su hijo e invitarlos a entrar. La madre lleva en las manos una jarra enorme de lo que parece zumo de naranja y el niño carga con una bolsa de la panadería que hay en esta misma calle.

—El que quiera zumo y cruasanes, que ponga la mesa —les dice la italiana a mis hijos a modo de saludo.

Los cuatro dan un grito y salen corriendo hacia la cocina. Andrea se contagia rápidamente de su euforia y los sigue.

—¿Cómo estás? —susurra Carina mientras nos llegan los gritos amortiguados desde la cocina—. Si necesitas hablar…

—¿Está en tu casa? —pregunto en el mismo volumen.

Ella niega con la cabeza antes de hablar.

—Chus habló un momento con él antes de que se fuera. Lo oyó… —duda un momento antes de seguir hablando—: llorar en el rellano. Eran más de las cuatro. Le ofreció que se quedara en casa, pero Samu no quiso, dijo que necesitabas espacio y quería dártelo. No sabe a dónde fue, no se lo dijo.

—Habrá ido a casa de su madre, supongo. Luego le llamaré allí. Se dejó el móvil.

Ella asiente con un movimiento y vamos hacia la cocina, porque las fieras se están empezando a impacientar.

Mis chicos han puesto la mesa con su vajilla y su cubertería de plástico multicolor, han repartido los cruasanes y esperan impacientes a que Carina les llene los vasos de zumo. Ella lo hace mientras yo preparo café.

—¿Quieres tener a los niños por aquí para no darle vueltas a la cabeza o prefieres que me los lleve para estar tranquila? —me pregunta la italiana en un susurro cuando todos los niños están ya servidos y comprobando el nivel de zumo en sus vasos para ver si alguno tiene más que el resto.

—Me vendría bien algo de paz, no te voy a mentir… Pero no voy a consentir que te lleves a los cuatro, dan mucho trabajo.

—Ah, no te preocupes. Vamos a pasar el día a casa de los padres de Loui, a la piscina. Vienen también Piero, Loui y Chus. Y nos llevamos a Maya. Podemos con todos —sonríe.

—Vale, en ese caso, no voy a discutir. La verdad es que creo que me sentaría bien un día de descanso…

—A ver, pequeños delincuentes —Carina se dirige a los niños—. Os venís conmigo a la piscina. Es una orden. Tenéis que vestiros rápidamente y coger los bañadores para después.

—Mami, ¿me ayudas? —pide Guille.

—Y a mí —se unen Nico y Manu.

—Ni hablar —interrumpe Carina—, que sois muy mayores. Os vais a vestir solos y vais a meter un bañador en una bolsa que os voy a dar. Un bañador para cada uno, que os estoy viendo venir.

—Yo no sé —protesta Manu—. Mami, ayuda…

—Os vais a vestir solos a toda velocidad —afirma Carina—, porque el último en vestirse…

Hace una pausa dramática y mis hijos la miran muy tensos esperando impacientes el final de la frase.

—El último en vestirse… ¡tiene el culo peludo! —sentencia por fin y los cuatro gritan desesperados y salen corriendo camino de su habitación. Andrea se les une preso del pánico también, y eso que él ya está vestido, no va en pijama como los míos.

—¿Dónde va el tuyo? —me río.

—Es muy sugestionable —sonríe ella antes de darle un sorbo a su café.

—¿Cómo te funcionan esas cosas? ¿Qué amenaza es esa? ¿El culo peludo?

—No sé. —Se encoge de hombros—. Parece que ningún niño quiere tener el culo peludo, ¿no? Mientras funcione…

Dejo la taza en la encimera y voy hasta la habitación de mis hijos, desde donde llegan gritos de todo tipo. Los gemelos están poniéndose ya las zapatillas. Nico lleva la camiseta con las costuras por fuera y Manu ha metido las dos piernas por la misma pernera del pantalón (supongo que por las prisas para no ser el último) y se va a ir al suelo de boca en cualquier momento.

—Ven, cielo, te ayudo —le digo al acercarme a él.

—Deprisa, mami, que no quiero ser el último.

—No va a pasar nada si eres el último. Por esta vez, nadie va a tener el culo peludo —aseguro mirando a Carina, que confirma con un asentimiento de cabeza. Luego ella coge una bolsa de deporte del armario de los niños y les pide que dejen ahí los bañadores. Me los llevo al baño a peinarlos y lavarles la cara y unos diez minutos después salen todos por la puerta.

El silencio me envuelve en cuanto cierro tras ellos y me quedo sola.

CATORCE

NI SIQUIERA ÉL ES TAN GILIPOLLAS

ESTRELLA

Aprovecho mi inusual soledad para darme un baño relajante. Todo lo relajante que se puede dadas las circunstancias. Lloro durante un rato, porque esta situación me duele, porque lo de anoche fue lo más difícil que he hecho nunca, pero creo que es lo que tenía que hacer.

La maternidad, la edad, la vida… Todo me ha pasado por encima sin que me diera cuenta. He perdido mucho en el camino. He perdido a Samu y me he perdido a mí. Lo echo de menos, pero ya lo estaba echando de menos mientras aún estaba aquí. Porque estaba, pero no estaba. No estábamos. No éramos.

Tras salir de la bañera, ya más relajada, me seco con calma y me aplico todas las cremas que, en circunstancias normales, no me da tiempo a ponerme. Me cuido con el mimo y la dedicación que ya nunca tengo para mí misma, y casi rompo a llorar otra vez, porque no sé en qué momento algo como esto se ha convertido en algo extraordinario. No sé cuándo empecé a sentirme culpable por dedicarme tiempo a mí. En parte es por los niños, lo sé, pero no quiero culparlos a ellos, solo hacen lo que tienen que hacer, es su trabajo.

Me pongo unas mallas y una camiseta, no tengo intención de ir a ningún sitio. Me armo de valor y llamo a casa de la madre de Samu. Hablar con él no es la mejor de las ideas, pero quiero decirle que está aquí su teléfono y necesito saber qué plan tiene, si va a pasarse por aquí a recoger más cosas.

Mi suegra contesta al tercer tono.

—Hola, Almudena, soy Estrella. ¿Está tu hijo por ahí?

—No, ¿va a venir? No me ha dicho nada. ¿Viene con los niños?

—Nnno, no, los niños se han ido a la piscina… ¿No ha pasado Samu ahí la noche?

—¿Aquí? No, ¿por qué? ¿Ha ocurrido algo, cariño?

—Tuvimos una discusión fuerte y le pedí que se marchara de casa. —Suspiro—. Di por hecho que habría ido a la tuya. No pasa nada, habrá ido a la de mi hermano o a la de Loui.

—Pero ¿tan grave como para que se fuera de casa? ¿Qué pasó?

—Cosas nuestras, Almudena, no te preocupes, de verdad. Fue todo muy pacífico.

—Vale, cariño, te creo. Lo arreglaréis. ¿Quieres que hable yo con él? Ahora lo llamo al móvil y le pregunto dónde está.

—Se lo dejó aquí, por eso te he llamado a ti. No pasa nada, no te preocupes, no andará lejos.

—Vale, cariño, avísame con lo que sea.

—Claro, Almudena. Un abrazo.

Habrá ido a casa de Loui, supongo. Se me haría muy raro que hubiese ido a casa de mi hermano, pero nunca se sabe… El timbre de la puerta me da un susto de muerte. Voy hasta allí sin demasiadas ganas de visita. No creo que sea Carina con los niños, es demasiado pronto y tampoco oigo gritos al otro lado.

Abro con la curiosidad justita para descubrir al otro lado a Marc y a Greta, que me miran con cara de condescendencia.

—Vale, ya os habéis enterado. Se os ha metido en casa, ¿no? ¿O está en casa de Loui y Piero?

—No, no, nos lo han contado Carina y Chus cuando han venido para irse con ellos a la piscina. Por nuestra casa no ha pasado, y por la de Loui tampoco —asegura mi hermano.

—Estará en casa de su madre —sugiere Greta.

—No, acabo de llamar, allí no está. Se ha dejado el móvil, no lo puedo llamar. Pues no sé dónde coño habrá ido —suelto el pensamiento en voz alta conforme acude a mi mente.

Greta se remueve incómoda.

—¿Dónde coño está? No hay más opciones —dice mi hermano.

—Ya —confirmo—. Ni idea.

—Bueno, hay una…, chunga, pero una.

Marc y yo nos giramos hacia ella sin entender a qué se refiere. Ella mueve la cabeza de un modo casi imperceptible hacia la ventana y nosotros la imitamos.

—¡¿Qué?! No, imposible… ¿En casa de Clau? Ni de coña, no si quiere conservar los piños —asegura mi hermano.

—No habrá sido capaz —resoplo. Si se ha ido a casa de Claudia, desde luego que eso lo cambia todo. Eso sería toda una declaración de intenciones.

—No quiero ser malpensada, pero es lo único que se me ocurre. Si no, ¿dónde está? —interroga Greta.

—No puede ser, no puede ser —farfullo y me siento en el brazo del primer sillón que veo.

—¿La llamo? —pregunta Greta—. Sin decirle nada, solo para tantear…

—No, no, no la llames. Si está allí, ya nos enteraremos.

—Se habrá ido a un hotel —intercede mi hermano—. Ni siquiera él es tan gilipollas.

El sonido de un nuevo correo en mi móvil nos hace callar un momento, pero ni lo miro.

—Es él. —Marc me pasa mi teléfono, en el que se ve la notificación de un correo entrante nuevo y el remitente. Lo abro rápidamente.

De: Samuel Andújar

Para: Estrella Sapena

Asunto: no quiero molestar

Mensaje: Perdona, Estrella, no quiero molestarte. Te entendí ayer, cuando me pediste espacio, o tiempo, o lo que sea que necesites. He perdido el teléfono y no sé si me lo dejé en casa. No recuerdo haberlo sacado allí, no recuerdo cuándo fue la última vez que lo vi. Si lo has encontrado por ahí me pasaré a por él y, si no quieres verme, déjaselo a Chus. Me mantendré todo lo alejado de ti que necesites, pero eso no quiere decir que no te esté echando ya de menos (a ti y a los

nanos) y que esto no me esté matando por dentro. No quería que sonara a chantaje emocional, solo lo he dicho como lo siento. Hasta que recupere mi teléfono, estaré pegado al ordenador. Si necesitas decirme lo que sea, hazlo por aquí.

Te quiero, no lo dudes nunca. No he dejado de quererte y no creo que sea capaz de hacerlo.

Respiro hondo cuando termino de leerlo.

—¿Dice dónde está? —pregunta Greta.

—No.

—Pues, yo no quiero decir nada, pero en un hotel no tiene ordenador en la habitación al que estar pegado todo el tiempo…

Marc resopla antes de hablar:

—Pues en casa de Claudia no está, ¡porque te juro que le arranco la puta cabeza!

—Vale, es tan sencillo como preguntarle —intento tranquilizarlos.

De: Estrella Sapena
Para: Samuel Andújar
Asunto: Re:no quiero molestar

Mensaje: Sí, tu teléfono está aquí. ¿Dónde estás? ¿Dónde has pasado la noche?

Su respuesta llega apenas veinte segundos después.

De: Samuel Andújar
Para: Estrella Sapena
Asunto: Re:Re:no quiero molestar

Mensaje: En la farmacia, ¿dónde voy a estar? No quiero amargar a nadie con mis mierdas. Luego me paso a por el móvil.

Respiro hondo con un gran alivio y sintiéndome la más tonta del mundo por no haber pensado en la farmacia.

—Vale, me he pasado de desconfiada —se disculpa Greta.

—Dame su móvil, voy a llevárselo —me pide Marc y me tiende la mano—. ¿Hay que llevarle algo más?

—Llévale algo de comida.

Mi hermano asiente y se mete en la cocina. Sale al poco rato con una bolsa grande.

—Tete —lo llamo cuando ya tiene la mano en el picaporte de la puerta de la calle. Él se gira a mirarme—. No seas duro con él, que también lo está pasando mal. No estés tú más enfadado que yo. No seas mi hermano, sé su amigo, que te necesita.

Marc solo asiente con la cabeza antes de marcharse.

QUINCE

NO ME VOY A DEFENDER

SAMU

Se me cae este cuartucho encima, la verdad. Jamás pensé que me vería en esta situación. No estoy de humor para salir a la calle, solo quiero regodearme en mi mierda. No me apetece ver a nadie. Lo tengo clarísimo cuando oigo golpes en la puerta interior de la farmacia. Por un lado, deseo que sea Estrella, quiero verla, necesito tocarla y saber que seguimos siendo los de siempre. Pero por otro, una visita tan pronto podría no traer nada bueno. ¿Por qué me ha preguntado dónde estoy? ¿Para venir? Siento una mano invisible retorcerme el estómago por dentro mientras me acerco a la puerta. Un escalofrío me recorre la espalda durante los escasos segundos de incertidumbre hasta que veo a su hermano al otro lado del umbral y se me cae el alma a los pies.

Respiro hondo antes de hablar:

—¿Has venido a partirme la cara? Pasa. —Me aparto y obedece. Cierro la puerta tras él—. Supongo que me lo merezco. No me voy a defender.

Me mira serio, pero no hace ni el amago de golpearme. Se acerca a mí y me pasa un brazo por los hombros. Pienso que va a inmovilizarme por el cuello para darme de hostias, pero, en lugar de eso, me da un abrazo.

—¿Cómo estás, nano? —murmura—. Cuéntame tu versión, que no me fío ya de ninguna de ellas.

—Vamos a mis aposentos —le indico con un gesto de la mano el camino hasta el cuartito que tengo aquí, donde llevo encerrado desde anoche, o esta mañana… Bueno, lo que sea.

Se deja caer en la cama (igual ese término es demasiado generoso) y da una palmada a su lado en el colchón para que me siente junto a él. Abre la bolsa que ha traído.

—¿Café o cerveza? —pregunta.

—No he desayunado, aunque tampoco he dormido… Café, nano, no sé cómo me sentaría una birra ahora mismo…

Asiente y saca un termo. Sirve dos cafés en dos vasos de plástico de los de mis hijos, que también ha sacado de la bolsa, y me pasa uno.

—¿Has visto a los niños? ¿Cómo están? ¿Se han enterado de algo?

—Han pasado un momento por casa, iban a casa de los viejos de Loui. Estaban emocionados por ir a la piscina, yo creo que no se han enterado de nada…

Asiento con la cabeza, mejor así.

—Bueno, cuéntame qué ha pasado, anoche todo iba bien… Dime cómo se ha torcido tanto todo en tan poco tiempo… ¿Qué pasó con Claudia?

Respiro hondo y le cuento todo desde que Claudia y yo nos separamos de ellos hasta que salí de casa ya con la maleta. Él escucha en silencio y asiente de vez en cuando.

—No te la tiraste —afirma, no es una pregunta.

—No, claro que no. Me conoces de sobra, sabes que sería incapaz de hacerle eso a Estrella.

—Lo sé —vuelve a asentir—. Entonces, a ver si lo pillo, te ha echado de casa porque a la zumbada de Claudia se le ocurrió meterte la lengua en la boca sin que tú hicieras nada… ¿Es eso?

Asiento y cierro los ojos. Qué cansado estoy de todo.

—Están locas, nano. No sé qué más quieren de nosotros… —asegura. Nunca pensé que fuera a empatizar tanto conmigo en una situación así—. ¿No tienes a veces la sensación de que se te está escapando la vida y no puedes hacer nada para evitarlo?

—¿Vida? ¿Qué es eso? —Me río—. Tengo cuatro hijos, yo ya no tengo vida.

—Pues espérate que lleguen a la adolescencia, que vas a flipar… Bueno, o no, que los tuyos son chicos, seguro que son más fáciles. A las tías no hay quien las entienda. Gina está insoportable, nano.

—La veo todos los días —me río—. Gina es de puta madre.

—Será contigo, porque, lo que es en casa, te juro que a veces la estamparía contra la pared… Las animaladas que nos dice a su madre y a mí, cómo se cree que lo sabe todo, que todo lo que tiene son derechos y ninguna obligación… Y no voy a hablar de su habitación, que da puto asco, nano, parece un vertedero…

Me río entre dientes y me sirvo un poco más de café.

—¿Te puedo confesar un pensamiento de lo más chungo sin que salga de aquí? —pregunta cerrando los ojos y apoyando la cabeza en la pared.

—Claro —aseguro.

—Es algo que he pensado alguna vez, pero nunca lo he reconocido en voz alta…

—Dime.

—A veces… A veces me pregunto cómo sería mi vida si Greta nunca hubiera vuelto de Italia. Ya está, ya lo he dicho.

Me río.

—Entiendo que lo hayas pensado. Pero ya te digo yo que sería peor, y la mía también.

—¿La tuya? —Abre los ojos y me mira con las cejas arrugadas—. ¿En qué te afectaría a ti que Greta no hubiera vuelto?

—Pues, nano, te habrías casado con Marta (y tendrías más hijos que yo, por cierto) y habríamos dejado de ser amigos o yo estaría en la cárcel por haberte dejado viudo…

Suelta una carcajada.

—No me habría casado con Marta —asegura.

—Los cojones que no. Claro que te habrías casado con ella, te tenía cogido por las pelotas…

—Nunca lo sabremos. —Vuelve a cerrar los ojos.

—Yo lo sé —me río.

—¿Estás seguro de que quieres arreglar las cosas con Estrella? —Abre los ojos y me mira serio—. Igual es tu oportunidad de empezar de nuevo. De ser padre un finde sí y otro no… Tener tiempo para tus movidas… ¿Te acuerdas de lo que era eso? Igual lo tienes a huevo para reiniciar, no sé, piénsalo bien… Que es mi hermana, y la quiero, pero me pongo en tu lugar y no sé cómo lo llevaría yo…

—Lo he pensado, claro que lo he pensado… Y estoy agotado, nano. Me paso los días del curro a casa y cuando llego todo son marrones. Estrella desesperada porque no puede más con los críos, siempre con algún reproche para mí porque me ocupo poco de ellos, los niños insoportables esperando a que llegue yo y les haga todo el caso del mundo, ella medio mosqueada siempre… No ha sido solo lo de Claudia de anoche, Estrella se ha ido alejando de mí desde hace tiempo. Te va a encantar esto: soy incapaz de recordar la última vez que follamos. Hace tanto que no te sé decir…

Se ríe entre dientes.

—Gilipollas, ya tengo asumido que te tiras a mi hermana.

—A buenas horas, justo lo asumes cuando ya no me la tiro…

Los dos empezamos a reírnos cada vez más fuerte.

—Yo qué sé, nano. —Se me empiezan a pasar las ganas de reírme—. Pese a todo eso…, quiero estar con ellos, y con ella. Prefiero seguir así, agobiado y sin tiempo para mí, a cambio de esos pequeños momentos que hacen que todo valga la pena.

—¿Qué momentos? ¿Cuando se duermen?

Soltamos otra carcajada los dos.

—Qué cabrón. Yo qué sé… Es mi familia, tío. Los quiero. Me agobian, pero los quiero más que a nada… Y lo de tu hermana, quiero pensar que es una fase, que volveremos a tener vida sexual en algún momento… Si es que superamos esto, yo qué sé, estaba agobiadísimo por la vida que llevaba y en unas pocas horas todo se ha dado la vuelta y estoy agobiadísimo por la posibilidad de perder esa vida. ¿Tú crees que serías más feliz si Greta nunca hubiera vuelto de Italia?

—Claro que no, ni de coña —sonríe—, pero soñar es gratis. Y echarles la culpa de todo a ellas es lo más fácil.

—Hemos visto demasiado porno, tío, teníamos la vida en pareja idealizada.

Los dos soltamos una carcajada un poco amarga, al menos así me sabe la mía.

—Entonces, ¿mis hijos están en la piscina de los padres de Loui?

Asiente.

—¿Quieres ir a verlos?

—Sí, tío, por increíble que parezca, ya los echo de menos.

DIECISÉIS

TAMBIÉN TENEMOS PLANES

SAMU

Llegamos a casa de los padres de Loui y, antes de alcanzar a ver la zona de la piscina, ya oímos el jaleo que arman mis hijos. Hemos pasado por casa de Marc a por bañadores y me ha prestado también unas gafas de sol, he preferido no mirarme al espejo, debo de tener ahora mismo un careto de puta madre. Tantos años sin llorar y lo he soltado todo en una noche.

Piero y Chus están dentro del agua con todos los nanos. Carina está tomando el sol, pero está claro que se ha bañado también. Loui está fuera del agua haciendo fotos a los que están dentro, cómo no.

En cuanto uno de mis hijos me ve, da un grito y se le unen todos los demás. Intentan nadar hasta las escalerillas con sus manguitos, pero al momento están todos más preocupados en entorpecer el paso a sus hermanos para llegar los primeros. Tiene que ser agotador para ellos esa pelea constante. O igual no, igual solo lo es para mí.

Para evitar un drama en la salida de la piscina, decido quitarme la camiseta y las chanclas y lanzarme del tirón al agua.

—No te has duchado, cerdo —se queja Loui.

—Dame un respiro, nano. Intentaba evitar un baño de sangre en las escaleras —me defiendo.

Él se ríe y vuelve a prestar atención a su cámara. Mis hijos han desviado su ruta inicial y ya están a punto de alcanzarme.

—¡Papi, papi! ¡Mira lo que hago!

—¿Me tiras?

—¡No, a mí primero!

—¡No, yo *primer*!

—¡¡Yo!!

—¡¡Yo!!

Me río y los voy cogiendo uno a uno y lanzándolos lejos. No hay peligro, gracias a los manguitos se sumergen poco y salen a la superficie enseguida. Marc, con su calma habitual, tarda tres rondas de hijos voladores en quitarse la camiseta y las chanclas, pasar por la ducha y meterse en el agua para echarme una mano con sus sobrinos. Su hija pequeña viene corriendo a saludarnos. No se parece a su hermana ni a su madre. Todos dicen que es igual que su padre, pero yo creo que es igualita que Estrella. Hasta hace muchos de sus gestos. Se encarama a mi

cuello y me da un beso en la mejilla.

—Hola, tío Samu —sonríe y sus ojos desaparecen en dos rendijas, exactamente como le pasa a Estrella.

Y yo no puedo evitar pensar que igual ya nunca vuelvo a verla sonreír. O no por mí. Igual ya no es «mi» Estrella nunca más. Y empieza a faltarme el aire. Y me mareo. Y todo da vueltas cuando entre Marc y Piero me sacan de la piscina y me tumban en el césped. Y los oigo retener a mis hijos para que no vengan a lanzarse sobre mí. Cierro los ojos y solo quiero volver atrás en el tiempo. Dos días, dos meses, dos años, dos décadas…. Lo que sea, pero volver a empezar.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta el italiano pasándome una mano por el pelo. Asiento sin abrir los ojos, estoy muy cansado—. Vale, pues intenta dormir un poco, creo que tienes cansancio acumulado.

Obedezco y me concentro en sentir solo el peso de mi cuerpo sobre el césped.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, los niños están en una parte del jardín bastante alejada jugando a la pelota y los demás detienen su conversación para prestarme atención.

—¿Cómo estás, nano? —pregunta Chus.

—Bien —aseguro mientras me paso una mano por la cara—. Creo que necesitaba sobar un poco. Ha sido una noche muy chunga.

Todos asienten, pero ninguno dice nada. Empiezan a hablar de Juego de Tronos, entiendo que para distraer la atención con otro tema, y yo lo agradezco, me viene bien pensar en otra cosa. Pero no lo consigo y mi cabeza vuelve una y otra vez a lo de anoche. A Estrella. Me preguntan cosas de vez en cuando para ver si consiguen arrastrarme a su conversación, pero, aunque lo intento, es misión imposible.

En un momento dado, a Carina le suena el móvil y contesta la llamada.

—Hola, Greta.

Todos nos giramos hacia ella.

—¡*Cazzo*, sí! ¿La semana que viene? ¡Me apunto! Un momento. —Se gira hacia su chico—. Chus, me voy la semana que viene con las chicas a la cabaña. Te ocupas tú de Andrea, o se lo llevamos a tu madre…

—¡¿Qué?! —grita Marc—. Pon el manos libres.

—Tu marido me pide que ponga el altavoz.

Lo hace y sostiene el móvil delante de ella.

—¿De qué va eso, nena? —pregunta Marc con tono de mal rollo.

—Nos vamos las chicas a la cabaña la semana que viene. Estrella necesita un respiro. Y yo también, ¡qué coño! Y Carina. Nos vamos, apañaos sin nosotras…

—¿Y nosotros no necesitamos un respiro o qué?

—No me hagas reír…

—¿Qué?

—Bueno, pues dejad a los nanos con las abuelas y haced algo vosotros también… ¿O esperáis que os lo solucionemos nosotras?

—Pues si os vais a la cabaña vosotras, ya me contarás —gruñe Marc—. Más casas no tenemos.

—Pues con nosotras no venís…

—Ni lo pretendemos —bufa él.

—Nosotros también tenemos planes, nos vamos a la otra casa —interrumpe Piero.

—¿Qué otra casa? —preguntamos todos a la vez.
Piero sonríe y suelta su gran idea:
—Nosotros nos vamos a la de Sicilia.

DIECISIETE

EL ÚLTIMO

SAMU

Llego a mi edificio a media tarde. Voy con Chus, Carina y todos los nanos. Ellos se meten en su piso, entiendo que para dejarnos intimidad y yo respiro hondo antes de llamar al timbre de mi propia casa.

—¿Por qué llamas? —pregunta uno de los gemelos. Me avergüenza reconocer que a veces no los distingo.

—¿No tienes llaves? —añade Nico.

—Me las he dejado —improviso.

Estrella nos abre y les dedica una sonrisa triste a los niños. A mí ni me mira. Se mete con ellos dentro de casa y deja la puerta abierta. Lo interpreto como una invitación muda y entro también.

Greta sale del baño en ese momento y da un grito en dirección al pasillo:

—¡Estrella, me marcho! ¡Me paso mañana!

—¡Vale, hasta mañana, guapa! —llega el grito de mi chica en respuesta.

Greta se acerca a mí, que estoy junto a la puerta todavía, con gesto de decepción y negando con la cabeza.

—Qué huevazos tienes, rubio —murmura entre dientes—. Si naces más gilipollas, no naces.

Yo aprieto los dientes de puta frustración.

—Yo no hice nada —farfullo.

—Pues tenías que haber hecho… ¡Una puta cobra tenías que haber hecho! —Me grita sin levantar la voz—. Me voy a hablar con la otra imbécil, porque ya os vale a los dos.

No le digo nada más y ella se marcha.

En un extremo del salón veo una maleta y una bolsa de mano. Vale, pillo el mensaje. Me acerco hasta la habitación de los nanos, donde Estrella se ha sentado con ellos en el suelo y escucha atenta todo lo que le están contando del día en la piscina.

—Estrella, ¿podemos hablar? —pregunto desde la puerta.

Ella pone los ojos en blanco y se levanta con cara de agobiada. Mis hijos se quejan por perder la atención de su madre, pero ella los calma rápidamente.

—Jugad a algo, ahora vengo y me terminái s de contar. Pero no saquéis muchos enredos, que luego hay que recogerlos.

Llega hasta la puerta y me hace un gesto para que salgamos. Aún no me ha mirado ni una vez desde que he llegado. Su hermano podría haberme partido la cara y ella no se habría dado ni cuenta. Voy hasta el dormitorio y me sigue. He barajado la idea de ir a la cocina, pero me ha parecido que nuestra habitación era más apropiada para una conversación así.

Cuando llegamos, me giro a mirarla, pero ella tiene la vista fija en el suelo y no me dirige ni un triste vistazo.

—Dime, Samuel, ¿qué quieres? —suspira mirando sus pies.

—No lo sé —confieso, porque en realidad no sé ni qué decirle.

«Hostia, Samu, qué subnormal eres».

Pero ese estúpido comentario la hace reaccionar y levanta la cara por primera vez y me mira directamente.

—Y ¿para qué me has hecho venir aquí? Me vuelvo con los niños.

Sin pensarlo demasiado, la cojo del brazo y tiro de ella hacia mí. Tengo mucha más fuerza que ella, podría obligarla a venir hasta mí si quisiera, pero lo cierto es que no hace falta, no opone resistencia. No sé si porque no le importa que la atraiga hacia mí o porque la pillo por sorpresa. Pero el caso es que la estrecho entre mis brazos y ella se deja. Y le beso la cabeza y también se deja. Le acaricio la espalda y ella lleva sus manos a mi cintura. Y la euforia me recorre entero. Mi boca busca la suya y la encuentro. Y la beso sin pensármelo demasiado y, por primera vez en meses, me lo devuelve. Nuestras bocas se abren y nuestras lenguas se encuentran, y esto puede que hiciera años que no pasaba, porque los tristes polvos que hemos echado las últimas veces han sido sin besos, o al menos sin besos como este. Me muerde el labio y a mí me va a reventar el corazón. Respiro hondo sin separarme de su boca y la estrecho más entre mis brazos, tanto que la levanto un poco del suelo. Ella gime y me deja hacer. Y me besa, me muerde y me lame la boca como hacía muchos años que no ocurría. Y llora, de felicidad, tiene que ser de puta felicidad como la que me recorre a mí entero.

—Estrella —resoplo en su boca al borde del colapso—. Dime que tú también quieres hacerlo. Lo necesitamos, cariño, necesitamos esto.

—Sí —susurra ella como puta música celestial para mis oídos y yo empiezo a besarle el cuello sumergido en este olor que me vuelve loco—. Cuando los niños se duerman… Lo necesitamos, necesitamos una despedida. Lo hacemos por última vez y luego te marchas.

«¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué?».

—¿Cómo «por última vez»? —Dejo de besarla y me incorporo para mirarla a la cara.

—Samuel. —Se limpia una lágrima de la mejilla—. Tienes razón, no podemos separarnos sin recordar cuándo fue la última vez que lo hicimos. Nos merecemos el último.

—No, Estrella, no, no… El último no, nos merecemos el primero. —Cojo su cara entre mis manos—. Nos merecemos volver a empezar.

—El último, Samuel.

—No me llames *Samuel* —murmuro y doy un paso atrás para alejarme de ella—. No puedo hacerlo. No puedo hacer el amor contigo sabiendo que es la última vez que vamos a hacerlo, que cuando terminemos habrá acabado todo entre nosotros. Porque no pararía nunca.

—Pues entonces vete ya. —Se limpia las lágrimas de las mejillas y da ella también un paso hacia atrás—. Nos quedamos con los recuerdos de todos estos años y nos decimos adiós.

—No quiero decirte adiós, Estrella, no puedo hacerlo.

—Es una forma de hablar. Tenemos cuatro hijos, hasta que no sean adultos no podremos decirnos adiós del todo.

—No te quiero decir adiós nunca. Déjame que me quede, quiero quedarme, quiero estar con

vosotros.

—Te vas a Sicilia, ¿no?

—Puedo no ir. Me quedo, me quedo contigo. Prefiero mil veces quedarme contigo. Hago lo que me pidas. —Me arrodillo delante de ella en un gesto dramático—. Seré tu esclavo, haré todo lo que tú quieras.

—Nos vendrá bien alejarnos, necesito no verte una temporada. Vete a Sicilia. No me llames, no me escribas, dame tiempo… ¿Podrás respetar eso?

—No te volveré a decir ni una palabra hasta que tú me lo pidas. Pero lo estaré deseando todo el rato, no lo dudes.

—Vete ya, Samuel.

Asiento y salgo de la habitación. Me despido de los niños y ella me acompaña a la puerta. Quiero mantener la dignidad antes de salir de casa, pero fracaso miserablemente y me abrazo a ella.

—Podemos comprar una casa más grande, la farmacia da dinero de sobra. Con una habitación para cada niño, o podemos mandarlos a un internado, o todo: casa nueva e internado. Podemos hacer todo lo que quieras, solo dime qué quieres, Estrella.

—No tiene gracia lo del internado. Y lo que quiero es que te marches y que me des tiempo, y espacio, y silencio… —refunfuña apartándome de ella.

Asiento y hago el gesto de cerrarme la boca con una cremallera. La miro un momento y me inclino hacia ella con toda la intención de besarla. Me quedo a pocos centímetros de su boca y no se aparta. Levanto el dedo índice como pidiendo permiso y juraría que alcanzo a ver un atisbo de sonrisa. Siempre le han hecho gracia mis gilipolleces, no se habría casado conmigo de no ser así. Me lo juego todo a una carta, me marco el farol de mi puta vida y me atrevo a juntar mis labios con los suyos. Y me deja. No es un beso como el de hace un rato, pero me lo devuelve durante un par de segundos. Me separo de ella. Se me hincha el pecho y abro la boca para decirle cuánto la quiero, pero no llego a hacerlo, porque me acuerdo de que ya me he cerrado la boca con la cremallera imaginaria y que se lo he prometido. Ni una palabra, solo cojo las maletas que me ha dejado preparadas, le lanzo un beso por el aire y me marcho.

Y me acuerdo de cuánto me quería, tanto como yo a ella. Ocurrió y fue real. Ya se enamoró de mí una vez, puedo volver a conseguirlo, tiene que haber una manera.

DIECIOCHO

VE A POR TU ESTRELLA, CHAVAL

SAMU

2002

—¡Estoy en casa! ¡Estrella! ¡Mamá! ¡¿Hay alguien?! —oí los inconfundibles berridos de Marc a través de la puerta cerrada. Mierda, mierda, mierda.

—Hostia, tu hermano —le susurré a Estrella. Ella empezó a reírse, imagino que al ver mi cara de pánico—. ¿Dónde me escondo?

Encogió los hombros como respuesta muerta de risa. Llegaron hasta mis oídos los pasos de mi amigo avanzando por el pasillo. Caminaba despacio, como siempre, pero aun así no lo suficiente como para que me diera tiempo a vestirme. En cualquier caso, aunque yo fuese el puto Flash y lo hiciera en dos segundos, nada justificaría que me encontrara en la habitación de su hermana mayor. No creí que me fuera a dar tiempo ni a llegar al baño, así que simplemente me dejé caer de la cama y rodé hasta esconderme debajo. Estrella soltó una carcajada que tuvo que oír Marc desde el pasillo por fuerza.

«Diciembre. Y yo en bolas tumbado sobre el suelo de mármol. De puta madre. Hola, pulmonía».

Estrella se removía sobre la cama, supuse que poniéndose algo de ropa. Esperé a que dejara caer la mía al suelo para cogerla, esconderla conmigo y empezar a vestirme, pero no ocurrió y la puerta de la habitación se abrió. Me deslicé todo lo que pude contra la pared y encogí las piernas, como se agachara por lo que fuera estaría más jodido de lo que ya estaba con el culo como un puto cubito de hielo.

—¿Qué haces en la cama? ¿Estás mala? —le preguntó Marc a su hermana.

—Mmm… no, solo estaba perreando un poco.

—Está esto muy cargado, abre un poco, ¿no? —Lejos de ser una sugerencia, vi sus botas dirigirse a la ventana y noté que la abría.

«Gracias, Marc, eso es justo lo que necesitan mis pelotas, un poco de aire fresco».

—Creí que irías al bar de Bruno —oí decir a Estrella.

—No, Chus y Loui me han llamado para decirme que habían quedado ya, es la putada de tener a los colegas emparejados…

—¿Y Samu? Él no tiene pareja, ¿no? ¿Por qué no lo llamas? Igual le apetece salir… —sugirió ella con tono inocente.

«Cabrona».

Empujé mi puño hacia arriba, justo donde se hundía el colchón, y ella soltó una risita.

—Sí, voy a llamarlo, ¿de qué te ríes?

—Nada, me he acordado de una cosa que ha pasado hoy en el curro. Una tontería.

—Cuéntamelo, me vendrá bien reírme…

—No lo entenderías, es de esas cosas que las tienes que haber vivido para que te hagan gracia.

«Joder, qué rápida buscando excusas y soltando trolas. ¿Me hará lo mismo a mí?».

—Bueno, voy a llamarlo…

«Mierda, ¿dónde está mi puto móvil? Por favor, que esté en silencio, que esté en silencio…».

—Pero no lo llames aquí, llámalo desde tu habitación, que no me interesan vuestras conversaciones de niñatos. —Vi los pies de Estrella bajar de la cama. Al momento empujó a Marc hacia el pasillo.

—Vale, joder. Bueno, si Samu no puede quedar, ¿hacemos algo? ¿Vemos una peli?

—No sé, igual he quedado, ya lo vemos… Lárgate que quiero ducharme y vestirme.

—Vale, vale, joder, cómo estás hoy…

La puerta se cerró y los pies de Estrella se acercaron al borde del colchón. Al momento se tumbó en el suelo bocabajo, perpendicular a la cama y con la cabeza hacia mí. Extendió el brazo y me pasó mi móvil.

—Te va a llamar.

—Qué cabrona eres —quería mosquearme con ella, pero a la vez quería besarla… y también quería follármela, no voy a ser hipócrita, su hermano nos había interrumpido en el mejor momento—. ¿Por qué no me has pasado mi ropa?

—¿Tú sabes el morbo que me daba pensar que tenía a un tío en bolas debajo de la cama? —sonrió e hizo un movimiento sugerente con las cejas.

—«Un tío» —repetí con un tono que igual sonaba algo molesto, pero me había salido solo. Me arrepentí al momento, aunque llevábamos meses así, nunca habíamos hablado de exclusividad o de que eso en algún momento fuera a ser algo más de lo que era.

—Sí, un rubio de metro noventa que parece una escultura griega que ha cobrado vida —sonrió.

—¿Eso soy para ti? —Mierda, ¿Lo había dicho en voz alta? Joder, qué cagada.

Ella me miró muy seria y respiró hondo. Eran demasiadas emociones que gestionar y la llamada que nos interrumpió en ese instante las anuló todas. Por suerte, el teléfono estaba en silencio.

—Lo he silenciado yo, de nada —susurró.

—También le has dado tú la idea —murmuré haciéndome el mosqueado para desviar la atención de mi comentario anterior. Se estiró para llegar hasta mí, me besó invadiendo toda mi boca y a mí se me olvidó al momento cualquier cosa que hubiese pasado antes. Solo podía pensar en quitarle ese batín que se había puesto.

—Contesta —ronroneó en mis labios—. Luego seguimos.

—¿Qué pasa, tío? —susurré al teléfono. Su hermana se acercó a mí y, a continuación, se deslizó hacia abajo y lamió uno de mis pezones, que estaba tan duro como para poder partirle la lengua por la mitad. Ni siquiera había cerrado la ventana, joder.

—¿Qué plan tienes esta noche? ¿Hacemos algo? Los dos babosos han quedado con sus

respectivos…

—No sé, ahora me pillas mal —murmuré mientras Estrella pasaba de mi pezón y subía a lamerme el cuello y la oreja—. Te llamo luego, ¿vale? —Intenté ahogar un gemido, pero fracasé con todas las letras.

—¿Qué haces, nano? Suenas raro.

—Luego te llamo, en serio, ahora no puedo hablar. —Colgué el teléfono antes de que pensara que me estaba pajeando mientras hablaba con él. Luego besé a su hermana con tanta desesperación como si ese fuese el último beso que íbamos a darnos. Algo me decía que, después del comentario de niñato que había soltado hacía un momento, había altísimas probabilidades de que lo fuera.

Me devolvió el beso durante un momento, pero se separó enseguida.

—Voy a distraerlo —susurró—. Lárgate y espérame en la calle. Bajo en cuanto pueda. Tenemos que hablar.

Asentí como un anormal, sin poder decir ni una palabra mientras ella salía de debajo de la cama y me dejaba más helado de lo que ya estaba.

«"Tenemos que hablar". ¿Cuándo esas tres palabras han encerrado algo bueno?»

Me vestí a máxima velocidad y abandoné con todo el sigilo del mundo esa casa que conocía casi tan bien como la mía.

En cuanto puse un pie en la calle, me invadió una sensación de nostalgia, provocada supongo por las luces navideñas que me rodeaban. ¿Nostalgia de qué? Nunca me había hecho sentir así la Navidad… ¿Qué coño me estaba pasando? Algo me decía que esto con lo que llevábamos jugando siete meses acababa de reventarme en la cara, a pocos días de Navidad, y que, a partir de entonces, estas fechas iban a tener un significado amargo para mí. ¿Por qué eso me producía angustia? ¿No estaba claro desde el principio? No, no lo estaba, nunca habíamos hablado de eso… El sexo era demasiado bueno como para hablar de nada más.

Miré mi reflejo en un escaparate y las palabras de Estrella resonaron en mi cabeza. «Una escultura griega que ha cobrado vida». Con eso me había dicho que estaba muy bueno, ¿no? ¿Por qué me había ofendido tanto? Una punzada de rabia me atravesó y saqué mi gorro de uno de los bolsillos del abrigo para esconder los putos rizos. Aún asomaban por debajo, seguía llevando el pelo casi hasta los hombros. Igual debería raparme la cabeza, así lo mismo encontraba una chica que se fijara en mí por algo más que por mi aspecto…

«Espera, Samu, ¿estás gilipollas? ¿Desde cuándo es eso lo que quieres? Además, como si te valiese cualquiera, flipado, que eres un flipado».

No sabía lo que podía tardar y pasaba de quedarme en la calle y que se me volvieran a congelar las pelotas. Me decanté por un *pub* irlandés que encontré en mi deambular por su barrio, uno al que no había entrado nunca. Podría haber ido a La Cueva, el garito al que iba siempre con mis colegas, no estaba lejos, pero allí todo el mundo nos conocía y no podía dejarme ver con ella.

Le mandé un mensaje rápido con el nombre del bar y empujé la puerta de entrada con un suspiro. La decoración navideña y los villancicos[1] en inglés me recibieron como con una bofetada.

«En serio, ¿qué pasa contigo, nano?».

Me acomodé en una de las banquetas de la barra y pedí una cerveza. A un par de taburetes de distancia, un tipo de lo más extraño le contaba una historia al camarero. Resoplé por lo bajo

cuando me fijé en que llevaba gafas de sol aun estando dentro del local, y eso que, pese a ser poco más de las siete de la tarde, en la calle también era noche cerrada… ¿Cuántas horas llevaría aquí dentro para no habérselas quitado? ¿Cuántas birras llevaría encima para no haberse dado cuenta? Igual lo sabía perfectamente y solo era un notas, era la opción que me parecía más probable, la verdad, sobre todo después de comprobar que estaba bebiendo su cerveza a través de una pajita. Joder, qué tío más raro.

—¿Qué pasa, chaval? —me preguntó el camarero mientras dejaba frente a mí la jarra que le había pedido—. ¿A qué se debe ese nubarrón negro que llevas sobre la cabeza?

Me encogí de hombros y di un primer trago.

—¿Una chica? —insistió.

Asentí con un gesto mientras tragaba y dejé la jarra de vuelta sobre la barra.

—Creo que la he cagado —farfullé sin saber muy bien ni por qué le había contestado, pero, aun así, seguí—: Puede que la haya perdido.

—Te entiendo, chaval. —El tío raro de las gafas de sol y la pajita se estiró en su banqueta para darme una palmada en la espalda—. Yo perdí a mi Kali, algo hizo PUM y la perdí para siempre…

Eso justo me había pasado a mí, algo había hecho PUM. Yo. Yo era el gilipollas que había hecho PUM y lo había hecho saltar todo por los aires.

«"¿Eso soy para ti?", vaya tela, ¿es posible ser más patético y más infantil? Casi puedo oírle decir: "No, para mí eres un crío flipado que se ha venido muy arriba por unos cuantos meses de sexo del bueno y lo ha jodido todo". No, ella es demasiado dulce como para soltarme algo así, pero seguro que lo ha pensado…».

Me quité el gorro y lo volví a guardar en el bolsillo antes de quitarme el abrigo, todo me agobiaba. Me pasé una mano por el pelo y resoplé.

—Tranquilo, chico, que aún no está todo perdido, ¿no? —dijo el *barman*.

Bufé como respuesta. Noté entonces un toquecito en mi hombro, al lado contrario de donde estaba sentado el tipo raro. Me giré y una chica muy guapa me sonreía.

—Hola, rubio, ¿estás solo? ¿Me invitas a una copa?

—No, lo siento, estoy esperando a alguien.

—Qué lástima, ¿te doy mi teléfono por si cambias de idea?

Negué con la cabeza cuando una aplastante realidad cayó de lleno sobre mí. No quería ese teléfono. Tampoco el de ninguna otra chica. No quería estar en la cama de nadie que no fuera Estrella. De hecho, prefería comer castañas acurrucado junto a ella en unos fríos escalones de la calle, como habíamos hecho la semana anterior, antes que estar en la cama con otra.

«Nano, qué jodido estás».

La chica se encogió de hombros y se marchó de mi lado. Yo volví a girarme hacia mis dos «nuevos amigos».

—Chaval, estás pilladísimo —se rio el camarero.

—Sí, ¿verdad? Estoy bien jodido —resoplé.

En ese momento, la campanilla que anunciaba que se había abierto la puerta de la calle sonó y los tres nos giramos hacia allí. Era ella. La bufanda le cubría hasta la nariz y llevaba el gorro calado hasta las orejas, pero, sin lugar a dudas, era ella. Mi corazón empezó a rebotar entonces entre mi estómago y mi garganta. De puta madre. Tragué saliva como pude y la miré desde donde estaba. Sus ojos desaparecieron al localizarme. Al menos estaba sonriendo, eso era buena señal, ¿no? Bueno, eso no era nada raro, ella era la chica más dulce del mundo, de sonrisa perpetua y preciosa…

«Colega, vas cuesta abajo y sin frenos… La hostia va a ser fina».

—¿Es ella? —preguntó el tipo raro—. ¿Esa es tu Kali?

—No, es mi Estrella. —Y ni siquiera era «mi» Estrella. Su hermano estaba más cerca de ser «mi» Marc que ella «mi» Estrella.

—Pues ve a por tu Estrella, chaval, que casi es Navidad. —El *barman* se estiró sobre la barra para empujarme un poco la espalda.

Ella se desenrolló la bufanda lentamente y me hizo un gesto con la cabeza hacia un reservado al fondo del local. Asentí y cogí mi cerveza.

—Trae otra para ella, por favor —le pedí al camarero y él asintió.

Fui el primero en llegar a la mesa. Era uno de esos reservados para cuatro personas con asientos acolchados a ambos lados. Me senté en uno de ellos, junto al cristal de la ventana y al momento llegó Estrella. Terminó de quitarse la bufanda, el gorro y el abrigo y lo dejó todo en el asiento frente al mío. Soltó ahí también su bolso y vino a sentarse a mi lado. El camarero dejó una cerveza frente a nosotros y me dedicó un guiño que fingí no ver.

Estrella se acercó a mí hasta que su cuerpo quedó pegado al mío. Cogí una de sus piernas y la puse sobre la mía, con mi mano en su rodilla, era lo que solía hacer ella cuando nos sentábamos así y me encantaba. Y no quería que cambiara nada, joder, quería que todo siguiera exactamente igual.

—Hola —susurró con una sonrisa preciosa.

Incapaz de hablar, la besé, sí, cual cavernícola que no es capaz de articular palabra. Pero no un beso de «hola», no, un beso de «se acaba el mundo y quiero que me pille besándote». Me lo devolvió. Oh, sí, me lo devolvió con la misma intensidad, pero al rato intentó apartarse. Fingí no darme cuenta y seguí besándola, hasta que hizo un gesto más exagerado para separarse de mí. Tuve que parar, lo de violar bocas no es mi rollo, si no quería, yo tenía que asumirlo.

—Samuel… —susurró de un modo apenas audible junto a mis labios.

—No, no, nada de Samuel. —Pegué mi frente a la suya, le pasé una mano por la nuca y cerré los ojos—. No me llames Samuel, por favor, no. —Negué con la cabeza con nuestras frentes todavía unidas.

Se separó un poco de mí y empezó a reírse.

—¿Qué dices? —arrugó la nariz como cada vez que se reía mirándome como si estuviera loco—. ¿Qué pasa si te llamo Samuel? Es tu nombre…

—No, no, tú no… Un Samuel nunca ha traído nada bueno. Detrás de cada Samuel ha venido siempre una bronca de mi madre, un castigo de un profesor o algún marrón de cualquier tipo. Nada de Samuel, por favor. —Volví a pegar mi frente a la suya y a cerrar los ojos.

—Samu, cielo… —volvió a susurrar.

«Samu, cielo ¿qué? "¿Samu, cielo, quiero hacer el amor contigo todas las noches porque eres el hombre de mi vida" o "Samu, cielo, vete a jugar con tus amiguitos porque eres un crío y esto se acaba aquí?"».

—¿Qqqué? —conseguí preguntar, aunque sonó como si tuviera un sapo en la garganta.

—Eso que has dicho antes en mi casa…

—Olvídalo, por favor, como si no hubiera dicho nada, ha sido por los nervios del momento… —Seguía sin atreverme a abrir los ojos, los notaba cargados, mierda, ponerme a llorar no era una opción.

«Sí que lo es, nano, estás a puntito».

—Venga, no hagas el ganso… Tenemos una conversación pendiente desde hace tiempo, pero no he querido pensar en ello hasta hoy, cuando te he oído decir eso… Llevamos siete meses así,

este tema iba a surgir en algún momento. Y me temo que el momento es ahora.

Me separé de ella por fin y apoyé la espalda en el respaldo del asiento mientras me tapaba la cara con las manos.

—¿No tienes nada que decir?

Negué con la cabeza sin quitarme las manos de la cara.

«Dí que sí, muy maduro, "Samuel". Si le quedaba alguna duda, después de esto se lo estás dejando clarito».

Bajé las manos por fin y la miré a los ojos. Me devolvió la mirada antes de hablar.

—El lunes es mi cumpleaños —susurró y bajó la vista—. Cumplo veintisiete. Me acerco peligrosamente a los treinta y tú estás más cerca de los veinte…

—No, no, yo en menos de un mes cumplo veintitrés, estaré más cerca de los veinticinco que de los veinte.

«Con todos ustedes, Samuel Andújar recibiendo el premio al argumento más lamentable del año».

Ella sonrió con condescendencia, que ya era más de lo que merecía la gilipollez que acababa de decir yo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —murmuró. Yo asentí con la cabeza mientras intentaba tragarme el nudo que se había formado en mi garganta—. ¿Qué han sido estos siete meses para ti?

«Los mejores de mi vida, la puta maravilla, tocar el jodido cielo… No le digas eso que la acojonas, nano».

Puse una mano en su rodilla y con la otra cogí la suya, que descansaba en el asiento y la apreté fuerte. Respiré hondo, pero no me salió ni una palabra.

—¿No dices nada? —Negué con la cabeza incapaz de hablar.

«Damas y caballeros, esta noche Samuel Andújar interpretará el papel de subnormal profundo».

—Te haré otra pregunta más fácil. —Bueno, al menos era consciente de mi capacidad neuronal y me iba a hacer una pregunta de mi nivel—. ¿Con cuántas chicas has estado en estos siete meses? —lo preguntó casi en un susurro.

—Ninguna. —Agaché la cabeza. Le había guardado una fidelidad que no me había pedido. Ahora me daba cuenta de que me había tomado esto como una relación desde el principio, aunque no lo fuera. No había visto las señales, o no había querido verlas, y ahora estaba pillado hasta las trancas.

—¿Por qué?

—No sé, no me hacía falta, no me apetecía… —Me encogí de hombros—. Yo qué sé, Estrella. Me nació así y ya está…

—Cada vez nos vemos más a menudo. Lo normal habría sido lo contrario… Y antes solo nos veíamos para echar un polvo, ahora cada vez hacemos más cosas… Hay muchos días en los que solo nos vemos un ratito para dar un paseo, tomar un café o intercambiar unos besos.

—Lo sé —regurgité, porque eso que salió de mi garganta no se puede asociar a ningún verbo relacionado con el habla.

—¿Y eso no te dice nada? —Asentí—. ¿Qué te dice?

Respiré hondo y miré el techo buscando la manera más digna de salir de esa situación. Lo mejor para mi autoestima habría sido esperar a que hablara ella y darle la razón en todo, decirle que pensaba lo mismo.

Me acordé en ese preciso momento de su hermano. Llevaba un tiempo jodido, había dejado

escapar a la chica de sus sueños por no haber tenido las pelotas de decirle lo que sentía por ella. Decidí que eso no me iba a pasar a mí. Si tenía que acabar todo, que acabara, pero no sería por cobardía. Estaba decidido, iba a lanzarme a la piscina, aunque no estaba ni medio claro que tuviera agua.

«Venga, "Samuel", échale un par de huevos».

—Pues… A ver… Me dice… Joder, qué difícil ponerlo en palabras. —Miré al techo y ella sonrió—. Me dice que he caído con todo el equipo, como un gilipollas, que nunca hablamos de convertir esto en algo más, pero bajé la guardia y ahora estoy pillado hasta los huesos, que cuando no estoy contigo solo pienso en ti y que cuando estamos juntos no quiero estar en ningún otro sitio. Y sé que soy un crío y que piensas que los años que nos llevamos son un inconveniente, pero a mí me da lo mismo. Me da exactamente igual cómo quieras llamar a esto o lo que quieras hacer conmigo, yo me adapto a todo, pero no quiero dejar de verte… Estrella, por favor, no me alejes de ti, no termines con esto, sea lo que sea… —lo solté todo de carrerilla, sin pararme a pensar ni a respirar, mientras ella me miraba aguantando la risa.

«De puta madre, yo con el corazón abierto en canal y ella descojonada perdida».

—Samu, cielo… Lo que es esto… es una relación. Somos una pareja desde hace tiempo. Nunca hablamos de que fuéramos a serlo, pero tampoco dijimos lo contrario. Nos hemos dejado llevar, las cosas han seguido su curso… y me temo que nos hemos enamorado.

«¿Hemos? ¿Alguien más ha oído ese plural? ¿Es o no es el plural más bonito del mundo? ¿Lo ha dicho? ¿De verdad lo ha dicho?».

—¿He… hemos? —farfullé como un anormal. Guay, así le daba más pistas por si no le había quedado claro todavía mi cociente intelectual.

—Hemos —asintió.

—Entonces… ¿Eres mi novia? —pregunté como si acabara de perder diez años de madurez de golpe.

—Lo soy —confirmó muerta de risa—. Ahora falta que se lo digamos a todo el mundo… Quiero pasar las Navidades contigo, Samu, no quiero que estemos separados los días importantes. Quiero estar contigo todo el tiempo. —Me puso las manos a ambos lados de la cara.

Y yo la besé con la euforia corriéndome por las venas, con el subidón de la mejor noticia del mundo, con las ganas quemándome las puntas de los dedos…

—¿Tienes que volver a casa esta noche o puedes buscar una excusa y dormir fuera? —pregunté al separarme de ella, un par de centímetros, no mucho más, no me veía capaz de dejar más aire que ese entre nosotros.

—Supongo que puedo inventarme algo… ¿Por qué?

—Porque necesito pasar esta noche contigo… Además, no sé si después de que se entere tu hermano conservaré mis pelotas, quiero despedirme de ellas por todo lo alto.

—No te preocupes por Marc —se rio.

—No me preocupo por él, me preocupo por mí —me reí yo también. Volví a besarla y me separé de ella lo justo para murmurar—: Te quiero, Estrella.

—Te quiero, Samuel.

«Oh, sí, ese *Samuel* sí».

DIECINUEVE

ESTO NO ERA NECESARIO

ESTRELLA

No hace ni una hora que se ha ido Samu cuando llaman a la puerta de casa. Al abrir me encuentro con Greta, pero no viene sola, trae a Claudia con ella. Esto no me lo esperaba y no me apetece nada ahora mismo.

—Greta, esto no es necesario —digo en lugar de saludar.

Ella empuja a la otra dentro de mi casa y entra detrás.

—Habla —le pide y se cruza de brazos.

—Estrella, verás, yo… Lo que te ha contado Samu…

—No tienes que hacer esto —la interrumpo—. Es algo entre mi marido y yo. Tú y yo ni siquiera hemos sido nunca amigas.

—¡Pero sí que es amiga mía! ¡Y no podemos hacernos esto entre mujeres! —grita Greta y yo la cojo del brazo y la sacudo un poco.

—Están mis hijos en casa. Y no quiero que se enteren de esto.

—Greta tiene razón —murmura Claudia—. Sé que estuvo mal, aunque no seamos amigas.

—Solo tengo una pregunta —le digo—: ¿por qué ahora? Quiero decir, llevas enamorada de él toda la vida, ¿no?

—Sí —susurra—, ¿cómo lo sabes?

—Eso no importa. El caso es que tuviste tiempo de sobra antes de que empezase conmigo. ¿Por qué ahora? ¡¿Por qué has tenido que esperar a verlo casado y con cuatro hijos?!

—Nunca quise que pasara, de verdad. Me resigné a vivir con un amor platónico. Pero ayer, por primera vez, nos quedamos solos, habíamos bebido, se acercó a cogerme porque yo me iba a caer, estábamos muy cerca, olía muy bien…

—Samu siempre huele muy bien —la interrumpo—, eso no es excusa.

—Lo hice sin pensar. Pero no pasó nada más: le besé, me rechazó, me gritó y me fui a mi casa.

—Bueno, te devolvió el beso, aunque fuera un momento —matizo.

—¿Sí? No sé. —Se encoge de hombros—. Si él lo dice… Yo solo recuerdo el rechazo. ¿Puedo irme ya? —le pregunta a Greta—. Esto es humillante.

—No cometas el crimen si no estás dispuesta a cumplir la condena —gruñe Greta—. Te podrás ir cuando Estrella lo diga.

—Te puedes ir —me adelanto—. Gracias por contarme tu versión, pero no hacía falta, esto es algo entre Samu y yo.

—Por si te quedaba alguna duda de si no te estaba contando toda la verdad…

—Conozco de sobra a mi marido. —Cojo aire—. Sé perfectamente cuándo miente, ha pasado pocas veces, pero le pillo enseguida. Es la persona más noble que conozco, esto le tiene que estar matando por dentro.

—Yo no he vuelto a verlo ni a hablar con él…

—Ya lo sé. Márchate, Claudia.

Y se va de mi casa, pero Greta se queda.

—¿Cuándo te ha mentido Samu? ¿Cómo le has pillado? —me pregunta en cuanto la otra se ha ido—. No le pega nada, Samu es muy de ir de frente.

—En gilipolleces, cuando ha intentado guardar un secreto de alguno de sus amigos o darme una sorpresa o comprarme un regalo sin que me entere. Le pillo siempre, es muy patán. —Sonrío con cierta nostalgia—. Miente fatal. Y cuando me oculta algo, aunque sea la cosa más tonta, se pone muy nervioso. Una vez volvió del parque con los niños y Dani llevaba una brecha en la frente. Me dijo que se había caído contra un bordillo. Estaba muy nervioso, como si estuviera mintiendo, pero pensé que era preocupación por el crío —me río al recordarlo—. Cuando dije de llevarlo al hospital para ponerle la antitetánica, porque claro, si se da contra un bordillo, hay que ponérsela; Samu se derrumbó y confesó que habían estado jugando a Tarzán y se le había caído una rama en la cabeza.

Me da un ataque de risa de acordarme de aquel momento y de la cara que tenía Samu. Y la risa da paso al llanto. Y me rompo más de lo que me gustaría estando los niños en casa y despiertos. Greta me abraza y me pasa una mano por la espalda. Le queda raro, nunca ha sido una persona cariñosa, pero le agradezco el intento y, como yo sí lo soy, me vale igual.

—Mami, ¿estás llorando? —pregunta Nico con un hilillo de voz desde la puerta que da al pasillo. Me escondo más en Greta para intentar que se me pase y que no me vean así.

—Ha sido mi culpa —oigo decir a Greta—. La he pisado sin querer. ¿Me perdonas, Estrella?

Yo asiento con la cabeza y mis niños me rodean y me abrazan todos a la vez.

—No llores, mami, ha sido sin querer. ¿La has perdonado? Hay que perdonar. Cuando alguien te hace daño sin querer, hay que perdonar.

—Hay que perdonar —sollozo y me trago mi propia sentencia.

VEINTE

LA QUIERO DE VERDAD

SAMU

Entro en casa de mi madre con mis propias llaves. Siempre lo he hecho así, aunque haga ya doce años que no vivo aquí. Ella sale de la cocina secándose las manos con un trapo en cuanto oye la puerta de entrada.

—Samu, cariño, me tenías preocupada. —Mira la maleta que he dejado a mi lado—. ¿Qué ha pasado?

Creo que ve en mi cara que me voy a volver a derrumbar y viene corriendo a abrazarme. Y al verme entre los brazos de mi madre (o ella entre los míos, soy bastante más grande) me rompo del todo y vuelvo a llorar como si de nuevo tuviera diez años.

—Te lo prometí, mamá. —Lloro—. Te prometí que nunca le haría daño a una chica, pero lo he hecho, y justo a Estrella. Yo la quiero, mamá, la quiero de verdad.

—Ya lo sé, cariño, claro que la quieres. —Se separa un poco de mí y me acaricia la cara—. Vete a tu habitación, dame un minuto, ahora voy yo y me lo cuentas todo.

Obedezco y voy a mi antiguo dormitorio. Todo está igual, no ha tocado nada. Me trae recuerdos de muchas cosas que pasaron entre estas cuatro paredes. Pero no de los cientos de veces que estuvieron aquí mis amigos, no. Hoy solo me acuerdo de esa primera noche con Estrella. Todo me lleva a ella. Es imposible que todo se acabe así, después de tanto tiempo, por algo que duró apenas tres segundos.

Abandono la maleta junto al armario y me dejo caer en la cama. Cierro los ojos y vuelvo a estar en aquella primera noche, con Estrella riéndose de mí. Y sonrío con tristeza, porque han pasado demasiadas cosas desde aquel día. Porque hace catorce años y a mí me parece que fue ayer mismo.

Mi madre no tarda en llegar y se sienta sobre la almohada de la cama, con las piernas cruzadas, como ha hecho tantas veces. Yo apoyo la cabeza en su regazo y ella me acaricia el pelo.

—Cuéntame qué ha pasado, cariño —susurra.

Y lo hago, se lo cuento todo. Avergonzado, la verdad, porque le he fallado, porque ese no era el trato, porque me hizo prometerlo cientos de veces. Y lloro de nuevo como un crío pequeño. Tengo treinta y seis años, joder, no debería reaccionar así. Mi madre nunca me dijo esa mierda de «los chicos no lloran», en mi casa siempre me sentí libre para expresar cómo me sentía, pero

supongo que es algo que se aprende al relacionarte con otros niños de tu edad. En el colegio, si llorabas, eras una niña. Y eso, por lo visto, era un insulto. Y aun ahora, ya de adulto, cuando me veo sobrepasado por una situación, lloro. No en público, no delante de desconocidos, pero sí en casa y sí delante de mis amigos, a veces, según el motivo y el momento. Ya lo saben, yo soy así. No me guardo nada, yo lo suelto como lo siento. Y ahora me siento peor que en mi puta vida.

Con la cabeza apoyada en las piernas de mi madre, me enrosco sobre mí mismo y me hago pequeño, muy pequeño. Veo las fotos que descansan en la mesilla, las que miraba cada noche antes de dormir cuando aún vivía aquí. Yo con unos veintitrés años y Estrella con veintisiete. Una foto de las primeras Navidades que pasamos juntos, cuando se lo contamos por fin a todo el mundo. Otra del verano siguiente, en la playa, la única vez que intentamos hacer surf. Cómo nos reímos ese día.

Mi madre guarda silencio y me acaricia la cabeza. Lo agradezco, es lo que necesito ahora mismo y ella lo sabe. Me conoce mejor que nadie, es mi madre.

—Seguro que encuentras la manera de arreglarlo, cariño. Sois una familia, tenéis cuatro hijos, y os queréis, no hay más que estar con vosotros cinco minutos para ver cuánto os queréis.

No digo nada, solo sorbo mocos e intento calmarme.

—¿Sabes de qué me estaba acordando? —susurra—. De la primera vez que me hablaste de ella. Aquí mismo, en tu habitación, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —suspiro y sonrío—. Era un crío.

—Eras un proyecto de hombre —sonríe ella—. Aunque sigues siendo mi niño.

VEINTIUNO

QUÉ MIEDO ME DAS

SAMU

2002

Llegué a casa totalmente desatado, con el subidón de mi puta vida. Algo así no lo podía conseguir ni la mejor droga del mundo. Puse una canción[1] en el equipo de música a todo volumen y di un grito descontrolado. No tardó en aparecer mi madre en la habitación con cara de susto.

—¡Samu, hijo, ¿qué pasa?! —gritó por encima de la música para hacerse oír.

La abracé y la levanté del suelo para dar un par de vueltas sobre mí mismo. Mi madre es una mujer alta, pero yo lo soy más. Ella empezó a reírse mientras iba por el aire.

—¡Y desde hoy, algo ha empezado! —canté a gritos a la vez que el vocalista.

—Pero ¿qué pasa, cariño? —preguntó entre risas mientras la dejaba de vuelta en el suelo.

—Mami, ha ocurrido: creo que estoy enamorado —sonreí.

—¿Crees? —sonrió ella también.

—Nah, ¿qué voy a creer? No he estado más seguro de nada en mi vida.

—Qué exagerado eres —se rio.

—¿Por qué? ¿Por decir que ¡estoy enamorado!? —grité mientras me dejaba caer de espaldas en la cama.

—Ay, cariño, qué miedo me das —volvió a reírse y vino a sentarse en el colchón.

Se apoyó contra el cabecero y cruzó las piernas. Yo me apoyé en ellas y dejé que me acariciara la cabeza.

—¿Por qué te doy miedo?

—Porque te veo muy ilusionado… No quiero que sufras.

—¿Por qué iba a sufrir? —Me incorporé eufórico—. Me quiere, mamá, me lo ha dicho. Me ha dicho: «te quiero, Samuel», así, tal cual, con todas sus letras, una detrás de otra.

Ella se rio y me besó la cabeza.

—¿Cómo no te va a querer? ¿Quién podría no quererte? —Me pasó las manos por el pelo—. ¿Me la vas a presentar?

—Sí, quiero que venga en Navidad, pero yo creo que ya la conoces… No sé, no estoy seguro,

es la hermana de Marc. Mañana se lo tengo que contar a él, a ver cómo va la cosa. —Me rasqué la cabeza algo nervioso.

—Pues seguro que bien, ¿quién mejor para cuidar de su hermana que tú? Creo que sí que me acuerdo de ella, pero era mayor que vosotros, ¿no? Abogada, ¿verdad? La que os llevó lo de la pelea aquella de hace un par de años…

—¿Qué? ¡No! Esa era Emma, la hermana de Greta, no compares… Tienen la misma edad, pero Emma es una estirada, jamás me lo habría planteado con ella. Estrella es psicóloga. Es «ella», mamá, lo es. Ya no hay más chicas para mí. Me la pido para siempre.

—Ay, Samu, cariño —se rio y volvió a besarme la cabeza—. Qué miedo me das, con lo joven que eres…

—Qué más da la edad, lo importante es que ¡estoy enamorado! —pegué uno de los berridos más fuertes de mi vida y al momento aparecieron mis hermanas en la puerta de mi habitación. En ese momento tenían nueve años.

—¿Qué pasa, tete? —Se reían—. ¿Por qué gritas?

—¡Porque la vida es maravillosa! —chillé y abrí los brazos hacia ellas—. ¡Venid aquí!

Corrieron hasta mi cama muertas de risa y yo las cogí a cada una con un brazo.

—Samu tiene novia —se burló Lorena.

—¿Es guapa? —preguntó Laia.

—Más que ninguna, es la chica más guapa del mundo.

—¿No éramos nosotras las más guapas del mundo? —Lorena se cruzó de brazos.

—Sois guapas de manera diferente.

—¿Te vas a casar con ella?

—A lo mejor. Eso no se sabe todavía; pero, si algún día me caso, será con ella. Eso seguro.

VEINTIDÓS

ME VAIS A VOLVER LOCO

SAMU

Me despierto en la habitación de casa de mi madre y lo primero que hago es mirar mi móvil para ver si tengo un mensaje o una llamada de Estrella.

Pero no.

Abro el WhattsApp y me siento tentado de darle los buenos días. De decirle cuánto la quiero. De preguntarle si me echa de menos. Pero no hago nada de eso, porque se lo prometí. En su lugar, decido darme una ducha y arrastrarme hasta la cocina a por café.

Mis hermanas están desayunando. Siguen viviendo aquí, lógico; tienen veintitrés años y no está el tema como para abandonar el nido familiar de manera prematura.

—Buenos días —gruño sin muchas ganas al entrar.

—Hola, tete, ¿cómo estás? Mamá nos lo ha contado. Ya te vale, qué cabrón —dice Laia.

—Yo creo que no es para tanto —me defiende Lorena—, que Estrella es un poco exagerada. ¿Te ha echado de tu propia casa? Qué zorra.

—Eh, vale, ni yo soy un cabrón, ni ella es una zorra.

—¿Os vais a divorciar o estáis en un descanso, como Ross y Rachel? No la cagues más, ¿eh?

—¿Y los niños? ¿Se los queda ella?

—Eso, los niños, ¿qué?

—¿Tú la quieres? ¿Quieres volver con ella?

—¿Y la otra? ¿Qué dice? ¿Has hablado con la otra?

—¿De verdad solo fue un beso?

—¿Estrella se lo cree?

—¿Se conocen?

—¡Joder! —estallo—. ¡Callaos ya, que me vais a volver loco!

—¿Qué pasa aquí? —Simón aparece en la cocina en ese momento. Es el marido de mi madre y el padre de mis hermanas. Me adoptó cuando nacieron ellas, pero, aunque lo siento como un padre, siempre lo he llamado por su nombre y no me nace llamarlo de otra manera—. ¿Cómo estás, hijo? —Me pone una mano en la espalda.

—Agobiado, ¿cómo voy a estar? —Resoplo.

—Ya, y supongo que estas dos no están ayudando nada, ¿no?

Mis hermanas agachan la cabeza avergonzadas y yo sonrío, porque siguen siendo mis niñas.

Y las quiero tanto como me desesperan.

El día en la farmacia pasa lento, muy lento. Gina llega por la tarde, como siempre, y viene directa a hablar conmigo.

—¿Qué ha *pasao*? Estás *mu* tonto, tío.

Respiro hondo, parece que no hay manera de no tocar el tema.

—¿En serio voy a tener que darle explicaciones también a mi sobrina? —bufo.

—Flipo contigo. Eres un huevón.

—¿Perdona? —No doy crédito con esta niña.

—Pues, tío, que no te plantas. La has cagado, vale; pero de eso a pirarte de tu casa… ¡Hombre! Ahí la tía se ha pasado tres pueblos… Que también es tu casa, plántate. —Da una palmada en la mesa.

—No sabes de lo que hablas, Gina, eres muy joven aún.

—Y a mí me toca irme con ellas a la cabaña. Yo preferiría irme con vosotros a Sicilia, la verdad… Pero bueno, que no te has plantado y has dicho «hasta aquí». ¿No ves que los demás te dicen lo que tienes que hacer? Como si tú no tuvieras tu propio criterio…

—No hables de lo que no sabes, Gina. Una relación es algo complicado, tienes que estar dentro para saber de qué va la cosa.

—Bueno, desde dentro no sé, pero desde fuera ya te digo que eres un huevón, con Estrella, con mis padres y con todos. Tío, plántate, ya está bien de ser un *pringao*. Que de tan bueno pareces tonto.

VEINTITRÉS

LE PUEDE PASAR A CUALQUIERA

ESTRELLA

Dejo a los niños en casa de mi madre y bajo a la de mi hermano. Nuestra madre y la de Greta comparten piso en este mismo edificio y son las que se van a quedar con mis niños y con Maya mientras estemos todos fuera. No se me va el sentimiento de estar abandonando a mis hijos para pasármelo bien. Sé que solo son unos días y que necesito desconectar de ellos, que me sentará bien, pero el instinto está ahí y mi conciencia también, para decirme que qué mierda de madre soy que no se acuerda ni de ponerles fruta los viernes y ahora encima se va por ahí sin ellos. En fin, que mañana nos vamos muy temprano y hemos decidido dejar hoy ya a los críos con las abuelas y pasar todos la noche en casa de ellos para salir desde allí. El avión de los chicos sale mañana también. Se supone que así nos despedimos. Greta me ha asegurado que yo dormiré en su casa y Samu en la de Loui y Piero. Los dos pisos están comunicados por la cocina, es una larga historia que no viene al caso ahora mismo. Lo importante de eso es que vamos a estar bajo el mismo techo. Y yo solo espero que respete lo de darme espacio, porque no quiero tenerlo delante. No quiero ni verlo. Ni que me hable. No soporto su presencia. Y esta noche me va a tocar cenar en la misma mesa que él y dormir a pocos metros de distancia. De puta madre.

Oigo gritos en casa de mi hermano antes de que me abran la puerta.

—¿Qué son esos berridos? —le pregunto a Greta en cuanto la veo al otro lado del umbral.

—Tu marido, que le ha comprado un móvil a mi hija —bufa.

—¿Y eso? —pregunto bastante flipada. El tema de que Gina no tenga móvil lleva siendo un drama por parte de mi sobrina desde hace meses.

—Pues esta niña, que es la hostia —gruñe mi hermano—, que lo habrá visto con la moral baja y como es más lista que la madre que la parió, no sé cómo lo ha convencido para que le compre un teléfono.

—¡Pero que le ha comprado el último iPhone! —exclama Greta muy alterada y Gina intenta no sonreír—. ¡Que yo no tengo un teléfono tan caro, que yo tengo uno normalito!

—Bueno, pero porque no quieres, que tú para el tema de la pasta eres un poco uñas, nena, de toda la vida —se ríe Marc y Greta le da una colleja.

—Eres muy tacaña, mamá —se queja Gina.

—Bueno, aquí lo importante es que no tenías permiso para tener móvil, y tu tío no debería habértelo comprado sin preguntarnos.

—Paso de esta mierda —farfulla Gina y se va por el pasillo hacia su habitación.

—¡Esta conversación no ha terminado! —grita mi hermano.

—Qué plasta eres, papá. Menos mal que mañana te pierdo de vista una semana.

—La mato. Un día de estos, la mato —Marc se pasa las manos por la cara—. Y a tu marido, también.

—¿Habéis hablado con él? ¿Le habéis dicho que no estabais de acuerdo con que Gina tuviera teléfono todavía?

—¡Lo sabía de sobra!

—Pero desde que ha llegado Gina con el móvil, ¿habéis hablado con él? ¿Se lo habéis explicado?

—Pues claro, si han venido juntos… Está por ahí dentro. —Señala hacia la cocina.

—¿Y qué ha contestado cuando le has dicho que no era una buena idea?

—Creo que sus palabras exactas han sido: «Marc, no me toques los cojones».

Intento no sonreír, aunque lo cierto es que me ha hecho gracia la respuesta. Voy a la que fue mi habitación hace años, cuando esta era la casa de mis padres y yo aún vivía aquí, y que ahora usan de habitación de invitados, y dejo ahí la maleta.

Entro a la cocina y saludo a los presentes. Piero, Loui, Chus y Carina se están ocupando de la comida y la mesa. Greta entra en ese momento.

—Tengo que decirte algo —le digo algo acojonada mientras la agarro del brazo.

—¿Qué pasa?

—He invitado a tu hermana a venir a la cabaña con nosotras. Vendrá luego, después de cenar, así salimos todas desde aquí.

—¿A Emma? —pregunta con un lloriqueo de niña pequeña.

—Venga, que se acaba de divorciar, le vendrá bien salir de casa.

—Está bien —bufa Greta—, pero ya verás qué cortada de rollo. —Pone los ojos en blanco y se acerca a echar una mano a los que están cocinando. Más que a los que cocinan, la mano se la echa a la comida y se lleva una palmada de Piero.

Les ayudo con lo que queda y terminamos de poner la mesa bastante rápido. Paso todo el tiempo en tensión esperando ver aparecer a Samu en la cocina en cualquier momento. Pero no ocurre, ya se está escaqueando. Lo cierto es que me parece incomodísimo tener que cenar los dos en la misma mesa con todos nuestros amigos, pero es lo que hay.

Nos sentamos por fin y veo que ya estamos todos, no queda ningún cubierto libre. Hasta Gina nos ha honrado con su presencia, pero no hay ni rastro del que todavía es mi marido. Empiezan a pasarse platos y a servirse comida totalmente ajenos a que él no esté sentado con nosotros y no tenga sitio para hacerlo. Tampoco está Claudia, pero claro, con ella no contaba. Lógicamente no se viene a la cabaña con nosotras, y tampoco creo que a ella le apetezca (ni a mí) estar en esta cena. Cruza por mi mente un pensamiento fugaz por el que no está aquí ninguno de los dos, pero lo destierro rápidamente porque me parece del todo inverosímil.

—¿Y Samu? —pregunto por fin en vista de que nadie dice nada al respecto.

Se hace un silencio algo tenso y ninguno parece tener intención de contestarme.

—Ha dicho que no tenía mucha hambre, que luego picaría algo —me explica finalmente Chus—. Que no quería fastidiarte la cena, que quiere darte el espacio que le has pedido.

—Ve a decirle que venga, que podemos cenar en la misma mesa como adultos.

Chus se va a buscarlo y yo respiro aliviada. Porque se me había caído el alma a los pies, porque llevo todo el día esperando este momento para verlo. Porque quiero comprobar que está bien y porque simplemente me apetece verlo. Sé que llevo un rato diciendo lo contrario, pero

solo intentaba convencerme a mí misma. Es evidente que no ha funcionado. Me siento como en el colegio cuando me pasaba horas esperando para ver un momentito al chico que me gustaba y finalmente no ocurría. Qué absurdo a mi edad, de verdad. Esto lo negaré delante de él y de cualquiera, que quede claro.

Tarda un rato en volver Chus, pero viene con él. Parece que ha tardado en convencerle. Le hacen enseguida un hueco en la mesa bastante alejado de mí. Él me mira desde la puerta y repite el gesto de cerrarse la boca con una cremallera que hizo la última vez que nos vimos. Y lo agradezco, porque me cuesta mucho oírle decirme esas cosas y mantenerme firme en mi decisión. Y si no habla con nadie más, casi que mejor. Tiene una voz muy sexi y me pone muchísimo. Y me trae un montón de recuerdos, eso también. Y tengo que ser muy fuerte. Que sé que la que ha enfriado nuestra vida sexual he sido yo, pero no es lo mismo tenerlo ahí y no hacerlo porque prefieres emplear ese rato en descansar, que la incertidumbre de si se ha terminado para siempre, de si nunca me va a volver a tocar como lo hacía, de si la última vez que lo hicimos —fuera cuando fuese— fue de verdad la última vez para siempre.

Durante la cena intento no mirarlo, pero me traiciono a mí misma más veces de las que me apetece reconocer. Creo que él también intenta no mirarme, pero sus ojos se cruzan con los míos en varias ocasiones. Es la primera vez que cenamos con nuestros amigos y no estamos sentados juntos. Creo que está intentando mantener un perfil bajo, porque no está hablando con nadie, no se ha metido en ninguna conversación. No sé si es por mí o si ha tenido bronca gorda con mi hermano y con Greta por el tema del móvil de Gina y por eso está tan callado. Bueno, tan callado no, totalmente callado, no ha dicho ni una palabra desde que ha llegado.

Alguien le pregunta algo y él hace un gesto con la cabeza.

—¿Qué pasa, nano? ¿Por qué no hablas? —pregunta Marc—. ¿Es una señal de respeto por la cagada del móvil, es que no merecemos ni que nos dirijas la palabra o es algún tipo de penitencia que te ha puesto mi hermana?

Él se encoge de hombros y no le contesta. Marc se gira hacia mí.

—¿En serio? ¿Es verdad que no habla por algo? ¿Es cosa tuya?

—No es asunto nuestro —lo interrumpe Greta y luego se dirige a mí—: yo te apoyo, ojalá pudiese dejar yo a este calladito de vez en cuando.

Agacho un poco la cabeza algo avergonzada, porque una cosa es decidir eso entre él y yo y otra muy diferente que se enteren todos nuestros amigos y se pongan a hablar de eso. No sé si pensarán que soy una ridícula o que esto es infantil, pero necesito tener algo controlado, y si él me habla y me dice cosas como las que me ha dicho los últimos días, no sé cuánto tiempo voy a poder tenerme a mí misma bajo control.

Y necesito hacerlo. Lo necesito para poder pensar con claridad y todo lo fríamente que pueda. Porque de esto depende cómo será mi vida a partir de ahora. Si quiero volver a la vida que llevaba o si aspiro a algo más, algo mejor o simplemente alguna otra cosa.

Nadie dice nada durante un rato y no puedo evitar preguntarme si estarán pensando que esto es absurdo. Él me mira desde el otro extremo de la mesa y me guiña un ojo. Y si no estuviera sentada, me habrían fallado las rodillas. Porque tiene ese poder. Porque es asquerosamente perfecto. Adorablemente perfecto.

La cena transcurre mucho más silenciosa de lo que cabría esperar dados los que somos. Me sorprende lo importante que es Samu, lo ruidoso que es de normal, no parece que esté callado solo uno de nosotros. O puede que esta situación sea más rara de lo habitual y por eso el

ambiente está enrarecido también. Cuando ya hemos terminado y estoy hablando con Carina de algo relacionado con los niños, para no variar, llega Emma y se sienta a la mesa con todos. Emma es la hermana de Greta. Tiene mi edad y, aunque siempre nos hemos llevado bien e incluso en el colegio compartíamos grupo de amigas, lo cierto es que me llevo mucho mejor con Greta. Emma es mucho más seria y formal. Es abogada, y de las buenas. Ahora acaba de divorciarse y está en un plan anti-hombres que resulta gracioso. Su marido era un poco cretino, la verdad. Bueno, era más soso que cretino, esto último lo hemos ido descubriendo a lo largo de los años. Su boda con ese imbécil fue mi primera cita con Samu. No nos lo tomamos como tal, simplemente me hizo el favor de venir conmigo porque yo no tenía con quién ir, pero desde esa noche, yo empecé a sentir que podía pasar algo entre nosotros. Ahí aún me pareció algo improbable y un poco descabellado, pero la idea comenzó a rondarme.

Emma saluda a los presentes y pasea la mirada por la mesa hasta que repara en Samu.

—¿Qué hace este aquí? —Lo señala.

—Relaja, Emma —interviene Greta—, que es parte del grupo. Además, es cosa de ellos, no es asunto nuestro.

—Claro que es asunto nuestro —asegura Emma—, mío al menos. Estrella, te llevaré los papeles del divorcio, pero es conveniente que te mantengas alejada del infiel.

—¡Joder, el infiel! —la corta Marc—. No te pases, que no es para tanto, le puede pasar a cualquiera…

—¿Le puede pasar a cualquiera? —interrumpe Greta. Los demás observan en silencio, como Samu—. ¿Te podría pasar a ti?

Marc pone los ojos en blanco y chasquea la lengua.

—A mí, no.

—Una cobra. Joder, Samu, una puta cobra y no estaríamos así —insiste Greta con una palmada en la mesa—. ¿Tan difícil es hacer una cobra?

—Mira quién habla —le suelta Marc—. ¿Le hiciste tú una cobra a él la noche de la absenta?

—Argh, joder con la noche de la absenta. —Greta se tira del pelo—. Hace diecisiete años, tío, supéralo ya. Eso fue literalmente el siglo pasado.

—Bueno, ya está bien vosotros dos —interrumpe Emma—. Parad ya o tendré que llevar vuestro divorcio también. Y tú —se gira hacia Samu y lo señala con una cucharilla—: más te vale firmar algo amistoso, porque si te pones a malas, te sacaremos hasta el alma.

Samu se queda blanco y me mira. Conozco esa expresión, está a punto de llorar. Y no me extraña, Emma se acaba de pasar siete pueblos. Ni él ni yo hemos hablado de divorcio. Ni siquiera lo he hablado con Emma. Ni me lo había planteado todavía, de hecho. Me aguanta la mirada un momento y luego suelta los cubiertos sobre el plato, se levanta de la mesa y sale de la cocina, sin decir ni una palabra, por supuesto.

—Lo hemos acojonado —me susurra Emma.

—Eso ha estado fuera de lugar —contesto mosqueada.

—¿En serio? ¿Divorcio? —interviene Marc—. ¿Divorcio? ¿Por un beso? ¿Es algo irreparable? Se os está yendo la olla, tías… De verdad que flipo…

—Creo que deberíamos dejar este tema aquí y que lo hablen ellos dos a solas —interrumpe Piero a todo el que tiene la boca abierta para hablar—, cuando consideren. Ya está bien los demás de sacar el tema o de obligarles a hablar de esto delante de nosotros.

Todos asienten y no dicen nada más. Y yo quiero ir a hablar con Samu, pero creo que lo mejor será hacerlo cuando los demás estén acostados, porque paso de que sigan cotilleando sobre nosotros.

—Dais asco todos. —Gina se pone de pie—. El tío Samu lo está pasando fatal y parece que no os dais cuenta. Vais cada uno a lo vuestro.

Sale por la puerta por la que acaba de salir su tío y nos deja a todos con la palabra en la boca.

VEINTICUATRO

TE VOY A ECHAR DE MENOS

ESTRELLA

Cuando ya se han calmado los nervios y estamos todos acostados, decido salir a buscar a Samu y hablar con él. Barajo la idea de dejarlo estar y aprovechar esta noche sin niños para intentar dormir del tirón, pero sé que él lo está pasando mal y tengo varias noches sin niños por delante. También está el detalle de que voy a estar varios días sin verlo y lo voy a echar de menos. Mucho, lo sé. Así que me levanto de la cama y voy hasta la cocina, que es lo que comunica con el piso donde está él. Me habría encantado encontrármelo de casualidad yendo los dos a beber agua, como suele pasar en las películas, que siempre se dan ese tipo de casualidades. Ya puestos a pedir, me habría encantado encontrármelo con la nevera abierta y sin camiseta mirando en el interior, solo iluminado por la luz del frigorífico. Joder, menuda imagen, a ver ahora quién se pone seria con esto en la cabeza. Por supuesto, nada de eso ocurre y no tengo más remedio que pasar a casa de Loui y Piero a buscarlo. Por lo que han hablado en la cena (los demás, claro, él ni media palabra), le tocaba dormir en el sofá, en la habitación de invitados están Chus y Carina. Lógico, al fin y al cabo, es la casa de su hermano. Y son una pareja, no se van a quedar ellos dos en el sofá.

Abro la puerta del salón y la imagen me lo confirma. El sofá está abierto, convertido en cama y con sus sábanas y todo, pero él no está. Ni siquiera está intentando dormir. La puerta del balcón está abierta y lo veo de pie, apoyado en la barandilla. Se gira al notar que alguien entra y creo que se sorprende al verme. Ha llorado, se lo noto. Me encanta eso de él, que sea capaz de llorar y de expresar cómo se siente en cada momento (para eso mi hermano, por ejemplo, es muy inútil), aunque a veces me parta el alma verlo sufrir.

Voy hasta su lado y me apoyo en la misma postura que él. Va sin camiseta y no puedo evitar pensar en lo injusto que es que siga estando tan bueno, que su cuerpo sea igual que cuando empezamos a salir a pesar de haber tenido los mismos hijos que yo. Puta naturaleza, qué asco das.

Él sigue mirando al frente, como si yo no hubiera llegado. Da una calada al cigarro que se está fumando antes de lanzar la colilla a la calle.

—Has vuelto a fumar —murmuro.

Él se encoge de hombros como respuesta.

—Necesito que sepas —susurro— que no he hablado en ningún momento de divorcio, ni con

Emma ni con nadie. Es algo que no me he planteado todavía, no sé qué va a pasar. Lo que te dije es cierto, necesito coger distancia, pensar, plantearme muchas cosas. Ni estoy segura de querer divorciarme ni estoy segura de no querer hacerlo.

Él asiente muy serio, pero no dice nada, como yo le pedí en su momento. Me besa la cabeza y respira hondo.

—Estoy enfadada, muy enfadada. Y cansada, muy cansada.

Él asiente y coge su móvil, que tiene los auriculares conectados y me los pone. Busca una canción[1], le da al *play* y empieza a sonar en mis oídos. Me paro a escuchar la letra y esta vez soy yo la que tiene ganas de llorar.

Hace días que te observo
Y he contado con los dedos
Cuántas veces te has reído
Una mano me ha valido
Hace días que me fijo
No sé qué guardas ahí dentro
A juzgar por lo que veo
Nada bueno, nada bueno
De qué tienes miedo
A reír y a llorar luego
A romper el hielo
Que recubre tu silencio
Suéltate ya y cuéntame
Que aquí estamos para eso
Pa' lo bueno y pa' lo malo
Llora ahora y ríe luego
Si salgo corriendo
Tú me agarras por el cuello
Y si no te escucho
¡Grita!
Te tiendo la mano
Tú agarra todo el brazo
Y si quieres más pues
¡Grita!

Y me emociona este gesto. Me emociona mucho que haya escuchado esto pensando en mí. Me emociona que parezca que por fin lo ha entendido, más o menos. Y que haya encontrado la manera de decirme algo sin hablar, como yo le pedí. Y quiero gritar. Quiero gritar y pedirle que volvamos a ser los de antes. Que no dejemos que la vida adulta nos supere. Que no se aleje de mí. Pero entonces me acuerdo de los últimos meses, de los últimos años, y todo se desdibuja. Y no quiero pensar en lo peor. No quiero pensar en él besando a otra, porque entonces me vengo abajo y solo quiero desaparecer. Y me duele. Me duele tanto que no sé si lo voy a poder soportar. Pero a la vez lo conozco tantísimo que estoy casi convencida de que a él le duele más que a mí.

Le devuelvo los auriculares cuando acaba la canción y él los deja caer sobre una de las sillas

que hay en el balcón, junto con su móvil. Me atrae hacia él y me abraza. Con una mano me acaricia la espalda y con la otra enreda los dedos en mi pelo. Me besa la cabeza. Y sé que ese no es el beso que me quiere dar. Lo siento, siento lo que quiere. Porque lo conozco demasiado, igual que él a mí. Y aunque ya lo echaba de menos estos últimos meses viviendo con él, han sido estos últimos días cuando de verdad he notado su ausencia. Porque era yo la que no quería sexo cuando lo tenía todas las noches al alcance de mi mano y estaba demasiado cansada siquiera para planteármelo. Pero ahora, desde que ya no duerme a mi lado, desde que todo el mundo se ha volcado conmigo y me están echando una mano con los críos, desde que ya no me siento tan sola y a la vez me siento más sola que nunca, lo echo de menos. Echo de menos sus caricias, sus besos… A él.

Tengo que alejarme de su lado, pero me cuesta la misma vida. Y mañana nos vamos de viaje y estaremos cada uno en un país diferente. Eso no ha pasado nunca. Desde que estamos juntos, nunca hemos estado una semana sin vernos. «Desde que estamos juntos»…, pero ¿lo estamos? Ni yo lo sé.

—Te voy a echar de menos —susurro—, pero eso no cambia nada.

Me aprieta más fuerte y solloza. Pero soy todo lo fuerte que puedo y me libero de sus brazos.

—Buenas noches, Samuel. Si nos vamos antes de que te levantes, que tengáis buen viaje.

Me separo de él y vuelvo a mi habitación porque, si me quedo, no sé cómo puede acabar esto.

VEINTICINCO

ESTÁN TODAS LOCAS

SAMU

Decido deliberadamente no levantarme hasta que estoy seguro de que las chicas se han marchado. No me apetece despedirme de ella, y menos delante de todos. Tuvimos nuestro momento anoche para decirnos adiós y ya está. Sé que la voy a echar de menos, pero tengo que hacer un esfuerzo para desconectar y pasármelo lo mejor que pueda en Sicilia.

Subo al piso donde viven mi suegra y la madre de Greta a despedirme de mis hijos. El avión sale en unas cuatro horas, me da tiempo. Reyes me abre la puerta y me pone cara de circunstancia.

—Samuel, cariño —me pasa una mano por la nuca y me da un abrazo—, ¿qué os ha pasado? Mi hija no ha querido contarme nada. ¿Tú cómo estás?

—Bien, estoy bien —miento con una sonrisa de lo más falsa—. Tonterías nuestras, no te preocupes.

Le agradezco mentalmente a Estrella que no se lo haya contado a su madre, eso me dejaría en muy mal lugar. En el que merezco, probablemente, pero eso no quiere decir que no sea malo.

—Entonces, ¿es una tontería? ¿No tengo que preocuparme? ¿Lo vais a arreglar?

—Claro. —Vuelvo a sonreír con una actuación digna de un Goya, ¿dónde están los miembros de la Academia cuando se les necesita?

—Están todas locas, mamá. —Marc aparece detrás de mí, supongo que viene a despedirse de su madre, de su hija y de su suegra—. Todas, como cabras. Da igual que sea mi hermana, no hay quien las entienda.

—Bueno, no será para tanto —sonríe su madre—, que seguro que vosotros también tenéis lo vuestro.

De repente me agobio otra vez al pensar que de verdad lo nuestro no tenga arreglo. Con todo lo que ello implica. Porque a esta mujer la quiero como a una segunda madre y no puedo imaginarla fuera de mi vida. Son demasiadas cosas, cada día encuentro un motivo nuevo para aferrarme a esto, para intentar que todo vuelva a ser lo que era.

Pasamos un ratito con ella y con los críos y nos despedimos de todos cuando recibimos la llamada de Loui metiéndonos prisa para no perder el vuelo.

Los nervios eran infundados, llegamos al aeropuerto con tiempo de sobra. Ya en el avión, Piero y Loui se sientan juntos. Puedo comprobar, una vez más y de primera mano, que el miedo de Piero a los aviones es absolutamente real. Lo está pasando fatal. Su marido le dice cosas en voz baja e intenta tranquilizarlo, es evidente que han hecho esto muchas veces.

Estoy a punto de apagar el teléfono, tal como está pidiendo la auxiliar de vuelo, cuando recibo un mensaje en el móvil.

—Las chicas ya han llegado a la cabaña —informo a los presentes.

—Joder, Greta no me ha dicho nada… Hasta cuando estáis como estáis te informa antes a ti mi hermana que a mí mi mujer —gruñe Marc.

—No me lo ha dicho Estrella —suspiro—. Ha sido Gina.

—Otra qué tal, mi hija te lo dice a ti antes que a mí.

—Igual es porque yo la escucho…

—O porque le has comprado el puto teléfono —gruñe.

Me río entre dientes y no digo nada más. Qué mosqueo lleva con eso, ha valido la pena cada euro.

Lo primero que hace Marc es conectar su móvil al coche de alquiler que ha pillado Piero en el aeropuerto y poner música. Loui conduce, al fin y al cabo, es el que mejor conoce el camino, después de su marido, pero es que el italiano está todavía con el susto en el cuerpo y no lo vemos muy en condiciones de ponerse al volante. Yo saco la cabeza por la ventanilla respirando el aire puro siciliano y cierro los ojos. Intento no pensar en nada, solo disfrutar del momento. Del interior llega la voz de Marc cantando con entusiasmo.

—*Qué inoportuno fue decirte «me tengo que largar», pero qué bien estoy ahora, no quiero volver a hablar*... Esta canción[1] va a ser el himno del viaje. Ya era hora, joder, una escapada sin tías, qué falta nos hacía —lo oigo decir y me río.

Loui pega un volantazo y detiene el coche con brusquedad en el arcén de la carretera secundaria por la que circulamos.

—¡Mira, Marc, pareces gilipollas, así de claro te lo digo!

Marc, Chus y yo nos incorporamos en el asiento de atrás y nos ponemos firmes, porque si Loui levanta la voz y dice una palabrota, hasta el Elvis que cuelga del retrovisor se cuadra.

—¿Qué pasa, nano? ¿Qué he hecho? —se defiende mi todavía cuñado.

—Llevas meses imbécil perdido. No sé qué esperas de la vida, pero mucha gente se cambiaría por ti. Eres un privilegiado, lo que te pasa es que tienes una crisis de los cuarenta prematura y muy mal llevada… ¡Muy muy mal llevada! Tienes suerte de que Greta te aguante… ¡Tienes suerte de que todos te aguantemos! Haznos un favor y háztelo a ti mismo y cambia el rollo, porque, si no, nos vas a joder el viaje, y, a los que vivimos contigo, la vida entera.

—No te pases, nano… ¡La vida entera! Exagerado… —Marc intenta aguantar la risa.

—No, de exagerado nada. Te lo digo en serio. ¡Estás en un plan que no hay quien te soporte!

—Ya me ha caído a mí el chapapote —murmura a un volumen que solo oímos Chus y yo y nos empieza a dar un descojone involuntario.

—¿Vas a dejar de hacer el gilipollas?

Marc asiente aguantando la risa y Chus y yo ya no podemos soportarlo más y nos partimos el culo abiertamente. Contagiamos a Piero enseguida y Loui no tarda mucho en unirse.

—Es que vosotros no vivís con él, pero lleva meses insoportable… —se justifica Loui antes de poner de nuevo el coche en marcha y reanudar el camino hacia la casa.

A los del asiento de atrás nos cuesta mantenernos serios el resto del trayecto.

VEINTISÉIS

ESO ES MENTIRA

ESTRELLA

Carina y su ukelele ocupan el otro extremo del sofá en el que estoy sentada; Greta y Emma, las butacas que hay enfrente. Gina está en el suelo, sobre la alfombra, con la espalda apoyada en la butaca de su madre, trasteando en su móvil nuevo y con los auriculares puestos. Todo un clásico adolescente, vaya. Las cuatro bebemos vino. Gina, un refresco.

—¿Salimos? —pregunta Emma.

—Vale, ¿qué hay por aquí? —cuestiona la italiana.

—La nada —se ríe Greta.

—Yo paso, estoy mayor para salir —informo.

—Uy, sí —ironiza Greta.

—Tampoco tengo nada que ponerme —insisto.

—Yo te dejo algo —dicen todas casi a la vez.

—No me cabe vuestra ropa. Estoy gorda —aclaro.

—Venga ya —se descojona Greta—. Ni de coña.

—*Estoy gordo*[1] —empieza a cantar Carina cargada de intención— *lo sabes muy bien, estoy gordo y no sé qué pudo ser… Debe ser algo raro en mi metabolismo, si como lo mismo que tú… Estoy gordo, lo sabes muy bien, estoy gordo y no sé qué pudo ser… Ahora ya solo visto de negro y holgado, estoy acabado, lo sé… Estoy gordo y no lo puedo entender, oh oh, estoy gordo y no lo puedo entender…*

A todas nos da la risa, incluso Gina se ha quitado los cascos para escucharla y reírse con nosotras. Carina se viene arriba y canta la canción entera con la parte del «estoy calvo» y «estoy viejo» incluidas.

—Calva no estoy —me defiendo entre risas—, de momento… Es lo que me falta ya… Pero igualmente esa canción me representa.

—Hoy en «señoras dramáticas» tenemos a mi tía Estrella dándolo todo —exagera Gina.

—La verdad es que no me apetece nada salir —confieso.

—Entonces, ¿qué te apetece? —interviene Emma—. ¿Quedarte aquí y lamentarte por tu matrimonio fracasado? Se veía venir, te lo dije en su día: «quien con niños se acuesta, meado se levanta»… Es un crío, lo ha sido siempre… Demasiado habéis durado, la verdad.

Chasqueo la lengua como respuesta, porque nunca he querido ni plantearme que tuviera

razón. Pero ¿la tiene? Sigo pensando que no, que todos estos años han valido la pena. He sido feliz. Fui muy feliz hasta que dejé de serlo.

—¡Oye, tía, no digas eso del tío Samu! —se queja mi sobrina—. Es un tío de puta madre. Y no lo compares con tu ex ni de coña… Ojalá yo encontrara un chico que me mirara como Samu mira a Estrella. Eso es amor de verdad.

—¡Eh! —protesta Greta—. ¿Y como tu padre me mira a mí no? Lo nuestro también es amor de verdad. A nuestra manera, pero del bueno.

—¡Mamá, por favor! Vosotros sois mis padres, dais asco y vergüenza ajena.

—¿Os acordáis de aquella niña dulce y cariñosa que tenía yo? —pregunta Greta—. Sí, esa de la que todo el mundo decía: «oh, Gina es un amor, qué encanto de niña…». Pues avisadme si la veis, que hace un par de años que no la encuentro.

Todas empezamos a reírnos.

—Me he hecho mayor, mamá, asúmelo.

—Una cosa es hacerse mayor —dice Greta poniendo los ojos en blanco—, y otra estar tontísima…

—Ya que no vamos a salir —suelta Emma—, vamos a abrir nuestras almas. Empiezo preguntando yo.

—Pregunte, letrada —interrumpe Greta.

—Si pudierais volver unos años atrás, ¿os volveríais a casar con ellos?

Todas me miran a mí la primera y yo asiento sin pensarlo.

—Sí, claro que sí —aseguro—. Todavía es más lo bueno que lo malo. Y tengo recuerdos que no cambiaría por nada del mundo.

—Yo también —confirma Greta—, pero por él… No sé qué haría sin mí…

—Uf, yo sí sé qué haría él sin ti y no quiero volver a soportarlo… —me río.

—Yo no estoy casada. —Carina levanta la mano—. Pero, si se trata de elegir, sí, volvería a elegirlo a él. No me he reído tanto con nadie más, y, bueno, más cosas que no voy a decir, que hay menores delante.

—Eh, yo quiero saber —protesta la menor de edad—. ¿Es algo sexual? ¿Por eso no puedes decirlo delante de mí? Tendré que aprender, si no ¿cómo queréis que sea responsable?

—Ahí lleva razón —asiente Emma—, cuanta más información tenga, mejor.

—Shhhh —sisea Greta—. Ni de coña.

—Gina, pregunta lo que quieras saber —propone Emma.

—Vale, tengo una pregunta: ¿a qué edad fue vuestra «primera vez»?

—¡A los veinticinco! —suelta Greta rápidamente y a todas nos da la risa.

—¡Mamá, por favor, tenéis que responder en serio!

—¡¿Qué?! ¡Es verdad!

—¡Pero si tú y yo nos llevamos veintiuno!

Greta se pone roja antes de soltar una carcajada.

—Culpa del vino, no he calculado bien. Pues a ver… veintiuno menos nueve meses.

—Sí, claro, y yo voy y me lo creo —se queja Gina poniéndole cara de asco.

—Yo, catorce —interrumpe Carina levantando una mano—, pero soy justo el ejemplo que no debes seguir. Hice muchas tonterías…

—Tonterías hicimos todas —interviene Greta.

—Cierto —me río.

—Yo no —asegura Emma mientras se sirve más vino—. Igual debí haberlas hecho, pero lo cierto es que a los veinte ya tenía el sentido de la responsabilidad que tengo ahora.

—Y a los quince —se ríe Greta—. Naciste vieja, hermanita.

—Supongo que eso es algo que me perdí —suspira Emma—, pero ya no se puede remediar. A veces lo pienso, que igual hubiera estado bien desmelenarme un poco.

—Nunca es tarde —sugiero antes de darle un trago a mi copa.

—Pffff, no me veo haciendo tonterías a los cuarenta, la verdad.

—Te ayudaremos —asegura su hermana dando una palmada en el brazo de su butaca—. No te vas de este viaje sin hacer alguna estupidez. Todas haremos alguna, de hecho.

—No, no, de eso nada—me niego.

—No sé si estoy preparada para ver a mi madre haciendo una estupidez…

—Tu madre hace muchas, te acostumbrarás rápido —me río y Greta me tira un cojín que intercepto de un manotazo y hago caer al suelo.

—Yo tengo una pregunta —dice la italiana—. A las casadas, y a la divorciada si quiere también, ¿cómo fue vuestra pedida de mano?

—Pues a mí me lo pidió esta, en realidad —dice Greta dándole una patadita a su hija—. En el registro, cuando estábamos arreglando los papeles, Marc se la subió encima y la petarda me dijo: «Mami, ¿te quieres casar con nosotros?».

—Qué vergüenza. Dejad de contar esa historia, por favor —se queja su hija moviendo la cabeza.

—Lo mío no tuvo nada que ver —sigue Emma—, fue como una transacción. Era el paso lógico para consolidar la relación y para invertir en una vivienda los dos juntos.

—Para, qué romántico —se ríe Greta—, me estoy poniendo cachonda.

Todas nos reímos y Emma se pone un poco roja.

—Cada uno es como es, supongo. —Emma se encoge de hombros.

—¿Y tú? —me pregunta Carina—. Si no quieres recordarlo ahora mismo, lo entiendo.

—No, no pasa nada —suspiro y me preparo para contar la historia que he contado cientos de veces—. Caminábamos por el paseo de la playa. Había un mercadillo de estos ambulantes. Yo me puse a mirar vestidos, collares…, lo típico, vaya. Estaba a punto de independizarme y él me quería hacer un regalo para la casa nueva. Al final, compró un anillo en uno de los puestos y me dijo algo así como: «¿y si te casas conmigo y el regalo para tu casa nueva soy yo?». Y hasta hoy.

—Es bonito —dice Carina.

—¡Es mentira! —grita Greta incorporándose en la butaca.

A mí se me sube toda la sangre de las mejillas y abro mucho los ojos.

—¿Perdona?

—Eso no se parece en nada a lo que nos contó Samu en su despedida de soltero. Dijo que ibais caminando por el centro y visteis a una pareja de novios haciéndose fotos y que te dijo «tú estarías más guapa, esos son muy feos» y que contestaste «pienso igual» o algo así, y que de ahí derivó en «me quiero casar contigo». No recuerdo los detalles, pero no se parecía en nada a lo que has contado tú. ¿Por qué? ¿Por qué no cuadran las historias? ¿Cuál es la cierta? No puede ser que él no se acordara porque hacía solo unos meses, y tú no te puedes haber olvidado aunque haga años. ¿Qué pasa? ¿Por qué hay dos historias diferentes?

—Nunca lo sabrás —me río y le doy un trago a mi copa.

Cojo mi móvil con intención de mandarle un mensaje a Samu y decirle que Greta nos ha pillado, pero me freno porque por un momento había olvidado cómo están las cosas entre nosotros. Si le he pedido que no me llame ni me escriba, no puedo hacerlo yo. No puedo ser yo la que le confunda cuando no sé ni lo que siento.

Nunca contemplé la posibilidad de que, cuando llegara este momento, no pudiera compartirlo

con él.

VEINTISIETE

SÍ A TODO

ESTRELLA

2004

Aparqué cuando llegamos al destino que habíamos encontrado en internet y los dos bajamos del coche. Estábamos en medio de ninguna parte, en un polígono industrial al que no habíamos ido nunca. Contemplamos durante un momento la fachada de la enorme nave pintada de negro que había frente a nosotros y nos dio la risa tonta.

—«Perversiones Arteaga» —leyó Samu el enorme cartel de letras rosa fucsia que coronaba la entrada y me pasó un brazo por encima de los hombros—. ¿Vamos a entrar o qué?

—Sí, ¿no? —me reí algo nerviosa—. Me da un poco de cosilla, no sé qué tipo de gente viene a estos sitios…

—Pues nosotros —se rio él también y me besó—. No hemos recorrido veinte kilómetros en busca del *sex-shop* más grande de la provincia para quedarnos en la puerta, ¿no?

—No, no, entramos —aseguré—. Vamos.

Atravesar esa puerta con el brazo de Samu rodeándome me dio una cierta seguridad. Llevábamos dos años juntos y se había convertido en mi ancla, en mi puerto seguro, en la constante de mi vida que más me reconfortaba. Él había cumplido los veinticuatro hacía unos meses y yo iba camino de los veintinueve. Nos habíamos vuelto inseparables, pasábamos todo nuestro tiempo libre juntos. Yo había decidido independizarme por fin y acababa de encontrar un piso que me encantaba y me podía permitir. Samu dijo que quería hacerme un regalo para la casa nueva, algo que fuera solo para los dos, algo que se pudiera comprar en el *sex-shop* más grande de la zona, aunque no teníamos ni idea de qué. Habíamos decidido venir personalmente por si ver todas las opciones posibles nos inspiraban en nuestra compra.

El suelo de la nave era de hormigón, no se habían molestado ni en cubrirlo. Nos encontrábamos en un espacio enorme y diáfano en el que había varias secciones diferenciadas por carteles del mismo rosa fucsia que el de la entrada, aunque estos de un hortera neón luminoso. «Disfraces», «Juguetes», «BDSM»…

—Lo quiero probar todo contigo —me susurró Samu al oído y yo me apreté un poco contra él para demostrarle que me parecía una gran idea.

En ese momento, se nos acercó una chica que, por su indumentaria, debía de trabajar ahí. Llevaba unas botas de charol, de tacón y plataforma enormes, por encima de la rodilla, un *culotte* de cuero y un corpiño tan apretado que estoy segura de que si estornudaba fuerte, las tetas le chocarían con la barbilla. Todo de color negro, a juego con su sombra de ojos y su pelo, que llevaba recogido en una larga coleta en lo alto de la cabeza.

—Hola, parejita, ¿parejita? ¿Primera vez aquí?

—Sí, sí —afirmó Samu—, parejita, y sí, primera vez.

—Qué monos. —Hizo una mueca con esos labios rojos que constituían la única mota de color en toda ella—. Tan jovencitos… ¿Qué vais buscando?

La verdad es que por aquel entonces los dos aparentábamos menos edad de la que teníamos, podríamos haber pasado ambos por veintidós años tranquilamente. En el caso de él, la diferencia no era tanta.

—Nada en concreto —respondió Samu—, le quiero hacer un regalo, pero no sabemos qué.

—Muy bien, ¿qué tipo de regalo? ¿Algo tipo lencería sexi o más como un potro de tortura BDSM?

A los dos nos entró la risa tonta otra vez.

—¿Algo intermedio qué tal? —Me reí.

—¿Cuál es el motivo del regalo? Si se puede saber…

—Se independiza, le quiero regalar algo para su casa nueva.

—Vale —asintió—, ¿algo solo para ella, para cuando te eche de menos, o para disfrutar los dos juntos?

—No lo había pensado. —Mi chico se rascó la nuca—. ¿Prefieres algo solo para ti ahora que vas a vivir sola sin padres ni hermano o mejor algo para cuando vaya a verte? —Se inclinó a besarme—. No me molestaría, de verdad, responde con sinceridad.

—Para los dos —respondí sin dudar—, sola me apaño muy bien con lo que tengo.

—Ay, chica, no me extraña. —La dependienta me guiñó un ojo—. Yo también lo preferiría para usar acompañada. Con esta compañía…

Me pasaba entonces y no ha dejado de ocurrir, las mujeres no suelen cortarse un pelo en dejarme claro que les parece que mi chico está muy bueno. Menos mal, si no fuera por ellas, no me habría dado cuenta.

—Entonces, ¿qué? —le preguntó Samu a la dependienta—. ¿Se te ocurre algo o damos una vuelta a ver si nos inspiramos?

—Mmm, no sé, se me ocurre… ¿un columpio?

En ese momento, Samu rejuveneció unos diez años de golpe y tragó aire con la boca abierta emitiendo un gritito agudo cargado de emoción. A la chica y a mí nos dio la risa.

—Parece que está decidido —me reí.

—Al fondo los tenéis. Id echando un vistazo y ahora voy yo. Soy Tiffany, si necesitáis lo que sea, preguntad por mí.

Enfilamos la dirección que nos había indicado la dependienta mientras mirábamos todo lo que íbamos encontrando a nuestro paso.

—Me juego lo que quieras a que Tiffany se llama Ramona o Hermenegilda —susurró Samu y yo me reí—. Por cierto, habrá que marcar alguna línea roja, ¿no? —añadió cuando pasábamos por delante de una sección con equis gigantes de madera en las que encadenar a la peña—. Entiéndeme, que si empezamos con columpios a los veintitantos, nos veo a los cincuenta montando una mazmorra en el sótano para huir de la monotonía —se rio.

Y a mí esas palabras hicieron que me recorriera un escalofrío de vértigo. Pero vértigo del

bueno. Era la naturalidad con la que lo había dicho, con la que lo decía todo. Así era él, lo soltaba todo tal como lo sentía.

—¿A los cincuenta? —pregunté.

—¿No? ¿Piensas que antes? —Se rascó la barbilla mientras seguía caminando—. Sí, puede que antes…

—¿Nos ves juntos a los cincuenta?

—Claro —respondió sin pensar y al momento se detuvo en seco y se giró a mirarme—. ¿Tú no?

Respiré hondo y asentí con la cabeza.

—Joder, qué susto —sonrió y se llevó una mano al pecho—. Pues nada, seguiremos viniendo cuando seamos dos ancianos a los que nadie se quiera imaginar follando —añadió mientras me pasaba un brazo sobre los hombros y empezábamos a caminar de nuevo—. Yo iré dopadísimo de viagra todo el día, de algo me tendrá que servir tener una farmacia… Vale, parece que es aquí.

Nos detuvimos a observar lo que parecían los columpios sin saber muy bien en qué cosas teníamos que fijarnos. Había unos cuantos colgando del techo, pero no entendíamos muy bien el funcionamiento, eran como correas dejadas caer sin sentido.

—¿Tienes idea de cómo va esto? —le pregunté tirando de una de las cintas.

—Pues mira que he visto porno de todo tipo, pero esto lo he visto solo un par de veces y no sabría decirte cómo funciona…

Empezamos a trastear con las correas y no tardó en llegar la amiga Tiffany al rescate.

—¿Os aclaráis?

—No demasiado —contestó Samu rascándose la nuca.

—A ver, yo os recomiendo este, que es el que más opciones tiene. Puede subirse solo ella y tú lo controlas todo o, en un momento dado, os podéis subir los dos y compartís el control, aunque para eso os hará falta un poco de práctica.

—Ah, tranquila por eso —sonrió Samu—, vamos a practicar mucho mucho muchíííísimo.

La chica me guiñó un ojo y a mí me dio la risa.

—Venga, súbete y os enseño un poco cómo va.

No sin cierta inseguridad, me senté sobre la correa que me indicó y me ayudó a colocar piernas y brazos en el sitio.

—Mira, este modelo tiene la opción de inmovilizarle las manos —le dijo a mi chico—, para que no se le resbalen en un momento de… «éxtasis». Aunque también puede agarrarse ella misma, claro.

—A ver. —Samu me enganchó una muñeca donde había dicho la chica y luego la otra—. Oh, esto me gusta… —Sonrió.

Yo estaba inmovilizada con los brazos hacia arriba y me gustaba la sensación, no voy a mentir.

—Mira, ahora, si tiras de estas correas de aquí… —Le señaló a qué se refería, pero fue él el que hizo los honores—, ella se mueve como tú quieras, como una… «marioneta».

Él obedeció y empezó a mover cosas. Con cada movimiento me abría o cerraba las piernas, me inclinaba hacia atrás o me levantaba o bajaba entera.

—Oh, joder, sí, Estrella, me mola mucho esto —aseguró con voz de cachondo perdido y la chica y yo nos reímos.

—Os dejo un rato para que lo decidáis, estaré aquí mismo —dijo mientras se separaba de nosotros y se metía tras un mostrador que no quedaba nada lejos. Si hablábamos a volumen normal, podría oírnos seguro.

Samu siguió jugando un rato con las correas con la misma ilusión que un chiquillo con un juguete nuevo.

—Las noches que me quede en tu casa —sonrió y me besó—, no vamos a dormir nada, lo sabes, ¿verdad?

—Quédate todas —propuse tras meditarlo… ¿medio segundo?

—Ojalá —se rio—. Imposible, ya sabes cómo se pondría mi madre: «Samuel Andújar, esto no es un hotel, no puedes entrar y salir cuando te venga en gana» —añadió imitando la voz de mi suegra.

—No —sonreí y negué con la cabeza—. Vente a vivir conmigo. Con todas tus cosas, con mudanza, cambiando tu dirección, que no sea mi casa, que sea nuestra… ¿Quieres?

—Joder, Estrella, no lo había pensado, pero ¡sí! ¡Claro que sí!

Me abrazó y me besó totalmente poseído.

—Espera, espera, mejor, vamos a hacerlo bien, no te muevas —dijo tras separarse de mis labios y supongo que sin caer en la cuenta de que no hubiera podido moverme aunque no me lo hubiera pedido—. ¡Tiffany! ¿Tenéis anillos?

—Claro —la chica levantó la vista desde el mostrador y sacó una caja de un armario que había tras ella—, ¿pene o testículos?

—¿Qué? —preguntó Samu con cara de confusión. Menos mal, yo iba tan perdida como él.

—¿Anillo para el pene o para los testículos? —insistió ella.

—No, no, anillo normal, de la mano, de dedo —aclaró él.

—Tenemos lo que tenemos, chato. Aquí nadie viene a hacer lo que estás a punto de hacer tú.

Y yo estaba demasiado perdida, atada a ese columpio, como para que se me ocurriera lo que estaba pasando por la cabeza de Samu. Él se acercó hasta el mostrador y empezó a hablar con la chica. Al momento estaba de vuelta a mi lado con un aro de goma de color rosa. Me soltó las muñecas y yo me agarré a las correas para no caerme de espaldas. Me cogió una de las manos, me lo puso en el dedo y se inclinó hacia mí para hablarme en un susurro.

—A falta de un anillo mejor, dadas las circunstancias, ¿quieres casarte conmigo?

No pude evitar una carcajada. Y lo besé. Lo besé con todo el amor del mundo, porque, aunque no podía ni hablar de la risa, quería que le quedara claro que yo con él era un «sí a todo».

—En realidad —aclaró con una sonrisa—, ese anillo no es para el dedo, pero no es plan de ponérmelo aquí donde hay que ponerlo… Si lo piensas, mejor este anillo que uno de los típicos, porque no es que tú me entregues tu mano, es que yo te entrego mi polla.

Solté una carcajada más grande que la anterior.

—Creo que toda chica sueña con oír la palabra *polla* en su petición de matrimonio.

—Mierda, ¿muy mal? —Se pasó una mano por la cara—. ¿Por eso no has contestado todavía?

—Yo contigo soy un «sí a todo». Siempre.

—Joder, Estrella, cuánto te quiero. —Sonrió y me besó como si no estuviera la chica carraspeando a un par de metros de nosotros.

Me quedé mirando el anillo un momento y comprobé que tenía una parte rígida más grande.

—¿Qué es esto?

Él lo apretó y mi dedo se puso a vibrar.

—¿Cuántas chicas tienen un anillo de compromiso vibrador? —preguntó con un movimiento de cejas.

—Puede que yo sea la primera —me reí.

—Porque eres la más especial. —Me volvió a besar.

—¿Y por qué es rosa?

—Porque es nuestro color —respondió como si fuera lo más obvio.

—¿Tenemos un color? —Pestañeé sorprendida un par de veces.

—Claro, el que nos tocó en la boda de Emma. Aún no estábamos juntos, pero técnicamente fue nuestra primera cita —dijo cargado de razón y no pude evitar besarle yo esta vez. A su manera, siempre ha sido un romántico.

Cargó la caja del columpio en el maletero de mi coche y se sentó en el hueco que quedaba junto a ella. Tiró de mí para que hiciera lo mismo encima de él.

—Así que… estamos prometidos —susurró junto a mi cuello.

—Eso parece, sí —sonreí y me giré a mirarlo—. Lo que no sé es qué le voy a contar a la gente cuando me pregunten cómo fue la petición.

—Ya, joder, qué cutre soy —se rio y se llevó una mano a la cara—. Vamos a inventarnos algo y contamos eso, lo que tú quieras, ¿cómo te habría gustado que fuera?

—Mejor, más divertido —propuse—, invéntate tú una historia y yo otra. No me la cuentes, yo a ti tampoco, y cuando alguien nos pregunte, cada uno contará su versión. A ver cuánto tiempo pasa antes de que alguien nos pille.

—Me encanta —soltó una carcajada y luego me besó—. ¿Y si nos preguntan y estamos juntos?

—Cambiamos de tema descaradamente o uno busca una excusa para salir de la habitación y el otro cuenta su historia. ¿Te parece?

—Trato hecho. —Me abrazó fuerte y enterró la nariz en mi cuello—. Lo importante es que me voy a casar contigo, el resto me da igual.

Y menos mal que le daba igual, porque lo que fue la boda en sí, no resultó para nada lo que una pareja espera de su gran día. No voy a contarte lo que pasó, no fue importante para nuestra relación, lo fue más para la de mi hermano y Greta, por eso ya lo contaron ellos. Solo te diré que nos casamos lesionados y que no fuimos los protagonistas de nuestra propia fiesta. Pero ni siquiera importó. Éramos tan felices que todo lo demás era irrelevante.

Aquel local, por cierto, además de testigo de la pedida de mano más espontánea e inapropiada de la historia, se convirtió también en un lugar de peregrinación al que volvíamos cada vez que teníamos que hacernos un regalo. Desde ese primer día, en cada aniversario o cumpleaños, regresábamos juntos para comprarnos alguna cosa al margen del regalo normal con el que sorprendíamos al otro y que sí podíamos enseñar a la gente.

No sé en qué momento dejamos de ir, pero el caso es que eso es algo que también hace años que se terminó. Como todo.

No puedo creer cómo dejamos que la vida nos arrollara de esa manera.

VEINTIOCHO

CATARSIS

SAMU

Me encanta la casa de Piero y Loui en Sicilia. Es pequeñita, pero tiene un encanto especial. Llegamos ayer y el italiano ha propuesto hoy ir de excursión, dice que nos quiere llevar a un sitio único. Estamos desayunando en las tumbonas del jardín trasero, cuando aparece un *hippie* y salta la valla.

—*Ciao, amici* —saluda a los presentes.

Creo que lo conozco de otras veces que hemos venido, puede que sea el que se lio con Greta cuando ella vivía aquí. Espero que Marc no se ponga en plan… Bueno, en plan Marc.

Loui se acerca a él y se ponen a hablar en italiano. Juraría que hablan de cosas de la casa. Hasta donde sé, Loui lo tiene contratado para que se ocupe de ella durante el año. Piero se acerca a saludarlo también, pero con un tono mucho menos formal. El recién llegado le pregunta algo a Piero de lo que solo entendemos *Greta*. Marc se levanta de golpe y se acerca a él. Le pasa un brazo sobre los hombros, rodeándole el cuello, y acerca su cabeza a la del hippie antes de hablar.

—Franchesquito, Franchesquito, ya sabes que es *la mia dona* —dice en una mezcla de español, italiano y valenciano mientras le enseña la alianza que lleva tatuada—. No me toques los *collonini*, haz el favor. No quisiera tener que hacerte daño.

Chus y yo estallamos en una carcajada ante la amenaza mafiosa nada convincente de nuestro colega. Creo que él está convencido de que ha sido muy intimidante, porque viene a sentarse de nuevo a mi lado esbozando una enorme sonrisa.

—Bueno, ¿qué? ¿Ya tienes claro lo que habría pasado si Greta nunca hubiese vuelto de Italia? —Me río.

—Calla, joder —sisea—. Sí, sí, aquello fue un pensamiento fugaz, pero no digas nada. Si yo tengo más que claro lo que habría pasado… Las cosas están bien como están. —Debo de poner cara de amargado, porque al momento hace una mueca de dolor y sigue hablando—: y a mi hermana se le irá la tontería esta que le ha dado y volveréis a estar como siempre, tú tranquilo.

Me da una palmada en la espalda y yo sonrío para hacerle ver que le creo, aunque lo cierto es que no lo hago en absoluto.

Piero nos ha hecho ponernos los bañadores y zapatillas de deporte, curiosa combinación.

Caminamos durante un rato por un camino muy cercano a la costa hasta que llegamos a una montaña. Nos hace subir por una pendiente más escarpada de lo que le gusta a un farmacéutico cuya única actividad física hasta hace unos años era un sexo salvaje y descontrolado, pero desde entonces se reduce a levantamiento continuo de hijos.

Llegamos arriba por fin, tras lo que me parece una puta eternidad avanzando cuesta arriba entre piedras inestables, y nos encontramos en una cueva abierta en la roca de la montaña, de cara al mar. Lo cierto es que la vista es impresionante.

El italiano empieza a desnudarse ante la mirada de todos. Nadie se impresiona, puede que haya visto a Piero más veces en bolas que a mí mismo (lógicamente, con ese comentario me he venido muy arriba, pero se entiende la idea), y seguro que a los demás les pasa lo mismo. Sobre todo a Marc, que vive con él.

—A ver, este es mi lugar de catarsis —explica—, creo que es algo que nos vendría bien a todos, pero especialmente a vosotros dos. —Nos señala a Marc y a mí.

No me atrevo a llevarle la contraria, porque lleva toda la razón. Otra cosa es que me apetezca hacer algo al respecto. Y de Marc ya mejor ni hablamos.

El italiano se acerca en pelotas al borde del precipicio (igual suena exagerado, pero no sé de qué otro modo llamarlo), levanta los brazos y grita algo en italiano. A todos nos da la risa.

—Venga, siguiente —nos insta Piero.

—¿Gritar en bolas? —pregunta Marc—. Yo lo hago si lo hace Loui —propone entre risas sabiendo de sobra que nuestro amigo es incapaz de hacer algo así.

—Yo ya lo hice —asegura Loui.

—No es verdad —se descojona Marc.

—Sí que lo es —confirma Piero—. Él lo hizo en su momento y le sentó fenomenal, ¿a que sí?

Loui sonríe y asiente. Todos nos descojonamos sin dar crédito, porque de verdad que nos cuesta imaginarnos a Loui haciendo algo así.

—Venga, vamos allá, ¿qué hay que hacer? —pregunto mientras me quito la camiseta—. ¿Despelotarse y pegar un grito?

—Es algo más profundo que eso —asegura el italiano—. Se trata de liberar tu cuerpo, por eso lo de desnudarse, y de liberar tu mente, por lo que debes gritar aquello que te preocupa o te atormenta de alguna manera.

—Vale, lo pillo.

Termino de desnudarme entre las risas de los dos cabrones que siguen vestidos. Loui también lleva la ropa puesta, pero solo sonríe, supongo que para no descojonarse abiertamente de las idas de olla de su marido. Me acerco al borde de las rocas y respiro hondo.

—Suéltalo, Samu —susurra Piero—. Suelta lo que te pesa dentro.

Hago una respiración profunda, cierro los ojos y levanto los brazos.

—¡No quiero perder a mi familia! —grito con todas mis fuerzas—. ¡No quiero perder a Estrella!

Y ya está, me invade una tranquilidad que hacía días que no sentía. Que la preocupación sigue ahí, tampoco voy a mentir, pero haberlo gritado de esta manera me ha ayudado a colocarlo en otro lugar, es como si ya no me estuviera quemando las entrañas.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta el italiano poniéndome una mano en el hombro.

—Creo que mejor, nano, gracias.

—¿Alguno más? —pregunta Piero girándose hacia los presentes.

—Yo ya lo hice. —Loui niega con la cabeza.

—Yo soy feliz, gracias, no lo necesito —asegura Chus.

—Venga, Marc, es tu turno.

—Va, a tomar por culo —se ríe el aludido y empieza a desnudarse.

Piero y yo nos apartamos para dejarle sitio cuando termina y él imita lo que hemos hecho nosotros hace unos minutos.

Levanta los brazos y suelta un berrido con todo su vozarrón.

—¡No quiero hacerme viejo! —grita a pleno pulmón y los demás nos reímos entre dientes.

—Estaba claro —murmura Piero poniéndole una mano en el hombro, como ha hecho hace unos minutos conmigo—, pero ten en cuenta que la alternativa es mucho peor…

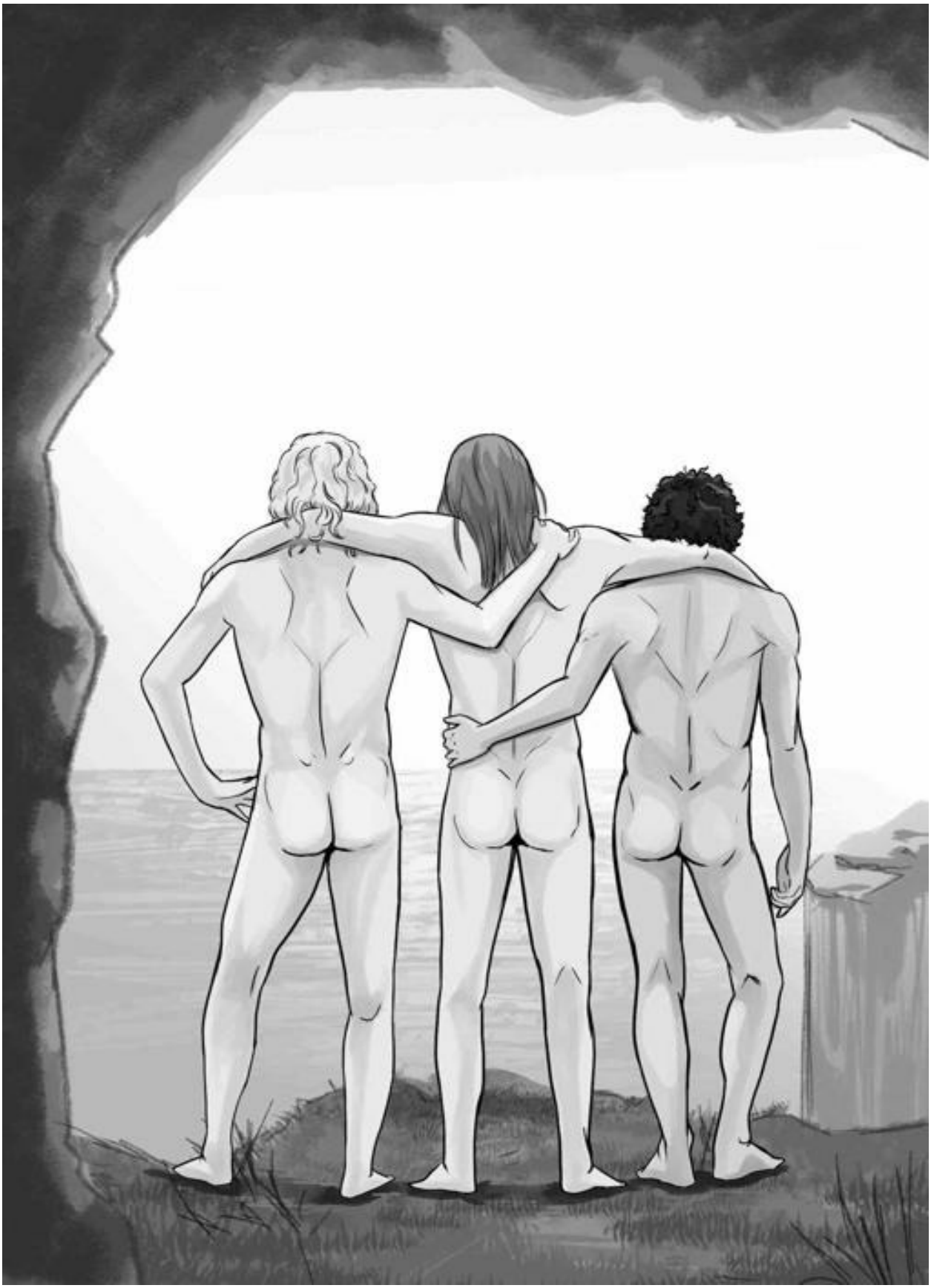
Todos nos descojonamos y yo me acerco a ellos. Marc nos pasa un brazo sobre los hombros al italiano y a mí. Oímos entonces el sonido de la cámara de fotos de un móvil y los tres nos giramos para comprobar que tanto Loui como Chus han inmortalizado el momento.

—¿Te vas a pajear con una foto de mi culo? —le pregunta Marc a Loui con una sonrisa—. ¿Ves? Tenía yo razón, te pongo cachondísimo. —Le guiña un ojo y le lanza un beso.

—Te voy a eliminar de la foto con Photoshop, por flipado, para que veas lo poco que me importas —se ríe Loui.

Marc chasquea la lengua.

—No te lo crees ni tú —asegura Marc y Loui pone los ojos en blanco claramente hastiado de esa coña que lleva siendo recurrente desde hace años.



VEINTINUEVE

OTRA MENTIRA

ESTRELLA

Estoy sentada en el sofá-balancín que hay en el porche, sumida en mis pensamientos e intentando decidir qué quiero hacer con mi vida, cuando llega Greta y se sienta a mi lado.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta dirigiendo su mirada a la misma nada que yo.

—No lo sé —suspiro.

—Te entiendo. —Se gira a mirarme—. Solo quiero que sepas que os quiero muchísimo a los dos, y que me encanta veros juntos, pero eso no te debe condicionar a nada. Solo tú sabes cómo te sientes y cómo está lo vuestro. Decidas lo que decidas, estoy de tu parte. Él seguirá siendo mi amigo y lo voy a querer igual, pero, sea cual sea tu decisión, estoy contigo a muerte. No te dejes influir por la presión, ni en un sentido ni en otro. Averigua qué es lo que quieres y cómo te sientes… Y a tope con lo que decidas.

Le devuelvo la mirada y le doy un abrazo, porque necesitaba que alguien me dijera eso, justo eso.

—Gracias —murmuro.

No tardan en salir Carina y Emma con vasos de mojito para todas, menos para Gina, claro. Mi sobrina está arriba en la caseta del árbol, sentada en el «balcón» y con las piernas colgando hacia fuera. Estuvo destrozada durante años, pero, cuando Gina era pequeña, entre Samu y mi hermano la arreglaron y aún sigue bastante bien, pese a las maldades que hacen mis hijos y su hija pequeña en ella cada vez que vienen.

Cojo el vaso que me tiende Emma y alzo las cejas.

—¿Mojitos? ¿Así empieza la tarde?

—Bueno, falta poco para las ocho, podemos considerarlo casi casi noche —sonríe la italiana.

—Falta casi una hora para las ocho —puntualizo.

—¡*Cazzo*, bebe y calla!

Obedezco y le doy un trago al mojito. Emma extiende unas toallas sobre el césped y nos sentamos todas, cada una con su bebida. La italiana saca el equipo de música de la sala y lo pone en marcha. Una primera canción[1] nos ameniza la velada.

Dos mojitos más tarde, estamos riéndonos a carcajadas no tengo muy claro de qué, cuando a Carina le llega un mensaje. Suelta una risa aún mayor y nos hace un gesto con la mano para que nos acerquemos a ver su móvil. Todas obedecemos y nos quedamos flipadas por la imagen que

nos devuelve la pantalla. Es una foto de su hermano, el mío y mi marido, los tres desnudos (de espaldas, menos mal) y al aire libre. No entiendo nada.

—Pero ¿a qué viene eso? ¿Qué significa esa foto?

—Ni idea —se ríe Carina—. Me la ha mandado Chus.

—No, no, no, mierda, joder —se queja Greta—, ¿por qué han hecho eso?

Se tumba bocabajo en la toalla y esconde la cabeza entre los brazos.

—¿Qué pasa? Que hagan lo que quieran, no es para tanto… —No entiendo por qué le parece mal, a mí me parece gracioso y no me sorprende demasiado.

—Es que, después de la noche de la absenta, le dije a Marc que Samu la tenía muy pequeña, y ahora va a saber que era mentira.

Yo suelto una carcajada enorme.

—¿Por qué le dijiste esa trola?

—Porque estaba indignada, porque Samu había dicho que yo tenía pocas tetas, y Marc estaba muy cabreado, no sé, me salió solo.

—Bueno, lo mismo mi hermano no se acuerda de eso.

—Oh, sí que se acuerda, ya te digo yo que se acuerda.

—¡Mamá! —grita Gina saltando desde arriba de la cabaña en un movimiento que a cualquiera de las que estamos abajo nos habría costado más de una fractura—. ¿Es eso lo que pasó la famosa noche de la absenta que nunca me queréis contar? ¿Que te liaste con el tío Samu?

—Mierda, mierda, ¿quién ha traído a esta niña metomentodo? —se queja su madre—. Está en todas partes…

—¡¿Y tú lo sabías?! —me pregunta mi sobrina en un grito indignado.

—Tranquila, cielo —respondo—, eso fue antes de que empezara ella con tu padre y Samu conmigo. Eran libres de hacer lo que quisieran. Y creo que ninguno de los dos piensa que aquello fuese una buena idea… Pero de los errores se aprende.

—Flipo —bufa Gina—. ¿Por qué nadie me lo había contado?

—Porque no es asunto tuyo —gruñe su madre—. Eres pequeña para entenderlo.

—No, no lo soy.

—Mira cómo te has puesto…

—Por la sorpresa, nada más…

—Lo que me extraña —dice Greta volviendo a mirar la foto— es que no esté Chus ahí también. De Loui no me sorprende, porque él es como es, pero Chus, con lo que le mola apuntarse a un bombardeo…

—Ah, no —Carina niega con la cabeza—. A mi chico no le gusta nada andar desnudo. Bueno, conmigo sí, claro, ya está acostumbrado; pero tiene mucho complejo. Él sí que tiene una anaconda enorme, y le ponen incómodo los comentarios sobre eso, así que intenta evitarlos y que nadie lo sepa. Pero anaconda de verdad, de condones XL, ¿eh?

A todas nos da un ataque de risa, menos a Gina, que se pone rojísima.

—¡Demasiada información! ¡No necesitaba saber eso! —Se indigna y las adultas seguimos riéndonos.

—Bueno, ya está claro cómo bajarle los humos a esta niña cuando nos vuelva a vacilar —suelta Emma—, no hay más que hablar de penes.

—Pollas —corrijo yo entre risas.

—Rabos —puntualiza su madre.

—Anacondas —remata la italiana.

Y a las cuatro nos da un ataque de risa de los de «menos mal que estamos en el suelo». Mi

sobrina nos mira flipadísima, supongo que le damos vergüenza ajena. En este caso no me extraña, la verdad, aunque intuyo también que se la daríamos igual haciendo o diciendo cualquier otra cosa. Qué mala es la adolescencia.

TREINTA

¿QUÉ TAL?

SAMU

Hoy hemos venido a la playa. Lo cierto es que los gritos de hace unos días me sentaron de puta madre y, aunque no lo reconozca, creo que a Marc también. Él tiene tendencia a tomárselo todo a broma, para no admitir que hay cosas que le agobian o que le preocupan de verdad. Piero quería que fuéramos a la playa nudista, pero al final hemos venido a una normal, qué manía tiene el italiano de ir siempre en bolas. Que no es que a mí me importe, ya ves tú, pero tampoco tengo necesidad de estar todo el día viéndoles el rabo a mis colegas.

Noto cómo se me va secando la piel bajo el sol y no creo que tarde mucho en volver a meterme al agua. Aunque me encante esta sensación, llega un momento que se hace insoportable. Cojo mi teléfono para preguntar cómo van las chicas, no he sabido nada desde hace varios días.

SAMU

Hola, ¿qué tal por ahí?

GINA

Estoy enfadada contigo, ni me hables.

SAMU

¿Por qué? ¿Qué he hecho?

GINA

No me habías contado que te liaste con mi madre. Qué asco.

Yo suelto una carcajada.

SAMU

Jajajajajaajajaja

Fue hace casi 20 años y tu padre ya me ha hecho pagar de sobra por aquello.

GINA

Me lo podías haber contado.

SAMU

Te juro que, si pudiera volver atrás en el tiempo, borraría aquella noche. Aunque solo sea por todo lo que me habéis hecho hablar de ello después.

GINA

Entonces, ¿no te gusta mi madre?

SAMU

Jajajajajajaja ¡NO! Ni de coña.

GINA

¿Nunca has estado enamorado de ella?

SAMU

Jajajajjajajaa

No, jamás.

GINA

Vale, ¿sigues queriendo arreglarlo con la tía Estrella?

SAMU

Claro.

Más que nada.

GINA

Guay :)

SAMU

¿Me cuentas ahora qué tal todo por ahí?

GINA

Bien, Estrella está triste a ratos y otros ratos se ponen a chillar y a reírse todas como locas.

Sonrío de imaginarla riéndose, hace mucho que no ocurre. Me duele un poco que no sea gracias a mí, pero está bien que lo haga.

SAMU

Me alegro de que se lo esté pasando bien.

GINA

Te echa de menos, pero se lo pasa bien con las otras locas.

SAMU

¿Qué tal las otras? ¿Están metiendo mucha mierda sobre mí?

GINA

No. Mi madre y Carina hablan bien de ti. Y Emma no dice mucho.

En realidad te nombran poco, no te voy a engañar.

SAMU

Mejor.

Os echo de menos.

Me corrijo rápidamente para que no empiece con lo de antes.

SAMU

A tu madre, no XD

GINA

¿Y a Emma?

SAMU

Jajajajajajajaja tampoco.

GINA

Te dejo, que me reclaman. Nos vamos a comprar. Creo que han dicho que esta noche quieren salir. No sé si me dejarán ir con ellas o si me quedaré sola en casa.

Respiro hondo ante la idea de que vayan a salir de fiesta y a emborracharse, que tampoco sé si es la idea.

SAMU

Adiós, Gina. Pásatelo bien. Da besos por ahí (menos a tu madre y a Emma XD).

GINA

Adiós, tío. No te comas demasiado la cabeza, que no es bueno.

Vuelvo a guardar el teléfono en la bolsa cuando Piero se incorpora en su toalla y hace su gran proposición:

—¿Os apetece ir a soltar algo de adrenalina?

TREINTA Y UNO

EN ASCENSO

SAMU

De nuevo el amigo Piero nos hace subir por una pendiente empinada, pero hoy no llevamos zapatillas de montaña. Esto no entraba en nuestros planes y vamos todos en chanclas. Lo cierto es que no es tanta caminata y el camino es más accesible que el de ayer, pero Chus se va quejando.

—Nano, qué coñazo. Yo soy una rata de biblioteca, tanto aire libre y tanta cuesta me viene regular. A mí dame un libro de aventuras, lo de vivirlas os lo dejo a vosotros.

El italiano se ríe entre dientes y retrocede para ponerse tras él. Coloca las manos en la espalda del quejica y continúa caminando, empujando a Chus en el proceso.

—Hostia, tío, funciona, cómo mola subir así.

—Ascensores Mancini a su servicio. ¿Desea algo más el caballero? ¿También va a querer que le dé la manita al saltar?

—¡¿Saltar?! ¿Cómo que saltar? ¿Qué se supone que vamos a saltar? —grita Chus a la vez que intenta girarse para verle la cara a Piero, intuyo que para averiguar si está de coña. Desde fuera no lo parece, la verdad, y, después de lo del otro día, no dudo de que nos vaya a hacer saltar alguna cosa.

—¿Qué fue de aquellas salidas en las que toda la diversión eran porros y cervezas? —pregunta Chus en un lamento—. ¿Cuándo nos hemos vuelto tan sanos?

—Sanos no, ancianos —intervengo yo—. Sobre todo Marc, lo hacemos por él, no tiene ni edad ni cuerpo para aquellos trotes.

—Calla, hijoputa. —El aludido se descojona y me da una colleja—. Os recuerdo que soy el más joven de todos.

—Pfff —bufa Loui—. Toda la vida lloriqueando por ser el pequeño y ahora vacilando de serlo, cuando además eres el que peor lleva lo de cumplir años…

—Va, ¡si estoy hecho un chaval! —grita Marc—. Venga, abuelacos, con más energía, que os pesa el culo.

Da unos saltitos acompañados de unas palmadas y echa a correr montaña arriba. Sí, sé lo que estarás pensando: una ladera montañosa, con vegetación de todo tipo y piedras y rocas que se desprenden del camino con facilidad. Y él en chanclas. No hace falta que te explique la hostia que se mete, ¿no? Te cuento un poco por si no lo visualizas: una piedra se suelta del suelo

cuando él la pisa y, lógicamente, pierde estabilidad. Al intentar clavar el otro pie, la suela de la chancla se dobla por la mitad y, antes de que podamos darnos cuenta, tiene el culo y la espalda en el suelo y las piernas en el aire. Como somos unos cabrones desalmados, Chus, Loui y yo nos empezamos a descojonar, pero Piero y su instinto de médico salen corriendo para ver si está bien.

Lo está. Pero su chancla, no. No ha sobrevivido a la caída y se ha roto por donde se engancha la pieza que va entre los dedos a la suela. ¿Has intentado caminar alguna vez con una chancla rota? Entonces entenderás el nuevo ataque de risa que nos da a los tres cuando Marc intenta seguir el ascenso en esas condiciones.

—Mamones, no os descojonéis —dice intentando sonar serio, pero deshuevándose también.

Casi no puedo ni andar de la risa y solo pienso en lo que se va a reír Estrella cuando le cuente lo que le ha pasado a su hermano. Y caigo en la cuenta de que no voy a contárselo, porque, aunque en algún momento volveré a hablar con ella, no será para esto. Y se me corta la risa de golpe y un nudo me agarrota el estómago. Necesito pensar en otra cosa.

—Tío, quítate las chanclas y sube descalzo —sugiero—. Recupera tu dignidad.

—Sí, claro, ni de puta broma subo descalzo por aquí —asegura mientras sigue arrastrando un pie montaña arriba del modo más patético que te puedas imaginar.

Voy hasta él, me quito las mías y se las acerco con una patadita.

—Nenaza —le susurro con una sonrisa justo antes de seguir descalzo mi ascenso. Soy el único que podría hacerlo, los demás tienen los pies bastante más pequeños que nosotros.

Se pone mis chanclas y coge las suyas en la mano tras la mirada que le lanza Piero cuando ve su intención de dejar aquí abandonadas las rotas.

—Que quede claro que yo no te las he pedido. No te debo nada —me suelta.

Giro sobre mis talones para mirarlo, porque le he sacado bastante ventaja en lo que ha tardado en cambiarse de calzado.

—De nada, colega. Yo también te quiero. —Le lanzo un beso.

—¿Otro como Loui? —se ríe—. ¿También estás enamorado de mí? Le voy a decir a mi herman…

Corta la frase a la mitad, no sé qué coña iría a hacer, pero se da cuenta de que no es apropiada. Me debe de mutar la cara porque cambia su gesto y viene corriendo hacia mí. Sí, corriendo. Sí, otra vez. Y sí, se vuelve a caer. Esta vez hacia delante; y las chanclas que rompe son las mías. En esta ocasión, hasta Piero se descojona. Yo también, pero me acerco a él despacio y me agacho para estar a su altura.

—Nano, que si eres subnormal y no sabes andar —susurro mientras le pongo una mano en el hombro—, nos lo dices y no pasa nada. Te queremos igual.

—Cabrón —se ríe con las rodillas clavadas al suelo—. Ayúdame a levantarme.

Tiro de él para que se ponga en pie.

—Venga, a caminar descalcito. —Le doy una palmada en la espalda.

—Si de verdad me quieres, llévame a caballito.

Entorno los ojos, arrugo la nariz y me río antes de hablar:

—Está claro que no te quiero tanto.

TREINTA Y DOS

SALTA

SAMU

Terminamos nuestro ascenso y nos encontramos en una explanada muy grande que parece ser lo alto de un acantilado. Me asomo con cuidado y veo el agua a bastante distancia bajo nosotros. Así a ojo no parece mucha altura, pero ver las olas rompiendo contra la pared de piedra impresiona un poco, no te voy a engañar.

—¿Ya tenéis claro qué vamos a saltar? —sonríe el italiano—. To-dos, y en esto voy a ser inflexible.

—¡¿Estás loco?! —grita Chus.

—Estamos mayores para esto —se queja Loui.

—¿A qué altura estamos? —pregunto.

—Unos seis metros, no es tanto —asegura Piero.

—Desde esa altura, si caes mal, ¡te matas! —Loui está a punto de entrar en pánico.

—Pues será cuestión de caer bien —sonríe su marido—. Venga, que nos va a sentar genial a todos. ¡Vamos a soltar un poco de adrenalina!

Nos explica por dónde debemos saltar y cómo tenemos que volver a subir después. Hay una escalera que asciende desde el agua por un lateral. Definitivamente, habría sido mucho más sencillo para Marc subir por ahí. Me vuelvo a reír al recordar el incidente de hace un momento.

—Venga, os voy a enseñar cómo hay que hacerlo —nos informa Piero mientras se quita la camiseta. Luego se sitúa para coger carrerilla.

—¿Aquí no te despelotas del todo? —pregunta Chus con una sonrisa.

—Me encantaría probar lo que se siente en bolas durante la caída, tiene que ser una pasada —contesta el italiano—, pero la idea de mis huevos chocando directamente contra el agua desde esta altura me frena bastante, no te voy a engañar…

Todos emitimos al unísono un gemido de dolor ante la idea.

Piero se aleja todo lo que puede para coger carrerilla. Respira hondo y sale corriendo a toda velocidad. Cuando llega al borde del precipicio, se impulsa con fuerza y aún da un par de pasos más en el aire antes de iniciar el descenso en caída libre. Cuando por fin se sumerge, me da toda la envidia, necesito sentir eso.

—Vamos, ¿quién se apunta? —pregunto mientras me quito la camiseta.

—Venga, ¿quién dijo miedo? —se apunta Chus y hace lo mismo.

—Loui, corazón, ¿te da miedo? Si te doy la manita durante la caída, ¿te apuntas? —suelta Marc y Loui resopla.

—De verdad, Marc, que cada día estás más tonto. —Se quita la camiseta—. Voy a saltar igual, pero, si tengo que darle la mano a alguien, será a Piero. ¿O eres tú el que tiene miedo?

—¿Yo? Tssss…

Piero llega de vuelta hasta a nosotros.

—Parece que no voy a tener que amenazar a nadie, ¿no? —Da una palmada en el aire—. ¿Listos?

Nos repite rápidamente las instrucciones que nos ha dado antes y yo, aunque escucho con atención, lo doy por sabido antes de que termine. Solo quiero saltar.

Me sitúo para coger carrerilla. La piedra caliente arde bajo mis pies descalzos y echo a correr con todas mis ganas. Con las ganas, el miedo, la tensión y la ira que siento a lo largo del día. Cada día. Corro como si mi vida dependiera de ello. Corro como si mi vida, la que se ha ido a la mierda, estuviera bajo ese barranco.

En cuanto mis pies dejan de tocar suelo firme, mi corazón se acelera y el tiempo se ralentiza un poco, aunque no tardo en caer. El frío del agua me envuelve y el dolor que me ahoga desde hace semanas es sustituido por la euforia más absoluta. Salgo a la superficie justo cuando Marc cae a escasos metros de mí. En cuanto saca la cabeza del agua, grita un «yihaaaaa» que hace que me dé la risa. Nada hasta mí y me abraza con más fuerza de lo que lo ha hecho nunca. Y grita otra vez. Mucho, muy fuerte.

—¡Nano, qué subidón!

Me río como respuesta. Igual yo no estoy tan a tope, pero le devuelvo el abrazo, porque me sienta mejor que el salto. Porque son el tipo de gestos que necesito ahora mismo.

—¡Otra vez! —berrea y tira de mí.

Y lo sigo, porque yo con este tío voy donde haga falta.

Llegamos hasta la escalera y es entonces cuando salta primero Chus y después Loui con Piero.

Marc y yo volvemos a tirarnos. Y otra vez. Y otra. Y llega un momento que pierdo la cuenta. Y Piero nos enseña cómo se tira él dando volteretas en el aire, pero nosotros no somos tan sofisticados. Lo importante en nuestro caso (en el mío al menos) es mantener el nivel de adrenalina necesario para que este subidón me acompañe toda la tarde y no vuelvan una y otra vez las trampas de pensamiento (esto lo sé de vivir tantos años con una psicóloga) y las sensaciones de mierda.

Parece que saltar al vacío de manera literal es el único modo de dejar de sentir que lo estoy haciendo de manera metafórica todo el tiempo.

TREINTA Y TRES

NO QUIERO SALIR

ESTRELLA

—Yo me quedo en casa con Gina, salid vosotras —me ofrezco de un modo mucho más egoísta que desinteresado.

—Ni de broma —se queja Emma—. Las solteras salimos y nos desmelenamos.

—Yo no estoy soltera —puntualizo.

—De momento.

—Bueno, lo que sea, no sé cómo van a salir las cosas, pero soltera no estoy —insisto.

—Da igual, tú te vienes.

—Yo me quedo con Gina —se ofrece Carina.

—No, me quedo yo, que soy su madre —zanja Greta.

—Argh, que tengo quince años, que me puedo quedar sola, no necesito que se quede mi mamá conmigo…

—No es porque no te puedas quedar sola, cielo —explico—, es porque está feo que nos vayamos de fiesta y tú no puedas venir y te dejemos aquí sola.

—¿Sabes qué te digo? —tercia Greta— Que para algo soy su madre. La maquillamos para que parezca un poco mayor y se viene con nosotras. Si total, al *pub* se puede entrar a los dieciséis, no le falta ni un año.

—A ver, que me apetece salir por la noche y saber lo que es, pero lo de ir con una pandilla de viejas… —Tuerce el gesto al decirlo para dejar claro que lo dice de broma, pero todas nos hacemos las ofendidas para seguirle la corriente.

—Decidido —concluye Greta—, la adolescente que todo lo sabe y esta pandilla de viejas se van de marcha. ¡Todas a ponerse divinas!

Ya en mi habitación, vacío medio armario sobre la cama sin saber ni qué ponerme. Cuando lo he sugerido antes, todas me han ofrecido que mirara en sus armarios, pero estoy vieja para ponerme nada de lo de ellas. Y gorda, nada me cabría tampoco. O flaca, la verdad es que ya ni lo sé. Desde que nacieron los niños, engordo y adelgazo sin sentido según el nivel de estrés. Hace siglos que no me peso y más o menos el mismo tiempo que no me miro al espejo ni en ropa interior. No quiero ni verme, la verdad.

Aparece Emma en mi habitación disfrazada de Greta y me da un ataque de risa. Lleva un vestido negro de su hermana (normal, no sé si Greta tiene ropa de algún otro color), su chupa y el tipo de maquillaje que suele llevar ella. Ha cambiado sus habituales perlas por unos aros en las orejas. Solo la diferencian los zapatos, porque Emma no sale de casa sin tacones, y el pelo, que siempre lo lleva impecablemente planchado y no con los rizos salvajes de su hermana.

—¿Qué tal, Greta? ¿Has visto a Emma por ahí? —pregunto entre risas.

—Estoy ridícula, ¿verdad? Se lo he dicho, pero ha insistido en que para desmelenarme tenía que salir de mi zona de confort con la ropa también.

—No es mala idea —sonrío—. Estás guapa. ¿Cuál es tu plan para desmelenarte?

—Ligarme a un tío bueno, por supuesto. Y tú, a otro.

—No, no, yo paso —me defiendo mientras sigo buscando qué ponerme.

—Venga, un tío de esos que parece que no existen en la vida real, ¿no quieres saber lo que se siente?

—¿Y crees que vas a encontrar en el *pub* del pueblo a un tío así? —Me río—. Además, que yo estoy casada todavía con uno así. Yo ya sé lo que se siente.

—Vale, eso es cierto —tercia Emma—. Pero yo no, Carlos era normalito, necesito un tío de los de las películas, quiero nuevas sensaciones.

—¿Carlos normalito? —La ironía de Greta corta el aire desde la puerta y llega hasta nosotras —. ¡Qué va!

—Bueno, no me parecía lo más importante que el chico esté buenísimo para construir una relación, la verdad —se defiende Emma.

—Ah, pues lo es —asegura Greta—. Ayuda mucho cuando son gilipollas, porque todos en algún momento lo son, que al menos lo salve el estar bueno…

—Ahí lleva razón la enana —le confirmo a Emma haciendo referencia a cómo llamábamos a Greta cuando era pequeña.

—Bueno, menos rollos, señoritas, si vamos a salir, que sea ya o me da el bajón —interrumpe la italiana apareciendo en ese momento con Gina. Van todas vestidas y listas para salir, menos yo.

—Qué guapa estás, Gina. Qué guapas estáis todas… —murmuro—. Yo creo que no voy a salir. —Se me quiebra un poco la voz, más de lo que me gustaría—. No estoy de humor, y no sé ni qué ponerme.

—No, no, déjate de mierdas —protesta Greta yendo hacia la cama, donde está desparramada casi la totalidad de mi ropa—. Esto mismo. —Coge una prenda sin apenas mirarla y me la lanza. Yo siento ganas de llorar.

—*Cazzo*, Greta —gruñe Carina—. Hasta yo sé que esas no son maneras. Que si no sabe qué ponerse, habrá que ayudarle a elegir lo que le siente mejor…

—Vale, perdón. —Greta pone los ojos en blanco.

Yo me siento en la cama y se me escapa una lágrima.

—No, joder, no vamos a volver a empezar —se desespera Emma.

—¡Dejadla todas en paz! —protesta Gina y se sienta a mi lado en la cama—. Tía, pasa de ellas. Si no quieres salir, no salimos. Yo me quedo y que se vayan estas pesadas. Si quieres llorar, pues lloras. Y si quieres ir en chándal a beber chupitos, pues también, porque solo tienes que hacer lo que te dé la gana y no tienes que darle explicaciones a nadie. ¿O no? —Levanta la cabeza y las demás asienten.

—Sí, tranquila, no es obligado, haz lo que quieras —empieza Greta—. Si no quieres salir, no salgas. Y si quieres que nos quedemos todas, pues también, no pasa nada.

—*Cazzo*, claro. Lo que tú quieras.

—No sé ni lo que quiero.

Mi sobrina me pasa una mano por el pelo y se pone a cantar[1].

—*Estrella se pinta de blanco el pelo / Y dice que se siente vieja…*

—Qué bajón me da esa canción —sollozo un poco y sonrío a la vez—. Parece que hable de mí. En algún lugar hay otra Estrella superada por su propia vida. Como yo.

—*Cazzo*, pues eso tiene que acabar —protesta la italiana antes de seguir con la canción—. *Y la estrella se apagó / ¡Vuelve a iluminarte, Estrella!* —Grita la última frase y da un tirón para que me ponga de pie. Lo hago.

Entre ella, Gina y Greta tiran de mí y empiezan a dar saltos a mi alrededor cantando el estribillo. Mientras, Emma va revisando la ropa que hay sobre mi cama y eligiendo con detenimiento lo que me voy a poner.

—*Escondida en un cajón ¡Estrella! / O dentro de una botella ¡Estrella! / Siempre la misma canción / Llorando sin ton ni son / ¡Vuelve a iluminarte! / ¡Vuelve a iluminarte, Estrella! / ¡Vuelve a iluminarte, Estrella!*

Y yo las entiendo, si decirlo es muy fácil…

Una hora después, entramos al único *pub* del pueblo. Todo el mundo se nos queda mirando, como en las películas cuando aparece un grupo de forasteras, pues lo mismo. Supongo que el pelo violeta de Carina y la adolescente larguirucha ya llaman la atención lo suficiente por sí mismas como para que tengamos que añadirle el hecho de ser las extrañas. Mira que hace años que nuestros padres compraron la cabaña, pero el caso es que nunca nos hemos relacionado demasiado con la gente de aquí. Supongo que, al estar nuestra casa en medio del monte, no ha sido ni práctico ni necesario. Igual cuando éramos pequeños sí, pero lo cierto es que estuvimos muchos años prácticamente sin venir.

Encontramos una mesa libre al fondo y nos sentamos las cinco. Pedimos cerveza para las adultas (no queremos ser, además de las forasteras, las raritas que piden algo extraño) y un refresco para Gina. Emma se acomoda en el respaldo de su silla y echa un vistazo al local.

—Venga, ¿qué os parecen? ¿Qué decís? ¿Aquellos que hay junto a la máquina de tabaco?

Me giro a echar un vistazo y vuelvo a mirar a Emma espantada.

—Son muy viejos —siseo.

—Cari, deben de tener nuestra edad, un par de años más como muchísimo —sentencia Emma.

—Es que si tu punto de referencia es Samu, pasan estas cosas —se descojona Greta.

—¿Y a que también te parecen enanos? —Se ríe Carina.

—Pues un poco —sonrío.

Todas sueltan una carcajada menos Gina.

—Tía, no —dice la pequeña con cara de susto—. No irás a ligar, ¿no? Aún estás casada con el tío Samu. Y aún no habéis roto del todo, ¿no? Aún lo podéis arreglar, él quiere arreglarlo… Te quiere mucho, no te líes con otro.

Su madre pone una mano sobre la de ella y le besa la cabeza. Mi sobrina no dice nada más, pero me mira con ojillos suplicantes.

—No voy a liarme con nadie, tranquila —le aseguro.

Ella respira ligeramente aliviada, pero no estoy segura de haberla convencido del todo. Un chico muy jovencito se acerca a nuestra mesa y le pregunta a Gina si quiere bailar con él. Todas

aguantamos la risa como unas campeonas, menos Greta, que, metida de lleno en su papel de madre cabrona, suelta un «uuuuuuuuuh» que tiñe de rojo las caras de los dos adolescentes (bueno, la del chaval un poco más, que ya la traía así). Luego le da un empujoncito a su hija para que vaya con él, con la prohibición de salir del local o desaparecer de su vista.

A partir de la tercera cerveza, la noche empieza a volverse algo confusa. Carina y Gina se marchan. Emma nos arrastra a hablar con un grupo de chicos. Tres, como nosotras. Greta dice que mejor seguirles el rollo para ayudar a Emma en su propósito. Ella elige a su víctima (en el caso de Emma me parece un término oportuno, la verdad) y Greta y yo nos quedamos hablando con los otros dos, hasta que ellos se van a bailar y me quedo con un tío mono, pero demasiado viejo, demasiado bajito y nada gracioso.

Me está contando una historia aburridísima no sé ni de qué, solo presto atención a sus manos. A esas manos enanas que sostienen su cerveza. ¿Dónde va con unas manos tan pequeñas? ¿No se le caen las cosas? Pienso en las enormes manos de Samu y en cómo sabe usarlas. Y en cuánto hace que no le dejo ni que me toque. Y ahora me gustaría que lo hiciera. Ojalá estuviera aquí. El alcohol ayuda al cosquilleo que siento por todo el cuerpo. Igual solo necesitaba alejarme un poco de él y de los niños para coger perspectiva. O para relajarme. O para echarle de menos. O igual simplemente es que me he relajado de verdad por primera vez en los últimos cuatro o cinco años y ahora estoy cachonda perdida oyendo hablar a un tío que no me interesa lo más mínimo.

—Tengo cuatro hijos —interrumpo para que se impresione y se calle. Y, ya de paso, si sale huyendo, mejor que mejor.

—Mmm, oh, vaya… No sé qué decir… —balbucea.

—No tienes que decir nada. —Me encojo de hombros y doy otro trago a mi cerveza. Ya no sé ni cuántas llevo—. No son tuyos. —Me río. Tiene que pensar que soy subnormal.

O no, porque, en lugar de eso, se acerca más a mí con su cara mediocre y sus manos enanas y susurra.

—Pero no están por aquí, ¿no?

—Chu-pi-tos-chu-pi-tos… —Aparece Greta cantando y se pone a mi lado junto a la barra para pedir bebidas para todos.

A la primera ronda le sigue otra. Y otra más.

TREINTA Y CUATRO

LA LLAMADA

SAMU

La brisa nocturna parece estar dando un respiro del sofocante calor que ha hecho durante el día y en las tumbonas de este jardín se está como en el puñetero paraíso. Solo necesitaría a Estrella aquí conmigo para que todo fuese perfecto. Sí, no se me va de la cabeza ni un momento, creí que había quedado claro lo pillado que estoy. Soy cansino y soy consciente de serlo, ningún problema con eso.

Marc y Piero están de pie, cantando y bailando la canción[1] que suena por el equipo de música. Lo dan todo y los demás no podemos más que admirar el espectáculo entre risas. Se cansan pronto y vuelven a sentarse con nosotros.

Chus ha dicho algo que les ha hecho soltar una carcajada y me lo he perdido, mierda. Marc se ríe tanto que temo que se vaya a caer de su tumbona. Piero ha sacado la guitarra, está cantando una canción[2], pero parece que no da una. Loui está rojo de tanto reírse, pero creo que él no va tan ciego como Marc, parece que su risa es por ver así a Piero.

—Quiero proponer un brindis —Loui levanta su vaso y con la otra mano se limpia una lagrimilla que se le escapa todavía por las carcajadas de hace unos segundos—. Por nosotros, ¿quién nos iba a decir que seguiríamos juntos tantos años después? Y, lo que era más improbable: que seríais unos respetables padres de familia.

—Lo de «respetables» lo podríamos discutir —interrumpe el italiano y a todos nos da la risa.

—En ese caso —intervengo—, el brindis debería ir más por mí, que soy el que ha tenido más hijos. Cuatro, nada más y nada menos, señores. Aún me da vértigo.

—No, nano —me corta Chus—. Tú no has tenido cuatro hijos.

—¿Cómo que no? —Lo miro flipando, no voy tan ciego como para olvidarme de cuántos hijos tengo. No entiendo a qué se refiere. Los demás parecen tan perdidos como yo.

—Pues eso, que tú no has tenido cuatro hijos, has tenido el mismo hijo cuatro veces. —Casi se le corta la voz del ataque de risa que le da y los demás nos unimos enseguida.

—Qué cabrón —me río—. Pues son muy diferentes.

—Son fotocopias, nano, asúmelo —suelta Marc.

No tienen ni puta idea. Vale que los cuatro tienen mi pelo y mi color de ojos, pero los gemelos tienen las cejas y la forma de los ojos como Estrella. Y Nico tiene su sonrisa, hoyuelos incluidos. Y Manu es el que más se parece a ella en general, tiene casi su misma cara, aunque sea

con mis colores. Y de la personalidad mejor ni hablamos, porque ahí no tienen nada que ver unos con otros. Joder, solo hace unos días que no los veo, pero los echo muchísimo de menos.

—Aprovecha que te has librado de ellos unos días, tío, que tiene que ser agotador tener cuatro —dice Chus.

—Y más los tuyos, que son el mal. Mira que los quiero, pero son puro nervio mis sobrinos —se ríe Marc.

—Bueno, eso se lo ha buscado él solito con los nombres, ¿no? —Se descojona Chus—. Era la idea, supongo…

—¿Qué idea? ¿Qué nombres? No te sigo. —Niego con la cabeza porque no sé de qué me habla.

—Joder, si piensas en protagonistas gamberros de literatura infantil… No sé, yo pienso en *Daniel el Travieso*, *Guillermo el Travieso*, *El pequeño Nicolás* y *Manolito Gafotas*. Los tienes a los cuatro.

—¿Sí? ¿Eso son nombres de libros? —Flipo—. Primera noticia.

—Pues pensaba que lo habías hecho adrede —se ríe Chus.

—Manu no lleva gafas —me defiendo con ese único argumento y todos se descojonan. Yo me uno a las risas enseguida.

Uno de los teléfonos se ilumina en ese momento sobre la mesa donde los hemos dejado todos juntos.

—No, nada de móviles —se queja Piero.

—No te jode, porque tú tienes aquí a Loui —protesta Chus—. Si me llama tu hermana, hablo con ella, nano, que con vosotros estoy todo el día…

Piero pone los ojos en blanco, pero no dice nada, lo tiene que entender.

Contra todo pronóstico, es Marc el que se incorpora y va hasta los teléfonos.

—Es el tuyo —dice antes de lanzármelo por el aire—. La jefa.

Lo pillo al vuelo y veo la foto de Estrella que ilumina mi móvil cuando me llama y justo encima su nombre. Es ella, me está llamando. Por un momento me invade la euforia, hasta que Loui rompe mi burbuja:

—A ver si ha pasado algo, es muy tarde.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y un mal presentimiento me invade. Nunca en mi vida he deseado tanto estar equivocado.

—¿Estrella? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? ¿Están bien los niños? —pregunto aterrorizado al descolgar mientras me alejo un poco de mis amigos para oírla mejor.

—Argh, joder, Samuel, qué cachonda me pone oír tu voz. Cómo la echaba de menos…

Una sonrisa acude a mis labios sin permiso y se me relajan todos los músculos que no sabía que tenía en tensión. Mis amigos me miran expectantes y me hacen gestos para que les diga qué pasa. Niego con la cabeza por respuesta y centro toda mi atención en ella.

—Estrella, ¿estás borracha? —susurro.

Me doy la vuelta y me dirijo al interior de la casa a buena velocidad, los cabrones se parten de risa, pero paso de ellos.

—Sí, estoy un poco «contentilla»… —se ríe—. Y te echo de menos, ojalá estuvieras aquí, Samuel… Dime cosas al oído, que hacía mucho que no escuchaba tu voz.

Me encierro en mi habitación y echo el pestillo para hablar con ella tranquilo. Quiere hablar conmigo. Está borracha, pero quiere hablar conmigo. Está borracha y no está por ahí ligando con otro, está al teléfono echándome de menos.

—Joder, Estrella, ojalá pudiera coger un puto avión y plantarme ahí ahora mismo. —Me dejo

caer contra la pared, apoyo la cabeza y cierro los ojos.

—No, que estoy muy enfadada contigo. —Se vuelve a reír—. Bueno, esta noche un poco menos… Pero sigo enfadada.

—Claro —susurro en el tono de voz que sé que más le gusta.

—Oh, eres malvado, Samuel. —Su voz dulce suena melosa y sexi, es lo más jodidamente erótico del puto mundo y yo ya estoy empalmadísimo.

Me desabrocho el pantalón con la mano en la que no tengo el teléfono y la meto dentro buscando un poco de alivio. La oigo respirar fuerte.

—¿Qué estás haciendo, Estrella? ¿Dónde estás?

—Me he encerrado en mi habitación. ¿Te vas a quedar aquí conmigo, Samuel? ¿Vamos a hacer esto juntos?

—Me quedo contigo donde me pidas… Y hacemos lo que tú quieras. ¿Qué quieres hacer, Estrella? —Mi voz es apenas un susurro, tengo miedo de decir algo que pueda romper este momento.

—Quiero hacer el amor contigo esta noche.

—Estrella —gimo—, ¿qué quieres que haga?

—Quiero que te desnudes, Samuel.

—¿Para qué? —Sonrío—. Ya tengo la mano en la mejor parte.

Ella se ríe entre gemidos. Ojalá pudiera verla.

—¿Quieres que hagamos una videollamada? —Me atrevo a preguntar.

—No, que no sabemos qué podría romper este momento —susurra con la voz entrecortada —. Desnúdate, Samuel.

—Es que mi habitación da al jardín donde están estos —susurro—. Y, si bajo la persiana, van a venir a joder.

—Hazlo por mí, Samu.

Y con ese *Samu* me acaba de ganar por completo… O me acabo de perder a mí mismo, porque no hay nada que no haría por ella. Bajar la persiana y escuchar risas al otro lado es todo uno, era inevitable. Empiezan a dar gritos y sé perfectamente que se acercan a decir cosas, pero opto por ignorarlos, ahora mismo solo estamos ella y yo. Pero están, los muy cabrones están. Sé que esto es un karma que tenía pendiente por joderles la reconciliación a Marc y Greta durante mi despedida de soltero, pero no es el momento, esta venganza kármica me viene fatal ahora mismo. Silencio la llamada durante un segundo y les grito:

—¡Dejadme en paz, cabrones, que esto es importante!

Ellos se ríen más fuerte, pero parece que obedecen. Le quito el silencio al micrófono del móvil y vuelvo con ella.

—¿Estás ahí? —Me pregunta en un murmullo.

—Estoy. —Respiro hondo—. Estoy contigo.

—¿Y qué haces?

—Voy a quitarme la camiseta.

—Ay, sí, y quítame la mía también.

—Joder, Estrella, ojalá pudiera. ¿Cuál llevas?

—¿Qué más da? Imagínate que llevo la ropa de aquella primera noche. ¿Te acuerdas de cómo iba vestida esa noche, Samu?

—Claro que me acuerdo. Llevabas una blusa blanca y la falda rosa que me gusta tanto —sonrío—. Pero quiero a la Estrella de ahora, no pienses ni por un momento que me pone más cachondo la de hace años —explico con la respiración algo entrecortada por culpa de los

movimientos de mi mano. Sí, así está el tema.

—Es que hasta en un momento como este me dices cosas bonitas, Samu, no es justo… —gime.

—Vale, ¿me callo?

—No, no te calles —jadea.

—¿No nos íbamos a desnudar?

—¿Quieres?

—Quiero lo que tú me pidas. —Me quedo un momento en silencio—. Estrella, ¿metiste algo del cajón de abajo en la maleta?

—No —miente con una sonrisa, lo sé aunque no la vea.

—¿Qué cogiste? —Sonrío yo también—. ¿Qué te has llevado, Estrella? ¿Qué tienes en la maleta?

—A Sam —susurra. Y yo suelto una risa eufórica que me calienta el pecho. Sam es uno de nuestros consoladores, tenemos un montón, la verdad; pero a este le hemos puesto nombre porque es especial. Es de mi «tamaño», bueno, no me voy a poner fino a estas alturas, es el más similar a mi polla, ya te lo habrás imaginado. Y además es rosa, que es nuestro color. ¿Qué quieres que te diga? Cada pareja tiene sus movidas, y para nosotros esto es romántico. Y a mí que se haya llevado justo a Sam me da esperanza, porque ahora está borracha y desatada, pero no lo estaba cuando hizo la maleta.

—Cógelo, Estrellita, vamos a jugar con Sam.

Ella se ríe y la oigo bajar de la cama.

—Lo tengo —susurra—. ¿Ya te has desnudado, Samu?

—No, voy. Hazlo tú también.

Lanzo el teléfono sobre el colchón y me quito la ropa rápidamente. Me tumbo en la cama y cojo el móvil de nuevo.

—¿Ya estás desnudo, cielo?

Y volverle a oír usar ese apelativo cariñoso que usaba conmigo a diario antes de que todo se fuera a la mierda me pone más cachondo todavía. Y no quiero pensar en lo que va a pasar cuando terminemos esta llamada, necesito enfocarme en esto sin mirar más allá.

—Sí, Estrella —respiro hondo—. Haz conmigo lo que quieras.

—Ay, sí, tienes voz de desnudo.

Intento contener una carcajada.

—¿Tengo voz de desnudo?

—Claro, ¿crees que no identifico cuándo mi marido está desnudo aunque sea por teléfono? —ronronea.

Madre mía, qué mierda lleva. No quiero hacer o decir nada que pueda romper este momento, es lo mejor que me ha pasado en meses. En muchos meses.

Noto cómo me sube un *te quiero* por la garganta, pero lo mastico con fuerza y me lo vuelvo a tragar, porque, aunque me muero por decírselo, no es lo que busca ella esta noche.

—Háblame, Estrella, dime cosas —suplico, porque esto lo he hecho muchas veces yo solo, pero ahora está conmigo, aunque sea al teléfono.

—¿Qué quieres que te diga, Samu? ¿Que ojalá fueran tus manos las que me están tocando ahora mismo? ¿Que mi cuerpo te echa de menos? ¿Que me encantaría que estuvieras aquí, conmigo, desnudo, entre mis piernas?

—Joder, Estrella —farfullo—. Mierda, qué poco va a durar esto…

Ella se ríe de mi último comentario.

—No pasa nada, cielo. Córrete cuando lo sientas… Yo te siento aquí, Samu, siento que estoy follando contigo.

Gruño como respuesta, porque no quiero pensar en nada que decir, porque solo quiero compartir imaginación con ella y sentir también que estamos juntos.

—Samu, cielo, me voy a correr —me avisa.

—Sí, joder, Estrella, hazlo… Ojalá fuera mi boca la que lo provocara —gimo muy al límite yo también.

Y la escucho con atención. Escucho su respiración cada vez más acelerada y los jadeos que tan bien conozco y que tanto echo de menos. Y noto cómo intenta ahogar un grito. Lo consigue a medias. Me encanta cuando grita libre durante el orgasmo, aunque casi nunca puede, lógico.

Estoy a punto. Muevo mi mano con más fuerza para que no acudan a mi cabeza pensamientos bajoneros ahora mismo.

«Samu, sexo, solo sexo. No pienses en nada más, nano, no es el momento».

Y me corro por fin ahogando un grito e intentando hacer el menor ruido posible. Mi respiración entrecortada se mezcla con la suya y solo puedo pensar en Estrella y en cómo me gustaría que estuviera a mi lado ahora mismo y poder agarrarme a ella. Porque sin ella me caigo, me rompo, me hundo, me ahogo…

Cierro los ojos y me concentro en mi dificultad para respirar y en la suya.

Sigo escuchando sus jadeos cuando me levanto de la cama y paso al baño a lavarme un poco, porque el pringue ha sido tremendo. La pongo en manos libres y sus gemidos llenan la habitación. Termino rápidamente con lo que estoy haciendo y vuelvo a ponerme el teléfono en la oreja.

—Estrella, ¿has vuelto a empezar? —pregunto en un susurro y la oigo reírse—. ¿Sin mí? —Sonrío yo también.

—Me apetecía y tú ya habías acabado —admite con un gemido. No ha parado ni para hablar, es como si pudiera verla—. Y ya sabes que el segundo me viene muy fácil.

—Hazlo, Estrella, córrete otra vez —susurro con lo que ella llama (o llamaba, supongo) mi voz sexi.

—¡Oh, joder, Samuel! —No ha hecho falta más. Me río entre dientes mientras la oigo recuperar el aliento.

Vuelvo a tumbarme en la cama y simplemente la escucho respirar. Debo de tener cara de tonto ahora mismo, pero me da igual.

—Qué bien voy a dormir esta noche —asegura cuando vuelve a respirar con normalidad.

—No cuelgues, Estrella, por favor. Todavía no.

—¿Qué más quieres, Samu?

—Quédate conmigo. Háblame. Te echo tanto de menos…

—¿Qué quieres de mí? —Suspira.

—Todo. A ti. Lo que teníamos. Quiero nuestra vida de vuelta —me atrevo a susurrar—. Lo necesito. Os necesito… Te necesito.

—Yo no quiero volver a esa vida de mierda —suelta con un lamento.

Está claro que el alcohol le ha soltado la lengua, y a mí un sudor frío me recorre todo el cuerpo y se me acelera el corazón.

—¿Vida de mierda? —Se me atasca hasta la voz al repetirlo—. ¿Eso sientes?

Chasquea la lengua antes de hablar.

—No te hagas el sorprendido.

—¿En qué lugar me deja eso? —susurro.

—Pues en el que tú te has colocado, Samu, ¿qué quieres que te diga? De todas formas, creo que es mejor que no lo hablemos esta noche, no estoy muy centrada. —Se ríe, pero yo tengo ganas de llorar.

—¿Y los nanos?

—¿Qué pasa con los niños? —pregunta con desgana.

—¿Tienen culpa también de esa vida de mierda?

—Tenemos más hijos de los que podemos gestionar, Samu, eso no es una sorpresa. Los quiero con locura, pero me están quitando la vida.

«¿En serio? ¿En serio piensa eso?».

—Yo te quiero, Estrella —farfullo como puedo.

—Y yo a ti también —dice con desgana antes de volver a chasquear la lengua—. Pero no soy feliz desde hace mucho.

—¿Y qué puedo hacer? Dime qué quieres que haga. ¿Cómo lo podemos arreglar? Me niego a creer que esto no tenga solución.

—Dame tiempo, Samu, necesito más tiempo. Necesito aclarar las ideas y pensarlo todo tranquilamente. Lo que tengo claro es que no quiero volver a lo que teníamos. Ni de coña.

—Bien —respondo intentando que mi voz suene firme, pero notando cómo algo se me rompe por dentro—. Llámame cuando lo tengas claro, o cuando quieras hablar conmigo.

—Vale, Samu, buenas noches.

Y me cuelga. Y yo me quedo mirando al techo como un gilipollas, porque no era así como quería que terminara esta conversación. Porque no quería que terminara y punto.

TREINTA Y CINCO

NO ES CONFUSIÓN

ESTRELLA

Me despierto con una resaca terrible y el recuerdo difuso de lo que pasó anoche.

Mierda.

Cojo mi móvil y compruebo que sí, que le hice una llamada a Samu de unos cuarenta minutos.

Mierda otra vez.

Recuerdo vagamente la conversación. De lo que sí me acuerdo es de cómo me hizo sentir. Lo echo de menos. Lo echo tanto de menos que es casi insoportable, pero las cosas están como están.

Me agobio solo de pensar en volver a casa.

Lo último que quiero es confundirle, no debí llamarlo.

Debí haber sido más fría.

Mierda, mierda, mierda.

No quiero dejar esto así. Le escribo rápidamente un mensaje y no tarda en llegar su respuesta.

ESTRELLA

Siento lo de anoche. No debí llamarte. Bebí demasiado.

SAMU

Pues yo no lo siento. Me alegro de haber compartido eso contigo y, en cierto modo, también me alegro de que, aunque sea estando borracha, aún sientas el impulso de llamarme.

Quiero pensar que hay una parte de ti que me echa de menos, aunque la otra piense que teníamos una vida de mierda.

Toma dardo envenenado. Me lo merezco un poco, la verdad, no debí decirle eso.

ESTRELLA

Siento haber dicho eso.

SAMU

Sientes haberlo dicho, pero lo sigues pensando, ¿no?

Respiro hondo y no sé ni qué contestar.

ESTRELLA

Tiempo, Samu, necesito tiempo.

SAMU

Claro. Cuando te decidas, ya sabes dónde estoy.

Y se desconecta. Está molesto. Y lo entiendo. Pero yo no sé qué hacer.

Me pongo ropa cómoda y salgo de la habitación, hoy no me sacan de casa ni de coña. Me dejo caer en el sofá y me tapo la cara con un cojín.

Me quito la almohada de la cara cuando noto que alguien me empuja.

Gina se ha sentado a mi lado y ha apoyado la cabeza en mi costado. Le paso un brazo sobre los hombros y la atraigo hacia mí. Solía hacer mucho esto cuando era pequeña, pero cada vez es menos frecuente. Me gusta aprovechar estos momentos cuando ocurren. Ella sonríe y ronronea cuando le acaricio el pelo.

—Mi niña —susurro—, qué mayor te estás haciendo.

Ella sigue ronroneando. Lleva el teléfono en la mano. El teléfono de la discordia. No puedo evitar preguntarme cómo consiguió que Samu se saltara la prohibición de Marc y Greta. Tampoco me sorprende nada, es una niña muy inteligente. Pero inteligente en serio, tiene una sobredotación intelectual importante y detectada desde pequeña. Y ahora, conforme van pasando los años, lo va usando más y más en su beneficio.

Me llega un mensaje a mi móvil.

SAMU

Siento si he estado un poco borde antes. No era la intención.

ESTRELLA

Vamos a olvidarlo. Por mensaje es fácil confundir el tono. Hablaremos a la vuelta.

SAMU

Ok.

Te quiero.

Bloqueo el teléfono y suspiro.

—¿No le vas a decir que tú también le quieres? —Pregunta la pequeña cotilla que tengo enroscada a mi cuerpo.

—No quiero confundirle —susurro—. Y tú no deberías espiar conversaciones ajenas.

—¿Confundirle? —Mi sobrina se incorpora con cara de indignada—. ¡¿Es que no le quieres?! Porque si le quieres no es confusión.

—Claro que le quiero, pero no es tan sencillo, Gina. —Me pellizco el punte de la nariz, porque me duele la cabeza y no estoy con ánimo de darle explicaciones a mi sobrina.

—Tía, perdónale ya. Te quiere tanto…

—A veces eso no es suficiente, cielo. —Suspiro.

—Entonces ¿qué? ¿Qué es lo que quieres?

—No lo sé, Gina. No lo sé.
Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el respaldo del sofá.
Ojalá lo supiera.

TREINTA Y SEIS

VELADA MUSICAL

SAMU

Doy vueltas a mi teléfono en la mano con la esperanza de recibir un «yo también te quiero» que, en el fondo, sé que no va a llegar.

El día transcurre entre playa, saltos en el acantilado, cervezas y risas. Risas de los demás, hoy no me esfuerzo en seguirles el rollo. Respetan mi espacio. De vez en cuando me miran con lástima, qué se le va a hacer, supongo que es lo que me toca. Así tratábamos todos a Chus cuando lo dejó su ex.

Ya por la noche, de nuevo en las tumbonas del jardín, los oigo reírse, pero lo cierto es que no les estoy prestando atención. Estoy navegando por Spotify buscando una canción para mandarle a ella. Sí, puede que sea un poco lamentable, y quiero darle el tiempo que me ha pedido, pero necesito que sepa que no me la quito de la cabeza, que esto me está matando, que solo pienso en ella.

Igual es egoísta por mi parte y debería no decirle nada más hasta que fuera ella la que me hablara, pero no lo puedo evitar, necesito hacerle llegar algo. Encuentro una canción[1] que me sirve y se la envío. Al momento ella se conecta. Y no me dice nada. Pero creo conocerla lo suficiente como para saber que la estará escuchando. La pongo yo también y me imagino que es algo que estamos haciendo juntos, aunque así de separados.

El día siguiente me parece exactamente igual que el anterior. Por la noche, repito lo mismo. Elijo canción[2], se la envío y, en cuanto me aparecen los tics que indican que ha leído el mensaje, la reproduzco para sentir que la escucho con ella, que estoy con ella.

Otro día más que se escapa entre playa y cerveza y, cuando llega la noche, de nuevo me pongo a buscar una canción[3].

Algo me golpea en la cara cuando estoy absorto en mi tarea. Levanto la cabeza y miro hacia

el origen del objeto golpeador no identificado.

—Que te estamos hablando, joder —se queja Marc—. ¿Qué coño haces con el móvil? Llevas tres días que pareces un puto zombi. ¿Con quién hablas?

Se deja caer de su tumbona y se arrastra hasta la mía. No adivino su intención, por eso me pilla desprevenido cuando me quita el teléfono de la mano.

—¡Eh! —protesto—. ¡Dámelo!

—¿El Spotify? ¿En serio? ¿Nos ignoras para mirar canciones? Que además ni oyes, porque aquí no suena nada… ¿Qué cojones haces?

—Es cosa mía. —Se lo quito de la mano con mala hostia.

—¿Qué pasa, Samu? —pregunta Piero, pero todos me miran con cierta preocupación, así que, aun a riesgo de convertirme en el ser más patético del mundo, decido contarles lo que he hecho las dos últimas noches y que tengo toda intención de repetir.

—A ver si lo entiendo —dice Marc cuando termino mi relato—. Llevas dos noches mandándole una canción a Estrella y ella no te ha contestado ni una vez, ¿no?

—Sí.

—No le mandes más canciones, nano. Ten un poco de dignidad —me dice serio.

—Déjame, la mando si quiero. —Y, tal como lo digo, le doy al botón de enviar.

—Pfff, tío, solo falta que se agobie. Que mi hermana es la hostia…

—Espera, tengo una idea —interviene Chus—. Voy a mandarle yo una a Carina, y tú una a Greta. —Señala a Marc—. Así pensarán que es algo que estamos haciendo todos juntos y lo mismo Estrella no se agobia tanto…

—Qué buena idea, nano. —Marc se entusiasma.

—Igual no la estoy agobiando —me defiendo—. A lo mejor le gusta…

—Mejor no arriesgar —dice Chus—. Venga, voy a buscar.

—¡Yo ya la he mandado! —se descojona Marc—. La tiene que estar escuchando ahora.

—A ver, ponla, que oigamos lo que le has mandado —se ríe Loui—. Te creo capaz de cualquier cosa.

Marc empieza a reproducir una parte de la canción[4] en su teléfono.

… tú deberías estar anonadada, suspendida, transportada, extasiada, derretida, ojiplática, pasmada, qué sé yo… Tú deberías estar enajenada, desatada, desvestida, trastornada, embrutecida, desbocada, sin control, fuera de ti… Tú deberías estar loca por mí…

—Es buenísima —se ríe tanto que nos contagia a todos.

—Yo soy Greta y te mando a la mierda —se parte Chus—. Enviada la mía.

El móvil de Marc emite un pitido.

—¡Me manda una de vuelta! A ver qué dice. —Ya se ríe antes de darle al enlace.

El *I-dio-ta*[5] de Los Ronaldos inunda el jardín y a todos nos da la risa.

—Si no estuvierais tan lejos, hoy dormías en el sofá… —apunta Piero.

—Qué va, si me ama… ¡Hostia, ya sé la que le voy a mandar ahora!

—¿Cuál has enviado tú, Chus? —Pregunta Loui.

El aludido la empieza a reproducir en su móvil[6].

Perdone, señorita / Mí necesita hablar con usted / Yo sé que no está bien visto / A las extranjeras no hablarle en inglé' / Pero es que tengo una cosa / Que con los idioma' no puedo describir / No existe ninguna palabra /Que explique las ganas que tengo de ti…

La canción continúa, pero la paramos para escuchar la que acaba de enviar Carina de vuelta[7]. Solo entendemos «mambo italiano» y todos nos partimos.

—Eso es que quiere mambo, nano. —Marc le da una palmada en la espalda.

—O que le está diciendo que es italiana, que no le hable en inglés —apunta Piero.

—Lo que sea, pero él no dormiría en el sofá —se ríe Loui.

—Ni yo, mira la que le acabo de mandar —interviene Marc y reproduce otra[8].

…Y ábreteme bien y ábreme el corazón / No quiero esperar a la boda / No quiero esperar un futuro mejor / Si ya casi estoy en pelotas / Lo quiero ahora / Lo quiero ahora / Lo quiero ahora…

—Qué poca vergüenza tienes —se parte Loui.

Nos volvemos a descojonar todos. Esto me está sirviendo para distraerme, aunque no voy a fingir que no me duele ser el único que no va a recibir una canción de vuelta. Sé que es una tontería, pero es un símbolo, no sé, para mí es importante.

Cuando llega la respuesta[9] de Greta, las carcajadas las tienen que oír hasta ellas desde España por fuerza.

Eres tonto, muchacho, tú eres tonto / Y en tu casa lo tienen que saber / Porque aquí estamos hartos de saberlo / Que eres tonto y qué le vas a hacer…

—A ver cómo arreglas esto, chaval —se parte Chus.

—Hostia, hostia, a ver si se va a mosquear de verdad. Voy a mandarle una[10] romántica que te cagas. —Le da a enviar—. A ver qué os parece…

Tengo poco más de tres minutos / Para decirte algo que sabes ya / Sé que siempre te lo digo / Pero es tan grande que lo tengo que contar / Qué jodidamente increíble es quererte / Qué jodidamente increíble es tocarte, besarte, mirarte, abrazarte y poder pensar…

—Esta sí, ¿no? Con esta no me va a mandar ninguna impertinencia, ¿verdad?

—Con ella nunca se sabe —se ríe Piero.

—Bueno, me la juego.

Yo respiro hondo y sigo más pendiente de la canción que de sus voces, porque yo también le dedicaría esa a Estrella. Porque todo lo que dice me representa. Porque era jodidamente increíble quererla y no sé en qué momento dejé de saber hacerlo.

TREINTA Y SIETE

SAMU TOCA FONDO

MARC

Recibo un mensaje de Greta y lo abro con el culo apretado, aunque no creo que se haya mosqueado en serio, nosotros somos muy de hacernos estas coñas.

GRETA

Yo también te quiero, gilipollas.

Sonrío. Asunto resuelto. Le mando un *gif* un poco obsceno (lo justito) y me vuelvo a guardar el teléfono.

Suena en ese momento el móvil de Samu.

—Hostia, es Estrella. Me manda una canción[1]. —Trastea en su teléfono emocionado como un crío—. Es de Alejandro Sanz, tiene que ser buena señal por cojones, ¿no? No hay nada más moñas… —Sonríe—. «Viviendo deprisa». Me suena, pero nunca me he parado a escuchar la letra…

—No la pongas ahora, ya la escucharás —interrumpe Loui.

—¿Qué dices? Mi mujer me manda una canción, primer mensaje desde… Bueno, desde cuando sea; la pongo ya mismo… Necesito escucharla ya.

—*No sé cómo decirte que hoy / Me he dado cuenta…* —empieza a sonar en su móvil.

—¿De qué te has dado cuenta, Estrella? —pregunta Samu ilusionado.

—*Del tiempo que perdí contigo / Dando vueltas* —sigue la canción.

—Joder, qué bajón de principio —se ríe el rubio—. Bueno, ahora mejorará.

Loui se pasa una mano por la cara. Yo me estoy temiendo lo peor.

—*A un sueño donde me jurabas ser princesa* / *Y ha resultado ser tan solo una promesa…*

Nos hemos quedado todos con cara de póker, nadie dice nada.

—Qué mal rollo —suelta Samu con una risilla nerviosa—. ¿No mejora?

Loui y Chus niegan con la cabeza, se ve que la conocen; yo, ni puta idea, la verdad.

—*No sé cómo decirte que hoy / Me he dado cuenta / Que has apurado a fondo mi paciencia / Hoy sé que nunca has entregado nada a cambio / Que he sido yo solo un juguete entre tus*

manos…

—Vale, pues ya está claro. —Samu sonríe y empieza a tocar la pantalla de su móvil—. No hace falta escuchar más. Esto es el final, me acaba de dejar, ¿no?

Pero el teléfono no responde y la música sigue sonando.

—*Ya me cansé / De vivir / Improvisando para ti / Ya me cansé / De seguirte, yo me quedo aquí…*

—Cállate, coño —se ríe el rubio mientras sigue intentando parar la reproducción.

—*Y he malgastado mis fuerzas, mira / Viviendo deprisa / Ya no doy más / No me esperes, yo me quedo aquí…*

—Nada, puto móvil, que no se calla. —Baja de la tumbona en la que está y da un par de golpes con el teléfono en una piedra grande que hay en el césped—. Que sí, que se ha terminado, lo he pillado, cállate ya, coño.

—Cuidado, nano, que te lo vas a cargar —intervengo yo por primera vez.

—*No sé cómo decirte que hoy / Me he dado cuenta / Que ya no me enloqueces cara de muñeca…*

—Pues antes le gustaba mi cara de muñeca… —se ríe—. Supongo que ya no, pues nada, ya ves tú… —habla en un tono rarísimo, da un poco de yuyu. Golpea con más fuerza el móvil contra la piedra—. ¡Cállate, coño, ya he pillado la idea!

—*Estoy cansado de vivir de esta manera / Viviendo tan deprisa…*

El nivel de los golpes ha ido aumentando hasta que finalmente en el teléfono deja de sonar la canción. Pero eso no lo detiene, Samu sigue golpeando el móvil contra la piedra hasta que empiezan a desprenderse cristales.

—Para, nano —interviene Piero—, que te vas a hacer daño. Ya no suena la canción, déjalo estar.

—«Déjalo estar» —se ríe Samu mientras sigue dando golpes y le empieza a sangrar la mano. Mierda—. Eso ha hecho ella: dejarlo estar, ¿no? Catorce años y lo deja estar con una canción. De puta madre. Supongo que no merezco más… ¿Qué coño voy a merecer? ¿Una llamada? ¿Una explicación? No, una canción y a tomar por culo.

—Para, Samu, suelta el teléfono. —Loui se ha acercado hasta él y le ha rodeado la muñeca con la mano para hacerle parar.

—¡Déjame, joder! —Samu se zafa del agarre con un gesto muy brusco y Loui se separa de él algo asustado. Al menos eso le ha hecho dejar los golpes. El rubio se pone de pie y lanza lo que queda de su móvil bien lejos—. ¡No todo se soluciona con calma y buena actitud, tío!

—Eh, no lo pagues con Loui, que no tiene la culpa —interviene Piero—. Vamos a curarte esa mano, que estás sangrando.

—Paso de la puta mano, me la suda. Eres afortunado, Loui, date cuenta, tu marido está siempre ahí para dar la cara por ti… Él nunca te dejaría con una canción…

—Bueno —interrumpo—, igual no iba en serio, igual no estaba rompiendo contigo… A mí Greta me ha mandado la de *Idiota* y la de *Eres tonto*… —Sé que no soy nada convincente, no me lo he creído ni yo, pero no se me ocurre qué otra cosa hacer para que Samu no se hunda más, porque lo cierto es que a mi hermana ya le vale, hay que ser muy cabrona para hacer algo así.

—¡Será lo mismo! —grita Samu y me mira con ojos de puto loco.

—No es lo mismo, nano, ya lo sé —murmuro, porque tiene toda la razón y me jode que la tenga.

—Vamos a curarte la mano, estás sangrando mucho, Samu —insiste el italiano.

—¡Me da igual la puta mano! —grita el rubio con la cara roja y las venas del cuello

hinchadas. No sé en qué momento ha empezado a llorar, pero tiene toda la cara mojada—. ¡Ya no necesito la mano, no voy a hacerme pajas nunca más! ¡Voy a follar como un cabrón! Me voy ahora mismo a buscar una italiana, seguro que alguna quiere follar conmigo. —Se seca la nariz en la manga y se da media vuelta para ir hacia la puerta del jardín.

Chus tiene más reflejos que yo y se planta delante de él antes de que salga.

—No, nano, no hagas eso, mañana te sentirás fatal…

—¡Es imposible que me sienta peor que ahora mismo!

Antes de que le dé tiempo a apartar a Chus de su camino, lo rodeo por la espalda y lo abrazo con fuerza para retenerlo.

—No te vas, tío, no quieres hacerlo. Sabes que no quieres hacerlo.

Mi móvil vibra en mi bolsillo y emite el pitido de aviso de un nuevo mensaje. Será Greta contestando al *gif* obsceno. Mal momento. Lo ignoro. Varios mensajes más, pero sigo sujetando al rubio con fuerza, esto es lo prioritario ahora.

—No quiero, joder, claro que no quiero, soy un puto pringado. —Se deja caer de rodillas mientras sigue llorando con mocos y lagrimones. Yo lo suelto, pero me quedo a su lado y me agacho para estar a su altura—. Catorce años… Catorce años llevo casi sin ver porno y sin pensar en otras… Hasta cuando me hago pajas, tiro de recuerdos y pienso en ella…

Estoy convencido que con lo de que «casi no ha visto porno» se ha venido muy arriba, pero creo que no es el momento de puntualizarlo. Si él quiere pensar eso, que lo haga.

—¡¿Lo veis normal?! ¡Soy un gilipollas, un pringado de mierda que está obsesionado con una única tía desde hace catorce putos años! ¡¿Y qué ha hecho ella?! ¡Castrarme! ¡Castrarme como a un puto animal de todas las formas posibles!

—Una vasectomía es una esterilización, no una castración, no es lo mismo —matiza Piero.

—¡Me dan igual tus tecnicismos médicos! —grita Samu desatado de nuevo. Apoya las manos en el suelo y arranca dos puñados de césped—. ¡Estrellaaaaaaaaaaaaaa! —chilla hasta que su voz suena rasposa (tiene que haber dolido) y se apaga.

Le paso una mano por la espalda, porque no sé qué decir. Chus se agacha también para estar a nuestra altura.

—Hay que mirarte esa mano —insiste Piero. Lo cierto es que ahora, además de la sangre, está manchada de hierba y tierra, no tiene que ser bueno—. Tenemos que limpiar las heridas o se te infectará.

—Argh, joder, qué coñazo con la puta mano —se queja Samu y chasquea la lengua. Luego se pasa el brazo por los ojos y la nariz—. Un beso, joder —solloza—, un puto beso… Tendría que haberme tirado a Claudia, así al menos lo entendería. Llámala —me pide—. ¡Llama a Claudia y dile que me la voy a follar!

—No te quieres tirar a Claudia —aseguro con voz calmada mientras coloco con cuidado mis manos sobre sus hombros.

—¡Claro que no, joder! —chilla con todas sus fuerzas y vuelve a arrancar puñados de césped —. ¡Ya le gustaría a esa hija de puta! ¡La quiero matar! ¡Eso es lo que quiero de verdad! ¡¡La quiero matar!!

—Vale, nano, tampoco es eso… —Chus le pasa una mano por la espalda y él se retira con un movimiento brusco y se pone de pie.

Se agarra a la valla del jardín y empieza a zarandearla.

—¡Estrellaaaaaaaaaaaa! —chilla con la cara cada vez más roja y la voz cada vez más ronca. Y se ahoga. Parece que le falte el aire y da un mal rollo que te cagas. Va a sacar la valla del sitio en cualquier momento.

—¡Piero, haz algo, joder! —grita Loui.

—¡Marc, sujétalo e intenta calmarlo! —me ordena el italiano antes de desaparecer dentro de la casa.

Obedezco como puedo, pero la ira desatada del rubio no me lo pone fácil. Chus intenta echar una mano en lo de calmarlo con el mismo éxito. Antes de que me dé cuenta, Piero está de vuelta con una jeringuilla.

—¿Cuánto pesas? —me pregunta a mí—. Supongo que pesarás más o menos lo mismo que él, ¿no? ¿Cuánto?

—Yo qué sé, nano. —Me ha pillado totalmente descolocado—. ¿Ochenta y cinco kilos? ¿Noventa? Ni puta idea.

—Vale, sí, más o menos —murmura el italiano mientras pincha la jeringuilla en un botecito de cristal y la llena de líquido.

—¡Estrellaaaaaaaaaaaaa! —sigue chillando el demente y creo que nos desgarra el corazón a todos.

Lo aprieto con más fuerza y noto que voy venciendo su resistencia hasta que finalmente se calla y tengo que hacer más fuerza de la que me creía capaz para que no se vaya al suelo. No sé en qué momento ni dónde le ha pinchado Piero, pero lo que está claro es que ha funcionado.

—Estrella… —su voz es ahora apenas un murmullo y parece que ni puede abrir los ojos.

—¿Crees que puedes llevarlo hasta la cama? —me pregunta el italiano.

—Despejadme el paso y abridla, necesito que sea rápido —contesto mientras asiento y, no sé ni cómo, lo cojo en brazos y comienzo a caminar hacia el interior de la casa.

Pesa mucho, joder. Hago un esfuerzo sobrehumano mientras llevo al rubio desplomado como un peso muerto en mis brazos y farfullando cosas sin sentido. Tras lo que me parece una eternidad, alcanzo por fin la habitación y lo dejo caer sobre la cama.

Los tres me han seguido hasta aquí. Piero lleva su maletín con movidas de médico y se sienta en el colchón junto a esa mano que está deseando curar.

—Quitadle el pantalón. Que descanse —nos ordena con un murmullo mientras empieza con las curas.

Entre Chus, Loui y yo obedecemos y le quitamos las zapatillas y los vaqueros. Cuando terminamos, el doctor sigue sacando cristalitos de entre la piel y aplicando medicación. Luego le venda la mano y se la coloca sobre el pecho. Samu tiene la cara hinchada y un poco roja todavía, pero duerme profundamente. Piero saca un cacharro de esos de tomar la tensión y se lo pone al convaleciente. Después de eso, aún controla un par de movidas más.

—¿Qué haces, nano? —pregunta Chus.

—Comprobar que todo está correcto, que le ha sentado bien el sedante. No me molan estas cosas.

—Guay, y ¿todo bien?

El italiano asiente antes de romper a llorar. Loui le pasa una mano por la espalda y Piero se abraza a él. Los demás no lloramos, pero creo que los tres nos morimos de ganas, aunque no lo vayamos a reconocer en voz alta.

Cuando se calma un poco, salimos a la salita de estar y nos dejamos caer entre el sofá y los sillones. Nadie dice nada, hay un ambiente de funeral que te cagas. Todos respiramos hondo y en silencio, no tenemos nada que decir. Chus saca su móvil y eso me recuerda los mensajes que me han llegado antes. Saco el mío con la certeza de que son de Greta y la esperanza de que me diga algo que me levante un poco el ánimo. Pero no.

—Joder, me cago en mi puta vida —murmuro tras leerlos todos y resoplo fuerte.

—¿Qué pasa? —me pregunta Loui y los otros dos me prestan también toda su atención al momento.

Les hago un gesto para que se acerquen a verlos ellos mismos y obedecen enseguida.

GINA

Papá, ¿qué pasa con el móvil de Samu?

No le llegan los mensajes.

Emma ha cogido el móvil de Estrella cuando estaba en el baño y por lo visto le ha mandado una canción o algo a Samu.

Y Estrella se ha enfadado mogollón.

Están las dos discutiendo y gritando.

Mamá está en medio de la bronca también.

Y yo estoy escribiendo a Samu para decirle que la canción la ha mandado Emma, pero no le llegan mis mensajes. ¿Qué pasa?

PAPÁ, CONTÉSTAME.

A ti sí que te llegan los mensajes. CONTESTA.

Papá

Papá

Contesta

P

A

P

Á

…

P

A

P

Á

C

O

N

T

E

S

T

A

TREINTA Y OCHO

NO ESTÁ BIEN

ESTRELLA

Llevo llamando a Samu desde hace más de media hora y una locución me dice por enésima vez que el móvil está apagado o fuera de cobertura. No sé muy bien qué voy a decirle, aunque tampoco puedo si no contesta.

—¿Llamo a Marc a ver si él tiene cobertura? ¿O por si sabe algo? —pregunta Greta.

—Lo llamo yo, tranquila —contesto.

—No es para tanto, ya hablarás con él mañana —suelta Emma y yo la fulmino con la mirada —. En fin, me voy a la cama, que ya veo cómo están los ánimos por aquí.

Emma se marcha a su habitación, pero Greta y Gina se quedan. Llamo al teléfono de mi hermano y no tarda nada en contestar.

—¿Qué? —gruñe. Vaya comienzo.

—Tete, ¿está Samu contigo? Me sale que su teléfono está apagado. Supongo que se habrá quedado sin batería, ¿me lo pasas?

—No, su teléfono no se ha quedado sin batería. Lo ha reventado él a golpes contra una piedra para que dejara de sonar la cancioncita de los cojones.

—¿Cóóóómo? ¿En serio?… Pásamelo, que le explico lo que ha ocurrido…

—No te lo puedo pasar porque está dormido. —Su tono de voz me deja claro que está mosqueado. Muy mosqueado—. Miento: no está dormido, está sedado. Piero le ha tenido que pinchar porque estaba fuera de sí, y nos daba miedo que se hiciera daño.

Me da como un mareo y siento el corazón latir en la garganta.

—¿Cómo que sedado? —Me tiemblan la voz y las manos—. ¿Sedado en plan anestesiado?

—Sí, sedado en plan que había perdido la puta cabeza y había que hacer algo. —La voz de Marc me provoca escalofríos, no tengo claro si por el tono, por sus palabras o por imaginarme la escena.

—Pero ¿qué ha pasado? —Siento que me falta el aire y no me puedo creer que en una situación así estemos a tantos kilómetros de distancia y con el Mediterráneo de por medio. Y yo no pueda ir a explicarle lo que ha ocurrido o simplemente a comprobar que está bien.

—¡Que le has jodido vivo, eso ha pasado! —grita mi hermano.

—No he sido yo, tete —me defiendo—. Pero lo importante es si él está bien. ¿Lo está?

—No, joder, claro que no está bien. Está a putos años luz de estar bien. ¡Se cree que le has

dejado con una jodida canción!

—Ha sido Emma…

—Ya me lo ha contado Gina, que se ha preocupado más por su tío que tú por tu marido.

—Eso no es justo, tete.

—Estoy cabreado, no quiero hablar ahora —gruñe.

—Vale, dile, cuando se despierte, que me llame. Da igual la hora que sea.

—Bien —bufa—. Te cuelgo.

Y lo hace sin esperar a que yo diga nada más.

Me tiembla el móvil en las manos cuando me siento en el sofá y me quedo mirándolo, aunque ya no está iluminado. Greta y Gina se acercan a sentarse junto a mí y me piden que les cuente. Lo hago, pero a Greta le parece poca información y se va a otra habitación para volver a llamar a Marc.

—Tía —me susurra Gina en cuanto nos quedamos solas—. ¿De verdad no le puedes perdonar? ¿Es tan grave lo que ha hecho? Nadie te va a querer más de lo que te quiere él…

—No lo entiendes, cielo, eres muy joven. No es solo lo que hizo. —Se me quiebra un poco la voz al recordarlo. Pongo mi mano sobre la suya—. Son muchas cosas, no lo puedes entender.

—Nada, no me ha contado mucho más —interrumpe Greta de vuelta—, estaba gruñón. Le he dicho que nos llamen en cuanto se despierte.

—¿Crees que lo hará?

—Lo hará si quiere conservar sus pelotas. Está amenazado.

Sonrío sin ganas.

Decidimos que nos vamos ya todas a dormir. Ha sido un día intenso, y mañana no pinta más ligero.

TREINTA Y NUEVE

YA ESTÁ CLARO

ESTRELLA

Apenas he dormido en toda la noche. Estoy preocupada por Samu, la verdad. Es normal, me asustó mucho cuando mi hermano me dijo que lo habían tenido que sedar. No ha llamado todavía. Solo son las nueve de la mañana, pero como casi no he dormido esta noche pensando en eso, me da la sensación de que es mucho más tarde.

Vuelvo a llamar a Samu por si ha encendido su teléfono, pero no. Lo mismo lo ha roto del todo. Marc me dijo que lo había reventado, pero mi hermano puede ser muy exagerado a veces.

Llamo a Marc y me vuelve a gruñir y a decirme que no se ha despertado. Y lo mismo las cuatro veces que llamo a lo largo de la mañana. Finalmente, ya por la tarde, su respuesta es diferente.

—Sí, ya está despierto.

—¿Me lo pasas?

—No quiere. No quiere hablar contigo, ni con nadie. Está tumbado en la cama mirando la pared y pasa de todos. No se quiere levantar, no quiere salir de la habitación.

—¿Le has dicho lo que pasó? ¿Que no la mandé yo?

—Sí, se lo he dicho, y le ha dado igual. Escucha. —Lo oigo caminar en silencio—. Samu, tengo a Estrella al teléfono, ¿quieres hablar con ella?

—No —me llega su voz a lo lejos y se me escapa una lágrima.

—¿Quieres algo de comer?

—No.

—¿Te vas a levantar?

—No.

—¿Lo has oído? —Mi hermano vuelve a dirigirse a mí—. Así desde que se ha despertado. Te aviso cuando cambie el rollo.

—Vale, tete, gracias.

Por la noche obtengo el mismo resultado. Y las cuatro veces que lo intento el día siguiente. Y el de después. Y otro más. Cuatro días en los que me subo por las paredes y no se me puede ni hablar. Pero es que no puedo con esta incertidumbre. He llamado a mi madre y he hablado con

los niños, y no sé si ha sido peor porque también los echo de menos. Y no puedo hablar con su padre y eso me está volviendo loca.

Finalmente, la tarde del quinto día, mi suerte cambia.

—Sigue sin levantarse de la cama, pero ha accedido a hablar contigo. Te lo paso —dice mi hermano con voz de funeral.

—¿Qué quieres, Estrella? —me llega la inconfundible y familiar voz de mi marido, pero suena diferente, sin ningún tipo de emoción, ni buena ni mala. Y eso es rarísimo, porque Samu es totalmente transparente al hablar, su tono lo dice todo.

—¿Cómo estás? —pregunto algo nerviosa.

—En la mierda —responde con un tono de lo más neutro.

—Te dijo mi hermano que no te mandé yo la canción, ¿no? Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. ¿Algo más?

Esa pregunta me provoca un escalofrío de mal rollo por todo el cuerpo y siento ganas de llorar. Pero no puedo hacerlo mientras hablo con él.

—¿Estás enfadado conmigo? —me atrevo a preguntar.

—¿Importa eso?

—¡Claro que importa! —Juro que no entiendo su actitud—. ¿Por qué estás enfadado conmigo? Ya te he dicho que no fui yo…

—No es enfado, Estrella, paso de esto. Y no, ya sé que no mandaste tú la canción, pero tampoco llamaste para decir que no la habías enviado tú. ¿Qué fue lo primero que hiciste al saber que Emma había cogido tu móvil?

—Enfadarme con ella. Me puse furiosa y le eché una bronca —aclaro para que sepa que no me sentó nada bien.

—No se te ocurrió avisarme a mí primero. No te importó cómo pudiera sentirme yo al recibirla, era más importante que Emma supiera lo enfadada que estabas… —Sus palabras llegan a mis oídos como dardos envenenados, no le falta algo de razón, pero yo no lo siento exactamente así.

—Mi primera reacción fue de ira contra Emma, sí, pero te llamé enseguida. No tardé ni cinco minutos en reaccionar… Samu, ni cinco minutos tardé en llamarte, pero tu teléfono ya estaba apagado. Estuve lenta de reflejos, pero reaccioné en menos de cinco minutos… ¿Tan grave te parecen cinco minutos?

—No sé, ¿tú qué piensas? Yo no tardé ni cinco segundos en reaccionar cuando Claudia me metió la lengua en la boca. Comparado con eso, sí, cinco minutos me parecen una puta barbaridad de tiempo.

—Samu, eso no es justo…

—¿No lo es? No sé, ¿me has perdonado tú a mí esos cinco segundos?

Me quedo callada un momento, no sé ni qué decir.

—No fue solo eso, Samu —murmuro—. No estábamos bien desde hacía tiempo… Lo sabes.

—No, no lo sé. Yo no sabía que no estábamos bien. No soy un puto adivino, o a lo mejor es que soy tonto y me tienes que decir las cosas claras, pero yo creía que teníamos una vida feliz. Cansada, porque cuatro críos son agotadores, pero feliz…

—Yo no estaba bien —aseguro con un hilo de voz, luchando por no ponerme a llorar. Porque siento un escalofrío que augura que esta conversación no va a tener un final feliz.

—¿Y ahora? ¿Ya estás bien? ¿Ya has decidido qué quieres hacer?

Un vacío enorme se me instala en el pecho y no sé ni qué responder.

—Necesito tiempo, Samu. Necesito más tiempo…

—No lo tienes. El tiempo acaba de terminar. Si aún no lo tienes claro, es porque en realidad sí que lo tienes. Te lo voy a poner fácil: se ha terminado, Estrella. Hasta aquí. Dile a Emma que puede preparar los papeles, nos divorciamos. De mutuo acuerdo, las condiciones que tú quieras, no voy a pelear por nada. —Y lo dice en un tono como si me estuviera leyendo la lista de la compra.

No sé dónde se ha ido mi sangre, pero tengo claro que en mi cuerpo no está. Si no estuviera sentada, ya me habría caído al suelo.

—No lo estás diciendo en serio —murmuro.

—Claro que sí —asegura.

—¿Por qué? —consigo preguntar.

—Porque la otra noche experimenté lo que sería que me dejaras. Y no quiero volver a pasar por eso. Si existe alguna posibilidad de que eso vuelva a ocurrir, no la quiero. Y si no lo tienes claro después de todos estos días, es porque en realidad no me quieres… No pasa nada, no es tu culpa, pero quedó claro cuando no fui tu prioridad. Y yo no puedo con eso. Porque yo sí que te quiero. Sin dudas y como el primer día. Tú has sido siempre mi prioridad, y yo no me merezco menos.

—Samu, cielo, claro que te quiero…

—No, no me quieres, Estrella. Ya no. Igual no te atreves a reconocértelo, pero ya no me quieres. Yo lo tengo claro. Igual me tienes cariño, eso no lo dudo, pero ya no estás enamorada de mí.

—Samu, no hagas esto. —Me tiembla la voz.

—Ya está hecho. En un par de días estamos de vuelta, dejaremos claros todos los detalles. Piénsate qué quieres hacer con la casa, los niños… Bueno, todo. Me va a parecer bien lo que decidas. Yo solo quiero que seas feliz, Estrella.

—Entonces no hagas esto… —Me tiembla la mano cuando me la llevo al cuello—. Hablamos a la vuelta, cielo, no tomes una decisión precipitada…

—Ya está tomada, Estrella, llevo varios días pensando en esto. Hablamos a la vuelta, sí, pero para decidir los detalles. Va a ser muy fácil, tranquila, va a ser el divorcio más amistoso de la historia.

Y con esas palabras siento que algo me desgarra el pecho y me lo abre por la mitad.

—Samu —sollozo porque ya no puedo contener el nudo que presiona mi garganta.

—Adiós, Estrella, pásatelo bien los días que te quedan allí.

Y cuelga el teléfono. Y a mí me envuelve un frío glaciar que no sé de dónde ha salido. Bueno, claro que lo sé, un frente helado que viene directamente de Sicilia.

CUARENTA

MÍRAME, CABRÓN

SAMU

Abro la mano y dejo que el móvil de Marc resbale por mi cara hasta caer en el colchón. Giro sobre mí mismo y me quedo tumbado bocarriba. Cierro los ojos y respiro hondo. Ya está hecho. Terminado. Dolerá un tiempo. Mucho tiempo, estoy seguro, pero es lo mejor.

Catorce años. Catorce. Ca-tor-ce. Uno detrás de otro. Y me tatuaría en la piel cada puto momento que he vivido con ella para retenerlos todos, para que volvieran, para que nunca se hubieran ido. Dos lagrimones resbalan por mis sienes y me mojan las orejas. Ya no sé ni llorar, cada día más inútil.

—¿Has acabado con mi móvil, nano? —pregunta Marc desde la puerta de la habitación.

—Sí. —Me seco la cara rápidamente antes de incorporarme un poco y palpar el colchón hasta localizar su teléfono.

—Guay. —Se acerca y se sienta en la cama junto a mis piernas—. ¿Qué tal ha ido? ¿Estás mejor?

—Sí —sonrío un poco forzado y le entrego su móvil—. Estoy mejor, ya está todo claro.

—Guay, ¿lo habéis arreglado ya entonces? ¿Ha entrado en razón? ¿Vuelves a casa? —Me da una palmada en la pierna.

—No, no, nos divorciamos. Pero por lo menos ya está claro. —Se me atraganta un poco la última palabra y tengo que sorber los mocos que amenazan con aparecer.

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué?! Voy a hablar con ella porque ya me está tocando los coj… —Agarro su brazo cuando intenta ponerse de pie y lo retengo para que vuelva a sentarse. Deja la frase a medias y obedece.

—Ha sido decisión mía —le aclaro.

—¿Por qué? —Me mira con cara de no entender nada—. Pero si estás pilladísimo por ella… ¿Por la canción?

—No me quiere, tío.

—Claro que te quiere, ¿por qué piensas que no?

—No sé si sigue conmigo por costumbre, por los nanos o por qué, pero no por que me quiera. Bueno, sí me tendrá cariño, pero no está enamorada de mí. Hace tiempo que no me elige, creo que simplemente se conforma. —Suspiro y me rasco la mandíbula. Ya entiendo por qué me picaba, por la barba, hace cinco días que no me afeito, no es normal en mí, yo suelo hacerlo a

diario.

—No sé qué decir, nano. —Marc me pone una mano en el hombro.

—No hay nada que decir. —Sonrío un poco forzado y le doy una palmada en la cara. Se me escapa una lágrima y me la seco con la otra mano mientras intento mantener la sonrisa—. Ya está.

—Yo… —Agacha la cabeza hasta que el pelo le tapa la cara y no puedo verla—. Yo sí que te elijo, nano. Esto no cambia nada, para mí sigues siendo mi hermano. —Lo suelta en apenas un murmullo, pero lo he oído claramente, aunque no me peguen nada esas palabras con esa voz.

Lo cojo de la nuca con una colleja previa y me río.

—Mírame, cabrón —le pido con una sonrisa mucho más sincera.

Obedece aguantando la risa.

—No te emociones, julandrón, que no lo voy a repetir.

—Dame un abrazo, gilipollas. —Me río y tiro de él.

No se resiste y me lo devuelve. Y me reconforta, porque, aunque no sea mi Sapena preferido, está conmigo. Siempre está conmigo, y con eso me vale.

—Te quiero, nano —le suelto porque sí, porque me nace así.

—No me digas esas cosas cuando vas en calzoncillos, que no respondo —se ríe y se separa del abrazo—. Y dúchate, anda, que llevas cinco días así.

Se levanta y va hacia la puerta. Me mira desde allí.

—Yo también a ti, imbécil —dice con una sonrisa torcida—. Vístete y vente para fuera, que están todos preocupados por ti. Todos menos yo, ¿eh? A mí me la suda cómo estés.

Asiento y sonrío de verdad.

—Ya lo sé, nano, gracias.

CUARENTA Y UNO

EL AMANECER

SAMU

Salgo al jardín con el pelo todavía mojado y un pantalón corto. Aunque es casi de noche, hace calor. No me he afeitado porque con pelo en la cara me veo raro, y eso encaja mejor con cómo me siento ahora mismo. Y porque me ha dado pereza, la verdad, tenía la energía justita para la ducha.

Todos se levantan cuando me ven aparecer y vienen hacia mí. Loui y Chus me dan una palmada en la espalda y me preguntan cómo estoy, pero Piero me da un abrazo muy fuerte.

—*Cazzo*, qué ganas tenía de verte de pie. —Noto preocupación en su voz y en la mirada de los otros dos.

—Marc nos ha contado lo de la llamada… ¿Quieres hablar de ello? —pregunta Loui.

—La verdad es que no. —Doy una palmada y sonrío—. Lo que quiero, para empezar, es una cerveza.

Nos sentamos en las tumbonas y Loui me pasa una birra.

—Te queda bien la barba —dice Chus—. Pensaba que te afeitabas a diario porque al ser tan rubio te salía poco pelo y muy flojo, pero ¿cuánto hace que no te afeitas? ¿Cinco días? Parece que haga más de una semana.

Yo agradezco mentalmente el cambio de tema y sonrío.

—Pues ya ves. —Me paso una mano por la mandíbula—. La verdad es que nunca había estado tantos días sin afeitarme… ¿Estoy guapo?

—Mucho —asegura Loui con una sonrisa—. Siempre.

—Dime que estoy muy bueno, que me tenéis que subir la moral. Me voy a divorciar, necesito que me digáis cosas bonitas.

—Ya sabes que estás muy bueno —se ríe Piero—. Lo sabes de sobra. Las tías se giran a mirarte por la calle… Y muchos tíos también.

—Ya, todas menos la que quiero que me mire —suelto sin pensar y respiro hondo, porque me da la impresión de que me falta el aire.

—Error de pensamiento —dice Chus mientras se pone de pie—. Chupitos, necesitamos chupitos, que la birra es muy lenta.

Piero lo acompaña adentro y vuelven al momento con una botella de licor y vasitos congelados.

No sé cuántas horas han pasado, pero sé que han caído varias botellas de *limoncello*. No paro de reírme con esta panda de cafres a los que quiero más que a mi puta vida. Vaya, parece que ya estoy en la fase de «exaltación de la amistad». No voy a mentir y a fingir que no he pensado en Estrella en toda la noche, sería absurdo, creo que me conoces ya lo suficiente como para saber que ya era un pensamiento recurrente antes de toda esta movida. Más todavía después de esto. Cuesta creer que se ha terminado. Cuesta asumir que ya no es nada mío. A ver, que no estamos divorciados, técnicamente es mi mujer. Y la madre de mis hijos, eso lo va a ser siempre… Ya estoy desvariando, puto *limoncello*.

—Deberíamos irnos a dormir, va a amanecer en breve —dice Loui sacándome de mi último atrape mental.

—Noooo, vamos a ver amanecer a la playa —propone Marc.

—¡Hostia, sí! —Me apunto sin dudar.

A los otros tres no parece hacerles mucha gracia, pero nos siguen el rollo.

Marc y yo entramos a ponernos el bañador, pero los demás aseguran que no se van a meter en el agua ni de coña.

Llegamos a la playa y decidimos que mejor el acantilado para ver el amanecer que la arena, demasiado típico. De nuevo los otros tres se dejan llevar sin poner muy mala cara.

Es el acantilado más bajito de todos los que hemos saltado, pero verlo de noche con la luz cambiante del amanecer impresiona un poco. Es precioso. Nos sentamos todos bastante alejados del borde y dirigimos la mirada hacia el lugar por donde está a punto de asomar el sol. El cambio de color del cielo es mágico, y me hace pensar por un momento que ojalá Estrella estuviera aquí conmigo. Pero no está. No solo es que esté a mil doscientos kilómetros, es que ya no voy a volver a ver un amanecer con ella. Ni un anochecer, ni nada. Se ha acabado. A partir de ahora solo la veré para intercambiar niños.

Duele.

Duele.

Joder, duele mucho.

Me levanto y me alejo de ellos. Necesito moverme, caminar, alejarme de mí mismo y mis pensamientos. Camino bordeando el acantilado y Piero me da un grito:

—¡No te acerques tanto, que has bebido mucho! —me advierte.

—¡Ya se me ha pasado! ¡Voy bien! —lo tranquilizo.

—¡Además, que nos hemos tirado por aquí un montón de veces! —grita Marc mientras se pone de pie y me mira con una sonrisa enorme.

—¡¿Ahora?! —Le devuelvo la sonrisa mientras sigo caminando por el filo.

—No hagáis el imbécil —se queja Piero—, que aún no ha amanecido y no se ve bien el agua, no sabemos cómo estará la marea.

—¡El agua está de puta madre, me juego lo que quieras! —grita Marc y empieza a correr hacia mí.

—¡No, joder, por ese lado no! —grita Piero—. ¡Marc, para!

Pero creo que ni le oye, se ha puesto a cantar[1] a gritos mientras corre y ya está llegando hasta donde estoy. Me coge de la mano al llegar a mi lado y, sin detenerse, tira de mí para que le adelante. Y lo hago en cuanto nuestros pies dejan de tocar tierra firme.

¿Sabes eso que dicen de que cuando estás a punto de morir el tiempo se ralentiza y ves tu vida pasar ante tus ojos? Pues es cierto. Por lo visto, en una sensación de auténtico peligro, el cerebro se pone tan alerta que aumenta la percepción del entorno y te da la impresión de que el tiempo avanza más lentamente. ¿Me explico? Seguramente no, pero no importa. El caso es que así lo percibo yo.

El impulso con el que me ha lanzado Marc me hace estar más alejado que él de la pared de piedra, pero el agua a nuestros pies está en movimiento. No hay duda, yo voy a caer en el mar, aunque no tengo clara la profundidad, pero Marc… no creo que llegue al agua, da toda la impresión de que va a caer en las rocas. El suelo cada vez está más cerca y no sé qué hacer por mi amigo.

¿Y yo?

¿Y si muero?

¿Y mis hijos?

¿Y Estrella?

La colisión es inminente. No estoy preparado, necesito más tiempo. No lo tengo. Ya está, es el momento.

Oigo el golpe antes de sentirlo. Luego la oscuridad lo envuelve todo.

CUARENTA Y DOS

DESPERTAR

SAMU

Un zumbido desagradable me despierta. Lo noto aun con los ojos cerrados. No me apetece abrirlos, me parece demasiado esfuerzo. Una mano suave acaricia la mía; otra, mi mejilla. Un beso en la frente. Estrella.

—Despierta, Samu, vuelve —susurra.

Y hago un esfuerzo enorme por obedecer, pero no puedo abrirlos. Tampoco puedo mover la mano, todo es mucho esfuerzo. Hago un último intento y consigo separar mis párpados. Todo está borroso, no sé si hay demasiada luz o es que he dormido mucho. Estrella está sentada en mi cama. Sonríe al verme abrir los ojos.

—¡Está despierto! —grita hacia la puerta con la voz de Piero antes de volver a girarse hacia mí y apretar mi mano—. No intentes hablar, llevas una mascarilla de oxígeno. —Se inclina hacia mí y libera mi boca. Pienso por un momento que me va a besar, pero ahora se ha puesto también la cara de Piero y no me apetece tanto—. ¿Respiras bien así?

Consigo levantar una mano y tocarle la cara.

—Estrella —susurro. Quiero decirlo más alto, pero no lo consigo.

—Está avisada. Ha llamado un montón de veces preguntando cómo estás. En cuanto puedas hablar, la llamamos, ¿vale?

Asiento y miro a mi alrededor. Vuelvo a mirar a Piero y debo de tener cara de confusión, porque parece que entiende que necesito una explicación.

—Estamos en un hospital de Palermo. ¿Recuerdas lo que pasó?

—Chupitos…, sol…, salto —consigo decir.

—Eso es, genial, te acuerdas de todo —sonríe.

Giro un poco la cara a ambos lados para hacerme una idea de dónde estamos y sin lugar a dudas es una habitación de hospital. Estamos los dos solos. Hay sitio para otra cama y una cortina divide la habitación en dos y me separa de la nada, porque esa parte está vacía. Quiero preguntar, pero no sé si quiero saber la respuesta.

Sí, joder, necesito saberlo.

—¿Mmmarc? —murmuro sin apenas aire.

—Están Loui y Chus con él, es la hora de visita en la UCI, solo se puede entrar a verlo un momento. Lo han operado, ha sido una operación larga y complicada, va a estar hoy en

observación. Si pasa bien la noche, mañana lo traerán aquí.

Suspiro aliviado y sonrío.

Entra Estrella por la puerta vestida de blanco, como un ángel, y se pone a hablar en italiano con Piero. Me dice algo que no entiendo y yo solo le sonrío.

—Estrella —murmuro.

Me devuelve la sonrisa antes de ponerse a tocar los cables y tubos a los que estoy conectado. Luego vuelve a hablar en italiano y desaparece.

—Estrella —intento llamarla, pero creo que he vuelto a susurrar, no reconozco ni mi voz.

—Shhh, tienes una laceración pulmonar, no hagas esfuerzos. Estrella está avisada, en cuanto puedas hablar, la llamamos, de verdad, te lo prometo. La enfermera te acaba de subir la medicación para que no te duela. Si te sientes un poco desorientado, no te asustes, es normal.

Asiento como puedo, pero lo cierto es que no me duele nada. Igual es por la medicación que dice.

—Voy un momento a ver a Marc antes de que acabe la hora de visita, no queríamos que te quedaras solo por si te despertabas, pero ahora me puedo acercar un momento, ¿vale? Tardo cinco minutos. Les diré a Loui o a Chus que vengan.

Se levanta y se marcha. Y yo me quedo solo con mis hijos, que se han puesto a jugar con la cortina que hay en medio de la habitación. Quiero decirles que paren, pero no me sale la voz. Nico se ha sentado a los pies de la cama a leerme un cuento y Manu en el suelo a escuchar. Los gemelos juegan a la pelota y me temo que van a romper algo, pero no, solo chutan hacia mí para que la coja. Como no tengo energía ni reflejos para mover los brazos, solo giro la cara temiendo el impacto. Por suerte, el balón desaparece antes de golpearme, y los nanos también. Espero que vuelvan, me apetece estar con ellos. Se me cierran los ojos.

Cuando vuelvo a abrirlos, Estrella se levanta de la butaca en la que está reclinada y viene hacia mí. Para cuando llega a mi lado, ya es Loui.

—Eh, buenos días —susurra—. ¿Cómo te encuentras?

—No lo sé —confieso y me reconforta escuchar una voz muy parecida a la mía casi a un volumen normal.

Me llevo una mano a la nariz porque me pica un poco, pero me parece que tardo media vida en hacer el movimiento.

—Te han quitado la mascarilla, solo llevas el tubo de la nariz, parece que respirabas mejor.

Asiento porque tampoco quiero abusar de hablar. Me canso. Eso era lo que me picaba, el tubo este entre la nariz y el labio. Supongo que es necesario, y tampoco tengo fuerzas para discutir nada.

La puerta se abre de golpe y entra Piero.

—*Buongiorno*, ¿qué tal ha ido la noche por aquí?

—Ha dormido del tirón —le responde su marido, mejor—, han venido las enfermeras cada par de horas a controlarlo todo y, por lo visto, sin problema.

—Genial —sonríe el italiano antes de sentarse en mi cama e inclinarse hacia mí para acariciarme la cara. Qué sobón que es, pero nunca me ha molestado, y lo cierto es que ahora mismo lo agradezco—. Van a traer a Marc, también ha pasado buena noche. Tú solo tienes una pierna rota y el pulmón tocado, él ha salido bastante peor parado, pero, dentro de la gravedad, ha ido bien.

La siguiente vez que se abre la puerta, entra una cama con un anciano. Ah, no es un anciano, es Marc calvo. ¿Por qué es calvo? ¿Y yo? Llevo disimuladamente una mano a mi cabeza y compruebo que no, que mis rizos siguen ahí.

—¿En serio? —Loui me mira desde la butaca—. ¿En serio estás comprobando si a ti también te han afeitado la cabeza? ¿Eso es lo que te preocupa?

Me encojo de hombros con un amago de sonrisa. No es lo que más me preocupa, pero un poco sí, la verdad. Que el pelo rizado tarda mucho más en alcanzar la longitud que quieres y el proceso es largo y antiestético.

Qué más da, tengo demasiado sueño como para pensar en nada más que en volver a dormir un poco.

CUARENTA Y TRES

ESTOY BIEN

SAMU

Abro los ojos y reconozco al momento la habitación del hospital. Todo está a oscuras, salvo por la típica luz de ambiente que hay en este tipo de sitios y la rendija que asoma bajo la puerta del baño. Me giro hacia la cama de al lado y se me para el corazón del puto susto que me da ver a Marc con su nuevo *look* «bola de billar», girado hacia mí, y mirándome fijamente sin pestañear.

—Guay, estás despierto —susurra con tono perezoso—. Llevas durmiendo la hostia de rato.

Escuchar su voz hace que su aspecto se vuelva más familiar, pero entre lo raro de su cabeza sin pelo y el colocón que llevo yo, todo es extraño que te cagas.

—¿Cómo estás? —consigo decir en apenas un hilo de voz—. ¿Qué te ha pasado?

—Bien, yo estoy bien. ¿Cómo estás tú?

Le echo un vistazo. Vale que voy un poco pasado de vueltas con la medicación, pero desde aquí le veo las dos piernas escayoladas y un brazo. Aparte de la cabeza afeitada y lo que parecen puntos en uno de los laterales, tras la oreja que queda a mi vista y que se pierden en el cogote. Me echo un vistazo a mí y solo tengo una pierna escayolada y un apósito bastante grande en la zona de las costillas.

—Creo que tú estás peor —farfullo.

Me mira muy serio y me da mal rollo.

—Nano, lo siento —dice por fin—. Casi te mato, estoy muy gilipollas, no sé en qué estaba pensando…

—Quiero creer que no estabas pensando —interrumpe Piero, que sale del baño en ese momento.

Marc se ríe entre dientes, pero parece que al italiano no le hace ni puta gracia. A mí, sí. Solo de pensar en lo que podría haberle pasado, en lo que llegué a imaginar… Pero está aquí y parece que está bien.

—¿Cuánto he dormido? —pregunto porque me suena que la última vez que me desperté era por la mañana.

—Casi un día entero —aclara Piero—, y te despertaste solo un ratito. La medicación que llevas da muchísimo sueño, pero ya te han bajado la dosis, a partir de ahora estarás más rato despierto.

Asiento, la verdad es que me encuentro algo más despejado que la última vez que me

desperté, aunque sigo estando un poco espeso. Podría preguntar qué medicación me están dando, al fin y al cabo, soy farmacéutico, entiendo de drogas; pero, si te digo la verdad, ahora mismo eso me la suda bastante.

El italiano viene hasta mí y se sienta en mi cama. Me acaricia la cara y sonríe.

—¿Cómo te encuentras? Chus pasó a despedirse, pero no te despertaste.

—¿Despedirse?

—Sí, nuestro avión salía ayer. Ha sido el único que lo ha cogido, mañana tenía que volver al instituto por fuerza, algo de que sus alumnos volvían de viaje y se reanudaban las clases o no sé qué. Loui lo llevó al aeropuerto y se fue a casa a descansar un rato. Luego vendrá también.

Asiento. Porque quiero decirle que se vayan todos a descansar, que no se queden aquí por mí, pero no es solo por mí, también está Marc. Además, ¿a quién quiero engañar? Si yo en su lugar haría lo mismo. Y además agradezco que estén conmigo.

Me despiertan los gritos que llegan de fuera de la habitación. Ya es de día. Me suena la voz de una de las enfermeras, pero solo entiendo «*signorina*», repetido varias veces. Joder, la verdad es que ya podríamos haber aprendido italiano con la de años que llevan Piero y Carina en nuestras vidas…

Un último «*signorina*» antes de que la puerta de nuestra habitación se abra de golpe y entre una loca que se les tiene que haber escapado de la planta de psiquiatría, porque va dando gritos y golpes. Se encara hacia la cama de Marc, que es la que está más cerca de la puerta, y yo quiero levantarme y ayudarlo, pero creo que no voy a poder. Entre mi pierna escayolada y mi nube mental, no me veo capaz.

—¡Pero ¿tú eres gilipollas?! —grita la pirada y su voz me tranquiliza al momento. Es Greta, joder—. ¡Te voy a rematar!

Marc se ríe entre dientes con cara de estar hecho polvo y a ella juraría que le sale humo de la nariz.

—Hola, nena, me alegro mucho de verte —murmura él como puede.

Greta se quita el bolso y golpea con él varias veces en el colchón hasta que Piero la abraza por detrás.

—Ya, *bella*, tranquila, solo ha sido un susto, están bien.

—¡¿Dónde le puedo pegar?!

Marc sonríe y tiende el brazo izquierdo, la única extremidad que no tiene escayolada, hacia ella.

—Ven aquí, nena, dame un beso.

—¡Una hostia te voy a dar, imbécil! ¿Qué querías? ¿Dejarme viuda a los treinta y seis, con una niña y una adolescente? —Hace un gesto con las manos como de ir a estrangularlo.

Luego lo señala con el dedo y resopla antes de girarse hacia mí y venir hasta mi cama. Me incorporo un poco, por si voy a pillar yo también, aunque yo no he hecho nada, que recuerde. Se sienta a mi lado.

—¿Tú cómo estás? Aparte de parecer un vagabundo. —Sonríe y me pasa una mano por la barba, yo ni me acordaba. Luego susurra—: Estrella ha venido conmigo, está en el baño, no aguantaba a llegar a la habitación. No le he dejado ir en el aeropuerto porque solo había un taxi y una vieja corría que se las pelaba y nos lo quería quitar. Y ha venido todo el camino amenazando con mearse encima. —Se incorpora y me da un beso en la frente—. ¿Tienes unas últimas palabras que dirigirle a mi marido antes de que lo mate?

—Huye, nano —digo todo lo alto que me permite mi voz en estas circunstancias.

—¿Ves? —le dice Marc—. Si él es el que tendría que estar cabreado conmigo y ya me ha perdonado…

—Él está drogadísimo —corta Greta, aunque no sé cómo lo sabe, ¿se me nota?

En ese momento, se abre con cuidado la puerta y entra Estrella. Mi Estrella.

—Greta, córtate un pelo, que se oyen los gritos por toda la planta —dice nada más entrar.

Le da dos besos a Piero y luego se dirige a su hermano.

—Luego hablo contigo, que estoy tan enfadada que no quiero ni verte.

Y lo dice literal, porque, tras decirlo, corre de un gesto brusco la cortina que separa mi cama de la de Marc y se queda en mi lado. Se gira y me mira por fin.

—Samu, cielo —susurra mientras se sienta en la cama—. Estás irreconocible. Entre la barba y lo que has adelgazado… —Me acaricia la cara con una mano y la otra la apoya sobre el colchón junto a la mía.

—Estrella —murmuro.

Y esta vez sí, esta vez es ella. Porque suena y huele como ella. No la veía desde la noche antes del viaje, en el balcón de casa de Loui, y ahora está aquí. Ha venido por mí. Vale, y por su hermano, pero un poco por mí también. Le cojo la mano que ha dejado a mi lado y aprieto. Ella se inclina a besarme la mejilla y yo, como el caradura sinvergüenza que aprovecha cada oportunidad que he sido siempre, giro la cabeza y recibo el beso en los labios. Y me sorprende haber tenido reflejos para esto, porque estoy realmente espeso. Supongo que es un movimiento automático de mi cuerpo, porque llevo catorce años haciendo esto cada vez que ella ha intentado besarme la cara. Y me lo devuelve, como me lo devolvió esa última noche. Y yo me olvido de todo y me entrego a eso, a este momento tan intenso que hace que sienta que me falte el aire. Y me falta. Me ahogo. Le aprieto más fuerte la mano y una de las máquinas a las que estoy conectado se pone a pitar. Piero aparece al momento y Estrella se separa de mí.

—No le quites el poco oxígeno que maneja, que aún se está recuperando —le explica el italiano con una sonrisa y ella asiente.

—Ni puto caso —susurro con un resuello extraño—, quítamelo.

Los dos se ríen y Estrella se inclina sobre mí de un modo raro para no aplastarme y me acaricia el pelo.

—¿Cómo estás, cielo? ¿Cómo te encuentras? Qué mal lo he pasado. Estoy nerviosa todavía…

—Estoy bien —aseguro.

—Voy a ver a mi hermano, ¿vale? ¿Necesitas algo antes?

«Que no te vayas, que te quedes conmigo, que todo vuelva a ser como antes, borrar los últimos años…», pienso, pero en su lugar solo niego con la cabeza y digo con una sonrisa bastante falsa:

—Ve con tu hermano, estoy bien.

Ella se levanta y noto su ausencia al instante. Abre la cortina. Hace rato que han parado los gritos de Greta y ahora sabemos por qué. Se ha tumbado junto a Marc, en el lado de su único brazo sano, y está abrazada a él, le da besos y le susurra cosas, intuyo que ya se le ha pasado el susto o el cabreo, lo que fuera. Supongo que un poco de todo. Miro hacia otro lado para que Estrella no adivine mis pensamientos. Que me dan mucha envidia. Que querría eso para mí ahora mismo. Pero no con Greta, obviamente, no empieces tú también como Gina.

Estrella vuelve a mi lado y se sienta de nuevo en la cama.

—Voy a esperar un poco, no les quiero molestar —susurra y yo asiento.

—¿Y los niños? —pregunto para cambiar de tema y porque me apetece saber de ellos. Agotan, pero les echo muchísimo de menos.

—Siguen con mi madre, pasé a verlos antes de ir al aeropuerto. Les he prometido planazo cuando volvamos, que haremos algo todos juntos. Pero ya sabes que entre mi madre y la de Greta se los manejan bien, estarán pasándoselo genial.

—Claro, seguro —asiento.

Qué raro es esto, quiero hacer y decir muchas cosas que me guardo, porque, después de nuestra última conversación, es todo demasiado raro. Y ninguno de los dos saca el tema, porque no es el momento y, en mi caso, porque duele. Supongo que en el de ella también. Quiero creer que en el de ella también. No porque quiera que sienta dolor, ya me entiendes, sino porque quiero creer que lo que sentía por mí era lo bastante fuerte como para que no haya muerto del todo.

Llega Loui e interrumpe este momento extraño. Saluda a Greta con un movimiento de la cabeza, pero ella ni se baja de la cama de Marc. Le da un beso a Piero y dos a Estrella y luego viene hasta mí. Saca de su bolsa un teléfono y me lo da. Es como el que le compré a Gina, pero negro.

—Toma, tío. Rescaté la tarjeta de lo que quedaba de tu móvil. Aproveché cuando llevé a Chus al aeropuerto para pasar por Palermo y comprarte uno. No puedes estar sin teléfono.

Pestañeo algo confuso. Ni me había acordado yo del móvil.

—Gracias, nano, aunque no hacía falta. Ya me dirás lo que te debo, que aquí no tengo pasta —sonrío.

—Olvídate, es un regalo.

—Demasiado regalo —tercia Estrella y saca su propio teléfono—. Dime cuánto es y te hago una transferencia. —Se gira hacia mí de golpe, como si acabara de darse cuenta de algo—. Perdona, Samu, ni siquiera sé si es asunto mío. Ya os apañáis vosotros.

—He hablado con mis padres —dice Loui en voz alta para que lo oigamos todos los de la habitación, supongo que aprovecha también para cambiar de tema y cortar esta situación incómoda que ha creado el comentario de Estrella—, nos pueden conseguir un avión-ambulancia para cuando os den el alta.

No sé si te lo había contado, pero los padres de Loui están forradísimos y conocen gente forradísima como ellos por todo el mundo. De esas cosas de los millonarios que siempre tienen a alguien que les debe un favor en el sitio y el momento adecuado.

—¿Avión-ambulancia? ¿Eso existe? —pregunta Greta.

—Claro que existe —asegura Piero.

—Mucha movida, ¿no? —dice Marc con voz de cansado—. Mejor nos quedamos aquí hasta que podamos coger un avión normal.

—Claro, gran idea, las vidas de todos paralizadas hasta que al flipado que se cree que sabe volar se le suelden todos los huesos —gruñe Greta mientras pone los ojos en blanco—. Pues si nos ofrecen ambulancia voladora, se coge y punto.

—Claro, claro —asentimos todos los demás, porque creo que nadie tiene ánimo de discutir con Greta… y porque tampoco le falta razón.

—Bueno, ¿cómo hacemos? ¿Queréis quedaros vosotras con ellos? ¿Preferís pasar por casa a descansar o lo que sea y venir luego?

—Yo me quedo —dice Estrella—. Id vosotros a descansar, que lleváis mucho hospital.

Ellos asienten y Greta baja de la cama de Marc.

—Vale, si te quedas tú, me voy yo con ellos. Luego vengo, no tardo, ¿vale?

—Claro, vete tranquila. Yo me quedo con ellos —asegura Estrella.
Todos se marchan y ella se queda sola con los dos lisiados.

CUARENTA Y CUATRO

COMO MI CULO

ESTRELLA

Un hombre, supongo que un celador, dice algo que no entiendo y se lleva la cama de Samu. Intuyo que irán a hacerle más pruebas o algo. Aprovecho para acercarme a mi hermano, aún no he tenido oportunidad de hablar con él. Me siento en la cama a su lado y le cojo la única mano sana.

—¿Cómo estás?

—¿Estamos solos? —pregunta mirando un poco por la habitación.

Cuando me ve asentir, se pone a llorar, directamente, como cuando era un niño.

—¿Sabes que seguramente tenga que volver a aprender a caminar? —Solloza y yo asiento—. ¿Y que me han operado la muñeca y a lo mejor no puedo volver a dibujar?

—Tete… —murmuro y lo abrazo, porque aunque ahora hace cosas de su trabajo de ilustrador con el ordenador y no dibuja tanto como antes, sé perfectamente lo que supondría para él. Y él llora entre mis brazos como cuando era pequeño.

—Y aun así —se separa de mí y se pasa la mano sana por la cara—, me parece poco para lo que podría haber pasado, para lo que me merezco… —Cuando ve que abro la boca para replicar, me corta—. Que me podría haber matado. Pero es que me llevé por delante a Samu. Que lo podría haber matado a él. Imagínate que me lo llego a cargar, o se queda tonto… ¡Que habría dejado a mis sobrinos sin padre! ¡Por gilipollas!

—Bueno, pero ya está —intento consolarlo—, no te atormentes con eso, que no te hace bien. ¿Por qué lo hiciste?

—Yo qué sé. —Vuelve a sollozar—. Llevábamos días saltando por ahí, pensaba que lo tenía controlado. Y me hacía sentir muy bien. Me hacía sentir como cuando tenía veinte años. Y Samu estaba muy hundido, quería que le diera subidón… Y casi lo mato, joder. Si es que encima habíamos bebido… No demasiado, y hacía ya rato, pero aun así… Imagínate que se muere, yo no habría podido vivir con eso, habría muerto detrás…

—Vale, tete, ya, que me estás dando muy mal rollo, deja el tema.

Se me queda mirando muy serio.

—¿De verdad os vais a divorciar? —murmura mirándome a los ojos.

—Eso parece —suspiro—. Aún no lo hemos hablado en persona, pero él estaba muy convencido la última vez que hablamos por teléfono.

—Pero ¿tú no quieres? Díselo. Si no quieres, díselo. Estoy convencido de que lo hace porque piensa que es lo que quieres tú.

—No es tan fácil. —Le vuelvo a coger la mano—. Yo no sé ni lo que quiero. Y él tiene razón, no puedo seguir mareándolo así, no es justo para él. Yo no quiero volver a lo que teníamos, no estábamos bien. Y te aseguro que he estado pensando posibles soluciones y no encuentro ninguna que me parezca realista. La relación está enrarecida ya, volveríamos a lo de antes y no nos haría bien a ninguno de los dos.

Él asiente con un gesto de la cabeza.

—Si te digo la verdad, de todas las parejas del grupo, sois a los que menos probabilidades de divorciarse veía. Antes hubiera apostado por Chus y la zumbada de Carina. O incluso por Greta y por mí —se ríe entre dientes—, que somos la hostia los dos. Pero vosotros…, ni de coña, no lo habría pensado nunca. Que no sé qué le ves, sigue siendo un crío —sonríe y me aprieta la mano —, aunque hay que reconocerle al chaval que tiene una genética de puta madre; tengo los sobrinos más guapos del mundo.

Le regalo una sonrisa triste, porque ya solo hablar de esto me duele demasiado.

—Ojalá encontréis la manera de arreglarlo, porque por separado moláis mucho, pero juntos sois lo puto mejor.

—Gracias, tete. —Le acaricio la cara y le doy un beso en la mejilla.

Le dejo descansar y me reclino yo en la butaca en la que antes estaba Piero, también lo necesito. Llevo casi tres días, desde que nos llamaron para contarnos lo del accidente, sin apenas dormir, pero ahora que ya sé que los dos están bien, puedo relajarme un poco.

Me despiertan Marc y Samu hablando en susurros.

—¿Qué pasa, chicos? ¿Necesitáis algo? —Me incorporo.

—Estamos bien —asegura Samu—. Yo al menos.

—¿Cómo han ido las pruebas?

—Pues creo que bien, porque solo he entendido «*tutto bene*». Voy a llamar a tu madre, que me apetece hablar con los nanos. Estaba esperando a que te despertaras para no molestar… A ver si me aclaro con el teléfono nuevo.

Se pone a trastear en la pantalla y parece que finalmente lo consigue.

—Samuel, cariño —se oye la voz de mi madre al otro lado del teléfono—. ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien, Reyes. Gracias.

—Cómo me alegro, ¿y mi hijo?

—Bien también. Reyes, escúchame: es una videollamada y solo te veo la oreja. Tienes que ponerte el teléfono delante de la cara.

—Pues no lo entiendo, yo te oigo bien —replica mi madre.

—Reyes, sepárate el teléfono. O pídele ayuda a alguno de los niños. A los gemelos, que se manejan muy bien con las pantallas.

—Guille, cariño, ven aquí, que no sé qué me dice tu padre.

—¡¿Papá?! ¿Es papá? Dame el móvil, yaya. ¡Es papá! ¡Es papá!

—Bonito techo —se ríe Samu—. No corras, que tirarás el teléfono de la yaya al suelo.

—Espera, que están los tetes en la otra habitación, ya voy, ya voy —oigo a Guille a través de la llamada. A continuación, mucho jaleo.

—Ahora sí —se ríe Samu—, así os veo a los cuatro.

Quiero ir hasta allí a verlos, me encantaría formar parte de este momento, pero ahora mismo

es algo entre él y los niños. Y a partir de ahora va a haber más momentos de estos, de los que no voy a formar parte. Y eso está bien. Aunque duela, está bien.

—¡Papá! ¡Tienes barba!

Samu se ríe y asiente.

—Pareces *Jesutristo*.

—No, pareces Papá Noel *fiaco*.

—Un *núfrago*.

—Un *vagamundo*.

—Peor es cómo está el tío Marc. ¿Queréis verlo?

—Síííííííí —gritan todos al otro lado de la pantalla.

—Mamón —se ríe Marc—. A mí déjame en paz.

—Vale, ahora voy a girar el teléfono y os lo voy a enseñar. Pero está muy feo. Muy muy muy feo… No sé si estáis preparados para verlo…

—Síííííííí —repiten entusiasmados y su padre se muere de risa.

—¿Preparados? ¿Listos? —Se acerca el teléfono muchísimo a la cara—. Ese es vuestro tío Marc. —Gira el móvil hasta que enfoca a mi hermano.

—¿Qué pasa, chicos? —saluda Marc con una sonrisa torcida. Intuyo que está preparado para lo que se viene.

—Sí que es el tío Marc, es su voz.

—¡Pero es calvo!

Se oyen un montón de risas a través del altavoz.

—¡El tío Marc es calvo!

—¡El tío Marc es calvo!

—¡El tío Marc es muy calvo!

—¡Supercalvo!

—¡Calvísimo!

—Como una bola de jugar a los bolos.

—Como un huevo, así, con la cabeza calva de huevo.

—Como mi culo.

Marc se ríe, pero Samu corre el riesgo de ahogarse de la risa.

—Menos pitorreo… Ya veréis cuando os pille, pequeños delincuentes —dice mi hermano entre carcajadas—. Os voy a dejar calvos también a vosotros cuatro.

Ellos se ponen a chillar y a reír al otro lado y nos contagian la risa a los tres.

—Oye, chicos, ¿no está Maya por ahí? —pregunta Marc cuando se ha calmado un poco el escándalo.

—No, se ha ido con la yaya Maite y con Gina a comprar, pero cuando vuelva se lo voy a contar. Le voy a decir: Maya, tu papá es calvo como mi culo.

Temo que a Samu se le caiga el teléfono nuevo al suelo de la manera en que se ríe. Vuelve a girarlo para que le enfoque a él.

—Bueno, ¿qué os parece ahora mi barba?

—Es supermolona.

—Sí, cuando sea mayor, voy a tener una barba.

—¡Yo, dos!

—Dos no se puede, subnormal.

—Eso no se dice. —Samu intenta aguantar la risa con un resultado bastante cuestionable—. Y no insultes a tu hermano.

—¿A cuál?

—A ninguno.

—Pfff.

—Y sí que se puede dos barbas, listo, que eres un listo.

—¿Cómo se va a poder tener dos barbas? ¿Dónde?

—Una en mi cara y otra en tu culo.

—Ya, *stop*. —Samu no lo puede soportar y suelta una carcajada—. Se acabaron los culos.

Aprovecho para susurrarle a mi hermano que voy a por un café y me largo de la habitación para dejarle a Samu que hable tranquilamente con sus hijos.

Cuando vuelvo un rato después, mi hermano está dormido y Samu me hace un gesto para que me acerque. Voy hasta él y me siento en su cama.

—¿Qué tal con los niños? —susurro para no despertar a Marc.

—Qué locos están —responde en el mismo tono mientras se ríe entre dientes—. Son los mejores del mundo.

Yo asiento con una sonrisa.

—Me ha escrito Chus hace un momento —me explica—, para contarme que han puesto a la venta el ático que hay encima de nuestro piso. Qué irónico, ¿eh? Justo ahora. Con la de tiempo que llevabas queriendo que lo pusieran a la venta para hacer un dúplex… Y llega tarde.

—Yo no quería ese ático —aclaro—. Es un estudio de una sola habitación, no tiene ni dormitorio, es enano. Es todo terraza. Yo el piso que quería era el de abajo, que es como el nuestro. Así sí que cabríamos todos, con el ático no haríamos nada.

—Ya, pues va a ser verdad lo de que no me entero de lo que me dices —murmura.

No digo nada, porque no quiero discutir ni remover lo que ya no tiene sentido. Pero lo cierto es que sí, que dije mil veces que ojalá pusieran a la venta el piso de abajo del nuestro, que sería una solución estupenda para nuestra familia, esa que ya no somos. Pero ese ático… Jamás me planteé juntar nuestro piso con el ático, es totalmente absurdo.

—¿Cómo verías que me lo pillara yo? —pregunta en voz baja—. ¿Te molestaría tenerme tan cerca, justo arriba, o crees que sería práctico por el tema de los nanos? Aunque le toquen los críos a uno o a otro, estando tan cerca, sería muy cómodo lo de subirlos o bajarlos en un momento. Y menos mareo para ellos, no tendrían que salir del edificio.

Ya está pensando en eso. Yo aún estoy de luto por nuestro matrimonio fracasado y él ya se ve alquilando un nidito de soltero. Porque es lo que son esos áticos: picaderos para solteros. Supongo que ahora le toca desquitarse y recuperar el tiempo perdido. No me vuelve loca la idea de tenerlo arriba y ser testigo de lo que está por venir, pero lo cierto es que sería lo menos traumático para los niños.

—¿Cómo vas a meter a cuatro niños ahí? Si no tendrá más de treinta metros cuadrados… —esgrimo el único argumento que tengo.

—De momento son pequeños, pueden dormir en la cama conmigo. Y luego, pues ya me plantearé mudarme, o pondré futones en el suelo como los japoneses, o haré obra y cerraré parte de la terraza. Ya veremos, es un problema para el Samu del futuro. La cuestión es si tú prefieres que me mude más lejos. Que, a todo esto, estoy dando por hecho todo el rato que quieres quedarte tú en casa, pero que si quieres mudarte tú y que me quede yo en casa, como prefieras. —Me coge la mano—. Iba en serio cuando dije que iba a ser el divorcio más amistoso del mundo. De verdad que solo quiero verte feliz.

—Me quedo yo en casa con los niños, será menos cambio para ellos.

—Claro —asiente—. Bueno, pues entonces, cuando volvamos, iré a ver el piso, pero vaya, que aunque sea una ruina me lo voy a quedar. Antes hago obra que buscar otro piso más lejos de los niños.

—¿Y quién te haría la reforma? ¿Tu amiga Claudia? —pregunto sin pensar, me sale solo.

Se queda blanco y me mira muy serio.

—Eso no es justo, Estrella —susurra y se limpia una lágrima que se le escapa—. Sabes que no fue culpa mía y que yo nunca la he buscado. Estoy intentando comportarme como un adulto y llevar esto de forma madura, pero no puedo si tiras por ese camino.

—Tienes razón, perdona. —Me acerco a él y lo abrazo—. No me puedo creer que vayamos a hacer esto, Samu. Te voy a echar mucho de menos en casa —susurro entre sus brazos.

—Yo llevo muchos meses echándote de menos a ti —murmura de un modo casi inaudible antes de apretarme más fuerte—. Me tendrás en el piso de arriba, puedes subir cuando quieras.

—Claro —suspiro.

CUARENTA Y CINCO

UN CAFÉ

SAMU

Un par de semanas después, estoy en casa de mi madre. Lo del pulmón está prácticamente curado y en menos de un mes me quitarán la escayola de la pierna. Es incómodo, pero ya puedo hacer vida más o menos normal, todo lo normal que se puede con una pierna escayolada hasta la ingle. He aprendido a manejarme con las muletas, lo tengo bastante mejor que Marc, que parece un clic de Playmobil y tiene que ir en silla de ruedas a todas partes. Su recuperación va a ser bastante más lenta.

Me compré el ático, soy así de impulsivo. Ahora mismo tengo dos hipotecas, pero una farmacia da dinero de sobra para algo así. No estoy tan forrado como los padres de Loui, está claro, pero el dinero no me falta para el ritmo de vida que llevo.

Tenía razón Estrella, el ático es enano para juntarlo con la que era nuestra casa, de ahí no habríamos sacado las habitaciones para los niños que según ella necesitábamos, pero para mí solo me sobra. Y cuando los niños crezcan… ya me enfrentaré a ese problema. La terraza es una puta pasada, eso sí. Lo mejor que tiene. Estaba estupendo, no he tenido que hacer obra. Solo hacía falta pintar y lo han hecho mis hermanas, porque la verdad es que es tan pequeño que cualquier cosa se hace en un momento. Esta tarde se lo voy a enseñar a Estrella y a los niños, no quería que lo vieran hasta que estuviera aseado y pintadito. No me voy a mudar de momento, al menos no antes de recuperar mi pierna, en casa de mi madre estoy bien.

No queda café. Mierda. Y estoy solo en casa. El *show* de ir al supermercado con las muletas solo a por café me parece un movidón. Decido salir al rellano y llamar a casa del vecino con todo mi morro. Abre al primer timbrazo.

—Hola, Alberto ¿qué tal? Cuánto tiempo…

—Hola, Samu, sabía que habías vuelto a casa de tu madre y escayolado hasta la ingle… Anda que has pasado a saludar…

—No estoy en mi mejor momento —sonrío—. ¿Tienes café? Bajar a comprar se me hace un mundo en estas condiciones. Si me das un paquete, mañana te lo devuelvo.

—Yo a ti te daba todos los paquetes que quieras; pero, por desgracia, mi cafetera es de cápsulas. Pasa, te invito a uno y me cuentas tu película, que solo con los cotilleos de descansillo no es suficiente.

Me siento en la butaca que parece más firme, de la que menos me va a costar levantarme, y

apoyo las muletas al lado. No tarda en volver Alberto con los cafés. Me pasa el mío y se sienta en el sofá.

—Bueno, cuéntame. Aunque te digo ya que seguro que tu versión es más aburrida que lo que se rumorea por los rellanos.

—No sé si quiero saber —sonrío.

—Te has separado de tu mujer, entiendo, ¿no?

Asiento y le doy un trago al café.

—Obvio.

—Qué lástima. Y mira que con ella siempre he tenido esa sensación de amor-odio, pero lo cierto es que hacíais una familia preciosa con esos niños tan cuquis. Que luego seguro que son unos bichos, que los oigo a través de la pared cuando están en casa de tu madre, pero cuando los ves caminando tranquilitos parece que no hayan roto un plato en su vida.

—¿Amor-odio a Estrella? —Me río—. ¿Por qué?

—Ay, chico, por defecto. Si es un encanto y siempre ha sido amable conmigo, entonces no puedo hacer otra cosa que adorarla, pero mi naturaleza me lleva a odiar a toda mujer que nos haya quitado un tío bueno.

Suelto una carcajada.

—Dime, al menos, que os habéis separado porque te has cambiado de acera.

—Qué va, lo siento —sonrío—. Esto empieza a ser acoso ya, ¿eh? Además, que tú ahora estás casado también, ¿no? Y tienes una cría.

—Ay, sí, pero no te preocupes, mi marido lo entendería perfectamente. Venga, en serio, ¿qué os ha pasado?

—Yo qué sé. —Doy otro trago al café—. La vida, supongo. Los nanos. Ella no podía más, y creo que me culpaba de todo. Que yo sé que estar con los niños es cansado, pero yo estaba todo el día fuera de casa currando y cuando llegaba todo eran malas caras y mal rollo. Y aún se mosqueaba si no me ponía a tope con las cosas de la casa y con los críos. Que yo llegaba de currar, que también quería descansar…

—A ver, cari, con la mano en el corazón te lo digo. —Se lleva la mano al pecho en un gesto de lo más teatral—. Que yo he estado en tu situación. Que en mi caso ha sido Jon quien se quedaba en casa con la peque y yo el que me iba a trabajar. Y así —baja la voz—, entre tú y yo, ambos sabemos que con un niño pequeño, el que sale a currar fuera de casa es el que descansa. ¿A que estabas mucho más tranquilo y relajado cuando estabas en el trabajo que los ratos que estabas en casa? ¿Sí o no? —Hace esta última pregunta ya a un volumen normal—. Eso lo viví yo con una. Tú tienes cuatro, chato. Voy a hacer de abogado del diablo y te voy a preguntar: ¿cuándo descansaba ella? ¿Lo has pensado?

Joder con el vecinito, me acaba de amargar el café.

CUARENTA Y SEIS

EL PISO NUEVO

ESTRELLA

Subo con los niños las escaleras que nos separan de la nueva casa de Samu y todos llaman al timbre a la vez. Mira, eso que me ahorro. Abre solo con una muleta y haciendo equilibrios a la pata coja, pero se le ilumina la cara al vernos.

—¿Y la otra muleta? —pregunto por inercia, preocupaciones de madre a tiempo completo, supongo.

—Se me ha caído en el baño, ahora iba a por ella. —Señala con la mano hacia la única puerta de la habitación, que además está abierta, queda más que claro que es el aseo—. Pasad. —Se aparta a un lado dando saltitos.

—Nico, ve a cogerle la muleta a tu padre —le pido al que tengo más cerca.

—Claro, mami. —Sale corriendo y desaparece en el baño. Vuelve al momento con ella.

—Bueno, ¿qué os parece, chicos?

—Qué pequeño —se queja Dani.

Toda la vivienda es una única habitación. De tamaño será como dos o tres (no creo que llegue a tres, la verdad) veces nuestro dormitorio. Tiene una cama enorme y una mesa muy pequeña con un par de sillas. Y toda una pared de armarios. Ya está, eso es todo.

—¿Por qué el colchón tiene plástico? ¿Te haces pis? —pregunta Manu.

—No, porque me lo acaban de traer —se ríe Samu.

—Qué barbaridad de cama, es la más grande que he visto nunca. Es más grande que la… —me interrumpo antes de decir «nuestra»— de casa.

—Sí —sonríe Samu—, pillé la más grande de la tienda. Como de momento mis chicos van a dormir en la cama conmigo, cuanto más grande, mejor.

—Claro —asiento y un escalofrío me recorre la espalda de pensar en todo lo que va a pasar en esa cama y no precisamente conmigo.

—¿Vamos a dormir aquí?

—¡Bieeeeeeeeeeen!

—Pero no hoy —los corta su padre—. Cuando me quiten la escayola, todavía no vivo aquí. —Se gira hacia mí—. ¿Qué te parece?

—¿No tienes cocina? —pregunto para salir del paso, bueno, y por curiosidad también.

—Ven. —Sonríe—. Mira cómo mola.

Lo acompaño hasta la armariada que queda más alejada de la cama y más cerca de la mesa minúscula. Hay unas puertas de armario en la parte baja y una persiana de maderita muy mona en la de arriba.

—Aguanta. —Me pasa sus muletas y yo las cojo. Mientras hace equilibrios sobre una pierna, levanta la persiana y deja al descubierto una encimera con su pila, sus fogones, un microondas y poco más. Es como una cocinita en miniatura de esas de las caravanas—. ¿Qué te parece?

—¿No hay nevera?

Abre una de las puertas que quedan debajo de la encimera y es un frigorífico panelado. Diminuto, vacío y triste. Creo que la nevera que tiene en la farmacia para los medicamentos que tienen que estar refrigerados es más grande.

Su sonrisa es contagiosa, así que sonrío por inercia, y también para que no note lo triste que me parece imaginármelo aquí solo estando nosotros justo abajo. Bueno, está desangelado, aún no tiene vida, seguro que cuando lo decore a su gusto cambiará el rollo. Y lo mismo tampoco estará solo tanto tiempo… Se me llevan los demonios, sé que no tengo derecho a tener celos preventivos, y más cuando fui yo la que dejó morir nuestra vida sexual, pero lo cierto es que desde el accidente y el miedo que sentí ante la posibilidad real de perderlo, lo veo todo un poco diferente. Ya está, ya lo he dicho. Que no le voy a pedir que intentemos arreglar las cosas, porque sería muy egoísta por mi parte y sería devastador si volviéramos a caer en lo mismo. Sin embargo, si fuera él el que propusiera parar esta locura y volver a casa…

—Ven, que no has visto la terraza. —Me quita las muletas y lo sigo hasta la cristalera del fondo.

Gigante, enorme, descomunal. La terraza es como tres veces (aquí sí que son tres) la vivienda.

—La voy a dejar preciosa. —Se pasa una muleta a la otra mano y con el brazo que le queda libre me rodea los hombros, pero lo aparta al momento—. Perdona, supongo que no es apropiado. Se me hace raro, no sé dónde puedo tocarte y dónde no. Es difícil tenerte cerca y no cogerte, la costumbre, han sido muchos años… Supongo que lo mejor es que directamente no te toque y así no fallo.

—No pasa nada, cielo. —Le acaricio el brazo para tranquilizarlo porque me da la sensación de que se ha puesto un poco nervioso—. Si te apetece pasarme un brazo sobre los hombros, abrazarme o cogerme la mano, no pasa nada. Es bueno que los niños vean que nos tenemos cariño.

Sonríe y se inclina a abrazarme. Me besa la cabeza y susurra.

—Ojalá algún día sea solo cariño.

Se separa un poco de mí, pero deja un brazo sobre mis hombros. Y nos quedamos los dos en silencio mirando al infinito. Por debajo del infinito se ve el edificio de enfrente. Sí, el de Claudia. Como si me hubiera leído el pensamiento, Samu rompe el silencio.

—Voy a poner unos setos o una celosía o algo tapando el final de la terraza. Para seguridad de los niños y para que no me espíen los vecinos…

—Claro, buena idea —asiento—. Por cierto, se va a pasar Emma ahora a traernos los papeles que tenemos que firmar. —Soy única dando noticiones.

—Mmm, Emma… Qué bien, cuánto me apetece verla. —Él también es único manejando la ironía—. ¡Chicos! —grita dirigiéndose al interior—. ¿Habéis visto la terraza?

Los cuatro diablejos bajan de golpe de la cama, donde estaban saltando, y vienen corriendo hasta nosotros. Continúan dando saltos a nuestro alrededor mientras se persiguen unos a otros. Van a ser felices aquí. Por suerte, mis niños son felices en todas partes.

Bajamos a la que era nuestra casa cuando Emma nos informa de que ya está en el portal. Samu se sienta en una de las sillas del comedor a esperar a que ella suba y apoya la pierna escayolada en otra. Cuando Emma entra, ni se molesta en levantarse.

—Hola, Emma —saluda—. Cuánto tiempo. Qué asco más inesperado.

—Hola, Samuel. —Le devuelve el saludo en su tono más amable, que no difiere demasiado de su tono formal—. Quería disculparme por aquello, por haberte enviado esa canción. Estábamos de fiesta, habíamos bebido y pensé que sería divertido. No era asunto mío y no debí hacerlo.

—Claro —asiente Samu—, aunque la verdad es que, ahora que lo pienso, fui un poco maleducado y no te mandé nada de vuelta. Aprovecho que estás aquí y te lo mando ahora, así puedes elegir… ¿Prefieres que te mande a la mierda o a tomar por culo?

—¡Papá ha dicho *mierda*!

—¡Y *culo*!

Llegan los gritos de los críos desde su habitación. De verdad que no puedo entender cómo escuchan ciertas cosas y de otras, aunque se las digas directamente y mirándolos a los ojos, no se enteran. Agradezco en mi interior el intento de disculpa de Emma, aunque no me sorprende nada la respuesta de Samu. Yo solo borraría aquella noche.

—Entiendo que estés molesto conmigo, Samuel. Yo ya me he disculpado, seamos profesionales, por favor —dice Emma mientras se sienta en la mesa frente a él. Yo lo hago en la silla que queda al lado de Samu y ella nos pasa unos papeles, que acaba de sacar de una carpeta, y un bolígrafo.

—¿Dónde tengo que firmar? —pregunta él.

—¿No lo vas a leer? Tenemos tiempo —asegura Emma.

—¿Lo has leído tú? —me pregunta y yo asiento—. ¿Y te parece bien?

Vuelvo a asentir y él presiona el botón del bolígrafo antes de dirigirse a Emma de nuevo.

—Pues ya está. Si a ella le parece bien, yo firmo donde me digas.

—Debes saber, Samuel, que esta es la tercera versión que redacto. Estrella me ha hecho cambiarlo dos veces. Yo le sugerí que reclamara la mitad de la farmacia, legalmente está en su derecho, pero ella no ha querido.

—Vale, Emma, ya. Este es el definitivo, eso es lo importante —la corto.

—¿Qué intentas decirme? —Samu se está mosqueando—. ¿Lo buena persona que es Estrella? Eso ya lo sé, no necesito que me lo digas. Y ¿sabes qué? Tampoco es tonta. Si ha estado conmigo tantos años, igual es que tan malo no soy. Siento mucho que tu matrimonio fracasara, Emma. Siento de verdad que Carlos fuera un cerdo y que llevara tanto tiempo engañándote, pero no nos metas a todos en el mismo saco, porque no todos somos así. Dime, por favor, dónde tengo que firmar, porque a Estrella le firmo lo que ella me pida con los ojos cerrados.

Le pongo una mano en el muslo de la pierna sana, porque ha empezado a temblarle mientras hablaba. Está muy nervioso. Ignora mi gesto y firma donde le pide Emma.

—¿Ya está? —pregunta tras devolverle los papeles—. ¿Ya estamos divorciados?

—No —contesta Emma—. Mañana los llevaré al juzgado y revisarán el acuerdo para comprobar que es beneficioso para los menores. Si lo ven todo correcto, os citarán para ratificarlo y entonces será cuando el juez dicte la sentencia de divorcio.

—Guay, ¿cómo nos avisan para eso de ratificar?

—Os avisaré yo.

—Vale, gracias por todo, Emma. Voy a ver a mis hijos.

Se levanta y se aleja con sus muletas hacia la habitación de los niños.

Acompaño a Emma hasta la puerta y ella se detiene justo antes de irse.

—Tiene razón, ¿verdad? —me pregunta—. Lo de Carlos me ha afectado hasta el punto de estar resentida con todos los hombres, ¿no?

—Creo que sí —asiento.

—Dime por favor que la tontería de la canción no es lo que ha desencadenado todo esto, Estrella. Ya no sé cómo pedirte disculpas por aquello.

—Ya está, Emma, no le des más vueltas. Nunca sabremos cómo habrían sido las cosas de no haberla mandado, pero ya no tiene sentido lamentarse. —Abro la puerta invitándola a marcharse —. Ya nos avisas cuando te den la fecha esa que has dicho.

—Claro. Adiós, Estrella.

Voy hasta el dormitorio de los niños. Samu está tirado en el suelo y ellos le están pintando la escayola. Les va diciendo cosas y se ríe con ellos, pero aún le tiembla un poco la voz. Lo conozco lo suficiente como para saber lo nervioso que se ha puesto antes y lo que le está afectando esto. Me arrodillo tras él y lo abrazo por la espalda. Apoyo mi barbilla en su hombro mientras él lleva una mano a mis brazos, entiendo que para que no le suelte.

—Vamos a pedir unas *pizzas* —le cuento casi en un susurro—. ¿Te quedas a cenar con nosotros?

—Claro —acepta con la voz algo temblorosa todavía.

—¡Bieeeeeeeeeeeen! ¡*Pizza*!

—¡*Pizza*! ¡*Pizza*!

—¡Yo quiero de *pepiloni*!

—¡Yo de *carbonata*!

—¡Yo quiero sin *cacachofas*!

—¡Yo quiero picante para tirar fuego por la boca!

—¡Yo voy a dibujar una *pizza* en la escayola!

—¡Yo voy a por el papel de pedir las *pizzas*!

Ignorando la vorágine que se desata en esta casa cada vez que alguien nombra la palabra *pizza*, Samu y yo nos quedamos en la misma posición, supongo que a ambos nos mueve el mismo temor a separarnos.

CUARENTA Y SIETE

MUERTE CEREBRAL

SAMU

Me agacho como cuando mis hijos daban sus primeros pasos y extiendo los brazos.

—Venga, un pasito más, que tú puedes, ven con el tío Samu.

—Que te jodan, cabrón —se ríe Marc y me enseña el dedo corazón de la mano que le operaron. La otra no la suelta de la barra de la que está agarrado ni de coña.

—Muy bien, ya sabes sacar el dedito y todo… Eres un campeón —sonrío y él se descojona. Está sudando, tiene que ser chungo eso. Lleva un arnés que se supone que le ayuda, pero se nota que, aun así, hace mucho esfuerzo.

Viene a rehabilitación a diario. Yo le acompaño los miércoles, que era el día que a los demás les venía peor. Ventajas de ser mi propio jefe, supongo.

Me pongo de pie cuando llega por fin hasta mí. Se agarra a mi brazo y resopla. Le suelto el arnés y lo acompaño hasta el aparato que le toca. Él se sienta con un gruñido. Es una máquina para hacer ejercicio de aspecto como las de los gimnasios, pero de intensidad como las que hay en los parques para los abuelos. Voy a dejar pasar un rato antes de la siguiente coña, sé que le da risa, pero también tiene que ser jodido.

Coloca los pies en el sitio y vuelve a resoplar. No me puedo ni imaginar lo que se siente. Por lo menos, ya le está creciendo el pelo. Ahora mismo lo tiene como cualquier hombre adulto de nuestra edad, pero no tengo dudas de que su intención es la de volver a dejárselo largo, como yo. Si nos preguntan, seguramente diremos que es porque nos gusta salirnos de la norma, porque tenemos nuestra propia personalidad o algo por el estilo, aunque puede que simplemente sea por inercia, por costumbre, porque nos hace sentirnos los mismos que cuando teníamos veinte años o porque, ¿qué coño?, nos sienta de puta madre y estamos muy guapos.

—¿Qué tal en la casa nueva? —me pregunta casi sin resuello antes de empezar los ejercicios.

—Guay, la verdad es que es muy pequeña, pero me apaño bien yo solo. Cuando tengo a los nanos es un poco una locura, pero más o menos lo tenemos ya bajo control.

—Y… ¿qué tal… con los… críos? —interroga a golpes entre sus esfuerzos sobrehumanos.

—Muy bien, tío. A ver, que hay momentos en los que me agobio, que son cuatro y muy movidos, pero nunca había pasado tanto tiempo con ellos y la verdad es que son muy divertidos. Me descojono con las salidas que tienen… Lo que peor llevo son los marrones del colegio. ¿Estás en algún chat de padres?

—No —se ríe.

—Buah, nano, qué coñazo, he tenido que meterme porque ahora, las semanas que los tengo yo, me tengo que ocupar de todo. Los tengo silenciados, claro, pero aun así, un agobio que te cagas. Hay madres que piensan que los demás no tenemos nada mejor que hacer que estar pendientes de estas movidas todo el día, todos los días. Y nos buscan unos marrones totalmente innecesarios. Y son cuatro. Cuatro chats. El puto infierno. Lo mejor de estar en esos grupos es cuando alguna madre dice una subnormalidad y tu hermana me escribe por privado para comentarlo. Nos tiramos un buen rato hablando del tema y descojonándonos. Tenemos motes para todas ellas, así las diferenciamos. Es divertido…

—¿Qué tal… con… ella? ¿Cómo… lo… llevas? —En serio, me canso solo de verlo.

—Bien, nos llevamos muy bien ahora. Está como más relajada, supongo que le sienta bien estar sin mí —suspiro—. Y le deben de sentar bien las semanas que tengo yo a los críos. Que muchas noches la llamamos para que suba a cenar con nosotros. O me llaman a mí si no es mi semana.

—Eso… está… bien…

—Sí, nano, aunque vivo con pánico a que un día la llamemos y no pueda subir porque ha salido. O que esté en casa acompañada… Que es cierto lo que digo de que solo quiero verla feliz, te lo juro, pero no voy a llevar nada bien verla con otro, lo sé.

—¿Está… con… otro? —pregunta extrañado y haciendo el esfuerzo final. Yo le ayudo a sacar las piernas de los estribos.

—No, no… Bueno, no sé, en realidad. No lo quiero ni pensar…

—Ya —resuella mientras me indica con un gesto que le pase la botella de agua—. No lo creo…, la verdad. —Hace una mueca de dolor.

Voy hasta donde hemos dejado el agua.

—Yo tampoco lo creo —aclaro mientras camino de vuelta hacia él—, pero eso en parte también me da miedo. No esperármelo y de repente verla con otro. —Me siento de nuevo a su lado y le tiendo el botellín.

Él se bebe de un trago más de media botella.

—Pues, nano —dice tras secarse la boca con el dorso de la mano—, o intentas recuperarla o empiezas a asumir que eso puede pasar en cualquier momento.

—¡No jodas! ¿A esa conclusión has llegado tú solito? A ver si vas a ser superdotado como tu hija… —finjo una exagerada sorpresa.

—Entiéndeme, joder —se descojona—. A ver, ¿cuánto tiempo lleváis así de vecinos y de buen rollo?

—Unos tres meses.

—Pues cuidado, que como caigas en la *friendzone*, de ahí no sales —me advierte serio de repente.

—Déjate de *friendzone,* nano. Hemos estado juntos catorce años, le he metido la lengua en todos los rincones…

—¡Argh, joder! —Cierra los ojos—. ¿Qué puta parte de «es mi hermana» no has entendido después de todos estos años?

—¿No decías que lo tenías asumido? —Me río.

—Una cosa es tenerlo asumido y otra muy diferente visualizar los detalles, cerdo —asegura intentando disimular que está a punto de descojonarse.

—Déjame desahogarme, joder. Es lo que peor llevo, te lo juro. Cada vez que estamos juntos, encerraría a los críos en una habitación y me la follaría en cada superficie de mi casa o de la

suya, sin descanso y hasta el amanecer… Estoy seguro de que no voy a volver a follar así con nadie.

—Vale, creo que ya sé lo que se siente al sufrir un aneurisma…

—Es que, tío, en serio, era un grado de complicidad que no he tenido con nadie más, porque nos queríamos tanto…, pero tanto tanto… Y éramos tan cerdos los dos… Antes de que nacieran los nanos, nos pasábamos el día follando…

—Embolia, ictus, trombosis…

—Teníamos de todo. Por cada aniversario, cumpleaños o lo que fuera nos comprábamos algo; íbamos a un *sex-shop* gigante que hay a tomar por culo de lejos, pero nos encantaba y eso compensaba el viaje. Tuvimos un columpio, esposas, disfraces, correas… De todo, nano, y, a pesar de lo que pueda parecer, era muy romántico.

—En serio, ¿puedes mirar si me está chorreando el cerebro por la oreja?

—¿Has follado alguna vez en un columpio? Es lo puto mejor del mundo, nos podíamos tirar horas con eso. Y Estrella se dejaba, tío, me dejaba hacer todo lo que quería…

—Recemos una oración por la muerte del cerebro de Marc Sapena tras treinta y seis años de servicio… Te echaremos de menos, compañero.

—Y sobre todo me encantaba cuando se quedaba dormida desnuda, después de follar durante horas, con su piel tan suave, sus tetas perfectas…

—¡Eso sí que no, nano! —Se levanta de golpe con cara de mosqueo—. Ni de coña aguanto que me hagas visualizar a mi hermana en bolas.

—¡Eh, abuelaco! ¡Que te has puesto de pie tú solo y en un único movimiento!

Me levanto yo también y lo zarandeo un poco. Él se mira a sí mismo sorprendido y sonríe. Se agarra a mí al momento porque vuelven a flaquearle las fuerzas.

—Venga, chaval, se acabó el descanso, otra ronda —indico tirando un poco de él de nuevo hacia el inicio del circuito.

Respira hondo y se apoya en mí para dar pasitos cortos de camino a donde le señalo.

—¿Ya habéis hecho el último trámite ese que os faltaba para el divorcio? —pregunta intuyo que para desviar el tema de lo sexual.

—Pasado mañana. —Niego con la cabeza.

—¿Qué pasa si no vas? —Se detiene y se agarra a mí más fuerte, le duele.

—Por lo visto se paraliza todo, se anula, no hay divorcio. Habría que volver a empezar.

—Pues no vayas. —Arranca a andar otra vez a velocidad de tortuga fumada.

—No, nano, no quiero alargarlo más. Necesitamos cerrarlo. No quiero comenzar todo el proceso de nuevo. Tampoco quiero hacerle eso a ella. Ni ponernos de mal rollo. Se acabó: se asume, se firma, se cierra y se sigue adelante —suspiro.

CUARENTA Y OCHO

NI ME LO PLANTEO

ESTRELLA

—Qué poco te veo desde que has empezado a trabajar. Has encontrado curro muy rápido, ¿no? —comenta Carina mientras come pipas y no le quita ojo a Andrea. Estamos sentadas en nuestro banco de siempre mientras los niños se desfogan en el parque.

—Sí —confirmo—. Me lo consiguió una amiga que trabaja en una empresa de estas enormes, estoy en Recursos Humanos…

—Mola.

—Mmm, no sé, me gustaba más lo de ser orientadora en un cole o un instituto, la verdad —confieso.

—Bueno, pero igual te sienta bien tratar más con adultos y menos con niños.

—Puede ser, pero una de mis misiones es despedir gente, y te confieso que eso lo llevo francamente mal. O hacer entrevistas de trabajo y decidir a quién se contrata y a quién no… Yo los contrataría a todos, soy así de blanda.

—Claro —sonríe Carina—. Eso a mí se me daría bien, ¿no ves lo que me cuesta empatizar con la gente? No tendría ningún remordimiento en mandarlos a su casa o en decirles: «no nos sirves, inútil».

—Qué bruta —me río.

Ella se encoge de hombros y se ríe también.

—Y con Samu, ¿qué tal? —Me mira de reojo.

—Bien, muy bien —aseguro—. Nuestra relación ha mejorado mucho, y su actitud, ahora que tiene que hacerse cargo de los niños tanto como yo, es muy diferente.

—Eso está bien… —Carina asiente con la cabeza—. Si el rubio perdonavidas tiene buen fondo —sonríe—. Yo creo que lo que os pasaba es que él no se enteraba y tú no le dejabas las cosas claras.

—Puede ser —suspiro—. Ya no importa. Pasado mañana tenemos el último trámite para el divorcio.

—¿Estás segura de querer hacerlo?

—Claro —aseguro.

—Inténtalo otra vez, que no me lo he creído. —Se gira a mirarme de frente.

—Estoy segura, sí. Segurísima, vaya. Es lo mejor para todos —insisto.

—Venga, prueba una más, que esta vez no te lo has creído ni tú —se ríe y sube un pie sobre el asiento.

—Que sí, que es lo mejor —sonrío—. Se terminó, ahora estamos muy bien.

—Ya.

—En serio.

—Vale, vale, te creo… —Levanta las manos—. ¿Te mola alguien del trabajo?

—¿Qué? ¡No!

—Vale, vale —se ríe—. ¿Y de algún otro sitio?

—No, claro que no. Es pronto todavía…

—No es pronto —asegura—. Lleváis más de tres meses separados y, antes de eso, ¿cuánto llevabais sin…? No sé cómo decir *follar* sin que me llames bruta —se ríe.

—Es que eres bruta. —De verdad que intento no reírme yo también.

—Venga, contesta.

—Contesta tú —protesto con una réplica de lo más infantil.

—Ayer. Te toca. Te toca hablar, porque, de lo demás, no te toca nadie. —Se parte de su propio chiste.

—Si te digo la verdad, ni lo sé —suspiro—, pero es muy posible que haga más de un año… o quizá incluso año y medio.

—¡¿Qué?! Pero eso no es posible… Con lo que os iba la marcha a vosotros…

—¿Tú qué sabes si nos iba o no nos iba la marcha a nosotros? —Me río.

—Nadie tiene tantos accesorios y juguetes sexuales si no le va la marcha un montón… —Noto cómo me empieza a subir la sangre a la cara. Yo no soy de avergonzarme de estas cosas, pero me ha pillado totalmente por sorpresa—. ¡Y el columpio! Ya te digo yo que tener un columpio es llegar a otro nivel.

—¿Cómo sabes tú…? —Me interrumpo a mitad de frase porque ella se empieza a descojonar y yo no sé ni cómo terminar la pregunta.

—Nunca dejes a una italiana inepta social y que no conoce los límites de lo correcto a solas en tu casa haciendo de canguro si no quieres que averigüe ese tipo de cosas. —Se parte la tía.

—Pero…, pero… ¿cuándo? ¿Cómo? —Intento parecer seria, pero lo cierto es que me da más risa que otra cosa.

—Hace años ya. Si no recuerdo mal, creo que estabas de parto. Sería de Nico, porque yo aún no estaba con Chus y era la primera vez que nos quedábamos con los niños, juraría que eran solo los gemelos. El rollo es que nos tumbamos en vuestra cama a descansar y vi el enganche del techo. Me pudo la curiosidad y no paré hasta que lo encontré. —Se ríe—. Y claro, buscando el columpio, encontré el cajón ese que tenéis lleno de cosas. Qué mal lo pasó Chus, también te lo digo. Yo creo que nos pusimos los dos cachondos perdidos, pero él además tenía remordimientos de estar cotilleando el armario de su amigo.

—Ya te vale, y nunca me lo habías dicho —me río.

—No había salido el tema. —Se encoge de hombros—. Pero lo que importa: que nadie tiene todo eso si el sexo no es algo importantísimo en su relación.

—Lo era —suspiro y me reclino en el respaldo del banco—, claro que lo era.

—¿Cómo puede hacer año y medio? ¿Cómo lo dejasteis morir de esa manera? —pregunta abriendo mucho los ojos y levantando las manos. Si ya son teatrales los italianos, esta es máximo nivel.

—No lo sé. —Me paso una mano por la frente—. Yo estaba siempre muy cansada. Tenía la sensación de que todo lo hacía yo. Y llegaba a la cama y pensaba: «criada de día y puta de

noche», no sé, sentía que no tenía control sobre nada, hasta eso se convirtió en una obligación y dejé de querer hacerlo, solo quería descansar…

—Te quiero entender, pero yo no he pasado por eso, la verdad. —Escupe una cáscara de pipa —. ¿En qué punto estás ahora? ¿Sigue sin apetecerte?

—Pues te confieso que desde que paso menos tiempo con los niños y estoy más descansada, estoy volviendo a pensar en eso…

—*Cazzo*, claro, es normal. ¿Y con quién te lo planteas?

—No sé, son solo pensamientos al azar, con nadie en concreto.

—Ya —sonríe con una mueca rara—. Pásame tu teléfono. Vamos a pasar de lo abstracto a lo concreto.

—¿A qué te refieres? —pregunto mientras le paso mi móvil y ella usa mi dedo para desbloquearlo.

—Vamos a ver cómo está el mercado…

—¿Mercado? ¿Qué mercado? ¿De qué hablas? —A veces no puedo seguirle el ritmo, lo juro.

—Voy a instalarte Tinder.

—¿Qué? ¡No! —Intento quitarle el teléfono, pero tiene arte esquivando mis movimientos.

—Venga, no seas exagerada. Lo instalamos, echamos un vistazo a ver cómo está el tema y cuando quieras lo desinstalas. No seas dramática, será divertido.

—Venga, vale —me río—. Pero no me voy a hacer un perfil.

—Vale —dice mientras trastea con la aplicación que ya ha descargado—. *Merda*, si no te haces un perfil, no se puede cotillear. Venga, perfil falso. Nombre: Estrella no… Luna, Luna cachonda…

—Quita lo de «cachonda» —me río.

—¿Lujuriosa? ¿Calenturienta? ¿Libidinosa?

—Nada de eso.

—Está bien —sonríe—. Sí, mejor, que solo atraerías a perturbados. Aunque si lo que quieres es echar un polvo…

—¡Que no quiero echar un polvo!

—Claro, claro, yo tampoco —asiente y sonríe. Yo no puedo evitar soltar una carcajada—. A ver, siguiente pregunta: ¿qué buscas?

—Acabar con esta tontería y recuperar mi teléfono. —Le tiendo la mano.

—No se refieren a eso. —Se parte de risa—. A ver, buscas un hombre, ¿edad?… Te gustan yogurines, ¿de treinta a cuarenta?

—No me gustan yogurines, me gustaba Samu, es muy diferente… ¿Dónde voy yo con uno de treinta?

—A la cama, vaya pregunta.

—Ni hablar —niego rotundamente.

—Vale, de cuarenta a cincuenta entonces. —Resoplo como respuesta—. Mira, de cuarenta a cuarenta y cinco. Así lo dejo. Foto.

—Ni de coña. Por ahí sí que no paso.

—Sin problema. —Baja los pies al suelo y les saca una foto.

—¿Qué haces?

—Había que poner una. Así eres más misteriosa, aunque también cabe la posibilidad de que piensen que eres un orco y que por eso no enseñas tu cara.

—Bueno, mejor, porque, al fin y al cabo, lo de crear el perfil era para cotillear, ¿no? En ningún momento hemos hablado de interactuar con nadie, porque te digo ya que no pienso

hacerlo.

—Que síííííííííí… —Pone los ojos en blanco—. Tranquila, a menos que veas alguno que te ponga cachondísima, vas a seguir con tu castidad autoimpuesta.

Omito decir que sí hay uno que me pone cachondísima, porque es el mismo de siempre y no quiero seguir hablando del tema.

—¡Vamos allá! —Pulsa un botón de la aplicación y aparece la foto de un señor al momento —. ¿Y bien? ¿Qué te parece?

—¡Por favor! Es muy mayor.

—Tiene tu edad —asegura entre risas.

—No sé en qué momento me hice tan vieja, la verdad. —Resoplo—. Fuera.

—Vale, si deslizas hacia este lado es que te gusta y hacia el otro que no te interesa.

—Pues hacia el otro —aseguro mientras deslizo el dedo por la pantalla y al momento sale otra foto—. Por favor, qué feo. —Repito el proceso y sigo con todas las fotos que van saliendo a continuación—: Viejo, feo, mal rollo, sonrisa inquietante, cara de psicópata, ese vive con su madre fijo, ese es virgen a los cuarenta seguro, muy bajito…

—Pues no te gusta ninguno… —sonríe la italiana.

—Es que vaya fauna, tía, no me digas que te ha gustado alguno, no me lo creo.

—No es a mí a quien tiene que gustarme, yo ya tengo a mi Chus… ¿Es por el rubio? ¿Quieres volver con él? —Me pone una mano en el hombro.

—No lo sé —suspiro.

—Pues deberías saberlo, te divorcias pasado mañana.

—Ya, ya, pero ¿cómo lo puedo saber? Sigo teniendo muchas dudas, y no puedo seguir mareándolo. Aparte de que fue él quien rompió definitivamente, es él quien lo tiene clarísimo ahora. No puedo pedirle que volvamos a intentarlo cuando no estoy segura de que sea lo mejor… Estamos tan bien ahora…

—Ya, pues tíratelo, a ver por dónde fluye la cosa.

—¿Qué dices? —Suelto una carcajada—. ¿Cómo voy a hacer eso? No sabría ni cómo plantearlo a estas alturas.

—«Rubio, ¿quieres echar un polvo?». Estoy segura de que antes de que acabes la frase ya está en bolas.

Suelto otra carcajada.

—No puedo decirle eso a Samu.

—¿Por qué no? Seguro que le encanta.

—Porque ya no estamos en ese punto… —suspiro—. Hace más de un año que no tenemos ese tipo de intimidad, y más de tres meses que ni siquiera vivimos juntos.

—Pero ¿quieres?

—¿Echar un polvo con él? Cada vez que lo veo —confieso.

—¿A quién le quieres tirar polvo, mami? —pregunta Manu, que se acaba de materializar frente a nosotras con Andrea.

Me quedo callada y empiezo a boquear como un pez fuera del agua, porque me ha pillado totalmente desprevenida.

—¿Qué hacéis aquí? Venga, a jugar o nos vamos a casa —amenaza Carina.

—Los coches, mami —pide Andrea.

La italiana saca varios cochecitos de su bolso y se los da. Ellos se van a una zona del parque toda de tierra, donde pueden hacer surcos que simulen las carreteras, y se ponen a su tarea.

—¡Mamá! —me grita Manu desde allí—. Aquí hay mucho polvo. Yo te ayudo, ¿a quién se lo

tiramos?

CUARENTA Y NUEVE

PERFECTAMENTE PUNTUAL

SAMU

Qué raras se me hacen las tardes en las que estoy solo en casa. Después de la rehabilitación, he ido a comer con Marc y la verdad es que se nos ha complicado un poco la cosa. No valía la pena ir a la farmacia por tan poco rato, así que me he venido directo. Y aquí estoy, sin saber muy bien qué hacer. De repente, la bolsa de deporte de Dani me da una excusa estupenda.

SAMU

Hola, Dani se ha dejado aquí la bolsa de deporte, la necesitará mañana. ¿Te la bajo?

Guay, no solo me ha dado la excusa para poder mandarle un mensaje, sino que además quedo de puta madre. Padre preocupado y que sabe que ese hijo en concreto tiene mañana Educación Física. Me llega su respuesta al momento.

ESTRELLA

Hola, saliendo del parque. Nos pasamos nosotros en 15 min. ¿Te va bien?

SAMU

Perfecto, aquí estaré.

«¿He quedado muy ansias con lo de “perfecto”? Tarde, lo ha leído. Bueno, ya no hay nada que hacer».

ESTRELLA

Esta noche tenemos sobras, ¿cenas con nosotros?

SAMU

Claro. Me apetece mucho.

Sonrío como un imbécil y lo dejo ahí en el aire. Ni un frío «me apetece mucho estar con los niños» ni un baboso «me apetece mucho verte».

Voy a darme una ducha antes de que llegue y de paso me alivio un poco, así estaré más relajado con ella y no me empalmaré solo con que me dé un beso en la mejilla, como la última vez.

Salgo de la ducha mucho más tranquilo y me paso una toalla por el pelo para quitarme el exceso de humedad, pero no me lo seco del todo, mejor al aire. Ya en la habitación, me pongo los vaqueros y me acerco a la cómoda a buscar una camiseta, pero mi reflejo en el espejo me da una idea mejor. Así le gustaba verme a ella. Bueno, le gustaba de muchas maneras, pero cuando iba solo con vaqueros, sin camiseta y descalzo, se ponía cachondísima.

«¿Es rastrero utilizar esa información tanto tiempo después dadas las circunstancias? Probablemente, pero estoy en mi casa y me parece lo más normal del mundo ir así de cómodo».

Me vuelvo a mirar al espejo y, tras un par de vueltas sobre mí mismo, decido, como complemento final, hacer unas flexiones, para marcar un poquito de músculo y para soltar algo de sudor, las feromonas son mis amigas.

Cuando termino, me miro al espejo y, está feo que lo diga yo, pero estoy tremendo ahora mismo, justo en el momento en que suena el timbre. Perfectamente puntual.

—¡Voy! —advierto bastante alto, pero sin llegar a gritar.

No se oye a mis hijos al otro lado de la puerta. ¿Los traerá amordazados? ¿O estaba con Carina y se los ha llevado a su casa porque Estrella prefería subir sola a verme? Ya me estoy medio empalmando solo de la peli porno que me acabo de montar en un momento.

Abro la puerta con la mejor de mis sonrisas y deseando ver la suya, pero se me para el corazón del puto susto al ver al otro lado a Claudia. No la he vuelto a ver desde…, bueno, ya sabes desde cuándo, no quiero ni recordarlo.

—Hola, Samu, ¿qué tal?

—¿Qué quieres, Clau? ¿Qué haces aquí? —Qué mal momento, coño. No quiero ser borde con ella, pero tampoco es mi persona preferida del mundo, como comprenderás.

—Quería hablar contigo. Solo será un momento. ¿Puedo pasar?

—Ni de coña.

Joder, Estrella a punto de aparecer y yo a medio vestir y hablando con Claudia en la puerta de mi casa, va a parecer lo que no es. Yo quería estar sexi para ella y ahora parece que me acabe de acostar con otra.

—Samu, joder, que solo quiero hablar un momento contigo. No va a pasar nada si me dejas entrar en tu casa.

—Estrella está a punto de llegar con los niños. No quiero que te vea en mi casa y piense algo que no es… De hecho, no me mola ni que estés en el edificio, no quiero que te cruces con ella y se coma la cabeza con teorías extrañas.

—Pero ¿no os habéis separado?

—Sí, joder, claro que nos hemos separado, pero le haría daño igualmente. Dime qué quieres y lárgate, por favor. No quiero ser borde, pero no creo que tengamos nada de qué hablar. —Me paso una mano por la cara como si así pudiera hacerla desaparecer.

—Solo venía a despedirme, y a disculparme. Siento lo que pasó, de verdad. Ojalá pudiera

volver atrás en el tiempo y borrarlo. Pero como no puedo, he decidido que mejor me largo una temporada. Me han ofrecido trabajo en Dubái, no es la primera vez que me lo ofrecen, aunque sí la primera que acepto… No hay kilómetros suficientes para arreglar la cagada, lo sé, pero creo que es lo mejor, que desaparezca durante un tiempo. Espero que cuando vuelva podamos olvidar todos los malos rollos.

Estoy inquieto y solo quiero que se largue, pero estoy siendo injusto con ella, no tiene que ser fácil su situación y siento de verdad que se vea en la necesidad de alejarse de todos. El ascensor sigue en mi planta y no se oye jaleo en las escaleras, con lo que al menos un par de minutos le puedo dedicar. Respiro hondo, le pongo una mano en el hombro y se me escapa un suspiro.

—Lo siento mucho, Claudia. Ojalá las cosas no fueran así. Espero que te vaya muy bien en Dubái, de verdad, y que encuentres la felicidad.

—Y tú también —murmura.

—Yo ya la encontré, Clau. La tengo en el piso de abajo. Lo que tengo que encontrar ahora es la manera de recuperarla.

Le doy un apretón en el hombro y me separo de ella, en una clara invitación a que se marche.

—Buena suerte, Claudia.

—Adiós, Samu.

Se mete en el ascensor y cierro la puerta. No tardo ni dos minutos en oír a mis hijos al otro lado. Abro antes de que llamen y la cara de Estrella es la de haber visto un fantasma. Me mira de arriba abajo, pero no como yo quería que me mirara cuando me viera sin camiseta.

—¡Papi! —grita Nico al verme y se abraza a mí. Manu lo imita al momento.

—Nos hemos cruzado con *Kiaudia* en el ascensor —informa el peque todavía abrazado a mi pierna.

Mierda. Estrella me sonríe.

—Nos ha contado que venía de casa de Chus —explica con un tono de voz de lo más falso.

—Eso no es cierto —confirmo lo que ella ya sabe—. Bueno, no sé si ha pasado por casa de Chus antes, pero bajaba de aquí, ha venido a despedirse. Se va a vivir a Dubái.

—Ajá, muy bien. —Le tiembla hasta la voz.

Por suerte, los niños han entrado en el piso y están haciendo alguna maldad que me preocupa más bien poco ahora mismo.

—No ha pasado nada, no la he dejado ni entrar —aseguro.

—No me tienes que dar explicaciones. —Sonríe y me esquiva la mirada—. No es asunto mío. ¿Dónde está la bolsa de Dani?

Hace el amago de alejarse para ir a buscarla, pero la retengo cogiéndola del brazo.

—Estrella, mírame. Mírame a los ojos, por favor.

Lo hace. Tiembla un poco, pero lo hace.

—No me tienes que d…

La corto poniéndole un dedo sobre los labios.

—Estrella, sabes que no te he mentido nunca, que siempre voy de frente. Te aseguro, te juro por nuestros hijos, que no ha cruzado esa puerta, que no la había vuelto a ver desde aquella noche y que no ha pasado nada entre nosotros. Estoy a medio vestir porque acababa de salir de la ducha —técnicamente esto no es una mentira completa, solo una mentirijilla, no me juzgues— y pensaba que eras tú la que llamaba. Dime que me crees, Estrella, necesito oírtelo decir.

—Te creo, cielo, te creo. —Me pone una mano en la mejilla—. ¿Bajamos?

Yo solo asiento como respuesta.

CINCUENTA

JUGAR A LA FAMILIA FELIZ

ESTRELLA

Samu se ha ofrecido a bañar a los niños mientras yo termino de preparar lo que vamos a cenar. Me llegan las risas desde el baño y sonrío. Por un momento, da la sensación de que volvemos a ser una familia.

—¡No! ¡No salgáis, que aún lleváis jabón! —lo oigo gritar desesperado justo antes de ver a tres de mis hijos correr desnudos, empapados y llenos de espuma por todo el comedor.

—¿Qué hacéis? —Me río. Aunque lo estén poniendo todo perdido, lo cierto es que es gracioso—. Venga para la bañera los tres.

—¡No! Que Manu ha empezado a tirarse pedos, se va a cagar encima —me informa uno de los gemelos mientras los tres siguen corriendo y gritando por el salón, como si los pedos de su hermano les pudieran perseguir hasta aquí.

—¡Si vuelves a la bañera, me hago caca en tu cara! —oigo gritar al pequeño entre risas desde el baño y al momento aparece su padre en el comedor partiéndose también.

En cuanto Nico pasa cerca de él, intenta cogerlo, pero se le escurre con el agua y el jabón.

—Es que resbalan —me dice mientras se ríe a carcajadas.

Voy hasta la mesa del comedor, sobre la que he dejado la cesta de ropa que he sacado de la secadora y le lanzo la toalla más grande. Yo cojo la que le sigue en tamaño y me coloco en posición para interceptar a Nico en cuanto pasa cerca de mí. Lo consigo a la primera, y no solo porque con la toalla ya no resbale, es que a Nico le gustan tanto los abrazos que me lo pone muy fácil. Samu sale corriendo detrás de los gemelos y los alcanza enseguida. Lógico, no pueden competir en longitud de pierna, de momento.

Conseguimos arrastrar a los tres escapistas hasta el cuarto de baño de nuevo y el que queda en remojo los mira divertido.

—Yo no me meto ahí con él —asegura Guille.

—Ni yo, el agua está contaminada de pedos —corrobora Dani y Samu suelta una carcajada que se traga todo el aire del baño.

—Venga, pues una ducha rápida, pero hay que quitaros la espuma del pelo. Manu, quita el tapón de la bañera —les digo para dirigir un poco la operación.

—No, mami, que me da miedo por si se me traga el *bujero*.

Samu suelta otra carcajada y se deja caer de rodillas delante de la bañera.

—Venga, yo lo quito.

Lleva la mano hasta donde estaba la cadena que enganchaba el tapón y comprueba que ya no está.

—¿Dónde está? —pregunta extrañado.

—Se rompió la cadenita hace un par de semanas —le explico—. Solo está el tapón, hay que buscarlo a tientas.

Se ríe y mete el brazo en el agua ante los gritos de los tres que están fuera, que le advierten por enésima vez de que el agua está contaminada.

—Cuidado, papi, no lo quites de golpe, que se me traga. —Manu se ha colocado en un extremo de la bañera muerto de miedo.

—¿Lo encuentras? —le pregunto a su padre.

—Búscalo tú, mamá, que siempre lo encuentras todo.

—Ni hablar, lo voy a encontrar yo sin problema —asegura Samu.

—Seguro que mamá lo encuentra antes —le pica Dani.

—Venga, mamá, una carrera, a ver quién gana…

Samu saca el brazo del agua y me mira a los ojos.

—¿Te atreves, forastera? —Me desafía.

—Tsss, no tienes nada que hacer, amigo. —Voy hasta la bañera y me arrodillo junto a él. Como es diestro y yo zurda estamos cara a cara.

—Tres, dos, uno, ¡ya! —grita Dani y los dos metemos el brazo en el agua «contaminada» a la vez.

Los niños gritan y corean mientras palpamos el fondo, pero lo primero con lo que se topan mis dedos no es el tapón, es la mano de Samu. Y un escalofrío del bueno me recorre entera. Él me mira a los ojos y sus dedos se enredan con los míos. Y siento esa caricia en todo el cuerpo. Aprieto mi mano con fuerza y él hace lo mismo sin apartarme la mirada, creo que ni pestañea. Los gritos de los niños han quedado en un segundo plano y solo puedo prestar atención a nuestras manos unidas, enlazadas y aferrándose con fuerza bajo el agua. Creo que se me escapa un jadeo. Samu aprieta los dientes y tensa la mandíbula. En ese momento, Guille me coge la cara con las dos manos y me la gira hacia él, mientras Dani empuja la de su padre para que deje de mirarme a mí y mire hacia la bañera. El contacto visual se corta al momento, pero las manos se dan un último apretón como despedida antes de soltarse definitivamente. Voy directa al tapón y lo saco de un tirón. Los niños corean y me llaman campeona, pero yo solo puedo prestar atención a la sonrisa tonta con la que me mira su padre.

—Venga, todos a la ducha, que hay que quitaros el jabón —los insto a meterse en la bañera y obedecen más o menos a la primera.

—Yo me ocupo —asegura Samu y me da un beso en la mejilla antes de invitarme a salir del cuarto de baño.

Y yo me voy con cara de boba a recoger un poco la maldad que han hecho en el salón.

Durante la cena, los niños están especialmente sembrados y no paran de contar chistes y decir tonterías. Su padre se parte con todas. De vez en cuando, me mira y me sonríe con esa sonrisa de rubio perdonavidas que se gasta. Qué razón tiene Carina con eso. Hasta con barba está guapísimo, ya casi me he acostumbrado a verlo así. En algún momento, se pone un pelín más serio, y no tengo muy claro si es por el incidente de la bañera o por si aún está preocupado por lo que ha pasado en su casa esta tarde y tiene dudas de si le creo. ¿Y le creo? Le creo, decido que le

creo. Necesito creerle.

Soy perfectamente consciente de que este ambiente familiar que tenemos y lo bien que nos manejamos ahora es algo puntual, que no implica necesariamente que todo volviera a ser así si decidiéramos darnos una oportunidad. Pero lo cierto es que da la impresión de que se está forjando otro tipo de relación entre nosotros, y también entre él y los niños. Me asaltan las dudas que me hacen cuestionarme si eso quiere decir que estamos mejor como padres separados que mantienen una relación saludable o si realmente podríamos intentarlo y las cosas serían diferentes.

Estoy pelando la fruta de los pequeños cuando suena una notificación en mi móvil.

—¿Te lo paso? —pregunta Samu inclinando su silla hacia la encimera que tiene detrás, donde lo he dejado mientras preparaba la cena.

—Léemelo, porfa, que tengo las manos pringosas —le pido, dando por sentado que será Carina para decirme a qué hora quedamos mañana—. La contraseña es la de siempre.

Él mira mi móvil y se queda blanco. Levanta la vista hacia mí y no queda ni rastro de la sonrisa que ha lucido toda la noche.

—No puedo, Estrella. —Deja mi móvil sobre la mesa—. De verdad que quiero ser maduro y moderno con esto, pero para mí es demasiado pronto. No puedo leerte las notificaciones de Tinder. Ni de coña.

—Samu, no, yo…

—Por no hablar de lo que puedes encontrar ahí —me corta—, porque te puedes cruzar con cualquier degenerado. No quiero ponerme paternalista, Estrella, ya eres mayorcita, pero no creo que ahí vayas a encontrar al hombre de tu vida. El mejor de ahí buscará echar un polvo y punto.

—No, Samu…

—Eso quiere mami —me corta esta vez Manu—, se lo ha dicho a Carina, quiere tirar polvos.

Él mira primero al niño y luego a mí. Apoya las manos en la mesa y se pone de pie muy despacio.

—Vale, pues ya está claro —dice en un tono de voz bajo y neutro—. El problema no era el cansancio, el desgaste o la situación: era yo. Hubiera sido mucho más sencillo dejarme las cosas claras desde el principio. Me voy para arriba, mañana os veo, chicos.

Cojo mi teléfono de encima de la mesa y salgo corriendo detrás de él.

—Samu, espera, déjame explicártelo. —Lo alcanzo cuando llega a la puerta de casa.

—No tienes nada que explicarme, Estrella, ni siquiera es asunto mío.

—Yo te he dejado explicarte con lo de Claudia, creo que merezco lo mismo.

Resopla y mira al techo.

—Con Claudia no ha pasado nada —dice arrastrando las palabras.

—Y con esta mierda tampoco —murmuro entre dientes para que no me oigan los niños—. Me lo ha instalado Carina esta tarde para hacer el tonto. Luego se me ha olvidado borrarlo, para que veas el caso que le he hecho… Mira. —Entro en la aplicación y le enseño el perfil—. La foto son los pies de Carina, lo ha hecho ella…

—No sé qué decirte, Estrella. Yo no le hubiera dejado a nadie instalar esa mierda en mi teléfono.

—Tenías que haber estado ahí para ver que ha sido todo de lo más inocente…

—Claro, por eso hasta tu hijo pequeño se ha enterado de que quieres echar un polvo.

Resoplo de frustración. Me trago la poca dignidad que me queda para dejar las cosas claras de una vez.

—Hablaba de ti.

—¿Qué?

—Lo que ha oído Manu, estaba hablando de ti.

Suelta una carcajada amarga que me congela la sangre.

—Eso no te lo crees ni tú, Estrella. Hace más de un año que no me tocas ni con un palo. La culpa es mía por haber jugado a la familia feliz pensando que podría llevarlo bien. Y no puedo, no de momento al menos.

Lleva la mano a la manilla de la puerta, pero le freno poniéndome delante.

—Me has pedido que te crea con lo de Claudia, te pido lo mismo. Créeme tú a mí.

—¿En qué?

—En todo.

Resopla.

—¿Has visto en Tinder cómo está el patio y has concluido que soy tu mejor opción? Volvemos a lo mismo, Estrella: no me eliges, te conformas conmigo. Y yo no quiero eso. No merezco eso… Déjame irme, por favor.

Y no sé qué decir, porque no sé hasta qué punto se equivoca. Porque si sigo dudando de si estar con él es lo mejor, igual es porque está en lo cierto y estoy optando por lo conocido. No sé. Ya no sé nada.

—Samu, cielo, no te vayas así.

—No me voy de ninguna manera. —Se inclina y me besa la frente—. Solo me voy.

CINCUENTA Y UNO

VOSOTROS

ESTRELLA

De vuelta en la cocina, mando a los niños directos a la cama, esta noche no estoy para enredos ni dramitas. Me ven el rollo y obedecen a todo a la primera. Cuando por fin están acostados y me siento en el sofá, leo un mensaje que me ha debido de llegar mientras llevaba a los niños a la cama.

CARINA

La vecina cotilla quiere saber qué tal con el rubio.

¿🍆🍑?

Demasiado pronto se ha ido… O eso dice mi mirilla…

ESTRELLA

Han pasado cosas (ESO, no)

Ya te contaré.

CARINA

Ábreme la puerta, así no llamo. Voy ya.

Sonrío y voy hacia la entrada. Cuando abro, ella está saliendo de su casa y Chus la mira flipado desde la puerta.

—¿Dónde vas a estas horas? —susurra.

—Cosas de mujeres, tenemos que hablar de la regla. No tardo, *amore*. Te diría que vinieras, pero alguien tiene que quedarse con Andrea… —Le da un beso en los labios antes de darse la vuelta.

—¿De la regla? —Chus se ríe entre dientes y me mira a mí—. Quiero creer que es de Samu.

—Buenas noches, Chus —susurro yo también—. Gracias por prestármela un ratito, te la devuelvo enseguida.

—A la primera impertinencia, me la mandas —asiente él y esta vez soy yo la que me río.

—Eso sería tenerla muy poco tiempo…

Tiro de Carina hacia dentro de casa y ella va directa a la cocina. Coge dos copas y es entonces cuando me doy cuenta de que trae una botella de vino blanco por la mitad y con pinta de estar muy fría. Lo sirve y me pasa una cuando ya estamos en el salón. Nos sentamos en el sofá casi a la vez.

—Venga, cuéntame —dice tras el primer trago—. ¿Cómo ha ido? ¿Qué ha pasado?

—Ha sido una tarde perfecta. Bueno, primero ha habido ahí un momento tenso. —Le cuento el cruce con Claudia en el ascensor y lo que me ha dicho después Samu.

—*Cazzo*, qué mal me cae la barbie… Lejos, lejos, que se vaya lejos —refunfuña y yo me muero de risa, porque Carina es muy graciosa cuando se altera con esas cosas—. Bueno, ¿qué más ha pasado? —Da otro trago sin quitarme la vista de encima.

—Pues hemos tenido un momento familiar muy bonito, y luego… Hemos tenido algo, no sé, un instante, nosotros.

Le cuento el incidente de los niños corriendo y luego el momento de las manos en la bañera. Es algo bastante íntimo, pero quiero saber su opinión.

—A ver, me estás diciendo que te ha dado la mano, ¿no?

—Mmm, sí, bueno, me ha «cogido» la mano, bajo el agua, sin que lo vieran los niños…

—Normal, no me extraña, qué atrevido —dice aguantando la risa—. Porque, a ver, te refieres a la mano mano, ¿no? No es una metáfora de nada… ¿correcto?

—Correcto, la mano. —La levanto en el aire.

—Vale, ¿qué ha pasado luego?

—Nada, hemos cenado todos juntos.

—Vale, rebobina —pide tras otro trago. Yo aprovecho y doy uno también—. Os habéis dado la mano dentro de la bañera… ¿Es eso lo que me estás contando? —Intenta aguantar la risa, pero se le escapa de manera nada discreta.

—Sí, eso es. —No sé muy bien por qué se ríe, pero me contagia—. ¿Por qué te ríes?

—*Cazzo*, me muero. —Da unos golpes en el sofá con el pie y empieza a reírse más fuerte—. Vosotros, que lleváis juntos, ¿catorce años dijiste?

Asiento contagiada por su risa.

—Vosotros, los que guardan un columpio sexual al lado de los calcetines —dice con la voz muy ahogada por las carcajadas que se intenta aguantar con un resultado muy mejorable. Se coge la barriga y rueda sobre sí misma hasta que se cae del sofá con la copa en la mano. Por suerte, no se rompe y no hay que lamentar un accidente.

—Venga, no hagas el payaso. —Juro que no puedo parar de reírme solo de verla.

—Vosotros, que podríais montar un *sex-shop* más completo que el que hay en el barrio solo con lo que tenéis en casa, os habéis cogido la mano… ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Lo sabe la prensa?

—Imbécil. —Suelto una carcajada y le doy un toquecito con el pie—. No te rías de mí.

—No, a ver. —Intenta ponerse seria, pero fracasa. Mucho—. Venga, que para ti ha sido importante. Voy a darte un consejo de amiga. Escúchame con atención.

Se incorpora y viene caminando de rodillas hasta donde estoy. Deja su copa en el suelo y me pone las manos en los hombros.

—Dime. —La miro a los ojos, con ella nunca sé por dónde pueden ir los tiros.

—Fo-lla-te-lo-ya.

Suelto una carcajada porque, no sé muy bien por qué motivo, no lo he visto venir.

—En serio, pero ya de ya. Yo me quedo aquí por si se despierta alguno de tus hijos. Tú sube al piso de arriba y dile: «rubio, dame la manita que vas a ver lo que hago con ella»…

Vuelvo a soltar una carcajada todo lo silenciosa que puedo antes de ponerme seria.

—No puedo hacer eso, luego la cosa se ha enrarecido, y al final creo que se ha ido con mal rollo.

Le cuento lo que ha pasado desde la llegada de la notificación y ella chasquea la lengua.

—Jamás hay que pedirle a un tío que te lea algo de tu móvil. Aunque sea tu pareja y no tengas nada que ocultarle, pueden pasar cosas así de absurdas. Bueno, pues sube igualmente y lo arreglas. Seguro que está dando vueltas en la cama pensando en si te has tirado a alguno de Tinder.

—No —niego con la cabeza—. Esta noche no. Le voy a dar espacio.

Que sí, es cierto, le quiero dar espacio. Pero es que tampoco me voy a plantar en su casa a estas horas. No hay excusa. Y no le voy a volver a explicar a Carina que Samu y yo ya no tenemos esa confianza y esa intimidad como para sugerirle abiertamente algo así. Lo más parecido a eso es lo que le he dicho esta noche y ha salido de aquella manera. No sé qué fue de aquella chica decidida y confiada de veintiséis años que se lo llevó a la cama la primera noche. Hace años que ya no me siento como ella. Además, que llevo más de un año sin sexo, puedo perfectamente aguantar unos días más…

Aunque lo cierto es que dentro de un día y medio estaremos oficialmente divorciados.

CINCUENTA Y DOS

ÚLTIMA OPORTUNIDAD

ESTRELLA

Tras un día en el que Samu contestó a mis mensajes con monosílabos y esquivó vernos a los niños y a mí, llegó la noche más larga. Noche que pasé casi en blanco temiendo y dudando sobre qué hacer al día siguiente. Y el día ha llegado. A las doce y media nos ha citado Emma en el juzgado. Nos ha citado el juez, en realidad, pero a nosotros nos ha informado ella. Quedé con Samu en subir a su casa e irnos juntos. Bueno, se lo propuse y accedió con un *ok* de lo más soso.

Después de llevar a los niños al colegio, vuelvo directa a casa. Cojo la carpeta que tenemos que llevar a los juzgados y, antes de salir, me miro en el espejo de la entrada. Tengo cara de no haber dormido nada y las pintas horribles que me gasto desde hace tiempo, pero ni siquiera importa. Al menos me he puesto un vestido para ir medio arreglada, no puedo presentarme a firmar el divorcio en chándal.

Subo al piso de Samu, llamo al timbre y espero. Escucho un «voy» medio gruñido y sonrío, porque me imagino su cara de estar todavía dormido. Abre la puerta con el pelo revuelto, los ojos algo hinchados y marcas de las sábanas en la cara.

—Perdona, estaba sobando, he pasado mala noche… —se disculpa mientras se pasa una mano por la cara—. Entra.

Cierra la puerta tras de mí y mira a su alrededor algo desubicado. Solo lleva unos calzoncillos negros con dibujitos de colores chillones, muy diferentes a los que solía utilizar, y su típico empalme mañanero. Me enfoco en mirarle a la cara, no quiero que resulte raro, no es importante de qué sean los dibujos. Parece que se espabila un poco y me mira por fin. Sonríe al verme, siempre sonríe al verme. Esta vez es una sonrisa triste, acorde al ambiente que se respira entre nosotros.

—No te esperaba tan pronto, no tenemos que estar en el juzgado hasta dentro de… —mira su reloj intentando enfocar la vista, qué dormido está— tres horas. Perdona, aún estoy sobadísimo. Debería vestirme, no quiero que te sientas incómoda. Aunque también debería ducharme… Creo que voy a hacer café.

Pero, de todo lo que acaba de decir, no hace nada, solo se queda ahí plantado sin saber muy bien ni dónde está.

—Es pronto, lo sé, lo siento. No podía estar sola en casa, estoy nerviosa —confieso—. No me puedo creer que vayamos a hacer esto, Samu; no me parece real.

Él se reubica un poco y viene hasta mí. Me envuelve en un abrazo y me besa la cabeza. Y yo siento ganas de llorar, porque esta situación me supera, porque la vida me sigue superando.

—Bonitos calzoncillos —suelto sin querer, porque mi imaginación ha volado libre y ha imaginado todos los escenarios posibles por los que puede necesitar ropa interior nueva y diferente.

—No los elegí yo —sonríe, aunque no le vea la cara, lo noto.

—Ajá, claro, ya tienes quien te elija la ropa interior —murmuro todo lo bajito que puedo, porque algo me encoge el corazón.

Una lágrima resbala por mi mejilla, que está en contacto con su pecho. Y sé que no tengo derecho a disgustarme por esto, pero, cuando se trata de él, mi corazón va por libre.

—Claro, es una decisión demasiado importante para tomarla yo solo —se ríe. Sí, se ríe—. No sé ni cuáles llevo, a ver. —Mira hacia abajo un momento antes de volver a abrazarme—. Sí, los de flamencos, estos, si no recuerdo mal, los eligió… Nico. Manu unos con sandías. Guille unos con balones de fútbol y Dani quería unos con payasos para putear a Nico que le daban miedo, pero, como no le dejé, finalmente cogió otros, ni me acuerdo de qué…

—Samu… ¿Ya has estrenado tu nidito de soltero? ¿Has traído a alguna chica? —pregunto para cambiar de tema y también para saber en qué punto está él, por si me resulta todo más fácil si ha pasado página. Porque necesito dejar las cosas claras, porque no sé cómo gestionar esto, porque me estoy volviendo loca imaginando cosas.

—Claro que no —susurra abrazado a mí todavía—. Y no es mi nidito de soltero. No estoy soltero.

—¿Y en otro sitio? ¿Te has liado ya con alguna, Samu? —Me tiembla la voz, tiemblo toda yo.

—Ni de coña. —Me besa la cabeza—. Sigo casado. No voy a liarme con otra mientras aún esté casado contigo.

Asiento con mi cabeza sobre su pecho y se me escapan un par de lágrimas.

—Te quedan tres horas para la libertad —susurro.

—No tengo prisa —murmura junto a mi oído—. No voy a liarme con nadie mientras siga enamorado de ti. —Suspira—. No voy a acostarme con una chica pensando en otra. Nadie merece eso.

Y una vez más, sus palabras me desarman. Mis manos se mueven sin permiso y acarician su espalda. Y su piel tiene tacto de hogar, de llegar a casa, de quedarse a vivir. Y en este momento me doy cuenta de cuánto hacía que no lo tocaba y de cómo mi cuerpo lo echaba de menos. No lo acaricio con las yemas de los dedos, no, necesito la mano entera, necesito toda mi piel en contacto con la suya. Él sube una mano y acaricia mi cuello de un modo que me provoca un gemido largo y grave.

—Estrella —farfulla soltando todo el aire de los pulmones.

Cierro los ojos y rozo mi mejilla con la suya.

—No pienses, Samu, solo siente. Somos nosotros, somos los de siempre… —Se me quiebra un poco la voz, pero no importa, porque su boca se traga mis últimas palabras.

Sus labios saben a aniversario, a fiestas de cumpleaños, a fines de semana perezosos y a juegos con los niños. Saben a todos los despertares de los últimos catorce años.

—Estrella —murmura sobre mis labios antes de morderlos—. Estrella —susurra por última vez antes de que su lengua encuentre la mía.

Y ese roce de lenguas huele a sexo, a noches sin dormir, a teléfonos desconectados, a los dos solos en el mundo, a años locos… A mi Samu.

Mis manos bordean su cuerpo hasta llegar a su pecho y acarician cada rincón. Jadea. Deja de besarme y me mira. Su respiración es lenta y profunda, tiene la boca entreabierta y los ojos empañados de lágrimas contenidas, lo conozco bien.

—No pienses, cielo, no pienses —susurro.

Respira hondo. Asiente. Vuelve a besarme.

Llevo un vestido cruzado que se ata a la espalda. Mueve hasta allí sus manos y suelta el lazo en cuestión de segundos. Las desliza luego por mis hombros provocando que la prenda caiga al suelo. Sus enormes manos me buscan, cubren cada centímetro de mi piel en el que no hay tela, como si quisiera leerme en braille, como si me quisiera aprender de memoria.

Y a partir de ahí todo se acelera: el beso, sus manos, nuestras ganas…

Sus brazos me rodean por las caderas y me levanta a pulso. Enredo mis piernas en su cintura y me dejo llevar por su boca, que busca desesperada todos los rincones de mi cuello.

—Te tengo tantas ganas —gruñe junto a mi oído mientras sus manos me agarran más fuerte —, que me da miedo morderte o algo. Esto se me puede ir mucho de las manos…

Y yo sonrío, porque por un momento he pensado que íbamos a hacer esto en silencio, y lo cierto es que no reconozco a Samu en un polvo silencioso, sería el primero en catorce años. Miento, los últimos fueron silenciosos y rápidos, y no fueron buenos, los dos lo sabemos.

—Mientras no sangre, tú muerde, cielo.

Me lleva hasta la cama y me sienta en ella. Él se arrodilla en el suelo y desliza las manos y la lengua por una de mis piernas. Comienza a desabrocharme el zapato, llevo unos que se atan al tobillo y le cuesta un pelín más de lo normal.

—Me los puedo dejar si quieres —sugiero más por él que por mí, porque recuerdo que alguna vez lo hicimos con zapatos de tacón, le daba mucho morbo. En realidad, hay pocas cosas en lo referente al sexo que no le den mucho morbo.

—No —susurra con un jadeo ahogado antes de deslizar la lengua por mi pierna y seguir hablando—: hoy ni ropa, ni zapatos, ni juguetes… Hoy solo nosotros.

Y sus palabras me provocan un gemido. Me quito el sujetador antes de dejarme caer hacia atrás en el colchón. Él se deshace del otro zapato y su lengua repite los movimientos de antes, ahora en esa pierna. Jadeo con cada roce y me estremezco de anticipación. Y en este momento no dejo de pensar en cómo había olvidado cuánto me gusta esto, en cómo he podido dejar pasar tanto tiempo. Cierro los ojos y me recreo en la sensación que me provoca su lengua cubriendo cada rincón de mis piernas. Sube hasta el lugar donde se unen y da un mordisco a través de la tela.

—Esto me sobra —gruñe con una sonrisa que no veo, pero no me hace falta. Noto sus dedos aferrando mi ropa interior y deslizándola hacia abajo—. Antes de que pidas permiso, te lo doy ya: grita, Estrella, hoy grita todo lo que quieras. Quiero oírte chillar, quiero verte perder la cabeza.

Y ya solo sus palabras y el significado que tienen me alteran lo suficiente como para querer ponerme a gritar en este preciso momento.

Una vez libre por completo de ropa, mis piernas se abren al contacto del roce de sus labios en la cara interior de mis muslos. Y él sigue subiendo con labios, lengua y dientes. Con prisa, sin delicadeza. Mi espalda se arquea cuando él llega al punto exacto en el que sabe que me vuelve loca, y repite los movimientos que ha hecho tantas veces y que me hacen perder el sentido. Mi respiración se vuelve pesada y el cosquilleo por todo el cuerpo va acompañado de oleadas del placer más salvaje. Abro la boca porque cada respiración me provoca un jadeo ronco y siento que puede faltarme el aire en cualquier momento. Sus manos se aferran a mí y me agarran y me

acarician todo el cuerpo, pero su lengua se concentra en un único punto. No necesito más. No necesito nada más en la vida. Todo va cada vez más y más rápido. Estoy tan cerca del orgasmo que casi puedo tocarlo.

—Samu —gimo entre jadeos cada vez más fuertes, cada vez más rápidos—. Samu…

Él me aferra con fuerza y clava los dedos en mi piel. El roce de su barba es algo nuevo y me encanta. Me encanta lo que siento y lo que imagino, porque aunque ahora mismo tengo los ojos cerrados y no le veo, le imagino y eso es más que suficiente. Qué bueno está con barba también, joder, es injusto y debería ser ilegal ese nivel de belleza.

Abro los ojos y lo miro. Y eso es mi perdición, porque no sé en qué momento se ha recogido el pelo y se ha desnudado, pero la visión no puede ser más sexi. Levanta los ojos lo justo para mirarme y, al ver que estoy haciendo lo mismo, me sonríe, aún con su boca enterrada en mí, y eso lo precipita todo. Mis manos se aferran a su cabeza para aumentar un poquito la presión cuando grito un «¡Joder, Samu!» que me sale de lo más hondo del alma. Él se acelera en ese momento como sabe que me gusta, justo antes de frenar en seco y mantener el contacto. Cómo me conoce y cómo recuerda cada detalle. Me vuelve loca eso también.

Aún estoy intentando recuperar el aliento cuando tira de mis caderas y me coloca sobre él.

—Hoy no te dejo descansar —sonríe y resopla—. No puedo más, Estrella.

Le beso como respuesta mientras intento calmar un poco mi respiración.

—Te juro que no he estado con nadie en todo este tiempo —susurra rozando su nariz en mi cuello—. Por mí podemos seguir haciéndolo a pelo.

—Ni yo, cielo, claro que no —gimo—. Podemos hacerlo como siempre.

Me recoloca un poco sobre sus piernas y, antes de que pueda darme cuenta, está dentro de mí. Él de rodillas en el suelo, yo a horcajadas sobre sus muslos. Empieza a movernos a ambos, con sus manos aferradas a mis caderas marcando el ritmo. Lleva pocas embestidas cuando se le escapa un gesto de dolor.

—¿Qué pasa, cielo? —pregunto con un jadeo.

—Nada, la pierna, pero estoy bien —gruñe.

Aunque hace ya un par de meses o tres que le quitaron la escayola, parece que aún le molesta con según qué movimientos.

—Túmbate, me muevo yo —propongo con un gemido.

Me obedece en silencio, me da la impresión de que le estaba doliendo más de lo que quería aparentar. Ya encima de él, empiezo yo a marcar el ritmo. Y me acelero rápidamente, porque esto me gusta demasiado, porque notarlo dentro de mí es demasiado bueno en todos los sentidos. Me muevo muy deprisa y él se agita debajo de mí, contra la alfombra.

—¿Subimos a la cama? —propongo entre jadeos—. Te vas a hacer polvo la rabadilla.

—Que le den por culo a la rabadilla —gruñe—. No pares.

Ahogo una risa, porque me hace mucha gracia verlo así, pero a la vez estoy en un estado tan similar que no puedo desviar mi atención por mucho tiempo. Me inclino hacia delante, cojo sus manos y las llevo a los lados de su cabeza. Las aprieto con fuerza y empiezo a moverme más rápidamente sobre él.

—Joder, Estrella —farfulla con los ojos cerrados—. Joder. —Los abre y me mira fijamente un momento antes de volver a cerrarlos— . Si te miro, me corro ya —gruñe.

Yo acelero más y más mis movimientos, al ritmo que necesito. Me invaden olas de calor cada vez más seguidas, más constantes, más intensas… Hasta que estallo por segunda vez con otro grito desgarrado que no puedo controlar. Toda mi piel está en llamas sin que siquiera me esté tocando, solo con cómo me mira es suficiente. Pese a que lo que me pide el cuerpo es parar un

momento y recuperarme de este orgasmo, no dejo de moverme, porque sé que es lo que él necesita. Por su cara y sus gestos estoy convencida de que no va a tardar mucho.

—Estrella —farfulla con los ojos cerrados—, Estrella… —Los abre y me mira, y es como si pudiera ver a través de mí.

Repite mi nombre varias veces más hasta que finalmente se deja ir con un grito. Por primera vez en todos estos años, es él el que grita mi nombre, y me encanta oírlo de sus labios y a ese volumen. Continúo moviéndome más despacio, porque no puedo ni quiero parar de golpe. Cuando por fin me detengo y suelto sus manos, él tira de mí y me hace caer sobre su pecho.

CINCUENTA Y TRES

NUNCA VA A SER EL MOMENTO

ESTRELLA

Nos quedamos abrazados en el suelo un buen rato.

—Espera —susurra por fin.

Me aparta un poco y se levanta con dificultad, creo que los dos tenemos todo el cuerpo entumecido. Me coge en brazos y me lleva hasta la cama. Se deja caer en ella abrazado a mí.

—Solo cinco minutos —susurra con la cara en mi cuello—. Nuestros últimos cinco minutos abrazados y desnudos.

Y esas palabras me retuercen algo por dentro. Y por primera vez lo veo claro y no quiero que sean nuestros últimos cinco minutos. No quiero ir al juzgado. No quiero seguir adelante con el divorcio.

—Hoy empezamos una nueva vida —murmura—, y eso no tiene por qué ser malo. Vas a ser feliz, Estrella, estoy convencido. No tardarás nada en encontrar a otro que te dé la vida que te mereces, y no la vida de mierda a la que te condené yo…

—Samu, cielo, no digas eso… —Cómo me arrepiento de haberle dicho aquello, pero en mi defensa diré que no estaba en mi mejor momento.

—No pasa nada, Estrella, es así, es verdad, y no te lo mereces. Te mereces ser muy feliz, porque eres maravillosa… Solo te pido una cosa…

—Dime —murmuro con un sollozo.

—Estoy seguro de que acabarás con un tío culto, elegante, maduro, guapo, divertido y bueno con los niños. Lo veo, estoy segurísimo… Solo te pido que sea calvo, pero no rapado como tu hermano después del accidente, calvo de verdad, calvo calvo.

—¿Por qué? —pregunto debatiéndome entre si reír o llorar.

—Porque ya que va a ocupar mi lugar en mi familia, ya que va a pasar los días con mis hijos y las noches contigo, quiero que él también me envidie algo a mí…

Suelto la carcajada más triste de mi vida, porque me hace reír y llorar a la vez, él es así.

—Samu, cielo, no digas eso… —Me ahogo. Me muero por que me pida que no sigamos adelante con el divorcio, pero no parece tener ninguna intención.

—Gracias por esto, Estrella. —Me besa en los labios—. Lo necesitábamos. Y ahora voy a hacer un esfuerzo sobrehumano y a meterme en la ducha o no me levanto de esta cama jamás, porque creo que separarme de tus brazos por última vez va a ser lo más difícil que haga en la

vida.

Sin decir nada más, se levanta de la cama y se mete en el baño. Yo no me veo con ánimo de levantarme, así que aprovecho para consultar mi móvil, me ha parecido escuchar el sonido de un mensaje hace un rato. Efectivamente, ahí está.

CARINA

Dime que eres tú la que está ahí arriba haciendo temblar los cimientos de mi casa.

Sonrío, es fácil después de los orgasmos.

ESTRELLA

Sí, soy yo.

CARINA

Menos mal, habría sido de muy mal gusto por su parte gritar tu nombre estando con otra.

¿Qué tal? Necesito saber… ¿Todo claro?

ESTRELLA

Ha ido muy bien. Ahora está en la ducha. Parece que quiere seguir adelante con el divorcio.

CARINA

¿Y tú?

ESTRELLA

Ya no.

CARINA

Díselo.

ESTRELLA

Debería decirlo él. Fue el que lo empezó todo. Fue el que habló de divorcio la primera vez…

CARINA

Ah, pues nada, déjalo estar. Divórciate por orgullo, gran idea.

Es sarcasmo, por cierto.

Ahogo una risa y al momento vuelvo a tener esta sensación amarga. Yo sé que no le falta razón, pero no sé cómo plantearle eso a Samu cuando él parece tan convencido.

ESTRELLA

Ya veré cómo lo hago. Te dejo, que ha terminado en la ducha y está a punto de salir.

Han sido tantos años juntos que conozco perfectamente sus tiempos. Efectivamente, apenas tarda unos segundos desde que dejo de oír el sonido del agua hasta que aparece de nuevo en la habitación solo con una toalla. De camino al armario, pasa junto a la cama y aprovecha para inclinarse sobre mí con una sonrisa y besarme.

—Tenerte en mi cama y desnuda es de las mejores cosas que pueden ver mis ojos, pero tenemos que irnos o al final llegaremos tarde —susurra.

Pues sí, parece muy convencido de seguir con esto hasta el final.

—Claro —respondo con un nudo en el estómago y una sonrisa todo lo natural que puedo, dadas las circunstancias.

Él llega hasta el armario y abre un cajón. Empieza a revolver en él un poco desesperado.

—¡Joder! —gruñe—. Putos calzoncillos de dibujitos. ¿Es que no tengo ningunos normales?

—¿Qué pasa, cielo?

Voy hasta él y me abrazo a su espalda.

—Que no tengo unos putos calzoncillos normales para ponerme, eso pasa. —Parece muy enfadado.

—¿Y qué? Pues ponte esos de dibujitos, ¿qué más da?

—Sí que da, Estrella, claro que da. No me voy a poner unos calzoncillos ridículos para firmar mi divorcio. ¿Te parece normal? Mi vida se rompe y yo con unos gayumbos de puta coña.

Y sus palabras me hacen debatirme entre reír o llorar.

—Samu, cielo, no tenemos por qué hacerlo. —Me atrevo a decir por fin—. Si no lo tenemos claro o no es el momento, podemos no acudir. Yo aviso a Emma y seguro que se puede aplazar o lo que sea. Y lo dejamos para cuando sea el momento.

—Nunca va a ser el momento, Estrella. —Le tiembla un poco la voz—. No quiero aplazarlo más, necesito hacerlo ya. Esto me está matando, necesito cerrarlo en mi cabeza. Lo que acabamos de hacer no ha sido una buena idea, me va a doler más, pero también lo necesitaba. Tú y yo no podíamos cerrar nuestra relación de otra manera, no podíamos despedirnos de otro modo.

Yo solo asiento en silencio, porque sus palabras me acaban de matar por dentro, pero no puedo decírselo. Ya está tomada la decisión, no hay nada que hacer.

—En la última bolsa que te llevaste de casa había calzoncillos normales. Si no la has deshecho, allí estarán.

Me apostaría una mano a que la bolsa sigue tal cual se la entregué, pero prefiero no decirlo en voz alta, no es momento de reproches. Efectivamente, él la saca del fondo del armario tal cual se la di y la abre por primera vez. Encuentra lo que busca y empieza a vestirse.

—Gracias, Estrella. Por todo, siempre. —Me da un beso suave en los labios—. Vístete, voy llamando a un taxi.

CINCUENTA Y CUATRO

LA FIRMA

ESTRELLA

Durante el viaje en taxi, mi todavía marido me pasa un brazo sobre los hombros y me besa la cabeza de vez en cuando.

Al llegar a los juzgados, Emma nos está esperando fuera. Si le sorprende que lleguemos juntos, no dice nada. La seguimos por donde nos indica y se detiene ante una puerta. Desde que hemos bajado del taxi, caminamos separados. Y ya echo de menos sus brazos rodeándome, la verdad.

—Aquí es. Samuel, tienes que entrar tú primero. ¿Estáis seguros de que queréis hacer esto? —pregunta Emma con su tono profesional.

Samu me pasa de nuevo un brazo sobre los hombros y me besa la cabeza antes de volver a separarse de mí.

Respira hondo y se dirige a Emma.

—Estoy listo, vamos.

«¿De verdad no va a intentar parar esto?».

—¡Espera, Samu! —digo más alto de lo que me gustaría y los dos se giran a mirarme. Le cojo una mano con las mías y tiro de él—. ¿Podemos hablar un momento?

Él asiente con la cabeza y luego mira a Emma.

—Claro —confirma ella—. Os espero dentro. Tenéis que pasar por separado. Primero tú, Samuel, y luego Estrella. Os veo ahí, le diré al juez lo que se me ocurra y que espere un poco.

—Dime —susurra cuando nos quedamos solos.

—No hagamos esto, Samu. Vuelve a casa —le pido sacando valor no sé muy bien de dónde —. Podemos volver a ser una familia, las cosas pueden ir mejor. Te quiero, cielo, te quiero muchísimo. Y sí que te elijo. Igual tienes razón y hubo un tiempo en el que simplemente me conformaba, pero a partir de ahora te elijo, y te quiero elegir cada día. —Llevo mis manos a su cara y él las envuelve con las suyas y sonríe, pero es una sonrisa triste.

—Qué bonito, Estrella. Y ojalá fuera cierto…

—Lo es, cielo, lo es —aseguro.

—Habla el miedo. —Niega con la cabeza, me pasa una mano tras la nuca y se agacha un poco para que su cara quede a la altura de la mía—. Yo también tengo miedo, Estrella, mucho miedo. Es miedo a lo desconocido, es normal. No te quedes con lo malo conocido, te mereces ser

feliz, y yo también. Estaré en el piso de arriba y podrás contar conmigo para lo que necesites.

—No eres lo malo conocido, Samu, eres lo mejor que me ha pasado. —Me abrazo a su cintura—. De verdad que te quiero y te elijo. Solo a ti.

—Yo también te quiero, Estrella, muchísimo. Y nunca he dejado de elegirte. Pero necesito hacer esto. —Me separa del abrazo—. Me dueles demasiado. Déjame hacerlo.

Me besa la cabeza antes de separarse de mí y cruzar la puerta de la sala a la que acaba de entrar Emma.

De verdad que no me lo puedo creer.

Sale unos minutos después y me sonríe.

—Te toca. Es superfácil, ya verás. Te espero aquí si quieres y nos vamos juntos.

Yo solo asiento con la cabeza y cruzo esa misma puerta. «¿Me espera y nos vamos juntos? ¿Es pitorreo?».

Emma me indica que me siente a su lado y el juez me pregunta si estoy conforme con los términos del acuerdo y si he firmado libremente. En lugar de contestarle, me giro hacia Emma.

—¿Samu ha firmado? —le pregunto en un susurro.

—Sí, claro —asegura ella.

—Señora Sapena —me interpela el juez—, ¿sería tan amable de contestar? Tras revisar su caso, debo decirle que la ley le permitiría solicitar un acuerdo económicamente más ventajoso para usted. Si es eso lo que le está generando dudas, no tiene por qué firmar este trato. Su abogada puede redactar un acuerdo nuevo y presentárselo al señor… —Revisa un momento los papeles que tiene delante— Andújar. Si, por el contrario, se niega usted a contestar o a firmar por algún tipo de temor hacia su marido, debe saber que este es un espacio seguro y que no tiene nada que temer.

—¿Miedo? ¿De Samu? ¡No, por dios! —Giro la cara para abarcar a toda la gente que hay en la sala—. ¿De verdad que él ha firmado?

Todos asienten y Emma me enseña la firma de Samu en el documento que tengo que firmar yo también. Se me escapa una lágrima y cojo el boli que hay junto a Emma. Una mano invisible me retuerce por dentro y las lágrimas pelean por salir de mis ojos.

—Señora Sapena, insisto —reitera el juez—. ¿Está usted conforme con el acuerdo alcanzado y firma libremente?

—Sí, claro que sí. —Sollozo y garabateo mi firma junto a la de Samu. Es solo un rayajo en un papel, un revoltijo de tinta que me convierte en algo que no quiero ser: su exmujer.

El juez me hace un par de preguntas más y Emma me pasa algún otro papel para firmar.

Finalmente, tras los cinco minutos más largos de mi vida, salgo de la sala para encontrarme con Samu, que me espera donde lo he dejado.

—¿Ya? ¿Verdad que era superfácil?

—No, Samu —sollozo todavía—. Ha sido muy difícil.

Él me abraza al momento y nos quedamos así un rato. No tarda en salir Emma con unos documentos que nos entrega a cada uno, no sin antes mirarnos extrañada al vernos abrazados. Supongo que no es la reacción habitual tras un divorcio, pero nuestra relación nunca ha sido corriente.

—El juez ha dictado sentencia de divorcio —nos informa—. Estáis oficialmente divorciados. Si alguno no está conforme, tenéis diez días para recurrirla.

—¡Qué pesados! —se queja Samu—. ¿Esto no se acaba nunca? La peña necesita pasar

página…

Se me escapa un sonoro sollozo tras sus palabras. Él me abraza más fuerte y me susurra:

—Joder, perdona, qué mal ha sonado. No quería decirlo así. Vámonos, Estrella, que este sitio da mal rollo.

Nos despedimos de Emma y caminamos juntos hasta el exterior del edificio.

—Tengo un regalo para ti. —Saca un sobre del bolsillo interior de su cazadora—. Gracias por todo, Estrella. Estos catorce años contigo han sido los mejores de mi puta vida, y los doce que hemos estado casados no los cambio por nada, de verdad. Tenemos los hijos más divertidos del mundo y me quedo con los mejores recuerdos de todo este tiempo a tu lado. Te quiero tanto. —Me besa la frente y deja sus labios ahí durante más tiempo del necesario.

Cuando se separa de mí, me tiende el sobre.

—Es un circuito de *spa* en un balneario de lujo. Para esta tarde. Es para dos, por si quieres ir con Greta o con Carina. Yo me quedo a los nanos, no te preocupes. Los recojo yo esta tarde del cole y me los quedo todo el finde. Tú relájate. Disfruta del primer día de tu nueva vida. —Me coge las manos y las aprieta fuerte—. Y ahora me voy, que me estoy poniendo intenso y solo puedo pensar en repetir lo de esta mañana. —Sonríe—. Te quiero, Estrella, te quiero muchísimo.

Me suelta las manos y se aleja trotando hacia la parada de taxis. Se sube en el primero de la fila y desaparece de mi vista.

Y yo me quedo sola y llorando en la puerta de los juzgados.

CINCUENTA Y CINCO

ORGASMOS

ESTRELLA

Tras una noche interminable, amanezco con el cuerpo relajado todavía de la sesión de *spa* y masajes de la tarde de ayer (y del polvazo de por la mañana un poco también, no nos engañemos), pero mentalmente agotada de casi no haber dormido dándole vueltas a la cabeza. No tardo en oír escándalo en el piso de arriba, los niños ya se han despertado. Me llegan también las risas de su padre. Bien está que uno de los dos tenga ánimo de reírse.

Me arrastro hasta la cocina a por un café y, a pesar de las toneladas de azúcar que le echo, me sabe más amargo que nunca. Me lo bebo despacio, sentada en el sofá y con la vista clavada en el infinito mientras no dejo de escuchar jaleo en el piso de arriba. Me quedo dormitando en el salón porque estoy hecha polvo de no haber dormido nada y porque no tengo tampoco ganas de mucho más. En un momento dado, se detiene el escándalo del piso de arriba y, unos segundos después, me llega un mensaje.

SAMU

Buenos días, madre de mis hijos. ¿Tienes planes para hoy? ¿Puedes subir en algún momento? Tenemos algo que decirte.

ESTRELLA

Claro, me doy una ducha y subo.

SAMU

Aquí estaremos.

Me meto en la ducha para ver si así consigo quitarme este aspecto de demacrada que me gasto. Me pongo un vestido bonito y me arreglo todo lo que puedo, eso incluye peinarme con secador y cepillo y maquillarme lo suficiente como para tapar las ojeras y la cara de zombi que tengo. Cuando el reflejo en el espejo me confirma que he sacado lo mejor de mí dadas las circunstancias, decido subir a casa de Samu.

Me abre al primer timbrazo. Guapísimo, radiante y… afeitado.

Sin decir ni una palabra, tira de mí hacia dentro y cierra la puerta. Me lleva hasta la cama y me sienta a su lado al borde del colchón. Mi vista se dirige a la cortina que cubre la cristalera que da a la terraza, bajo la cual asoman ocho pies diminutos que conozco bien. Los señalo con la

cabeza y arrugo las cejas. Él se lleva un dedo a los labios pidiéndome silencio con una enorme sonrisa.

—¿Y los niños? ¿No estaban contigo? —pregunto en voz muy alta.

—Sí, pero no sé dónde están, los he perdido. —Me sigue el rollo en el mismo tono.

La cortina se agita un poco y se oyen risas al otro lado.

—¡¿Los has perdido?! ¡¿Has perdido a nuestros hijos?! —sobreactúo.

—Sí, pero ahora los buscamos, no te preocupes, tengo algo que decirte antes.

Me acaricia el muslo y, de forma inconsciente como ha hecho miles de veces, lo coloca sobre el suyo y deja ahí la mano de manera distraída, creo que no se da ni cuenta de lo que acaba de hacer.

—Estás preciosa. —Sonríe, y no es una sonrisa triste como la de ayer—. Puede que nunca hayas estado más bonita.

—Lo dudo. —Le devuelvo el gesto—. Tú también estás muy guapo. Se vuelve a ver tu cara.

—Sí. —Se pasa una mano por la mejilla—. Esta es mi cara. ¿Te gusta?

—Estás guapo de todas las maneras, y lo sabes. ¿Por qué te has afeitado?

—Porque el Samu afeitado es el que se casó contigo, y el Samu con barba el que se divorció de ti… No quiero ser ese tío. —Vuelve a sonreír y yo no sé cómo interpretar ese comentario. Su mano me sigue acariciando del todo ajena a nuestra conversación.

Me abraza, durante un momento, con el brazo que tiene libre e inspira con la nariz sobre mi cabeza.

—Estrella —murmura en voz baja mientras me mira a los ojos y su mano sigue acariciando la parte interior de mi pierna—, lo que dijiste ayer antes de firmar… ¿Lo pensabas de verdad? ¿Todavía lo piensas?

—No, tenías razón, hablaba el miedo —digo para salvaguardar la poca dignidad que me queda.

—Estrella —sonríe—, ¿me acabas de mentir por primera vez en catorce años?

Asiento con la cabeza y lucho para que no se me escape ninguna lágrima, aunque solo sea por lo que he tardado en hacer algo decente con el maquillaje.

—Pues se te da fatal, que lo sepas… No vuelvas a hacerlo.

Respira hondo y me mira con cariño, con amor, como me ha mirado siempre.

—¿De verdad crees que podríamos volver a intentarlo? —susurra mientras su mano sigue acariciándome—. ¿Estás segura de que esta vez saldrá bien? Porque te puedo asegurar que no me gusta nada estar divorciado de ti. Qué veinticuatro horas más horribles, más sosas, más rancias… Estar divorciado de ti no mola nada.

—No estoy segura, Samu, no podemos estarlo, pero creo que vale la pena intentarlo.

Pega su frente a la mía, cierra los ojos y sonríe.

—Estrella —emite un ronroneo tan silencioso que apenas lo oigo.

—Dime.

—¿Cuánto rato más vamos a seguir fingiendo que es normal que mi mano esté donde está?

Se me hincha el pecho con una mezcla de alivio, nervios y felicidad contenida que me hace soltar una carcajada que él se traga con un beso, de esos suyos tan salvajes, que termina conmigo tumbada en la cama y él abrazado a mí.

—Estrella, estoy seguro de que volveremos a tener días malos, pero te juro que haré lo imposible para que sean muchos más los buenos… Prometo intentar hacerte feliz cada día, prometo hacerte reír cada día y prometo darte todos los orgasmos que quieras. Prometo hacer que estés tan despreocupada de todo lo demás que vuelvas a quererlos.

—Papá —oímos susurrar a Dani tras la cortina—, ¿qué son *orgasmos*? Yo también quiero…

Empezamos a reírnos en silencio y nos volvemos a incorporar en la cama. Miro a los pies de mis hijos y reconozco un movimiento al momento.

—Nico se está haciendo pis —le susurro a su padre.

Él se ríe, asiente y se levanta. Se acerca a la cortina y coge la cuerda que se usa para abrirla y cerrarla.

—Estrella, tenemos un montón de cosas que contarte, pero primero… —Da un tirón y descorre la tela. Detrás aparecen mis hijos, los cuatro vestidos con pantalón corto blanco, sin camiseta y… ¿alas? ¿Llevan alas de plumas a la espalda?

—¡Tacháááán! —gritan los cuatro a la vez levantando los brazos.

—¡Sorpresa, mami! —dice el pequeño claramente emocionado—. Nos hemos *volvido* buenos, ahora somos angelitos.

—Ya lo veo, ya. —Sonrío—. Pero siempre habéis sido mis angelitos, siempre habéis sido buenos. Lo que pasó entre papá y yo no tuvo nada que ver con vosotros, no fue culpa vuestra.

—Pues ahora, ¡más buenos todavía! —insiste Manu.

—Nico, ve a hacer pis —susurra su padre.

—No, que me aguanto.

—Ve, que te esperamos.

—Vale, pero no empecéis sin mí. —Sale corriendo hacia el baño con pasitos cortos pero veloces—. ¡No empecéis sin mí! ¡No empecéis sin mí! ¡No empecéis sin mí!

—¿Qué hacemos, papi? —pregunta Guille—. ¿Le contamos a mamá el plan?

—Vamos a esperar a Nico, ¿no? De momento, la primera parte del plan, como puedes comprobar, es que estos niños se han vuelto buenísimos como ángeles… ¿Lo notas?

—Lo noto, lo noto —aseguro con una sonrisa.

—¿Nico no viene? Qué pesado. —Guille pone los ojos en blanco y Samu se ríe.

—Que empiece haciendo algo Manu —dice Dani—, que es el escupitajo.

—Yo no soy un escupitajo —protesta el peque.

—Papá lo dijo —asegura Dani—. Dijo «Manu es el escupitajo».

—¿Cómo va a decir eso feo papá? —se queja el pequeño—. ¡Papá no dijo *escupitajo*!

—Papá no dijo *escupitajo* —confirma Nico ya de vuelta—, dijo *escupido*. Dijo «Manu es el escupido».

—Entonces será *estúpido* —supone Guille—. ¿Cómo va a ser *escupido*?

—¿Qué es un escupido? Pues un escupitajo —asegura Dani como si llevara toda la razón.

—Papi —lloriquea Manu—, yo no quiero ser el estúpido ni el escupitajo…

Samu se está riendo tanto que temo que se vaya a caer al suelo. Se vuelve a sentar a mi lado en la cama.

—Cupido —me dice entre carcajadas y secándose las lágrimas de risa que se le escapan—, dije «Manu es Cupido».

Intento no soltar una carcajada yo también, pero lo consigo a medias.

—Bueno —pido mientras me limpio una lágrima de la risa que me dan—, ¿me vais a contar todos esos planes?

—Mira, mami. —Guille sale corriendo hacia un lado de la habitación—. Justo aquí vamos a hacer un *bujero*. —Da un par de saltos en el suelo.

—Pero lo harán señores que saben, ¿eh? Nosotros no —me tranquiliza Dani enseñándome las palmas de las manos y su padre se muere de risa—, porque nosotros podríamos hacer el *bujero*, pero ¿quién pondría luego la escalera? Sin escalera, Manu se cae abajo y se abre la cabezota.

El pequeño se enfurruña por las palabras de su hermano y lo mira amenazante.

—Pero es solo una idea, mami —me informa Nico—. Si no quieres *bujero* y escalera, buscamos una casa más grande. Papá lo ha dicho.

—Esto es muy pequeño —le susurro a Samu—, aquí no se pueden sacar habitaciones para todos. ¿Qué has pensado? ¿Cerrar la terraza? Es una pena, y habría que pedir permiso a la comunidad de vecinos…

—Ni pensarlo. —Sonríe Samu—. Ni vamos a darles a los pequeños delincuentes el ático ni vamos a cerrar la terraza. Esto es para ti. Para nosotros, claro. Los niños se quedan en las habitaciones de abajo, que son lo bastante grandes como para que haya dos críos en cada una. De hecho, la de ellos fueron dos habitaciones en un inicio, se podrían volver a separar. Pero, de momento, ellos compartirán habitación de dos en dos. ¿Verdad, chicos?

—Yo con Nico —se pide Manu abrazándose a su hermano. Nico le da un par de palmaditas en la cabeza de un modo muy paternal y a mí me da la risa, porque no se llevan ni diez meses, pero Nico es tan maduro para su edad y Manu tan infantil, que parece que la diferencia sea abismal.

—Pues eso —sigue Samu—, que he pensado en poner una escalera con paredes a los lados, nada de barandilla, y con una puerta en el piso de abajo. Y que se pueda cerrar desde aquí, para que cuando ya no puedas más y estés un poquito agobiada de nosotros…

—¡Eh! —protestan los niños.

—Porque somos chicos, y a veces las chicas se agobian de que seamos tan brutos —les explica su padre para no herir sus sentimientos—. Pues eso, que cuando te agobies un poquitín, te subes aquí, te encierras y nos dejas a nosotros castigados abajo. Y tienes una mini cocina secreta por si te agobias un poquito de más. —Sonríe.

—¿Cómo me voy a encerrar aquí arriba y a dejaros a vosotros abajo? —Me río porque no me puedo creer que lo esté diciendo en serio.

—Shhhh, no lo hagas si no quieres, pero la opción está aquí. Este puede ser tu refugio cuando necesites algo de tiempo para ti. Y para los dos cuando sean adolescentes y queramos huir de ellos. Ah, y la terraza… Tu terraza. Para que puedas tomar el sol, leer un libro o echar la siesta. Todo lo que tú quieras…

Sonrío porque es bonito que haya pensado en todo eso.

—Papá, la emergencia —susurra Nico.

—Cierto —confirma su padre—. Me olvidaba. Tenemos un arma secreta para cuando las cosas lleguen a un límite insostenible. ¿Quién va a por ella?

—¡Nosotros! —Los gemelos salen corriendo hacia el armario y traen algo que por el camino no identifico.

—Toma, mami, tú tienes el poder.

Me entregan lo que parece una maza gigante de gomaespuma, es como de dibujos animados, da mucha risa.

—Esto es para cuando papá no se entere de nada, para que le pegues en la cabezota y se espabile.

Suelto una carcajada y Samu agacha la cabeza.

—¡Estrénalo! —me pide.

Compruebo que efectivamente es muy blandito y le doy un golpe fuerte. Él exagera al máximo y se tira de la cama.

—¡Funciona! —gritan los niños entusiasmados y empiezan a dar saltos.

—Bueno, ¿qué te parece nuestro plan? —pregunta Dani—. ¿Te gusta, mami?

—Me encanta, chicos. —Se me empiezan a escapar las lágrimas—. ¿Qué hacemos entonces? —le pregunto a Samu—. ¿Recurrimos la sentencia? ¿Le decimos a Emma que la recurra, que ya no queremos divorciarnos?

—¿Qué queremos, chicos? —pregunta Samu—. ¿Queremos recurrir la sentencia?

—Síííííííííííí —corean los cuatro entusiasmadísimos mientras dan saltos.

—¿Qué? ¡No! —grita su padre.

Los niños paran en seco durante un segundo y al momento vuelven a saltar.

—¡Noooooooooooo! —gritan esta vez.

—¿Queremos divorciarnos?

—¡Síííííííííí!

Este cambio de rumbo en la conversación me descoloca por completo.

—No entiendo, cielo. ¿En qué quedamos? —pregunto realmente confusa—. ¿Qué es lo que quieres?

Se arrodilla delante de mí en el suelo. Yo sigo sentada en la cama. Como es tan alto, estamos casi a la misma altura.

—Quiero que vuelvas a casarte conmigo. Quiero que tengas una pedida de mano que le puedas contar a la gente y una boda en la que seas la protagonista…

—Samu, cielo, nunca he necesitado eso, no hace falta…

—Shhhh. —Me calla con un dedo sobre mis labios—. Cupido, el anillo.

El peque sale corriendo y va hasta uno de los pocos cajones que hay en este piso. Vuelve al momento con un estuche de color rosa y se lo da a su padre. Él saca un anillo de dentro y me lo pone en el dedo.

—¿Sin esperar mi respuesta? Estás muy seguro de tus posibilidades, Samuel Andújar. —Sonrío.

—Es que ya te he dicho todo lo que te prometía hace un momento y, con lo que te voy a decir ahora, no vas a poder resistirte a pasar el resto de tu vida conmigo. No ha habido una mayor declaración de amor en la historia de la humanidad. No hay amor más fuerte que esto…

—Dime —sonrío.

—Siéntate bien, que estás muy al borde y te puedes caer de la impresión, que esto es muy fuerte… Estrella, si te vuelves a casar conmigo… prometo… ¿estás lista? Prometo quedarme TODOS los chats de padres y que te salgas tú. De todos, tienes mi palabra.

No puedo evitar una sonora carcajada.

—Podemos quedarnos los dos —sonrío—. Lo más divertido es comentarlo contigo.

—Vale, me parece bien, entonces, mi siguiente oferta es…, prepárate bien…, llevar yo a los niños a todos los cumpleaños en parques de bolas. ¿Qué me dices? No hay naturaleza humana capaz de rechazar eso…

—Me parece cruel, pero, como lo has propuesto tú, te lo voy a aceptar —me río.

Miro el anillo, al que no le había prestado atención hasta el momento y veo que tiene una piedra amarilla bastante grande y cuatro más pequeñas alrededor.

—Tus cinco rubios —susurra Samu—, para que nos lleves siempre contigo.

—¿Son diamantes? ¿Amarillos? ¿Cuánto te ha costado esto?

—No —se ríe—, el anillo sí es de oro blanco, pero las piedras son topacios amarillos. No me iba a gastar tanta pasta, necesitamos ese dinero para la reforma y para irnos en las próximas vacaciones de viaje todos juntos. Nos iremos a uno de esos cruceros en los que te llevan de un sitio a otro y se puede hacer turismo o encerrarse en el camarote, a gusto de cada uno. —Hace un movimiento sugerente con las cejas—. Y tienen monitores y actividades para tener a los niños

entretenidos con juegos todo el día…

—¡Síííííí, juegos! —berrean los pequeños muy entusiasmados, estoy segura de que no saben muy bien por qué, pero la energía de su padre es contagiosa.

—Vosotros vais a bajar un ratito a casa de Chus, que mamá y yo aún tenemos que negociar unos términos del acuerdo… —interrumpe Samu su euforia.

Mis hijos se quitan las alas, se ponen rápidamente las camisetas y se dirigen a la puerta.

—No me lo puedo creer —digo asombrada—. A la primera y sin protestar.

—Te lo hemos dicho, mami, nos hemos *volvido* buenos…

—No vamos de farol —asegura Samu con una sonrisa antes de darme un beso en los labios al pasar por mi lado—. Nos hemos «volvido» buenos los cinco.

No sé cuánto van a aguantar los niños con este cambio de actitud, pero decido aprovecharlo y disfrutarlo mientras dure. Abre la puerta de la calle y los nanos salen disparados y bajan las escaleras a toda prisa. Samu y yo los seguimos y nos quedamos a medio camino, desde donde se ve la puerta de casa de Chus y Carina. Abre la italiana y Andrea se asoma tras ella.

—¿Qué quieren estos pequeños delincuentes? —les pregunta a mis hijos.

—¿Podemos entrar a jugar con Andrea? —pregunta Guille.

—Sí, porfa, que mis papás se tienen que ir a comprar orgasmos para que mamá esté contenta… —remata Dani.

La carcajada de Carina se mezcla con la de Chus, que aparece en ese momento tras ella y los dos dirigen la vista hacia nosotros.

—No vamos a andar disimulando a estas alturas, nano —confirma Samu—. Las cosas como son, quiero «comprarle» muchos orgasmos a esta mujer.

Su amigo se ríe entre dientes y abre la puerta completamente.

—Todos para dentro —ordena—. ¿Con cerrar la puerta va a ser suficiente o necesitaremos tapones? —pregunta muerto de risa.

—Si yo fuera tú —contesta Samu—, me los llevaría a todos al parque.

Carina suelta una carcajada.

—¡*Cazzo*, yo quiero de esos! —Le da una palmada a su chico en el brazo.

—Ya he pillado yo, nano —se queja Chus—. Me los voy a llevar a todos por ahí, haced que valga la pena. —Nos guiña un ojo.

Samu y yo murmuramos varios «gracias» entre risas y subimos rápidamente.

Entro delante de él y cojo las alas que uno de los niños ha dejado abandonadas en el suelo mientras él se acerca a poner algo de música[1].

—¿Cuánto llevas preparando esto?

—No sé, unas semanas…

—Y aun así, me hiciste creer ayer que todo se había terminado.

Sonríe.

—Necesitaba que estuvieras muy segura. Necesitaba que creyeras que me perdías de verdad. Tenías que experimentar el miedo —se ríe.

—¿Y si en vez de miedo hubiera experimentado alivio? ¿Te habrías rendido?

Vuelve a reírse y niega con la cabeza.

—Habría pasado al plan B —susurra.

—¿Cuál era el plan B?

Hace un movimiento rápido con las cejas.

—La reconquista.

Suelto una carcajada y le doy un beso rápido antes de volver a dirigir la vista a las alitas de

uno de los niños que todavía tengo en la mano.

—¿No había de tu talla? —pregunto con una sonrisa.

—Estaría yo bonico con alitas de ángel —se ríe y me rodea la cintura con sus brazos.

—Alitas no, unas alas de ángel, o de demonio, bien grandes, que lleguen de la cabeza hasta el suelo…

—Ah, ya entiendo —sonríe—, como las de las portadas de esas novelas marranas de fantasía que te gustan…

—Algo así —sonrío yo también.

—Seguro que en nuestra tienda favorita tienen algo parecido y, si no, te juro que pido que me las hagan a medida, pero no te vas a quedar con ninguna fantasía por cumplir… —Me levanta a pulso y me agarro a él con brazos y piernas.

Juro que ahora mismo no puedo ser más feliz. Sé que no va a ser fácil y que habrá momentos en los que querremos mandarlo todo a la mierda, pero asumo el reto de conseguir que sean los mínimos. Contra todo pronóstico, hemos superado la crisis de nuestra puta vida. Te dejo ya, que mi chico ha prometido comprarme muchos orgasmos y no quiero perderme ni uno.

EL EPÍLOGO DE SAMU

Si miro fijamente durante el tiempo suficiente, puedo ver cómo el calor del sol evapora la humedad del cuerpo de Estrella. Y yo me quedo embobado con semejante espectáculo. A ver, que solo es mi mujer desnuda en una tumbona de la terraza. Solo eso y tanto a la vez. «Mi mujer», sí, otra vez lo es. Desde aquella proposición, tardamos casi un año en casarnos. ¿Por inseguridades de la novia? ¿Por los preparativos? ¿Por problemas con los niños? Son las preguntas que te estarás haciendo. Y la respuesta a todas ellas es *no*. Si te digo por qué, no te lo crees, te lo juro. Por el padrino. El puto padrino nos hizo esperar a que le creciera el pelo. Tal cual como te lo estoy contando. Y aún quería que esperáramos un año más, pero por ahí sí que no pasamos, le dijimos que nos casábamos en esa fecha con o sin él. Fue con él, por supuesto.

Y ahora estamos de luna de miel. Pillé un camarote de lujo con cubierta privada desde la que no nos pudieran ni ver. Me ha costado una pasta, pero vale cada euro. Follar a cielo abierto con el mar delante de nosotros y música[1] de fondo es algo que todo el mundo debería experimentar al menos una vez en la vida. O no, que lo mismo es un capricho mío y me estoy volviendo muy pijo. No me lo tengas en cuenta, estoy recién casado.

Paso la lengua sobre la piel de Estrella de nuevo y me quedo observando cómo el sol vuelve a hacer su magia. Ella gira la cara para mirarme y me sonríe.

—¿Vas a estar chupándome todo el día?

—¿Te molesta? —le pregunto y ella niega con la cabeza como respuesta—. ¿Tienes un plan mejor?

—Para tu lengua siempre tengo un plan mejor…

No era esa mi pregunta, pero me ha encantado su respuesta. La beso y, sin separarme de ella, me voy colocando entre sus piernas. Mis labios se pierden en su boca un buen rato antes de aventurarse en su cuello y seguir bajando. Sus gemidos me llenan los oídos y el corazón. Porque, después de lo que pasamos, cada beso y cada caricia me sigue sabiendo a victoria, a futuro, a felicidad.

Unos golpes en la puerta nos interrumpen cuando estoy a punto de llegar a la mejor parte.

—¡Tortolitos, ¿vais a venir a cenar o qué?! —Parece que alguien quiere volver a experimentar lo de la calvicie.

Más voces de fondo y más golpes en la puerta. Me pongo de pie con un gruñido y enrollo una toalla alrededor de mi cintura mientras Estrella se pone un batín de seda precioso y supersexi que me vuelve loco.

—¡¿Es tanto pedir tener cinco minutos a solas con mi mujer en mi puta luna de miel?! —berreo al abrir la puerta de mi camarote y fulminarlos a todos con la mirada.

Marc, que es el que ha llamado primero, solo saca la lengua y me enseña el dedo corazón. Es

Chus el que habla ahora.

—Tronco, que nos hemos llevado a tus hijos hace doce horas, que no son cinco minutos, no me parece que sea para tanto preguntar si vais a salir para la cena.

—Que si no queréis salir, lo entendemos —interviene Piero—. Os dejamos a los niños y nos vamos. O nos los llevamos y los traemos luego, pero considerad esto una «fe de vida». Para asegurarnos de que no habéis muerto de agotamiento o de inanición.

—Hemos pedido comida al servicio de habitaciones hace unas horas —informa Estrella, que se acaba de colocar a mi lado muerta de risa—, está todo controlado. Nos vestimos y en diez minutos estamos en el restaurante.

Loui me mira levantando una ceja y yo asiento.

—Que sí, que en diez minutos estamos ahí. ¿Y mis hijos?

—Ya están en el bar con Carina y Greta, y con Andrea y Maya, claro. Si no los alimentábamos, se nos iban a comer a nosotros.

Me río y empiezo a cerrar la puerta.

—Venga, en diez minutos estamos ahí. Id pidiendo, nos da igual, todo nos parece bien.

—Daos prisa.

—No tardéis.

—Os esperamos allí.

Oigo las voces amortiguadas porque ya he cerrado la puerta.

Estrella está sacando ropa del armario y yo se la quito de las manos y la lanzo en una butaca que tengo cerca. La abrazo por la espalda y le susurro al oído.

—No tengas prisa, que tanto ellos como nosotros sabemos que vamos a llegar, mínimo, media hora tarde.

EL EPÍLOGO DE ESTRELLA

Me llegan los gritos de Samu discutiendo con los gemelos en el piso de abajo. Hoy cumplen dieciocho y van a dar una fiesta. No quiero ni pensar en la que pueden liar. Les hemos prohibido invitar a más de veinte personas, ya veremos si hacen caso.

Una cabeza rubia empieza a asomar por las escaleras. En un primer momento, me parece Samu, pero todavía lo oigo discutir abajo, así que tiene que ser uno de mis hijos. Han llegado a un punto en el que de espaldas es difícil distinguir a cualquiera de los cinco. Si están todos juntos, a Nico se le distingue fácil porque es el más alto, un poco más que su padre, pero los otros tres y Samu, igualitos. Mi visitante misterioso llega hasta arriba y se deja caer a mi lado en la cama.

—Mami —suspira Manu—. ¿Me puedo quedar aquí?

Se abraza a mí, pone la cabeza en mi pecho y encoge las piernas, como si así pudiera hacerse pequeño de nuevo y disimular el metro noventa que se gasta, como su padre. A veces, normalmente cuando quiere algo o también cuando está triste, se comporta como cuando era pequeñito. Es el más infantil de los cuatro, pero, cuando le da el ramalazo adolescente, puede ser tan insoportable como cualquiera de sus hermanos.

—¿Por qué, cielo? ¿Qué pasa?

—Nadie me va a querer, me voy a quedar solo para siempre… Nunca voy a tener novia —lloriquea.

—Cielo —intento no reírme, de verdad que lo intento—. Pero si eres muy joven… Vas a tener todas las novias que quieras. Con lo bonito que eres por dentro y por fuera, te las vas a tener que espantar a manotazos…

—Qué va, eso lo dices porque eres mi madre, no le gusto a ninguna…

—Que tú sepas.

Resopla para quitarme la razón y yo lo aprieto más contra mí, convencida como estoy de lo que digo. Se lo van a rifar, no es impresión de madre que adora a sus hijos, es que he visto cómo las niñas de su edad miran a mis chicos, si es que son igualitos que su padre. Y mi Manu es todo amor, es el más dulce y cariñoso de los cuatro.

—Dani y Guille van cada semana con unas, yo no quiero eso, mami. Yo quiero una novia. Nico lleva ya tres meses con su novio, eso es amor verdadero. Seguro que se casa con él. Eso es lo que yo quiero, pero en chica.

—Cielo —sonrío para no soltar una carcajada—, yo sé que a tu edad una relación de tres meses puede parecer una eternidad, pero no lo es y ya veremos lo que dura lo de Nico. Que puede que sí, a veces ocurre, pero no te compares con tus hermanos ni sufras por eso, de verdad que vas a tener novias para aburrir hasta que encuentres a la definitiva.

Oigo claramente cómo la puerta de la escalera se cierra y a continuación los pasos de su padre subiendo en cuatro zancadas mientras me va diciendo cosas antes de que pueda ni verle.

—Listo, ya les he dejado todo claro, podemos olvidarnos de hijos hasta mañ… Mierda, se ha colado uno. —Viene hasta la cama, lo coge del tobillo y empieza a estirar—. Tú, fuera de mi sitio y suelta a mi mujer, que esta noche tenemos planes que no incluyen vástagos.

—Noooo, mamá, déjame quedarme. —Se abraza a mí más fuerte mientras su padre sigue tirando de él.

Samu lo suelta y se sienta a los pies de la cama.

—A ver cómo te lo explico, hijo número cuatro, esta noche le voy a hacer el amor a tu madre pase lo que pase. Ni siquiera una parte de mi descendencia en la misma habitación me va a detener.

—¡Argh, joder, papá, qué cerdo eres!

Yo me río entre dientes y le doy una patadita a Samu. Le hago un gesto con la cabeza mientras acaricio el pelo de su hijo para que se dé cuenta de que al niño le ocurre algo.

—A ver, ¿qué es lo que te pasa, tío? —Le da una palmada en la pierna—. ¿Por qué quieres estar en la habitación de tus viejos y no en la fiesta de tus hermanos?

—No puedo ir a la fiesta, me han dicho que no estoy invitado. —Se enfurruña.

—Ahora mismo hablo con ellos y les digo que o te dejan estar o no hay fiesta…

—Si tampoco quiero ir, no me caen bien sus amigos… Y no les digas nada, no quiero ser el chivato…

—Pues te encierras en tu habitación y pasas de ellos. Ya está, ¿cuál es el problema? —insiste Samu.

—Tampoco puedo estar en mi cuarto —contesta mi hijo con la boca pequeña.

—¿Por qué, cielo?

Chasquea la lengua y mira al techo.

—Es que no quiero ser el chivato…

—¿Qué pasa en tu cuarto? ¿Han planeado usarlo de picadero ese par de delincuentes? —pregunta su padre.

—No, ellos no —susurra Manu.

—¿Nico? ¿Nico no te deja entrar en tu propia habitación?

Él vuelve a chasquear la lengua y mira esta vez hacia abajo. Le levanto la cara para que me mire.

—¿Por qué? ¿Se ha encerrado él ahí con Lucas?

—El de los cojones con pelucas —suelta Samu la rima que hace siempre que alguien nombra al novio de Nico.

Le doy una patadita para que entienda que no es el momento.

—Sí —farfulla Manu—. Me ha dicho que era una noche especial, que era su aniversario, hacen tres meses; y que me buscara la vida, pero que ni se me ocurriera aparecer por nuestro cuarto.

—¿Noche especial? —A Samu se le ilumina la cara, sonríe y emite un gritito hacia dentro.

—Ni se te ocurra, Samuel —lo amenazo—. No vayas a cortarle el rollo a tu hijo.

Él se pone de pie ya poseído por la euforia.

—Un poquito. —Hace el gesto de acercar mucho el dedo pulgar al índice—. Déjame decir algo así como: «¡¿quién osa mancillar el culo de mi hijo?!».

—Ni pensarlo —me río.

—¡Papá, no! —Manu directamente ha entrado en pánico.

—Samu, que tienen diecisiete años, les puedes crear algún trauma…

—Ya está la psicóloga cortabolas… —Samu pone los ojos en blanco—. Déjame aunque sea asegurarme de que tienen condones.

—Todos saben dónde les dejas los preservativos. Olvídate ya de todos ellos y quédate aquí —le pido.

—Oh, ya sé, no van a saber que nos lo has dicho…

Sale corriendo antes de que podamos detenerlo. Baja las escaleras en dos saltos y temo que un día de estos se abra la cabeza, porque ya tiene una edad.

—¡Inspección sorpresa! —lo oímos gritar desde aquí y Manu se tapa la cara avergonzado.

—¡Papá! —se queja Guille—. ¡Que está a punto de empezar la fiesta!

—Y yo tengo ahí arriba a uno de mis hijos cortándome el rollo.

—Ya se ha chivado el enano —protesta Dani—. ¡Manu, llorón, puedes bajar a la fiesta!

—¡No quiero ir a vuestra estúpida fiesta! —grita el pequeño a mi lado y luego vuelve a abrazarse a mí.

—¡¿Dónde está vuestro hermano?! ¡Nico! —grita Samu—. ¡Nicolás Andújar, materialízate ante tu padre!

Llegan hasta mis oídos los pasos teatrales de Samu y cierro los ojos. Por favor, que no se pase mucho. Una puerta se abre con un golpe.

—¡¿Qué está ocurriendo aquí?! —ruge.

Manu y yo nos tapamos la cara con las manos.

—¡Papá! —chilla Nico.

—¡Perdón, perdón! —grita Lucas y a mí me da la risa.

Unos pasos acelerados en la escalera no nos dejan oír cómo sigue lo que sea que esté liando Samu. Guille llega hasta arriba y viene directo a su hermano. Se arrodilla en el suelo junto a la cama.

—Manu, venga, ven a la fiesta.

—Paso de vuestra mierda de fiesta. —Le da la espalda y vuelve a abrazarse a mí.

—Te necesito, enano.

—Ah, ¿ahora me necesitas? Pues paso de ti.

—Escucha a tu hermano —susurro—, a ver qué quiere.

—¿Quéééééééé? —Arrastra la pregunta con desgana.

—Necesito que estés con la hermana de Martina, la obligan a traerla y nos va a cortar el rollo… Es pequeña, tiene quince años, como tú.

—¡Yo tengo dieciséis y medio! —Le da un puñetazo a Guille en el hombro.

—Claro, claro, por eso, seguro que te ve supermayor y la impresionas.

—Pfff —protesta Manu.

—Va, que solo con que esté la mitad de buena que su hermana y sea la mitad de fácil, te la tiras esta noche…

No me da tiempo a decir nada, porque se lleva una colleja de su padre, al que creo que ninguno hemos visto llegar.

—¿Qué os he dicho de hablar así de las chicas? —Suena mosqueado de verdad, ese es un tema serio para él. Para mí también, está claro.

—No, no —se defiende Guille—. La respeto, me gusta mucho, quedaré con ella después. Te lo prometo, papá.

—¿Después de qué? —Samu achina los ojos.

—Después de… de fo…, de ti…, de «hacer el amor» con ella.

—¡Antes, zoquete! —Le vuelve a dar una colleja—. Lo suyo es tener algún tipo de vínculo afectivo con ella ¡antes! Y después, también, claro. El buen sexo es intimidad, amor y respeto.

—Sí, sí, ya he quedado con ella antes. Un día la acompañé a su casa, otro fuimos a una fiesta juntos. Luego allí estuvimos con más gente, pero casi todo el rato estuve con ella…

—Déjate de rollos. Si te gusta, la semana que viene quedas con ella para ir al cine o a cenar o a lo que sea. Y si no te gusta lo suficiente como para eso, no la marees esta noche, ¿está claro?

—Sí, sí —asiente Guille—. ¿Esto es porque es una chica? Porque a Nico no le dices estas cosas. —Entrecierra los ojos—. Eso es machismo, papá.

—A Nico se lo dije en su día, si no se lo digo más es porque tiene una relación. No hace falta que se lo repita…

Suena el timbre del piso de abajo y Guille emite un gritito.

—Ya están llegando… Manu, por favor…

Junta las manos a modo de súplica.

—Pfff… —resopla el pequeño—. No me apetece nada… ¿Harás mis tareas de casa durante una semana?

—¿Qué? Vaya morro, mocoso. Paso.

—Vale. —Se gira hacia mí—. Mamá, me quedo contigo.

—¡Guille, han llegado Martina y su hermana! —grita Dani desde el piso de abajo.

—Vale, vale, está bien. Una semana.

—Y me regalas tu camiseta roja sin mangas.

—Ni de coña, no, eso sí que no.

—Disfruta de la fiesta. —Manu vuelve a darle la espalda y a girarse hacia mí.

—Vale, está bien —gruñe Guille—. Eso es chantaje, qué asco das.

—Los papás están de testigos —insiste el pequeño.

—Que síííííííí —protesta el mayor y chasquea la lengua.

—Vale, ahora bajo —asegura Manu.

—Dos minutos —dice Guille antes de salir corriendo hacia las escaleras.

El peque ha vuelto a girarse hacia mí.

—Voy a la fiesta de los mayores —susurra.

Asiento y sonrío.

—Qué cara tienes, si estabas deseando ir y aun así le has sacado a tu hermano lo que te ha dado la gana.

Se ríe como respuesta el muy gamberro.

—¿Crees que será guapa? —susurra—. ¿Crees que le gustaré?

Su padre lo coge por la camiseta y lo levanta de la cama hasta que se queda de pie a su lado.

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Le pasa un brazo sobre los hombros y lo acompaña hacia la escalera—. Sé tú mismo y seguro que le encantas. Eres un Andújar, lo llevas en los genes. No hay chica que se resista a nuestros encantos.

—¿A mí no me dices lo mismo que a Guille?

—Tú estás hecho de otra pasta, hijo. Y ya te lo sabes… Al que se porte mal con una chica, o un chico, eso me da igual, le rapo la cabeza. Ahora, disfrutad de la fiesta y, a menos que veas fuego o que consideres que la vida de alguien corre peligro real, no quiero saber nada de vosotros hasta mañana.

Oigo a Manu reírse entre dientes cuando ya los he perdido de vista en la escalera. No tardo en escuchar la puerta cerrarse y el sonido del pestillo. Al momento está su padre de vuelta ya con la camiseta en la mano.

—¿Qué le has hecho a Nico?

—Nah, he hecho ruido bastante antes, les ha dado tiempo a levantarse de la cama del susto. —Se ríe entre dientes—. Solo iban sin camiseta, estarían besándose nada más.

—Mira que te gusta avergonzarlos.

—Es mi venganza. Si no puedo avergonzar a mis hijos, ¿para qué los tengo? —Sonríe—. Pero vale ya de hablar de ellos.

Termina de desnudarse completamente antes de dejarse caer sobre mí.

—Ya no hay adolescentes hasta mañana —susurra—. Y tú no sé qué haces todavía vestida.

—Te veo muy seguro de tus posibilidades, ¿es eso de los Andújar que le has dicho a tu hijo? A ver si vas a ser tú el que fracasa esta noche. —Sonrío y le paso las manos por la espalda, desde los hombros hasta el culo.

—Im-po-si-ble. Tengo unas alas en el armario que no me han fallado nunca. Si hace falta, voy a por ellas.

Me aprieto contra él con fuerza de las ganas que le tengo.

—Ve a por las alas y el columpio, que esta noche volamos los dos.

AGRADECIMIENTOS

Como imagino que sabrás a estas alturas, con esta historia cierro una serie de cinco novelas. Pero, si soy sincera, para mí las *Crónicas de aquello* han sido mucho más que eso. En junio de 2021 empecé a escribir el primer borrador de *El final que nos merecemos* y ahora, dos años y más de medio millón de palabras después, toca despedirse de ellos. Y quiero y a la vez no quiero. Siento que algo de mí se queda dentro de estas páginas al cerrar el último libro. Qué intensita me estoy poniendo, me estoy marcando un Piero por todo lo alto, pero ¿qué esperabas? El italiano ha salido de mi cabeza, es normal que yo también sufra algún brote de vez en cuando.

Estos agradecimientos me provocan un mayor respeto que todos los anteriores, porque no quiero olvidarme de nadie, pero tengo la cabeza tan al límite que lo veo más que probable. Que nadie se me ofenda, por favor. Si hay algún olvido, será totalmente involuntario.

En todos los agradecimientos he nombrado la carta del bajón, pero creo que nunca he explicado lo que fue. Yo estaba haciendo un curso de escritura creativa (uno de tantos) y me encargaron un ejercicio en el que tenía que escribir una carta que un personaje a punto de morir le mandaba a su pareja, con la que había pasado toda su vida y en la que debía recordar momentos de la relación. Me pareció una movida demasiado tocha como para inventarme unos personajes y toda una vida, así que cogí a Marc y Greta, dos chavales con una situación familiar peculiar y una amistad fuera de lo común. Su historia llevaba años rondándome la cabeza y tenía muchos momentos claros, me podrían servir perfectamente. Escribí la carta que me pedía el ejercicio (ahora entiendes perfectamente por qué la llamo la carta del bajón), en la que Marc estaba a punto de morir y le escribía una carta a Greta. Sí, ahora lo pienso y es duro. En fin, a lo que iba, que mi amiga **Neus** seguía de cerca mis progresos en el curso de escritura e iba leyendo todos mis relatos. Cuando leyó esa carta, me dijo: «tienes que escribir la historia de estos dos, necesito conocerla». Y, ni más ni menos, algo tan sencillo como eso fue el detonante para que me animara a sacar de mi cabeza esa historia que me rondaba desde hacía años y empezara un borrador que se ha convertido en lo que tienes en tus manos. No he vuelto a leer esa carta y no quiero hacerlo, aunque tengo la memoria que tengo y me acuerdo muchísimo de ella. No la voy a publicar, así que no me la pidáis. Y este es el motivo por el que en todos los libros de las Crónicas de aquello, la primera en los agradecimientos ha sido Neus, porque es probable que, sin ese pequeño empujón, jamás me habría animado a darle vida.

Bastante más tarde en esta historia apareció **Adela**, pero ha sido tan importante que necesito nombrarla a continuación. Porque ella conoció a mis chicos antes que a mí. Y los amó tanto como para dibujarlos por primera vez (igual si hubiera sabido cuántas veces le iba a tocar dibujarlos a partir de entonces, se lo habría pensado mejor). Venga, fuera de coñas. Gracias a Adela mis chicos tienen las caras que tenían en mi imaginación. Y mis novelas tienen unas ilustraciones que las hacen más bonitas de lo que pueden merecer esa pandilla de cafres. Pero no solo por eso estoy encantada de que se cruzara en mi camino. Ha llegado un punto en el que ya es amiga y socia, y no se me ocurre una persona mejor con la que enfrentarme a la locura de emprender un negocio o simplemente con quien reírme del mundo (empezando por nosotras mismas). Libra da por saco y Cáncer pierde la paciencia, pero siempre de buen rollo.

Voy a nombrar ahora a **Jonathan**, **Diana** y **Julia**. Porque son los que están conmigo en el día

a día, los que a veces me reprochan el poco tiempo que les dedico y otras veces me animan con todas sus fuerzas. Sé que en ocasiones los abandono por una gente que solo vive en mi imaginación, pero ellos entienden lo importante que es para mí.

Y mis lectoras cero. ¿Qué puedo decir de mis lectoras cero? No sé qué habría hecho sin ellas.

Me encanta la caña que me mete **Sonia** y cómo consigue que le dé vueltas a cosas que ni me había planteado. Gracias a su toque, mis historias mejoran en forma y fondo. Es un gustazo poder contar con ella y que siempre encuentre un hueco para dedicarle a mis pequeños insensatos. Y también que entienda mis prisas y mi ansia viva. Es maravillosa como lectora cero, como escritora y como amiga. Con nadie más que con ella puedo estar una mañana al teléfono discutiendo tanto de una preposición incorrecta como de la posición de la lengua en una mamada si la cabeza está al revés. Simplemente maravillosa.

En esta última historia, me ha encantado poder contar con **Carmen**, mi lectora cero por sorpresa. Con ese «no he pedido permiso, he visto "Samu" y no lo he podido soportar y lo he leído», me ganó por completo. Me encantaron los cientos de audios comentando cada pequeño detalle y las risas, sobre todo las risas. También sirvió de inspiración para las «Perversiones Arteaga», la tienda favorita de Samu y Estrella, al fin y al cabo, fue ella quien se empeñó en que contara el momento en el que compran el columpio (y no puedo estar más agradecida por ello, también te digo). Como lectora cero te suelta lo bueno y lo malo con tanta naturalidad que no puedes más que adorarla.

Y luego está **Biribiankis**. ¿Qué puedo deciros de ella como lectora cero y como amiga venenosa? Poco más que +1 Rt AMOOOOOO, SE VIENE SE VIENE. Que me parto con ella, que me encanta el amor incondicional que tiene a mis chicos y sus JAJAJAJAJAA PUTO SAMU LO AMO. La entiendo, yo amo a su Maday, no me escondo.

También está **Lola**, con su manera de comentar a tiempo real, que me ayuda a conocer de primera mano todas las emociones que experimenta el lector en cada capítulo. Es una gozada contar con ella y divertidísimo poder comentar cada escena y cada frase.

Y **Tánit** poniendo un punto de cordura entre tanta lectora cero descerebrada. Con sus comentarios más calmados, más pausados, sus reflexiones y sus conclusiones. Una gozada.

Y finalmente **Bea**, que ha estado ahí desde el principio. Que ha acompañado a mis chicos en cada uno de sus desvaríos y que su amor por Marc ha superado estupideces, desplantes y cabezas rapadas. Mis chicos son ya un poquito tuyos también.

No puedo olvidarme de mis chicas de la UNED que, aunque no sean el tipo de lecturas que les gustan, les han dado apoyo y amor a mis chicos como las que más.

Cristina con su interés y ayuda.

Ali y los audios kilométricos para explicarme cómo funciona un claustro de profesores, total para que Chus entrara fumado…, ya ves tú.

Ruth y aquella tarde inventando una expresión gallega de la nada (procrastinar *is our passion*).

Mara, esa fan incondicional. Gracias, amiga. Te amo fuertemente.

Y al resto del Plan B que, aunque las tenga abandonadas, me acuerdo de ellas a menudo. Perdonadme, chicas, *Shame on me!*

Pero si hay un grupo de amigas que ha seguido con entusiasmo esta saga ha sido sin duda el de mis Jesuitas Girl Friends: **Ana**, **Cris**, **Vane**, **Patri**, **Raquel** y **Clara**. Más bonitas no se puede.

Ana, esa relaciones públicas de mis chicos.

Y **Cris**, esa lectora cero que ayudó a Piero en cada parto.

Lo moláis todo todito.

Y a toda la comunidad de Bookstagram, que es genial y que forma una enorme familia.

Mariki (@las.mariquitas.tambien.leen), que siempre tiene un pensamiento para mis niños casi en cada *booktag*. Ese amor les da alas y a mí me llena de felicidad.

Y a todos y todas los que han contribuido con una reseña, un story, un comentario o un mensaje privado. Sois la maravilla más grande:

@_romantic.books
@adela_argn_art
@adela.s.ebook
@adriana_freixa
@aliciaaa_75
@anamazonp_escritora
@aneleamme
@ashura70
@betweenlovebooks
@beyku
@biri.biankis
@brr.leyendo
@conlosbartulosaotraparte
@cristina_d_estanislao
@cuando.los.mios.duermen
@deleyendoyriendo
@devorolibros
@dulce.ando
@el_marcapaginas_de_angy
@elrinconindecris
@emme.costa_letras
@entremiticoylamentable
@evalispm
@gemrafor
@helenduende
@isabelcanovasautora
@isefran.79
@johanamartinez8895
@kphylaso
@ladyromanticbook
@lara_blanc_escritora
@laurelleeyescribe
@leoquemeleo
@libreriasonora
@libros.autopublicados
@librosdelai
@librosdemery
@libroslibresmundos
@librospuntoymas
@lilith_lectora
@loca_de_los_libros48

@mamitai
@manuelamolinaleon
@mariientreletrascomasypontos97
@marlibros
@marta_claus2021
@mayka369
@mentedementa20
@merakbook
@mi.te.con.libros
@miligallardo.325
@missattard
@nayamzgreen
@nesa_san78
@nisarce
@pamssyforever
@paula_lectora_compulsiva
@pilardans
@quebienqueteleo
@rafi_lechuga
@rosebokl
@saguian22
@selva_palacios
@siempreleyendoydesconectando
@sin_parar_de_leer
@soniasalvante
@srtag.adler
@tere_sapelu
@un_libro_en_mi_mesita
@valientegarciamariajose
@vanessa_mcflowers
@vivir_leyendo
@xiomaram.autora

Los he puesto en orden alfabético por si a alguien le hace ilusión buscarse. Espero no haber dejado a nadie por el camino. Sois la maravilla más grande de todo este proceso.

Si has llegado hasta aquí, me voy a atrever a pedirte algo: deja una valoración en Amazon, por favor. No sabes cuánto ayuda ese pequeño gesto. Y, ya puestos a pedir, recuerda que las estrellas son supergratis. Así que, a menos que necesites que el mundo sepa que una historia no te ha gustado (yo nunca lo he necesitado, pero quizá tú sí), no seas tacaña, que a ti te cuesta lo mismo y a la autora le das la vida.

Espero que hayas disfrutado de las *Crónicas de aquello* tanto como yo al escribirlas. Nos vemos en las siguientes aventuras.

Cuento contigo.

REFERENCIAS MUSICALES Y LITERARIAS

4. NOCHE DE FIESTA

1 «El Danubio Azul», de Johann Strauss
2 «Francisco Alegre», de León, Quintero, Quiroga
3 «La ventanita», Sergio Vargas
4 «Pedro Navaja», Rubén Blades

6. LA AZOTEA

1 «Como un burro amarrado en la puerta del baile», El último de la fila

2 «Cannabis», Ska-P

3 «La culpa fue del cha-cha-chá», Gabinete Caligari

4 «Ven, devórame otra vez», Lalo Rodríguez

5 «Mescalina», Los Rebeldes

6 «Aquí no podemos hacerlo», Los Rodríguez

7. LA FACULTAD

1 «Ama, ama, ama y ensancha el alma», Extremoduro

14. CLASES DE BAILE

[1] «Take this waltz», Leonard Cohen

17. ESA NOCHE

1 «Bajo la luz de la luna», Los Rebeldes

23. SECRETOS Y MISTELA

1 «El mundo tras el cristal», La Guardia

24. NIVEL DE HUMILLACIÓN

1 «Habitación 206», La Frontera

26. VUELTA A CLASE

1 «Tu calorro», Estopa

27. PREPARATIVOS DE BODA

1 «Can’t take my eyes off you», Andy Williams

28. EL CUMPLEAÑOS DE GRETA

[1] «Hey Boy Hey Girl», The Chemical Brothers

[2] «Move your body», Eiffel 65, Gabry Ponte

30. LA BODA DE EMMA

1 «Summertime», Ella Fitzgerald

32. VETE

1 «Que te follen», La cabra mecánica

34. LOUI

1 «Y, ¿si fuera ella?», Alejandro Sanz

3. EL SICILIANO

1 *Se me olvidó otra vez*, Maná

4. LA CHICA MÁS GUAPA DEL MUNDO

1 *Pisando fuerte*, Alejandro Sanz

11. GINA

1 *Sarà perché ti amo*, Ricchi E Poveri

14. LA DESPEDIDA DE ESTRELLA

1 *Bajo la luz de la luna*, Los Rebeldes

2 *Para no olvidar*, Los Rodríguez

16. A LA CABAÑA

1 *Echo de menos*, Kiko Veneno
2 *Cómo hablar*, Amaral
3 *Te seguiré*, La Guardia
4 *Cómo te mueves*, Modestia aparte
5 *Dos contra el mundo*, Los Rebeldes
6 *Più bella cosa*, Eros Ramazzotti
7 *Nada fue un error*, Coti
8 *La verdad*, La Frontera

18. EL JUEGO

1 *Venezia*, Hombres G

19. SAMU DESATADO

1 *Sin documentos*, Los Rodríguez

2 *Amigos para siempre*, Los Manolos

20. SERENATA NOCTURNA

1 *El roce de tu piel*, Revólver

22. EXALTACIÓN DE LA AMISTAD

1 *Somethin' stupid*, Robbie Williams & Nicole Kidman

29. LA CENA DE ENSAYO

1 *Can't take my eyes off you*, Andy Williams

2 *L-o-v-e*, Nat King Cole

3 *Let's twist again*, Chubby Checker

32. LA BODA

1 *Marcha nupcial*, Wagner

8. MOVER FICHA

1 *Se bastasse una canzone*, Eros Ramazzotti

11. SOY GILIPOLLAS

1 *Il mondo*, Jimmy Fontana

13. UNA FAMILIA

1 *Sarà preché ti amo*, Ricchi E Poveri

15. MI TURNO

1 *Suerte*, Shakira

2 *Dime que me quieres*, Tequila

17. PALERMO

1 *Volare*, Domenico Modugno

19. PAOLO

1 *Laura no está*, Nek

27. LA MEJOR FOTO DEL VIAJE

1 *Un nuovo amore*, Eros Ramazzotti

2 *Felicità*, Al Bano and Romina Power

33. ADIÓS, MILANO

1 *Ti amo*, Umberto Tozzi

34. LA ITALIA PROFUNDA

1 *Voglio vederti danzare*, Franco Battiato
2 *Tu vuo fa l'americano*, Renato Carosone
3 *Mamma Maria*, Ricchi E Poveri
4 *A far l'amore comincia tu*, Raffaella Carrà
5 *Mamma mia*, Abba
6 *Torero*, Renato Carosone

40. AUTOCRÍTICA

1 *Me cago en el amor*, Tonino Carotone

41. LOS COLORES DE ITALIA

1 *Tra te il mare*, Laura Pausini

48. DESPEDIDA

1 *Amor de verano*, Dúo dinámico

1. SI PUEDES VISUALIZARLO

[1] «Así estoy yo sin ti», Joaquín Sabina

[2] «No puedo evitar (pensar en ti)», Duncan Dhu

2. EL GIGANTE Y EL TONTO DE LAS FLORES

1 «Corazón partío», Alejandro Sanz
2 «Cuéntame al oído», La oreja de Van Gogh
3 «Sin ti no soy nada», Amaral
4 «Marieta», Javier Krahe
5 «Flaca», Andrés Calamaro
6 «Mil calles llevan hacia ti», La Guardia
7 «Me equivocaría otra vez», Fito y Fitipaldis

3. NO LLORES

1 «Trenes sin destino», Los limones

2 «Volverá», El canto del loco

3 «Miedo», M-Clan

4 «Nunca me olvidaré de ti», Los Ronaldos

5. LA CASA DE MIS SUEÑOS

[1] «Hoy la vi», Los secretos

11. UN SUBMARINO ENTRESEMANA

1 «Si lo llego a saber», Javier Krahe

21. MI NUEVA INQUILINA

1 «Ma che bello questo amore», Eros Ramazzotti

22. HISTORIAS DE AMOR

1 *Nada*, Carmen Laforet

2 *Un mundo feliz*, Aldous Huxley

24. LA SONRISA DEL PAYASO

[1] «Virou areia», Lenine

26. NADIE QUIERE TIRARSE AL HOMBRE DE HOJALATA

1 *Una habitación propia*, Virginia Wolf

2 *1984*, George Orwell

3 *Rayuela*, Julio Cortázar

4 *La colmena*, Camilo José Cela

30. LA FIESTA DE CLAU

1 «Ella quiere más», Los Rebeldes

2 «Algo nuevo», Jonathan Pocoví

3 «Tobogán», Sergio Sanz

31. ¿DÓNDE ESTÁ CARINA?

1 «You never can tell», Chuck Berry

2 «Every breath you take», The Police

3 «Fábula del hombre lobo y la mujer pantera», La cabra mecánica

35. JODER CON LA PSICÓLOGA

1 «Maldito duende», Héroes del silencio

36. UN AMIGO DE SU HERMANO

1 *Las edades de Lulú*, Almudena Grandes

43. PUES NO ERA TAN DIFÍCIL

1 «El rompeolas», Loquillo y Los Trogloditas

56. ESA RISA

1 *Sin noticias de Gurb*, Eduardo Mendoza

2 *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez

57. ESPAÑOL RARO

1 «Ay qué gustito pa’ mis orejas», Raimundo Amador

72. NO MIRES

1 «Eu te devoro», Djavan

2 «Con el alma en los labios», Enrique Bumbury

3 «Soñar contigo», Zenet

EL EPÍLOGO DE CHUS

1 «Pasa la vida», Pata negra

1. LA NOCHE QUE LO CAMBIÓ TODO

1 «Que yo no lo sabía», Elefantes

2 «Noche en vela», Guaraná

8. MI ESTRELLA

1 «Me gustas cuando…», Lucas Masciano

12. PONERLE UN NOMBRE

1 «Antes», Jorge Drexler

18. VE A POR TU ESTRELLA, CHAVAL

[1] «Let it snow!», Frank Sinatra

21. QUÉ MIEDO ME DAS

[1] «Pero tu lado», Los Secretos

24. TE VOY A ECHAR DE MENOS

[1] «Grita», Jarabe de palo

25. ESTÁN TODAS LOCAS

1 «Princesas», Pereza

26. ESO ES MENTIRA

1 «Estoy gordo», Luis Prado

29. OTRA MENTIRA

1 «Tonta», Rozalén

33. NO QUIERO SALIR

[1] «Estrella», Despistaos

34. LA LLAMADA

1 «Las chicas de las canciones», Circodelia

2 «Las cosas que nunca te dije», Mundo chillón

36. VELADA MUSICAL

1 «Era primavera», Duende Josele
2 «Quédate conmigo», Javier Ruibal
3 «El último hombre en la tierra», Coque Malla
4 «Loca por mí», Sergio Sanz
5 «Idiota», Los Ronaldos
6 «Tes quiero may lof», La Canalla
7 «Mambo italiano», Carla Boni
8 «Lo quiero ahora», Boris Larramendi
9 «Eres tonto», Lolita Garrido
10 «Tralará», Conchita

37. SAMU TOCA FONDO

1 «Viviendo deprisa», Alejandro Sanz

41. EL AMANECER

1 «Como si fueras a morir mañana», Leiva

55. ORGASMOS

1 «Horas», Jorge Drexler

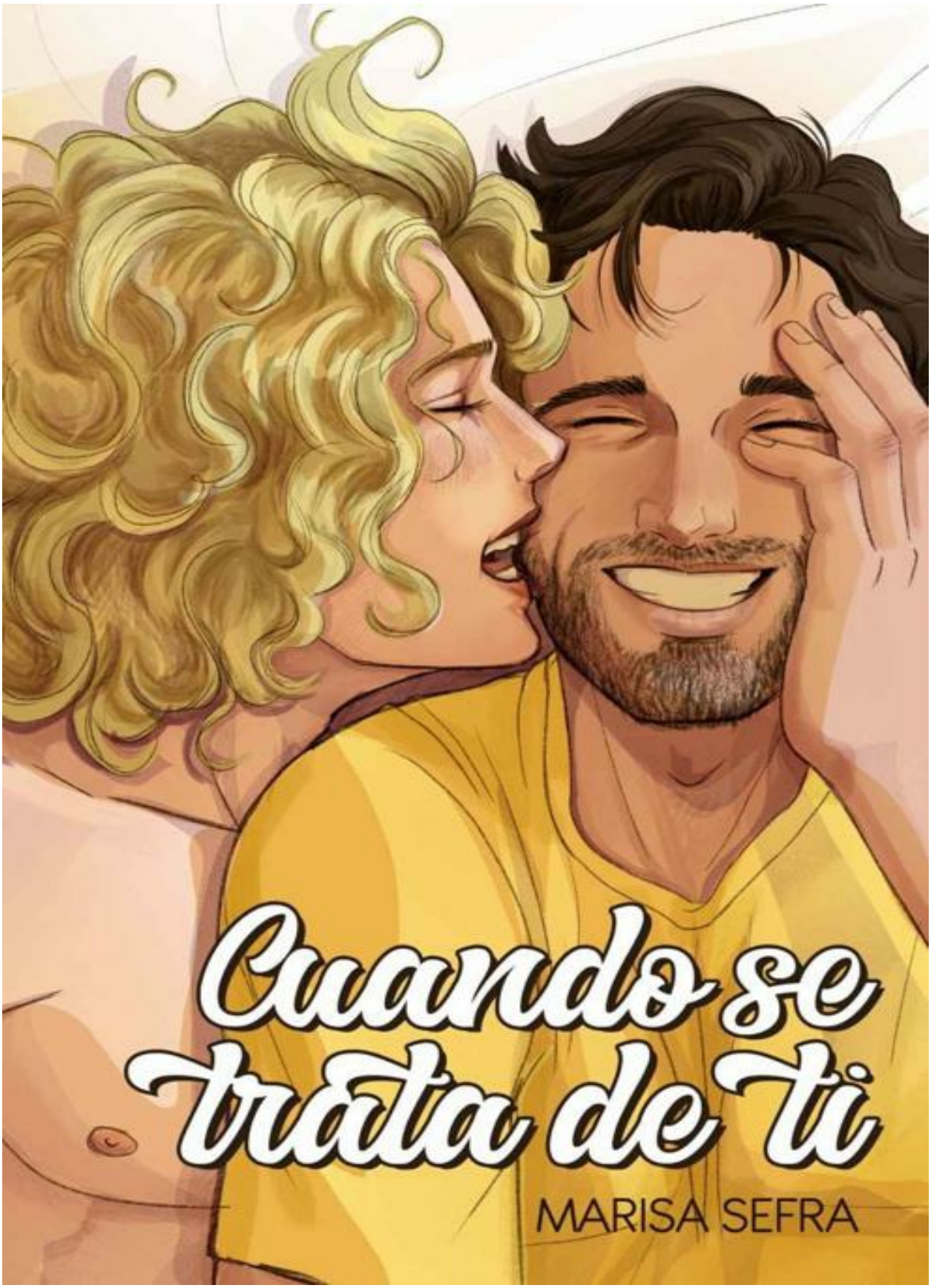
EL EPÍLOGO DE SAMU

1 «Contigo», El canto del loco

¿QUIERES MÁS?

Si no has tenido suficiente con las cinco novelas que componen esta serie o si simplemente tienes curiosidad por saber qué fue de los hijos de Samu, puedes seguir por la historia de Nico, la primera de los hermanos Andújar.

Aquí tienes el primer capítulo para que te hagas una idea de lo que vas a encontrar en ella.


Cuando se trata de ti
MARISA SEFRA

UNO

FOLLOW

LAZA

Era la sensación del momento.

Yo.

Sí, yo era la sensación del momento. Mina, Romina, mi agente, estaba como loca, no podía estarse quieta en el asiento de la limusina que nos llevaba a la gala. Mi última película como protagonista se había estrenado hacía muy poco y estaba siendo un éxito de taquilla. ¿Qué digo? Un fenómeno de masas. Empezaba a resultarme difícil salir a la calle sin que la gente me reconociera, me había convertido en uno de los actores más de moda de la temporada. A Mina no dejaban de llegarle guiones y propuestas publicitarias que debíamos valorar. Tras más de diez años dedicado de lleno al cine de autor, acababa de dar el salto a las superproducciones más comerciales. Me gustaban más el otro tipo de películas, el trabajo era más gratificante y el resultado de mayor calidad, pero mi cuenta bancaria agradecía enormemente el cambio de rumbo en mi carrera. Y mi familia, también. Cuando has crecido en un hogar humilde, tu instinto de supervivencia no te permite rechazar un contrato con tantos ceros.

Yo iba mirando por la ventanilla, un poco absorto en mí mismo y ajeno a la cháchara de Mina; pero es que necesitaba desconectar de vez en cuando, esa nueva situación me superaba de demasiadas maneras. Me pasé un dedo entre el cuello y la camisa. Las calles de Nueva York estaban nevadas, pero dentro del coche hacía calor.

—¿Es necesaria la pajarita? —protesté.

—Es una gala muy elegante, la etiqueta es obligatoria —confirmó—. ¿Estás nervioso?

—¿Debería? —Alcé las cejas para dejar clara mi sorpresa por su pregunta.

—Habrá mucha gente famosa, es la gala del año.

—Y yo soy «el gran Lázaro Sosa», nerviosos deberían estar ellos —ironicé haciendo referencia a cómo me había bautizado la prensa en un reportaje reciente.

—Te lo digo en serio, Laza, vas a conocer a gente muy importante, espero que estés a la altura…

—¿Muy importante? —Me giré hacia ella, había conseguido captar toda mi atención—. ¿Por qué son importantes? ¿Por qué son más importantes que esa señora de ahí? —Señalé a una anciana que caminaba junto a la ventanilla de nuestro vehículo, el cual avanzaba muy lentamente —. ¿Son famosos? ¿Tienen más dinero? ¿Es eso? ¿Eso los hace importantes? ¿«Más»

importantes?

—Laza, ya sabes cómo funciona el mundo…

—Que lo sepa no quiere decir que me guste.

Resopló, se desesperaba conmigo. La limusina se detuvo en un semáforo.

—¿Ese tipo estará en la fiesta también? —Me reí y señalé el enorme cartel publicitario que cubría un edificio de, por lo menos, doce pisos. Era un chico guapísimo, la nueva imagen de Calvin Klein, la marca de ropa interior más conocida del mundo. Y esa foto… ESA FOTO estaba por todas partes, en todas las ciudades de todos los países que había visitado en las últimas semanas. Era impresionante: rubio, ojos azules, pelo rizado, una cara y un cuerpo perfectos… Debía de ser un modelo de pasarela bastante cotizado, me sonaba mucho de haberlo visto en desfiles y en anuncios de otras firmas, pero con esa campaña era imposible no conocerlo. Su imagen estaba en todos lados. Seguro que millones de personas (hombres y mujeres de todo el mundo) tenían fantasías eróticas con esa foto en la que salía tan serio y tan sexi solo con unos calzoncillos. Yo las tenía, la verdad. Si me hubieran asegurado que el chico venía incluido, me habría comprado una fábrica entera de esos gayumbos.

—Pues no me extrañaría nada, Calvin Klein es la principal patrocinadora de la gala… ¿Te interesa? ¿Quieres que lo averigüe?

—¡No! ¿Qué dices? Estaba de coña… Además, que no sabría ni cómo hablar con él… ¿Qué es? ¿Noruego?

—Es español, como tú. Nicolás Andújar se llama. Aunque no creo que lo que quieras hacer con él sea hablar —se rio.

—¿Cómo sabes que es español?

—Lo sigo en Instagram desde hace tiempo. —Hizo un gesto con la mano como si fuera lo más obvio.

—Siempre estás pendiente de esas cosas, a mí ni se me ocurre…

—Para eso estoy yo —sonrió.

—¿Para que sigas a *top models* en Instagram por mí? —Me reí—. Podría hacerlo yo mismo…

—Hazlo —me desafió.

Le enseñé mi sonrisa más socarrona mientras sacaba mi móvil del bolsillo.

—¿Cuál es su cuenta?

—*Nicolasandujar*, así, todo junto. Tiene otra privada en la que no acepta a nadie. Vamos, eso dicen, yo ni lo he intentado, pero todos los que conozco que lo han hecho, nada. Aunque igual al «gran Lázaro Sosa» le costaba rechazarlo.

Me reí entre dientes mientras localizaba su perfil. Giré el móvil hacia Mina en el momento que pulsaba el botón de «seguir» y ella soltó una carcajada. En aquel momento, mi cuenta tenía algo más de tres millones de seguidores, pero yo seguía únicamente a cinco personas. Seis a partir de ese momento. Entré en su perfil, él tenía unos nueve millones de seguidores y un montón de fotos suyas capaces de cortarle la respiración a cualquiera o de provocarle un infarto. Todo fotografías de estudio, de campañas publicitarias principalmente.

—Madre mía, cómo está… —murmuré—. Dan ganas de lamer el teléfono.

Mina soltó otra carcajada.

—Vas a ser noticia: Lázaro Sosa sigue a otra persona en Instagram. Y no a cualquiera, ¡a Nicolás Andújar!

Me reí yo también. No sabía muy bien por qué lo había hecho, la verdad. Por seguirle la broma a mi agente, supongo. No pensaba que fuera a tener mayor importancia. Pero la tuvo, ya

lo creo que la tuvo.

La limusina finalizó su trayecto justo en ese momento. Alguien de la organización se acercó a abrirnos la puerta y, al descender del vehículo, pisé de lleno la alfombra roja que se extendía hasta la entrada del recinto donde se celebraba la gala. Las vallas a ambos lados del camino que dibujaba la moqueta retenían a la gente que no paraba de gritar y de hacer fotos con sus teléfonos. Mina y yo avanzamos a buen ritmo para pasar el trago cuanto antes. Miré hacia los lados en un par de ocasiones y sonreí, no quería parecer un rancio en los cientos de fotos que nos estaban haciendo. La gente chillaba mi nombre y me decían cosas como si me conocieran, era algo rarísimo. La fachada estaba acristalada, pero eran cristales de espejo y no se veía el interior.

Llegamos al final del recorrido, posamos en el *photocall* oficial que había en la entrada y accedimos a la sala en sí. Pasó un camarero con una bandeja de copas de vino y yo intercepté una casi al vuelo. Eché un vistazo a la estancia, era enorme y muy elegante. Estaba llena de gente igual de elegante y muchas de esas caras me sonaban. Para calmar los nervios que me provocaban todavía esas situaciones, esquivé las miradas de todos los que parecían reconocerme y me concentré en mi teléfono, como si estuviera pendiente de algo muy importante. Luego me quedé mirando la cristalera que se extendía ante mí. Al otro lado, la alfombra roja que acabábamos de cruzar. Me sabía protegido por los espejos, me sentía a salvo.

Una limusina rosa se detuvo donde hacía unos minutos lo había hecho la mía. De ella bajó una cantante superventas de las que llenan estadios y cuyo nombre jamás me he aprendido. Nunca he estado muy puesto en la música comercial del momento, la verdad. Otra limusina, de la que bajaron los chavales de una *boy band*. Otra más, y de ella bajó Jenn, la que había sido mi compañera en la última superproducción. Una niñata sobrevalorada (sobre todo por ella misma), prepotente y con más ego que talento. No había habido nada de *feeling* entre nosotros a nivel personal (al menos por mi parte). Por suerte, soy buen actor y eso parecía no haber trascendido a la pantalla.

Yo alternaba la mirada entre la cristalera y mi móvil. Entré en Instagram para matar el tiempo y no tener que hablar con nadie y me salió una publicación, de hacía dos días, de la última cuenta a la que yo había seguido, @nicolasandujar. El texto bajo la fotografía solo decía: «Imágenes descartadas de la sesión para *Fleur du jour*. Me encantan todas». Y las imágenes… Joder, las imágenes. Una chica muy seria, vestida con ropa de fiesta y muy maquillada estaba plantada en el centro de la foto, tiesa como un palo y mirando al frente. Él, detrás, desnudo y abrazado a ella. No se le veía nada crítico, por supuesto, pero JO-DER, no hacía falta, mi imaginación era la hostia de potente. Noté cómo me subía toda la sangre a la cara (y a lo que no es la cara un poco también), como si alguien pudiera adivinar lo que yo estaba viendo y pensando. Salí rápidamente de la aplicación, me guardé el móvil en el bolsillo y di un trago largo a mi copa.

Una limusina blanca se detuvo en ese momento donde lo habían hecho todas las anteriores y de ella bajó él. Sí, el tipo del que hacía apenas una hora no sabía ni su nombre y cuya silueta ahora mismo no podía quitarme de la cabeza. Aunque cerrara los ojos, veía claramente la imagen que había cerrado hacía un momento con toda la intención de volver a abrirla esa misma noche cuando estuviera a solas. Eso había sido antes de saber que iba a venir, que iba a verlo, quizá incluso a conocerlo.

Lo vi avanzar por la alfombra roja como un puñetero profesional. No con la inseguridad con la que lo había hecho yo, no. Pese a que era evidente su juventud, él controlaba la situación, la pose, la velocidad, el gesto. Todo. Estaba seguro de que todas las fotos que le estaban haciendo eran fotazas. Con una paciencia asombrosa, tardó más que nadie en recorrer ese tramo y atendió

a todo el que le pidió que se dejara fotografiar.

Lo primero que me llamó la atención cuando por fin entró en la sala fue que el muy cabrón solo llevaba una camiseta bajo la chaqueta del esmoquin. Ni camisa ni pajarita. Me indigné, la verdad. Nunca me ha gustado llevar corbata o pajarita, ni siquiera llevar el último botón de la camisa abrochado. ¿Por qué él era el único que no llevaba esta tortura?

Paseó la vista por la sala de un modo despreocupado y reparó en mí. Me aguantó la mirada durante apenas un segundo y creí ver un atisbo de sonrisa. Se acercó a una de las camareras con una sonrisa algo más amplia que la que acababa de verle y al instante recibió de ella una bebida. Con la copa en la mano y dando pequeños tragos, se fue acercando a saludar a unos y otros. Cada vez estaba más cerca de mí. Supuse que era casualidad, pero eso no hacía que estuviera menos nervioso. ¿Conocería a toda la gente a la que estaba saludando? ¿O era parte de su trabajo hablar con desconocidos? Parecía que venía hacia mí. Saqué mi teléfono y lo desbloqueé para fingir prestar atención a algo y dejar de estar pendiente de él. Apareció la última imagen que yo había estado mirando. Mierda. Empecé a sudar y a tocar como un loco la pantalla para intentar salir de la aplicación, pero mi móvil parecía haber elegido ese preciso momento para ponerse creativo. Finalmente, cuando él estaba casi llegando hasta mí, la pantalla se volvió negra y respiré aliviado.

—Hola —escuché su voz mientras aún miraba el cristal apagado y guardé el teléfono rápidamente en el bolsillo. Me encontré de lleno con su sonrisa, una de verdad, enorme y radiante—. Eres Lázaro Sosa, ¿verdad? Encantado. —Me tendió la mano—. Yo soy Nico.

lvin Klein Calvin Klein